

Codex Templi

TEMPLESPAÑA

eBook

AGUILAR

Codex Templi

Los misterios templarios
a la luz de la historia
y de la Tradición

Templespaña

AGUILAR

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Imágenes](#)

[Bibliografía templaria](#)

[Procedencia de las ilustraciones](#)

[Equipo de redacción](#)

[Sobre Templespaña](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*Non nobis, Domine, non nobis,
sed Nomini tuo da gloriam*

Prólogo

La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo o del Templo de Salomón es, sin lugar a dudas, la orden monástico-militar que más interés, admiración y pasiones ha despertado a lo largo del tiempo, desde que se fundó hasta nuestros días. Esta relevancia histórica podría parecer un fenómeno positivo y engrandecedor, pero, en realidad y por desgracia, está muy lejos de ser así. En el transcurso de los siglos, el Temple y lo que representa ha ido despertando todo tipo de envidias y sospechas, provocando traiciones, soportando difamaciones e infundios y, finalmente, beneficiando a oportunistas. Todo ello ha desvirtuado a menudo la realidad histórica y doctrinal de la Milicia de Cristo y, lo que es mucho peor, ha representado una ofensa a la memoria de unos caballeros que se guiaron por los más nobles y elevados ideales.

No han faltado los que, con gran desconocimiento de la materia, sin documentación alguna, repitiendo una y otra vez los mismos errores, consultando fuentes escasamente fiables (aunque, eso sí, haciendo gala de mucha imaginación), se han dedicado y se dedican a tergiversar los hechos y a buscar sensacionalismos sorprendentes que rompen con la más elemental metodología historiográfica y con los esquemas tradicionales de la investigación. El único fin parece ser el éxito comercial.

Poco o nada ha importado a los divulgadores las consecuencias de sus invenciones, elucubraciones y aseveraciones sin base histórica o tradicional. Tampoco han calculado la confusión que pudieran inducir en el lector, en el buscador de conocimiento o en el prestigio de la propia labor divulgativa.

Codex Templi es un libro escrito con auténtica devoción, minuciosidad y rigor por un elenco de historiadores, divulgadores e investigadores diversos, verdaderos especialistas en la materia. Esta obra se hace necesaria como obra de consulta y referencia fiable, se hace necesaria para desmitificar falsas teorías que desvirtúan la realidad histórica y empañan el buen nombre de la Orden del Temple, se hace necesaria para «desbastar las impurezas que ocultan la verdad», se hace necesaria, en definitiva, para desvelar los misterios templarios a la luz de la Historia y la Tradición Primordial.

Los hechos esenciales son bien conocidos: el nacimiento de la Orden del Temple, en Tierra Santa, poco después de la primera cruzada, allá por el año 1118; el gran número de caballeros y nobles que abandonaron familia y bienes para dedicar su vida a servir a Dios como monjes-soldados; su condición de custodios de primordiales saberes y sagradas reliquias; su rápida expansión por todo el orbe conocido; sus habilidades como banqueros, estrategas, guerreros, navegantes y consejeros; y, cómo no, su injusto

proceso inquisitorial, bajo la acusación de herejía, que llevó a la muerte en la hoguera al último maestre, Jacques de Molay, en el año 1314, y la supresión definitiva de la Orden casi inmediatamente después.

Sin embargo, hay aspectos poco conocidos en el desarrollo de la congregación templaria: sus aportaciones a la sociedad europea de su tiempo; la integración, como servidores o «donados» de la Orden, de campesinos y constructores, armígeros y cartógrafos, religiosos y seculares; sus mediaciones en litigios entre señores feudales y monarcas; su aportación económica, cultural, científica y espiritual; su legado arquitectónico y artístico... Todo ello ha convertido a la Orden del Temple, más que en un mito, en un modelo vanguardista y en un arquetipo universal investido de diversas connotaciones, tanto metafísicas como metapolíticas.

Aunque se ha especulado mucho al respecto (con no pocas dosis de fantasía), sigue envuelta en un halo de misterio la sugerencia de una cosmogonía muy particular elaborada por los templarios, basada en profundos conocimientos teológicos, filosóficos e iniciáticos. Poco conocida es también la aportación de la Orden a la emblemática cristiana y al simbolismo esotérico, gran parte del cual podemos aún ver grabado en sillares de piedra y expresado en la iconografía de construcciones erigidas sobre emplazamientos clave en el desarrollo cívico de su época. La ubicación de muchas de estas edificaciones, especialmente las de carácter religioso, se elegía conforme a criterios basados en la cosmovisión del sabio medieval y la tradición ancestral (céltica fundamentalmente); los templarios situaban sus templos y lugares sacros sobre centros de energía telúrica o en consonancia con ciertas alineaciones cósmicas. Sus conocimientos sobre el arte de la guerra, la naturaleza, la navegación, la construcción, la medicina, la astrología, la cábala o la alquimia fueron notables, aunque hasta la publicación de *Codex Templi* no se les haya concedido la importancia que merecen.

Pero, sobre todo, se desconocen en gran medida algunos aspectos de la dimensión real de la fraternidad templaria: los rasgos privados de la vida conventual y todo lo relacionado con la espiritualidad de los freires, organización, régimen interior, ritos de iniciación, signos de reconocimiento, etcétera. En realidad, estas características han suscitado elucubraciones y divagaciones múltiples, hasta generar toda una cultura basada en una subliteratura sensacionalista, un «esoterismo de bazar» y un oportunismo inescrupuloso. Se ha dejado de lado la parte más importante del Temple: el origen histórico e intelectual de estos monjes-soldados y la razón que los hizo grandes y que, al mismo tiempo, los llevó a su desaparición: la dimensión religiosa.

No deja de resultar curioso que una orden monacal y guerrera a la vez, compuesta por caballeros de un inusitado valor y fe inquebrantable en Cristo y en la Virgen María (a la que denominaban «Nuestra Señora»), «adornados» de un gran aparato militar y a la vez revestidos y regenerados en el desapego material, se siga tratando meramente

como un conjunto de hombres esotéricos y heterodoxos, omitiendo casi siempre su aspecto religioso y tradicional preeminente, incuestionablemente católico.

La disciplina y la entrega espiritual que les confería su condición de monjes, reunidas bajo la divisa «*Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*» («No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria»), ponen de manifiesto qué dimensión fue la más importante en la vida de estos caballeros.

Que la mayoría de los autores que escriben sobre el Temple no tengan en cuenta bajo qué signo y designio desarrollaban los caballeros templarios todas sus campañas y todas sus labores, se debe en buena medida al promotor de la caída de la Orden, el rey Felipe IV de Francia, que, con sus continuas presiones sobre el papa Clemente V y sus intrigas políticas, intentó borrar de la Historia a los templarios en pro de sus intereses mundanos.

Logrado el objetivo secular y derrocada la Orden del Temple, sus bienes fueron repartidos entre las distintas órdenes militares, casas reales y la propia Iglesia, pero se recomendó especialmente hacer desaparecer de las propiedades templarias cualquier vestigio documental e incluso simbólico.

Si las evidencias del paso del Temple por las diferentes naciones de Oriente y Occidente no desaparecieron por completo fue gracias a la falta de conocimiento y comprensión que se tenía sobre sus símbolos. La rápida huida de algunos miembros de la Orden permitió poner a salvo muchos de sus «secretos» y pertenencias (parte del mítico «tesoro» templario, más espiritual que material) en territorios alejados de la influencia del insidioso monarca francés y, hasta cierto punto, de la autoridad pontificia: Escocia o Portugal se convirtieron en refugios más o menos seguros para los perseguidos.

El interés actual y el recuerdo auténtico del Temple no se debe al autor fantasioso o al novelista vulgarizador, sino a estudiosos que en verdad han mantenido «vivos» a los templarios hasta nuestros días, que les han conferido una fiel aura de valor y misticismo, estudiosos y divulgadores que pueden aportar a nuestra sociedad los principios tradicionales emanados de la *Philosophia Perennis*.

En medio de las modas e intereses comerciales, convenía preservar el ejemplar sacrificio de los templarios, como parte de la memoria histórica y doctrinal de la Orden, pero también como reflejo del sacrificio de Aquél que predicó el amor y la entrega al prójimo como el más excelso de los mandamientos; convenía enmarcar las actuaciones del Temple en una vida de santidad y no de escabrosidad; y convenía observar en los pobres soldados de Cristo un ejemplo de fraternidad, humildad y concordia. Estos designios han guiado a los autores de este *Codex Templi*, y con ello, el lector estará más cerca de la verdad, no sólo desde la perspectiva del Temple cómo fenómeno histórico, sino de esa verdad trascendente que el ser humano descubre al emprender la búsqueda de la Divinidad crística en sí mismo. En fin, se trata de una

búsqueda más metafísica que material, una búsqueda que algunos, asociándola precisamente a los templarios, llaman «búsqueda del Santo Grial».

No debe caerse en el error de pensar que la búsqueda de comunión o *religamiento* (de *religare*, religión) de la criatura humana con su Creador es algo que sólo debe ser tratado, en el ámbito del Temple, bajo un prisma católico, apostólico y romano, pues no cabe la menor duda de que aquellos que fueron caballeros de Oriente y Occidente se vieron impregnados necesariamente de diversas corrientes religiosas y filosóficas; pero no debe olvidarse que la Orden fue instituida por la Iglesia católica y que dependía directamente del romano pontífice.

Si bien la Regla y todos los aspectos en la vida de los templarios evidencian su fidelidad y observancia del catolicismo tradicional, ello no es óbice ni incompatible (desde la doctrina actual de la Iglesia emanada del Concilio Vaticano II) con el pensamiento ecuménico y universalista (católico = universal) que forma parte del ideario del Temple.

Y ese ideario, o ideal ecuménico y universalista, que es punto de partida común de los miembros de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, es el que ha motivado esta obra colectiva, donde la libertad de credo, conciencia y expresión de los autores es lo más destacable.

Siendo por tanto una obra colectiva y plural, cada capítulo ha sido redactado de manera independiente, pero con frecuencia se hallarán vinculaciones o referencias a otras secciones de *Codex Templi*. Todo ello permitirá una completa exposición temática.

Oficialmente, TEMPLESPAÑA no se identifica con todos los planteamientos y puntos de vista expuestos por los autores de esta obra, aunque sí comparte con ellos una premisa fundamental: el respeto y la tolerancia hacia las creencias expresadas en el marco de la convicción y la buena voluntad y su enérgico rechazo a la falsedad, la tergiversación y la mentira consciente.

Para comprender mejor esta premisa que ha guiado la elaboración de *Codex Templi*, sirva lo expresado por el presidente fundador de TEMPLESPAÑA y director de la obra, Fernando Arroyo Durán:

«TEMPLESPAÑA es una sociedad de estudios, civil, plural e independiente, y como tal, su visión de la Historia —y dentro de ella, del fenómeno templario— es tan amplia como amplio es el elenco de eruditos e investigadores que la componen.

»Habiendo sido la Orden del Temple una institución católica, creada y suprimida por la Iglesia católica, no menos cierto es que suscita el interés de personas de muy diversas concepciones ideológicas y religiosas, lo que viene a demostrar, por otra parte, la universalidad de un fenómeno que si algo reafirma es la perspectiva ecuménica de la que es Iglesia Universal de Cristo.

»Ante la proliferación de literatura condicionada por la secularización del siglo, donde se ofrecen visiones sesgadas y tendenciosas, cuando no elucubraciones sin más fundamentos que los nacidos de la imaginación de tal o cual autor, la Sociedad TEMPLESPAÑA opta por no incurrir en el adoctrinamiento y la apologética, entre otras cosas porque, del mismo modo que el cristianismo se defiende por sí solo (con palabra y obra), el anticristianismo se descalifica a sí mismo (“Por sus frutos los conoceréis”, Mat. 7, 20). Entendemos, además, que el cometido de una sociedad de estudios medievales es profundizar en la comprensión o análisis de todos los pensamientos filosóficos, concepciones doctrinales, cosmovisiones científicas y religiosas y expresiones artísticas del contexto histórico del que se ocupa.

»Del mismo modo que la Quinta Relación oficial del Grupo Mixto de Trabajo entre la Iglesia Católica y el Consejo Mundial de Iglesias (Vancouver 1983) reflexionó sobre los cambios que están transformando las relaciones culturales, sociales y políticas entre las naciones y los pueblos, TEMPLESPAÑA, que no es ajena a estas transformaciones, también asume como propia esa “nueva ‘Tradición’ de la comprensión ecuménica, de las preocupaciones compartidas y del testimonio común a todos los niveles de la vida de las Iglesias”, en la que la familia humana se hace más consciente de que se enfrenta a un futuro o destino común, en que cada vez más gente en todas partes se está volviendo más “consciente de su solidaridad y de la necesidad de unirse en defensa de la justicia y la dignidad humana, propia y de los demás”. Lógicamente, TEMPLESPAÑA se limita a asumir esto hasta los límites que le marca su condición de asociación laica, contraria por otra parte al laicismo secular como una expresión más del fundamentalismo ideológico que es.

»Por todo ello, en la presente obra TEMPLESPAÑA ha querido ofrecer, dentro de unos límites de seriedad y rigor, todas aquellas visiones que sobre la historia y la doctrina templaria concurren entre los diversos investigadores del fenómeno templario; un fenómeno único de la cristiandad que, por otra parte, ha devenido en arquetipo vivo de la Tradición Universal, demostrando precisamente con ello la universalidad y perenne vigencia del mensaje cristiano».

La Sociedad TEMPLESPAÑA es, en efecto, la aglutinadora, catalizadora y coordinadora de la presente obra de divulgación histórica y tradicional, *Codex Templi*, pero lo importante es la visión global ofrecida por las aportaciones de cada uno de los autores desde sus conocimientos y sus concepciones psicointelectuales.

TEMPLESPAÑA es una sociedad en la que se agrupan personas de distintas tendencias y adscripciones académicas, profesionales y espirituales, pero todos ellos comparten, al igual que los autores que no son miembros de la Sociedad de Estudios, un mismo principio: la búsqueda de la verdad.

Seguramente por ello, esta obra está llamada a ser, no sólo un referente histórico

sobre la Orden del Temple, en la línea de los textos clásicos como las *Dissertaciones históricas del Orden, y Cavalleria de los Templarios*, del conde Pedro Rodríguez Campomanes, sino también un referente doctrinal bajo la perspectiva de la denominada Tradición Primordial, en la línea de autores como el metafísico René Guénon, el filósofo metapolítico Julius Evola, el simbolista Louis Charbonneau-Lassay y, sobre todo, en la línea del insigne padre espiritual e intelectual de la Milicia de Cristo: San Bernardo de Claraval.

En la actualidad disponemos de mucha más información que en los tiempos del licenciado Rodríguez Campomanes, y no porque el Temple pueda haber realizado nuevas hazañas, sino por la cantidad de importantísimos documentos históricos que han ido apareciendo sobre el cristianismo y los templarios, tales como los Manuscritos del Mar Muerto, descubiertos en 1947, e incluso, mucho más recientemente, el documento pontificio por el cual Clemente V absuelve a los templarios de toda herejía y apostasía, encontrado por la doctora Bárbara Frale, el 13 de septiembre de 2001, en los archivos del Vaticano.

Beau Sire. Con estas palabras de saludo o despedida, tan comunes en la época de los templarios, quiero despedir estas líneas. La pretensión de esta obra no es otra que ofrecer una amplia perspectiva del fenómeno templario, su historia y sus misterios. Queda mucho en el tintero y, seguramente, habrá quien disienta acerca de alguna de las hipótesis que se exponen. Pero, como siempre, en Historia nada puede considerarse resuelto definitivamente. Mañana puede descubrirse un nuevo cartulario que permita reconsiderar ciertas afirmaciones, académicas o no, sobre cualquier extremo comentado. Esperamos que, al menos, sirva para que el lector se sienta impulsado a seguir en la brecha de la investigación.

En la actualidad, muchos hombres y mujeres se acercan al Temple y sus misterios con el afán curioso hacia lo desconocido o, simplemente, atraídos por la perspectiva de aventuras y tesoros ocultos. Como señala Jordi Castañé, uno de los autores de *Codex Templi*, «todo esto se encuentra aquí, delante de nosotros, aunque quizás no en la forma que muchos esperan. El gran secreto de los templarios fue saberse adaptar a las circunstancias de cada momento, no dar nada por sabido o establecido como inamovible. Todo pasa y todo queda. Ellos sabían que estaban de paso por la Historia y dejaron sus huellas para que, quienes sean dignos, las sigan».

En la encomienda de Murcia, a 13 de diciembre de 2004, en el tercer aniversario del hallazgo del documento histórico que prueba la absolución papal de los templarios.

LUIS ALCAINA GUZMÁN. *Vicepresidente y coordinador general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, miembro del consejo de*

redacción de Boletín Temple, caballero de la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani, de la Real Hermandad de Caballeros de San Fernando (Sevilla), de la Hermandad de Santa María la Real de Gracia y Buen Suceso y de la Real e Ilustre Cofradía de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca.

CAPÍTULO I

La Orden del Templo de Salomón: primeros años y entorno social

FERNANDO ARROYO DURÁN

«Algunos caballeros, amigos y enviados de Dios, renunciaron al mundo, se consagraron a Él y se comprometieron por su fe ante el patriarca de Jerusalén [...] a proteger los caminos y desfiladeros más peligrosos y a defender a los peregrinos contra los bandidos [...] y, sin renunciar a sus hábitos profanos, a observar estrictamente la regla de los canónigos regulares del Santo Sepulcro».
JACQUES DE VITRY, obispo de Acre, 1118

Muchos historiadores establecen la fundación de la Orden del Temple en 1118. Según esta propuesta, la institución de la Orden se debió a nueve caballeros que habrían participado unos años antes, a partir de 1095, en la primera cruzada. Sin embargo, nada en los inicios de la Orden del Temple es tan claro como parece.

Las primeras dudas aparecen a la hora de certificar si participaron en la cruzada o llegaron a Tierra Santa años después. También existen lagunas respecto a la verdadera identidad de sus fundadores y aún quedan vacíos historiográficos sobre el número de caballeros y el año exacto de la fundación.

Para algunos investigadores, Hugo de Paganis (Hugues de Payns o Payens) y sus compañeros son cruzados que llegaron a Tierra Santa después de la conquista de Jerusalén. Para otros, los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple participaron en la primera cruzada, en 1095. Este último dato sustentaría una hipótesis extraoficial que atribuye la fundación del Temple a una cofradía de caballeros catalanes a las órdenes de Hugo de Pinós o Hugo de Baganis (Bagá). La hipótesis se fundamenta en varios documentos de la Casa de los condes de Guimerá, depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid, y entre los que cabe destacar un manuscrito del siglo XVII cuyo título no puede ser más explícito: *Declaración de la inscripción griega de la cruz de la iglesia de San Esteban de Bagá, cabeza de las Baronías de Pinós, guión de la Armada que tomó Tierra Santa, año de 1110. Don Hugo de Bagá, primer Maestre del Temple*. Cabe reseñar que uno de los primeros historiadores que estudió estos documentos fue el primer secretario general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, quien ya obtuvo copia de los mismos en junio de 1984. Por su parte, Josep Maria Sans i Travé, historiador y director del Archivo Nacional de Cataluña, en su ponencia con fecha 26 de junio de 2004, dada en Bagà (Barcelona) con motivo de las III Jornadas Templarias y Medievales de

TEMPLESPAÑA, restó toda verosimilitud a la hipótesis de Hugo de Pinós como primer maestro del Temple. Sans i Travé adujo que el documento de los condes de Guimerá seguramente era una falsificación y explicó que este tipo de documentos eran muy frecuentes en los siglos XVII y XVIII: servían para realzar el linaje de las casas nobiliarias. En todo caso, Sans i Travé reconocía no haber estudiado personalmente dicho documento.

El catedrático y jesuita Gonzalo Martínez Díez advierte que la fecha de 1119, comúnmente admitida como principio de la Orden del Temple, se basa en una alusión contenida en el prefacio de la primitiva Regla latina de la Orden. (Cfr. *Los templarios en los reinos de España*, Planeta, Barcelona, 2001). Este autor señala otro período fundacional, que abarcaría casi un año: entre el 14 de enero de 1120 y el 13 de enero de 1121. Al respecto, Martínez Díez remite a un reciente estudio de Rudolf Hiestand que esgrime argumentos convincentes, basados en las biografías de los prelados y abades que asistieron al Concilio de Troyes y en el itinerario de algunos de ellos. Hiestand establece que la fecha de dicho concilio no fue el 14 de enero de 1128, sino el mismo día de San Hilario del año siguiente. En realidad, tras este desfase de fechas, se encuentra la diferencia de cómputo existente entre nuestros días y aquellos tiempos del medievo.

Muchos autores han abordado las dudas y lagunas existentes en torno a los orígenes de la Orden del Temple y para ello se han servido de fuentes documentales de primera mano. Aquí nos limitaremos a referir sumariamente los principales acontecimientos que habrían propiciado la gestación de esta orden medieval de monjes-caballeros; también se tratará el entorno social, eminentemente bélico y religioso, que envolvió estos acontecimientos.

LA EXPANSIÓN ISLÁMICA

Las tres grandes religiones monoteístas de la Edad Media —cristianismo, judaísmo e islam— no eran en modo alguno tres bloques doctrinales homogéneos enfrentados exclusivamente entre sí. Pero la agresividad expansionista de la religión musulmana sí puede considerarse el factor desencadenante de unos enfrentamientos entre Oriente y Occidente que habrían de modificar, generalmente de forma traumática, el curso de la Historia. Desde luego, la acción musulmana también afectó al panorama étnico, cultural y religioso en gran parte del orbe conocido.

Entre los años 632 y 711, el islam, observando estrictamente su concepción coránica de la *yihad* o «guerra santa», se expandió por la fuerza de las armas de tal manera que, incluso sometida la práctica totalidad del reino visigodo de Hispania y la provincia narbonense de las Galias, su avance continuó hasta plantarse en el 732 —a los cien

años justos de la muerte del profeta Mahoma— ante las mismas puertas del corazón de la cristiandad occidental. La derrota sufrida por las huestes islámicas en la batalla de Tours, cerca de Poitiers, a manos de Carlos Martel —mayordomo del rey de los francos Thierry IV y antepasado de Carlomagno—, sirvió no sólo para frenar el arrollador avance sarraceno por Europa, sino también para que la cristiandad reaccionara. De esta forma, y tras cien años de encarnizada «guerra santa», se produce un paulatino retroceso de la frontera occidental islámica. Sin embargo, la cristiandad había pagado un alto precio: se había perdido casi toda la Hispania visigoda, una parte de las Galias, todo el norte de África, Egipto, Siria, Palestina y una parte de Asia Menor.

En Hispania, después de la batalla de Guadalete, o de la laguna de la Janda, que se cree que tuvo lugar en el 711 y en la que perdió la vida el último rey visigodo, don Rodrigo, permanecieron algunos focos de resistencia en las cordilleras cantábrica y pirenaica. Estos núcleos cristianos impidieron la conquista total de la península Ibérica. En el resto del territorio invadido se formó el reino musulmán de Al Ándalus, si bien algunas ciudades visigodas mantuvieron cierta autonomía, como, por ejemplo, las plazas de Lorca, Elche, Alicante, etcétera, gobernadas por el conde Teodomiro de Orihuela.

Tanto en Al Ándalus como en el resto de territorios ocupados durante la expansión islámica, se mantuvo una considerable población cristiana y judía que permaneció fiel a su credo. El islam respetó en distinta medida a los no-paganos, esto es, a los que los musulmanes llamaban «las gentes del Libro» (las gentes de la Biblia). De hecho, la población cristiana de Oriente, nestorianos y monofisitas en su mayoría, acogió con alivio la dominación musulmana, por considerarla menos gravosa que la de los emperadores ortodoxos de Constantinopla. Incluso los propios cristianos ortodoxos de Palestina se resignaron al conquistador musulmán, puesto que las condiciones que éste les ofrecía parecían bastante tolerables. De cualquier forma, el islam no siempre fue tan benevolente: en los tiempos iniciales de la expansión islámica, durante el mandato del «caudillo de los creyentes», Omar ibn al Jatab (Omar), padre de Hafsa (una de las mujeres de Mahoma), los cristianos y los judíos fueron expulsados de Arabia, si bien es cierto que previamente se les pagaron indemnizaciones. Otro ejemplo muy posterior lo tenemos en Hispania, donde las persecuciones musulmanas afectaron a muchas personas, entre ellas, al gran filósofo judío Moisés Maimónides, conocido también como Rambam (contracción de Rabi Moisés ben Maimón; en árabe, Abu Amram Musa ben Maimum ibn Abdallah). Maimónides nació en Córdoba en 1135 y tuvo que huir a El Cairo con toda su familia. Además, tras la caída del califato de Damasco, en el año 750, y el triunfo de los abasíes de Bagdad —rivales de los omeyas—, la apacible existencia de las comunidades cristianas de Oriente se tornó muy problemática; los abasíes eran bastante menos tolerantes que sus antecesores.

Con el resurgimiento del poder militar bizantino a mediados del siglo x, que reconquistó para la cristiandad amplias zonas de Asia Menor, se estableció un cierto equilibrio en la zona. El temor a represalias bizantinas —sobre los musulmanes que poblaban los territorios reconquistados— permitió que los cristianos de Palestina bajo dominio musulmán conservaran, en cierta medida, su antiguo estatus de protegidos.

Más adelante, Jerusalén y Palestina quedaron en poder de los califas fatimíes, que desataron un período de persecuciones contra judíos y cristianos.

En cierta medida, el siglo xi se caracterizó por la ausencia de graves enfrentamientos y los cristianos de Palestina pudieron vivir con relativa tranquilidad. Las autoridades musulmanas eran conscientes de la atenta vigilancia que el emperador de Bizancio mantenía sobre sus hermanos cristianos en Tierra Santa.

En este clima de paz y tranquilidad, la bonanza económica no tardaría en propiciar un creciente intercambio comercial con los reinos cristianos de Occidente. En este momento comienzan también a llegar numerosos peregrinos a Tierra Santa. Este peregrinaje se había interrumpido tras la conquista musulmana de Palestina y Siria, entre los años 634 y 644.

LA RECONQUISTA DE HISPANIA: LA CRUZADA DE OCCIDENTE

La penetración de los pueblos germanos en España se había iniciado hacia el año 409. Llegaron varias oleadas, pero sólo los suevos perduraron durante cierto tiempo en tierras hispanas; estos grupos se establecieron en la Gallaetia (Galicia).

Con la caída del Imperio Romano, en el siglo iv de nuestra era, las tribus germanas del norte de Europa invaden sus territorios. Los visigodos ocuparán entonces la práctica totalidad de la antigua provincia imperial de Hispania, configurada como tal tras la segunda guerra púnica que enfrentó a romanos y cartagineses.

Los visigodos, cristianos arrianos acaudillados por Ataúlfo, establecerán la capital de su reino en Barcelona (415). La antigua colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino fue fundada por los romanos en el siglo i a.C. alrededor del *mons* Taber, sobre un antiguo asentamiento ibérico anterior (Barke-no). Sin embargo, pronto la capital del reino visigodo de Hispania fue trasladada al interior de la Península, a la milenaria Toletum (Toledo). El topónimo Cataluña, por tanto, derivaría de «Gotholunia» o «Gothland» («tierra de los godos»). (Tal vez convenga apuntar aquí que las corrientes románticas del siglo xix entroncaron esos territorios legendarios con el mito del Santo Grial).

En el III Concilio de Toledo del año 589, el monarca visigodo Recaredo se convierte al catolicismo. Algunos historiadores consideran que este hecho tuvo

especial importancia para consolidar la conciencia de unidad nacional. Con Recaredo, los hispano-visigodos renuncian a la herejía arriana y el gran grupo de población hispanorromana se incorpora a la vida activa del reino.

Dos siglos después, el aliento profético de Mahoma imprime a la nueva religión una dinámica expansionista; la vocación guerrera de los musulmanes estaba a medio camino entre el proselitismo religioso, las aspiraciones políticas y la *dawah* — predicación, invitación o llamamiento hacia el islam—.

La invasión musulmana de la península Ibérica está íntimamente ligada a la extensión del poder sarraceno en el norte de África. La expansión comenzó con la ocupación de Egipto entre los años 640 y 642, y, por tanto, la conquista de España es sólo una fase más de la expansión árabe.

Los visigodos, al parecer, habían oprimido desde antiguo a los judíos y muchos de ellos se habían refugiado en las costas del norte africano. Estos judíos exiliados hablaban de grandes riquezas en Hispania y la expectativa de suculentos botines en Sevilla o Toledo animaron a los musulmanes a atravesar el estrecho de Gibraltar. En su avance hacia el Atlántico, los musulmanes estaban capitaneados por el caudillo Musa ibn Nusayr (Muza), nacido en La Meca hacia 640 y, a la sazón, gobernador de Ifriqiya (Túnez) desde 708.

La aparente facilidad de la conquista de Hispania responde también a factores internos de la monarquía visigoda: los partidarios del noble visigodo Witiza pretendían apartar del trono al rey don Rodrigo. Lógicamente, Muza, el artífice de la conquista de África, no conquistó la plaza ceutí del conde don Julián, uno de los partidarios de Witiza. Y, según algunos historiadores, los hispano-visigodos perdieron la batalla inicial de julio de 711 contra los musulmanes por culpa de la traición de los witizanos. Según el historiador Ramón Menéndez Pidal, el rey Rodrigo no desconfió de sus nobles y concedió el mando de ambas alas de su ejército a los dos hermanos de Witiza: Sisberto y Oppa. Pero éstos ya habían pactado secretamente con Tarik, jefe del ejército de los *mawlas* o bereberes y lugarteniente de Muza, y habían acordado abandonar su puesto una vez trabada la batalla a cambio de tres mil alquerías o villas. Los hijos de Witiza, efectivamente, obtuvieron lo pactado años después (cfr. Crónica mozárabe de 754).

El avance islámico por tierras ibéricas fue rápido e imparable. Entre otras razones, porque las guerras intestinas de los siglos precedentes habían debilitado enormemente la monarquía electiva hispano-visigoda; de hecho, el reino de Hispania no estaba en disposición de resistir ningún tipo de amenaza medianamente organizada.

Sólo algunos visigodos se atrincheraron en el muro natural de los Picos de Europa, en la cornisa cantábrica, dispuestos a resistir la invasión musulmana. La tradición refiere que en aquellos escarpados montes se nombró caudillo de la resistencia al noble visigodo don Pelayo. La rebeldía de los astures, concentrada en una región

montañosa de difícil acceso y muy alejada de Córdoba —capital del nuevo reino islámico de Al Ándalus—, no preocupó en ningún momento a los valíes o gobernadores árabes, que nada hicieron en un principio por someterla.

Este núcleo de resistencia cristiana estaba compuesto en su mayor parte por nobles visigodos, además de algunos aborígenes (descendientes de las tribus celtíberas e hispanorromanos en menor medida). Su primera victoria está envuelta en la leyenda. El lugar se localiza en Covadonga y la fecha es difícil de precisar. Algunos historiadores la sitúan en el año 718; otros, en cambio, siguiendo la tesis más plausible del historiador Claudio Sánchez-Albornoz, sostienen que esa victoria no se produjo probablemente hasta el año 722.

De la batalla de Covadonga hay dos versiones: la cristiana y la musulmana. El siguiente párrafo pertenece a la Crónica árabe de Al Maxqqari:

«En tiempo de Ambasa se levantó en tierra de Galicia un asno salvaje llamado Pelayo [...]. Los musulmanes los sitiaron y los fueron matando, pero [...] la situación de los musulmanes llegó a ser penosa y al cabo les despreciaron diciendo: “Treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos?”».

A partir de ese momento comienza la llamada Reconquista. Los territorios recuperados se organizaban en reinos conforme a la política feudal característica de la Edad Media hispánica: los territorios se dividían entre los herederos o se reunían mediante alianzas matrimoniales. Los reinos cristianos se entregaron con frecuencia a guerras, generalmente por razones dinásticas y territoriales, y algunas veces se aliaron contra el invasor musulmán.

La Orden del Temple aparece por vez primera en Occidente el 19 de marzo de 1128, diez meses antes del Concilio de Troyes, en el que la Orden recibiría la Regla y sería oficialmente constituida. En esa fecha, la reina doña Teresa de Portugal otorga al templario Raimundo Bernardo el castillo de Soure, con todas sus rentas y pertrechos. La ceremonia de donación de Soure se celebró en la ciudad de Braga y en ella estuvo presente el rey de León, don Alfonso VII *el Emperador*. (Alfonso VII fue coronado emperador siete años después en la ciudad de León; gobernaba los Reinos de León y Castilla tras la muerte de su madre, la reina doña Urraca, en 1126). Éste sería el primer contacto del futuro emperador, gran impulsor de la Reconquista, con la Orden del Temple.

La Reconquista se prolongó hasta el año 1492, en que los Reyes Católicos tomaron el último reducto musulmán en España: el Reino de Granada, tras la rendición de su rey Muley Baudili (Boabdil *el Chico*).

Mas no adelantemos acontecimientos.

LOS PEREGRINOS A TIERRA SANTA Y LA CAÍDA DEL IMPERIO BIZANTINO

El rey de los francos y emperador de los romanos, Carlomagno (742-814), y el califa Harun al Rashid (786-809) mantenían buenas relaciones y ello propició un incremento notable de peregrinos deseosos de acudir a Jerusalén. La consecuencia inmediata de esta afluencia de fieles es el establecimiento de hospederías en distintos lugares de Tierra Santa. Sin embargo, la progresiva aparición de piratas musulmanes en Oriente interrumpió una vez más la corriente de peregrinación cristiana a Jerusalén. Además, las incursiones escandinavas en el Mediterráneo perturbaron la seguridad de la navegación.

Las peregrinaciones por mar se reanudaron hacia el año 960, cuando los piratas musulmanes perdieron sus bases en Italia y el sur de Francia, así como la isla de Creta, que cayó bajo poder bizantino. También comienzan a llegar peregrinos vía terrestre, a principios del siglo XI; ello fue posible gracias a la conversión al cristianismo de los monarcas húngaros y la conquista de la península balcánica por los bizantinos. Ahora la ruta hasta la frontera con el islam era segura.

Mientras hubo estabilidad en la zona, gracias a la predisposición de Bizancio y de los musulmanes de Palestina, el comercio y el movimiento de peregrinos hacia Jerusalén fue posible, pero cuando el Imperio Bizantino sucumbe en el desastre de la batalla de Malazgirt (Manzikert, año 1071) ante los turcomanos selyúcidas —tribus nómadas de Asia Central recién convertidas al islam—, el caos político se instala en Constantinopla, la capital de Bizancio.

Con el poder militar bizantino destruido, los turcos comienzan a invadir Anatolia y a ocupar y devastar Asia Menor, principal fuente de cereales, ganado, caballos y soldados del imperio. En este bélico e inestable escenario, el turco Atsiz ibn Abaq conquista Jerusalén en el mismo año 1071, arrebatándosela a los musulmanes egipcios que la gobernaban. Las huestes turcomanas ocupan entonces toda Palestina, hasta la fortaleza fronteriza de Ascalon. Ambos hechos, la caída de Bizancio y la conquista de Jerusalén, produjeron una gran conmoción entre los bizantinos, el Papado y los europeos. Las consecuencias inmediatas fueron doscientos años de enfrentamientos bélicos que se conocen con el nombre de «cruzadas».

A pesar de que los fatimíes de Egipto intentaron reaccionar y recuperar el control de Palestina, este territorio y toda Siria quedó bajo dominio turco a partir del año 1079.

Ante el desorden reinante en Anatolia —con pequeños tiranos locales implantando impuestos abusivos y saqueadores en los caminos—, las peregrinaciones terrestres a Tierra Santa se volvieron tan peligrosas que terminaron prácticamente por desaparecer. Y esto fue así aunque los nuevos señores de Palestina, los turcos, no mostraran en principio especial animosidad contra los cristianos.

No obstante, a pesar del éxito inicial de los turcos selyúcidas al retomar el control de Palestina, las continuas guerras con los cruzados irían mermando sus fuerzas.

LAS VÍSPERAS DE LA PRIMERA CRUZADA

En el incesante combatir de los reinos cristianos hispanos contra los musulmanes de Al Ándalus hay circunstancias que convierten la guerra peninsular en un claro antecedente de la primera cruzada. Fue muy habitual la participación de caballeros procedentes de otros países de Europa en las batallas de reconquista. En el año 1064, un contingente militar de caballeros francos al mando del duque de Aquitania, Guido Godofredo, acude a la llamada de auxilio del Reino de Aragón, que se veía asediado por el empuje sarraceno. Esta expedición fue aprobada por el papa Alejandro II, que no sólo concedió la remisión de los pecados de aquellos que participasen en ella, sino que envió a su portaestandarte Guillermo de Montreuil. Este ejército conquistó la ciudad de Barbastro a principios de agosto de 1064, aunque el 17 de abril de 1065 volvió a ser recuperada para el islam por el rey de la taifa de Zaragoza (la antigua Cesaraugusta).

Esta experiencia —un llamamiento pontificio para el auxilio de un reino cristiano— sentó un precedente que años más tarde se manifestaría nuevamente al calor de una creciente conciencia solidaria hacia los hermanos cristianos de Oriente, que comenzaron a sufrir toda clase de atropellos por parte de los invasores turcos. Además, toda una serie de hechos propiciaron que aquel 27 de noviembre de 1095 el papa Urbano II lanzase un solemne llamamiento, en lengua *d'oïl*, su romance natal que se hablaba al norte del Loira, ante una inmensa muchedumbre reunida en una explanada extramuros de la ciudad de Clermont. Los hechos que propiciaron este llamamiento fueron:

— La angustiada petición de auxilio de los cristianos orientales, bizantinos en su mayor parte, que veían profanadas sus iglesias y santuarios por el invasor turco. Esta llamada de auxilio partió incluso del emperador bizantino Alejo I, al que el papa había levantado en el Concilio de Melfi, en 1089, la excomunión que pesaba sobre él.

— La importante influencia que, sin duda, debió ejercer en el pontífice la decisión del potentado conde de Tolosa y marqués de Provenza, Raimundo de Saint Gilles (más conocido como Raimundo de Tolosa).

— La creciente hostilidad de los musulmanes hacia los peregrinos que marchaban a Jerusalén, que eran víctimas de vejaciones, asaltos, robos y muertes violentas, así como las dificultades y la práctica interrupción de las peregrinaciones a Tierra Santa debido a los excesos cometidos por los turcos.

— La invasión de Tierra Santa a manos de los infieles (nunca asumida realmente por los cristianos), y la especial devoción que la ciudad de Jerusalén y sus Santos Lugares

merecían a todos los fieles cristianos.

— La entrevista que mantuvo el papa con el monje Pedro de Amiens *el Ermitaño*, un elocuente visionario al que muchos historiadores consideran como el verdadero artífice de la idea de una cruzada a Tierra Santa.

Estas razones constituyeron la base de la arenga que el papa Urbano II lanzó ante su auditorio del Concilio de Clermont, en el que estuvieron presentes más de trescientos obispos, abades y altos clérigos. No es de extrañar que la multitud enfebrecida vibrase en un grito unánime y entusiasta de devota belicosidad, «*Deus le volt!*» («¡Dios lo quiere!»), que pondría en marcha a los caballeros de Occidente hacia Tierra Santa.

LA PRIMERA CRUZADA (1095-1099)

A la exhortación pontificia respondieron príncipes, nobles, caballeros, burgueses, campesinos y menestrales, procedentes fundamentalmente de Francia y de los territorios próximos, como Borgoña, Champaña, Aquitania, Lorena, Provenza, Flandes, etcétera. Todos enarbolaron la cruz cristiana para lanzarse a la nueva conquista de Jerusalén.

Aunque algunos historiadores piensen que aquel movimiento fue un fenómeno puramente materialista y económico, una aventura de expansión colonial para la creación de bases en Oriente Próximo que facilitasen el comercio con Europa, lo cierto es que la cruzada, con todas sus sombras y aberraciones, nació de una explosión de fe, de un ideal profundamente espiritual y cristiano. Con el fin de encauzar el entusiasmo desbordante, el papa designó como legado pontificio al obispo de Puy-en-Velay, Ademaro de Monteil: este prelado debía ejercer como jefe espiritual de la cruzada. En el discurso de Clermont, Ademaro de Monteil se había postrado ante el papa y había rogado por un puesto en la cruzada. El pontífice estableció un día de partida señalado: la fiesta de la Asunción del año 1096. Ese día, todos los cruzados deberían partir hacia Constantinopla desde los distintos reinos cristianos y concentrarse allí, en la capital de Bizancio.

Mientras se reclutaba a los «peregrinos armados», pueblo llano en su gran mayoría, el papa recomendó a los obispos y abades el reclutamiento de nobles y caballeros para formar el contingente principal de la expedición. Entre los grandes señores que hicieron «voto de cruzado» había personajes de gran relevancia, por ejemplo, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, vasallo del Sacro Imperio Romano Germánico y descendiente de Carlomagno; también partirían hacia Constantinopla sus hermanos Eustaquio, conde de Boloña, y Balduino, así como su primo, Balduino de Le Bourg, hijo del conde de Retel. Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I de Francia, también fue cruzado. Otros nombres no menos importantes eran: Roberto,

duque de Normandía; su cuñado Esteban de Blois, conde de Chartres; el conde de Hainaut; el conde de Norfolk; Garnier, conde de Gray; Conon de Montagut; Dudon de Gouts; Rainaldo y Pedro de Toul; Hugo y Godofredo de Hache; Geraldo de Cherisi; Hugo de San Pablo y su hijo Engelrando, y otros ilustres señores.

Los cruzados de la Provenza y del Midi (sur de Francia) emprendieron la marcha bajo las órdenes de Raimundo, conde de Tolosa y esposo de la infanta aragonesa Elvira. Raimundo ya era un caballero distinguido por sus gestas en las guerras de la reconquista de España contra los sarracenos; el rey Alfonso VI de Castilla le había confiado el mando de un cuerpo del ejército que había tomado Toledo en 1085. Entre los cruzados que acompañaron a Raimundo de Tolosa cabe destacar al arzobispo de Toledo, Bernardo, acompañado por un gran número de nobles y vasallos españoles, entre ellos, un considerable contingente de caballeros catalanes. Y desde Italia partió otro ejército de cruzados normandos bajo las órdenes del príncipe de Tarento, Bohemundo, y de su primo Tancredo y otros grandes señores.

Pedro *el Ermitaño*, un sacerdote de la diócesis de Amiens, había sufrido en sus viajes a Palestina vejaciones y atropellos por parte de los infieles. De regreso a su tierra, había permanecido en un retiro solitario y austero, dedicado a la práctica de las virtudes cristianas. Sin embargo, Pedro *el Ermitaño* era un personaje excitado por el celo religioso y la devoción, y era el responsable de un plan para liberar la Ciudad Santa mediante una cruzada. Ahora, incluso antes de la partida del gran contingente de caballeros cruzados, el clérigo de Amiens había conseguido reunir a una gran multitud del pueblo llano, dispuesta a seguir sus pasos hacia Palestina. Su expedición popular se puso en marcha en abril de 1096, cuatro meses antes del día señalado.

El Ermitaño había urdido este plan tiempo atrás, después de haber visitado y llorado sobre la cumbre del monte Calvario y la tumba del Salvador. Otras fuentes señalan que Pedro *el Ermitaño*, siendo preceptor de Godofredo de Bouillon, promovió la cruzada tras establecer una serie de alianzas en la abadía de Orval, en las Ardenas (Bélgica). Al parecer, todos sus movimientos estaban encaminados a preparar a su candidato para ocupar el trono de la Ciudad Santa. En cualquier caso, Pedro *el Ermitaño* ya había comunicado al patriarca griego, Simeón, su plan de cruzada. Simeón llegó incluso a redactar una carta de recomendación dirigida al papa Urbano II. El clérigo de Amiens presentó la carta al pontífice y le expuso, entre lamentos, el penoso estado en que se hallaban los cristianos de Jerusalén. El papa asistió conmovido al relato detallado de Pedro *el Ermitaño* y, casi con toda seguridad, ésta fue la principal razón que impulsó la idea de cruzada.

El primer contingente de la llamada «cruzada popular» se puso en marcha hacia Jerusalén. Lo componía un grupo ecléctico de campesinos, siervos, menestrales de baja estofa, algún hidalgo y un escaso número de caballeros segundones, más una conspicua agrupación de bandidos y otros facinerosos decididos a redimir sus pecados y su

miseria luchando por la cruz. Este heterogéneo contingente estaba bajo la dirección de un caballero segundón, Gualterio *Sans Avoir* (Sin Nada), que partió de Colonia por el valle del Rin y cometió en su ruta diversas rapiñas y desmanes.

Días después, el grueso del ejército popular, sin preparación militar alguna, siguió los pasos de Gualterio y se puso en camino bajo la dirección de Pedro *el Ermitaño*. El «ejército» del predicador estaba compuesto por unas veinte mil almas de campesinos, siervos, trabajadores urbanos, vagabundos e incluso de mujeres y niños, en su mayor parte procedentes de Alemania.

Entre tanto, un tercer grupo —integrado casi exclusivamente por alemanes— se preparaba para marchar al mando de algunos miembros de la nobleza menor alemana, con algunos condes a la cabeza.

A mediados de junio, la tropa de Pedro —denominada en algunas crónicas como «la horda»— participó en motines, asaltos, saqueos y batallas campales contra los pechenegos, los mercenarios bizantinos. Tras dejar a su paso cuatro mil muertos en una ciudad húngara y después de haber saqueado e incendiado la ciudad de Belgrado, se presentaron ante Constantinopla en el mes de agosto. Por el camino había caído una cuarta parte del contingente a manos de las tropas del emperador bizantino. El emperador Alejo, para apartarlos de la ciudad, los trasladó al otro lado del Bósforo e instó a Pedro *el Ermitaño* a que esperase la llegada del contingente militar cruzado. Pero la muchedumbre prefirió obedecer a algunos jefes improvisados y alocados que organizaban incursiones depredadoras por las inmediaciones, e incluso osaron acercarse hasta las puertas de Nicea, capital del sultanato de Rum, gobernado por el sultán turco selyúcida Solimán Kilij Arslam I, dominador de la Anatolia central y occidental. Finalmente, tras varias incursiones y saqueos por la zona, y un combate en que la vanguardia francesa de la cruzada popular derrotó a un destacamento turco, los alemanes se envalentonaron y cometieron una imprudencia: al rebasar Nicea, fueron vergonzosamente derrotados y capturados. Los escasos nobles que quedaban en el campamento de Civetot se pusieron en marcha hacia Nicea, al mando de Guillermo de Burel, y terminaron masacrados en el angosto valle de Dracon. El campamento de Civetot había quedado desguarnecido y los turcos se dieron a una terrible carnicería: irrumpieron como un vendaval y arrasaron con todo; sólo algunos jóvenes y muchachas se salvaron, aunque fueron destinados a los mercados de esclavos. Así terminó la cruzada popular, el 21 de octubre de 1096. Para entonces, Pedro *el Ermitaño* ya se había unido a Godofredo de Bouillon en el golfo de Nicomedia, junto al resto de líderes cruzados.

Antes de la caída de la cruzada popular, concretamente, el 15 de agosto de 1096, fiesta de la Asunción, la verdadera hueste cruzada, dirigida por jefes experimentados, príncipes y grandes nobles animados por el espíritu religioso y celo de la mayor gloria de Dios, partió desde distintos puntos del Occidente cristiano con sus mesnadas de

caballeros. A finales de 1096 empezó a llegar a Constantinopla el ejército del duque de Lorena, Godofredo, que acampó a orillas del Cuerno de Oro, extramuros de la capital bizantina.

El emperador Alejo pretendió que Godofredo de Bouillon le jurase fidelidad, como lo hiciera anteriormente el hermano del rey de Francia, Hugo de Vermandois, pero el duque de Lorena se negó a tal vasallaje y por ello fue castigado con la interrupción de suministros.

Godofredo lanzó entonces un ataque contra las imponentes murallas de Constantinopla, pero los imperiales consiguieron una brillante victoria defensiva y Godofredo tuvo que avenirse a prestar juramento ante Alejo. El gigantesco príncipe normando Bohemundo, el más temido por el emperador, juró fidelidad al primer requerimiento, y se congració con él de tal forma que obtuvo la jefatura de todas las fuerzas de Bizancio en Asia, e incluso fue transportado por la marina bizantina para reunirse con el ejército de Godofredo, que aguardaba acampado en Pelicano.

Sin embargo, las relaciones del emperador con los cruzados no siempre fueron tan amistosas: el tenaz e independiente sobrino de Bohemundo, Tancredo, se había negado a rendir vasallaje al emperador y consiguió escabullirse con sus fieles a la otra orilla del estrecho.

Otro de los ejércitos cruzados, el de Raimundo de Tolosa, que iba acompañado por el legado pontificio Ademaro, había llegado por la difícil costa de Dalmacia y el norte de Grecia. Raimundo ofreció al emperador Alejo un ambiguo juramento, estableciendo un pacto de amistad y alianza con él, pues le interesaba oponerse a las pretensiones de Bohemundo de lograr un principado en Oriente para escapar de sus rivalidades familiares en el sur de Italia.

Y el cuarto y formidable ejército cruzado, que llegó unas semanas después, iba al mando del duque de Normandía, hijo mayor de Guillermo *el Conquistador* de Inglaterra, al que acompañaban importantes señores, como su cuñado Esteban de Blois, con quien compartía el mando, el conde de Flandes, el conde de Norfolk —único representante inglés de la expedición—, etcétera. Todos ellos juraron fidelidad al emperador Alejo, aunque sin la menor intención de observarla.

Los ejércitos cruzados habían ido pasando a Asia poco a poco y se reunieron el 6 de mayo de 1097 en las montañas próximas a Nicea. Desde allí contemplaron las murallas de Nicea, capital de Bitinia y del sultanato de Rum. Se trataba de una ciudad fabulosamente fortificada, con más de trescientas setenta torres. Los cruzados sitiaron la plaza, pero un ejército musulmán al mando del sultán Kilij Arslam se presentó con más de cien mil hombres para hacer levantar el cerco. Se dio entonces una encarnizada batalla que duró doce horas y que ocasionó numerosas pérdidas en ambos bandos (dos mil cristianos y cuatro mil musulmanes). En fuga el enemigo, y con generosos envíos de víveres que hacía llegar el emperador Alejo, el ejército cruzado continuó cercando

Nicea, sometiendo la ciudad tras un enérgico asedio el 19 de junio.

Desde Nicea, los cruzados penetraron por las regiones de Asia Menor. A veces se trataba de insufribles desiertos en los que el principal enemigo era la escasez de agua. En esta incursión rindieron con facilidad la ciudad de Galas, ocupada por los turcos, y continuaron adelante por la principal calzada bizantina, derrotando a numerosos batallones que esperaban la llegada de los cruzados apostados en las dos orillas del puente del Oronte.

Al otro lado del puente, el ejército cruzado se dividió en dos cuerpos: uno, bajo las órdenes de Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa, Hugo *el Grande*, Roberto de Flandes y el legado pontificio Ademaro; el otro cuerpo era menos numeroso y seguía su marcha bajo la dirección de Bohemundo, Tancredo y el duque de Normandía. Cuando este último grupo llegó al valle de Gorgoni, fue sorprendido por los musulmanes: ocultos en las escabrosas montañas, se precipitaron como un torrente contra los cristianos. Inferiores en número, los cruzados soportaron con valor el ímpetu y la violencia del enemigo, pero en tan desigual lucha, la derrota de los cristianos parecía inevitable. Agotados y exhaustos, abrumados por la avalancha de musulmanes que se les había venido encima inopinadamente, los cristianos estaban a punto de caer. Tras varias horas de combate desesperado, llegó en socorro de sus hermanos el cuerpo cruzado al mando de Godofredo de Bouillon; en una maniobra envolvente, el ejército del duque destruyó completamente a las huestes sarracenas. En esta batalla, acaecida en el desfiladero de Dorilea, los cristianos perdieron cuatro mil hombres y en ella destacó el obispo Ademaro, que hizo gala de su habilidad como gran estratega y combatiente al estilo de los obispos guerreros de España.

Los ejércitos cristianos continuaron su marcha y se internaron en las abrasadoras regiones de Frigia, donde el hambre y la sed diezmaron terriblemente a los cruzados. A mediados de agosto llegaron a Iconio, donde tras un breve descanso se pusieron en camino hacia Heraclea. Allí combatieron y dispersaron algunas tropas turcas apostadas y se dividieron en dos grandes grupos: uno se desvió por Cesarea y el otro, por las montañas del Tauro y Tarso. Esta decisión se tomó a instancias de Balduino, hermano de Godofredo de Bouillon, y de Tancredo: estos dos capitanes decidieron separarse del ejército principal para buscar y conquistar un acceso marítimo que favoreciera un control posterior de la zona. El objetivo era la plaza de Tarso, la ciudad natal de San Pablo, y se accedía a esta localidad a través de las difíciles Puertas Cilicias. Estos dos ambiciosos y aventureros jefes cruzados, Balduino y Tancredo, pretendían hacerse con un principado independiente cada uno, sin renunciar por ello a seguir cooperando con la cruzada una vez logrado su propósito.

El 10 de septiembre, las mesnadas de Tancredo y Balduino se dirigieron a Cilicia a través de las imponentes montañas del Tauro. Balduino, tras atravesar el Éufrates, se apoderó de la ciudad de Edesa, de cuyo nombre tomó el título de príncipe. Por su

parte, Tancredo logró un gran éxito al derrotar a los turcos y tomar la ciudad de Tarso, capital de Cilicia, pero hubo de cedérsela a Balduino, pues la presencia de la mesnada de éste, muy superior a la de Tancredo, fue la que provocó la rendición de los turcos. Balduino dejó como gobernador de Tarso, en su nombre, al pirata Guyemer de Boloña, y siguió los pasos de Tancredo. Se reunió el grueso del ejército cruzado en su campamento de Marash. En este lugar, Balduino hubo de enterrar a su esposa Godvere y a sus hijos, que habían sucumbido a las penalidades de la cruzada.

Finalmente, el ejército cruzado, tras rodear Cesarea y ser recibido como libertadores en los territorios armenios, logró alcanzar Antioquía, la ciudad de las cuatrocientas torres. Era el 20 de octubre de 1097. Tomada esta plaza, tras siete meses y medio de penosísimo asedio, se presentó frente a las murallas Kerbogha, el feroz *atabeg* de Mosul, con doscientos mil combatientes. La aflicción, el desaliento y el terror no podían ser mayores entre las tropas cristianas, pero salieron al encuentro de Kerbogha con una decisión insospechada. El valor con que afrontaron la lucha y su tenacidad a la hora de entrar en combate fueron el origen de numerosas leyendas: al parecer, un clérigo de Provenza —un campesino visionario y medio loco, según otras fuentes— llamado Pedro Bartolomé había encontrado la Sagrada Lanza enterrada en la iglesia de San Pedro de Antioquía. Este hierro sagrado, que los cruzados identificaron con la lanza que el centurión romano Longinos utilizó para herir el costado del Salvador, dio alas a los cristianos en aquella ocasión y les permitió salir victoriosos en un lance que amenazaba con ser el final del ejército cruzado.

De cualquier forma, el asedio, captura y defensa de Antioquía había retrasado quince meses la marcha de la cruzada hasta su principal objetivo: la ciudad santa de Jerusalén.

La victoria en campo abierto sobre dos grandes ejércitos musulmanes y la rendición de Antioquía fueron suficientes para atemorizar a los emires y pequeños soberanos musulmanes de aquellas regiones, los cuales se apresuraron a rogar una tregua. Solicitaron un régimen de alianzas y buscaron la paz con los cruzados, les ofrecieron tributos e incluso les franquearon el paso hasta Jerusalén.

El califa fatimí de El Cairo, Al Mustali, también ofreció tropas auxiliares para la conquista de la Ciudad Santa, pero aprovechando las luchas entre los turcos y los cristianos, ordenó al gran visir de Egipto Al Afdal que se apoderase de Jerusalén. Tras cumplir la misión encomendada y arrebatarse la ciudad a los turcos, el propio visir Al Afdal la gobernó en nombre del califa. Éste justificó su vil maniobra traicionera diciendo que los turcos se la habían usurpado a su padre cuarenta años atrás, y que los cristianos tendrían suficiente con poder visitar los Santos Lugares; de hecho, se les ofreció esa posibilidad.

Los cruzados permanecieron inactivos en Antioquía, y allí la peste y otras calamidades diezmaron sus efectivos. El valeroso obispo Ademaro de Puy murió

aquejado de fiebre tifoidea. Finalmente, se resolvió proseguir la marcha hacia Jerusalén, el ansiado objetivo final y meta de su heroica peregrinación. Reemprendieron la marcha desde la ciudad de Marat —recientemente conquistada—, a unos cien kilómetros al sureste de Antioquía, y siguieron el camino interior de Siria, con Raimundo de Tolosa al frente del cuerpo del ejército cruzado.

Las fuerzas cruzadas de Raimundo de Tolosa se encontraban ahora un tanto desprotegidas: no tenían el apoyo de los contingentes de Bohemundo y Balduino, y aún no habían contactado con Godofredo y Roberto de Flandes. Raimundo, que no contaba con más de mil caballeros y unos cinco mil infantes, se detuvo ante las murallas de Arga, al norte de Trípoli, a la espera de refuerzos que deberían llegar de Antioquia. Mientras asediaba esta ciudad, el duque de Lorena y el conde de Flandes marchaban con sus ejércitos a su encuentro, por la costa. Finalmente, tras muchas penalidades y vicisitudes, los cruzados se adentraron en las colinas de Judea por la calzada romana que habían hollado los pies de Jesucristo y los apóstoles. Ello les hacía sentir la emocionante proximidad de Jerusalén; en la mañana del 7 de junio de 1099, por fin, sus ojos pudieron contemplar en el horizonte las murallas de la Ciudad Santa. El historiador Ricardo de la Cierva relata ese instante:

«El conde de Tolosa, veterano de las guerras contra la morisma en España, fue seguramente uno de los primeros occidentales que necesariamente evocó, en aquella mañana de junio, la clara semejanza de Jerusalén con la ciudad española de Toledo. La víspera, en la aldea de Emaús, se habían postrado ante los jefes cruzados los emisarios de la pequeña ciudad de Belén, a la que se dirigieron inmediatamente Balduino de Le Bourg, primo de los hermanos Godofredo de Bouillon y Balduino de Boloña, y el italo-normando Tancredo, que fueron recibidos en triunfo por los habitantes, casi todos cristianos, que les besaban la mano como libertadores. En la madrugada siguiente, Tancredo, Balduino y sus caballeros, que habían saludado como un presagio favorable el eclipse de la media luna, se reincorporaron al ejército cruzado en el recodo de la calzada que hemos descrito, llamado Montjoie, Monte de la Alegría, por los peregrinos de Occidente. Descendieron hacia el torrente Cedrón sin sentir el calor que caía sobre aquella tierra árida, sin apenas un árbol» (*Templarios: la historia oculta*. Fénix, Madrudejos, 1998).

Tras estudiar el dispositivo estratégico de asedio y combate, los cruzados decidieron atacar al ejército del califa y tomar Jerusalén por la fuerza. Los cristianos estaban enfurecidos porque el califa había roto el pacto que aseguraba a los cruzados la posesión de la ciudad. Había transcurrido un año de luchas y penalidades, y durante ese tiempo habían doblegado toda la resistencia que encontraron a su paso.

Después de un mes largo de penosísimo asedio a Jerusalén, los príncipes cruzados

decidieron que el asalto a la ciudad defendida por el gobernador fatimí Iftikhar comenzase en la noche del 13 al 14 de julio.

Durante toda la noche, los efectivos cruzados (unos mil doscientos o mil trescientos caballeros y unos doce mil infantes) intentaron encaramarse a las murallas. Para ello, rellenaron los fosos, aproximaron las torres de asalto y lanzaron las escalas, pero hasta el mediodía del 15 de julio no consiguieron subir a lo alto de la muralla. Los primeros en el asalto fueron algunas tropas de vanguardia, a cuya cabeza estaba Godofredo de Bouillon, que tuvo el honor de ser el primer gran cruzado que entró en la Ciudad Santa. Finalmente, tras abrir las puertas al grueso del ejército cruzado, éste penetró en tromba por las calles de la ansiada Jerusalén. La victoria fue aplastante, pero también debe recordarse que en aquella ocasión se produjo una gran matanza. Toda la población musulmana y judía fue pasada a cuchillo. La población cristiana no fue testigo de la toma de Jerusalén, ya que había sido expulsada de la ciudad antes de que ésta se produjese. El gobernador Iftikhar y un puñado de sus hombres salvaron la vida a cambio de un gran tesoro que el califa había encomendado a su custodia.

Tras el infernal fragor de la batalla, los grandes señores de la cruzada, extenuados, polvorientos y gozosos, se postraron con devoción ante el Santo Sepulcro de Cristo. Sin duda, aquel momento debió de ser indescriptiblemente emocionante. La cruzada había alcanzado su objetivo, a costa de muchas vidas. Reintegrada Jerusalén a la cristiandad, el camino para los peregrinos había quedado abierto. El 22 de julio, los señores de la cruzada se reunieron para nombrar un rey que gobernase la Ciudad Santa y todo el Reino Latino de Jerusalén.

Cuatro eran los candidatos a ser coronados: Raimundo de Tolosa, Godofredo de Bouillon, Roberto de Flandes y Roberto de Normandía. Dado que Raimundo de Tolosa no aceptó tal dignidad, finalmente fue elegido Godofredo de Bouillon, que rechazó el título de rey y adoptó el de *Advocatus Sancti Sepulchri* (Defensor del Santo Sepulcro). «Nunca llevaré corona de oro donde el Señor la llevó de espinas», habría dicho el primer monarca del recién nacido Reino Latino de Jerusalén.

Godofredo de Bouillon murió en 1100, siendo proclamado rey de Jerusalén su hermano Balduino I, que era conde de Edesa (1098-1100), quien anexionó a su reino Beirut, Sidón y Acre.

EL MONACATO REFORMADOR: DE CLUNY AL CÍSTER

Las páginas anteriores resumen el panorama bélico en que se desarrolló la fundación de la Orden monástico-militar del Temple. En este contexto, la aparición de nuevas órdenes religiosas obedecía a una corriente reformista en los monasterios. Se buscaba mayor rigor moral y disciplinario del que se había iniciado mucho tiempo atrás con el

modelo reformista de una rama de los benedictinos —llamados cluniacenses, por haberse establecido en Cluny—. La reforma cluniacense se había verificado en esa población francesa cuando Guillermo de Aquitania fundó, en 910, un gran monasterio para dar acogida a esta rama de la Orden de San Benito.

En el aspecto organizativo, el triunfo del monacato reformador posibilitó que éste fuera diversificándose hasta definir nuevas modalidades religiosas: ascéticas, hospitalarias o guerreras.

En el ámbito espiritual, el redescubrimiento de una pobreza evangélica —ligada a la idea de retorno a la vida y la predicación apostólica del primitivo cristianismo— produjo una quiebra entre los monjes y los monasterios con el mundo, o, dicho de otro modo, una acentuación de los elementos ascéticos. En este giro hacia el ascetismo tuvo mucha parte la reforma gregoriana.

El ascetismo es el esfuerzo o ejercicio espiritual que busca el crecimiento de la virtud y la liberación del espíritu, y, tradicionalmente, se había conseguido mediante la vocación eremítica. Esta tendencia difícilmente se podía conciliar con el modelo cenobítico, debido a su propia esencia: soledad, retiro, autodisciplina, etcétera. Un precedente de fusión provisional entre la vida comunitaria y la eremítica se había dado en la llamada *Regla de Crimleg*, redactada según parece en Metz (Francia), en la segunda mitad del siglo X. Esta regla codificaba la vida del monje recluso, ligándola a un monasterio, pero no solucionaba satisfactoriamente el elemento itinerante propio de los eremitas. La solución se encarnó en la Orden del Císter.

El origen de la orden cisterciense se remonta a 1098, cuando Roberto de Molesmes, antiguo abad de un rico monasterio benedictino dependiente de Cluny, fundó en las cercanías de Lyon el cenobio de Cîteaux (Císter), con la intención de retornar a los primitivos ideales evangélicos. Sin embargo, los verdaderos fundadores de la orden fueron Esteban Harding, inglés de nacimiento y tercer abad de Cîteaux, y Bernardo de Claraval, que dotó al movimiento de una dimensión verdaderamente supranacional. Ellos fueron los que implantaron los fundamentos religiosos y vitales de los llamados «monjes blancos». Básicamente, el ideal que inspiró a Harding y a Bernardo, ambos bien versados tanto en la ciencia sagrada como en la ciencia profana, fue el de propiciar un cambio de orientación del monacato occidental, más favorable desde principios del siglo XII a los aspectos ascéticos y eremíticos que al decadente modelo de Cluny, con su rigidez estructural y su apoyo a la legitimación del orden feudal. En definitiva, la idea era dotar a la prestigiosa vocación eremítica de una faceta colectiva hasta entonces inédita. El alejamiento del mundo —y no tanto la exclusiva vida solitaria— pasó a desempeñar un papel central en el nuevo monaquismo, para el que el trabajo manual, la pobreza y la dureza de la disciplina no representaban sino facetas de una sola concepción vital marcada por el ascetismo. En definitiva, se trataba de devolver al monacato la prístina pureza que se perdió con la excesiva mundanización

de Cluny.

Procedió entonces el Císter a observar *ad apicem litterae*, estrictamente, la regla de San Benito, y Esteban Harding redactó su *Carta caritatis* (c.1120), donde incidía en el factor de la uniformidad. La disciplina, el horario, los servicios religiosos, los libros de lectura, el régimen de comidas e incluso el tipo de construcción arquitectónica, entre muchas otras cosas, debían ser idénticos en todas las casas de la orden: el fin era evitar cualquier tentación de relajamiento. Además de reaccionar contra la laxitud de Cluny, este extraordinario rigorismo tenía un objetivo muy claro: «Reasumir el trabajo manual, adoptar un régimen más estricto y restablecer las iglesias monásticas y sus ceremonias a la solemnidad y simplicidad propias de la profesión monástica. Nunca pensaron en fundar una nueva orden y, sin embargo, de Cîteaux iban a salir, al paso del tiempo, colonias de monjes que deberían fundar otros monasterios destinados a llegar a ser otras Cîteaux, y así crear una orden distinta a la de Cluny» (*Enciclopedia Católica*; volumen I, ACI-Prensa, Lima, 1999).

Esta vocación de aislamiento y rigor, la separación del «mundo» o *fuga mundi*, la vida de oración y el trabajo fueron los elementos básicos para la fundación de nuevos monasterios: se buscaron zonas alejadas de las ciudades y de las grandes rutas comerciales.

Bernardo de Claraval ingresó en el Císter en el año 1112 y ésta fue, sin duda, la señal del extraordinario desarrollo de la Orden.

LA TRADICIÓN CÉLTICA Y SAN BERNARDO DE CLARAVAL

«El caballero de Cristo debe armarse con la paciencia como escudo;
la humildad, como coraza que preserva sus íntimas honduras;
la caridad como lanza, con la cual, dirigiéndose a todos con la provocación de la caridad, combate el combate del
Señor»

BERNARDO DE CLARAVAL, I S, 32

Bernardo de Claraval (1090-1153) nació en el castillo feudal de Fontaine-lès-Dijon. Sus padres pertenecían a la alta nobleza borgoñona. Su padre fue Tescelin *la Saure*, señor de Fontaine, vasallo del duque de Borgoña, jurisconsulto en la corte; su madre, Aleth de Montbard, era descendiente de los antiguos duques de Borgoña.

Siendo muy joven, Bernardo se trasladó con sus padres a Châtillon-sur-Seine, y allí estudió en la prestigiosa escuela de Saint-Vorles, vinculada a un capítulo colegial de canónigos regulares. (El obispo de Langres, Brunon de Roucy, les había confiado la dirección educativa de ese centro). Bernardo descubriría en esa escuela de Châtillon la dialéctica metafísica de Platón y a otros grandes maestros, con gran aprovechamiento en distintas disciplinas (humanidades, teología, música, gramática, retórica, etcétera).

Bernardo y una treintena de piadosos amigos se reunieron en Cîteaux el 21 de abril de 1112 y pidieron al abad cisterciense, Esteban Harding, «la misericordia de Dios». Ese año, Bernardo ingresa en el Císter. Desde muy joven, el monje cisterciense comienza a adquirir reputación de santidad y sus prédicas y escritos tuvieron desde muy pronto una gran difusión.

En Cîteaux, Bernardo se consagró al estudio de las Sagradas Escrituras, de la tradición patristica, a la regla de San Benito, etcétera.

En 1115, a petición de la diócesis de Auxerre, Esteban Harding designó a doce monjes para su tercera fundación y nombró prior del establecimiento a Bernardo. Éste y sus hermanos se instalaron el 25 de junio en los dominios de Hugo I, conde de Champaña y de Troyes; allí pondrían los primeros cimientos de una gran abadía y bautizaron el lugar con el nombre de Clairvaux (Valle Claro o Claraval, de donde procede el apelativo común de San Bernardo).

Bernardo vivió en ese lugar una vida de gran austeridad y virtuosismo, maltratando su cuerpo con vigiliias y ayunos, y, como relató Guillermo de Saint-Thierry, llegando a rezar de pie «de tal manera que sus rodillas debilitadas y sus pies inflamados se negasen a llevarlo».

Conforme a las reglas del ideal caballeresco, Bernardo hizo de la Virgen su dama; fue un gran impulsor del culto a María, a la que llamó Nôtre-Dame (Nuestra Señora o Nuestra Dama) y la consideró, de manera simbólica, como una mediadora que permitiría la ascensión por la pureza y humildad, una intercesora a través de la cual el alma se transforma en esposa mística y madre de Cristo. De hecho, también calificará a María como «*tabernaculum Dei, templum Filii*», al encontrar en ella el vaso sagrado o Santo Grial, la escalera, la montaña, la madre de la vida, la causa del establecimiento de la Unidad.

El papa Alejandro III dijo de Bernardo:

«Hubo un hombre enviado de Dios [...] que, prevenido y dotado de una gracia particular, manifestó con su propia conducta una santidad eminente; que brilló [...] por la luz de su fe y su doctrina, que por su palabra y su ejemplo propuso hasta a las naciones extranjeras y bárbaras los preceptos de la religión [...], que devolvió a la rectitud de la vida cristiana a una multitud infinita de pecadores que caminaban por la senda ancha del mundo; que se crucificó él mismo al mundo y crucificó al mundo en él mediante aflicciones corporales que le hicieron adquirir el mérito de los santos mártires [...].

»Este monje, taumaturgo, predicador, defensor de la Iglesia, cruzado, santo, se llamaba Bernardo de Claraval». (Carta Apostólica *Contigit olim*, XV Cal. feb. n. 1174, Anagninae d.).

El profesor de Historia de la Universidad París I (Panteón-Sorbona), Alain Desgris, sostiene que «San Bernardo no puede ser considerado sólo como el reanimador de una Iglesia docente, el hermano nutricio de los concilios, sino como un hombre de audaz celo apostólico que “apagó todas las antorchas del cisma, extirpaba las herejías, confundía a los herejes, refutaba a los cismáticos”. Fue, sin duda, uno de los más eficaces destructores de vicios y hombre que sacaba a los demás de su aturdimiento para empujarles al cielo» (*Guardianes de lo oculto*. Belacqva, Barcelona, 2002).

El abad Bernardo de Claraval, entregado a su devoción y a su celo por comprender hasta lo más profundo la esencia misma del pensamiento del Espíritu Santo, rehusando ampararse en el apostolado de su misión, firme en sus argumentos de dulzura y energía, supo utilizar mejor que ningún otro hombre de la Iglesia la amonestación, negándose a someterse a las meras servidumbres de la inactividad.

En su celo religioso, arremetía contra obispos como los de Fracasti, Palestrine y Ostie, diciéndoles: «Si vosotros no respondéis a Dios, a lo que espera de vosotros, un día sabrá haceros bajar de los lugares eminentes a los que Él os ha elevado, pero que vosotros no habéis sabido elevar con vuestras obligaciones» (*Cartas* 230 y 231). O abogaba por utilizar las armas «no corporales» contra los herejes: «En lugar de matar y quemar a los herejes, habría que persuadirlos para que rechazaran sus errores y volvieran a la fe verdadera, no por las armas, sino mediante los argumentos adecuados; ésta es la voluntad de Aquél que quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad» (*Sermones*, LXIV, 1 y 66).

Hay detalles muy significativos en la vida y obra de San Bernardo que no conviene pasar por alto, especialmente si tenemos en cuenta que este abad cisterciense estaría llamado a ser mentor ideológico de la Milicia de Cristo. (Algunos especialistas sostienen incluso que San Bernardo fue quien ordenó verdaderamente la Regla del Temple).

A Bernardo de Claraval, como a los propios templarios, se le atribuyeron conocimientos de la tradición drúidica. No hay que olvidar que los celtas proceden de Oriente, y Bernardo —como los templarios— sabía de las raíces primordiales de muchas de las referencias sagradas del Occidente cristiano. Bernardo utilizaba un sello que representaba una serpiente escapando de un vaso roto, lo cual no es otra cosa que la representación de una sierpe drúidica (símbolo de las corrientes telúricas). En *Misterios y revelaciones templarias* (Belacqva, Barcelona, 2003), el profesor Alain Desgris explica que el vaso roto representa el rechazo de las cosas materiales y terrestres (es decir, del tesoro que supuestamente contiene), y añade que tradicionalmente se ha representado a San Benito sosteniendo un vaso roto de donde escapa una serpiente. En *La tradition celtique dans l'art roman* (Bière, Burdeos, 1963), Marcel Moreau escribe: «Esos dos símbolos muestran veladamente la continuidad de la influencia de la vieja tradición, que ayudó mucho al cristianismo

naciente y encontró en la organización de éste un refugio seguro y discreto». Sin ir más lejos, el mismo Desgris repara en las interpretaciones que se han ocultado, como, por ejemplo, la del simbolismo trascendente del número 3, que conocemos por la referencia a la Trinidad: «Padre-Hijo-Espíritu Santo», y que los templarios observaban en sus reglas cuando se imponían luchar uno contra tres o comulgar tres veces al año, oír misa tres veces por semana, dar limosna tres veces. A este respecto, Louis Charpentier señala un curioso dato: «[...] algunas iglesias de las encomiendas que conservaban la advocación de Nuestra Señora del Temple todavía en el siglo xvii celebraban las tres misas semanales». (*Los misterios templarios*. Apóstrofe, Barcelona, 1995)

Los breviarios que mencionan las fiestas de los canónigos del Santo Sepulcro —los primitivos hermanos de la Orden de los templarios— indican claramente que, desde el punto de vista litúrgico, los hermanos seguían las reglas de la Iglesia latina de Jerusalén; esas ordenanzas mencionan que comulgaban tres veces al año: en Navidad, en Pascua y en Pentecostés, lo cual prueba cuáles eran los momentos que consideraban más importantes en la vida del Hijo de Dios.

No es fruto de la mera casualidad que dicho número (el 3) se repita en otras formas religiosas tradicionales y en otras corrientes filosóficas, como en la arcaica tradición céltica, por ejemplo, donde a menudo se emplean las desinencias *tri* y *treir*; tres partes en el mundo, tres principios y tres fines. Según los textos que nos han legado los celtas, los druidas profesaban una «religión» trinitaria ligada a la resurrección y a la inmortalidad del alma.

Uno de los textos herméticos más antiguos, el *Poimandres* (atribuido a Hermes Trismegisto), dice:

«Esta luz, soy yo, la inteligencia, tu Dios, anterior a la naturaleza húmeda que surge de las tinieblas, y el Verbo luminoso de la Inteligencia, ése es el Hijo de Dios.

»Éstos no están separados, porque la unión es su vida.

»La Palabra de Dios se elevó desde los elementos inferiores hasta la pura creación de la naturaleza, y se unió a la Inteligencia creadora, porque ella es de la misma esencia.

»En la vida y en la luz está el Padre de todas las cosas.

»Pronto descendieron las tinieblas [...] que se cambiaron en una naturaleza húmeda y confusa, y de ella surgió un grito inarticulado que parecía la voz de la luz; una palabra santa descendió de la luz sobre la naturaleza.

»Lo que en ti ve y oye es el Verbo del Señor; la Inteligencia es el Dios Padre.

»Yo creo en ti y te rindo testimonio; yo camino en la vida y la luz. Oh Padre, bendito seas, el hombre que te pertenece quiere participar de tu santidad como tú le has dado poder».

En cuanto al *Evangelio* de San Juan, el más apreciado por los templarios —y por los culdeos de la Iglesia céltica—, observamos que viene a decir lo mismo en su revelador prólogo:

- «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.
- »Él estaba en el principio con Dios.
- »Todas las cosas han nacido por Él, y nada ha nacido sin Él de cuanto ha nacido.
- »En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.
- »La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la abrazaron.
- »Ésta es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.
- »A los que la recibieron les dio poder de convertirse en hijos de Dios, a aquellos que creen en su Nombre» (Juan 1, 1-12).

San Bernardo y los templarios, como muchos otros sabios cristianos, comprendieron que si el Verbo de Dios ya era en el principio, y siendo éste la *raíz* primordial de toda revelación y manifestación divina ante los hombres, Cristo, como encarnación del Verbo, como *Mysterium Magnum* (el Gran Misterio) de la Creación, no era otra cosa que el *fruto* final y más sustancioso del «Árbol de la Vida».

La vida de San Bernardo proporciona episodios que lo asocian con la tradición céltica, como el sueño de su madre Aleth (referido en la *Prima Vita*, capítulo I, número 2) o las palabras del secretario Geoffroy en un sermón redactado con motivo del aniversario de Bernardo (sermón XVI), que recuerda a la leyenda céltica del perro de Culann y la hazaña del héroe Cou'Howlaínn. Pero aún hay más: en 1148, Bernardo recibe las últimas palabras del obispo irlandés de Armagh Malachy O'Mongoir (1094-1148), más conocido como San Malaquías, autor de las profecías referentes al linaje de los papas. (En estas profecías, Juan Pablo II, el papa de la transición del siglo xx al XXI, recibe el sobrenombre de «*De labore solis*»). San Bernardo escribiría la vida de San Malaquías, que murió en sus brazos camino de Roma.

Bernardo de Claraval fue considerado santo casi inmediatamente. Al parecer, algunos escritos en poder de la Iglesia romana autentificarían como milagro la leyenda según la cual la Virgen negra de Saint-Vorles habría dejado manar algunas gotas de leche, de las que se habría alimentado el joven Bernardo.

Una de las mejores representaciones de este milagro es el magnífico retablo de San Bernardo, fechado hacia 1290; puede admirarse actualmente en el Museo de Mallorca. Este retablo es una obra de un valor importante por su antigüedad y por lo inusual del tema en España. Pintado con la técnica de tabla al temple, se atribuye al denominado «Maestro de la conquista de Mallorca», cuyo verdadero nombre se desconoce; todo parece apuntar a alguno de los caballeros templarios que acompañaron al rey Jaime I *el*

Conquistador en la reconquista mallorquina. La educación de Jaime I corrió a cargo del Temple aragonés y por esta razón suele concedérsele el nombre de «el rey templario». (Véase capítulo VIII).

Felicitas Cabello, Rosalina Cabello y Marcos Hortelano, de la Unidad Didáctica de la pintura gótica en Palma de Mallorca (Conselleria d'Educació, Cultura i Esports del Govern Balear, 1997), explican del siguiente modo la composición pictórica y simbólica del retablo de San Bernardo (fig. 1):

«En el centro aparece la figura de San Bernardo, abad de Claraval, bajo un arco de medio punto, con el hábito blanco, bendiciendo con una mano y sosteniendo en la otra el báculo y la regla de la Orden del Císter. La composición aparece iluminada por dos grandes candelabros situados a ambos lados del santo.

»En los cuatro compartimientos laterales se describe la vida del santo.

»En el primero se representa al santo orando ante la Virgen con el Niño. De su virginal pecho mana un hilo de leche que llega hasta el santo. Contemplan la escena unos ángeles con cirios en las manos (ceroferarios).

»En el segundo compartimiento se aprecia la aparición de Malaquías, obispo de Irlanda, a San Bernardo; el irlandés, acompañado por dos ángeles, aparece cuando Bernardo celebra la Santa Misa en su memoria y al cual invoca como “santo”, ante la extrañeza de cuantos asisten al oficio.

»En el tercero, San Bernardo está leyendo y meditando en un paisaje natural de rocas, plantas y animales.

»El cuarto recoge al santo realizando un exorcismo a dos mujeres, mientras el resto de los acompañantes permanecen en pie, orando, con candelas encendidas».

Aunque el arco de medio punto es un elemento característico del románico, la obra en su conjunto es de estilo franco-gótico o gótico-lineal, como se pone de manifiesto por el fuerte naturalismo en la viveza cromática, donde prevalecen los colores primarios planos y el realismo. La silueta de la Virgen es lineal y la cabeza ovalada.

Especialmente llama la atención el motivo que aparece en el tercer compartimiento del retablo, en el que el santo se halla en medio de un entorno natural. Esto recuerda unas bellas palabras de San Bernardo, en las que cabe advertir connotaciones panteístas célticas:

«Más cosas encontraréis en los bosques que en los libros; los árboles y las piedras pueden haceros ver lo que los maestros nunca sabrán enseñaros. ¿Pensáis acaso que no podéis libar miel de las piedras, aceite de la roca más dura? ¿Será que las montañas no destilan dulzura? ¿Será que las colinas no manan leche y miel? ¿Será que los valles no están llenos de trigo? Tengo tantas cosas que deciros, que apenas sí

puedo contenerme». («Epístola 106», editada por el abad de Boquen, Dom Alexis Presse: *Les plus beaux écrits de Saint Bernard*. La Colombe, París, 1947).

Sostener que Bernardo de Claraval bebió en las fuentes del arte celta y de la doctrina de la Iglesia céltica no es mera especulación. (La Iglesia céltica o culdea no debe confundirse con la Orden de los columbitas). El Temple tuvo en San Bernardo de Claraval a su padre espiritual. El cristianismo de la Orden era, más que un cristianismo lunar y judaico, un cristianismo solar y joánico: el cristoceltismo mesiánico de Jesús *el Galileo*.

En Palestina estuvieron presentes los arios desde tiempos muy remotos, como se constata en tablillas cuneiformes (1600 a.C.-1250 a.C.), aunque no se puede determinar si eran iraníes, indoiranios u otro grupo indoeuropeo. Sí se sabe que Galilea (llamada por Isaías *Gâlil ha-Goim*, «Distrito de las naciones de los paganos») fue una colonia celta en el Mediterráneo cuyo nombre (del griego *Galilaia* y del arameo *Galila*) se traduce como «tierra de galos» y que la lengua vernácula de Jesús era el arameo (idioma de los arios).

Al menos hasta el siglo IV, los galos realizaron una armoniosa fusión de la fe cristiana y la religión celta. Otro importante indicio al respecto lo hallamos al analizar la ubicación de encomiendas y casas de la Orden del Temple. Se advierte que la mayoría se edificaron en antiguos caminos o emplazamientos celtas.

En España, la relación entre muchos de los enclaves templarios y la tradición celtibérica de los mismos es incontestable. Por ejemplo, en la ermita de la Virgen de Cabañas, en La Almunia de Doña Godina, en la actual provincia de Zaragoza, puede apreciarse cómo los templarios utilizaron dos cabezas de piedra (*¿«bafometos»?*), una representando un rostro humano y la otra un rostro monstruoso, incrustándolas con argamasa en una pila bautismal, a ambos lados del pie que la sustenta. Según los arqueólogos de la Universidad de Zaragoza que las han estudiado (M. Medrano y María A. Díaz), dichas cabezas procederían de algún yacimiento celtibérico próximo. El simbolismo no puede ser más revelador: la cabeza es el símbolo del espíritu manifestado; las dos cabezas —una, humana, con la boca entreabierta, y otra, monstruosa y dentada— podrían relacionarse con el valor de la dualidad, la oposición, la ambivalencia, la diferenciación, que la pila bautismal cristiana une mediante una reintegración activa: el sacramento del bautismo.

Paul y René Bouchet, en *Les druides: science et philosophie* (Éditions Lire Canada, Saint-Sauveur, Québec, 1995), dicen que «todos los lugares iniciáticos, por tanto las catedrales o abadías, se instalaron en nudos de corrientes, donde la intensidad de las radiaciones del sol es más fuerte y donde, mediante haces de ondas divergentes, es posible comunicarse con iniciados que estén en la misma línea». Hace Bouchet referencia, obviamente, a las corrientes telúricas y cósmicas.

Bernardo de Claraval fue conocido también como el «*doctor melifluus*». Semejante alusión no cabe atribuirla sólo a la «miel» de la elocuencia y la dulzura de San Bernardo:

«Así es San Bernardo, el santo donde se aúnan Marta y María, la vida activa más agitada con la contemplación más encumbrada de la mística. Es un soldado, un guerrero, un político y, a la vez, un asceta rígido, un director espiritual de conciencias y un formador y fundador de monasterios con las vocaciones que sus “capturas”, como llamaban a sus excursiones apostólicas todos sus biógrafos, suscitaban. Es el árbitro de su siglo, buscado y solicitado por papas, reyes y prelados de todas las clases, para intervenir y dirimir las frecuentes contiendas que en aquella tan agitada época sin cesar existían, y el monje tan recogido y silencioso que después de muchos años no sabrá cómo es la techumbre de la iglesia del Císter. Asiste a concilios, aconseja a los pontífices, disputa con los herejes, predica una cruzada, y aún tiene tiempo y tranquilidad suficiente para escribir obras como *De Consideratione*, verdadero tratado de psicología, o el de profunda teología sobre *La gracia y el libre albedrío* [en la que prueba el dogma ortodoxo de la gracia y libre albedrío de acuerdo con los principios de San Agustín], o de ascética elevada, como *Los doce grados de la humildad y del orgullo* [donde San Bernardo muestra que la manera de amar a Dios es amarle sin medida, y da diferentes grados de este amor], o de mística sublime, en sus *Comentarios al “Cantar de los Cantares”*. En fin, de modo asombroso y sorprendente, admiramos en él la dulcísima miel de su bondad y caridad sin límites, que se paladea sin llegar nunca a cansar, de sus sermones, y, sobre todo, cuando habla o escribe sobre Jesús y su Madre Santísima, y la severidad del asceta que se toma rigurosa cuenta a sí mismo y se pregunta incesantemente: “Bernardo, ¿a qué has venido a la Religión? ¿Por qué has abandonado el siglo?”». (Ildefonso Rodríguez Villar: «San Bernardo. Abad y Doctor». *Mercabá, Semanario Cristiano de Información y Formación*).

Bernardo defendió los derechos de la Iglesia, como poder espiritual, frente a las intromisiones del poder laico o temporal de reyes y príncipes. Las sabias y piadosas obras que compuso, muchas de las cuales sirvieron de inspiración al reformador protestante Juan Calvino, así como a Lutero le han merecido el título de «Doctor de la Iglesia».

Fundó ciento sesenta y tres monasterios en diferentes partes de Europa y, a su muerte, el número de monasterios cistercienses alcanzaba la cifra de trescientos cuarenta y tres. Fue canonizado por Alejandro III el 18 de enero de 1174, siendo el primer monje cisterciense inscrito en el calendario de los santos.

La Orden del Temple le debe su magistral *De laude novae militiae, ad milites*

Templi (Loa a la nueva milicia, a los soldados del Temple). Más que una semblanza y elogio a la figura del nuevo caballero templario, esta obra representa el más bello exhorto, aliento, estímulo y ánimo jamás escrito desde que San Pablo, precursor ideológico del «soldado de Cristo», definiera la acción apostólica como un combate.

LA ORDEN DEL SANTO SEPULCRO Y LOS INICIOS DE LA ORDEN DEL TEMPLO DE SALOMÓN

Los inicios de la Orden del Temple son harto oscuros; los especialistas no cuentan con la suficiente documentación para poder aventurar, con absoluto rigor, cuándo se funda la Orden, cómo y quiénes son exactamente todos sus fundadores. Son muchas las teorías al respecto y por esta razón tal vez sea preferible centrarse en los detalles generales que mejor se conocen.

En primer lugar, es necesario recordar que no se sabe a carta cabal la identidad de todos los caballeros que iniciaron la Orden de los templarios, aunque entre sus fundadores se menciona a Hugo de Paganis. La historiografía oficial suele asociar este nombre a un noble de la casa de los condes de Champaña, llamado Hugues de Payens; también se cita al flamenco Godefridus de Sancto Audemaro (conocido por Godofredo de Saint-Omer, de la familia de los Castellans de Saint-Omer en Flandes). Otros nombres son Godofredo Bisol, Payen de Montdidier, Rossal (o Roral, o también Roland) y Archibaldo de Saint-Amand (o Saint-Aignan). Una carta del rey Balduino nos permite conocer a otros dos caballeros cuyos nombres son André y Gondemaro; el primero de ellos pertenecía a la familia de Montbard, que además era tío materno de Bernardo, el abad del Císter. El caballero que haría el número nueve fue Hugo I, séptimo conde de Champaña, fundador de Clairvaux, que se unió a los ocho primeros templarios en 1125. Su ingreso en la Orden tal vez fue el motivo que impulsó a Bernardo de Claraval a escribirle una carta felicitándole por haberse hecho «pobre soldado de Cristo», siendo conde y rico como era. Este conde murió en Palestina en 1126.

La cifra de los famosos «nueve» caballeros fundadores se ha tomado de las crónicas de Guillermo de Tiro y Mateo Paris. Según estos textos, esos nueve caballeros habrían fundado y sostenido la Orden desde el año 1118 hasta 1127, momento en el que solicitaron la Regla. Sin embargo muchos historiadores creen poco fiable, por no decir inconcebible, este extremo.

En su *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, Guillermo, canciller del Reino de Jerusalén y obispo de Tiro, dice que «en aquel año de 1119, ciertos nobles caballeros, llenos de devoción a Dios, religiosos y temerosos de Él, poniéndose en manos del señor patriarca para el servicio de Cristo, hicieron profesión de querer vivir

perpetuamente siguiendo la costumbre de las reglas de los canónigos, observando la castidad y la obediencia y rechazando toda propiedad. Los primeros y principales de entre ellos fueron dos hombres venerables, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer».

En el siglo XIII, Jacobo de Vitry, obispo de Acre, refiere este acontecimiento en su *Historia orientalis seu hierosolymitana* y aporta algún dato más:

«Se comprometieron a defender a los peregrinos contra los bandidos y ladrones, a proteger los caminos y a constituir la caballería del Rey Soberano.

»Observaban la pobreza, la castidad y la obediencia según la regla de los canónigos regulares [...].

»Al principio no fueron más que nueve [...] y durante nueve años, se vistieron con ropas seculares [...].

»Y como no tenían iglesia ni lugar en que habitar, el rey les alojó en su palacio, cerca del Templo del Señor [...] y por esa razón se les llamó más tarde “templarios”».

El notario apostólico Sicus de Vercellis, un testigo que declaró el 3 de marzo de 1311 en el proceso instruido contra la Orden del Temple, afirma que se pretendía en Oriente que estos dos caballeros (Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer) eran borgoñones: «*Quod duo nobiles de Burgundia milites Ordinem militiae Templi inceperunt...*». (*Proc.*, tomo I, pág. 642). El artículo 2º de la Regla francesa decía: «*Bien aeuvre damedien aver nos et nostra Sauveor Jhesu Christ, leguel a mandé ses amis de la sainte cité de Jherusalem en la marche de Franceet de Bergoigne*» (Bien ha obrado Nuestra Señora con nosotros y nuestro Salvador Jesucristo, el cual ha enviado a sus amigos de la Santa Ciudad de Jerusalén a los países de Francia y Borgoña).

Hacia 1118, estos caballeros se reunieron en Jerusalén para consagrarse al servicio de Dios, a modo de canónigos regulares, siguiendo en parte la regla de San Agustín. Algunos historiadores no comparten este extremo y se basan en el cronicón de San Bertino para negarlo. El historiador del siglo XIX Mateo Bruguera sostiene que no consta documento alguno que acredite la filiación de aquellos caballeros a la regla de San Agustín. Martínez Díez señala que, en un primer momento, al iniciar en 1120 su vida religiosa en Jerusalén, los templarios tuvieron que haberse acogido a una de las dos reglas o modos de vida vigentes para los regulares de Palestina y en el resto de la Iglesia occidental: la regla benedictina o la seguida por capítulos regulares invocando el nombre de San Agustín. Y añade que «dada la dependencia del primer Temple del patriarca de Jerusalén, parece obvio que fuera elegida la misma regla que seguían los canónigos del Santo Sepulcro, que constituían el cabildo propio del patriarca».

En cualquier caso, es indudable que la Orden del Temple fue filiación de la del Císter; así lo aseguran fray Ángel Manrique en sus *Anales Cistercienses* (1642-1659) y fray Miguel Ramón Zapater, cronista del Reino de Aragón y de la Orden del Císter, en su *Císter Militante* (1662). Incluso hay autores que creen que San Bernardo de Claraval no sólo fue sobrino de André de Montbard, sino también pariente del propio Hugo de Payens, a quien protegió eficazmente en el Concilio de Troyes.

Entre 1108 y 1118 se fundaron tres órdenes de carácter religioso-militar para asistir y proteger a los peregrinos que se dirigían a los Santos Lugares: la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, la Orden de los Hermanos Hospitalarios Teutónicos y la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, conocida más tarde como la Orden del Temple.

Como se ha señalado, los primeros caballeros templarios se reunieron en Jerusalén a modo de canónigos regulares, e hicieron ante el patriarca Gormondo los tres votos ordinarios de obediencia, pobreza y castidad, más un cuarto voto de defender con las armas y preservar los Santos Lugares, así como proteger a los peregrinos, lo cual les convertía de hecho en una fuerza regular y militar. Balduino II, primo y sucesor de Balduino I, fue coronado rey de Jerusalén en 1118. Admirado del celo de estos «pobres caballeros de Cristo», les cedió el ala de su palacio situado en la antigua mezquita de Al Aqsa, en el monte del Templo, de ahí que fuesen conocidos a partir de entonces como «caballeros templarios». El obispo de Meaux, Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), dice que fueron instituidos bajo el título de Pobres Caballeros de la Santa Ciudad, aunque también fueron llamados Soldados de Cristo, Milicia de Salomón o del Templo de Salomón, y también Hermanos del Templo o del Temple. Lo cierto es que en sus inicios fueron tan pobres que se les conoció como los «*Pauperes Commilitones Christi Templique Salomonici*», y parece bien cierto, como representa uno de sus primeros sellos (fig. 2), que llegaron a montar dos jinetes en un solo caballo, tanto en señal de fraternidad como de la pobreza de sus orígenes; si bien el significado del simbolismo de este sello tiene otras interpretaciones, como se verá más adelante.

¿De quién partió la idea de organizar una fuerza armada para la protección y defensa de los peregrinos que llegaban a Tierra Santa? Responder a esta cuestión es tanto como determinar a quién se debió la creación de la Orden del Temple. Si aquel caballero llamado Hugo de Paganis era el mismo Hugo de Payens —y todo parece indicarlo—, cabe pensar que llegaría a Tierra Santa en el año 1114 en compañía de Hugo I, conde de Champaña; sin embargo, no existen informaciones concluyentes al respecto. De ser así, la idea de crear la Orden del Temple habría partido directamente de Hugo de Payens, testigo de las vejaciones y crímenes que tenían que sufrir los peregrinos, o bien del propio conde de Champaña, que no habría podido encabezar personalmente la fundación y aprobación de la Orden al tener que regresar a Europa reclamado por su esposa. También se dice que la iniciativa partió del rey Balduino, del patriarca de

Jerusalén, de alguno de los compañeros de Hugo de Payens, o incluso hay quienes se aventuran a sugerir al joven abad cisterciense San Bernardo de Claraval, que desde luego estaría llamado a desempeñar un papel fundamental como mentor y elogiador de la nueva milicia de los templarios. En cualquier caso, como sostiene Martínez Díez, «lo cierto es que corresponderá a Hugo la misión de plasmar en la realidad el brillante y original proyecto».

Muchos autores han discutido la posibilidad —más que probable— de que los fundadores del Temple ya llegaran a Tierra Santa con una idea y directrices definidas, pero podría también considerarse que todo ello se esbozó definitivamente en la época del sínodo de Nablús, convocado en 1120 por el rey de Jerusalén con el objeto de fortalecer la unidad de acción de todos los principados y feudos de Palestina y Siria. Con este sínodo se pretendía, en suma, vigorizar el espíritu de cruzada y evitar los peligros de la excesiva orientalización. (La sociedad cristiana de Jerusalén, en aquel tiempo violento, se veía cercada por numerosos peligros y, en cuestiones religiosas, no se consideraba menor el islam). El Reino de Jerusalén y su constelación de principados precisaban una fuerza permanente, aguerrida, adiestrada y motivada, tanto terrestre como marítima, y la creación de las órdenes militares fue providencial en este punto. Es muy significativo que el sínodo de Nablús se constituyera como una asamblea de signo eclesiástico y caballeresco a la vez, lo cual quizá representó un precedente de la primera orden estrictamente monástico-militar: la de los Caballeros del Temple.

La Orden de los Hermanos Hospitalarios o de San Juan de Jerusalén se fundó antes que el Temple, a cargo del beato de Provenza Gerardo de Tom, pero como su nombre indica, tuvo en sus inicios un carácter eminentemente benéfico y piadoso, hospitalario, de servicio a los pobres y peregrinos, a los cuales acogía y asistía en su red de hospitales y hospederías. Sería bajo el gobierno de Raimundo Dupuy, que, tras fallecer Gerardo, asumió la rectoría de la hermandad en 1118, cuando, a imitación de los templarios, los hospitalarios se convirtieron en una orden militar. Lógicamente, esta afirmación —más que evidente— no es compartida en general por los historiadores de Malta, quienes pretenden que los hospitalarios tomaron las armas simultáneamente o el mismo año que los templarios. (Cfr. Mateo Bruguera: *Historia general de los Caballeros del Temple*, 1882; reed. Alcántara, Madrid, 1999; vol. I, pág. 93).

Ante la escasa documentación disponible a propósito de los inicios de la Orden del Temple, han abundado las especulaciones sobre las actividades que habrían desarrollado los primeros templarios desde 1118 a 1127. Se han vertido ríos de tinta a este respecto, pero aquí bastará con indicar que parece cierto que durante esos nueve años los freires templarios conservaron el hábito secular. Poco más se sabe, a ciencia cierta, de lo que hicieron en las ruinas del Templo de Salomón que les servía de morada, o si realmente se dedicaron a proteger a los peregrinos que llegaban a Tierra Santa. Algunos historiadores sostienen que sólo eran nueve caballeros: si esto era así,

parece inconcebible que pudieran emplearse en esos trabajos.

Este halo de misterio que rodea la fundación del Temple es el que ha generado, en gran medida, todo tipo de leyendas sobre la misión que Bernardo de Claraval habría encomendado a los templarios. Sin duda, San Bernardo estaba muy interesado en acceder a las fuentes hebreas de las Escrituras o a otros textos y objetos relacionados con personajes vinculados a órdenes como la del Císter y, posteriormente, a la del Santo Sepulcro, fundada por Godofredo de Bouillon en 1099, tras la caída de Jerusalén.

La Orden del Císter, dirigida por Bernardo, estuvo profundamente implicada en la difusión del ciclo griálico, hasta el punto de que algunas versiones de la leyenda del Santo Grial fueron fraguadas en sus monasterios, precisamente en los tiempos en que se escribieron los primeros romances de caballería que hablaban del grial. Recuérdese también que Godofredo de Bouillon, el «Defensor del Santo Sepulcro», fundó una orden armando a medio centenar de caballeros sobre el sepulcro del Redentor y edificó una abadía sobre las ruinas de la gran basílica construida por Constantino, en concreto, en la Anastasis y el Martyrium de la denominada «Madre de todas las Iglesias».

Según algunos cronistas, esta comunidad del Santo Sepulcro solía recibir el nombre de «Hermanos de Ormus» (por Ormesius, un sacerdote seráfico de Alejandría, al que se unieron diversas sectas, entre ellas la de los esenios, para fundar una escuela de sabiduría salomónica). Esta Hermandad del Santo Sepulcro estaba formada por un capítulo de canónigos regulares, caballeros armados y cofrades laicos bajo la dirección de un abad, encargados de servir a los santuarios de la Ciudad Santa. Todos los hermanos llevaban el manto blanco con la cruz roja. En 1112 fue colocada bajo la regla de San Agustín y confirmada por la bula del papa Calixto II. En 1484, la Hermandad del Santo Sepulcro fue incorporada a la Orden de los Hospitalarios de San Juan por el papa Inocencio VIII, quien confirió al vicario general de la Orden, guardián del Santo Sepulcro, el poder de armar caballeros a los peregrinos que acudían a Tierra Santa. En 1496, el papa Alejandro VI disgrega la congregación en dos secciones y la Orden del Santo Sepulcro vuelve a ser independiente. En 1907, el papa Pío X se reservó para sí el maestrazgo de la Orden, que en 1949 pasó a un cardenal.

La vinculación de la Orden del Santo Sepulcro con la Orden del Temple en tiempos del maestrazgo de Hugo de Payens es tan estrecha que cuesta diferenciar a los unos de los otros. Esta situación ha dado origen al «mito» de la llamada Orden de Santa María del Monte Sión —heredera de los Sabios de la Luz o Hermanos de Ormus—, de la que fue maestro André de Montbard, tío de San Bernardo y uno de los caballeros fundadores del Temple.

Por esta imbricación podría explicarse el simbolismo del *Sigillum Templi* (sello del temple), donde aparecen dos caballeros lanza en ristre sobre un mismo caballo. Las

teorías más prosaicas mantienen que dicho simbolismo representa los humildes orígenes de los Pobres Soldados de Cristo. Otras interpretaciones de carácter hermético y especulativo sugieren que los dos caballeros representarían a la Iglesia de Pedro y a la Iglesia de Juan, coraza (material) y núcleo (espiritual) de la Iglesia católica, exoterismo y esoterismo de la doctrina cristiana.

En los Evangelios de San Mateo y San Juan se dice:

«Y yo también te digo, que tú eres Pedro [Jesús llama al apóstol Simón “Pedro”: Cefas, que significa “piedra, roca”], y sobre esta *roca* edificaré mi Iglesia; y las puertas del Hades [Infierno] no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la Tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la Tierra será también desatado en los Cielos» (Mateo 16, 17-19). [Con estas palabras predijo Jesús la institución del Pontificado Romano en los sucesores de San Pedro, al que nombra *Vicarius Christi* de la Iglesia institucional].

«Estaban *al mismo tiempo* junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Habiendo mirado, pues, Jesús a su madre y al discípulo que Él amaba, el cual estaba allí, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde entonces *encargose de ella el discípulo*, y la tuvo consigo en su casa». (Juan 19, 15-27) [El Verbo de Dios, antes de abandonar en Espíritu el cuerpo de Cristo, inviste espiritualmente a María como *Templum Domini* y a Juan como *Vicarius Filii Dei* de la Iglesia «interior» o espiritual].

En el veterotestamentario Eclesiastés se dice:

«Más valen *dos* que uno solo, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo. Si uno va a caer, el otro le sostiene [...]». (Eclesiastés 4, 9-10). «[...] Y si alguien acometiere contra el uno de los dos, ambos le resisten. Una cuerda de tres dobleces difícilmente se rompe» (Eclesiastés 4, 12).

¿Y por qué la representación del *Sigillum Templi* no podría aludir al Temple y al Santo Sepulcro cuando sus caballeros «cabalgaron» juntos, cuando formaban parte de la misma religión u orden? En uno de los sellos usado por el gran maestro del Temple aparece la siguiente inscripción:

S'TVBE TEMPLI XRI

(Es uno de los sellos de la Orden, llamado tradicionalmente *boulle* en la Regla. Se trata del sello más antiguo catalogado por Napoleón III y aparece en un documento firmado por Everardo des Barres, gran maestro de la Orden desde 1146 hasta 1149).

Según Alain Desgris en *Misterios y revelaciones templarias*, esa inscripción podría significar «*Sigillum Tumbae Templi Christi*», es decir: «Sello de la Tumba del Templo de Cristo». Obviamente, estas teorías no pasan de ser especulaciones, mas cabe recordar que la primera cruz que portaron los caballeros templarios en el año 1118 — unos nueve años antes de su oficialización— fue una cruz patriarcal de color bermejo sobre el hombro izquierdo del blanco manto que vestían. Y hay que recordar también que el Templo de Salomón, donde los templarios se alojaban, estaba situado junto a la iglesia del Santo Sepulcro: la relación de los caballeros del Templo con los canónigos del Santo Sepulcro era más que excelente, hasta el punto de que éstos habrían cedido a los templarios una parte del terreno anejo al templo sepulcral.

Tampoco pasa de ser una especulación la teoría según la cual los templarios, establecidos como una Orden interior de los sepulcristas, formaban con éstos parte de la congregación secreta que en Jerusalén acabó por llamarse «Orden de Sión», y a la que habrían estado vinculados, de un modo u otro, personajes como Esteban Harding, Bernardo de Claraval y su tío André de Montbard, el mecenas conde de Champaña, Godofredo de Bouillon y su preceptor Pedro *el Ermitaño*, Hugo de Payens, los enigmáticos monjes calabreses de la abadía de Orval y otros muchos. Y especular es también pensar que los Pobres Caballeros de Cristo tuvieran como misión en sus inicios recuperar ciertos documentos, textos tradicionales y sagradas reliquias que habrían permanecido ocultas en algún subterráneo bajo la explanada del Templo de Jerusalén.

Todas estas conjeturas son simplemente eso: conjeturas. No son hipótesis descabelladas ni los indicios y «coincidencias» son, en modo alguno, desdeñables, pero nada puede afirmarse con rotundidad.

¿Reinstaurar en Tierra Santa un linaje davídico y mesiánico? ¿Establecer una escuela de sabiduría salomónica que aglutinase bajo el paraguas eclesiástico todo el saber de la Tradición Primordial, en el que hunde sus raíces la propia tradición judeocristiana? Es posible, aunque no dejan de ser más especulaciones.

Lo que sí es cierto e insoslayable es que hay detalles cuando menos extraños en los orígenes de la Orden del Temple. ¿Por qué los templarios utilizaron las ruinas del Templo de Salomón como residencia? Parece claro, en cualquier caso, que la razón no tiene mucha relación con la policía de caminos o con la protección de los peregrinos que llegaban a Tierra Santa. En cambio, sí es cierto que el subsuelo del lugar concreto que se ofreció como albergue a los templarios eran las llamadas «caballerizas de Salomón». El cruzado Juan de Wurtzburgo advierte que estos sótanos eran tan grandes y maravillosos que se podían albergar en ellos a más de mil camellos y mil quinientos

caballos. Sin embargo, tal y como plantea el historiador Michel Lamy, «se las destinó [las ruinas] íntegramente para los nueve caballeros del Temple, que se negaban en principio a reclutar a más efectivos. Las desescombraron y las utilizaron a partir de 1124, cuatro años antes de recibir su regla y de dar comienzo a su expansión. Pero ¿únicamente las utilizaban como caballerizas o se practicaban en ellas excavaciones? Y en tal caso, ¿qué estarían buscando?» (*La otra historia de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1999).

Como el propio Lamy señala, uno de los Manuscritos del Mar Muerto encontrado en Qumran y descifrado en Manchester entre 1955 y 1956 hablaba de una gran cantidad de oro y una vajilla sagrada que formaba veinticuatro montones, y semejantes tesoros estarían enterrados bajo el Templo de Salomón. Mas, en aquella época, dichos manuscritos dormían en el fondo de una cueva; podría imaginarse que esa historia se hubiera transmitido mediante la tradición oral y que los templarios la conocieran y buscaran ese u otros tesoros. Pero, en realidad, si se piensa en una búsqueda, ésta se habría centrado en los textos sagrados o en objetos rituales de capital importancia; no parece probable un esfuerzo semejante sólo para dar con vulgares tesoros materiales. El contexto histórico y las concepciones metafísicas y religiosas de los personajes implicados sugieren, más bien, una búsqueda trascendental más vinculada a lo místico que a lo material.

«¿Qué pudieron encontrar —se pregunta Lamy— en aquel lugar y, antes de nada, qué se sabe respecto a este Templo de Salomón del que tanto se habla? Al margen de las leyendas, muy poca cosa: ningún rastro identificable por los arqueólogos, sino básicamente unas tradiciones transmitidas a lo largo de los siglos y algunos pasajes de la Biblia (en el *Libro de los Reyes* y en las *Crónicas*)».

Si se admite que los templarios realizaron importantes hallazgos en las ruinas del Templo de Salomón, ¿de qué se trataba?

La mayor parte de los objetos sagrados habían desaparecido y el Templo había sufrido distintos saqueos y destrucciones a lo largo de la Historia; especialmente violento fue el saqueo de Jerusalén a cargo de las legiones romanas de Tito. Sin embargo, hubo un objeto que tal vez aún seguía allí. Dice Lamy: «Ahora bien, había sido para albergar dicho objeto por lo que Salomón hizo construir el Templo: el Arca de la Alianza que guardaba las Tablas de la Ley. Una tradición rabínica citada por Rabbí Mannaseh ben Israel (1604-1657) explica que Salomón habría hecho construir un escondrijo debajo del propio Templo, a fin de poner a buen recaudo el Arca en caso de peligro».

¿Sería por esta razón que Bernardo de Claraval mantenía relaciones de amistad y estudio con Salomón Rachi, el más notable exegeta de los textos hebraicos de su época? Salomón Rachi, además, había vivido en Troyes, en los dominios del conde Hugo de Champaña, cuya influencia y mecenazgo en la empresa templaria no puede ser

más relevante y significativa. Y este Salomón Rachi, ¿había conocido al abad Esteban Harding? Harding, como Bernardo, fue hombre de gran sabiduría en su tiempo y es poco probable que sus conocimientos no hubieran tenido alguna conexión. Lo que sí sabemos es que Harding solicitó la colaboración de sabios y cabalistas judíos, probablemente yernos de Rachi, para que le ayudasen a corregir la ambiciosa traducción de los textos sagrados que había emprendido y que se conoce con el título de *Biblia de Cîteaux*.

Como certeramente señala el profesor Desgris, «hay tanto por conocer de esta enseñanza transmitida [la transmisión del «Todo»], que apenas sí tenemos una noción del contenido simbólico de las Escrituras y de sus claves, y los textos ofrecidos por la Iglesia sólo nos permiten acercarnos a algunas verdades».

Respecto a todas las connotaciones que pueden desprenderse de estas conjeturas e indicios, el investigador Patrick E. Bracco ofreció algunas reflexiones interesantes en el I Symposium Internacional sobre el Temple, organizado en Soria en 1992 por la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani. Bracco sostenía que «siempre, en apariencia, el mundo cristiano parecía replegarse sobre sí mismo, desinteresándose intelectualmente de las demás ideologías: todo lo que no era cristiano era herético. Ello no obstante, podemos pensar que hombres como Esteban Harding, Bernardo de Claraval, Malaquías, Abelardo y otros tuvieron la intuición de que si el cristianismo seguía de aquella manera, iba derecho a su perdición. Pero fueron en especial Harding y su hijo espiritual, Bernardo de Claraval, por conducto de los templarios, los que parecen ser el origen de esta renovación de la fe cristiana y, en especial, de la apertura del mundo occidental de la época a las otras ciencias humanas. No se puede pensar que en el siglo XII, o antes, no haya habido teólogos honestos que hayan abordado las filosofías hebreas, islámicas o paganas, intentando acercamientos con los conceptos cristianos. El problema es que la presión física y moral ejercida por la Iglesia impedía toda clase de libre expresión. Basta considerar el ejemplo del monje, filósofo y alquimista Roger Bacon, encerrado en prisión en el siglo XIII por sus ideas excesivamente avanzadas para la época».

En este contexto cabría especular sobre la posibilidad de que reducidos círculos de iniciados del Temple hubieran servido de puentes de conciliación o de intermediarios ecuménicos entre la religión cristiana, la filosofía neoplatónica, los cultos místicos solares y las corrientes de carácter gnóstico (tanto judeocristiano como islámico). Por ejemplo, es muy significativa la relación que mantendrían los templarios con la secta islámica de los llamados «asesinos», los ismaelitas reunidos en la fortaleza de Alamut, al norte de Siria; esta secta se agrupaba en torno al «Viejo de la Montaña», el *sheik* Hasan Sabbah, amigo y condiscípulo del místico sufí Omar Jayam —poeta de renombre internacional por su *Rubaiyat* y súbdito de los selyúcidas de Persia—. Esta orden musulmana de caballería mística se creó en el año 1090, y además de sus

actividades militares encaminadas a restaurar la hegemonía persa frente a la dominación de los turcos selyúcidas, se preocuparon de reunir una fabulosa biblioteca, considerada la más rica de Oriente en su época. Esta biblioteca fue destruida en 1256 por el ejército mongol del Gran Khan Hulagu.

En este contexto de guerras religiosas, de intercambios y fusión de culturas, no es extraño que los templarios de Oriente bebieran de fuentes doctrinales coptas, esenias, armenias, gnósticas, etcétera. No resulta difícil tampoco pensar que los templarios pudieron haber descubierto algunos documentos originales hebreos durante su estancia en las ruinas del Templo de Salomón, como lo indica el hecho de que encargasen al menos cinco traducciones del *Libro de los Jueces*. La Historia demuestra que los templarios y los musulmanes mantuvieron en ocasiones magníficas relaciones, incluso en los años más violentos de las cruzadas. De hecho, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer convencieron al rey de Jerusalén, Balduino II, de la necesidad de pactar con el ismaelita Abul Feva. Aquellos acuerdos se resolvieron en el intercambio de Tiro por Damasco. Por otra parte, como recuerda Bracco: «Saladino, kurdo de corazón generoso, como un caballero cristiano, aprendió de las cruzadas que los “infiel” podían tener un alma tan noble como la de los más valientes de ellos, los “verdaderos creyentes”. Los templarios le reservaron, a cambio de Ounour, la mezquita de Al Aqsa para hacer en ella sus devociones. Lo mismo le sucedió a Renaud, príncipe de Sidón, que estableció en la mesa de Saladino un paralelismo entre las religiones cristiana e islámica. Como se ve, la Cruz y la Luna Creciente estaban muy cerca de fraternizar. Si se razona, a poco que sea, puede imaginarse perfectamente que, además de los intercambios puramente políticos, templarios y musulmanes o judíos intercambiaron ideas filosóficas. En aquella época, los musulmanes poseían conocimientos avanzados en materias tan diversas como astronomía, astrología, alquimia, medicina, teología, filosofía... También puede pensarse que las corrientes gnósticas que existían en el Próximo Oriente estaban lejos de haber desaparecido por completo y que los templarios también podrían haberse puesto en contacto con aquellas corrientes».

A punto de cerrar este capítulo, la propuesta es que los templarios buscaron la síntesis de la sabiduría primordial, y no tanto un sincretismo doctrinal o reunión de diversas doctrinas difícilmente conciliables. La volición es la acción del espíritu en el acto del razonamiento, es la acción por la que se determina la voluntad, es decir, la forma superior y más perfecta de la actividad humana, que manifiesta el paso de un estado a otro. El testimonio que con su vida y obra nos legaron los caballeros templarios pone de manifiesto que su voluntad era lograr, por anagogía (elevación), conciliar los opuestos en la unidad, logrando así alcanzar la Jerusalén celeste, el Reino de los Elegidos, la *Ecclesia* de Cristo que es cuerpo místico y símbolo universal (católico) de la verdad, del Verbo primordial que es luz de luces.

Más allá de las supuestas herejías, lo que subyacía en la iniciación y los objetivos

no terrenales del Temple era la búsqueda de la luz verdadera, para, una vez alcanzada, obtener la gracia de la vida eterna. Los templarios no incurrieron de ninguna forma en la apostasía o la herejía, incurrieron en la más excelsa generosidad, sacrificio y caridad cristiana.

«Más generosa ha sido la caridad con que el hermano Hugo, tan amado de Cristo, vosotros y vuestros hermanos habéis ofrecido para la defensa del cristianismo, no sólo vuestros bienes, sino incluso vuestra vida» (preámbulo de la cédula de Josselin, obispo de Soisson, escrita en 1133).

Cuando finalmente los caballeros pidieron la Regla, el patriarca Esteban de la Fierte rogó al papa Honorio II que se la concediese. Éste encargó el importante asunto a San Bernardo de Claraval. Tal y como se ha señalado, Bernardo era sobrino de uno de los primeros templarios, André de Montbard, y esta circunstancia ha servido para imaginar que tras la fundación del Temple existieron planes secretos o misiones sagradas que únicamente los lazos de sangre podrían salvaguardar. Incluso hay historiadores que sugieren que Bernardo de Claraval y Hugo de Payens eran también parientes, como ya se ha dicho.

En cualquier caso, fue Godofredo de Saint-Omer quien, junto a otros caballeros templarios, acompañó a Hugo de Payens y al patriarca de Jerusalén al Concilio de Troyes (1128). Hugo de Payens, elegido primer maestro de la comunidad naciente, recibió allí la Regla para el Temple. Sobre la autoría de la misma también existen muchas controversias, aunque no parece factible que la primera regla fuese redactada por San Bernardo. (Esta hipótesis es sugerente, pero parece ser el resultado de especulaciones románticas). Con más fundamento puede asegurarse que fue el propio Hugo de Payens quien redactó aquellos primitivos estatutos, quizá en colaboración con el patriarca de Jerusalén. Como mucho, cabe pensar que Bernardo de Claraval habría podido retocarla, e incluso ser el autor de las versiones posteriores.

Las donaciones a la Orden del Temple comenzaron muy pronto, a partir del Concilio de Troyes, e incluso antes, durante el itinerario que los cinco caballeros templarios y su maestro hicieron por Europa. En pocos años, aquellos «pobres soldados de Cristo» que iniciaron su singladura residiendo en las ruinas del Templo de Salomón se convirtieron paulatinamente en la orden militar más poderosa, rica e influyente del medievo.

Según las crónicas de 1128 del British Museum, editadas en 1935 en Londres por Beatrice A. Lees en *Records of the Templars in England in the Twelfth Century*, Hugo de Payens acudió a Anjou en busca de subsidios para la Orden naciente; y, según Desgris, tal vez en ese viaje hubo otras razones más importantes. Luego, Hugo de Payens fue a Gisors (capital del antiguo Vexin normando), donde conoció al rey de

Inglaterra. Tal vez por ello la leyenda o la Historia quiso que en el castillo de Gisors, donde tradicionalmente se reunían los reyes franceses con los ingleses, se escenificara la supuesta escisión del Temple y de Sión, una vez cumplida la misión que había reunido a ambos grupos.

En los anales de la abadía cisterciense de Waverley, fundada en 1128 por el obispo de Winchester, encontramos también el rastro del primer maestre del Temple en su periplo europeo: «En este año de 1128 vino hasta nosotros Hugo, señor de Paganis, maestre de la milicia del Templo de Jerusalén, acompañado de dos soldados y dos clérigos [como la Orden no disponía por entonces de clérigos ni sacerdotes, puede suponerse que se trataba de dos cistercienses], y recorrió todas las comarcas de Inglaterra y Escocia [...] y muchos emprendieron el camino a los Santos Lugares». (*Rerum Britannicum medii aevi. Script.* XXXIV. Londres, 1652).

Sobre la empresa de los templarios, pueden suscribirse plenamente las palabras del profesor Desgris en *Misterios y revelaciones templarias*: «Son muchos los que han tratado de comprender la obra de la Orden. Algunos le han atribuido las virtudes que merecía; otros, que se inspiraba en cultos satánicos; otros más la han calificado de herética, pero nadie ha dicho lo más evidente y más simple: que su misión era ser depositaria de una Tradición sagrada recibida de Cristo y anunciada desde el principio del mundo. [...] Por analogía, el triste fin de la Orden se asemeja a los orígenes de la primera cruzada, cuando se oyó decir: “Señor, habéis muerto por mí y yo muero por vos. ¿No es aquí donde reside la unión suprema, adonde conducen la caridad, la verdad y el amor?” (“*Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*”))».

Pero en este capítulo no se trataba de explicar el fin, sino el principio.

«En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.

»Él estaba en el principio con Dios.

»Todas las cosas han nacido por Él, y nada ha nacido sin Él de cuanto ha nacido»
(Juan 1, 1-3).

FERNANDO ARROYO DURÁN (*Madrid, 1967*). *Investigador y divulgador histórico, ha realizado estudios de simbología, órdenes militares, iconografía medieval y metafísica tradicional. Ha llevado a cabo estudios especializados en historia de la Orden del Temple y emblemática cristiana. Es presidente fundador de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, fundador y director de Boletín Temple y comendador honoris causa del Priorato Internacional de la Supremus Militaris Ordo Templi Hierosolymitani. Caballero de la Orden Soberana y Militar del Temple de Jerusalén (OSMTJ-OSMTH), donde se desempeñó como canciller para Latinoamérica y senescal del Gran Priorato de España, fue miembro del claustro del*

Instituto Campomanes de Estudios Medievales (ICEM). Ha impartido conferencias y ha dirigido actos culturales, así como distintos proyectos de investigación histórica. Aparte de numerosos artículos en varias publicaciones, es coautor del libro Anales del Instituto Campomanes (ICEM, Gerona, 2000) y director del Curso de Formación Templaria (TEMPLESPAÑA, Alcalá de Henares, 2001).

CAPÍTULO II

Codex Templi: los textos

JULIÁN MARTOS RODRÍGUEZ

La historia de la Orden del Temple se ha convertido en un mundo de confusión al que se han asociado y se asocian los mitos más diversos (el Arca de la Alianza, el Santo Grial, etcétera). En este conglomerado se formulan todo tipo de hipótesis y conjeturas sin ningún fundamento. Este caos se ha incrementado especialmente en los últimos años, con la febril publicación de textos novelescos y sensacionalistas que transforman y corrompen la realidad histórica. Ello no impide considerar los mitos y leyendas en su justa medida. Esas tradiciones ya existían en época de los templarios y su estudio es pertinente, ya que a menudo esconden una parte de la verdad histórica.

Tratar los orígenes de la Orden del Temple es labor ardua, dado que hay un gran vacío documental al respecto. Por lo general, los historiadores se han ido citando unos a otros sin mayores precauciones y algunos han sacado sus propias conclusiones, llegando incluso a mencionar documentos sobre los que no existe constancia en los diferentes archivos o bibliotecas.

(Los textos documentales que se reproducen en el presente artículo son traducciones inéditas del francés. Se han respetado, salvo en casos muy concretos, los nombres originales y se ha tratado de mantener el espíritu de las versiones primitivas).

CONTEXTO HISTÓRICO

La creación de las órdenes religioso-militares surgieron como consecuencia de las cruzadas, del auge de la Iglesia y del profundo sentimiento religioso de una época. Uno de los aspectos destacables en este contexto es la fuerza de la peregrinación a los Santos Lugares. Era un hecho el peligro que corrían los peregrinos y el dudoso futuro de los cristianos establecidos en Tierra Santa. Unos y otros se encontraron enfrentados a una situación hostil que empeoraba a cada momento y ni siquiera la conquista militar de Palestina pudo remediarla.

Los territorios conquistados no eran seguros. Muchas de las ciudades se encontraban todavía en manos de los musulmanes y muchos caballeros y señores, una vez cumplidos sus votos de cruzados, regresaban a sus distintos puntos de origen: constantemente se solicitaban refuerzos para solucionar el importante déficit de hombres armados en

dichos lugares.

Expulsados de sus territorios, los habitantes musulmanes se refugiaron en las montañas, hostigando y acosando las caravanas de los peregrinos, sobre todo, en la ruta que iba de Jaffa a Jerusalén pasando por Ramleh. En toda la región se advertía la presencia de hombres en armas. Un grupo de caballeros tomó la decisión de combatir a los infieles y proteger a los peregrinos de Palestina, franqueándoles los caminos que conducían al Santo Sepulcro. Tal fue la misión de los Pobres Caballeros de Cristo (*Pauperes commilitones Christi templique Salomonici*).

LOS ORÍGENES

Las circunstancias que precedieron a la fundación de la futura Orden de los templarios son todavía un tanto inciertas y sin duda puede hablarse de un «misterio». Una referencia es segura: se trataba de piadosos y nobles caballeros; el arzobispo de Tyr (Tiro), Guillermo, los presenta como hombres devotos y temerosos de Dios.

Según ciertos cronistas, esos caballeros pidieron consejo a los canónigos del Santo Sepulcro, establecidos en Jerusalén por Godefroi (Godofredo) de Bouillon; para otros, al patriarca de Jerusalén, Gormond, y/o al rey Balduino II. La intención era constituirse como hermandad o cofradía y su objetivo esencial, al parecer, era proteger los caminos de Tierra Santa.

La primera hipótesis, la que remite a un origen asociado a la Orden del Santo Sepulcro, aparece en la *Crónica de Ernout* (siglo XII). Esta obra ha llegado a nuestros días en la versión copiada en el siglo XIII por Bernardo *el Tesorero*, monje de Saint-Pierre-de-Corbie. Según este texto, los futuros *milites Christi*, reclutados entre los caballeros de toda Europa, se habrían asociado a los canónigos del Santo Sepulcro y seguían la regla de esta congregación en calidad de laicos o *semifratres*. En muchos casos, sólo deseaban acabar sus vidas rezando por la redención de sus pecados. Fueron sometidos a la regla de San Agustín en 1114. Sin embargo, la crónica no menciona a Hugues de Payns —considerado como el fundador de la Orden del Temple y mencionado en la Regla misma—, lo cual sugiere que la futura Orden habría preexistido bajo la forma de una orden terciaria en el Santo Sepulcro, o bien como una orden interna, de la cual Hugues habría tomado la dirección más tarde.

La segunda hipótesis es más conocida y tradicionalmente ha gozado de más credibilidad. Se basa en los textos de Guillermo de Tiro. Cuenta que nueve caballeros, entre los que se encuentra Hugues de Payns y Geoffroy de Saint-Omer, habrían pronunciado los votos ante el patriarca de Jerusalén.

A Hugues de Payns se le reserva un lugar de honor en la crónica del patriarca jacobita Miguel *el Sirio* (muerto en 1199). Es la tercera hipótesis: según este cronista,

el rey de Jerusalén habría sido el primer interlocutor de Hugues de Payns y de sus compañeros (unos treinta), a principios del reinado de Balduino II, coronado el 14 de abril de 1118. El cronista relata que en 1114, el noble Hugues, señor feudal, partió de Champagne (Champaña) acompañado de treinta vasallos, probablemente del conde de Champagne, con el fin de ponerse al servicio del Reino Latino de Jerusalén. Él y los treinta que le acompañaban decidieron hacerse monjes y terminar sus días en Tierra Santa.

Las tres crónicas parecen contradictorias y es difícil extraer una conclusión a partir de sus relatos. Sin embargo, tal vez se pueda esbozar un escenario probable. Entre 1099 y 1120 un número indeterminado de caballeros procedentes de distintos lugares de Europa pronunciaron sus votos ante el prior del Santo Sepulcro y quedan asociados a esa congregación. En 1119, los «latinos» sufrieron una impresionante derrota en Antioquía, en la batalla del *Ager Sanguinis* (el Campo de la Sangre); este fracaso determina el destino de esos laicos. La necesidad de combatientes les fuerza a renunciar a una vida dedicada a la oración y tomar las armas. Elegido maestro, Hugues se encarga de suplicar a Balduino su apoyo para la institucionalización de su hermandad. En 1120, probablemente con ocasión del Concilio de Nablús, Balduino reunió un gran consejo en presencia del patriarca de Jerusalén y altos dignatarios laicos y eclesiásticos. Los caballeros fueron exonerados de las obligaciones respecto al prior del Santo Sepulcro. A cambio, debieron pronunciar de nuevo los votos ante el patriarca picardo (de la Picardía, Francia) Gormond de Picquiny, y se comprometieron a seguir las costumbres de los canónigos regulares, conforme a sus votos anteriores, pero también a escoltar a los peregrinos. Estos caballeros tomaron el nombre de Pobres Caballeros de Cristo. El rey los aloja en un ala de su palacio, junto a la mezquita de Al Aqsa, erigida en el solar del antiguo Templo de Salomón, *Templum Salomonis* (fig. 3), de donde procede el nombre de Orden del Templo de Salomón u Orden del Temple. La prueba definitiva de la presencia templaria en el lugar de la mezquita de Al Aqsa es una carta del maestro Gérard de Ridefort, hallada durante los trabajos arqueológicos y de restauración entre 1920 y 1926. La carta se encuentra actualmente en el museo árabe, al oeste de la mezquita. (Cfr. Jan Hosten: «Templi Domorum Citra Francia». *Templarum*, número 8).

Una última versión la proporciona Geoffroy de Cesarea, contemporáneo de Hugues de Payns. Al parecer, Hugues se hacía acompañar de ciento treinta «caballeros buenos y piadosos», y habían decidido consagrar sus vidas a la defensa de los peregrinos y asistir al rey Balduino. Esto ocurría en el año 1120.

LAS CRÓNICAS

Una de las principales cuestiones en este punto es examinar la validez de las fuentes de Guillermo de Tiro, preceptor del rey Balduino IV (1167) y después arzobispo de Tiro (1175), y de Jacques de Vitry, obispo de Acre (1216-1220), que llegó a ser patriarca de Jerusalén (1239). El primero es el autor de la *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum* y Jacques de Vitry redactó su *Historia orientalis seu hierosolymitana*.

Guillermo de Tiro, nacido en 1130, no conoció los inicios del Temple y no mostró especial adhesión a esta congregación. Jacques de Vitry, por su parte, escribe su crónica cien años después de la institucionalización de la Orden y, sin embargo, es más preciso en muchos aspectos. Las fuentes de ambos autores no son directas, sino que remiten a testimonios transmitidos a través de los tiempos. Este método de trabajo implica inevitables deformaciones voluntarias o no, y posibles errores en la transcripción o en las interpretaciones personales de los cronistas. Además, conviene considerar esos trabajos literarios a la luz de su tiempo y registrar los posibles «adornos» del hecho histórico que relatan. A menudo estos textos adolecen de contradicciones internas y, desde luego, también discrepan respecto a otros cronistas menos conocidos.

A continuación se transcriben los párrafos más interesantes de las crónicas de Guillermo de Tiro y de Jacques de Vitry. En ambos, naturalmente, se hace referencia a la primitiva organización de los caballeros del Templo de Jerusalén.

«El mismo año [el año de la coronación de Balduino II como rey de Jerusalén, 1118], ciertos nobles caballeros llenos de devoción, religiosos y temerosos de Dios hicieron voto de vivir en castidad, obediencia y pobreza perpetua, poniéndose en las manos del señor patriarca al servicio de Cristo como canónigos regulares. Entre ellos, los primeros y más importantes eran los venerables Hugues de Payns y Godefroi de Saint-Omer. Como ellos no tenían iglesia ni lugar para vivir, el rey les cedió temporalmente un lugar donde pudieron vivir en su palacio, debajo del Templo del Señor, en el sur.

»Bajo ciertas condiciones, los canónigos del Templo del Señor les concedieron un terreno que ellos poseían cerca de ese lugar para que sirviera a la Orden.

»Además, el señor rey y sus nobles, así como el señor patriarca y sus preladados, les dieron ciertos beneficios de sus propias propiedades a perpetuidad o temporal, a fin de que pudieran alimentarse y vestirse.

»El primer compromiso de profesión prescrito por el señor patriarca y los otros obispos para la remisión de sus pecados era que ellos deberían proteger las rutas y las vías tanto como pudiesen de las emboscadas de los ladrones y de los atacantes, en particular, para la seguridad de los peregrinos».

Guillermo, arzobispo de Tiro. (Malcom Barber: *Le procès des Templiers*. Presses

Universitaires de Rennes, 2002).

«Mientras que de todas las partes del mundo, ricos y pobres, jóvenes y jovencitas, viejos y niños acudían a Jerusalén para visitar los Lugares Santos, salteadores y ladrones infestaban las rutas públicas, tendían emboscadas a los peregrinos que avanzaban sin recelo, despojando a un gran número y masacrando también a otros.

»Caballeros agradables y sacrificados a Dios, ardientes de caridad, renunciando al mundo y consagrándose al servicio de Cristo, obligándose por una profesión de fe y votos solemnes, hechos ante el patriarca de Jerusalén, a defender los peregrinos contra los salteadores y a esos hombres de sangre, a proteger las rutas públicas, a combatir por el Soberano Rey, viviendo como canónigos regulares en la obediencia, en la castidad y sin propiedad. Los principales entre ellos fueron dos hombres venerables y amigos de Dios, Hugues de Payns y Godefroi de Saint-Omer.

»Al principio, no fueron más que nueve en tomar una resolución tan santa. Llevando las ropas que los fieles les daban a título de limosnas, durante nueve años sirvieron bajo el hábito secular... Como todavía no tenían iglesia que les perteneciera, ni residencia fija, el señor rey les concedió por un tiempo una pequeña vivienda en una parte de su palacio, cerca del Templo del Señor [la mezquita de Al Aqsa]. El abad y los canónigos del mismo Templo les dieron también, para las necesidades de sus servicios, la plaza que ellos poseían al lado del palacio del rey. Y, como ellos tuvieron desde entonces su estancia cerca del Templo del Señor, fueron llamados en lo sucesivo hermanos caballeros del Templo».

Jacques de Vitry, obispo, cronista de San Juan de Acre. (Jehan de Ais: «Les Templiers à Jérusalem». *Templarum*, número 1).

¿QUIÉNES FUERON LOS FUNDADORES?

Respecto a los fundadores, también los autores citados difieren. Sin embargo, pueden admitirse con bastante seguridad los nombres de dos caballeros: Hugues y Godefroi. Éstos aparecen siempre en las distintas crónicas y en el prólogo de la Regla de la Orden del Temple. Otros dos caballeros, André y Gondemaro, aparecen en una carta del rey Balduino a San Bernardo y en el citado prólogo de la Regla. Finalmente, los nombres de otros tres miembros de la congregación se citan en ese mismo prólogo.

Hugues de Payns, descendiente de la casa de los condes de Champagne, era sin duda originario de Payns, una localidad situada a doce kilómetros de Troyes. Se supone que era un señor de la nobleza, dado que figura en compañía del conde Hugues de Troyes y actúa como testigo en dos actas importantes, una de las cuales está fechada el 21 de octubre de 1100. (Cfr. Abad Auguste Pétel: *Templiers et Hospitaliers dans le diocèse de Troyes. La Commanderie de Payns et ses dépendances*. 1872). Puede ser que el de

Payns acompañara al conde Hugues de Troyes cuando éste emprendió su primer viaje a Tierra Santa en 1104, y en un segundo viaje, en 1114, año en el que probablemente se instaló en Jerusalén definitivamente.

Godefroi de Saint-Omer era flamenco, primo de Guillaume, castellano de Saint-Omer. Un hijo de este Guillaume de Saint-Omer, llamado Otton, firma como «templario» a partir de 1140. (Cfr. Marqués de Albon: *Cartulaire général de l'Ordre du Temple*. Librairie Ancienne Honore Champion, París, 1913)

Ambos caballeros, junto a sus compañeros André de Montbard, Payen de Montdidier, Archambaud de Saint-Amand, Geoffroi Bisol, Gondemare, Rossal (o Roland o Roral) y Geoffroi fundaron la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, probablemente en 1119.

John Charpentier considera que estos nombres pertenecen a los fundadores de la Orden del Temple. (Cfr. *L'ordre des Templiers*. Editions Tallandier, París, 1987).

El marqués de Albon cita aún a otro caballero, llamado Robert, testigo de un acta pasada el 20 de octubre de 1125. Mateo Bruguera, en su *Historia general de los caballeros del Temple* (1882; reed. Alcántara, Madrid, 1999), incluye al conde Hugues de Champagne como uno de los nueve fundadores.

Ricardo de la Cierva, por su parte, nombra a Hugo Rigaud como fundador. (Cfr. *Templarios: la historia oculta*. Fénix, Madrudejos, 2001).

En 1120, el conde Fulques de Anjou, futuro rey de Jerusalén, se asocia a la Orden en calidad de *milites ad terminum*, es decir, sirviendo durante un tiempo, y le hizo una donación de treinta libras angevinas.

El conde Hugues de Champagne se une a la Orden en 1125. (Hugues sospechó de la infidelidad de su mujer y cedió su condado a su sobrino Thibaud, conde de Blois, en perjuicio de Eudes *el Champanés*, al que no reconoció como hijo suyo). Su ingreso en el Temple motivó que San Bernardo le escribiese una carta felicitándole por haber ingresado en la Orden y haberse convertido en «pobre soldado de Cristo». Los historiadores, por lo general, admiten que Hugues de Champagne murió en 1126, en Palestina. Henri-François Delaborde asegura que existe una carta en la que se reconoce que este Hugues de Champagne vivía en 1130, antes del mes de septiembre. (Cfr. *Chartes de Terre Sainte provenant de l'abbaye de Nôtre-Dame de Josaphat*. Ernest Thorin Editeur, París, 1880).

Es relativamente fácil, por tanto, probar que los templarios eran más de nueve entre 1119 y 1128, es decir, entre la fundación y el Concilio de Troyes. El 20 de octubre de 1125, Bernard, obispo de Nazaret, cita en una carta a un templario llamado Robert. El acta de donación de Balduino Brochet nombra de nuevo a Robert y a otro templario llamado Henri. El 4 de marzo de 1126, los nombres de los templarios Juan, Thibaud y Pedro aparecen en el acta de donación de un terreno del patriarca. Así pues, los templarios son unos quince en 1126 —dos años antes del Concilio de Troyes—. Si a

estos caballeros añadimos los escuderos, sargentos, soldados, sirvientes, etcétera, el número será mucho mayor y, por tanto, la crónica de Guillermo de Tiro parece bastante inexacta en este punto.

Ante la escasa documentación del verdadero número de caballeros que fundaron la Orden, muchos autores «esotéricos» se han permitido licencias históricas dudosas. En ocasiones se ha utilizado el número 9 y sus distintas simbologías para certificar los misterios de la Hermandad; en otros casos, se ha asegurado la vinculación de la Orden a distintas organizaciones, como la Orden de Santa María del Monte Sión; también se ha propuesto una misteriosa «misión oficial», en la que el número reducido de miembros garantizaba la discreción. Todos estos extremos son indemostrables desde el punto de vista de los estudios históricos.

Otra cuestión relevante es el objetivo de la Orden del Temple y su hipotética «misión». También este aspecto ha dividido a los estudiosos: el Santo Grial, el Arca de la Alianza, documentos sobre los orígenes y principios del cristianismo, la Cábala de Bereshit —sobre los secretos del mundo, el dominio de los secretos de la naturaleza y de las fuerzas del cosmos—, etcétera, se configuran como objetivos teóricos del Temple.

Algunos autores, poco serios, han mezclado suposiciones, imaginaciones, hipótesis, tradiciones y fantasmas para conseguir que el número 9 convenga a sus intereses.

La idea de «búsqueda» aparece en muchos textos ligada al número 9: nueve hombres trabajando juntos durante nueve años; además, se trataba de hombres espirituales *nueve*. Este aspecto ha estimulado la imaginación de muchos aficionados a la Historia y la simbología: el 9 es el último dígito; el 9 simboliza lo que está escondido y anuncia un renacimiento; es a un tiempo fin y comienzo, y abre una fase de transmutación, dando acceso a un mundo nuevo (*nueve*).

A continuación se ofrece la traducción de una carta que San Bernardo de Claraval envió a Hugues de Champagne, con motivo del ingreso del conde en la Orden militar del Temple.

«Si, por Dios, que de conde vos habéis hecho simple soldado, y pobre, de rico que vos erais, yo os felicito de todo corazón, y rindo gloria a Dios, porque sé que este cambio se debe a la diestra del Altísimo.

»No obstante, estoy obligado a confesaros que no acepto aún con resignación el que Dios me haya privado de vuestra gozosa presencia por su misterioso designio, y de no veros nunca más, a vos, con quien yo habría querido pasar mi vida entera, si ello hubiera sido posible. ¿Podré de algún modo olvidar nuestra vieja amistad y los favores con los que vos habéis colmado abundantemente nuestra casa?

»Rezo a Dios, cuyo amor os ha inspirado tanta munificencia por nosotros, que lo tenga en cuenta escrupulosamente.

»Por mi parte, conservaré un reconocimiento eterno; quisiera poder daros pruebas. ¡Ah!, si se me hubiera dado vivir con vos, con qué diligencia habría atendido las necesidades de vuestro cuerpo y las necesidades de vuestra alma.

»Pero puesto que eso no es posible, no me resta más que aseguraros que, a pesar de nuestro alejamiento, no cesaréis de estar presente en mi espíritu y en mis oraciones.

»*Non nobis Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*» [“No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria”. Este versículo de las Sagradas Escrituras, Salmo 115, 1, fue la divisa de la Orden del Temple].

(Carta de San Bernardo —Epístola XXXI—, a Hugues de Champagne, que se hizo templario, en la que le felicita por haber entrado en una orden militar y le asegura su eterno reconocimiento (1125). Pierre Girard-Augry: *Aux origines de l’Ordre du Temple*. Editions Opera, Nantes, 1992).

MONJES-SOLDADOS: UNA NOVEDAD EN LA IGLESIA

La voluntad de proteger a los peregrinos y defender los Santos Lugares escondía con certeza el deseo de acercarse a la imagen ideal de Cristo y despreciar la materia de este mundo. Ese acercamiento a la divinidad se ajustaba a las reglas de la fe cristiana.

Aquellos generosos místicos estaban dispuestos a combatir según las reglas del arte de la guerra, pero de acuerdo con las convicciones de la religión. No esperaban bienes materiales y estaban preparados para morir por la fe. Eran monjes-soldados: guardianes de la fe, guardianes de Tierra Santa y guardianes de los hombres.

En ellos se presenta claramente la asociación de la vida militar y la vida monástica; se conjugan dos funciones hasta entonces antinómicas: la oración y el combate. Era una contradicción reunir en un solo cuerpo a los *oratores* y los *bellatores*. Se trataba de una novedad en el seno de la Iglesia: no se había visto nunca y provocó en sus contemporáneos cierta inquietud que contribuyó a desacreditar a la institución naciente. La Orden fue objeto de violentas críticas, hasta el punto de que ciertos hermanos templarios se encontraron confundidos y desmoralizados, creyéndose estar en pecado. La dedicación a las armas les impedía progresar en la vía de la santidad.

Ante esta situación insoportable en la que las contradicciones internas y los ataques externos se suceden, Hugues de Payns se dirige a varias personalidades eclesiásticas para solicitar un apoyo moral y espiritual. Una de esas personalidades es el abad Bernardo de Clairvaux (San Bernardo de Claraval). Oyendo los ruegos del maestre, el abad cisterciense escribiría todo un opúsculo, la *Loa a la nueva milicia*, con el fin de reaccionar contra las expresiones de desagrado hacia la Orden. Guiges du Chastel (Guigo de Castro) y Hugues de Saint-Victor también apoyaron a los monjes-soldados.

Guiges, prior de la Grande Chartreuse (Gran Cartuja) en 1127, envió la siguiente

carta de reconocimiento y loa a Hugues de Payns, maestre de la santa milicia del Temple:

«A nuestros señores y amigos muy queridos y muy venerados en Cristo. A Hugues, prior de la santa milicia, y a todos éstos que son conducidos por sus pareceres, los hermanos de la Chartreuse, sus servidores y amigos, desean plena victoria sobre los enemigos espirituales y corporales de la religión cristiana y la paz por Cristo Nuestro Señor.

»1. Como ni a vuestro regreso ni a vuestra marcha hemos podido disfrutar del placer de conversar de viva voz, nos ha parecido bien dirigiros al menos algunas palabras por carta. No queremos en modo alguno exhortar nuestra caridad en los combates visibles y en la guerra que ataca al cuerpo; deseamos, a pesar de que nosotros no seamos aptos, daros al menos nuestro parecer concerniente a las luchas espirituales a las que estamos expuestos cada día. Es en vano que ataquemos a los enemigos de fuera si antes no vencemos a los de dentro. Es cosa del todo vergonzosa e indigna querer someternos a no importa qué ejército si antes nuestros cuerpos no están sometidos. ¿Quién soportaría, en efecto, que quisiéramos extender a lo lejos nuestra dominación, y que sufriéramos la esclavitud bajo la tiranía de los vicios en un pequeño rincón de tierra, es decir, en nuestros cuerpos? Es por eso que, hermanos bien queridos, debemos hacer la conquista de nosotros mismos a fin de ir con seguridad enseguida a atacar a los otros; purifiquemos nuestras almas de los vicios primero y, a continuación, purguemos la tierra de los bárbaros que la manchan.

»2. Que el pecado no reine entonces en nuestro cuerpo, para no tener que obedecer a sus deseos; no mostremos nuestros miembros como armas de iniquidad para servir al mal; mostrémonos al Señor como vivos después de haber estado muertos, y hagamos de nuestros miembros instrumentos de justicia para honrar a Dios, a pesar de que la carne codicie contra el espíritu, sin poder ser amansada. “Esos dos principios”, dice el Apóstol, “están en lucha entre ellos: no hagáis todo eso que os place”. Quisiéramos, en efecto, si eso pudiera hacerse, estar exentos de toda concupiscencia. Pero si en esta vida, que es una excitación continua, no podemos estar totalmente libres, al menos no seamos sus esclavos. Para obtener ese resultado, porque nosotros no tenemos las fuerzas suficientes, fortifiquémonos en el Señor y, en el poder de su fuerza, revistámonos con la armadura de Dios, a fin de poder resistir a las trampas del demonio. Pues, continúa el texto sagrado, “no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y los poderes, contra los conductores de tinieblas de este mundo; contra los poderes espirituales de la maldad en las alturas”, es decir, contra los vicios y contra los malos espíritus que nos excitan. Si ellos no dominan sobre nosotros (como David le pide al Señor), nosotros estaremos sin mancha y purificados de los más grandes excesos.

»3. Tengamos entonces los costados ceñidos por la verdad, y los pies calzados en la preparación del Evangelio de la paz; tomando en todas las cosas el escudo de la fe, por medio del cual podamos apagar todas las palabras inflamadas del espíritu perverso, llevando sobre la cabeza el casco y teniendo en la mano derecha la espada de la salvación. Corramos, no como por casualidad; combatamos, no como si golpearais el aire; castigemos nuestro cuerpo y reduzcámoslo a servidumbre, pues ése es el estado más elevado del hombre creado a imagen de Dios, cuando la carne está sometida al espíritu, y el espíritu, al Creador. En el combate, ése que se esfuerce en ser el más humilde de todos será más robusto, y conseguirá, bajo la dirección y la protección de Dios, un triunfo tanto más glorioso sobre sus enemigos derribados en gran número a sus pies; al contrario, será más débil y más inconstante en todo bien aquél que pretenda ser más soberbio y elevado. Dios, en efecto, resiste a los orgullos. Por tanto, no es necesario que busquemos en otra parte a otro adversario para combatir a éstos contra los que se alza Dios. David dice contra éstos: “El Señor guarda a los que son más pequeños”. Y después de haber hecho la experiencia en él, añade: “Yo estaba humillado y Él me ha liberado”. Imitemos pues ese ejemplo si queremos aprovechar parecido remedio. Imitemos su conducta si esperamos el bien que él recibió; humillémonos, a fin de ser liberados de todos los males. El Apóstol dice así de Nuestro Señor Jesucristo: “Él mismo se humilló rindiendo obediencia hasta la muerte y a la muerte de la cruz”. Eso no fue en vano. En efecto, en razón de eso, confirma la Sagrada Escritura: “Dios lo ha exaltado y le ha dado un nombre que está por encima de todos los nombres, de tal manera que en nombre de Jesús, todos los pueblos se dobleguen tanto en el Cielo como sobre la Tierra y en los infiernos, confiesen que el Señor Jesucristo está en la Gloria de Dios Padre”. De ese modelo, sobre todo, saquemos algo que nos motive a imitar ese abatimiento si deseamos alcanzar la recompensa. Hagamos lo que ha hecho Jesucristo, con el fin de seguirlo al lugar donde Él nos ha precedido. Sigamos el camino de tan gran humildad para llegar a la gloria de Dios el Padre. “Pues quienquiera que se humilla será elevado y aquel que se exalta será humillado”, en testimonio del mismo Jesucristo Nuestro Señor que, con el Padre y el Santo Espíritu, vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén. Que la todopoderosa misericordia de Dios os hagan combatir felizmente y triunfar gloriosamente en los combates, sean espirituales, sean corporales. Os deseamos una excelente salud; os pedimos, hermanos muy queridos, muy relevantes y llenos de méritos, que hagáis memoria de nosotros en vuestros rezos en los Santos Lugares que protegéis. Os haremos pasar estas cartas por enviados diferentes, por temor (no lo quiera Dios) que un obstáculo las impida llegar hasta vos: os pedimos que las comunicéis a vuestros hermanos».

(En Pierre Girard-Augry, *ibíd.*).

El maestro Hugues de Saint-Victor, canónigo al que San Bernardo le escribió una carta o tratado sobre el bautismo y otras cuestiones, es el autor a su vez de otra de aquellas misivas de aliento y apoyo a los templarios:

[Prólogo]

«A los soldados de Cristo que, por su religioso comportamiento en el Templo de Jerusalén, se aplican con fervor a su santificación, Hugues *peccator* [pecador]. Combatir y vencer y ser coronado en Cristo Jesús Nuestro Señor.

[Exhortación]

»Mas el diablo, hermanos muy queridos, está al acecho para engañarnos y para perdernos, mas debemos estar en guardia, por una circunspección siempre alerta, no solamente contra el mal, sino también cuando hacemos el bien.

»El primer esfuerzo del diablo es, en efecto, arrastrarnos al pecado. El segundo es corromper nuestras intenciones en nuestras buenas obras. El tercero consiste, bajo apariencia de progreso, en volvernos inestables en el bien, desviándonos de las obras de virtud que hemos emprendido. Para guardarnos del primer engaño, la Escritura dice: “Hijo mío, ten cuidado con no consentir nunca al pecado” (Tob. 4, 5). Para guardarnos del segundo engaño, dice en otro versículo: “Haz bien el bien”. No hace bien el bien aquel que, en una obra buena, no busca la gloria de Dios sino la suya. Para guardarnos del tercero, dice en otra parte: “Quédate donde estás”. No quiere, por así decirlo, quedarse donde está quien, de la tarea que tiene como deber de cumplir, se deja siempre arrancar y atraer lejos por la inconstancia de su espíritu y los caprichos de sus deseos.

»Es para corregir esta inconstancia y esa ligereza que el Apóstol dice: “Que cada uno se mantenga en el estado donde ha sido llamado” (I Cor. 7, 20), éste en tal estado, éste en tal otro. Ved, hermanos: si todos los miembros del cuerpo realizasen una sola función, el mismo cuerpo no sabría subsistir entero. Escuchad al Apóstol: “Si el pie dice: puesto que yo no soy el ojo, yo no soy del cuerpo, ¿por tanto, no sería del cuerpo?” (I Cor. 12, 16). A menudo lo que es menos noble es lo más útil. El pie toca la tierra, pues lleva todo el cuerpo. No os equivoquéis vosotros mismos: cada uno recibirá su recompensa según su trabajo. Los tejados de las casas reciben la lluvia y el granizo y el viento, pero si no hubiera tejado, ¿qué haría el artesonado cubierto de pintura?

»Si proponemos esas reflexiones, hermanos, es porque hemos oído decir que algunos de vosotros estáis trastornados y confundidos por algunas gentes de pocos conocimientos, como si la profesión por la que habéis consagrado vuestras vidas a llevar armas contra el enemigo de la fe y de la paz para la defensa de los cristianos,

como si vuestra profesión, digo, fuera ilícita o perniciosa, dicho de otra forma, como si ella constituyese un pecado o impedimento de un gran progreso.

»Eso es lo que os decía: el diablo no duerme nunca. Sabe que si quiere persuadirlos de pecar, vosotros no lo escucharéis y no se lo consentiréis. Es por lo que no os dice: embriagaos, comed impurezas, denigraos. Vosotros habéis hecho vano su primer esfuerzo rechazando los pecados. En su segundo esfuerzo vosotros habéis aplastado al adversario. En tiempos de paz efectivamente combatís vuestra propia carne por los ayunos y por las abstinencias y cuando en las obras de virtud, él os sugiere el orgullo, vosotros resistís y sois vencedores. En tiempos de guerra, vosotros combatís con las armas contra los enemigos de la paz que os perjudican.

»Pero ese enemigo invisible, que siempre tienta y se ensaña cruelmente, se esfuerza en corromper el buen trabajo que vosotros cumplís con un celo razonable y justo. Como él trabaja en corromper la acción exterior por la intención, os sugiere el odio y el furor cuando matáis; os sugiere la codicia cuando levantáis los despojos. Vosotros rechazáis por todas partes sus trampas porque, cuando matáis, no es injustamente que odiáis y cuando despojáis no es injustamente que ansiáis. Yo digo: no es injustamente que vosotros odiáis, porque no odiáis al hombre sino la iniquidad: no es injustamente que vosotros ansiáis, porque conseguís lo que justamente debe ser despojado, por sus pecados, y, por vuestro trabajo, es justamente merecido. “El obrero en efecto es digno de su salario” (Luc. 10, 7; I Tim. 5, 18). “Si no ponemos bozal al buey que pisotea el grano” (I Cor. 9, 9; I Tim. 5, 18), ¿con qué derecho negaríamos el salario al hombre que trabaja? Si al hombre que toma la palabra para la edificación de su prójimo le damos una recompensa, al hombre que sacrifica su vida para salvar la de su prójimo, ¿no le sería debido un salario? Si os digo que el diablo ha sido vencido en ese punto, es porque no ha encontrado entre vosotros a quien tentar y poseer, porque vuestras intenciones son tan puras como vuestras acciones.

»Por eso [el demonio] lleva el combate a otra parte. Como no puede negar que eso que vosotros hacéis está bien, se esfuerza en conseguir que, en ese bien que hacéis, no guardéis la perseverancia, que es la coronación de todo bien. Otorga lo que no puede negar: eso que hacéis está bien. Pero os aconseja abandonar el más mínimo bien por otro mucho mayor, no con el fin de que hagáis éste, sino con el fin de que no hagáis aquél. Le importa poco lo que puede decir con tal de que os arranque de vuestro firme propósito. Lo que quiere absolutamente es que salgáis de donde estéis. He ahí por qué promete maravillas con el fin de haceros salir y que, una vez fuera, no os permita ir hacia ese gran bien ni regresar hacia el mínimo bien.

»Ahí está el engaño del enemigo. Ésa es la habilidad, la picardía del diablo que desea haceros morder el polvo. Por lo que debéis tener firmeza, resistid a vuestro adversario que es león y dragón. Viene como león para destrozarnos; viene como

dragón para engañaros. No os fiéis de él. Sospechad de todo lo que os sugiera el enemigo, incluso si la sugestión parece buena. Acordaos de lo que dijo a vuestra madre ese hábil persuasivo: “Comed”, dice él, “seréis como los dioses”. Ved cómo promete la divinidad para aprender a despreciar la humanidad; hace relucir la majestad para suprimir la humildad.

»Entonces, vosotros, hermanos, instruidos por ese primer engaño, guardaos y no aceptéis fácilmente consejos que os prometan subir hacia la divinidad. Acordaos de que sois hombres. Guardad humildemente el don que Dios os ha hecho; aceptad pacientemente eso que Dios ha dispuesto para vosotros. Y si por casualidad os viene a la mente el deseo de un orden más alto, sabed que, en todo orden, el más alto es el mejor.

»Judas, de la cumbre del apostolado, se ha precipitado; y el publicano que se acusa humildemente está justificado. Si el lugar pudiera salvar, el diablo de lo alto del Cielo no habría caído. Por otra parte, si el lugar pudiera condenar, Job sobre su estiércol del diablo no habría vencido. Concluid que ni el lugar ni el exterior son nada ante Dios. ¿Pero qué dice el apóstol Pablo? “Pues respecto de Jesucristo ni la circuncisión, ni la incircuncisión valen nada, sino que lo que vale es el ser una nueva criatura [o el ser un nuevo hombre por la gracia]” (Gal. 6, 15).

»Entonces si el progreso te llama y si quieres subir hacia lo mejor, no mires fuera de ti, vuelve tu ojo hacia tus adentros, donde Dios mira. Ahí está la buena elevación, donde está la verdadera virtud. Es así que se ha dicho del justo: “Él ha dispuesto elevaciones en su corazón. Ellos irán de altura en altura; el Dios de los dioses se les aparecerá en Sión” (Sal. 83, 7-8). Pero puede ser que digáis que la ocupación que os desvía por la contrariedad exterior produce un impedimento en el progreso interior y en las ascensiones espirituales. Buscad la paz y el descanso con el fin de poder fructificar para Dios, pues la soledad es la amiga de la contemplación. “Diciendo eso tenéis el celo de Dios pero no según la sabiduría” (Rom. 10, 2). “Vosotros no sabéis qué es lo que pedís” (Mat. 20, 22). Escuchad lo que responde Cristo, no yo. Vosotros pedís sentaros a su derecha y su izquierda en su Reino. Queréis estar sentados y descansar con Cristo reinante, pero no queréis trabajar y fatigaros con Cristo combatiente. Eso que pedís sería dichoso no obstante si fuese justo. Como eso que pedís no es justo, no sabéis lo que pedís.

»El orden de la justicia exige que quien quiera reinar no rechace trabajar. Ése que busca la corona no debe esquivar el combate. Cristo mismo, a quien debéis seguir en el momento en que sube con seguridad hacia el Cielo a la derecha del Padre, trabajó en la tierra luchando contra hombres impíos y malvados. Ved, hermanos: si fuera a la manera que decís que debiéramos buscar el descanso y la paz, ninguna orden en la iglesia de Dios subsistiría. Incluso los habitantes del santo desierto no pueden escapar si no trabajan por los víveres y las vestimentas y las otras necesidades de la

vida mortal. Si no existieran los que labran, los que siembran, los que cosechan, los que preparan, ¿qué harían los que contemplan? Si los apóstoles hubieran dicho a Cristo: nosotros queremos descansar, encontrar distracción y contemplar, no correr aquí y allá ni trabajar, queremos estar lejos de las contradicciones y de las disputas de los hombres, si entonces los apóstoles hubieran hablado así a Jesucristo, ¿dónde habría ahora cristianos?

»Y por eso, mirad, hermanos, cómo el enemigo, bajo pretexto de piedad, se esfuerza en conducirnos a la trampa del error. Los hombres de virtud no deben huir de la incomodidad sino de la falta, no de la fatiga del cuerpo sino de la confusión del espíritu. Un sirviente de Dios sabe, y en las ocupaciones permanece tranquilo, y en las complicaciones permanece sin confusión. Sabe estar contento con su suerte y no, por ligereza, evadirse de las disposiciones divinas, ni, por orgullo, contradecir la voluntad divina. Dios es el maestro en efecto y nosotros somos sus sirvientes y, en su gran casa, ha puesto a cada uno en su sitio poniendo por regla que el más humilde en sus deberes de la administración se convierta en el más alto en las recompensas de la retribución.

»Pero, en la realidad, la tentación enemiga no deja en paz los corazones de los pobres humanos: ella inspira a los superiores la desesperación de verse encargados, a los inferiores de verse subordinados. Ella dice a los maestros que no pueden salvarse si no rechazan el cuidado del mandato; a los siervos dice que no participen en la vida religiosa porque no participan en el gobierno.

»¡Oh trampa enemiga! ¿cuándo cesarás? ¿Cómo el ángel de Satán se transforma en ángel de la luz? Si el diablo aconsejara desear los placeres del mundo, lo reconoceríamos fácilmente. Pero él dice a los soldados de Cristo que abandonen las armas, que no hagan más la guerra, que huyan del tumulto, que ganen algún retiro, y con el fin de presentar un falso semblante de humildad suprime la verdadera humildad. ¿En efecto, qué es ser orgulloso sino no obedecer a lo que se nos ha ordenado por Dios? Habiendo así sacudido a los superiores, Satán se vuelve hacia los inferiores para ponerlos en desconcierto.

»“¿Por qué —dice él— trabajáis inútilmente?”. ¿Por qué gastar en vano tal esfuerzo? Esos hombres que servís os hacen participar en su labor, pero ellos no quieren admitiros en la participación de la fraternidad (hermandad). Cuando vienen hacia los soldados del Templo los saludos de los fieles, cuando las oraciones se hacen en el mundo entero por los soldados del Templo, no se hace ninguna mención, ningún recuerdo. Y cuando casi todo el trabajo corporal os incumbe, todo el fruto espiritual se refleja en ellos. Retiraos entonces de esta sociedad y ofreced el sacrificio de vuestro trabajo en otro lugar donde el celo de vuestro fervor sea manifiesto y fructuoso.

»Ved, hermanos, cómo el tramposo multiforme se vuelve hacia toda suerte de

bribonadas. Hace murmurar a aquellos porque son los jefes y son conocidos; hace murmurar a unos porque son los jefes y son conocidos; hace murmurar a otros porque son los súbditos y son ignorados, como si Dios no los reconociese por el hecho de que los hombres no los mencionan. Ved, sin embargo, hermanos, que aquí todavía vuestro tentador se muestra ridículo. Pienso en efecto que no hay entre vosotros un hombre razonable que ignore que toda virtud está tanto más segura en cuanto más escondida está. Ningún fiel debe poner en duda esto: quienquiera que se encuentre en una sociedad que sirve a Cristo y participa en su trabajo, ése sin equívoco posible participará a su recompensa.

»Si tal es vuestro sentimiento, hermanos muy queridos, y si guardáis la paz de vuestra sociedad, el Dios de la paz estará con vosotros».

(De Pierre Girard-Augry, *ibíd.*).

Finalmente, San Bernardo de Claraval (o Clairvaux) responde a los ruegos de Hugues de Payns, en los que le pedía apoyo espiritual para su Orden. El cisterciense hace un elogio de los caballeros del Temple:

A LOS CABALLEROS DEL TEMPLO. LOA A LA NUEVA MILICIA

Prólogo

«A Hugues, soldado de Cristo y maestro de su milicia, Bernard, sencillo abad de Clairvaux, salud y que pelee el buen combate.

»No es una, ni dos, sino tres veces, si no me equivoco, mi querido Hugues, que me ha rogado que le escriba a vos y a vuestros compañeros de armas algunas palabras de ánimo, y dirigir mi pluma, a falta de lanza, contra nuestro enemigo tiránico, asegurándome que yo le prestaría mucha ayuda si animara con mis palabras a los que no puedo ayudar con las armas en la mano.

»Si he tardado algún tiempo en acceder a sus deseos, no es que yo creyera que no se tenían que tomar en cuenta, sino que temía que se me pudiera reprochar el haber accedido a ellos de forma ligera y demasiado rápida, y de haberme atrevido, a pesar de mi inhabilidad, a emprender algo que alguien más capacitado que yo hubiera podido llevar a cabo mejor, y haber impedido tal vez así que todo el bien posible se hiciera. Pero viendo que mi larga espera no ha servido de nada, me he decidido por fin a hacer lo que he podido; el lector juzgará si lo he logrado, con el fin de probarle que mi resistencia no procedía de una mala voluntad por mi parte, sino del sentimiento de mi incapacidad. Pero a pesar de todo, como no es más que para agradecerle que he hecho todo de lo que soy capaz, me importa muy poco que mi libro agrade sólo mediocrementemente o incluso de que parezca insuficiente a los que lo lean.

CAPÍTULO I

Elogio a la Nueva Milicia

»1. Un nuevo género de milicia ha nacido, dicen, sobre la Tierra, en el país mismo que el Sol levante ha venido a visitar desde lo alto de los Cielos, de modo que allí mismo donde ha diseminado, con su brazo potente, a los príncipes de las tinieblas, la espada de esta milicia valiente exterminará pronto a sus satélites, quiero decir, a los hijos de la infidelidad. Redimirá de nuevo al pueblo de Dios y hará crecer de nuevo el cuerno de la salvación, en la casa de David su hijo. Sí, es una milicia de un nuevo tipo, desconocida en los siglos pasados, destinada a combatir sin tregua un doble combate [Pedro *el Venerable* se expresa más o menos así, en la carta XXVI del libro VI; dice en efecto: “Quién no se alegraría y se regocijaría muy vivamente al veros dirigiros no a un sencillo sino a un doble combate a la vez... Sois monjes por vuestras virtudes, y soldados por vuestros actos”] contra la carne y la sangre, y contra los espíritus de malicia desperdigados por los aires. No es muy raro ver a los hombres combatir a un enemigo corporal con las solas fuerzas del cuerpo, por lo que no me extraño; por otro lado, guerrear contra el vicio y el demonio con las únicas fuerzas del alma, no es tampoco algo tan extraordinario como loable, el mundo está lleno de monjes que libran esos combates; pero lo que, para mí, es tan admirable como evidentemente raro, es ver las dos cosas reunidas, un mismo hombre colgar con valor su doble espada a su costado y ceñir sus flancos con su doble tahalí a la vez. El soldado que viste al mismo tiempo su alma con la coraza de la fe y su cuerpo con una coraza de hierro no puede ser sino intrépido y estar en perfecta seguridad; pues, bajo su doble armadura, no teme ni al hombre ni al demonio. Lejos de temer a la muerte, la desea. ¿Qué puede temer, en efecto, que viva o que muera, si Jesucristo sólo es su vida y, para él, la muerte es una victoria? Su vida la vive con confianza y de buen corazón por Cristo, pero lo que preferiría sería desvincularse del cuerpo y estar con Cristo; eso es lo que le parece mejor. Marchad pues al combate, con plena seguridad, y cargad contra los enemigos de la cruz de Jesucristo con valor e intrepidez, puesto que bien sabéis que ni la muerte ni la vida podrían separaros del amor de Dios, que está basado en las bondades que toma de Jesucristo, y recordad esas palabras del Apóstol, en medio de los peligros: “Vivos o muertos, pertenecemos al Señor” (Rom. 14, 8). ¡Qué gloria para los que vuelven victoriosos del combate, pero qué felicidad para los que encuentran en él el martirio! Alegraos, generosos atletas, si sobrevivís a vuestra victoria en el Señor, pero que vuestra alegría y vuestro regocijo sean dobles si la muerte os une a Él: sin duda, vuestra vida es útil y vuestra victoria gloriosa; pero con razón preferís una muerte santa; pues si es verdad que los que mueren en el Señor son bienaventurados, ¿cuánto más felices todavía son los que mueren por el Señor?

»2. Es muy cierto que la muerte de los santos en su lecho o en un campo de batalla es preciosa a los ojos de Dios, pero la encuentro más preciosa en un campo de batalla puesto que es al mismo tiempo más gloriosa. ¡Qué seguridad es en la vida una conciencia pura! Sí, qué vida exenta de confusión es la de un hombre que espera la muerte sin miedo, que la pide como un bien, y la recibe con piedad. ¡Cuán santa y segura es vuestra milicia, y cuán exento del doble peligro al que están expuestos éstos que no combaten por Jesucristo! En efecto, todas las veces que marcháis sobre el enemigo, vosotros que combatís en los rangos de la milicia secular, tenéis que temer matar vuestra alma con el mismo golpe que os sirve para dar muerte a vuestro adversario, o recibirla de su mano, en el cuerpo y en el alma al mismo tiempo. No es por los resultados sino por los sentimientos del corazón que un cristiano aprecia el peligro que ha corrido en una guerra o la victoria que ha ganado, pues si la causa que defiende es buena, el desenlace de la guerra, cualquiera que sea, no podría ser malo, lo mismo que, a fin de cuentas, la victoria no podría ser buena cuando la causa de la guerra no lo es y la intención de los que la hacen no es recta. Si tenéis la intención de dar la muerte, y ocurre que la recibís vosotros, no sois menos homicidas, incluso muriendo; si, al contrario, escapáis a la muerte, después de matar a un enemigo que atacabais con el pensamiento de subyugarle o de sacar alguna venganza de él, sobrevivís sin duda, pero sois homicidas: ahora bien, no es bueno ser homicida, seamos vencedores o vencidos, muertos o vivos; es siempre una victoria triste ésa en la cual se triunfa sobre su semejante nada más que vencido por el pecado, y es en vano que se glorifique uno de la victoria que se ha ganado sobre el enemigo si uno se ha dejado vencer por la ira o el orgullo. Hay personas que no matan ni con un espíritu de venganza ni para darse el vano orgullo de la victoria, sino únicamente para escapar ellas mismas de la muerte: ¡pues bien! no puedo decir que esta victoria es buena, dado que la muerte del cuerpo es menos terrible que la del alma; en efecto, ésta no muere del mismo golpe que mata al cuerpo, sino que está golpeada a muerte en cuanto es culpable de pecado.

CAPÍTULO II

De la Milicia Secular

»1. ¿Cuáles serán entonces el fruto y la salida, no digo de la milicia, sino de la milicia secular, si el que mata peca mortalmente y el que es matado perece eternamente? Pues, para servirme de las propias palabras del Apóstol: “El que labra la tierra debe labrar con la esperanza de sacar un provecho, y el que trilla el grano debe esperar tener su parte” (I Cor. 9, 10). ¿Qué extraño error es ése en que vivís, soldados del siglo? ¿Qué furia frenética e intolerable os arrebatara para que de tal modo guerreéis pasando grandes penalidades y gastando toda vuestra hacienda, sin más resultado que venir a parar en el pecado o en la muerte? Cargáis vuestros

caballos con gualdrapas de seda, cubrís vuestras corazas con no sé cuántos trozos de tela que caen por todos los lados; pintáis vuestras hachas, vuestros escudos y vuestras sillas; prodigáis el oro, la plata y las pedrerías en vuestros morrales y vuestras espuelas, y voláis hacia la muerte, en ese aparato pomposo, con un impudente y vergonzoso furor. ¿Son ésas las insignias del estado militar, o son más bien ornamentos que convienen a mujeres? ¿Es que, por acaso, la espada del enemigo respeta el oro? ¿Perdona a las pedrerías? ¿No sabrá traspasar la seda? ¿Pero acaso no sabemos, por una experiencia de todos los días, que el soldado que va al combate sólo necesita tres cosas, ser vivo, adiestrado y hábil para parar los golpes, estar alerta para la persecución y rápido para golpear? Ahora bien, se os ve al contrario mantener, como mujeres, una masa de cabellos que os impiden la vista, envolveros en largas camisas que os bajan hasta los pies y ocultar vuestras manos delicadas y tiernas bajo mangas tan anchas como caídas. Añadid a todo eso algo que está bien hecho para espantar la conciencia del soldado, quiero decir, el motivo ligero o frívolo para el cual se tiene la imprudencia de alistarse en una milicia por lo demás tan llena de peligros; pues es bien cierto que vuestros desacuerdos y vuestras guerras no nacen más que de algunos arranques de cólera, de un vano amor a la gloria, o del deseo de alguna conquista terrestre. Así que, seguramente, por tales causas no es prudente matar, ni hacerse matar.

CAPÍTULO III

De los Soldados de Cristo

»1. Pero los Soldados de Cristo combaten con plena seguridad los combates de su Señor, pues no tienen que temer ofender a Dios matando a un enemigo y no corren ningún peligro, si se les mata a ellos, puesto que es por Jesucristo que dan o reciben el golpe de la muerte, y que, no sólo no ofenden a Dios, sino que se granjean una gran gloria: en efecto, si matan, es por el Señor, y si se les mata, el Señor es para ellos; pero si la muerte del enemigo le venga y le es agradable, le resulta todavía mucho más agradable darse a su soldado para consolarlo. Así el soldado de Cristo da la muerte en plena seguridad y la recibe con una seguridad mayor todavía. No lleva la espada en vano; es el ministro de Dios, y la ha recibido para ejecutar sus venganzas, castigando a los que hacen acciones malvadas y recompensando a los que hacen buenas acciones. Entonces, cuando mata a un malhechor, no es homicida sino malicida, si me puedo expresar así; ejecuta literalmente las venganzas de Cristo sobre los que hacen el mal, y adquiere el título de defensor de los cristianos. Si él mismo llega a sucumbir, no se puede decir que ha perecido, al contrario, se ha salvado. La muerte que da es en provecho de Jesucristo, y la que recibe, en el suyo propio. El cristiano se glorifica de la muerte de un pagano, porque Cristo mismo se ha glorificado de ella, pero en la muerte de un cristiano la libertad del Rey del Cielo

se muestra a descubierto, puesto que sólo saca a su soldado de entre la contienda para recompensarle. Cuando el primero sucumbe, el justo se alegra al ver la venganza que se ha sacado de ello; pero cuando él es el segundo que perece, todo el mundo exclama: ¿será recompensado el justo? Lo será sin duda, puesto que hay “un Dios que juzga a los hombres sobre la tierra” (Salmo 57, 12). Sin embargo, no haría falta matar a los paganos aún si pudiéramos impedirles, por cualquier otro medio que la muerte, insultar a los fieles u oprimirles. Pero por el momento, es mejor matarles que dejarlos vivir para que ataquen a los justos, por miedo a que los justos, a su vez, se entreguen a la iniquidad.

»2. Pero, diremos, si le está absolutamente prohibido a un cristiano golpear con la espada, ¿de dónde viene que el heraldo del Salvador les dijera a los militares que se conformaran con su sueldo, y no les ordenara más bien que renunciaran a su profesión? (Luc. 3, 14). Si, al contrario, eso está permitido, como lo está, en efecto, a todos los que han estado establecidos por Dios para esa meta, y no están alistados en un estado más perfecto, ¿a quién, os lo pregunto, lo estará más que a éstos cuyo brazo y valor nos conservan la ciudad fuerte de Sión, como una muralla protectora detrás de la cual el pueblo santo, guardián de la verdad, puede venir a guarecerse con toda seguridad, desde que se ha mantenido alejados a los violadores de la ley divina? Apartad, pues, sin temor a esas naciones que sólo respiran la guerra, despedazad a los que infunden el terror entre nosotros, masacrad lejos de los muros de la ciudad del Señor a todos esos hombres que practican la iniquidad y que arden en el deseo de apoderarse de los inestimables tesoros del pueblo cristiano que reposan entre los muros de Jerusalén, de profanar nuestros santos misterios y de adueñarse del santuario de Dios. Que la doble espada de los cristianos se descargue sobre la cabeza de nuestros enemigos, para destruir todo lo que se levanta en contra de la ciencia de Dios, es decir, en contra de la fe de los cristianos, con el fin de que los infieles no puedan decir un día: ¿dónde está su Dios?

»3. Cuando se les haya echado, [Dios] volverá a tomar posesión de su herencia y de su casa, de la cual Él mismo ha dicho, en su cólera: “El momento en que su morada esté desierta se acerca” (Mat. 23, 38), y de la cual el Profeta ha dicho gimiendo: “He dejado mi propia casa, he abandonado mi herencia” (Jer. 12, 7); y cumplirá esta otra palabra profética: “El Señor ha redimido a su pueblo y lo ha liberado; así se le verá, lleno de alegría, en la montaña de Sión, regocijarse de los bienes del Señor. Entrégate a la alegría, oh Jerusalén, y reconoce que han llegado los días de la visita de Dios”. Regocijaos vosotros también y alabad a Dios con ella, desiertos de Jerusalén, pues el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido a la Ciudad Santa y ha levantado su brazo santo frente a todas las naciones. Virgen de Israel, habías caído, y no se encontraba a nadie para tenderte una mano compasiva; levántate ahora, sacude el polvo de tus ropas, oh Virgen, oh hija cautiva, oh Sión, levántate,

digo, e incluso álzate muy alto y mira a lo lejos los torrentes de alegría que Dios hace correr hacia ti. Ya no se te llamará la abandonada, y la tierra donde te levantas ya no será una tierra desolada, porque el Señor ha puesto en ti todas sus complacencias y tus campos volverán a poblarse. Pon tus ojos a tu alrededor y mira; todos esos hombres se han reunido para venir hacia ti; aquí está el auxilio que se te ha mandado desde arriba. Son los que van a cumplir esa antigua promesa: “Te estableceré en una gloria que durará siglos y tu alegría se perpetuará de generación en generación; mamarás la leche de las naciones y te criarás en los pechos que han mamado los reyes” (Is. 60, 15-16). Y esa otra también: “Como la madre acaricia a su niño, así yo os consolaré y encontraréis vuestra paz en Jerusalén” (Is. 66, 13). ¿Veis cuántos numerosos testimonios recibió ya, en los tiempos antiguos, la Nueva Milicia y cómo ante nuestros ojos se cumplen oráculos sagrados en la ciudad del Señor de las virtudes? Ojalá el sentido literal no perjudique al espiritual, la manera de oír, en el tiempo, las palabras de los profetas, no nos impida tener esperanza en la eternidad, las cosas visibles no nos hagan perder de vista las de la fe, la indigencia actual no atente a la abundancia de nuestras esperanzas y la certidumbre del presente no nos haga olvidar el porvenir. Por otra parte, la gloria temporal de la ciudad de la tierra, en vez de perjudicar a los bienes celestes, no puede sino aumentarlos, si creemos firmemente que la ciudad de aquí abajo es una imagen fiel de la de los cielos, que es nuestra madre.

CAPÍTULO IV

Vida de los Soldados de Cristo

»1. Pero para el ejemplo, o más bien, para la confusión de nuestros soldados que sirven al diablo más que a Dios, digamos, en algunas palabras, las costumbres y la vida de los Caballeros de Cristo, hagamos conocer lo que son en tiempo de paz y en tiempo de guerra, y se verá claramente qué diferencia hay entre la milicia de Dios y la milicia del mundo. Y primero, entre ellos, la disciplina y la obediencia están en honor; saben, según las palabras de la Santa Escritura, “que el hijo indisciplinado perecerá” (Ecl. 22, 3), y que “es una especie de magia el no querer someterse, y una suerte de idolatría negarse a obedecer”. Van y vienen según el mando de su jefe, de él reciben su ropa y sea en los hábitos, sea en la comida, evitan toda superfluidad y se limitan a lo estrictamente necesario. Viven rigurosamente en común, en una agradable pero modesta y frugal sociedad, sin esposas y sin hijos; es más, según los consejos de la perfección evangélica, conviven bajo un mismo techo, no poseen nada en propiedad y no tienen otra preocupación que la de mantener entre ellos la unión y la paz. Así, diríamos que todos no tienen más que un corazón y un alma, tanto se cuidan no sólo de no seguir en nada su propia voluntad, sino de someterse en todo a la de su jefe. Nunca se les ve ociosos o irse por ahí llamados por la curiosidad; pero

cuando no van a la guerra, lo que es raro, como no quieren comer su pan sin hacer nada, dedican sus momentos de ocio a arreglar, remendar y reparar sus armas y sus ropas, que el tiempo y el uso han dañado o despedazado o desordenado; hacen lo que les manda su superior, y lo que pide el bien de la comunidad. No hacen, entre ellos, acepción de nadie, y sin reparar en el rango y la nobleza, rinden honor nada más que al mérito. Llenos de deferencias unos hacia otros, se les ve llevar las cargas unos de otros, y cumplir así la ley de Cristo. No se oyen, entre ellos, ni palabra arrogante, ni estallidos de risa, ni el ruido más leve, menos todavía murmullos, y no se ve ninguna acción inútil; por lo demás, ninguna de esas faltas se quedaría sin castigo. Aborrecen los dados o el ajedrez; no se entregan ni al placer de la caza ni a la generalmente tan apreciada de la cetrería; detestan y huyen de los juglares, los magos y los farsantes, así como cuantas vanidades y objetos llenos de extravagancia y de engaño. Se cortan los cabellos, pues piensan como el Apóstol que es una vergüenza para un hombre acicalar su pelo. Descuidados en su persona y bañándose rara vez, se les ve con una barba enmarañada y erizada, y miembros cubiertos de polvo, ennegrecidos por el roce de la coraza y quemados por los rayos del sol.

»2. Pero cuando se avecina el combate, se arman de fe por dentro y de hierro, en vez de oro, por fuera, con el fin de inspirar al enemigo más temor que ávidas esperanzas. Lo que buscan en sus caballos es la fuerza y la rapidez, no la belleza de su pelaje o la riqueza de sus jaeces, pues no piensan más que en vencer, no en brillar, en pasmar al enemigo de terror, no de admiración. Ninguna turbulencia, ningún adiestramiento desconsiderado, nada de ese ardor que parece precipitación. Cuando se ponen en orden de batalla, es con toda la prudencia y la cautela posible que se dirigen al combate, tales como se representan a los antiguos. Son verdaderos israelitas que van a librar batalla, pero llevando la paz en el fondo del alma. Apenas se da la señal de la batalla, olvidando de repente su mansedumbre natural, parecen gritar con el salmista: “Señor, ¿es que no he aborrecido a los que le aborrecían, y es que no me he quemado de dolor a la vista de vuestros enemigos?” (Salmo 138, 21). Luego, se abalanzan sobre sus adversarios como sobre un rebaño de ovejas tímidas, sin preocuparse, a pesar de ser pocos, ni de la crueldad ni de la multitud infinita de sus bárbaros enemigos; pues ponen toda su confianza, no en sus propias fuerzas, sino en el brazo del Dios de los ejércitos a quien saben, como los macabeos, capaz de hacer caer muy fácilmente a una multitud de guerreros en manos de un puñado de hombres, y que no le cuesta más librar a los suyos de muchos como de pocos enemigos, dado que la victoria no depende del número y que la fuerza viene de arriba. Lo han experimentado a menudo, y muchas veces les ha sucedido ahuyentar al enemigo casi en la proporción de uno contra mil y de dos contra diez mil. Es tan singular como sorprendente ver cómo saben mostrarse, más mansos que corderos y más terribles que leones, hasta el punto de que no se sabe si hay que llamarles religiosos o

soldados, o más bien que no encontremos otros nombres que les convengan mejor que esos dos, puesto que saben unir la mansedumbre de unos al valor de otros. ¿Cómo, viendo estas maravillas, no exclamar: ¡todo esto es obra de Dios!; es Él el que ha hecho lo que nuestros ojos no dejan de admirar? He aquí los hombres valientes que el Señor ha elegido desde un confín del mundo a otro entre los más valerosos de Israel para hacer de ellos sus ministros y confiarles la guardia del lecho del verdadero Salomón, es decir la guardia del Santo Sepulcro, como a centinelas fieles y vigilantes, armados de la espada y hábiles en el manejo de las armas».

BALDUINO II

El rey Balduino, desde un principio, consciente de los problemas para mantener la integridad de su reino y la deficiencia de efectivos armados, envía una carta a San Bernardo, solicitando ayuda. En primer lugar, el monarca exige la organización y el reconocimiento de la nueva milicia; también pretende encontrar el apoyo necesario de las autoridades espirituales y reclutar a hombres que se uniesen a la milicia o que combatiesen a su lado y, tal vez, es un intento para forzar la proclamación de una nueva cruzada. A tal efecto, financió el viaje a Europa de Hugues de Payns y sus compañeros.

Ésta es la carta que el rey Balduino II de Jerusalén envió al santo padre Bernardo de Claraval, en la que le exhorta a prescribir una regla para los caballeros del Temple:

«Balduino, por la misericordia de Jesucristo rey de Jerusalén, príncipe de Antioche [Antioquía], al venerable padre Bernardo, viviendo en el reino de Francia, digno de todo respeto, abad del monasterio de Clairvaux [Claraval], homenaje de buena voluntad a su disposición.

»Los hermanos del Temple, que el Señor ha creado para la defensa de esta provincia y que ha conservado de una forma admirable, desean obtener la confirmación apostólica y poseer una regla de vida precisa; a causa de ello nos os enviamos Andreas y Gondemar, hombres ilustres por sus actividades guerreras y por el origen de su raza, para obtener del [soberano] pontífice la aprobación de su Orden, y para inclinar su espíritu a otorgarnos subsidios y ayuda contra los enemigos de la fe, que todos, unánimemente y de un igual acuerdo, se sublevaran para suplantar y derribar nuestro reino. Y porque no se me escapa de qué peso es vuestra intercesión tanto ante Dios como ante su vicario, y ante otros príncipes de Europa que están en la verdadera fe, hemos estimado deber confiar a vuestra prudencia uno y otro de esos quehaceres, cuya realización nos contentará grandemente. Establezca las constituciones de los templarios de tal manera que no se aparten del estrépito y del

tumulto de la guerra y que ayuden útilmente a los príncipes cristianos. Haga de tal manera que podamos ver en nuestra vida el dichoso fin de este asunto. Exprese a Dios rezos por nosotros. Cuídese bien».

(De Pierre Girard-Augry, *ibíd.*).

LA REGLA

Los textos que se reproducen a continuación pertenecen a la llamada «Regla Primitiva». En esta regla no se incluían los diferentes artículos que hacían referencia a las fiestas y los ayunos, dado que estos artículos fueron redactados posteriormente, en la regla dictada en el Concilio de Pisa, en 1135, por el papa Inocencio II.

La regla fue traducida poco después de 1135 al francés, que se convertiría en la lengua oficial de la Orden. Si el texto francés restituye casi palabra por palabra el texto latino, no ocurre lo mismo con los artículos, alterados para buscar una correlación entre ellos; también se aglutinan aquellos que tratan del mismo asunto, pero esta alteración no cambia el sentido original que se planteó en Troyes.

Uno de los misterios más interesantes en el proceso de la fundación de la Orden es la autoría de la Regla. Sobre este particular también se han planteado muchas controversias. Unos sostienen la paternidad de San Bernardo. Si el de Clairvaux hubiera sido el autor de la Regla, no se habrían discutido en el Concilio los artículos de la misma, dada la gran influencia que San Bernardo tenía, a pesar de su juventud, en la corte pontificia. En cambio, si atendemos al prólogo, podría entenderse que fue el propio Hugues de Payns, con ayuda del patriarca, quien redactó dicha regla, presentándola después a San Bernardo y ante el Concilio para su visado y aprobación. En el prólogo se dice: «El maestre Hugues, con los mismos discípulos, presenta a los dichos padres, tanto como su memoria le pudo facilitar, la Regla y observancias de su orden de caballería».

Antes de transcribir el texto completo de la Regla Primitiva de la Orden del Temple, son necesarias dos aclaraciones: en primer lugar, aunque con frecuencia se habla de 76 capítulos, la Regla sólo tiene 72; esos cuatro capítulos sobrantes se deben a una numeración errónea, en la que se dividían partes del prólogo u otros capítulos. En el texto que se reproduce a continuación se conserva la forma original, con 72 capítulos.

En segundo lugar, los diferentes artículos en los que se hace referencia a los «sirvientes de armas», hay que entender escuderos, sargentos o soldados; sólo cuando se hace referencia a los «sirvientes» es necesario entender «sirvientes domésticos».

REGLA DE LOS POBRES CABALLEROS DE JESUCRISTO Y DEL TEMPLO DE SALOMÓN

Aquí comienza el prólogo de la Regla de los Pobres Caballeros de Jesucristo y del Templo de Salomón

«Dirigimos, en primer lugar, este discurso a todos aquellos que tienen la generosidad de renunciar a su propia voluntad y que desean afiliarse con una pura intención en la milicia del verdadero y del soberano Rey, para animarles en el deseo que ellos tienen de armarse con la armadura de la obediencia, para observarla con gran atención y cumplirla hasta el final con perseverancia. Entonces, vosotros, que habéis seguido hasta aquí, no por servir a Jesucristo, sino por vuestros intereses particulares, la milicia secular, os exhortamos con toda la humanidad posible a reuniros prontamente a ésos que el Señor ha elegido entre la masa de perdición, y que Él ha reunido juntos por su gracia, para la defensa de la Santa Iglesia.

»Así, cualquiera que seáis, ¡oh! caballeros de Jesucristo, que elegís esta santa sociedad, debéis aportar un celo puro y una perseverancia sin descanso en vuestra profesión, que Dios ha distinguido por marcas tan nobles, tan santas y tan elevadas; de modo que si es observada puramente y con firmeza merezcáis obtener la misma felicidad que los caballeros que han dado sus vidas por Jesucristo. Es la que ha hecho reflorar y revivir la orden militar entre aquellos que, sin ninguna consideración para la justicia, no buscaban defender a los pobres y las iglesias, como era su deber, sino crear violencia, botines y muertes. Así, es para nosotros un gran favor que Nuestro Señor nos haya conducido de la Santa Ciudad a los confines de Francia y de Borgoña, nosotros, sus amigos, que por nuestra salud y para la propagación de la verdadera fe no cesamos de ofrecer a Dios nuestras almas como hostias agradables a sus ojos.

»Nosotros, entonces, en el año de la Encarnación del Hijo de Dios 1128, noveno año de la fundación de la mencionada caballería, en la fiesta de San Hilario [14 de enero], por el movimiento del Santo Espíritu y bajo la dirección de Dios, hemos venido de distintos lugares de la provincia ultramontana, con una amabilidad y una piedad fraternal, por las súplicas del maestro Hugues, que ha dado comienzo a dicha milicia, y nos hemos reunido en Troyes, donde hemos tenido la dicha de oír de labios de dicho maestro Hugues la Regla y la observancia de la orden de la caballería, capítulo por capítulo, y hemos aprobado eso que nos ha parecido bueno, según el poco entendimiento de nuestras luces.

»Pero para eso que nos parecía absurdo y que no se podía recitar ni presentar en la presente asamblea sin demasiada complacencia, lo hemos remitido a examen exacto y al discernimiento de nuestro venerable padre Honorio [Honorio II, papa de 1124 a 1130], así como a las luces seguras del muy ilustre Étienne, patriarca de Jerusalén [1128 a 1130], que tiene un pleno conocimiento de la religión oriental y de los Pobres Caballeros de Jesucristo, después de haberlo recibido con el consentimiento

unánime de la asamblea. Los artículos deben ser reputados santos, habiendo sido aprobados y estimados así por un gran número de padres religiosos que la Providencia divina ha reunido aquí.

»Es por lo que me creo obligado a rendir testimonio, yo, Jean Michaelensis, que he tenido el honor de ser elegido por los padres aquí presentes por secretario, a fin de poner por escrito eso que me será ordenado por el Concilio y por el venerable abad de Clairvaux, a quien la solicitud de redactar estos presentes estatutos ha sido encomendada.

Relación de los principales asistentes al Concilio

»Matthieu Albani [de la Orden de San Benito], obispo y legado de la Santa Iglesia romana, ocupaba la primera plaza; a continuación, Renaud [Renaud de Martigné], arzobispo de Reims; después Henri [Henri Sanglier], arzobispo de Sens. Luego venían los prelados siguientes: Rankede [Geoffroi de Lèves], obispo de Chartres; Goffen [Gocelin de Vierzy], obispo de Soissons; el obispo de París [Étienne de Senlis]; el obispo de Troyes [Hatton]; el obispo de Orleans [Jean II]; el obispo de Chalons [Erlebert]; el obispo de Laon [Barthélemi de Vir o de Jura]; el obispo de Beauvais [Pierre de Dammartin]; el abad de Vézelay [Renaud de Semur], que después fue arzobispo de Lyon y legado de la Santa Iglesia romana; el abad de Cîteaux [San Étienne Harding]; el abad de Pontigny [Hugues, conde de Mâcon]; el abad de Trois-Fontaines [Gui]; el abad de Saint-Rémi de Reims [en la Regla publicada por Henri de Curzon, se trata de Saint-Denis de Reims y no de Saint-Remi, abadía benedictina y cuyo abad era Ursion]; el abad de Saint-Etienne de Dijon [Herbert]; el abad de Molesme [Gui], nombrado más arriba; el abad Bernard de Clairvaux [San Bernardo] estaba también y sus opiniones fueron aplaudidas por todos los nombrados. Entre los maestros estaba Albéric de Reims y Fulger, y muchos otros que sería largo de sentar por escrito. En cuanto a las personas iletradas, nos parece oportuno presentar también como testigos y amantes de la verdad al conde Thibaud [Thibaud IV, llamado *el Grande*, séptimo conde de Blois y octavo conde de Champagne], el conde de Nevers [Guillaume II, conde de Auxerre, de Nevers y de Tonnerre] y André de Baudiment, que han examinado con mucha aplicación lo que era lo mejor, rechazando lo que no les parecía razonable; es por eso que asistían al Concilio.

»En cuanto a Hugues, el maestro de la caballería, por cierto no faltaba, y había con él algunos de sus hermanos, por ejemplo el hermano Godefroi, el hermano Roralle, el hermano Geoffroi Bisol, el hermano Payen de Montdidier, Archambaud de Saint-Amand. El maestro Hugues, con los mismos discípulos, presenta a los dichos padres, tanto como su memoria le pudo facilitar, la Regla y observancias de su Orden de caballería todavía muy pequeña en estos comienzos, el cual extrae su primer origen

del que dice: “Yo soy el principio de todas las cosas, el mismo que os habla” (Jn. 8, 25). Es por lo que ha satisfecho al Concilio de hacer sentar por escrito todo eso que así ha sido aprobado y detenidamente examinado sobre las divinas Escrituras con una exacta confrontación, bajo la autoridad del pontífice romano y del patriarca de Jerusalén, así como con el consentimiento del capítulo y de los Pobres Caballeros del Templo, que están en Jerusalén, a fin de que nada sea olvidado, sino que sea observado inviolablemente, y que así merezcan por sus loables acciones llegar en su carrera directamente a su Creador, cuya dulzura sobrepasa tanto en excelencia la de la miel, que todo el resto no es más que un ajeno muy amargo, todo con la gracia de Éste para quien y por quien combaten, el cual sea bendito para siempre. Amén.

Regla de los Pobres Caballeros del Templo en la Santa Ciudad

CAPÍTULO I

De qué forma deben escuchar el oficio divino

»Vosotros que habéis renunciado a las voluptuosidades, así como los otros que por la salud de sus almas ejercen con vosotros durante un tiempo en la caballería al servicio del Señor con caballos y armas, todos vosotros debéis ser exactos en escuchar con un corazón puro y devoto los maitines y todo el servicio entero, según la institución canónica, y la costumbre de los doctores regulares de la Santa Ciudad.

»Venerables hermanos, puesto que habéis despreciado la vida presente y no hacéis caso del tormento de vuestros cuerpos, y habéis dicho adiós eterno al mundo, y despreciáis el furor, por el amor a Dios, os conviene singularmente, después de haberos alimentado y saciado del divino alimento, y haberos fortificado y proveído de los preceptos del Señor después de la celebración del misterio divino, no tener ningún pavor a la aproximación del combate, sino estar preparados a recibir la corona.

CAPÍTULO II

Si no pueden asistir al oficio, deben recitar varias veces la oración dominical

»Pero si algún hermano se encuentra por casualidad alejado por las ocupaciones de la cristiandad en la parte de Oriente, lo que creemos puede ocurrir a menudo, nos ponemos de acuerdo y consentimos unánimemente que, no pudiendo, en tal ausencia, escuchar el servicio divino, hará bien en decir por maitines trece veces la oración dominical, y siete veces por cada hora, pero nueve veces en vísperas. Estando así ocupados en un trabajo saludable, no pueden asistir al oficio divino a la hora regular; pero, si se puede hacer, que no dejen pasar esta hora sin haber satisfecho su obligación.

CAPÍTULO III

Lo que hay que hacer por los hermanos difuntos

»Cuando alguno de los hermanos de la casa pague el tributo a la muerte, que no perdona a nadie y que es imposible impedir, pedimos a los capellanes y a los clérigos que sirven durante un tiempo con vosotros al soberano Padre, en el mismo espíritu de caridad, que ofrezcan a Jesucristo de puro corazón y solemnemente el sacrificio de la misa para el descanso de su alma. Pero los hermanos que asistan y que orarán durante la noche para la salvación del hermano difunto estarán obligados a decir cien veces la oración dominical hasta el séptimo día por el hermano fallecido; y desde el día que sepan de su muerte, cumplirán el mismo número con un amor fraternal. Además, rogamos por un sentimiento de caridad y de misericordia, y con una autoridad pastoral pedimos que se dé todos los días a algún pobre, hasta cuarenta días, lo que es necesario para su subsistencia en comida y bebida, como lo hacíamos con el hermano en el tiempo en que él vivía, y como se debe hacer. En cuanto a las otras limosnas que se daban de modo indiscreto por aquellos que profesan una pobreza voluntaria al Señor de los Pobres Caballeros de Jesucristo, a la muerte de los hermanos, en la fiesta de Pascua y en las otras fiestas solemnes, las prohibimos absolutamente.

CAPÍTULO IV

Los capellanes deben contentarse del alimento y de la vestimenta

»Respecto a todas las otras liberalidades y a toda clase de limosnas, sea de la manera que sea, ordenamos a los capellanes y a los sirvientes temporales que sean esmerados en darlas a la comunidad capitular. Que los servidores de la Iglesia no tengan más que el alimento y la vestimenta por autoridad, y que no pretendan otra cosa, a menos que los maestros no se la den por agrado o por caridad.

CAPÍTULO V

De los caballeros difuntos, de éstos que sólo están durante un tiempo

»Hay caballeros en la casa de Dios y el Templo de Salomón que residen con nosotros por misericordia durante un tiempo. Por lo cual os suplicamos, y con confianza os mandamos con inefable conmiseración, que cuando el Todopoderoso temido haya conducido a alguno a su último día, deis por el amor de Dios y por una piedad fraternal la subsistencia de siete días por el alma del difunto a algún pobre.

CAPÍTULO VI

Que ningún hermano de la Casa dé limosna

»Hemos determinado, como ha sido dicho, que ningún hermano de la Casa dé limosna, pero día y noche permanezca en el deber de su profesión a fin de

conformarse como el más sabio de los profetas: “Tomaré el cáliz de salvación” (Salmo 115, 13) e imitaré en mi muerte la muerte del Señor: porque como Cristo dio su vida por mí, así yo estoy preparado para dar mi vida por mis hermanos. Ésa es la oblación que hay que hacer, he aquí la hostia viviente que es agradable a Dios.

CAPÍTULO VII

De no permanecer mucho tiempo de pie

»Habiendo sido informados por testigos dignos de fe que asistís al servicio divino permaneciendo demasiado tiempo de pie y sin Regla, no os lo ordenamos así, al contrario, lo condenamos; y después del salmo *Venite, exsultemus Domino* [Salmo 114, 1: Venid, cantemos de alegría al Señor], el invitatorio y el himno una vez finalizados, condenamos tanto a aquellos que son fuertes como a los débiles que se sienten, para evitar el escándalo. Y cuando estéis sentados, debéis levantaros de vuestros asientos en el *Gloria Patris* [Gloria al Padre] de cada salmo e inclinaros hacia el altar por respeto a la Santa Trinidad; igualmente, al comienzo del Evangelio y al *Te Deum laudamus* [Oh Dios, nosotros te alabamos], y durante todos los laudes hasta *Benedicamus Domino* [Bendecimos al Señor], permaneceréis de pie; lo que os mandamos también observar en los maitines de la Santa Virgen.

CAPÍTULO VIII

De la refección conventual

»Creemos bien que toméis la comida en un solo lugar para comer o, más bien, en un refectorio, en el que cuando se tenga necesidad de alguna cosa y que no pueda hacerse por señas, pueda irse a buscarla de manera particular y despacio. Si durante todo el tiempo debéis buscar lo que os es necesario con mucha calma y sumisión, tenéis todavía más obligación en la mesa, porque el Apóstol dice: “Comed vuestro pan en silencio” (II Tesal. 3, 12), y el salmista debe animaros cuando dice: “He puesto un freno en mi boca” (Salmo 38, 2), es decir: he decidido no pecar por la lengua; o sea: he guardado mi boca para impedirle que hable a despropósito.

CAPÍTULO IX

De la lectura

»Que se haga una santa lectura durante la comida y la cena. Si amamos al Señor, debemos desear escuchar con atención sus palabras y sus preceptos saludables. Ahora bien, el lector, cuando lea, os advertirá que hace falta guardar el silencio.

CAPÍTULO X

De comer carne

»Os debe bastar comer carne tres veces a la semana, salvo en Navidad, Pascua o una

fiesta de la Santa Virgen y la de Todos los Santos. Un gran abuso de carne no hace más que llenar el cuerpo de una corrupción onerosa; pero si ese día de ayuno que os priva de carne cae en martes, que os la den al día siguiente en abundancia. En domingo, nos ha parecido bien y conveniente que se dé a todos los caballeros de la Casa, también a los capellanes, dos platos, a causa de la resurrección, pero para los sirvientes de armas y otros sirvientes, que se conformen con uno solo, con acción de gracias.

CAPÍTULO XI

De qué manera los caballeros deben comer

»Que ordinariamente coman de dos en dos, a fin de que uno cuide del otro, por temor de que alguno no observe una gran austeridad y esconda su abstinencia. Pero marcamos esto con razón, y sabed que cada caballero o hermano debe tener una medida igual de vino para su uso particular.

CAPÍTULO XII

Los otros días, dos o tres platos de verduras deben ser suficiente

»Los otros días, a saber, el segundo y el cuarto festivo, así como el sábado, estimamos que dos o tres platos de verduras u otro manjar, como de éstos con cuchara, deben ser suficiente a todos, y ordenamos que se haga de esta manera, a fin de que aquel que no pueda comer de uno se sustente con otro.

CAPÍTULO XIII

Qué comida debemos tomar el sexto festivo

»Hemos convenido que para el sexto día festivo, después de la festividad de Todos los Santos hasta Pascua, una sola comida de cuaresma es suficiente para toda la congregación por respeto a la Pasión, a menos que se esté enfermo o que Navidad, una fiesta de la Santa Virgen o de un Apóstol caiga en ese día; pero en otro momento, al menos por un ayuno general, que se hagan dos comidas.

CAPÍTULO XIV

De dar gracias después de las comidas

»Ordenamos estrictamente que después de la comida o de la cena se dé gracias como se debe, con un corazón humilde, al soberano creador de todos los bienes, Nuestro Señor Jesucristo, sea en la iglesia, si hay una cerca, y si no, en el mismo lugar. Se debe distribuir, e incluso lo mandamos hacer, con una caridad fraternal, los trozos sobrantes a los servidores y a los pobres, conservando en todo caso los panes enteros.

CAPÍTULO XV

De dar siempre el décimo pan al limosnero

»Aunque el premio de la pobreza, que es el Reino de los Cielos, ciertamente sea dado a los pobres, os ordenamos sin embargo, según la fe cristiana crea indudablemente de ellos, dar todos los días a vuestro limosnero la décima parte de todos los panes.

CAPÍTULO XVI

La colación debe ser a voluntad del maestre

»Cuando el sol deja la parte oriental y desciende a la occidental, después de haber oído la señal, según la costumbre del país, hace falta que todos vayan a completas y, con anterioridad, hagan juntos la colación. Sin embargo, la ponemos a disposición y voluntad del maestre, a fin de que, cuando él quiera, se beba agua, o un poco de vino con agua cuando sea su bondad mandarlo; pero no hay que hacerlo con exceso, sino con moderación, porque a menudo vemos a los sabios pasar los límites de la moderación.

CAPÍTULO XVII

Finalizadas las completas, se guarde silencio

»Concluidas las completas, conviene ir cada uno a su cuarto. No se dará a los hermanos licencia de hablar en público, si no es en urgente necesidad, y lo que se hubiere de decir dígase en voz baja, y secreta. Puede suceder, habiendo salido de completas, instando la necesidad que convenga hablar de algún negocio militar, o acerca del estado de la Casa, al mismo maestre, u otro que haga sus veces con cierta parte de los hermanos, entonces se haga; fuera de esto no; porque está escrito: “Os exponéis infaliblemente a pecar manteniendo largos discursos” (Prov. 10, 19); y en otro lugar: “La muerte y la vida están en el poder de la lengua” (Prov. 18, 21). Es por eso que en esas conversaciones no permitimos las palabras inútiles y bufonadas. En el momento que vayáis a acostaros, si alguno ha hablado de forma alocada, le ordenamos recitar con humildad y devoción la oración dominical.

CAPÍTULO XVIII

Aquellos que estén cansados no deben ir a maitines

»Creemos, en tanto nos parece, que los caballeros cansados no deben levantarse para asistir a maitines; y consentimos que, con el consentimiento del maestre o del que tenga el poder, que descansen y recen las trece oraciones ordenadas de suerte que el espíritu concuerde con sus voces, según dice el Profeta: “Cantan al Señor con sabiduría” (Salmo 46, 8); en otra parte: “Te cantaré en presencia de los ángeles” (Salmo 137, 1). Pero este artículo debe depender del maestre.

CAPÍTULO XIX

Sobre guardar la igualdad entre los hermanos en el comer

»Las Sagradas Escrituras nos enseñan que se distribuía a todos según las necesidades de cada uno (Hechos 4, 35); y por tanto no decimos que haya excepción de personas, pero debe haber consideración de enfermos. Así, que aquel que tenga menos necesidad dé gracias a Dios y que no se entristezca, y que aquel que exija humildemente a causa de su enfermedad no abuse de la misericordia que se le haga; y con esas medidas todos los miembros estarán en paz. Ahora bien, prohibimos que ninguno observe una fuerte abstinencia, y hace falta que todos lleven una vida en común.

CAPÍTULO XX

De la calidad y forma de las vestimentas

»Ordenamos que las vestimentas sean siempre de un color, por ejemplo, blancas o negras, y de un grueso tejido; y otorgamos a todos los caballeros profesos tener hábitos blancos en verano como en invierno, si ello se puede, a fin de que aquellos que han despreciado una vida tenebrosa reconozcan por su vestimenta blanca que una vida luminosa les ha reconciliado con su Creador. ¿Qué significa la blancura, sino la castidad y la integridad? La castidad es la tranquilidad del espíritu y la salud del cuerpo. A menos que alguno de los caballeros no se conserve casto hasta el final, entonces jamás podrá llegar al descanso eterno ni ver a Dios, según el testimonio del apóstol San Pablo: “Guardar la paz con todo el mundo, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebr. 12, 14). Pero para que esta clase de vestimenta no tenga nada de arrogante y de superfluo, ordenamos que todos la tengan de manera que cada uno pueda vestirse y desvestirse, calzarse y descalzarse ellos solos. Los que tengan este oficio, tengan cuidado de que el hábito no sea ni muy largo ni muy corto, sino conforme a la talla de cada uno; que den a los hermanos la cantidad de tejido que haga falta. Cuando tengan nuevos hábitos, que devuelvan los viejos en el acto, para que sean almacenados en el guardarropas, o en otro lugar que el oficial quiera, para servir a los sirvientes de armas y otros sirvientes, y alguna vez a los pobres.

CAPÍTULO XXI

Los sirvientes no deben tener hábitos, es decir, manto blanco

»Nos oponemos absolutamente al uso que se practicaba en la Casa de Dios y de los hermanos caballeros, y sin consultar ni solicitar el parecer del capítulo común, lo suprimimos del todo como un abuso que se ha deslizado; pues en otro tiempo los sirvientes y los sirvientes de armas tenían hábitos blancos, lo que causó un perjuicio insoportable. Se alzaron en las partes ultramontanas falsos hermanos, y casados; y

otros que se dicen del Templo, aunque fueran del mundo. Ellos han causado mucho daño y deshonor a la Orden de los Caballeros, y los sirvientes que moraban en la Casa han provocado escándalos con sus soberbias. Que ellos lleven entonces hábitos negros, y si no se puede encontrar de ese color, que se sirvan de los que encuentren en la provincia donde se alojan, y de lo que haya más barato de cada color, y de algún tejido basto.

CAPÍTULO XXII

Los caballeros de la Casa deben llevar siempre hábitos blancos

»Entonces no está permitido a nadie más que a los que son nombrados caballeros de Jesucristo tener hábitos o mantos blancos.

CAPÍTULO XXIII

Se ordena usar pieles de cordero

»Hemos resuelto de común acuerdo que ningún hermano de la Casa tenga en invierno otras pieles, o algo parecido para uso del cuerpo, y por manta, que pieles de cordero o de carnero.

CAPÍTULO XXIV

Las vestimentas viejas deben ser repartidas entre los sirvientes de armas

»El procurador o el encargado de distribuir las vestimentas pondrá cuidado de repartir fiel e igualmente las vestimentas viejas entre los sirvientes de armas, los sirvientes e incluso los pobres con un gran cuidado.

CAPÍTULO XXV

El que quiera tener lo mejor tendrá lo peor

»Si algún hermano de la Casa quiere tener, por derecho o por espíritu de soberbia, lo que haya más bueno y mejor, merecerá a causa de su presunción tener lo peor.

CAPÍTULO XXVI

La cantidad y la calidad de los hábitos serán respetadas

»Es necesario proporcionar la cantidad y la anchura de los hábitos según la talla de los cuerpos: el proveedor de las telas será exacto en este artículo.

CAPÍTULO XXVII

El proveedor de las telas observará sobre todo la igualdad

»El procurador tendrá una consideración fraternal en la longitud, como se ha dicho, con una medida igual, con el fin de que el ojo de los murmuradores no tenga nada que censurar, y que en todas las cosas susodichas piense humildemente en la

retribución que reciba de Dios.

CAPÍTULO XXVIII

De la superfluidad de los cabellos

»Hace falta que todos los hermanos, sobre todo los de la Casa, tengan los cabellos cortados de manera que parezcan delante y detrás regulares y decentes. Se observará inviolablemente la misma regla para la barba y el bigote, con el fin de que no parezca nada superfluo o ridículo.

CAPÍTULO XXIX

De los colmillos y de las puntas de cuernos de carnero

[Este capítulo se refiere a un tipo de calzado de la época, llamado «colmillos» o de «puntas de cuernos de carnero» por el remate en la puntera].

»Es evidente que los colmillos y las puntas son ridículos y sólo pertenecen a los gentiles. Así, puesto que todo el mundo los aborrece, los prohibimos y nos oponemos a que nadie pueda tenerlos o llevarlos. Se los prohibimos también a los hermanos que sirven sólo durante un tiempo, lo mismo que toda superfluidad en los cabellos y toda longitud excesiva en los hábitos: porque la decencia interior y exterior es muy necesaria a los que sirven al Soberano Creador, según el testimonio del que dice: “Sed puros, porque yo soy puro”. [Estas palabras no pertenecen al Nuevo Testamento. Sin duda se trata de una referencia al versículo del *Levítico* (19, 2): “Sed santos, pues yo soy santo, yo, el Señor, vuestro Dios”].

CAPÍTULO XXX

Del número de caballos y de sirvientes de armas

»Se permite a cada uno de los caballeros tener tres caballos, porque la Casa de Dios y del Templo de Salomón no puede proveer más en el presente a causa de su pobreza, a falta de un permiso del maestro.

CAPÍTULO XXXI

Nadie debe pegar a ningún sirviente de armas que sirve gratis

»Acordamos por lo mismo un solo sirviente de armas a cada caballero. Pero si este sirviente de armas se da a un caballero gratis y por caridad, no está permitido pegarle, ni castigarle por cualquier falta que sea.

CAPÍTULO XXXII

De qué modo hay que recibir a los caballeros que sirven durante algún tiempo

»Mandamos a todos los caballeros, que desean servir por un tiempo a Dios con pureza de ánimo y en una misma Casa, que compren caballo, y armas suficientes

para el servicio cotidiano, y todo lo que fuere necesario. Pero después hemos juzgado útil y ventajoso que sean valorados dichos caballos, por ambas partes y guardando igualdad al establecer el precio. Se conservará entonces el precio por escrito, por miedo a que se nos olvide; y la misma Casa proveerá, con una caridad fraternal, todo lo que sea necesario al caballero, a sus caballos y a su armígero [sirviente de armas], con los hierros de los caballos, según el poder de la Casa. Que si el caballero por cualquier accidente pierde sus caballos en el servicio, el maestre, según las facultades de la Casa se lo permita, le proveerá otros. Pero cuando llegue el tiempo del reparto, que el caballero por amor de Dios ceda la mitad del precio; y si le complace, que acepte la otra de parte de los hermanos en común.

CAPÍTULO XXXIII

Que ninguno se ponga en marcha por voluntad propia

»Conviene a los caballeros que no ansían nada más que complacer a Jesucristo rendir obediencia sin cesar al maestre, por el servicio del que hacen profesión y por la gloria de la soberana beatitud, o en el temor del tormento eterno. Así deben rendir esta obediencia de tal manera que, cuando el maestre haya ordenado alguna cosa, o ése a quien el maestre haya dado el encargo, la ejecuten sin demora, como si tuvieran una orden expresa de Dios. Es por eso que la verdad misma ha dicho: “Nada más ha oído, me ha obedecido” (Salmo 17, 45).

CAPÍTULO XXXIV

Si está permitido ir por la ciudad sin el permiso del maestre

»Es por lo que rogamos a semejantes caballeros, que han renunciado a su propia voluntad, tanto como a los otros que sirven durante un tiempo, y les ordenamos firmemente que no vayan por la ciudad sin la licencia del maestre o de aquel a quien se haya dado el oficio, salvo que sea de noche para ir al Sepulcro y a otras estaciones que están dentro de la Santa Ciudad.

CAPÍTULO XXXV

Si está permitido andar solo

»Pero a los que van así, no les está permitido ponerse en camino, sea de noche, sea de día, sin un guardia, es decir, sin un caballero o un hermano. Y cuando están en el ejército y tienen su alojamiento, que ningún caballero, escudero o sirviente se pasee delante del alojamiento de los otros caballeros, sea para ver a alguien o hablarle, sin permiso, como se ha dicho arriba. Es por lo que ordenamos expresamente de nuevo que en la Casa así regida según Dios ninguno haga su voluntad, sea combatiendo, sea descansando, sino que se entregue todo entero a cumplir la orden del maestre, a fin de que pueda imitar al Salvador, que decía: “No he venido a hacer mi voluntad, sino

la del que me ha enviado” (Jn. 6, 38).

CAPÍTULO XXXVI

Que ninguno se procure lo que le es necesario

»Entre otras cosas, ordenamos expresamente observar esta Regla y, después de haberla examinado, ordenamos que sea respetada, a causa de los inconvenientes de mendigar. Entonces, ningún hermano residente debe mendigar por iniciativa propia, o en su nombre, caballo, equipaje, armas. ¿Cómo hará entonces? Si se reconoce que sus dolencias, o la debilidad de su caballo, y la pesadez de sus armas son tales que no pueda andar sin un común perjuicio, que venga ante el maestre, o ante quien corresponda después del maestre, y que le exponga la cosa sinceramente y de buena fe. Después, es el maestre o, después de él, el procurador, el que debe arreglar la cosa.

CAPÍTULO XXXVII

De los bocados y espuelas

»No queremos que aparezca de ninguna manera ni oro ni plata, que distinguen la riqueza de los particulares, en los bocados o en los antepechos, ni en las espuelas, ni en las riendas de la brida, y no le estará permitido a ningún hermano residente comprarlos. Si son antiguos ornamentos dados por caridad, que se oscurezca el oro y la plata, de manera que su esplendor y su lustre no le parezcan a los otros una arrogancia. Si se han recibido nuevos, que el maestre disponga de ellos como le plazca.

CAPÍTULO XXXVIII

Que las lanzas y los escudos no tengan forro

»Que no se usen forros para los escudos, ni para las picas y las lanzas, porque sabemos que esto conlleva más incomodidad que ventaja.

CAPÍTULO XXXIX

Sobre la licencia del maestre

»Es el maestre quien tiene que dar a cada uno caballos, o armas, u otras cosas.

CAPÍTULO XL

Del bolso y del baúl

»No está permitido tener bolso ni baúl con llave, sino que todo debe estar expuesto por temor de que se tenga algo sin la licencia del maestre o de aquel a quien se le confían los asuntos de la Casa. Los procuradores o los que residen en diversas provincias no están incluidos en este capítulo, y no se habla tampoco del maestre.

CAPÍTULO XLI

Sobre el envío de cartas

»No se permite nunca a ninguno de los hermanos recibir ni darse uno a otro cartas de sus parientes ni de ningún hombre sin permiso del maestro o del procurador. Después de que el hermano tenga licencia, el maestro las hará leer, si le place, en su presencia. Y si los parientes le envían alguna cosa, que sólo tome la libertad de aceptarla después de haberlo declarado al maestro. El maestro, sin embargo, y el procurador no están incluidos en este capítulo.

CAPÍTULO XLII

Del relato de sus propias faltas

»Como es evidente que toda palabra ociosa es un pecado, ¿qué podrán alegar para su justificación ante el Juez temible los que se vanaglorian de sus propias faltas? Es lo que el Profeta ha marcado sin duda: “Si debemos a veces abstenernos de las buenas palabras a causa del silencio, con más razón debemos callar las malas a causa de la pena debida al pecado” [Salmo 38, 3: “Me callé sin otro resultado que el de ver aumentar mi dolor”]. Prohibimos por tanto a todo hermano residente en la Casa osar hacer mención a su hermano ni a ningún otro de las locuras, para nombrarlas mejor, que hubiera hecho tan criminalmente en el mundo y en su estado de caballero, ni de los placeres de la carne con mujeres abandonadas; y aquel que oyera a alguien charlar de esas cosas, lo haga callar, o que se retire lo más pronto que pueda, en virtud de la obediencia, que debe darle entonces alas, para no prestar el oído de su corazón a ese mentiroso.

CAPÍTULO XLIII

De la limosna y de la aceptación

»Cuando suceda que se dé gratis alguna cosa a un hermano sin haberlo pedido, la llevará al maestro o al dispensero; pero si su amigo o su pariente sólo quiere dársela para su uso propio, que no la reciba hasta tener el permiso del maestro; y que aquel a quien se le da esa cosa no tenga disgusto si se la da a otro. Pero que sepa que si está enfadado con eso, es contra Dios que está enfadado. Sin embargo, los administradores no están incluidos en la regla susodicha. Es a ellos a quienes propiamente corresponde esta administración, y tienen la libertad del bolso y del baúl.

CAPÍTULO XLIV

De los morrales de los caballos

»Es muy útil que cada uno practique exactamente el deber que establecemos aquí, a

saber, que ningún hermano intente hacer morrales de lino o de lana, hechos por ese motivo de modo principesco, sino que no tenga otros que de cuerda.

CAPÍTULO XLV

Que nadie tenga el atrevimiento de canjear o de mendigar

»Queda otra cosa por decir, a saber, que ninguno presuma de intercambiar las cosas que tiene de hermano a hermano sin la licencia del maestro, ni de mendigar nada, si no es entre los hermanos, a no ser que la cosa sea de poco valor, basta y de poca importancia.

CAPÍTULO XLVI

Que nadie cace un pájaro con otro pájaro y que no vaya con aquel que lo caza

[Sobre la cetrería]

»Declaramos en común que ninguno debe cazar un pájaro con otro pájaro, pues no conviene a la religión dedicarse así a los placeres mundanos, sino más bien ser aficionados a escuchar los preceptos del Señor, consagrarse a la oración, confesar a Dios todos los días, en sus rezos, sus pecados con lágrimas y gemidos. Que ningún hermano de la Casa presuma entonces, por esa razón principal, de acompañar a aquel que hace semejantes cosas, sea con un halcón u otro pájaro.

CAPÍTULO XLVII

Que ninguno hiera con arco o ballesta

»Como la religión pide que actuemos sencillamente, sin risa, con humildad, que no usemos muchas palabras, sino que hablemos razonablemente y sin levantar la voz, prescribimos expresamente y ordenamos a todo profeso que no tome la libertad de tirar en los bosques con el arco ni con la ballesta, y, por eso, que no continúe yendo con aquel que lo haga, a no ser que sea para guardarse del traidor gentil [pagano]; que no se atreva tampoco a gritar con un perro, ni a hablar en jerga con él, y que se cuide también de no picar su caballo por las ganas de cazar a un animal salvaje.

CAPÍTULO XLVIII

Sobre disparar siempre al león

»Puesto que es cierto que os ha sido acordado particularmente y que os pertenece dar vuestra alma por vuestros hermanos y exterminar de la Tierra a los infieles que están siempre resentidos contra el Hijo de la Virgen, hemos hecho este mandamiento del león porque siempre busca a alguien para devorarlo: “Vuestro enemigo el diablo, como león, da vueltas y busca a quien devorar” (I Ped. 5, 8), “que está en contra de todos y que todos están en su contra” (Gén. 16, 12).

CAPÍTULO XLIX

De someteros al juicio dado sobre lo que se os reclame

»Sabemos muy bien que los perseguidores de la Santa Iglesia son sinnúmero y que se apresuran a hostigar sin tregua y sin misericordia a los que no quieren discutir. Es por lo que se ha resuelto después de una seria consideración quedar en eso: que si alguien en cualquier lugar de la religión, en la parte oriental, reclama algo sobre vosotros en cualquier otro lugar que sea, os ordenamos escuchar el juicio de los jueces fieles y amantes de la verdad, y os ordenamos hacer mansamente lo que sea justo.

CAPÍTULO L

De observar esta Regla en todas las cosas

»Os ordenamos con mucha honra observar esta misma Regla para todas las cosas que os hayan quitado injustamente.

CAPÍTULO LI

Que está permitido a todos los caballeros profesos tener tierras y sirvientes

»Creemos, por divina providencia, que este nuevo género de religión tuvo principio en estos Santos Lugares, para que se mixturara la religión con la milicia, es decir, que habéis hecho una caballería religiosa y que así la religión usa la vía de las armas por la caballería y que podéis golpear sin crimen. Juzgamos, pues, que siendo llamados caballeros del Templo con todo el derecho, podéis, a causa de vuestro mérito señalado y del don particular de vuestra probidad, tener y poseer tierras, sirvientes y labradores, y llevarlos con justicia, y están obligados a daros lo que es debido por acuerdo.

CAPÍTULO LII

Que seamos atentos en cuidar a los enfermos

»Es necesario sobre todas las cosas tener un cuidado muy grande con los hermanos enfermos, como si sirviéramos a Jesucristo; de modo que estas palabras del Evangelio: “He estado enfermo y me habéis visitado” (Mat. 25, 36) queden bien impresas en la memoria. Pues debemos considerarlos con paciencia y tratarlos con cuidado, puesto que es cierto que por este medio conseguimos una recompensa celeste.

CAPÍTULO LIII

Es necesario dar siempre a los enfermos todo aquello que precisen

»Ordenamos con toda suerte de consideración y de precaución a los procuradores empleados para los lisiados, que les provean fielmente y sin demora de todo lo que

es necesario para su subsistencia en sus diversas enfermedades, según los medios de la Casa, por ejemplo, carne, aves y otras cosas, hasta que estén restablecidos en su salud.

CAPÍTULO LIV

Que no se provoque a otro con la ira

»Hay que extremar la guardia para que nadie sea lo bastante atrevido para provocar a alguien con la ira, porque en la propincuidad [parentesco], y en la divina fraternidad, tanto a los pobres, como a los ricos, con suma clemencia nos ligó Dios.

CAPÍTULO LV

De cómo se tengan, o reciban los hermanos casados

»Os permitimos tener hermanos casados, de manera que si piden ser partícipes de las ventajas de vuestra fraternidad, el marido y la mujer hagan donación, después de la muerte, a todo el cuerpo en común de una porción de su fondo y todo lo que hayan adquirido de más, con tal de que lleven una vida honesta y que estén vinculados a los intereses de los hermanos; pero no llevarán el hábito blanco. Que si el marido muere antes, dejará su parte a los hermanos, y la mujer subsistirá de la otra. Sin embargo, estimamos que sea justo que esos hermanos no residan en la misma casa con hermanos que han hecho voto de castidad.

CAPÍTULO LVI

Los caballeros no tendrán hermanas asociadas

»Como es peligroso asociarse con hermanas, porque el antiguo enemigo ha alejado a varios del verdadero camino del Paraíso por la compañía de las mujeres, es por eso, muy queridos hermanos, por lo que no os está permitido introducir esta costumbre.

CAPÍTULO LVII

Que los hermanos del Templo no tengan ninguna comunicación con los excomulgados

»Hermanos míos, tenéis que estar en guardia y temer mucho que ninguno de los caballeros de Jesucristo se atreva a comunicarse, de ninguna manera, sea en particular o en público, con un hombre excomulgado, ni que reciba nada de él, por miedo a que él mismo se vuelva anatema *maranatha* (Apoc. 22, 20: “Ven, Señor Jesús”). Si lo fuere entredicho, será lícito participar con él, y recibir caritativamente su hacienda.

CAPÍTULO LVIII

De qué manera los guerreros seculares [seglares] deben ser recibidos

»Si algún caballero de la masa de perdición o algún otro secular, queriendo renunciar al siglo, elige vuestro modo de vida y vuestra sociedad, no se acepte enseguida; pero, según el mandamiento de San Pablo: “Poned a prueba los espíritus, si son de Dios” [en realidad I Juan, 4, 1], y después, permitámosle la entrada. Leeremos en su presencia la Regla, y si consiente en los preceptos de la Regla propuesta, entonces, si place al maestre y a los hermanos recibirle, debe marcar su deseo y hacer su pedido a todos los hermanos reunidos. Y después, el maestre arreglará las condiciones de su tiempo de probación según las pruebas que tenga de la buena vida del aspirante.

CAPÍTULO LIX

No todos los hermanos serán llamados al consejo privado

»Mandamos que no se llame siempre a todos los hermanos al consejo, sino a los que el maestre haya reconocido apropiados y capaces de aconsejar bien. Pero cuando quiera tratar de asuntos importantes, como dar una tierra de la comunidad, o de alienarla a la Orden, o recibir a un hermano, entonces es oportuno, si place al maestre, convocar a toda la congregación y, después de oír el consejo de todo el capítulo, se hará lo que el maestre haya juzgado mejor y más útil.

CAPÍTULO LX

De rezar en silencio

»Mandamos de común consejo a todos los hermanos, sea que estén sentados o de pie, según sus distintas disposiciones de cuerpo y de espíritu, que cumplan con ese deber con una gran reverencia, y sin ruido, de manera que ninguno turbe al otro.

CAPÍTULO LXI

Que crean a los sirvientes

»Hemos conocido que varios miembros de la Orden, tanto sirvientes como escuderos de distintas provincias, desean por la salvación de su alma servir con celo en nuestra Casa, durante un tiempo. Y bien, es cosa provechosa que los creáis por miedo a que el enemigo les sugiera por astucia alguna cosa mala en el servicio de Dios, o les aparte totalmente de su buen designio.

CAPÍTULO LXII

Que los niños, mientras sean pequeños, no sean recibidos entre los hermanos del Templo

»A pesar de que la Regla de los Santos Padres permita tener en congregación a niños, no os aprobaremos nunca que os encarguéis de ellos. Pero aquel que tenga por designio meter a su hijo o a su pariente en la religión de los caballeros y hacer de

ello grandes instancias, que lo críe hasta la edad que tenga la fuerza y el valor para llevar las armas, a fin de extirpar de Tierra Santa a los enemigos de Jesucristo. Luego, según la Regla, el padre o los parientes le conduzcan en medio de los hermanos y declaren a todos su petición: mejor es no ofrecer en la puericia, que después de haber hecho hombre enormemente huir.

CAPÍTULO LXIII

De honrar siempre a los ancianos

»Hay que considerar y honrar a los ancianos por un sentimiento de piedad, a causa de la debilidad de su edad; y no deben estar obligados a ningún deber del cuerpo, sin embargo y a pesar de todo, deberán respetar la autoridad de la Regla.

CAPÍTULO LXIV

De los hermanos que van a distintas provincias

»Los hermanos que son enviados a distintas provincias deben procurar guardar la Regla tanto como sus fuerzas se lo permitan, tanto en el comer como en el beber como en las otras cosas, y llevar una vida irreprochable, para que a todos los extranjeros que los vieren les den buen testimonio de su vida. Que no violen los estatutos de la religión ni en hecho ni en palabra, sino que den, sobre todo a todos aquellos con los cuales tengan algún trato, ejemplos de sabiduría, acompañados de buenas obras. Que aquel en cuya casa decidan alojarse tenga buena fama; y de ser posible, que no haya luz, esa noche, en la casa del huésped, por miedo a que el enemigo tenebroso suscite alguna oportunidad que deseamos no suceda. Cuando los caballeros sepan donde se juntan aquellos que no están excomulgados, les recomendamos ir, no considerando tanto la temporal utilidad como la salvación de su alma. Aprobaremos a los hermanos que se encuentren en los países de ultramar para recibir a quienes les hagan instancias para estar asociados a la Orden, con la condición de que el marido y la mujer vayan juntos en presencia del obispo de la provincia que oirá la solicitud del postulante. Y oída la solicitud, el hermano mandará al marido al maestro y a los hermanos que están en el Templo que está en Jerusalén; y si es de vida honrada y digna de tal compañía, que se le haga la gracia de recibirle, si el maestro y los hermanos lo encuentran bien. Si, en esto, llega a morir por el trabajo y de cansancio, será partícipe de todas las ventajas de los Pobres Caballeros, como un hermano mismo.

CAPÍTULO LXV

Que los víveres sean distribuidos por igual entre todos

»Creemos también que se debe y que es razonable distribuir por igual entre todos los hermanos de la Casa los víveres según lo permita el lugar; pues no es bueno hacer

distinción de las personas, pero es necesario tener consideración con las dolencias.

CAPÍTULO LXVI

Los caballeros del Templo pueden tener diezmos

»Después de dejar la abundancia de las riquezas y haberos sujetado a una pobreza voluntaria, creemos deber enseñaros cómo podéis tener justamente diezmos para vivir en común. Si el obispo de la Iglesia, a quien justamente se le deben las décimas, os las quiera dar caritativamente, se os deben de dar con consentimiento del Cabildo, de aquellas décimas o diezmos que entonces posee dicha Iglesia. Si algún laico quiere todavía retenerlos en su patrimonio, para la condenación eterna de su alma, y que arrepintiéndose amargamente después os lo deje, puede hacerlo con el solo consentimiento del obispo, sin el del capítulo.

CAPÍTULO LXVII

Sobre faltas leves y graves culpas

»Si un hermano, sea hablando, sea combatiendo o de otro modo, ha cometido alguna falta leve, que descubra él mismo su ofensa al maestre para darle satisfacción; que reciba una penitencia leve para faltas leves, si no son acostumbradas. Pero si la esconde y si es conocida por otro, que sufra una reprimenda más grande y pública. Si el delito es grande, que sea aislado de la compañía de los hermanos y que no coma con ellos en la misma mesa, sino que tome su comida solo. Que el maestre juzgue y mande como le plazca, con el fin de que el culpable permanezca salvo en el día del Juicio.

CAPÍTULO LXVIII

Por qué pena un hermano no debe ser recibido

»Es necesario, ante todo, procurar que un hermano, potente o no, fuerte o débil, y que queriéndose exaltar y poco a poco ensoberbecerse, y defender su culpa, no quede impune. Si quiere enmendarse, que se le haga una severa corrección; si no quiere corregirse después de saludables avisos y después de que se haya rezado por él, sino que al contrario se vuelve cada vez más soberbio, entonces que sea separado del rebaño según la orden del Apóstol: “Rechazad de entre vosotros al malvado” (I Cor. 5, 13). Es necesario separar la oveja moribunda de la sociedad de los hermanos fieles. Por lo demás, el maestre debe tener el báculo y la vara en la mano: el báculo, para soportar las dolencias de los débiles, y la vara, para castigar el vicio de los delincuentes por celo de justicia. Eso es lo que debe hacer de acuerdo con el patriarca y después de muchas reflexiones, por miedo a que, como dice San Máximo [sin duda se trata de San Máximo, obispo de Torino, muerto en 423, que dejó escritas numerosas homilías], una dulzura demasiado grande o una severidad

demasiado grande impida al pecador recuperarse de su error.

CAPÍTULO LXIX

Sólo estará permitido tener una sola camisa de tela desde la fiesta de Pascua hasta Todos los Santos

»Teniendo en cuenta que era necesario tener alguna consideración con los grandes calores orientales, daremos, no de derecho, sino por gracia, una sola camisa de lino a cada uno desde la fiesta de Pascua hasta Todos los Santos, y que cada uno la use si quiere; y en otro tiempo, tendremos generalmente sólo camisas de lana.

CAPÍTULO LXX

Sobre el lecho y la ropa de cama

»Juzgamos a propósito, de común parecer, que, en lo que se refiere a dormir, cada uno se acueste aparte en una cama, a no ser de gran necesidad. Cada uno tendrá cama o lecho según el maestro lo ordene con moderación. Pero creemos que un saco, un colchón y una manta bastan. Aquel a quien le falte una de estas cosas, que tenga una alfombra, y en todo tiempo se podrá tener sábanas de tela. Se dormirá con la camisa y los calzones, y que haya siempre luz mientras duerman los hermanos.

CAPÍTULO LXXI

Sobre la murmuración

»Os mandamos evitar, según la exhortación divina, la envidia, los celos, la murmuración, las confidencias y las maledicencias, como una especie de peste. Que cada uno se cuide de acusar en secreto a su hermano o de reprenderlo, pero que se acuerde de lo que dice San Pablo: “No andes difamando entre el pueblo” [en realidad, Lev. 19, 16]. Cuando uno sepa manifiestamente que un hermano ha pecado, se le corrija en privado suave y fraternalmente, según el mandamiento del Señor; y si no os escucha, haga venir a otro hermano; y si desprecia a uno y a otro, que sea reprendido públicamente en el convento ante todos. Aquellos que maldicen de los otros son muy ciegos, y es una desgracia grande que no puedan reprimir la envidia que les hunde en la antigua malicia del enemigo astuto.

CAPÍTULO LXXII

De no besar a ninguna mujer

»Estimamos que es peligroso para toda religión prestar demasiada atención al rostro de las mujeres; por esto ningún hermano debe tomarse la libertad de besar viuda, ni virgen, ni hermana, ni amiga, ni ninguna otra mujer. Es necesario que los caballeros de Jesucristo eviten los besos de las mujeres, por los cuales los hombres suelen correr grandes riesgos, con el fin de que puedan siempre andar con la conciencia

pura y sin temer nada en la presencia del Señor».

LA CONFIRMACIÓN DE LA ORDEN

El papa Inocencio II reconoció la Orden del Temple en 1139, por la bula *Omne datum optimum*. Ésta es la verdadera confirmación de la congregación templaria, renovada por los sucesivos pontífices hasta la supresión de la Orden.

«La naturaleza os ha hecho hijos de la cólera y seguidores de las voluptuosidades del mundo, pero he aquí que, por la gracia que inspira sobre vosotros, habéis oído atentamente los preceptos del Evangelio, las pomposidades mundanas y la propiedad personal, abandonando el camino fácil que conduce a la muerte y elegir con humildad el duro camino que conduce a la vida...».

La bula *Omne datum optimum* puede dividirse en dos partes. En principio, hay una exención de la autoridad eclesiástica diocesana habitual, lo cual significa que, a partir de ese momento, los templarios solamente dependerán de la autoridad del papa. Ese privilegio excepcional tiene varias consecuencias importantes, entre ellas, la dispensa de diezmos o la exención de las contribuciones extraordinarias que se recaudaban sobre los bienes del clero. La autonomía de la Orden en materia espiritual se completa por el derecho acordado de tener en su seno sus propios capellanes y de poder contar con sus propios lugares de culto. Por otra parte, la bula contribuye a delimitar mejor la autoridad del maestro de la Orden: éste debe ser elegido entre y por los hermanos del convento y tiene, junto con el capítulo, toda autoridad sobre los hermanos. La Casa principal de la Orden se fija en el Templo de Jerusalén —como orden militar, es también cuartel general—. La continuidad de tales prebendas está protegida de toda injerencia exterior por la autoridad que se le otorga al maestro y al convento sobre toda modificación eventual de los estatutos que les rigen.

JULIÁN MARTOS RODRÍGUEZ (*San Juan de Aznalfarache, Sevilla, 1956*). *Cursó estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia. Desde 1996 reside en Francia, donde ejerce como profesor de español en la Universidad París VII, para la Asociación Filotécnica. Posee la acreditación nacional como investigador histórico en Francia y en España, siendo vocal de la junta directiva y representante en Francia de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA. Es también miembro del consejo de redacción de Boletín Temple.*

CAPÍTULO III

Caballeros templarios: monjes y guerreros, custodios y cruzados

JOSÉ LUIS DELGADO AYENSA

La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, que más tarde se llamaría Orden del Templo o del Temple, tuvo desde su inicio un carácter doble muy marcado: era una congregación monástica y militar. Este carácter doble y las dos actividades correspondientes, tan dispares y antagónicas, causaron gran asombro y sorpresa en su época; para comprender ese asombro, es necesario entender el siglo XII, una etapa convulsa en Europa, con constantes guerras, inseguridad por el avance del islam y, sobre todo, con una población anclada en una fuerte mentalidad religiosa que regía sus vidas en todos los aspectos.

EL CABALLERO

Para entender el funcionamiento de la Orden del Temple en el ámbito militar, debemos remitirnos a la estructura y organización de las órdenes de caballería. ¿Qué es un caballero? Una definición muy simple, pero sumamente ajustada, es ésta: «un caballero es un guerrero que monta a caballo»; esta condición, que le diferencia del resto de los guerreros, sitúa al caballero en un estrato superior respecto a otros soldados de a pie (la infantería).

Los autores y estudiosos han ofrecido diversas definiciones a propósito de los caballeros e, incluso, alguno se atreve a hacer clasificaciones y tipologías. Para el filósofo y beato mallorquín Ramón Llull (1235-1316), «conviene que el caballero, por nobleza de coraje y de buenas costumbres, por el honor tan alto y tan grande que se le hace en su elección, por el caballo y por las armas, sea amado y temido por las gentes, y que por el amor devuelva caridad y enseñanza, y por el miedo devuelva verdad y justicia». (Del *Libro del Orden de Caballería*, c.1275).

Prácticamente desde sus inicios, la caballería queda ligada a la Iglesia; la organización eclesiástica, de hecho, llegó a tener su propia milicia, los llamados guerreros de San Pedro o *Milites Sancti Petri* del siglo XI. De este modo, la caballería se basa en un doble ideal, militar y religioso. De manera que, cuando las autoridades de la Iglesia proclaman una cruzada, el caballero está obligado a acudir para defender

a la cristiandad.

Hasta finales del siglo XII no había ningún tipo de restricción social a la hora de ser armado caballero, pero a partir de entonces se excluye de la caballería a todo aquel que sea hijo de clérigo o de campesino; el honor de caballero quedaba reservado a la nobleza. La propia Orden del Temple sufre las consecuencias de esta transformación y mientras en la Regla Latina o Primitiva se aceptaba al caballero sin que importara su origen, a partir del año 1230 se establece que sólo los hijos de nobles y caballeros podrán ingresar en la Orden, y ésta será una condición inexcusable.

CABALLERÍA TEMPLARIA

Tras la conquista de Jerusalén, el 15 de julio de 1099 (fig. 4), se hace necesaria la protección de un estrecho corredor entre el puerto de Jaffa y la Ciudad Santa. Por esas tierras discurría el camino de peregrinación; los fieles procedentes de Occidente desembarcaban en Jaffa y, desde allí, llegaban a Jerusalén, ahora custodiada por los ejércitos cruzados.

La mayor parte de los nobles y caballeros que habían tomado parte en la cruzada regresaron a sus hogares cuando se completó la conquista de Jerusalén, o se dirigieron hacia Antioquía y Edesa en busca de riquezas. De modo que las rutas abiertas quedaron completamente desprotegidas y a merced de ladrones y asesinos; desde luego, también estaban a merced de los sarracenos.

Para ofrecer la protección y el resguardo necesario a los peregrinos frente a los malhechores nació la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Sus comienzos fueron humildes: se dedicaban básicamente a ofrecer seguridad a los viajeros, a modo de «policía» en Tierra Santa, protegiendo los caminos y ayudando, cuando fuera necesario, a la defensa del territorio contra los ataques de las tropas musulmanas. Para un mejor cumplimiento de esta labor defensiva, tan apreciada y alabada por todos los cristianos de la región, el rey Balduino II les cedió una parte del antiguo Templo de Salomón; en aquel lugar establecieron los Pobres Caballeros de Cristo su «cuartel general» y por ocupar el antiguo Templo de Salomón se les llamó «templarios».

Como ya se ha apuntado, esta nueva milicia de monjes creaba una situación sin precedentes en el panorama de la época: en esa fraternidad se daba una dualidad extraña, eran a un tiempo monjes y guerreros. Pero la recién nacida Orden del Temple encontró pronto una justificación: Bernardo, abad de Clairvaux, elogió la actividad de la nueva Orden y animó a estos recién surgidos monjes-guerreros en su labor y afán, con la redacción de su *De laude novae militiae ad Milites Templi*.

Bernardo de Claraval fue el primer benefactor de la Orden y se ocupó también, según algunas fuentes, de redactar la Regla Primitiva de los templarios. Para justificar

la novedosa y extraña actividad de los templarios, San Bernardo hizo referencia a la necesidad de proteger a los fieles y los Santos Lugares:

«Mejor sería no tener que luchar contra los infieles ni verter su sangre, siempre que pudiéramos protegernos o defendernos de sus ataques sin emplear las armas, mas cuando éstos amenazan a la cristiandad y a su herencia espiritual, hay que evitar que la destruyan, aun oponiéndose a ellos con la fuerza de las armas».

San Bernardo también les incitó a llevar una vida pura y sobria, en la que tuvieran bien protegido su espíritu frente al Maligno con la coraza de la fe, así como protegían sus cabezas de los golpes con sus yelmos.

CARACTERÍSTICAS DE LA CABALLERÍA TEMPLARIA

Los musulmanes que atacaban los dominios cristianos en Tierra Santa habían desarrollado tácticas y estrategias muy distintas a las que se utilizaban en el Occidente europeo. Así que la Orden del Temple tuvo que hacer frente a la necesidad de idear unas técnicas de combate diferentes a las habituales.

En las batallas que tenían lugar en Europa primaba, por encima de todo, la potencia de choque; se empleaba la caballería y, sobre todo, la caballería pesada. En Oriente, los ejércitos musulmanes daban prioridad a los ataques rápidos y al empleo masivo de arqueros a caballo, que hostigaban y mermaban las mesnadas del ejército enemigo. Se podría decir que, en Tierra Santa, los cruzados en general y los templarios en particular se enfrentaron a una «guerra de guerrillas» donde los sarracenos buscaban los ataques rápidos y por sorpresa, a menudo tendiendo emboscadas a los cruzados. Una vez concluida la reyerta, los musulmanes se replegaban, para volver a atacar poco después, una y otra vez. Era una táctica que dio grandes frutos bélicos, pues conseguía la total desmoralización del enemigo.

En estas circunstancias, es comprensible que los templarios intentaran buscar urgentemente una solución: era imprescindible saber coordinar una reacción eficaz ante esos «ataques relámpago», rápidos e imprevisibles; asimismo, era imperioso poder disponer de grupos de combatientes capaces de desplazarse con prontitud en el curso de la batalla, sin perder la formación y dispuestos a cargar contra el enemigo con la suficiente eficacia.

Esta nueva manera de entender la estrategia bélica queda patente el año 1147, cuando los templarios, bajo el mando de Everardo de Barres, se ganan la admiración de los ejércitos cruzados. En aquella ocasión, los caballeros del Temple consiguieron dismantelar una emboscada que los turcos tendieron a los ejércitos francos, y así se

pudo evitar una desastrosa derrota cristiana.

El ejército templario tenía la capacidad y la logística necesaria para poder movilizar a unos tres mil soldados, de los cuales, cuatrocientos o quinientos eran caballeros. El resto de la tropa estaba compuesta por hermanos sargentos y turcoples. Los turcoples eran arqueros a caballo que constituían la caballería ligera del ejército templario. Eran guerreros reclutados —en ocasiones, musulmanes conversos— que combatían junto a los caballeros templarios prestando apoyo o realizando ataques concretos; estaban bajo el mando del *turcoplayer*. En ocasiones, la carga de la caballería e infantería templarias iba precedida de una acción rápida de los turcoples, a modo de avanzadilla, con la finalidad de poner a prueba las fuerzas del contingente árabe y poder observar su disposición en el campo de batalla.

La organización de los templarios en el campo de batalla obedecía a una estricta jerarquización, con una estructura muy similar a la que los regía en su vida monástica. Mientras que el resto de los ejércitos cruzados tenía problemas para mantener la cohesión de sus tropas a la hora del combate, debido a las ansias individuales de victoria y fama, los templarios obedecían, por encima de cualquier otra cosa, las órdenes de su maestro y permanecían unidos luchando junto a su estandarte: el *baussant*.

El *baussant* era la bandera o enseña de la Orden, mitad negra y mitad blanca. Señalaba el punto donde estaban concentradas las fuerzas templarias durante el combate. El portador del estandarte era protegido por los caballeros más distinguidos de la Orden, ya que el *baussant* representaba su orgullo y su honor; en caso de que cayera en manos del enemigo, el alférez era el encargado de sacar un segundo *baussant* de reserva, al que los soldados debían dirigir sus esfuerzos a partir de ese momento. Si, pese a todas estas precauciones, la enseña de la Orden caía presa en manos del enemigo, los caballeros templarios debían dirigirse entonces a donde se hallara la bandera de los hospitalarios o de cualquier otra orden cristiana o, en su defecto, debían ponerse a las órdenes de cualquier noble o príncipe cristiano que estuviese presente en la batalla. En cualquier caso, el caballero templario no podía nunca retirarse ni huir del enemigo, aunque éste fuera claramente superior en fuerzas; tampoco debía esperar rescate por parte de sus hermanos en caso de caer prisionero. De los veintitrés maestros de la Orden del Temple, trece murieron en combate, lo cual puede dar una idea de la valentía y el coraje del que hacían gala estos caballeros.

JERARQUÍA TEMPLARIA

Las victorias, los halagos, la enorme admiración del resto de los cruzados hacia los templarios, se consiguieron por el enorme valor de unos hombres que pelearon de

modo singular en las batallas de Oriente (fig. 5). Pero, sobre todo, sus triunfos se debieron a una organización especialísima, configurada a partir de una eficaz jerarquía. Los templarios estaban adiestrados en una férrea disciplina, equipados con un excelente ajuar para aquella época y aleccionados mediante un severo entrenamiento y una estricta vida monástica. Estos aspectos de la comunidad templaria les llevarían, en un principio, al éxito y, más tarde, a su extinción.

La jerarquía templaria estaba encabezada por el maestro. (El título de «gran maestro» sólo aparece en escritos posteriores a la desaparición de la Orden). El maestro ostentaba el cargo de mayor rango en la Orden del Temple, pero estaba sujeto a las mismas normas y obligaciones que el resto de los hermanos, y su poder y sus decisiones estaban siempre limitadas y sujetas a la decisión del capítulo. El maestro tenía a su cargo, como una especie de consejo, al senescal, al mariscal, al comendador del Reino de Jerusalén, a los comendadores de Trípoli y Antioquía, al pañero, al *turcoplier*, al submariscal y al gonfalonero. El submariscal y el gonfalonero eran hermanos sargentos, no caballeros. El maestro tenía derecho a llevar consigo cuatro caballos —solamente uno más que cualquier hermano caballero—, un clérigo, un hermano sargento, un escudero encargado de cargar con el escudo y la lanza, un hermano capellán y un intérprete sarraceno, además de su escolta personal, formada por dos caballeros de elite. Llevaba la misma vida que el resto de sus hermanos, comiendo, descansando, orando y luchando junto a ellos y, por supuesto, no podía tener posesiones propias ni podía disponer de los bienes de la Orden si no se lo permitía el capítulo. Únicamente se le permitía hacer algunos regalos o concesiones y conceder préstamos siempre que éstos redundaran en beneficio de la Orden.

El senescal también poseía un séquito propio, como el maestro; en su caso estaba formado por un hermano sargento, dos escuderos, un intérprete, un caballero, un turcople, un diácono y un indígena. En ausencia del maestro, el senescal ejercía sus funciones, asumía el control de la encomienda y, del mismo modo, sus decisiones quedaban sometidas al control del capítulo.

El mariscal era el superior militar de la Orden. A su cargo se hallaban todas las armas y el equipamiento de los hermanos, así como la maquinaria bélica, las municiones y los útiles para montar a caballo. Él era el encargado de organizar las fuerzas armadas de la Orden, distribuir las, movilizarlas y de preparar las tácticas. Por ser el encargado de la logística militar, era su deber adquirir las caballerías, inspeccionarlas y repartirlas, todo ello bajo la supervisión y consentimiento del maestro. Bajo el mando del mariscal estaban, además, el *turcoplier*, el submariscal y el gonfalonero.

El *turcoplier* tenía el mando sobre los hermanos sargentos y las tropas de soldados turcoples. Cuando le era encomendada una misión de reconocimiento, a modo de avanzadilla, cargaba con la responsabilidad de la misma y todos los guerreros a su

cargo debían acatar sus órdenes. Aun así, no estaba autorizado a atacar por decisión propia ni a lanzarse en persecución del enemigo.

El submariscal era el encargado de los arneses y demás complementos de montura, y de los hermanos artesanos que elaboraban los mismos. Era su tarea supervisar continuamente el trabajo en los talleres de la Orden y, además, era el encargado de distribuir a los escuderos, aunque estos últimos estaban bajo las órdenes del gonfalonero.

El gonfalonero tenía bajo su responsabilidad a todos aquellos escuderos que servían temporalmente en el Temple, por caridad o a sueldo de la Orden. Era el encargado de distribuirlos según las necesidades de las encomiendas, así como de pagar a los escuderos que así lo requirieran. En las batallas era el portador de la enseña templaria y tenía como misión desplegarla, una vez llegada la hora de entablar el combate, para cumplir el propósito de congregación de fuerzas que se ha explicado anteriormente.

El comendador del Reino de Jerusalén podía tener a su disposición cuatro caballos, un sargento, un turcople, un diácono que, además, hiciese labores de escribiente, un intérprete, dos ayudantes y otros dos escuderos. Este numeroso séquito advierte de la importancia del cargo, pues el número de personas que le acompañaban era bastante similar al del maestro. Este hermano caballero era el encargado de la custodia de los bienes del Temple y ejercía las funciones de tesorero. Poseía el control sobre todas las propiedades templarias, gestionaba las rentas, efectuaba los pagos correspondientes y debía tener un control absoluto sobre la caja y las finanzas de la Orden. En tiempo de paz, podía decidir y aconsejar al mariscal sobre la conveniencia de tener un número determinado de hermanos alojados en cada encomienda y era también el responsable de custodiar las donaciones y los rescates recibidos.

En esta compleja escala jerárquica, el pañero mayor estaba a las órdenes del tesorero y también era una figura con bastante relevancia en la organización de la Orden. Bajo su responsabilidad estaban las vestimentas de los hermanos, así como la ropa de cama; también se ocupaba de supervisar que todos los hermanos fueran adecuadamente aseados y vestidos exclusivamente con las ropas que la Orden les había entregado.

REGLAMENTACIÓN MILITAR

Además de esta compleja y estudiada organización jerárquica, otra de las claves del éxito militar de la Orden del Temple residía en una serie de cuidadas «medidas de precaución», especialmente en tiempo de guerra.

Los caballeros no podían preparar sus cabalgaduras si el mariscal no había dado la orden pertinente, pero se les instaba a estar continuamente alerta y preparados para

recoger el campamento en el menor tiempo posible y estar dispuestos a partir en cualquier instante.

Si los caballeros deseaban hablar con el mariscal, debían acudir a pie al lugar en que éste se encontrara e, inmediatamente después de haber finalizado la conversación, era preceptivo regresar a su puesto hasta recibir nuevas órdenes.

Una vez recibida la orden de partir, se recogía inmediatamente el campamento, pero antes de abandonar el emplazamiento había de comprobarse meticulosamente que no se había dejado atrás ninguna pertenencia.

Cuando emprendían la marcha, debían hacerlo de una manera ordenada, ocupando los puestos que tuviesen asignados y teniendo siempre a la vista a sus escuderos y sus caballerías de carga. Si la marcha tenía lugar durante la noche, imperaba la orden de mantenerse en el más absoluto silencio; si algún hermano necesitaba comunicarle algo a otro, debía abandonar la formación, acompañado de sus escuderos, para volver al mismo lugar una vez hubiese finalizado la entrevista. Si, por alguna razón, un hermano tuviera que ir a algún lugar de la formación situado por detrás de su propia posición mientras se encontraban cabalgando, debía trasladarse por el lado hacia el que soplaban el viento para intentar evitar, de esta manera, que el polvo y la arena del desierto cayese sobre sus hermanos.

Estaba absolutamente prohibido salir de la cabalgada para hablar de temas mundanos o para descansar. Ni siquiera estaba permitido, en tiempos de guerra, alejarse para dar de beber a los caballos, y sólo podían detenerse para beber allí donde se detuviese el gonfalon de la Orden. Esta y otras precauciones se establecían, principalmente, para evitar ser sorprendidos por las tropas enemigas; además, con estas prevenciones disminuía el riesgo de emboscadas.

Una vez que se había establecido el lugar de acampada, ningún hermano caballero podía asentar y montar su puesto por cuenta propia, ni podía descansar hasta que no se hubiese dado la orden correspondiente. Montaban sus tiendas en torno a las del comendador de Tierra Santa y el mariscal. Ningún hermano podía enviar a sus escuderos a buscar y recoger leña o comida para los caballos, excepto si se encontraba al alcance de la voz desde el campamento. Esta norma de no alejarse más allá del alcance de la voz desde el lugar de acampada se hacía extensiva al resto de los hermanos; cuando el establecimiento tenía lugar en una plaza fuerte, nadie debía alejarse más allá de una legua. Cuando llegaba el momento de efectuar el reparto de viandas, todos los hermanos se cubrían con sus capas y, una vez que habían recibido sus correspondientes provisiones, volvían a sus tiendas y se disponían a cocinar junto a sus escuderos. Únicamente podían consumirse aquellos alimentos que les hubieran sido entregados por el comendador, excepto los animales que ellos mismos hubiesen cogido a lazo, puesto que la caza estaba terminantemente prohibida a los hermanos de la Orden. A todos los caballos se les daba la misma cantidad de alimento; cada caballero

recibía su parte de manos del forrajero. La Regla establecía que se había de tener especial cuidado con la alimentación y el cuidado de las caballerías: era un bien escaso y muy apreciado en aquellas tierras de ultramar.

A la hora del combate, todos los hermanos debían ocupar, de una manera estricta, el lugar que les había sido asignado en la formación, y no debían abandonar ese puesto bajo ninguna circunstancia. Se agrupaban en escuadrones y cada comendador, responsable de un escuadrón, debía portar un gonfalon de reserva enrollado en su lanza y bien protegido por diez caballeros. El mariscal quedaba encargado de llevar y custodiar el gonfalon principal, el cual lo tomaba de manos del submariscal. Se hacía rodear de varios caballeros —de seis a diez—, escogidos entre los más valerosos, que habían de proteger el estandarte de la Orden mientras durase la batalla, sin alejarse ni abandonarlo. Si el mariscal y su gonfalon eran derribados durante la batalla, el comendador de los caballeros debía asumir el mando y desplegar un gonfalon de reserva; si éste también caía derrotado, ocupaba su lugar uno de los comendadores de escuadrón, desplegando su correspondiente gonfalon. Ningún caballero estaba autorizado a huir ante el enemigo o retirarse de la batalla en caso de derrota y, si era capturado por los sarracenos, no podía ofrecer el pago de un rescate ni pedir a sus hermanos que lo abonaran; desde luego, jamás debía renunciar a su fe. Esta regla fue causa de grandes tribulaciones: muchos templarios fueron torturados en las fortalezas musulmanas y, dada su fidelidad, con frecuencia fueron decapitados.

AJUAR TEMPLARIO

Cuando un caballero entraba a formar parte de la Orden, se le entregaba un ajuar completo, del que debía hacerse totalmente responsable; no podía deshacerse de ninguno de los objetos y prendas que se le cedían. Los templarios recibían dos pares de fajas de paño, una pelliza, dos calzones, un sayo, una capa, dos mantos —de los cuales uno iba forrado con una piel de poco coste y lujo—, una túnica, dos camisas, un cinturón ancho de cuero, un bonete de fieltro y otro de algodón. Además de este bien dotado ajuar de ropajes, el templario recibía una servilleta, una toalla, un jergón —una especie de colchón—, dos sábanas, una manta ligera y otra gruesa —que debían ser de color blanco o negro o a rayas blancas y negras, pues éstos eran los colores representativos del Temple—.

Como ajuar militar, cada hermano recibía una cota de malla, que se fabricaba en cuero, en la cual se insertaban anillas o placas metálicas; la cota cubría cuello, hombros, torso y espalda; se le daba también un yelmo que cubría por completo la cabeza; este yelmo sólo tenía una serie de aberturas frontales, a modo de visor rectangular, y respiraderos; unas calzas de malla, que se anudaban en la parte posterior

de la pierna; unos zapatos de armas; un casco que cubría la cabeza por su parte posterior pero dejaba el rostro al descubierto y otro con los bordes abatidos.

El armamento del templario también reflejaba el doble carácter militar y religioso de la Orden. Llevaban una espada recta con doble filo y la punta redondeada; esta espada no debía ser lujosa ni podía tener inscripción alguna. Probablemente sólo estaban «marcadas» con la cruz paté, el emblema de la Orden y quizá llevaban la inscripción de su divisa: «*Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*» («No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria», del prólogo de la Regla de San Benito, párrafo 30). También se les proveía de un escudo ovalado — que en su extremo inferior adoptaba una forma triangular—, de madera, forrado en metal por su parte interior y en cuero por la exterior; además, los monjes-guerreros tenían tres cuchillos: uno para cortar la carne y los alimentos, otro como arma de combate propiamente dicha (un puñal) y una navaja recta.

Cada templario tenía derecho a llevar tres caballos con su equipación completa, un caldero, un cuenco para medir la cantidad de comida de sus caballos y tres pares de alforjas.

Como soldados prestos al combate, era imprescindible que los templarios estuvieran en forma y que no se entregaran a la molicie. El soldado templario debía entrenar a diario, independientemente de que se hallara en una encomienda situada en Europa o batallando en ultramar. Pero es un error —bastante frecuente— creer que tanto los templarios como los caballeros cruzados en general eran «superhombres» con una corpulencia enorme que les permitía manejar armas pesadísimas.

Unos y otros usaban las llamadas espadas «de una mano»: su peso debía de estar entre los 1.300 y los 1.600 gramos y la longitud de su hoja probablemente no superaba los 85 centímetros. Hay que recordar que las armas de la Edad Media estaban pensadas y fabricadas para la batalla y, por tanto, no pueden compararse con las imitaciones actuales, cuya única función es el ornamento. Si la gran mayoría de nobles y príncipes cruzados se cuidaban mucho de que sus espadas fuesen ligeras, resistentes, afiladas y equilibradas, los caballeros templarios debieron de ocuparse aún más de todos estos aspectos: la espada era su «instrumento de trabajo». Respecto a la ostentación y el lujo en las armas, la Regla Primitiva prohibía cualquier clase de ornamento que no fuese puramente funcional; todo aquello que fuera superfluo no habría hecho sino incrementar el peso de la espada o del escudo.

Los aficionados a la arqueología bélica habrán observado que, muy a menudo, las espadas medievales tenían una acanaladura en el centro, en ambos lados de la hoja. Los especialistas han discutido cuál podría ser la función de esta hendidura; algunos autores advierten que la acanaladura permitiría la entrada de aire en las heridas y ello provocaría un efecto mortal inmediato en su víctima. Pero es más probable que esta característica sólo contribuyera a disminuir el peso de la hoja, sin riesgo de perder

consistencia. La espada es un arma poderosa y letal: no necesita artificios para infligir heridas mortales. Una vez asestado el golpe, los daños ya eran suficientemente graves como para poder causar la muerte sin necesidad de acudir a otras estrategias rebuscadas, como la famosa acanaladura.

Dadas las necesidades de la Orden del Temple en Tierra Santa y la extensa red de encomiendas situadas en Europa, con capacidad para abastecer de cualquier recurso a la Orden, es muy posible que los templarios fabricaran sus propias espadas, cotas de malla, escudos, etcétera. Sin embargo, debe recordarse que las espadas eran más bien escasas en los ejércitos cristianos. Sólo los reyes, príncipes, nobles y caballeros utilizaban estas armas. La tropa común solía emplear hachas, mazas y otros instrumentos de muerte. El caso templario es excepcional en este punto: la organización tenía que proveer a todo el contingente de caballeros desplazados a ultramar, a los hermanos sargentos, a los escuderos, etcétera, de modo que las forjas del Temple probablemente estaban equipadas con los mejores recursos y, quizá, eran las factorías más avanzadas de su época.

Vale la pena detenerse, siquiera un instante, en el antiguo, misterioso y complicado arte de la forja de espadas. El oficio de forja era en la Edad Media —lo sigue siendo en la actualidad— un arte complejo, rodeado de secretos celosamente guardados. El maestro forjador estaba envuelto en un halo de misticismo: era el artesano que moldeaba el poderoso hierro, el que daba forma de cruz a un objeto de muerte, el que creaba espadas únicas a las que se le daban nombres gloriosos, el que sacaba del fuego el objeto con el que se investía a los caballeros... Una buena espada era un tesoro de valor incalculable. El aprendiz de maestro forjador había de pasar muchos años aprendiendo el manejo de las herramientas, la composición exacta de las distintas aleaciones y las diferentes formas de tratar a las mismas; eran secretos transmitidos de generación en generación por los maestros forjadores. La hoja de una buena espada había de tener un filo cortante, pero debía trabajarse de tal modo que no se corriera el riesgo de que pudiera quebrarse o doblarse a causa de un golpe fuerte. Para ello, los maestros forjadores endurecían el hierro aleándolo con carbono, cuidándose mucho de aportar la cantidad exacta de cada uno de los elementos de la aleación, para no obtener un acero demasiado quebradizo, a causa de una excesiva cantidad de carbono o, por el contrario, un acero demasiado blando que, aún siendo difícil de quebrar, pudiera deformarse con facilidad y perder el filo. Para la forja utilizaban, preferentemente, mineral obtenido del fondo de los ríos, más puro que el de las minas, aunque se usara este último si escaseaba el primero. En un «horno» se mezclaba la cantidad de hierro deseada con su correspondiente cantidad de carbón vegetal; el fuego unía los dos materiales y se obtenía un lingote de acero con un contenido en carbono no superior al uno por ciento. Para que el acero tuviera la consistencia adecuada, el proceso se realizaba a una temperatura que oscilaba entre 750 y 900 grados centígrados.

Conseguir la temperatura exacta y mantenerla constante era fundamental, tanto como acertar con la aleación correcta de hierro y carbón; de modo que las forjas se solían emplazar en las cercanías de algún bosque, para tener la posibilidad de procurarse madera de una manera constante y, así, poder mantener vivo el fuego. Una vez que se había obtenido el lingote, que solía ser de pequeño tamaño, se procedía a su modelado a base de golpes de martillo. Para conseguir una buena espada, lo habitual era unir varios lingotes modelados que, en ocasiones, poseían distinta composición, dependiendo de la zona del arma: la punta de la espada o la cruz debían tener distintas características. Después, las distintas piezas se soldaban golpeándolas continuamente hasta conseguir una sola pieza. La última fase de la forja era el templado. El templado era otro de los procesos clave en la realización de una buena espada de acero. El mejor maestro forjador era aquel que pudiera controlar la temperatura del horno, las cantidades de la aleación y, sobre todo, el templado de la espada. Con el proceso de la forja, el acero resultante sería bastante rígido, pero quebradizo, de modo que se procedía a enfriarlo bruscamente, sumergiendo la pieza en agua o aceite, para conseguir que la hoja resultase, además de dura, flexible y resistente. Este proceso se repetía cada vez que el acero se calentaba para su moldeado y, finalmente, la operación se efectuaba nuevamente una vez acabada la espada. De la destreza del artesano para controlar el tiempo y la rapidez de enfriamiento dependía la dureza, flexibilidad y resistencia de una buena espada.

Otro de los elementos bélicos de uso común entre los caballeros templarios era la cota de malla; esta pieza era muy útil para protegerse de las flechas disparadas por los arqueros a caballo de los ejércitos musulmanes. Los artesanos de las encomiendas templarias hacían las mallas cortando finas planchas de hierro, trabajadas hasta que obtenían un grosor adecuado. Las planchas se cortaban después en tiras. Cuando tenían las tiras preparadas, las enrollaban para formar unos muelles espirales, de los cuales cortaban más tarde los anillos correspondientes. Una vez cortados, los anillos eran taladrados para, acto seguido, unirlos entre sí y colocarles un remache que dejara sellada la unión. Dado que en una cota de malla era común utilizar entre 15.000 y 30.000 anillos, puede imaginarse fácilmente que estas piezas requerían un trabajo inmenso. Un buen artesano era capaz de fabricar una cota de malla en unos seis meses, aunque habitualmente los herreros no trabajaban solos. En la confección de la cota de malla participaban también los aprendices: éstos preparaban los anillos y el experimentado maestro se ocupaba de enlazarlos posteriormente.

Con seguridad, los guerreros sarracenos de Tierra Santa observaron a los caballeros templarios con temor y admiración: frente a ellos estaban aquellos hombres sobre sus caballos, vestidos completamente de blanco, con sus yelmos y sus cotas de malla reluciendo tras las nubes de polvo del desierto, y con sus espadas reflejando el brillo del sol, como envueltas en fuego. Esta imagen de los caballeros templarios debió de

ser, por sí misma, impactante y desalentadora. Desde el punto de vista psicológico, la apariencia casi sobrenatural de las huestes templarias tuvo que mermar forzosamente los ánimos de los ejércitos musulmanes.

ADiestRAMIENTO DEL CABALLERO

Una vez armados caballeros, los templarios eran adiestrados para convertirse en expertos jinetes y se entrenaban en el manejo de las distintas armas. La Regla permitía que los hermanos compitieran entre sí en concursos de tiro, con arco o ballesta, en los que además se admitían apuestas que no comportaran valor económico. No ocurría lo mismo con los torneos y las cacerías: estas actividades estaban prohibidas de manera tajante para todos los integrantes de la Orden ya que se consideraban ociosas y, en cierto modo, peligrosas.

Antes de entrar a formar parte de las fuerzas de combate contra los sarracenos de Tierra Santa, los jóvenes templarios debían pasar una temporada realizando labores de patrulla, tareas de vigilancia o protegiendo a los peregrinos en distintos lugares de Europa. También podían ser designados por sus superiores para formar parte de la escolta del maestre o como custodios del dinero y de los bienes que se trasladaban de una encomienda a otra.

Cuando había concluido este primer proceso de adiestramiento, el hermano templario podía ser enviado a Tierra Santa, donde comenzaba una segunda fase del entrenamiento. Ésta consistía en el aprendizaje de tácticas de combate en grupo y en formación; el aprendizaje radicaba, sobre todo, en la disciplina castrense y su función principal era enseñar al nuevo soldado a obedecer las órdenes de sus hermanos superiores y saber mantener su posición en el combate.

MONJES Y GUERREROS

La Orden del Temple no fue sólo una orden militar. Como orden religiosa, sus integrantes tuvieron que cumplir una serie de votos y obligaciones de índole monástica.

Para ingresar en la Orden, uno de los requisitos era tener la edad suficiente para poder manejar con soltura la espada y poder realizar las labores propias de un caballero. (Otras órdenes monásticas medievales, que no se empleaban en combate, aceptaban en sus congregaciones a jóvenes y niños, los cuales recibían una formación exclusivamente religiosa o se dedicaban a otros trabajos propios de los monasterios). Los requisitos de edad y capacidad a la hora de ingresar en el Temple son perfectamente comprensibles: la Orden tenía un marcado carácter militar y se exigía en

sus integrantes la fuerza y la destreza física necesarias para la alta misión que se les había encomendado.

Una de las características propias de la milicia templaria era la humildad. Todas las acciones de un caballero, todos sus logros, todas sus hazañas, no le pertenecían ni podía vanagloriarse de su éxito personal. El triunfo y el fracaso pertenecían a la Orden. El grupo era lo esencial, no la individualidad. Todas las acciones conducían a la gloria de la hermandad, no a la soberbia egoísta. Por esta razón, los caballeros templarios abandonaban su apellido familiar cuando ingresaban en la Orden y utilizaban, simplemente, su nombre de pila, exceptuando los altos dignatarios de la Orden, de los cuales se conoce su nombre y su procedencia. Todos vivían, luchaban y trabajaban por y para el honor de la Orden del Temple.

Para formar parte de la Orden, el postulante había de ser cristiano, no podía estar excomulgado, no podía haber formado parte de otra congregación monástica ni estar casado. Tampoco podían ingresar en la Orden los siervos.

En el proceso de ingreso se informaba al postulante de todas las obligaciones que debería asumir, se le leía la Regla, para que supiera las normas por las que se regían, y se le informaba de que, en caso de formar parte de la Orden, no podría actuar según su voluntad, sino conforme a las normas y las órdenes que se le dieran. Una vez informado de todas estas cuestiones, se le permitía un breve período de reflexión. Más tarde, se le preguntaba si aún deseaba ingresar en el Temple. Si aceptaba y no se detectaba ningún impedimento en el aspirante, se le sometía a un interrogatorio sobre sus intenciones al ingresar en la Orden, tras lo cual, el maestro le ponía el manto blanco sobre los hombros, ataba los cordones del mismo alrededor del cuello, le bendecía, y todos los hermanos juntos ponían fin al rito de iniciación con el recitado del salmo *Ecce quam bonum*. En los primeros años, los nuevos caballeros templarios pasaban un período de prueba, establecido a voluntad del maestro, pero esta restricción fue abandonada muy pronto.

Los templarios se regían por una estricta Regla de 72 artículos en los que quedaban especificados cada uno de los aspectos, derechos y obligaciones de los hermanos en su vida diaria. (Véase el capítulo II). Su principal obligación, dado el carácter monacal de la Orden, era la de asistir a la oración todos los días del año en las horas del oficio divino correspondientes. Esta práctica piadosa ya era habitual antes de que se les concediera una regla propia, puesto que se habían acogido a la de los canónigos regulares de la Santa Iglesia de Jerusalén. Pero había ocasiones en las que no era posible cumplir con esta obligación, ya que los hermanos templarios podían encontrarse en campaña o realizando otros trabajos propios de su condición militar. Para esas ocasiones, la Regla tenía prescritas una serie de oraciones en sustitución de la asistencia al oficio; por ejemplo, en maitines debían rezar trece padrenuestros, y por cada hora menor, siete; en vísperas rezaban nueve padrenuestros. Si los hermanos

templarios habían realizado alguna labor de gran esfuerzo físico o habían librado una batalla o estaban agotados por cualquier otra razón, y alguno no podía levantarse a media noche para acudir al oficio de maitines, debía rezar los reglamentarios trece padrenuestros en su lugar de descanso, siempre con la correspondiente autorización del maestro. Tras el último rezo del día, es decir, el oficio de completas, todos los hermanos debían dirigirse, en estricto silencio, a su celda correspondiente, a menos que tuviesen que hablar con algún superior de alguna cuestión importante relativa a la encomienda o a acciones militares. La norma de guardar silencio, que se hacía extensiva a los campamentos establecidos en Tierra Santa, se aplicaba también al modo de oración. Así, la Regla indicaba que se debía orar «con suma reverencia y no con clamores» para no molestar con ello al resto de los hermanos; con alguna restricción, podían rezar de pie, sentados, o como les fuera más cómodo.

Los hermanos templarios se levantaban para asistir al oficio de maitines a las cuatro de la madrugada en invierno y a las dos de la madrugada en verano; el oficio de laudes se escuchaba aproximadamente entre las cinco y las seis de la mañana; la hora prima correspondía a la hora del alba; tercia, hacia media mañana; sexta, alrededor del mediodía; se tocaba a nonas a media tarde, vísperas tenía lugar a la puesta del sol y completas, poco después, momento tras el cual generalmente los monjes templarios se dirigían a sus aposentos.

En el refectorio, otro de los centros principales de la vida en comunidad dentro de la Casa, también se debía guardar silencio, pues, al igual que en otras órdenes, durante la comida se leían las Sagradas Escrituras.

Las normas templarias disponían algunas obligaciones especiales para fechas señaladas. Por ejemplo, el día de Jueves Santo, el limosnero de la Casa tenía la misión de elegir a trece pobres, a los que debían besar y lavar los freires. (Era un rito que recordaba el lavatorio de pies de Jesús a sus discípulos, pero el limosnero debía escoger con cuidado a los mendigos: era importante evitar enfermedades y contagios). El día de Viernes Santo, todos los hermanos de la casa adoraban la Cruz, descalzos y en ayunas (pan y agua), y comían en una mesa sin mantel.

La Regla de la Orden del Temple abordaba los aspectos generales de la vida de sus integrantes y los detalles que pudieran parecer más insignificantes. Así, por ejemplo, la alimentación también quedaba regulada por las normas templarias. Únicamente podían tomar carne tres veces por semana: los domingos, martes y jueves, además de las fiestas de Pascua de Resurrección, Navidad, la Virgen y Todos los Santos. Los lunes, miércoles y sábados debían consumir dos o tres platos de legumbres o cualquier otro alimento cocido. El viernes era día de ayuno para toda la comunidad, exceptuando a los que se encontraran enfermos o en un estado de debilidad considerable. La Regla no hace mención alguna al consumo o no de pescado, lo que permite intuir que este alimento no debía de ser habitual en la dieta de los hermanos templarios. Los hermanos

caballeros comían separados de los hermanos sargentos y de los escuderos. Las sobras de las comidas se entregaban a los pobres por medio del hermano limosnero; ello no significa, de ningún modo, que los templarios gozaran de una mesa abundante o disfrutaran de platos copiosos.

Cada encomienda utilizaba los productos y los alimentos propios de la región en que se encontraba y, por lo general, los obtenía de la explotación de sus propias posesiones. Así, los templarios consumían legumbres de sus haciendas, carnes y huevos de sus ganados, y harina de los molinos que tenían en propiedad. Los excedentes se vendían para obtener fondos necesarios para mantener la lucha que sus hermanos llevaban a cabo en Tierra Santa. La organización de la Orden del Temple obtuvo un gran éxito en este aspecto y su economía pudo sustentar con suficiente holgura a sus huéspedes de ultramar.

En cuanto a la vestimenta, la Regla establecía que los hermanos debían utilizar ropas sobrias, tanto en la forma como en el color; era preferible que la indumentaria fuera negra, blanca o parda, aunque se recomendaba el uso de la túnica blanca a los caballeros, independientemente de la época del año en que se encontraran; para los hermanos sargentos y los sirvientes se aconsejaba el color negro o pardo. El único adorno o emblema que se les permitía portar en sus vestiduras era la cruz paté roja.

El manto de la Orden, con su cruz bermeja cosida en el hombro, era la prenda más preciada entre los caballeros. (Sólo se apartaban de ella cuando tenían que realizar sus necesidades, consideradas como algo sucio e impuro).

Las restricciones en cuanto a la riqueza de las vestimentas abarcaban también otros aspectos: la Regla establecía que el encargado de entregar y efectuar los arreglos correspondientes a los ropajes debía ocuparse de que éstos no quedaran ni demasiado cortos ni demasiado largos. Los templarios no debían llevar los vestidos sucios, con polvo o manchas, ni con remiendos que pudieran desmerecer la blanca y pulcra vestimenta de la Orden. Desde luego, tenían órdenes precisas para que cuidaran escrupulosamente su aspecto y su higiene personal, sin caer en el acicalamiento.

Todas las semanas, después de la misa dominical, se realizaba una reunión capitular a la que debían acudir todos aquellos miembros de la comunidad que no estuvieran impedidos, esto es, que no estuviesen enfermos o realizando otro servicio importante. En estas reuniones semanales, llamadas capítulos, se trataban asuntos comunes de la encomienda, pero también servían para juzgar y corregir las faltas que hubiera cometido alguno de los hermanos. Estos capítulos se realizaban con las puertas de la encomienda cerradas y sin ninguna persona ajena a la Orden en el interior, para poder conservar la privacidad de los asuntos que se trataran.

Como ocurre en todas las comunidades y grupos, la observancia de las normas no siempre es la que se espera de sus integrantes. La férrea disciplina templaria a veces no convenía a espíritus libres y belicosos, acostumbrados tal vez a otros placeres, y,

por tanto, el sistema judicial interno de la Orden era más que necesario.

Las prohibiciones que establecía la Regla eran más estrictas, si cabe, cuando los caballeros se encontraban batallando en Tierra Santa. En otros lugares, el comendador y los altos mandos de las encomiendas debían observar escrupulosamente la Regla y eran también responsables de la buena conducta de los integrantes de la comunidad. De este modo, si un hermano observaba que otro había cometido una falta, era su deber advertirle y amonestarle suavemente, pero con firmeza, para hacer patente su falta y evitar que volviera a cometerla. El hermano amonestado debía asumir su falta y corregir su error, pero si no lo hacía, los hechos tendrían que ponerse en conocimiento de la comunidad durante la reunión del capítulo semanal. Una vez reunidos en la sala capitular, situados en sus respectivos lugares y después de haber rezado el correspondiente padrenuestro, daba comienzo el capítulo, donde los hermanos hacían confesión pública de las faltas que hubieran cometido, bien contra los votos profesados, bien contra alguno de los artículos de la Regla de la Orden. Supuestamente, cada cual debía autoinculparse y asumir los errores, pero si no sucedía así, cualquiera de los hermanos que conociese el caso debía ponerlo en conocimiento de los demás y denunciarlo. Estas acusaciones debían hacerse en presencia del denunciado: estaba prohibido hacerlo en privado o en voz baja; acusado y acusador debían estar cara a cara y tanto la acusación como la defensa se hacían en voz alta. No debía acusarse a ningún hermano para rebajarlo o para humillarlo, sino con el sincero sentimiento de querer salvar su alma. Si el acusado creía que lo estaba siendo injusta o equivocadamente, tenía la posibilidad de negar los hechos, aunque debía hacerlo sin enojarse. Si el acusador mantenía su versión de los hechos, debía probar lo que afirmaba en la medida de lo posible, e incluso se podía dar el caso de que fueran llamados otros hermanos a declarar, en calidad de testigos, los cuales debían hacer igualmente su declaración ante el capítulo de un modo claro y sincero, sin ánimo de perjudicar al acusador o al acusado. Una vez finalizado este proceso de réplicas y contrarréplicas, ambos hermanos debían abandonar la sala y se procedía a la deliberación; entonces se estudiaban las posibilidades del castigo. Si el hermano que había cometido la falta estaba dispuesto a confesar su autoría, debía entonces pedir perdón al resto de la comunidad y se le instaba a abandonar la reunión mientras se decidía la gravedad de la falta y el castigo correspondiente. Los castigos estaban muy bien definidos y se ejecutaban en distintos grados: desde la obtención de un perdón general, hasta la llamada «pérdida de la Casa», la expulsión perpetua de la Orden. Las penas, una vez decididas, se ejecutaban inmediatamente y el hermano castigado no podía apelar el veredicto una vez que hubiese sido dictado. Para los castigos de naturaleza corporal (azotes, latigazos, etcétera) se utilizaba un cinturón o una correa de cuero y se ejecutaban en público. La expulsión de la Orden se reservaba para los actos más abominables (la simonía o venta de beneficios espirituales y sacramentos, la

violación del secreto del capítulo, el asesinato de otro cristiano, la sodomía o práctica homosexual, los amotinamientos, la cobardía reconocida, la herejía, la traición y el robo). También se perdía la condición de templario si un hermano contraía la lepra u ocultaba al resto de la comunidad alguna enfermedad de nacimiento, como la epilepsia.

La expulsión de la comunidad se verificaba con un ritual extremadamente duro: el expulsado debía presentarse ante el capítulo con el torso desnudo, vistiendo únicamente su ropa interior y sus calzas, y con una correa atada alrededor de su cuello. De esta guisa, debía arrodillarse en el suelo y recibía el castigo con su propia correa. Después, el hermano que se encontrase presidiendo el capítulo le entregaba un documento confirmando su expulsión y el reo abandonaba la comunidad para siempre; con frecuencia se le aconsejaba ingresar en una orden monástica, como la de San Agustín o la de San Benito, cuyas congregaciones estaban regidas por una disciplina aún más rigurosa que la del Temple. Si el reo se negaba a esta última penitencia o trataba de escapar en algún momento, se le ataba con cadenas y los propios hermanos templarios lo llevaban hasta el convento que le hubiese sido asignado como destino. La Orden del Temple tenía un acuerdo con la Orden del Hospital, de manera que ningún miembro expulsado de cualquiera de una de estas órdenes pudiera ingresar en la otra.

Otro de los castigos más duros que podía sufrir un hermano de la Orden del Temple era la pérdida de su manto. Este castigo se aplicaba cuando un hermano, en un ataque de ira, furiosamente, atacaba a otro miembro de la Orden, derribándolo o rompiéndole el hábito. Además, los templarios también podían perder el manto por otras faltas, por ejemplo, por herir gravemente a otro cristiano, por haber mantenido relaciones carnales con una mujer, por haber sido descubierto en una grave mentira, por matar a un sirviente —o a un esclavo, en las encomiendas de Oriente—, por matar o regalar un caballo, por rebelarse contra la autoridad de un superior, por vestir con ropas seculares afirmando que pertenecían a la Orden, por negarse a pedir perdón ante el capítulo, por romper el sello del maestro, por conceder préstamos sin autorización, por ausentarse de la encomienda sin motivo, por despreciar y arrojar el manto en un arrebato, etcétera.

El caballero templario que perdía la dignidad del manto debía devolver todo aquello que le hubiera concedido la Orden a modo de ajuar —los caballos, las armas, la armadura, etcétera—. Su condición se rebajaba hasta el último escalafón de la comunidad: el de los sirvientes de la Casa. La degradación de un caballero por este sistema no se prolongaba más allá de un año y un día, pero implicaba que durante ese tiempo el castigado no podía ejercer labores de mando, ni podía ascender, ni podía expresar su parecer en las reuniones del capítulo. Todos los domingos, tras la lectura del Evangelio, el hermano castigado debía recibir con humildad el número de azotes correspondientes, delante de toda la comunidad. La pérdida del manto obligaba al caballero a ayunar los lunes, miércoles y viernes, y sólo podía comer pan y beber agua. Cumplido el período de la pena impuesta, el hermano estaba obligado a comer en el

suelo, utilizando un pliegue de su propio manto como mantel. Este castigo se aplicaba durante el último día de la pena.

CUSTODIOS Y CRUZADOS

La historia de la Orden del Temple en los territorios de ultramar suele dividirse en tres etapas claramente diferenciadas: la primera abarca desde los primeros años, cuando aún eran los Pobres Caballeros de Cristo, hasta el año 1187; durante este período, los templarios sentaron sus bases en Jerusalén. La segunda etapa alcanza hasta el año 1291; el cuartel general de la Orden estaba entonces en la fortaleza de Acre. Y la tercera y última etapa finaliza en 1312, dos años antes de la disolución de la Orden; los caballeros templarios residieron durante aquellos últimos años en la isla de Chipre.

Tras la conquista de Jerusalén (15 de julio de 1099), los ejércitos cruzados se esforzaron en ampliar los territorios conquistados y fijar sus fronteras. En el año 1144 se pierde el Principado de Edesa y el papa Eugenio III llama a una nueva cruzada; Luis VII de Francia dirigió esta gran expedición, en la que figuraban, aproximadamente, ciento cuarenta caballeros templarios. Aunque esa nueva cruzada no consiguió los objetivos que se habían propuesto, para la Orden del Temple significó su asentamiento definitivo y su afirmación institucional. La Orden del Temple comienza a ser entonces un ejército propiamente dicho y abandona paulatinamente las labores de escolta y protección de peregrinos que venía desempeñando hasta ese momento para combatir junto al resto de los ejércitos cruzados. Probablemente esta transformación se debiera a un incremento notable de caballeros procedentes de las encomiendas establecidas en Occidente. Además de aumentar sus efectivos, el Temple recibe varios castillos y ello supone más protección y colaboración en las ofensivas contra las fuerzas sarracenas. El castillo del Crac de los Caballeros, situado en el condado de Trípoli, y Tortosa, en el norte de Siria, son dos de las fortalezas de la Orden en aquel tiempo.

La primera batalla importante en la que tomó parte la Orden del Temple tuvo lugar el año 1153, en Ascalon. Allí murieron cuarenta caballeros templarios, pero se consiguió conquistar la plaza fuerte, pese a la resistencia musulmana. A partir de ese «bautismo de fuego», la participación de la Orden fue decisiva en el desarrollo de la guerra entre cristianos y musulmanes; los propios cristianos sabían que la Orden era vital en el campo de batalla: en el año 1168, los templarios no colaboraron con el resto de las fuerzas cristianas en la campaña emprendida contra Egipto y los reinos europeos sufrieron una estrepitosa derrota.

A la muerte del rey Balduino IV, en 1185, los reinos cruzados se vieron envueltos en una grave crisis, momento que aprovechó el famoso sultán egipcio Salah al Din —que pasaría a la historia como Saladino— para lanzar una serie de violentos ataques. El 4

de julio de 1187, el enfrentamiento llegó a su punto álgido, en la batalla de «los Cuernos de Hattin»: pese al esfuerzo y decisión de que hicieron gala los ejércitos cruzados, éstos cosecharon una de las derrotas más terribles y famosas de la historia de las cruzadas. En aquella ocasión, murieron todos los templarios que participaron en el combate. Tras el desastre de Hattin, Saladino no tuvo serias dificultades y fue ocupando poco a poco el territorio hasta llegar a Jerusalén, que cayó en el mes de octubre de aquel mismo año.

Jerusalén, el principal bastión cristiano en Tierra Santa, se había perdido. La presencia occidental en ultramar se redujo a las ciudades de Antioquía, Trípoli y Tiro, las cuales estaban situadas en la costa. Es entonces cuando las terribles noticias llegan a Europa y se proclama una tercera cruzada. Se conquista la ciudad de Acre el día 11 de julio de 1191. Con esta importante ciudad en manos cristianas y ante la imposibilidad de recuperar Jerusalén, la Orden del Temple fija su casa o convento principal en Acre. Éste será desde entonces su cuartel general en Tierra Santa. Los templarios continuaron siendo una de las más importantes fuerzas militares de los ejércitos cruzados, imprescindible en muchas campañas emprendidas, pero, además, la Orden gozaba de un extraordinario peso político en las negociaciones para conseguir treguas, pactos, concesiones, etcétera.

Acre se convirtió en el último bastión cristiano en Tierra Santa, aunque esta situación no duraría mucho. Los musulmanes estaban decididos a conquistar esta ciudad y sus esperanzas se vieron confirmadas el día 18 de mayo de 1291. Es un hecho notable que los templarios resistieran el ataque durante diez días después de que la ciudad estuviera prácticamente rendida. Éste sólo es un ejemplo de la fidelidad, lealtad y valentía de aquellos hombres.

Tras la caída de Acre, el resto de las ciudades cristianas de Oriente irían rindiéndose una tras otra sin mayor oposición. Los ejércitos de Occidente fueron replegándose y los templarios tuvieron que echarse a la mar para buscar un nuevo asentamiento. Se establecieron finalmente en Chipre, la que habría de ser su última Casa de ultramar.

En Chipre, la Orden del Temple pareció hundirse en un estado de letargo y la situación empeoró notablemente: no había entendimiento ni una unidad de acción con el resto de las órdenes, ni con nobles, príncipes y reyes. Únicamente se llevaron a cabo algunos ataques contra ciudades costeras de Egipto y Palestina, pero sin resultados positivos. Mientras tanto, los templarios conservaban su espíritu combativo y su conciencia del deber de defensa de los Santos Lugares: soñaban con la proclamación de una nueva cruzada que les proporcionara la posibilidad de recuperar para la cristiandad la Ciudad Santa y, para ellos, su Casa original: el Templo de Salomón.

Hasta sus últimos días, la Orden del Temple mantuvo esas esperanzas. El resto de la historia es bien conocido: la codicia y la envidia acabaron con una congregación que

lo había dado todo por la cristiandad. Las hazañas, los hechos gloriosos de armas, las brillantes victorias, la devoción y la obediencia supremas, la rigurosa disciplina y otros rasgos característicos de la Orden no permitirán que se olvide su historia. Bien al contrario, no hacen sino demostrar que la Orden del Temple era depositaria de los mejores valores humanos: la valentía, el deber, la fe, la fidelidad, la lealtad y la humildad.

JOSÉ LUIS DELGADO AYENSA (*San Adrián, Navarra, 1981*). *Es investigador histórico y vocal de la junta directiva de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA. Miembro del consejo de redacción de Boletín Temple.*

CAPÍTULO IV

San Bernardo y el Temple. El brazo armado de la Iglesia

SERGIO FRITZ ROA

«No creáis que vine a traer la paz a esta tierra.
No vine a traer la paz, sino la *espada*».
MATEO 10, 34

«Recordemos al Hijo Bendito de Dios,
que nos llama a una *Guerra Santa*».
RAIMUNDO LULIO

«He aquí los hombres fuertes que el Señor ha ido eligiendo
desde un confín a otro del mundo, entre los más bravos
de Israel para hacerlos *soldados* de su escolta».
SAN BERNARDO

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

San Bernardo de Claraval nace el año 1090 en Fontaine-lès-Dijon (Francia).

Su padre fue Tescelin Sorrel (o La Saure) y su madre se llamaba Aleth; ambos eran nobles. San Bernardo será el tercero de siete hermanos —seis varones y una mujer, la beata Humbelina—. Su madre murió cuando Bernardo sólo tenía siete años y este acontecimiento sumió al joven en un estado de tristeza del cual nada ni nadie parecía poder liberarlo. Su tierna hermana, Humbelina, será el bastón en el cual se apoyará. Gracias a ella, finalmente, podrá salir adelante, para integrarse en la vida social.

Durante la adolescencia, Bernardo se ocupó en los asuntos comunes que interesan a la mayoría de los jóvenes y nada —salvo su gusto por la literatura y el estudio— hacía pensar que en él latía una poderosa vocación sacerdotal. El caso de San Bernardo recuerda la peripecia vital de otro de los santos más notables de la época medieval: San Francisco de Asís. El santo italiano disfrutó del placer y diversión en sus años juveniles, hasta que la luz divina se derramó sobre él. En efecto, las semejanzas entre ambos no son pocas, y hay una muy importante: ambos fundarán órdenes que desempeñarán un papel fundamental en el Oriente cristiano. Tanto templarios —quienes desde sus inicios reciben el apoyo de San Bernardo— como franciscanos tendrán asignada la «custodia de Tierra Santa» en distintos períodos históricos.

Existía en Cîteaux (Císter) un monasterio en el que se practicaba la Regla de San Benito y Bernardo sentía cierta curiosidad por esa extraña forma de entender el mundo. Desde tiempo atrás, el joven sentía que todo cuanto le rodeaba parecía cargado de trivialidad. Por eso llegó a pensar seriamente en ingresar en la comunidad cisterciense. Habiendo meditado bastante en ello, Bernardo comunica a sus familiares y amigos el deseo de ordenarse en el Císter. La elocuencia de sus palabras debió de causar honda impresión en su familia, puesto que cuatro de sus hermanos y un tío resolvieron ingresar en el monasterio. A sus 22 años, en Bernardo ya se aprecian algunos de los dones que lo harían célebre: su carisma, su elocuencia y su capacidad para atraer a los hombres hacia la religión. Por ello se dirá de él que «era el terror de las madres y de las esposas». Respecto a esta cualidad, René Guénon, en su trabajo sobre el monje de Claraval, se preguntará: «¿No vale más reconocer la acción de la gracia divina, que, penetrando de alguna manera en toda la persona del apóstol e irradiando al exterior por su sobreabundancia, se comunicaba a través de él como por un canal, siguiendo la comparación que él mismo empleará más tarde aplicándola a la Santa Virgen, y que también se puede, restringiendo más o menos su alcance, aplicar a todos los santos?».

El padre Esteban Harding, abad cisterciense en aquella época, apreció inmediatamente los rápidos progresos del joven monje y le encomendó la misión de levantar junto a otros hermanos un monasterio en Langres. La belleza del lugar, lo boscoso de la región, así como la luminosidad del emplazamiento, sugirieron el nombre de Claraval (Clairvaux, o Valle Claro, apellido que Bernardo utilizará a partir de entonces).

La dedicación y la voluntad de Bernardo y los suyos pronto traspasarán los muros de la nueva abadía y la comunidad vecina sentirá que Claraval es un refugio de espiritualidad: muchos hombres de los alrededores decidirán tomar los hábitos para estar cerca del santo.

Con el tiempo, la fama de Bernardo aumenta. Su poder de persuasión, su sabiduría y los rumores que hablan de milagros y hechos prodigiosos permitieron que su opinión se hiciese necesaria; se le consideraba una verdadera autoridad en todo orden de cosas y el pueblo y las autoridades políticas y eclesiásticas requerían su presencia para solventar cualquier asunto.

Bernardo participó en la polémica con el erudito Pedro Abelardo, una de las autoridades teológicas de la época. Abelardo concedía especial importancia a la razón en el proceso de conocimiento de Dios. Por el contrario, Bernardo estimaba inseguro guiarse sólo por la razón. Había notado en el discurso de Pedro Abelardo una insana simpatía consigo mismo y sus facultades, lo cual repelía al monje cisterciense, para quien las individualidades no contaban. Bernardo, además, condenó las tesis de Gilberto de la Porrée, obispo de Poitiers, referidas al misterio de la Trinidad: se trataba de teorías basadas en la distinción escolástica entre esencia y existencia, que el

de Poitiers aplicaba incluso a Dios, lo que ciertamente es un error debido a que su campo de validez se restringe únicamente a los seres creados.

El abad de Clairvaux también participó en la rectificación del peligroso cisma que atormentaba a la Iglesia a raíz de la sucesión papal, disputada entre Anacleto II e Inocencio II. A fin de manifestar su apoyo por quien estimaba más adecuado para ocupar el trono de San Pedro —es decir, Inocencio II— Bernardo no vacila en recorrer regiones enteras, para entrevistarse con distintas autoridades y defender con vehemencia su postura.

Con el papa Inocencio II gobernando los destinos de la Iglesia, al poco tiempo se suscitará otra polémica, esta vez originada por el rey Luis *el Joven*, muy dado a entrometerse en asuntos concernientes al poder espiritual. Más adelante, un nuevo pleito, esta vez entre el citado rey y el conde Thibaut de Champaña. En la solución de ambos conflictos, el papel de Bernardo será meritorio.

La jerarquía eclesiástica le encomendó predicar en las zonas donde la herejía albigense se hacía fuerte, especialmente en Toulouse. Esta misión no era fácil, y, sin embargo, Bernardo logra restaurar, al menos temporalmente, el poder católico en dicha zona.

Otra tarea importante del abad de Clairvaux fue la convocatoria de la segunda cruzada (1147-1149); en este caso, se trataba de un encargo personal de Eugenio III, uno de sus mejores amigos y discípulo del propio Bernardo. Los sermones del abad eran tan apasionados que la reina Leonor, Luis VIII de Francia y el emperador Conrado III, como gran parte de la nobleza, se vieron arrebatados por su elocuencia y se ofrecieron a participar en la lucha contra los musulmanes. La energía del santo es formidable y no duda en viajar de un lugar a otro a fin de predicar la cruzada; también se esfuerza en escribir cartas a los principales señores con el objeto de sensibilizarlos con el sufrimiento de los cristianos que vivían en Oriente y que constantemente sufrían el acoso de los turcos.

Pero, en esta ocasión, los acontecimientos representarán un duro golpe para la cristiandad, dado que la cruzada se resolvió en un rotundo fracaso. Naturalmente, no se puede culpar al santo de las derrotas y los reveses bélicos: su única tarea había sido difundir la palabra de Dios. Si había culpables en aquellos desastres, éstos eran los militares y nobles que no habían sido capaces de llevar a buen término la cruzada. Sin embargo, algunos piden que las autoridades eclesiásticas reprendan a Bernardo. El monje se defendió con su elocuencia habitual y, entre otras cosas, advirtió que las fuerzas cristianas no habían estado a la altura de las circunstancias, lo cual significaba que los pecados de los hombres habían propiciado aquellas derrotas. Tal argumento no era un simple desvío discursivo, dado que, efectivamente, el comportamiento de los cruzados había sido bastante deplorable, y en sus actos la solidaridad y la humildad habían brillado por su ausencia.

Aquellas acusaciones y reprensiones, y la severa derrota de los cristianos en Oriente, marcaron los últimos años del santo. Bernardo murió el 20 de agosto de 1153. Pocos años después, en 1174, será canonizado.

Su labor en el seno de la Iglesia fue fabulosa: era un reputado doctor en materias teológicas, crítico heroico de la frivolidad y las modas, a las que no fueron ajenos sus pares sacerdotes, gran defensor de los pobres, difusor del culto a la Virgen, a quien llamaba Nuestra Dama —calificativo que se hará común en la Edad Media—, guía espiritual de la *militia Christi* —que tomará forma especialmente en los caballeros templarios, a quienes ayudó continuamente—, etcétera. Gracias a él, la Orden del Císter alcanzará gran popularidad y prestigio: difundió de tal manera sus bondades que en vida del santo se llegaron a fundar cerca de setenta monasterios.

Con su muerte, la Iglesia pierde a uno de sus mejores hombres, para acoger, en cambio, el cielo a uno de sus mejores hijos.

Aún podría estudiarse el nombre de Bernardo de Claraval y adivinar en él la personalidad y la misión que llevó a cabo a lo largo de toda su trayectoria. Los trabajos de onomástica suelen decir que Bernardo procede de la reunión de *bern* —luchador— y *nard* —valiente—. Así, «Bernardo» significaría «luchador valeroso». Otros indican que «Bernardo» es tanto como «fuerte». Claraval o Clairvaux significa «valle claro». También puede entenderse *clara vallis*, es decir, «valle de la luz». En suma, Bernardo de Claraval sería el «valeroso luchador del valle claro». El «valle claro» es tanto como la Vía Crística, solar y luminosa; por tanto, el catolicismo.

LA DOCTRINA DEL MONJE CISTERCIENSE

La vida de San Bernardo siempre se ligó al mundo militar. De ahí que su filosofía nunca estuviera ajena a una apología del sentido heroico del cristianismo y que participara en la elaboración de diversos documentos ligados al Temple; tal y como revelan sus epístolas, el santo se mantuvo siempre en contacto con los miembros de esta organización.

Su padre, Tescelin Sorrel, era un *miles*. Sus cinco hermanos varones decidieron seguir la vía de las armas. San Bernardo dejará esta senda para optar por la vida eclesiástica, hacia 1112.

Cuando se inicia la segunda cruzada (1147-1149), proclamada por Eugenio III, San Bernardo desempeñará un papel activo, que se expresará, entre otros gestos, en la predicación de la cruzada en distintos lugares de Europa: Alemania, Francia, Baviera y Flandes.

Para nuestro personaje, el poder espiritual y el poder temporal pueden y deben reunirse para andar el camino hacia Dios:

«Las dignidades reales y las sacerdotales no pueden ser un lazo de unión más dulce, más bello o más poderoso que el hecho de que ambas se encontraran unidas en la persona del Salvador, el cual deseó nacer en las tribus de Leví y Judá a fin de que Él pudiera ser a la vez nuestro sacerdote y nuestro rey. Además, Él combinó y enlazó esos dos poderes en su cuerpo místico, que es el pueblo cristiano, llamado en consecuencia por el apóstol “raza elegida, sacerdocio real” (1 Pe. 2, 9)».

Además, Bernardo recuerda que todos aquellos que están destinados a la gloria tienen título de «reyes y sacerdotes» (Apoc. 1, 6).

Una de las características especiales del pensamiento de San Bernardo es la valoración de la humildad y de la sencillez. Al renegar de la fastuosidad de lo material, hace de la sencillez una virtud. Su crítica reiterada contra las vestimentas caras, contra la usanza lujosa del sacerdocio, contra el gusto de algunos hombres por el pelo largo y la barba son sólo algunos aspectos de su tendencia hacia la virtuosa humildad. Estas ideas no sólo se encuentran en la *Regla de los Pobres Caballeros de Cristo* o en el *Liber ad milites templi: de laude novae militiae*, también aparecen reflejadas en su abundante correspondencia.

Esta idea del mundo material vinculada a lo espiritual se funda en la primordialidad del contenido frente a lo engañoso de las formas.

Un siglo después, en el ámbito musulmán, Jalaluddin Rumi (1207-1273) demostrará lo universal de esta filosofía, al decir en su poética obra *El Masnavi*:

«No te embriagues con estas copas de las formas,
para no convertirte en un creador y alabador de ídolos.
Ignora estas copas llenas de formas, no te entretengas;
hay vino en las copas, pero no procede de ellas.
Mira al Dador del vino con la boca abierta;
cuando llega Su vino, ¿no es la copa
demasiado pequeña para contenerlo?».

Es célebre la dureza con que el abad trató a sus pares cuando éstos abusaban de su posición. A un sacerdote le dirá: «Noto que crees que los bienes de la Iglesia son tuyos [...]. Aquello que supera a una mesa sencilla y a un traje modesto debe considerarse sacrilegio y robo». En un discurso frente al pueblo, al referirse a los obispos, señalará con ironía: «Míralos cómo van de elegantes, de esplendorosos, envueltos en trapos como una esposa que sale de su tálamo...».

Es importante destacar que San Bernardo jamás abusó de su influencia para adquirir privilegios o bienes, aun siendo una de las personas más estimadas de su tiempo y con

gran preeminencia en materias tales como la teología y la política, o en calidad de mediador o árbitro en determinados litigios.

Recibía tal cantidad de visitas y encargos que casi le era imposible dedicar algún tiempo a la oración. Su sentido del deber le obligaba a socorrer a todo aquel que se lo pedía. Cuando se demoraba en cumplir con una petición, se deshacía en disculpas.

Un último aspecto de la filosofía del monje de Claraval guarda relación con su fervoroso culto a Jesucristo y a la Virgen María. Tan entrañable es este amor, que sus discursos recurren abundantemente a ejemplos en los que se cita los nombres de ambos. San Bernardo fue, además, uno de los principales difusores de la devoción popular a la Virgen. El papa León XIII dirá de él: «San Bernardo, ese tierno amante de la Santa Virgen...» (fig. 6).

Este carácter apologético del amor —véase su estudio acerca del *Cantar de los Cantares*, por ejemplo—, que puede apreciarse en los sermones y escritos del santo, permite relacionar su visión del mundo con las corrientes de mística amorosa que surgen en Europa hacia el siglo XII. Esas corrientes se expresan en las novelas de caballería —adviértase, de paso, que muchas de ellas aluden a los templarios como guardianes del Santo Grial; por ejemplo, el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach—, la poesía provenzal, algunas sociedades secretas como los Fedeli d'Amore (Fieles de Amor), la escuela creada por Leonor de Aquitania y los simbólicos escritos de Dante Alighieri —según las investigaciones de Luigi Valli, el célebre poeta italiano sería un miembro de los Fieles de Amor—. Los conceptos de mujer, amada, amor, virgen, melancolía, flor, y otros, esconden ricas alegorías que revelan una concepción esotérica que hace del amor una vía trascendente.

SOBRE EL SENTIDO ESPIRITUAL DE LA BATALLA

Uno de los simbolismos más interesantes en la doctrina de San Bernardo es el que atañe al concepto de «batalla». En la Edad Media —y tal vez en la actualidad— este simbolismo podía aplicarse a la vida cotidiana y a la vida espiritual. Dado el carácter instructivo de esta simbología, los textos sagrados de todas las religiones están repletos de «luchas». Recordemos sólo dos: el Avesta y la Biblia. La lucha entre Ormuzd y Ahrimán, luz y tinieblas, representa el conflicto que se da en todos los planos de la creación y es el motivo central del Avesta; la pelea entre David y Goliat, incluida en la Biblia, así como todas las grandes batallas referidas en el Antiguo Testamento, son bastante gráficas: no necesariamente son los poderosos quienes triunfan, sino aquellos que siguen a Dios y persiguen un fin noble.

El arquetipo es el guerrero, que representa el sentido activo y viril. Es quien posee la fuerza y la voluntad que ordenan el mundo de los hombres. Su papel en la sociedad

es proteger el Reino en general, pero además y especialmente, a los débiles (ancianos, mujeres y niños), que no pueden valerse por sí mismos frente al fuerte.

La guerra es el lugar donde se enfrentan los miedos, los aspectos negativos del ser, a fin de consolidar la disciplina interna. Toda confusión debe ser aniquilada, pues allí mora la debilidad. La senda espiritual exige lo mejor de uno, el sacrificio constante, incluso la propia vida. No se olvide que para renacer a la dimensión espiritual debemos despojarnos del pasado, de los hábitos y seguridades —es abandonar al padre y a la madre, que enseñan los Evangelios— para seguir a Cristo con toda el alma y para siempre.

Pero antes de ir al campo de batalla es necesaria la preparación. Se debe acudir al combate purificado, a fin de hacer más efectivos los beneficios emanados de la lucha. Y, por cierto, jamás olvidar llevar las armas —aspecto activo; ataque— y el escudo —aspecto pasivo; repliegue— para triunfar. Dentro de las herramientas del combate, la espada —signo de rectitud, intrepidez, virilidad— y el arco y la flecha —signos de altura y rapidez— son algunos de los símbolos más interesantes.

Así como San Agustín establece dos Jerusalén o ciudades de Dios (la celestial y la terrenal), puede decirse que hay dos caballerías. La primera es la caballería terrenal —la *futuwwah* de los musulmanes—. Ella libra las batallas por la fe en nuestro plano de realidad. La segunda es la caballería espiritual. Para acceder a ésta debemos ser partícipes de la caballería terrenal. Los templarios, al igual que los caballeros de los relatos del Grial, se encontraban en tal vía.

LA ‘MILITIA CHRISTI’, CONCEPTO Y FUENTES

Militia Christi (Milicia de Cristo) fue el nombre que San Bernardo dio a los templarios. Con ello, el santo hace patente la finalidad de la Orden, la cual no es otra que la constitución de un brazo armado del Salvador en la Tierra.

Poco a poco los especialistas van abandonando la creencia según la cual los templarios estaban destinados únicamente a la defensa de los peregrinos que se dirigían a Jerusalén. Su labor contenía aspectos que no sólo guardaban relación con una específica forma de Tradición —en este caso, el cristianismo católico—, sino con criterios de Tradición Unánime. En un sentido esotérico, la Tradición Unánime, también llamada Primordial o Perenne, se manifiesta como el conjunto de principios que revelan verdades fundamentales o inmutables emanadas de la Verdad Suprema, y que por ello tienen un profundo carácter sagrado.

El término *Militia Christi*, en voz del monje cisterciense, debe entenderse por tanto en un sentido amplio. De esta manera, los templarios han de considerarse como verdaderos soldados cristianos, es decir, instrumentos de la voluntad divina, la que se

desenvuelve en una lucha dual: interna y externa. Es lo que los musulmanes llaman «la gran guerra santa» y la «pequeña guerra santa» (*al yihad al akbar* y *al yihad al aqghar*). Esta doctrina puede aplicarse perfectamente a ambos monoteísmos, toda vez que nos enseña que el monje-soldado debe dirigir su voluntad de desapego tanto al campo de batalla interior (las sombras del alma) como al teatro de guerra exterior (donde mora el enemigo visible). Las raíces de esta caballería religiosa pueden rastrearse incluso en el Irán zoroastriano, en la literatura *pehlevi* y la más célebre de las obras persas: el *Sha Nameh (Libro de los Reyes)*, obra épica de Firdusi. Así pues, no debe restringirse el concepto de las «dos guerras» a medios islámicos.

Hoy, cuando los actos bélicos han perdido prácticamente todo sentido superior y heroico y el maquinismo ha ido desplazando el valor y la virtud del soldado, no es fácil comprender esa doble dimensión de la tarea militar. Sin embargo, en la Edad Media, el camino de la guerra se consideraba y se apreciaba como profundo sendero espiritual, vía del despertar en la cual se enfrentan la luz y las tinieblas. Basta leer los textos de caballería para comprender que se trataba de una visión donde lo marcial representaba un medio de sabiduría y acercamiento a Dios.

La Orden templaria será la mejor muestra del espíritu medieval en este aspecto, ya que en un solo cuerpo se reunían lo pasivo (sacerdotal) con lo activo (heroísmo). Tal vez éste sea el momento adecuado para aclarar que esta definición es, sin duda, una de las más válidas interpretaciones del célebre sello templario. En efecto: la imagen de dos caballeros montados sobre el mismo corcel no sólo debe entenderse como expresión de camaradería e incluso de pobreza, significados ciertos, pero secundarios. La caballería mística es la unidad entre la cruz y la espada: los dos guerreros sobre el caballo. Los dos primeros son las potestades eclesiástica y militar. El equino, en este caso, es el Verbo de Dios, el Logos primordial, sustancia que es sustento tanto de Iglesia como de Imperio. [Otras interpretaciones simbólicas sugieren que el caballo es la representación de la fuerza irracional: véase capítulo II].

La Orden del Temple perseguía también otros fines. Uno de los más importantes era la unidad de los reinos europeos. El filósofo metapolítico italiano Julius Evola advierte: «En las cruzadas, por primera y última vez en la Europa posromana, se realizó sobre el plan de la acción, a través de un maravilloso impulso y como en una misteriosa repetición del gran movimiento prehistórico del Norte al Sur y del Occidente al Oriente, el ideal de las naciones representado, en paz, por el Imperio». Esto mismo puede aplicarse plenamente a los templarios. El Temple no era una organización «nacional», ni privativa de un sector europeo, sino, por el contrario, admitía a miembros de todos los reinos del Viejo Continente. Su expansión fue notable y los templarios estuvieron presentes tanto en Portugal como en Inglaterra, y en España como en Francia. La cristiandad, como concepto, se hace más visible por las cruzadas y por la labor de los templarios.

Sin embargo, el concepto de *Militia Christi* no ha tenido valoraciones unánimes a lo largo de la Historia y desde distintos sectores eclesiásticos se han planteado las contradicciones que implicaba la teoría de la «violencia en nombre de Dios». Aquellos que, como San Bernardo, pretenden demostrar la necesidad de la fuerza en ciertos casos, fundamentan su filosofía en la Biblia, en la teología, y, por cierto, en la razón natural que permite evaluarla en determinadas condiciones. En las páginas siguientes se presentarán distintos casos que ejemplifican la teoría de la «necesidad de la fuerza». No se trata de aplicar un simple sentido alegórico, y si admitimos una interpretación simbólica de los pasajes, no es para abolir su carácter pragmático y aplicable a las circunstancias históricas.

Por último, y como ya se ha advertido, no se debe creer que el concepto «guerra santa» es exclusivo del islam. Sus fuentes son anteriores al inicio de la predicación de Mahoma. Verónica Undurruga Schüller señala: «Antes incluso de la aparición de Mahoma y de la *yihad*, ya San Agustín y, sobre todo, San Gregorio Magno, tienen argumentos para la proclamación de la guerra santa y la aparición de unos cristianos entregados a la lucha militar en defensa de la fe».

En este punto, cabe considerar tres fuentes:

1) La Biblia. En el Antiguo Testamento ya pueden encontrarse pasajes en los que se igualan vida humana y milicia. Un ejemplo, el Salmo 89, 19: «Nuestro escudo está en las manos del Señor, y nuestro rey está en manos del santo de Israel». Por otra parte, los nombres de Dios también remiten al mundo bélico: «nuestro baluarte», «rey de toda la tierra», «fuerte de Israel o señor de los ejércitos», etcétera.

La idea de *Militia Christi* puede leerse en el Salmo 45, 4-7:

«Cíñete la espada, poderoso, con gloria y honor; anda y cabalga por la causa de la verdad, la piedad y el derecho.

»Haces proezas con armas en la mano: tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden; los enemigos del rey pierden coraje.

»Tu trono, oh Dios, es firme para siempre. Cetro de rectitud es el de tu reinado».

Con frecuencia, Yahvé utiliza la fuerza para cumplir sus designios. Los casos son demasiados para citarlos pormenorizadamente; basten algunos ejemplos: en Isaías 1, 24, Dios dice: «Me desquitaré con mis adversarios, me vengaré de mis enemigos». «Pues la batalla es del Señor» (I Sam. 17,47). Según los teóricos de la «guerra justa», Dios delegará esta facultad en sus vicarios en la Tierra.

El Nuevo Testamento, aunque es menos insistente en la utilización de un lenguaje violento, no se opone al espíritu del Antiguo Testamento. Así, el evangelista San Mateo consigna estas palabras del Mesías: «No crean que vine a traer la paz a esta tierra. No vine a traer la paz, sino la *espada*». (Mateo 10, 34). Cabe aclarar, no obstante, que

estamos ante una parábola y no debe por tanto darse un sentido literal al término «espada», pues ésta simboliza el Verbo, la Palabra de Dios, que obviamente habría de generar separaciones porque no todos la recibirían. «Pues he venido a separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre» (Mateo 10, 35).

Sin embargo, será San Pablo quien mejor mostrará la similitud entre milicia y servicio cristiano. Veamos a continuación algunos ejemplos:

«En cuanto a ti, hijo, que tu fuerza sea la gracia que tienes en Cristo Jesús. Cuanto has aprendido de mí, confirmado por numerosos testigos, confíalo a personas que merezcan confianza y que puedan instruir después a otros. Soporta las dificultades como un buen soldado de Cristo Jesús. El que se alista en el ejército trata de complacer al que lo contrató, y no se inmiscuye en negocios civiles» (2 Tim. 2, 1-4).

«No me obliguéis, cuando esté ante vosotros, a actuar con autoridad, como estoy decidido y como me atreveré a hacerlo con algunos que piensan que actuamos con criterios humanos. Humana es mi condición, pero no lo es mi combate. Nuestras armas no son las humanas, sino que tienen la fuerza de Dios para destruir fortalezas» (2 Cor. 10, 2-4).

En la carta a los Efesios, Pablo ofrece algunas indicaciones sugerentes a propósito de la milicia de Cristo:

«Por lo demás, fortaleceos en el Señor, con su energía y su fuerza. Llevad con vosotros todas las armas de Dios para que puedan resistir las maniobras del Diablo. Pues no nos estamos enfrentando a fuerzas humanas, sino a los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras, los espíritus y fuerzas malas del mundo de arriba. Por eso, poneos la armadura de Dios, para que en el día malo podáis resistir y manteneros en la fila, valiéndoos de todas vuestras armas. Tomad la verdad como cinturón y la justicia como coraza, estad bien calzados, listos para propagar el Evangelio de la paz. Tened siempre en la mano el escudo de la fe, y así podréis atajar las flechas incendiarias del demonio. Por último, usad el casco de la salvación y la espada del Espíritu, o sea, la Palabra de Dios» (Ef. 6, 10-17).

El mismo San Bernardo usará en sus prédicas, como demostración de la utilidad de la coerción, las palabras neotestamentarias: «Han recibido de Dios la misión de llevarte al bien. Y si te portas mal, témelas, pues no tienen las armas sinrazón. También tienen misión de Dios para castigar a los malhechores» (Rom. 13, 4).

La urgencia o deber de los cristianos de instaurar de manera tangible la voz de Cristo en la Tierra, incluso a través de la espada, encuentra fundamento en las palabras

del Mesías: «Id, pues, y enseñad a las naciones; me ha sido dado todo poder en el Cielo y en la Tierra». En efecto, según esta visión tradicional de la fe, nada puede quedar al margen del dominio de Cristo, pues es Él el *Sol Invictus* (Sol Invencible) al cual se referían todas las religiones anteriores al cristianismo.

2) La teología y los usos religiosos. A la sociedad moderna le repugna la manera de concebir la guerra en el medievo. Conceptos como «guerra justa» o *judiciun belli* (juicio bélico) le son del todo extraños, y, en verdad, incomprensibles.

Sin embargo, para indagar seriamente en los fundamentos e intenciones de los antiguos en este punto, como en otros no menos importantes, es necesario dejar de lado las concepciones modernas e intentar analizar las cosas de manera global y sin prejuicios.

Antes que nada, hay que entender que el mundo medieval se basaba en la teocracia —gobierno de Dios—; a partir del Renacimiento, esta visión del mundo cambiará sustancialmente y, entonces, el hombre se yergue como el centro del universo. Es el antropocentrismo, una mentalidad que se ha extendido hasta nuestros días. Por tanto, en la Edad Media el hombre no era la vara que medía todas las cosas; la regla era Dios y por la religión se medía todo. El ser humano debía cumplir con los mandatos de la Iglesia, pues sólo ella tenía la atribución y legitimidad para representar en la Tierra la voluntad divina. La casta sacerdotal ocupaba el vértice superior de la sociedad europea —a pesar de ciertos conflictos entre la clerecía y los emperadores y reyes en algunos momentos—. La concepción medieval no es original y se da en otros lugares, como en la India, donde la casta de los brahmanes (sacerdotes) es la primera en importancia, pues ella recibe la Tradición de manera directa y preferente, incluso antes que los kshatriyas (la casta de reyes y guerreros).

Así las cosas, el representante de la divinidad en la Tierra es el sacerdocio, que a su vez es el único poder que válidamente puede transmitir la *vox Dei* al resto de la comunidad. Por esto no debe extrañarnos que durante la Edad Media fuera usual la injerencia de la Iglesia en materias temporales, como las cuestiones bélicas.

En Europa estuvo muy presente la idea de guerra como *judicium belli*, es decir, juicio bélico. Las partes establecían un acuerdo por el cual se enfrentaban los ejércitos en un determinado campo de batalla. Quien triunfa en el combate es considerado el ejército que defendía la opción justa. Esta concepción era de origen germánico. Aún cuando no se estableciera de manera explícita una doctrina sobre este pensamiento, que estimaba la guerra como un juicio, lo cierto es que los jefes de armas, como la sociedad toda, consideraban que, efectivamente, la verdad y la justicia estaban siempre de parte del vencedor. Se trataba de una manera eficaz de resolver los conflictos.

Entre los detentadores del poder espiritual, será San Ambrosio (340-397) quien legitime la guerra en defensa de la patria contra los no creyentes.

Otro de los sabios de la cristiandad que abordó este tema fue San Agustín (354-

430). En *De civitate Dei (La ciudad de Dios)* ofrece materiales de análisis para la elaboración de una teoría sobre la «guerra justa» (*bellum justus*). A su entender, son justas «las guerras que vengan las injusticias; cuando un pueblo o Estado, al cual debe hacerse la guerra, se ha descuidado en el castigo de los crímenes de los suyos; o en la restitución de lo que ha sido usurpado por medio de las antedichas injusticias».

Esta opinión fue sistematizada en el siglo XVI, cuando la doctrina jurídica *iusnaturalista* católica estableció ciertos requisitos para la admisión de un conflicto internacional —por ejemplo, que la guerra sea declarada a través de la autoridad legítima de un Estado, que se hayan agotado los medios para alcanzar un acuerdo pacífico, etcétera—.

San Gregorio Magno (540-604) declarará la autonomía del poder espiritual respecto del poder temporal y la primacía del Papado frente a toda otra autoridad. La extensión de la conversión será otro de sus méritos. Fue él quien logró convertir a los lombardos y quien apoyó el proceso evangelizador en Inglaterra. A través de estas actividades San Gregorio desarrolló sus ideas en torno al «deber» cristiano de promover la fe entre los paganos.

El papa Gregorio VII (1073-1085), con su reforma, no sólo modifica sustancialmente ciertos errores doctrinales (simonía, nicolaísmo, etcétera) que se estaban conociendo dentro de la Iglesia, sino que incluye puntos clave como la observancia estricta del celibato para los clérigos y prohíbe la investidura por los laicos, prescribiendo enfáticamente que no se alejen de la doctrina eclesiástica. Sobre este último aspecto, cabe señalar que las relaciones entre el papa Gregorio VII y el rey Enrique IV de Alemania (1056-1106) se habían enrarecido a causa de la investidura por parte del monarca de varios obispos de Italia septentrional, contrariando algunos decretos del pontífice. Así, el programa reformista de Gregorio VII supone que la visión de «milicia de Cristo» se extiende a todos los ámbitos de la vida europea, incluyendo a religiosos y laicos en un frente común contra los enemigos internos y externos de la fe. Este papa prometió el perdón de los pecados a todos aquellos que lucharan por el patrimonio eclesiástico. Como señaló el coronel Juan Espinazo García en el I Symposium Internacional sobre el Temple (Soria, 1992), a propósito de la obra de Gregorio VII: «La Iglesia ofrecía a los cristianos una vía de salvación original: combatir a los enemigos del orden cristiano, ya que, hasta entonces, sólo podían redimir sus pecados asociándose al orden monástico».

La coronación de los reyes era una ceremonia en la que también estaba implicado el estamento eclesiástico: el juramento del monarca aseguraba que el Estado se comprometía en la defensa de la Iglesia. Tal garantía obligaba a desempeñar un papel activo frente a los enemigos del cristianismo. El uso de la fuerza, en este caso, no podría considerarse error o pecado, sino, por el contrario, una expresión de la fidelidad a Dios.

Cierta iconología didáctica, referida a verdades doctrinales, puede ayudarnos a esclarecer el papel de la Iglesia en materias de reinado temporal. El mosaico de Letrán (analizado por Pierre Ponsoye) es un buen ejemplo. Dicha imagen muestra a tres personajes: San Pedro, el pontífice y el emperador. Los dos últimos se presentan arrodillados frente al santo, quien sostiene en su regazo las dos llaves: la de oro —representativa de la autoridad espiritual— y la de plata —expresión de la potestad temporal—. Con ello se nos quiere decir que la Iglesia, simbolizada por la imagen de San Pedro, es la fuente de los dos poderes. De ese mosaico pueden extraerse varias enseñanzas. Primero, que los asuntos temporales —y entre ellos la guerra— no deben considerarse como problemas ajenos al Papado. Segundo, que no sólo el sacerdote debe obediencia a Dios, sino también el emperador y, con él, toda la sociedad civil.

Para la mayoría de los autores citados, la guerra necesitaba limitaciones y sólo podía justificarse en cuanto que era un medio para llegar a la paz. Conocido es el pensamiento de San Agustín, quien, debido a su repulsa de la violencia, indica que sólo por motivos muy excepcionales ha de concebirse la posibilidad de una guerra, la cual, para ser legítima, debe ser justa.

San Bernardo reivindicó el postulado de San Agustín: «El cristiano debe convencer y sólo se justifica una guerra defensiva». Es decir, si hay otros medios de persuasión, a fin de lograr la paz, el cristiano no debe evitarlos, sino, por el contrario, insistir en ellos. La guerra entre pueblos cristianos será justa «cuando está en riesgo la unidad de la Iglesia»; y también es justa «contra los judíos, los herejes, los paganos; y ha de evitarse la violencia, ya que la verdad no se impone con la fuerza». La vida del mismo santo dará cuenta de la coherencia de sus ideas. Para él, convencer es lo fundamental. Una prueba de ello es su polémica con Pedro Abelardo, quien, como hemos visto, mantenía postulados errados en materias doctrinales. En el caso en cuestión, San Bernardo, a través de contundentes argumentos, invalidará las tesis de Pedro Abelardo. El poder discursivo del monje de Claraval era tal, que Abelardo no se atrevió a enfrentarse personalmente con él.

3) La tercera fuente que el medievo esgrimió para justificar la guerra era la razón natural, que se consideraba expresión de la sabiduría divina en el hombre. La razón natural permite determinar que, en ciertas situaciones, es factible, e incluso conveniente, la utilización de las armas por los cristianos. Es el caso de la «guerra defensiva».

La conservación de los lugares sacros de la cristiandad, como Jerusalén o Belén, se consideró motivo suficiente para el uso de la fuerza contra aquellos que son calificados de infieles. Por otra parte, la protección de los peregrinos no hace sino añadir justificaciones a la guerra santa de los cristianos: los peregrinos eran hermanos en la fe y cumplían con el venerable deseo interior de conocer los lugares donde Jesús estuvo junto a sus discípulos. Salvaguardar sus vidas era, para los caballeros medievales, un

modo de salvaguardar la cristiandad.

Como se ha indicado, los autores cristianos elaboraron toda una doctrina que especificaba los requisitos propios de una verdadera «guerra justa» (*bellum justus*). El ataque de los musulmanes contra los peregrinos cristianos será la razón práctica que encontrarán los autores para la alabanza de tal teoría.

Matar infieles no era pecado, si se trataba de una lucha religiosa. San Bernardo, en el segundo capítulo de su *Liber ad milites templi*, señala: «Pero los soldados de Cristo con certeza pelean las batallas del Señor, sin temor de cometer pecado por muerte del enemigo, ni por desconfianza de su salvación en caso de sucumbir». Y más adelante: «Así pues, digamos una y más veces que el caballero de Cristo mata con seguridad de conciencia y muere con mayor confianza y seguridad todavía».

Este pensamiento no se agotará con San Bernardo: se perpetúa en la Historia por el carácter totalizador —que no totalitario— de la Iglesia. Un ejemplo de ello es la obra de Pío X, baluarte de la lucha contra la separación de la Iglesia y del Estado, quien criticará duramente el «modernismo» que pretendía crear un mundo aparte de la religión cristiana.

UNA COMUNIDAD DE MONJES-GUERREROS

Una de las principales características de la Orden del Temple fue unir el aspecto marcial con el sacerdotal. De ahí que muchos estudiosos califiquen a los templarios como «monjes-guerreros», resaltando la cualidad monacal en perjuicio de su vertiente heroica; otros, *contrario sensu*, consideran que la faceta militar es la piedra angular del ser templario.

Tales acentuaciones pueden llevarnos a una discusión que jamás será ociosa, pues se refiere nada menos que a la predominancia en nuestro mundo de uno de los poderes: espiritual o temporal. El primero está constituido por la Iglesia o comunidad religiosa, edificada jerárquicamente y con un pontífice. (Esta palabra proviene del latín *pontifex*, y significa ‘constructor de puentes’; es decir, reconoce una cualificación especial en el sumo sacerdote, toda vez que es él quien recibe de Dios el mandato supremo y lo hace extensivo a los demás mortales). El poder temporal recae en aquellos que detentan las armas y/o la facultad de su uso. Mientras el poder espiritual representa la pasividad (el centro inmóvil) y la contemplación, el poder temporal exige la acción. El poder espiritual es facultad esencial del sacerdocio —en el hinduismo, los brahmanes—, y el temporal recae en la realeza —en terminología hinduista, los kshatriyas—, compuesta por príncipes y guerreros. Tal división fue ampliamente estudiada por escritores como René Guénon, que afirma como categoría primordial el sacerdocio.

Sin embargo, no debemos olvidar que la unidad de ambos principios en una sola

persona solía darse en la organización social tradicional antes de que se produjera la división tajante entre sacerdotes y guerreros que hoy conocemos. En todas las culturas antiguas estuvieron reunidos ambos poderes. Por ejemplo, en Egipto e Irán, el jerarca detentaba tanto el poder político como el religioso. El concepto de «Cristo Rey», sustentado y defendido por muchos católicos, también sugiere esa vinculación. Incluso en ciertos personajes míticos, como los Reyes Magos, se advierte con bastante claridad la posibilidad de contener en un ser ambas iniciaciones.

Los templarios retomaron este sentido profundo, haciendo de su Orden una heroica-sacerdotal.

En resumen, los Pobres Caballeros de Cristo (nombre con que se designaba a los templarios en sus primeros años) no eran sólo guerreros; ni tampoco exclusivamente sacerdotes. Por el contrario, unían en sí ambas cualidades. Ésta, sin duda, será una de las causas que, con el paso del tiempo, generará mayores problemas a la Orden, por cuanto el Temple se transformará aceleradamente en un tercer poder, lo que no será bien visto por algunos estratos de la realeza ni por un sector de la Iglesia.

Pierre Ponsoy ha indicado «que sus funciones militares [las del Temple] eran sólo el aspecto exterior y el símbolo de la verdadera Guerra Santa, cuyo fin es la Paz en todos los órdenes, pero, primero, en el orden espiritual» (*El Islam y el Grial*. José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1998; pág. 97). Si no fuera así, sería difícil entender las buenas relaciones que los templarios mantenían con los musulmanes. Recordemos sólo un hecho que demuestra esta afirmación: Malik al-Adil, hermano de Saladino, fue armado caballero por el cristiano Ricardo Corazón de León. Por otra parte, son conocidas las estrechas comunicaciones entre los templarios y los *hasshahsin* (los famosos «asesinos»), una secta musulmana de orientación ismaelí, fundada por Hassan el Sabah; uno de sus miembros fue el polémico «Viejo de la Montaña», Rashid el Din el Sinán.

Las semejanzas entre la caballería cristiana templaria y la caballería musulmana de los «asesinos» son evidentes: de entrada, ambas usan el término de «guardianes de Tierra Santa»; ambas someten a sus miembros a una iniciación espiritual parecida; ambas combinan elementos marciales y sacerdotales; sus emblemas tienen iguales colores; sus grados jerárquicos son equivalentes, etcétera.

Otra orden caballerisca, los drusos, mantuvo relaciones con ambas órdenes; se ha dicho que los drusos habrían ayudado a los templarios después de la derrota en la batalla de San Juan de Acre.

A los ojos del hombre moderno, este tipo de relaciones parecen bastante extrañas, por no decir sospechosas. Para ser exactos, incluso en aquellos años despertaron dudas. Una de las acusaciones que se imputó a los templarios fue la de mantener contactos permanentes con los sarracenos. Tales vínculos se entienden cuando ahondamos en sus fines superiores y, así, comprendemos que ambos grupos protegían

los centros espirituales de la Tradición, y no solamente de las distintas tradiciones particulares. De ahí, además, que tanto templarios como «asesinos» fueran considerados grupos heréticos, toda vez que en ellos latía con más fuerza el espíritu de la Tradición Primordial o *Sophia Perennis* frente al aspecto exotérico o externo de su propia religión.

SAN BERNARDO COMO GUÍA ESPIRITUAL DEL TEMPLE

Uno de los motivos que hicieron de la Orden del Temple algo más que una simple milicia fue la presencia de San Bernardo, quien desde los momentos fundacionales de esta organización contribuyó a la elaboración de un sello espiritual que la caracterizará.

Es ciertamente difícil separar la historia del Temple de la figura de San Bernardo, llamado «doctor Melifluo», y, por tanto, se hace imposible estudiar los elementos de aquella congregación medieval sin comprender el pensamiento del abad cisterciense.

Hacia 1127, el caballero Hugo de Payens regresa a Europa tras su estancia en Jerusalén; llegaba a Francia con la intención de presentar la Orden del Temple en Occidente y conseguir su institucionalización reglada y, para ello, traía recomendaciones del rey Balduino II de Jerusalén. Hugo de Payens había sido uno de los nueve míticos fundadores de la Orden. A partir del año 1128 se celebra el Concilio de Troyes y el día 13 de enero de 1129, día de San Hilario, se aprueban finalmente los estatutos (Regla) de la Orden del Temple. En el Concilio se pretendían estudiar diversos asuntos relacionados especialmente con la Iglesia francesa. Sin embargo, otros autores indican que el motivo de aquella reunión era la ordenación de la hermandad del Temple. Ésta es la opinión del reconocido biógrafo de San Bernardo Ailbe J. Ludy, que señala: «La cuestión principal presentada al Concilio era la que se refería a la nueva Orden militar de los Caballeros Templarios» (*San Bernardo. El siglo XII de la Europa cristiana*. Rialp, Madrid, 1963; pág. 183).

El Concilio fue convocado por el papa Honorio II y San Bernardo desempeñará en aquella ocasión un papel fundamental. Según gran parte de los historiadores, el abad cisterciense fue el promulgador de la Regla de los Pobres Caballeros de Cristo. Actuará como secretario el clérigo Juan Miguel. Al igual que la célebre Regla de San Benito, la de los templarios mantendrá el carácter exigente y rígido de la vida monástica del Císter. A partir de su formalización, el Temple conocerá una expansión sorprendente por toda Europa.

Hacia 1130, San Bernardo redactó el *Liber ad milites Templi. De laude novae militiae*. Se trataba de una declaración de apoyo explícito a los templarios, indicando las virtudes de la nueva forma de milicia. Lo caluroso y efusivo del texto muestra cuán

cercano se hallaba el cisterciense de los templarios, en quienes confiaba para llevar a cabo la gran obra: la constitución de un ejército de Jesucristo en la Tierra.

LA REGLA PRIMITIVA O LATINA

Algunos historiadores creen que la Regla templaria no se redactó en Francia, sino que ya estaba configurada desde los primeros años de la Orden en Jerusalén. Según esta opinión, la Regla fue sistematizada en Oriente y sólo fue ratificada en Europa en el Concilio de Troyes. Otros dicen que San Bernardo la elaboró, y que el clérigo Juan Miguel se ocupó de levantar acta y firmarla como secretario. Finalmente, hay quienes niegan la participación del santo en la Regla Primitiva. Pero esta última postura es insostenible: una atenta lectura de las ordenanzas y de la correspondencia de San Bernardo, así como de su *Liber ad milites Templi*, demuestra la unicidad del mensaje y asegura que se trata del mismo espíritu.

La Regla consta de setenta y dos artículos, y con el paso de los años se realizarán algunas modificaciones. En sus primeras líneas ya se aprecia la nota esencial de los templarios: el desprendimiento de la voluntad personal, para entregarse por entero a Cristo. «Nos dirigimos, en primer lugar, a todos aquellos quienes con discernimiento rechazan su propia voluntad y desean de todo corazón servir a su rey soberano como caballero...». Y un poco después: «Vosotros, los que renunciáis a vuestra voluntad...». Se trata de personas que por su albedrío libre y consciente —«con discernimiento», dice la Regla— entregan sus vidas al Señor de Señores. Nadie los ha obligado. Nadie los remunera por su labor; salvo Dios.

El artículo XLI de la Regla señala:

«Ordenamos por unánime consentimiento que en esta Orden regida por Dios ningún hermano deberá luchar o descansar según su voluntad, sino siguiendo las órdenes del maestro, a quien todos deben someterse, para que sigan las indicaciones de Cristo Jesús, que dijo: “*Non veni facere voluntatem meam, sed ejus que misit me, Patris*”. Que significa: “Yo no vine a hacer mi propia voluntad, sino la voluntad de mi Padre, que me envió».

Según el texto reglamentario, entre las virtudes de un caballero de la Orden destacan: la obediencia, la diligencia y la perseverancia. El papel de la obediencia es fundamental en toda orden religiosa, como se aprecia en la Regla de San Benito, a la cual seguirá en muchos aspectos la de los templarios. Pues la obediencia es el sustento mismo de la institución sacerdotal y militar. Dejar de lado la propia voluntad es un camino obligado para quien desee trascender las tinieblas interiores, pues el «yo»

continuamente crea espejismos. Lo fundamental es la Orden —y su magna misión— y no el individuo; éste no ha de pretender recibir recompensa. Su satisfacción será participar en una fraternidad cuya lucha no es sólo por este mundo, sino por la Jerusalén celestial.

Los sentimientos como la venganza y el odio deben apartarse del alma. San Bernardo señala que, en una guerra justa, como la emprendida por los cruzados, no debe emplearse la violencia sino cuando es la única vía de reparar la justicia divina y defender la religión. Evitar la ostentación es otra de las metas del Temple. Las vestiduras «deberán mantenerse sin riquezas y sin ningún símbolo de orgullo». El Temple no es cualquier ejército: bien al contrario, es la milicia que compondrá algún día la caballería celestial. Negar la individualidad era una meta cotidiana y se expresaba en los más mínimos de los detalles —por ejemplo, en la frugalidad alimenticia—. Perder el miedo, someter el deseo de gloria en este mundo, apagar los malos instintos, servir a Cristo... éstos eran los verdaderos caminos por los cuales los templarios debían transitar.

Todas estas prescripciones revelan que, ante todo, la Orden del Temple es una vía heroico-sacerdotal, por lo cual se diferenciará de otras de su tipo. Tampoco es, como algunos aún creen, una simple vía del guerrero.

‘LIBER AD MILITES TEMPLI. DE LAUDE NOVAE MILITIAE’

San Bernardo de Claraval dejó en su *Liber ad milites Templi. De laude novae militiae* la mejor muestra de su pensamiento respecto a la «vida heroica» y la «vida sacerdotal».

La *Loa a la nueva milicia* fue una petición del fundador de la Orden, Hugo de Payens. No se sabe a ciencia cierta la fecha de redacción; habitualmente se data en el año 1130, pero es posible que sea posterior en algunos años. San Bernardo tardó mucho en responder a las demandas de Hugo de Payens y así lo explica el abad en sus cartas.

El título de esta exhortación hace referencia a términos y expresiones que necesitan una explicación minuciosa. La voz *milites* y las expresiones *milites templi* y *novae militiae* constituyen el centro de la obra del cisterciense.

a) *Milites* puede entenderse en dos sentidos: como sinónimo de combatiente o guerrero, o como trabajo humilde, es decir «servicio». Ambas acepciones son aplicables a los sujetos a quienes se dirigía este tratado: los templarios. (Cfr. Verónica Undurraga: *San Bernardo de Claraval y la Orden Militar de los Caballeros Templarios en el «Liber ad milites Templi. De laude novae militiae»*. Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1998).

En efecto, los templarios son soldados, es decir, hombres destinados al sacrificio de la lucha —la batalla interior y la batalla exterior—; pero, además, son seres que han de cumplir una labor de servicio comunitario, y, que, por tanto, han de hacer de la humildad uno de sus mayores trofeos. No es por nada que la denominada Regla Primitiva de los caballeros templarios insista desde sus comienzos en la renuncia a la voluntad personal: «Vosotros, los que renunciáis a vuestra voluntad...» (Regla, IX).

Desde sus orígenes, los templarios se reconocían como *milites*. Ello se revela en su primera denominación: *Pauperes Milites Templi* (Pobres Soldados del Templo).

b) *Milites Templi*. Esta expresión también admite dos sentidos. Primero, la de guardianes de Tierra Santa. No en vano estaban destinados tanto a proteger a los peregrinos como a la defensa de los Santos Lugares. Algunos autores sugieren que *milites Templi* hace referencia al lugar que ocuparon como «cuartel general» en la recién conquistada ciudad de Jerusalén; al parecer, se asentaron en unas salas o caballerizas situadas en el antiguo emplazamiento del Templo de Salomón. En segundo término, la expresión *milites Templi* parece remitir a su calidad de privilegiados depositarios de medios de influencia espiritual. No es necesario recurrir a extrañas divagaciones para reconocer que la Iglesia dedicó a los templarios una atención preferencial. Los historiadores suelen recordar en este punto que el Concilio de Troyes se organizó, sobre todo, para validar la Orden militar del Temple; también apuntan las numerosas prebendas que se le concedieron a la congregación, como la exención de cargas tributarias, la independencia en su organización económica y legal, etcétera.

c) *Novae militiae*. San Bernardo era consciente de que la Orden del Temple implicaba necesariamente una nueva formación espiritual. En el capítulo primero de su *Liber ad milites*, el abad asegura que un «nuevo género de milicia acaba de nacer en la Tierra...». Esta nueva milicia se ha de caracterizar por el doble combate que ha de librar, «contra la carne y la sangre, y contra los espíritus malignos que pueblan los aires». De ahí que no se trate de una guerra sólo contra hombres, sino contra fuerzas sutiles enemigas de Dios. Se trata de una guerra por Jesucristo y su reinado en la Tierra: ésta es la orden del santo de Claraval. Nueva milicia porque une las *dos espadas* de las cuales suele hablarse en la cosmogonía medieval: es decir, la suma de poder espiritual y poder temporal. San Bernardo pretende implantar el arquetipo del sacerdote-guerrero y quiere que ese modelo nazca con Hugo de Payens, a quien llama «soldado de Cristo».

El nuevo militar deberá caracterizarse por su «paso firme y marcial», y por su valentía. San Bernardo lo dice claramente en el *Liber ad milites Templi*:

«He aquí los hombres fuertes que el Señor ha ido eligiendo desde un confín a otro del mundo, entre los más bravos de Israel para hacerlos soldados de su escolta, a fin de guardar el lecho del verdadero Salomón, o sea, el Santo Sepulcro, en cuyo

derredor los ha puesto para estar alerta como fieles centinelas armados de espada y habilísimos en el arte de la guerra».

Si cae en el frente de batalla, el guerrero será bendito; pues ha luchado por Dios. Su frase, por tanto será ésta: «Ya vivamos, ya muramos, ¡del Señor somos!». Aquel mártir descansará en paz, pues ha regresado al Padre después de cumplir una misión de orden celestial, no humana.

El templario tiene una gran ventaja frente a otros guerreros. Por ello, San Bernardo dice: «¡Oh verdaderamente santa y segura milicia! ¡Libre de aquel doble peligro que con frecuencia suele espantar a los hombres cuando no es Cristo quien los pone en pelea!». Por tanto, la lucha del templario es una guerra «justa». Y ello es así porque se libra por Cristo, y no por meros intereses temporales, por nobles que pudieran ser.

En la organización intelectual de San Bernardo, ser templario es una bendición, pues expresa un deseo divino, al cual deben someterse los hombres. En una carta de San Bernardo a Hugo, conde de Champaña, queda explícita dicha idea: «Si por causa de Dios has pasado de conde a soldado, y de rico a pobre, te felicito, como es justo; y en ti glorifico a Dios, porque sé que este cambio se debe a la diestra del Altísimo».

Al entregarse a Dios, los templarios adquieren una fuerza desconocida: en lugar de sus frágiles voluntades, habita ahora en su alma la voluntad divina. Por ello ya no temen al enemigo y, como prescribe el *Liber ad milites Templi*, se enfrentan en el campo de batalla «sin que, a pesar de su escaso número, se intimiden ante la cruelísima barbarie e ingente muchedumbre de las huestes contrarias. Y es que aprendieron a confiar no en sus propias fuerzas, sino en el poder del Señor Dios de los ejércitos, en quien está la victoria...».

SERGIO FRITZ ROA (*Santiago de Chile*). *Escritor, articulista y conferenciante, especializado en metafísica tradicional y simbolismo hermético, en la línea de Evola, Guénon, Schuon y otros autores. Es director de la revista Bajo los Hielos. Tradición y Poesía Trascendente, miembro del consejo de redacción del Boletín Temple y fundador del Centro de Estudios de Disciplinas Tradicionales. Es autor de la novela El Jardín de Trincheras (Santiago de Chile, 2003) y ha publicado artículos en distintas revistas europeas y americanas (L'Idea, Il Giornale di Pensiero, Quadrimestrale internazionale di studi tradizionali, Lhork, Ciudad de los Césares o Alba). Ha sido ponente en el Primer Encuentro de la América Románica (Palacio La Rioja, Viña del Mar, Chile, 1996) y en la Semana Guenoniana de Buenos Aires, 2004 (Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, Argentina, 2004).*

CAPÍTULO V

La encomienda templaria

JORDI CASTAÑÉ I MESTRES

La Orden del Temple fue un ejemplo de organización, disciplina y eficacia. Se ganó el respeto de sus aliados y el temor de sus enemigos, pero también provocó la envidia de muchos sectores que —se suponía— estaban en su mismo bando.

Aparentemente surgidos de la nada, los Pobres Caballeros de Cristo supieron asumir los objetivos que se proponían con una rapidez envidiable. Aprendieron de amigos y enemigos. Asimilaron las culturas con las que tuvieron contacto, apartándose de la mentalidad inmovilista medieval. También supieron valorar los aspectos positivos de otras culturas, de otras gentes, de otros pueblos.

Buena parte de la imagen del mundo que concebían los templarios está basada precisamente en esa capacidad de asimilación y comprensión de su entorno. Con frecuencia se les ha atribuido el deseo de implantar un modelo político determinado basado en su concepción teocéntrica de la existencia. Ese modelo político, que se instauraría en el mundo bajo la fórmula de un gobierno con principios basados en el ideal sinárquico universal, estaría presidido por el Rey del Mundo. Para ello, el mundo debería configurarse como una sociedad estructurada y preparada para comprenderlo y aceptar su liderazgo como algo beneficioso para toda la Humanidad. Por tanto, el mundo interior templario debía considerarse, desde el principio, un modelo a seguir y una respuesta eficaz para preparar la proclamación del *Rex Mundi*.

Este planteamiento inicial, a medio camino entre la evaluación política y un modelo concreto de cosmogonía religiosa, puede parecer místico y fuera de lugar a la hora de comentar el funcionamiento cotidiano de la Orden; pero no lo es. Precisamente, este primer apunte demuestra que la actuación del Temple se dirigía directamente a la consecución de los objetivos marcados, al igual que hace cualquier empresa moderna. Fijados estos objetivos, los templarios tuvieron que ajustar su vida y su entorno, haciendo prevalecer la eficacia y el aprovechamiento de todos los recursos a su alcance. En definitiva, tuvieron que establecer una estrategia común para toda la Orden.

Para llevar a cabo el estudio de la organización templaria es necesario precisar algunos detalles relativos a la distribución política y económica de la Europa medieval. La mayor parte de los territorios que actualmente forman Europa, Asia y el norte de África se hallaba fragmentada en numerosos reinos. La mayoría de ellos

permanecían enzarzados en continuas disputas. Por un lado, el islam contribuyó a unificar, en parte, el sur y el este del Mediterráneo, y, a su vez, el cristianismo hizo lo propio con la costa norte del *Mare Nostrum* heredado del Imperio Romano. A grandes rasgos, puede decirse que el mundo islámico, enraizado en sus fuentes orientales, se perfiló como una sociedad más culta, sabia e inclinada a los placeres de la vida. Por el contrario, en lo que actualmente llamamos Europa no quedaban nada más que los restos del Imperio Romano, fragmentado en mil pedazos y asolado por las gentes que vinieron del norte —a los que se ha dado en llamar genéricamente «bárbaros»—. La cultura romana, heredera en gran medida de la griega, no había podido mantenerse tras la caída de Roma y el centralismo imperial simplemente se había desvanecido. En cualquier caso, buena parte del legado romano permanecía en las costumbres de algunos pueblos, pero la herencia romana se mezcló con las tradiciones de los pueblos bárbaros y con las nuevas enseñanzas del cristianismo.

Los habitantes de esta Europa desintegrada vivían —o sobrevivían— con la conciencia de pertenecer a la tierra en la que habían nacido. El sistema feudal los hacía siervos del señor o del monasterio de turno, con todo lo que ello comportaba. No eran libres bajo ningún concepto: su hacienda no existía, nada era suyo, incluso su vida estaba en manos del capricho del señor. Las condiciones de vida de la mayoría eran deplorables y se basaban en la pura subsistencia. En gran parte del continente había hambre y miseria. El futuro era incierto.

En este contexto social surgieron las cruzadas. Bajo su mensaje de piadosa guerra para recuperar los Santos Lugares, donde vivió y murió Jesucristo, se ocultaba la necesidad de conquistar tierras y riquezas. La Iglesia romana movió sus hilos y lanzó a la guerra tanto a nobles, con deseos de conquista, como a desesperados, que nada tenían que perder; todos acudieron al llamamiento alentados por la promesa del perdón de Dios y de riquezas sin fin para quienes llegaran a liberar los Santos Lugares.

Después de la primera cruzada —al menos oficialmente— aparece en la historia la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Tras los primeros años de permanencia discreta en Jerusalén —una vez dotados de la Regla que redactó para ellos San Bernardo de Claraval y confirmados por el papa Honorio II en el Concilio de Troyes (1129)—, las donaciones empezaron a producirse con una frecuencia sorprendente. Reyes y nobles pugnaban por dotar a aquellos monjes-soldados de bienes que los ayudaran en su labor.

Es difícil precisar si estas donaciones eran realmente fruto de la fe o de un interés práctico por parte de muchos miembros de la nobleza. Ciertamente, hubo quien realizó, en conciencia, un acto piadoso con su *donatio*, pero muchos poderosos aprovecharon para que aquella milicia se instalase en las zonas fronterizas con el islam —es el caso de la península Ibérica—, colocándolos así como vanguardia defensiva en caso de conflicto.

Concluido el Concilio de Troyes, los templarios asistentes se dispersaron por los reinos cristianos para promocionar la Orden, captando miembros y donaciones. El propio Hugo de Payens, cabeza visible de la Orden en ese momento, que había donado sus posesiones en la Champaña francesa, se dirigió hacia Normandía y se entrevistó con Enrique I, rey de Inglaterra y duque de Normandía. El rey lo invitó a cruzar el estrecho de Calais y las primeras encomiendas empezaron a florecer también en Inglaterra. Por su parte, el resto de caballeros se dirigieron a Flandes, a la Provenza, al Languedoc y a la península Ibérica, encontrando la misma predisposición generosa, tanto en la entrega de propiedades como en el ingreso de nuevos freires.

La rápida adquisición de donaciones y el ingreso de nuevos miembros obligó a la Orden a organizarse en un tiempo muy breve y a fundar conventos un tanto apresuradamente. En muchos casos, la relación con los donantes tenía un carácter doble: el postulante podía donar sus casas y propiedades, y, al mismo tiempo, solicitaba ingresar como freire en la Orden, de por vida o durante algún tiempo. En estos casos solía nombrarse al mismo donante como responsable del lugar que había regalado, hasta que se decidiese qué estatus se asignaba a la donación.

Para organizar el gigantesco entramado que se estaba configurando, la Orden dividió el mundo conocido en provincias, las cuales, en muchos casos, superaban el territorio de los reinos en los que se asentaban. Un claro ejemplo es el de la península Ibérica, que, en aquellos tiempos, se organizó en dos provincias: una de ellas agrupaba la Corona de Aragón y Provenza, y la otra, el resto de la Península, incluido Portugal.

Ante todo, es necesario resaltar que estas donaciones procedían de todas las clases sociales. En los primeros años, los donantes eran reyes y nobles, cuya capacidad económica era naturalmente superior a los miembros de otras clases sociales. Sin embargo, pasados los primeros años, todos los estamentos se hallan representados en los cartularios que recogen las actas de donación.

Las donaciones a la congregación de los Pobres Caballeros de Cristo pueden clasificarse en varios grupos: en primer lugar, las donaciones «interesadas», esto es, las que proporcionaban algún beneficio a los donantes, como los castillos fronterizos o los territorios destinados a la repoblación. Naturalmente, estas donaciones procedían generalmente de reyes y señores feudales.

En segundo lugar pueden señalarse las donaciones de carácter desinteresado. Respondían al deseo real de dotar a la Orden de medios para su noble causa sin esperar nada a cambio. Suelen encontrarse registradas bajo un epígrafe que advierte que fueron donaciones «por caridad», dado que si se declarase que eran regalos que se hacían por admiración o respeto a la Orden, no habrían podido ser aceptadas por el Temple.

El tercer tipo de donaciones se hacía «*pro amore Dei et remissione peccatorum*», es decir, por amor de Dios y la remisión de los pecados. El fundamento de estas

donaciones radicaba en la profunda religiosidad de la época y en el terror al infierno y al purgatorio. Muchas de estas entregas preveían —y así se advierte en el documento redactado a tal efecto— que el donante tomaría hábito templario en el momento de la muerte: así podría ser enterrado como soldado de la Milicia de Cristo y ganar, automáticamente, la misericordia divina. Un caso famoso de este tipo de «autodonación» es el de Ramón Berenguer III, conde de Barcelona y Provenza, que cinco días antes de su muerte (1131) fue investido caballero templario y amortajado como tal. En este caso concreto también se atisba la intención, más bien interesada, de que el Temple interviniera en sus territorios, que aún se hallaban en fase de reconquista.

Otros tipos de donaciones podrían llamarse «mixtas»: una persona o una familia sin muchos recursos, pero con algunas propiedades —una casa, unas pequeñas rentas o un pequeño terreno—, decide donar parte de su propiedad al Temple a cambio de recibir algún dinero y la protección de la Orden. Estas maniobras en muchas ocasiones enmascaran verdaderos préstamos, en los que el resto de la propiedad actúa como aval.

En algún otro caso, un matrimonio sin descendencia deja su patrimonio al Temple y éste, a cambio, toma a su cargo al cónyuge viudo, encargándose de su protección hasta el fin de sus días y administrando sus propiedades con toda diligencia. Este caso era muy habitual, para prevenir que viudas sin descendencia sufrieran algún acoso o engaño por parte de parientes o desaprensivos.

En el mismo sentido, también hay registros de hijos «donados» al Temple. La Orden se encargaba de su educación, sin imponer como condición su ingreso. Simplemente, la decisión final se dejaba a criterio del muchacho, después de unos años de formación en el seno de la Orden. En realidad, es bastante improbable que aquellos jóvenes decidieran no quedarse en el Temple. Recordar la máxima jesuítica puede ser indicativa: «Dame un niño antes de los siete años y será mío para toda la vida». En estos casos, con la renuncia a la patria potestad sobre el infante, las familias solían recibir a cambio algunas tierras de cultivo o una casa.

Por último, un caso bastante habitual era el del *donado*, es decir, el que se entregaba a sí mismo. No se trata del caballero que ingresa en la Orden y aporta una dote. Nos referimos a quien pone su patrimonio a disposición del Temple recibiendo, a cambio, su protección y un buen número de exenciones al nombrar a la Orden su heredera. En esta modalidad cabe distinguir varias fórmulas: un hombre podía «donarse» temporalmente, como penitencia por sus pecados, pero también había quien lo hacía por caridad y voluntad de servicio. También encontramos casos especiales, como los llamados «cofrades», que se distinguían por llevar una vida fuera del convento, es decir, que no residían con la comunidad. Estos últimos configuraban un estado intermedio entre los freires y el personal contratado por la Orden.

Las donaciones siguieron creciendo a buen ritmo durante el siglo XII, pero a partir de 1250 empiezan a descender ostensiblemente. ¿Falta de fe? ¿Pérdida de prestigio de la Orden? No. Simplemente, las sucesivas cruzadas habían empobrecido considerablemente a la nobleza, que era el estamento que más propiedades y bienes podía dedicar a estas obras. La pérdida de Jerusalén hizo declinar el espíritu cruzado y, en general, Europa perdió interés por los Santos Lugares. Las decepciones de las cruzadas siguientes acabaron por desengañar a Occidente.

PRIMERAS ESTRATEGIAS PRÁCTICAS

Aunque abundantes, las propiedades de la Orden del Temple procedentes de donaciones —casas, molinos, terrenos, etcétera— no siempre estaban cercanas entre sí. Una de las primeras estrategias implantadas por la Orden fue la concentración parcelaria. Siempre que les era posible, permutaban, vendían o compraban con la idea de reunir la mayor parte de tierras y posesiones, de tal manera que su cultivo o explotación fueran más prácticos y rentables.

En algunos documentos pueden encontrarse permutas claramente deficitarias, a primera vista, de cara a los intereses económicos del Temple, pero, bien mirado, la mayoría de estos intercambios tiene su justificación: en ocasiones se trataba de conseguir algún enclave especialmente deseado —no necesariamente vinculado a intereses económicos— o lugares que presentaban ventajas sobre algún tipo de producción a la que los antiguos propietarios no habían prestado atención. Un pequeño propietario de ciertas fincas en la falda de una montaña apenas dudaba cuando le ofrecían, por ejemplo, un molino en un pueblo cercano. Seguramente aceptaba el cambio porque consideraba que un molino proporcionaba más ganancias que unos terrenos en los que sólo crecía la hierba. El propietario tal vez no pensaba que aquellos monjes negociantes deseaban sus terrenos, precisamente, porque obtendrían grandes beneficios a largo plazo, utilizándolos como pastizales en la cría de ganado. Los templarios tenían gran necesidad de caballerías, tanto caballos como mulas y todo tipo de animales de carga, para enviarlos a *outremer* —el nombre dado a Tierra Santa en aquellos momentos, «ultramar» (fig. 7)—. El ejército desplegado allí era una máquina que consumía ingentes recursos, tanto humanos como materiales. En consecuencia, esos prados que habían conseguido con la permuta eran sumamente rentables, ya que proporcionaban alimento a sus propias cuadras. En cuanto al molino perdido... eso no representaba ningún problema: probablemente tenían otros en las cercanías y, con toda seguridad, los templarios habrían incluido en el trato alguna cláusula que les asegurara un porcentaje de los beneficios de la actividad molinera. Desde luego, no eran negocios sencillos: a veces se establecía un complemento para la

Orden o se ajustaban cesiones anteriores mediante diezmos u otro tipo de compensaciones.

Además de esta estrategia de concentración de las propiedades, los templarios también supieron establecer un uso racional de las mismas. Implantaron regadíos al estilo oriental. Donde no los había, construían acequias y molinos. Talaron bosques de forma controlada, desecaron pantanos convirtiéndolos en zonas cultivables y construyeron presas donde hizo falta, para alimentar molinos y regadíos. Buscaron las mejores plantas para cada tipo de suelo, importaron, incluso, otros cultivos prácticamente desconocidos en la tierra de los *francos* —que es como llamaban de forma genérica a las gentes procedentes de Europa—. Supieron, en fin, establecer un aprovechamiento óptimo y equilibrado que hasta entonces no se había visto en esta parte del mundo. Este modo de actuación se extendió también a quienes quedaban bajo su señorío. Recuérdese, una vez más, que los pobladores de los lugares entregados formaban parte de la propiedad. Podían ser gentes nacidas en aquellos territorios y, por tanto, eran parte del feudo; pero los antiguos propietarios también podían haber quedado bajo la supervisión de los templarios.

Este último caso era bastante habitual en la Península: cuando se conquistaban nuevas tierras, una parte podía quedar en manos del Temple —por donación o por otras razones— y las propiedades recién adquiridas incluían a sus pobladores, que casi siempre eran labradores y artesanos musulmanes. Contra la costumbre de la época, los templarios no se deshacían de estas gentes. Les dejaban trabajar sus antiguas propiedades a cambio de un alquiler, un porcentaje u otra contraprestación. ¿Quién conocía mejor aquellos campos, sino el que había nacido allí y llevaba media vida cultivándolos? ¿De quién, si no, aprendieron la construcción de acequias y molinos? Los templarios supieron apreciar las ventajas del sistema musulmán de trabajar la tierra, que había convertido el sur de la Península en un vergel, y se apresuraron a trasladarlo al resto de sus propiedades en cualquier otro lugar de Europa.

La riqueza del Temple no sólo procedía de las propiedades agropecuarias. Es sabido que su modo de entender la economía se extendió a otros ámbitos y que su peculiar sistema financiero representó una verdadera revolución en la Europa medieval.

Los templarios tenían fama de honrados y eficientes. Por esta razón eran depositarios de patrimonios ajenos y se les encomendaba su custodia y aprovechamiento. Muchas gentes que partían en peregrinación sólo confiaban en ellos para que administrasen sus haciendas durante la ausencia. Los peregrinos procuraban viajar con poco dinero en metálico: era un modo de evitar el peligro que representaban los bandidos y ladrones que infestaban los caminos. Así que los fieles decididos a llegar a Jerusalén, a Roma o a cualquier otro lugar dejaban su depósito monetario en manos de los monjes de una encomienda del Temple; éstos le entregaban una carta de

pago, de modo que podían recuperarlo en el lugar de destino, o en cualquier encomienda del camino, a medida que lo necesitaran. Sólo con presentar la carta de pago en cualquier casa de la Orden, les era reembolsada la cantidad solicitada. Estas cartas estaban codificadas de tal manera que sólo un miembro acreditado de la Orden sabía leer su contenido. Así, cada vez que se efectuaba un reembolso, el «freire tesorero» procedía a anotar el estado de cuentas del cliente. En definitiva: era el mismo procedimiento que en la actualidad utilizan los bancos con sus cajeros automáticos. (Pero aquellas cartas de pago tenían aún más ventajas, ya que podían contener información de otro tipo, que conviniera al peregrino o a los templarios). Un aspecto muy interesante de este modelo templario era el conocimiento preciso de la ruta que seguían los peregrinos. Con una carta, entregada en el punto de partida y que llegase al final del camino, se podría reconstruir toda la historia del viaje y, además, en cada parada, podrían añadirse notas o avisos muy útiles para los monjes de las siguientes encomiendas del camino.

Por otra parte, los peregrinos preferían viajar en naves templarias, en su viaje de ida y vuelta, ya que éstos ofrecían mayores garantías. Al menos, bajo el amparo del Temple, sabían que nada tenían que temer. A diferencia de los marinos genoveses, el Temple no vendía a sus pasajeros en cualquier puerto del norte de África como esclavos a la menor ocasión. (Los marinos italianos podían hacer cualquier trato con los musulmanes si les parecía que sus viajeros habían pagado poco dinero por la travesía).

Algunas de las donaciones o cesiones eran de especial importancia: por ejemplo, la encomienda de Palau Solità-Barcelona, tenía por concesión real el derecho del control de la acuñación de moneda. Dicha prebenda reportó entre febrero de 1208 y noviembre de 1211 la cantidad de ocho mil *sous* —el *sou* era una moneda de plata fina que pesaba una vigésima parte de libra—.

Otro de los campos donde los templarios se emplearon a fondo fue en la especulación urbanística. Los mejores ejemplos los podemos hallar en Barcelona —junto al lugar donde estuvo la encomienda, entre las calles Ample y Avinyó— y en Perpiñán —en el actual barrio de Sant Mateu—. Estas urbanizaciones abarcaron barrios completos, alejados del caos arquitectónico habitual en la Edad Media. Modelaron calles más anchas, rectilíneas y saludables, y procuraron diseñar los emplazamientos para evitar la propagación de incendios o epidemias. Al urbanizar estas calles, construían los edificios de tal manera que las plantas bajas se dedicaban al alquiler para la instalación de comercios. Esta práctica, muy habitual en la actualidad, fue una innovación en aquellos años.

Tal y como quedó apuntado, los templarios recibieron castillos en propiedad en territorios fronterizos; quienes se los entregaban esperaban que los ocuparan y formaran así una línea defensiva frente a los musulmanes del sur peninsular. Conforme

fue adelantando la reconquista, estos castillos perdieron gran parte de su función como puestos avanzados y, por esta razón, puede observarse que ciertas poblaciones, antiguas encomiendas, fueron adaptándose a los nuevos tiempos y se convirtieron en encomiendas agropecuarias, de acuerdo con la previsión práctica de los administradores templarios.

Un caso claro y bien estudiado es la población barcelonesa de Puig-reig. Sobre el casco antiguo existe un grupo de casas que se asientan, en gran parte, aprovechando los muros del antiguo castillo. En los muros de los sótanos y plantas bajas de alguna de ellas, aún hoy, puede verse la simbología templaria. Este castillo fue, en su momento, el espacio central de la encomienda, pero con los años, se construyó fuera del pueblo la casa conocida actualmente como Can Periques, junto al puente del mismo nombre. Emplazada en una elevación del terreno, frente a la población, dicha casa conserva sus murallas, con sus ventanas saeteras, y se levanta sobre el paisaje que sus propietarios administraron durante muchos años. Actualmente sigue siendo una explotación agrícola, aunque menos extensa que antaño. Río abajo, pasado el puente, aún quedan restos del lugar donde la fuerza fluvial hacía rodar los molinos templarios.

ENCOMIENDAS, PRECEPTORÍAS Y CASAS

El caso de Puig-reig es el de una encomienda típica, que evolucionó en sus funciones con el correr de los años. Pero debe entenderse que había sustanciales diferencias entre un establecimiento de la Orden dedicado a la producción de riqueza y otro de carácter puramente militar.

De acuerdo con la norma templaria de reagrupamiento de recursos, la distribución que impusieron a sus propiedades parece bastante lógica. La *bailía* englobaba varias encomiendas, pero esa institución administrativa no tenía por qué tener recursos de producción propios. Bajo el nombre de *encomiendas* se encontraban aquellas agrupaciones que reunían suficientes recursos para poder subsistir y entregar a la casa madre de París, a través de la bailía correspondiente, los beneficios estipulados para financiar la Orden en Tierra Santa. Cuando una encomienda no era lo suficientemente rica para autogobernarse y, por tanto, formaba parte de una agrupación superior, aunque tuviera un responsable directo, se las solía llamar *preceptorías* o *subencomiendas*. Las llamadas *casas* de la Orden solían ser propiedades aisladas o únicas en su zona y siempre dependían de la encomienda o preceptoría más próxima. Estas casas templarias podían dedicarse a distintas actividades, como casas de reposo, molinos, granjas porcinas o explotaciones apícolas.

Las denominaciones utilizadas para designar esta organización jerárquica —bailías, encomiendas, preceptorías y casas— no era inamovible: los documentos conservados

prueban que se empleaban distintos nombres para referirse a un mismo lugar. Las grafías y los idiomas utilizados eran variables y, a menudo, dependían de la terminología de un escribano particular. También podían cambiar de estatus a lo largo del tiempo: dependiendo de su actividad o importancia, se catalogaban como preceptorías durante unos años y, después, podían pasar a ser encomiendas, o a la inversa. Todo dependía de la utilización que en cada momento se determinara para cada propiedad. Los trabajos de los distintos historiadores tampoco son muy fiables en este punto: la designación de los emplazamientos templarios difiere de un autor a otro, y lo mismo ocurre con la relación de los cargos dentro de la Orden.

La encomienda, en sí misma, estaba formada por dos núcleos bien diferenciados. Por un lado, la parte conventual, donde residía la comunidad de freires y, por otro, el patrimonio que formaban tierras, casas, molinos, rebaños y otras propiedades. La encomienda se encontraba siempre bajo el control de un comendador.

CARGOS Y OBLIGACIONES

(En este apartado se sigue fundamentalmente la *Historia general de la militar y religiosa Orden de los caballeros del Temple*, de Mateo Bruguera, publicada en 1889).

El maestre «ultramarino» —que residía en Jerusalén— o gran maestre era la autoridad máxima dentro de la Orden: era el portador de la primera llave del tesoro. Su distintivo era el *abacus* —un gran bastón con un pomo blanco en el extremo superior, en el que se inscribía un círculo con la cruz paté en su interior—. En el refectorio se le servían cuatro raciones de comida que repartía después entre los hermanos que estuvieran realizando alguna penitencia. Su autoridad era indiscutible, pero, así y todo, debía someter al capítulo cualquier decisión que supusiera un desembolso superior a mil libras. En realidad, el maestre sólo actuaba directa y personalmente en casos de destituciones o nombramientos; y estas sanciones afectaban incluso a los maestros provinciales, si el caso fuera lo bastante grave para proceder así. El calificativo de gran maestre no suele aparecer en los documentos originales como tal; muchas veces simplemente se le nombra como «maestre». Este título de gran maestre es de uso posterior y se debe a algunos autores que pretendían distinguir al «maestre general» de los «maestros provinciales». Mateo Bruguera dice textualmente: «La primera dignidad era la de Gran Maestre, llamado Ultramarino por residir ordinariamente en Palestina; su categoría era considerada como príncipe entre los soberanos, y en los Concilios su asiento estaba señalado después de los Obispos con preferencia a los embajadores de las potencias...».

Pedro Rodríguez Campomanes, gran estudioso del Temple, llamaba simplemente «maestre ultramarino» al máximo cargo templario y «maestros» al resto de dignatarios.

(En *Dissertaciones históricas del Orden y cavallería de los templarios*, 1747).

Durante los primeros años no era requisito imprescindible ser de origen noble para ingresar como caballero en la Orden. Fue más adelante cuando se decidió establecer dos categorías —caballeros y sargentos— en razón de su origen social. Los caballeros eran de origen noble y los sargentos procedían de estratos sociales inferiores. Las vestiduras blancas se reservaban solamente para los caballeros; el resto del personal de la Orden usaba ropajes pardos o negros con la cruz roja bordada en ellos.

Es necesario advertir que había distintas clases de caballeros templarios. Únicamente el freire, el que profesaba al ingresar en la Orden, era el auténtico monje-soldado. Tenía que proceder de familia noble y ser cristiano viejo (no converso); ser diestro en el manejo de las armas; no haber pertenecido a ninguna otra congregación religiosa y no estar unido por matrimonio o haber dado promesa de él. El otro tipo de caballero se caracterizaba por el hecho de profesar temporalmente, es decir, se unía a la Orden sólo durante un período de tiempo determinado. Se le requerían las mismas dotes y obligaciones que a los demás: debía mantener su castidad durante el período de permanencia en la Orden; al ingresar, compraban las armas y el caballo a la Casa y cuando cumplían su cometido y abandonaban la Orden, recibían la mitad del dinero entregado. Estos dos modos de profesar como templario daban derecho al hábito blanco con la cruz bermeja cosida a él, así como al manto blanco, símbolo de pureza, con que se cubrían. El tercer tipo de caballero era el denominado de la Orden Tercera. Éstos ingresaban dejando en herencia todos sus bienes al Temple. Podían estar casados o casarse, si contaban con el permiso del comendador. Si optaban por el matrimonio, debían pernoctar fuera de la Casa. Tan sólo les estaba vedado el uso del manto blanco, dado su significado (castidad y pureza).

Merece destacarse un rasgo especial de la Orden templaria: propiciaba la cultura entre sus miembros. Aunque lo normal en la época era que un caballero no supiese leer ni escribir, se procuraba que quienes tuvieran estos conocimientos enseñasen a los demás. Este interés por la instrucción no se ceñía sólo a los caballeros, también se extendía al resto de hermanos y sirvientes. Sólo tenían permitido solazarse con dos juegos: el alquerque —que es un antecesor del juego de damas— y el tres en raya. Usaban estos juegos para intercalar preguntas antes de realizar cada movimiento, si el contrario no conocía la respuesta, no podía avanzar.

El comendador era designado por el maestre provincial durante la celebración de alguno de los capítulos y el cargo podía recaer tanto en caballeros como en sargentos, aunque a estos últimos se les solían asignar encomiendas de menor entidad. Respecto al nombre de comendador cabe señalar —al igual que ocurre con los nombres de los distintos tipos de establecimiento— que algunos documentos utilizan la designación de *preceptor* o *dispensator*. Estos cargos solían ser de corta duración, aunque hay casos que parecen demostrar todo lo contrario. Muchos freires rotaban de una encomienda a

otra en períodos de dos, tres o, a lo sumo, cuatro años.

Los capítulos eran las reuniones que la Orden celebraba periódicamente y servían para tomar decisiones relativas a distintos asuntos, como la compraventa, acusaciones, confesiones y castigos a las violaciones de la Regla; además, en estas reuniones capitulares se publicaban los nuevos nombramientos. El capítulo podía ser de carácter provincial o general, es decir, de una de las demarcaciones territoriales en que se dividió administrativamente el Temple o de la totalidad de ellas.

La tarea del comendador era compleja, pues debía supervisar el cumplimiento de la Regla en todo el ámbito de su encomienda, impartir justicia y aplicar penas y castigos tanto a los freires como a la población a su cargo, hacer valer los derechos que tuviera la Orden en el territorio de su influencia y velar por sus gentes. Como administrador, el comendador debía optimizar los recursos y remitir regularmente las cuotas asignadas a la casa central de la Orden en París.

Existía la figura del «gran comendador», que podría caracterizarse como la mano derecha del gran maestro, junto con su lugarteniente o vicemaestre. Esta figura se ocupaba de todo lo referente a la flota, los víveres y el tesoro del Temple. Era el guardián de la segunda llave del tesoro. (Estos dos cargos —gran comendador y vicemaestre— sólo aparecen en el trabajo de Mateo Bruguera. El resto de autores no hace mención alguna de ellos, asignando las funciones del vicemaestre al senescal y al mariscal).

Una figura paralela a la del gran comendador era la del mariscal. Éste asumía el mando en tiempo de guerra. Todo quedaba bajo sus órdenes directas. Armas y pertrechos estaban bajo su control, al igual que todas las tropas y las caballerías. Salvo en caso de extrema urgencia, no podía comprar nada sin autorización del maestro. Tan sólo el maestro estaba por encima de él en cuanto a autoridad. A la hora de la batalla, el mariscal no podía dar la señal de ataque sin permiso del maestro, si éste se hallaba presente; sólo tenía potestad para soslayar esta obligación en caso de peligro inminente.

El tesorero era también conocido con el nombre de senescal. (Otros autores utilizan la denominación de gran preceptor o *comtur* para referirse al tesorero). Realmente, el tesorero era el segundo en el orden de mando y representaba al maestro en su ausencia. Sólo en tiempo de guerra el mariscal asumía más poderes en el escalafón. Por el tesorero pasaba todo el dinero de la Orden. Tenía la tercera llave del tesoro. Los suministros, en tiempo de paz, estaban bajo su supervisión. Debía encargarse de que se repartiera todo lo necesario de forma equitativa. En el caso de que algún hermano concreto recibiera algún regalo, el presente también debía ir a parar a sus manos y él se encargaba de valorar el uso que se le daría en beneficio de toda la comunidad.

El drapero o *drapier* era el encargado del vestuario. Se encargaba de asegurar la uniformidad a todos los hermanos, aprovechar la ropa usada y reponerla en caso de

que no fuera aprovechable. En este último caso, se repartía entre los pobres. El vestuario proporcionado a cada hermano consistía en: dos camisas, dos calzones, un sayón, dos pares de calzas, una pelliza forrada de piel de oveja o cordero, dos mantos (uno de invierno y otro de verano), una túnica, un cinturón y dos bonetes. Se complementaba el vestuario con los utensilios necesarios, tales como cuchara, dos copas, navaja y cuchillo de mesa, un caldero y un cuenco para la cebada de la cabalgadura; tres pares de alforjas junto con una toalla, un jergón y dos mantas completaban el ajuar del templario. En cuanto a armamento y protección personal, cada uno recibía su loriga, un casco con nasal y un yelmo, calzas de hierro, espada y puñal, lanza, escudo triangular, una sobrevesta y la gualdrapa para el caballo.

El visitador general era responsable de todas las casas de la Orden, conventos, residencias y granjas. Viajaba de una a otra inspeccionando, impartiendo justicia en los casos que se le presentaban y haciendo cumplir la Regla. (Las principales faltas, consideradas graves, eran la herejía, la cobardía, el hurto, el asesinato de un cristiano, la sodomía, la simonía y revelar lo hablado en el secreto de los capítulos. Las penas dependían de numerosos factores y abarcaban desde la penitencia corporal hasta la expulsión de la Orden. La expulsión se conocía como «pérdida de la Casa». También era un gran castigo la pérdida del hábito, de forma temporal o definitiva).

Existían otros cargos: el castellano era el gobernador de cada uno de los castillos; el capillero se responsabilizaba de todo lo necesario para los oficios divinos en campaña, y el *turcoplier* era el comandante de los turcoples —los turcoples o «turcópoles» eran la caballería ligera formada por tropas reclutadas entre cristianos sirios de madre griega y padre turco generalmente—.

El gonfalonero tenía bajo su responsabilidad a los armígeros y a los fámulos. Éstas eran las dos categorías de hermanos sirvientes que existían dentro de la Orden. Los fámulos se encargaban de las labores de economía doméstica e industrial, bajo la supervisión de los maestros de oficio, que desarrollaban su especialidad en la cocina, en la herrería o en otros departamentos. En realidad, esta categoría englobaba gran variedad de artes y oficios, desde toneleros hasta astrólogos y desde médicos hasta mozos de cuadra. En cambio, los armígeros eran tropa combatiente, pajes y escuderos, y como tales, estaban al lado de los caballeros y sargentos a la hora del combate. Algunos armígeros tenían voz y voto en las reuniones y colaboraban en la explotación de las encomiendas en tiempos de paz. Procedían, muchos de ellos, de otros ejércitos y entraban en la milicia como mercenarios, aunque la Orden prefirió siempre que esta clase de oficios se nutriera de los hijos «donados» a la Casa —aquellos que, como se ha comentado, eran «donados» por sus familiares y, llegado el momento, decidían seguir en el Temple—. Éstos eran los que, posteriormente, tenían voz y voto en las asambleas, no los escuderos profesionales.

UN DÍA CUALQUIERA

La rutina diaria de la vida templaria poco se diferenciaba de la de cualquier orden monástica. El cumplimiento de las horas canónicas y sus oraciones era prácticamente la misma. Pero algunas diferencias, por otra parte lógicas, llaman la atención. Por ejemplo, los freires del Temple acudían a los rezos debidamente uniformados y, en caso de hallarse en zona de guerra, armados y a punto para responder a cualquier alarma. Tan sólo se disculpaba alguna relajación en los rezos de las horas nocturnas intermedias y exclusivamente si no había peligro de algún ataque. De hecho, en ese caso, dormían vestidos y con las armas al lado. En todo caso, era obligatorio vestir el manto blanco abrochado, aunque debajo sólo llevasen la camisa y las calzas.

¿Cómo era una jornada cualquiera en una encomienda templaria? Situémonos en una encomienda castellana, pero en una zona sin amenazas bélicas. Es decir, en un castillo que, pese a haber perdido su condición puramente guerrera, no ha pasado a ser una simple encomienda agrícola. Por sus características, es el centro administrativo de su territorio y, además, lugar de entrenamiento de la milicia templaria.

La jornada monástica empieza con la oración de maitines, hacia las cuatro de la madrugada en invierno y las dos en verano; suena la campana que llama al primer rezo del día. Acuden a la capilla y, en comunidad, hacen las plegarias propias de maitines: deben rezar trece padrenuestros, aunque la Regla recomienda que sean el doble: trece por la Santísima Virgen y trece más por el santo del día. Seguidamente, regresan a descansar nuevamente, pero no sin antes asegurarse de que sus caballos están bien y nada les falta. Si es necesario, deben ordenar a sus sirvientes que hagan o reparen lo necesario, siempre sin alzar la voz y con suavidad. Después, volverán a sus aposentos para descansar, rezando antes un padrenuestro por si hubieran faltado en algo que pudiera ofender al Señor.

Antes de las siete de la mañana deberán estar en pie, pues a esa hora se llamará a prima. Prima es el rezo que antecede a la misa conventual. Después de ésta, los hermanos deben acudir a sus deberes, es decir, quienes ejerzan oficios o deban supervisar a los artesanos irán a los talleres y almacenes; el resto se ocupará de comprobar que sus armas y caballerías se hallan en perfecto estado. Todo esto podrá hacerse siempre y cuando no tengan alguna orden concreta por parte de sus superiores o deban ejecutar cualquier otra tarea, como realizar prácticas o recibir instrucción militar.

Todos los hermanos se sentarán a la mesa juntos y, del mismo modo, al acabar su colación, abandonarán el refectorio a un tiempo, y nunca antes de que lo haga el comendador. A un templario sólo se le permite abandonar la mesa si le sangra la nariz, si se declara algún incendio en la casa o si se llama a las armas. El primer turno de la

comida es el de los hermanos caballeros; el segundo, el de los hermanos sargentos. Dependiendo del número de integrantes de la comunidad, se podrán establecer otras tandas. Todos estos turnos para la comida se llaman «sentadas.» El comendador asiste a la primera de ellas.

En las largas mesas que acogen la «sentada» se reservan los lugares de espaldas a la pared a los hermanos de más edad y, después de ellos, quienes antes lleguen al refectorio. El lugar central lo preside el comendador de la casa. Aunque él ya se halle presente, hay que esperar a que el capellán esté en su lugar correspondiente y proceda a dar la bendición. Los hermanos esperan de pie y seguidamente rezan un padrenuestro, después de lo cual, toman asiento.

Cada hermano tiene su escudilla, cuchillo, copa, cuchara —el tenedor aún no se ha inventado— y su ración de pan. Todo ello dispuesto sobre manteles, generalmente, de color blanco. Tan sólo el Viernes Santo la mesa se presenta desnuda y sólo se consume pan y agua. La Regla recuerda la necesidad de que en ese día la mesa se limpie a fondo antes de dejar el pan sobre ella.

Un hermano toma asiento en el púlpito y procede a leer las Sagradas Escrituras, preferiblemente, el Evangelio de San Juan. En la última de las sentadas no se procede ya a la lectura.

Los hermanos comen en silencio y con moderación las frugales viandas. Sólo cortarían el trozo de alimento que vayan a consumir, sea verduras, carne o queso. Deben manipular los alimentos con pulcritud, ya que las sobras se entregarán a los pobres y, por caridad, deben ser generosas y no deben dar la sensación de estar manoseadas. Usan un código de señales manuales para dirigirse a los sirvientes y pedir lo que precisen. Este lenguaje por señas también les es muy útil a la hora de la batalla o al salir de expedición, cuando el silencio es necesario o el ruido imposibilita la comunicación verbal. El menú templario depende del día y combina distintos productos: pescados, carnes y verduras. Se sirven tres platos. Si un hermano pide comer carne de vacuno, no puede pedir además cordero. Las carnes se sirven acompañadas de legumbres. Los viernes se ayuna, y sólo se sirve potaje o verduras. No hay jarras o recipientes en las mesas. Los sirvientes acuden a la llamada de los hermanos con agua, vino templado o aguado; de igual manera proceden con las bandejas de las viandas. La comida transcurre en silencio: sólo el lenguaje de los signos permite la comunicación. La lectura de la Biblia es lo más importante en ese momento.

La carne, que sólo se sirve tres veces por semana, es diaria en la enfermería, excepto los viernes. De todas formas, en el hospital sólo se consume carne de ave, con verduras y pescado; para los enfermos no hay carnes rojas o de otro tipo, y tampoco entran en el hospital ni las habas ni las lentejas. Cualquier especialista en nutrición aprobaría la dieta templaria, sin grasas superfluas pero lo suficientemente energética

para el tipo de vida que llevan los hermanos guerreros.

Al finalizar la comida y a la señal del comendador, todos los hermanos abandonan por parejas el refectorio y se dirigen a la capilla para dar gracias por el sustento recibido.

Después llega el tiempo de estudio, el entrenamiento u otras actividades particulares encomendadas a cada hermano. Los trabajos sólo se interrumpen para acudir a los servicios religiosos, cada dos horas. A las dos de la tarde, nonas, y a las cuatro, vísperas. Después de vísperas, se cena, en el mismo lugar y en las mismas condiciones de la comida. En algunas encomiendas suele combinarse la lectura de la Biblia con la de la Regla de la Orden.

Cerca de las siete de la tarde se procede al rezo de completas y, a las ocho, la comunidad se retira a descansar hasta que, nuevamente, maitines llame al inicio de una nueva jornada.

‘OUTREMER’ Y EL ‘MARE NOSTRUM’

Evidentemente, lo referido hasta este punto tiene carácter general y debe entenderse que sólo se podría aplicar a una encomienda modelo. Hay que insistir, una vez más, en el hecho de que las encomiendas occidentales eran las proveedoras de recursos y las orientales —situadas en Siria y Palestina— eran las beneficiarias de estos esfuerzos. En Francia, Inglaterra, España, Italia, Portugal y Alemania hubo presencia templaria. En Francia, por ejemplo, se contabilizan alrededor de seiscientas encomiendas hasta el año 1150 y en España se han documentado más de quinientos cincuenta emplazamientos de la Orden. Se calcula que cada encomienda poseía o administraba un promedio de diez casas, molinos, campos, aldeas y granjas. Algunas de estas posesiones se cedían en calidad de arrendamientos, especialmente si se encontraban alejadas del resto de propiedades o no resultaba práctica su explotación directa.

En Tierra Santa la situación era bien distinta. Los recursos de la zona no eran suficientes para mantener siquiera los castillos más pequeños. Además de los ingresos derivados de las propiedades en Siria y Palestina, una importante fuente de recursos económicos procedía de las tasas que tenían derecho a cobrar en Jerusalén, y que abarcaban hasta sesenta y un conceptos, tales como la venta de seda, pimienta, aceite, clavo, lino, nuez moscada, barnices, alumbre de roca, lana, azúcar, ébano, pescado salado, vinos, azafrán, etcétera.

En *outramer*, las encomiendas eran puramente militares en la práctica. Se contabilizan dieciocho grandes fortalezas, con una red intermedia de castillos y casas de la Orden que cubrían gran parte del territorio. Desde las fortalezas se controlaban los pasos de montaña y las rutas principales. Nombres como La Feve, Chaco, Pelerín,

Natron, Tortosa, Castell-Blanch, Gaza, Aryma, Port-Bonell, Trepessac y algunos más conocidos, como Tiro, San Juan de Acre y el propio Templo de Salomón en Jerusalén, han quedado para siempre unidos al nombre del Temple. La mayoría de estos emplazamientos eran fortalezas musulmanas remodeladas por los templarios. Aprovechando el sabio diseño de sus anteriores propietarios, los maestros arquitectos de la Orden reforzaron sus muros con torres cuadradas y fosos profundos.

La vida en aquellas encomiendas y plazas fuertes se regía según la Regla, como cualquier otra casa del Temple, pero con una gran diferencia: el estado de alerta militar era constante.

Para mantener el cordón umbilical que alimentaba la continua cruzada oriental, tuvo que establecerse una conexión fuerte y segura. Recuérdese que Oriente engullía grandes sumas de dinero y que verdaderas fortunas, en todas las formas imaginables, viajaban de un extremo al otro del Mediterráneo.

Un texto citado por el historiador Malcolm Barber proporciona una idea bastante ajustada de los costes de mantenimiento de una de las fortalezas orientales:

«Así pues, en honor de Jesucristo Nuestro Señor y para mostrar el devoto esfuerzo e inmensa necesidad de los santos religiosos y caballeros del Temple y para incitar a la devoción y a la compasión y a la caridad de los creyentes cristianos hacia la mencionada Orden y el dicho castillo, informamos sobre los gastos que soporta la Casa del Temple por estos edificios. Pues nos informamos e hicimos que nos informasen diligentemente los magnates y dirigentes de la Casa del Temple, y en los dos primeros años y medio, la Casa del Temple gastó en la construcción del castillo de Sáfad, muy por encima de los beneficios e ingresos de dicho castillo, 1.100.000 besantes sarracenos, y los años siguientes unos 40.000 besantes sarracenos. En los gastos diarios de vitualla y víveres a 1.700 personas o más, y en tiempos de guerra, a 2.200. Como personal del castillo se necesita a diario disponer de 50 caballeros y 30 hermanos sirvientes con caballos y armas y 50 turcópoles con caballos y armas y 300 ballesteros, 820 trabajadores de otros tipos, y 400 esclavos. Y anualmente pagan unas 12.000 cargas de mula de cebada y trigo, aparte de otros víveres y los salarios que se pagaban a los mercenarios y contratados, y los caballos y monturas y otros elementos necesarios que no son fáciles de computar». («Sobre los fuertes gastos diarios debidos a la custodia del castillo de Sáfad», en *De constructionis castri*, citado por Malcolm Barber).

Así pues, es fácil suponer que el tráfico de vituallas y pertrechos debió de ser enorme. Abastecer a Oriente en aquella época fue una tarea titánica.

Durante aquellos siglos, los peregrinos siguieron acudiendo en masa a Jerusalén. La seguridad de la presencia cruzada propició este «turismo» religioso. Era práctica

habitual hacer la travesía por mar, dado que era mucho más cómodo que el viaje por tierra. Los templarios establecieron un verdadero «puente marítimo» entre Marsella y San Juan de Acre. Este puente les permitió llevar y traer a sus tropas, víveres, caballerías y dineros. Pero no desperdiciaron la oportunidad de transportar mercancías para terceros ni pasajeros de pago, obteniendo así buenos beneficios.

La flota templaria estaba formada por los barcos comunes de la época. Galeras y cocas surcaban el Mediterráneo continuamente de un extremo a otro, llevando mercancías y pasajeros. En aquellos años de la Edad Media no existía una diferencia precisa entre barcos de guerra y mercantes. El mismo tipo de nave se usaba indistintamente para uno u otro fin. La galera solía tener un propósito más cercano a la actividad bélica. Era descendiente de los trirremes romanos y en poco se diferenciaba de ellos; simplemente, se había estilizado su diseño, haciéndola más ligera. Se le añadieron velas triangulares que, combinadas con las cuadradas, facilitaban el manejo de la nave. Se seguía navegando a remo en caso de poco viento o para abordar a otra nave. Por otro lado, la coca era un tipo de barco descendiente de los navíos normandos y, durante cuatrocientos años, fue el más abundante en la navegación por el mar del Norte y el Mediterráneo. Este tipo de embarcación añadió en sus extremos dos zonas almenadas y protegidas en forma de torre, que recibieron los nombres de «castillo» — en la proa— y «alcázar» —en la popa—. Este alcázar de popa fue el que dio origen al puente de mando de los barcos posteriores. Una de las mejoras sustanciales en el arte de navegar fue aquella que afectaba al timón: hasta entonces los timoneles utilizaban un modelo formado por uno o dos remos que, dispuestos en la popa de forma longitudinal, servían para gobernar el barco. En esta época se empezó a utilizar el timón vertical, de una sola pieza, gobernado por un madero, llamado caña, desde la parte baja del alcázar de popa. La conjunción del nuevo timón y la vela latina —combinación de triangulares y cuadradas—, mejoró, con diferencia, la manejabilidad de los barcos. A finales del siglo XIII se dotó a estas naves de un segundo palo con una vela cuadrada, el llamado trinquete. Más adelante se añadió un tercer palo, el de mesana, que completaba el progreso de estas naves, en evolución hacia otros modelos posteriores, más eficaces en aguas abiertas, como las del Atlántico.

Uno de los modelos de nave más originales, y que parece haber sido ideado o modificado por los templarios ante la necesidad de transportar caballerías en sus viajes, fue el conocido *huisier*. Los *huisiers* eran naves de carga, especialmente preparadas para embarcar caballos y mulas. Para acomodarlas en la bodega, se embarcaban por un portón lateral que, de hecho, quedaba por debajo de la línea de flotación. Esta entrada se sellaba con brea y estopa para poder hacerse a la mar. En el interior se alojaban entre veinte y treinta animales, con apenas espacio para moverse, los cuales facilitaban la estabilidad de la nave.

Como se ha indicado, los dos puertos mediterráneos más importantes para el Temple

eran Marsella y San Juan de Acre. Pero también sabemos que disponían de muelles reservados en otros puntos, por ejemplo, en Cotlliure, Montpellier, Barcelona, Saint Raphaël, Valencia, Cartagena y Mallorca. Si se observan estos puertos en un mapa, podrá apreciarse cómo desde Marsella hasta Cartagena los muelles templarios constituyen una red de puertos prácticamente equidistantes, que permitían la navegación sin perder de vista la costa y, en pocas horas, podían trasladarse de un lugar a otro con cierta seguridad, viajando de día y haciendo noche en ellos. Es lo que se conoce como «navegación de cabotaje». El tráfico constante entre estos puertos permitía un comercio muy rápido y eficaz; pero no sólo eso, también se hacía más cómodo el envío de noticias, órdenes, mensajes, etcétera. En definitiva, se trataba de una red de información y, como se sabe, quien tiene la información, tiene el poder. El hecho de controlar un enclave portuario era importantísimo. No sólo para dar cobijo a las naves y gentes propias, sino para poder controlar quién arriba y quién parte de él. Desde estos puertos, y usando los enclaves italianos como escala, zarpaban las naves llevando suministros y tropas a Tiro o San Juan de Acre. Evidentemente, todo este avituallamiento procedía de los bienes producidos por la explotación de las donaciones que durante dos siglos recibió la Orden. Las encomiendas de *outremer* sólo «consumían», mientras que las de Occidente eran las máquinas de producción de riqueza.

No se conoce a ciencia cierta el volumen real de la flota del Temple. Los historiadores y especialistas aún no han encontrado datos suficientes para valorar cuántas naves formaron la armada templaria. Pero, a todas luces, la flota del Temple debió ser tanto o más numerosa que la de muchos reinos. Sí sabemos que en algunos momentos tuvieron que alquilar naves a otros propietarios, genoveses o marselleses habitualmente.

Con los propietarios marselleses, por cierto, los templarios tuvieron un conflicto a propósito del uso del puerto de Marsella. Los armadores marselleses se quejaron del uso que hacía la flota templaria del puerto, ya que monopolizaban prácticamente todo el comercio. Los armadores presionaron a los dignatarios, limitando el embarque de tropas templarias en su puerto, y consiguieron llegar a un pacto por el que se les garantizaba un porcentaje mínimo del tráfico marítimo de mercancías en compensación.

Al parecer, la mayoría de barcos del Temple tenían nombres con advocaciones marianas; se trataba de un rasgo propio de la Casa, dada la especial predilección de la Orden por las figuras de la Virgen María, de San Jorge y de San Juan. Muchos de estos nombres se correspondían con los de vírgenes negras —cuyo culto tanto empeño tuvo la Orden en implantar—. Ello no implica que no se utilizaran otros nombres para bautizar estas naves. Entre los nombres de navíos que los historiadores han podido descubrir se encuentran, entre otros *La Rosa del Temple* y el *Buena Aventura*. Uno muy conocido es el *Halcón del Temple*; en este barco navegó, durante unos años, el que

fuera, posteriormente, cabeza de las huestes almogávares: Roger de Flor.

Roger de Flor nació en Brindisi. Fue hijo del noble Ricardo de Flor, que estaba al servicio del emperador Federico II como halconero mayor. Muerto su padre en la guerra, y habiéndole sido confiscada su hacienda —por estar en el bando perdedor—, a su madre no le quedó más opción que acceder a la petición de un templario marsellés llamado Vasail para que Roger fuera «donado» a la Orden. Roger trabó amistad con Vasail, porque éste solía invernar con su nave en Brindisi y el muchacho pasaba muchas horas en el puerto, a bordo del barco. Entre los quince y veinte años, Roger aprendió todo sobre el arte de la navegación y obtuvo el grado de sargento. El maestre le dio el mando de una nave que se acababa de construir, a la cual bautizaron con el nombre de *Halcón del Temple*, en memoria del padre de Roger de Flor. Su reputación como osado navegante y experto guerrero en el mar fue casi inmediata. Era temido en todo el Mediterráneo. En el año 1291 cae San Juan de Acre, uno de los últimos bastiones cruzados en Tierra Santa. Roger de Flor, al mando de un grupo de naves, evacuó a cientos de personas, salvándolas de una muerte cierta. Se llevó de allí a familias enteras y sus bienes. En agradecimiento, el marino recibió donaciones y regalos de muchos de ellos. A raíz de estos hechos, fue denunciado ante el maestre: se le acusaba de enriquecimiento ilícito y, sobre todo, de no haber hecho entrega de estos regalos a la Orden. No sabemos con certeza si estas acusaciones tenían algún fundamento o eran obra de sus enemigos, pero el caso es que se dictó orden de captura contra él. Decidió no presentarse al requerimiento y, con un préstamo, fletó un navío y se dedicó a la piratería. (Quizás estos acontecimientos podrían entenderse como un antecedente de uno de los posibles destinos de la flota templaria misteriosamente desaparecida al caer la Orden en desgracia en 1307). A partir de aquí, Roger se dedicó a formar un ejército mercenario con compañeros y amigos, la mayoría catalanes, aragoneses y valencianos, estableciendo una disciplina estricta como la que había aprendido en sus años templarios. Con los años, las Compañías Catalanas —como se denominó el ejército formado por Roger de Flor— dejaron su huella en la Historia.

Por cierto, la divisa que enarbolaban las naves templarias, para distinguirse de otras e identificarse entre ellas, era la misma que posteriormente hicieron famosa los piratas que surcaron el Atlántico: la bandera negra con un cráneo y dos tibias ondeaba al viento en el Mediterráneo, pero su significado era bien distinto al que sugería en los navíos filibusteros años después. Las dos tibias cruzadas eran una variante de la cruz paté y la misma simbología la hallamos en muchas lápidas templarias, sobre todo, en enterramientos en la zona de Rosslyn en Escocia. Según algunas teorías promovidas por ciertos historiadores, una parte de la flota que desapareció de La Rochelle —antes de que los hombres del rey francés, Felipe IV, tomaran al asalto todas y cada una de las posesiones de la Orden— habría tomado rumbo hacia los puertos amigos de Portugal; el resto de naves se habrían dirigido hacia Escocia, buscando el abrigo amable de

Oban, al norte de Glasgow, que en aquella época estaba bajo control de la familia Sinclair de Rosslyn.

LOS PUERTOS ATLÁNTICOS

Hasta aquí, todo es bastante lógico: los templarios utilizaban los distintos puertos del mar Mediterráneo y estos puertos servían de punto de partida y destino a las líneas marítimas de la flota templaria; el entramado de puertos mediterráneos naturalmente servía para mantener su red comercial y para abastecer a sus contingentes en *outremer*. Pero ¿y los puertos atlánticos? El Temple poseyó numerosos enclaves portuarios en la costa de Portugal y en el oeste de Francia. A saber: Sagres, Oporto y Lisboa en la costa portuguesa; el Burgo de Faro, en La Coruña (España); Burdeos, Saint-Valery-en-Caux, Haffleur, Saint-Valery-sur-Somme y La Rochelle en territorio francés. El posible tráfico con Inglaterra y los países bálticos no justifica tan extensa red portuaria. Hay que tener en cuenta que la mayoría de los puntos citados son verdaderas bases navales, sobre todo el puerto de La Rochelle.

Este último lugar era una fortaleza sobre la costa. Custodiaban la entrada al puerto dos torres, aún existentes en la actualidad, que cerraban el paso, mediante una cadena, al recinto interior y los muelles. La encomienda templaria se hallaba adosada prácticamente al puerto. La costa, en este punto, posee una serie de islas que acrecientan la seguridad de las naves que acuden a refugiarse en caso de mal tiempo; La Rochelle es, en este sentido, un magnífico puerto natural. El lugar era poco más que un poblado de pescadores antes de que Leonor de Aquitania —madre del rey Ricardo Corazón de León— decidiera hacer entrega del mismo a la Orden del Temple allá por el año 1139. Con el tiempo, esta donación se convirtió en una de las encomiendas más importantes. Llegó a ser Casa Provincial, con mando sobre una gran cantidad de posesiones de todo tipo. Pasada la época del auge templario, La Rochelle fue uno de los lugares preferidos —por sus privilegios reales, exenciones de tasas y por su situación geográfica— para armar las naves que se disponían a realizar largas travesías.

Si se examinan las rutas terrestres templarias de la época, puede advertirse que hasta siete caminos principales unían La Rochelle con cualquier punto cardinal terrestre. Es extraño el prodigioso crecimiento de una humilde aldea de pescadores y la construcción de esa red de comunicaciones terrestres que morían en el mismo lugar. No es éste el lugar donde deba estudiarse la teoría de la presencia de los templarios en América (véase capítulo XXI) pero no cabe duda de que la Orden del Temple desarrolló una fuerte vocación atlántica durante sus años de apogeo.

Los interesados en este aspecto poco conocido de la red templaria pueden indagar

en ciertas relaciones sumamente interesantes: por ejemplo, téngase en cuenta que los mejores cartógrafos de aquella época eran árabes y judíos, y una de las piezas más conocidas que han llegado a nuestros días es el *Atlas Catalán* de Cresques Abraham (1375). En Mallorca existía, bajo la protección del Temple, una escuela de cartografía y navegación. Es más que presumible que el centro, o uno de los centros, de formación naval de la Orden estuviese allí. Cuando la Orden comienza a ser perseguida y algunos de sus miembros caen en prisión, muchos otros escapan hacia Portugal, donde el rey don Dionís los acoge. Se funda entonces la Orden de Cristo, heredera del Temple. Es de suponer que acudieran a Portugal, también, toda clase de gentes que se hallaban bajo la protección de la Orden, como los cartógrafos mallorquines. En 1416, Enrique *el Navegante* funda en Sagres —antiguo puerto templario— una escuela de cartografía, astronomía y náutica.

Cuando Colón presenta su proyecto a los Reyes Católicos, reconoce que se ha basado en documentos estudiados en Sagres y en los cartularios de Calatrava, otra antigua encomienda templaria. Según las crónicas del descubrimiento, los nativos que encontraron Colón y los suyos en su primer viaje los recibieron sin extrañeza, conocían el signo de la cruz y parecían saber que alguien debía llegar desde el mar. Por cierto: es muy curioso que las velas de las naves colombinas fueran blancas con una cruz bermeja.

A partir de aquí se abre el campo a cualquier tipo de especulación. Una de las teorías sugiere que, efectivamente, los templarios estuvieron en América. (No es una novedad apuntar que vikingos, normandos y bretones conocían las costas del norte de América y se han hallado pruebas de la presencia de navegantes bretones anteriores al descubrimiento oficial en las tierras que actualmente se llaman Filadelfia, en Estados Unidos). Es muy posible que entre los templarios hubiera descendientes de esas gentes del norte que llegaron a las costas transatlánticas. La conjunción de la tradición familiar de algunos de estos freires con la cartografía mejorada, con la que contaban, sugiere que los templarios y sus colaboradores podrían haber recuperado la ruta que ya habían recorrido las naves vikingas siglos antes. A finales del siglo XIII, la brújula ya era un instrumento conocido, pero, incluso antes, los vikingos usaban para la navegación unos artefactos llamados «piedras solares»: estas piedras no eran más que un mineral abundante en Escandinavia, la cordierita o dicroitita. Este mineral es un cristal de silicato de aluminio, magnesio y hierro de la familia del zafiro. Tiene la propiedad de cambiar de color, refractando la luz dependiendo del ángulo de incidencia. Modifica su tonalidad al situarse en un ángulo de noventa grados con la luz del sol, incluso en un día nublado.

Una de las objeciones a la travesía transatlántica de los templarios arguye que los vikingos sólo llegaron al norte del continente americano, ya que su navegación solía recorrer ríos y fiordos sin alejarse de la costa. Esto se debía al poco calado de sus

naves, que no permitía, en principio, una navegación en alta mar. Pero esta excusa no parece un argumento sólido; recuérdese solamente un detalle: de las tres naves que llevó Colón en su primer viaje, la más pequeña, la *Niña*, medía poco más de veintiún metros de largo, seis de ancho y desplazaba cien toneladas. En resumen, era un cascarón de nuez, pero cruzó el Atlántico igual que sus hermanas mayores.

Si se consideran posibles estos viajes transoceánicos de la flota templaria, puede entenderse mejor la inyección de oro y plata en la economía europea del siglo XIII, la financiación y la construcción de catedrales en Europa y las empresas de muchos soberanos de la época. El Yucatán es una de las zonas americanas más ricas en plata y es bastante probable que las expediciones templarias hubiesen arribado a aquellas costas. Los topónimos de Argentina y Río de la Plata son bastante elocuentes en este sentido. En el Viejo Continente no había, prácticamente, minas de plata; sólo en Alemania, Hungría y en la zona musulmana de la península Ibérica existían minas de este metal. La poca moneda que circulaba era de oro, bronce o cobre. Con el Temple llegó un aluvión de plata. Tan importante fue este flujo que dio origen a la expresión coloquial francesa para referirse al hecho de tener dinero: «*avoir de l'argent*», literalmente: tener plata. Era la plata que entraba por La Rochelle y viajaba, ya en tierra firme, hacia todos los puntos del mundo conocido en aquella época.

JORDI CASTAÑÉ I MESTRES (*Barcelona, 1959*). *Investigador histórico y articulista, especializado en la Historia de la Orden del Temple en la antigua Corona de Aragón. Fue secretario general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, cronista oficial de la delegación provincial de dicha sociedad en Barcelona y miembro del consejo de redacción de Boletín Temple.*

CAPÍTULO VI

Templarios, los banqueros de la cristiandad

FLORENCIO PASCUAL RODRÍGUEZ-VALDÉS

Cualquier estudioso o interesado en la Orden del Temple se ha planteado alguna vez una pregunta directa e interesante: ¿cómo en tan sólo dos siglos pudo forjarse tamaño imperio?

Y la respuesta, precisa, rotunda y lógica, debe apuntar, y apunta sin lugar a dudas, a unas pocas y escogidas gentes que supieron detectar —¡en el siglo XII!— que el poder político, la simpatía social e incluso la independencia religiosa, a largo plazo, no podía conseguirse sin una eficiente y fortísima política financiera interna, que posibilitara una expansión transnacional jamás vista hasta entonces.

No debe olvidarse que, en aquellos tiempos, la estructura político-social se basaba en los burgos, en un feudalismo aferrado al territorio circundante y a la inmediatez. Eran tiempos en los que el comercio no iba más allá de las fronteras cercanas, limitando la expansión y los beneficios.

Como podrá apreciarse en las siguientes páginas, un reducido círculo interno de la Orden del Temple detectó la necesidad de ampliar lo que hoy llamaríamos «escenarios de interés financiero» y comprendió la utilidad de traspasar fronteras lejanas y de diversificar inversiones y riesgos. Así se convirtieron en los banqueros del mundo cristiano.

IDEAS INNOVADORAS

La estructura financiera templaria nada tendría que envidiar a la de actuales empresas transnacionales. Quizás cabría decir que la puesta en práctica resultó algo más sencilla porque, si bien hoy existen tres zonas claramente diferenciadas —países desarrollados, en vías de desarrollo y el mal llamado Tercer Mundo—, en el siglo XII, el juego era básicamente a dos bandas: la cristiandad y el islam.

Antes de pasar adelante, no conviene olvidar que se está estudiando un mundo inimaginable en la actualidad. Hace casi novecientos años, las distancias que hoy nos parecen insignificantes resultaban enormes, la comunicación extramuros devenía hartamente complicada y lenta y, en fin, el necesario control de las transacciones comerciales era prácticamente inexistente.

En la actualidad, cualquier grupo económico o social considera elemental la promoción de la expansión, pero esta tendencia era inviable en la Edad Media. Y, precisamente, eso fue lo que hicieron los templarios. Pero aún hay algo más: incidieron en el corazón del poder, al financiar a reyes y príncipes de la Iglesia, con lo cual aseguraban y cerraban las dos vías principales de conflicto; anulaban así la capacidad de agresión de los estamentos eclesiásticos y políticos, y sobre todo, al financiar los fastos del poder predominante, obtenían cada vez más y más prebendas que posibilitaron el incremento de sus riquezas.

Los templarios introdujeron ideas innovadoras mediante el uso de unas formidables y seguras vías de comunicación, tanto en las veintiuna provincias templarias de Occidente como en las de Oriente. La creación y explotación de esas vías hicieron posibles unas transacciones comerciales rentables.

A principios del siglo XII, los valores materiales se basaban, primordialmente, en tierras y edificaciones. El dinero era muy escaso, salvo entre la nobleza y los miembros de la Iglesia. El pueblo llano utilizaba las fórmulas del trueque o el pago en cosechas o animales; éstos eran los modelos comunes entre los distintos individuos y en sus relaciones con el poder (fig. 8).

Siempre se ha dicho que la Orden del Temple se creó, inicialmente, para preservar a los peregrinos de las bandas de salteadores y bandidos en las rutas de peregrinación a Tierra Santa y no es éste el lugar donde se vaya a ahondar en este asunto; daremos por cierta esa afirmación, aunque las dudas al respecto sean más que evidentes. Tampoco se estudiará aquí la repetida argumentación —a todas luces cierta— de que difícilmente un puñado de caballeros podía preservar a miles y miles de peregrinos de las temibles bandas de salteadores y asesinos.

Efectivamente, no parece posible que nueve caballeros se ocuparan de la seguridad de miles de viajeros. La solución a la seguridad de los peregrinos tal vez se produjo de otro modo: Hugo de Payens y los suyos detectaron los peligros a los que se sometían las caravanas y analizaron concienzudamente los vacíos en cuanto a seguridad; además, estudiaron las enormes posibilidades de generar beneficios en esas rutas religiosas.

Pero se necesitaba la creación de una estructura legal: militar por un lado, porque había que contar, en principio, con un ejército que proporcionara seguridad en los caminos; eclesiástica, porque en aquellos tiempos sin el beneplácito de la Iglesia ninguna empresa era posible, y civil, porque habría que emprender grandes construcciones, fortificaciones, adquisición de flotas, etcétera. Expansión, en suma.

Todo comenzó a partir del Concilio de Troyes en 1128, donde quedó instaurada la Regla de la Orden, aunque el verdadero despegue económico se produjo realmente tras la proclamación de la bula *Omne datum optimum*, nueve años después. Aquel texto pontificio otorgó una serie de importantes privilegios a los templarios, con independencia de que la Orden ya hubiera comenzado a amasar la inmensa fortuna

necesaria para, por ejemplo, administrar cerca de un millar de castillos, preceptorías, casas de reclutamiento, logística y asesoría.

Los templarios actuaron como verdaderos banqueros desde muy pronto, poco después de la creación de la Orden. Era normal que los feligreses confiaran sus propiedades y dinero a iglesias y abadías, para beneficiarse de la protección que Dios concedía a esos edificios; en otras ocasiones, se depositaban dinero, joyas y obras de arte en las iglesias sin perder su propiedad. Las iglesias y las abadías se entendían como verdaderas «cajas de seguridad».

Las propiedades templarias en Oriente Próximo eran como «sucursales» de las europeas y allí los peregrinos podían obtener el dinero necesario para su estancia en Tierra Santa en calidad de préstamo, bajo la garantía depositada en las encomiendas europeas.

En la Edad Media, el cobro de intereses estaba restringido a la comunidad judía y el mundo cristiano observaba esta práctica con muy malos ojos, pero los templarios no tardaron mucho en hallar el camino legal necesario para poder hacerlo: en principio, era legal el cobrar «por arrendamiento» —no se especificaba el bien a arrendar—, así que los templarios se limitaron a cargar cantidades por ese concepto; es decir, prestaban dinero, pero cobraban por el «arrendamiento» de sus servicios, por el trabajo realizado en el estudio y aprobación de los préstamos. En suma, lo que se hace hoy en día.

Los templarios, asimismo, transportaban habitualmente el dinero en sus propios barcos; desde luego, poseían la correspondiente autorización para ello. Este uso de medios propios resultaba mucho más seguro que transportar los bienes o el dinero a través de los conductos habituales de la época. Ello servía para tener dinero suficiente ante cualquier eventualidad y en el mayor número de lugares posible.

Este sistema financiero favoreció numerosas empresas bélicas de la época, por ejemplo, la guerra contra Simón de Montfort: el rey de Inglaterra, Enrique III, depositó las joyas de la corona —el tesoro real— en el Temple de París como garantía. Y cuando San Luis y todo su ejército fueron capturados por los sarracenos, en 1250, y se pidieron doscientas mil libras como rescate, los templarios abonaron las veinte mil libras necesarias para completar la suma requerida.

Los inmensos recursos de la Orden, junto a la exención de impuestos, permitieron la concesión de préstamos, particulares e institucionales, a una escala enorme y desconocida en la época: directa e indirectamente, los templarios financiaron las cruzadas y las necesidades de príncipes y reyes en Tierra Santa; inventaron lo que hoy conocemos como «letra de cambio», y todo ello se anotaba concienzudamente y se archivaba en las secretarías de las encomiendas. (En muchos casos, junto a las anotaciones y registros, pueden encontrarse otras notas encriptadas, dependiendo de la importancia del documento).

Cualquier persona o mercancía que quisiera llegar sana y salva a cualquier lugar de Europa o a las provincias en Tierra Santa —cuando esas provincias estaban en poder de Occidente, naturalmente—, debía pasar por los templarios. Los peregrinos acudían a la encomienda templaria más cercana y allí obtenían un documento de crédito, por valor calculado de acuerdo con los bienes depositados; no importaba a través de qué países se tuviera que pasar, pues calculaban con minuciosidad los días que debían transcurrir en cada país, el valor de la moneda de esos países y los posibles costes de alojamiento.

Los pagos o cobros en Tierra Santa tampoco generaban mayores problemas a los peregrinos o a la Casa, ya que los templarios conocían perfectamente la ciencia matemática árabe; la Orden mantuvo estrechas relaciones con los ismailíes y se convirtió en una intermediaria de primer nivel entre los mundos cristiano y musulmán (Cfr. Christian Jambet: *La grande résurrection d'Alamut*. Éditions Verdier, Lagrasse, 1990).

Aquellos documentos, «cartas de pago, crédito o débito», estaban escritos de una manera muy sencilla y comprensible, dado que la mayoría de peregrinos no sabían leer ni escribir o, si sabían, apenas podían reconocer su nombre y algunos números. Pero, al parecer, en aquellas verdaderas «cartas de crédito» también se incluía un código de seguridad escrito «al agua», es decir, invisible; algo muy parecido a lo que se hace en los billetes actuales.

Los templarios diseñaron, asimismo, algo muy parecido a los actuales cheques de viaje: si algún comerciante debía desplazarse a un lugar relativamente alejado, acudía a la encomienda templaria más cercana y allí cambiaba el dinero que quería emplear por un documento de pago debidamente autenticado; así, el viaje resultaba más seguro: si le robaban el documento, el ladrón jamás podría hacer efectivo el «cheque», porque éste contenía datos encriptados o invisibles.

Así pues, los templarios efectuaban las operaciones típicas de cualquier banco actual: préstamos, créditos, hipotecas, garantías, reembolsos, etcétera. Pero lo admirable es que este sistema se impuso hace más de ochocientos años y, más admirable aún es que todas esas transacciones se reflejaran en el mismo sistema actual de «partida doble», es decir, que no existía gasto o ingreso sin su correspondiente contrapartida contable.

Todos los prioratos, bailías y encomiendas realizaban sus presupuestos de ingresos y gastos, que elevaban al estamento jerárquico superior; éste lo adecuaba a su propio presupuesto y lo elevaba a la sede central en París. Allí se refundían y se asignaban los fondos necesarios, tanto para la subsistencia de las provincias, como para las inversiones en otros países, occidentales u orientales.

LOS PRIMEROS PILARES

Los encargados de tejer el complicado, seguro y eficaz sistema financiero detectaron rápidamente las enormes posibilidades que ofrecían las caravanas de peregrinos. Sólo era necesario «poner remedio» a esas dificultades o, dicho de otro modo, establecer los mecanismos que les permitieran ganar el suficiente dinero para acentuar la expansión —creación de rutas, adquisición de flota, reclutamiento, intendencia, construcción de iglesias, castillos, encomiendas, etcétera—.

Para conseguirlo, establecieron un ingenioso sistema que no sólo serviría para prestar seguridad y obtener beneficios en las rutas de peregrinaje, sino que, paralelamente, tejieron una verdadera red de comunicaciones a través de toda la Europa cristiana.

Estas rutas comerciales unían cualquier parte de Europa con las vías de peregrinación y en ellas, cada poco, los viajeros encontraban castillos, casas, encomiendas y otras propiedades templarias. En estos lugares se ofrecía cobijo al caminante, se intercambiaban documentos, se realizaban transacciones o se concedían préstamos. La red de peregrinos tenía como lugares de destino Roma, Jerusalén, Santiago, Canterbury o Chartres; las rutas comerciales también se dirigían hacia esos mismos lugares, pero también se extendían por Provenza, Aragón, Sicilia, Lombardía, Trípoli, Antioquía, Chipre, Alemania, Polonia, Bélgica, Hungría o Chequia (Cfr. Alain Desgris: *Organisation et vie des templiers*. Éditions Guy Trédaniel, París, 1977).

Con el fuerte y decidido apoyo inicial de la Iglesia, los templarios se hicieron enormemente populares, beneficiándose de una gran cantidad de donaciones, legados testamentarios y entregas de obras de arte en depósito. Estas operaciones se realizan sin interrupción durante unos cien años (1130-1230); a partir de la tercera década del siglo XIII se inicia una curva descendente de la que hay que culpar, sobre todo, a los enormes temores del rey de Francia ante el inmenso poder de los templarios.

Las donaciones se producían, en general, «por amor a Dios». Los donantes seguramente creían que con las riquezas podrían pagarse la salvación; las donaciones también se hacían por admiración hacia los templarios o como fórmula de previsión: si un rey, un príncipe o un caballero presumía que habría de tener problemas en el futuro, hacía una generosa donación a los templarios y así garantizaba que la Orden acudiría en su socorro cuando precisara ayuda económica, política o militar.

En este orden de cosas, quizá sería importante recordar una de las mayores donaciones ofrecidas a los templarios: el rey Alfonso I *el Batallador* dejó escrito en su testamento que cedía todo su reino a los templarios. Natural y lógicamente, éstos no aceptaron tan enorme donación: tomar posesión de un reino podría resultar harto peligroso y las envidias políticas, con toda seguridad, no tardarían en surgir. Desde luego, aceptar esa donación no era políticamente conveniente. En este punto, conviene

admitir que los templarios hicieron gala de una diplomacia y una visión política realmente extrañas en su época.

El 27 de noviembre de 1143 se reunieron en Gerona los tres estamentos implicados en la resolución del rey: la Iglesia, la nobleza y la Orden del Temple. Los templarios firmaron la aceptación de un documento aportado por el conde Guido (legado pontificio) y redactado por su escriba, el clérigo Poncio; según ese documento, se entregaban al Temple los castillos de Monzón, Chalamera, Mongay, Barbará, Remolins y Corbins, entre otros bienes menores. No se hacía mención de la renuncia del Temple al reino. He aquí el texto:

«La gracia de la inspiración divina y la consolidación de la piedad aconsejan que los hijos de la Iglesia provean con suma intención a la salvación de las almas y a la libertad de la Iglesia católica.

»Por eso yo, Ramón e Berenguer, conde de Barcelona y por la gracia de Dios, señor del Reino de Aragón, movido por la virtud del Espíritu Santo, en la potencia de la milicia celestial a defender la Iglesia occidental que está en España a abatir y vencer y expulsar a la gente de moros, a exaltar la fe y la religión de la santa cristiandad a ejemplo de la Milicia del Templo de Salomón de Jerusalén, que defiende la Iglesia oriental en sujeción y obediencia a ella según la Regla e instituciones de la misma milicia, decretar constituir una milicia en santa obediencia, la cual ya había deseado hace mucho tiempo con sumo y buen deseo de mi mente, y para esto había invitado muchas veces y diligentemente por cartas mediante embajadores míos a Roberto, de gran excelencia gran maestro de la milicia de Jerusalén y en comunidad con los otros hermanos.

»El citado Roberto, maestro, y la comunidad de todos los hermanos, en el capítulo de la Milicia del Templo de Jerusalén, por la Gracia de Dios accedieron a este mi deseo sobre dicha petición y unánimemente le concedieron y anunciaron por cartas y hermanos del mismo Temple el decreto y el acuerdo de su buena voluntad sobre la constitución de la Milicia de Cristo en España contra los moros.

»Por esto, para exaltar la Iglesia de Cristo, para ejercer el oficio de milicia en la región de España contra los sarracenos, en remisión de mis pecados a honor de Dios que honra a los que honran, para la salvación de mi padre que fue soldado y hermano de la antedicha y santa milicia, en cuya Regla y hábito acabó gloriosamente su vida, a ti Roberto, maestro y hermano, doy y concedo y entrego en vuestra mano potencialmente por esta presente escritura, todo el castillo que se llama Monzón y todo el castillo que se llama Mongay, para que los tengáis en derecho propio vos y todos vuestros sucesores, por todos los siglos, con todos los territorios y pertenencias y términos de ellos o más allá existentes y con todos sus usos y costumbres, con todas las lezdas y pasajes, con todas las tierras cultivadas, con los

llanos y las montañas, con los prados y pastos y todas las cosas pertenecientes a los citados castillos y según utilidad y mas útilmente se puede entender a honor de Dios y utilidad a la sobredicha Milicia, sin ninguna retención de persona allí.

»También de este modo, os doy el castillo que se llama de Chalamera y Barbará, con sus términos y pertenencias y con todas las cosas pertenecientes a los castillos ya citados sin ninguna retención de persona y os doy el honor de Lope Sánchez de Belchite, según por esto podéis convenir con el citado Lope y todo el castillo que se llama de Remolins, con todas las cosas a él pertenecientes, como la divina clemencia lo entregará en mi poder y todo lo que debo tener en el castillo de Corbins como Dios se hubiere dignado tener en él.

»Y también del mismo modo os añado todo diezmo de mis tierras, o sea, de todos mis réditos, censos, así como de todos los productos como de todas las costumbres rectas y de las justicias de las cuales quisierais recibir el diezmo y mil sueldos de Huesca y mil sueldos de Zaragoza cada año.

»Os perdono y os doy las quintas partes de todas las cabalgadas de nuestros hombres en España, para siempre.

»Si acaso algo de mi honor me acaeciera darlo, venderlo o empeñarlo, vuestro diezmo os permanecerá a salvo y libre. De todas las cosas que Dios mediante podré adquirirlos justamente, concedo el diezmo tranquila y libremente. Y de la conquista de la tierra a los sarracenos os concedo la quinta parte y todo el diezmo de estas cosas que pertenecen a mi parte.

»Si quisiera construir un castillo o fortaleza contra los moros, daré diligentemente la ayuda y consejo de todas las cosas para vosotros.

»De nuevo convengo con vosotros, os doy en la potencia celestial y la fortaleza de Cristo, que aquí en adelante no hará con los moros la paz sin vuestro consejo.

»Todas las cosas antedichas con espíritu de votos y espontánea voluntad, con toda mi integridad a Dios Omnipotente y a vos, Roberto, maestro, y hermanos de la citada milicia, así presentes como venideros doy y concedo por mi derecho, os la entrego en vuestro poder y dominio dando gracias a Dios, rey que os eligió para defensa de su Iglesia y os hizo sentir a vuestros ruegos.

»Otra vez os doy y concedo que por vuestra propia causa, por toda mi tierra no se reciba ninguna lezda, ningún pasaje, ninguna costumbre. Si alguna persona laica o seglar intenta remover en algo o en todo la presente escritura de donación, no sólo incurrirá en la ira del Omnipotente, sino que sea atado al vínculo de la excomunión hasta que satisfaga dignamente por tanto reato.

»Lo cual fue hecho el 27 de noviembre en Girona, celebrando reunión don Guido, cardenal diácono y legado de la Iglesia de Roma en presencia de todos los testigos suscritos en el año de la encarnación del Señor 1143.

»Sea conocida que esta presente donación fue hecha en mano de don Everando,

maestre de la Galia, y en mano del venerable Pedro Rovera, maestre de Provenza y de alguna parte de España; y en mando del hermano Otón de San Omar y del hermano Hugo de Bezánis y el hermano Pedro de Arazahc y el hermano B. de Ceriñola y el hermano Arnaldo de Fociá. Lo que sobre los diezmos más arriba se ha instituido, así también lo firmamos, como más arriba se lee, salvo en la donación que se hizo a las iglesias». (En *Anales del Instituto Campomanes de Estudios Medievales*, ICEM, Gerona, 2000).

Éste es sólo un ejemplo de cómo comenzó el Temple a amasar su impresionante riqueza. A este tipo de donaciones hay que añadir centenares de otras que, aún en menor cuantía, supusieron el establecimiento de miles de posesiones en todo el mundo cristiano occidental y en Tierra Santa. Las rutas de peregrinación y comerciales se consolidaron en estos territorios protegidos, donde tanto viajeros como mercancías se movían con total seguridad, pagando las tasas correspondientes y sobre las cuales el Temple no debía dar cuentas a nadie. En estos feudos templarios, los dignatarios de la Orden podían impartir justicia sin tener que rendir cuentas a instancias superiores.

En los reinos hispánicos, gracias a la ayuda militar que proporcionaron durante la llamada Reconquista a los reyes de Aragón y Cataluña, los templarios recibieron importantes compensaciones, sobre todo, territoriales y de exención de impuestos.

Pero esa colaboración militar no fue todo lo sencilla que pudiera parecer. Era cierto que las operaciones militares del Temple «debían» llevarse a cabo en Tierra Santa, y ése era el motivo declarado de la fundación de la Orden del Temple; pero no es menos cierto que en la península Ibérica también se estaban desarrollando batallas contra el islam y cualquier ayuda militar era bien recibida.

Entre otras posesiones y beneficios peninsulares, pueden destacarse los que Ramón Berenguer III *el Grande*, conde de Barcelona (1097-1131), cedió a los templarios: Daroca, Osso, Belchite, el diez por ciento de cualquier bien conquistado a los musulmanes y otros beneficios «menores» —exención de impuestos en Zaragoza o Huesca—; pero, sobre todo, a cambio de su apoyo bélico en la Península, el conde se comprometía a no firmar paz alguna con los musulmanes sin el consejo del maestre del Temple. Es decir, los templarios se aseguraban conquistas hasta que *ellos*, y no otros, decidieran cuándo dejar de luchar.

Otro aspecto importante en el proceso de adquisición de territorios y emplazamientos era la costumbre de anticipar bienes antes de conquistarlos, prometerlos antes de tenerlos. Por ejemplo, Ramón Berenguer IV (1113-1162), conde de Barcelona y príncipe de Aragón, prometió la ciudad de Tortosa antes de conquistarla; el futuro beneficiario era Artal, conde de Pallars. (Cfr. *Cartulario de Tortosa*, folio 48). Posteriormente, el conde prometió el señorío de esa localidad, junto a un tercio de las rentas, y el castillo de Zuda al senescal de la Orden, Guillermo

Ramón de Moncada, prometiendo, asimismo, otro tercio a los genoveses que participaron en la conquista. Sin embargo, los templarios sólo obtuvieron el castillo y una quinceava parte de las rentas de Tortosa. Sí obtuvieron la quinta parte de las rentas de Lérida, tras su conquista en 1149; también se les entregó la pequeña localidad de Gardeny, situada al sur de la ciudad (Lérida) y algunos derechos en Fontanet. (Cfr. José M^a Font i Rius: *La reconquista de Lérida y su proyección en el orden jurídico*. Institut d'Estudis Ilerdencs-Diputació de Lleida, Lleida, 1949).

Ramón Berenguer IV, asimismo, les entregó el equivalente a la quinta parte de la ribera del Ebro, desde Mequinenza hasta Benifallet, el castillo de Miravet y las pequeñas fortalezas de Algars, Batea, Corbera, Gadesa, Pinell y Rasquera.

Todo cambió con la llegada de su hijo Alfonso II *el Casto* al trono. Alfonso II (1157-1196) se negó a mantener los pactos y no cumplió con los porcentajes que debían entregarse a los templarios por las conquistas. De hecho, esa quinta parte que les correspondía se fue entregando a otras órdenes españolas, principalmente a la Orden de Calatrava. Ello no quiere decir que Alfonso II no cediera parte de sus conquistas a los templarios, que le apoyaban militarmente; durante su reinado, se le prometieron al Temple los castillos de Oropesa y Chivert (1169), la fortaleza de Montornés (1181), el castillo de Horta (1164), Encinacorba (1175) o el castillo de Montjoy, inicialmente cedido a los hospitalarios, quienes nunca estuvieron de acuerdo en que pasara a manos de los templarios.

Desde luego, si los pactos de 1141 entre el conde de Barcelona y los templarios se hubiesen cumplido durante toda la Reconquista, quién sabe el inmenso poder que hubieran podido detentar en la península Ibérica. Quizá, precisamente, por no haber detentado tantísimo poder, en España no se tuvo en cuenta el llamamiento del rey de Francia Felipe IV a todos los príncipes y reyes de Occidente para que encarcelaran a los templarios (16 de octubre de 1307); tal vez por esa misma razón no se acataron íntegramente las recomendaciones del papa Clemente V en su bula *Pastoralis praeeminentiae* (22 de noviembre), a través de la cual solicita el encarcelamiento y la apropiación de los bienes templarios.

Aunque, cierta y desgraciadamente, Jaime II *el Justo*, rey de Aragón (1291-1327), cedió a la avaricia posteriormente y despojó a los templarios de sus posesiones en Vilel, Castellote, Miravet y Monzón.

Con Pedro II *el Católico*, rey de Aragón y conde de Barcelona (1196-1213), las donaciones prosiguieron a buen ritmo —en concepto de conquista—, aunque la expansión territorial de los templarios inició un serio deterioro. La mayor conquista de Pedro II fue la del Rincón de Ademuz en 1210; los templarios recibieron, en concepto de compensación, los derechos reales en Ascó, aunque perdieron el señorío de Tortosa, ya que formaba parte de los derechos de Sancha, madre de Pedro II.

Seguían recibéndose donaciones de tierras y bienes materiales por parte de la

nobleza, como en Francia; en menor cuantía, estas cesiones procedían de pequeños agricultores y comerciantes, en concepto de condonación de culpas, ya que la Iglesia equiparaba la reconquista a las cruzadas en Tierra Santa. No hay que olvidar, en este punto, las dotes de quienes ingresaban en la vida religiosa.

En cuanto a otros beneficios, quizás sea interesante remarcar algunos aspectos curiosos: los templarios estaban obligados a dar hospitalidad a los miembros de la Iglesia —«derecho de cena», en el Reino de Aragón, por ejemplo— y existían otras vinculaciones obligatorias respecto a Roma, pero la reglamentación advertía que eran los propios templarios quienes podían decidir el montante que debían aportar al sostenimiento de la Iglesia: «Deberán entregar una cantidad razonable...». (Joannes Dominicus Mansi: *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio*, 53 vols. Florencia-Venecia, 1759-98. Reimpresión facsímil: Akademische Druck-u Verlagsanstalt, Graz, 1960). Por otro lado, el papa Anastasio IV había establecido que los templarios no estaban obligados al pago de diezmos eclesiásticos.

Los templarios, en fin, fueron capaces de generar riqueza a partir de distintos aspectos de la vida económica medieval, pero, sobre todo, fueron capaces de administrarla con disciplina y sentido común: se realizaron inversiones estratégicas en tierras, cultivos, canteras y rentabilizaron la construcción de edificios civiles, militares y eclesiásticos. Esas técnicas financieras, aprendidas muchas de ellas de sus «enemigos árabes», cambiaron la faz de aquella Europa comercialmente encorsetada.

DIVERSIFICANDO RIESGOS

El transporte terrestre de oro, joyas, obras de arte y documentos llegó a ser, con el tiempo, bastante seguro. La defensa de aquella extensísima red de caminos quedaba en manos de los formidables caballeros templarios. (Los miembros de la Orden juraban, en la ceremonia de admisión, no retroceder jamás, ni aún ante tres enemigos). El transporte hacia Tierra Santa, junto con el traslado de tropas, avituallamiento, enseres, caballerías, etcétera, era bastante más complicado, porque debía de realizarse por mar. Por este motivo, los templarios, además de ejercer como expertos banqueros, tuvieron que convertirse en avezados marinos.

La flota templaria estaba constituida por tres tipos de barcos diferentes: los de carácter eminentemente militar, que se destinaban a defensa y protección, los de transporte y pasajeros, y los *huisiers*, específicamente preparados para el transporte de caballerías. En conjunto, el Temple contaba con una formidable máquina naval; los templarios de Aragón, por ejemplo, poseían los barcos que Pedro I requisó, en 1285, a Felipe III de Francia y los templarios de Inglaterra contaban con su propia flota.

El Temple también gozaba de algunas exenciones en derechos portuarios. La ruta

mediterránea solía hacerse desde Toulon, que era encomienda templaria, y si comenzaban en Marsella, los templarios reservaban a los armadores marselleses un cierto número de viajes a Tierra Santa, a cambio de exenciones de impuestos de ataque, carga o descarga de mercancías.

Lo mismo ocurría al llegar al Reino de Jerusalén, donde los impuestos eran a veces bastante elevados, dependiendo de las circunstancias. Los puertos orientales aplicaban hasta setenta y un impuestos o tasas diferentes a los distintos artículos, en virtud de la modalidad de importación o exportación, u otras características. A continuación se transcriben algunos tipos impositivos:

- «1. Se tomarán ocho besantes y diecinueve karoubles por cada cien [besantes] provenientes de la venta de seda.
2. Diez besantes y dieciocho karoubles por cada cien [besantes] de la venta de aceite.
3. Once besantes y cinco karoubles de cada cien [besantes] por la pimienta.
4. Por la canela, se tomarán diez besantes y dieciocho karoubles por cada cien [besantes].
5. Once besantes y diez karoubles por cada cien [besantes] de lana.
6. Once besantes y cinco karoubles por cada cien [besantes] de alumbre
7. Diez besantes y dieciocho karoubles por cada cien [besantes] de barnices.
8. Ocho besantes y ocho karoubles por cada cien [besantes] de lino.
9. Ocho besantes por cada cien [besantes] de nuez moscada.
10. Nueve besantes por cada cien [besantes] de clavo.
11. Por gallinas de la India se tomará un décimo de ellas.
12. Por cada camello cargado de azúcar, cuatro besantes.
13. Por el pescado salado de Babilonia se tomará uno de cada cuatro.
14. Por ébano, se tomarán dos karoubles por cada besante.
15. Por lino importado entre Babilonia y Damasco, se tomarán un besante y dos karoubles por cada camello cargado.
16. De los vinos traídos de Nazaret, así como del azafrán, se cobrarán doce dracmas por camello».

(Los datos se han tomado del conde Arthur Auguste Beugnot: *Assises de Jérusalem ou Recueil des ouvrages de jurisprudence composés pendant le XIIIe siècle dans les royaumes de Jérusalem et de Chypre*, tomo H, p. 173, Imprimerie Royal, París, 1841-1843; y de Roland Falkner: «Taxes of the Kingdom of Jerusalem», en *Statistical Documents of the Middle Ages, en Translations and Reprints from the Original Sources of European History*, vol 3:2, Departamento de Historia de la Universidad de Pensilvania, Filadelfia, 1898).

Naturalmente, los peregrinos y comerciantes pagaban religiosamente esos impuestos, además de pagar el correspondiente «alquiler de servicios» a los templarios.

Otros beneficios semejantes obtenían los templarios de las flotas del Atlántico, en sus bases de Boulogne y La Rochelle, en las rutas hacia Inglaterra y los Países Bajos. (Probablemente también cabría añadir los beneficios de los viajes transatlánticos, pero actualmente no se cuenta con datos fehacientes que confirmen las travesías hacia el continente americano).

AVAL EMPRESARIAL

El doble carácter de la Orden (religioso y militar) garantizaba firmemente los depósitos e inspiraba la mayor confianza, hasta el punto de que muchos peregrinos encomendaban todas sus pertenencias a los templarios para que pudieran pagarse los rescates pertinentes en caso de secuestro. En la peor de las situaciones posibles, si el peregrino moría por alguna circunstancia, el depósito —dinero o pertenencias— se entregaba a los herederos. (No debe olvidarse que se trataba de un viaje peligrosísimo, aunque se transitara por rutas controladas por los templarios).

Seriedad, disciplina y discreción fueron los principios que regían la administración económica de la Orden del Temple. Y, sobre todo, los templarios se ocupaban de no contravenir en absoluto la rigurosa regla interna: la observancia de la estricta pobreza individual. Los inmensos beneficios económicos se destinaban a ampliar su imperio y a la financiación de las cruzadas. (Como sus enemigos, los templarios consideraban estos conflictos bélicos como «guerras santas», aunque la palabra *yihad* significa literalmente «esfuerzo» y no «guerra santa»). Las inmensas posesiones del Temple eran bienes colectivos, de modo que las operaciones financieras no violaban su voto de pobreza. Además, a los templarios se les tenía por caballeros honestos, y con razón, ya que la malversación de fondos podía castigarse con la muerte, aunque no haya noticias de que esta pena se ejecutara jamás en ninguno de sus miembros.

Esta aureola de honestidad, junto a sus riquezas, les permitió asimismo adquirir gran influencia política y colocar a algunos de sus miembros en diferentes puestos clave o actuar como consejeros privados: el maestre de Inglaterra, Richard Hastings, estuvo junto a Enrique II (1164), y el joven rey Jaime I de Aragón fue un protegido del maestre local, en el castillo de Monzón, y la Orden actuó como consejera del monarca durante todo su reinado.

Otro aspecto destacable es que aquellas inmensas riquezas sirvieron, durante dos siglos, como escudo protector contra cualquier empresa, política o militar, dirigida contra la Orden. ¿Quién osaría enfrentarse a los que poseían un tercio de París? ¿Quién se atrevería a amenazar a un grupo que contaba con ciudades fortificadas y castillos en

toda Europa? ¿Quién podría atacar a una hermandad que presentaba una potente maquinaria militar y que controlaba las rutas terrestres y marítimas más importantes del mundo conocido?

No sólo las riquezas eran un escudo contra avaricias ajenas: la enorme simpatía social que alcanzaron —naturalmente, gracias al establecimiento de canales de producción de alimentos (agricultura y ganadería)— les sirvió de protección ante las envidias que suscitaban su creciente poder político, social y económico. (Como se sabe, esta situación se hizo insostenible en octubre de 1307 y todos los poderes se conjugaron para acabar con la Orden definitivamente).

La relevancia social guarda mucha relación con la capacidad del Temple para generar alimentos. Durante el siglo XI, antes de la creación de la Orden, uno de los principales flagelos que padecía la población de la Europa medieval cristiana era el hambre. Los cronistas de la época hablan incluso de frecuentes casos de canibalismo. Por ejemplo, el monje borgoñón Radulfus Glaber *el Calvo* (985-1050) en su *Historiarum sui temporis* (escrita entre 1030-1035) afirma que el canibalismo era una práctica común en muchas regiones de Francia en 1032.

«La gente devoraba carne humana. Los caminantes eran atacados por los más fuertes, que los descuartizaban y comían, después de haberlos asado [...]. En muchos lugares sacaban los cadáveres de la tierra para calmar el hambre [...]. Tanto se propagó el consumo de carne humana, que hasta se puso en venta en el mercado de Tournus como si fuera carne de vaca» (Radulfus Glaber: *Les cinq livres de ses histoires 900-1044*. Maurice Prou, París, 1886).

El historiador francés Darest de la Chavanne (1820-1882) calculó que durante el siglo XI hubo casi treinta años de malas cosechas y que Europa Occidental padeció una terrible hambruna entre 1087 y 1095. (En realidad, esta desgracia no desapareció en 1095, sino que, simplemente, remitió y coincidió con el Concilio de Clermont y la proclamación de las cruzadas).

El siervo, el campesino, aplastado por la miseria, oprimido por su dependencia personal del terrateniente y el señor feudal, era víctima de su propia ignorancia, fomentada por ciertos sectores de la Iglesia, que predicaban la sumisión, la resignación y el temor. Ignorante, obnubilado por fantásticas ideas, que nada tenían que ver con el verdadero cristianismo, el campesino interpretaba sus desgracias a través de la óptica de sus aleccionadores eclesiásticos. Las malas cosechas, el hambre y las pestes, que se llevaban a sus hijos a la sepultura, eran para el simple labriego una manifestación de la «ira divina»: un castigo de Dios por sus pecados.

Afortunadamente para aquella paupérrima Europa, surgió la Orden del Temple: en tan sólo doscientos años, esta organización cambió radicalmente la manera de producir

y distribuir alimentos; durante los años de gran desarrollo y expansión de la Orden, la hambruna prácticamente desapareció del mundo occidental. Se desarrollaron explotaciones fáciles de cultivar, lo cual incrementaba la producción y reducía gastos, se recuperaron terrenos baldíos, se drenaron campos que se inundaban constantemente o se talaron bosques enteros para convertirlos en zonas de cultivo.

Se trataba de confirmar la sentencia popular: «Poner el huevo y cantar lejos de él»; es decir, apostar franca y decididamente por la conquista de Oriente, pero, a la vez, ganarse la simpatía social cumpliendo las recomendaciones de San Bernardo de Claraval, que pregonaba que una organización política debía tener unos objetivos claros, entre los que se encontraban garantizar el pan y transmitir y divulgar nuevos conocimientos.

En el I Symposium Internacional sobre el Temple (Soria, 1992) se ofrecieron algunos ejemplos a propósito de la estructura organizativa y financiera de la Orden en Francia que tal vez resulten ilustrativos.

La casa o encomienda del Val (extramuros de Val de Provins) se dedicaba a actividades agrícolas, mientras que la encomienda de Madelaine (en la parte alta de la ciudad) se ocupaba de los negocios comerciales. Los principales recursos procedían de la renta de casas situadas en las calles más importantes de la ciudad.

Como en otros muchos lugares, los hermanos de estas encomiendas estaban exentos del pago por derechos de *tonlieu* (una especie de impuesto sobre el valor añadido, como el actual IVA), que recaía sobre la lana, los hilados y el cuero y que percibían los condes de Champaña.

Los templarios no pagaban ese impuesto, pero ése no es el detalle importante. Lo decisivo es que compraron los derechos de la tasa y la ampliaron a otros productos, como la carne y el ganado destinado al sacrificio, al monopolio del curtido de pieles y al comercio del grano (derecho de *minage*).

Todos los beneficios obtenidos por estos medios y por otros, junto a las importantes donaciones en vida y legados testamentarios, incrementaban el tesoro de la Orden, cuyo fin primordial era la construcción o defensa de las fortalezas de Tierra Santa — fortalezas impresionantes, como Krak des Chevaliers (Crac de los Caballeros), Antarsous y Chastel-Blanc en Siria, o Athlit entre Cesarea y Haifa—. El resto se destinaba al sostenimiento interno y a seguir adquiriendo bienes de todo tipo, inmediatamente rentables.

Considerado de un modo objetivo, no hay secretos en la eficiente gestión económica de la Orden del Temple: hicieron lo que hoy hacen la mayoría de empresas transnacionales. Lo admirable y asombroso es que todo esto sucedió hace ochocientos años.

EL TESORO TEMPLARIO Y SU MISTERIOSA DESAPARICIÓN

Con las ventajas que permite la perspectiva histórica, tal vez pueda afirmarse que el único error político-financiero de los templarios fue financiar y administrar la fortuna real de Felipe IV, que se depositó en el Temple de París. El tesoro permaneció en la casa parisina durante la época de apogeo de los templarios y regresó al palacio del Louvre tras la caída de la Orden.

Es imposible saber cuánto debía Felipe IV a la Orden del Temple, dado que todos los documentos relativos a ello se destruyeron después de 1307 —aunque el tesoro real permaneciera en el Temple hasta 1313—.

En París, tras la caída de San Juan de Acre, la Casa del Temple elevó su estatus administrativo: era cabeza de partido de la provincia de Francia y se convirtió en la Casa Madre, en la primera encomienda, cuyo recinto estaba rodeado de fuertes murallas, dado que debía ofrecer seguridad al dinero depositado allí y que procedía de las encomiendas, del tesoro del rey y de otros grandes del reino. Además, el castillo del Temple en la ciudad ofrecía la imagen de una verdadera fortaleza feudal que redundaba en la reputación de la Orden.

La red organizativa (prioratos, bailías y encomiendas) proporcionaba continuos y grandes ingresos al tesoro, provenientes de los excedentes de las explotaciones que los comendadores estaban obligados a ingresar, de las rentas de dominios y derechos, de una nueva «clase social» compuesta por nuevos señores que habían obtenido sus riquezas en las campañas de ultramar, de peregrinos y comerciantes que confiaban al Temple importantes depósitos, etcétera. Muchos hombres y mujeres, de todas las clases sociales, depositaron dinero y joyas en iglesias y conventos, en virtud de la inmunidad que gozaban esos lugares, pero la fortaleza del Temple en París imponía más respeto y más seguridad, por la habilidad, prudencia y acierto de sus administradores financieros. Los templarios se ajustaban a una normativa clara y precisa: sólo se prestaba dinero a quienes tuviesen la suficiente solvencia en bienes y se exigían las garantías necesarias que hiciesen frente al préstamo, exactamente igual que en la actualidad —y mucho antes de que se pusieran en marcha los métodos de los primeros banqueros: los Médici—.

En la Casa Madre de París, los encargados «visibles» de la tesorería tenían contactos frecuentes y directos con el rey de Francia y eran miembros de la Comisión de Cuentas (comisión que tenía su sede en el recinto central del Temple), que controlaba a los funcionarios reales. Esta situación de dependencia era muy lógica, dado que el Reino de Francia estaba fuertemente endeudado con el Temple.

Nadie sabe qué fue de las riquezas no inmobiliarias o de terrenos (Champaña, Picardía, Artois, Flandes, Provenza, etcétera, etcétera), nadie sabe qué se cargó en los buques de la flota templaria de La Rochelle antes de hacerse a la mar, con rumbo

desconocido, la noche anterior a la proclama contra la Orden; tampoco se sabe por qué cuando las huestes de Felipe IV entraron en la Casa del Temple en París no encontraron ni joyas, ni dinero ni documentos comprometedores.

¿Cómo entender que desapareciera aquella complicadísima red financiera sin dejar rastro? Por fuerza deberían haber quedado restos de aquella enorme cantidad de documentos de préstamo y crédito, registros de propiedad, cesiones testamentarias y legados particulares, junto a dinero y joyas.

En los reinos hispánicos aún se conserva la documentación referente a las posesiones de la provincia templaria de Aragón, en el *Cartulario de Gardeny*. Se tiene constancia de sus posesiones de Espluga de Francolí y Vallfogona en Barberá, de Escarabat, Montlleó, Segriá, Torre de Bafes y Urgell en Gardeny, de Algás, Arnillas, Baibinum, Loreto y Ponpién en Huesca, de Algars, Gandesa, Gebut, Nonaspe y Torres de Segra en Miravet, de Armentera, Chalamera, Cofita, Estuche, Litera, Riveras y Zaidín en Monzón, de Cabañas y Razazol en Novillas, de Palau en Barcelona, de Arés y Chivert en Peñíscola, de Moncada en Valencia, etcétera.

Parece bastante extraño que esas encomiendas, de las que sólo se han citado algunas, junto a otras miles del resto de provincias templarias en otros países, no produjesen una gran cantidad de documentación financiera. Si esa documentación efectivamente no existía, habría resultado del todo imposible el necesario control de las actividades económicas.

Lo que ocurre, simple y llanamente, es que no sabemos dónde se hallan muchos de esos documentos, de la misma manera que no sabemos qué pudo ocurrir con las importantes sumas de dinero y joyas que se hallaban custodiadas en la Casa del Temple en París. Todo cuanto pueda decirse a este propósito no es más que fruto de la imaginación: los relatos novelescos y las hipótesis que se han propuesto hasta el momento no tienen un verdadero fundamento histórico.

No obstante, los hallazgos de arqueólogos e historiadores siguen generando expectación: en la francesa villa de Payns, a trece kilómetros de Troyes, se celebró una exposición (23 y 24 de octubre de 2004) en la que se presentaron algunas de las setecientas ocho piezas de plata halladas en la antigua encomienda templaria. Ese descubrimiento no es más que una ínfima parte de las posesiones del Temple en su tiempo.

La caída de los templarios, con el consiguiente expolio que sufrieron todas sus propiedades, no puede compararse con ningún otro desastre. No se trataba de una gran empresa que desapareciera por una gestión inadecuada o por mala administración; era, más bien, una potentísima nación en estado embrionario.

Es cierto que los templarios, perseguidos, expoliados y huidos de la Francia de Felipe IV *el Hermoso*, mantuvieron en España buena parte de sus privilegios económicos a lo largo de la primera mitad del siglo XIII, aunque esa privilegiada

posición se tornó inestable muy pronto. Las dificultades y las continuas restricciones que paulatinamente se imponían a sus derechos adquiridos con anterioridad propiciaron un fuerte incremento de la riqueza entre las autoridades eclesiásticas y principescas.

También es cierto que Jaime II, en 1307, no siguió las instrucciones que Felipe IV de Francia hizo llegar a todos los reyes de Occidente, en el sentido de arrestar a los templarios y apropiarse de todos sus bienes materiales. Tampoco se sumó a ello Eduardo II de Inglaterra. En todo caso, estos príncipes probablemente sólo esperaban el momento más oportuno para ejecutar el expolio contra el Temple.

De hecho, a principios de diciembre de ese mismo año de 1307, Jaime II reunió a los obispos de Valencia y Zaragoza, junto al inquisidor Juan de Lotgers, y les conminó a realizar una severa investigación sobre las actividades financieras templarias en su reino; también se planteó la posibilidad de incautarse de bienes y posesiones templarias —lo que le valió una reprimenda del papa Clemente V, que no deseaba que las actuaciones contra la Orden del Temple se le escaparan de las manos, como comenzaba a ocurrirle en Francia—. No olvidemos que la bula *Pastoralis praeeminentiae* (la que «oficializaba» el expolio) se emitió el 22 de noviembre de 1307, pero no llegó a Aragón hasta el 18 de enero de 1308.

No obstante, las instrucciones del rey Jaime II fueron claras y determinantes. Si bien en algunos casos, como Peñíscola y otras posesiones templarias al norte de Valencia, la incautación se llevó a cabo sin oposición alguna por parte de la comunidad templaria, no ocurrió lo mismo en otras, donde los caballeros templarios se hicieron fuertes, como en Villed y Castellote, que no cayó hasta el otoño de 1308; Miravet no pudo ser desalojada hasta diciembre de ese año y Monzón resistió hasta mayo de 1309.

No es que Jaime II acatara posteriormente las instrucciones del papa: el rey sólo pretendía que los bienes incautados permanecieran en poder de la Corona de Aragón y no pasaran a manos de Roma. (Los beneficios, tal y como había anunciado el pontífice, se emplearían en nuevas incursiones en Tierra Santa). El monarca aragonés tampoco quería que las posesiones templarias quedaran en manos de los hospitalarios, con el consiguiente peligro de fortalecer enormemente a otra orden de caballería; únicamente podría aceptarlo en el caso de que los hospitalarios estuvieran bajo la tutela real, en todas y cada una de sus actuaciones.

Los argumentos de Jaime II no podían sostenerse: los bienes templarios incautados en Francia pasaban a ser propiedad de la corona francesa, pero eso no podía ocurrir en España por una sencilla razón: los templarios estaban vinculados y sometidos al imperio político de Francia, donde residía la Casa de la Orden. La única manera de que el Reino de Aragón se apropiara de gran parte de las riquezas del Temple pasó por la posibilidad de que renaciera la antigua Orden de Montjoy —a la que se le entregaría Montesa como sede central—. Posteriormente, se optó por la Orden de Calatrava,

cuyos miembros fundadores serían aragoneses y se ceñirían a la antigua regla (de Calatrava), aunque pasarían a la supervisión del monasterio cisterciense de Grandelve. (Cfr. Heinrich Finke: *Acta Aragonensia*, 3 vols. Berlín-Leipzig, 1908-22).

La solución final —solución de compromiso, a todas luces—se adoptó en 1317, con la creación de una nueva orden militar con sede en Montesa (Valencia); esta orden adoptó la regla de Calatrava y se mantuvo bajo la dirección del maestre de Calatrava, aunque las decisiones operativas se tomaban conjuntamente con los superiores del monasterio cisterciense de Santa Creus.

Esta nueva orden se adjudicaría los bienes que la Orden del Temple poseía en Valencia y el resto sería repartido entre los hospitalarios y otras órdenes menores.

Es imposible saber qué hubiera ocurrido si la envidia y la avaricia no hubieran acabado con el Temple. Aquí sólo se ha presentado un pequeño resumen del nacimiento, desarrollo y caída de un imperio financiero que traspasó fronteras, que generó y distribuyó riquezas, que cultivó una Europa yerma, que aseguró los caminos y que construyó impresionantes fortalezas, catedrales, pueblos y ciudades.

No sabemos cómo sería el mundo hoy si la empresa templaria no se hubiera visto destruida, ni si sería como Tomás Moro o el dominico Tomás Campanella nos lo describieron, pero lo que es seguro es que sería un mundo bastante diferente.

FLORENCIO PASCUAL RODRÍGUEZ-VALDÉS (*Madrid, 1950*). *Licenciado en Filosofía y Letras, en Derecho y en Ciencias Económicas y Empresariales. Actualmente reside en Palma de Mallorca, donde ejerció como político. Investigador histórico especializado en la Orden del Temple, órdenes militares y masonería, fue miembro de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA y del consejo de redacción de Boletín Temple. Articulista y conferenciante, es también webmaster de Neloph, Estudios Templarios y Medievales.*

CAPÍTULO VII

Los enclaves templarios españoles.

Arquitectura y simbolismo

JUAN IGNACIO CUESTA MILLÁN

LA ARQUITECTURA SAGRADA

Podría parecer una obviedad afirmar que los arquitectos —más bien, los maestros constructores— egipcios del Imperio Antiguo (2575-2134 a.C.) poseían conocimientos en materia de arquitectura bastante avanzados, actualmente perdidos. Pero quizá esto no sea del todo cierto: en realidad, sus técnicas y métodos de construcción, y sobre todo los *principia* que les permitieron crear sus magníficos edificios, tras una lógica evolución, están presentes en algunas construcciones singulares que aún permanecen en pie en distintos lugares del mundo. Aquellos métodos y técnicas se aplicaron, principalmente, a recintos con función religiosa (ermitas, iglesias, templos, catedrales, etcétera) que se construyeron, sobre todo, en la Edad Media.

Puede parecer paradójico presentar una catedral gótica, una humilde ermita o un monasterio cisterciense como una evolución de las técnicas utilizadas en la construcción del templo de Abu Simbel (1270 a.C.) y, sin embargo, hay algunos elementos que están presentes en todos esos edificios: se construyeron siguiendo principios de la matemática y geometría sagradas.

Desde luego, existe una «arquitectura sagrada», pero esta categoría no sólo se refiere a las funciones religiosas para las que se utilizaban dichas construcciones, sino a los principios cognoscitivos con que fueron levantadas y que hunden sus raíces en la más remota antigüedad. En este capítulo se intentará dar respuesta a algunas preguntas imprescindibles para poder comprender el verdadero sentido de la arquitectura medieval: ¿de dónde proceden tales conocimientos? ¿Por qué surgen repentinamente, como de la nada? ¿Los transmitió algún ente superior? ¿Su naturaleza era física o metafísica?

La Biblia propone un relato pormenorizado de las obras del Templo de Salomón (Libro de los Reyes del Antiguo Testamento), y explica quiénes intervinieron en la construcción, de dónde procedían los materiales, cuáles eran las medidas del edificio y qué objetos sagrados debían custodiarse en el templo. Sin embargo, nada se dice de los fundamentos geométricos que inspiraron el edificio sagrado más importante para los judíos antiguos.

El investigador Javier Sierra sugiere algunos datos que podrían aportar algo de luz en este sentido: los hebreos fueron «liberados» por Moisés después de que Yahvé devastara el país del Nilo con diez plagas terribles. Pero el faraón se arrepintió casi inmediatamente y persiguió la gran caravana judía hasta el mar Rojo. Cabe preguntarse por qué el rey de Egipto actuó de ese modo. ¿Aquella alocada persecución se debía sólo a un deseo de venganza o se trataba de recuperar «algo» más importante? ¿Qué poseía Moisés que pudiera interesar tanto al faraón? Teniendo en cuenta que los judíos fueron los esclavos empleados en la construcción de los templos egipcios, ¿cabe suponer que el rey del Nilo trataba de impedir que los hebreos se llevaran los secretos arquitectónicos de su país? Si la respuesta es afirmativa, muchos enigmas posteriores tendrían una explicación más comprensible.

El Antiguo Testamento también explica que Salomón (I Reyes 3, 1) tomó por esposa a una hija del faraón, y la llevó a la «ciudad de David, hasta acabar de edificar su casa, la “casa de Yahvé” y las murallas de Jerusalén en derredor». ¿Formaban parte de su dote nuevos conocimientos de geometría sagrada, convenientes para la edificación que se iba a realizar? Poco más adelante, el texto bíblico narra el sueño que tuvo el monarca sabio en Gabaón, en el que Dios se le aparece en sueños y le da un «corazón sabio e inteligente» (I Reyes 5, 15). Y, además, tal y como hizo con Noé —al que Yahvé comunicó las medidas y la forma del Arca—, ¿no le dio también, imponiéndole el secreto, las instrucciones precisas para construir la Casa donde el ente superior espiritual había de ser adorado? (En este punto, tal vez sea necesario recordar que algunos grupos de iniciados de todas las épocas han utilizado la expresión «Gran Arquitecto del Universo» para referirse al Ser Supremo).

Las preguntas se acumulan cuando se trata de esclarecer las relaciones entre egipcios y hebreos, pero, de momento, es suficiente trazar una línea que une a los custodios de los secretos de templos y pirámides egipcios y a quienes elevaron los recintos sagrados hebreos. ¿Qué ocurrió después con esos conocimientos? Lo cierto es que en el mundo clásico también están presentes los principios geométricos que caracterizan toda construcción sagrada, de modo que parece existir una conexión entre las distintas culturas y civilizaciones mediterráneas que fija esos principios. Muy probablemente, aquellos conocimientos se transmitieron oralmente, de iniciado a iniciado, hasta los últimos años del Imperio Romano, cuando se extiende por Europa el oscurantismo que caracterizó la Alta Edad Media. Sin embargo, tal núcleo de sabiduría no se debió de perder del todo, porque podemos percibir su influencia en la aparición del arte románico, donde las proporciones sagradas se aplican de modo muy primario. En todo caso, los resultados fueron muy semejantes a los obtenidos en los centros ceremoniales egipcios y tenían valores idénticos para los oficiantes y los fieles.

Nada sucede por casualidad y alguien debió de intuir que las instrucciones dadas por Yahvé a los hebreos y las que habían recibido los sacerdotes egipcios directamente

de sus propios dioses probablemente estaban escondidas en algún lugar. Este hombre fue Étienne (Esteban) Harding, tercer abad de Cîteaux (1108-1133). El historiador Michel Lamy, en *La otra historia de los templarios* (Martínez Roca, Barcelona, 1999), lo presenta como un experto hebraísta que, trabajando en la obra de Salomón Rachi (1040-1105), debió de encontrar algún documento que permitía saber el lugar exacto en el que se encontraban ocultos tales conocimientos. Este lugar sería el subsuelo del viejo Templo de Yahvé: las conocidas «caballerizas de Salomón». Como se sabe, en esas «caballerizas» estuvieron alojados los Pobres Caballeros de Cristo: los futuros templarios. (Recuérdese que el rey de Jerusalén les cedió esas instalaciones en los años de las cruzadas). Y estos monjes-soldados, protectores y banqueros de los caminos de peregrinación —hacia Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela— son los impulsores de la construcción de muchas catedrales y otros edificios religiosos y militares.

Jerusalén era el lugar donde se reunían dos grandes rutas, por las que circulaban mercancías y conocimientos. En primer lugar, existía una vía de carácter religioso que, pasando por Roma, llegaba hasta Santiago de Compostela: era ruta de peregrinación, y en su parte occidental se llamaba Camino de Santiago o «Ruta Jacobea»; la segunda vía era esencialmente comercial, se dirigía hacia Oriente y se llamaba Ruta de la Seda. Los templarios se ocuparon de la protección de estas vías de comunicación y, asimismo, fueron custodios y transmisores de conocimientos. Eran los soldados místicos a los que San Bernardo —autor o inspirador de la Regla del Temple— llamó *miles Templi*: los soldados del Templo.

Por su parte, los musulmanes medievales estaban sometidos a una estructura muy semejante a la que se daba en la Europa cristiana: unidos en la religión y fragmentados en lo político. Las alianzas que tuvieron lugar en la época de las cruzadas entre unos y otros fueron sorprendentes. Los templarios, por ejemplo, tuvieron contactos muy directos y enriquecedores con los persas, fieles de Alá, pero enemigos de los árabes. También mantuvieron pactos de colaboración con gentes tan singulares como los seguidores de Hassan Sabah, el «Viejo de la Montaña», los conocidos *hashshashin* (consumidores de *hashish*, origen de la palabra ‘asesinos’), en su bastión, la fortaleza de Alamut. Este contacto, aparentemente contradictorio, proporcionó el conocimiento del uso de las plantas alucinógenas como amplificadores de los estados de conciencia cercanos al éxtasis místico. De hecho, los templarios fueron los introductores en las ceremonias religiosas iniciáticas de estos elementos químicos capaces de provocar estados alterados de la percepción. Aunque, desde luego, no se puede pretender que dejaran documentos escritos a propósito de esas prácticas. Cuando Guillermo de Nogaret «fabricó» razones para acusarlos de diversas herejías, utilizó como excusa este tipo de prácticas heterodoxas. Esgrimía argumentos sin base sólida, pero, evidentemente, «algo» había que decir para iniciar los procesos que llevaron a la

disolución de la Orden en 1312 y, dos años más tarde, para promover la ejecución de sus últimos grandes iniciados, Jacques de Molay y sus compañeros.

¿Acabaron así las actividades nacidas del ideario y descubrimientos del Temple? Por supuesto que no. Los templarios —y otras órdenes militares y religiosas— estuvieron presentes a lo largo de toda la «vía mágica» que moría en Finisterre (un poco más allá de Santiago) y dejaron una huella indeleble en diversos lugares de la geografía europea; lugares tan magníficos como Ponferrada, la *pons ferrata* romana.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO ARQUITECTÓNICO DEL TEMPLE

Hablar de que un recinto sagrado es un instrumento al servicio del aprovechamiento de las distintas energías latentes de la Tierra, puede plantearnos de qué clase de cosa estamos hablando. Hoy día sabemos con claridad que todo, absolutamente todo, no es más que energía que se manifiesta de diversos modos. La apariencia de solidez de la materia encierra a nivel atómico y subatómico una realidad bien distinta de la que podemos apreciar con sólo nuestros sentidos (aunque gracias a la abstracción hemos conocido la verdad). Pero habría que poner de manifiesto, antes de seguir adelante, que los pueblos y civilizaciones de la Antigüedad creían en la existencia de lugares o emplazamientos especialmente favorecidos por estas energías. Las construcciones megalíticas están situadas en lugares muy concretos, donde aquellos pueblos consideraban que las corrientes de energía telúrica adquirirían cierta intensidad. Los pueblos celtas llamaron a estas corrientes *wouivres* (serpientes) y situaron sus lugares sagrados allí donde dos «corrientes» se cruzaban.

En nuestros días, debemos al médico alemán Ernst Hartmann el descubrimiento de esta «red» que ya conocían nuestros antepasados y que utilizaron en su beneficio. También puede citarse a Manfred Curry, descubridor de otra «red» de similares características. Allí donde se cruzan dos líneas de Hartmann o de Curry se producen fenómenos beneficiosos o perjudiciales, tanto para objetos como para personas. A veces coinciden también con corrientes subterráneas de agua que potencian sus efectos.

El arte románico y las construcciones del período medieval, con toda su carga simbólica, se basan en parte en estos conocimientos ancestrales. Para que pudieran recuperarse esos conocimientos, hubo que superar las normas del romano Vitrubio (siglo I a.C.), que aplicó la matemática euclidiana a la realización de todo tipo de construcciones atendiendo al pragmatismo más duro. Se acababa así con métodos muy antiguos, como la elección de lugares «especiales» para emplazar los edificios sagrados (cruces de *wouivres*). Hasta que se produjo la difusión de los métodos vitrubianos, los lugares idóneos se elegían atendiendo a distintas circunstancias, como la presencia de energías sutiles, acontecimientos en los que una intervención

sobrenatural aseguraba su función, etcétera. Los ingenieros civiles y militares del Imperio Romano, por el contrario, buscaban otro tipo de características: fertilidad de las tierras, presencia de agua, capacidad defensiva, etcétera.

Con las invasiones sarracenas llegan a Europa los conocimientos de los místicos musulmanes (sufíes), que acompañan a los ejércitos de la expansión oriental. Las ideas son antiguas, pero novedosas para los cristianos de Occidente. En *El Pueblo del Secreto* (Sirio, Málaga, 1990), de Ernst Scott, se atribuye a esos místicos la introducción de elementos de presión, indirectos y discretos, capaces de cambiar el curso de la Historia. Y así lo hicieron. En primer término, reintrodujeron las viejas prácticas de elección de lugares, orientaciones astronómicas, etcétera. Y, por otra parte, promovieron un tipo de iconografía desconocida en Occidente, caracterizada por una abstracción y un hieratismo que recuerda la de los viejos templos egipcios. Esta iconografía se desarrolla en las prácticas arquitectónicas y en el simbolismo. Los monjes sufíes, aislados en núcleos cristianos tras la derrota de las tropas musulmanas en la Asturias altomedieval, enseñarían a los monjes cristianos las técnicas pictóricas (miniado) que habían practicado en las ilustraciones del Corán y que habían heredado de los artistas que decoraron las tumbas de los faraones y los templos orientales.

Los primeros productos de esta relación son los llamados «beatos»; el más importante es el famoso *Beato de Liébana* (c.786). (En realidad, se trata de los *Comentarios al Apocalipsis de San Juan* redactados por Beato, abad de Liébana, quien da nombre a este tipo de obras). Eran panfletos concebidos para aunar la fe de las gentes en contra del islam invasor. En ellos aparece una iconografía simple y esquemática, concebida para impartir la doctrina cristiana mediante explicaciones muy sencillas y fáciles de comprender. Sin embargo, se aprecia claramente la introducción de elementos procedentes de la cábala y la alquimia en la simbología románica. No hay más que observar un canecillo o un capitel de la época para percibir que el arte románico medieval tiene un contenido oculto. Parejas de aves, extraños monstruos, gestos burlescos... todo parece contener un mensaje y un significado que sólo puede entender el iniciado, cuya misión en la vida no es ser conocido, sino servir mejor a la Gran Obra de un Dios que no es exactamente como el que se predica en los púlpitos.

Hay una circunstancia que influye poderosamente en el desarrollo de ese arte misterioso románico. Se avecinaba la llegada del primer milenio y, con ello, el posible «fin de los tiempos» que se anunciaba en el Apocalipsis. Por eso las primeras manifestaciones de los artistas estaban orientadas a recrear ese cambio, ese Juicio Final que a partir del último día del año 999 había de llevar a todos a rendir cuentas en el Valle de Josafat. Sin embargo, no se dio ningún desastre especialmente relevante. Según las interpretaciones de los visionarios, Dios se habría calmado por la piedad de los hombres y gracias a la intercesión de los santos.

A partir de esos años, poco después de haberse superado el primer milenio, se

produce una singular expansión de la arquitectura sacra: en todos los pueblos y rincones de Europa comienzan a levantarse iglesias, catedrales y recintos sagrados. Y, además, reaparece un sentimiento en el que dos mujeres retoman una importancia que no tenían desde tiempos muy antiguos. Se trata de María, madre de Jesús de Nazaret, hijo de Dios, que empieza a ser importante de nuevo para los cristianos (retomando la Isis ancestral), y de María Magdalena, que tal vez fue esposa del nazareno y que se constituye como elemento necesario para la existencia de una dinastía sagrada (reencarnación de las *matres* célticas). Estas dos figuras femeninas aparecen frecuentemente como justificantes simbólicos de un modo de sentir y pensar que fue transmitido e implantado por los monjes-guerreros del Temple. La obra del monje franciscano Juan Duns Escoto (1265-1308), figura preeminente de la escolástica medieval, contribuye a este movimiento con su encendida defensa de la virginidad de la Madre de Dios.

El recinto sagrado evoluciona desde sus formas primitivas: el antiguo emplazamiento en el que confluían las energías de la Madre Tierra, cuyo acceso estaba restringido a los iniciados, se convierte en un instrumento al servicio de todos los fieles.

La iglesia, la ermita o la catedral románica ya no serán lugares donde la elite religiosa reciba los beneficios telúricos y energéticos del suelo que pise, sin que el pueblo llano pueda entrar a compartirlos. El Temple favoreció la difusión de estos beneficios y su propuesta se basaba en la idea de compartir el Reino de Dios, entre todos sus hijos. Se trataba de buscar un mecanismo capaz de beneficiar a todos. La Orden del Temple comienza a ejecutar todo lo aprendido durante su estancia en Tierra Santa y no duda en manifestar su apoyo incondicional a los *maestri*: los constructores de las catedrales góticas. El edificio sagrado deja de ser caverna mística para unos pocos y se convierte en un amplificador de energía capaz de repartirla entre todos los que tienen el privilegio de acceder a su interior. Y, por supuesto, el simbolismo cabalístico, alquímico y místico empieza a formar parte de las nuevas construcciones de un modo inequívoco.

Conscientes del peligro que representaba esta liberación, los obispos españoles deciden volver a la situación anterior, asustados tal vez por las presiones que podrían llevarles a renunciar a sus riquezas y corrupciones. Así, en el interior de la mayoría de las catedrales españolas se levantó el nefasto trascoro, un elemento contaminante que impide que el edificio cumpla su verdadera función y sirve, además, para separar nuevamente al clero de los fieles.

El Temple se había convertido en la organización religioso-militar más importante de todos los tiempos, pero la Iglesia se esfuerza en combatir algunas ideas que consideraba heréticas. Así, se convocan diversas cruzadas en contra de quienes pretenden seguir el mandamiento más odiado de Cristo: «Deja lo que tienes, entrégalo

a los pobres, y sígueme». En el Languedoc, los cátaros (puros) son perseguidos y llevados a la hoguera por el cruzado Simón de Montfort (1150-1218). Su último bastión, Montsegur, conocerá su exterminio irreversible. Tanto a los cátaros como a los templarios se les atribuye la posesión y custodia del Santo Grial.

En Europa —sobre todo en Francia— comienzan a construirse catedrales góticas, edificios inconfundibles que revelan la extraordinaria impronta que dejaron en ellos sus constructores. Hubo tres cofradías principales de maestros: los Hijos del Padre Soubise, organizados por los monjes cluniacenses, constructores de monasterios y abadías; los Hijos del Maestro Jacques, relacionados con el mítico Jacquin, autor de una de las dos columnas del Templo de Salomón (la firma inconfundible de estos maestros es el crismón, presente a lo largo de todo el Camino de Santiago). Por último, los Hijos de Salomón, protegidos e iniciados por templarios y cistercienses, crearán los fundamentos de la catedral gótica. Actualmente se les conoce como Compañeros de los Deberes de la Vuelta a Francia.

EL TEMPLE, CATEDRALES GÓTICAS Y ERMITAS

El arte gótico, según la historiografía oficial, suele extenderse desde el siglo XIII al siglo XVI, pero desde el primer cuarto del siglo XII empiezan a percibirse elementos que posteriormente caracterizarán este movimiento arquitectónico y artístico. El término «gótico» procede de la voz «godo», bárbaro. Los arquitectos renacentistas utilizaron ese apelativo para señalar su inferioridad respecto al estilo clásico, cuyo origen se remontaba a Grecia y Roma, con las normas establecidas por Vitrubio. Sin embargo, en los ambientes menos conformistas con las explicaciones ortodoxas hay otras opiniones al respecto. El enigmático Fulcanelli, alquimista contemporáneo y autor al parecer de *El misterio de las catedrales* (1926; edición en español: Plaza & Janés, Barcelona, 1969), compendio exhaustivo de las materias y operaciones de la *Opus Magnum* de los alquimistas, advierte que la voz *argótico* se refiere al modo en que se expresan quienes ocultan conocimientos, mediante lenguajes y símbolos incomprensibles para los no iniciados (o «adeptos», según les gusta nombrarse a los practicantes de la Gran Obra).

Se conoce con precisión el lugar y la fecha en que el arte arquitectónico gótico se revela en Europa, y por tanto cuándo y dónde podemos emplear la palabra «gótico» con propiedad. Se trata de la reforma que se hizo en 1137 para añadir una girola a la iglesia abacial de Saint Denis, el panteón real próximo a París. Esta reforma añadió un deambulatorio rodeando el altar mayor, empleando por primera vez columnas finísimas que aligeraban el conjunto. Curiosamente, el arquitecto utilizó un recurso misterioso, puesto que tal añadido se inspira en dos fuentes aparentemente innecesarias en Europa:

en primer lugar, parece que el maestro trató de representar sobre el plano la cruz «ansada» egipcia —cuya parte superior aparece redondeada y perforada, como un ojal—; y, por otro lado, tal vez quiso remedar el *Sancta Sanctorum* del Templo de Jerusalén, en el que los sacerdotes de Yahvé guardaban el Arca de la Alianza.

La arquitectura gótica se diferencia claramente de la románica en la construcción de los arcos: el tradicional arco de medio punto se eleva y se estiliza en el arco ojival. Las bóvedas de cañón se sustituyen por otras más ligeras, llamadas de crucería, y los gruesos muros se descargan para ser sustituidos por lienzos ligerísimos en los que se insertan vidrieras maravillosamente policromadas gracias a descubrimientos de los alquimistas. La grandeza y elevación de los templos góticos son posibles gracias al uso de arbotantes externos que soportan la carga de la bóveda.

Las catedrales se caracterizan por su apariencia de ligereza, elevación y amplitud. Chartres es, quizá, la más misteriosa de todas, por la cantidad de elementos que incorpora con funciones orientadas a la elevación espiritual del individuo. El laberinto que se representó en el suelo, por ejemplo, es una vía que hay que seguir para encontrar a Dios dentro de uno mismo. El templo gótico más luminoso de todos es, sin duda, la Sainte Chapelle parisina, de estilo *rayonnant*.

Los constructores de las catedrales, aleccionados posiblemente por iniciados versados en astronomía, quizá trataron de representar en la Tierra alguna imagen celeste. En *Las puertas templarias* (Martínez Roca, Barcelona, 2000), de Javier Sierra, podemos retomar una idea ya presente en la obra de Louis Charpentier *El enigma de la catedral de Chartres* (Plaza & Janés, Barcelona, 1976): según esta teoría, las principales catedrales góticas francesas estarían situadas en el suelo siguiendo la disposición de las estrellas de la constelación de Virgo. ¿Sabían algunos templarios de elite que en esos lugares se encontraban «puntos calientes» en cuanto a la evolución espiritual de la Humanidad? Es muy posible.

Respecto a la Orden de los caballeros templarios y su influencia en la construcción de las catedrales góticas europeas, cabe señalar algunas precisiones de importancia. En primer lugar, una organización de la envergadura del Temple, con muchos miles de hombres implicados en diversas tareas, estaba fuertemente jerarquizada. Cuando se habla de «iniciados», de los poseedores de conocimientos singulares, se está haciendo referencia a los maestros y a otros miembros destacados. Sólo esos personajes relevantes participaron en las ceremonias que se celebraban, supuestamente, para transmitir órdenes y conocimientos adquiridos por monjes especialmente comisionados para estas tareas. La «clase de tropa»: los caballeros comunes, los sargentos, los escuderos y otros sirvientes y donados no estaban al corriente de los grandes secretos, pero las prácticas piadosas a las que les obligaba la asunción de la Regla creaban el ambiente necesario para la Gran Obra de sus superiores. Por otro lado, es imposible saber cuántos fueron estos «iniciados», pero forzosamente no debieron de ser

demasiados. De hecho, la persecución iniciada por Felipe IV *el Hermoso* (1268-1314), con el único fin de saquear sus tesoros, se centró solamente en un grupo muy reducido de miembros destacados, encabezados, como se sabe, por Jacques de Molay.

El Temple ordenó construir toda clase de edificios, no sólo catedrales y recintos sagrados, sino también otros relacionados con la defensa. Entre los edificios civiles pueden destacarse los castillos, en los que se realizaban labores de vigilancia de caminos y control de los movimientos militares sarracenos.

Los caballeros del Temple estaban sometidos a una regla estricta y en muchas ocasiones se veían obligados a buscar lugares adecuados donde pudieran celebrar sus capítulos. La cercanía entre ellos y el Císter debió sustanciarse en una colaboración estrecha entre ambas organizaciones. La presencia de ciertos signos lapidarios de carácter singular, en lugares recoletos cistercienses, permite pensar que allí se celebraban sus ceremonias más secretas. Por ejemplo, en el monasterio de Bonaval, en una zona inhóspita —pero muy especial— de la actual provincia de Guadalajara. Se trata de un lugar cuyo carácter telúrico singular es perceptible incluso en la actualidad. Los templarios probablemente utilizaron también los monasterios cistercienses como hospitales o lugares de reposo.

Aunque se describirá el monasterio de Bonaval en la parte dedicada a algunos edificios singulares del Temple, hay que hacer mención en este punto de uno de los más importantes. La mal llamada ermita protogótica de San Bartolomé (siglo XIII), situada en el magnífico paraje soriano conocido como Cañón del Río Lobos (fig. 9), junto al pueblo de Uceró (donde existen las ruinas de un castillo templario), constituye uno de los edificios más enigmáticos y mágicos de todos cuantos edificaron los hermanos del Temple. A pesar de su aparente sencillez, es todo un muestrario de simbología y marcas de cantero; pero, sobre todo, es un ejemplo más que evidente del empeño que pusieron los constructores en buscar emplazamientos especialmente idóneos y adecuados para aprovechar las corrientes energéticas de la Tierra. Además, la cercanía de la conocida como Cueva Grande, con restos prehistóricos que hacen referencia a configuraciones astronómicas y trazas de haber sido utilizada como celda de meditación, permite abundar en todas estas ideas.

LA INFLUENCIA DE LA CÁBALA.

FUNDAMENTOS DE UNA CONSTANTE UNIVERSAL

¿Cuáles son los fundamentos de la arquitectura sagrada?

Los conocimientos adquiridos por el Temple durante las cruzadas abarcaban distintas materias, prácticas y espirituales. Una de ellas fue la cábala, o la mística de las relaciones numéricas descubierta por los sabios hebreos. Por ejemplo, 10 son los

sephirot, un modelo del Hombre, a la vez que del Universo. El 10 también es el número presente en toda la arquitectura que fomentaron los caballeros templarios. En el 10 está contenido el 8, el número presente de algún modo en pilastras (Bonaval), torres (Torres del Río), las bases de la Vera Cruz segoviana (que evolucionará hasta el 12 para asemejarse al Santo Sepulcro), la planta de Eunate, etcétera. Un 8 que se enriquece con el 1, que es la «linterna de los muertos» o cámara mística presente en todos estos edificios, lugar de gran potencia donde llegar a los últimos grados de iniciación. Y se llega al 10, añadiendo otro elemento más, como es el «centro místico» o lugar dedicado a la «ceremonia sagrada». Con todos los símbolos del «centro místico» se intenta dar al hombre el sentido del «estado paradisíaco» primordial y enseñarle a identificarse con el Principio Supremo (Cfr. René Guénon: *Aperçu sur l'Initiation*. Éditions Traditionnelles, París, 1946). Este centro es lo que Aristóteles denominó «motor inmóvil» y Dante «L'Amor que muove il sole e l'altre stelle» (Cfr. René Guénon: *L'Ésotérisme de Dante*. Charles Bosse, París, 1925). Por eso, la tradición hindú dice que Dios se halla en el centro, allí donde los radios de una rueda se juntan con el eje (Cfr. Marius Schneider: *La danza de espadas y la tarantela*. Instituto de Musicología, Barcelona, 1948).

El *tetraktis* griego (Pitágoras) era un juego simbólico en el que también participaban los números: $4 + 3 + 2 + 1 = 10$; y $1 + 0 = 1$. En fin, la unidad como suma gemátrica de una serie tan sencilla como sorprendente: desde los cuatro elementos de la creación (tierra, agua, aire y fuego) se desciende hasta el mismo Dios.

El arte de los números y la palabra geometría nacieron en Egipto, cuando los expertos astrónomos evaluaron los tiempos de acuerdo con un interés práctico y mágico a la vez: cuando las inundaciones del Nilo transforman las dimensiones de los campos de labor que tienen que ser establecidas anualmente. La comprensión matemática de la Naturaleza les permitía vivir y orar.

Los números contenían el poder mágico de las medidas y el Universo se organizaba conforme a las proporciones armónicas. La relación perfecta para medir es el Teorema de Pitágoras: en un triángulo rectángulo, el cuadrado de la longitud de la hipotenusa (a) es igual a la suma de las longitudes de los cuadrados de los catetos (b , c): $a^2 = b^2 + c^2$; expresado numéricamente: $(3 \times 3 = 9) + (4 \times 4 = 16)$. $(5 \times 5 = 25)$; $9 + 16$ es igual a 25. Magia, pura magia.

La «magia» de los números también puede apreciarse en la famosa «serie de Fibonacci», tan sorprendente como lógica: 1 ; $1+1=2$; $2+1=3$; $3+2=5$; $5+3=8$; $8+5=13$; $13+8=21$... Todo número obtenido, dividido por el anterior tiende a acercarse a la proporción áurea: 1,618, el número sagrado, *Phi*. El número sagrado o de oro es la base de la proporción armónica, por ejemplo, las relaciones entre las frecuencias de las notas musicales.

Pero no debe entenderse que *Phi* es un número, sino, más bien, una relación de

proporción presente en toda la arquitectura sagrada a partir del siglo VIII, cuando fue incorporada por la llegada a España de matemáticos árabes y hebreos.

A lo largo de la historia, *Phi*, el número de oro o número áureo, ha representado, para las personas que lo han conocido, la belleza, la magia, la perfección, lo divino. ¿Por qué?

«Estamos en el siglo VI antes de Cristo.

»Pitágoras, huyendo de Polícrates, el tirano que reinaba en la isla griega de Samos, se establece en Crotona, Italia, y funda la “Hermandad Pitagórica”, una escuela de filosofía y matemáticas, una especie de secta de la que él era el gran maestro.

»Trataban de explicar la vida mediante números, de ahí que el principio básico de la hermandad fuera: “Todo es número”. Se comunicaban mediante un símbolo secreto: la estrella de 5 puntas, que se obtiene trazando las diagonales de un pentágono regular.

»Estudiándola descubrieron que, si divides en cualquier pentágono regular el valor de la diagonal entre el valor del lado, el número que obtienes es siempre el mismo, 1,61803.

»Habían encontrado el número de oro, al que nosotros llamaremos *Phi* en honor al escultor Fidias, que tanto lo utilizó, y representaremos con la letra griega ϕ , la inicial del nombre de “Phidias” en griego.

»Pero algo les desconcertó: hasta entonces, todos los números conocidos podían expresarse como un cociente entre dos números naturales, ese número no.

»Era inexplicable para ellos, atentaba contra su propia concepción del mundo, así que incluso decidieron ocultarle a la sociedad que habían descubierto un nuevo tipo de números, los números irracionales». (CNICE-Ministerio de Educación y Ciencia de España).

La «proporción sagrada» comienza a revelarse por vez primera en Occidente en las ermitas visigodas, que luego incorporarían elementos mozárabes. (Santa María de Melque es un buen ejemplo: curiosamente, este templo está situado a unos tres kilómetros del castillo templario de Montalbán) (figs. 10 y 11).

Las iglesias y ermitas prerrománicas donde la proporción funciona como un «amplificador» de las energías latentes de la Tierra son aquellas que se construyeron en el reino que se sublevó contra la invasión árabe. Se trata de templos que pertenecen al llamado período ramirense (por el rey Ramiro I, 842-850): Santa Cristina de Lena, San Julián de Prados, Santa María del Naranco, San Juan de Lillo, etcétera.

Una vez superados los temores apocalípticos del final del primer milenio, y visto que nada terrible había ocurrido ni «la Bestia» se había manifestado, la iglesia ramirense evoluciona incorporando la iconografía de los «beatos», pero, esta vez, en

capiteles, canecillos, arquivoltas y tímpanos. Así se llega a la implantación del románico, apoyado tanto en España como en Francia por los monjes de Cluny.

A partir de este momento, la proporción empieza a cobrar gran importancia a la hora de construir recintos sagrados. Aún no se ha iniciado la aventura de las cruzadas y, por lo tanto, tampoco han entrado en escena Hugo de Payns, Geoffrey de Saint-Omer y sus compañeros. Sin embargo, alguien muy relacionado con los futuros templarios comienza por aquellos años a utilizar los conocimientos ocultos de la cábala para crear una nueva concepción del recinto sagrado como instrumento al servicio del espíritu, esta vez, en el seno del cristianismo. Étienne Harding, gran experto en «gematría» (método de análisis numérico de la cábala), convence a Bernardo de Clairvaux (1090-1153) de la necesidad de modificar el sistema tradicional de construcción. El santo de Clairvaux, personaje fundamental en el desarrollo de arquitectura sagrada gótica, llegó a afirmar: «No debe haber decoración, sólo proporción». De hecho, las abadías cistercienses se concebían como «resonadores»: la acústica contribuía poderosamente a cargar de energía espiritual a los oficiantes que, mediante cantos monofónicos, imitaban los coros celestiales.

Éste era el ambiente que propiciaría la aparición del arte gótico. Pero, si San Bernardo pensaba de ese modo, ¿cómo es posible que las iglesias y catedrales góticas se transformaran en verdaderas bibliotecas de simbología alquímica y cabalística, creando una de las manifestaciones pictóricas más ricas y sugerentes de todos los tiempos? La respuesta es obvia: gracias a la intervención de los templarios iniciados, poseedores de conocimientos ocultos adquiridos durante las cruzadas.

SIMBOLISMO ROMÁNICO Y GÓTICO

Es difícil confeccionar un inventario de toda la simbología románica y gótica en un espacio reducido, pero pueden hacerse algunas consideraciones al respecto y describir algunos casos especialmente relevantes y desconocidos.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que los elementos iconográficos románicos ya incorporaban referentes alquímicos muy primitivos, tanto en canecillos como en capiteles. Se encuentran mezclados con las representaciones religiosas tradicionales, destinadas a difundir las enseñanzas cristianas entre los catecúmenos que esperaban en los atrios a ser admitidos al interior del recinto sagrado. En la iglesia de San Miguel de Beleña de Sorbe (actual provincia de Guadalajara), por ejemplo, junto a las «santas mujeres» y Adán perseguido por animales monstruosos, podemos encontrar un «mensario» (grupo artístico con la representación de los meses), que comienza con un San Miguel Arcángel y termina con un «negro» (una de las denominaciones que recibió el Bafomet, al que se supone que rendían culto los templarios). Lo que aparentemente

se propone como una representación de las labores propias de los doce meses del año, en realidad, es un símbolo de la obtención del «oro espiritual», mediante la realización de las operaciones requeridas y aplicando la obediencia a los mandatos divinos. Ese «oro espiritual» era también la meta de los alquimistas. En esa misma iglesia de Beleña de Sorbe puede advertirse una marca de cantero singular y única: un compás. Sólo se han hallado dos representaciones de este tipo en la época, lo que constituye un verdadero misterio y un precedente de la futura simbología masónica.

La temática representativa de estos siglos es muy rica: pueden encontrarse algunos motivos inequívocos, por ejemplo, un hombre y una mujer juntos en un canecillo. Esta imagen simboliza dos elementos de naturaleza opuesta que tienen que «copular» para transmutarse en un tercero mucho más noble. También pueden observarse cabezas de animales monstruosos, como defensores del espacio celestial que simboliza el tejado del edificio. Cuando aparece un lobo, por ejemplo, podemos hablar de la firma de un cantero, puesto que los constructores se identificaban mediante este animal. Algunos personajes aparecen en actitudes burlescas, como en Andaluz (actual provincia de Soria), o realizan actos marcadamente sexuales, como en la colegiata de Cervatos (Cantabria). La presencia de «barriles» es también muy significativa, puesto que éstos son referentes del recipiente donde se guarda el «disolvente universal», necesario para transmutar los metales. Existe una gran cantidad de elementos que pueden ser simplemente ornamentales, aunque no se puede descartar que su autor les dotara de cierto significado que aún no ha podido interpretarse. Las representaciones de músicos aparecen frecuentemente, tocando instrumentos de la época o como si estuvieran cantando. Hay que tener en cuenta que la mayoría de las composiciones musicales de aquellos años están orientadas a conseguir la elevación espiritual mediante el concurso de la «energía acústica». El canto monofónico masculino, por ejemplo (mozárabe, gregoriano, ambrosiano), tenía —y tiene— una extraordinaria capacidad para provocar aperturas conscientes, tanto en los ejecutantes como en los fieles asistentes. También deben señalarse algunos elementos decorativos en los que aparecen los signos del zodiaco. En algún caso encontramos un crismón, un criptograma sagrado que, como se ha referido, es la firma de los Hijos del Maestro Jacques.

En cuanto a los capiteles, las representaciones abarcan un amplio muestrario de escenas bíblicas, monstruos (arpías, serpientes), animales en parejas (lobos, aves), motivos vegetales —algunos de ellos tan singulares como los conocidos «hombres verdes», vegetales antropomorfos conectados con los ciclos de las estaciones (en la catedral de Chartres hay más de setenta, de estilo gótico)—, decoraciones geométricas de todo tipo y acabados de muy diferentes calidades. Muchos de estos motivos son claros referentes alquímicos, al igual que ocurre en los canecillos.

Pero la simbología alcanza grados sublimes particularmente en las arquivoltas, algunas tan impresionantes como la de Santa Marina del Rey, en Atienza (Guadalajara),

donde podemos encontrar varias representaciones de monjes-guerreros, posiblemente templarios. En la misma localidad, en la ermita de Nuestra Señora del Val, aparecen unos personajes curiosos, los saltimbanquis, personajes grotescos de oscuro significado, aunque algunos expertos piensan que se trata de una advertencia para que quienes ejercían este oficio no entrasen en el recinto sagrado.

Toda la simbología románica, hierática, sencilla, esquemática, desaparece casi repentinamente con la llegada del arte gótico, mucho más rico y sofisticado, y en el que los referentes alquímicos son abrumadores. En *El misterio de las catedrales*, Fulcanelli explica que las representaciones medievales acuden frecuentemente a la imaginería de personajes equívocos. San Cristóbal, por ejemplo, no es exactamente el santo del que habla la leyenda. (La tradición suponía que San Cristóbal cargó con el niño Jesús cuando éste le pidió ayuda para cruzar un río). Este santo es el *crístóforo*, el «portador del oro», el mercurio necesario en las primeras operaciones de la Gran Obra, el *nigredo* (*ennegrecimiento* de la materia o primera etapa del proceso alquímico, también llamado melanosis).

En estos edificios de proporciones sagradas nacidas de las transmutaciones del *Phi* todo está al servicio del simbolismo espiritual, del «verdadero oro» que busca quien quiere avanzar en el camino del conocimiento. La elevación casi mágica del interior de las naves, donde unas columnas finísimas sostienen el espacio celeste de la bóveda, la atmósfera de quietud donde la calidad vibratoria es perfectamente perceptible, la luz que se filtra desde las vidrieras... Todo ello es un símbolo del Reino de Dios al que todo hombre debe tender. Las condiciones acústicas de estos lugares permiten percibir la vibración fundamental generatriz que late en el Universo, el *om* que describen los sabios orientales: la semilla de todo cuanto existe.

Las representaciones alquímicas están presentes en todos estos templos góticos y en cada rincón. Las vidrieras, por ejemplo, presentan tonalidades azules, verdes y rojas que sólo pudieron obtenerse a partir de los trabajos que se desarrollaron en busca de la ansiada «piedra filosofal», capaz de convertir materia grosera en oro.

Sin embargo, la auténtica transmutación es la que obtiene el adepto mediante el concurso del espacio mágico y su dotación de elementos necesarios. La catedral gótica no es sólo lugar de reunión, de alabanza, de celebración de ritos religiosos, también es un gran laboratorio donde el espíritu puede elevarse con más facilidad por encima de lo grosero, lo sucio o lo bajo. Los añadidos posteriores, como capillas, tumbas, altares más o menos abigarrados, disminuyen y disimulan su verdadera función. Los místicos que impulsaron su construcción desde las filas del Temple perseguían fines muy distintos de los que estos lugares han adquirido posteriormente.

La cábala, mediante la gematría, fue utilizada profusamente. El número, que no es evidente sino para los «iniciados», aquellos que poseen conocimientos especiales, está presente en cada rincón, con su poderoso y mágico significado. Aunque no falta quien

lo niegue, la ciencia sagrada de los números, creada por los sacerdotes hebreos, es la base de la catedral gótica.

El criptograma sagrado forma parte del entramado simbólico: una cruz extraña, como fuera de su lugar natural, un báculo que se transforma en serpiente, un dragón que se come a la luna... Todos estos símbolos encierran un mensaje para quien lo puede ver y conocer.

EDIFICIOS DE INFLUENCIA TEMPLARIA EN ESPAÑA

A continuación se propone el estudio de algunos edificios templarios erigidos conforme a los cánones de la «arquitectura sagrada». El recorrido comienza en la conocida como meseta cristalina, en la provincia de Toledo.

El castillo de Montalbán y la iglesia de Santa María de Melque

En el siglo XIII, estos lugares se configuraban como la frontera entre moros y cristianos, y fueron los monjes-soldados quienes se ocuparon de la protección de la zona. La primera actuación, naturalmente, fue construir uno de los más grandes castillos españoles, Montalbán, con dos impresionantes torres albarranas que se recortan en el horizonte como dos gigantes inexpugnables.

Muy cerca del castillo está La Puebla de Montalbán, que a la sazón contaba con una judería muy importante. Así pues, no es descabellado pensar que la cábala esté presente en la fenomenal estructura de la fortaleza, en la que pueden apreciarse perfectamente proporciones sagradas a pesar de su función militar. Tal vez aquellos vecinos «especiales» tuvieran alguna parte en la construcción del castillo. La presencia de marcas de cantero muy características en casi todas las piedras de la fábrica señala directamente a sus enigmáticos constructores.

Poco se sabe de la historia de la fortaleza en aquellos años. Tras la disolución de la Orden, Alfonso XI la cede a don Alonso Fernández Coronel, que la pierde en 1353 a manos de Pedro I *el Cruel*. Éste ocupó el castillo con su concubina María de Padilla, a la que luego dejó abandonada en aquel lugar. En 1420, Leonor de Aragón se convierte en la nueva inquilina. Juan II resistió en esta fortaleza el asedio del infante Enrique de Aragón y se cuenta que los cercados tuvieron que comerse los caballos para poder sobrevivir; acudió en su ayuda el condestable don Álvaro de Luna, que puso fin al asedio y que recibió, como recompensa, la titularidad del castillo. Cuando este nuevo dueño cayó en desgracia, pasó a manos de su esposa, doña Juana Pimentel. En 1453, el baluarte queda en posesión de Juan Pacheco, por orden de Enrique IV. Otros dueños posteriores fueron Alonso Téllez Girón y Diego López Pacheco. Los dueños actuales son los duques de Frías, Uceda y Osuna.

Aproximadamente a tres kilómetros del castillo se encuentra un lugar sagrado que ha suscitado alguna polémica: la iglesia de Santa María de Melque. Según el historiador Luis Caballero Zoreda, es obra de los visigodos en el siglo VII. Según otros autores (Manuel Gómez-Moreno, Vicente Lampérez, Valcárcel y Cedillo), el templo fue construido por los mozárabes entre los siglos IX y X. La tipología de la iglesia, semejante a San Miguel de Celanova, Santiago de Peñalba y San Miguel de Escalada, abona la segunda hipótesis, propugnada por Cedillo, pero la estratigrafía y las similitudes con Santa Comba de Bade, San Pedro de la Nave, Quintanilla de las Viñas y Santa Lucía del Trampal remiten a su origen visigodo.

En todo caso, es muy posible que el Temple estuviera muy interesado en custodiar aquellas tierras, precisamente, por la existencia de aquel santuario. (Hasta hace muy pocos años, por cierto, se utilizaba como almacén de trastos por parte de un ganadero). Según una leyenda de la comarca, hay una galería subterránea que va desde el castillo hasta la iglesia; en el relato se afirma que los caballeros templarios escondieron sus tesoros en ese pasadizo tras la disolución de la Orden. Los lugareños cuentan algunas anécdotas que confirmarían la tradición legendaria. Una mujer decía que su padre «llevaba a pastar los corderos cerca del castillo y que, algunas veces, le desaparecía alguno. Luego, llegando a la iglesia, lo encontraba saliendo de una cueva cercana».

En el interior del templo hay un pozo profundo, que parece tener continuidad por una galería aneja; puede que ese subterráneo llegue incluso hasta el impresionante barranco del río Torcón, a la espalda del castillo.

Estas tierras son duras, inhóspitas. ¿Qué había en aquel lugar que pudiera interesar a tantos grupos humanos durante tanto tiempo? ¿Estamos de nuevo ante un caso de ubicación idónea para lugares sagrados? Antes que visigodos, mozárabes y templarios, este emplazamiento fue ocupado por los romanos: la existencia de hasta cinco presas de almacenamiento de agua prueba el interés del Imperio en esta zona. Algunos expertos piensan que se trataba de piscifactorías para salazones; otros opinan que los estanques se utilizaban como lavaderos de mineral.

Ponferrada y el Valle del Silencio

Lo primero que salta a la vista cuando entramos en el castillo templario de Ponferrada (siglo XI), es una cruz *Tau*. A pesar de ser una edificación de fines poliorcéticos (defensivos), cada detalle original demuestra que en sus piedras se labraron contenidos de otro tipo. Según Juan Pedro Morín Bentejac y Jaime Cobreros Aguirre, en *El Camino iniciático de Santiago* (Ediciones 29, Barcelona, 1993) los griegos consideraban esta letra como un símbolo de inmortalidad. Los visigodos, que fijaron su capital en Taulede (Toledo), indicaban con la *Tau* los lugares sagrados, y los templarios la emplearon para significarse con ella. (La capital templaria en Portugal era Tomar, o sea, *Tau do mar*).

El castillo de Ponferrada (fig. 12) está construido de acuerdo con la disposición de algunas estructuras astronómicas, reflejando en la Tierra lo que aparece en el cielo. Louis Charpentier explica que los lugares elegidos tenían que estar cerca de frondosos bosques que les proporcionaran combustible suficiente para calentar las innumerables estancias de aquellas imponentes moles. La masa forestal no escasea en el Bierzo, y a los pies de las montañas sagradas celtas —la Aquiana o montes Aquilianos— se extienden grandes extensiones boscosas. Además, desde este bastión se dirigían diversas actividades, como la obtención de salazones de pescados y, sobre todo, trabajos de minería. Cerca de Ponferrada están Las Médulas (antiguas minas de oro), que ya habían sido explotadas por los romanos para obtener el preciado metal mediante el procedimiento de *ruina montium*. No se puede descartar que los templarios también obtuvieran este metal en esa zona, así como hierro para fabricar sus armas.

La técnica del *ruina montium* consistía en dirigir fuertes corrientes de agua sobre las montañas cargadas de oro; el barro resultante se conducía después hacia los lavaderos, donde se tamizaba y se obtenían las pepitas. Así se creó el singular paraje de Las Médulas, actualmente englobado en la categoría de Patrimonio de la Humanidad. La novelista Matilde Asensi sitúa en ese lugar uno de los centros ceremoniales de los antonianos —cuyo emblema era la cruz *Tau*—, una orden cercana al Temple fundada por San Antonio Abad, el único santo de origen egipcio y que se representa en la baraja del tarot como «El Eremita».

Ponferrada tiene muchos elementos mágicos y sagrados que se pueden leer como «signos de reconocimiento». Por ejemplo, su triple muralla, la Rosa de los Iniciados —en su entrada, frente a un Bafomet—, innumerables representaciones de la cruz *Tau*, etcétera. El castillo tiene doce torres diferentes, que representan los signos del zodiaco. (El sistema zodiacal debió de tener mucha importancia en esta región, como puede comprobarse en la entrada principal de la colegiata de San Isidoro de León).

Uno de los aspectos más llamativos del Bierzo es su tendencia histórica hacia el misticismo. Es una zona que ha sido escogida por numerosos individuos y congregaciones como lugar adecuado para recogerse en meditación y alcanzar estados de éxtasis. Muy cerca de Ponferrada está el monasterio benedictino de San Pedro de Montes, que precisamente gozó su época de máximo esplendor en tiempos de los templarios. El canto gregoriano se escuchaba permanentemente, resonando en los tranquilos valles bercianos.

Debe mencionarse también el Valle del Silencio, situado muy cerca del pueblo de Peñalba de Santiago (fig. 13), donde San Genadio fundara un monasterio en el siglo x. Este eremita, que pasó gran parte de su vida en una cueva, reunió en aquel cenobio a todos los ascetas que andaban dispersos por aquellos montes. También en este pueblo existe una magnífica iglesia mozárabe. No es casualidad que esta región se conozca

como la Tebaida Berciana, recordando a los numerosos ascetas que hubo en la región, por ejemplo, Pacomio, Palermón y Antonio.

Decir que un castillo es un edificio sagrado puede parecer algo fuera de lugar y una tremenda exageración, pero el análisis de estas construcciones adquieren matices distintos cuando se observa una intención manifiesta de que los iniciados fueran capaces de reconocer ciertos mensajes sutiles, confeccionados en cierto modo para ser comprendidos a lo largo de toda la Historia. Los templarios dejaron esas señales sólo para que pudieran entenderlas las personas adecuadas. Es difícil negar que los monjes que «iban en pareja en el caballo» tenían motivos e ideas bastante elevadas. Ponferrada lo prueba con creces.

La ermita de Eunate y su entorno

Uno de los antros iniciáticos más importantes de la península Ibérica es el monasterio de San Juan de la Peña (siglo X). (También es lugar principalísimo en la «vía mágica» de Compostela). Primero fue caverna-útero de la Madre Tierra, donde el poder telúrico se manifestaba con singular fuerza. De él se benefició un anacoreta de nombre desconocido, cuando el emplazamiento se llamaba San Juan del Monte Pano. Luego fue santuario mozárabe y, después, monasterio cluniacense. Aquí se guardó temporalmente el Santo Grial que se conserva en Valencia, tallado en una pieza de ágata. Fue donado por San Lorenzo a San Veremundo; el cáliz se trasladó más adelante a Montserrat, la montaña sagrada y, por extraños designios del destino, en la actualidad descansa junto al Mediterráneo. Sin embargo, como se sabe, la búsqueda del Grial transformaría simbólicamente el término a partir del siglo XII, adquiriendo un significado iniciático totalmente distinto del que remitía a un objeto puramente material.

Todo el complejo arquitectónico de San Juan de la Peña (actual provincia de Huesca) aprovecha una gruta de la montaña, lo cual convierte el lugar en un santuario fuertemente telúrico y primitivo (como Covadonga o La Balma). Los añadidos posteriores se han ido adaptando a las oquedades de la pared rocosa, de forma que se aprovecha todo el conjunto para orientarlo al crecimiento espiritual. El claustro románico, con sus hermosos capiteles de animales fabulosos, escenas de la vida de Cristo y elementos alquímicos, adquiere a la luz del atardecer una atmósfera vibratoria de sacralidad de la que pueden presumir muy pocos lugares del mundo. Charpentier cuenta que el capitel que representa al castillo de Herodes no es sino un atanor de alquimista. También podemos encontrar aquí la mayor colección de crismones existente. Y, por supuesto, como todo edificio armonizado según las proporciones de la arquitectura sagrada, es última morada de quienes lo consideraron puerta idónea de acceso al Más Allá. El peregrino espiritual puede disfrutar de una fuente de agua pura que brota de la roca, tras arrancar al subsuelo toda su fuerza, como ocurre en San Baudelio de Berlanga, en Sopetrán, en El Escorial, y en tantos otros lugares

«especiales».

Siguiendo el camino jacobeo, cerca de Puente la Reina (Navarra), se eleva, con un porte nobilísimo, otro de los edificios sagrados más importantes del Camino de Santiago: el monasterio de Leire (siglo IX). Su cripta es todo un prodigio de imitación de la caverna natural donde los oficiantes de los ritos prehistóricos dejaron su impronta con dibujos imposibles de perfeccionar, a pesar de que fueron realizados hace 15.000 años. Sus columnas, de fuste cortísimo, hacen pensar que sus constructores buscaban la intimidad del contacto con la Tierra, buscando un más intenso aprovechamiento de su actividad potencial. Más que una cripta, es un receptáculo mágico desprovisto de todo ornamento. Aquí nada distrae la atención del verdadero objetivo: comprender, iniciar un viaje interior para encontrar la verdadera naturaleza del individuo; tal parece ser la última y principal función de la arquitectura sagrada, bien conocida por los «custodios del Camino». En sus paredes queda todavía el recuerdo de uno de esos personajes que también sacralizan cuanto «tocan», San Virila, el legendario abad del monasterio en el siglo IX, cuyos restos se trasladaron luego a la catedral de Pamplona.

El tercer destino de este recorrido es el más importante, si esto es posible: la iglesia de Santa María de Eunate (siglo XII), en Navarra. Este extraño santuario provoca en el viajero una extraña sensación de estupor. A primera vista, todo es irregular: se trata de un edificio de rara apariencia, decididamente heterodoxo. Ningún otro recinto sagrado se le parece, salvo el Santo Sepulcro y la mezquita de Al Aqsa de Jerusalén. Su forma es octogonal, con paredes de distintos tamaños. La arquería que rodea el cuerpo central, sin trazas de haber nunca soportado un techo, semeja un esqueleto pétreo que parece fuera de lugar y con una función desconocida y extraña. El peregrino tiene la sensación de encontrarse ante una puerta sagrada que se abre a dimensiones desconocidas, aunque bien estudiadas por quienes mandaron levantarla.

Al igual que el castillo templario de Ponferrada, la ermita de Nuestra Señora de Eunate responde en su estructura a una relación con la disposición de los cuerpos celestes, como los restos megalíticos de Stonehenge (Reino Unido). ¿Por qué? Porque el hombre medieval siempre está dispuesto a mirar hacia arriba. Dice el principio más solemne de la sabiduría hermética: «Lo que está arriba es como lo que está abajo». Y dice el Evangelio: «Lo que atares en la Tierra, será atado en el Cielo». La «arquitectura sagrada» lo es porque es una forma de llevar a la materia las proporciones armónicas presentes en el Universo, tanto en el macrocosmos, como en el microcosmos.

Eunate es una imagen del alma. El ocho —la ermita es octogonal— es el número generatriz que suma cabalísticamente dos unidades más para llegar a la unidad perfecta. Es el mejor ejemplo del edificio templario por antonomasia. La proporción nace de la irregularidad, como irregular es el principio de entropía que la física descubrió

muchos años después. Todo sigue un plan diseñado para ser comprendido por quien puede hacerlo.

El peregrino tal vez querrá detenerse en algunos elementos distribuidos de un modo aparentemente anárquico. Sobre todo, podrá advertir un buen número de signos lapidarios que no son sino estrellas del firmamento formando constelaciones que se unen imaginariamente con las columnas que sujetan los arcos. Un enigma: ¿cómo sus constructores pudieron saber tantas cosas del cosmos sin telescopios? Algunas interpretaciones sugieren que estos conocimientos astrológicos fueron adquiridos en experiencias extracorpóreas denominadas «viajes astrales». Tal vez algunas ceremonias secretas de este tipo permitieron la comprensión de determinados aspectos que no pueden producirse en estados normales de conciencia. Y ésta es la esencia del enigma templario y la causa por la cual los templarios (y algunos otros iniciados) siguen despertando gran interés en la actualidad. Independientemente de su poder económico, de sus logros militares y de su férrea disciplina, los caballeros de la cruz bermeja comprendieron la verdadera estructura de todo cuanto existe. Esa estructura se basa en la «geometría sagrada» que aprendieron de los antiguos y que supieron transmitir a las cofradías de constructores a la hora de edificar sus mejores y más emblemáticos lugares de culto y ceremonia.

Nadie sabe a ciencia cierta si fueron los templarios quienes construyeron esta iglesia, pero quien busca la interpretación correcta de los indicios sabe que aquí puede percibirse su influencia, sus conocimientos y la materialización de los más altos ideales de su tiempo.

Torres del Río

La iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (siglo XII), en Navarra, es muy semejante a la ermita de Nuestra Señora de Eunate. Se trata de un templo muy austero: se prescinde voluntariamente de la ornamentación para que el adepto que aspira a la iniciación no se distraiga y permanezca atento a las fuerzas que vibran en su interior, que no son otras que las mismas que vibran a su alrededor.

Vale la pena detenerse en un motivo iconográfico de este templo: aparecen serpientes a las que unos pájaros susurran al oído, y esta imagen parece remitir a los grandes secretos en materia de construcción que eran transmitidos oralmente de unos compañeros a otros. Por otra parte, las serpientes están relacionadas con las fuerzas de la Tierra. En un capitel aparecen las Santas Mujeres ante un sepulcro vacío; es casi idéntico al que existe en San Miguel, en Beleña de Sorbe. Se repite así uno de los temas más recurrentes de la iconografía de la época: la resurrección de Cristo. Desde el punto de vista simbólico, esa imagen representaría la muerte iniciática, la que permite acceder a una realidad superior, ante la atenta mirada de las fuerzas inspiradoras del alma, representadas por la Madre y ¿la Esposa? En realidad, no puede

afirmarse taxativamente que ésa sea la interpretación adecuada, porque el pensamiento medieval fue tallado en estas piedras en un lenguaje perdido hace mucho tiempo; el investigador apenas puede remitirse a la intuición y a la sospecha de que tras lo que se ve, siempre hay mucho más.

En el interior de la iglesia de Torres del Río, una cruz de la Orden del Santo Sepulcro nos hace pensar en que la inspiración obtenida de él por los Caballeros del Temple está presente en muchos puntos de la geografía española.

San Baudelio de Berlanga

La «arquitectura sagrada» alcanza elevadísimos niveles de perfección en este templo mozárabe del siglo x. Se trata de uno de los edificios sagrados más singulares y ricos simbólicamente de cuantos existen. Todo esto es imperceptible desde fuera, puesto que se trata de una construcción muy sencilla. Nada desde fuera permite adivinar la riqueza que se encuentra en su interior, aunque, en este caso, gran parte de ella sólo sea apreciable por su impronta, y no por su presencia, debido a la desidia y la irresponsabilidad humanas.

El viajero que entra en la pequeña iglesia o ermita de San Baudelio de Berlanga (actual provincia de Soria) se ve sorprendido por una gran columna central que se eleva hacia el techo, como un árbol o palmera de la que parten los ocho nervios que sostienen el edificio. Junto a esta columna pueden apreciarse los restos de una pila bautismal. Esta columna, presente en catedrales, iglesias y ermitas, es una representación del Árbol de la Sabiduría que nace en medio del lago; sus aguas purifican y despiertan al adepto. Así lo hizo San Juan Bautista con Jesús de Nazaret. Las palmeras permanecían en el recuerdo de los mozárabes: es la memoria de los antiguos tiempos, cuando eran nómadas y se detenían frecuentemente en los oasis. Desde luego, este Árbol de la Vida es también el eje que sujeta el Cielo.

Este templo es mitad mezquita, mitad iglesia. Aún conserva el lugar desde donde el muecín iniciaba los rezos de la comunidad. Cuando la ermita se «cristianizó», ese preciso lugar debió de albergar un púlpito. Una tribuna, a la que se accede por una escalera, se sujeta sobre una magnífica arquería de tipo árabe que recuerda a la mezquita de Córdoba. Al final de esta arquería se abre la inevitable galería subterránea que conduce al lugar sagrado, vivienda de un imprescindible anacoreta que santificó el lugar. Tiene también una capilla con un altar, situado allí mucho después de que fuera construida.

Tres elementos singulares convierten este sencillo lugar en el paradigma de los edificios sagrados, por encima, incluso, de una «mala» catedral (exceptuamos aquí Chartres, Sigüenza, Burgos y semejantes).

El primero es que este lugar es la verdadera «Capilla Sixtina» del románico, aunque tradicionalmente, en la pintura románica, se aplique ese calificativo a San Isidoro de

León. La decoración pictórica de San Baudelio de Berlanga es una de las más antiguas del arte románico hispánico (primera mitad del siglo XI). Sin embargo, de las pinturas originales queda muy poco, porque la mayoría fueron extraídas de la pared en 1926 para venderlas a colecciones particulares. Muchas de ellas se encuentran en Estados Unidos. Las mejores, que representan temas venatorios, se hallan actualmente en diversos museos norteamericanos y en el Museo del Prado (cedidas por el Metropolitan Museum of Art de Nueva York). No obstante, aún puede observarse la impronta de las pinturas y algunos restos que no pudieron ser arrancados, en los nervios superiores y en la parte inferior de la escalera. Este expolio puso al descubierto un par de cruces parecidas a las que empleó posteriormente el Temple y que se utilizaban en tiempos muy antiguos para sacralizar los santuarios.

La segunda peculiaridad de este templo es una cámara emplazada en la parte superior de la iglesia, sobre la columna, y oculta por los nervios o «ramas» de la «palmera». Ángel Almazán propone el nombre de «Huevo Filosófico» —símbolo cósmico que se encuentra en la mayoría de las tradiciones, desde la India a los druidas— para designar este elemento arquitectónico. Se trata de un lugar donde se concentra todo el poder del edificio al servicio de quien se encuentre en su interior. Es un mecanismo sencillo, pero capaz de proyectar al adepto hasta un plano espiritual cercanísimo a Dios.

El tercer aspecto relevante es su poderosa acústica. El más leve susurro se transforma aquí en una vibración resonante que se difunde a cada rincón del templo, impregnándolo todo, pero, sobre todo, a quienes lo emiten. El canto mozárabe en este lugar debió de ser absolutamente impresionante.

En San Baudelio, por supuesto, no falta el manantial místico, donde fluyen aguas poderosas, como las de San Juan de la Peña o las del priorato de San Frutos del Duratón. La necrópolis ofrece un buen muestrario de tumbas antropomorfas; ello demuestra, una vez más, que muchos individuos encontraron en este emplazamiento poderosísimas razones para elegirlo como última morada.

La iglesia de la Vera Cruz

Por alguna razón, las fundaciones templarias —o los edificios que pertenecieron al Temple— suelen provocar un encendido debate entre los especialistas. Algunos historiadores parecen empeñados en negar la conexión entre la Orden del Temple y algunas construcciones emblemáticas, y no siempre son rigurosos en sus trabajos. Una de las polémicas más interesantes, en este sentido, se refiere a la iglesia de la Vera Cruz (Segovia), tradicionalmente asociada a los templarios.

Oficialmente, esta iglesia fue fundada por los caballeros de la Orden del Santo Sepulcro, en 1208, como parece desprenderse de una inscripción que puede leerse en su interior:

HAEC SACRA FUNDANTES COELESTI SEDE LOCENTUR ATQUE SUBERRANTES IN EADEM
CONSOCIETUR DEDICATIO ECCLESIAE BEATI SEPULCRI IDUS APRILIS ERA MCCXLVI

Esto es: «Que los fundadores de este santuario sean colocados en la morada celestial, así como aquellos que entraron en él. La dedicación de esta iglesia del Santo Sepulcro el 13 de abril de la era de 1246». (El año 1246 de la llamada era romana o hispánica se corresponde con el 1208 de la era cristiana).

La planta del templo de la Vera Cruz es dodecagonal, a imitación del Santo Sepulcro de Jerusalén. Tiene tres ábsides que se corresponden con otros tantos altares, más un cuarto añadido que sirve de sacristía. También cuenta con una torre cuadrada. El edificio está rodeado de tumbas antropomorfas, sobre todo, en la parte que da al barranco, elemento clave para entender la elección de este lugar. Es perfectamente apreciable que el templo se encuentra sobre una zona con cavernas por las que circulan corrientes de agua. Estas corrientes atraviesan el subsuelo de la iglesia, sumándose un nódulo de Hartmann de excepcional fuerza, como veremos después. Es un caso parecido al del cercano santuario de la Virgen de la Fuencisla, patrona de Segovia, donde se dan condiciones parecidas pero de mucha menor intensidad.

Se accede al interior por una puerta lateral, puesto que la principal suele estar cerrada. Ésta sólo se abre en circunstancias especiales, como bodas o cuando se celebran las ceremonias de sus actuales propietarios, los caballeros de la Orden de Malta y Rodas. En la puerta, distintas partes de la sencilla arquivolta muestran marcas de cantero características de la época, sospechosamente semejantes a las que se encuentran en otros lugares indudablemente templarios. El arco se sustenta sobre cuatro capiteles; dos, con representaciones vegetales, uno tiene arpiás y en otro se esculpió la Anunciación.

Pero la sorpresa es su estructura interior, absolutamente insólita. Si San Baudelio presentaba una «palmera» mística que sustentaba con sus ramas la bóveda celeste, el Paraíso, aquí los maestros construyeron un edículo central (fig. 14), una especie de recinto sagrado interior del que parten doce nervios que sustentan la construcción. Este espacio central está dividido en una cámara inferior, a la que se accede por cuatro aberturas orientadas a los cuatro puntos cardinales, y otra superior, a la que se accede por una escalera doble con motivos esgrafiados (muy abundantes en Segovia). En el interior de esta pieza superior hay una ventana que se orienta hacia el altar mayor y otras tantas que dan a la nave. En su parte superior existe una portezuela pequeña, de difícil paso, desde la que se accede a otras dos cámaras enigmáticas. Son muy pequeñas. Su función es desconocida, aunque algunos autores, como Santos San Cristóbal, piensan que eran lugares para que los caballeros hicieran penitencia; otros especialistas opinan que se trataba de cuartos para meditar antes de recibir un grado

superior: sepulcros donde realizar la «muerte iniciática», en definitiva.

Realizadas distintas pruebas de radiestesia en la parte inferior, en el cuerpo central de la iglesia de la Vera Cruz se alcanzan más de 10.000 unidades Bovis. (La sensibilidad individual para medir la radiación natural se llama radiestesia y una de las fórmulas de medición fue establecida por un herrero llamado Antoine Bovis; en teoría, los emplazamientos que no superan las 6.000 unidades Bovis son negativos). Según Blanche Merz, en su libro *Pirámides, catedrales y monasterios* (Martínez Roca, Barcelona, 1987), la constancia de este tipo de energías demuestra claramente el carácter sagrado del lugar y lo idóneo de su ubicación para obtener un «instrumento bien afinado» al servicio del espíritu. No obstante, resulta muy difícil establecer un estándar en este tipo de mediciones, debido a la diferente susceptibilidad individual de los radiestesistas.

Como en San Baudelio, aquí se producen también diversos fenómenos acústicos, por ejemplo, la capacidad que tiene este pequeño recinto para transmitir toda vibración sonora a las nervaduras, a la vez que recibe los sonidos de un modo muy peculiar. Probablemente el edificio se levantó con la intención de que se produjera este tipo de fenómenos, puesto que la capacidad amplificadora del interior es especialmente potente. Cualquier sonido armónico que se produzca en su interior, excepcionalmente la voz humana, se difunde por todas partes con una calidad extraordinaria y con capacidad para provocar estados de elevación del umbral de la consciencia. La recepción de los sonidos en esta pseudocripta es una experiencia especialmente emocionante. Es necesario repetir que nada de lo que ocurre en el interior de la iglesia de la Vera Cruz es casualidad: responde a intenciones concretas y expresas de sus constructores.

Este edificio sagrado albergó también importantes reliquias. Su nombre, por ejemplo, lo recibe de un *lignum crucis* que actualmente se custodia en la cercana población de Zamarramala. Esta reliquia se exponía en la parte inferior de la torre, donde puede contemplarse un escudo muy abigarrado con motivos relacionados con la Orden de Malta, así como litografías de algunos de sus maestros. En el piso superior del edículo se custodiaba antiguamente un Cristo yacente que hoy se encuentra también en Zamarramala.

Respecto a la filiación templaria de la iglesia de la Vera Cruz, cabe detenerse en algunos detalles que han pasado desapercibidos en general o que no han sido correctamente interpretados. En el exterior, sobre la puerta principal, acompañada de una cruz patriarcal y dos cruces de Malta de factura reciente, puede verse una fila de canecillos aparentemente sin importancia. Son de factura románica inequívoca. Cristóbal Sebastián los describe del siguiente modo: «Un ciervo, una serpiente, aves y elementos vegetales». Pero, en realidad, las representaciones que describe este especialista no se corresponden con las piezas labradas que cualquiera puede

contemplar en ese lugar: hay una figura de lobo, signo inequívoco de los constructores; una cabeza barbada con los ojos cerrados, representación de la sabiduría y humildad del verdadero adepto; y un indudable *baphomet* (una especie de diablo con pechos femeninos). Teniendo en cuenta que estos canecillos seguramente proceden de algún otro edificio y que fueron colocados posteriormente, la disposición de estos elementos en ese preciso lugar se debe a una decisión deliberada de un templario o de una persona que atendía las órdenes de los templarios. Allí dejaron su firma, para que nadie pudiera equivocarse en el futuro.

Desde luego, las leyendas también han rodeado este santuario. Una de ellas describe a un caballero del Temple muriendo en la puerta derecha, y grabando con sus últimas fuerzas una cruz en el suelo, acompañada de dos siglas: «C.T.». Otra tradición cuenta que algunos caballeros murieron y sus restos mortales fueron depositados en el interior, donde penetraron unas bandadas de grajos y chovas que los descarnaron completamente. El maestre maldijo a las aves y, desde entonces, ninguna de ellas se posa en el edificio. (No es verdad, por supuesto). Otra curiosidad popular: según los lugareños, se da en este lugar un fenómeno de rara belleza. Si se abre la puerta principal en ciertos días del año, los rayos de sol del atardecer iluminan la estancia con un extraño resplandor verdaderamente maravilloso. Pero este efecto no pertenece a la leyenda, sino a la más cierta realidad.

En definitiva, la Vera Cruz segoviana es uno de los enclaves relacionados con el Temple más poderosos. Y, sin lugar a dudas, es un maravilloso ejemplo de construcción ordenada de acuerdo con las proporciones sagradas basadas en el número *Phi* (1,618).

Santa Coloma de Albendiego, morada de paz

La iglesia de Santa Coloma de Albendiego (siglo XII, Guadalajara) está escondida entre unas enormes y deliciosas choperas, en un paraje magnífico y muy apacible (fig. 15). Cuando el viajero llega por primera vez a este lugar, tiene la impresión de encontrarse ante un tosco edificio sin demasiada importancia. Su espadaña es pobre y sencilla, casi roca sin trabajar. Pero cuando el visitante se acerca, las sorpresas se suceden casi sin interrupción.

La puerta de entrada mantiene su apariencia humilde. Sin embargo, en su sencillez, encierra un tesoro difícil de encontrar en otra parte. La arquivolta, apenas un cintillo de unos pocos centímetros, está decorada con motivos vegetales muy esquemáticos: hojas, uvas y piñas. En tierras especialmente preparadas para el cultivo de las vides, esto no deja de ser un recuerdo de que la primera sustancia usada por el hombre para alterar su conciencia fue el alcohol. Noé, embriagado, es el primer usuario de una droga que tenemos documentado.

Los monjes siempre han mostrado especial interés en la obtención de los mejores

caldos, los más efectivos a la hora de proporcionar «algo» distinto de lo cotidiano. La eucaristía es una ceremonia en la que interviene el alcohol, en el vino de la consagración. Las ceremonias de los caballeros del Temple debieron de tener en cuenta el inmenso poder que tienen todos los compuestos capaces de ampliar los límites de la conciencia, quizá buscando nuevas percepciones. Desde luego, no se está hablando aquí de alcoholismo ni de excesos que conduzcan a la embriaguez. Se trata de alcanzar un ligero estado de euforia que conduce a contemplar lo circundante con ojos nuevos, para advertir la «proporción sagrada». En Albendiego, el sometimiento arquitectónico a la proporción sagrada raya lo sublime. A ambos lados de la entrada pueden contemplarse dos misteriosos grupos de altorrelieves enigmáticos. En la parte derecha hay dos hojas, exactamente iguales a las que decoran los diminutos capiteles que rematan las columnas. Pero el prodigio es que, en la parte izquierda, una de las hojas ha sido sustituida por una representación de un símbolo solar: una rueda con una cruz esvástica en su interior (fig. 16). ¿Qué significa este símbolo hindú en este paraje solitario y alejado? (Las cruces esvásticas, originalmente asiáticas, son efectivamente una representación esquemática del sol y se implantaron en la Europa Occidental antigua por influjo céltico). ¿Qué podría deducirse de este símbolo ancestral? Con toda probabilidad, en este lugar existió antiguamente un dolmen que fue transformado en iglesia cristiana posteriormente. Éste es un santuario prehistórico y sus custodios medievales, los monjes del Temple, lo reutilizaron, sabiendo que aquí su misión sería mucho más fácil de cumplir. (Algunos autores, contraviniendo toda lógica, insisten en que sus primeros inquilinos fueron monjes agustinos).

La presencia templaria en este lugar se confirma con algunos detalles de importancia. A poca distancia, en dirección suroeste, se encuentra el santuario de Alto Rey. ¿Qué significa «Alto Rey»? ¿Cristo? ¿Alguno de sus descendientes? ¿El linaje sagrado que habría de ser instaurado como Rey del Mundo? Todas las referencias parecen señalar al núcleo de tradiciones y conocimientos templarios.

En el exterior del templo, la sorpresa y la belleza parecen ir de la mano. Unos barriletes rematados por estrellas de seis y de ocho puntas indican que el viajero se encuentra ante principios numerológicos que, por otra parte, se distribuyen por toda la construcción. Pero la apoteosis es el ábside. Pura orfebrería. Celosías mozárabes que cubren toda su superficie, como si la piedra hubiera sido calada con la precisión del bordado. El ocho lo preside todo. La orientación de esta parte del templo y su forma permitirían que la luz entrara de tal modo que las paredes se transformaran en auténticos mandalas. El ambiente sería el más propicio para la meditación y la elevación del hombre hacia Dios.

Este santuario, de cabecera humilde, pero de ábside casi sobrenatural, fue sacralizado por sus autores: todas las piedras de su base tienen una marca de cantero en forma de cruz. Además, y por si esto fuera poco, en la parte externa, bajo las

celosías, la medición radiestésica alcanza las 12.000 unidades Bovis. Sólo hombres que buscaban una verdad «distinta» pudieron ordenar la construcción de este monumento.

De regreso al pueblo de Albendiego, el viajero espiritual se topará con un extraño crucero, fuera de lugar y de toda lógica. En una de las cinco cruces que coronan lo que podrían ser perfectamente antiguos menhires, ocultas por los líquenes, pueden verse ¡dos patas de oca! ¡El símbolo con el que se reconocían los iniciados medievales que construían los edificios del Camino de Santiago! Puede decirse, sin duda, que por este lugar pasaba uno de los «mil caminos de Santiago», una de las infinitas sendas que conducen al mismo sitio, a todo cuanto ha sido concebido buscando lo sagrado, lo más noble, la verdad, en definitiva.

Un mínimo de sensibilidad y los ojos bien abiertos permitirán al buscador impenitente de la verdad encontrar las auténticas huellas de la «arquitectura sagrada». Esta vez no hablamos de una catedral, sino de una humilde encomienda perdida en medio de la nada.

La catedral de Sigüenza

La catedral de Sigüenza (siglo XII) se construyó siguiendo los principios arquitectónicos y estilísticos del románico, pero, como casi todas las iglesias medievales, experimentó numerosas transformaciones y reparaciones posteriores.

La mandó construir un obispo-guerrero francés, Bernardo de Agen, aunque nunca vio las obras avanzadas. Sus sucesores, don Leucas y don Cerebruno, continuaron los trabajos. Esta catedral es prácticamente una fortaleza, pero lo sagrado está presente en cada rincón: en la arquivolta de la pequeña puerta por la que se accede al templo habitualmente puede contemplarse una cruz muy singular. Apenas ha cruzado el umbral, el visitante se siente traspasado por corrientes energéticas de una fuerza tremenda. Algunas personas llegan a sentirse mal en su interior, aunque esto se debe, según las teorías de la radiestesia, a la presencia del inevitable trascoro, que desvía los flujos negativamente. El poder de este lugar se aprecia ostensiblemente en la girola, iluminada por la leve luz de las maravillosas vidrieras, que crean un ambiente vibratorio propicio a la elevación espiritual.

La sacristía, llamada «de las tres mil cabezas», es un prodigio esculpido por Alonso de Covarrubias (1488-1570), destacado representante del estilo plateresco español del siglo XVI. Desde una bóveda de cañón que parece desplomarse sobre el visitante, se asoman unos rostros cuyo significado se ha perdido en la Historia. También se encuentra enterrado aquí Martín Vázquez de Arce, el Doncel de Sigüenza. La estatua representa a un joven leyendo, frente a su padre y a su madre yacentes. (En la escultura del padre parecen descubrirse algunos signos que revelan cierto grado de iniciación, posiblemente masónica). La tumba de su tío tiene a ambos lados dos pequeños diablos

o Asmodeos (los guardianes de los secretos del Templo de Salomón). Toda la catedral está llena de este tipo de representaciones. Aquí se custodian, además, las reliquias de Santa Librada, patrona de los partos.

Con ser importantes, todos los elementos descritos palidecen ante la tumba de Bernardo de Agen. En ella se esculpió una imagen de la Crucifixión, en la que Cristo no aparece clavado en la cruz tradicional, sino en una cruz *Tau* (T). Este símbolo, que también puede verse en Puente la Reina, encrucijada templaria del Camino de Santiago, podría significar que el obispo que ordenó la construcción del templo era un iniciado en los secretos de la «arquitectura sagrada».

Los historiadores no han podido confirmar documentalmente que la Orden del Temple estuviera de algún modo presente en la construcción de este edificio. Sin embargo, la cercanía de importantes encomiendas templarias en los años de planificación permiten suponer que tal vez ofrecieron consejos y conocimientos en la fábrica del edificio.

El misterio del Hundido de Armallones

En la provincia de Guadalajara, entre la localidad de Armallones y el enclave templario de Ocentejo, hay un lugar cuya belleza natural deslumbra y emociona al viajero. Se trata de una formación geológica de torcas, precipicios y farallones excavados por el río Tajo. La apacible historia de este lugar se vio truncada por un terrible suceso que anda a caballo entre lo legendario y lo estrictamente verídico.

Según los lugareños, hace muchos, muchos años existía en este paraje un cenobio o una encomienda ocupada por monjes templarios. Estos caballeros religiosos encontraron en estas tierras el agua y las condiciones idóneas para el cultivo de «ciertas plantas». Aquellos monjes levantaron un edificio en un paraje de difícil acceso. Aquí, con la discreción y el secreto que conviene al estudio y la indagación del espíritu, encontraban aquellos sabios las sustancias vegetales necesarias para las ceremonias secretas, lejos de todo y al abrigo de todas las miradas.

Por desgracia, nada se sabe de aquel monasterio y, a ciencia cierta, ni siquiera se puede presumir su verdadera existencia. Aunque existen razones para sospechar que sus restos están por ahí, en alguna parte. En todo caso, el convento o lo que quedara de él se perdió con el tremendo terremoto que asoló Lisboa en el siglo XVIII. Para esas fechas, desde luego, los monjes ya no estaban allí, pero las plantas que había en el lugar se quedaron, y ahora crecen salvajes dentro de una verdadera selva. El terremoto derrumbó parte de los farallones y cortados de piedra caliza, y las piedras cayeron sobre el río, represando las aguas del Tajo. Cuando el embalsamiento se rompió, el agua lo arrastró todo, incluyendo la antigua construcción que allí pudiera haber y las semillas de los cultivos que se realizaban. Sus restos deben de estar bajo los montones de piedras que forman el Hundido de Armallones.

Los lugareños sostienen que el monasterio existió realmente, pero ninguno de ellos es capaz de situar exactamente el emplazamiento o los restos del legendario y misterioso cenobio.

Un relato basado en esta historia puede leerse en el libro *Los enigmas del país borroso* (Laberinto, Madrid, 2000), de Jesús Callejo.

CONCLUSIONES. LA VERDADERA INTENCIÓN DEL TEMPLE

A lo largo de este capítulo han aparecido frecuentes referencias a las intenciones originales de los Pobres Caballeros de Cristo al impulsar la construcción de todo tipo de edificios. En principio, los templarios no tenían ninguna intención de dedicar mayores esfuerzos a la arquitectura. Pero este interés se activó a raíz de un hallazgo concreto con el que debieron toparse en los sótanos del antiguo Templo de Salomón, en las caballerizas, para más señas. Entonces fueron conscientes de la importancia que podría tener el trabajo arquitectónico a la hora de llevar a buen término los objetivos de su ideario. Además del contacto con otras culturas y, sobre todo, con los místicos sufíes y los sabios judíos, los templarios aprendieron que se podían construir edificios donde el poder de Dios, manifestado a través de las energías latentes en la Tierra, era tan evidente como sacralizador.

A pesar de que la ortodoxia y la desidia han conseguido que estos edificios pierdan en parte su función original, todavía siguen siendo máquinas perfectas que proporcionan energía a quien tiene sensibilidad para asimilarla. Esta energía no es más que un medio para crecer, conocer y comprender: no todo lo que nos rodea es tan verdad como parece desprenderse de los estudios científicos.

La gran lección que estos caballeros medievales transmitieron a la posteridad es que todo cuanto pusieron a nuestro servicio, y en especial la «arquitectura sagrada», por su permanencia en el tiempo, consagraba un principio presente en el mandamiento menos obedecido y más importante de todos cuantos predicó Jesús de Nazaret: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». En su ideario, la sentencia adquiría valores más concretos: «El privilegio no es recibir, sino dar».

El tesoro que tanto ansiaba Felipe IV y que jamás pudo encontrar no era un arcón cargado de oro: el verdadero tesoro era el legado espiritual y moral que insertaron en la Historia y que aún sigue vivo.

JUAN IGNACIO CUESTA MILLÁN (*Madrid, 1952*). *Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, donde imparte clases de redacción. Heterodoxo y autodidacta, ejerce diversas actividades destinadas a*

explicar el mundo desde una perspectiva libre y comprometida. Colabora con distintos medios especializados, como Enigmas del Hombre y el Universo, Año Cero, Más Allá de la Ciencia o LRV. También tiene una sección fija en el periódico Enigmas Express, donde trata de dar a conocer lugares que contienen las claves necesarias para entender el pasado y el presente. Fruto de esta idea es su libro Lugares de Poder (Nowtilus, Madrid, 2003). Participa también en programas de radio como La Rosa de los Vientos, en Onda Cero y son habituales sus intervenciones en programas de televisión, como Código Rojo (Canal 6), La Otra Realidad (Telemadrid y otras cadenas autonómicas) o Tiempo de Tertulia (televisiones locales). Todas estas actividades nacen de su temprana pasión por la naturaleza (alpinismo, espeleología, bicicleta de montaña). Actualmente tiene en marcha varias investigaciones relacionadas con la interacción entre la música, la naturaleza y la geometría sagrada, y realiza viajes organizados a los distintos lugares que investiga.

CAPÍTULO VIII

El rey templario

JOSÉ MIGUEL NICOLAU GONZÁLEZ

«Más vale ser caballero que príncipe
hijo de rey o rey mismo».

ADAGIO TRADICIONAL DE LA CABALLERÍA

El rey de Aragón, don Jaime I (1208-1276), llamado *el Conquistador*, es el prototipo de rey cristiano, de rey sabio, de rey guerrero, y de niño-rey; su figura bien pudiera recordar al mítico «Rey del Mundo», hombre universal y arquetipo en el que se refleja la luz espiritual, legislador primordial, principio reinante o rector, virtud del juicio y del autodomínio.

Según el cronista Bernat Desclot, contemporáneo del monarca, la figura corporal de don Jaime se distinguía por su esbeltez y gallardía. «Era un palmo más alto que los demás hombres, fornido y proporcionado en todos sus miembros, el rostro lleno y colorado, la nariz larga y recta, la boca bien contorneada, escondiendo una dentadura tan blanca que parecía una doble hilera de perlas; los ojos rasgados y negros, los cabellos rubios como el oro, las manos hermosas y los pies mejores». Físicamente, era un prototipo de «hombre de Vitrubio», formado según el canon de la proporción áurea. Tal y como afirma el historiador José María Quadrado, alma de la *renaixença* mallorquina, pocos hombres ha habido tan queridos por sus coetáneos y tan encomiados unánimemente por la posteridad. Como dijo un admirador suyo y recuerdan Mariano Flotats y Antonio de Bofarull, traductores de la versión castellana (1848) de la *Crónica* de Jaime I, este invicto político y guerrero, *César* aragonés, «peleaba escribiendo y escribía peleando». Y es difícil distinguir sus verdaderas virtudes en medio de la aureola de amor y gloria que le corona. «Jamás vieron los guerreros adalid más bravo, ni las damas más gentil caballero, ni los caballeros más dadivoso señor, ni los vasallos rey más justo y humano». Considerando estas cualidades, puede asegurarse que Jaime I era un ejemplo de hombre, caballero y rey.

EL MILAGROSO NACIMIENTO DE JAIME I

El emperador de Bizancio, Manuel Comneno I, envió a su hija Eudoxia a los reinos occidentales para que contrajera matrimonio con Alfonso II de Aragón. Cuando

Eudoxia llegó a Montpellier, se enteró de que su futuro esposo ya había contraído nupcias con otra mujer, Sancha de Castilla, hija de Alfonso VII. Este desplante levantó un revuelo enorme, si bien el problema pudo solucionarse gracias a un destacado vasallo de la Corona de Aragón, el conde Guillermo IV, que solicitó la mano de la dama aun sabiendo que su linaje era inferior al de los emperadores de Bizancio. Tras ciertas conversaciones encaminadas a tratar de solventar la delicada situación, se le concedió la mano y, al cabo de un tiempo, nació la condesa María, llamada María de Montpellier.

La condesa María, muchos años después, contrajo matrimonio con Pedro II, rey de Aragón y conde de Barcelona. La boda se celebró en el año 1204, en la casa que los templarios tenían en Montpellier. Este matrimonio, según el cronista Ramón Muntaner, fue desde el principio un rotundo y completo fracaso. En el año 1207 —sólo tres años después de la boda—, la reina empezó a hacer gestiones ante el papa Inocencio III para obtener el divorcio; el rey Pedro II, por su parte, no trataba en ningún momento de impedirlo —otras fuentes aseguran que fue el propio Pedro II el que pidió el divorcio al papa—, ya que al parecer tenía intenciones de casarse con María de Monferrato, hija de Conrado y, por tanto, heredera del Reino de Jerusalén. Teniendo en cuenta el significado que Jerusalén tenía para la fe cristiana, es fácil imaginar lo que representaría esa nueva boda para el rey Pedro II *el Católico*.

El pueblo deseaba contar con un heredero a la Corona, pero las desavenencias entre Pedro y María imposibilitaban la descendencia. Sin embargo, durante aquel año de 1207, aprovechando un largo período en el que el rey Pedro estuvo en la ciudad de Montpellier, se tramó una conjura en la que participaron no sólo los cónsules y los prohombres de la localidad, sino todo el pueblo. Los ciudadanos se encomendaron a Nuestra Señora de Vallvert, cantaron un sinnúmero de misas y entonaron «los siete gozos», aparte de ayunar durante toda una semana, con la esperanza de que María de Montpellier engendrara un hijo.

Además de las oraciones y plegarias, engañaron al soberano haciéndole creer que le acompañaban a los aposentos de una damisela casquivana, cuando, en realidad, lo introdujeron en los de su esposa. Mientras el rey yacía con su mujer, sin saberlo, en la antecámara se reunieron veinticuatro hombres buenos y doce damas y doce doncellas, con notarios, abades y el oficial del obispo, «e igualmente durante toda la noche estuvieron abiertas las iglesias de Montpellier, en las que todo el pueblo estaba en ellas rezando a Dios».

Cuando amaneció, todos los conjurados entraron en la estancia y descubrieron al rey la identidad de su acompañante, para que en el futuro no existieran dudas. Y el rey Pedro «encolerizó, montó a caballo y salió de Montpellier». Pero el milagro ya se había consumado y, tras nueve meses de gestación, nacía el que habría de ser el gran soberano de la Corona de Aragón en el siglo XIII. En aquellos primeros años, Pedro II

nada quiso saber ni de su esposa ni de su hijo.

Jaime I *el Conquistador* nació en Montpellier el día 8 de febrero de 1208, es decir, la víspera de la festividad de Nuestra Señora. Cuenta la tradición, y así se relata en el *Llibre dels fets*, crónica escrita por el propio Jaime I, que inmediatamente después de haber nacido se sucedieron toda una serie de hechos insólitos en los que su madre creyó ver señales de la Providencia.

Sin embargo, no todo fueron flores y buenos augurios, ya que el rey Pedro II no acudió a conocer a su hijo hasta bien pasados dos años y lo hizo en compañía del cruzado Simón de Montfort.

Mientras que la propagación de la herejía albigense en el Languedoc fue aprovechada por la monarquía francesa para intervenir y anular la influencia catalano-aragonesa en el sur de Francia, en 1210 Pedro II intervino también, declarando bajo su protección a los condes y territorios de Tolosa, Foix y Cominges. El monarca aragonés y Simón de Montfort firmaron un pacto por el cual Montfort se hacía cargo del niño; el acuerdo se confirmó dos años después y, en esta segunda ocasión, se reconocía el señorío de Montfort sobre Carcasona y Béziers, a la vez que se comprometía matrimonialmente al joven Jaime con Amicia, la hija del propio Simón de Montfort. En este pacto, según el escritor e historiador valenciano Juan García Atienza, el rey Pedro II accedía a que Simón de Montfort retuviera al infante Jaime en la fortaleza de Carcasona hasta que el niño tuviera dieciocho años, fecha en la que se casaría con Amicia. Con estas disposiciones, el rey Pedro trataba de evitar lo inevitable: una guerra que dos años después le iba a costar la vida en la batalla de Muret (1213), cerca de Tolosa, defendiendo honrosamente a sus súbditos de la agresión de los fanáticos cruzados de Simón de Montfort.

La reina madre, desconsolada, se había trasladado a Roma después del pacto de su esposo con Simón de Montfort y murió en la ciudad pontificia en el año 1213, el mismo año en que su marido Pedro II caía en la batalla de Muret mientras luchaba contra las tropas de quien retenía a su hijo desde hacía ya cuatro años.

Jaime I siempre tuvo bellas palabras tanto para su madre como para su padre. De ella escribió en su crónica que «fue tanto lo que Dios demostró amarla y tanta la gracia que le otorgó, que en Roma y en todo el mundo ha merecido ser llamada la Reina Santa. Muchos son los que sanan al beber vino o agua en raeduras de la piedra de su sepulcro. Su cuerpo reposa en Roma, en la basílica de San Pedro, junto a Santa Petronila, hija de San Pedro. ¡Considerad pues, los que leyereis este manuscrito, si no es cosa de milagro!». Respecto a su padre, dijo que fue «el monarca más generoso, más cortés y más afable que hubo en España».

Tras la muerte de Pedro II en el combate de Muret, se produjo una de las más importantes y graves crisis políticas de la Corona de Aragón. El nuevo y joven soberano, Jaime I, se encontraba en poder del vencedor, es decir, del cruzado Simón de

Montfort. Además, el reino se hallaba «enfeudado», debido al vasallaje que Pedro II había prestado en Roma en el año 1204 al papa Inocencio III. (Este vasallaje le había valido al monarca aragonés el sobrenombre de Pedro II *el Católico*). María de Montpellier nombró tutor del nuevo rey Jaime I al citado pontífice, Inocencio III, quien solicitó al cruzado Montfort que liberara al niño. La negativa de Simón de Montfort no se hizo esperar, así que el papa, que era quien había predicado la cruzada occitana contra los herejes cátaros, le conminó a que pusiera a Jaime I bajo la protección y custodia del legado pontificio don Pedro de Benevento. Así se hizo y, poco después, el niño-rey recibió el homenaje de sus súbditos en Narbona.

UN REY TUTELADO POR EL TEMPLE

El papa dispuso que el joven rey —aún menor de edad— fuera entregado para su custodia y educación al maestro de los caballeros templarios aragoneses, frey Guillem de Montrodón. A la espera de que Jaime pudiera hacerse cargo del reino, la gobernación quedó en manos del regente don Sancho, conde de Rosellón, y algunas fuentes señalan que fue éste quien envió a Jaime I a Monzón; a veces, esta decisión se ha interpretado como una añagaza del regente, que habría intentado de ese modo apoderarse de la Corona de Aragón. Otros biógrafos del rey Jaime aseguran que el conde no hizo otra cosa que cumplir la última voluntad de María de Montpellier, que había dispuesto que su hijo se educase con Montrodón. Jaime I, en fin, fue conducido al castillo de Monzón, en el Alto Aragón, donde pasó los tres años siguientes (1214-1217) en compañía de su primo, Ramón Berenguer V de Provenza, cuya tutela había recaído sobre el rey Pedro II. Cuando el padre de Jaime murió, Ramón Berenguer se trasladó a Monzón.

El regente, el infante don Sancho de Rosellón, hijo de Ramón Berenguer IV, era tío abuelo de Jaime I y hermano de Alfonso II *el Casto* y fue elegido para tal cargo en las Cortes de Lérida, si bien este nombramiento de procurador general contó desde el principio con la oposición de don Fernando de Montearagón, que era tío de Jaime I y hermano del fallecido Pedro II. Cabe decir, además, que don Sancho de Rosellón fue amonestado por el papa Honorio III a consecuencia de la ayuda que había prestado al conde Ramón IV de Tolosa en su lucha contra Simón de Montfort, quien murió en uno de los muchos asedios que sufrió la ciudad de Tolosa durante la cruzada albigense.

No le fue bien al rey Jaime su estancia con los templarios, pues un tiempo después de que su primo huyera apoyado por algunos caballeros y nobles, él hizo lo mismo, disfrazado con una cota de malla y armado con una espada.

Sin embargo, el rey Jaime I refiere en su *Crónica*, con su habitual elegancia, su marcha de Monzón:

«Cumplidos los nueve años de edad, y viendo que no podía ya tenernos por más tiempo encerrados dentro de la fortaleza ni a Nos ni al conde de Provenza [su primo y descendiente de los condes de Barcelona Ramón Berenguer V], resolvió el maestre del Templo dejarnos en libertad: que bien había menester el reino nuestra presencia». (Don Jaime I de Aragón: *Historia del rey de Aragón Don Jaime I, el Conquistador*, escrita en lemosín por el mismo monarca; traducida al castellano y anotada por Mariano Flotats y Antonio de Bofarull. Imprenta y lib. de la Sra. Viuda e Hijos de Mayol, Barcelona, 1848).

En este punto, conviene recordar que la Regla del Temple no permitía apadrinar niños, ya que la vida de estos monjes-guerreros se veía muchas veces truncada por su muerte en combate. (Art. 72 de la Regla primitiva latina). Asimismo, la Regla no permitía el ingreso de niños en la orden, ya que carecían de la fuerza necesaria para levantar su espada contra el infiel. (Art. 14 de la Regla primitiva latina). Es fácil imaginar que los templarios no estarían muy cómodos ejerciendo de «niñeras» de dos mozalbetes díscolos. Al fin y al cabo, aquellos hombres sólo entendían de orar y luchar contra el infiel... Tampoco aquella situación sería muy fácil para un niño como Jaime, sometido a un duro aprendizaje y entrenamiento, tanto a nivel físico como intelectual, bajo el mando de rudos maestros que bien poco entendían de juegos de niños.

Una vez que Jaime I huyó de Monzón, casi cumplidos los diez años, reunió a las Cortes en Villafranca (1217) y después en Lérida (1218), donde, forzado, devolvió la regencia al infante don Sancho de Rosellón.

UN PREMATURO REY-GUERRERO

Jaime I era sólo un niño y la nobleza, aun siendo fiel a la monarquía, quería relegarlo a una posición simbólica y testimonial, pero el joven rey no estaba dispuesto a asumir un cargo que resultara irrelevante. Por ello, en el año 1219, a la edad de once años, Jaime I asedia las fortalezas de Albero y de Lizana, y logra vencer su resistencia, pero fracasa un año después en su intento de hacer lo mismo con el castillo de Albarracín, donde residía Pedro Fernández de Azagra, descendiente del caballero navarro Pedro Ruiz de Azagra, quien, hacia 1170, había arrebatado a los musulmanes Albarracín, había fortificado la ciudad y la había repoblado con contingentes navarros.

En el año 1221, con tan sólo trece años de edad, Jaime I contrajo nupcias con Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII, y, al poco de casarse, estalló un conflicto entre dos de los más poderosos señores feudales del momento: Nuño Sánchez, señor de Rosellón (hijo del infante Sancho de Rosellón), y Guillermo de Moncada, vizconde de Bearn.

Jaime I tomó parte en la contienda a favor de su pariente, don Nuño, y asedió el castillo de Moncada en 1223. Este hecho dio como resultado inmediato la unión de los dos bandos contrarios al prestigio real, lo cual significó el debilitamiento del poder del rey. En dos ocasiones, tanto el rey Jaime como su mujer, Leonor de Castilla, estuvieron a punto de caer prisioneros, aunque pudieron escapar casi milagrosamente. Esto sucedió en Zaragoza y en Huesca.

Desde muy temprana edad, el rey demostró una gran destreza y arrojo en el combate, como se puso de manifiesto al luchar personalmente contra Pedro de Ahones, quien se había negado a respetar el acuerdo de tregua firmado por el rey Jaime I con los reyes musulmanes de los Reinos de Valencia (Zeyt Abuzeyt) y de Teruel (Ibn Mardanish). El joven monarca había firmado aquéllos forzado por la falta de apoyo de los nobles, con los que se había reunido en las Cortes de Tortosa. Los celos y desconfianzas de los nobles habían impedido a Jaime I contar con las fuerzas suficientes para tomar las dos ciudades en poder de los sarracenos (Valencia y Teruel). Tras partir de Teruel hacia Zaragoza, cuando llegó a Calamocha encontró el joven monarca una compañía de sesenta caballeros, mandada por el noble Pedro de Ahones, hermano del obispo de Zaragoza y uno de los jefes principales de la liga que se había formado contra el rey. A duras penas convenció Jaime I al caballero Pedro de Ahones de que le acompañara a reunirse con los prohombres del reino, ante los que quería hablarle. Accedió don Pedro y marcharon juntos hasta Burbáguena, donde entraron en una casa que era de templarios. Allí, don Jaime reconvino agriamente a su vasallo, haciéndole culpable a él y al resto de nobles de no haber podido hacer «una cabalgada en tierra de moros», que era lo que más deseaba, y de haber tenido que aceptar una tregua que el rey moro de Valencia acababa de proponerle. Por esta causa, le rogaba y mandaba a Pedro de Ahones que por ningún motivo tratase de entrar en tierra de moros, pues sería esto quebrantar la promesa y pacto del monarca, en menoscabo de la autoridad real. El episodio terminó en enfrentamiento. Después de que los nobles se interpusieran entre las espadas del rey Jaime I y de Pedro de Ahones, este último huyó del lugar, fue perseguido por el rey y finalmente cayó muerto a manos de la escolta real.

Jaime I dedicó los primeros años de su reinado a someter a los prepotentes señores de la altanera y ambiciosa nobleza catalano-aragonesa, acabando por sojuzgarlos a todos y consiguiendo así estabilizar la economía de su reino (fig. 17).

Con diecinueve años, el rey don Jaime mostraba una gran habilidad en el gobierno de su reino; prueba de ello es la firma del Tratado de Alcalá (1227), por el cual se imponía la autoridad real y se anulaba la liga antimonárquica en suelo aragonés. El fruto inmediato de aquel tratado fue una relativa paz interna en el reino.

El derroche de inteligencia, arrojo y capacidad militar del que hacía gala Jaime I sólo pudo tener un origen: eran habilidades adquiridas durante el tiempo que estuvo sometido a la fuerte disciplina del Temple. El joven rey nunca dudó de las bondades de

la Orden y prueba de ello es que a partir de entonces empleó a los caballeros templarios en la mayoría de las acciones bélicas que emprendía.

En el año 1228, un año antes de la reconquista de Mallorca, el rey Jaime I consigue de la condesa de Urgel un «contrato de concubinato» en el que la noble catalana se compromete a la unión de su poderoso condado al Reino de Aragón. Este pacto favorable tenía una razón de ser: el rey había arrebatado el condado de Urgel a Guerau de Cabrera y se lo había devuelto a su legítima heredera, la condesa Aurembiax de Urgel.

En 1229, don Jaime reconquista la isla de Mallorca y en 1231 cae en sus manos Menorca; concedió el señorío de las islas a Pedro, infante de Portugal y primo segundo suyo, que casó con Aurembiax, condesa de Urgel.

Divorciado de su primera esposa, el monarca contrajo segundas nupcias con Violante de Hungría en el año 1235. En 1238 concluyó la conquista del Reino de Valencia. Por el Tratado de Corbeil, en 1258, renunció a sus derechos sobre el Languedoc y Provenza. Conquistó Murcia en 1265. En 1269 envió una cruzada a Tierra Santa que fue dispersada por los temporales y en 1273 conquistó la plaza fuerte de Ceuta, en el norte de África. A su muerte, el rey dividió los estados entre sus hijos: a su hijo Pedro cedió Cataluña, Aragón y Valencia, y a su hijo Jaime, Mallorca, Rosellón y Montpellier.

EL BANQUETE DE PEDRO MARTEL

Uno de los episodios más importantes en la vida de Jaime I de Aragón fue la conquista de las Islas Baleares. Ese episodio, por otra parte, también fue decisivo en la historia de la Orden del Temple.

La historia de la conquista de Mallorca comienza en el año 1228, en Barcelona, donde la nobleza y el rey acuerdan dirigir sus esfuerzos a la conquista de aquellas tierras insulares mediterráneas.

A mediados del año siguiente, el rey Jaime I marchó a Tarragona, donde se reunió con la mayor parte de la nobleza catalana. En esta reunión, los nobles de Cataluña comentaron al monarca los problemas que tenían con el gobernador musulmán de Mallorca, el almohade Abu Yahia al Rashid, ya que éste había apresado unas naves de comercio catalanas y había humillado a Jaume Sanç y su embajada, quienes habían ido a solicitar humildemente que fueran devueltos y liberados los barcos capturados.

En el transcurso de la reunión entre Jaime I y los nobles catalanes, un navegante y comerciante llamado Pedro Martel dio un banquete a los asistentes a orillas del mar Mediterráneo; Martel aprovechó la ocasión para hablar al rey y a los nobles sobre la belleza e importancia estratégica del archipiélago balear. Buenas y convincentes

tuvieron que ser aquellas palabras de Pedro Martel, ya que Jaime I, en su crónica, explica que la reconquista de Mallorca se decidió en aquella reunión y que, además, fue entendida como un acto de justicia. El historiador Álvaro Santamaría Aránz seña la que en aquel banquete no sólo se habló de reconquistar Mallorca, sino que también se incluyeron las distintas islas del archipiélago balear. No en vano, el compromiso firmado en Barcelona el 23 de diciembre de 1228 y ratificado en Tarragona el 28 de agosto de 1229 establece con claridad el objetivo: conquistar Mallorca, Menorca, Ibiza y demás islas llamadas Baleares, «*ad expugnadas inde barbaras nationes*».

PREPARATIVOS DE LA RECONQUISTA DE MALLORCA

Se pidió nuevamente al gobernador almohade de Mallorca que liberara las dos naves catalanas que habían caído en sus manos, pero el musulmán hizo oídos sordos a esta petición. Entonces, el rey pide el apoyo y la colaboración de los tres estamentos reunidos: nobleza, clero y burguesía. Después de tres días de deliberaciones, la propuesta real se acepta por mayoría. La propuesta, naturalmente, es empeñarse en la conquista de Mallorca. En aquella reunión decisiva estaba presente Guillermo de Moncada por parte de la nobleza, el arzobispo de Tarragona, en nombre de la Iglesia, y Berenguer Girart como representante de la burguesía, pero también participaron otros grandes personajes: los obispos de Barcelona y de Gerona, el maestre del Temple aragonés, el conde Nuño Sánchez, el conde de Ampurias, Ramón de Moncada y Ramón Berenguer, entre otros. El historiador Pere Xamena Fiol sostiene que en las Cortes de Barcelona se pactó repartir las tierras conquistadas proporcionalmente, de acuerdo con la ayuda aportada por cada uno; Jaime I se reservaba, además de la parte que le correspondía, el dominio de las islas como soberano y los palacios y castillos que en ella hubiere.

Según Pablo Piferrer y José María Quadrado, en su obra *Islas Baleares. Recuerdos y bellezas de España* (Barcelona, 1888. Reedición: Lluís Ripoll, Palma de Mallorca, 1969), establecen que el apoyo concreto que recibió el rey de Aragón fue el siguiente: Guillermo de Moncada ofreció que le serviría con cuatrocientos caballeros; el conde de Rosellón, Nuño Sánchez, ofreció su persona y cien caballeros; el conde de Ampurias ofreció pasar a la isla con mil peones y veinte ballesteros a caballo y con setenta caballeros que entrarían a engrosar el número de los cuatrocientos que Guillermo de Moncada prometió aportar por sí y por los de su linaje; el arzobispo de Tarragona, que con su avanzada edad e inexperiencia en las armas se excusó de asistir personalmente a la conquista, en su nombre y en el de la Iglesia tarraconense, dijo al rey que mandase y dispusiese de sus bienes y hombres como suyos y dio licencia para

que participasen de aquélla cuantos eclesiásticos lo desearan, prometiendo, con todo, socorrerle con mil marcos de oro, quinientas cargas de trigo, cien caballeros bien armados y mil infantes lanceros y ballesteros, todos pagados y pertrechados hasta que se acabase la reconquista de la isla; el obispo de Barcelona ofreció su persona, cien caballeros, mil peones y socorros del mar; el obispo de Gerona dijo que capitanearía treinta caballeros; el abad de Sant Feliu de Guíxols aportó cinco caballeros; el «paborde» de Tarragona cedió cuatro caballeros y una galera; el arcediano de Barcelona, diez caballeros y los peones que pudiese; y así otros abades, priores y dignidades, quienes además se ofrecieron en su mayor parte a asistir personalmente al rey. Ramón de Moncada juró gastar en la demanda cuanto tenía y esperaba llevar consigo veinticinco caballeros; Francisco de San Martín y Guillermo de Cervellón aportaron cien caballeros; Ramón Berenguer, veinticinco caballeros; Bernat de Santa Eugènia y Gilbert de Cruïlles, treinta caballeros; Hugo de Mataplana y Galcerán de Pinós, cincuenta caballeros, y Raimundo de Alemany y Guillem de Claramunt, treinta caballeros.

Al fin les llegó el turno a las ciudades, de las cuales sólo Barcelona, Tarragona y Tortosa tenían diputados en aquellas cortes. En nombre de la burguesía catalana se levantó el ciudadano Pere Grony y ofreció todas las «corces», naves y leños que hubiese en Barcelona, dejando para después la relación de los demás socorros con los que la ciudad quería cooperar en la expedición. Tarragona y Tortosa se atuvieron a lo que el barcelonés expuso. La Ciudad Condal aportó dos mil infantes y costeó casi todo el armamento naval. También participaron, en lo que a armamento naval se refiere, provenzales y muchos prelados y barones. Desde luego, todos los caballeros traían sus sirvientes o escuderos, lo cual triplicaba al menos el número de combatientes; en la firma del convenio se mencionan a los caballeros con sus sirvientes.

Gozoso el rey, agradeció a los tres estamentos —clero, nobleza y burguesía— el apoyo y el mucho amor que le proferían y ofreció llevar doscientos de los más valientes y mejor pertrechados caballeros aragoneses, quinientos donceles montados, cuanta infantería fuese menester, ingenios de batir y muchos ingenieros.

Seguidamente se firmó el acta de compromiso donde se asegurase la porción de la conquista según la participación de cada uno. Y después de haber hecho juramento sobre lo pactado, se acordó que en el mes de mayo estarían todos en Salou y Tarragona para emprender la gran conquista.

Corría el mes de agosto de 1229 y a finales de este mes se ratificó en Tarragona el convenio celebrado en Barcelona. Sin embargo, aquel acuerdo se modificó en una de sus cláusulas, pues los caballeros templarios, con quien no se contó al principio, quisieron estar presentes en la empresa. Además, los templarios fueron honrados con una de las disposiciones más importantes de aquella ratificación: el rey quiso que el comendador de Miravet, frey Bernat de Campans, se ocupara —junto a otros

personajes— del repartimiento de la isla de Mallorca.

La Orden del Temple envió aproximadamente a cien caballeros, escogidos entre los más señalados de la congregación, y aportó además una cantidad indeterminada de sargentos —rango inmediato inferior al de caballero dentro de la Orden— y escuderos, lo que seguramente triplicó el número de combatientes. Según el artículo 138 de la Regla del Temple, «cada hermano caballero del convento debería de tener tres caballos y un escudero y un cuarto caballo y un segundo escudero», lo cual suponía un incremento notable de hombres y aparejos bélicos en la empresa de Jaime I. Y en el artículo 140, en la misma regla, se añade que «los hermanos caballeros tendrán tres alforjas; una para el hermano y dos para los escuderos...».

A primeros de septiembre de 1229 había una flota congregada en los puertos de Salou, Tarragona y Cambrils, formada por diversos tipos de naves. Según la crónica de Jaime I, se dieron cita veinticinco grandes navíos, dieciocho taridas, doce galeras y unas cien galeotas que podían transportar quince mil infantes y mil quinientos jinetes. La flota se dividió en cuatro grupos gobernados respectivamente por Jaime I, el obispo de Barcelona, Nuño Sánchez y Guillermo de Moncada.

En estas fechas, el rey tenía veintiún años y, aunque era muy joven, ya se le consideraba un experto guerrero. Los mejores valores del rey Jaime se habían cultivado en manos de la Orden de los caballeros templarios.

LA TRAVESÍA POR EL MARE NOSTRUM

El día 5 de septiembre de 1229 partió la flota con destino a Mallorca. El rey Jaime I embarcó en Salou, en una galera fletada en Montpellier. Al poco de haber partido y a unas veinte millas de la costa aproximadamente, se levantó un fuerte viento que hizo aconsejar al capitán de la nave real la conveniencia de regresar a puerto:

—Señor, vuestros somos y vuestros vasallos naturales, y por esto obligados a mirar por vuestra vida y aconsejaros buenamente como mejor sepamos. Este tiempo de *leveche* no es favorable a vos ni a vuestra escuadra; y sí tan contrario que no podréis tomar puerto en toda la isla de Mallorca; por lo cual, en nuestro sentir, convendría que volviéseis atrás y a tierra, que Dios en breve os dará tiempo más próspero para la jornada.

Pero el rey, convencido de su justa causa y que por ello contaba con el apoyo de la Providencia, tomó aquel hecho como una prueba para comprobar su fe, y de ahí que contestara:

—No haremos tal, ni a tierra nos volvemos por todo lo del mundo... Cuanto más que a esta jornada vamos por la fe de Dios y contra los infieles, para que éstos se conviertan o, si no, aniquilarlos y restituir ese reino a la fe de Cristo y si, pues en su

Nombre vamos, Él nos guiará.

La nave real fue avanzando hasta ponerse al frente de la flota y, al día siguiente, cuando cesó el *leveche* o viento del sureste, avistaron la costa de Mallorca y distinguieron la Palomera, Sóller y Almalug (Andratx, Sóller y Escorca).

No habían podido desembarcar en Pollença por culpa del *leveche* que habían sufrido, y como éste se levantó de nuevo impidiendo la travesía hacia ese puerto, decidieron dirigirse al puerto de la Dragonera, aconsejados por el cómitre o contramaestre Gayran. Éste señaló que dicho puerto «tiene un pozo de agua dulce donde hicimos aguada mis marineros y yo una vez que allí estuvimos. Mas inmediato a la isla de Mallorca hay otra colina, isla también llamada Pantaleu que sólo de la costa dista un buen tiro de ballesta». Y pusieron vela favorable al viento provenzal y hacia allí se dirigieron, llegando al nuevo puerto de la Palomera o Pantaleu el viernes 8 de septiembre de 1229.

Fue en este lugar donde tuvieron un primer encuentro con los musulmanes mallorquines, que en número de cinco mil infantes y doscientos jinetes salieron al encuentro de la flota. Mientras descansaban en el islote de la Palomera, un isleño de nombre Alí —según la crónica, Alí de la Palomera— nadó desde la costa hasta donde estaba Jaime I y pidió ser presentado al rey, a quien informó que en Mallorca le esperaban cuarenta y dos mil hombres bien armados y muy audaces, de los que cinco mil eran de a caballo, y añadió que tenían la misión de no dejarles desembarcar en ningún lugar de la costa mallorquina.

Debido a las dificultades que el rey tenía para desembarcar allí, optó por ir en busca de un mejor fondeadero, tomando rumbo hacia Santa Ponsa; los mahometanos intentaron seguirlos por tierra. De esta forma comenzó una persecución entre la morisma, que iba por un terreno abrupto y lleno de obstáculos, y las naves cristianas, que iban por mar. Mas como el terreno forzó a los musulmanes a hacer algunos rodeos y los navíos bogaban con gran brío, llegaron éstos antes a Santa Ponsa y comenzaron el desembarco.

EL DESEMBARCO EN MALLORCA Y PRIMERAS BATALLAS

El contingente cristiano saltó a tierra en Santa Ponsa. El primero fue Bernardo de Argentona y tras él desembarcaron ochocientos infantes y doscientos caballeros capitaneados por el conde Nuño Sánchez, Ramón de Moncada, Bernat de Santa Eugènia, Gilbert de Cruïlles y el comendador templario frey Bernat de Campans.

Se adelantó solo Ramón de Moncada para observar de cerca a los sarracenos y tanto se acercó que éstos salieron en pos de él, haciéndole retroceder al tiempo que llamaba a los suyos y daba la voz de carga. Tan fuerte y aplastante fue la embestida cristiana,

que cuando se reagruparon para volver a cargar, cerca de mil sarracenos yacían en tierra. Luego, con la ayuda de algunos barones, dieron muerte, según el cronista Desclot, a unos dos mil musulmanes.

Desembarcó el rey y, con unos veinticinco o treinta caballeros, cargó contra doscientos ochenta peones moros, causando gran mortandad. Cuando el rey reagrupó a sus caballeros, ochenta musulmanes yacían muertos. Los demás musulmanes, viendo la batalla perdida, huyeron; el rey cristiano, demostrando su caballería y misericordia hacia los derrotados, regresó hacia la playa, donde fue reprendido por los Moncada por haber puesto su vida en peligro.

Al día siguiente, el 12 de septiembre, y tras la misa oficiada por el obispo de Barcelona —costumbre necesaria entre los soldados que iban a entrar en batalla—, se entabló una discusión entre Nuño Sánchez y Guillermo de Moncada. Estos dos caballeros se cedían mutuamente la vanguardia, sabedores del peligro que ello entrañaba. Pero esta cesión de privilegio caballeresco no se debía al honor que dos soldados se ceden en la batalla, ni por miedo, sino porque entre ellos existía una gran enemistad... Se decidió que se formarían dos vanguardias: una la capitanearon los Moncada y la otra, el conde de Ampurias; la retaguardia quedaba al mando del conde Nuño Sánchez.

Finalmente, los cristianos se encontraron con los sarracenos en el Puig de Zaragoza y el Puig de Sa Ginestra, lugar hoy conocido como el Coll de Sa Batalla. Una avanzadilla informó al rey de que unos seis mil peones cargaban contra la morisma; el rey, enojado con tal acto de indisciplina, montó a caballo y se dirigió hacia la vanguardia de este grupo sin apenas protección alguna y les amonestó, ya que, sin apoyo de la caballería, aquellos hombres se dirigían a una muerte segura. Al poco aparecieron los Moncada, el conde de Ampurias y los templarios, y juntos prosiguieron el avance, tal y como relata el propio rey don Jaime en su crónica.

Se quedó el rey con Rocafort, ya que no iba debidamente protegido para la batalla a causa de las prisas por detener a los peones que cargaban contra la morisma, y cuando se disponía a dirigir al resto de las fuerzas que iban llegando, oyó un gran estruendo producido por el fragor de la batalla, por lo que dio órdenes a un trotero (mensajero) para que fuese a informar a don Nuño sobre lo que sucedía, a fin de que éste se personara enseguida en el campo de batalla con las reservas y fuerzas que traía de Santa Ponsa. Sin embargo, don Nuño se retrasaba mucho, así que el rey le dijo a Rocafort:

—Id vos allá, daos prisa y decidle a don Nuño que en mala hora se tarda hoy tanto, que por ventura tal daño nos acarreará su tardanza, que su comida nos hará mal provecho, porque no debe la vanguardia ir tan lejos de la retaguardia, ni ésta de aquélla.

Pero Rocafort se negó a marchar, aduciendo que ello suponía dejar al rey solo.

Mientras tanto, en la vanguardia se habían formado dos gruesas divisiones. En la crónica real, don Jaime pone de manifiesto la importante participación —decisiva seguramente— de los templarios en la reconquista de Mallorca. Dice el *Llibre dels fets* «que embistieron el de Ampurias y los templarios con la una al campo moro, que venía a ser su izquierda, y por la parte de Santa Ponsa cargaron los Moncada a su derecha». Los primeros —templarios y Ampurias— entraron a viva fuerza y acuchillaron a las fuerzas enemigas, que se replegaron sobre el centro. Pero la Providencia no favoreció de igual forma la suerte de los Moncada. Tres veces desalojaron a la morisma de un cerro que dominaba el campo y otras tantas recobraron los infieles la posición. Las filas musulmanas se engrosaban con tropas de repuesto, en tanto que los cristianos, inferiores en número, estaban rendidos de cansancio y malheridos, sin ninguna señal que hiciera pensar que de Santa Ponsa les pudiese venir socorro alguno. En tan terrible trance, ya algo desordenada la tropa, reunieron los Moncada a los mejores caballeros, en los que aún perduraba el valor, y picando espuelas se lanzaron por cuarta vez contra la altura tan tenazmente disputada, logrando romper las filas enemigas. Pero su denuedo fue su ruina, ya que el ataque se hizo en tropel, sin mantener la posición, y los cristianos se vieron cercados por todas partes: sólo pudieron pensar en vender caras sus vidas.

Mientras esto sucedía, cuenta la crónica que junto al rey llegaron Nuño Sánchez, Jiménez de Luesia y Pedro Pomar con otros nobles y todos sus hombres. Al ver al monarca desarmado, el noble Beltrán de Naga le hizo desmontar para, quitándose su coraza, ponérsela al rey, el cual también se colocó un peripunte y una capellina que seguramente le trajeron. El rey, enterado de la crítica situación de los Moncada, quiso acudir en su auxilio, pero se lo impidieron Nuño Sánchez, Pedro Pomar y Jiménez de Luesia, quienes, apoderándose de las riendas del caballo del rey, detuvieron a éste y le hicieron desistir de su propósito con notables reflexiones. El rey protestó por ello, sintiendo que esa acción podía perjudicarles: era una premonición atinada, pues en ese momento caían los Moncada.

Una vez reagrupados los restos de las divisiones que mandaran los Moncada, se dispusieron a vengar la muerte de sus valientes capitanes. Mientras, el conde de Ampurias y los «intrépidos templarios» —así les llama el rey en su crónica— seguían desalojando al enemigo y empujándolo hacia la sierra de Porto Pi.

Sobre este particular existe disparidad de criterios entre los historiadores: Quadrado afirma que los musulmanes retrocedieron hacia la sierra de Bendinat y Ribas Pina dice que Quadrado está equivocado, ya que la sierra de Porto Pi era lo que hoy se denomina la Bonanova y Génova; además, el rey en su crónica dice que se dirigían a Porto Pi, así que es evidente que las tropas se dirigían hacia dicha sierra y, desde allí, hacia la Ciutat de Mallorca.

Llegados a este punto, se produjo lo que podríamos llamar una «carga general»: el

rey, que había reunido a toda su gente en lo que hoy se conoce como el Coll del Rey, se puso al frente de sus mesnadas y tuvo lugar una encarnizada batalla. Al poco, la retirada de los moros se hizo evidente: huyeron hacia Na Burguesa y se clavó en el cerro la bandera real, que era mitad roja y mitad blanca, según la crónica de Jaime I. No será necesario insistir en la similitud entre los colores del pendón del rey y los colores de la Orden, blanco —símbolo de pureza— y rojo —símbolo de sacrificio—. El *bausant* o estandarte de la Orden de los caballeros templarios era blanco y negro.

El ejército cristiano acampó cerca de Porto Pi y, al terminar de cenar el rey, en la tienda de Oliver de Termens, fue a visitar a los valientes y malogrados Moncada. Refiere la crónica que el rey lloró desconsoladamente sobre el cuerpo de los fallecidos y tuvieron que sacarlo de la tienda donde estaban los cadáveres. Ello parece denotar que el rey no sólo era un caballero ejemplar, sino que, además, demostraba ser una persona con grandes sentimientos y un acendrado sentido de la confraternidad. La exaltación de estos valores era especialmente relevante en las órdenes de caballería y, muy especialmente, en la Orden del Temple.

Al día siguiente se hicieron trincheras para fortalecer el campamento y se procuró dar cristiana sepultura a casi todos los fallecidos. Los Moncada fueron enterrados el viernes 14 de octubre, al amanecer, a unas dos millas del campo de batalla, tal y como dicta la tradición, esto es, al pie de un pino viejo y solitario. Quizá esta tradición se deba a una interpretación simbólica de la naturaleza, ya que «el pino es símbolo de perseverancia, junto con la fecundidad; además significa la victoria y denota los hombres constantes, virtuosos e incorruptibles». (D. J. Herrera Dávila y D. A. Alvear: *Lecciones de Heráldica*. Imprenta del Diario de Comercio, Sevilla, 1830).

Al día siguiente, al anochecer, la armada salió de Sa Porrassa, siguiendo una ruta muy próxima a la costa y entrando en Porto Pi, donde apresaron los barcos árabes que allí se encontraban. Después, la mitad de los navíos cristianos fondearon en el puerto y la otra mitad, delante de la Ciutat de Mallorca.

LA RECONQUISTA DE MALLORCA Y LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

El ejército se encaminó aquel día hacia la ciudad, llegando muy próximo a la llamada puerta de Al Kahi, que miraba hacia zona desértica. Seguramente esta puerta sería la de S'Esveidor o la de Santa Margarita, conocida con este nombre en tiempos más recientes. Las tiendas se colocaron muy cerca de la muralla, donde se produjeron desde el principio muchos asaltos; de hecho, don Nuño tuvo que rehacer su tienda en alguna ocasión, ya que la había levantado tan próxima a la muralla que los disparos de los sitiados la destrozaron (fig. 18). Luego se decidió que, para mayor seguridad, era mejor situarlas en torno a la tienda real. Continuaron los asaltos durante muchos días y

siempre los templarios mostraron un arrojo sin par; prueba de ello es la generosidad con que el rey Jaime I les recompensó, como puede verse en el *Llibre del repartiment*.

Pasaron los días y los sitiados entendieron que sus enemigos estaban dispuestos a tomar la ciudad a cualquier precio. Con seguridad, en el interior de las murallas debía de cundir el temor y el desánimo, pues el jeque árabe envió a un emisario para parlamentar con don Nuño; éste accedió a la petición y contó con el beneplácito del rey don Jaime. El jeque árabe ofreció a don Nuño la satisfacción de todos los gastos e indemnizaciones que pidiesen y aseguró que esas compensaciones se entregarían en el plazo de cinco días. Don Nuño contestó:

—Nuestro rey no cuenta con más de veintiún años y, como con esta hazaña se estrena, sabed que de aquí no marchará hasta no haber conquistado la ciudad de Mallorca y, aunque nosotros le dijéramos lo contrario, sabemos que desoiría nuestros consejos; así pues, habládme de otra cosa, porque de ésta, es en vano.

Aterrorizado ante la implacable decisión de los cristianos, el jeque ofreció cinco besantes por persona que hubiera en la plaza. (Un besante o bizancio valía tres sueldos y cuatro dineros, moneda de Barcelona; así que el jeque ofrecía por cada persona ocho reales, una cantidad muy elevada en aquellos tiempos). Don Nuño dio cuenta de la entrevista a don Jaime, y éste convocó a los prelados. En un principio se aceptó la propuesta del jeque árabe, y el propio rey pareció estar de acuerdo con la oferta, pero finalmente se desatendió en honor a los Moncada y demás bravos caballeros que habían perecido en aquella arriesgada empresa.

Las luchas se reiniciaron y acentuaron; repetidamente se intentaba asaltar la muralla, ya que éste parecía el único modo de poder entrar en la ciudad, pero la resistencia de los sitiados no permitía el éxito de los sitiadores. No obstante, las tropas cristianas, crecidas en valor, no cejaban en su empeño. Continuaban los trabajos de excavación de túneles para provocar el derrumbe de las murallas o las torres, pero los sitiados realizaban también sus propios trabajos de minería para cortar los túneles de los cristianos y, con la maquinaria de guerra y el fuego, destruían las torres de asalto que los hombres del rey levantaban para tomar la muralla.

El día 1 de diciembre de 1229 señaló el principio del fin de la dominación musulmana de la ciudad de Mallorca. Al amanecer, los cristianos descubrieron que siete palmos del muro se habían derrumbado debido a los trabajos de excavación dirigidos por el conde de Ampurias. Al día siguiente, trescientos soldados iniciaron el asalto de la brecha, probablemente cerca de la puerta de Bebalcofol (Santa Margarita), pero los sitiados concentraron allí todas sus fuerzas y lograron rechazar a los cristianos. No obstante, esta acción costó cara a los musulmanes, ya que murieron trescientos sarracenos, más doscientos que cayeron heridos; en aquella refriega, sólo una docena de cristianos cayeron muertos. Las bajas en uno y otro bando comenzaban a desequilibrar el combate.

El lunes día 3, durante la noche, cayó otra torre socavada, pero el asalto cristiano fue mal dirigido y secundado: de los doscientos soldados que lo iniciaron, perecieron treinta y tres, y el ataque fue finalmente rechazado.

El martes día 4, los hombres de don Jaime consiguen derribar el arco del portal con la maquinaria (catapultas, balistas, arietes, etcétera) y las puertas de hierro caen abrasadas al foso. Por otra parte, tanto el «paborde» de Tarragona como don Nuño excavan sendas minas con las que consiguen derribar casi veinticinco brazas del muro principal, pero los sarracenos les obligan a abandonarlas finalmente. Durante más de veinte días, los combates prosiguieron en los mismos términos, centrados en derribar o defender las murallas. Pero el tiempo corría a favor de los cristianos, que llegaron a mermar en gran medida la solidez de los muros y las torres. La situación había llegado a un punto de no retorno y unos y otros se empezaron a preparar para el asalto final.

El día 27, todos los cristianos juraron ante la Biblia y el Cristo crucificado que nadie se detendría en su avance, «viere caer al que fuere», y que nadie se detendría ni por dolor ni por heridas, y que aquel que huyera o se retirara en la batalla sería tratado como un enemigo y castigado como un traidor. Este tipo de «consignas» era tan sólo comparable a la que defendían los caballeros templarios cuando cargaban contra el enemigo al grito de «¡Victoria o muerte!». Aquel día, para evitar que llegaran refuerzos a la ciudad o que una imprevisión hiciera peligrar el éxito de la misión, se decidió organizar tres fuertes grupos de cien caballeros cada uno y se colocaron en lugares estratégicos: el primero se situó en las trincheras; el segundo, delante de la puerta de Barbolet o Beb Albalech, hoy de San Antonio, cercana al castillo, que recibieron en donación los caballeros templarios; y el tercero, delante de la puerta de Porto Pi, hoy de Santa Catalina. Los cristianos señalaron el día 31 de diciembre para dar el asalto general y definitivo a la ciudad de Mallorca.

Amanece el último día del año 1229. Las trompetas tocan a armarse y, tras celebrarse el santo oficio, todos los hombres se acercan a comulgar. De nuevo se forma a los guerreros, los estandartes se lucen y ondean al viento y en el campo de batalla se observan las afiladas puntas de las lanzas. Los enemigos, al mando de Saib ben el Haken, se preparan para lo que saben que será el asalto final, la batalla decisiva, y el jeque, sobre un caballo blanco, coloca a sus hombres sobre la muralla.

Don Jaime I, rey de Aragón, da la voz de ataque y los hombres de la primera fila forman una muralla de bronce con sus escudos. (Era el famoso «ataque en escuadra», empleado habitualmente por los caballeros templarios). Así comenzó el ataque final.

En el segundo intento, al fin, los cristianos consiguen llegar al cuerpo a cuerpo, al grito de «¡Santa María!». Los musulmanes rechazan el ataque en un primer momento, mas los cristianos se animan con nuevas proclamas: «¡Vergüenza, caballeros, vergüenza!». Invocando el nombre de Santa María, arremeten contra el infiel con más furia si cabe, al tiempo que los sarracenos intentan contrarrestar el choque de aquellas

masas de hierro impenetrables a sus ataques.

Con los aragoneses ocupando la ciudad, las calles se defendían palmo a palmo; en todas partes se podía observar hombres luchando a brazo partido: la batalla era terrible. El vecindario, aterrado, optó por huir hacia las montañas y hasta treinta mil ciudadanos salieron por las puertas de Barbalet y Porto Pi. Al frente de esta multitud temerosa estaba un jefe llamado Ibn Sheyrí, que más adelante fue líder de la resistencia en las montañas.

Tan enzarzados estaban los cristianos en la batalla que no hicieron cuenta de los que huían. Por fin, el combate se decantó a favor de las huestes aragonesas y los moros huyeron hacia la Almudaina, la ciudadela fortificada de la ciudad. Las puertas se cerraron antes de hora y varios centenares de sarracenos quedaron expuestos a la violencia de las armas cristianas, que ya se habían cobrado veinte mil vidas en su venganza.

Mientras el rey preparaba las pláticas para la rendición de los que se refugiaban en la Almudaina, llegaron dos caballeros de Tortosa y le dijeron que ellos le entregarían al *wali* (gobernador) de Medina Mayurqa. Desde luego, prometieron cumplir con ello si se les ofrecía alguna recompensa. El rey les dio mil besantes y, con don Nuño Sánchez, los siguió hasta una casa donde encontraron al *wali* sentado, con tres fieles pajes, esperando el fatídico final. El rey don Jaime fue cortés con él, conforme exigía el carácter caballeresco del monarca. Algunos autores han sostenido sin mucho fundamento que el rey Jaime I cogió a su prisionero por las barbas y que, incluso, lo estuvo torturando durante cuarenta y cinco días hasta que el desgraciado *wali* finalmente murió. Estas acusaciones difamatorias son proferidas por mentalidades condicionadas en razón de su ideología e ignorantes de lo que representan los rasgos propios del carácter caballeresco. Y don Jaime, además de rey, fue caballero.

El monarca le dijo al *wali* que no temiese, ya que estaba en su poder y, por ello, su vida no corría peligro. Jaime I ordenó a dos leales caballeros que lo custodiaran y volvió hacia la Almudaina para pactar *in situ* la rendición de la ciudadela.

Se inició entonces un período de reparto de bienes que duró hasta la Pascua. Esta voracidad disgustaba en gran medida a don Jaime, especialmente porque sabía que no todo estaba hecho y que unos treinta mil musulmanes habían huido a las montañas: si se hacían fuertes en el monte, costaría mucho vencerles.

Se produjeron al menos dos motines importantes en la ciudad, entre los propios cristianos. Ambos motines tenían su razón de ser en la rapiña bélica: los vencedores no querían aceptar como pago lo que se les daba, sino tomar ellos lo que creían justo. El rey se vio obligado incluso a proteger todo su haber en el castillo de los templarios, pues temía que le fuera robado. Ello demuestra la gran confianza que el rey había depositado en la Orden del Temple, a la que no dudaba en dejar en custodia toda la riqueza de que disponía.

La ciudad estaba llena de cadáveres y ello suponía un serio problema sanitario, pues se podría desatar una epidemia. Por ello, los preladados, tras decidirlo en un consejo previo, ofrecieron mil días de perdón por cada cadáver que se sacase fuera de la ciudad; y tanto fue el celo del ejército —y tanta la estimación de la indulgencia—, que en pocos días la ciudad quedó limpia y los cadáveres fueron enterrados y quemados en el campo.

EL «REPARTIMENT»

Era el momento de hacer el reparto y señalar las porciones que le correspondían a cada uno, de acuerdo con los pactos que se habían establecido antes de partir de la Península. Como los Moncada habían fallecido en combate, fueron reemplazados por don Ramón Berenguer y don Ramón Alemany, y se agregaron don Jaime de Urrea y don Pedro Cornel. (Aquí sólo se hará referencia a las porciones que cupieron al rey y a los caballeros templarios; el resto de las reparticiones pueden consultarse en el *Llibre del repartiment*).

Se le dieron al rey quince casas mayores y éste, a su vez, repartió algunas entre sus porcioneros los templarios. Al rey, asimismo, le correspondieron 1.482 casas habitadas, 494 inhabitadas, 24 hornos, 17 huertos, 320 obradores o tiendas y dos de los mejores baños públicos. De este lote salieron los bienes con que finalmente recompensó el rey a los templarios. Don Jaime les concedió distintas propiedades desde Sóller hasta Alcudia; en total, 122 alquerías, 525 caballerías, 365 casas y 54 obradores. Conforme al pacto previo, a los templarios le correspondió un lote con la fortaleza, diversas casas, hornos y otros bienes de la ciudad. Semejante premio no era casual: era la recompensa a una hueste de valientes caballeros cuya participación en la batalla había sido decisiva.

La conquista de Mallorca no finalizó formalmente hasta un año después. En total, la campaña duró catorce meses, ya que hubo que combatir a los sarracenos, que se refugiaban principalmente en los montes de Sóller y Almaluig, y, algunos, en Artà, donde había más de tres mil soldados escogidos y treinta caballeros al mando de Xuard o Xuaip, hasta que finalmente fueron muertos o hechos prisioneros. Sobre este punto, Desclot estima que la reconquista de Mallorca costó a los musulmanes cincuenta mil muertos y treinta mil prisioneros, como mínimo.

Ninguna otra orden militar participó tan activamente como la Orden del Temple durante aquella campaña. No obstante, otras órdenes militares también hicieron su trabajo: entre el Palau y la puerta del Temple había una puerta que recibía el nombre de «la Calatrava». Se dice que recibió dicho nombre porque entraron los cristianos por esa parte con su capitán y que, por ser éste maestro de aquella religión, le pusieron ese

nombre. Sobre la Orden de los hospitalarios o sanjuanistas cabe señalar que, tras la reconquista, se personaron caballeros de dicha orden ante el rey y solicitaron que, para evitar la vergüenza de no haber participado en la conquista de la isla, tuviese a bien donarles algo. Y el rey, movido por la necesidad de contar con más caballeros o por su buen corazón, les concedió la iglesia de San Juan y la plaza de Atarazanas, así como algunos huertos para su mantenimiento. Al respecto, en la *Colección Eusebio Pascual* del Archivo del Reino de Mallorca (vol. VII, pág. 48) puede leerse este párrafo: «Fundaron también en esta capital los caballeros de la religión de San Juan en la Atarazana, lugar que les dio para dicho efecto el Sr. Rey D. Jaime, sin embargo de no haber llegado a tiempo de la reconquista con algunas alquerías para su manutención». En otras fuentes históricas se menciona que los caballeros hospitalarios «ofrecieron sus espadas» al rey. Aún otra nota: en *La mística solar de los templarios* (Martínez Roca, Barcelona, 1983) Juan García Atienza dice al respecto: «Los hospitalarios llegaron tarde y tuvieron que mendigar prebendas que no se habían ganado en la lucha».

Apuntes de este tipo es todo lo que puede encontrarse sobre la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén y su papel en la reconquista de Mallorca. Esta orden, hermana y rival, que tanto supo beneficiarse de la Orden del Temple cuando ésta se suprimió, parecía haber hecho gala de su oportunismo.

A partir del año 1232, el comendador de la Orden del Temple, frey Ramón Serra, tomó posesión de la fortaleza de la Gomera. A partir de ese año, el castillo del Temple fue alcázar y archivo de los reyes mallorquines. Grande tuvo que ser, por tanto, la confianza que el rey Jaime I había depositado en la Orden, tal y como señala de nuevo García Atienza: «Nos encontramos ante un hecho sorprendente: un rey que debió prácticamente toda su existencia a la Orden del Temple, un rey que recurrió a los templarios en cada instante crucial de su reinado, un rey que siguió paso a paso y durante toda su vida el ideario de los freires que le educaron en los años cruciales de su infancia, un rey que se comportó tal cual —o casi— como los Pobres Comilitones del Templo de Salomón esperaban...». O, como también indica Engràcia Alsina Prat en «Jaime el Conquistador y su relación con los Santos Lugares» (*Jaime I y su época*. X Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, 1980): «No podemos olvidar la infancia y juventud del Conquistador, educado por los templarios; conocería perfectamente la historia de las cruzadas sucesivas que llevaron a tantos reyes, magnates y caballeros a luchar por la conquista de Jerusalén».

En efecto, el rey habría recibido la benéfica influencia de los templarios en su tierna juventud y prueba de ello es que le acompañaron siempre, durante toda su vida, y en cada una de las conquistas que realizó: Menorca, Valencia, Murcia, etcétera. En cuanto a las Islas Baleares, cabe decir que, según se menciona en el *Llibre dels fets*, los territorios insulares figuraban ya en la lista de las provincias templarias que se

establecieron inmediatamente después de la oficialización de la Orden del Temple, en el Concilio de Troyes (1128), cuando aún faltaban más de cien años para la reconquista de Mallorca.

UN REY SEÑALADO POR LA PROVIDENCIA

A lo largo de toda la vida del rey Jaime I se produjeron hechos y sucesos un tanto curiosos que, en buena medida, se han catalogado como episodios milagrosos o sobrenaturales. Desde luego, es fácil recordar en este punto que todo aquello que tuvo relación con la Orden del Temple aparece rodeado por un halo de misterio y sacralidad.

A continuación se propone un recorrido por todos esos hechos extraños que marcaron la vida de este rey, uno por uno y de forma cronológica, durante su infancia, adolescencia y hasta la reconquista de la isla de Mallorca. No se entrará a valorar cuáles son leyenda y cuáles tienen una referencia real en la Historia. Pero es importante, en este punto, recordar un episodio acaecido cuando se estaba planteando la campaña de Mallorca, en las Cortes de Barcelona; el monarca comenzó su discurso diciendo:

—Como sabéis, nuestro nacimiento fue milagro de Dios.

Y añadió que aquel suceso estuvo rodeado de connotaciones salvíficas y de peticiones de ayudas morales y económicas.

En su crónica, Jaime I comenta lo insólito de su nacimiento y cómo su madre se quedó embarazada de él: «El milagro se había consumado». Inmediatamente después de haber venido al mundo, su madre lo llevó a la iglesia de Santa María, donde estaban cantando maitines, y sucedió que, al pasar por el umbral, el coro comenzó a cantar el *Te Deum laudamus*. Por si esto no bastara, cuando fue llevado a la iglesia de San Fermín, resultó que los corifeos estaban entonando el *Benedictus Dominus Deus Israel*.

El nombre de Jaime I también tiene su historia insólita. Cuenta la tradición que su madre creyó ver en los sucesos de aquellas iglesias algunas señales de la Providencia, de modo que regresó con el niño a su residencia e hizo cortar doce cirios de igual peso y tamaño. A cada cirio le impuso un nombre, prometiendo al Señor que llamaría al recién nacido con el nombre del cirio que durase más tiempo encendido. Como el cirio dedicado a San Jaime permaneció vivo mucho más tiempo que los demás, ése fue el nombre elegido para bautizar al infante.

Años después, según cuenta la leyenda, cuando el joven rey se estaba educando en Monzón, ocurrió un episodio también muy interesante. Cierta día, Jaime paseaba por los alrededores de la ermita de la Virgen de la Alegría con sus tutores los templarios; y

sucedió que el niño rey se encontró con un pobre ermitaño que le auguró la mayor gloria del mundo si tomaba la espada que llevaba al cinto el maestre de los templarios, frey Guillem de Montrodón, y en un remanso del río la templaba para después ofrecérsela a Nuestra Señora. Esta espada, la *Tizona*, había pertenecido al mismísimo Cid Campeador. Muchos años después, en tiempos de la reconquista de Valencia, el rey Jaime I escribió a los templarios de Monzón y les pidió aquella espada «que havia nom *Tisó* i que era molt bona e venturosa e aquels que la portaven». Quizá por ello conquistó Valencia en cuatro semanas, un tiempo muy corto si se compara con el período que el Cid tuvo que emplear para someter a la ciudad del Turia.

Aún otro episodio maravilloso en su infancia: tenía el rey Jaime poco más de diez años y se encontraba en Barcelona en compañía del dominico catalán Ramón de Penyafort y de Pedro Nolasco, cuando, según cuenta la tradición, se les apareció a los tres la Virgen. Al parecer, María les pidió que se esforzasen en la creación de una orden exclusivamente dedicada a la redención de cautivos. Y la Orden de la Merced se fundó en el año 1218; San Pedro Nolasco fue su mentor y quedó bajo la protección del dominico San Ramón de Penyafort, que la introdujo en el reino de don Jaime I.

Mucho tiempo después, cuando don Jaime ya se había hecho con las riendas de su reino, el monarca pronunció algunas palabras enigmáticas. Estando en las Cortes de Tarragona y mientras escucha al mercader Pedro Martel, siente don Jaime una súbita inspiración que le lleva a la necesidad de reconquistar las Islas Baleares, porque «la voluntad de Dios no puede torcerse».

En aquella expedición bélica ocurrió un hecho que algunos consideran casi milagroso: encontrándose don Jaime a tan sólo veinte millas de la costa catalana, se levantó un fuerte viento del suroeste que hacía muy peligrosa la travesía. Los cómitres de las galeras recomendaron no arriesgarse a sufrir un naufragio, pero el rey Jaime les dijo:

—Si en nombre de Él marchamos, es justo que en Él hayamos depositado nuestra confianza para que nos guíe.

Las naves siguieron su camino en medio de la tempestad y, al amanecer, el viento cesó: contra todo pronóstico, la costa mallorquina estaba a la vista.

Después de muchos combates, las huestes cristianas ya se encontraban ante los muros de la capital de Mallorca; los sitiadores cristianos arremetían contra la ciudad con catapultas. Los musulmanes, para evitar el bombardeo, colocaron prisioneros cristianos con los brazos en cruz sobre las murallas y almenas. Los disparos con las máquinas de guerra no se detuvieron, pero ninguno de los prisioneros fue herido por las piedras y bolas de fuego que disparaban los ejércitos de don Jaime.

En el año 1230 se hundieron dos galeras en las playas de Tarragona. Este suceso aconteció cuando el rey acababa de desembarcar. El monarca entendió que aquel episodio era milagroso y ordenó que desde entonces aquel lugar se llamara la Playa

del Milagro. Berenguer Capotxa le tranquilizó diciéndole:

—*Senyor; tant vos ama Deu que en galotxes podriets passar la mar.* («Señor, tanto os ama Dios que hasta en zapatillas podríais pasar la mar»).

Mas el mayor prodigio sucedió durante el asalto final a la Ciutat de Mallorca, tal y como relata el *Llibre*: «Según nos contaron después los propios sarracenos, el primero a quien vieron atacar a caballo fue a un caballero vestido de blanco, sobre un caballo blanco y que también llevaba blancas todas sus armas, por donde estamos en la firme creencia que aquel debió de ser San Jorge». San Jorge, paladín de la cristiandad, solía aparecer en figura espectral cuando se daban las batallas entre moros y cristianos... al menos, ésa es la tradición.

La veneración por San Jorge prendió en la isla recién conquistada. Pero, sobre todo, la fe en San Jorge arraigó en los territorios adjudicados a los caballeros templarios, quienes escogieron aquellos enclaves que habían sido en tiempos pasados lugares de culto ancestral y, en muchos de estos emplazamientos, levantaron altares a San Jorge.

Parece evidente que la vida del rey don Jaime estuvo rodeada de un halo de épica y misticismo, y resulta indudable que mantuvo una estrecha relación con los templarios, no sólo durante la reconquista de Mallorca o el período previo a ésta, sino también después. Basta recordar un suceso que acaeció cuando el rey se disponía a atacar la ciudad de Valencia en compañía de sus fieles templarios y los nobles que le acompañaban. De pronto, un murciélago se posó sobre el estandarte real y el rey entendió que aquel extraño acontecimiento era un signo de buen agüero. («Murciélago», en árabe, se pronuncia aproximadamente *khuffash*, y esta palabra deriva de la raíz *khfsh*, que significa ‘derrocar’, ‘avasallar’. Y su significado sufí es «pupila que sólo ve de noche»).

Este detalle sugiere que el rey don Jaime podría haber adquirido algunos conocimientos iniciáticos en su antigua relación con los templarios. En cualquier caso, resulta extraño que un murciélago fuera a posarse en el estandarte real en medio del inmenso estruendo previo a la batalla y a la toma de la ciudad... Y más extraño aún es que el rey considerara aquel suceso algo fantástico y maravilloso.

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR...

La figura del rey Jaime I ha suscitado opiniones encontradas. En este capítulo han querido destacarse algunos rasgos de su carácter especialmente relevantes, como su condición mística y su exaltación de la fe. Pero aún queda un aspecto de su personalidad que merece destacarse: la caballeridad o, más propiamente, la asunción de los valores caballerescos.

Algunos cronistas han tratado de mostrarnos a un rey don Jaime I agresivo y cruel,

con características más propias de un fanático obsesivo que de un noble caballero. Para demostrar semejante retrato, a menudo se ha esgrimido el caso del *wali* de Medina Mayurqa, con el que Jaime I supuestamente habría tenido un comportamiento cruel después de la conquista.

A la hora de estudiar ese episodio, convendría recordar que el *wali* había sido derrotado con todo su ejército, que la ciudad ya estaba en manos de los cristianos y que todo cuanto poseía el gobernador de la ciudad ya le había sido confiscado. ¿Qué necesidad tenía el rey Jaime I de torturar al *wali* durante 45 días? ¿Para vengar la muerte de los Moncada tal vez? Aniquilar a cincuenta mil musulmanes probablemente ya es suficiente venganza y no parece razonable que el monarca cristiano buscara algún resarcimiento torturando a un indefenso *wali*.

Además, don Jaime siempre tuvo gestos de nobleza y humildad con todo aquel que lo necesitara y en muchas ocasiones demostró tener un gran corazón al hablar de personas que tal vez no merecieran especiales deferencias de cortesía. Téngase en cuenta, por ejemplo, cómo recuerda y habla de su padre en su crónica: «Fue el monarca más generoso, más cortés y más afable que hubo en España». Así habló Jaime I de su padre, Pedro II, que tuvo un comportamiento más que reprobable con su hijo, no sólo por haberlo abandonado, sino por entregarlo en custodia a Simón de Montfort tras arrebatárselo a su madre, María de Montpellier.

Jaime I no fue un rey que sintiese una enemistad obsesiva u odio contra los judíos o los musulmanes. Él siempre intentó mantener las mejores relaciones con unos y otros. Desde luego, el rey dio «una de cal y otra de arena», pero las circunstancias políticas no invalidan su ánimo conciliador en general. Recuérdese, por ejemplo, su buena relación con el hebreo Azac o el hecho de permitir y proteger una judería situada al lado de la Casa del Temple en Mallorca. También ha de mencionarse su comportamiento con el musulmán Ben Afeet, aquel árabe que proporcionó comida a los cristianos mientras sitiaban la Ciutat de Mallorca y al que luego el propio rey llamó Ángel. O su apoyo e intercesión por el judío Nahmanides, cerebro señero del Call de Gerona cuando el rey don Jaime recibió la bula papal *Turbato Corde* (Clemente IV) en la que el pontífice exigía que se castigara al rabino por haberse expresado libremente. Y no olvidemos que, aunque finalmente atacara y tomara la Ciutat de Mallorca, el rey Jaime estuvo dispuesto a aceptar las condiciones que le ofreciera el jeque árabe: ocho reales por cada persona que hubiera dentro de la plaza, a condición de que se volvieran para Barcelona. Si no lo aceptó fue para evitar el descontento y la discusión con don Nuño y el resto de los nobles que ese día se reunieron con él para tratar el tema, y que estaban deseosos de vengar a los Moncada. Prueba de su espíritu bondadoso con los musulmanes fue la forma en que reconquistó la isla de Menorca: que no se derramó sangre y permitió que sus gentes, cualquiera que fuese su credo, vivieran en ella como lo habían hecho hasta entonces, aunque, naturalmente, se

impusieron tributos y rentas anuales.

También podría recordarse aquí la relación de don Jaime I con otros grupos sociales y caballeros de otras nacionalidades y credos especialmente perseguidos, como los occitanos. Por ejemplo, Berenguer Durfort, de linaje albigense, figura como *batlle* de Mallorca en el año 1239; Berenguer Martí, soldado del conde de Bearn y pariente cercano del obispo cátaro Bernat Martí (quemado por la Inquisición en el año 1240), recibió del rey algunas tierras en la comarca de Sóller; también se cita a Pere Arnau de Barberà, a Jordá de Caramany, esposo de Ciurada de Caramany, que fue inmolada en el Camp dels Cremats de Montseguer, a un Dalmau de Barberà y a un Jaspert. Otras referencias interesantes son la aparición del apellido occitano Escafre, documentado en Artà a partir de la reconquista del siglo XII, y la presencia de un Bernat d'Escafre como procurador de la Casa del Temple en el año 1180. Además, hay documentos en los que se cita a un Amiel de Rieusech, que ingresó en las filas del Temple, y al primer comendador de la Casa del Temple en Mallorca, frey Ramón Serra, pariente de Pere Serra, natural de Montpellier.

Todos estos datos parecen sugerir que el rey Jaime I y los templarios mantuvieron una relación muy estrecha; además, con toda probabilidad, compartieron ideales políticos y religiosos. Aunque las circunstancias políticas empujaron al rey a tomar decisiones propias de un hombre de su tiempo, también resulta muy evidente su simpatía, tolerancia y sus buenas relaciones humanas con musulmanes, cátaros y judíos a lo largo de todo su reinado y su profundo respeto hacia los miembros de otras religiones; en esto, como en tantos otros aspectos, parece existir un proyecto común con la Orden del Temple.

Como los caballeros del Templo de Salomón, el rey Jaime I hizo gala de su condición de caballero, de su fe religiosa y de su habilidad como guerrero. Además, nunca negó la gran admiración que sentía por aquellos a los que él llamaba cariñosamente sus «intrépidos templarios».

Su comportamiento, heroicidad, humildad, honor, afán de sacrificio y amor hacia los suyos hicieron de Jaime I *el Conquistador* todo un caballero templario: un rey templario.

JOSÉ MIGUEL NICOLAU GONZÁLEZ (*Palma de Mallorca, 1965*). Investigador y divulgador histórico, ha realizado estudios de paleografía, genealogía, etcétera. Presidente fundador de la sociedad de estudios medievales *Patrocinium Studium Regnum Maioricarum (Templebalear)*, es también miembro de la junta directiva de la *Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA* y del consejo de redacción de *Boletín Temple*. Caballero y gran oficial de la *Supremus Militaris Ordo Templi Hierosolymitani*, donde ostenta el cargo de prior internacional, es también

prior magistral del archipiélago balear y legado magistral para Hispanomérica de la OSMTH.

CAPÍTULO IX

Apogeo y decadencia, arresto y juicio de la Orden del Temple

JOSÉ CARLOS SÁNCHEZ MONTERO

«La Orden del Temple perduró casi doscientos años, y el proceso —o más bien la serie de expedientes que reciben ese apelativo— se alargó durante siete años. Pero, para la mayoría de los autores que se han interesado por el tema, esos siete años pesan más que todo el resto».

MARION MELVILLE, *Nosotros los templarios*

Mucho se ha escrito, sin duda, sobre la Orden del Temple. Por desgracia, esta labor no siempre se ha llevado a cabo con el debido rigor historiográfico. Los distintos trabajos no sólo se han referido a su supresión, que la literatura de nuestros días está empeñada en reproducir una y otra vez, sino también a su *modus vivendi*, sus estrategias militares, sus territorios, las relaciones que mantuvieron con las diferentes monarquías de su tiempo, sus advocaciones, sus construcciones, sus reglas y un largo etcétera. Tampoco han faltado apreciaciones sobre el marcado carácter esotérico —oculto, reservado— y exotérico —común y accesible— de la Orden, tantas veces tratado —las más de las veces para mal— por infinidad de literatos y periodistas. En lo que a este aspecto se refiere, se han comentado hasta la saciedad el uso de simbolismos ocultistas, las concepciones paganizantes, pretendidos saberes milenarios y desestabilizadores custodiados en secreto, complots extravagantes, supuestos linajes ocultos de Jesús el Cristo, extraños rituales de iniciación y todo tipo de sórdidos elementos que en poco o en nada reflejan el verdadero espíritu e ideal templario.

En estas líneas haremos hincapié en las causas que promovieron el auge de la Orden del Temple a finales del siglo XII y principios del XIII, el porqué de su declive, qué auspició su persecución y su encarcelamiento y, finalmente, los motivos de su supresión como orden religiosa y militar.

ORIGEN DEL ENRIQUECIMIENTO DEL TEMPLE

En primer lugar, se dieron múltiples factores que propiciaron, incluso en los primeros años de su creación, un rápido florecimiento y expansión del patrimonio de la Orden del Temple. No debe olvidarse que fue creada por nueve caballeros, y que sólo los nobles de los diferentes reinos europeos podían ostentar el título de caballeros. Se

trataba de nobles con un gran patrimonio. Este patrimonio se cedía en su integridad, o en gran parte, a la Orden en el momento de su ingreso, en calidad de dote: Hugo de Payens, por ejemplo, cedió sus bienes de Payns; Godofredo de Saint-Omer aportó la gran casa que poseía en Ypres (Flandes); Payen de Montdidier entregó su señorío de Fontaine, etcétera. Personas de toda condición les imitaron y multiplicaron las donaciones más diversas. Según consta en la *Crónica anglosajona*, cuando Hugo de Payens se entrevista en Normandía con el rey de Inglaterra, Enrique I, éste le envía a su reino, donde «fue recibido por todos los hombres de bien, que le hicieron regalos, y en Escocia le recibieron de la misma manera. Y además, enviaron a Jerusalén grandes riquezas en oro y en plata».

Por otro lado, y en cuanto que orden religiosa aceptada por la Santa Sede, los templarios disfrutaron de una serie de privilegios concedidos por diferentes papas a través de sus bulas. Estas normativas eclesiásticas propiciaron una buena situación económica y un reconocimiento especial respecto a otras órdenes de similares características. Así, el 29 de marzo de 1139, Inocencio II les concedería, a través de la bula *Omne datum optimum*, la liberación de toda obediencia eclesiástica, al poner a la Orden bajo la autoridad directa del papa, eximiéndolos del pago de diezmos y permitiendo la creación de un cuerpo de capellanes que dispensen los sacramentos.

En este sentido, es necesario hacerse eco de las palabras de la historiadora medievalista francesa Marion Melville:

«Hasta la publicación del *Cartulario*, en 1913, se creía que la bula *Omne datum optimum* de Alejandro III de 1162 era la original, cuando se trata solamente de una repetición de la dada por Inocencio II, descubierta por el marqués de Albon [publicada en su *Bullaire*]. Sin embargo, un detalle habría podido dar la voz de alarma, pues la bula *Quam sit utilis* (sin fecha) de Alejandro III, que es un extracto de *Omne datum*, dirigido al clero, lleva en su texto el nombre de “nuestro querido hermano Roberto”». (*Nosotros los templarios*, Tikal, Gerona, 1995).

Melville se refiere aquí a Roberto de Craon, maestre de la Orden desde 1133 hasta 1148, bajo cuyo magisterio fue promulgada la bula *Omne datum optimum*. A cambio de los privilegios concedidos a la Orden, el papa exhorta a su amado (*carissimo*) hijo Roberto a combatir sin desfallecer a los infieles y, como recompensa, le autoriza a disponer de todos los bienes arrebatados a los moros, sin que nadie pueda reivindicar nada. Esta autorización papal se olvida con mucha frecuencia y por ello los detractores de la Orden se confunden cuando acusan a los templarios de rapacidad.

En el año 1144 se les concedió la posibilidad de realizar colecta con la bula *Milites Templi*. A esta bula le siguió, en 1145, *Militia Dei*, en la que se permitía a los templarios construir oratorios.

Como se puede observar, los reconocimientos a la Orden no tardaron en llegar. Si comprobamos las fechas de promulgación de las bulas pontificias, no transcurren más de veinte años desde la fecha de creación de la Orden y la fecha de promulgación de la primera de ellas, concediendo una serie de privilegios que, para una sociedad tremendamente religiosa y sometida al poder eclesiástico, suponía grandes ventajas.

A esto debe añadirse el marcado carácter de austeridad cotidiana de los templarios. Los gastos no eran excesivos: ciertamente, eran guerreros y militares, y debían comportarse y adoptar las pautas que regían en ese mundo; pero también eran monjes y, por tanto, aceptaban la Regla latina, inspirada por San Bernardo y aprobada por el Concilio de Troyes de 1129. En esta normativa monacal se reflejaban, aparte de otras consideraciones, los tres votos tradicionales de castidad, obediencia y pobreza. La Regla templaria exigía, además, la protección de los Santos Lugares, una obligación de la máxima importancia en el caso que nos ocupa.

En este punto, cabe hacer un brevísimo apunte respecto a la Regla: una vez aceptada en Troyes y recogido su articulado, la Orden se vio en la necesidad de abrir sus puertas a nuevos postulantes, años después. Para organizar su estructura interna, el Temple creó dos clases de caballeros: los caballeros seculares por un lado —solteros que se comprometían a no casarse y ser castos mientras durase el tiempo que habían elegido para servir en la milicia— y, por otro lado, los caballeros de la «orden tercera» —que podían entrar casados o solteros e, incluso, una vez dentro de la Orden, es decir, profesando, podían casarse—.

Esto comportó no pocos problemas en su tiempo, puesto que las familias de muchos caballeros no estuvieron de acuerdo con estas reglas ni con la pérdida de parte de su patrimonio tras la muerte del esposo o padre. Los caballeros habían aceptado voluntariamente esta normativa, pero las familias no siempre estaban dispuestas a confirmar esas cesiones a favor de la Orden. En ocasiones pidieron el amparo a los reyes y dieron lugar a arduas disputas jurídicas.

Las donaciones recibidas de numerosos fieles, por diversas razones, supusieron un paulatino enriquecimiento que provocó un aumento de su poder y de su influencia en toda Europa. La principal razón de estas donaciones era la necesidad de mantener buenas relaciones con uno de los poderes más importantes de la Tierra: la Iglesia. Para ganarse su favor, las clases acomodadas y los terratenientes realizaban este tipo de donaciones, consiguiendo con ello indulgencias u otros beneficios. En otras ocasiones, estas donaciones se hacían con la idea de obtener «mayor gracia» en el «Reino que ha de venir». En ese sentido, la Orden del Temple —como otras— se benefició de los generosos donativos particulares.

Son muy destacables, también, las aportaciones realizadas a la Orden por parte de los monarcas de los diferentes reinos. Como se sabe y como prueban los documentos de aquella época, reyes como Alfonso VII *el Emperador* y Alfonso I *el Batallador*, en

los reinos peninsulares de Castilla y Aragón, concedieron numerosos privilegios y territorios a la Orden del Temple. (Los templarios llegaron a tener en los reinos hispánicos una presencia e importancia mayor que otras órdenes como la de Alcántara o la de Calatrava, por ejemplo). El favor real también se debía, en gran medida, a que los templarios participaron activamente en la cruzada que los reinos cristianos lidiaban en la Península contra los sarracenos de Al Ándalus. Los monarcas se sintieron gratamente satisfechos y agradecidos por su comportamiento y les concedieron villas, castillos, tierras y otras riquezas.

Un ejemplo bastará: Alfonso *el Batallador*, rey de Aragón, quiso que las órdenes militares del Santo Sepulcro, del Hospital y del Temple heredaran todos sus territorios cuando le llegara la muerte (1134). Sólo la intervención del noble Ramón Berenguer IV —futuro príncipe de Aragón y, a la sazón, caballero templario— logró anular el testamento. Aun así, los templarios recibirían importantes y cuantiosas tierras en territorio peninsular; muchas de ellas se habían logrado conquistar al invasor musulmán. Con el acuerdo final se cumplía en parte la voluntad del monarca, los templarios quedaban satisfechos y los territorios fronterizos quedaban custodiados por una orden que mantenía buenas relaciones con el mundo musulmán.

La importancia y notoriedad de la Orden del Temple se registra en otros casos particulares. Algunos monarcas depositaron en los templarios toda su confianza, hasta el punto de encomendarles la tutela de los príncipes. En ocasiones, los tutores de la Orden continuaban su labor como consejeros personales cuando los herederos accedían al trono. Por ejemplo, el maestre del Temple en Aragón, Guillem de Montrodón, fue tutor y consejero del rey Jaime I *el Conquistador* y de su primo Ramón Berenguer V, conde de Provenza. A la muerte del rey don Jaime, muchas tierras quedaron en manos de la Orden para su defensa y gestión. Indudablemente, el rey conquistador no sólo concedió prebendas a la Orden a la hora de formalizar su testamento, sino antes. Como refiere el historiador y ensayista catalán Jesús Mestre i Godes:

«Hubo diferentes modelos de donaciones. Por ello se puede observar, como ejemplo, que al lado de la donación de unas tierras, de unos pastos abandonados, se reciben los beneficios de un diezmo, los derechos sobre los siervos o los campesinos, o incluso las donaciones acompañadas de compra: se entrega una parte de la tierra a cambio de un alquiler, en dinero o especie; por ejemplo, un matrimonio cede sus tierras al Temple, pero, a cambio, le darán un caballo. Se donan iglesias, a tanto su rendimiento, los peajes de lana y de hilo, los animales, legados testamentarios en dinero, rentas anuales obtenidas de explotaciones rurales; se dona un castillo, pero debe mantenerse en él a diez sacerdotes para que digan una misa para la familia del donante, se dona una casa, pero debe transformarse en un

hospital». (*Els templers: Alba i crepuscle dels cavallers*. Península, Barcelona, 1999).

Esta referencia es muy ilustrativa para explicar el desarrollo de los bienes del Temple, y el auge que, debido a ello, la Orden adquirió en escaso tiempo. Naturalmente, cuanto mayor fuese la donación, más posibilidades habría de establecer una encomienda, cuyo valor se acrecentaba con el paso de los años.

La unidad administrativa y de gestión más importante de la Orden del Temple era la encomienda, en la que solía encuadrarse un convento —donde los freires desarrollaban su vida espiritual— o una iglesia, y viviendas para el alojamiento de los residentes. La organización del Temple se basaba en estas encomiendas. Un grupo de encomiendas formaba la «provincia» o «lengua», gestionada por un maestre provincial; y al frente de toda la estructura estaba el gran maestre.

Gracias a su organización y su gestión a lo largo de dos siglos, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo se convirtió en una gran potencia. Poseía territorios en todos los reinos importantes de Europa y en Tierra Santa, con encomiendas, bailiazgos, conventos y un largo etcétera.

El crecimiento rápido de esta congregación provocó enfrentamientos de diversa índole entre la Orden y los monarcas —el poder terrenal—, y con la Iglesia —representantes del poder divino en la Tierra—. Los primeros veían cómo su idea original de conceder al Temple territorios para su defensa y gestión estaba convirtiendo a la Orden en un poder incontestable, en un verdadero peligro para los territorios de los propios monarcas. Paulatinamente, los reyes se encontraron en una posición inferior frente a los monjes. Por su parte, la Iglesia comprobaba que ninguna otra orden en el mundo gozaba de los privilegios que el Temple había obtenido, de modo que una organización religiosa y militar empezaba a competir con ella. La Orden nunca se enfrentó directamente contra ninguno de los dos máximos poderes y supo ceder, en algunos casos, para seguir manteniendo determinados privilegios que la situaban en un lugar de preferencia. Pero cuando hubo de defender sus intereses en los tribunales, lo hizo sin esconderse, y las altas instancias judiciales le dieron la razón cuando le correspondía. En estas disputas jurídicas también puede observarse que la diplomacia fue una de las grandes bazas del Temple a lo largo de su historia.

Un detalle curioso y que revela la conciencia nacional hispana del Temple, por encima de las disputas entre los distintos reinos peninsulares, es la donación el 26 de enero de 1183 del rey Alfonso VIII a frey Garnerio. El monarca advierte que Garnerio ostenta el título de prior de España: «*Dompno Garnerio, eiusdem in Hyspania priori*». Mediante esta donación, el Temple recibe la iglesia de San Miguel, sita en el lugar de Moral de la Reina, con sus derechos y ciertas heredades, a cambio de la iglesia de San Nicolás del Real del Camino. (Cfr. Gonzalo Martínez Díez: *Los templarios en los*

reinos de España. Planeta, Barcelona, 2001).

En fin, no es extraño que se afirme que la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo contaba aproximadamente con mil quinientas encomiendas en el momento de su supresión.

GESTIÓN DE LAS DONACIONES

La Orden del Temple aumentaba el valor de las donaciones y obtenía los beneficios de su gestión. La explotación de las donaciones se basaba en la colonización y la explotación agrícola y ganadera de los territorios. Aplicaban sus conocimientos al estudio del terreno y utilizaban abonos orgánicos para los cultivos, sobre todo en las encomiendas occidentales. Especialmente dedicaban sus esfuerzos al cultivo de trigo, cebada, vid y olivo.

Por lo que respecta a la ganadería, el profesor emérito de la Universidad de Provenza Noël Coulet advierte que los templarios fueron pioneros en aplicar técnicas novedosas en las tareas de crianza y pastoreo de determinadas especies animales (cerdos, bueyes, caballos o vacas).

La comercialización de los productos agropecuarios era esencial y, en este punto, y como parte de los beneficios concedidos a la Orden por los monarcas hispanos, Mestre i Godes señala que los templarios gozaban de una «exención de peajes que recibieron los ganados de la Orden en 1143, confirmada en 1208 por Pedro *el Católico* y por Jaime II en 1294».

Los remanentes de dichas explotaciones —cuantiosísimos desde finales del siglo XII hasta casi finales del XIII— se destinaban a la colonización y mantenimiento de los territorios de Oriente y para la defensa de los Santos Lugares. Se contribuía con grano o ganado, o con el dinero que se obtenía de la comercialización o las rentas. Pero a finales del siglo XIII los rendimientos obtenidos por las diferentes explotaciones de Occidente empiezan a decrecer, y los templarios tienen que idear otro sistema para intentar mantener los beneficios de sus encomiendas. Entonces se produce una transformación y se procede al arrendamiento de encomiendas, que quedan en manos de personas de distinta condición social, hombres libres o siervos.

La gestión económica fue especialmente relevante y el Temple pasó de ser una orden financiada a ser una orden financiera con una rapidez asombrosa. Algunos de sus miembros destacaron por su inteligencia y su capacidad de gestión obteniendo un gran partido de todos y cada uno de los bienes que recibieron.

Otro de los motivos que llevaron al Temple a ocupar una posición preponderante en su época fue la intensa actividad financiera a la que se dedicaron sus miembros. En este punto, entiéndase que se produjo una evolución, a lo largo de los años, en el

proceder de los freires templarios. Es cierto que las donaciones, tanto en especie como dinerarias, enriquecieron el patrimonio y la influencia de la Orden, pero se necesitaba gestionar bien ese patrimonio para incrementar los réditos.

Los templarios encabezaron el primer proceso financiero, en sentido estricto, que se conoce en la Historia; podría decirse que fueron los primeros banqueros. Desde luego, no se trata de una afirmación apresurada. Los documentos históricos demuestran una organización financiera singular, sin precedentes, obligada por las circunstancias y que convirtió a la Orden en un entramado empresarial de primera magnitud.

En principio, la Orden nació para defender a los peregrinos occidentales que se dirigían a los Santos Lugares, ya que el camino estaba infestado de asaltantes y bandas criminales. En un viaje tan largo y tan duro, los peregrinos contaban con lo suficiente para costear tal viaje y no eran ni hombres ni mujeres de armas que pudiesen defender su patrimonio ante los bandidos. Por este motivo, los templarios se ocuparon de la defensa del camino y, para que la seguridad fuese completa, se estableció un sistema de cartas de pago: el peregrino se dirigía a cualquiera de las encomiendas, o casas de la Orden, situada en su lugar de origen y exponía su deseo de realizar peregrinación a los Santos Lugares. Depositaba la cantidad de dinero o bienes que estimaba convenientes para sufragar el viaje y el *arcarius* o tesorero de la encomienda le entregaba, a cambio, un documento que le facultaba para recoger la cantidad depositada en custodia en la encomienda más próxima al lugar de destino. El peregrino, a lo largo del viaje, llevaba consigo tan sólo dicho documento, lo cual le permitía asegurarse de que nadie le robaría. A su llegada, el peregrino entregaba dicho documento al responsable de la Orden, y la cantidad depositada en su punto de partida le era devuelta. Evidentemente, una pequeña porción de esa cantidad quedaba en la Orden, como contraprestación o intereses. Hay numerosos ejemplos que prueban este sistema. Muchos de ellos se reflejan en documentos de la época, recogidos por Marion Melville, cuyas principales fuentes son *La Règle du Temple*, editada en 1886 por Henri de Curzon para la Société de l'Histoire de France, el *Bullaire*, manuscrito de la colección del marqués de Albon y su *Cartulaire*, publicado en 1931, el *Recueil des Historiens des Croisades*, la *Patrologia latina*, las actas pontificias, la *Bibliographie de l'Ordre du Temple*, de M. Dessubré, la *Introduction au Cartulaire manuscrit du Temple*, de M. Léonard y *Le Dossier de l'affaire des Templiers*, de M. Lizarand.

En uno de los documentos recogidos por Melville en su obra de referencia se observa que las primeras actividades bancarias de la Orden se datan en 1135, por un cartulario con fecha de octubre de ese mismo año, en el que se detalla un préstamo hipotecario concedido a Pedro Desde y a su mujer Isabel, ambos ciudadanos de la ciudad de Zaragoza. En él se dice:

«Por propia voluntad, donamos a Dios y a su caballería del Temple nuestra heredad

de Zaragoza, casas, tierras, viñas, huertas y todo lo que poseemos. Y sobre esto los señores del Templo de Salomón nos entregaron por caridad 50 morabetinos para realizar nuestra peregrinación al Santo Sepulcro. Y llegamos a este convenio, y en el caso de que uno u otro regrese de su peregrinación a Zaragoza y que queramos ocupar esta propiedad, ingresarán en una cuenta los beneficios que hayan sacado de nuestra propiedad, y nosotros les devolveremos sus 50 morabetinos. Luego viviremos en nuestra propiedad, que no pasará a manos del Templo de Salomón después de nuestra muerte».

Es necesario explicar en qué consistían esas cantidades solicitadas, «por caridad». El trato se consignaba así para evitar las disposiciones de la Iglesia referentes a la usura. Se trataba de trucos legales utilizados por la Orden en la redacción de sus contratos. Más que probablemente, los templarios contaban con un cuerpo jurídico, versado en la legislación imperante —tal y como puede observarse en el documento transcrito—. Para bordear la legalidad, sin infringirla, es preciso conocer la legislación y sólo los profesionales pueden conseguirlo con tanta habilidad. Es muy lógico pensar que la disciplina jurídica formaba parte del corpus de estudios de la Orden del Temple.

En el caso que hemos expuesto, los templarios tendrían el derecho de goce sobre el bien que Pedro Desde y su mujer Isabel dejaban en manos de la Orden. El término legal se llama usufructo. Pero esos bienes seguían siendo propiedad del matrimonio, aunque el Temple obtenía como beneficio el interés devengado.

Estas actividades financieras que, como hemos visto, en sus inicios se concibieron para facilitar las peregrinaciones, en los últimos años cobran una importancia desmesurada. Finalmente, los destinatarios de estos contratos eran monarcas e, incluso, el propio pontífice.

La reina Blanca de Castilla, por ejemplo, encargó la custodia de sus riquezas a los tesoreros del Temple. Por su parte, el rey francés Luis VII acudió a la tesorería del Temple para sufragar su cruzada —la segunda, bajo el auspicio del papa Eugenio III—. En este mismo sentido, incluso el papa Alejandro III se convertiría en usuario de los servicios financieros de la Orden; Melville ha registrado una carta que el pontífice escribe al arzobispo de Reims, desde su retiro en Clermont, y en la que puede leerse:

«Nuestro querido hijo el maestre Fulco, canónigo de vuestra iglesia, nos propuso pagarnos 158 libras de parte vuestra para la cuenta de uno de vuestros cofrades. Os ordenamos que entregarais esas libras a nuestro querido hijo Eustaquio, maestre de los hermanos del Temple [en París]. Y puesto que debemos reembolsar esas 158 libras a los portadores de esas letras, a cambio de una cantidad que aceptamos por parte de ellos para las necesidades de la Iglesia de Roma, os ordenamos [...] si no

habéis asignado todavía estas libras al antedicho maestro, que le entreguéis esas 158 libras».

El arzobispo que se menciona en esta epístola no es otro que Enrique, hermano de Luis VII, y monje cisterciense a su vez.

Éstos son algunos de los ejemplos de la estructura financiera del Temple.

Pero, sin duda, uno de los casos más llamativos y representativos de esta actividad está protagonizado por el rey Felipe IV. Es también muy revelador y permite entender lo que acontecería posteriormente. A finales del siglo XII, la corona francesa poseía un tesoro en el Louvre (llamémoslo el tesoro del reino); naturalmente, el propio rey mantenía el suyo propio en el Temple. En 1303, Felipe IV da orden de trasladar el tesoro del Louvre a la Casa del Temple. De este modo, las finanzas de todo el reino francés estaban bajo el control de la poderosa Orden del Temple, en su Casa Madre de París. Se sabe que esta casa se utilizaba para cobrar los subsidios de guerra relativos a las contiendas flamencas, así como para el pago de las soldadas de los guerreros que habían participado en la campaña de Cambray.

Durante el siglo XII, el centro templario parisino se había convertido en el verdadero epicentro de las operaciones bancarias y financieras del Temple, y su tesorero era quien dirigía las finanzas de Francia. Jules Piquet, en su obra *Des Banquiers du Moyen-Age: les Templiers. Études de leurs opérations financières* (París, 1939), refiere que uno de los primeros templarios que llevó a cabo esas actividades fue el hermano Aymard, hombre de confianza del rey de Francia Felipe II (1165-1223), conocido también como Felipe Augusto. El hermano Aymard, que llegó a ser tesorero del Temple, de la cuarta cruzada y del reino francés, fue el principal artífice de la fortuna del Temple en Francia. Se puede intuir que las poderosas razones que movieron a Felipe a iniciar una campaña contra la Orden residían en el vil metal.

Como hemos podido observar, los templarios llegaron a ejercer un papel muy importante y destacado en la economía de la sociedad medieval. Otro ejemplo, contrastado documentalmente, lo proporciona Giovannangelo Di Meglio, cuando refiere que, en 1303, el soberano de la Corona de Aragón reclamaba al maestro del Temple, Berenguer de Cardona, las joyas que tenía depositadas en su casa:

«Corona de oro, integrada por once piezas cubierta de perlas y piedras preciosas, como balajes, zafiros, esmeraldas. Dos cetros, uno de oro, acabado mediante una cruz ornamentada con perlas y piedras diversas; el otro de plata dorada. El globo de oro, coronado por una cruz adornada por rica pedrería. Y finalmente una flor de oro con un rubí y una piedra encima».

MITOS SOBRE EL TESORO OCULTO DE LOS TEMPLARIOS

La tradición y la leyenda supone que los templarios custodiaban fabulosos tesoros. La Tabla Esmeralda, el bastón de mando del rey David, el Santo Grial, los *lignum crucis*, el Arca de la Alianza, las Tablas de la Ley, y un largo etcétera estarían, al parecer, en manos de la Orden del Temple. Ese tesoro, junto a la mítica Mesa de Salomón, podría encontrarse en los reinos hispanos y, concretamente, en Toledo. Cuando la ciudad se rindió a las tropas islámicas, esos preciosos objetos habrían sido rápidamente evacuados por los subterráneos de la Ciudad Imperial con dirección a Medinaceli, en la actual provincia de Soria. (Los subterráneos de Toledo no forman parte de la mitología: existen realmente y pueden visitarse. Otra cuestión es cuál fuera su uso real en el pasado).

Otra leyenda cuenta que el tesoro del Temple estaba bajo la custodia de un senescal templario, en el último reducto de la Orden tras su persecución y extinción, en el condado de Valsaín (en las tierras serranas que hoy marcan el límite provincial entre Madrid y Segovia). Este emplazamiento se situaba cerca de las actuales ruinas del convento de Casarás, y más concretamente, no muy lejos de ellas, en la conocida cueva del Monje. Ese caballero templario se llamaba, al parecer, Hugo de Marignac, y habría perdido el fabuloso tesoro, que le habían encargado custodiar, por hacerse con los favores de la bella condesa de Valsaín.

Hay autores empeñados en agudizar el carácter secreto relativo al tesoro del Temple. En realidad se trata de leyendas y novelas que guardan poca relación con la Historia. Afirman que los bienes del Temple se distribuyeron entre otras órdenes, como la del Hospital, cuando la orden templaria fue disuelta. Pero como no se halla documentación alguna que demuestre el descubrimiento de fabulosos tesoros en las encomiendas del Temple, en lugar de entender que tales tesoros no existían, pretenden cargar las tintas en el supuesto carácter misterioso del caso y dejan volar la pregunta: «¿Dónde lo guardarían?».

Los bienes y las grandes riquezas amasadas por la Orden en sus dos siglos de existencia sirvieron para el mantenimiento de las mil quinientas encomiendas esparcidas por el mundo conocido; para el mantenimiento de los hospitales destinados a la asistencia gratuita a peregrinos —otro aspecto adelantado a su época—; para sufragar las operaciones militares en Tierra Santa; para la construcción y mantenimiento de castillos, residencias, conventos, casas y otros edificios, así como para incrementar los estudios relativos a la apertura de nuevas rutas comerciales; para el mantenimiento de su flota —y puertos casi exclusivamente templarios, como La Rochelle, en la costa atlántica francesa—, o para satisfacer los salarios de los mercenarios turcos (turcoples), reclutados en Tierra Santa para combatir al enemigo. (La mayor parte de los bienes se invertía en el mantenimiento de los Santos Lugares. La

amenaza del insurgente islámico y su creciente poder debilitaban la presencia cristiana en Oriente, y las tropas musulmanas comenzaban a avanzar sobre el Reino de Jerusalén). No hay que olvidar, por supuesto, las partidas destinadas a limosnas y ayudas de tipo social. Es justo pensar, entonces, que el misterio no es tal.

EL PRINCIPIO DEL FIN

La caída de Jerusalén se produce en el año 1244. Este acontecimiento reviste una gran importancia y marcará el devenir trágico de la Orden del Temple.

La mayor parte de las clases sociales acomodadas y las clases dirigentes de los reinos europeos vieron en la Orden una amenaza creciente: estructura y la organización de la hermandad, la consideración y el prestigio social, y un poder indudable convertían al Temple en un verdadero peligro. Además, una gran parte de estas clases privilegiadas se habían convertido en deudoras de la Orden.

El gran poder militar que habían demostrado los templarios, la riqueza contrastada por las cartas de obligación para con toda la nobleza europea, la independencia en cuanto a sujeción a la legislación o poder civil de los monarcas —los templarios tenían como única sujeción el poder del papa— y el retorno de todas las órdenes religiosas a sus países de origen, tras la pérdida de los territorios de Tierra Santa —no sólo Jerusalén, sino también San Juan de Acre, Gaza, Torón, etcétera—, aumentaron los recelos de los poderosos. ¿A qué se iba a dedicar la Orden más poderosa de la Europa del siglo XIII, ahora que ya no había lugares santos que proteger? Ese recelo se transformó en temor y, finalmente, en clara animadversión. Los templarios habían demostrado su envidiable capacidad para gestionar, económica y políticamente, distintos territorios europeos y orientales, habían probado su talento para implantar un desarrollo espectacular en aquellas tierras que estaban en su mano. Todo ello sólo evidenciaba que los poderes reales y aristocráticos se encontraban frente a un adversario político de gran envergadura.

Para debilitar, en cierto modo, a la Orden o privarla de su papel preponderante en la sociedad europea medieval del siglo XIII, se barajó la posibilidad de fusionarla con la Orden de San Juan del Hospital. Pero, en 1307, el gran maestro del Temple, a través de unas cartas remitidas al papa, rehusaba de forma cortés la proposición. Este comportamiento acabó por encender las alarmas, sobre todo del monarca francés Felipe IV *el Hermoso*, que veía cómo sus deudas para con el Temple se incrementaban a pasos agigantados. Como sus finanzas también quedaban obligadas con lombardos, venecianos, e incluso toscanos —a los que también eliminó—, el monarca dirigió sus esfuerzos contra la Orden. El mejor modo de no sentirse en deuda con alguien es que ese alguien no exista.

Francia soportaba por entonces una profunda crisis económica, tras las largas luchas mantenidas con Flandes y con Inglaterra. El rey necesitaba conseguir el crédito que facilitase la recuperación del reino, pero sólo la Orden del Temple contaba con los recursos necesarios. Además, el rey no podía obligar a los templarios de ningún modo, puesto que sólo estaban sujetos a la autoridad papal. El monarca francés intentó convencer al papa Bonifacio VIII y le instó a que mandase a los templarios acatar sus dictados y satisfacer sus deseos. La curia papal no atendió los requerimientos de Felipe IV y la tensión creció entre ambos dirigentes, al punto de llevar al papa a excomulgar al monarca. Éste, como respuesta, lo secuestró, y comenzó a urdir la trama que desembocaría en el fatal desenlace de la Orden del Temple. En tales circunstancias, Bonifacio VIII muere. Al trono pontificio accede Benedicto IX, pero su mandato es prácticamente irrelevante: no sobrevivió más de un año al frente de la Iglesia. La monarquía francesa había tendido sus redes y se hallaba en disposición de colocar en la silla de San Pedro a alguien de absoluta confianza. Ese personaje no es otro que el arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got, quien pasaría a la posteridad con el nombre de Clemente V.

Clemente V acabaría trasladando la residencia papal a Aviñón, iniciando un período que la Historia ha llamado «cautiverio de Babilonia». Como se puede sospechar, el papado de Bertrand de Got no fue otra cosa que el absoluto abanderamiento de los intereses de la corona francesa. La monarquía dirigía todas y cada una de las decisiones de un papa débil, simoníaco, enfermizo, muy preocupado por su salud, con una carrera y una personalidad carente de las prendas necesarias, manejado y completamente inhabilitado para el ejercicio de las funciones que le correspondían como pontífice. Su proximidad y sometimiento al rey de Francia se advierte claramente: de los diez cardenales que nombró en Lyon, cinco pertenecían a su propia familia y otros cuatro eran hombres del entorno del monarca. Clemente V se negó a desplazarse a Roma para la ceremonia de su consagración y eligió la ciudad de Lyon para coronarse papa. La ceremonia tuvo lugar el 14 de noviembre de 1305.

Curiosamente, el papa Clemente pertenecía a una familia gascona y, por tanto, era súbdito del rey de Inglaterra, al que sirvió antes de pasar a ser capellán del papa Celestino V. Es decir, había sido leal súbdito de uno de los enemigos del rey francés, pero acabó siendo un peón en manos de Felipe IV.

A pesar de todos estos movimientos, a pesar del carácter de Clemente V y a pesar del debilitamiento cierto de la Orden tras la caída en Acre de sus mejores caballeros, el propio Felipe *el Hermoso* de Francia parecía mostrar cierta condescendencia con los templarios. En el año 1304, tan sólo tres años antes de que comenzase su campaña de desprestigio contra la Orden y de que lanzase su decreto contra la misma, el monarca se refería al Temple en los siguientes términos: «Las obras de piedad y misericordia llevadas a cabo en todo el mundo y en todo momento por la santa Orden

del Temple, instituida divinamente, nos obligan a extender nuestra liberalidad real a favor de la Orden y de sus caballeros, por quienes tenemos una sincera predilección».

¿Qué ocurrió en esos tres años para que en Felipe IV se produjera un profundo cambio para con los caballeros por los que sentía «sincera predilección»? Quizá los intereses terrenales pudieron más que la «predilección» por quienes habían sido sus mejores avalistas y financieros.

Tradicionalmente se ha entendido que los últimos años del siglo XIII representan el final de la hegemonía de la Orden del Templo, pero quizá esa apreciación no es del todo exacta: en el año 1265, el papa Clemente IV confirma en una bula que ha prohibido a cualquier eclesiástico pronunciar ninguna sentencia de excomunión contra sus hijos bien amados del Temple. Y Nicolás III, en 1278, permite percibir a los templarios todos los diezmos, en exclusiva, de la totalidad de sus iglesias. En 1289, Nicolás IV somete a todas las órdenes y diócesis religiosas a un nuevo diezmo, pero exime expresamente a la Orden del Temple. Esto podría considerarse normal, dado el papel preponderante que la Orden había venido ostentando. Podría entenderse que esos beneficios y privilegios se hallan aún alejados de la fecha de disolución de la Orden y que los templarios todavía no habían dejado de ostentar dicho poder, aunque es bien cierto que su declive era evidente. Pero la consideración y el prestigio de la Orden llegan hasta los años de la disolución: el propio Clemente V, quien a la postre sería el papa que suprimiese la Orden del Temple, escribía, en diciembre del año 1307, una carta a Felipe IV en la que le impelía a que dejase de realizar las acusaciones que estaba formulando contra la Orden, puesto que aquello le resultaba «*incredibilia, impossibilia, inaudita*».

Ciertamente, la presión y el poder ejercidos por el monarca francés y sus acólitos fueron lo suficientemente fuertes como para hacer cambiar de opinión a todos aquellos que habían mostrado su inclinación hacia la denostada Orden. Todos, excepto el rey de Inglaterra, Eduardo II. Cuando se inició el proceso contra el Temple, el rey inglés remitió una carta a los reyes de las monarquías cristianas de Portugal, Castilla y Aragón, diciendo: «Como el gran maestro y sus caballeros, fieles a la fe católica, gozan de toda consideración ante Nos [...] no podemos sumarnos a las acusaciones presentadas». Como se sabe, en poco o nada se consideraron tales palabras.

¿Qué suponía para los miembros de la Orden esta persecución por parte de casi todas las monarquías europeas? Sus sentimientos y opiniones quedaron recogidos en varios poemas que han llegado hasta nuestros días. Es muy probable que el caballero Oliverio *el Templario*, autor de una elegía a Luis IX —fallecido en 1272—, sea también el poeta de la endecha *Ira et dolor*, compuesta después de la pérdida de Arsur, en 1265:

«La ira y el dolor se han asentado hasta tal punto en mi corazón, que apenas me

atrevo a permanecer en vida. Pues nos denigran la Cruz que hemos tomado en honor de Aquél que fue puesto en cruz. Ni la cruz ni la ley valen ya nada para nosotros, ni nos protegen contra los felones turcos, ¡a los que Dios maldiga!, pero parece, por lo que puede verse, que Dios quiera mantenerlos para nuestra perdición.

»Han conquistado primero Cesarea, y tomado por asalto la fortaleza de Arsur. ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde han ido los sargentos y los burgueses que había entre los muros de Arsur? Por desgracia, ha perdido tanto el reino de Oriente que a decir verdad, jamás podrá reponerse.

»No penséis que Siria está afligida, pues ha jurado y anunciado abiertamente que, si puede ser, ningún cristiano quedará en sus parajes. Del monasterio de Santa María hará una mezquita, y puesto que su hijo, que debería sentir dolor, se complace en ese robo, nos vemos forzados a complacernos también nosotros.

»Está loco quien quiere luchar contra los turcos, puesto que Jesucristo ya no se opone a ellos. Han vencido —y seguirán venciendo, lo que me apena— a franceses, tártaros, a armenios y persas. Saben que cada día nos vencerán, pues Dios, que velaba en otro tiempo, duerme; y Mahoma resplandece de poder y hace resplandecer al sultán de Egipto.

»El papa es muy generoso en indulgencias hacia franceses y provenzales que le ayudan contra los alemanes. Nos da prueba de gran codicia, pues nuestra Cruz no vale una cruz tornesa, y quien lo desea abandona la cruzada por la guerra de Lombardía. Os digo en verdad que nuestros legados venden a Dios y su indulgencia por dinero.

»Señores franceses, Alejandría os ha causado más daño que Lombardía; los turcos os han arrebatado vuestras fuerzas y os han hecho prisioneros, y no os sueltan si no es mediante rescate.

»¡Qué desesperación y abandono! En medio del naufragio, a los templarios no les queda más que la Virgen, sublimación de todo el amor cortés de aquel siglo apasionado. Pues Nuestra Señora fue el principio de nuestra religión [la Orden], y en Ella y en Su honor estará, si Dios quiere, el final de nuestras vidas y el final de nuestra Orden, cuando Dios quiera que así sea».

Es un testimonio muy esclarecedor y revela la verdadera situación de los cristianos en Tierra Santa. También muestra a las claras los intereses tanto del Papado como de las monarquías europeas y la cada vez más debilitada situación de la Orden en cuanto a poder e influencia.

De todos modos, el papa Clemente V solicitó un informe al gran maestro, Jacques de Molay, sobre la situación de Tierra Santa. Dada su experiencia política y militar le pidió su opinión respecto a la posibilidad de iniciar una nueva cruzada para el mantenimiento de los Santos Lugares. En ese informe del caballero templario se

advertía de las dificultades que conllevaría iniciar campañas en otros lugares, se recordaba que las fuerzas de la cristiandad se hallaban muy debilitadas y se prevenía contra las renovadas intenciones de otros enemigos. En cualquier caso, los templarios se mostraban proclives a iniciar una nueva cruzada, por el Imperio Bizantino, a favor de Carlos de Valois. Aun así, prevenían una derrota que, no cabía la menor duda, por lo manifestado anteriormente en otras campañas, sería atribuida a la responsabilidad de las órdenes militares.

ANTECEDENTES DE LA CONDENA

Tras consultar al capítulo, el gran maestro del Temple propuso al papa una campaña en el Mediterráneo que se autofinanciaría mediante el recurso llamado «armar en corso». El papa Clemente, por su parte, también estaba recibiendo otras peticiones en el mismo sentido. Finalmente, los informes de Jacques de Molay hicieron su efecto y el papa aceptó sin reservas la propuesta.

Clemente V dirigió al Temple dos bulas, el 13 de junio de 1306, en las que se les concedía algo que los templarios perseguían desde hacía mucho tiempo: la posibilidad o el derecho de «elegir como confesor a un sacerdote discreto, quien podrá, por nuestra autoridad, dar la absolución general a los que forman parte de vuestra compañía [...] e incluso de levantar la sentencia de excomunión en la que habrían incurrido...». Para el Temple era una muestra de confianza y buena fe por parte del Sumo Pontífice, pero ¿y el Santo Oficio? ¿Consideraba esos privilegios en los mismos términos?

Probablemente, esta última concesión fue la espoleta que desató el recelo y la envidia de los inquisidores. El Santo Oficio era un enemigo aún más poderoso que los reyes y los nobles, un instrumento manejable, voluble y muy dañino. Los inquisidores eran los celosos «custodios espirituales» de Europa, los estrictos «guardianes de la fe»; beneficiados por el miedo que infundían y por los privilegios que ostentaban aquellos que podían sentenciar a muerte, los presuntos defensores de la «Ley de Dios» se habían convertido en un verdadero terror.

¿Por qué mencionar aquí a los inquisidores? Porque el Santo Oficio y sus hermanos predicadores habían estado a favor de Felipe IV cuando se produjo el conflicto entre el papa Bonifacio VIII y el monarca francés. El rey podía contar con la Inquisición y eso situaba a Felipe en una posición de privilegio para instrumentalizar un arma arrojadiza de incuestionable poder contra aquel que no se plegara a sus peticiones. Por otro lado, Guillermo de Nogaret, uno de los personajes más influyentes en la corte francesa, se había librado de la pena de excomunión mayor gracias a la intermediación de Felipe y jamás, por tanto, osaría interponerse en su camino y no someterse a sus intenciones.

El Temple había cuestionado repetidamente el poder y la arbitrariedad del Santo Oficio, de modo que sólo restaba que el tiempo pusiese de acuerdo a Guillermo de París, inquisidor general, receloso de los bienes y privilegios espirituales que estaba recibiendo el Temple, con Guillermo de Nogaret, sumiso servidor de la corona. El inquisidor temía al Temple y el consejero pretendía los bienes de la Orden para su rey.

La situación económica empeoraba por momentos. La estabilidad de Francia se tambaleó de nuevo y los banqueros del rey estaban al borde de la quiebra. Nogaret propuso entonces apropiarse de los bienes de los judíos franceses, como ya ocurriera en 1292 con los lombardos, y así lo hicieron. Se acuñaron nuevas monedas con lo recaudado y se trató de regular el valor de las monedas antiguas, pero la idea fracasó. Un gran descontento se extendió entre la población y se desencadenó un motín que llevó a Felipe IV a refugiarse en la Casa del Temple. El motín se reprimió duramente, pero la crisis económica no se había solucionado. Después de expoliar a los judíos, ¿quién contaba con suficientes recursos y a quién podría arrebatarse los caudales necesarios para sostener la corona?

En abril de 1307, Felipe de Francia mantiene una entrevista con el papa en Poitiers. En una ocasión anterior, concretamente en Lyon, el rey ya le había hablado de algunas sospechas que albergaba contra la Orden, pero el pontífice se había mostrado firme y había manifestado su incredulidad: no podía asumir aquellas acusaciones. Ahora, en Poitiers, Felipe IV volvió a recordarle los rumores, invenciones y sospechas, pero volvió a encontrarse con la negativa de Clemente a creer tales infundios.

Sin embargo, Guillermo de Nogaret comenzaba a mover sus hilos y a desarrollar un plan urdido tiempo atrás.

El rey Felipe había manifestado su admiración por la Orden en reiteradas ocasiones. ¿Por qué ahora, sin causa aparente ni motivo alguno, lanzaba acusaciones gravísimas contra los templarios? Felipe tenía que haber recibido esa información de algún modo. Alguien había insuflado en él un odio cerval contra la Orden y el monarca había decidido asumir los cargos. El elegido como acusador particular fue Esquieu de Floriac, o, como dice Melville, «Esquius, de Floriac (ciudad de la diócesis de Agen), que desempeñaba la función de informador, unas veces de la Corona de Aragón y otras de la corte de Francia».

Aparte de ejercer su cometido como espía, Esquieu de Floriac probablemente actuaba por despecho: algunos autores afirman que había sido miembro de la Orden y que había sido expulsado. Esquieu presentó las acusaciones contra el Temple, primero en la Corona de Aragón, ante el rey Jaime, en 1303, tratando de aprovechar una disputa entre el rey aragonés y el maestro de la Orden. El monarca aragonés, a pesar de todo, se negó a admitir los infundios contra el Temple. Al verse rechazado, lo intentó en la corte francesa. Nogaret no dejó pasar la ocasión. Las acusaciones que se formularon contra la Orden fueron las siguientes: que renegaban de Dios en el momento de su

recepción y que adoraban a un ídolo mientras celebraban el capítulo —este ídolo es el tantas veces nombrado Bafomet—. La maquinaria de difamación de Nogaret se puso en marcha, tratando de conseguir pruebas y testigos para comenzar un juicio por herejía. Paradójico: aquel sobre el que había pesado una sentencia de excomunión quería iniciar la defensa de la fe y un juicio de herejía contra la Orden del Temple. ¿Lo haría para reconciliarse con Dios por sus pecados? Ya sabemos que éstos no eran los intereses que le movían.

El Temple, por su parte, conoció por boca del propio pontífice los detalles de las acusaciones que se estaban lanzando contra la Orden. En realidad, el papa seguía considerando que aquellos cargos no eran más que infundios. Cuando Jacques de Molay fue llamado a Poitiers para asistir a una reunión junto con los dirigentes de las bailías, el pontífice ni siquiera consideró necesario tratar el asunto.

Clemente V, a petición de los propios templarios, compelió a Felipe IV a que le comunicase todos y cada uno de los testimonios de los que disponía o de los que se hiciese eco, para realizar un informe. El papa concedió a la corte francesa un tiempo para recabar la información disponible y esta circunstancia brindó a Nogaret y a sus colaboradores un tiempo precioso para acelerar su plan y conseguir falsear todo aquello que pudiese beneficiar sus intereses: el pontífice se hallaba enfermo y era el momento adecuado para tratar de convencerlo. Los esfuerzos del legista francés se centraron sobre todo en los cargos referidos a la ceremonia de iniciación de los hermanos del Temple. Con la retórica de la que solía hacer uso, Nogaret adujo que en los capítulos secretos se obligaba a los postulantes a escupir sobre la cruz y a renegar de Dios en el momento en que pronunciaban sus votos; también manifestó que les imponían gestos obscenos y sacrílegos cuando se les revestía el hábito del Temple, y que practicaban la sodomía, ordenando a otros hermanos realizar lo mismo.

Unas acusaciones muy similares fueron utilizadas también contra Bonifacio VIII, pero no se habían podido probar al no contar con ningún testimonio. Pero aquella experiencia sirvió para no cometer los mismos errores en este caso, y la alianza con Guillermo de París y sus secuaces inquisitoriales iban a procurar tales testimonios de una manera u otra.

A finales de septiembre de 1307, Guillermo de París remitió a los inquisidores una carta en la que se repetían las acusaciones formuladas por Nogaret, incorporando algunos términos más: «No tenemos intención de proceder contra la Orden del Temple o contra todos los hermanos juntos, sino de examinar a las personas sospechosas». ¿Sospechosos? ¿De qué? Los horrendos crímenes de los que se les acusaba tan sólo habían salido de la mente de un resentido urdidor de maquinaciones, con la única idea de hacerse con los bienes que, como codicioso siervo real, debía arrebatarse para perpetuar su posición. La única sospechosa de algún delito era la propia corte; pero la máquina estaba perfectamente engrasada y había comenzado a funcionar; ya no había

modo de detenerla. Guillermo de París explicaba cómo debían hacerse las cosas:

«Y si encontráis esos cargos verdad, procurad informar a probos religiosos, a fin de que este asunto no sea un tema de escándalo entre ellos o entre el pueblo, sino más bien una causa de edificación. Y no tardéis en enviar las declaraciones de los testigos al rey o a nosotros mismos, bajo vuestros sellos o los de las gentes del rey nombrados expresamente para esta investigación».

Por otro lado, Guillermo de París debía ser cauteloso con las pesquisas y con el modo de utilizar al Santo Oficio en toda esta trama, puesto que, como es sabido, los templarios no se sometían a ninguna otra disciplina, en materia canónica, que no fuera la de sus propios capellanes, o la del propio papa (bula de Honorio III, Letrán, 12 de enero de 1218, *Cum dilectii filii fratres nullum habeant episcopum*, y bula de Gregorio IX, Letrán, 31 de octubre de 1227, *Quieti vestir providere volentes*).

Respecto a la veracidad de las acusaciones que se formularon contra el Temple, hay diversas teorías sostenidas por otros tantos autores. El escritor italiano Franco Cuomo, en su novela *El caballero templario Gunter de Amalfi* (Edaf, Madrid, 2001), afirma que «el rito de la cruz» existía realmente; es decir, que habrían escupido, en los ritos de iniciación, a la cruz, como signo de odio al instrumento del martirio del Redentor, intentando con esto demostrar lo mucho que lo amaban. El autor explica este ritual de carácter gnóstico del siguiente modo: «Se colocaban en círculo, y la escupían, revolcaban, ensuciaban y hacían todo tipo de perrerías con ella hasta que se cansaban y la excitación dejaba paso a la inocencia». En fin, no hay que olvidar que la obra de Cuomo es una novela y, como tal, el autor puede dejar volar su imaginación sin necesidad de someterse a la veracidad histórica.

Otras teorías, menos dadas a la fantasía, se inclinan a pensar que los templarios jamás realizaron ningún acto semejante, puesto que, como orden religiosa de obediencia católica, jamás habrían contravenido los dogmas de la Iglesia por la que habían sido aprobados, bendecidos y auspiciados. Semejantes ritos se tornan prácticamente imposibles teniendo en cuenta que las ceremonias de admisión comportaban la adquisición del hábito de monje. La obediencia a la Iglesia católica no impedía, en ningún caso, la iniciación en saberes enraizados en otras corrientes religiosas o filosóficas.

Respecto al ídolo de adoración templaria que presidía todos aquellos actos «secretos», el Bafomet, también hay diversas interpretaciones. Algunos autores sugieren que este objeto representaba la «inteligencia divina» y que por eso era una cabeza pensante; otros aseguran que eran adoradores del diablo —de acuerdo con la acusación de Nogaret—, y que por eso era un macho cabrío con cuernos. Finalmente, no falta quien afirme que ese símbolo es la representación de la cabeza de Juan el

Bautista. (Como se sabe, el Bautista fue decapitado por deseo de Salomé). Así que, como buenos iluminados, e iniciados, los templarios consideraban ese objeto como la luz evangélica que había de guiarlos.

El escritor y teólogo Antonio Galera Gracia, que fuera primer cronista general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, explica precisamente el significado y el uso del Bafomet:

«La máxima de todo soldado perteneciente a una orden de caballería era la de no temer en batalla ni al mismísimo diablo. Éste era uno de los principales objetivos del Temple al crear el *baphomet*, acostumar a los caballeros jóvenes a la cara del diablo. Por derivaciones etimológicas, proviene del latín *bapometa*, que se desglosa de esta manera: *Bap*, prefijo de bautismo. *Ometa*: fin de la vida, muerte». (*Los soldados del Cordero*. Tabularium, Murcia, 2003) [Véase también el capítulo XVII en este libro: «Nuevos descubrimientos sobre el Bafomet templario», del mismo autor].

Según Marion Melville, el término ‘Bafomet’ no sería más que la palabra ‘Mahoma’ expresada en la lengua de oc o provenzal. Así lo habría nombrado un sargento de Montpezat en uno de sus interrogatorios: la palabra sería tanto como «imagen mahometana».

Respecto a las acusaciones de sodomía, besos y comportamientos obscenos, no se pudo probar nada. En realidad, tampoco se pudo probar ninguna de las acusaciones a las que ya se ha hecho referencia. De todos modos, sí se consiguieron las confesiones de los testigos, aunque las condiciones en que se produjeron no permiten concederles demasiada veracidad. En general, son desestimadas por todos los historiadores que han estudiado el proceso contra la Orden, al igual que los cargos anteriores.

PRISIÓN Y JUICIO

El 22 de septiembre de 1307, la monarquía francesa da el paso definitivo para cumplir sus objetivos. Nogaret asume el Ministerio de Justicia en el monasterio de Maubisson. Ya tiene, legalmente, si no los tenía con anterioridad, todos los poderes necesarios para proceder contra el Temple, al menos, en Francia. En esas fechas, comienza a despachar correos en distintas direcciones.

El 12 de octubre, Jacques de Molay acude a los funerales de Catalina de Courtenay, esposa de Carlos de Valois, el hermano del rey. Al amanecer del día 13 se procede a la detención de todos los templarios del reino y a la confiscación de todos sus bienes. Las cartas de Nogaret dieron sus frutos. Ese mismo día, el rey Felipe tomó posesión de la

encomienda del Temple en París y se adueñó del tesoro real y de los fondos de la Orden destinados a una nueva cruzada. Esos fondos no han podido ser evaluados, pero es evidente que constituían los ingresos de todas las encomiendas de Francia. Desaparecieron sin dejar rastro y el monarca francés jamás rindió cuentas a nadie por haberse apropiado del tesoro.

Los prisioneros fueron separados y aislados. Tal y como decía el plan, podían ser interrogados primero por las autoridades reales y, después, por las inquisitoriales, hasta la tortura. Si no confesaban sus supuestos crímenes, «se les dirigirán exhortaciones relativas a los artículos de fe, y se les dirá en qué medida están informados el papa y el rey por varios testigos fidedignos, miembros de la Orden, del error y de la fechoría de la que son culpables por su profesión, y les prometerán el perdón si confiesan la verdad [...] o de otro modo serán condenados a muerte». ¿Hay testigos fidedignos y otros que no lo son? ¿Quién decide cuáles son testimonios veraces y cuáles son infundios, si todos eran hermanos del Temple?

Melville relata que existía en Francia al menos medio millar de encomiendas templarias —entre quinientas y seiscientas—. En el momento de la detención de los templarios había aproximadamente cuatro mil freires, pero en los interrogatorios tan sólo se tiene constancia de la presencia de unos mil. Del resto, o se perdieron sus confesiones o murieron en prisión o lograron escapar antes de ser apresados e interrogados. Para ilustrar aquellos terribles días, Marion Melville añade: «Ciento cuarenta interrogatorios en París (octubre-noviembre de 1307), más setenta y dos testigos oídos en la Curia (junio de 1308), más quinientos noventa y cinco reunidos en París (marzo de 1310), más trece interrogatorios en Caen, más cuarenta y cinco en Cahors, más seis en Carcasona, más siete en Bigorre, más sesenta y ocho en Clermont (junio de 1309), suman un total de novecientos cuarenta y seis, pero son listas que se superponen».

El 19 de octubre, en la sala inferior del Temple de París, el inquisidor general se afanaba en su trabajo. Con la compañía de cinco testigos, tal y como obligaba el código de Derecho Canónico para obtener confesiones que fueran consideradas válidas, y con una rapidez digna de encomio, Guillermo de París fue obteniendo delaciones y torturando a todos los detenidos: a éstos no se les consideraba acusados, sino testigos, y habían jurado decir la verdad sobre ellos y sobre los demás.

Las confesiones clave, en este proceso, se obtuvieron el 24 de octubre, por boca del propio gran maestro de la Orden, Jacques de Molay. Cuando le preguntaron si era cierto que obligaban a los postulantes a renegar y a escupir en la cruz, el gran maestro contestó «que creía que no se les había hecho nada que no se les hubiera hecho a los demás». Y añadió: «En cuanto a mí, he entregado el manto a pocos postulantes, pero en esas ocasiones he prescrito a algunos hermanos que los condujeran aparte y que les hicieran lo que debían, y con ello quería decir lo que me habían hecho y prescrito a

mí». Éstas son palabras que en nada ayudaban a la Orden en su proceso: eran ambiguas y poco esclarecedoras de los hechos que se imputaban y, según Melville, las confesiones de Molay no fueron obtenidas bajo tortura, pues en ningún momento durante su prisión ni en ninguno de los documentos que se conservan al respecto de sus interrogatorios así se deduce. De todos modos, en la idea de Molay seguro que se cruzaba el deseo de que el papa interviniese y acabara, de una vez por todas, con aquella locura sin sentido que se había desatado. Sin embargo, aquellos deseos se alejaban a toda prisa de la cruda realidad que se avecinaba.

Algunas de las razones que adujeron quienes querían a toda costa acabar con la reputación del Temple se referían a que esos actos sacrílegos podían haberse realizado en algunos capítulos y que no se tuviera constancia en otros, puesto que eran secretos. Esta excusa es insustancial, ya que el secreto del capítulo no afectaba al maestre y podía, siempre que quisiera, solicitar que se le contase lo que se había hecho o dicho en otro capítulo. Por tanto, si las prácticas de las que se acusaba a los templarios se hubiesen propagado como la peste por el territorio francés, los maestros habrían sido conscientes de las mismas y, con total seguridad, alguno de los hermanos se habría quejado al gran maestre.

A lo largo del proceso se dan confesiones —obtenidas todas ellas bajo tortura— que admiten tres o cuatro de los cargos de los que se les acusaba (fig.19). Pero también tenemos constancia de que hubo quien se retractó de las mismas, quien negó hasta el final tales acusaciones, quien, incluso, se ahorcó en la cárcel ante la perspectiva del tormento y muchos caballeros templarios murieron a consecuencia de la miseria, el agotamiento y las horribles heridas. Otros tantos murieron privados de los sacramentos de la Iglesia, lo cual representaba un final especialmente terrible para los miembros de una comunidad profundamente católica.

Sin embargo, también hubo personajes decididos a declarar en contra de la Orden desde un principio, aun a riesgo de perder su honor. Éstos sabían que mentían y eran perfectamente conscientes del daño que se hacían a sí mismos y a los hermanos del Temple: para ellos, el objetivo único era salvar su vida. El historiador Jules Michelet recoge en *Le procès des Templiers* (París, 1841) el testimonio de un hombre llamado Mateo de Arrás: éste confesó que el visitador de la Orden, Hugo (Hugues) de Pairaud, le había dicho que «el Temple había sido acusado de algunas cosas ante el papa y ante el rey, y que, en cuanto a él, intentaría salvar la vida si podía». El 9 de noviembre, el visitador se refiere casi a la totalidad de los cargos, incluso a los más viles, sin ningún pudor.

Y mientras, ¿qué hacía el papa? ¿Respondió a las esperanzas de Jacques de Molay? Ciertamente, no. Clemente V sólo conoció las actuaciones tras la detención del visitador general de Francia, Hugues de Pairaud, en la curia. Felipe *el Hermoso* no se tomó la molestia de informar al papa, máxima autoridad judicial en todas las

cuestiones referidas al Temple. El 27 de octubre, el pontífice remitió una carta al rey de Francia en tono crítico, pero la intención quedaba en entredicho al conocerse que los encargados de entregar el despacho eran los cardenales Esteban de Suisy y Berenguer Frédol, ambos personas afines al rey.

Cuando, finalmente, se produjo el esperado derrumbe de De Molay, Clemente no dudó. El 27 de noviembre promulgó la bula *Pastoralis praeeminentiae*, según la cual se exhortaba a la detención de todos los hermanos de la Orden del Temple y la confiscación de todos sus bienes: esta recomendación no venía sino a confirmar las órdenes que el ministro de Justicia, Guillermo de Nogaret, había dictado para todo el territorio francés. El final de la Orden había llegado. El papa pudo observar cómo su decisión no había hecho más que poner a disposición de los cuervos los bienes del Temple y el comportamiento de los mismos tras su bula no hizo sino confirmárselo. Entonces, quiso retractarse, y solicitó al rey que los templarios pasaran a la justicia secular. Así se hizo, pero, ¿en qué manos quedaron los templarios? En manos de los cardenales Suisy y Frédol. A pesar de lo mucho que los templarios tenían que temer de estos dos individuos, algunos albergaron alguna esperanza. De Molay y Pairaud se retractaron de sus confesiones e, incluso, el gran maestre remitió algunos comunicados a sus hermanos presos, en unas tablillas de cera, en las que les pedía que, de igual forma, se retractasen de sus confesiones. Grave error, puesto que ello les convertía en reos relapsos, lo cual significaba que, en caso de culpabilidad, podrían ser condenados directamente a la hoguera. El relapso aseguraba que jamás se había apartado de la fe de la Iglesia católica. Aquellas aseveraciones de inocencia y las dudas que se habían suscitado respecto al proceso contra el Temple concedieron una posibilidad a la Orden, inclinando la verdad, un poco, hacia su lado. La opinión pública y el propio papa parecieron darse cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad, y Clemente llegó a recurrir el proceso ante la curia, en febrero de 1308.

Nogaret veía con estupor cómo todos sus esfuerzos podían verse reducidos a la nada. Así que solicitó un informe a los doctores en teología y leyes de la Sorbona. El informe, favorable a sus posiciones, debería explicar la situación de los templarios y declararlos súbditos seculares del rey, por tanto, sus bienes podrían quedar a disposición de la corona para las necesidades en Tierra Santa. El movimiento del legista era paradójico en cuanto que remitía a unos presuntos intereses en Oriente. A algunos doctores no les agradó que se dirigiese su opinión y el informe de la universidad fue claramente aséptico en ese sentido.

Nogaret, al enterarse de la nueva posición que habían adoptado tanto el gran maestre como el visitador de la Orden, diría en relación al primero: «Yo estuve presente durante su confesión y no vi en ningún momento que fuera un hombre atemorizado». Pero, en referencia al segundo, fue mucho más duro aún: «¿No ha confesado haber recibido a más de mil postulantes con el rito sacrílego? ¿Cómo podemos entender sus

retractaciones? Ahora no nos puede merecer crédito alguno».

Los teólogos y otras instancias políticas estaban de acuerdo en el castigo: los templarios eran culpables y debían morir. Ahora bien, en estos casos ha de seguirse el procedimiento y los expertos siempre advertían que el organismo que debía tomar esa decisión era la Iglesia. Nogaret esperaba sin duda esa respuesta y ya estaba preparando su ataque a Clemente V. Como el papa no quería recibir a Nogaret, éste envió a Guillermo de Plaisians, el cual, subido al estrado, pronunció un discurso virulento elaborado por los legistas franceses. Así consiguieron que Clemente V aceptase abrir una investigación contra la Orden; pero el pontífice advirtió que sería él quien nombrase a los investigadores, aunque, desafortunadamente, no pudo elegir peor: los elegidos fueron los cardenales Frédol y Suisy, Pedro Colonna, hombre cercano a Nogaret, y Landulfo Brancaccio —personaje cuya procedencia y filiación ha pasado por ser muy misteriosa y oscura para la historia—.

El 5 de julio, el inquisidor general recobró todos sus poderes de manos del pontífice, y llamó ante él, a la Santa Sede, al gran maestro, al visitador y a los comendadores de Francia, Aquitania, Normandía, Provenza y Chipre y prometió que el juicio a la Orden sería abordado por comisión pontificia nombrada por él mismo. Nada más lejos de la realidad, puesto que fueron comisiones diocesanas compuestas por dos canónigos, dos hermanos menores, dos hermanos predicadores e inquisidores. La diferencia era evidente.

A finales del mes de julio, el papa se sentía hostigado. De un lado, Francia lo presionaba en el caso de los templarios; por otra parte, los miembros de su propia curia pretendían abrir un proceso paralelo contra el difunto Bonifacio VIII. Se sentía traicionado por los cardenales, e incluso temía por su propia vida. Clemente V intentó, por todos los medios, según las crónicas, ser él mismo quien juzgase al maestro y a los dirigentes de las grandes bailías, y por eso reclamó su presencia en Poitiers.

Las comitivas que llevaban a los prisioneros desde París y otros lugares a Poitiers se detuvieron en Chinon, con la excusa de la enfermedad o la debilidad de los reos. El papa, aterrorizado y acosado por diferentes frentes bien coordinados, sucumbió y se retractó en sus pretensiones. Por enésima vez, los caballeros templarios volvían a quedar desamparados. El pontífice renunció a interrogarlos en persona y se lavó las manos: sólo envió a tres cardenales, cuya única misión era escuchar a los reos y absolverlos en su caso. Clemente abandonó Poitiers y esperó a los embajadores papales en Lusignan.

En el castillo de Chinon, los dirigentes templarios, que esperaban la presencia del papa, tuvieron que observar cómo una comisión pontificia le sustituía y, con ella, todas sus esperanzas de resolver finalmente aquel entuerto se disipaban. No hay mucha información sobre lo sucedido en Chinon, a pesar del informe de Frédol. Se piensa que los templarios no habrían llegado a comprender el papel que habían desempeñado

Nogaret y Plaisians, y tal vez cedieron a un supuesto acuerdo que les liberaría de mayores tormentos. Quizá se comprometieron a mantener sus confesiones con la promesa de ser absueltos por los cardenales; en el trato probablemente se contaba con una declaración ante el monarca, al que pedirían formalmente. Considerando tal propuesta y admitiendo la débil posición de los cardenales, los templarios habrían cedido. Así, el comendador de Chipre reconoció dos cargos: escupir sobre la cruz y renegar; el comendador de Normandía, Godofredo de Charnay, se habría retractado de todas las acusaciones, manteniendo, tan sólo, la de renegar; el comendador de Aquitania haría frente a sus inquisidores hasta el día siguiente a la petición de su confesión, y Hugues de Pairaud y Jacques de Molay repitieron las confesiones en su versión original.

Los cardenales redactaron sus informes el 20 de agosto en Chinon, y regresaron a la curia, donde, de forma inmediata, el papa promulgó la bula *Faciens misericordiam*, en la que nombraba una comisión, presidida por el arzobispo de Narbona, para juzgar a la Orden como entidad monástica —aparte del juicio contra cada uno de los templarios individualmente—. Esto debería tratarse en un concilio que se celebraría en octubre de 1311 en la ciudad de Vienne. Hasta entonces, transcurriría casi un año, tiempo en el que los templarios permanecerían en sus cárceles, consumiéndose, y donde muchos morirían privados de los sacramentos de la Iglesia.

Otra bula, del 30 de diciembre, amenazaba con la excomunión a todos aquellos que osaran prestar ayuda a cualquier miembro de la Orden. Para Clemente V, la Orden ya era carne de cañón y su condena representaba un salvoconducto para librarse de la presión a la que estaba siendo sometido por las altas instancias, tanto eclesiásticas como seculares.

El comendador de Payns, Ponsard de Gisy, explicó perfectamente cómo se produjeron los hechos:

«Todas las acusaciones de renegar de Jesucristo, escupir, sodomía y otras barbaridades son falsas, y que todo lo que los hermanos de la Orden e, incluso, yo mismo han confesado es falso, y que lo han hecho porque han sido torturados [...] y también porque en París han muerto treinta y seis hermanos de la Orden, así como otros muchos en otros lugares a consecuencia de las torturas y los tormentos».

Ponsard de Gisy se ofreció, incluso, a defenderla si se le asignaban algunos bienes de la Orden para sufragar los gastos, y describió las torturas de las que había sido objeto. La comisión emitió un comunicado en el que hacía referencia a dichas torturas y conminaba a Felipe de Voet, preboste de Poitiers, y a Juan de Jaimville a que no lo maltrataran en modo alguno. A pesar de ello, Ponsard de Gisy fallecería antes del 8 de febrero de 1311. Ello da muestra del escaso peso que tenía la comisión papal y,

asimismo, revela la incapacidad del propio pontífice, transfiriendo una autoridad que sólo él tenía.

Puesto que la fecha del concilio se acercaba, se nombró a cuatro personas para defender a la Orden. Los altos dirigentes del Temple estaban encarcelados y, supuestamente, habían renunciado a defenderla. Otros miembros de la congregación se ocuparon de ello: Pedro de Boloña, procurador de la Orden en Roma, y Rinaldo de Provins— ambos sacerdotes—, y los hermanos Guillermo de Chambonnet y Beltrán de Sartiges. Éstos recorrieron, en compañía de notarios, los diferentes lugares en los que se hallaban encarcelados los templarios.

Al inicio de una de las sesiones de la comisión, el 12 de mayo, sus miembros se enteraron de que cincuenta y cuatro miembros de la Orden, que se habían ofrecido para defenderla, habían sido condenados por el arzobispo de Sens como herejes relapsos y entregados a la justicia secular para ser quemados vivos. La sentencia se cumplió, pero los cronistas de la época relatan que, aún con muestras de dolor mientras estaban padeciendo tal horror, los ajusticiados gritaban: «Nuestro cuerpo pertenece al rey, pero nuestra alma a Dios».

Algunos de los interrogados, como el sargento Aimery de Villiers-le-Duc, contempló cómo pasaba por delante de su celda la carreta que transportaba al cadalso a sus cincuenta y cuatro hermanos y declaró que, ante el temor de una muerte semejante, confesaría que había dado muerte al mismo Dios si así se lo pedían. Esto es una muestra más de la credibilidad que merecen las confesiones obtenidas a lo largo del proceso, tanto del secular como del eclesiástico.

El 27 de mayo, otros cinco miembros de la Orden fueron quemados en París y, alrededor de la misma fecha, nueve más fueron igualmente ajusticiados en Sens, uno de los cuales era Juan de Taverny, que fuera capellán del rey. Tras estos acontecimientos, los defensores de la Orden se quedaron en dos, puesto que Rinaldo de Provins fue degradado y Pedro de Boloña huyó.

El 15 de junio de 1311, los comisarios se reunieron en Mubuisson para dar por concluida la investigación. Escucharon a doscientos treinta y un testigos de todas las provincias de Francia —pocos, teniendo en cuenta las estimaciones de Melville—. Se les preguntó por los cargos establecidos por Nogaret: ciento veintisiete acusaciones diferentes, de las cuales sólo se habrían reconocido —y sabemos en qué circunstancias— tres o cuatro relacionadas con el ingreso en la Orden; de las demás, nada se sabía, o se negaba su existencia.

El proceso iniciado por Felipe IV conmocionaba los reinos occidentales, pero este acoso a la Orden del Temple no se extendió a otros territorios (fig. 20). El rey Eduardo II de Inglaterra no se unió a las pretensiones de los franceses y el rey Jaime II de Aragón manifestó al monarca francés que defendería a la Orden. Aunque en los reinos hispánicos se persiguió al Temple posteriormente, no se llevaron a cabo las mismas

actuaciones que en Francia. Los templarios encontraron cobijo en tierras escocesas del rey Robert *the Bruce*, en Inglaterra y en Portugal.

Cuando el proceso entró en su etapa de mayor virulencia, otros reinos occidentales crearon, igualmente, comisiones de investigación, pero no se pudo registrar ninguna prueba material de las acusaciones contra la Orden. En varias encomiendas de los reinos hispanos, los hermanos realizaron una fuerte defensa de su Casa. Finalmente, los templarios de Aragón y Cataluña fueron declarados inocentes en el concilio celebrado en Tarragona; los de Castilla, en el de Salamanca. En Portugal, los hermanos fueron defendidos a ultranza durante todo el proceso y, en 1319, fue fundada por el rey Dionís la Orden de los Caballeros de Cristo, como heredera del Temple y que acogió efectivamente a muchos de sus antiguos hermanos. En Chipre fueron defendidos por todas las clases apoderadas de la isla, salvo por el comendador de la Orden del Hospital —lógico, si se tiene en cuenta a dónde irían a parar los bienes si el Temple desaparecía—. En Inglaterra se recogieron en el documento *Diminutio laboris* todas las confesiones de los templarios y, salvo un renegado, todos rechazaban las acusaciones de las que habían sido objeto y defendían a sus hermanos franceses, argumentando que habían realizado tales confesiones presa del miedo y de las torturas a las que habían sido sometidos en sus prisiones.

Por fin, octubre de 1311 llegó y, con él, la celebración del Concilio de Vienne. En principio, parecía que todo iba a ser favorable a la Orden y la presencia de nueve caballeros defensores de la misma así lo atestiguaba. Pero, cuando dichos caballeros refirieron que entre mil quinientos y dos mil hermanos se encontraban ocultos en los montes cercanos a Lyon, preparados para dar testimonio de defensa de la Orden, el papa Clemente volvió a sentir pánico; encarceló a los nueve caballeros y escribió al rey de Francia para que se presentase en el concilio. El 20 de marzo llegó el rey. El 22 de ese mismo mes, Clemente suprimió la Orden, sin condena formal. El procurador de Aragón intentó encontrar alguna justificación a la actitud del papa y así lo expresó en un documento remitido a su maestro:

«Lo que el papa ha hecho, no lo ha hecho ni por derecho, ni por vía de la justicia, sino por provisión, diciendo que no era oportuno que la Orden subsistiera [...]. El obispo de Valencia causó muy buen efecto cuando dijo que había que distinguir primero entre los buenos y los malos [...]. Pues la Orden sigue existiendo mientras queden de los buenos, porque no hay pecado en la Orden, cuyas instituciones son santas y justas, sino que hay pecado en su relajamiento. Y creo que esta opinión debe agradar a Dios y a los hombres que examinan el asunto con espíritu abierto».

Entretanto, Felipe IV volvió a sus maniobras con nuevas peticiones sobre la ya vieja cuestión del proceso a Bonifacio VIII, de tal forma que, cuando los conciliares

solicitaron estudiar la cuestión de los templarios en las sesiones del concilio, Clemente V zanjó la cuestión declarando, por bula *Vox in excelso* del 3 de abril de 1312, la disolución de la Orden por vía administrativa. Después se supo que Clemente V vendió definitivamente a la Orden del Temple en un acuerdo alcanzado con Felipe IV, por el cual este último obtenía el feudo de la ciudad episcopal de Lyón, renunciando con ello a los bienes de la Orden, a los que legalmente tampoco podía acceder por tratarse de un secular. En teoría, los bienes de los templarios serían transferidos a los hospitalarios; en la práctica, la mayor parte quedó en manos de Felipe IV, que presentó una crecida cuenta de gastos de proceso. De todos modos, dichos bienes ya estaban desde hacía tiempo en su poder: no había dado cuenta de ello jamás.

El concilio fue clausurado el 6 de mayo de 1312. El papa leyó un resumen en el que se pronunciaban algunas bulas y la mención de que los templarios debían ser tratados según sus méritos, esto es: los «reconciliados» y los que no habían confesado serían destinados bien a las antiguas encomiendas del Temple, bien a otros monasterios; los relapsos, condenados según las leyes canónicas; se hacía especial mención de los fugitivos, a los que se conminaba a comparecer. El papa se reservó para sí mismo el juicio de los grandes dignatarios de la Orden.

El 22 de diciembre de 1313, Clemente V nombró a tres cardenales para terminar, de una vez por todas, con el caso del maestre y los comendadores. Aquellos, bajo la presidencia del dominico Nicolás de Fréauville, decidirían la suerte de los dignatarios templarios que, a pesar de las conclusiones a las que se había llegado en Vienne, fueron condenados a cadena perpetua. Esta sentencia fue proclamada en un cadalso, alzado para la ocasión frente a la catedral de Nôtre-Dame, en París, el 18 de marzo de 1314, en presencia de los reos y de una multitud enardecida. En cuanto se hubo leído íntegramente la sentencia, el maestre, Jacques de Molay, y el preceptor de Normandía, Godofredo de Charnay, revocaron la totalidad de sus confesiones y proclamaron a voz en grito la inocencia de la Orden ante el estupor de todos los presentes. Girándose hacia la multitud, el maestre proclamó, según el testimonio de algunos testigos, que todo lo que se decía era falso y que no había dicho ni confesado las cosas que en el escrito se habían leído, sino que eran buenos cristianos. Ante esto, un sargento del rey le golpeó y le impidió continuar su arenga.

Después, la influencia del rey se dejó sentir. No hubo ninguna posibilidad de deliberar sobre lo sucedido y todo se encaminó a un fin: que el brazo secular se hiciese con el control para quemar a Charnay y De Molay como herejes relapsos. Todo se dispuso para que la ejecución tuviese lugar en la isla de los Judíos, en el Sena —entre los jardines del rey y la iglesia de San Agustín, en el actual muelle Quai des Grands-Augustins—. Esa misma tarde del 18 de marzo y, de cara a la catedral de Nôtre-Dame por expreso deseo de los reos, éstos morían en la hoguera, dejando en manos de Dios la venganza. Todos los que presenciaron el hecho admiraron profundamente la valentía

con la que afrontaron su final (fig. 21).

La tradición afirma que Jacques de Molay, antes de arder en el fuego, proclamó que el rey Felipe IV y el papa Clemente comparecerían ante el Tribunal de Dios antes de que se cumpliera un año. Y así ocurrió, efectivamente. El papa murió al cabo de un mes y el monarca no vivió para celebrar el aniversario de la liquidación del Temple. Este suceso legendario, cuya veracidad es discutible, representa no obstante uno de los grandes enigmas históricos y, tal vez, la constatación de que los culpables de aquel proceso no quedaron impunes.

Ha tenido que ser en fechas recientes, el 13 de diciembre de 2001, tras el hallazgo en el Archivo Vaticano de un documento pontificio a cargo de la historiadora italiana Barbara Frale, cuando se ha sabido que el papa Clemente V firmó la absolución a los templarios de la acusación de herejía en 1308, un año después de la apertura del proceso abierto en Francia contra la Orden. Según la doctora Frale, «fue un complot y el papa intentó detenerlo con la absolución, pero no lo consiguió, porque el rey francés respondió con un proceso de brujería contra el anterior pontífice, Bonifacio VIII, y había un riesgo de cisma de la Iglesia de Francia». A la luz de estas explicaciones, la historiadora también relativiza la decisión posterior de Clemente V de disolver la Orden del Temple, pues en aquella guerra política, el monarca impuso finalmente su autoridad sobre la del papa, y añade que no es exacto lo que se ha venido sosteniendo hasta ahora, pues el papa suspendió la Orden «por las manchas a la dignidad de muchos de sus miembros, pero no era definitiva, preveía restablecerla tras su arrepentimiento, pero murió y en setecientos años ningún pontífice la modificó».

JOSÉ CARLOS SÁNCHEZ MONTERO (*Madrid, 1976*). *Licenciado en Derecho por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Toledo. Es delegado regional de Madrid de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA y autor del libro de poemas El versador de sueños (Letra Clara, Madrid, 2002)*.

CAPÍTULO X

La continuidad del Temple en las órdenes militares y el Císter. Valores e ideales de los templarios

FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL, OCSO

«Aquí abajo, unos rezan, otros pelean, y los hay también que trabajan».
GERARDO DE CAMBRAI, *Gesta episcoporum cameraciensium*, 1024

«Desde el principio, el género humano estuvo dividido en tres: las gentes de oración, los agricultores y las gentes de guerra».
ADALBERÓN DE LAÓN, *Carmen ad Robertum regem*, 1031

Es muy probable que parezca extraño el interés que despierta en la actualidad el estudio de las antiguas órdenes militares, especialmente porque todo lo «militar» y «guerrero» no es un valor en alza hoy en día —¡a pesar de que las guerras sean el condimento habitual de nuestros tiempos!—. También es posible que la reunión de lo religioso y lo militar pudiera considerarse un alarde de ingenio más que de realismo. Sin embargo, no se trata de un ejercicio voluntarista, sino de saber hasta qué punto los hechos históricos del pasado condicionan nuestro ser presente, nuestros hábitos y nuestras ideas, y cómo podemos encarar el futuro sirviéndonos de las lecciones de otro tiempo que llamamos Historia.

En muchos casos, la Historia ha quedado fragmentada y rota; se asemeja en ocasiones a un campo de ruinas que hay que volver a edificar o, por lo menos, a replantear. Los seres vivos transmiten a su descendencia un potencial genético, fijado en el genoma, pero los hombres, además de ese genoma, en gesto más alto y frágil de engendramiento histórico, transmiten por tradición cultural determinadas posibilidades de existencia y pensamiento que se han ido vinculando (estrechando y ampliando) a lo largo y a lo ancho del mundo. Éste es el fundamento de los sistemas culturales. Por pura biología, sin una transmisión cultural del pensamiento, de la personalidad y la conciencia, el Hombre resulta inviable, incluso biológicamente.

La Edad Media. El medievo —según la mentalidad romántica que hemos heredado— es la época de las catedrales de luz, de las universidades, de los hermosos caballeros vestidos de azul y oro, del esplendor de la lógica, recuperada a través de los griegos y de los árabes, y de los jardines floridos del amor galante. Es también la época de la imaginería románica, de la «leyenda áurea», de una época en la que todo

era nítido —hasta la miseria y la muerte— y colorista: «Eran tiempos hermosos, espléndidos, aquellos en que Europa era un país cristiano, en los que una sola humanidad habitaba en esta parte del mundo, humanamente conocida: un único y gran interés común unía a las provincias más alejadas de ese vasto reino espiritual...». Son palabras escritas a finales del 700 por Friedrich von Hardenberg, más conocido como Novalis.

Las órdenes militares fueron el resultado de una auténtica vocación religiosa y de servicio a la Iglesia y a la sociedad. La expansión musulmana amenazaba la estabilidad de ese imperio terrenal y espiritual cristiano, aunque éste en realidad no era el único problema que afrontaban los reinos occidentales. Nace así la idea del monje-guerrero, un ánimo de sacrificio que es aplicado a la resolución de aquel grave problema por unos hombres vocacionales, deseosos de una unión íntima con Dios, y que, sensibles a los males de su tiempo y cualificados para luchar contra ellos con la mentalidad de la época, habían impregnado de religiosidad y de espíritu de servicio su propia capacidad de acción.

San Benito y el monacato medieval. Cuando San Benito (480-543) escribe y regula la vida de sus monasterios, sabe que en ellos van a entrar más hombres de armas que hombres de campo y tierra, pocos ricos y muchos hijos de nobles y de guerreros; San Benito sabe que el monasterio es un cenobio, mas también una *acies* —una milicia—, pues las principales virtudes que exige al monje son la obediencia, la paciencia, la vigilancia sobre sí mismo —la disciplina—, el espíritu de *coetus* —comunidad o grupo— y la permanencia en el campo de batalla espiritual a pesar de las dificultades.

Los hombres que acudían a los monasterios de Benito de Nursia procedían de una sociedad violenta, una sociedad cruel y despiadada con los débiles, que odiaba a los poderosos y déspotas tiranos; para todos ellos, el fundador de Montecassino propone un lema, trabajoso de conquistar y para el cual quiere educar a sus discípulos: *pax*. La *pax romana* se fundamenta no en la sumisión por las armas y en el orgullo del poder, sino en la aceptación de la obediencia a los otros y en la *humilitas* que Cristo enseñó a sus seguidores.

Císter primitivo. Los monjes de los monasterios medievales, en su mayoría, eran antiguos caballeros o provenían de las escuelas. También había labriegos y «hombres rudos», cargados de buena voluntad, pero que aún necesitaban una serie de normas de urbanidad para conseguir vivir pacíficamente en comunidad. Debían romper muchos usos y costumbres profundamente arraigados en ellos y a los que estaban habituados: las supersticiones, los modales bruscos y violentos, la prepotencia y el afán de posesión. El monasterio cisterciense era realmente una «escuela de caridad», un «auditorio del Espíritu Santo» y un lugar de «conversión y penitencia», medios adecuados todos ellos para llevar a los monjes a la construcción de una auténtica personalidad cristiana y una recuperación gradual de la semejanza del alma con el

espíritu de Dios.

El Císter supo alinearse muy acomodada e inteligentemente, junto a todos los monasterios que representaba, con aquellos que movían los hilos de la reforma eclesial del siglo XII y se presentó como vanguardia de este movimiento. Supo también situarse dentro del mundo feudal con un espíritu nuevo, en el que la *potestas* y la *auctoritas*, que tenían un papel de capital importancia en la *societas christianorum*, van a transferirse de la persona individual a la colegialidad, de modo que todo el ordenamiento estatutario pasa a ser expresión de una *unanimitas* colegial. Las decisiones más importantes que se toman en el «nuevo monasterio» nacen y se generan dentro de un clima tremendamente comunitario.

Después de la sociedad medieval. Los monjes y las monjas cistercienses de los siglos posteriores, hasta hoy, nunca han renunciado a ese sueño y a esa aventura de *libertas* y *caritas*, en el seno de la Iglesia en que les ha correspondido vivir. (Los historiadores del arte cisterciense, medievalistas en su mayoría, suelen cerrar el ciclo del Císter en el siglo XIV, apoyándose generalmente en el hecho de que a partir de esa fecha se dejaron de construir los monasterios que dieron nombre a todo un bello movimiento artístico. Así, en realidad, limitan sus estudios al período de su especialidad y no tienen en cuenta la trayectoria posterior de la orden y sus consecuencias).

Las órdenes militares, en las nuevas circunstancias históricas de la Edad Moderna, mantuvieron la misma vocación de servicio a la fe católica de los siglos anteriores, y sus caballeros aplicaron el esfuerzo y las «armas» personales del espíritu y los dones recibidos de Dios en las más variadas profesiones, entregándose a la cristianización del mundo, con un testimonio cristiano y una presencia y confesión pública de Cristo en la vida social; asimismo, procuraban responder a su misión de culto y alabanza divina, contando con sacerdotes de las propias órdenes, que las atendían pastoralmente.

Entre aquellos caballeros de la Edad Moderna no sólo hay grandes promotores de obras de apostolado y benéficas, sino también grandes militares, escritores y servidores públicos, en múltiples facetas, y, sobre todo, grandes cumplidores de su deber, más o menos conocidos por la Historia o por la Hagiografía, pero que contribuyeron eficazmente al desarrollo de la cristiandad y se esforzaron por cultivar, mantener y transmitir los valores tradicionales de un espíritu profundamente cristiano.

CONTEXTO HISTÓRICO

La Edad Media tiene límites cronológicos imprecisos, pero, en líneas generales, puede situarse entre el final de la civilización clásica grecorromana y la época del Renacimiento, el descubrimiento de América y el protestantismo.

El concepto de Edad Media tuvo sus orígenes en los estudios filológicos, cuando se entendió que durante un milenio se habían corrompido las lenguas clásicas y las ideas que propugnaban los grecolatinos: eran los tiempos «del medio», es decir, los que se situaban entre la Edad Dorada clásica y los nuevos tiempos del Renacimiento. Giovanni Andrea dei Bussi, obispo de Alesia, utiliza por primera vez ese término en 1469. En 1688, Christophus Cellarius (Keller) publica su *Historia medii aevi*, que comprende desde Constantino *el Grande*, emperador romano (306-337), hasta la conquista de Constantinopla por los turcos (1453). El siglo de la Ilustración (siglo XVIII) siente un profundo desprecio por la Edad Media, a la que considera oscurantista. Pero en el siglo XIX, a impulsos del nacionalismo y del romanticismo, nace una auténtica pasión por los tiempos medievales. Se publican importantes colecciones documentales del medievo, la más significativa, quizá, es la de los *Monumenta Germaniae Historica* (MGH), y surgen diversas escuelas nacionales. Desde entonces, el medievalismo no ha dejado de crecer.

La sociedad medieval estaba integrada por tres órdenes, cada una de las cuales cumplía una función determinada (guerrear, orar, trabajar). La nobleza, alta o baja, se define por el ejercicio de la caballería. Tiene sus propios ideales y su código del honor. En el siglo XIII, la nobleza se convierte en una cerrada aristocracia, en una casta hereditaria; pero la irrupción de la burguesía representa un duro golpe para las rígidas estructuras del mundo feudal, sobre todo, desde que se abren nuevos caminos para acceder a la fortuna.

La mayor parte de los obispos, provenientes de los medios aristocráticos y que alcanzaron sus cargos por razones ante todo políticas y económicas, vivían como grandes señores —con excepciones admirables de grandes hombres de fe y de Iglesia— y se comportaban más como potentes gestores que como pastores de una grey que educar en la fe cristiana. Incluso conservando una cierta dignidad moral, los obispos estaban absorbidos por las tareas de gestión de los dominios de sus iglesias y por las responsabilidades políticas que les confiaban con gusto los soberanos —porque sabían leer y escribir y mantener una negociación diplomática mejor que los nobles y caballeros de la corte, empleados las más de las veces en guerrear, expoliar y cortejar damas—.

El clero rural gozaba de cierta autonomía y, durante toda la Edad Media, sus actuaciones dejaron mucho que desear. (El clero común procedía generalmente de las clases humildes de la sociedad y la ordenación sacerdotal dependía de los obispos, de las necesidades de los obispados y, con frecuencia, del hambre de muchos aspirantes).

Los monjes cluniacenses favorecieron una espiritualidad de la acción, que alcanza su punto álgido en las cruzadas. Proyectaron una teología y una espiritualidad que, alejadas de las angustias y los temores del año 1000, sanean y purifican un pesimismo religioso y abren las puertas a una mística cristiana que alcanzará su apogeo un par de

siglos más tarde en los místicos renanos y en el Siglo de Oro español. A pesar de la majestuosidad y la tendencia feudal de Cluny, lo cierto es que allí se engendró el Císter, y en la contemplación de sus claustros se reaccionó contra la etapa anterior. Los cistercienses transformaron la sensiblería de la devoción medieval en piedad afectiva hacia los misterios más humanos (Encarnación y Pasión de Cristo), y del amor cortés y sus manifestaciones eróticas en la vida y en la literatura saben pasar a la manifestación de una afectividad madura en el ejercicio de la *caritas* con el prójimo y las muestras de *affectus* con la Virgen María y los santos.

No es posible entrar en más detalles; pero la historia de la religiosidad en la Edad Media está llena de páginas que van desde lo más popular e ingenuo hasta lo más delicado y sublime de la mística cristiana.

Entre el iluminismo y el romanticismo, la pasión por la Edad Media —pasión que nunca ha abandonado a los occidentales— quizás radique precisamente en que, además de ser una edad histórica —que en el fondo se corresponde con una serie de supercherías—, es también una edad simbólica, una especie de alegoría de la vida del hombre; *media aetas* entre dos vacíos oscuros en los que se aglutinan miedos y esperanzas, *medium aevum* entre un pasado que ya no existe y un futuro que aún no llega.

La mística del combate espiritual. En la prehistoria de las órdenes militares se encuentran varios datos importantes que conviene recordar. Se dice que en 324 «se descubre» junto al Gólgota la tumba de Jesucristo, sobre la que el emperador Constantino manda edificar la rotunda de la Anastasio o Anástasis (iglesia circular cubierta por un domo, la cual todavía mantiene la forma de una rotunda con domo y que contiene el Santo Sepulcro en la mitad).

Jerusalén se llena de santuarios y se convierte en el centro de peregrinación más importante para los cristianos.

La Ciudad Santa es conquistada en 614 por los persas y permanece ocupada por ellos durante algunos años. En 638 cae en manos de los soldados musulmanes, quienes conceden a los cristianos libertad civil y religiosa a cambio del correspondiente tributo anual. Sobre la explanada del Templo de Salomón, considerada como lugar de la ascensión del profeta, los califas construyen la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al Aqsa, de modo que Jerusalén se convierte en la tercera ciudad santa del islam. Sin embargo, tras la campaña del emperador bizantino Juan Tzimisce, que retoma Cesarea en 975, las relaciones entre cristianos y musulmanes se deterioran, y en 1009 el califa fatimí Al Hakim ordena incendiar el Santo Sepulcro. En 1055, los turcos, expulsados de Asia Superior por los mongoles, toman Bagdad y sacuden el Oriente Próximo musulmán. Tras vencer en 1071 a Bizancio, en Mantzikert, los turcos invaden Anatolia. Ese mismo año arrebatan Jerusalén a los fatimíes de Egipto, y luego, en 1085, Antioquía a los bizantinos. Ante la incapacidad de Bizancio para hacer frente a estas

agresiones, toma cuerpo en Occidente la idea de cruzada, esa «guerra justa» cuyo objetivo es la reconquista de los Santos Lugares.

La Iglesia era consciente de que su misión debía mantener un carácter pacífico y por eso instituía a finales del siglo x la llamada «tregua de Dios», para limitar el tiempo de guerra y proteger a los débiles de los caballeros, capaces de exterminar sus ejércitos en interminables luchas fratricidas. Pero en el siglo xi, la Iglesia encuentra — paradójicamente— una salida para la violencia mal contenida de los *milites* y de muchos otros: la solución consiste en dirigir la violencia hacia los enemigos de la fe. Así surge el ideal de cruzada y de «guerra justa».

«Que vayan pues al combate contra los infieles los que hasta ahora se entregaban a guerras privadas. Que sean ahora caballeros de Cristo los que no eran más que bandidos». Con estas palabras, el papa Urbano II hace su llamamiento a la cruzada (Clermont, 27 de noviembre de 1095), la guerra santa que debía concluir con la reconquista de la Jerusalén terrestre y ofrecer la salvación a los fieles muertos en la batalla, abriéndoles las puertas de la Jerusalén celeste.

El monacato representa en esta época el fundamento de la guerra santa como el estado último de perfección espiritual, y lo anima y lo difunde a través de cientos de monasterios. (Aún no han nacido las órdenes mendicantes ni las predicadoras). Toda la sociedad, incluidos los valerosos *milites*, siente una obsesión y un desasosiego ante la propia «salvación»: se obsesionan con la idea de la condenación eterna como castigo por la sangre derramada y la muerte causada por sus propias manos. (Ni siquiera los guerreros son ajenos a esta mala conciencia, por muy revestidos que estuvieran de la gloria de sus proezas guerreras, y por muy violentos que fueran en el combate y fuera de él). Numerosos caballeros y nobles se retiran a un monasterio al final de sus vidas, buscando la salvación tras una vida sanguinaria. Con la cruzada, Urbano II les permite colocarse al servicio de Cristo sin vestir el sayal y conservando sus artes marciales.

El impulso e ideal de las cruzadas. Respondiendo, pues, a la llamada de Urbano II, se lanza hacia Jerusalén una primera tropa guiada por Pedro *el Ermitaño*. La sigue, poco después, la cruzada de los barones, que se ve rechazada durante varios meses a las puertas de Jerusalén. Por fin, el 15 de julio de 1099, la Ciudad Santa es tomada y toda su población es asesinada. Tras la victoria de Ascalon, el 12 de agosto de 1099, casi todos los barones abandonan Palestina; dejan un pequeñísimo contingente en los recién creados Estados latinos de Oriente, donde enseguida la defensa y acogida de los peregrinos (y comerciantes) se convierte en una prioridad.

En 1113, el papa Pascual II aprueba la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, encargada del alojamiento de los «viajeros de Dios». Poco después, en 1119, el caballero Hugo de Payns y su compañero Godofredo de Saint-Omer fundan la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo para proteger a los peregrinos en Tierra Santa y defender los caminos de acceso. El nuevo rey de Jerusalén les cede un ala de su

palacio, instalado en la mezquita de Al Aqsa, en el emplazamiento del antiguo Templo de Salomón.

Nacen así los «templarios», caballeros y monjes a un tiempo, que adoptan los rituales litúrgicos de los canónigos regulares del Santo Sepulcro y pronuncian sus votos ante Gormondo, patriarca de Jerusalén. En 1127, Hugo de Payns y cinco hermanos regresan a Occidente para obtener la confirmación de la Orden de manos del papa Honorio II. En enero de 1128, el Concilio de Troyes, presidido por el cardenal Mateo de Albano, legado pontificio, aprueba la Orden del Temple, a la que se da, en presencia de Esteban Harding, abad de Cîteaux, una nueva Regla con inspiración en la de San Benito.

Urbano II había reivindicado la necesidad de instituir una milicia de Cristo (*milites Christi*), y ahora, hacia 1136, el abad cisterciense de Claraval (San Bernardo) va a describir el ideal de los monjes-soldados que concilian la vida militar y la vida monacal. En 1139, la Orden del Temple se ve confirmada por la bula *Omne datum optimum* del papa Inocencio II.

Comienza entonces una aventura espiritual-militar sin precedentes en la historia de la cristiandad. Los templarios enseguida forman una milicia permanente encargada de defender los Estados latinos en Tierra Santa y, en Occidente, participan de las grandes batallas de la reconquista cristiana de la península Ibérica contra los musulmanes. En estos lugares y en otras partes va a comenzar también otra historia de desarrollo material, paralela en sus características al desarrollo espiritual y material de los monasterios cistercienses —en los que se inspiraban los templarios—; sus encomiendas, sus inmensas explotaciones señoriales que producían trigo, cebada, vino, aceite, lana y ganado, suministraban los recursos necesarios para los gastos militares (expediciones a ultramar, pertrechos y sustento de los caballeros, construcción de fortalezas, etcétera).

Es imprescindible apuntar aquí que este desarrollo espectacular de la Orden del Temple no es repentino ni homogéneo; ni siquiera es tan «fantástico» como suele asegurarse. Algunos detalles contribuirán a esclarecer ciertos aspectos del progreso de la Orden y de la Milicia de Cristo.

En primer lugar, la bula de Inocencio II representó un impulso decisivo y muchos nobles, *milites* y caballeros andantes «regularizaron» de este modo su situación frente a sus respectivos reyes y señores, frente a la sociedad, y frente a sí mismos y su propia conciencia; y, además, acudiendo a la llamada bélica contra el musulmán, pudieron obtener bastantes beneficios económicos, reconocimiento social y una causa noble por la que luchar.

Además, la inspiración en la política de expansión de la Orden cisterciense, en sus principios de organización y desarrollo económico —fundamentado en la buena administración de la tierra y los recursos naturales—, supuso un apoyo para la

logística militar, que hasta entonces contaba poco más que con los beneficios del saqueo y el pillaje. A todo esto debe añadirse una motivación espiritual y un entramado de centros y lugares estratégicos (los monasterios) de fácil comunicación y que servían para el almacenamiento y la distribución de todo tipo de bienes.

Se daban, pues, una serie de elementos espirituales y materiales propios del mundo medieval que, en vez de mirar sólo hacia el interior, hacia la Europa de entonces, miraba a la conquista y el mantenimiento de territorios más vastos fuera de ella.

Las órdenes militares. El nacimiento de las órdenes militares medievales obedece a dos razones fundamentales. La primera es la religiosidad reinante en los siglos XI y XII. Esta religiosidad era como el «espíritu» de toda una sociedad: la cristiandad de entonces, que se expresaba en un «cuerpo», en función de las circunstancias históricas y sociales de la época. Cuando nacen las órdenes militares, este espíritu alcanza su más alta manifestación en la Orden del Císter, surgida en 1098 en Francia e impulsada por San Bernardo a partir de 1112. La Regla de San Benito sería adoptada por la mayor parte de las órdenes militares nacidas años después, aunque también las hay que adoptaron la de San Agustín.

Y la segunda razón es la existencia de lo que se percibía como un grave problema, concretado en una situación de inseguridad y amenaza permanente de la cristiandad, enfrentada a un adversario, el islam, a veces demasiado agresivo y exaltado por la predicación de la «guerra santa». La complejidad del enfrentamiento aumentaba porque no existían aún ejércitos nacionales, sino mesnadas de grandes señores, un tanto anárquicas.

En este contexto y con el influjo de esta mentalidad se celebró el Concilio de Troyes (1128), que instituyó la Orden del Temple.

APORTACIONES DEL CÍSTER A LAS ÓRDENES MILITARES

La aportación espiritual de San Bernardo en la institucionalización del Temple es bastante conocida; pero a veces se ignora que tras el tratado del abad de Claraval sobre la *Nueva milicia* existía una gran corriente ideológica y una situación sociopolítica que necesitaba una gran revisión y una inyección de motivaciones e ideales.

Bernardo de Claraval recoge una gran tradición espiritual, cristiana y monástica, la del «combate espiritual», y aporta, además, una especial catequesis bíblica sobre la vida cristiana, aprovechando la geografía y los topónimos de Tierra Santa. Por otra parte, este monje, como muchos otros, se movía con facilidad en un vocabulario bélico y de conquista muy cercano a experiencias familiares, literarias y épicas del tiempo que le tocó vivir. En los monasterios vivían muchos antiguos hombres de armas, los

monjes contaban con hermanos, primos, sobrinos, que eran o fueron caballeros, y las historias bélicas —con su contexto de exageraciones y maravillas de todo tipo— llenaban de admiración también las conversaciones claustrales.

Análisis de algunas fuentes. Aquí sólo se referirán algunos aspectos fundamentales en lo que atañe a la formación de las órdenes militares, pero el lector curioso podría investigar otros aspectos generales de la cuestión (como el soporte que la literatura medieval ofrece y desarrolla en el tema de la caballería, el héroe soldado cristiano y los cruzados).

¿De dónde procede el bagaje religioso en torno a la guerra y a la milicia espiritual? Los monjes que conformaron el Císter primitivo eran hombres que pensaban y vivían conforme a la mentalidad de su tiempo, y que se vieron envueltos en la misma historia. Para comprender los fundamentos del Císter es necesario atender a tres fuentes importantes: la *Regla de San Benito* —como documento espiritual básico—, los llamados *Documentos primitivos del Císter* —que suponen un «corpus» jurídico importante— y el *Gran Exordio del Císter* —como documento literario—.

La *Regla de San Benito* es un manual de vida espiritual para monjes cenobitas, una guía para la organización de un monasterio y un admirable resumen de la espiritualidad monástica tradicional.

Entre los siglos X y XII, y en la medida en que es posible hablar de monacato como de una entidad, todos los monjes de Occidente siguen la Regla de San Benito. Este monolitismo, impuesto por la legislación carolingia, se adaptaba perfectamente a una sociedad todavía simple y estática. Pero la plegaria y la liturgia de los monasterios eran distintas a las de las catedrales. Todo se orientaba al culto, y los monjes fueron promotores de nuevas técnicas de arquitectura religiosa y civil, los *scriptoriums* se transformaron en «editoriales» de todo tipo de libros que enriquecían las incipientes bibliotecas de nobles, escuelas y universidades. El desarrollo de esta «manufactura» del libro promovió también la circulación de ideas nuevas.

El ideal monástico ejerció en todos los espíritus de su tiempo, incluso en los menos cultivados, una fascinación incomparable, y la espiritualidad de los monjes —con su enorme bagaje cultural clásico, patristico y bíblico— fue recuperada por otros, clérigos o laicos, que la llevaron a la praxis de sus vidas.

Los cistercienses supieron extraer de su regla la gran sabiduría que contenía y la emplearon en la vida espiritual y en la vida organizativa de sus comunidades y de toda la orden. En el prólogo de la regla pueden encontrarse frases que recogen la tradición del cristiano como «soldado de Cristo»:

«[3] Mi palabra se dirige ahora a ti, quienquiera que seas, que renuncias a tus propias voluntades y tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia, para militar por Cristo Señor, verdadero Rey. [...] [22] Si queremos habitar en la morada

de su reino, puesto que no se llega allí sino corriendo con obras buenas, [23] preguntemos al Señor con el Profeta diciéndole: “Señor, ¿quién habitará en tu morada, o quién descansará en tu monte santo?”. [24] Hecha esta pregunta, hermanos, oigamos al Señor que nos responde y nos muestra el camino de esta morada [25] diciendo: “El que anda sin pecado y practica la justicia, [26] el que dice la verdad en su corazón y no tiene dolo en su lengua, [27] el que no hizo mal a su prójimo ni admitió que se le afrentara”. [28] El que apartó de la mirada de su corazón al maligno diablo tentador y a la misma tentación, y lo aniquiló, y tomó sus nacientes pensamientos y los estrelló contra Cristo. [...] [39] Cuando le preguntamos al Señor, hermanos, sobre quién moraría en su casa, oímos lo que hay que hacer para habitar en ella, a condición de cumplir el deber del morador. [40] Por tanto, preparemos nuestros corazones y nuestros cuerpos para militar bajo la santa obediencia de los preceptos, [41] y roguemos al Señor que nos conceda la ayuda de su gracia, para cumplir lo que nuestra naturaleza no puede. [42] Y si queremos evitar las penas del infierno y llegar a la vida eterna, [43] mientras haya tiempo, y estemos en este cuerpo, y podamos cumplir todas estas cosas a la luz de esta vida, [44] corramos y practiquemos ahora lo que nos aprovechará eternamente. [...] [47] Pero si, por una razón de equidad, para corregir los vicios o para conservar la caridad, se dispone algo más estricto, [48] no huyas enseguida aterrado del camino de la salvación, porque éste no se puede emprender sino por un comienzo estrecho. [...] [50] De este modo, no apartándonos nunca de su magisterio, y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarlo en su reino».

Puede advertirse aquí claramente —y en todo el texto inicial de la regla— el carácter de «arenga» y las referencias a una terminología utilizada en el mundo de los *milites*. Esto es propio de toda la tradición cristiana, no sólo porque muchos santos fueron antes *milites*, sino porque San Pablo se encargó de crear la espiritualidad del «combate cristiano» contra el mal.

Y continúa San Benito:

«[1] Es sabido que hay cuatro clases de monjes. [2] La primera es la de los cenobitas, esto es, la de aquellos que viven en un monasterio y que militan bajo una regla y un abad» (Cap. 1).

«[20] porque tanto el siervo como el libre, todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único señor en una misma milicia [...]» (Cap. 2).

«[10] y dígamele: he aquí la ley bajo la cual quieres militar. Si puedes observarla, entra; pero si no puedes, vete libremente» (Cap. 58).

«[10] puesto que en todo lugar se sirve al único Señor y se milita bajo el mismo

Rey» (Cap. 61).

Este lenguaje tenía que resultarles tremendamente familiar a los militares de la Edad Media, y era un buen reclamo para ellos.

La obediencia y la humildad generan otra virtud, opuesta a la codicia y a la prepotencia, la *paupertas Christi*, que es la aceptación de una condición humana redimida y salvada por la gracia y no por el poder del dinero.

Todo esto se va a resumir y exponer de forma admirable en la *Alabanza de la nueva milicia* de Bernardo de Claraval.

En el *Gran Exordio del Císter* se recrea un ambiente históricamente veraz y se explica cómo eran las relaciones entre los distintos estratos de la sociedad medieval. Puede entenderse cómo a San Bernardo no le resultó difícil llegar al corazón de los caballeros de su tiempo, exponerles con claridad las ideas que muchos monjes tenían, y, como el *Gran Exordio*, contribuir al «saneamiento» moral y ético del «orden de caballería».

Este texto y otros relatos sobre los orígenes del Císter representan una apología de su espiritualidad. Justificaron históricamente un movimiento espiritual que conmocionó el monacato occidental y el reflejo del modo de ser y pensar de unos hombres del medievo que, a su vez, influyeron en otros hombres de su tiempo.

No nos hablan de los hechos históricos a modo de un relato cronológicamente sistematizado, ni los documenta como debería hacerlo (ese tipo de trabajo historiográfico es raro en la Edad Media); pero nos hablan de muchos personajes que intervinieron en la historia real, que conocemos por otras fuentes y que se movían en torno al Císter.

Se ha indicado anteriormente que el origen de la Orden del Temple estuvo en manos de un grupo de caballeros francos, que, llamándose a sí mismos Pobres Caballeros de Cristo, deciden dedicar su vida a la defensa de los peregrinos en Tierra Santa y a la vigilancia de los caminos por los que han de transitar.

Esta iniciativa corrió a cargo de Hugo de Payns, natural de Champaña, y su compañero Godofredo de Saint-Omer, en 1118; y, alrededor de ellos, se agrupan enseguida, otros siete caballeros, entre ellos, Andrés de Montbard, tío de Bernardo, abad de Claraval, y el conde de Champaña, que había sido el donante de las tierras del mismo monasterio. Todos ellos pronunciaron, ante el patriarca de Jerusalén, los tres votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia, más un cuarto voto, que les obligaba a defender a los peregrinos.

Vemos, por tanto, fundamentadas las conocidas relaciones de amistad entre San Bernardo y los Pobres Caballeros de Cristo.

En 1128 se reúne un concilio en Troyes para tratar la institucionalización de este grupo de caballeros. Al concilio asisten varios arzobispos, obispos y abades, entre

ellos, el del nuevo monasterio del Císter, San Esteban Harding, y probablemente también, aunque no es seguro, el abad de Claraval, San Bernardo. Este concilio aprobó la primera Regla del Temple, que, posteriormente, sufriría distintas reformas, matizaciones y complementaciones. Hay opiniones contradictorias en cuanto a la autoría de esta regla, poniéndose en duda si fue redactada en su totalidad por San Bernardo; aunque, al menos, debe admitirse que el de Claraval tuvo gran influencia en ella.

Dos excelentes estudios permiten observar la enorme cantidad de caballeros, nobles y hombres de armas que ingresaron en el Císter y Claraval. (Cfr. Marc Debuisson: «La provenance des premiers cisterciens d'après les lettres et les Vitae de Saint Bernard», en *Cîteaux*, tomo 43, año 1992, fasc. 1-4, págs. 5-118; Laurent Veyssiere: «Le personnel de l'Abbaye de Clairvaux au XII siècle», en *Cîteaux*, tomo 51, año 2000, fasc. 1-2, págs. 17-85). La espiritualidad de la cruzada, los ideales de conquista de Jerusalén, las historias militares y truculentas, y las glorias y desengaños de las grandes batallas estaban en la mente y en el corazón de estos hombres y llenaban también de rumores los claustros. Familiares y amigos de muchos monjes eran caballeros, luchaban en Tierra Santa, eran cruzados... No podían olvidarlo, a pesar del silencio de los claustros. En la llamada *Biblia de Esteban Harding*, los sobrios y ascéticos cistercienses dejaron muestras de cómo conocían y disfrutaban visualmente de toda la parafernalia guerrera. Y el *Exordio Magno*, o *Gran Exordio*, es una vasta compilación hagiográfica de finales del siglo XII y principios del XIII, llevada a cabo por un monje anónimo de Claraval, en la que se narra un conjunto de historias y relatos aureolados con estilo de leyenda, acompañados de visiones y milagros.

El gran número de estas historias y relatos, que nos acercan a los orígenes y primeros cien años de la orden cisterciense, justifica sobradamente el nombre de *Exordio Magno*, para distinguirlo de otro habitualmente conocido como *Exordium Parvum*, mucho menos extenso, cuyo verdadero título es *Super Exordium Cisterciensis Cenobii*, redactado por el tercer abad del Císter, Esteban Harding, autor también de la *Carta Caritatis*, considerada como la *Tabula Testamenti*, *Lex Prima* y *Fundamentum totius Ordinis*.

Así pues, los monasterios estaban ocupados por antiguos caballeros que buscaban la redención de sus crímenes —en la paz o en la guerra— y de campesinos y labriegos, con más voluntad que verdadera caridad. El Císter impregnó sus almas de fe alejada de la superstición, de la violencia y del afán de posesión. La caridad, la espiritualidad, la conversión y la penitencia forjaron la vida comunitaria en los cenobios cistercienses.

Para los hombres del medievo, un monasterio era un lugar de mediación de poderes invisibles, donde se fomentaban las acciones litúrgicas y donde se celebraban fiestas sagradas; allí, los vivos —mediante limosnas y donaciones— y los muertos —en sus sepulturas— encontraban paz para sus conciencias y para sus cuerpos, en otro tiempo

belicosos. Los monasterios eran también escuelas educadoras y protectoras de vástagos nobles; un centro de atracción para ricos y pobres. Así, el monasterio se hace rico y sus riquezas se transforman en signo: todos se sienten bendecidos y colmados en sus necesidades. En muchos monasterios, la bondad, la generosidad y la belleza no resultan incompatibles con la auténtica pobreza y austeridad. El ámbito vital de los monjes es la Jerusalén Celeste, que brilla por doquier en los materiales preciosos, los códices miniados, los capiteles recargados y las reliquias de los mártires y santos recubiertos de oro y plata.

Los monjes del «nuevo monasterio» se hacen «rústicos», dando la espalda a la burquesía y a los nobles, a los poderosos de la Iglesia y de la política —pero sin despreciarlos—; porque los cistercienses transforman su rusticidad en una pobreza que encarnan en un finísimo humanismo. Laicos, clérigos y monjes alzan furibundas acusaciones a ese Císter escandaloso que rompe desvergonzadamente sus moldes. Es inconcebible que un noble medieval se entregue a ocupaciones serviles y bajas, propias sólo de siervos y de ignorantes. Los cistercienses —se aprecia claramente en las páginas de emotivos e ingenuos relatos— demuestran que no es el tipo de trabajo lo que dignifica al hombre, sino que es la calidad de la persona lo que dignifica el trabajo, como dice Bernardo de Claraval en una carta dirigida al abad cisterciense inglés Elredo de Rieval.

Cisterciense, pobre, humilde y rústico vienen a ser una misma cosa. Es una participación, en la oscuridad, de la humillación y desprecio que sufrió Cristo mediante la comunión con los estratos sociales más despreciados. Por eso, cuando se trata de ensalzar la santidad de Alejandro de Foigny, príncipe escocés, se destacará su destreza en ordeñar vacas y fabricar quesos. La rusticidad cisterciense es un despojo de lo superfluo, de la fachada que desfigura la simplicidad del hombre. Facilita el camino hacia la autenticidad interior en cuanto imagen de Dios y asegura una peculiar soledad, tanto en la clausura del monasterio como en la lejanía de las granjas, facilitando así el ejercicio de la oración y el control sosegado de uno mismo. He aquí las bases del peculiar humanismo cisterciense.

El cuadrado del claustro cisterciense —como las construcciones cuadradas y sólidas de los templarios— es el molde en el que el hombre entra, haciéndose monje para convertirse, reformarse, «edificarse». Los cistercienses explotan la temática simbólica de sus claustros: los nombres de la mayoría de los monasterios evocan la claridad, la paz, el gozo. Por eso, todo hombre que atraviesa los umbrales del claustro tiene la misión de reedificar un paraíso perdido: adecuarse a ese paraíso exterior que es un claustro cisterciense. Para ello habrá de servirse del agua de los cuatro ríos: la verdad, la caridad, la fortaleza y la sabiduría. Dentro de esos cuatro muros vive una unidad: la fraternidad comunitaria, que es como la fecundidad espontánea de una vida paradisiaca.

La clave de la pedagogía del arte arquitectónico cisterciense es la desnudez de la piedra: es el único camino del corazón y del ser. Para los cistercienses, construir no era levantar una obra de arte. La arquitectura cisterciense guarda siempre una parte de su misterio, lo descubre poco a poco, lo revela plenamente cuando cada uno de sus componentes ocupa sabiamente su lugar. Pero el claustro cisterciense está también sabiamente orientado. En él se verifica la confluencia de dos duraciones: una, rectilínea, inscrita en el vector de la Historia de la Salvación, marca el progreso de cada uno de los moradores del claustro; la otra, circular, de las horas, de las estaciones del año, de los ciclos litúrgicos, que sigue el movimiento de las esferas cósmicas y al que se ajusta el ritmo de las actividades comunitarias. Y con estas actividades, los dramas, las crisis, los fastidios, los temores, los fracasos, los logros. Todo en línea recta y circular. Avance y repetición. Tiempo rectilíneo de la confianza hacia un futuro escatológico, la analogía, encarnada en el corazón del monje. Tiempo circular donde no caben prisas, inquietudes ni sobresaltos.

El Císter rompió con la práctica habitual en el monacato cluniacense de recibir niños oblatos. No lo consideró oportuno para el tipo de monasterio que pensaba crear. Era una novedad y un riesgo. En los monasterios cistercienses ya no se enseñarían humanidades, ni habría maestros ni se cultivarían las letras. Quienes ingresarían en los monasterios serían hombres adultos, con un amplio pasado a sus espaldas, que buscaran un tipo de aprendizaje nuevo: el del «servicio del Señor» y la «escuela de caridad». Esto modificó enormemente la fisonomía de los monasterios blancos en relación a los cluniacenses.

Cuando San Bernardo acude a las escuelas de París y cosecha un rotundo fracaso en su primer encuentro, se da cuenta (¿se dio realmente cuenta?) de que estaba acostumbrado a tratar más con hombres adultos y caballeros curtidos que con estudiantes imberbes y bullangueros. En los primeros años del Císter, y en los primeros años de la actividad febril de San Bernardo, queda de manifiesto que el ideal cisterciense revestía un enorme atractivo y ejerció una poderosa influencia en muchos espíritus de la época.

El «nuevo monasterio» cisterciense dirige sus miradas a los hombres curtidos en mil batallas y los restituye en la comunidad. Aparta de sus mentes la individualidad en favor del grupo, pero los somete al poder y la autoridad en una estructura rígida y jerarquizada propia del ámbito castrense o militar. A partir del Císter, el grupo es el cuerpo que debe mantenerse vivo, no el individuo.

El Císter y el «nuevo» orden social y religioso. El Císter no puede entenderse sin conocer bien el contexto histórico y eclesial en que apareció el «nuevo monasterio». Apostó por la fidelidad a las reformas eclesiales que apoyaban también nuevas estructuras. Éstas se habían modificado. El movimiento, que las ajustaba a las innovaciones provocadas por el desarrollo social y económico de la naciente Europa,

se había precipitado en los años veinte del siglo XII —en el mismo momento en que la exhortación de Bernardo comenzaba a verse fuera de Claraval—. Todo ello ocurría bajo el pontificado de Calixto, un papa que desconocía la vida monacal. (Los papas anteriores habían sido monjes de Cluny o de importantes monasterios de la observancia cluniacense y, aunque también potenciaron la reforma eclesial, quizá favorecieron demasiado el desarrollo de los tentáculos de poder y dominio de los cluniacenses). Por vez primera en cincuenta años, el solio papal estaba ocupado por un pontífice ajeno al claustro.

De manera brusca, pero largamente preparada, el papado comenzó a rebajar la influencia de las congregaciones monásticas, y especialmente de las cluniacenses, en las que se había apoyado, como decimos, durante largo tiempo. Estos imperios benedictinos obstaculizaban, en efecto, el poder de los obispos e impedían en muchos casos la aplicación de las reformas impulsadas por Roma.

La nueva Iglesia que se reconstruía se apoyaba ahora en el episcopado. Las virtudes del monaquismo no eran en absoluto cuestionadas —y mucho menos las del monaquismo construido sobre la Regla de San Benito—, pero parecía esencial que, en cada diócesis, los monjes se mostrasen dispuestos a secundar los principios reformadores. Y los del Císter lo fueron: rechazaron los privilegios de la exención, de las escuelas y de la explotación de las parroquias rurales. Fue por esta razón por la que los obispos de Chalon, Langres y Autun habían favorecido los comienzos de la orden cisterciense, y Calixto II, cuando todavía no era arzobispo de Vienne, había solicitado a Esteban Harding —el tercer abad del Císter y uno de sus fundadores— que le enviara a su lado un equipo de esos buenos monjes suyos, discretos y recogidos. En la Iglesia, donde se ultimaba la reforma llamada gregoriana, el «nuevo monasterio» tenía ciertamente su sitio, moderado, pero necesario.

En este momento, cuando la evolución social permitió que el gobierno de la cultura sagrada pasara de manos cluniacenses a manos de los clérigos, toda la Iglesia, condescendiente, asistió a la construcción de las primeras abadías cistercienses (fig. 22). Esta condescendencia agradecida fue la causa de la expansión y de la autoridad moral de la orden cisterciense durante todo el siglo XII y la mayor parte del XIII.

Mientras los nobles, los caballeros y los clérigos cultos buscan su lugar en las emergentes ciudades —con sus escuelas universitarias y sus catedrales, sus palacios y sus cortes—, los cistercienses se sumergen en el universo de los bosques, de los trabajos, de la conversión a Dios y de la caridad.

El Císter (Cîteaux) es el primer monasterio que propone una «nueva» generación de monjes. Se establece como una nueva *polis*; una «ciudad nueva» y, en cuanto tal, opuesta a la «ciudad antigua», donde prevalecían las costumbres y prácticas mundanales.

«El ámbito del hombre nuevo y escuela de libertad y de paz es el claustro. El

claustro cisterciense, pues, es una pro-ciudad con todas las notas que integran su realidad: comedimiento, puntualidad, orden, trabajo, ocio. Su estructura es un *locus pacificus*. Císter es ciudad tradicional en cuanto que resume los estratos sociales de su circunstancia histórica. En Císter conviven los nobles, los habitantes de los claustros o monjes propiamente dichos, con los de baja condición, los colonos, esos hermanos conversos y mercenarios que trabajan en una parte separada del monasterio y en las granjas. Pero Císter es “ciudad nueva” en cuanto que su “nobleza” se reduce al máximo y se hace “pobre con Cristo pobre” —“*coeperunt ‘novi milites’ Christi cum paupere Christo pauperes*”—». (Cfr. *Pequeño Exordio del Císter*, XV, 4). Es el fuerte impacto del Císter en su circunstancia histórica, en su sociedad, terreno propicio para sus vigorosas raíces.

El Temple heredó del Císter toda una concepción teológica y mística de la cristiandad; pero también recibió del Oriente cristiano una gran riqueza, y del mundo musulmán asumió muchos valores que incorporó a su tradición.

LA CRUZ, LA ESPADA Y LOS NUEVOS IDEALES

La espiritualidad auténtica y genuina del Temple está en el tratado de San Bernardo (fig. 23) sobre la *Nueva milicia*. La Regla del Temple y los estatutos o normas que se fueron añadiendo no aportan nada nuevo en el orden ideológico: se trata únicamente de disposiciones disciplinarias y acomodaticias a los lugares y costumbres de las milicias particulares.

Cuando Hugo de Payns recurre a San Bernardo, no lo hace sin pensar; el Císter representaba entonces el argumento más seguro al que aferrarse para avalar y solventar una nueva aventura espiritual en la Iglesia. Y sus ideales, fundamentalmente tres, podrían asegurar el éxito a la nueva empresa:

La organización del Císter y sus monasterios presentaba un atractivo mayor que el meramente militar y logístico de las milicias de entonces. La estructura de gran unidad de la Orden y, a la vez, la sabia independencia de cada una de sus abadías procuraban la mínima centralización del poder y el deseado ámbito de libertad para un desarrollo y crecimiento acomodado a las necesidades de cada lugar.

En segundo lugar, la orden cisterciense contaba con una espiritualidad y una mística fundamentadas en la Biblia, en una antropología del crecimiento espiritual y del combate contra el mal muy acordes con los ideales de las cruzadas y de la defensa de la cristiandad. La interpretación mística y alegórica de las Escrituras había calado profundamente en los caballeros que partían para las cruzadas, los que estaban deseosos de hacerlo y en los que volvían de ellas.

En tercer lugar, la espiritualidad cisterciense no era en absoluto «evasiva», sino muy

enraizada en las experiencias y realidades del hombre medieval. El Temple pronto imitaría muchas notas de esta espiritualidad: los rituales de iniciación y emisión de votos, el gusto por la dimensión sobrenatural y mística de la vida humana y sus acciones, el amor a las virtudes heroicas y la exaltación de la muerte y el Más Allá.

No es una mera coincidencia que la Regla del Temple contenga los mismos capítulos que la Regla de San Benito. Y que estos capítulos sean breves y muy al caso de lo que se trata, tampoco. En la espiritualidad del Temple, los dos travesaños de la cruz están formados por la espada de la fe y los ideales de la vida monástica.

La Alabanza de la nueva milicia y la Regla. El primer escrito demuestra el interés del abad de Claraval por aquella «nueva milicia», que no está motivado sólo por los lazos de amistad personales con los Pobres Caballeros de Cristo. San Bernardo tenía también otras razones profundas para sentir simpatía y admiración hacia ellos, por la vida que habían elegido. No hay que olvidar que él mismo ingresó en el «nuevo monasterio» de Cîteaux o Císter, atraído por su rigor, y lo hace con tal entusiasmo contagioso, que arrastra a treinta compañeros, entre ellos, su propio padre, cinco hermanos y un tío materno.

Respecto a esa «nueva milicia» surgida en Jerusalén, Bernardo de Claraval la considera «nueva» porque no se corresponde con ninguna de las dos alternativas conocidas de milicias: la puramente secular, que se enfrenta «con las armas a un enemigo poderoso», según sus propias palabras, y la puramente espiritual, que presenta «batalla al mal y al demonio con la firmeza de la fe», que San Bernardo ve representada por los monjes.

El elemento distintivo de esa «nueva milicia» reside en la conjunción de ambos objetivos, «combatiendo a la vez en un doble frente, contra los hombres [contra la fuerza de los hombres] y contra las fuerzas del mal».

Del soldado de esta milicia, Bernardo dice que «ciñe la espada, valiente, y actúa noblemente en su lucha espiritual [...], que reviste su cuerpo con la armadura de acero, y su espíritu con la coraza de la fe, [...] es el verdadero héroe que puede luchar con seguridad en todo trance [...]; defendiéndose con esta doble armadura, no puede temer ni a los hombres ni a los demonios...».

San Bernardo alaba aquí realmente la excepcionalidad de la nueva milicia, consistente en la integración o yuxtaposición de lo religioso y lo temporal.

Nótese que a las expresiones tan corrientes en las epístolas de San Pablo, evocadoras de una «milicia espiritual» («coraza de la fe» o «de la justicia», «yelmo de la esperanza» o «de la salvación», «armadura de Dios», «escudo de la fe», «espada del espíritu»), siempre en sentido simbólico, San Bernardo agrega aquí la «armadura de acero», como referente de la lucha real por la vida en el mundo.

Por otra parte, ciertamente, esa «integración» o «yuxtaposición» del monje y del soldado expresa claramente la «novedad» que San Bernardo ve y admira en la «nueva

milicia», como dijimos al principio. Y en cuanto a la coexistencia de «la mansedumbre del monje con la intrepidez del soldado», puede considerarse perfectamente lógica dentro de esa integración y del «*ora et labora*» benedictino.

Es decir, San Bernardo ve a los caballeros templarios imbuidos de «celo del Templo», que es lo contrario de la desidia o el relajamiento; los considera convencidos de la indignidad de amparar intereses extraños en lo que debe ser, por encima de todo, casa de oración y de unión con Dios. Y convencidos también de que, frente a aquella profanación de los mercaderes del Templo, era «más indigna e intolerable la profanación del santuario por los actuales infieles». Hoy podría decirse exactamente lo mismo, pensando en la actual hipocresía y permisividad, y en los subterfugios tan propios de nuestra época, que, en nombre de la libertad, de los derechos humanos, etcétera, tratan de justificar lo injustificable.

En cuanto a la Regla de los templarios, comienza haciendo esta llamada: «Hablamos [...] a todos los que, por encima de su propia voluntad, y, con firme entereza, desean servir en la caballería [en la profesión de un caballero] al Rey Soberano [Cristo]. [...] Os amonestamos a los que habéis llevado secular caballería hasta hoy [a los que habéis vivido en el mundo y sólo del mundo, sin referencia alguna a Dios], cuya causa no ha sido Jesucristo, sino que la abrazasteis [la profesión de caballería] sólo por interés humano [por razones humanas, no os ha preocupado la causa de Jesucristo], que sigáis a los que Dios eligió de la masa de perdición y ordenó para la defensa de su Iglesia». Es decir, la Orden del Temple se dirige a quienes, estando preparados para prestar el servicio requerido, sentían la llamada a prestarlo «sirviendo al Rey Soberano» de forma comprometida. Es lógico suponer que el reclutamiento templario se llevaría a cabo principalmente entre los cruzados.

La Regla establece que el quehacer diario, el servicio, comienza con la oración y el culto divino. Tras la oración, dice, «nadie se espante de ir a la batalla». Y si lo exigen las circunstancias, se sustituyen las horas canónicas por un determinado número de veces de padrenuestros, a ser posible, también en comunidad, como el oficio divino.

Antes del ingreso, se le dice al pretendiente, entre otras cosas: «No debéis buscar la compañía de la Casa para tener señorío ni riqueza, ni para tener placer del cuerpo, ni honores, mas buscadla por tres cosas: una, para evitar y dejar el pecado de este mundo; otra, para hacer el servicio de Nuestro Señor; y la tercera, para ser pobre y hacer penitencia en este siglo para la salvación del alma. Tal ha de ser la intención por la que deseáis entrar».

LA PRUEBA Y LA DISPERSIÓN. LA HERENCIA

Corresponde a la Historia narrar las gestas del Temple, y son cada vez más numerosas

las publicaciones y las ponencias en congresos y seminarios que esclarecen la grandeza de esta gloriosa institución.

Capítulo aparte merecería el trágico final de los templarios, si bien es cierto que en ese punto debemos restringirnos más a la veracidad histórica fundamentada en la documentación descubierta hasta ahora y en la filosofía de la Historia, antes que ceder a las fabulaciones y leyendas.

La Orden del Temple tuvo que sufrir un final verdaderamente triste, a principios del siglo XIV, pues Felipe IV *el Hermoso* (1285-1314), rey de Francia, promovió en 1307 una gran persecución contra los templarios, acusándolos de falsedades, apostasías, crímenes y herejías (cincuenta caballeros fueron quemados vivos en París), y difundiendo las calumnias a otros países. (Felipe IV, por una parte, ambicionaba las riquezas de la Orden y, por otra, alimentaba secretos resentimientos contra ella, puesto que los templarios habían apoyado a Aragón, en Nápoles, contra el reino francés).

Aunque se celebraron algunos juicios en los que los templarios fueron declarados inocentes, Clemente V, presionado por el rey de Francia, suprimió la Orden con la bula expedida el 3 de abril de 1312. Poco después (2 de mayo), asignó los bienes de los monjes-soldados a los hospitalarios, a excepción de los que la Orden poseía en Aragón, Castilla y Portugal, a petición de sus reyes. Dos años después, el 19 de marzo de 1314, las dos más altas dignidades del Temple, el maestre Jacobo (Jacques) de Molay y el preceptor Godofredo de Charnay son quemados vivos en París. Un mes más tarde, el 20 de abril, muere el papa Clemente V y el 29 de noviembre del mismo año muere Felipe *el Hermoso* de Francia.

Como consecuencia de la supresión de la Orden, algunos caballeros templarios ingresaron en otras órdenes militares y muchos de ellos se acogieron al Císter.

El legado del Temple. Las órdenes militares se extendieron por toda la cristiandad, incluido su extremo occidental, en el que la España cristiana se consideraba en cruzada permanente con el islam desde siglos atrás.

En todas partes surgieron caballeros que se incorporaban a sus filas y los reyes cristianos acogieron con agrado a estas congregaciones.

Los templarios y los hospitalarios se establecieron en la península Ibérica hacia 1130, tanto en Aragón y Navarra (unidos entonces bajo el reinado de Alfonso I *el Batallador*, 1104-1134) como en Castilla y León (unidos bajo Alfonso VII *el Emperador*, 1126-1157, desde que murió su madre doña Urraca, que había estado casada en segundas nupcias precisamente con Alfonso I, habiendo sido éste, por tanto, rey consorte de Castilla y León hasta 1126), en el condado de Portugal (que en aquellos años era todavía feudatario de Castilla, puesto que no comenzó a ser reino independiente hasta 1144) y en Cataluña (siendo conde de Barcelona Ramón Berenguer III, 1096-1131, que, poco antes de morir, según Áurea Javierre, recibió el hábito de la Orden del Temple).

Desde su establecimiento en los reinos cristianos, estas órdenes recibieron numerosos privilegios y donaciones. La más memorable fue la de Alfonso *el Batallador*, que cedió a las Órdenes del Temple y de los Hospitalarios de San Juan sus reinos de Navarra y Aragón; en su testamento nombró también coheredera a la Orden del Santo Sepulcro, aún no establecida en España. Ello planteó un problema de sucesión a la muerte del rey (1134), puesto que sus súbditos no aceptaron estas cláusulas; los aragoneses ofrecieron la corona de Aragón a Ramiro II *el Monje* (1134-1137), hermano de Alfonso, al que la Santa Sede dispensó de sus votos monásticos; Ramiro se casó con doña Inés de Poitiers, de la que tuvo una hija (octubre de 1136), doña Petronila, que heredaría el trono, cedido como dote para su matrimonio con Ramón Berenguer IV (1131-1162) de Barcelona, que fue aceptado como príncipe de Aragón y rey efectivo desde 1137. Desde entonces permanecieron unidos los territorios de Aragón y Cataluña. Los navarros, por su parte, ofrecieron la corona de Navarra a García Ramírez *el Restaurador* (1134-1150), nieto de García I de Nájera (1035-1054).

Las órdenes militares cedieron sus derechos a Ramón Berenguer IV, gran protector de las milicias religiosas, y él mismo, parece que, a raíz de las negociaciones con la Orden del Santo Sepulcro, recibió el hábito de la misma y donó su primera casa matriz española en Calatayud.

La Orden del Santo Sepulcro fue introducida después en Castilla y León por Alfonso VII en 1155, quien, por su ayuda en la conquista de Extremadura, le concedió la fundación de un templo en Salamanca.

Las tres órdenes citadas (que podríamos agrupar como «originarias de Tierra Santa») colaboraron en la reconquista española, recibieron grandes donaciones y privilegios en todos los reinos cristianos de la Península y poseyeron numerosas encomiendas y prioratos.

La Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, o de Malta, es reconocida internacionalmente como soberana, pero sin territorialidad, manteniendo relaciones diplomáticas con numerosos Estados, entre ellos España, en la que subsiste como Asamblea de España de la Orden de Malta, y de ella dependen diversos establecimientos benéficos.

La del Santo Sepulcro, cuyo soberano gran maestro es el papa, subsiste también, en la actualidad, en España, con dos capítulos: uno, el de Castilla y León; y otro, el de Aragón, Cataluña y Baleares.

Con el patrimonio que tenía la Orden templaria en el reino de Valencia se creó en España la Orden de Montesa en 1317, y en Portugal se fundó la Orden de Cristo en 1320.

La retirada de los templarios de la villa de Calatrava (1157) fue el origen de la Orden de Calatrava, la más importante y antigua de las españolas, fundada en 1158 y aprobada por el papa Alejandro III en 1164. (Alfonso VII *el Emperador*, rey de

Castilla y León, había cedido la villa de Calatrava a los templarios en enero de 1147, recién conquistada, para que la defendiesen ante el empuje de los almohades).

Casi al mismo tiempo fueron aprobadas otras dos órdenes militares españolas: la de Santiago, sometida a la Regla de San Agustín, cuyos orígenes históricos se mezclan con la leyenda, «disputando a la de Calatrava la primacía incluso en la antigüedad del origen», según el magistrado Ángel Latorre Segura, discípulo del catedrático de Historia del Derecho y de Historia de las Instituciones Luis García de Valdeavellano (1904-1985), historiador vinculado desde joven a la escuela de medievalistas dirigida por Claudio Sánchez Albornoz y miembro del Centro de Estudios Históricos.

Santiago es la única orden española que además de ser militar era también hospitalaria; pues su finalidad no sólo era combatir al infiel, sino también proteger a los peregrinos que acudían al sepulcro del Apóstol. Fue aprobada por el papa Alejandro III en 1175.

La segunda congregación era la Orden de Alcántara (bajo el reinado de Fernando II de León, 1157-1188), vinculada al Císter, que se llamó Orden de San Julián de Pereiro hasta que, al conquistar Alfonso IX de León (1188-1230) la villa de Alcántara en 1212, se queda la Orden de Calatrava de guarnición en la plaza, y en el año 1218, el maestre de Calatrava, frey don Martín Fernández, la entregó al maestre de San Julián de Pereiro don Nuño Fernández, generalizándose a partir de entonces el nombre de Orden de Alcántara. Fue aprobada también por Alejandro III en 1177.

La cuarta orden militar española, la Orden de Montesa, fue fundada por el rey Jaime II de Aragón (1291-1327), para sustituir a la de los templarios. La nueva orden, también vinculada al Císter, fue aprobada en 1317 por el papa Juan XXII. En el año 1400 fue unificada con la de San Jorge de Alfama (existente desde 1201, fundada por Pedro II de Aragón, 1196-1213), denominándose a partir de entonces Orden de Santa María de Montesa y de San Jorge de Alfama, cuestión en la que intervino personalmente el papa Benedicto XIII.

La transformación de las órdenes militares. Los diez años que dura la guerra de Granada, hasta la entrada de los Reyes Católicos en su capital el 2 de enero de 1492, enmarcan las últimas gestas militares de las órdenes, en el papel que, como milicias armadas, desempeñaron en la Historia de España, en su lucha contra el islam, en la que habían participado todas ellas de forma directa, eficaz y heroica.

A partir de entonces, los Reyes Católicos acometen una reforma sustancial en los sistemas y tácticas de guerra, que da lugar al nacimiento de un ejército moderno: se reafirma la especial importancia de la artillería y de la infantería, se crea la administración y la sanidad militar, se atiende a los problemas logísticos, a la fabricación y adquisición de pólvoras y municiones, etcétera. La nueva concepción del Estado origina la aparición de un ejército único y profesional, quedando eliminadas las antiguas mesnadas de los reyes y de los grandes señores. Todo ello motiva el declive,

desde el punto de vista propiamente militar, de las órdenes como tales: habían aparecido los ejércitos nacionales. Poco a poco, el papel de las órdenes militares fue alejándose de la concepción específica de milicia de guerra, pero no de milicia de Cristo.

Comienza así una nueva época, en la que hay que consignar, como datos importantes para la concepción de las órdenes, la incorporación de los maestrazgos a la Corona en 1523 y la llamada «Bula del casar» de 1540, por la cual el papa Pablo III autorizó a los caballeros a contraer matrimonio.

A partir del siglo XVI, las órdenes militares redujeron su presencia bélica y política, pero no perdieron su vocación de servicio a la fe católica y se emplearon en las «armas» del espíritu, ahora desde distintos puestos sociales. Actualmente, los antiguos votos han sido sustituidos, en su mayor parte, por breves oraciones.

Las órdenes militares en la Médula Histórica Cisterciense y en la Biblioteca Cisterciense Española. El padre frey Roberto Muñiz (1739-1803) dedica varios volúmenes de su magna obra *Médula Histórica Cisterciense* (8 vols., Imprenta de Thomas de Santander, Valladolid, 1781-1791) a las órdenes militares, su historia y los personajes que destacaron en ellas.

Este cisterciense de la congregación de Castilla fue abad de los monasterios de Rioseco, Sacramentia y San Martín de Castañeda, examinador sinodal del arzobispado de Sevilla y confesor en el de Santa María la Real de las Huelgas, en Burgos.

En la *Biblioteca Cisterciense Española* (Joseph de Navas, Burgos, 1793), Muñiz reseña la vida y obras de excelentes caballeros de las órdenes militares de Alcántara, Avis, Calatrava, Christo y Montesa. Cabe reseñar la inmensa producción literaria de estos hombres, entre cuyas obras destacan no pocas del arte militar, de profunda cultura en diversos terrenos de las letras y de acendrada espiritualidad.

En los siglos XIX y XX, las órdenes militares españolas sufrieron también, como la Iglesia, distintas persecuciones que condujeron a la expoliación de sus bienes y derechos, y a otras graves dificultades que afectaron a su vida como comunidad religiosa, e incluso pusieron en peligro su existencia.

En 1875 se crea el Priorato de las Órdenes Militares, que tiene como consecuencia inmediata una modificación profunda de la atención pastoral a la comunidad religiosa que formaban, y que, en 1980, sería suprimido y sustituido por el nuevo obispado de Ciudad Real, que constituye una diócesis ordinaria, cuyo prelado conservará, «por razones históricas» y por disposición pontificia, el título honorífico de prior (capellán) de las órdenes militares, pero sin función pastoral asignada sobre ellas. El cargo de gran maestro lo ocupa actualmente S. M. el Rey Don Juan Carlos I de España y el de presidente del Real Consejo de las Órdenes Militares recae en SAR Don Carlos de Borbón y Dos Sicilias, duque de Calabria.

A partir de 1982 se reanuda el ingreso de nuevos caballeros en las órdenes militares

españolas, que desde 1931, por razones políticas, había tenido que interrumpirse.

No son pocos los intentos de restauración de la Orden del Temple que conocemos, algunos de ellos con innegable valor de autenticidad y deseo de seguir el espíritu de los caballeros templarios al servicio de la sociedad y de la cristiandad; otras iniciativas quizá se enmarcan más bien en deseos de un cierto restauracionismo político clasista. No faltan personas, sociedades y publicaciones que inciden sobre todo en lo folclórico, anecdótico y esotérico del Temple, según oportunidades y conveniencias de todo tipo. Pero para evitarlo se realizan estudios serios y documentados, para redescubrir la verdad de la Historia y hacer justicia a sus protagonistas. El lector avisado hará bien en dejarse orientar y aconsejar para no perder la dirección correcta.

CONCLUSIÓN

Los estudios sobre el Temple, al menos en Europa, gozan hoy de una excelente actualidad y profundidad, la suficiente para que haya una gran unanimidad entre estudiosos de altura y reconocida fiabilidad, y son las fuentes documentales del Temple lo suficientemente asequibles para llegar a un conocimiento auténtico y cabal de sus ideales y su historia.

La espiritualidad del Temple sigue atrayendo por su nobleza, porque la aventura histórica que desarrollaron y completaron merece un continuo reconocimiento y está en la base de la cultura que une a los pueblos de Europa y de la cristiandad de Occidente.

Es posible que los tiempos hayan cambiado, pero los ideales permanecen, y el hombre sigue siendo víctima de la guerra. Si es cierto que, según la previsión evangélica, «pobres y guerras habrá hasta el fin del mundo», es de esperar que no falten defensores y laboradores de la paz, defensores de la justicia y del entendimiento entre los pueblos como fueron los caballeros templarios.

FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL (Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, OCSO). *Sacerdote y monje cisterciense (trapense). Licenciado en Teología. Estudió Sociología religiosa en Madrid y en la Universidad de Buffalo (Estados Unidos). Durante varios años fue consejero del abad general de la OCSO en Roma. Desempeña desde hace años la dirección de la revista Cistercium, patrocinada por los Monasterios Cistercienses de la Estricta Observancia de España. Ha sido presidente de la Comisión para el IX Centenario del Císter (1998), codirector del Congreso Internacional sobre Mística Cisterciense, organizado por el Centro Internacional de Estudios Místicos y la Conferencia Regional Española*

Cisterciense. Ha impartido diversas conferencias y ha presentado trabajos en seminarios y cursos de verano. Entre sus artículos cabe destacar: «La expansión cisterciense en los siglos XII y XIII», «Monasterios de ayer, hoy y mañana: caminos de mística y contemplación», «Las Edades del Hombre: testigos. Arte para ver y sentir», «Nuevo libro sobre los cistercienses», «Del primer espíritu de la Orden de Císter», «Estudio bibliográfico sobre Thomas Merton», etcétera. También ha organizado los Encuentros Thomas Merton en España (Viaceli 2000 y Cardeña 2002). Ha publicado varios trabajos sobre Thomas Merton, monje trapense, poeta y gran pensador espiritual y humanista norteamericano, y ha traducido al español algunas de sus obras, como Diario de Asia (en colaboración con Fernando Beltrán Llavador), Sobrevivir o profetizar. Correspondencia entre Thomas Merton y Jean Leclercq o Vivir con sabiduría.

CAPÍTULO XI

Los guardianes de Tierra Santa.

El esoterismo templario

ÁNGEL ALMAZÁN DE GRACIA

ESOTERISMO E INICIACIÓN. CONCEPTOS METAFÍSICOS

Mucho se ha escrito acerca de estos dos términos. Las consideraciones más profundas y esenciales han sido expuestas por René Guénon (1886-1951), que podría considerarse el último gran metafísico de Occidente. A lo expuesto en su prolífica obra escrita nos atenderemos en este capítulo y a sus libros remitimos a todos los lectores interesados en ahondar sobre los temas que aquí, forzosamente, quedarán muy brevemente resumidos.

En las tradiciones —que en Occidente calificamos indiscriminadamente como grandes religiones— existe una enseñanza oral esotérica que se da a conocer gradualmente a una elite espiritual de iniciados, y hay una doctrina escrita «exotérica», en la que se incluye una legislación, que es pública y para todos. Algunos ejemplos servirán para entenderlo: en China, el confucionismo es exotérico y la doctrina interior es el taoísmo; en el judaísmo, su esoterismo se ha expresado a través de la *Kabbalah*, mientras que el islam lo ha hecho por medio del sufismo sunní y de la gnosis chií.

Aunque esoterismo y exoterismo parezcan aspectos doctrinales opuestos, son complementarios; ahora bien, el esoterismo es el elemento «principal» (lo que le otorga su razón de ser o principio) del exoterismo, de tal forma que podríamos decir que el esoterismo es el espíritu, la doctrina exotérica es el alma y su ley exterior y Derecho canónico es el cuerpo, en correspondencia analógica respectivamente con los «tres mundos»: Cielo, atmósfera y Tierra. Tal complementación entre esoterismo y exoterismo se plasma, entre los auténticos iniciados, en un cumplimiento fiel de los deberes religiosos y de sus ritos, sobre los cuales se apoyan para el desarrollo gradual de la vía iniciática, durante la cual se les transmite una enseñanza tradicional. Obviamente, el mismo rito no tiene el mismo efecto para un iniciado que para un creyente exotérico y esto se debe a que el iniciado, por formar parte de una cofradía-hermandad-cadena iniciática (*silsila*, en árabe), ha sido impregnado por una bendición o influencia espiritual (*baraka*, en el esoterismo islámico) de origen divino, por así decirlo; esta influencia espiritual es fundamental en toda iniciación.

Por otra parte, los iniciados tienen, además, ritos propios, distintos a los religiosos,

que tienen como objetivo poner al ser humano en contacto directo o indirecto «con algo que sobrepasa su individualidad y que pertenece a otros estados de existencia», efectuándose tal intermediación, habitualmente, a través de «modalidades sutiles del individuo, modalidades a las que, la mayor parte de los hombres, son incapaces en la actualidad de transferir al centro de su conciencia».

«Los ritos —matiza Guénon— son en esencia, y sobre todo, el vehículo de la influencia espiritual, que sin ellos no puede ser transmitida de ninguna manera, pero al mismo tiempo, al tener un carácter simbólico en todos los elementos que lo constituyen, comportan, necesariamente también, una enseñanza en sí mismos, ya que los símbolos son el único lenguaje que conviene en realidad a la expresión de las verdades de orden iniciático. Asimismo, de forma inversa, los símbolos son esencialmente un medio de enseñanza, y no sólo de enseñanza exterior, sino también de algo más, en tanto que ellos deben servir, sobre todo, de soporte en la meditación, que es como mínimo el comienzo de un trabajo interior; pero estos mismos símbolos, en tanto que elementos de ritos y en razón de su carácter no-humano (al provenir de estados superiores al de la existencia humana), son también soportes de la misma influencia espiritual. Por otra parte, si se considera que el trabajo interior será ineficaz sin la acción o, si se prefiere, sin la colaboración de esta influencia espiritual, podría comprenderse entonces que la meditación sobre los símbolos toma, en ciertas condiciones, el carácter de verdadero rito, y de un rito que no sólo confiere la iniciación virtual, sino que permite alcanzar un grado más o menos avanzado de iniciación efectiva».

El estado humano, desde el punto de vista del esoterismo tradicional, no es más que uno de los tantos estados múltiples del ser y se sitúa en los grados de la «existencia» en el lugar que le ha sido asignado por su misma naturaleza, sin que dicha posición le otorgue superioridad o inferioridad respecto a los otros estados particulares. Conviene aclarar que, según Guénon, esa multiplicidad de estados del ser no hace referencia a una multiplicidad numérica o meramente cuantitativa, sino que se refiere a un orden verdaderamente trascendente o universal que es una multitud indefinida y, como tal, aplicable a todos los dominios que constituyen los grados de la «existencia». En consecuencia, si se define el ser, en un sentido universal, esto es, como el principio mismo de la manifestación, debe decirse con Guénon que el «ser» no es infinito, puesto que no coincide con la «posibilidad total». Más allá del «ser» está todo lo demás, esto es, todas las posibilidades de la «no manifestación», lo que, a falta de mejor nombre, Guénon indica que puede llamarse «no ser». El «ser» contiene todas las posibilidades de la manifestación y el «no ser», aquellas que no han sido manifestadas. Este conjunto del «ser» y el «no ser» es idéntico a la «posibilidad universal». El «ser» equivale al aspecto cualificado de la Divinidad, mientras que el «no ser» corresponde al aspecto sin cualidades; estas nociones en el hinduismo se designan como *Brahma Saguna* y *Brahma Ninguna*, respectivamente. El «ser» equivale al aspecto cualificado de la

Divinidad porque es la forma que tiene de poder salir de la «no dualidad», del estado «indiferenciado», «sin cualidades», hacia la «existencia», «lo existente». Como dice Guénon, el «ser» no es sino «una determinación en tanto que principio de la manifestación universal y en relación con ésta... Es la más alta de las relatividades, la primera de todas las determinaciones».

Aclaremos, antes de seguir, que esta terminología es una manera muy imperfecta de tratar de hacer inteligible lo que es inefable e inexpresable, y que esta aparente «trinidad» («ser», «no ser» y «posibilidad universal») es una «tri-unidad», pues la única realidad es el Principio Absoluto. Podría decirse que el «despliegue» de este Principio Absoluto hacia la manifestación —sin que le mengüe ni acreciente la serie gradual de «emanaciones»— pasa primero por el «no ser» (lo «no manifestado» que es «no dual»; es el «vacío» del taoísmo) y después por el «ser» (que es «unidad»).

En la «unidad» está contenida la multiplicidad, de ella deriva, lo cual era expresado de forma analógica por la numerología esotérica pitagórica en la producción de los números sumando al 1 inicial otro 1, y otro 1, y otro 1... y así indefinidamente. Es «unidad» en cuanto que es «principio» de la existencia misma antes de «existir», o como dice Guénon, «como lo que encierra en sí todas las posibilidades de manifestación, tanto esencialmente como sustancialmente», por lo que se puede entonces decir con propiedad que el «ser» es uno y que es «la Unidad misma», como ya lo indica el dicho escolástico: *Esse et Unum convertuntur* (El «Ser» y el «Uno» se identifican).

Una vez constituido el «ser», una serie de dualidades complementarias en escalonadas esencias y sustancias (principios activos y pasivos, masculinos y femeninos, yang y yin, etcétera) van generando las realidades formales, manifestaciones o criaturas, una de las cuales es el estado humano. El término «emanaciones» en verdad es un término equívoco, porque da la impresión de que «lo que emana», «lo que surge», «lo que se despliega» es una parte individual, independiente, cuando no es así. En el neoplatonismo se utiliza el término «emanación», y a través de toda la filosofía neoplatónica y la escolástica medieval — en la que influyó notablemente— se ha afianzado tal término. Lo que viene a expresar el término «emanaciones» es, en «lenguaje humano» que resulte algo inteligible, el proceso por el que el Principio Supremo «llega» al estado del ser que llamamos hombre-mujer, persona humana. [El neoplatonismo, fundado en el siglo III de nuestra era por Ammonio Saccas, se presentó como un importante rival del cristianismo ya que implicaba un planteamiento esencialmente espiritual. Su discípulo más conocido y principal exponente de la doctrina fue Plotino (205-270)].

Guénon, partiendo de la interpretación sufi del simbolismo de la cruz, explicó, mediante analogías, la multiplicidad de los estados del ser, la jerarquización de los mismos y los llamados «pequeños y grandes misterios» de la vía iniciática en su

expansión indefinida horizontal y vertical. Cada línea horizontal que podamos cruzar al eje vertical de la cruz puede verse como un estado del ser; aunque más apropiado sería considerar esa línea como un plano, puesto que cada estado del ser tiene virtualmente indefinidas posibilidades de desarrollo. Estas posibilidades, a través de la iniciación, son susceptibles de lograrse en vida a medida que se va acercando uno a su centro, el «corazón de su ser». En la doctrina tradicional, el «corazón» es el verdadero asiento de la inteligencia, siendo el cerebro sólo un instrumento de realización. «El corazón era la única víscera que los egipcios dejaban en el interior de la momia, como centro necesario al cuerpo para la eternidad (todo centro es símbolo de la eternidad, dado que el tiempo es el movimiento externo de la rueda de las cosas y, en medio, se halla el «motor inmóvil» según Aristóteles)». (Cfr. Juan Eduardo Cirlot: *Diccionario de símbolos*. Labor, Barcelona, 1991). Este centro o «corazón» coincide con cada uno de los puntos jerarquizados del eje central, que es un «rayo» del «ser», no distinto esencialmente al del «no ser» y que es también y al mismo tiempo un «rayo» del Principio Absoluto. (El «rayo» es en muchas culturas símbolo o expresión de la suprema potencia creadora, súbita e instantánea muestra de la poderosa actividad de la «divinidad oculta»: es la imagen del Logos —vida y luz, palabra y pensamiento— hiriendo las tinieblas). Este «rayo», al que podemos llamar *atman*, espíritu, «sí mismo», intelecto (en el sentido esotérico del término), y que, a través de la serie gradual de «emanaciones» o «descensos» hasta los mundos de la manifestación, va impregnando reflejos suyos cada vez más «alejados» del Principio. Lo que llamamos mente es uno de esos reflejos; ahí se asienta el ego, precisamente; en el estado humano, el ego es el reflejo más lejano de la esencia espiritual.

Por tanto, el objetivo primero de la iniciación es retornar al centro del estado de ser humano recobrando el «estado paradisiaco» primordial, y, desde allí ascender por el Árbol de la Vida, por el Eje del Mundo, hasta el «Ser de seres» (Dios) y, después, a lo «no manifestado» (la Divinidad), desde donde se sigue ascendiendo como «Hombre Universal» o «Perfecto» hasta alcanzar la «Liberación» mediante la «Identidad Suprema» con Lo Divino: el Principio Absoluto. Por eso, la tradición hindú dice que Dios se halla en el centro, allí donde los radios de una rueda se juntan con el eje. La primera etapa de la iniciación es la meta de los «pequeños misterios», y la segunda es la finalidad de los «grandes misterios».

El Principio Supremo o Absoluto (Lo Divino) engloba al «no ser» (la Divinidad) que engloba al «ser» (Dios), el cual engloba a los «mundos-existencia» universal, en uno de los cuales se encuentra el estado humano. Por eso, en la *shahada* islámica se dice: no hay otro Dios sino Lo Divino (Alá). En verdad no hay distinción real entre Lo Divino, la Divinidad y Dios, pero de algún modo hay que expresar, en vocablos, en palabras humanas, ese proceso desde Lo Divino —sobre lo cual no se puede decir en qué consiste pues todas las propiedades que tenga se escapan al entendimiento,

comprensión y lenguaje humano— a una «escala menor» que sería el «no ser» en estado «indiferenciado» y «sin cualidades» (sin determinaciones posibles, en la «no dualidad», el «cero metafísico») aglutinando al mismo tiempo al «ser» en tanto en cuanto todavía no se ha «manifestado» en la «existencia universal» (los universos); y cómo desde el «ser», que es la «unidad», a partir de su «principio esencial» surge el «principio sustancial» y de la conjunción de ambos surge todo lo existente: «mundos-universos-existencia universal». Y dentro de uno de estos «mundos-universos-existencia universal» está el hombre.

En palabras de Guénon: «El objetivo final por alcanzar siempre es la realización del Hombre Universal, mediante la perfecta comunión de la totalidad de los estados, armónica y adecuadamente jerarquizados, dilatados de forma integral en cuanto a amplitud y a exaltación, es decir, a la vez en expansión horizontal de las modalidades de cada estado y en la superposición vertical de los diferentes estados, según la figuración geométrica de la cruz».

El camino de la iniciación es un camino de renuncia a lo mundano, de desapego a los resultados que deriven de las acciones del iniciado, las cuales han de realizarse en conformidad a las enseñanzas tradicionales y alejadas de sentimentalismos de todo tipo; es un camino en el que hay que ir matando al ego y a las tendencias inferiores del componente sutil o psíquico-anímico del estado humano, a la par que se va traspasando el centro de la conciencia desde la mente-razón a la intuición espiritual, del cerebro al «corazón».

Y todo ello se realiza a través de un método iniciático que es distinto, sustancialmente, en cada hermandad o *silsila* de iniciados pero que, esencialmente, es el mismo en todas ellas. En este método, no solamente los ritos propiamente iniciáticos, sino también los ritos religiosos tradicionales como hemos dicho, desempeñan un papel importante al ser vivificados por la influencia espiritual, baraka, de cada comunidad iniciática, en la que participa individualmente cada iniciado; la influencia espiritual desciende por el «eje de los estados múltiples del ser» hasta irrigar el «corazón espiritual» del individuo, desde donde irradia merced a los ritos, meditaciones, símbolos y otros elementos iniciáticos.

Conclusión: la persona humana está vinculada, por «arriba» y por «abajo», con indefinidos estados del ser que van como girando en torno a un eje inamovible que le une directamente con el «ser» y, más allá, con el Principio Absoluto. El punto de enlace o intersección entre el plano de la espiral con el eje es el centro de ese estado del ser, que ha sido simbolizado especialmente por el corazón en todas las tradiciones, y el retorno consciente hacia el Principio Absoluto es, en el esoterismo, el culmen de la realización iniciática.

Quede claro, eso sí, que los ritos religiosos tradicionales y los iniciáticos son de orden esencialmente diferente, y que los primeros únicamente producen un resultado

supraindividual cuando son realizados por iniciados. Hay que distinguir entre los puntos de vista religioso y esotérico-iniciático, relacionados en algunos aspectos pero que no deben confundirse ni mezclarse, dado que corresponden a dominios distintos. «Cuanto es religioso, comprendido en ello el misticismo, toca a las posibilidades individuales, en la extensión indefinida de las que son susceptibles, y no va más allá. Asimismo, la perspectiva religiosa está por necesidad relacionada con determinadas contingencias históricas, mientras que el punto de vista metafísico está referido exclusivamente al “orden principal”», aclara Guénon.

TRADICIÓN PRIMORDIAL Y TIERRAS SANTAS

Los textos de las grandes tradiciones exponen una antropogonía opuesta al evolucionismo darwinista y posdarwinista. La Humanidad era perfecta en su inicio, en el Paraíso, en su «estado primordial», y a medida que se fue alejando del mismo —y por consiguiente del centro espiritual interior («sí mismo»)—, fue perdiendo la gnosis (el conocimiento metafísico y sus aplicaciones cosmológicas y humanas). Paralelamente, las indefinidas posibilidades del ser en su estado de existencia humana, que estaban actualizadas en el Paraíso, se han ido reduciendo hasta alcanzar el estado actual en que se encuentra sumergida la Humanidad, en el que todo lo vinculado con la materia ha alcanzado grados de desarrollo inmensos a través de la técnica y ciencias profanas, mientras que espiritualmente los occidentales nos hallamos actualmente en una desacralización general.

En el *Zohar*, escrito en torno a 1270 en Guadalajara, el cabalista o esotérico judío Moisés de León se refería al «estado primordial» y a su pérdida en estos términos:

«El hombre, hasta que pecó, estaba dotado de la sabiduría de iluminación celestial y ni por un instante abandonó el Árbol de la Vida. Pero cuando fue seducido por su deseo de conocer lo que había abajo, lo siguió hasta que se separó del Árbol de la Vida, y conoció el mal y renegó del bien; de ahí que la Escritura dice “pues no eres un Dios que se place en la maldad, el mal no permanecerá contigo” (Salmos 5, 5). Quien se arrastra tras del mal no puede morar con el Árbol de la Vida. Antes de haber pecado, la pareja humana acostumbraba a oír una voz de arriba y estaba dotada con la sabiduría más elevada; permanecían erectos con radiación celestial, y no conocían el miedo».

Pues bien, el «Paraíso en la Tierra», como reflejo del «Paraíso Celeste», es considerado por el esoterismo como el «Centro Espiritual Supremo», la «Tierra Santa Primordial», que se ha ocultado a los ojos de la casi plena totalidad de la Humanidad,

y a la que no se puede acceder «ni por mar ni por tierra», aunque retornará, cual Jerusalén Celeste, al final del actual ciclo o eón humano. Por analogía simbólica, todo «centro espiritual secundario» que desciende iniciáticamente del «Centro Supremo» se considera también como Tierra Santa. Al respecto, René Guénon, señaló lo siguiente: «Del testimonio concordante de todas las tradiciones se desprende claramente una conclusión: la afirmación de que existe una Tierra Santa por excelencia, prototipo de las demás Tierras Santas, centro espiritual al cual los demás centros están subordinados. La Tierra Santa es también la Tierra de los Santos, la Tierra de los Bienaventurados, la Tierra de los Vivos o la Tierra de la Inmortalidad; todas estas expresiones son equivalentes, y hay que añadirle aún la de Tierra Pura, que Platón aplica precisamente a “la estancia de los Bienaventurados”. Se sitúa habitualmente esta morada en un “mundo invisible”; pero, si se quiere entender de lo que se trata, no hay que olvidar que es igual que las “jerarquías espirituales”, de las que también hablan las tradiciones y que representan en realidad grados de iniciación. En el período actual de nuestro ciclo terrestre, es decir, en el *Kali-Yuga*, esta Tierra Santa defendida por “guardianes” que la ocultan a miradas profanas asegurando, sin embargo, ciertas relaciones exteriores, en efecto, es invisible, inaccesible, pero sólo para quienes no poseen las cualidades requeridas para entrar allí».

La Tradición Primordial, llamada *Philosophia Perennis* por A. K. Coomaraswamy, es el manantial de la sabiduría del que fluyen todos los centros espirituales o iniciáticos, bien directamente, bien indirectamente, puesto que hay centros iniciáticos que derivan regularmente de otro centro iniciático por filiación directa.

Esa sabiduría va adaptándose a cada pueblo y período prehistórico e histórico tanto en su formulación exotérica (religiosa) como en la esotérica (metafísica), siendo complementarias ambas formulaciones siempre que el espíritu siga vivificando la letra y su sentido interior no sea rechazado y separado de su manifestación externa, es decir, siempre que se siga la vía media, sin caer en ninguno de sus extremismos (literalismos y ocultismos). En el ámbito humano, el espíritu se apoya en el cuerpo y éste tiene su fundamento en el alma, la cual es una especie de emanación psíquica del espíritu; el alma recibe a su vez influencia de lo corpóreo-material al encontrarse en una posición intermedia entre los dos polos del estado humano (espíritu y cuerpo). Esto la convierte en el principal campo de batalla en el combate espiritual del retorno al estado primordial. Este esfuerzo espiritual contra los enemigos interiores se llama en el islam *yihad akbar* («gran esfuerzo», mal traducido habitualmente como «gran guerra santa»), distinguiéndose del *yihad as asgar* («pequeño esfuerzo» de la lucha con enemigos exteriores), tal como señala un *hadiz* (relato tradicional profético) en el que el Profeta, Mahoma (Muhammad), al regresar de una batalla les dijo a sus musulimes: «Vinimos del Pequeño Esfuerzo y ahora vamos hacia el Gran Esfuerzo».

LA GÉNESIS ESOTÉRICA DEL CRISTIANISMO Y SU CONVERSIÓN EN RELIGIÓN EXOTÉRICA

Los templarios, tanto en Tierra Santa como en España, pudieron conocer de primera mano el exoterismo y esoterismo islámico. Este último solamente interesaría a la elite iniciática del Temple. El texto del Corán debió de sorprender mucho a los templarios, como sigue sorprendiendo a cualquier cristiano, católicos incluidos, que dedican un tiempo a su lectura. En él descubren que el islam dice ser la culminación de la Revelación Divina entre los pueblos del Libro, es decir, hebreos, árabes, sabeanos-mandeanos y cristianos; Muhammad o Mahoma sería el «Sello de la Profecía», el último de los profetas, y también el último legislador sacro. Los templarios escucharían perplejos que, según el Corán, Jesús se considera un gran profeta, nacido de María, a la que los musulmanes también tienen por Virgen, pero que no murió en la cruz. (En su lugar fue crucificada otra persona que, por un milagro de Alá, se parecía físicamente a Jesús, especialmente en el rostro).

Por su parte, la elite iniciática del Temple, en contacto con sufíes suníes y gnósticos chiíes, pudo conocer interpretaciones esotéricas sobre el Jesús del que habla el Corán, y seguramente fue informada acerca de algunas consideraciones que tiene el esoterismo islámico sobre los orígenes del cristianismo. Tal secreto fue bien guardado por la elite templaria y no ha sido dado a conocer públicamente en Occidente hasta que escribiera sobre ello René Guénon hacia el final de su vida, en 1949. René Guénon sabía lo que decía, puesto que se había islamizado en 1912, siendo su nombre islámico Abdul Wahid Yahia (Juan, el servidor del Único). Guénon formó parte, desde entonces, de la *tariqah shadhiliya*, fundada en el siglo VII de la Hégira por el jeque Abdul Hasan ash Shadili (fallecido en 1258), que fue discípulo de Abd al Salam Ibn Mashish (muerto en 1228), quien a su vez había sido discípulo directo de Abu Madyan Shuayb, nacido en 1126 en las cercanías de Sevilla, y que emigró siendo niño a Marruecos, donde fue discípulo de maestros, cuya filiación espiritual era en parte oriental (Ibn Arabí lo llamaba su maestro y «portavoz de este camino espiritual en Occidente»). Por tanto, René Guénon forma parte de esta *silsila* o cadena iniciática en la que se han traspasado conocimientos que, como hemos descrito, pueden remontarse, cuando menos, hasta el andalusí Abu Madyan, fallecido en Argelia en 1198.

Intentaremos resumir lo dicho por Guénon respecto a los orígenes del cristianismo, según la tradición islámica. «Todo lo que toca a los orígenes del cristianismo y a sus primeros tiempos está, desgraciadamente, envuelto en muchas oscuridades», asevera Guénon. Tal es así que sólo puede explicarse si se considera que fue expresamente deseado que así aconteciera. Actualmente es una religión o tradición exotérica, pero, por lo que se conoce de su doctrina y ritos iniciales, el cristianismo primitivo surgió más bien como una vía iniciática en el seno de una hermandad o cofradía, de ahí que no

precisara de ninguna legislación ni derecho canónico propio, puesto que su ámbito de actuación era esotérico y no exotérico. Por tanto, la primitiva comunidad cristiana debió configurarse como «una organización cerrada o reservada, en la que no todos eran admitidos indistintamente, sino solamente los que poseyeran las cualificaciones necesarias para recibir válidamente la iniciación bajo la forma que se puede llamar “crística”».

Destaca Guénon que, excepcionalmente, la tradición cristiana carece de lengua sagrada, entendiendo ésta como aquella en la que se formulan sus Escrituras Sagradas y permanece siempre en tal lengua, lo que asegura la inmutabilidad de su texto, puesto que las traducciones siempre son aproximadas, varían de un idioma a otro, y en el proceso se pierden los diversos sentidos o referencias esotéricas de los distintos niveles hermenéuticos que tiene la lengua sagrada, la cual, a su vez, pasa a ser automáticamente lengua litúrgica de dicha tradición. La tradición cristiana, originariamente, fue oral hasta que surgieron los evangelios canónicos, escritos en griego.

Otra rareza del cristianismo es que carezca de una legislación propia, en contra de lo que sucede con el judaísmo, hinduismo e islam, por ejemplo; de tal forma, que tuvo que acomodar a sus necesidades el Derecho Romano, con añadidos que no se fundamentan siquiera en las Sagradas Escrituras.

La influencia espiritual —adscrita en la terminología cristiana al Espíritu Santo— es, en esencia, trascendente y supraindividual, pero con efectividad en el ámbito sutil y corporal (lo que posibilita la realización de milagros, por ejemplo). En ese cristianismo primitivo, la iniciación otorgaba tal influencia espiritual, si bien después podía canalizarse, por decirlo de algún modo, a través de los sacramentos; mas una vez convertido el cristianismo en una religión exotérica, la efectividad esotérica de los rituales iniciáticos realizados a través de los sacramentos es inexistente y se ha restringido a lo que es propio del dominio religioso y exotérico, o sea, «limitados a ciertas posibilidades de orden exclusivamente individual (no supraindividual), teniendo como fin la Salvación». Los sacramentos carecen hoy de carácter iniciático alguno, pues son ritos puramente exotéricos, y, además, son públicos en vez de privados o reservados sólo a quienes están igualmente iniciados.

En la época en la que surgió el cristianismo, en los territorios del Imperio Romano, la tradición grecorromana se encontraba agonizando debido a su extrema degeneración —a excepción de los círculos iniciáticos—, y el descenso del cristianismo al dominio exotérico fue providencial, «pues evitó a Occidente caer desde esa época en un estado que hubiese sido comparable al que se encuentra actualmente». O sea: que llevó a cabo un «enderezamiento», pero a costa de renunciar a su carácter esotérico. La adopción simbólica de las llaves y la barca de Jano como atributos de San Pedro, la asunción por éste del título imperial de *pontifex maximus* y el establecimiento papal en Roma

reflejan una regularidad tradicional. Esta acomodación ya quedó manifestada, por ejemplo, en el episodio evangélico de los tres Reyes Magos de Oriente, mostrando su respeto y obsequiándole con regalos, es decir, barakas (influencias espirituales). En cuanto a la tradición céltica, lo más probable es que fuera adaptada inicialmente por la denominada Iglesia culdea, reflejándose después algunos de sus elementos en el ciclo literario griálico-cristiano.

Dicha transformación de organización iniciática a Iglesia exotérica se sancionó, durante el reinado de Constantino, en el Concilio de Nicea, que inauguró «la era de las formulaciones dogmáticas, destinadas a constituir una presentación puramente exotérica de la doctrina». No obstante, y pese a tal configuración religiosa en los dogmas —que dificultaba y dificulta la penetración de su sentido más profundo—, no se cerraron las puertas a un desarrollo esotérico cristiano, iniciático, dado que «permaneció aún la posibilidad de que subsistiese en su interior una iniciación específicamente cristiana para la elite que no podía atenerse al punto de vista del exoterismo y encerrarse en las limitaciones que le son inherentes». Tales gérmenes o posibilidades latentes para una revivificación o un nuevo florecimiento, con sus símbolos y ritos, llevada a cabo por personas cualificadas que reciban la influencia espiritual de iniciados de una tradición esotérica viva es posible aún en nuestros días, aunque muy difícil dadas las condiciones actuales.

Tal cambio, esencial y de naturaleza, en el cristianismo «explica perfectamente que todo lo que lo había precedido haya sido voluntariamente cubierto de oscuridad [...], recubierto con un velo impenetrable». Esta transformación originó una incapacidad exotérica para la comprensión esotérica de los Evangelios y el resto del Nuevo Testamento, así como del Antiguo Testamento: se conservó la letra, su literalidad religiosa, pero sin percepción de su sentido esotérico-iniciático, cual acontece con los dogmas de fe.

El esoterismo cristiano medieval, en lo que concierne a la etapa histórica de la existencia de la Orden del Temple, se aglutinó en torno al hermetismo. El ámbito iniciático hermético se limitaba a los «pequeños misterios» y los iniciados pudieron realizar ritos con los sacramentos, siendo éstos el soporte para el trabajo iniciático en sí. De modo que los sacramentos —la eucaristía, por ejemplo— no tendrían únicamente una aplicación exotérica, lo que podría explicar la relevancia que tiene en el ciclo literario griálico medieval. Tal utilización de los sacramentos funcionaba esotéricamente si los sujetos habían sido iniciados de manera regular, pues sin tal iniciación «todo lo que sobrepase el nivel ordinario no puede acabar sino en exoterismo religioso», misticismo incluido.

Estas declaraciones que Guénon dio a conocer públicamente dos años antes de fallecer son congruentes con el punto de vista del esoterismo islámico, tanto para el sufismo (*tasawwuf*) como para la gnosis chií (*irfan*), toda vez que, para ambas

corrientes espirituales islámicas, el cristianismo fue una suerte de *tasawwuf* o vía iniciática de la tradición mosaica. Por eso Jesús se considera el *Jatim Al Wilaya* (Sello de la Santidad). (A propósito de esto, es necesario señalar que la palabra *wilaya* significa también «amistad»). El *wali* (amigo) es el íntimo o confidente de Alá, y por ende, es el elegido, el iniciado. *Wilaya* es tanto «santidad» como «amistad» o «iniciación». Respecto al significado del término *wilaya* o *wilayah*, puede leerse un desarrollo bastante completo en un trabajo de Luis A. Vittor, un islamólogo argentino, especializado en el esoterismo islámico y muy especialmente en la gnosis chií, quien, en su artículo «El islam chií: ¿ortodoxia o heterodoxia?», hace estas precisiones: «Si nos atenemos, como lo hizo Mutahhari en una síntesis formidable sobre este tema y de obligada referencia, al término técnico *walayah* (primacía, guía, señorío) y a vocablos afines en relación con la autoridad espiritual y el poder temporal, advertimos que este repertorio terminológico tiene una significación muy precisa en el pensamiento chií, que está en relación con la idea de un gobierno unificado. *Wila'*, *walayah*, *wilayah*, *wali* o *mawla* son formas nominales del sustantivo verbal de la raíz trilitera W-L-Y (*waw-lam-ya*), que tiene el significado primario de “estar cerca”, de donde procede “ponerse al frente de”, y de ella también derivan respectivamente los significados de “gobierno” y “gobernador”, en la acepción temporal y política de los términos, y de “guía”, “conductor”, “primado”, en el sentido espiritual. La misma raíz da lugar a toda una serie de vocablos que denotan poder temporal y autoridad espiritual, es decir, cercanía al centro (*wasat*) de la soberanía. Y la palabra árabe *wasat* (centro) ha dado lugar a una amplia gama de términos que indican “mediación” o “intercesión” (*tawassul*). Otros términos que nos son familiares y que proceden de la raíz trilitera W-L-Y son *wali* o *uali* y *mawla* o *maula*. *Wali* significa “amigo”, “íntimo”, “próximo” y, respecto de los imames, significa “santidad” y, por extensión, “cercanía” espiritual al centro divino. En tanto que el participio pasivo *mawla* o *maula* significa, entre otras cosas, “aquél a quien se debe clientela”, y de aquí, con mayor frecuencia, “patrón”, “señor”, “protector”, “tutor”, “amo”, “dueño”, “maestro”, etcétera. En el chiismo, *mawlana* o *maulana* (nuestro señor) se utiliza para dirigirse al Profeta y a los imames y, en el sufismo, se emplea para referirse a los grandes maestros espirituales como Rumi o Ibn Arabí».

Según se desprende de lo que señala Guénon, parece ser que el cristianismo original nunca pretendió convertirse en un movimiento religioso distinto del judaísmo, sino que surgió como una restauración perfeccionante de la antigua tradición mosaica, como señalara Jesús al decir: «Yo no he venido a cambiar una iota de la Ley, sino a hacerla cumplir». Cumplir la Ley, esto es, perfeccionar la Ley externa de los «sepulcros blanqueados» por la revelación inspirada de la Ley interior. Precisamente, para Pablo de Tarso, es más importante ajustarse a esta Ley interior que a la Ley externa, porque la antigua ley ha sido derogada por la nueva. Este distanciamiento de la Ley externa

respecto a la Ley interior supuso una ruptura entre la religión exotérica, la vía legal, y la religión esotérica, la vía espiritual. Esta situación obligó a los primeros cristianos a adaptar esta Ley interior a una Ley externa, de origen no semítico, gentil o pagana, pero igualmente tradicional. Así que la transformación del cristianismo en una religión exotérica es producto de una ruptura de Pablo con la autoridad temporal y espiritual del cristianismo primitivo: Santiago, el hermano del Señor. Todo ello sumado a la necesidad de predicar la «buena nueva» a la mentalidad de los paganos o gentiles, obligará al cristianismo a adaptarse a nuevas condiciones socioculturales y, por ende, a una nueva norma o ley: la romana.

Dada esta situación, entonces, Pablo será objeto de toda clase de impugnaciones por parte de los judeocristianos. Por ejemplo, los ebionitas, quienes le llamarán «mentiroso», «fabulador», «inventor», «torcedor de la Verdad» o «innovador», como puede leerse en el conocido tratado *Adversus Paulus*. ¿Quiénes eran los ebionitas? La palabra hebrea *ebionim* significa «pobres». Poco es lo que se sabe sobre los ebionitas, salvo que eran mirados con recelo por los cristianos conversos, esto es, no judíos, debido a su insistencia en guardar la Ley de Moisés y circuncidarse, aunque no sacrificaban. Guardaban el sábado como los judíos y observaban escrupulosamente todos los deberes religiosos judíos, pero el domingo observaban prácticas parecidas a las cristianas en memoria de la resurrección del Salvador. Insistían en alejarse del aspecto formal de la Ley, atendiendo más a su contenido moral, mientras que Pablo consideraba abrogada la Ley mosaica, la Ley externa, por la revelación de una nueva Ley, una Ley interior, espiritual. Con todo, consideraban al apóstol Pablo como un apóstata y un traidor al judaísmo, debido a sus enseñanzas acerca de que los gentiles no debían circuncidarse ni guardar la Ley. Respecto a Jesús, lo consideraban hijo de José y María, pero no divino, aunque sí superior a los ángeles, y que su título de Hijo de Dios le vino como adopción en el momento de ser bautizado, perdiéndolo en el momento de la crucifixión. También creían que se habían de rechazar definitivamente las epístolas del apóstol Pablo y hacían uso exclusivo del llamado *Evangelio de los Hebreos*, ignorando los demás.

Los pocos fragmentos conservados del *Evangelio de los Hebreos* no traslucen un vínculo doctrinal con alguno de los evangelios canónicos. Resalta el respeto hacia la autoridad espiritual de Santiago por haber sido el primer testigo de las apariciones del Resucitado y la autoridad más respetada del círculo íntimo de Jesús. Además, se conoce el llamado *Evangelio de los Ebionitas*, un texto compuesto en griego. Está emparentado con el *Evangelio de Mateo*, aunque con divergencias esenciales, por ejemplo, la supresión de los capítulos 1 y 2, lo cual se explica porque los ebionitas negaban el nacimiento virginal de Jesús. Según su propia cristología, la filiación divina de Jesús no radica en su generación divina ni en su nacimiento milagroso, sino en la unión del Espíritu Santo con Él en el bautismo. La unión del Ser celeste con el hombre

Jesús lo hace Hijo de Dios, Mesías.

EL TEMPLO COMO GUARDIÁN DE TIERRA SANTA

Cada tradición ortodoxa —conforme a la doctrina metafísica y cosmológica proveniente del Centro Espiritual Supremo, cuyo origen es el Verbo divino—, tiene una sede rectora de la que emana su autoridad espiritual y su poder temporal (fig. 24). Esta sede tiene diversas denominaciones, las más comunes son: «Corazón del Mundo», «Centro del Mundo» y «Tierra Santa». Los centros espirituales secundarios reflejan sus funciones y estructura jerárquica, y adoptan también tales denominaciones.

En lo que respecta al esoterismo-exoterismo judío y cristiano, la principal Tierra Santa es el territorio antaño conocido como Palestina, cuyo corazón es Jerusalén. Para el islam, Jerusalén es un centro espiritual secundario, siendo llamada Madinat Al Quds (la Ciudad Santa), pues la alquibla u orientación geográfica y espiritual hacia la cual dirigen sus rezos y súplicas diarias los musulmanes es la Kaaba, que adopta para la *shiah* una sacralidad que se potencia por el hecho de que allí nació Seyyidna Ali Ibn Abi Talib, su primer imam (fue el único ser humano nacido en la Kaaba); inicialmente, Jerusalén fue la primera alquibla de los musulmanes, pero luego, por orden de Alá, el Profeta se orientó hacia La Meca.

«Como es arriba es abajo», dice una máxima hermética de la Tabla Esmeralda. La jerarquización de los estados múltiples del ser y las correspondencias cosmológicas con sus principios metafísicos, originan una red de redes de simbolizaciones entre el Macrocosmos (universo) y el Microcosmos (hombre) que se expresa, en algunos arquetipos, a modo de círculos concéntricos. Dice el *Zohar*:

«Dios creó el cuerpo del hombre a imagen del mundo superior. La fuerza y el vigor irradian del centro del cuerpo, donde está el corazón, que nutre todos los miembros. Y el corazón se une con el cerebro, que está en la parte superior del cuerpo. El mundo, que es también un cuerpo, fue formado de la misma manera. Cuando Dios creó el mundo, Él puso las aguas del océano alrededor de la tierra. Y en el corazón del mundo habitado, Dios puso Jerusalén. Y en el corazón de Jerusalén, la Santa Montaña. La montaña encierra la sede del sanedrín, en el corazón de la cual está el templo. En el corazón del templo está el Santo de los Santos, donde permanece la *Sekhina* [la presencia efectiva de Dios]. Y ésta es el corazón del mundo».

Así pues, el Templo de Salomón del monte Moria, en Jerusalén, es un centro espiritual porque en su interior se depositó el Arca de la Alianza, flanqueada entre dos querubines, en la que se asentó la *Sekhina* divina. Sin ésta, el Arca de la Alianza no

era más que un objeto ritual; según la Biblia, el Arca fue escondida por el profeta Jeremías en el monte Nebo, donde debe seguir oculta si nos atenemos a los escritos bíblicos. Obviamente, la *Sekhina* o presencia de Dios abandonó el Arca de la Alianza y Jerusalén antes de que Jeremías la sacase del *Santa Sanctorum* del Templo de Salomón para que no cayera en manos sacrílegas.

En cuanto al islam, Jerusalén y las tierras que la rodean, citadas por la Tora o Pentateuco, son consideradas igualmente como una Tierra Santa, siendo su corazón la roca cimera del monte Moria, sobre la que se edificó el Templo de Salomón en los tiempos bíblicos, y en torno a la cual, el segundo califa, Omar Ibn Al Jattab, tras conquistar la Ciudad Santa en el año 638, ordenó construir un pequeño santuario de madera que sería reemplazado por la actual Qubbat As Sajra (Cúpula de la Roca) (fig. 25) por mandato del califa omeya Abd al Malik (685-705).

Como señalé en el libro *Esoterismo templario* (Sotabur, Soria, 2003), para los musulmanes, Qubbat As Sajra es sagrada porque desde ella ascendió Mahoma (Muhammad) hasta llegar a dos palmos de la Faz de Alá montando sobre un extraño corcel blanco, *al Burak*, y acompañado por el ángel Gabriel. La ascensión de Mahoma por los siete cielos, y más allá, hasta un arco de la Faz de Alá y su retorno posterior a Qubbat As Sajra es para el esoterismo sufí el modelo arquetípico de la más alta iniciación. Esa ascensión simboliza un viaje desde el «estado primordial» hasta el «Ser de seres» (Dios), su paso por el «no ser» (la Divinidad) hasta llegar a un arco de Lo Divino como Hombre Universal o Perfecto (*Al Insanul Kamil*). El viaje o ascensión iniciática de Mahoma ha servido de prototipo en la descripción literaria del desarrollo de los «grandes misterios», empezando por el murciano Ibn Arabí, el *Sheik al Akbar* (Maestro de los maestros del sufismo) en obras como *El Árbol del Universo* y *Las iluminaciones de La Meca* tras una serie de vivencias metafísicas acaecidas a partir de 1198, según Claude Addas.

En la planta baja de la Cúpula de la Roca, según tradiciones islámicas, estuvieron los oratorios de Abraham, Isaac, Jacob y David —profetas muy honrados por los musulmanes—, que, a tenor de lo que indican algunas tradiciones, acudieron a orar a esta cripta natural antes y después de la construcción islámica del santuario. Además, un piso más abajo, hay una caverna en la que, siempre según la tradición, se reúnen los domingos y los lunes las almas de todos los musulmanes fallecidos para rezar y recitar sus súplicas a Alá.

El andariego Domingo Badía —alias, Alí Bey—, en su obra *Peregrino a La Meca*, describió en 1814 su estancia en Jerusalén, y se hacía eco de las creencias islámicas sobre este enclave:

«Creen los musulmanes que Qubbat As Sajra es el lugar donde son más agradables a la divinidad las oraciones de los hombres, después de la Casa de Dios en La Meca.

Por esta razón han ido a orar allí todos los profetas, desde la creación del mundo hasta el profeta Muhammad y aún ahora los profetas y ángeles concurren en tropas invisibles a hacer sus oraciones sobre las rocas, sin contar la guardia ordinaria de setenta mil ángeles que la rodean perpetuamente y se relevan cada día».

Las arcadas que hay justo antes de entrar en la Cúpula de la Roca, llamadas *marwazins* (balanzas), simbolizan las que se utilizarán el día del Juicio Final cuando sean pesadas allí mismo las obras buenas y malas de cada hombre, una vez que se efectúe la resurrección en el valle de Josafat, el cual se encuentra debajo del monte Moria. Domingo Badía recoge, además, la tradición islámica del puente de Sirat: «Más cortante que la hoja de un sable y sobre el cual pasarán los fieles creyentes con la rapidez del rayo, para entrar en el Paraíso, al tiempo que los infieles que se arriesguen a pasarlo caerán en el profundo abismo del infierno, debajo del puente invisible Sirat», que se encuentra en un borde de la explanada del Templo. Por otra parte, en una zona del pavimento septentrional del interior de la Cúpula de la Roca existe un «cuadrado de mármol verde a ondas muy hermoso, de unas quince pulgadas en cuadrado, asegurado con cuatro o cinco clavos dorados que, según dicen, es la puerta del Paraíso».

Así que estas y otras tradiciones son las que se encontraron los templarios al establecer su sede en la mezquita de Al Aqsa, que se encuentra en un lateral de la explanada del Templo, y cuando se convirtieron en los custodios o guardianes de Qubbat As Sajra, llamada a la sazón Templo de Salomón. Y por tal función, la hermandad fue llamada Orden del Temple, esto es, Orden del Templo, puesto que la palabra francesa *temple* significa ‘templo’ en castellano. En algunos sellos del Temple aparece representada esquemáticamente Qubbat As Sajra con la inscripción «*Templum Domini*» (Templo del Señor) en sus bordes. Dos testimonios hispánicos remiten a este origen concreto: son la profesión de templario firmada en 1131 por Ramón Berenguer III, en la que leemos: «*Sanctae Militae Hyerosolimitanae Templo Salomonis*», y el testamento firmado en 1131 por el rey Alfonso I *el Batallador* por el que donaba su reino a la Orden del Santo Sepulcro, Hospitalarios de San Juan y al «Templo de Salomón» (Orden del Temple). Así pues, los templarios eran los custodios del *Templum Domini*, del *Templo Salomonis*, alzado sobre la piedra fundamental de la que se originó el mundo para los cabalistas, que cobijó a la *Shekina* divina, y Tierra Santa islámica por cuanto sirvió de punto de partida y retorno de la ascensión de Mahoma, el Profeta, por los siete cielos y más allá, hasta encontrarse con la Faz de Alá.

Jerusalén es triple Tierra Santa y triple Centro Espiritual para cada una de las tres grandes ramas tradicionales que nacen del gran tronco abrahámico, enlazado con la Tradición Primordial al recibir Abraham la baraka (bendición o influencia espiritual) de Melquisedec, el representante del soberano del Centro Supremo Espiritual de quien

emana toda autoridad espiritual y poder temporal para la Humanidad, según el esoterismo. San Pablo, prototipo del gnóstico cristiano, dejó escrito lo que sigue:

«Este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote de Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando él volvía de derrotar a los reyes, que le bendijo, y a quien Abraham dio el diezmo de todo el botín; que es primeramente según el significado de su nombre, Rey de Justicia, luego Rey de Salem, es decir, Rey de Paz; que no tiene ni padre ni madre, sin genealogía, que no tuvo ni principio ni fin de su vida, pero que se ha hecho así semejante al Hijo de Dios; este Melquisedec permanece sacerdote a perpetuidad».

Quizás Guénon tuvo presente estas consideraciones, u otras similares, para sustentar su afirmación respecto a que la Orden del Temple, como guardián de Tierra Santa, sirvió de cobertura exterior al Centro Supremo Espiritual cuyo soberano y gran sacerdote, *Chakravarti* o «monarca universal», tuvo también para la cristiandad medieval, como cobertura o representante, al misterioso preste Juan. Esta noción del monarca universal reaparecerá en el chiismo duodecimano, bajo la figura del «imam oculto», Seyyidna Al Mahdi, quien, además de ser el depositario de la *Walayah* es, asimismo, el intérprete autorizado de la *Sharia*, la Ley islámica, función que ejerce en su calidad de administrador del legado profético. A propósito de esto, Luis A. Vittor aclara: «La *Walayah* implica ciertas facultades jurídicas y políticas, toda vez que el imam, como dijimos, es quien ejerce, además del magisterio espiritual y la guía esotérica de la *Walayah* (iniciación), la función jurídica de administrador de la *Sharia*, interpretando cabalmente su formalismo legal y aplicando legítimamente la justicia en su calidad de “monarca perfecto”, en tanto que reúne en sí mismo la autoridad espiritual y el poder temporal. El monarca (del griego *monos*, uno solo, y *arjé*, mando, principio) es el soberano supremo, único y universal, y no meramente un rey, *malik*, ya que el rey administra solamente las funciones temporales de gobierno, mientras que el monarca es quien gobierna según una monarquía de derecho divino, instaurada desde lo Alto, o sea, por mandato de Dios y no por elección de los hombres [...]. Con arreglo a lo que acabamos de afirmar, se puede ya comprender por qué en el chiismo, la autoridad soberana del imam Al Mahdi tiene una función esencialmente ordenadora y reguladora, eminentemente restauradora, que es propia e intransferible de quien, debido a la posición central que ocupa efectivamente, más allá de la distinción de los poderes espiritual y temporal, se convierte en el intercesor entre este mundo y los mundos superiores; y el carácter de intercesor, en el verdadero sentido de la palabra, pertenece realmente, y por excelencia, al Sello del Ciclo de la Iniciación y es, por lo tanto, referible al Centro (*Wasat*). El Centro del cual se trata es el punto fijo que todas las tradiciones están conformes en designar simbólicamente como el Polo (*Qutb*), toda

vez que es a su alrededor por donde se efectúa la rotación del mundo, representada generalmente por el símbolo de la rueda, cuyo significado más visible es el dominio absoluto sobre el orden temporal, y es por ello que el imam Al Mahdi recibe los títulos mayestáticos de Sahib az Zama (Señor de la Época o Dueño del Ciclo), Arkan (Pilar, Sostenedor o Piedra Fundamental del Libro), Al Qacim (Restaurador), Al Muntazar (El Esperado), Al Huyyat (La Prueba) y también Al Qutb (Polo Espiritual de la Época). El título de Sahib az Zaman, tomado en su significación más elevada, más completa y rigurosa, a la vez, se aplica con propiedad a Al Mahdi, en virtud de su papel de legislador primordial y universal, quien formula la ley apropiada a las condiciones de nuestro ciclo de existencia y dirige su movimiento sin participar él mismo de un modo visible, manteniéndose al mismo tiempo presente y oculto en el mundo, lo mismo que en la noción del “motor inmóvil” de Aristóteles». El «motor inmóvil» al que se refiere Aristóteles es una simbolización que, como todas las que aluden al «centro místico», intenta dar al hombre el sentido del «estado paradisíaco» primordial y enseñarle a identificarse con el Principio Supremo. Este centro es lo que Dante denominará «L'Amor que muove il sole e l'altre stelle» (Cfr. René Guénon: *L'Ésotérisme de Dante*. Charles Bosse, París, 1925).

A la luz de lo que acaba de señalar Luis A. Vittor en las líneas precedentes puede comprenderse mejor por qué afirmamos que en el esoterismo chií la noción del «monarca universal» está referida al imam oculto, Seyyidna Al Mahdi, en tanto que el «polo espiritual» de este ciclo ocupa el lugar central, poniendo en movimiento a toda la Creación mientras él mismo permanece inmóvil.

Más adelante, asiente Vittor: «Se puede comprender asimismo, en relación con estas consideraciones, por qué el imam Al Mahdi, lo mismo que el *Çakravarti* (del sánscrito, “aquel que hace girar la rueda”) o monarca universal de la tradición hindú y budista, el Wang o rey-pontífice del taoísmo o el Melki-Tsedeq o rey-sacerdote o rey de justicia y de paz de la tradición abrahámica tienen por atributos fundamentales la Justicia y la Paz, que no son otra cosa que las formas revestidas de sus funciones espirituales que, por un esfuerzo de unidad cósmica, se identifican con el equilibrio y la armonía terrestres. A la luz de estos conceptos, podemos afirmar que la concepción chií de la *Walayah*, la autoridad espiritual y el poder temporal del imam, es un equivalente islámico de todas estas nociones tradicionales de Oriente y, también, de la idea occidental helenística y helenístico-cristiana del Panbasileus, el rey absoluto, que era el señor de un imperio único y universal. Considerado especialmente en su calidad de albacea de la sabiduría profética o intelecto primero, Al Mahdi es, al mismo tiempo, el arquetipo del hombre, el visible y el invisible, el primero y el último, el alfa y la omega».

Todas estas nociones son fundamentales para comprender a qué nos referimos al hablar de Tierra Santa y, más precisamente, al hablar de los templarios como

«guardianes» de Tierra Santa. La noción de Tierra Santa es siempre una alusión al «Centro Espiritual Oculto». Llegados a este punto, entonces, cabría preguntarse: ¿y en qué consistía tal función del Temple como guardián de Tierra Santa, esto es, del Centro Espiritual y de la Tradición esotérica por él custodiada? Guénon ha esclarecido tal cuestión. En primer lugar, advierte que hay que distinguir «entre los mantenedores de la Tradición, cuya función es la de conservarla y transmitirla, y los que reciben solamente de ella, en mayor o menor grado, una comunicación y, podríamos decir, una participación». En esta diversificación de funciones, «los “guardianes” están en el límite del centro espiritual, tomado en su sentido más lato, o en el último recinto, aquel por el cual el centro está a la vez separado del “mundo exterior” y en relación con él. Por consiguiente, estos “guardianes” tienen una doble función: por una parte, son propiamente los defensores de la Tierra Santa, en el sentido de que vedan el acceso a quienes no poseen las cualificaciones requeridas para penetrar, y constituyen lo que hemos llamado su “cobertura externa”, es decir, la ocultan a las miradas profanas; por otra parte, aseguran también así ciertas relaciones regulares con el exterior».

Tal función la desempeñan los guerreros, una elite caballeresca, pero el Temple era también una orden monacal, religiosa, «y así debía ser si pertenecían, como tenemos buenas razones para creerlo, a los “guardianes” del Centro Supremo, donde la autoridad espiritual y el poder temporal se reúnen en su principio común, y que comunica la marca de esta reunión a todo cuanto le está directamente vinculado», afirma Guénon, permitiéndonos comprender mejor todavía todo aquello que ha referido Luis A. Vittor sobre la *walaya* como expresión de la doble autoridad del imam, a la vez, temporal y espiritual.

Podría decirse que la segunda misión de los guardianes del Centro Supremo consistiría en asegurar «ciertas relaciones exteriores y sobre todo, agregaremos, en mantener el vínculo entre la Tradición Primordial y las tradiciones secundarias derivadas». Por tanto, en cada forma tradicional debe existir alguna o varias organizaciones guerreras y religiosas al mismo tiempo y entre cuyos componentes tiene que haber «hombres conscientes de lo que está más allá de todas las formas, vale decir, de la doctrina única que es la fuente y esencia de todas las otras, y que no es otra que la Tradición Primordial».

«En el mundo de tradición judeocristiana, tal organización debía, naturalmente, tomar por símbolo el Templo de Salomón; éste, por lo demás, habiendo dejado de existir materialmente desde hacía mucho, no podría tener entonces sino una significación puramente ideal, como imagen del Centro Supremo, tal cual lo es todo centro espiritual subordinado; y la etimología misma del nombre Jerusalén indica con harta claridad que no es sino una imagen visible de la misteriosa Salem de Melquisedec. Si tal fue el carácter de los templarios, para desempeñar el papel que les estaba asignado, y que concernía a una determinada tradición, la de Occidente, debían

permanecer vinculados exteriormente con la forma de esta tradición; pero, a la vez, la conciencia interior de la verdadera unidad doctrinal debía hacerlos capaces de comunicar con los representantes de las otras tradiciones: esto explica sus relaciones con ciertas organizaciones orientales, y sobre todo, como es natural, con aquellas que en otras partes desempeñaban un papel similar al de ellos», concluye Guénon.

ESOTERISMO TEMPLARIO

¿En qué consistió el esoterismo templario, sobre el que tantas conjeturas se han hecho y tantas adscripciones ocultistas y pseudoiniciáticas se han escrito? Convendría recordar, antes de exponer una conclusión, que la iniciación concierne a una elite espiritual y que existen diversas fases de la iniciación, cada una de ellas con sus grados espirituales correspondientes, de modo que ni siquiera dentro de una organización iniciática todos sus miembros comparten el mismo nivel de conocimiento y la consiguiente asunción efectiva y transformadora en su interior. Ello quiere decir que la inmensa mayoría de los miles de templarios que tuvo la Orden del Temple no fueron ni siquiera iniciados virtuales, y que seguramente ni siquiera lo fueron sus grandes maestros, con alguna excepción posiblemente.

«En el seno de una misma organización —aclara Guénon— puede existir, de alguna manera, una doble jerarquía, y esto más especialmente en el caso en que los jefes aparentes no son conscientes de la unión a un centro espiritual; podrá haber entonces, fuera de la jerarquía visible, otra invisible en la que los miembros, sin desempeñar ninguna función oficial, serán sin embargo quienes asegurarán realmente, por su sola presencia, el lazo de unión efectiva con ese centro. Estos representantes de los centros espirituales, en las organizaciones relativamente exteriores (como lo fue, sin duda alguna, el Temple por ser guardián de Tierra Santa), no tienen por qué darse a conocer como tales, y ellos pueden tomar la apariencia que convenga mejor a la acción de presencia que deben ejercer, aunque sea como simples miembros de la organización si han de jugar un papel fijo y permanente».

Tal función, relativamente exterior, como guardianes de Tierra Santa, la tuvieron igualmente en Oriente Próximo los ismailitas nizaríes del Viejo de la Montaña, los famosos «asesinos», así como los drusos, con los que el Temple estableció algunos tratados de colaboración y a los que combatió en otros momentos.

«A propósito de esto, debemos llamar la atención sobre el hecho de que, incluso si algunas de estas organizaciones, entre las más exteriores, se encontrasen a veces en oposición entre ellas, esto no impediría la unidad de dirección si existiese en realidad, porque la dirección en cuestión está más allá de dicha oposición, y no en el ámbito en donde ésta se afirme. Hay, en suma, algo comparable a los papeles interpretados por

diferentes actores en una misma obra de teatro, y que, incluso cuando ellos se oponen, no repercute en la marcha del conjunto: cada organización desempeña el papel para el que está destinada dentro de un plan superior a ella; y esto puede extenderse también en el ámbito exotérico, donde, en tales condiciones, los elementos que luchan unos contra otros no dejan de obedecer, aunque sea inconsciente o involuntariamente, a una dirección única de la que incluso ni se sospeche su existencia», recalca Guénon.

Es necesario señalar que la enseñanza iniciática tradicional es oral y recurre a los símbolos y a los ritos. No hallaremos, por tanto, textos templarios iniciáticos, e ignoramos plenamente los ritos propios que utilizó esa elite templaria, aunque podemos deducir que, dado que el Temple se creó en un entorno cristiano, sus iniciados participarían en los ritos monacales establecidos en sus reglas canónicas, entre los cuales se encontraban la celebración de los sacramentos (vivificados esotéricamente para tales iniciados debido a la influencia espiritual o baraka en la que estaban inmersos). Asimismo echarían mano de símbolos vinculados a la tradición cristiana, aparte de otros distintos que harían referencia al esoterismo universal, pues no hay que olvidar, como señala Guénon, que toda organización iniciática tiene entre sus objetivos «tomando como punto de apoyo una cierta forma tradicional [en el caso del Temple, el cristianismo], el permitir el paso más allá de esta forma y de elevarse así desde la diversidad hacia la unidad [la Tradición Primordial]».

Por tanto, cabe colegir que el esoterismo cristiano fue el punto de partida del círculo iniciático de la Orden del Temple, puesto que el exoterismo templario es cristiano y la Orden fue instituida como Milicia de Cristo, como la definiera San Bernardo de Claraval en su *Loa a la nueva milicia* del Temple. Y es precisamente la figura de San Bernardo (1090-1153) la que hay que considerar, muy especialmente, para intentar desentrañar las características de dicho esoterismo cristiano, para lo cual nos resultará nuevamente fiable la opinión de René Guénon, quien escribió un ensayo monográfico sobre el revitalizador de la Orden del Císter y protector del Temple. Guénon viene a decir, leyendo entre líneas, que San Bernardo fue la mayor autoridad espiritual esotérica cristiana. Fue además árbitro en las disputas entre el Imperio y el Papado, como igualmente desempeñó tal función para dirimir otros roces existentes entre diversos representantes del poder temporal con el Papado, además de los originados internamente en el seno de la Iglesia católica. En el ámbito político «se puede decir que la conducta de Bernardo estuvo siempre determinada por las mismas intenciones: defender el derecho, combatir la injusticia y, quizás por encima de todo, mantener la unidad en el mundo cristiano», señala Guénon.

En lo que respecta al esoterismo, Guénon destaca su devoción a la Virgen, sus meditaciones sobre el Cantar de los Cantares y la contemplación de las cosas divinas bajo el aspecto del amor (el grito de guerra del Temple era: «¡Vive Dios, Santo Amor!»). Igualmente, subraya el hecho de que San Bernardo fuese caballero por su

linaje, carácter que subordinó al de monje. Asimismo destaca su santidad, además de que sea considerado como el último de los Padres de la Iglesia, «y en quien algunos quieren ver, no sin razón, el prototipo de Galahad, el caballero ideal y sin tacha, el héroe victorioso de la demanda del Santo Grial».

Respecto a su marianismo, Guénon escribe: «Le gustaba dar a la Santa Virgen el título de *Nôtre-Dame* (Nuestra Señora), cuyo uso se generalizó en esta época y, sin duda, en gran parte gracias a su influencia. Bernardo era, como se ha dicho, un verdadero “caballero de María” y la miraba como a su “dama”, en el sentido caballeresco del término». Cabe reseñar, al respecto, la gran devoción mariana existente en el Temple y la declaración de un templario respecto a que María era la razón de ser de la Orden.

Por nuestra parte queremos llamar la atención sobre el respeto que tenía San Bernardo por San Pablo —que se había formado en círculos gnósticos judíos y griegos—, al que calificaba como apóstol y de quien decía que su sabiduría era «no-humana» (suponemos que la adquirió en el rapto al «tercer cielo», donde se encontró con Cristo). El «Doctor Melifluo», San Bernardo, cita constantemente a San Pablo, y muy significativamente al inicio del primer sermón de sus comentarios al Cantar de los Cantares:

«A vosotros, hermanos, deben exponerse otras cosas que a los mundanos, o al menos, de distinta manera. A ellos debe ofrecérseles leche y no comida, el que en su magisterio quiera atenerse al modelo del Apóstol. Pero también enseña con su ejemplo a presentar alimentos más sólidos para los espirituales, cuando dice: “Hablamos no con el lenguaje del saber humano, sino con el que enseña el Espíritu, explicando temas espirituales a los hombres de espíritu”. E igualmente: “Con los perfectos exponemos un saber escondido”, como pienso que ya sois vosotros sin duda. A no ser que os hayáis entregado en vano durante tanto tiempo a la búsqueda de las cosas espirituales, dominando vuestros sentidos y meditando día y noche la ley de Dios. Abrid la boca no para beber leche, sino para masticar pan. Salomón nos ofrece un pan magnífico y muy sabroso por cierto: me refiero al libro titulado “Cantar de los Cantares”. Si os place, pongámoslo sobre la mesa y partámoslo».

El esoterismo cristiano medieval bebía igualmente de las obras neoplatónicas cristianas de Dionisio Areopagita, los textos atribuidos a San Juan (Evangelio y Apocalipsis), así como del hermetismo; esoterismo este último que, a través de los sabeos de Harran —secta gnóstica que existía en los primeros siglos del islam—, fue trasladado por el islam a Occidente, especialmente, teniendo como puente a Al Ándalus. Igualmente habría que añadir una tradición céltica cristianizada a través de los culdeos, puesta de manifiesto, por ejemplo, en una serie de romances griálicos. Por

otro lado, no es extraño que conocieran en Palestina, u otros lugares, algunos de los evangelios apócrifos y gnósticos, de los que sabrían distinguir y separar el grano de la paja, lo realmente esotérico-ortodoxo de lo pseudoesotérico-heterodoxo.

Ahora bien, el círculo iniciático templario mantuvo contactos con algunos representantes cualificados del esoterismo nizarí de los chiíes septimanos del Viejo de la Montaña, cuyo centro espiritual fue Alamut, de quienes probablemente tomaron algunos elementos exotéricos (vestimenta, por ejemplo) y de organización jerárquica interior para adaptarlos al uso cristiano. (Véase capítulo XIII: «Los templarios y la secta de los asesinos»). Luis A. Vittor indica que el ismailismo «tiene una doctrina que es en muchos aspectos receptora de la tradición de los sabeos de Harran (quienes no deben confundirse con los sabeanos o mandeanos del sur de Irak y Persia), que, como se sabe, fueron depositarios de las doctrinas hermética y neopitagórica, las cuales combinan con elementos de la taumaturgia y la gnosis hindúes». Asimismo, añadiremos que los ismailitas nizaríes apreciaban el platonismo y el neoplatonismo, y recogieron lo que quedaba de la tradición iraní.

Por otra parte, los esoteristas templarios debieron de tener en sus manos los cincuenta y dos tomos de las exotéricas y esotéricas *Epístolas* o *Enciclopedia* del grupo iniciático ismailí del siglo x, denominado Hermanos de la Sinceridad o de la Pureza, enciclopedia que difundió Maslama Al Majriti (el Madrileño) en Al Ándalus hacia 1065, y que, como destaqué en *Esoterismo templario*, influyó especialmente en las cofradías de constructores de origen musulmán, tan presentes en el románico español —algunos drusos pasarían a formar parte de las cofradías protegidas por el Temple, por cierto—.

No es probable que el esoterismo judío, la *Kabbalah*, ejerciera una influencia en el Temple, en contra de lo manifestado por diversos autores, entre ellos, Juan García Atienza. Ello se debe a una cuestión cronológica, puesto que la *Kabbalah* resurge en la Edad Media casi en el último tercio del siglo XIII, arrancando con el *Zohar*, escrito, como se ha dicho, en torno a 1270 en Guadalajara. Esta vivificación del esoterismo judío surgió, tal y como reconoce incluso el místico judío Gerschom Scholem (1897-1982), debido a la influencia de la *Ciencia de las Letras (Ilmul Huruf)* del esoterismo islámico, tan presente, asimismo, en las *Rasail Ijwan As Safa (Epístolas de los Hermanos de la Sinceridad)*.

Por tanto, a falta de documentos iniciáticos templarios, será necesario convenir que el esoterismo templario hay que enmarcarlo en las tradiciones que se han expuesto y tratar de localizar su huella en los símbolos templarios y en la iconología de aquellas iglesias y encomiendas que, sin el menor margen de duda, hayan sido construidas bajo el auspicio directo de la Orden del Temple.

ÁNGEL ALMAZÁN DE GRACIA (Soria, 1958). Periodista, editor y escritor, es miembro del Centro de Estudios Sorianos (adscrito al Centro Superior de Investigaciones Científicas) y de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA. Es autor de doce libros publicados por la editorial Sotabur, entre los que destacan Los códigos templarios de Río Lobos, los custodios del Grial (1997); Guía templaria soriana y el enigma de Río Lobos (1999); Esoterismo templario (2003), Claves masónicas de los maestros constructores (2005) y Templarios, sanjuanistas y calatravos en Soria (2005). Como ensayista ha publicado numerosos artículos sobre esoterismo y el Temple, algunos de los cuales pueden leerse en www.soriaymas.com, web de la que es director y en la que hay un centenar de artículos templarios de diversos autores. Ha colaborado con TVE y la ZDF alemana en reportajes sobre el Temple y el simbolismo arquitectónico.

CAPÍTULO XII

La caballería cristiana. La iniciación templaria

JOSÉ ANTONIO MATEOS RUIZ

«De nuestra vida sólo veis
la corteza, pero no los potentes
mandamientos del ser interior».

REGLA DEL TEMPLE

Durante las cruzadas, el contacto entre el mundo occidental y Oriente no se limitó sólo al enfrentamiento militar, cultural y religioso entre cristianos y musulmanes. Aquellos años generaron también las circunstancias propicias para crear una orden de monjes-caballeros.

En Europa se necesitaba entonces una caballería laica que suavizase las costumbres de la nobleza feudal. Surge entonces la figura del «caballero», y tanto la Iglesia como la monarquía se ocupan de convertirlo en defensor de los ideales cristianos. Cualquiera que revise la historia de la caballería o de las cruzadas puede comprobar cuántas atrocidades cometieron muchos caballeros. Pero no es a esta caballería a la que vamos a prestar atención, sino a aquella que, en la «sombra», luchó por un mundo de ideales espirituales.

Tanto entre los musulmanes como entre los cristianos se hace sentir la necesidad de superar el esquema habitual de *yihad* y de cruzada. Así, la caballería laica tiende a otros modelos más espirituales; se trata de formar una caballería que sea capaz de ir más allá de los intereses particulares para ponerse al servicio de una causa que trascienda el mundo material: la «búsqueda de un reino interior» o la «conquista del sí mismo». Esta caballería espiritual será objeto de estudio en las siguientes páginas.

CABALLERÍA ESPIRITUAL

San Bernardo de Claraval (1090-1153) en su *De Laude novae militiae*, dirigido a los caballeros del Temple, advierte a la «milicia secular» de la grave culpa en la que caen aquellos que no combaten sólo por la gloria del Reino de Dios: «Pues, de ordinario, lo que suele inducir a la guerra —a no ser en vuestro caso—, hasta provocar el combate, es siempre pasión de iras incontroladas, el afán de vanagloria o la avaricia de

conquistar territorios ajenos. Y estos motivos no son suficientes para matar o exponerse a la muerte con una conciencia tranquila». La advertencia de San Bernardo, aunque está dirigida a la «caballería terrestre», adquiere un sentido trascendente cuando se refiere a la «caballería celeste». El bardo alemán Wolfram von Eschenbach (1170-1220), en su obra *Parzifal*, presenta a los caballeros templarios como defensores de la «Sede del Grial» y recuerda que su grito de guerra era: «¡Vive Dios, Santo Amor!».

En la caballería islámica, el combate se establece de acuerdo con la distinción coránica entre *pequeña* y *gran* «guerra santa». La «gran guerra santa» es la lucha del caballero consigo mismo, contra todo lo que le ata y domina en el mundo material: sus instintos y pasiones inferiores. La «pequeña guerra santa» es la guerra en el sentido externo y destructivo que todos conocemos: el combate del hombre contra el hombre.

La aspiración de la nueva caballería espiritual aparecía como un acto de reminiscencia lejana; una conversión del alma, una transmutación que borraría toda la realidad del entorno para sustituirla por otra más elevada, más sutil, fuera del alcance del tiempo, del espacio y de las apariencias del mundo común.

Los caballeros de finales del siglo XII y comienzos del siglo XIII aspiran a la Nueva Jerusalén: la Jerusalén Celeste. Esta «ciudad» no está en el corazón del mundo, sino en el alma. Los caminos para llegar a ella están sembrados de trampas. Los enemigos con los que se enfrentan aquí no son de carne y hueso; los enemigos serán los demonios internos que tratarán de impedir el proceso del despertar del alma. El peligro no es la muerte del cuerpo, sino la muerte del alma. El aspirante marcha solo, meditativo y vigilante de sus propios enemigos internos.

Pertenecer a una orden de caballería se consideraba un honor. El aspirante a caballero debía prepararse en el curso de un noviciado; se le sometía entonces a distintas pruebas físicas y morales. Esta disciplina, necesaria para lograr el autodomínio, alcanzaba su punto culminante en la «velada de las armas», es decir, la noche que precedía a la investidura. El aspirante a caballero tenía que pasarla en vela.

En la caballería medieval, a veces, la iniciación se representaba simbólicamente en la «búsqueda», cuyas expresiones más comunes eran el peregrinaje y la aventura. Era el resultado de la fuerza que empujaba al caballero a partir en busca de «otro lugar» o, más bien, en busca de un nuevo «estado del ser», que sólo se presiente, pero que no se conoce. A partir de determinado momento, gracias a algún acontecimiento iniciático — es decir, debido a alguna influencia espiritual externa—, y según el grado de pureza del alma, el caballero se reconoce como miembro de una familia espiritual. En ese punto toma conciencia de la existencia de una «patria perdida» y espera encontrarla con impaciencia. Lo que busca el caballero no es la gloria, ni el amor carnal o platónico, ni el poder. El objetivo de su «búsqueda» es de otra naturaleza, se sitúa en otra dimensión. Su alma suspira místicamente por el amor de Cristo y, como dice la divisa

templaria: «*Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*» («No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre sea dada toda la gloria»).

El ritual de iniciación que el maestro Ramón Llull (c.1235-1316) escribió para la ordenación y disciplina del caballero, en su conocida obra *Libro de la Orden de Caballería*, prescribe una serie de condiciones que el aspirante debe cumplir: el baño previo del nuevo caballero, como símbolo de purificación; el cinturón blanco que se le ciñe, que representa la castidad; la espada debe ser bendecida con las palabras que recuerdan al caballero su deber de ser justo y proteger a los débiles, a las viudas y a los huérfanos. También recibe la acolada, un suave bofetón, símbolo de los sufrimientos y pruebas que habrá de soportar, y, por último, el ósculo fraternal que lo liga a la Orden a partir de ese momento. Antes habrá recibido el espaldarazo, una imposición de la espada en los hombros y la coronilla: éste es el momento culminante de la ordenación, también llamado a menudo «recepción de armas».

Aunque la Iglesia siempre desempeñó un papel importante en los rituales de iniciación caballerescas, debe advertirse que casi siempre era un caballero laico quien investía al aspirante a caballero —o le daba el espaldarazo—, pues éste era el procedimiento correcto para mantener un linaje o filiación iniciática. La ordenación de un caballero no es, por tanto, un sacramento ni una bendición sacerdotal. Una ordenación caballerescas conferida por un sacerdote era incorrecta o puramente simbólica.

El maestro sufí murciano Ibn Arabí (1165-1240) —el más grande de los maestros del esoterismo islámico— explicó, en su *Futuh al Makkiya*, en qué consistían el silencio y la vigilia, las dos condiciones previas a la ordenación del caballero:

«Entiendo por silencio la abstención de hablar a los hombres y la ocupación con el *dhikr* [la invocación del Nombre divino] en el corazón, la palabra en el alma y no con la lengua [...]. En cuanto al silencio interior, que es la abstención de hablar consigo mismo, el aspirante no debe entretenerse con su alma pensando en lo que espera obtener de Alá y a lo que está obligado para ello, puesto que esto sería pura pérdida de tiempo sin ningún provecho, “vanos deseos”. Cuando se distrae en el diálogo con su alma, el aspirante se separa de la invocación de Alá en el corazón, el corazón no puede ocuparse al mismo tiempo de este diálogo y de la invocación; cuando esto ocurre, se pierde el objeto del aislamiento y del silencio, que es la invocación de Alá, esta invocación por la que se pule el espejo del corazón para que pueda revelarse el Señor».

En otra obra, *El adorno de los Abdal*, el maestro añade lo siguiente:

«Aquel que calla su lengua, incluso si su corazón no calla, aligera su carga; el que

calla la lengua y el corazón purifica su “centro secreto” [*sirr*] y su Señor se revela [...]. El silencio de la lengua es uno de los rasgos ordinarios de todos los hombres espirituales y de todos los maestros de la vía. El silencio del corazón es una de las características distintivas de los “próximos”, que son las gentes de la contemplación».

En cuanto a la vigilia, Ibn Arabí explica lo siguiente:

«La vigilia es sostenida por el ayuno, como efecto de la disminución de la cualidad húmeda y de los vapores que atraen hacia el sueño [...]. La utilidad de la vigilia consiste en que mantiene al individuo en estado de conciencia para ocuparse continuamente de Alá, tal y como le es requerido; puesto que si el hombre se duerme, su conciencia se va al mundo intermedio [*alamu al barzaj*] mientras está dormido, y de esta forma deja pasar el provecho que puede realizarse en estado de vigilia. Si el aspirante se liga a esta regla, la vigilia penetra en el “ojo del corazón” y entonces el ojo de la visión sutil se purifica por la continuidad del *dhikr*: es cuando se llega a ver, como un bien, lo que Alá quiere mostrar».

SIMBOLISMO CABALLERESCO

En el mundo medieval de la caballería religiosa, el símbolo es esencialmente una ayuda para el pensamiento y una evocación. Lo exterior, convertido en símbolo, fija y compromete al caballero en una sola dirección: hacia Cristo (fig. 26).

En el universo místico del caballero religioso encontramos toda una rica simbología relacionada con los objetos y armas que lo caracterizan. El caballo, por ejemplo, define simbólicamente la materia, ya que este animal se asocia comúnmente con los deseos exaltados y furiosos, irreprimibles y salvajes. La furia del caballo recuerda al caballero la bestialidad de su yo inferior (ego) y sus actos insensatos y desbocados; el caballero, por lo tanto, representa el polo espiritual, el yo superior, la mano que domina la realización espiritual.

Cuando el caballero monta a caballo, la posición denota la proximidad del jinete al Cielo, mientras que la materialidad queda en la parte inferior. Algunos capiteles góticos muestran este simbolismo en sus relieves: los caballeros aparecen en ciertos lugares cabalgando sobre cabras, es decir, sobre el animal que trepa más alto en la montaña; en consecuencia, transportan a los caballeros a la cercanía de Dios. El sello del Temple representa a dos caballeros cabalgando sobre un solo caballo; se trata de una representación simbólica de los tres aspectos del ser: alma, espíritu y cuerpo. El alma y el espíritu necesitan el «vehículo» del cuerpo para manifestarse.

La espada, arma característica del caballero, es más larga cuanto mayor es la dignidad de quien la empuña. En el mundo islámico, los caballeros musulmanes utilizan el alfanje, una especie de sable curvado que fácilmente puede relacionarse con el carácter lunar de la espiritualidad de estos pueblos. En el Apocalipsis, San Juan presenta la visión de un anciano de cuya boca sale una espada de dos filos: es el poder del Verbo. El rosacruz Paracelso (1493-1541) grabó sobre su espada la palabra «AZOTH», compuesta por las primeras y últimas letras de los alfabetos griego, latino y hebreo, intentando dar a su espada una aplicación teúrgica. La teúrgia era una especie de magia de los antiguos pueblos paganos y gentiles, mediante la cual pretendían establecer comunicación con sus dioses y obrar prodigios.

En los tiempos de decadencia gradual del paganismo y con el auge del cristianismo, la teúrgia representó la última de las grandes manifestaciones de la espiritualidad pagana. Su cosmovisión reunía los principales aspectos de las tradiciones mágicas del mundo antiguo egipcio y griego, y sirvió de fundamento a la que surgió luego en la cultura europea. El primer teúrgo fue Juliano *el Caldeo*, que vivió hacia finales del siglo II; de su vida, poco se sabe, aunque parece que fue el autor del libro *Los oráculos caldeos*, obra básica de la práctica teúrgica; desgraciadamente, el libro no ha llegado hasta la actualidad. El erudito Georg Luck ha sugerido que los teúrgos tomaban ciertas drogas para facilitar las experiencias de trance. Quizá por ello, Paracelso, como médico, tenía derecho a utilizar la espada como símbolo de poder sobre determinadas enfermedades.

Las indicaciones de Ibn Arabí sobre el «centro secreto» del corazón las encontramos, igualmente, en el simbolismo de la espada y de la rosa, dentro de la ascesis caballeresca. En su forma heráldica, que reproduce a la rosa silvestre de cinco pétalos, representa el ordenamiento armonioso de los cinco sentidos en torno a un centro, o «corazón», en el que el color amarillo, tradicionalmente, se asocia al órgano de la contemplación interior. En la rosa, colocada en la cruz de la espada, converge la dimensión horizontal de la existencia —física y psíquica—, la vertical —el conocimiento por los sentidos y la mente racional— y el conocimiento por el intelecto y el espíritu; la rosa es la tradición manifiesta y la revelación directa que ocurre en el corazón por gracia divina cuando el «contemplante» se ha hecho digno de ella.

La transmutación del caballero se representa como el florecimiento del corazón divino, la «apertura» y «revelación» del Sagrado Corazón, que es la «vía de la caballería celeste», después de haber realizado la «vía de la caballería terrestre». La posición misma que la rosa ocupa en el centro de la cruz, formada por la espada, indica la sede del Sagrado Corazón. El Sagrado Corazón, como la rosa, se abre y se revela al caballero celeste finalmente.

Además de la espada, el caballero porta otras armas, como son la lanza y la daga. La lanza, vista desde la perspectiva del hermetismo cristiano, está unida a la apertura del

costado de Cristo crucificado, cuando el centurión Longinos clavó la lanza en el costado de Nuestro Señor; aseguran las distintas tradiciones que es, precisamente, ése el punto donde se aloja el *Spiritus Mundi*, que en el momento del lanzazo se liberó. En la Edad Media, las espuelas se utilizaban para azuzar a la cabalgadura, pero también servían como arma defensiva para herir en el rostro al soldado de infantería. Aún se usan en la actualidad como símbolo en distintas órdenes militares.

La simbología caballeresca no es exclusiva del mundo occidental o del islam. En la tradición monárquica de Japón, el emperador no precisaba de ninguna ceremonia para ser consagrado; le bastaba con recibir la Triple Joya: el espejo, la espada y la perla. Mediante el espejo se le instaba a que recordara sus orígenes solares, mirándose en él; la perla simbolizaba la «piedra celeste»; y, por último, la espada representaba los dos poderes, el temporal y el espiritual, y con ella debía «decapitar» al dragón de ocho cabezas.

CABALLERÍA TEMPLARIA

La caballería formaba parte del plan de divulgación de los proyectos espirituales de Bernardo de Claraval, padre espiritual de la Orden del Temple, para la que elabora una regla de carácter monástico cercana al modelo cisterciense. Es interesante apuntar que la Regla, dictada por San Bernardo para los templarios, contenía influencias del mundo celta; como solían hacer los maestros druidas, San Bernardo hablaba a los árboles y, según se decía, el mundo natural le inspiraba una forma diferente de comprender las Sagradas Escrituras.

Como recuerda el doctor Carlos Raitzin, en sus *Estudios sobre la caballería tradicional*, San Bernardo no inició a los primeros nueve caballeros del Temple, pues ya eran caballeros. De hecho, el mismo abad cisterciense no poseía una iniciación caballeresca. Cuando trató de hacer caballero a Enrique, hijo del conde de Champaña, San Bernardo escribe a Manuel I Comneno (1143-1180), emperador bizantino, que sí era caballero, diciéndole que le enviará a Enrique para que él lo ordene como tal.

En la Orden del Temple, el monje-caballero pasaba un noviciado de duración variable, que se dejaba a discreción de los maestros. Para ser admitido, se tenía que seguir un ritual iniciático. Antes de que el caballero, aunque tuviera origen noble, fuera acogido en la Orden, podían pasar algunos años. Cuando se tomaba la decisión de aceptar a un nuevo postulante, se reunía el capítulo para acogerlo, y la ceremonia tenía lugar durante la noche, como era costumbre en los misterios antiguos. El postulante esperaba fuera, flanqueado por dos escuderos que portaban antorchas. Mientras, el comendador preguntaba a los hermanos si alguno de ellos pensaba que era su deber oponerse a la iniciación del nuevo hermano. Si ningún hermano decía nada, se

ordenaba que fueran a buscar al candidato y se le introducía en la sala del capítulo. Allí se le interrogaba sobre sus intenciones y se le advertía de lo dura que sería su vida en la Orden.

Tal vez a algunos lectores sólo les interese saber si los templarios fueron buenos católicos o verdaderamente renegaron del Cristo crucificado, si escupieron sobre la cruz, si adoraron ídolos y si cometieron actos contra la moral y apostasía. Los historiadores han abordado con frecuencia estas cuestiones, pero no han llegado a conclusiones evidentes porque no hay documentos escritos que testifiquen estas acusaciones; por otro lado, hay que tener en cuenta el silencio y el secreto que mantenían los caballeros templarios en sus relaciones internas.

Desde una perspectiva histórica, la disolución de la Orden del Temple coincide con un oscuro siglo XIV, plagado de guerras y miserias en la mayor parte de Europa. Este proceso desintegrador comienza en el mismo instante en que Jacques de Molay, último gran maestre del Temple, sube al cadalso para ser ajusticiado en la hoguera. Al parecer, el gran maestre emplazó al rey de Francia (Felipe IV) y al papa (Clemente V) a verse las caras en el Tribunal de Dios antes de que transcurriera un año. En efecto, ambos mandatarios fallecieron poco después. Al margen de estas trágicas muertes, en esta época culmina la escisión entre el Papado y la monarquía.

A partir de la disolución de la Orden, la tradición templaria puede considerarse fragmentada simbólicamente en tres partes: el «amor» se quedó en la Orden del Císter; el «poder» fue recogido por la francmasonería; y el «saber» continuó su camino en el movimiento Rosacruz. Sin embargo, en el *Parzival* (o *Parzifal*) se dice que el Grial custodiado por los caballeros del Temple se llevó a Oriente en una nave de velas blancas con cruces rojas; simbólicamente, este traslado representa que la iniciación templaria se aparta del mundo y comienza un período de ocultamiento; el Grial se lleva precisamente al lugar donde surge la luz, donde nace el Sol: Oriente. Este «Oriente» no se debe entender necesariamente como un punto geográfico, sino que puede aludir a un núcleo secreto de la propia Orden. Este núcleo sería responsable de la custodia y protección de la tradición espiritual, de la cual la Orden, hasta entonces, era depositaria.

Cuando el infante portugués Enrique *el Navegante* (1394-1460) envió a sus marineros hacia las Indias míticas, diciéndoles «id y traedme noticias del reino del preste Juan», estaba poniendo de manifiesto un secreto templario que había sido conservado y revelado por la Orden de los Caballeros de Cristo. Esta orden fue creada por el rey Dionís de Portugal (1261-1325), para ser el receptáculo del Temple tras su abolición. La Orden de Cristo fue aprobada por el papa Juan XXII en 1319, y los caballeros renovaron en ella sus antiguos votos; recuperaron sus antiguas posesiones en Portugal y conservaron sus insignias —añadiendo una pequeña cruz blanca sobre la cruz paté roja—.

Parece evidente que la tradición iniciática de la caballería espiritual desapareció con la disolución de la Orden del Temple. Este acontecimiento supuso el punto de ruptura entre el exoterismo y el esoterismo cristianos, entre el aspecto doctrinal religioso o externo y el iniciático o interno. Sin embargo, la tradición espiritual no desaparece, aparentemente, pero da la impresión de producirse un soterramiento de la misma. Años después, nuevamente, renace en Centroeuropa, donde florecen una serie de místicos cristianos y diferentes corrientes esotéricas: el Maestro Eckhart (m.1327), Johannes Tauler (m.1361), Heinrich Suso (m.1366), el movimiento de las beguinas y, simultáneamente, aparecen las novelas del Grial.

ROSACRUCES Y MASONES: ¿SEGUIDORES DE LA TRADICIÓN TEMPLARIA?

A principios del siglo XVII, en Alemania, los rosacruces emergen de una forma que se convirtió casi en un mito. En esa época aparecen una serie de extraños documentos que dan a conocer la existencia de una fraternidad secreta fundada por un tal Christian Rosenkreutz. Tratados como la *Fama Fraternitatis*, la *Confessio Rosae Crucis*, y otras publicaciones y manifiestos se convierten en el corpus doctrinal de esta sociedad emergente. La autoría de estos primeros textos rosacruces no se conoce con seguridad, aunque por lo menos uno de ellos se ha atribuido con bastante probabilidad a un ministro protestante llamado Johann Valentin Andreae. Entre las diversas sociedades secretas que surgieron tras la desaparición del Temple, por tanto, se encuentran los rosacruces. Las actividades de los alquimistas de la Rosacruz se habrían iniciado durante la segunda mitad del siglo XIII. El nombre del fundador de la orden que agruparía a estos alquimistas a partir del siglo XV, el legendario caballero Christian Rosenkreutz (Cristiano Rosacruz), seguramente no era más que el título de un determinado grado de realización espiritual, dentro de esta nueva orden «heredera» del esoterismo templario. Según cuenta la leyenda, Rosenkreutz había vivido doce años en un convento y había sido iniciado en el «auténtico saber» a lo largo de un viaje por Oriente. Transmitió su saber a un grupo de elegidos y, después, se retiró, en Alemania, a una gruta que se convertiría en su tumba. El fundador había pedido a sus discípulos que se olvidaran de este lugar durante ciento veinte años tras su muerte, acaecida hacia 1484. Pero no hay que confundir a estos rosacruces originales con las organizaciones rosacruceanas que aparecen posteriormente, a partir del siglo XVIII, y menos aún con las modernas escuelas u «órdenes» que se consideran herederas de los antiguos rosacruces. Si alguno de aquellos primitivos rosacruces tuvo un papel relevante en la historia, se guardó bien de presentarse como rosacruz. Como los sufís en el esoterismo islámico, los rosacruces auténticos nunca utilizaron este título o grado iniciático en

público.

La divisa de los rosacruces era la siguiente:

*Ex Deo nascimur,
in Jesu morimur,
reviviscimus per Spiritum Sanctum.*

Los documentos más importantes del renacimiento rosacruz son la *Confessio fraternitatis Rosae Crucis, ad eruditos Europae*, que apareció en Cassel (Alemania), en 1614, y los *Manifiestos de los rosacruces*, publicados un año después. En 1616 aparece en Estrasburgo otra obra importante, *Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz*, supuestamente escrita por Johann Valentin Andreae. Este libro contiene una descripción, simbólica, del proceso de la iniciación rosacruz.

El desenlace de la Guerra de los Treinta Años, que acabó con el Tratado de Westfalia en 1648, marca el fin de algunas organizaciones espirituales de la cristiandad; según cuenta la tradición, los auténticos rosacruces abandonaron Europa para ir a Asia, concretamente a la India, al reino mítico del preste Juan, donde residirían los altos iniciados que habrían dirigido la Orden y los destinos del mundo.

En el siglo XVIII, aparecen en Alemania los ritos masónicos, que se reclaman de filiación templaria. Unos se proponían restituir los bienes de la Orden del Temple; otros, en cambio, pretenden ser los herederos de los conocimientos secretos templarios. Esta filiación era tan dudosa que el gran maestro general de la Orden de la Estricta Observancia Templaria, el duque Ferdinand de Brunswick, convoca el Convento de Wilhelmsbad en 1782 y hace llegar a las logias de su obediencia una circular en la que plantea las siguientes cuestiones: «¿El origen de la Orden es una antigua sociedad y cuál sería ésta? ¿Cuál fue la auténtica finalidad de la Orden? ¿Esta finalidad sería la restauración de la Orden de los Templarios? ¿Debería ocuparse la Orden de las ciencias secretas?». La Estricta Observancia Templaria es un sistema masónico, que pretendía haber heredado los conocimientos secretos de la Orden del Temple medieval, creado por Karl Gotthelf, barón de Hund y Altengrokau.

El barón Karl von Hund (1722-1766), que sostenía haber sido iniciado en los misterios templarios en París, en 1743, por el legítimo representante de la Casa de los Estuardo (el príncipe Charles-Edward Stuart), había emprendido, a partir de 1749, el desarrollo de un sistema en el que adoptó los caracteres de un rito caballeresco de los altos grados masónicos franceses y cuyo tema principal estaba basado en la leyenda templario-jacobita. [Véase capítulo XXV]. En 1751 fundó una orden interior, tras sentar las bases del nuevo sistema en la alianza con dos logias y dos capítulos de la masonería alemana. Desde 1751 a 1755, Von Hund y sus compañeros trabajaron en la organización del sistema, así como en la redacción de un código masónico y en la

prescripción de los grados del rito de iniciación, entre los que se implantarán seis nuevos títulos. Todas las denominaciones, emblemas y rituales del nuevo sistema masónico-caballeresco fueron adaptados a la terminología templaria. Así nació la Orden de la Estricta Observancia Templaria.

Esta supuesta conexión entre las órdenes militares de caballería medieval y la masonería puede observarse en el discurso del masón escocés Andrew Michael Ramsay, más conocido como Caballero Ramsay (1737), partidario de los Estuardo destronados por Oliver Cromwell y que, en realidad, era un agente al servicio de los jesuitas. En su carta apologética, Ramsay asocia las órdenes religiosas con las órdenes militares y los francmasones; pero la única orden a la que hace referencia es a la de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, a la que estaría «íntimamente unida» la francmasonería en el tiempo de las cruzadas. Existen diferentes hipótesis sobre esta posible relación tras la disolución del Temple y el surgimiento de la masonería.

El movimiento masónico caballeresco —con características cristianas— que ejerció mayor influencia en la Francia del siglo XVIII fue el que inició Martínez de Pasqually (1725-1774), posteriormente llamado «martinismo». A su grupo le dio el nombre de Orden de los Elegidos Cohen. Otros ritos masónicos de profesión cristiana, relevantes en este siglo, como el Rito Escocés Rectificado, siguen vivos en el seno de la masonería.

En 1792 el duque Timoléon de Cossé-Brissac, que decía ser el último gran maestro secreto de la Orden del Temple, presenta una serie de documentos para avalar su legitimidad: la *Charta Transmissionis* (1324) —donde la transmisión de los grandes maestros se remonta a Johannes Marcus Larmenius de Jerusalén—, registro de procesos verbales de aquella época y estatutos de la Orden revisados en 1705 por el duque de Orléans, Felipe, a la sazón regente de Francia y destacado dirigente de la masonería. El 4 de noviembre de 1804, en un convento general, otro masón, el médico Raymond Frabré-Palapat fue elegido gran maestro de esta orden neotemplaria que, a partir de 1815, sería conocida como Orden de Oriente.

En la introducción de la «Carta de Transmisión» de Larmenius, éste dice: «[...] por decreto de la Asamblea Suprema, en virtud de la autoridad suprema que me ha conferido, yo quiero, digo y ordeno que los desertores templarios de Escocia de la Orden sean maldecidos con una anatema y que, junto a los hermanos de San Juan de Jerusalén, saqueadores de los dominios de la Caballería (que Dios tenga piedad de ellos), sean excluidos del círculo del Temple, ahora y por siempre».

La Orden del Temple había rechazado y declarado anatemas a los templarios que se refugiaron en Escocia y a los de Malta que habían expoliado los bienes del Temple. La Orden se disuelve durante la Revolución Francesa (1789-1799) y aparece nuevamente con el Directorio surgido con la nueva constitución republicana (1795) y el apoyo de Napoleón Bonaparte (1769-1821). En 1932 adopta el nombre de Ordo Supremus

Militaris Templi Hierosolymitani (OSMTH). Actualmente la Orden en España se considera cristiana y católica y no tiene vínculos con la masonería.

LA HERMANDAD DEL PARÁCLITO: ESOTERISMO CATÓLICO

Muchos estudiosos del esoterismo cristiano vienen repitiéndose desde hace tiempo estas preguntas: ¿existió en algún momento una doctrina esotérica dentro de la Iglesia católica? ¿Existen organizaciones iniciáticas católicas, secretas, en nuestros días? A estas dos preguntas respondió afirmativamente un hombre notable: Louis Charbonneau-Lassay (1871-1948), simbolista tradicional especializado en emblemática cristiana.

En un magnífico estudio de Ernesto Milá, titulado *Charbonneau-Lassay y el esoterismo católico*, pueden leerse algunos aspectos relevantes de la labor espiritual de este personaje. (El estudio citado recoge textos procedentes del coloquio internacional sobre la obra de Charbonneau-Lassay, celebrado en Roma entre el 10 y el 12 de mayo de 1995, organizado por la Universidad de Roma).

Durante toda su vida, Charbonneau-Lassay se dedicó a recopilar documentación sobre los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, pero el libro que pretendía escribir sobre la orden se quedó sólo en proyecto. Parece ser que Charbonneau-Lassay tuvo acceso a los documentos doctrinales, simbólicos y ritualísticos de la Fraternidad del Paráclito, cedidos por el canónigo Barbot. En su diario, del 5 al 12 de septiembre de 1938, refiere la visita de dos redactores de la revista *Études Traditionelles*: Marcel Clavelle —*Jean Reyor*— y George Thomas —*Tamos*—. Charbonneau-Lassay escribió lo siguiente: «Por la tarde todo estaba preparado; restablecimos, fuera del grupo secreto donde se ha perpetuado, la vieja Fraternidad del Paráclito, fundada o transformada en orden de caballería entre 1500 y 1510 por Pierre Amelot, sacerdote de París, ayudado por el mariscal de Gié, Pierre de Rohan, la hermana Anne de Gourdon-Genouillac, de Jacques Nyverd, maestro impresor en París, y de Guillaume Briconnet, obispo de Meaux. El depósito de esta Fraternidad me ha sido entregado por el canónigo Barbot, en enero de 1926». Los personajes que cita Charbonneau-Lassay debieron de mantener una relación muy discreta, que no levantase sospechas de su pertenencia a una sociedad secreta espiritual. Charbonneau-Lassay hace hincapié en el mantenimiento del secreto entre los miembros de la Hermandad.

En una carta publicada por Clavelle —*Jean Reyor*— se dice lo siguiente:

«Hacia 1922 me sorprendieron las alusiones hechas por Charbonneau-Lassay, en varios de sus artículos, a propósito de organizaciones cristianas cerradas, cuya enseñanza le había permitido comprender mejor el significado de algunos símbolos cristianos. Lassay me habló inicialmente de una sola organización, L'Estoile

Internelle, de la que había visto documentos que se remontaban al siglo xv. Esta organización, al menos en esa época, no había tenido más que doce miembros, que se reclutaban por cooptación, es decir, que se trataba de una organización en relación a la cual no se podía hacer postulado de admisión. Cada miembro elegía a su sucesor, que tomaba su lugar tras su muerte. Charbonneau no afirmaba ser miembro de esta organización, sino que sólo se le había autorizado a compulsar sus archivos [...]. Tenía la impresión de que Charbonneau mantenía algunas cosas en reserva».

Y no se equivocaba. Tendría que esperar casi dieciséis años para que Charbonneau-Lassay fuese más explícito con su amigo Clavelle:

«Nuestras relaciones fueron, con el tiempo, más íntimas; y, como yo volvía una y otra vez a la cuestión de la imposibilidad para los cristianos de encontrar una iniciación en su propia tradición, terminó por revelarme que había, en efecto, algo más».

Ese «algo más», era la Hermandad del Paráclito. Entonces le proporciona más información:

«Desde el siglo xv, igualmente, existían documentos sobre una organización llamada Hermandad de los Caballeros del Divino Paráclito, cuyo número no estaba limitado. El depósito de esta Fraternidad me ha sido transmitido por el canónigo Barbot, en enero de 1926. Barbot era caballero maestro, por su título de Mayor de L'Estoile Internelle que florecía, particularmente, en la Isla de Francia, el Beauce, el Maine, Anjou y el Poitou; se encontraba reducida a un pequeño número de miembros que, por razones que nos son desconocidas, no deseaban hacer nuevos iniciados».

El caballero maestro de la Hermandad del Paráclito era, al mismo tiempo, uno de los doce miembros de L'Estoile Internelle. Se decidió que la Hermandad del Paráclito quedaría en estado latente o durmiente, y sus archivos serían confiados a L'Estoile Internelle. «Para asegurar la continuidad de la transmisión de esta forma de iniciación, se convino que en cada generación, varios miembros de L'Estoile Internelle recibirían la investidura de la Caballería del Paráclito a fin de que pudiera, con el correr del tiempo y si se juzgaba oportuno, despertar este colectivo».

Tras la muerte de Charbonneau-Lassay (1948), los nuevos maestros de la Hermandad del Paráclito eran de un talante muy diferente. Creían pertenecer a una elite superior a cualquier otra y no admitían ninguna autoridad superior a la suya. Se desconoce si existe actualmente alguna actividad exterior, o continuidad, en esta

organización iniciática católica.

En opinión de algunos investigadores, los fundadores históricos de la Hermandad del Paráclito tendrían sus raíces en dos puntos: «Italia y el humanismo católico pretridentino, del que Italia es un centro privilegiado». En la Italia de aquel tiempo existían muchos grupos iniciáticos católicos.

Una mística francesa, nacida en el Hainaut, Marguerite Poréte, dirigía un grupo secreto de «espirituales» que tenía como centro la abadía de Montecassino. Esta hermandad estaba ligada a Santa Catalina de Génova y a los círculos laicos del Divino Amor. Parece que existía una red de conexiones entre todos estos grupos místicos italianos, que se extendía a diferentes abadías y parroquias del norte y sur de Italia, propugnando una doctrina, no heterodoxa, pero sí mística y esotérica.

Dom Tommaso Leccisotti, el bibliotecario de Montecassino, escribe: «La presencia en la abadía de un grupo misterioso de monjes, ligados por una vasta red de relaciones con los centros más vivos de la espiritualidad italiana de las primeras décadas del siglo XVI, reúne una serie de textos desaparecidos tales como: cartas, pequeños tratados, poesías, breves anotaciones, citas bíblicas, todos de carácter netamente esotérico; todos de muy alta mística especulativa; todos consagrados en vínculos de diversas formas a un *usillus grex* de “espirituales” esparcidos por la Italia más secreta, de estos años de crisis, extraordinariamente ricos de fermentos místicos».

¿Tenían estos grupos alguna relación con el Temple? ¿Eran los herederos de los antiguos rituales templarios?

En realidad, es difícil saber qué tipo de rito e iniciación se impartía en el seno de la Orden del Temple, pues sólo conocemos el rito de admisión en la Orden; la existencia de otros ritos sagrados secretos se intuye, pero no se puede asegurar, ya que no se conservan documentos al respecto. En cualquier caso, esos ritos y enseñanzas habrían sido impartidos, solamente, a una pequeña elite de caballeros y no tendría carácter general para todos los hermanos.

Sin embargo, pueden estudiarse las raíces iniciáticas del cristianismo y las ceremonias e investiduras de algunas antiguas órdenes militares de caballería para poder vislumbrar alguna idea sobre este asunto.

EL SACRAMENTAL DE LA INVESTIDURA CABALLERESCA

Los ritos cristianos son los sacramentos, que constituyen su parte más esencial y presentan mayor similitud con los ritos de iniciación. Algunos sacramentos sólo se pueden recibir una vez, como el bautismo, la confirmación y la ordenación sacerdotal. Según expresa René Guénon en su estudio sobre *Cristianismo e iniciación (Études Traditionelles*, París, 1949), el bautismo es la primera iniciación, por la cual, el

neófito era admitido en la comunidad cristiana y, de alguna manera, «incorporado» a ella —en tanto que las primeras comunidades cristianas funcionaban como una organización iniciática—. Esta primera iniciación estaba relacionada con los «pequeños misterios». Después, la confirmación, que parece marcar la ascensión del iniciado a un grado superior. En cuanto a la ordenación sacerdotal, que, actualmente, solamente posibilita el ejercicio de ciertas funciones religiosas, en su origen podría ser la consumación de un proceso y significaría haber alcanzado y experimentado los «grandes misterios».

En la actualidad, los sacramentos ya no tienen ningún carácter iniciático y son, fundamentalmente, ritos puramente religiosos o exotéricos; el bautismo es un ejemplo claro. Pero, en su origen, el rito del bautismo se rodeaba de precauciones rigurosas y los que debían recibirlo se sometían a una larga preparación. En la Iglesia católica actual, este sacramento no exige ningún tipo de cualificación ni preparación, e incluso puede ser conferido, válidamente, por cualquier persona en circunstancias especiales; los demás sacramentos sólo están en manos de individuos que ejercen una función ritual dentro de la Iglesia (sacerdotes u obispos). Esta apertura a lo sagrado —los niños son bautizados casi inmediatamente después de su nacimiento— excluye cualquier idea de preparación o disposición espiritual, lo cual no puede explicarse más que por un cambio radical de la concepción misma del bautismo: se consideró que el bautismo era una condición indispensable para la salvación y que debía facilitarse al mayor número de individuos. En su origen, sin embargo, este acceso a la comunidad cristiana primitiva se producía de otro modo.

En el cristianismo actual, todos los ritos, sin excepción, son públicos; todo el mundo puede asistir a estas ceremonias, incluso a las que teóricamente deberían ser más «reservadas», como la ordenación de un sacerdote o la consagración de un obispo; por descontado, los bautismos y las confirmaciones también son actos sociales. Esto sería una cosa inadmisibles en un rito de iniciación, que, obligatoriamente, no puede ser realizado más que en presencia de quienes ya han recibido la misma iniciación.

Existe una incompatibilidad manifiesta entre un rito externo y público y la iniciación esotérica, donde sólo se permite la presencia de otros iniciados o caballeros cuando se trate de una iniciación caballeresca.

Si se analizan el rito de la misa y la espiritualidad caballeresca, podrá observarse cómo ambas celebraciones se expresan a través de una misma imagen divina, la de Cristo. Ambos tienen un carácter esencialmente «eucarístico», pero es necesario hacer una distinción entre las respectivas funciones. Existen sustanciales diferencias entre rito religioso y rito iniciático en cuanto a su finalidad: mientras que el primero se propone instaurar, por medio del sacramento, un estado de gozo de la Gracia divina, sin que ello presuponga una transformación real y permanente del practicante a nivel del ser, el rito iniciático se dirige esencialmente a obtener esa transformación profunda

por medio de una «muerte simbólica», pero no por ello menos real y dramática; esa «muerte simbólica» es el final de un largo camino de búsqueda —siempre por una vocación interior y no por una curiosidad intelectual—, propiciando un renacimiento en un estado de ser diferente del profano. En ambos casos, sin embargo, es la Gracia, proveniente de la misma Fuente, la que obra y transforma a la persona a través del rito. El maestro de Pedro y de Juan sólo fue uno: Cristo; así Cristo puede iluminar en el rito religioso o en el rito iniciático.

Para el caballero, el sacramental de la investidura, que lo inicia a la «vía de la milicia» cristiana, propaga en su persona las gracias necesarias para el cumplimiento de su alta misión.

La diferencia entre el rito religioso y el rito propiamente iniciático reside en la distinta eficacia y en el distinto dominio al cual se aplican. Ello no quita que un mismo símbolo pueda servir de sostén para ambas formas espirituales, ya que las dos fórmulas persiguen un mismo fin: la apertura de la consciencia.

En el cáliz eucarístico se produce la obra del sacerdote que, por medio de un poder que de lo alto le ha sido conferido, transubstancia las especies del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo. En el caso de la vía caballeresca, Cristo es el agente vivo en el alma del caballero, por esto puede prescindir de la obra visible de un ministro de Dios. Sin embargo, mantiene obligatoriamente el vínculo iniciático con el orden de caballería que le es transmitido ceremonialmente por un caballero legítimamente investido.

En la «vía de la caballería», en su esfera espiritual, quien ordena y consagra al caballero es el mismo Cristo. Con la intercesión de Nuestra Señora, el corazón del iniciado se convierte ahora en el cáliz; la sustancia que se transforma no es el pan y el vino, sino el cuerpo y la sangre del iniciado, el caballero no es sólo un guerrero, sino un *milites Christi*, un caballero en Cristo.

INICIACIÓN CRISTIANA

Los gnósticos cristianos describían al hombre en cuatro niveles: físico, psicológico, espiritual y místico. Estos cuatro niveles recibían los siguientes nombres: el cuerpo, el espíritu falso, el espíritu y el poder luz. El cuerpo y el espíritu falso —nuestra psique o alma— constituyen los dos aspectos del *eidolon* o yo inferior. Mientras que el espíritu y el poder luz —alma superior y núcleo divino— constituyen los dos aspectos del *daemon* espiritual. Designaban como hombres «hílicos» a quienes se identificaban con su cuerpo, porque consideraban que estaban muertos para las cosas espirituales y eran como la materia inconsciente o *hyle*. Quienes se identificaban con su personalidad o *psyche* se llamaban «psíquicos». Por último, quienes se identificaban con su espíritu

recibían el nombre de «pneumáticos», es decir, «espirituales». Los pneumáticos, que se identificaban a través de la experiencia mística con el Cristo o *daemon* universal, eran los que verdaderamente conocían la gnosis. Esta iluminación espiritual transformaba al iniciado en un verdadero «gnóstico» o «conocedor».

Las iniciaciones estaban relacionadas, de forma simbólica, con los cuatro elementos de la naturaleza: tierra, agua, aire y fuego. El paso de un grado iniciático a otro se simbolizaba mediante bautismos con estos cuatro elementos. El bautismo por agua se realizaba sobre la persona híllica, que se identifica exclusivamente con el cuerpo, transformándose en un iniciado psíquico. El bautismo por aire —«aliento santo» o Espíritu Santo— simbolizaba la transformación del iniciado psíquico en pneumático, identificado con su yo superior. El bautismo por fuego era la iniciación final, que revelaba al iniciado pneumático su verdadera naturaleza como el *daemon* universal, el *Logos*, el Cristo interior, el «poder luz». Es decir, lo que expresa el Evangelio de San Juan: «La luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Éstos eran los cuatro niveles de la iniciación en el cristianismo gnóstico.

Estas doctrinas también las encontramos en el Nuevo Testamento (Mateo 3, 11-12). El evangelista nos dice que Juan el Bautista trajo el bautismo con agua, en tanto que Jesús trajo las iniciaciones superiores del bautismo por aire —«aliento santo»— y fuego.

En los misterios paganos, el neófito también era conducido por tres etapas de iluminación, que se denominaban: *catharnos*, la purificación; *paradosis*, la transmisión de la doctrina esotérica, y *epopteia*, el despertar que conducía a la Verdad.

Dentro del hermetismo cristiano, podemos dividir la iniciación en dos niveles: microcósmico y macrocósmico. La primera de estas iniciaciones es el descenso consciente a las profundidades del ser humano (proceso que queda perfectamente simbolizado en la *anástasis* o *descensus ad Inferos* de Cristo para rescatar a los justos). Su método es el *énstasis*, es decir, la experiencia de las profundidades básicas en lo íntimo de sí mismo. Uno se vuelve *cada vez más profundo* hasta que logra despertar en sí la capa primordial o «imagen y semejanza de Dios», que es el objetivo del *énstasis*. La segunda iniciación se basa en las capas —esferas o cielos— macrocósmicas que se revelan a la consciencia merced al éxtasis, o sea al *rapto*, arrebatado o *salida de sí mismo* —la música de las esferas, de la que hablaba Pitágoras, no era otra cosa que esta experiencia, la cual se convirtió en fuente de la doctrina pitagórica sobre la estructura musical y matemática del macrocosmos—.

San Pablo dice de su propia experiencia extática de las esferas o cielos: «Sé de un hombre en Cristo, que catorce años atrás —si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe— fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre —si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe— fue arrebatado al Paraíso y oyó inefables palabras que al hombre no le es dado pronunciar» (2 Cor. 12, 2-4). De esta

experiencia deducimos que San Pablo fue arrebatado hasta el «tercer cielo», o tercera esfera macrocósmica, y, después, *elevado* al Paraíso, donde oyó palabras inefables. Su iniciación, merced al éxtasis, constituye la meta de la iniciación por *énstasis*, donde la experiencia de la capa primordial en el fondo del ser humano, el microcosmos, ha sido alcanzada. La esfera del Paraíso y la esfera del Edén son los *initia*, las moradas donde uno recibe ambas iniciaciones: macrocósmica y microcósmica. El éxtasis nos eleva hacia los niveles superiores del ser y el *énstasis* hacia las profundidades de nosotros mismos.

El esoterismo cristiano unifica estos dos métodos de iniciación. Podríamos catalogarlos en dos grupos: «discípulos del día» y «discípulos de la noche»; los primeros son los de la «vía del *énstasis*»; los segundos, los de la «vía del éxtasis». Hay también un tercer grupo de discípulos: «los del día y la noche», quienes poseen las *llaves* de ambas puertas. El apóstol Juan tenía esta doble experiencia, macrocósmica y microcósmica, la del Verbo cósmico y la del Sagrado Corazón, cuya letanía dice:

«Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones».

Por este motivo, el Evangelio de Juan es, a la vez, tan profundo y tan íntimo, tan elevado y cósmico. No es sorprendente que los capítulos de la Orden del Temple se celebraran en presencia de este santo Evangelio.

Con esta visión podemos considerar que la iniciación cristiana es la experiencia consciente del corazón del mundo y de la naturaleza solar del hombre. Lo que ahora se entiende por el término iniciador, los antiguos cristianos lo designaban por el vocablo *Kyrios*, *Dominus* o Señor. Por este motivo el hermetismo cristiano se adhiere —hoy como en el pasado— a las palabras del credo de la Iglesia:

«Y en un solo Señor, Jesucristo,
hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos,
Dios de Dios, luz de luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza que el Padre:
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres
y por nuestra salvación
bajó del Cielo.
Y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,

y se hizo hombre».

En este sentido, es interesante recoger el sentimiento, sobre la iniciación, de un anónimo hermetista cristiano: «Nos inclinamos con respeto y gratitud ante todas las grandes almas humanas del pasado y presente —sabios, justos, profetas, santos de todos los continentes y épocas de la historia humana— y estamos prontos a aprender de ellos cuanto quieran y puedan enseñarnos, pero sólo tenemos un iniciador o Señor: Cristo».

Podemos ver cómo el Paraíso, la esfera original del ser, es también el lugar donde encontramos la raíz de la caída, o el principio de la tentación; el lugar de transición de la obediencia a la desobediencia, de la pobreza a la codicia, de la castidad a la impureza.

Los votos de castidad, pobreza y obediencia están basados en la doctrina y experiencia cristiana de la Gracia. Todo el esoterismo cristiano, incluida la mística, gnosis o magia verdadera, se fundan en esta experiencia y doctrina, uno de cuyos efectos es la iniciación. La iniciación, en un sentido tangible y real, es un acto de Gracia procedente de lo alto. Ni se gana ni se produce por cualquier medio técnico, externo o interno. Uno no se inicia; la iniciación le viene de fuera: «es iniciado». Seguramente hay personas cansadas de oír el tema de la Gracia en los sermones de las iglesias, en los tratados de teología, en los escritos de los místicos, en las pomposas declaraciones de algunas autoridades religiosas o defensores de la fe. Evidentemente, solo escuchamos la «letra», pero no el «espíritu».

Los sufíes, al igual que la tradición cristiana, enseñan que el iniciado no puede hacer nada sin la Gracia inicial de Alá —*tawfiq*: ayuda de Dios— y que los estados espirituales nunca podrían ser «producto» de ninguna actividad humana. Esto no significa que el hombre no deba tomar medidas, mediante ritos o prácticas, para eliminar los obstáculos a la Gracia, pues si los poderes del alma inferior y pasional, *nafs*, pueden rechazar un estado de luz, del mismo modo los poderes del alma superior, *rûh*, pueden rechazar también a los poderes inferiores.

En esta visión sufí sobre la gracia es interesante la respuesta que da el maestro Abu Said ibn Abil Khayr, cuando le preguntaron: «¿Cuándo se verá el hombre liberado de sus necesidades?». Y él contestó: «Cuando Dios lo libere». Y añadió:

«Eso no tiene que ver con el esfuerzo del hombre, sino con la Gracia y la ayuda de Dios. Primero, Dios produce en él el deseo de lograr ese objetivo. Luego le abre las puertas del arrepentimiento. Después lo incita a la automortificación, para que continúe esforzándose y, durante algún tiempo, está orgulloso de sus esfuerzos, pensando que está avanzando o logrando algo; pero después cae en la desesperación y no siente ninguna alegría. Entonces conoce que su forma de actuar no es pura, sino

corrompida, se arrepiente de los actos de devoción que había pensado eran suyos, y comprende que habían sido realizados por la Gracia y la ayuda de Dios, y que era culpable de politeísmo al atribuirlos a su propio esfuerzo. Cuando esto se hace manifiesto, un sentimiento de alegría entra en su corazón. Entonces Dios le abre las puertas de la certeza, de modo que durante un tiempo admita cualquier cosa de cualquiera y acepte ofensas y aguante la degradación, hasta que sepa con toda seguridad Quién le ha llevado a sufrirla y toda duda con respecto a esto se disipa en su corazón. Entonces Dios le abre las puertas del amor, y aquí también el egoísmo se manifiesta durante un tiempo y el fiel queda expuesto a la culpa, lo que significa que en su amor a Dios hace frente audazmente a todo lo que pueda acontecerle y no se preocupa por ningún reproche, sino que piensa siempre “yo amo” y de este modo no encuentra descanso hasta que percibe que es Dios quien le ama y le mantiene en estado de amor, y que eso es resultado de la Gracia y el Amor divinos, y no de su propio esfuerzo. Entonces Dios le abre las puertas de la unidad y le hace comprender que toda acción depende de Dios Omnipotente. En esto se da cuenta de que todo es Él, y todo es por Él, y todo es Suo; que Él ha puesto esta vanidad en sus criaturas para probarlas, y que Él en su omnipotencia ordena que se mantengan en esa falsa creencia, porque la omnipotencia es Su atributo, para que cuando ellas consideren Sus atributos sepan que Él es el Señor. Lo que anteriormente era rumor se le hace ahora conocido de manera intuitiva cuando contempla las obras de Dios. Entonces reconoce plenamente que no tiene derecho a decir “yo” o “mío”. En esta etapa percibe su desamparo: los deseos desaparecen de él y se vuelve libre y apacible. Desea lo que Dios desea; sus propios deseos han desaparecido, se ha emancipado de sus necesidades, y ha logrado paz y alegría en ambos mundos».

EL TEMPLE Y LA VIRGEN MARÍA

Un elemento fundamental, que no podemos pasar por alto, es el culto que los templarios profesaban a la Virgen María. Sin ninguna duda, la implantación de esta veneración se debe a Bernardo de Claraval; pero el sentido espiritual, y la devoción, iba más allá de la Madre de Dios; la Virgen era considerada especialmente como «mediadora», se la llamaba en una oración la «Reina» del *Salve Regina*, la que intercede a favor de los hombres ante Cristo. Recordemos las palabras de devoción hacia la Virgen María, como Reina de la Orden, que se reflejan en la Regla primitiva del Temple.

«Nuestra Señora ha sido el comienzo de nuestra Religión,
y en Ella y en Su Honor estarán si place a Dios,

el fin de nuestras vidas y el fin de nuestra Religión, cuando Dios quiera que así sea».

(La voz 'Religión' debe entenderse en su antiguo sentido: se trata de la Orden o la congregación).

Decía San Bernardo, hablando de María: «Ella ha adquirido la restauración de la ciudad celestial y ha obtenido la redención de los que se encuentran asidos en las tinieblas [...]. Por Ella se levantan las ruinas de la Jerusalén celeste» («Cuarto sermón para la Asunción», 8). «María nos trae la redención; Ella es la mediadora ante Cristo y la Trinidad encuentra en Ella su gloria» («Sermón sobre las doce prerrogativas de María», 1 y 2). Y en las Letanías Lauretanas se dice: «Virgen poderosa, Virgen clemente, Virgen fiel».

Algunas de las invocaciones a la Virgen manifiestan los esfuerzos que los autores inspirados de la Edad Media —y algunos iniciados cristianos— hicieron para expresar un conocimiento espiritual atribuido a la figura de Nuestra Señora. A nuestras mentes modernas les cuesta captar su verdadera dimensión y, siempre, estamos tentados a mirar con incredulidad y a considerar todo esto como creencias del pasado sin ningún valor aparente ni coherencia lógica. Precisamente, cuando se trata de racionalizar un símbolo auténtico sólo se está procediendo a su corrupción y destrucción.

El gran rosetón de la fachada de la catedral de Nôtre-Dame de París tiene a la Virgen en el centro con el zodíaco en el círculo exterior; es una forma de proclamar que María es la emperatriz del mundo.

La virginidad significa obediencia a lo divino y cooperación con ello. Representa la naturaleza no caída. La Virgen simboliza el alma de la vida y, desde el punto de vista corporal, es la obediencia completa del cuerpo al alma. El alma cristiana no tiene nada más que hacer que realizar el *estado marial*; en el seno de María, por operación del Espíritu Santo, el Padre engendra a su propio Hijo.

El oficio de la Virgen es colaborar con lo divino, no sólo en la redención, sino también en la creación. La Virgen es *co-creatrix*, *co-redemptrix*, *co-santificatrix*, *virgo*, *mater*, *regina*... Cocreadora, corredentora, cosantificadora, virgen, madre, reina...

«Señora del Cielo, regente terrena,
Emperatriz de los pantanos infernales» (Villón).

A menudo, la iconografía ha conferido a la Virgen un manto azul oscuro sembrado de estrellas, como *Regina Coeli*, *Regina Coelorum*, «Reina de los Cielos».

Según el hermetismo cristiano, cuando uno alcanza una determinada esfera espiritual, y cuando la aspiración es auténtica y pura, se encuentra inevitablemente con la visión

de la Santísima Virgen. Dicho encuentro es, pues, tan natural en el dominio espiritual como el hecho de tener madre en el plano de la familia terrena. Tal encuentro supone alcanzar un grado de iluminación y el consuelo que trae consigo, pero sobre todo significa la protección contra un gravísimo peligro, ya que quien avanza hacia la esfera que se conoce como «cinturón de la mentira» —zona que rodea la Tierra como un cinturón de falaces espejismos y que los profetas y el Apocalipsis denominan «Babilonia»— corre el riesgo de extraviarse. Con la Virgen, el iluminado se encuentra protegido.

Nadie puede atravesar esta zona sin estar envuelto en una perfecta pureza o, dicho de otro modo, sin la protección del manto de la Santísima Virgen, el cual era, hace años, objeto de veneración y culto especial en Rusia, como «Manto de la Santísima Madre de Dios». Éste puede ser el fundamento de esta plegaria que pertenece a la eucología latina:

«Augusta Reina de los Cielos y Señora de los Ángeles, tú que has recibido de Dios el poder y la misión de aplastar la cabeza de Satán, te lo pedimos humildemente, envía tus santas legiones para que, a tus órdenes y por tu poder, persigan a los demonios, los combatan en todo lugar, repriman su audacia y los arrojen al abismo».

Algunos hermetistas cristianos aseguran que el mundo espiritual corresponde, con cierta exactitud, con lo que la Iglesia católica enseña: hay ángeles custodios; hay santos que toman parte activa en nuestra vida; que la Santísima Virgen es *real* y que los sacramentos son eficaces; que la oración es un poderoso medio; que el infierno, el purgatorio y el Cielo son *realidades* espirituales y que el Maestro sigue estando con su Iglesia.

No hay manera de cambiar el misterio de la Virgen María. Nuestra Señora del Temple no se deja sustituir, impunemente, ni por la «diosa razón», ni por la «diosa evolución biológica», ni por la «diosa economía», ni por la «diosa cultura del entretenimiento», ni por la «diosa del neopaganismo». Se podrá creer o no creer, pero no ha podido sustituirse en el corazón del pueblo cristiano.

JOSÉ ANTONIO MATEOS RUIZ (Murcia, 1961). *Investigador dedicado al estudio de los diferentes movimientos espirituales de Oriente y Occidente. Fue miembro fundador del Círculo de Estudios Tradicionales de Albacete e integrante de diversas órdenes iniciáticas y caballerescas. Fue también secretario general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA y miembro del consejo de redacción de Boletín Temple. Ha colaborado como articulista en diferentes revistas impresas y digitales, como Almudena, Más Allá, Sufí, etcétera. En sus artículos ha*

tratado temas especializados, como la tradición esotérica, el simbolismo y el misticismo. En el año 2003 creó la revista digital Hermética, dedicada al estudio de las diferentes tradiciones espirituales de Occidente y Oriente.

CAPÍTULO XIII

Los templarios y la secta de los Asesinos

CHEMA FERRER CUÑAT

Para los habitantes del Occidente europeo, durante la Edad Media, Oriente estaba envuelto un halo de misterio, aunque ese misterio se debía, básicamente, a la ignorancia y al distanciamiento entre ambos mundos. Se sabía de los exóticos productos que llegaban de Oriente a través de la Ruta de la Seda o de las Especias, gracias a la pericia comercial de mercaderes genoveses y venecianos principalmente. Con las mercancías también llegaba el reflejo de ideas y concepciones cosmogónicas distintas. Pero durante aquel tiempo, tan sólo dos regiones geográficas eran realmente conscientes del refinamiento y alto grado de desarrollo de unos estados que permanecían islamizados desde hacía varias centurias. Únicamente los restos del antiguo, poderoso y rico Imperio Bizantino y los diminutos reinos hispánicos conocían de cerca el alto nivel cultural del islam. Los saberes científicos y filosóficos, de griegos y romanos, se habían refugiado en las metrópolis de las costas del antiguo Egipto y Oriente Próximo, tras la llegada de los pueblos bárbaros a Europa, a partir de siglo IV de la era cristiana. Las cruzadas permitirán que arriben a las principales metrópolis y reinos cristianos nuevas concepciones filosóficas y científicas o, simplemente, aquellas que ya existían con anterioridad, pero de las que tan sólo quedaba su eco.

El islam se había extendido rápidamente por Oriente y África. Tras la muerte de su profeta, Mahoma (c.570-632), se estableció un califato que fueron ocupando sus descendientes, no sin sufrir diversas luchas internas, provocadas por la ambición de facciones encabezadas por diferentes miembros del linaje del profeta. Muchos de ellos murieron asesinados. El primer conflicto sucesorio grave surge tras el asesinato de Ali ibn Talib (661), último califa de la estirpe de Mahoma. Tras estos hechos, surgirá con fuerza el califato de la familia de los omeyas en Damasco, que llegó a controlar los primeros tiempos de Al Ándalus en España. Frente a los omeyas, surgieron diversas corrientes. Fruto de estos enfrentamientos sucesorios nacieron las dos ramas principales del islam: la sunní, defensora de la ortodoxia del dogma, así como de la libre elección del sucesor del profeta, y el chiismo, con un culto de tendencia más abierta, pero que reclamaba el califato únicamente para el linaje del profeta. De esta última concepción también surgieron posiciones encontradas, que desembocaron en la creación del «ismaelismo». Tras la muerte prematura del imam Ismael —hijo de

Abraham a través de Agar, sierva de su esposa Sara—, su hermano se hizo con el poder en detrimento del hijo de Ismael. Una parte importante del chiismo defendió la legitimidad de este hijo y así nació el ismaelismo. El movimiento tuvo que mantenerse en la clandestinidad, sobre todo, por la concepción esotérica y heterodoxa que mantenían en la práctica religiosa. Los ismaelitas defienden la existencia de un sentido esotérico del Corán, que sólo se comunica a aquellos que pertenecen a los grados superiores de iniciación. De ahí que también sean conocidos como *batiniyya* (de *batin*, esotérico) y *talimiyya* (de *talim*, doctrina)

En el año 969, los ismaelitas alcanzan el poder, a través de la dinastía fatimí, que gobernará en Egipto durante más de dos siglos. Esto supondrá un grave problema, ya que el planteamiento básico de su religión no estaba concebido para convertirse en un culto abierto, oficial y exotérico (externo) y, menos aún, para que fuera susceptible de llegar a todas las capas de la sociedad musulmana.

Esta corriente ismaelita aún sufrirá una escisión más, en el año 1094, poco antes de la llegada de los cruzados a Oriente, cuando los sucesores del califa fatimí Al Mustansir (c.1038-1094) se enfrentan por el poder. Surgen así los nizaríes, partidarios de Nizar, uno de los hijos del califa fatimí. Muchos de los seguidores del imam Nizar hallarán refugio en la fortaleza de Alamut, en las montañas de Irán. De este grupo de nizaríes se nutrió la secta conocida en Occidente como Asesinos (fig. 27).

La secta ismaelita de los Asesinos, desde sus centros de operaciones de Alamut y de Masyaf, cerca de Hamah, Siria, tuvo por objetivo eliminar a las principales personalidades religiosas, militares y políticas musulmanas o conseguir dinero de ellas a cambio de «protección».

El fundador de la secta de los Asesinos, en 1090, fue el carismático Hasan al Sabbah, conocido como el «Viejo de la Montaña».

La llamada «secta de los *hashshashin*» o Asesinos derivó del ismaelismo (chiismo septimano) y de las doctrinas de los sufíes, consideradas desviadas y heréticas por el islam. Estaban también imbuidos del esoterismo griego-alejandrino, es decir, el hermetismo y el neoplatonismo. Tal fue su fama que, hasta el mismísimo Marco Polo (c.1254-1324) relataba a Rustichello de Pisa, el escritor que plasmó sus viajes en el *Libro de las Maravillas del Mundo*, quiénes eran aquellos misteriosos caballeros islámicos. Fue tanta su popularidad, por cometer crímenes y magnicidios entre los más relevantes personajes de su tiempo, que, según otras teorías, el apelativo de *hashshashin* o *hashshiyyin* (comedores de hachís o drogados de hachís) derivó hacia el concepto de «asesino». Aunque el significado de este vocablo estaba vinculado a los «comedores de hierba», la fama de aquellas gentes varió el sentido que se le dio en Europa: en numerosas lenguas occidentales, un «asesino» es el criminal que comete un homicidio. Cabe señalar, sin embargo, que a los miembros de ese ejército secreto que en Oriente eran también llamados *ghulat* (fanáticos) por sus enemigos, y que en

Occidente fueron conocidos como Asesinos, no se les hace del todo justicia. Al parecer Marco Polo se confundió al oírlos llamar *hashshashin*. Creyó el célebre viajero y comerciante veneciano que tal denominación se debía a que su cruel fanatismo era estimulado por el consumo de *haschis*. De allí se deriva, en varias lenguas romances, la palabra «asesino». Pero la verdad parece ser otra. «Si hemos de creer al gran escritor de origen libanés Amin Maalouf, en su magistral libro *Samarcande*, la palabra proviene de la forma como Hasan al Sabbah acostumbraba a llamarlos: *Assasiyoum*, o sea, fieles al *Assa*, es decir, al Fundamento de la Fe. Eran también llamados los *fidai*, o sea “los que se sacrifican”». (Cfr. Manuel Caballero: «El Viejo de la Montaña», *El Universal*, 23 de septiembre de 2001). Por tanto, una forma más correcta de denominarles sería *assasis* o *assacis*.

Para los ismaelitas, la visión que en Occidente se tiene de la supuesta «secta de los Asesinos» es una visión tergiversada y calumniosa. Abdelkarim Osuna afirma que el ismaelismo reformado de Alamut fue «un movimiento de iniciación y caballería espiritual comparable en cuanto a su belleza y amplitud de miras al de San Francisco de Asís, pero que se ve una y otra vez ensuciado por la necesidad de algunas mentes de hacer tenebroso lo que no se comprende». Y añade: «La leyenda negra de Hasan Sabbah ha sido repetida numerosas veces desde que fuera recogida por algunas crónicas cruzadas y por Marco Polo. Según Henry Corbin relata en su *Historia de la filosofía islámica*, fue rescatada por Von Hammer-Purgstall en el siglo XIX (*Geschichte der Assasinen*), el cual transfirió su obsesión por las sociedades secretas a los fatimíes, y “les atribuyó todos los crímenes que en Europa atribuían a los francmasones o a los jesuitas”. Él inventó el término “secta de los Asesinos”, y a partir de ahí se produce una etimología casi cómica: S. De Sacy, en su *Exposé sur la religion des Druzes* sostiene que “asesinos” viene de *hashshashin*: consumidores de *hashish*». (Abdelkarim Osuna: «Fantasías sobre “el Viejo de la Montaña”», *Webislam* núm. 144, 20 de octubre de 2001). Tendríamos, por tanto, que «los asesinos» representarían en realidad el arquetipo de «guardianes de Tierra Santa» dentro del mundo islámico, el mismo que representarían los templarios dentro del cristianismo. (Véase capítulo XI: «Los guardianes de Tierra Santa. El esoterismo templario»).

Era inevitable que las doctrinas proclamadas por Mahoma y extendidas más tarde por Asia y África, gracias a la expansión militar que llevaron a cabo personajes como Mohaviah, se entremezclaran y adoptaran distintas visiones, debido al contacto y adaptación con las creencias e idiosincrasia nativas.

No cabe duda de que la permisividad inicial del islam respecto a otros credos permitió en muchas ocasiones el intercambio y la simbiosis de ideas y concepciones distintas, llegando a modificar sensiblemente la doctrina original. Indudablemente, esto fue lo que sucedió con el advenimiento de la religión mahometana en Persia. No hay duda alguna de que el sustrato de la cultura y religión persas modificaron y

completaron, en sus principales conceptos, la visión cosmogónica de la idea del hombre y de Dios en la nueva religión mahometana.

El final del siglo XI supone un hito en la historia del islam. Ciertas tribus centroasiáticas modificaron la concepción política y las fronteras de los califatos tradicionales. Aquellos recién llegados eran los turcos selyúcidas. Es cierto que acabaron abrazando el islam y que, finalmente, fueron absorbidos por él, pero también sumieron a la región en un caos y disgregación que hacía centurias que no se conocían. Bizancio perdió el control de Tierra Santa y, posteriormente, toda presencia en la península de Anatolia —en la actual Turquía—, tras caer derrotados en la batalla de Mazinkert (1071). Esta situación fue el detonante de las cruzadas.

La creación de la futura Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón es una consecuencia de estos acontecimientos. Durante su existencia, fueron el mayor exponente de la profunda asimilación, y posterior difusión, de los conocimientos científicos y las doctrinas de Oriente. Los ejemplos son numerosísimos: las artes e instrumentos de navegación —junto al desarrollo de las «cartas de marear»—, el comercio, la agricultura —nuevas especies de árboles y plantas que importaron a Europa—, las nuevas y refinadas técnicas arquitectónicas, la medicina, y, naturalmente, los aspectos que más literatura y estudios han generado sobre la Orden: la asimilación de conocimientos tradicionales y otras doctrinas consideradas, en aquel tiempo, heréticas.

El carisma y predisposición de aquellos monjes-guerreros fueron fundamentales para que se diera este intercambio. El bagaje esotérico cristiano, del que era portadora la Orden templaria, tuvo su fiel reflejo en la secta de los *hashshashin*. Como los templarios, los Asesinos utilizaron los principios caballerescos despojándolos de laicidad y vinculándolos a la espiritualidad y la religión. (Existe una clara línea coincidente con los preceptos del mentor de los templarios, San Bernardo de Claraval, que no dudó en exponerlos en su obra *De laudae nova militiae ad milites Templi*). Como adeptos al sufismo, los *hashshashin* ofrecieron la visión más esotérica del islam. Estos y otros serían los argumentos que se esgrimieron como pruebas durante el proceso y extinción de la Orden templaria a principios del siglo XIV.

HACHÍS E ISLAM

El llamado «hachís» es una concentración del polen extraído de las flores de la planta del cáñamo. Dependiendo de la variedad concreta de la planta, concentra en mayor o menor medida unas sustancias llamadas «cannabinoides», de poderosos efectos alucinógenos.

La relación del cáñamo y sus derivados con los pobladores de Asia tiene orígenes

ancestrales y todavía se discute si fue esta planta o el trigo la primera que se utilizó cuando nació la agricultura. No en vano, la traducción de la palabra árabe *hashish* no es otra que ‘hierba’. Del cáñamo se extraían fibras con las que se confeccionaban tejidos muy resistentes; machacado y formando una espesa pasta se fabricaba el papel: la ciudad de Biblos (Siria) se hizo famosa por su calidad y monopolio inicial; con el cáñamo se trenzaban cuerdas; de la molienda de sus semillas se extraía harina y de su prensado, un aceite muy nutritivo. Sus floraciones se utilizaban en prácticas terapéuticas y religiosas: desde los ritos chamánicos de las sociedades más primitivas, hasta los ceremoniales más sofisticados de las religiones persas y brahmánicas.

Los árabes conocieron la farmacopea derivada del cáñamo y su uso como droga ociosa a través de los botánicos y médicos griegos; este singular producto llegaba desde la India a través de la Ruta de las Especies. Las traducciones al árabe de autores como Dioscórides o Galeno permitieron que las elites musulmanas conocieran las propiedades de aquella planta; pero será en el siglo X cuando el mundo árabe adquiera el conocimiento más profundo sobre las aplicaciones del cáñamo. En este impulso tuvo mucha parte la traducción de un libro escrito en arameo, titulado *Agricultura nabatea*.

Pero, ¿qué enseñaba la doctrina del islam en cuanto a este tipo de sustancias? Las enseñanzas coránicas no rechazaban el alcohol u otras sustancias embriagadoras, sino que alertaban de su uso inadecuado e inducían al creyente a evitarlas; de hecho, sólo en contadas ocasiones fueron prohibidas taxativamente. Por el contrario, el consumo de cannabis —en aquella época, únicamente ingerido y nunca fumado—, se consideró muy indicado entre los adeptos al nuevo movimiento sufí, ya que facilitaba la comunión directa con Dios que tanto pregonaban. Estimulaban, mediante el uso de estas drogas, la llamada conciencia mística. El consumo de hachís se convirtió en un acto más de su religión. El poeta Mamad Ibn Rustum al Isirdi (1222-1258) decía: «El hachís es el secreto con que el espíritu se eleva hacia los más sublimes lugares, una ascensión celestial de un espíritu libre de ataduras corporales y mundanas».

Por el aspecto ascético y su posición contracultural, los sufíes siempre fueron molestos, tanto para el común de la sociedad como para sus dirigentes. Hasta hoy llega el eco de aquellos creyentes ante la visión de las danzas místicas de los derviches giróvagos de la Anatolia, que bailan bajo los efectos del cannabis, sustancia que les ayuda a sobrellevar las largas horas de ayuno, oración y meditación previas.

Del consumo del cannabis entre los pertenecientes a la secta sufí, daba noticia el viajero y botánico hispanomusulmán Ibn al Baytar al Malqi, que nació en Málaga y murió en Damasco en el año 1248. Contaba que su primer encuentro con el cannabis fue en Egipto; allí observó que los sufíes cocinaban las hojas e inflorescencias a fuego lento, hasta que se secaban. Luego, las prensaban y formaban una especie de píldoras, acabándolas de tostar con sésamo y azúcar. Las comían con fruición, como si fueran golosinas. De su consumo sin medida, Al Malqi contaba: «Los sufíes que consumen el

hachís demuestran constantemente su efecto pernicioso, ya que debilita sus mentes, aparecen como maníacos e incluso los lleva hasta la muerte».

En el año 1253, el sultán de Egipto, Najm al Din Ayyub, ordena la siega y quema de las plantas de cáñamo que tradicionalmente se cultivaban en un jardín de la ciudad de El Cairo, llamado Kafur. Tanta era la demanda, que los campesinos de los alrededores, al conocer que la ley sólo afectaba a la ciudad, decidieron plantarla en sus campos y hacer del mercado de hachís un próspero negocio.

En el mundo islámico de la Edad Media, los ataques contra el consumo desmesurado de hachís crecían en la misma medida en que se consideraba fuente de la heterodoxia en la religión y generaba problemas de orden. Una vez condenada su posible acción terapéutica, el cáñamo entra a formar parte de los tratados de enfermedades, como el escrito por Badr al Din al Zarkasi: «Las hojas del cáñamo cultivado producen dolor de cabeza, consumen y desecan el semen y generan muchas cavilaciones [...]; provoca fiebre hética, tuberculosis, hidropesía y sodomía pasiva...».

De sodomía se acusaba con frecuencia a los sufíes y, por extensión, a los Asesinos, ya que se entendía que la sodomía era el resultado de sufrir la enfermedad descrita como «sodomía pasiva». Ésta es una enfermedad en la que se inflaman los músculos que rodean el ano e incitan, al que la padece, a que continuamente se esté rascando, llegando al punto de desear ser sodomizado, en busca de alivio. Desde luego, no es una conjetura muy científica.

La noticia sobre el uso del cannabis entre los pueblos de Oriente llega en la Edad Media a Europa de la pluma del abad Arnoldo de Lübek (siglo XII); en su obra *Cronica Slavorum*, este religioso cuenta los efectos del cáñamo entre ciertas sectas otomanas —los derviches, seguramente— y nombra a otros, llamados «asesinos», de los que cuenta que cometen sus crímenes bajo el efecto alucinógeno de esa planta. En España se escuchará por primera vez la palabra «asesino» cuando Alfonso X *el Sabio* la incluya en sus famosas *Cantigas*, en el siglo XIII.

EL VIEJO DE LA MONTAÑA

La ciudad de Rei se encontraba en una Persia hacía tiempo islamizada. Allí nació, en el año 1050, Hasan al Sabbah, el fundador de la secta de los *hashshashin*. Pertenecía a una familia árabe acomodada y muy creyente —su padre abandonó los negocios y se retiró a un monasterio, cosa que debió impactar profundamente a su vástago—. Hasan pudo recibir una buena educación que completó más adelante en Nischapur. Allí estudió la filosofía griega y persa, aprendió astronomía y matemáticas, y profundizó en el Corán. También conoció a nobles influyentes que le proporcionaron un puesto en la corte del sultán en Ispahán. Ocupó un cargo en una especie de cuerpo de policía secreta

del sultanato y quiso medrar en la corte incluso a costa de sus antiguos benefactores. Fracasado en sus propósitos, volvió a la pequeña ciudad de Rei, donde profundizó en su relación con la secta de los batiníes —una rama ismaelita dedicada a la búsqueda del sentido oculto del Corán—. Esta rama del islam ponía especial énfasis en defender la pureza de los textos coránicos, además de caracterizarse por estar estructurada jerárquicamente. Sus ansias de poder pudieron colmarse en el seno de esta religión y prueba de ello es que su interés y devoción fueron premiados en el año 1076, cuando se le encargó encabezar una embajada dirigida a las comunidades ismaelitas de la vecina Azerbaiyán. Fue tanta su diligencia que, como premio, se le envió junto al gran maestro en El Cairo. En aquella ciudad, la dinastía fatimí —partidaria del ismaelismo—, mantenía una madrasa o escuela religiosa muy peculiar, llamada Al Azhar. En aquella escuela se enseñaban, además de la doctrina del islam, artes persuasorias, oratoria, e incluso el arte del asesinato. Hasan aprendió también la técnica de la codificación de los mensajes y su interpretación, un método que le resultaría especialmente útil en sus planes futuros.

En El Cairo conoció los efectos del hachís, al tiempo que se desilusionaba por el ismaelismo. Creyó que algo más profundo y trascendental podía inferirse del islam. Abandonó la ciudad, tras las persecuciones del emir Badr al Jamali, y se trasladó a las costas de Palestina y Siria, en el año 1080. Llegó a Beirut famélico y cubierto de andrajos. Adquiriendo las maneras de un profeta, comenzó a formar las bases de una doctrina, al tiempo que la difundía. Muchos se sintieron atraídos por su magnetismo y no tardó en arrastrar a un buen número de seguidores. Promulgaba una doctrina ismaelita basada en el sufismo, impregnándola de tradiciones persas, zoroastrismo e incluso algunos rasgos de la primitiva religión cristiana. Sus discípulos aumentaban a cada paso, despertando, al tiempo, las sospechas de las autoridades. Hasan dio orden de partir hacia Persia.

Buscó un recóndito lugar junto a las orillas del mar Caspio, en las montañas de Rudbar. Allí se alzaba la mole del castillo de Alamut (fig. 28); a sus pies se extendía una rica vega, salpicada de numerosos caseríos y granjas. Un grupo de sus seguidores, los más fieles, fueron infiltrándose poco a poco en aquella comunidad. Desde los campesinos hasta los servidores y consejeros del señor del castillo cayeron en la red de la nueva religión. El castellano intentó detener a los sospechosos de aquella conspiración, pero sus fieles fueron asesinados. El señor envió mensajeros en busca de refuerzos, pero los correos nunca llegaron a su destino. La situación empeoró tanto que ni sus propios sirvientes lo atendían, hasta que una mañana Hasan al Sabbah se presentó ante él instándole a que recogiera sus pertenencias y abandonara el castillo.

Hasan, ahora convertido en nuevo señor, fortificó los accesos al valle y sometió la fortaleza a profundas reformas. En una de sus alas más apartadas recreó el Paraíso: un pabellón rodeado de jardines, donde convivían un buen número de huríes, encargadas

de proporcionar todo tipo de placeres a aquel que tuviera la suerte de acceder a ese recinto especial. Hasan convencía a sus prosélitos no sólo adoctrinándolos, sino proporcionándoles hachís y acompañándolos bajo sus efectos embriagadores a aquel «Jardín del Cielo». Algunos narraban que manaba vino y miel de sus fuentes y que las más bellas doncellas les ofrecían todo tipo de viandas exóticas; aquellas jóvenes, por supuesto, no dudaban en prodigarles todo tipo de placeres. Tras esta supuesta visión del Paraíso, los discípulos de Hasan eran capaces de todo (fig. 29).

Los acólitos se clasificaban según sus aptitudes. Había clases de adoctrinamiento que se completaban con duros ejercicios físicos y entrenamiento marcial. El sistema escogido, para conseguir el éxito político frente a los vecinos y enemigos, era el terrorismo. (Era indudable que no tenían capacidad para enfrentarse a un ejército convencional y una táctica común acabaría, indudablemente, en fracaso). Se formaban pequeños comandos que permanecían durante largo tiempo «durmientes», hasta que, aprovechando la confianza del entorno, asestaban el golpe definitivo. Estas acciones se llevaban a cabo preferiblemente a plena luz y en lugar abierto, ante los ojos de la población. El efecto era demoledor y la leyenda se fortalecía.

La doctrina de los seguidores de Hasan se complementó con las antiguas creencias persas, haciendo del libro de Abu Yaqub as Sijistani, *El libro de las fuentes* y el conocido como *Jaw an Mardi*, las bases de su nueva mística. Estos conocimientos se sumaron a las creencias de los sufíes ismaelitas del Viejo de la Montaña —legendario sobrenombre de Hasan que desde entonces pasaría a ser el título de sus sucesores—, así como los conceptos caballerescos conservados en Oriente desde los tiempos de Roma. En poco tiempo, la organización de Alamut se transforma en una auténtica caballería espiritual. Es entonces cuando comienza a forjarse la fama de esta orden de monjes-caballeros islámicos, que fueron temidos tanto por los cristianos como por los musulmanes.

Por aquel tiempo, los turcos selyúcidas, procedentes de Asia Central, controlaban el mundo árabe y se habían convertido a la doctrina sunní; eran los valedores del califa de Bagdad. El mismo visir de Bagdad era un turco que organizó una expedición para conquistar Alamut y expulsar de allí a aquel visionario: Hasan el Sabbah. No tuvo reparos ni temor ante el relato de sus embajadores, que presenciaron cómo, con un solo gesto, el Viejo de la Montaña mandaba a uno de sus guardias a una muerte segura, lanzándose al vacío desde lo alto de la fortaleza. El visir envió a sus tropas contra Alamut y cuando los restos de su derrotado ejército volvieron a Bagdad, escuchó el relato de sus soldados: se habían enfrentado a auténticos demonios vestidos de blanco.

Algún tiempo después, el visir de Bagdad se dirigía hacia la Gran Mezquita, transportado en su palanquín, cuando dos desconocidos se abalanzaron sobre las cortinas de su litera y asestaron decenas de puñaladas sobre el cuerpo del mandatario selyúcida. Tras consumir el asesinato, dejaron caer sus dagas al suelo y fueron

apresados. No hizo falta torturarlos para que confesaran. Decían venir de Alamut y aseguraban que cumplían órdenes del Viejo de la Montaña; fueron rápidamente ajusticiados. El sultán había montado en cólera al escuchar la osadía del nuevo señor de Alamut. Rápidamente, comenzó los preparativos de otra expedición para conquistar aquel castillo y capturar a aquel rebelde. Poco tiempo después, los habitantes de Bagdad temblaron de pavor al escuchar que el sultán había sido envenenado por su cocinero y que éste había confesado seguir instrucciones del Viejo de la Montaña. El poder de los turcos selyúcidas comenzaría a resquebrajarse por estos magnicidios. Era el momento para que Nizar, el compañero de Hasan al Sabbah tomara las riendas del gobierno fatimí de El Cairo —defensor de las doctrinas de chiíes e ismaelitas—. Nizar es capturado y muere emparedado vivo. La leyenda cuenta que su hijo escapó y fue llevado a Alamut.

El Viejo de la Montaña colaboró, sin saberlo, en la disgregación del califato de Bagdad, haciendo que las guerras intestinas por el poder desembocaran en la división del territorio en pequeños estados musulmanes: presas fáciles ante la inminente llegada de los cruzados a Tierra Santa. Hasan al Sabbah también aprovechó la ocasión para ampliar sus territorios, tomando numerosos castillos que extendían su poder hacia la costa del mar Mediterráneo, llegando a Siria, el lugar donde poco después convivirían con los templarios.

La presencia de los *hashshashin* representaba un verdadero peligro en dos vertientes: en primer lugar, por su capacidad de agresión; en segundo término, por su doctrina, claramente herética a ojos de la ortodoxia musulmana. La audacia de sus acciones podía considerarse un paso más allá de la simple doctrina herética de los sufíes. Su hermenéutica espiritual, ampliamente difundida por un intenso y meditado *dawah* —predicación musulmana con fines de ganar prosélitos—, ponía en peligro todo el engranaje oficial, con su pléyade de ulemas al servicio del poder. El terror de aquel grupo alcanzaba límites inauditos: en cierta ocasión, uno de aquellos «asesinos», tras ser capturado, confesó que contaba con la colaboración de más de veinte guardias de palacio. Rápidamente, todos los cómplices fueron apresados y ejecutados, pero el estupor inundó el palacio cuando se supo que todo había sido una mentira urdida por el «asesino». ¡Con un falso testimonio había conseguido eliminar a veinte enemigos!

El Viejo de la Montaña siempre permanecía recluido y dedicado al estudio en su fortaleza, no en vano reunió allí una de las mejores bibliotecas de la época. Sus agentes le enviaban cumplida información de lo que sucedía en el exterior. De su vida hay que resaltar que fue consecuente con sus propósitos y doctrina: llegó a decapitar a su primer hijo por hallarlo en estado de embriaguez —producida por el alcohol—, y a su segundo hijo también, por el mero hecho de ser sospechoso de un delito que no cometió. Su mujer e hijas también fueron expulsadas de Alamut por enfrentarse a él. Ya anciano, Hasan, el Viejo de la Montaña, nombró sucesor en la persona de Kiya Burzug

Humid y se cuenta que ambos permanecieron algunas semanas encerrados en los aposentos de Hasan. Aquel lo instruyó debidamente y se dice que en el lecho de muerte le confesó su máxima: «Nada es verdad y todo está permitido». Hasan murió el 12 de junio de 1124.

La fortaleza de Alamut cayó en poder de las hordas mongolas de Hulagu en el año 1265. Muy poco se pudo salvar de las llamas y el pillaje. De su espléndida biblioteca y archivos, tan sólo se pudieron rescatar algunos textos, de los que se hicieron eco los historiadores y eruditos mongoles algún tiempo más tarde. Curiosamente, las hordas mongolas liberaron al gran sabio y astrónomo chiita Nasiruddín at Tusí (1201-1274), que se hallaba prisionero en las mazmorras de los Asesinos.

EL SUFISMO Y LA CABALLERÍA

La *Yaw an mardī* era la tradición caballeresca originaria de Oriente antes de la expansión del islam en aquel territorio. Al igual que la posterior caballería occidental, la de Oriente estaba basada en valores como el auxilio a los necesitados, la generosidad, la compasión, el sacrificio, el honor y la humildad. Todos estos conceptos se adaptarían y completarían la doctrina sufí cuando la sociedad asimiló el islamismo. La práctica caballeresca y las normas de su ética eran la actividad habitual de los *ribat* o conventos fortificados, si así se pudieran denominar, donde se congregaban los miembros de esta caballería espiritual islámica. El sufismo, por tanto, tiene dos aspectos claramente diferenciados: el que coincide con la vía interior de la espiritualidad y el exterior, de modales y ética caballeresca.

Esta caballería islámica es la que practica a menudo el concepto de *yihad* o «guerra santa», idea que también se exportaría a Occidente, y la Roma católica lo traduciría en el concepto de cruzada. La guerra santa islámica puede entenderse como antecedente de la cruzada cristiana y, en parte, desencadenaría un proceso por el cual las órdenes monacales cristianas tomaron las armas. El caballero lego tenía la oportunidad de recubrir el acero de su armadura con un caparazón definitivo que le proporcionaba la espiritualidad de sus votos.

El islam se impuso en Oriente Próximo y Extremo Oriente antes del siglo VIII. El sustrato de las religiones que lo precedieron permanecía y modificaba, en muchos casos, la doctrina musulmana. El Corán, su libro sagrado, es el referente principal aunque a él se añadan textos complementarios, llamados *hadiz*.

Como fruto de algunas de estas influencias aparece el sufismo. La palabra «sufí» deriva de la palabra *suf*, que significa 'lana'. Los seguidores del sufismo vestían prendas de lana, que usaban indefinidamente hasta que se convertían casi en andrajos; era un modo de diferenciarse y contraponerse a los grandes señores y a las prendas de

algodón que identificaban a los imames mahometanos. El sufismo también bebe de las mismas fuentes que el cristianismo y por ello la ortodoxia musulmana lo consideraba con frecuencia una doctrina herética. Todas las ramas y herejías islámicas se fundamentan en la historia hebraica. El islam admite, del mismo modo, las distintas jerarquías angélicas y considera que el patriarca Abraham fue uno de sus grandes profetas. Respecto al cristianismo, el mundo musulmán rechaza la idea del Espíritu Santo y asegura que Jesús ni murió en la cruz ni fue hijo de Dios; sólo lo reconocen como uno más de los grandes profetas.

El cristianismo primitivo y su visión gnóstica, el zoroastrismo y el maniqueísmo alimentaron a las distintas facciones del islam. También derivaron otras ramas de dichas facciones. De los ismaelitas, por ejemplo, nacieron los «asesinos», los drusos y los ansaríes o nusairíes.

Los drusos, establecidos en el macizo del mismo nombre, son una secta iniciática fundada por Hakem, sexto jalifa fatimí de Egipto, y su consejero, el persa Hamza, que convirtió a los drusos del Líbano a la doctrina (siglo xi). El libro sagrado de los drusos es el *Kitab al Hikmat* (Libro de la Sabiduría). Una rebelión de drusos sirios fue la que obligó a Francia a evacuar Damasco en 1925.

Los ansaríes o nusairíes —no confundir con los nizaríes— son un grupo sincrético musulmán, fundado por Muhammad Ibn Nusair en 859. Proceden de los ismaelitas y en ellos se aprecia la influencia de la gnosis cristiana: en sus misterios celebran una especie de misa bajo las apariencias del vino, rito destinado a procurar la iluminación; creen en la metempsicosis o transmigración del alma de un cuerpo a otro tras la muerte —en el cristianismo, esta idea de reencarnación sólo fue defendida por Orígenes, en la era patrística, recibiendo virulentos ataques de San Agustín de Hipona y Eneas de Gaza y siendo condenada por diversos concilios cristianos—.

Respecto a la orden de los ismaelitas de Alamut, coincidía en muchos aspectos con la caballería de Occidente: los modos y maneras corteses, la necesidad de búsqueda trascendente, la próxima llegada del Paráclito, tal como anunció Jesús el Cristo durante la Última Cena, según cuenta el Evangelio de Juan: «Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn. 14, 13) [...] y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad» (Jn. 14, 16).

Para los ismaelitas, Dios sólo puede intuirse a través de la Razón Universal. De aquí nacen la vida, la materia, el espacio y el tiempo, que se reunirán con el Ser Supremo al final de los tiempos. El ismaelismo, como se dijo al principio de este capítulo, también rompió con la tradición de una sucesión hereditaria en el islam, promovida por los primeros califas, todos ellos pertenecientes al linaje del mismísimo profeta Mahoma.

El hito principal dentro de la secta ismaelí de los *hashshashin* sucede el 17 de ramadán del año 559 (8 de agosto de 1164), cuando el Viejo de la Montaña proclamó

«la Gran Resurrección» —*Qiyamat al Quiyamat*—, en la montaña de Alamut ante sus adeptos. Esta doctrina no significaba otra cosa que la liberación de toda interpretación literal del Corán y la exigencia a todos los musulmanes de que desarrollaran una hermenéutica espiritual propia. El filósofo, gramático, iranólogo y arabista Henry Corbin (1903–1978), que fue bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Francia, explicó en su *Historia de la filosofía islámica* (1964; publicado en español por la editorial Trotta, Madrid, 2000) que «lo que implicaba era nada más y nada menos que el advenimiento de un puro islam espiritual, liberado de todo espíritu legalista, de toda servidumbre a la Ley: una vía personal hacia la Resurrección que es nacimiento espiritual, en la medida en que hace descubrir y vivir el sentido espiritual de las revelaciones proféticas».

¿En qué consistía realmente aquella «visión sufí»? La esencia del sufismo es la verdad y, para alcanzarla, utiliza la senda espiritual hacia Dios que se denomina *tariqat*. Ése es el camino que conduce al sufí a la verdad por medio del amor divino y la devoción. Los sufíes proclaman: «A quienes tienen apego a este mundo les está vedado el otro mundo y a los del otro mundo les está vedado este mundo. Ambos mundos les están vedados al sufí». (Cfr. Dr. Javad Nurbakhsh: compendio de un discurso pronunciado en la Universidad de la Sorbona en 1963).

Probablemente la vía interior (*al tasawwuf*) islámica del sufismo pueda explicarse mejor con las siguientes palabras del poeta sufí Shebli —discípulo de Yoneid, guía de la escuela de los místicos de Bagdad del siglo x—: «Quien muere con amor a este mundo es un hipócrita; quien muere con el anhelo del Paraíso es un asceta; pero quien muere enamorado de la verdad es un sufí».

La ferocidad del alma, del «yo», va diluyéndose, purificándose y transformándose en atributos divinos, hasta que el alma llega a su perfección. No aplicaban el ayuno ascético porque, si bien en un principio podía ayudar al espíritu en su iluminación, pasado un tiempo, las pasiones y desenfreno podrían volver con más furor, si cabe, y hacerlas realmente indomables.

La senda espiritual (*tariqat*) está formada por tres conceptos principales que son: la pobreza espiritual (*fair*); la vestidura espiritual (*jerqueh*), y el continuo recuerdo de Dios (*zeker*). La pobreza espiritual es sentirse imperfecto y sentir la necesidad de perfección; la vestidura espiritual es el símbolo de los atributos y cualidades divinos que hay que alcanzar; el continuo recuerdo de Dios es el proceso por el que el «yo» del creyente desaparece y la naturaleza divina comienza a manifestarse. «Sólo los puros pueden aprehender la verdad» (sura 56 del Corán).

LAS ENCOMIENDAS TEMPLARIAS Y LOS 'HASHHASHIN'

Tras la formación de los primeros Estados cruzados, uno de los principales problemas era mantener en aquellos nuevos territorios una población estable de cristianos, o afines. Conseguirlo se hizo del todo imposible, así que tuvieron que adoptar una postura tolerante frente a razas, religiones y costumbres. Obviamente, además de los nuevos príncipes cristianos y sus mesnadas, tan sólo quedaron las órdenes militares como garantes de la seguridad de caminos y fronteras.

La división territorial del «reino» que controlaba el Viejo de la Montaña se dividía en tres regiones: Siria, el actual Irak y la Persia oriental, que incluía las regiones de Jorasan, Kuhistan y Transoxiana.

En su lucha particular por hacer que el ismaelismo triunfara en Palestina y Siria, la secta de los Asesinos ya estaba presente en aquellas tierras antes de la llegada de los primeros cruzados. Sus miembros se habían infiltrado en la corte del señor de Alepo (Siria) y habían sembrado la discordia entre el linaje otomano dominante, hasta tal punto de que Ridwan de Alepo odiaba a Dukak, su hermano pequeño, y había ordenado que lo asesinaran. Dukak pudo huir y se refugió en Damasco, y proclamó su independencia con el apoyo de sus seguidores.

Antioquía, la primera capital sitiada por los francos tras la conquista de Anatolia, estaba defendida por Yaghi Siyan, suegro del mismo Ridwan y con el que también estaba enfrentado. Antioquía terminará cayendo ante los cruzados, que pasaron a cuchillo a todos sus defensores, según cuentan las crónicas.

Tras la muerte de Ridwan, en 1113, se desata la furia contra la secta de los Asesinos y no hay nadie en la ciudad de Alepo que los proteja, desencadenándose una venganza generalizada; los ismaelitas y sus familias son perseguidos, casa por casa, para lincharlos hasta la muerte. Las crónicas árabes de la época dicen que se dio muerte a más de doscientos y que los que lograron escapar se refugiaron en los castillos y ciudades de los cristianos.

Los *hashshashin* contemplaron con cierto alivio la llegada de los cruzados a Tierra Santa. El Viejo de la Montaña veía en ellos un contrapeso importante al poder árabe y turco. La hegemonía persa hacía muchas centurias que había desaparecido, pero su rescoldo continuaba vivo en la memoria de Hasan. Apenas entraron en contacto con la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón, debido a sus numerosas posesiones en Siria, los Asesinos descubrieron las muchas afinidades que los unían.

Los Asesinos continuaban minando en Siria el poder árabe y otomano, principalmente. En el año 1125, las ciudades de Alepo y Mosul conforman un eje que el Viejo de la Montaña considerará como el objetivo a batir. Ese mismo año, el cadí (juez) de Alepo había limpiado el gobierno de infiltrados ismaelitas, «asesinos», a los que acusaba de su relación con los invasores cristianos: los llamaron «batiníes», cuyo significado tiene relación con el acto de profesar una religión distinta a la que se demuestra en público. Además, el cadí de Alepo había rechazado con éxito a los

cristianos. En cierta ocasión, Ibn al Khachab, que así se llamaba el valiente cadí, salió de la mezquita tras la oración del mediodía, y entonces un asceta andrajoso se abalanzó sobre él y le hundió una daga en el pecho. Nadie podía librarse de la venganza de los Asesinos.

Distinta suerte corrió Damasco en aquellos años. El *atabeg* de la ciudad —especie de emir o gobernador entre los turcos que era nombrado tutor de un príncipe selyúcida— y su cadí decidieron ser cautelosos ante la llegada de Bahram, el nuevo representante de los *hashshashin*, que se presentaba ante ellos seguro de su labor de zapa entre la corte, el ejército y la población.

Tan sólo un año después, en 1126, las noticias llegan a Damasco: se decía que el desafortunado nuevo señor de Alepo y Mosul, tan vehemente como su antecesor, había caído ante la daga de los Asesinos. Así lo cuenta el historiador medieval Ibn al Qalanisi:

«El emir portaba una cota de malla y andaba siempre rodeado de soldados y sirvientes. Se encontraba ante la mezquita mayor de Mosul y allí estaban aquellos diablos disfrazados a la usanza de los sufíes y orando en un rincón. Se arrojaron encima del emir, pero sus dagas no atravesaron el metal, por lo que uno de ellos gritó que le acuchillaran la cabeza. Los “asesinos” fueron ejecutados allí mismo».

¿Hasta qué punto los Asesinos utilizaban su poder para beneficiar a los cruzados? El hijo del *atabeg* de Damasco había heredado el gobierno de la ciudad, pero no su control, que se mantenía en manos de un visir dominado por los Asesinos. La situación era crítica, ya que el visir pretendía entregar la ciudad a los cruzados a cambio de Tiro. Fueron las órdenes militares, encabezadas por el gran maestro de los templarios, las que urdieron el plan y los encargados de hacerlo cumplir. Los Asesinos, como una «quinta columna», se encargarían de abrir las puertas de la ciudad y de neutralizar cualquier reacción desde dentro. Las autoridades de Damasco conocieron estos planes y el *atabeg* ordenó que decapitaran al visir; ese mismo día, los sectarios ismaelitas y sus familias fueron masacrados y crucificados, era el año 1129. Sus cuerpos fueron expuestos para que los devorasen las alimañas. Una vez más, los supervivientes se dirigen al reino cristiano de Jerusalén, donde Balduino II los acoge. Pero Alamut ni cede ni olvida y se cobrará venganza: el *atabeg* de Damasco cae herido de muerte ante dos *fedai* o «asesinos» en el año 1131.

El rey Balduino II había entregado a los templarios la fortaleza de Baniyas, que estaba situada a los pies del sagrado monte Hermón. La donación del castillo de Baniyas tiene muchas connotaciones; es imposible saber si los caballeros del Templo insistieron en su cesión, como pago a su fidelidad, o, simplemente, fue una decisión del rey de Jerusalén por asegurar el acceso a una montaña de un valor comparable a la

mismísima ciudad de Jerusalén. Aquel lugar, supuestamente, era al que habían llegado los «hijos de Dios» —que no eran los hombres—, según los evangelios apócrifos y el Génesis (6, 1-7). Allí fue también donde se dirigió Jesús a meditar y donde se produjo su Transfiguración. Y, por añadir alguna curiosidad, a los pies del monte Hermón se formó una comunidad de monjes benedictinos que llegaron con los cruzados en el año 1101.

Esa entrega era también importante para los Asesinos: es evidente que esa fortaleza del monte Hermón se asignaba a una fuerza amiga (los templarios) que, además, era poseedora de conocimientos tradicionales suficientemente profundos para valorar aquel lugar.

Las donaciones a la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón comienzan a multiplicarse a partir de ese momento. El Concilio de Troyes le concede carta patente y con el apoyo de San Bernardo, la Orden consigue una Regla propia. Nadie parece indiferente ante la nueva Orden de monjes-guerreros. Las familias más pudientes entregan a sus hijos a la congregación y, en su defecto, tierras y donaciones; y las menos pudientes quieren que sus vástagos ingresen como sirvientes, artesanos y sargentos.

Entre las principales fortalezas templarias había una que se hallaba en el límite de los territorios dominados por los *hashshashin*: la que se erguía en la ciudad siria de Tortosa (Tartous) y que alargaba sus defensas hasta el puerto. Sin lugar a dudas, fue la plaza fuerte más importante de los templarios en Oriente y, allí, templarios y *hashshashins* urdían planes sobre el futuro de Siria y las provincias del norte. La ciudad poseía una catedral que dedicaba su principal advocación a la Virgen María, motivo por el que había sido destino tradicional de peregrinos mucho antes de la llegada de los cruzados. En ella se aplicaron las primeras novedades constructivas que evolucionaban desde el modelo oriental al gótico y que no tardarían mucho en adquirir fama en Occidente.

La diplomática relación que en ocasiones mantenían templarios y musulmanes favorecía el intercambio y son numerosos los testimonios de cronistas de la época en los que se narran las estancias de los caballeros templarios en las madrasas sufíes; pero tampoco faltan ejemplos que aseguran que los sufíes también acudían a las casas rectorales cristianas. En ocasiones, la colaboración militar entre los templarios y los musulmanes sirios era muy estrecha, incluso perjudicando a los señores cristianos. (Uno de los grandes maestros del Temple, Bertrand de Blanquefort, consiguió que se le entregaran pacíficamente ciertas fortalezas de la región de Transjordania. Su objetivo era evitar que el rey Foulques lanzara un ataque contra el sultanato fatimí de El Cairo, una empresa claramente abocada al fracaso).

El califato fatimí de El Cairo era la gran esperanza para los *hashshashin*, que esperaban que se materializara un regreso al chiismo, propiciando así una actitud

respetuosa con su doctrina súfi. Esta posibilidad se desvanece en el año 1171, ante el triunfo del linaje sunní de los abasíes» (Abu al Abbas). En estas circunstancias, Rashid al Din al Sinan, que ostentaba por entonces el título de Viejo de la Montaña, se dirige a Amalrico, rey de Jerusalén, y le ofrece una dudosa conversión al cristianismo.

Los templarios deciden, extrañamente, oponerse a esta conversión y no dudan en enfrentarse a ellos. Hacía poco tiempo que los *hashshashin* habían matado al hijo del conde Raimundo III de Trípoli. Con esa excusa, los templarios invadieron los dominios del Viejo de la Montaña, imponiéndoles un exagerado tributo en oro para, de ese modo, desagaviar al conde. Los *hashshashin* continúan sus conversaciones con el rey y prometen una conversión masiva que les libraría de aquel pago abusivo. En el año 1173, las tornas cambiaron; los templarios tendieron una celada y asesinaron a los embajadores súfies que retornaban de Jerusalén a sus fortalezas en Siria. El gran maestre de la Orden era Odón de Saint Amand y declaró que el culpable era un tal Gualterio de Mesnil, pero se negaba a entregarlo para que fuera juzgado. El rey montó en cólera y solicitó, por aquella afrenta, la disolución de la Orden ante el papa; obviamente, el pontífice romano hizo caso omiso. El rey envió un ejército que asedió la fortaleza templaria de Sidón, donde se encontraba en ese momento Odón de Saint Amand. Extrañamente, el rey Amalrico fue asesinado durante la segunda noche del cerco. ¿Quién cometió el magnicidio? ¿Templarios o Asesinos?

Realmente, las relaciones entre templarios y *hashshashin* no se retomaron hasta años después de la caída de Jerusalén ante Saladino (c.1137-1193). Un personaje mítico de aquella época, el inglés Ricardo *Corazón de León* (1157-1199), interfirió en todos los tratados y acuerdos existentes a su llegada a Tierra Santa, durante la tercera cruzada. Se enfrentó al señor de Chipre y lo expulsó, invadiendo su isla, para vendérsela, acto seguido, a los templarios, dirigidos ahora por el gran maestre Robert de Sable, antiguo almirante de la flota inglesa. Ricardo también tuvo grandes desavenencias con el rey de Francia, Felipe II, que abandonó la cruzada; y, con el paso del tiempo, el caballero inglés también tuvo problemas con los templarios. El trono de Jerusalén se disputaba ahora entre Guy de Lusignan, viudo de la reina Sybilla, y un recién llegado amigo de Ricardo, llamado Conrado de Montferrat. La corona ciñó finalmente la cabeza del candidato de Ricardo; los templarios, enfurecidos, le devolvieron Chipre y el inglés regaló la isla a Lusignan, para que se consolara. Pero los problemas acuciaban a Ricardo. Apenas llegaron noticias de Inglaterra de que su hermano Juan pretendía hacerse con el trono, pues lo daba por muerto, tuvo que acudir a los templarios para que le facilitaran el pasaje a bordo de algunos barcos y lo hicieran llegar rápidamente a Europa. Los templarios fueron muy perspicaces: su barco se refugió en un puerto veneciano del mar Adriático y Ricardo tuvo que seguir su camino por tierra hasta caer en manos de Leopoldo de Viena, que lo retuvo y pidió por él un suculento rescate.

El dux Conrado de Montferrat no tardó en ser víctima de la misteriosa secta de los

Asesinos y la noticia de su muerte corrió como la pólvora. Aquel crimen fue una de las primeras noticias que se tuvieron en Occidente respecto a esta secta y con ella comenzó también su leyenda. Se contaba que el *fedai* que lo asesinó estuvo durante seis meses en el campamento cristiano donde residía Conrado, haciéndose pasar por monje.

Entre las acciones legendarias de los Asesinos destacan las que llevaron a cabo contra el gran paladín musulmán Saladino, el unificador de los reinos árabes y el conquistador de Jerusalén frente a los cruzados. Saladino se hizo con el poder en Egipto a la muerte de Nur al Din y marchó hacia Siria para completar la unificación en el año 1174.

Un joven pretendiente al sultanato, llamado As Saleh, reclamaba sus derechos como hijo de Nur al Din, pero se vio obligado a abandonar Damasco y se refugió en Alepo. Saladino se erigía ya como rey de Egipto y Siria, aunque evitaba el título de sultán. Tenía en mente la figura del joven As Saleh, pues representaba un peligro para sus intereses, aunque aseguraba que sólo pretendía proteger al heredero y, de hecho, evitaba enfrentarse a él. Los consejeros de As Saleh no dudan en contratar los servicios de los Asesinos para acabar con la amenaza. Sinan, el Viejo de la Montaña, les promete matar a Saladino. La primera intentona ocurre en el año 1175, pero los *fedai* son descubiertos a poca distancia de la tienda de Saladino y se organiza una reyerta sangrienta en la que perecen los atacantes. Un año más tarde, durante uno de tantos asedios a la ciudad de Alepo, un «asesino» logra acercarse a su lecho y le asesta una puñalada en la cabeza: el gran Saladino salvó milagrosamente la vida al tomar la precaución de dormir con una coraza de anillas metálicas bajo su fez; Saladino consigue zafarse del atacante pero, como centellas, se abalanzan otros criminales que, afortunadamente para el todopoderoso musulmán, caen muertos a manos de los guardias.

Saladino, presa del furor, parte hacia los feudos del Viejo de la Montaña y asedia una de sus fortalezas: Masyaf. Tras su llegada, el Viejo de la Montaña envía una misiva amenazando de muerte a toda su familia. Dicen que semejante advertencia obligó a Saladino a levantar el sitio, pero hay otra versión, narrada por un tal Abu Firas, miembro de los Asesinos y autor de uno de los pocos documentos que se conservan sobre la secta. Éste lo contaba así:

«Se hallaba el mismísimo Sinan [el Viejo de la Montaña] observando el campamento de Saladino desde una colina cercana, con otros caballeros, cuando fueron descubiertos. Rápidamente fueron rodeados y cuando se disponían a capturarlos, los atacantes se vieron paralizados. Sinan les perdonó la vida ordenándoles que marcharan a Saladino a decirle que deseaba parlamentar. Saladino no podía creer lo que le contaron sus despavoridos guerreros e hizo cubrir de arena y cal toda la tierra que circundaba su tienda; llegada la noche, hizo iluminar su perímetro con antorchas

y reforzó la guardia. Durante la noche, creyó notar que alguien se le acercaba; sobresaltado, llamó a la guardia, descubriendo junto a su lecho un dulce envenenado sobre el que había un mensaje escrito: “Estás en nuestro poder”». (De *Las cruzadas vistas por los árabes*, de Amin Maalouf, Alianza Editorial, Madrid, 1993).

Al día siguiente, Saladino abandonó Masyaf y volvió a Damasco. Rashid al Din al-Sinan (muerto en 1192) fue el más famoso sucesor del primer Viejo de la Montaña. Sinan fue el gran maestro de la secta de los Asesinos que más contacto tuvo con el mundo de las cruzadas y los *frany*, como llamaban a los cristianos.

Los grandes maestros y comendadores templarios solían conocer la lengua árabe; acostumbraban, además, a incluir entre su servicio a escribientes y consejeros nativos. La Orden templaria reclutó, muy tempranamente, a hombres nacidos en Oriente. Era muy famosa la tropa auxiliar, los llamados «turcoples», que formaron parte, incluso, de la tropa templaria en las encomiendas de Europa. Los turcoples solían ser cristianos de origen ortodoxo, nacidos de madre griega y padre turco. Además de estas fuerzas de combate, se hacían rodear, en lo posible, de eruditos en diversas materias. La Orden templaria gozaba de una especial consideración en Oriente y a menudo solicitaban su presencia como garante de los pactos entre los príncipes y caudillos musulmanes y cristianos.

Los primeros caballeros templarios que llegaron a Tierra Santa no dudaron en confundirse con los nativos, utilizando largas túnicas y la típica *kuffiyya* con la que tocaban su cabeza. Tardaron un tiempo en adoptar su indumentaria definitiva y —no cabe duda— no fue elegida al azar. Sus colores y hechuras estaban bien estudiadas y se inspiraban en los atuendos de otras órdenes religiosas, sin olvidar ciertos componentes simbólicos necesarios.

Los cruzados, en muchos casos, se adaptaron a la vida oriental sin mayores traumas. Por ejemplo, muchos se unieron en matrimonio con mujeres sirias o armenias —los hijos nacidos de estas uniones se llamaban «potros»—, tuvieron sus propios feudos y su servidumbre y milicia se reclutaba entre los propios aborígenes. La asimilación y la integración de los cristianos en Oriente eran inevitables.

Una de las figuras más notables del siglo XIII, el emperador Federico II Hohenstaufen, incluyó en su corte a caballeros y eruditos de los llamados *hashshashin*. Este emperador era famoso por su erudición y por hablar árabe con soltura, pero fue excomulgado en numerosas ocasiones por su ambición, ya que quiso sojuzgar a los Estados Pontificios manteniendo abierto el enfrentamiento armado entre los llamados güelfos y gibelinos. Llegó a ceñir la corona de Jerusalén.

Las encomiendas templarias en Tierra Santa crecían a medida que los príncipes cruzados progresaban en sus conquistas; aquellas tierras siempre se consideraban frontera. Lo normal era permanecer en estado de alerta continuado, ya que las razias

del enemigo eran frecuentes. Las explotaciones agrarias y ganaderas también contaban, pero se le daba más importancia a lo militar; es por ello que la intendencia y las finanzas llegaban, preferentemente, de las posesiones de la Orden en Europa.

Las últimas posiciones y fortalezas de los Asesinos estaban en Siria, vecinas a las posesiones del Temple. Aquellos fueron los últimos emplazamientos de la secta. Juntos, templarios y «asesinos» planeaban defenderse de los mongoles que ya habían barrido Persia, pero no fue Hulagu, el nieto de Ghengis Khan, ante quien se rendirían, sino ante el sultán sunní Baybars, que en el año 1272 aplastó definitivamente los últimos reductos de los *hashshashin*.

VIAJE A OCCIDENTE

El cristianismo católico de Roma parecía avanzar bajo parámetros cada vez más rígidos e impermeables, negando cualquier influencia de otras religiones o doctrinas filosóficas. Sin embargo, siempre hubo personajes que intentaron abrirse a otras concepciones. El papa Silvestre II, el teólogo Pedro Abelardo, Santo Tomás Becket o el monje y filósofo Roger Bacon sufrieron el acoso de una Iglesia que observaba con recelo su pensamiento y que consideraba perniciosas las ideas procedentes de Oriente o rescatadas de la tradición pagana de Occidente.

Pero la más egregia figura de esta revolución ideológica medieval fue San Bernardo de Claraval, aunque en este punto no conviene olvidar a su preceptor, Esteban Harding. La fundación de la Orden del Císter superará el monacato hegemónico de Cluny y dará un sentido trascendental al creador de la regla benedictina, San Benito de Nursia (siglo VI). Indudablemente, San Bernardo se apoyó en la incipiente Orden templaria, a la que consideró instrumento utilísimo y decisivo para la difusión universal de su ideario y de la renovación de la cristiandad. La importancia de la Virgen María es un claro ejemplo de esa novedad: tanto la orden cisterciense como la templaria colaborarán estrechamente para restaurar su culto.

Los templarios y los eruditos cistercienses estudiaron en profundidad las filosofías hebreas, paganas e islámicas, y este acercamiento estaba destinado a absorber su sabiduría. La Orden templaria pudo servir de nexo entre las doctrinas heréticas y el cristianismo. ¿Había algún objetivo o búsqueda en esta comunicación con aquellos grupos y sectas? ¿Sería su finalidad beber en todas las fuentes que nacían de la Tradición Primordial? Es posible: algunos documentos avalan esta teoría. Pero, aparte de legajos y archivos diplomáticos, hay otro tipo de fuentes que permiten afirmar que los templarios buscaron y conocieron en Oriente un tipo de sabiduría especialmente relevante. Se trata de la piedra tallada: en la obra arquitectónica templaria, extendida desde Oriente a Occidente, se cinceló gran parte de este legado; es un lenguaje

figurativo y simbólico que se expresa con una rotundidad y con una exquisitez maravillosas.

Es preciso volver a los desiertos orientales para averiguar algo más sobre la conexión entre aquellos primeros caballeros cruzados y las fuentes tradicionales musulmanas. La necesidad de crear una milicia de caballeros, que se unieran bajo la disciplina de una regla monacal cristiana, nace como reflejo de la experiencia islámica del *ribat* (castillos conventuales musulmanes). Esa experiencia ya se daba en los reinos hispanos y en las taifas andalusíes —salvando el período de unificación almorávide y el posterior de los almohades—. Eran, precisamente, los caballeros hispanos los que conocían perfectamente el funcionamiento de los llamados *ribat*. Allí se reunían durante algún tiempo los caballeros del islam para ejercitarse en las armas y en el espíritu; eran pequeñas fortalezas de frontera desde las que aquellos monjes-guerreros ejecutaban sus razias. Los ejemplos de estas construcciones son numerosos y salpican todo el territorio español; tuvieron su momento cumbre durante la reunificación andalusí realizada por el poder almorávide (siglos XI y XII), precisamente cuando se convocan las primeras cruzadas.

De la estructura jerárquica que organizaban las órdenes musulmanas y cristianas se deduce que, indudablemente, sufrieron influencias mutuas. La figura del gran maestro en los templarios, por ejemplo, se correspondía con la del *sheik*, el Viejo de la Montaña y sus sucesores; los llamados *dai kabir*, algo así como «los grandes misioneros», serían los priores cristianos; los *dai* eran los caballeros, poseedores de la doctrina y prestos a propagarla; los llamados *refiq* y los *fedai* —«los que se sacrifican»— eran los encargados de cometer los crímenes y, en la organización ismaelita, se correspondían con los escuderos y sargentos templarios; finalmente, los *lasiq* serían los hermanos afiliados, aquellos que prestaban servicio a la Orden por algún tiempo. Los *fedai* eran expertos en lenguas, códigos y artes criminales; una vez que se les indicaba su objetivo, lo cumplían sin remisión, a sabiendas de que morirían, ya que asumían que su premio era alcanzar el Paraíso.

En cuanto a las costumbres e indumentaria, ya se advirtió que los templarios, a su llegada, adoptaron las vestimentas de los nativos. Al igual que los *hashshashin*, los caballeros del Temple prestaban especial relevancia al cordón que se hacían ajustar a la cintura. Originalmente, el cinturón o cordón que los monjes islámicos y cristianos solían ceñirse a la cintura no tenía otro fundamento que recordar sus votos de castidad. Pero también existía otro objetivo fundamental: asegurar la fidelidad a la Orden. En los enterramientos de los caballeros templarios era preceptivo que el cadáver se asentara directamente en la tierra y que su cordón ciñera la túnica; aquella indumentaria blanca se usaba también como sudario. Según la costumbre o las normas, la túnica debía ser de lino, pero seguramente se confeccionaba en cáñamo o lana, tejidos muy comunes en aquella época. En los procesos inquisitoriales que concluyeron con la disolución de la

Orden no faltó quien atribuyera a los cordones poderes mágicos.

Durante aquellos interrogatorios, algunos supuestos testigos hablaban de la relación de Mahoma con el famoso Bafomet templario, el ídolo herético que, al parecer, era objeto de culto en el seno de la Orden. También entre los seguidores del Viejo de la Montaña se hablaba del ídolo Mahoma, pero esta hipótesis carece de fundamento en el islam, ya que la adoración de figuras o estatuas está prohibida.

En cuanto a las doctrinas coincidentes con la visión sufí, encontramos la de personajes considerados herejes —como Joaquín de Fiore (1135-1202)—, o personajes que con el tiempo serían elevados a los altares —como Francisco de Asís (1182-1226)— que adaptaron finalmente sus postulados a las exigencias de Roma. Existen analogías doctrinales entre los planteamientos que hablan del advenimiento de una Iglesia espiritual (cristianismo primitivo), el misticismo sufí y el gnosticismo chiita. En 1160, Fiore viajó a Constantinopla, en misión diplomática, y de allí pasó a Tierra Santa en busca de inspiración. Joaquín cuenta que escuchó una llamada espiritual de Dios mientras caminaba por el desierto. Marchó al monte Tabor a orar, durante la Cuaresma, y allí recibió el «conocimiento pleno». Hizo una lectura novedosa del libro del Apocalipsis y anunció la llegada de la Tercera Edad o era del Espíritu Santo. Afirmaba que la presencia del Espíritu Santo es continua en el Hombre. Estas palabras siguen los postulados tradicionales de una espiritualidad pura, que no necesita mediadores —ni Iglesia ni ulemas—, tal y como defendían los sufíes. Y, en fin, estas dos interpretaciones de la vida espiritual coinciden también en la lectura «oculta» de los libros sagrados. Para Joaquín de Fiore, el concepto de Tercer Evangelio que propugnaba no era un nuevo libro, sino la interpretación de los mensajes en la vivencia individual del fenómeno profético: «no habrá nueva literatura sino que se conocerá a fondo la ya existente».

Se dieron algunas otras analogías entre los *fraticelli* —entre ellos los «franciscanos espirituales»—, los ismaelitas de Alamut y los templarios —sobre todo cuando aún eran Pobres Caballeros de Cristo—. Los ismaelitas identificaban la parusía del «imam oculto» —duodécimo imam que volverá como *Mahdi* o «guiado por Dios» para establecer un reino de justicia y paz sobre la Tierra— con el advenimiento del Paráclito (Espíritu Santo o Consolador), totalmente coincidente con la escatología del Mesías de los últimos tiempos que proclamaron algunos *fraticelli*. La comparación llega mucho más allá, ya que algunas organizaciones *fraticelli* también fueron acusadas de actividades monstruosas, como celebrar misas nocturnas seguidas de orgías y de cometer asesinatos; la propagación de un movimiento puramente espiritual no conviene nunca a los poderes terrenales.

En fin, se puede concluir que los templarios contemplaron la posibilidad de un equilibrio político y militar en Oriente basado en la idea de «caballería», incluyendo tanto la cristiana como la islámica. ¿Prendieron alguna forma de ecumenismo? Es

improbable, pero lo que sí parece evidente es que de las fuentes del sufismo bebieron los templarios hasta saciarse; ese carisma los convertiría en la más importante orden de caballería espiritual de Occidente. Y por ello, los hicieron desaparecer.

CHEMA FERRER CUÑAT (Valencia). Diplomado en Turismo y máster por la Universidad de Valencia, su afán viajero le ha permitido ser un gran conocedor de las diversas culturas del mundo. Ha participado como conferenciante en numerosos congresos y seminarios sobre la llamada «Historia no oficial». Es miembro del consejo de redacción de Boletín Temple y actualmente dirige el programa radiofónico de viajes La Senda Oculta en LP Radio (emisora del periódico Las Provincias); es coordinador del magazine El Trotamundos (www.hojadigital.com) y director de diversos certámenes gastronómicos. Es coautor del primer volumen de la serie «El fogón esotérico», titulado El crisol andalusí (Corona Borealis, Madrid, 2004), y está prevista la publicación de su nueva obra La biblia del cannabis, por la editorial Carena.

CAPÍTULO XIV

Dante Alighieri y la filiación templaria de la Fede Santa

MAURO ZORRILLA HIERRO

«Puse los pies en esa parte de la vida
más allá de la cual no se puede pasar
con propósito de volver».

DANTE ALIGHIERI, *La Vita Nuova*, XIV

Si en la historia de la poesía universal hay un amor célebre, ése es el del florentino Dante Alighieri (1265-1321) por Beatrice, pese a que —según cuenta el mismo Dante— la vio por primera vez a los nueve años y no se volvieron a encontrar hasta nueve años después. Jamás estuvieron a solas y sus diálogos no pasaron de ser algún saludo cortés cruzado en la calle. Al poco tiempo, Beatrice murió.

La Historia parece proporcionarnos otros datos que nos pueden inclinar a buscar un sentido distinto a amor tan memorable. Un íntimo amigo de Dante, el también poeta Guido Cavalcanti, nos habla de sus amantes, de su esposa, de sus cuatro hijos. Comprometido a favor del emperador Luis IV de Baviera (1287-1347) en la lucha entre éste y el Papado por la supremacía en la cristiandad, Dante tuvo que huir de Florencia, donde le esperaba una condena a muerte en la hoguera, y vagar como un exiliado durante el resto de sus días. La leyenda decía que jamás nadie le vio sonreír y su severo perfil aguileño ha sido reproducido en multitud de retratos. Desmintiendo el lugar común y ágrafo que asegura que vale más una imagen que mil palabras, Giovanni Boccaccio bosquejó tan admirablemente a Dante en unas pocas líneas que nos parece conocerle desde siempre:

«Fue de mediana estatura, y luego que llegó a la edad madura caminó un poco encorvado, y era su andar grave y reposado, vestido siempre con correctísimas ropas, del modo que a su edad madura convenía. Su rostro era alargado, aquilina su nariz, los ojos más bien grandes [...]. Grandes también las mandíbulas [...], el labio superior sobresalía sobre el inferior [...], su tez era morena, espesos los cabellos y la barba, negros y crespos [...], y siempre el rostro melancólico y pensativo. En las costumbres familiares y públicas fue admirablemente ordenado y compuesto, y en todas más cortés y civil que cualquier otro. En el comer y en el beber fue muy sobrio y lo hacía en horas fijas, sin sobrepasar los límites de la necesidad, y nunca tuvo

curiosidad más señalada por un manjar que por otro; los delicados elogiaba y la mayor parte de las veces se satisfacía con los comunes, condenando sobremanera a aquellos que dedican gran parte de sus afanes a obtener cosas especiales y a aderezarlas con suma diligencia, afirmando que éstos no comen para vivir, sino que viven para comer. Nadie fue más constante que él en los estudios y en cualquier otra cosa que provocara su interés, tanto que muchas veces su familia y su mujer llegaron a inquietarse, hasta que se habituaron a sus costumbres. Raras veces hablaba si no se le interrogaba, y esas veces lo hacía reflexivamente, con voz apropiada al tema que discurría; no obstante, cuando era necesario, era elocuentísimo y facundo, y de óptima y rápida pronunciación. Le agradaba permanecer solitario y apartado de la gente, a fin de que sus meditaciones no fueran interrumpidas, y si se entregaba a una que mucho le agradase, aún estando en compañía de otras personas, aunque le interrogaran sobre algo, jamás respondía hasta que su imaginación se hubiera detenido o agotado».

No es necesario incluir aquí, para los propósitos de este capítulo, datos biográficos que el lector, si lo desea, puede encontrar en cualquier enciclopedia. No hallará en esas enciclopedias, por el contrario, ninguna referencia a la «Massenie du Saint-Graal» o a la «Fede Santa», y tan sólo unas pocas sobre los «Fedeli d'Amore», definiéndolos como un grupo de poetas que cantaban con especial dedicación las dotes de su amada.

LA MASSENIE DU SAINT-GRAAL

No resulta fácil encontrar textos sobre la Massenie du Saint-Graal. Incluso en la obra del metafísico francés René Guénon (1886-1951) —posiblemente el más profundo y fiable conocedor de cuanto aquí se trata— las citas sobre ella parecen dispensadas con cuentagotas: «La historia de esta tradición hermética está íntimamente vinculada con el desarrollo de las órdenes de caballería, y, en la época que analizamos, era cobijada por organizaciones iniciáticas tales como la de Fede Santa y la de los Fedeli d'Amore, y también de esa Massenie du Saint-Graal cuyo historiador Henri Martin analiza en estos términos precisamente a propósito de las novelas de caballería, que son unas de las más importantes manifestaciones del esoterismo en la Edad Media: “En el *Titurel*, la leyenda del Grial alcanza su última y más espléndida transfiguración, bajo la influencia de ideas que Wolfram conoció aparentemente en Francia, en particular entre los templarios del Midi francés. Un héroe llamado Titurel funda un templo para depositar el santo Vessel, y el profeta Merlín es quien dirige esta operación misteriosa, iniciado por el mismo José de Arimatea en los secretos del plano del Templo de

Salomón. La Caballería del Grial se convierte así en la Massenie, es decir, en una francmasonería ascética cuyos miembros se denominan ‘templistas’; puede captarse aquí la intención de vincular a un centro común, figurado por ese Templo ideal, la Orden de los Templarios, con las numerosas cofradías de constructores que renovaban entonces la arquitectura de la Edad Media”. Se perciben así, con nitidez, ciertos rasgos de lo que podría ser la historia subterránea de esos tiempos, mucho más complejos de lo que suelen ser considerados. Lo curioso, y que no admite dudas, es que la francmasonería moderna se remonta, peldaño a peldaño, hasta la Massenie du Saint-Graal». (De *El esoterismo de Dante*, capítulo IV; traducción española de Margarita Pontieri. Dédalo, Buenos Aires, 1976).

Y en otro lugar, Guénon explica: «Señalemos también que existió, allá por el siglo XIV, o acaso en fecha más temprana, una Massenie del Santo Grial, por cuyo intermedio las fraternidades de constructores se encontraban vinculadas a sus inspiradores hermetistas, y en la cual Henri Martin (*Histoire de France*, I, III, pág. 398) vio con razón uno de los orígenes verdaderos de la masonería». (En *Estudios sobre Francmasonería y el Compañerazgo II*, capítulo VI: «A propósito de los signos corporativos y de su sentido original», nota 11; *Symbolos*, nº 13-14, Guatemala, 1997).

Y finalmente, en *El Rey del Mundo*, Guénon apunta: «Recordaremos también, en este sentido, la “palabra perdida” de la masonería, que simboliza igualmente los secretos de la iniciación verdadera; la “búsqueda de la palabra perdida” no es pues más que otra forma de la búsqueda del Grial. Esto justifica la relación señalada por el historiador Henri Martin entre la “Massenie del Santo Grial” y la masonería; y las explicaciones que damos aquí permitirán comprender lo que decíamos acerca de la estrecha conexión que existe entre el simbolismo del Grial y el “centro común” de todas las organizaciones iniciáticas». (En *El Rey del Mundo*, capítulo V: «El simbolismo del Grial», nota 1; traducción española de Javier Palacios. Paidós Ibérica, Barcelona, 2002).

LA FEDE SANTA

Si pocas son las referencias a la Massenie, más escasas aún son las que podemos encontrar sobre la Fede Santa. Ningún autor la cita antes de que Guénon hablase de ella, muy brevemente: «En el museo de Vienne se hallan dos medallas, de las cuales una representa a Dante, y la otra, al pintor Pedro de Pisa; ambas muestran en su reverso las letras F. S. K. I. P. F. T., letras que son interpretadas por Aroux de la manera siguiente: *Frater Sacrae Kadosch, Imperialis Principatus, Frater Templarius*. Para las tres primeras letras, esta interpretación es notoriamente incorrecta y no proporciona un sentido que pueda considerarse inteligible. Opinamos que es preciso leer “Fidei

Sanctae Kadosch”. La asociación de la Fede Santa, de la cual Dante fue aparentemente uno de los jefes, era una organización, una tercera orden de filiación templaria; lo cual justifica la denominación de “Frater Templarius”. Sus dignatarios ostentaban el título de *kadosch*, palabra hebrea que significa ‘santo’ o ‘consagrado’, y que aún perdura — incluso en el presente— como apelativo de los más altos grados de la masonería». (De *El esoterismo de Dante*, capítulo II).

Guéron no documenta esta afirmación, pese a hacerlo siempre de forma exhaustiva cuando trataba asuntos históricos. Ello permite pensar que recibió esa información personalmente de alguien perteneciente a un círculo cerrado en el que aún se mantenía vivo ese recuerdo, quizás a través de su amigo Louis Charbonneau-Lassay, conecedor y probable miembro de la Fraternidad del Divino Paráclito, último reducto conocido (o, mejor dicho, no del todo desconocido) del esoterismo cristiano.

Una «orden tercera» es una agrupación de seculares que, dependiendo de una orden (franciscanos, dominicos, carmelitas, etcétera), se guían para su perfección espiritual, en cierta extensión, por la regla de la orden correspondiente. Su superior recibe el título de «ministro», y a su cargo está todo el gobierno de la orden tercera.

Para entender el significado de la Fede Santa como orden tercera del Temple es necesario examinar la situación política de Europa o, más exactamente, de la cristiandad, en los siglos XIII y XIV. Sobre el fraccionamiento de reinos y señoríos de mayor o menor entidad, cualquiera que fuese su denominación, existían tres poderes suprarregionales: el Imperio, el Papado y el Temple. El Papado —que no era sólo un poder espiritual, sino también un poderoso Estado en competencia con los otros— no admitía ruptura alguna de su poder monolítico en esta supraterritorialidad y mantuvo largas luchas con el Imperio, con el apoyo de los llamados güelfos, (por el nombre de la familia Welf) —divididos a su vez en «blancos» o moderados, y «negros»—. El Imperio, por su parte, contaba con el sostén de los gibelinos (del italiano *ghibellino*, por Wibeling, nombre de un Estado de la dinastía imperial Hohenstaufen), que pretendían diferenciar el poder terreno del emperador, dirigido a que los hombres fueran felices en vida, del poder celestial del papa, que debía estar enfocado a la felicidad ultraterrena y no a los negocios del poder mundano. Dante, nacido en familia güelfa «blanca», fue evolucionando hacia posturas cada vez más gibelinas, sobre todo desde que los güelfos «negros» tomaron el poder en Florencia, obligándole a escapar al exilio por la amenaza de una condena a muerte en la hoguera. Las ciudades italianas se enfrentaron unas con otras durante décadas, dirigidas por caudillos como Cangrande della Scala (señor de Verona y hombre fuerte del emperador Enrique VII en el norte de Italia, además de íntimo amigo y protector de Dante), Ugucione della Faggiuola o Castruccio Castracani, en cuya época la guerra entre ambos bandos se generalizó por mar y tierra. Mientras se producía este recrudecimiento, el rey de Francia y el Papado destruyeron la Orden del Temple. Más adelante se abordará una posible causa de esta

destrucción, tomada del simbolismo de *La Vita Nuova*.

Rastrear los orígenes de la Fede Santa no es tarea sencilla, ya que hay que seguir pistas indirectas. Una de estas pistas es la influencia de la mística sufí en la *Divina Comedia*, estudiada principalmente por el historiador y filósofo Miguel Asín Palacios (1871-1944), uno de los miembros más destacados de la escuela de arabistas de Zaragoza, en su célebre obra *La escatología musulmana en la «Divina Comedia»* (Madrid-Granada, 1943; reedición: Hiperión, Madrid, 1984). La fractura entre cristiandad e islam era absoluta y casi siempre beligerante, y pocos eran los caminos por los que la obra de un místico musulmán podía llegar a lectores cristianos; recuérdese que la imprenta no se generalizaría hasta dos siglos después y que todo escrito debía ser caligrafiado por pulcros amanuenses. La traducción del árabe, por otra parte, añadía una dificultad no pequeña. Sólo los cristianos establecidos en los enclaves de Tierra Santa tuvieron un contacto habitual, durante doscientos años, con la cultura islámica, aparte del habido en la península Ibérica y en Sicilia. En esos doscientos años de guerra en Tierra Santa hubo también ocasión para treguas, para alianzas, bodas mixtas y comercio, y el monje-guerrero de la Orden del Temple tuvo oportunidad de conocer y tratar a su contrapartida en el campo enemigo, la *futuwah* o caballería espiritual del islam. Hablar de ella excede, con mucho, el ámbito reducido de este capítulo: baste apuntar por el momento que el ismailismo (o ismaelismo), la rama más esotérica del islam, compartió, hasta cierto punto, un destino similar al de los templarios: su caudillo, Hasan al Sabbah, ha quedado para la Historia como el sanguinario líder de la secta de los *hashshashin* y su castillo de Alamut, con su valiosísima biblioteca, fue destruido por los invasores mongoles hasta la última piedra. Los vencedores escribieron la Historia a su manera, y los ismailitas de Hasan al Sabbah —como en otros momentos ocurrió en Europa con los franciscanos, los jesuitas o los francmasones— fueron acusados de todos los crímenes habidos y por haber, ya que su interpretación de la espiritualidad ponía en solfa la autoridad de los ulemas, al desdeñar toda interpretación literal del Corán en favor de una hermenéutica propia y, en definitiva, desafiaba a un poder no sólo espiritual, sino terrenal y bien terrenal. Se generalizó tanto la tendenciosa etimología de la palabra ‘asesinos’ como derivación de *hashshashin* que en nuestros días es una creencia extendida incluso entre estudiosos del tema.

Los templarios tenían mucho en común con aquellos monjes-caballeros islámicos llamados *hashshashin*, incluyendo una espiritualidad tendente a una búsqueda interior del significado de las doctrinas, que se interpretaban así de una manera esotérica; manera muy alejada de lo que el ocultismo moderno conceptúa como «esotérico». En realidad, este término es un derivado del griego *ésö* (o *éisö*) y significa, simplemente, ‘adentro’.

En contra de su leyenda negra, Hasan al Sabbah era un hombre de gran cultura,

amigo íntimo del poeta Omar Khayyam y recopilador de una biblioteca inmensa. Que sus seguidores tuvieron acceso a la lectura de los místicos del islam es algo de lo que no cabe dudar, y que los templarios (o algunos templarios, al menos), buenos conocedores ya de la lengua y de la cultura de sus adversarios, también pudieran cotejar aquellos textos, aunque fuera por vía indirecta, es no sólo posible, sino más que probable.

En la presentación del *Vademécum de los Fieles de Amor*, del místico sufí Sohrawardi, dice el investigador de las doctrinas iraníes Henry Corbin: «En cuanto a la palabra *oshsaq* (plural de *ashiq*), significa literalmente ‘los apasionados por el amor’, ‘los amantes’. Es la expresión corrientemente empleada para designar a los místicos, en tanto que su espiritualidad es esencialmente una mística del amor. Y también, “fieles de amor” (*fedeli d’amore*) es el nombre que se daban algunos compañeros de Dante. Es también la calificación que mejor corresponde a nuestros místicos». Es importante señalar que Dante, a semejanza de todo autor tradicional, mantiene un criterio esencial como impulsor de su actividad: la superioridad del conocimiento inmediato, extático, místico o iniciático sobre el mediato, racional y filosófico. Por ello dejó inconclusa una obra fundamentalmente filosófica y científica, como *El Convivio*, para que no le quitase tiempo a una obra eminentemente mística y simbólica: la *Divina Comedia*. La *donna gentil* (filosofía racionalista) de *La Vita Nuova* cede paso ante la *gentilísima* (Beatrice), que es el conocimiento inmediato, místico y superracional (fig. 30). No olvidemos que una lectura simbólica no agota la interpretación de un símbolo, que por su propia naturaleza es polisémico y accesible según la capacidad de interpretación de quien lo estudia. En *El Convivio* insiste Dante en la superioridad del conocimiento inmediato, haciendo referencia a cosas cuyo conocimiento no se puede conseguir por la razón, sino por la vía negativa propia del conocimiento místico (tratado III, capítulo 15):

«Luego, cuando se dice: deslumbran nuestro intelecto, me disculpo diciendo que poco puedo hablar de aquellas por su sobrepujanza. Donde se ha de saber que en cierto modo estas cosas deslumbran nuestro intelecto, en cuanto ciertas cosas afirman ser lo que nuestro intelecto no puede mirar, a saber: Dios, la eternidad y la primera materia; las cuales ciertamente no se ven, y su existencia es con toda fe creída. Y aun aquello que son, no podemos entender sino negando cosas; y así se puede llegar a su conocimiento y no de otra manera».

Glosa aquí Dante, para beneficio del lector, la canción con que se inicia este tratado III. Es de subrayar su aceptación de la «teología negativa» de Dionisio Areopagita como método de entendimiento, tal y defendería el Maestro Eckhart casi un siglo después. Veladas por una estructura escolástica y entreveradas en su contenido

aparentemente racional, se encuentran concepciones no ya racionales, sino más profundas, como la equiparación simbólica de los Cielos a las Ciencias, entendiendo por «Cielos» los diferentes estratos de la existencia universal y por «Ciencias», las disciplinas cualitativas y simbólicas basadas en el conocimiento de las leyes que rigen los ciclos cósmicos, y no disciplinas empíricas homologables a las ciencias actuales (fig. 31). Así lo explica Dante con clara didaxis:

«Para ver lo que por “tercer cielo” se entiende, primeramente se ha de ver lo que quiero decir por este solo vocablo: “cielo”, y luego se verá cómo y por qué nos fue menester este “tercer cielo”. Digo que por cielo entiendo la ciencia, y por cielos las ciencias, por tres semejanzas que los cielos tienen con las ciencias, principalmente por el orden y número en que parecen convenir, como se verá tratando del vocablo “tercer”.

»La primera semejanza es la revolución de uno y otro en torno a un inmóvil suyo. Porque todo cielo movable da vueltas en torno a su centro, el cual no se mueve; ciencia se mueve en torno a su objeto, el cual no mueve aquella, porque ninguna ciencia demuestra el propio objeto, sino que lo presupone.

»La segunda semejanza es la iluminación de uno y otro. Porque todo cielo ilumina las cosas visibles; y así cada ciencia ilumina las inteligencias.

»Y la tercera semejanza es el inducir la perfección en las cosas dispuestas [...].

»Ahora hemos de ver por qué se dice “tercer cielo”. Para lo cual es menester considerar una comparación que hay en el orden de los cielos con el de las ciencias. Como se ha referido, pues, más arriba, los siete cielos más próximos a nosotros son los de los planetas; luego hay otros dos cielos sobre éstos, movibles, y uno, sobre todos, quieto. A los siete primeros corresponden las siete ciencias del Trivio y del Cuatrivio, a saber: Gramática, Dialéctica, Retórica, Aritmética, Música, Geometría y Astrología. A la octava esfera, es decir, a la estrellada, corresponde la ciencia natural, que se llama Física, y la primera ciencia, que se llama Metafísica; a la novena esfera corresponde la ciencia moral; y al cielo quieto corresponde la ciencia divina, que se llama Teología [...].»

Dante no consideraba sus escritos como mera teoría, sino como una vía efectiva de realización espiritual; como una vía eminentemente práctica, tal y como debe ser toda obra tradicional. En una célebre *Epístola* dirigida a su amigo Cangrande della Scala, dice Dante: «La obra [habla de la *Divina Comedia*], considerada en su integridad, fue emprendida no con un fin especulativo, sino práctico [...]. Su cometido es el de elevar a aquellos que viven en la infelicidad [espiritual] al estado de beatitud» (fig. 32).

En este punto, puede resultar pertinente una observación sobre el nombre «Beatrice», elegido por Dante para su dama. Decimos *elegido* porque, pese a las

muchas interpretaciones literalistas que se han buscado a través de los siglos — contraviniendo la hermenéutica propuesta por el propio Dante— el mismo vate dice en las primeras líneas de *La Vita Nuova*, hablando de su amada, «que fue llamada Beatrice por muchos que no sabían cómo se llamaba [...]». Beatrice significa exactamente ‘la que da la beatitud’. Y la realización de esa beatitud es precisamente el fin práctico de toda la obra de Dante, ya que todos sus libros mantienen una línea interna continua, y obras como *El Convivio* y *De Volgari Eloquentia* pueden considerarse trabajos preparatorios de la *Divina Comedia*.

Hay muchos análisis que es imposible resumir en estas páginas, pero no hay que perder de vista que la *Comedia* fue la primera obra de gran envergadura escrita en lenguaje «vulgar» (*linguaggio volgare*), en toscano, y no en latín, como era habitual en la época. Tampoco conviene olvidar la gran repercusión que esta decisión tuvo en toda Italia: este idioma se impuso como lengua italiana por antonomasia —no por la fuerza de las armas ni por la del dinero, sino por el prestigio que le dio el *dolce stil nuovo* y, muy especialmente, el propio Dante Alighieri—.

Volveremos a tratar el aspecto práctico de la realización espiritual en la obra de Dante en el apartado dedicado a los Fedeli d’Amore.

Respecto a la Fede Santa, ya se ha señalado que los miembros de una «orden tercera» se guían, «en cierta extensión», por la regla de la orden correspondiente. En este caso, las excepciones debían de ser muchas, porque la dureza de la Regla templaria era extraordinaria y apta sólo para guerreros muy curtidos. Basta la lectura del estudio que J. M. Upton-Ward hizo de esta Regla (*The Rule of the Templars*) para darse cuenta de que los miembros de su orden tercera sólo podrían seguir una parte muy limitada de sus mandatos en cuanto a requerimientos externos, lo que no impide que los preceptos doctrinalmente internos o esotéricos estuvieran al alcance de personas con capacidades físicas normales y corrientes; es más, siendo esta doctrina esotérica una indagación realizada *adentro*, toda persona es en principio capaz de realizarla, sin más cualificación que quererlo con seriedad y constancia. Los miembros de la Fede Santa se dedicarían a esta indagación interna y no a otras actividades de los caballeros del Temple, más volcados primero en la guerra y luego en los negocios, y cabe suponer, por tanto, que fue en el seno de esta orden tercera donde mejor se guardaron el saber esotérico adquirido por el Temple en sus doscientos años de existencia y las influencias espirituales de todo tipo destiladas en ese largo período.

Los ecos de la mística islámica en la *Divina Comedia* manifiestan una ruta escondida por la que circulaban textos e ideas, a espaldas del Papado y de los señores que lo apoyaban. La amenaza de anatema estaba siempre latente, como ocurría con las obras de la Escuela de Traductores de Toledo, donde, según el criterio del poder político y religioso, una vez fuera del trono Alfonso X *el Sabio*, «podía estudiarse todo lo que un cristiano no debería saber». Esta ruta escondida que va desde la mística

musulmana a la *Divina Comedia*, pasando por el Temple (y también por la corte Hohenstaufen de Palermo, como se advertirá más adelante), es el fundamento de esa sociedad llamada Fede Santa.

¿Quiénes fueron los «ministros» que dirigieron esta discreta e informal asociación antes de Dante Alighieri? Desconociendo la fecha de su origen, es difícil siquiera especular sobre nombres concretos. La Orden del Temple necesitaba no sólo buenos guerreros en Oriente, sino también apoyos en la cristiandad, tanto políticos como económicos y culturales. Algunos de estos últimos llegarían a conocer una vía interna de indagación espiritual y, a partir de ahí, la constitución discreta de una orden tercera (evidentemente, sin las debidas bendiciones de Roma) es una conclusión lógica, ya que las personas tienden a agruparse para dar mayor fuerza a sus fines. Tenemos que remontarnos a una época tardía, a mediados del siglo XIII, para encontrar en escena a Guido Guinizzelli, poeta gibelino de Bolonia y jefe reconocido del *dolce stil nuovo*, una escuela poética de la que se hablará más adelante y que fue, para ser exactos, algo más que una mera escuela poética. Dante se refiere a Guinizzelli llamándole «padre mío, de todos los míos el mejor», pese a que no llegó a conocerlo personalmente, pues el boloñés murió en 1276, siendo Dante aún un niño de once años. Esta filiación tan apasionadamente declarada no puede deberse a una admiración exclusivamente literaria, ya que el propio Dante no se mordía la lengua al hablar de los literatos de palabras huecas:

«Y para que no tergiverse las cosas ninguna persona obtusa, debo añadir que ni los poetas hablaron así sin sentido ni los rimadores deben hablar sin poner sentido en lo que digan, pues gran vergüenza sería para quien rimase con figuras y recursos retóricos que, al pedirle que desnudase sus palabras de tal vestidura, para que fueran entendidas rectamente, no supiese hacerlo. Mi primer amigo y yo conocemos algunos de los que riman tan neciamente». (*La Vita Nuova*, XXV).

Esa inmensa admiración de Dante por Guido Guinizzelli muestra que el vate florentino sentía una gran deuda hacia el boloñés, más allá de lo puramente literario. Hay un personaje puente entre ambos, sin duda ese «primer amigo» que cita Dante: Guido Cavalcanti. Vástago de una poderosa familia florentina, hombre de gran carácter y poeta brillantísimo, amigo íntimo de Dante y discípulo, como él, del muy influyente filósofo Brunetto Latini, Cavalcanti compartió con Dante muchas de sus inquietudes y aventuras. Poco antes de su muerte, acaecida el 29 de agosto de 1300, a los 45 años, Cavalcanti escribió su más célebre balada, *Perch'io non spero de tornar giamai* («Porque yo no espero volver jamás»), cuyo título permite pensar en argumentos que van más allá de los asuntos puramente literarios.

Se puede bosquejar así una probable lista de los «ministros» de la Fede Santa, a

caballo entre los siglos XIII y XIV. El primero de ellos, y quizás el que impulsó la formación de la Fede Santa o, al menos, le dio fuerza y cohesión, fue Guido Guinizzelli, fallecido en 1276. A su muerte tomaría el relevo Brunetto Latini, hombre que ejerció una enorme influencia intelectual sobre los poetas del *dolce stil nuovo*. Latini, muerto en 1294, daría paso a Guido Cavalcanti y, a la temprana muerte de éste, en 1300, sería Dante Alighieri quien tomase las riendas de la orden tercera. No se puede dudar de que su fuerte personalidad marcó la Fede Santa con una impronta simbólica manifestada a través de poemas enigmáticos cuyo significado se ha mantenido fuera del alcance de «los que riman tan neciamente». Veremos más adelante que los Fedeli d'Amore tenían un lenguaje propio y secreto, y que sólo los que habían llegado al grado adecuado podían comprender lo escrito en ese lenguaje.

Otros miembros de la Fede Santa fueron Moroello Malaspina, a quien Dante dirigió una carta de enigmático contenido en 1307, poco antes del proceso incoado en París contra la Orden del Temple; Cino da Pistoia, gran amigo de Dante; Guittone d'Arezzo, Dante de Maiano, Orbicione da Lucca, Dino Frescovaldi, Lapo Gianni (también amigo de Dante), Orlandino Orafo y una larga lista que cerraremos con Cecco d'Ascoli, amigo íntimo de Dante en sus últimos años y quemado vivo por hereje en 1327. Dante murió en la noche del 13 al 14 de septiembre de 1321, y si alguien tenía opciones para ser su sucesor como ministro de la Fede Santa, éste fue Cecco d'Ascoli. Se cumplió con él la vieja y práctica ley que todo despotismo ha aplicado y sigue aplicando: «Si no lo entiendes, elimínalo». El pintor Piero da Pisa, tal como indica Guéron, parece haber compartido con Dante responsabilidades de ministro de la Fede Santa. Y no hay que dejar de lado la temprana influencia que sobre la Fede Santa pudieron ejercer Pier della Vigna y Jacopo de Lentini, altos cargos en la corte de Federico II Hohenstaufen en Palermo, cuando esta dinastía reinaba en Sicilia, en un ambiente proclive al intercambio cultural y económico con el islam. Estos dos personajes se cuentan entre los impulsores del *dolce stil nuovo* y fueron ellos mismos notables poetas, además de hombres de Estado; su condición de políticos sin duda les permitiría considerar amablemente cualquier movimiento que favoreciese los intereses del Imperio contra los del Papado.

Los más célebres seguidores de Dante, tras su muerte, fueron Francesco Petrarca y Giovanni Boccaccio. La admiración que ambos manifestaron siempre hacia Dante, especialmente Boccaccio, hacen suponer una deuda de gratitud más allá de lo estrictamente poético.

LOS FEDELI D'AMORE

Sobre los Fedeli d'Amore sabemos que constituyeron el núcleo duro de una corriente

literaria, el *dolce stil nuovo*, heredera de la tradición del amor cortés caballeresco que dio a luz las más significativas obras del esoterismo medieval. Perteneció a esta corriente lo más granado de los poetas italianos de la época, desde Cavalcanti y el propio Dante hasta Boccaccio y Petrarca, aunque su ámbito de influencia se extendió por todos los territorios donde había imperado el erotismo caballeresco, desde Provenza y Aquitania al norte de Francia y Bélgica. Desde un punto de vista meramente literario, son conocidos por el encendido entusiasmo con que cantaron a sus damas y al amor, pero el asunto dista mucho de ser tan sencillo. Ya Dante nos advierte al respecto:

«Es menester saber que los escritos puédense entender y se deben exponer principalmente en cuatro sentidos. Llámase el uno “literal”, y es éste aquel que no va más allá de la letra propia de la narración adecuada a la cosa de que se trata; de lo que es ciertamente ejemplo apropiado la tercera canción, que trata de la nobleza. Llámase el otro “alegórico”, y éste es aquel que se esconde bajo el manto de estas fábulas, y es una verdad escondida bajo bella mentira. Como cuando dice Ovidio que Orfeo con la cítara amansaba las fieras y conmovía árboles y piedras; lo cual quiere decir que el hombre sabio, con el instrumento de su voz, amansa y humilla los corazones crueles y conmueve a su voluntad a los que no tienen vida de ciencia y de arte; y los que no tienen vida racional son casi como piedras. Y en el penúltimo Tratado se mostrará por qué los sabios hallaron este escondite. Los teólogos toman en verdad este sentido de otro modo que los poetas; mas como quiera que mi intención es seguir aquí la manera de los poetas, tomaré el sentido alegórico según es usado por los poetas.

»El tercer sentido se llama “moral”; y éste es el que los lectores deben intentar descubrir en los escritos, para utilidad suya y de sus descendientes; como puede observarse en el Evangelio, cuando Cristo, subiendo al monte para transfigurarse, de los doce apóstoles llevase tres consigo; en lo cual puede entenderse moralmente que en las cosas muy secretas debemos tener poca compañía.

»Llámase el cuarto sentido “anagógico”, es decir, superior al sentido, y es éste cuando espiritualmente se expone un escrito, el cual, más que en el sentido literal por las cosas significadas, significa cosas sublimes de la gloria eterna; como puede verse en aquel canto del Profeta que dice que con la salida de Egipto del pueblo de Israel hízose la Judea santa y libre. Pues aunque sea verdad cuanto según en la letra se manifiesta, no lo es menos lo que espiritualmente se entiende; esto es, que al salir el alma del pecado, se hace santa y libre en su potestad». (*El Convivio*, 2-1).

Por tanto, cuando en un poema de uno de los Fieles de Amor vemos alabanzas a Beatrice, a Fiammetta, a Laura o a tantas otras, sería de corto vuelo una lectura literal que tan sólo traiga a nuestra mente la imagen de una mujer bella, inteligente y adornada

con todas las virtudes que el poeta se gozara en describir.

En la obra *Il linguaggio segreto di Dante e dei Fedeli d'Amore* (Optima, Roma, 1928), su autor, Luigi Valli, sostiene que tales «damas» no eran mujeres que hubieran vivido realmente sobre esta Tierra, sino que, bajo diferentes nombres, eran una única Dama simbólica que representaba la Inteligencia transcendente. Dino Compagni, también «fiel de amor», llamaba a su amada «*Madonna Intelligenza*», o «sabiduría divina», el aspecto femenino de la Divinidad, la *Shakti* de las doctrinas hindúes, asimilable en algún aspecto a la *Shekiná* hebrea o a la Virgen María cristiana. Esta interpretación de Luigi Valli sería coherente con la tradición del amor caballeresco, que es una vía iniciática más emotiva que intelectual.

Algunos han pensado que, además de las influencias gnósticas (como la noción de Sofía, las hipóstasis femeninas de la Sabiduría y del Espíritu Santo, etcétera), los Fedeli d'Amore manifestaron con sus concomitancias con el sufismo islámico no otra cosa que una misma tradición. Como subraya Henry Corbin, el Oriente del que se trata en la experiencia de los Fedeli d'Amore, sean ellos orientales u occidentales, no es el Oriente geográfico, sino el Oriente metafísico, el lugar donde nace la luz solar del conocimiento.

Como señaló el erudito investigador Santiago Dotor en su trabajo *Dante* (Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1964), los Fedeli d'Amore estaban integrados en una jerarquía místico-iniciática constituida por siete grados, que se correspondían con los siete cielos simbólicos de la cosmología tradicional (interpretados como otros tantos niveles de la «existencia universal») y con las siete artes liberales que componían el *trivium* y el *quadrivium*, ciencias de carácter cualitativo referentes a vivencias espirituales efectivas, ajenas a la especulación racional.

La experiencia místico-iniciática o «escala de Amor» integraba cuatro estadios fundamentales: *liquefactio*, *languor*, *zelus* y *excessus mentis*; este último correspondía al éxtasis logrado por la abstracción de lo externo, siendo el *excessus mentis* la «visión intelectual» en la que se capta interiormente la esencia de las cosas por revelación. Es importante resaltar también que en el simbolismo de los Fedeli d'Amore el elemento afectivo (*amore*, *amour*) es de carácter transcendente y tiene un significado metafísico opuesto a «muerte», como indica el *fedele* Jacques de Baisieux: «“A” *senefie en sa partie ‘sans’*, et “mor” *senefie ‘mort’*, or *l’assemblons, s’aurons “sans mort”*» («A» significa ‘sin’ y «mor» significa ‘muerte; si lo juntamos, tendremos «sin muerte»). Éste es un ejemplo hecho público de la interpretación secreta usada por los Fedeli d'Amore para crear su propio lenguaje. A partir de Guido Guinizzelli, estos Fieles de Amor elaboraron una jerga oculta, de la que se conocen una treintena de términos básicos, jerga solamente inteligible para quien tuviese la clave y no para la *gente grossa*, es decir, para los profanos.

LA CLAVE DEL NÚMERO 9

La «gematría» es un método de la cábala aplicada. En ese sistema, a cada letra del alfabeto hebreo le corresponde un valor numérico. Se utiliza para dilucidar pasajes oscuros de la Biblia, buscando palabras que tengan similar valor numérico. En las páginas siguientes se intentará demostrar, mediante el estudio de algunos símbolos y sencillas aplicaciones de gematría cabalística, que —además del sentido señalado por Luigi Valli— Dante utilizó la figura de Beatrice para simbolizar al Temple, y que *La Vita Nuova* contiene un «aviso para navegantes»: una advertencia a quien pudiera entenderla sobre «el próximo fin de la Orden».

Sabido es que Dante Alighieri daba gran importancia a los números que aparecían en sus obras o que conformaban su estructura. Los números 3, 7, 9 y 11 y sus múltiplos, 22, 33, 66 y 99, tenían para él —y para quien supiese interpretarlos correctamente— un significado especial. Partiremos de esa base para delimitar los términos de tres sencillas ecuaciones:

Si $A = B$ y $B = C$ resulta que $A = C$

La primera ecuación la tenemos resuelta por el propio Dante, pues en *La Vita Nuova* dice literalmente refiriéndose al 9:

«[...] ma più sottilmente pensando, e secondo la infallibile veritade, questo numero fue ella medesima» (Pero, pensando más sutilmente y según la verdad infalible, dicho número fue ella misma»). (*La Vita Nuova*, XXIX).

Así pues, para Dante no había ninguna duda de que Beatrice = 9. Si podemos demostrar que el Temple también podía simbolizarse mediante ese número, la ecuación arriba indicada quedaría resuelta. Sabemos que el 9 es un número recurrente en la historia del Temple. Fundada la Orden por nueve caballeros, dejan pasar nueve años en actividad silenciosa hasta recabar la autorización y protección del Papado, lograda gracias a Bernardo de Claraval. Hugo de Payens, el primer maestro de la Orden, muere nueve años después. (No conviene olvidar que hablamos de una época en la que los datos históricos eran muchas veces considerados de menor importancia que su significado, por lo que alterarlos para resaltar ese significado no suponía una connotación dolosa). Como para reafirmar esta importancia del 9 en el Temple, los postulantes tenían que cumplir nueve años de servicio a la Orden antes de ser oficialmente admitidos como monjes-guerreros.

Este número 9 tenía desde antiguo un importante valor cabalístico, ya que se

consideraba el número de Adán y, como consecuencia, el número analítico del Hombre considerado en la perfección primordial del Paraíso, es decir, el punto final de los «misterios menores». Respecto a esto, aclaremos aquí, en palabras de René Guénon, que: «No hay géneros de iniciación diferentes, sino etapas o grados de una misma iniciación, si se considera ésta como debiendo constituir un conjunto completo y proseguirse hasta su término último; así pues, en principio, los “misterios menores” no son más que una preparación a los “misterios mayores”, puesto que su término mismo no es todavía más que una etapa de la vía iniciática. Los “misterios menores” comprenden todo lo que se refiere al desarrollo de las posibilidades del estado humano considerado en su integridad; por consiguiente, terminan en lo que hemos llamado la perfección de este estado, es decir, en lo que se designa tradicionalmente como la restauración del “estado primordial”. Los “misterios mayores” conciernen propiamente a la realización de los estados suprahumanos: tomando al ser en el punto donde le han dejado los “misterios menores”, y que es el centro del dominio de la individualidad humana, le conducen más allá de este dominio, y a través de los estados supraindividuales, pero todavía condicionados, hasta el estado incondicionado, que es el único que es la verdadera meta, y que se designa como la “Liberación final” o como la “Identidad Suprema”. (En *Apreciaciones sobre la iniciación*, capítulo XXXIX).

La importancia del número 9 puede comprobarse en un interesante análisis del pentáculo que Heinrich Khunrath incluye en su obra *Amphiteatrum Sapientiae Aeternae*. El análisis se debe al rosacruz decimonónico francés Stanislas de Guaita, partiendo de estudios anteriores de Fabre d'Olivet y Louis-Claude de Saint-Martin. Resumiendo este largo estudio cabalístico, que incluye además correspondencias con los significados del tarot, puede apreciarse lo siguiente: en hebreo, Adán (Adam) se escribe

אָדָם mem, dalet, aleph

(No olvidemos que el hebreo se lee de derecha a izquierda).

Las equivalencias numéricas de esas letras son:

א = 1

ד = 4

מ = 40

Y su suma gemátrica: $1 + 4 + 40 = 1 + 4 + 4 + 0 = 9$

La corrección de este cálculo gemátrico se puede corroborar tomando los valores ordinales de las letras, que son respectivamente 1, 4 y 13. Su suma es, también en este

caso: $1 + 4 + 1 + 3 = 9$. Estos valores ordinales, que tienen gran importancia a la hora de dar a las láminas del tarot una interpretación acorde con la cábala, nos van a proporcionar un nuevo dato a tener en cuenta. Si buscamos en el alefato hebreo qué letra está en el lugar 9, nos encontramos con ט (tet), equivalente a la T de nuestro alfabeto. Examinando las láminas del tarot, vemos que la novena corresponde a «El Ermitaño»; y no sólo corresponde ordinalmente, sino que el propio dibujo de la lámina no es sino uno de los posibles desarrollos icónicos de los contenidos simbólicos del grafismo de la letra hebrea, como se puede comprobar fácilmente comparando ambas imágenes (figs. 33 y 33 bis).

La lámina novena del tarot está relacionada con la iniciación, con la sabiduría oculta respaldada por la fuerza y con la prudencia; uno de sus simbolismos más importantes es el del «maestro interno». Tradicionalmente, su imagen ha sido asimilada a la de San Bernardo.

Cualquier camino que se escoja a la hora de estudiar los orígenes del Temple, siempre acabaremos dándonos de bruces con Bernardo de Claraval, con San Bernardo.

Sobrino de Andrés de Montbard, uno de los nueve caballeros fundadores del Temple, y amigo o vecino de casi todos los demás, Bernardo fue sin duda el hombre más carismático de su tiempo, encarnación de esa autoridad espiritual capaz —sin ostentar otro cargo eclesiástico que el bien modesto de abad— de llamar al orden a reyes y emperadores. Junto con Dante Alighieri, Bernardo de Clairvaux fue el europeo más admirado por René Guénon, y hay que decir que René Guénon no era precisamente dado a admirar a los europeos. Del opúsculo que escribiera el metafísico franco-egipcio sobre San Bernardo, podemos extraer unas líneas:

«Hasta entonces, Tierra Santa no había ocupado, al menos en apariencia, más que un lugar secundario en las preocupaciones de San Bernardo, pero sería sin embargo un error considerar que fue enteramente ajeno a lo que allí sucedía, y la prueba de ello es un hecho sobre el cual, de ordinario, se insiste mucho menos de lo que convendría y por eso queremos llamar la atención del papel que desempeñó en la constitución de la Orden del Temple, la primera de las órdenes militares por la fecha y por su importancia, que iba a servir de modelo a todas las demás.

»Será en 1128, diez años después de su fundación, cuando esta Orden recibió su Regla en el Concilio de Troyes, y fue Bernardo quien, en calidad de secretario del Concilio, estuvo encargado de redactarla, o al menos de trazar sus orientaciones generales, pues parece que no fue sino un poco más tarde cuando se le llamó para completarla, terminando su redacción definitiva en 1131. Comentó luego esta regla en el tratado *De laude novae militiae*, donde expuso en términos de una magnífica elocuencia la misión y el ideal de la caballería cristiana, a la que él llamaba la Milicia de Dios. Estas relaciones del abad de Clairvaux con la Orden del Temple,

que los historiadores modernos no consideran más que como un episodio bastante secundario en su vida, tenían seguramente otra importancia a los ojos de los hombres de la Edad Media y, de hecho, hemos mostrado en otra parte que constituyen sin duda la razón por la que Dante debía escoger a San Bernardo para su guía en los últimos círculos del Paraíso.

»[...] La cristiandad era idéntica a la civilización occidental, fundada entonces sobre bases esencialmente tradicionales, como lo es toda civilización normal, y que iba a alcanzar su apogeo en el siglo XIII. La pérdida de este carácter tradicional debía necesariamente seguir a la ruptura de la unidad misma de la cristiandad. [...] Aquel que asestaría los primeros golpes al edificio grandioso de la cristiandad medieval fue Felipe *el Hermoso*, el mismo que, por una coincidencia que no tiene, sin duda, nada de fortuito, destruyó la Orden del Temple, atacando directamente la obra misma de San Bernardo.

»Convertido en monje, permanecería siempre caballero [...]. Monje y caballero en conjunto, estos dos caracteres eran los de los miembros de la Milicia de Dios, la Orden del Temple. Eran también y, en primer lugar, los del autor de su Regla, del gran santo que se ha llamado el último de los Padres de la Iglesia y en quien algunos quieren ver, no sin razón, el prototipo de Galahad, el caballero ideal y sin tacha, el héroe victorioso de la demanda del Santo Grial». (R. Guénon: *San Bernardo*, Marsella, 1929; traducción española: *Letra y Espiritu*, nº 2, 1998).

No se puede encontrar, pues, una figura más apropiada para tomarla como símbolo del Temple: San Bernardo, héroe griálico (es decir, conocedor de sí mismo), encarnación viva de ese Adam anterior a la caída, de ese Hombre Primordial común a todas las formas tradicionales representado en la cábala por el número 9. Figurado por el noveno arcano del tarot, siguiendo la grafía de la letra hebrea ט (tet, inicial en latín y en todas las lenguas románicas que de él derivan de la palabra 'Temple'), caballero por estirpe y monje por vocación, iniciado tanto en el esoterismo cristiano como en lo que quedaba del druídico. Nada ni nadie mejor que Bernardo de Claraval podría considerarse como la personificación del Temple en la época en que Dante escribiera *La Vita Nuova*.

Podemos entonces completar las ecuaciones iniciales, teniendo siempre en cuenta que aquí el signo [=] no significa identidad, sino analogía simbólica: Beatrice = 9; Temple = San Bernardo = 9; luego Beatrice = Temple.

Aún una indicación más en este sentido: en los capítulos II y III de la obra *La Vita Nuova*, Dante resalta que Beatrice vestía «de blanco y de rojo, colores del hábito templario».

UNA LECTURA TEMPLARIA DE ‘LA VITA NUOVA’

Aceptando que esta exégesis simbólica sea correcta, podemos entonces leer *La Vita Nuova* como el relato de una muerte súbita y temprana, no esperada por aquellos que consideraban al Temple como un supremo amor, dador de lo más preciado para los Fedeli d’Amore: la consciencia del «sí mismo», desde el punto de vista espiritual y la idea imperial, desde el punto de vista contingente. El propio título de la obra significa que, tras aceptar esta muerte, el poeta llega a un grado de conocimiento que le permite empezar una «nueva vida». Dante nos indica el proceso que ha seguido para decir lo que quería sin ser entendido por quien no debiera: asimismo, nos dice que, por discreción, finge estar enamorado de otra mujer en vez de Beatrice y se puede hacer una transposición e interpretar que, también por discreción, Dante finge estar enamorado de Beatrice en vez de manifestar su fervor por el Temple. Este aviso, enunciado tan críticamente, no parece destinado al grueso de los monjes-guerreros, y menos aún a su numeroso personal auxiliar, sino a unos pocos, a ese círculo iniciático escondido en la estructura externa de la Orden, un círculo que aseguraba el enlace entre la cristiandad como sociedad tradicional y el «centro del mundo». [En *El Rey del Mundo* René Guénon habla del «centro espiritual» establecido «en el mundo terrestre para conservar íntegramente el depósito de una ciencia “no humana”. No otra es la idea de “tradición” de que derivan todas las tradiciones y explicaciones religiosas, míticas y filosóficas del mundo según el autor citado. Señala Guénon que, en una obra póstuma, Saint-Yves d’Alveydre (*La Mission de l’Inde*, 1910) denomina *Agartha* al centro. El autor relaciona con esa ciudad-símbolo la “ciudadela solar” de los rosacruces y la *Ciudad del Sol* de Campanella». (Cfr. Juan Eduardo Cirlot: *Diccionario de Símbolos*, Labor, Barcelona, 1991)].

Pero si se entiende que *La Vita Nuova* explica la desintegración de la estructura templaria, ¿cómo pudo saber Dante con más de una década de adelanto el trágico final que aguardaba a la Orden del Temple? Entramos aquí en el dominio de la suposición, pero las hipótesis pueden basarse en criterios conformes a la Tradición, tal y como la plasmó de forma inteligible para el occidental actual su mejor exponente en el pasado siglo: René Guénon.

«Una organización iniciática puede proceder del centro supremo, no directamente, sino por intermedio de centros secundarios y subordinados, lo que además es el caso más habitual; como hay en cada organización una jerarquía de grados, hay también, entre las propias organizaciones, lo que podría ser llamado grados de interioridad y de exterioridad relativa; y está claro que las más exteriores, es decir, las más alejadas del centro supremo, son también aquellas donde la conciencia de la vinculación a éste puede perderse más fácilmente. Aunque el objetivo de todas las

organizaciones iniciáticas sea esencialmente el mismo, se sitúan en cualquier caso en niveles diferentes en cuanto a su participación con la Tradición Primordial (lo que, por otra parte, no significa que, entre sus miembros, no pueda haber quien haya alcanzado personalmente un grado de conocimiento efectivo); y no hay lugar para extrañarse, si se observa que las diferentes formas tradicionales no derivan todas inmediatamente de la misma fuente original; la cadena puede contar con un número más o menos elevado de eslabones intermedios, sin que haya por ello ninguna solución de continuidad. La existencia de esta superposición no es una de las menores razones entre todas las que forman la complejidad y la dificultad de un estudio un poco amplio de la constitución de las organizaciones iniciáticas; todavía debe añadirse que una tal superposición puede encontrarse también en el interior de una misma forma tradicional, como se puede encontrar un ejemplo particularmente claro en el caso de las organizaciones pertenecientes a la tradición extremo-oriental. Este ejemplo, del cual no podemos hacer sino una simple alusión, es quizá incluso uno de los que mejor permiten comprender cómo la continuidad está asegurada a través de los múltiples escalones constituidos por otras tantas organizaciones superpuestas, desde aquellas que, comprometidas en el dominio de la acción, no son sino formaciones temporales destinadas a desempeñar un papel relativamente exterior, hasta las de orden más profundo, que, permaneciendo en el no actuar principal, o mejor dicho, por ello mismo, dan a todas las demás su dirección real. A propósito de esto, debemos llamar especialmente la atención sobre el hecho de que, incluso si algunas de estas organizaciones, entre las más exteriores, se encuentran a veces en oposición entre ellas, ello no podría impedir, de efectivamente existir, la unidad de rumbo, pues la dirección en cuestión está más allá de esta oposición, y no en el dominio en que se afirma.

»[...] En el seno de una misma organización puede existir una doble jerarquía, y ello más especialmente en el caso en que los jefes aparentes no son conscientes de la vinculación a un centro espiritual; podrá haber entonces, fuera de la jerarquía visible que ellos constituyen, otra jerarquía invisible, cuyos miembros, sin cumplir ninguna función oficial, serán no obstante quienes aseguren realmente, con su sola presencia, la ligazón efectiva con dicho centro. Estos representantes de los centros espirituales, en las organizaciones relativamente exteriores, no tienen evidentemente que darse a conocer como tales, y pueden tomar la apariencia que mejor convenga a la acción de presencia que han de ejercer, sea la de simples miembros de la organización si deben desempeñar un papel fijo y permanente, o bien, si se trata de una influencia momentánea o debiendo trasladarse a puntos diferentes, la de los misteriosos viajeros». (*Apreciaciones sobre la iniciación*, capítulo X: «De los centros iniciáticos»; traducción española: CS, Buenos Aires, 1993).

Y en otro lugar, René Guénon explica:

«Muchas personas, al oír pronunciar la palabra “organización”, imaginan de inmediato que se trata de algo comparable a la formación de una agrupación o de una asociación cualquiera. Eso es absolutamente erróneo, y quienes conciben tales ideas prueban que no comprenden ni el sentido ni el alcance de la cuestión [...]. Así como la metafísica verdadera no puede encerrarse en las fórmulas de un sistema o de una teoría particular, la élite intelectual no podría acomodarse a las formas de una sociedad constituida con estatutos, reglamentos, reuniones y demás manifestaciones exteriores que la palabra implica necesariamente; se trata de algo totalmente diferente de semejantes contingencias». (*Oriente y Occidente*, segunda parte, capítulo III: «Constitución y función de la élite»; traducción española: CS, Buenos Aires, 1993).

Estas últimas palabras se adaptan admirablemente a lo que fueron la Fede Santa o los Fedeli d'Amore: agrupaciones informales de las que no consta una sola acta, un solo organigrama, un lugar habitual de reunión; nada de nada, excepto unos grados, para los Fedeli, de los que poco se sabe. A continuación se enumeran algunos hechos y reflexiones relacionados con lo que se ha tratado:

En primer lugar, Boccaccio (en su *Vita di Dante Alighieri o Trattatello in Laude di Dante*, 1354) asegura que Dante viajó a París en 1309. El 8 de agosto de ese año, abrió las sesiones la comisión eclesiástica de París, ante la que debían comparecer los templarios, y el 26 de noviembre, Jacques de Molay declara ante ella. Es posible que Dante quisiera mostrar su apoyo a De Molay... o bien darle instrucciones.

En segundo lugar, se puede desbrozar la siguiente cadena iniciática: esoterismo medieval > Temple > ciclo griálico > Massenie > amor cortés caballeresco > *dolce stil nuovo*, cuyo núcleo eran los Fedeli y cuyo círculo interno fue muy probablemente la Fede Santa, uno de cuyos jefes (*kadosch*) era Dante. Los continuadores de esta cadena habrían dado origen a las leyendas sobre los rosacruces, que Johann Valentin Andreae resucitó (sin nada que le concediera autoridad para hacerlo) a principios del siglo XVII con intenciones políticas. (Cfr. Frances A. Yates: *El iluminismo rosacruz*. FCE, México, 1999).

En tercer lugar, en el año 1303 se pierde para la cristiandad la isla de Rouad, frente a la fortaleza de Tortosa. Nada queda del poder militar templario en Tierra Santa. Chipre pasa a ser el centro neurálgico de la Orden en el Mediterráneo oriental, desde el que Jacques de Molay gobierna el Temple. Tres años después, en 1306, Clemente V ordena venir, desde Chipre, a Jacques de Molay. El gran maestre llega a París a primeros de 1307 y es detenido en octubre de ese año. La pérdida de los territorios de ultramar significaba la pérdida de la primigenia razón de ser del Temple. En este

aspecto, Jacques de Molay podía ser considerado como el responsable último (en sentido temporal y, en parte, militar) de esa pérdida. La misión externa de la Orden del Temple estaba ya cumplida. La continuidad de su acción en la cristiandad era ya más importante en los terrenos económico y financiero que en el propiamente monástico-militar para la que fue fundada. En estas condiciones, es muy posible que los jefes aparentes de la Orden no fueran conscientes de la vinculación a un centro espiritual.

En este supuesto, la acción de la «doble jerarquía» podía adquirir un carácter de «cirugía de campaña», cortando lo externo para dejar a salvo las doctrinas internas y la conexión de Occidente con el «centro del mundo». Los encargados de seguir adelante con esta misión de salvaguarda y conexión serían la Fede Santa y su manifestación más exterior: los Fedeli d'Amore.

Dante, como *kadosch* de la Fede Santa, estaba al tanto de todo. No hay que olvidar que el poeta, durante los largos años de su exilio, fue uno de esos «viajeros» que cita Guénon y que recorrió reinos y ciudades encargado de discretas operaciones diplomáticas. Un «noble viajero», para expresarlo en los términos usados por la tradición rosacruz.

La doble jerarquía puede tomar, en los círculos más externos, la apariencia de organizaciones diferentes, incluso enfrentadas. Cabe preguntarse si el Temple, el Papado y la corona de Francia no fueron tres de estas organizaciones o, si esta hipótesis parece demasiado extrema, si el Papado y la corona de Francia no pudieron haber sido influidos e incluso manipulados por agentes de esa doble jerarquía.

Finalmente, los principales protagonistas públicos (desde uno u otro lado del patíbulo) del drama templario fueron Jacques de Molay, Felipe *el Hermoso* y el papa Clemente V. Los tres murieron en 1314; los dos últimos fallecieron poco después de que Molay hubiera sido quemado vivo, el 18 de marzo. Parece como si una repentina urgencia hubiera hecho necesaria la desaparición de los principales responsables visibles de la destrucción del Temple. Una última curiosidad: $1 + 3 + 1 + 4 = 9$.

CONCLUSIÓN

Lo que se sostiene en esta lectura templaria de *La Vita Nuova* es, pues, que la destrucción de la Orden del Temple fue preparada de antemano por la «doble jerarquía» para hacer desaparecer la parte externa de la Orden en medio del caos más absoluto, dejando así a salvo las doctrinas internas y la conexión de la cristiandad con el «centro del mundo», antes de que el éxito del Temple en los negocios mundanos inclinara definitivamente a toda la organización a desconocer (e incluso repudiar, como había ocurrido con la Iglesia) el conocimiento iniciático. Esta labor de salvaguarda quedaría en manos de la Fede Santa, cuyos miembros exteriores, los Fedeli d'Amore,

escondieron esas doctrinas internas «bajo bella mentira», so capa de poemas a la «dama» y al «amor».

Dante, uno de los jefes de la Fede Santa, conocía el trágico sino del Temple y lanzó un aviso, envuelto en los velos del simbolismo, para que otros que estuvieran en su misma condición tomaran las medidas que fueran oportunas. La continuidad de las doctrinas internas, preservadas a tan altísimo precio, sería más tarde responsabilidad de los rosacruces medievales (no de los sedicentes rosacruces alemanes del siglo xvii) y, a través de ellos, por grupos iniciáticos cuya filiación se mantendría activa hasta nuestros días, bien que aminorada por el imparable declive del fin de ciclo. Esto se indica meramente como una vía a seguir en estudios posteriores, ya que se aparta del tema aquí tratado.

Esta lectura de *La Vita Nuova* puede parecer una hipótesis cogida con alfileres y quizás lo sea, aunque no más que otras muchas, en otros muchos campos, que circulan por el mundo como verdades irrefutables. Su ambición, si alguna tiene, no es otra que incitar a la profundización en los diversos niveles de interpretación de un texto tal y como los entendía Dante Alighieri, con la seguridad de que una lectura «total» de ese texto mostrará no sólo su significado literal, sino también el alegórico, el moral y el anagógico; una lectura semejante habrá de ser enriquecedora (y seguramente indispensable) para nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos.

NOTA FINAL: UNA APARICIÓN DE LA FEDE SANTA EN EL SIGLO XX

Desde mediados del siglo xix a principios del xx, la arquitectura y las artes en general experimentaron un ansia de retorno al medievo. Los artistas se unen en grupos informales preocupados no sólo por razones técnicas o estéticas, sino también metafísicas. Así ocurre con los prerrafaelitas ingleses, la tendencia Arts and Crafts de William Morris, la Comunidad del Desierto de Frank Lloyd Wright (cuya finca se llamaba nada menos que Taliezin West), la Bauhaus, fundada por Walter Gropius... y la Fede Santa de Mario Palanti, arquitecto nacido en Italia, educado en Milán y emigrado a Argentina en 1909.

En Buenos Aires, Palanti intenta construir un edificio que sea el templo simbólico en honor a Dante, con motivo del sexto centenario de la *Divina Comedia*. Consigue que un rico fabricante de paños, Luis Barolo, financie su proyecto y se levanta así el Edificio Barolo, que se puede considerar como una maqueta del cosmos, en la mejor tradición gótica. Palanti sabía que la puerta hacia el Cielo estaba en el sur. Para Dante, el mundo es trinitario: Cielo, Tierra e Infierno. En el norte está Jerusalén, debajo de ella están los nueve círculos del Infierno y en el sur se alza la montaña del Purgatorio; sobre su cumbre está el acceso a los círculos angélicos y celestiales. Mario Palanti construyó un

edificio cuya cúpula se abre a ese acceso al Paraíso, simbolizado por la Cruz del Sur. Este trasfondo simbólico está también en la obra de Gaudí o en la de Steiner. El tema es demasiado extenso para intentar siquiera esbozarlo, pero quede aquí esta nota como testimonio de la existencia, hace menos de un siglo, de personas que aún se identificaban con la Fede Santa como forma de expresión de sus inquietudes espirituales, rindiendo homenaje de este modo a quien fuera ministro de la Orden: Dante Alighieri.

Mario Palanti murió en Milán, en 1979. Hace, pues, tan sólo un cuarto de siglo que aún vivía al menos una persona que se definía a sí misma como miembro de la Fede Santa, manifestando además un conocimiento extraño al común de su época. No sabemos, ni tenemos forma de saber, si fue el último miembro de la orden tercera del Temple o si otras personas, que se consideran con legitimidad participantes de esa hermandad, continúan calladamente su labor entre nosotros.

MAURO ZORRILLA HIERRO. *Escritor y poeta vasco afincado en la provincia de Málaga, es autor de once libros (novela, cuento, poesía, teatro) y de más de un centenar de artículos en la prensa diaria desde 1997, así como de relatos en revistas y suplementos literarios. Premios: Buero Vallejo (teatro); Pío Baroja, Villa de Bilbao y Ciudad de Majadahonda (novela); Arjona (cuento) y Almádena (poesía); finalista del premio Herralde y de La Sonrisa Vertical (novela). Fue miembro de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, del consejo de redacción de Boletín Temple y director de la Revista Despertar y del foro «La Tradición Propositiva» en internet. Actualmente dirige la publicación digital Boletín «Sin Nombre».*

***Los templarios y la tradición iniciática
de los trovadores***

CHEMA FERRER CUÑAT

El caballero templario y el trovador son dos personajes esenciales en la sociedad medieval. Sin embargo, a primera vista, ni sus objetivos ni sus actividades parecen relacionadas de ningún modo. ¿Qué pueden tener en común un monje-guerrero, recluso en un cenobio, ceñido a la regla monástica y versado en el arte de la guerra, y un trovador entregado al arte de la poesía y la música?

El trovador procedía de los altos estamentos sociales. Con frecuencia se trataba de un señor feudal o un miembro de la corte que dedicaba sus esfuerzos intelectuales a escribir glosas de amor cortés, dirigidas a una dama y que, en ocasiones, hasta las hace acompañar de música. Otros miembros de esa misma nobleza, participando de una orden monástica y militar, como el Temple, preferían entregarse a labores religiosas o bélicas. En el seno de un mismo estrato social, por tanto, se daban ambas categorías y, por esa razón, no extrañará que en las páginas siguientes aparezcan personajes que compartan los dos objetivos: la poesía y la religión combativa.

El mundo trovadoresco surge en los señoríos del sur de Francia y se expande con fuerza por toda Europa. Los trovadores, además de plasmar su insistente idea de un amor idealizado, divulgaron, mediante poemas cantados, las glorias y hazañas de las cruzadas en Tierra Santa. Pero aquí no queda todo: si se observa con detenimiento el trasfondo de ese amor sublime, enseguida se descubrirá que también quisieron transmitir algo más.

El renacimiento del culto a la dama coincide con otro impulso importante iniciado por el mentor de la Orden templaria, San Bernardo de Claraval (1090-1153). Él también colaboró en esa misma dirección, tanto en sus escritos como en sus proyectos, pero de una manera claramente espiritual. La difusión de ese amor lo concretó en una figura femenina que hasta ese momento había permanecido en un segundo plano: la Virgen María. Impulsó su culto entre los cenobitas de la Orden del Císter, así como en todas las encomiendas templarias, donde, en su mayoría, se rendiría veneración a la Virgen. Es en esa misma época cuando se generalizan las tallas de imágenes sedentes de vírgenes, mostrando a su Hijo en su regazo. Estas imágenes tenían un denominador común: la piel de la Virgen era negra o de un tono oscuro. (Véase capítulo XXIII: «Los templarios y las vírgenes negras»).

Vale la pena detenerse en esta coincidencia entre la dama trovadoresca y el nacimiento del culto templario a la Virgen, y estudiar los orígenes y las concomitancias entre estos dos factores. Para explicar estos hechos hay que remontarse a los orígenes antropológicos de las ideas de feminidad y a otros aspectos de la llamada Tradición Primordial.

DEL CULTO ANTIGUO A LA DIOSA A LA VIRGEN MARÍA

En el subconsciente humano, la Tierra se representa como la Madre Naturaleza: ella es el símbolo de la fertilidad y este paradigma se transfiere y personifica en la mujer. Es ella el origen y de ella nace la vida. Esta noción ancestral de «origen» es recurrente en la actualidad, sobre todo por los movimientos feministas —enfrentados a las sociedades patriarcales— y también por grupos preocupados por la defensa y conservación de la naturaleza. Se especula que las sociedades humanas primitivas estaban organizadas como matriarcados y existen argumentos que sostienen esta teoría, como ciertas figuras encontradas en los yacimientos arqueológicos correspondientes a las épocas prehistóricas y que representan un particular panteón de diosas —caracterizadas por la exageración de sus atributos femeninos: un pronunciado contorno de vientre y caderas o unos pechos que prometen gran cantidad de alimento—. Éstas fueron las primeras Venus o diosas, y fueron adoradas como representación del poder reproductivo y fértil de la Tierra.

Ese culto a la diosa se remonta a la lejana edad del neolítico. Las diversas civilizaciones posteriores suman a sus Venus otros atributos, como la sabiduría o el poder curativo. Las denominadas diosas-serpientes se relacionan con la sanación y se representan en numerosos santuarios, como en el del Pla de Petracos (Alicante) —en un entorno más sofisticado, pueden encontrarse en la espléndida civilización minoica en Creta—. Sus templos se situaban a los pies de dos montañas, que simbolizaban los senos, y una colina redondeada, a modo de vientre.

Aquellas representaciones arcaicas dan paso a otras personalidades más conocidas: Gea o Rea, de la mitología griega, o a Cibele, surgida en Asia Menor, que gozaba de gran fervor en Roma. (El Imperio dedicó a Cibele auténticos ritos orgiásticos, como la castración de los sacerdotes que custodiaban su templo). El culto de estas diosas languidece posteriormente, aunque en los primeros siglos de la era cristiana aún pervivían algunos ritos antiguos: Gregorio de Tours (siglo IV) describe la escena de un grupo de campesinos francos paseando en andas una imagen de Cibele por los campos, para propiciar la lluvia. El culto a la diosa irá perdiendo protagonismo y será sustituida, progresivamente, por un panteón de dioses masculinos —tanto en el mundo pagano como en las religiones monoteístas—, que acabaron adquiriendo el principal

protagonismo.

En el Concilio de Éfeso, en el año 431, se reconoció la figura de la Virgen María como la Madre de Dios. La finalidad principal era eliminar la figura y culto de Cibele y, con ello, todo atisbo paganizante. Este proceso se repitió, más tarde o más temprano, en todos los lugares a los que alcanzaba el cristianismo: la Virgen de Guadalupe (de México) sustituyó a la diosa madre de la naturaleza Tonantsi y los pueblos palestinos cambiaron en sus templos la imagen de Astarté por la de la Virgen María —la *Regina Coeli*, la *Mater Genetrix*—.

San Bernardo de Claraval escribe:

«A ti, hombre, que te sientes transportado por las olas entre las tormentas y tempestades de este mundo, no apartes tus ojos del destello resplandeciente de este astro, mira a la estrella, llámala María».

María se convierte en la mediadora entre el hombre y Dios. No hay que olvidar que, en Éfeso, la Virgen María había sido reconocida como la Madre de Dios, pero el dogma de la Inmaculada Concepción no se implanta hasta el año 1854. Ése fue el último atributo que se sumó a su culto; se convierte en María Inmaculada, acercándose, más si cabe, a su origen sobrenatural.

EL 'TROVAR CLUS' Y EL AMOR CORTÉS

Toda esta cosmovisión no se expresa abiertamente: se trata de un conocimiento del que no se hace partícipe a todo el que lo escuche y sólo aquellos que conozcan las reglas serán capaces de aprehender el mensaje. Así surge el *trovar clus*, considerado en ocasiones como soporte lingüístico del «gay saber» o «gaya ciencia».

El «cantar cerrado» o *trovar clus* define el trasfondo compositivo del trovador. Las palabras fluyen y se encadenan melódicamente, mostrándonos, en ocasiones, un significado distinto al que realmente representa. Las imágenes líricas ocultan al no iniciado en estas artes el significado real. En cambio, si se atiende a la métrica de los versos y composiciones, puede apreciarse que el canon poético se repite en casi todas ellas. Del mismo modo sucede con el tema del amor desdichado. La finalidad última es la comunicación de un mensaje, una idea inalterable, que expresada de otro modo quizá fuera irreverente o incluso herética.

El amor desdichado se presenta como motivo principal de la lírica medieval y es el espíritu que impulsa al trovador a componer y cantar sus versos. En ellos aparece la figura de una dama que ya está unida en matrimonio con otro hombre, de modo que estos poemas parecen referir un amor adúltero. El deseo amoroso espolea la creación

lírca: es un amor intenso que crece y crece hasta límites difíciles de soportar. El entramado ideológico de estos poemas es bastante complejo: por ejemplo, si no se consumaba físicamente el deseo amoroso, la pasión desenfrenada permitiría una especie de depuración del amor y un tránsito hacia la perfección. Pero si el trovador consigue acceder a la dama, si el amor se consume en una relación física, se convierte en un fracaso, tal y como sucede con los amores de Lanzarote y la reina Ginebra en el ciclo artúrico, o los de Tristán e Isolda del mito nórdico. Según el poeta florentino Dante Alighieri (1265-1321), es necesario morir de amor por una dama; en su caso, el objeto de su amor era la idolatrada Beatriz (Beatrice). Con ese amor se alcanzaba la llamada *Vita Nuova*. Guido Cavalcanti, un autor coetáneo de Dante y miembro al igual que él de la cofradía secreta de los Fedeli d'Amore, trató de explicar la naturaleza de esta pasión: «El amor cortés aparece cuando el deseo es tan grande que supera el amor natural».

El amor cortés tenía un ritual preciso en su desarrollo. El trovador procede de una familia noble y tiene acceso a una corte feudal donde sus trovas pueden hacerse oír, en fiestas y concursos, y generalmente se interpretan con acompañamiento musical. Cuando el trovador encuentra a la que ha de ser destinataria de sus versos de amor, ella ha de devolver el mensaje y dejar sentado que, de algún modo, acepta ser la receptora de sus apasionados poemas. El saludo de amor y su respuesta «prenden la chispa» de una senda iniciática emprendida por el trovador. Éste tendrá que estar atento al mandato de la dama, manteniendo una fidelidad sin mácula que lo conducirá al éxtasis del deseo amoroso. El caballero realizará las proezas más increíbles en nombre de su amada, a cambio, ella irá concediendo paulatinamente alguna gracia, como entregarle un anillo o un pañuelo bordado que prender de su pechera. Llegado el momento, el ascenso iniciático viene marcado por algún contacto físico, como una caricia o un beso en la frente, que llevará al postulante al paroxismo. El estado ideal del trovador se alcanza cuando el caballero considera que ha llegado al grado de amante y la dama lo reconoce como tal, pero sin superar la barrera de la unión carnal que, probablemente, daría al traste con el amor perfecto. Este ascenso se produce, a menudo, con el consentimiento del esposo.

Los textos trovadorescos son en extremo sugerentes. En ellos se indican los pasos precisos que debe seguir el iniciado en la doctrina del amor. Se llega, incluso, a explicar con detalle cuáles son los contactos carnales que pudieran derivarse de este amor —que incluirían el contacto entre los dos cuerpos desnudos, intercambiando únicamente caricias y sin llegar a completar la unión—.

El «gay saber» designa el dominio de este arte secreto del amor. El vocablo *gay* remite a la imagen del gallo, palabra procedente de la lengua en la que se expresaban los primeros trovadores, el provenzal. El gallo es el símbolo del Sol y de Hermes, el mensajero de los dioses. La cabeza de gallo está representada en el Abraxas —nombre que aparece con frecuencia en talismanes, por herencia gnóstica y mitraica—. Según Hans Leisegang, Abraxas se identifica con la deidad persa Mitra y por tanto es el mediador entre la humanidad y el dios único, el *Sol invictus*, que la Antigüedad tardía (siglos III-IV) veneró cuando llegó a cierto monoteísmo. (Cfr. *La Gnose*. Payot, París, 1951). Asimismo, según Juan Eduardo Cirlot, Abraxas-Mitra es, en la concepción persa, el mediador entre Ahura Mazda y Arimán, entre el Bien y el Mal. (Cfr. *Diccionario de símbolos*. Labor, Barcelona, 1991). Los amuletos con la representación del Abraxas fueron utilizados por los gnósticos de la secta del alejandrino Basílides, en el siglo II, y por la religión cátara en Provenza en el siglo XII.

El «gay saber» puede tener otras connotaciones, como la evocación de la llamada «lengua de los pájaros», que era, desde los tiempos bíblicos, la lengua de transmisión de los conocimientos secretos; se vincula, también, al ganso (*jars*), animal que representa la vigilancia —del vocablo *jars* proviene la palabra *jargon*, que define, en francés, a aquel que conoce el gorjeo de los pájaros, y que pasa al castellano como ‘jerga’— (fig. 34). Este planteamiento llega a la Edad Media procedente de las afirmaciones bíblicas según las cuales el mismísimo rey Salomón dominaba esa lengua; tradicionalmente se ha considerado a Salomón como autor del Cantar de los Cantares —los primeros versos conocidos donde, en teoría, se habría aplicado este saber—. El texto bíblico del Cantar de los Cantares (siglo VIII a.C.) es el canto por excelencia, es un poema de amor que cuenta los gozos y penas de dos enamorados: el rey y una viñadora, Dios y el alma humana según la perspectiva gnóstica. Al examinar algunos estudiosos, con la sola luz natural, el sentido literal o gramatical de este libro, lo han creído puramente profano, y escrito por Salomón sólo para celebrar sus amores con la hija del rey Faraón, la más querida de sus esposas. Tal fue el sentir del teólogo Teodoro de Mopsuestia en el siglo IV, considerado hereje, que han abrazado los anabaptistas y algunos impíos de los últimos siglos. Según la perspectiva ortodoxa, Ezequiel, otros profetas y los doctores judíos han mirado este poema bajo la imagen de una perfecta unión conyugal, han visto el desposorio de Dios con la Sinagoga; y éste es el sentido que ha seguido la paráfrasis caldea. Los Padres de la Iglesia han descubierto, con mayor fundamento, el matrimonio perpetuo e indisoluble de Cristo con la Iglesia; la cual en muchos pasajes del Nuevo Testamento se llama esposa de Jesucristo. (Cfr. *La Santa Biblia*. Ed. Alfredo Ortells, Valencia, 1986). Ambos enamorados se juntan y pierden, se buscan y encuentran; y en el proceso la esposa se transforma, purifica, crece y madura en el amor... El Cantar es un texto preñado de

simbolismo y alegorías. Como diría el trovador, la finalidad última sería «*entrebescar les motz*», enmarañar las palabras, ocultando, de ese modo, el verdadero significado de los versos.

Este modo de componer se generalizó entre los trovadores de las cortes europeas. A pesar de su lírica rebuscada y su divinización de la dama, los trovadores nunca fueron especialmente perseguidos por la Iglesia ni se les consideró herejes. Tampoco se puede afirmar que su relación con los cátaros —herejía maniquea del cristianismo perseguida por Roma— tuviera una relevancia singular y, desde luego, no puede afirmarse que el origen de su creación poética hundiera sus raíces en aquella doctrina. Por otra parte, sí se puede afirmar que se vieron afectados por la prohibición de hablar occitano; esta prohibición fue promulgada por el papa Honorio III en 1245, y se basaba en el hecho de que la lengua de oc (*langue d'oc*) era la lengua de la herejía. Aún se difundió otra recomendación: en 1277, Étienne Tempier, obispo de París, prohibió la práctica del amor cortés y así quedó expuesto en un manual redactado por Andreas Capellanus, *De amore* (c.1185).

La herencia de la «gaya ciencia» llegó a su máxima expresión a través de una dama tolosana, llamada Clemencia Isaura. En el año 1323, siete trovadores se reunieron y formaron la Compañía del Gay Saber. Uno de sus miembros más conocidos era Guillermo Moliner, que compuso unas «leyes de amor», *Loirs d'amour*, que constituirían el modelo del trovador y amante perfecto. El objetivo era resucitar la lengua occitana. Entre otras actividades, aparece la convocatoria de un concurso poético anual, que se fallaba el día primero de mayo. Clemencia Isaura poseía una inmensa fortuna que no dudó en utilizar para respaldar el resurgimiento del saber perdido. De esta «Isis Aurea» han quedado algunas de sus obras y una estatua, erigida en su honor en la ciudad de Tolosa.

Aunque los trovadores aparecen en las cortes europeas más refinadas, lo más elevado de su actividad se desarrolló en las comarcas occitanas, esparciéndose por la vertiente sur de los Pirineos, debido a las estrechas relaciones de estos territorios con las marcas hispánicas o, sencillamente, como resultado de la cruzada albigense y de las persecuciones posteriores.

DE VÍRGENES Y DAMAS

Las relaciones sexuales no eran especialmente rígidas durante la Edad Media. En aquella época, como en todos los períodos históricos, el hombre hacía su voluntad en este terreno y todas las mujeres eran potenciales objetivos de su lujuria; del mismo modo, la promiscuidad femenina era una costumbre aceptada socialmente. El rapto y la violación eran prácticas habituales: por ejemplo, el trovador Guillermo de Berguedá,

paradigma de una época en la que la violencia y el triunfo de las pasiones desatadas marcaban la cotidianidad, asesinó al padre de la dama que pretendía; en otra ocasión, asaltó un convento y raptó a una monja de la que nada más se supo. No se deduce, por tanto, que la forma de expresión utilizada por los trovadores fuera la válvula de escape de una situación de represión sexual y del mismo modo no se puede admitir que la moral o las normas de educación que regían el comportamiento de los hombres y mujeres de aquellos tiempos fuera la excusa para entregarse a la idealización de la dama. Al darse estas circunstancias, se confirma que las pretensiones de los trovadores eran otras, mucho más profundas y trascendentales.

Debido a la liberalidad o, mejor dicho, a la escasez de normas inhibitoras, las mujeres se incorporan también a este movimiento del amor cortés. Un ejemplo bastará: las monjas del monasterio provenzal de Fonteverault estudian con detenimiento los estereotipos amorosos y eróticos del Cantar de los Cantares, libro sagrado del Antiguo Testamento.

El Cantar de los Cantares refiere una mística y espiritual unión en sus singulares composiciones; en sus versos parecen encontrarse referencias a las «Vírgenes negras», antecedentes del amor cortés y las primeras vinculaciones de la *mater genatrix* con las ideas de fertilidad:

«Negra soy pero hermosa, hijas de Jerusalén,
soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón [cuya hermosura es interior. Las tiendas de los ‘cedarenos’ eran de cuero o de lienzo; aparecían por fuera muy denegridas, pero en el interior encerraban grandes tesoros (véase Sal. 44, 14)].

»No reparéis, pues, en que soy morena;
es el sol el que me oscureció,
cuando los hijos de mi madre se declararon contra mí,
y pusieronme a guarda de viñas [los judíos, hijos de la Sinagoga, al nacer la Iglesia, lidiaron contra ella para destruirla (1 Ts. 2, 14)],
pero ni la mía pude guardar». (Cantar..., 1, 4-5).

Y más adelante:

«¿Quién es ésta que se levanta como la aurora,
bella como la luna,
resplandeciente como el sol,
terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla?». (Cantar..., 6, 9).

Los versos evocan a Venus, el lucero de la mañana.

En el medievo también surgen composiciones que recuerdan los versos del Cantar de los Cantares: son los llamados «carmina» (cantos). El más famoso y conocido es el *Carmina Burana*, aunque no conviene olvidar el *Carmina Rhipullensia*, compuesto en el monasterio de Santa María de Ripoll. Este cenobio catalán fue un centro cultural de la máxima importancia entre los siglos x y xi. el Sabio y enigmático papa Silvestre II (999-1003) fue uno de los educandos de su *scriptorium* en su juventud.

El interés por los textos amorosos renace en una época de profundos cambios en la Iglesia católica, debido a la laxitud de costumbres de su clero dirigente y la profunda inopia espiritual del llamado bajo clero. La bula por la que el papa Gregorio VII (1073-1085) instauro el celibato sacerdotal aparece como represiva y no tiene el efecto deseado. San Bernardo de Claraval criticó abiertamente esa medida, adivinando los comportamientos desviados que este régimen podría favorecer entre los miembros del clero.

Las reacciones contra las restricciones amorosas se suceden y la herejía cátara parece manifestarse en parte como una renuncia a lo que la Iglesia de Roma predicaba en sus púlpitos. Otras cuestiones más profanas —como la negativa a pagar diezmos a la Iglesia— también favorecieron esta revolución religiosa. A estas reacciones se sumaban otras, como la implantación de la curiosa orden de las legas beguinas: mujeres que abandonaban todos sus menesteres y obligaciones y salían a los caminos sin rumbo fijo con la única misión de difundir el mensaje cristiano. La Iglesia cátara, por su parte, concedía a las mujeres una importancia decisiva y casi olvidada, tenían acceso a puestos de responsabilidad en la estructura de su Iglesia e incluso podían llegar al obispado.

Esta renovada preponderancia de la mujer —y no sólo como objeto y destino de la obra trovadoresca— también puede observarse en las célebres «procesiones de damas» que aparecen en todas las obras del ciclo del Grial, como portadoras de la copa o plato sagrado —cáliz de la eucaristía o patena del Cordero Pascual— y de la lanza sangrante —lanza del centurión romano Longinos—. Son escenas de un profundo esoterismo, relatadas por Chrétien de Troyes (c.1135-c.1185), Robert de Boron (c.1200) y el supuesto trovador templario Wolfram von Eschenbach (1170-1220) en sus poemas sobre el Grial. Las doncellas aparecen como sacerdotisas y custodias del «secreto». En dichos poemas, el concepto de Grial varía considerablemente; con frecuencia su naturaleza apenas se menciona y, en el caso del poema *Perceval* de Chrétien de Troyes, se deja sin explicación alguna. La historia más detallada del Grial se encuentra en el *Grand Saint Graal* (siglo XIII), un extenso relato caballeresco francés en prosa que cuenta cómo Cristo mismo entregó a un piadoso ermitaño el libro que relata la historia.

Una dama destaca sobre las demás en el mundo trovadoresco: Leonor de Aquitania (1122-1204), la famosa nieta del gran trovador Guillermo IX de Aquitania. Fue reina

de Francia y de Inglaterra, rompió su primer matrimonio con el rey francés, acusada de adulterio, y se casó con Enrique Plantagenet, que reinaría en Inglaterra como Enrique II. Todas las posesiones de Leonor en el occidente de Francia pasaron a manos inglesas, y ésta fue la causa de la devastadora Guerra de los Cien Años (1338-1453). Leonor de Aquitania tuvo dos hijos: el cruzado y trovador Ricardo *Corazón de León* y Juan *Sin Tierra*, que subiría al trono de Inglaterra en 1199.

Además de componer sus propios versos, Leonor acogió en su corte a numerosos trovadores y músicos, a los que protegía y favorecía como una verdadera mecenas. El trovador Robert Wace (c.1100-1174), por ejemplo, escribió diversas obras por encargo de Leonor, como el *Roman Rou* y el *Roman de Brut*, de gran influencia en los trabajos de Chrétien de Troyes. Leonor de Aquitania tuvo especial interés en que los desvelos de la caballería se centraran en el amor cortés: el amor a la dama.

La relación de Leonor con Chrétien de Troyes debió de ser muy profunda, ya que el escritor se inspiró en ella para definir el personaje de la reina Ginebra. Declara él mismo, de su puño y letra, que fue su hija, María de Champaña, la que le sugirió la creación de *La muerte del rey Arturo*, obra de la saga artúrica (*Vulgata*) donde aparece el caballero Lanzarote; también fue el esposo de su hija, el cruzado Felipe de Flandes, el que le encargó la redacción del *Cuento del Grial*, donde se narran las proezas y desventuras de Perceval.

LA CABALLERÍA CELESTE Y LA BÚSQUEDA DE PERCEVAL

Perceval es un joven criado en el bosque: nada conoce del mundo profano y, por ello, permanece en un estado de pureza virginal. En su recorrido vital, los numerosos encuentros y pruebas le permiten avanzar, peldaño a peldaño, en la posesión del conocimiento. Su vida se configura como una búsqueda y en su camino destaca el momento en el que visita al ermitaño, el día de Viernes Santo. El contacto con este iniciado transforma a Perceval, que se convierte en un verdadero caballero de Cristo, ya que, a los valores propios de la caballería andante que ha ido sumando, añade los valores religiosos y morales del cristianismo. (Este proceso tiene su perfecto parangón en la labor que San Bernardo de Claraval realiza mediante el apoyo y la creación de la Regla templaria).

El ermitaño es un personaje que aparece a menudo en los relatos artúricos. Suele ser un viejo caballero que, retirado de la vida mundana, decide emprender el camino de la espiritualidad absoluta. Su primera labor es dar cobijo al caballero andante y, en segunda instancia, orientar su vida espiritual, que a partir de ese momento toma un rumbo completamente distinto.

El objetivo principal del joven Perceval era llegar a ser caballero y formar parte de

la mítica Mesa Redonda del rey Arturo (fig. 35). Esta mesa se transforma, posteriormente, en la viva representación de la Última Cena: una comunión casi monástica de caballeros que derivará, como idea primigenia, de las comunidades de monjes-caballeros.

En el relato de las desventuras y hazañas del caballero Perceval aparecen lugares y objetos cuya superación u obtención simboliza el paso a un estado más avanzado, como sucede con los vados de los ríos. Los vados representan un aspecto del umbral, símbolo de la divisoria entre dos estados, dos dimensiones, dos formas de realidad: la conciencia y el inconsciente, la vigilia y el sueño... Se da la coincidencia de que muchos combates tienen lugar cerca de ríos, puentes y pasos, lo cual sugiere que el triunfo o la derrota pudieran quedar en manos de las divinidades acuáticas, como ninfas o «damas del lago» —personajes importantísimos en el mito artúrico, por ser custodias de la espada *Excalibur*—.

También aparecen en la obra de Chrétien de Troyes otros paradigmas trovadorescos, como el llamado «*don contarignant*». Éste es el compromiso de un caballero a obedecer el deseo de otra persona sin saber exactamente cuáles son los objetivos de esa misteriosa petición. El ritual es sencillo y consiste en una prueba de amor, como la que Salomé exigió a Herodes, cuando le pidió la cabeza del Bautista. Al hilo de estas obligaciones, que normalmente se confirman por medio de la «promesa», aparece la llamada «tiranía del amor». Por ejemplo, en *Le Conte du Graal*, de Chrétien de Troyes, cuando el caballero Méliant de Liz quiere hacerse merecedor del amor de la «*pucelle aux petites manches*» (doncella de las mangas pequeñas) y ésta, para confirmar la veracidad de su amor, le obliga a enfrentarse en torneo a Thiebault de Tintagel, padre de la doncella. Se daba la particularidad de que Méliant había sido acogido desde su infancia por el mismo Thiebault, gran amigo de su padre. En el lecho de muerte, el padre de Méliant había confiado la tutela de su hijo a Thiebault. ¡Qué imagen más clara: renunciar hasta de la mano que te dio amparo por abrazar la doctrina del amor puro!

LAS FUENTES SUFÍ Y CÁTARA

El pensamiento oriental tiene una influencia decisiva en la génesis del mundo trovadoresco. En el Concilio de Nicea (Anatolia), en el año 325 de nuestra era, los obispos seguidores de Arrio fueron anatemizados por el emperador Constantino. (Arrio era un sacerdote procedente de Alejandría que promulgaba una doctrina considerada herética por la Iglesia, al negar la divinidad de Jesucristo; según Arrio, Dios Padre existía antes que el Hijo y le había creado de la nada). El arrianismo cuajó en los pueblos bárbaros que invadieron el Imperio Romano y de él derivaría el germen de

algunas ideas heréticas posteriores, como la de los «bogomilos» de Bosnia. Se supone que las doctrinas del rechazo del bautismo, la renuncia a la cruz y la aversión a la carne y al matrimonio llegaron del Mediterráneo oriental y forjaron la base doctrinal del cristianismo cátaro que con tanta facilidad se propagó por Occitania.

Otra base fundamental del catarismo era la creencia del dualismo entre el Bien y el Mal. Este sistema, según algunos especialistas, llegó a Europa con el druidismo celta. Su credo consistía en afirmar que la creación del mundo es obra del llamado Demiurgo, que representa el Mal y que, obviamente, se vincula a lo material: a la carne. Cuanto más se separe el hombre del mundo material y más profundice en el ascetismo, más se acercará a la Luz, el lugar donde se encuentra Dios y donde reside el Bien.

La doctrina cátara celebraba su desprecio del mundo promulgando la renuncia al matrimonio, causante de la actividad procreadora, y en eso coincide, sorprendentemente, con los trovadores, que solían utilizar el nombre de Ermessende (Hormesinda) para designar a su amada —nombre que en provenzal significa ‘estéril’—. También coincide con la exaltación del amor fuera del matrimonio, pero esta exaltación no debe producirse de cualquier modo, ya que conviene conservarlo en su estado álgido, sin consumarlo carnalmente.

El cronista borgoñón Raúl Le Gavre narra la visión de un campesino llamado Leuthard, que se suicidó cuando fue condenado por hereje; este Leuthard fue el primero en repudiar a su mujer, promulgando la vida en castidad, y destruyó el crucifijo que presidía la iglesia del pueblo francés de Vertus, donde vivía. ¿En qué consistía ese sueño tan revelador? Raúl Le Gavre lo explica así:

«Habiendo quedado dormido en los campos, ve que un gran enjambre de abejas entra en su cuerpo por la vía natural que se oculta, saliendo por la boca con mucho revuelo; comenzaron a picarle una y otra vez, ordenándole hacer muchas cosas que no están al alcance de los hombres. Va a su casa y repudia a su mujer, marcha hacia la iglesia y destroza la imagen de Jesucristo y su cruz...».

Las abejas representan la autoridad del conocimiento supremo, de modo que todo mensaje revelado por ellas era inapelable. De las consignas recibidas se deduce que el matrimonio y su trato carnal era repudiable, aun estando destinados a fines reproductivos; y así lo afirmaba Isidoro de Sevilla: la grandeza de las abejas reside en su reproducción *sine coitu*.

Los sectores oficiales se encargaban de reprimir estas doctrinas escandalosas, pero no tardaban en resurgir, sobre todo en las cortes occitanas, que se caracterizaban por su refinamiento e interés por la cultura y el saber. Su mayor esplendor coincide con la aparición de los trovadores.

El gran iniciador del arte de trovar fue Guillermo IX de Aquitania y el mundo oriental está presente en su obra. No se puede negar su permanente contacto con el saber islámico, tanto por su participación en la primera cruzada como en las diversas campañas militares en España. Muchos de sus poemas coinciden con los de autores hispanomusulmanes y en ellos se expresa claramente el amor sublime de un caballero hacia una dama.

El sufismo utiliza la vía del amor como la única que lleva al hombre a su fusión con Dios. La mística sufí del islam también fue una corriente que influyó en el surgimiento del mundo trovadoresco. El sufismo generó una poesía amorosa con una clara finalidad: desarrollar la mística religiosa. ¿Representaba la dama el alma humana? Probablemente sea esa búsqueda interior la que espoleó la creación de algunos de estos autores medievales. (Del mismo modo, siglos más tarde, los místicos cristianos Santa Teresa de Ávila o San Juan de la Cruz expresaron su paroxismo del amor místico en los versos de sus poemas). Las influencias gnósticas del sufismo llegaron a Occidente a través de Al Ándalus (fig. 36).

En fin, se trata de exponer un panorama cultural en el que se ven envueltas tradiciones ancestrales, reflejos orientales, influencias célticas, renovación cátara y doctrinas sufíes. Esta suma de condiciones permite la creación poética, aunque de ningún modo se podría afirmar que las distintas corrientes fueron su causa. Convivieron en el tiempo y sus influencias se dispersaron en distintos grados.

Desde luego, no se puede afirmar que todos los trovadores tenían los mismos conocimientos y pretensiones al componer sus poemas. Los autores partían de su bagaje personal y algunos no pasaron de modificar los trabajos de sus antecesores, con la métrica y las formas apropiadas, o realizar variaciones sobre distintos pasajes concretos.

Sin embargo, en medio de la extensa producción y lo variado de sus autores, se puede advertir la capacidad de algunos trovadores para ocultar mensajes y conceptos procedentes de la doctrina cátara, de la mística cristiana e incluso secretos del arte de la alquimia, como afirma Fulcanelli en su obra *El misterio de las catedrales* (1926).

La historia del auge y caída del catarismo coincide con los años de esplendor y declive de la lírica trovadoresca. La Iglesia de Roma ordenó a San Bernardo de Claraval que tratara de atajar la expansión de la doctrina cátara en Occitania. El de Clairvaux comprendió el camino de superación que la religión cátara aplicaba a su doctrina, porque él ya conocía el esfuerzo que se había realizado por superar el caduco sistema de los monjes negros de los cenobios de Cluny, eclipsándolos totalmente con sus monjes blancos del Císter. Era el año 1145: San Bernardo llegaba a aquellas tierras con la expectación que suscita un hombre sabio y docto al que, además, ya se le reconocían sus poderes sobrenaturales. Mediante sencillos argumentos y criticando las desviaciones de algunos miembros destacados de la Iglesia de Roma, consiguió que la

ciudad de Toulouse volviera a abrazar el catolicismo. Peregrinó por innumerables enclaves occitanos donde la nueva religión se imponía, hasta que, viejo y cansado, los abandonó, convencido de que mediante la palabra podría llegarse a un acuerdo con los que ya comenzaban a considerarse herejes.

Los condes de Tolosa apoyaron a sus súbditos cátaros y el propio Raimundo VI (1194-1222) favorecía la herejía. El papa Inocencio III inició la represión y nombró obispo de Tolosa al trovador Fulco de Marsella, que no hizo otra cosa que inhibirse del problema. Este trovador fue admirado por Dante Alighieri, y con él habla en el «Paraíso» (canto IX) de su obra, la *Divina Comedia*, explicando que Fulco habitaba en el planeta del amor (Venus), porque su alma era puro amor.

Los señores feudales se suman a la causa cátara y muchos de ellos incluso practican la nueva religión. El Papado ordena una cruzada contra los herejes y envía un ejército al mando de Simón de Montfort. El mismísimo rey de Aragón, Pedro II, se interpone en su camino y la Orden templaria se suma a la defensa de los cátaros. El rey Pedro cae muerto en la batalla de Muret (1213) y los caballeros templarios se ocuparán del heredero: Jaime I de Aragón, el «rey templario», que permanecía por entonces como rehén del paladín franco de la cruzada, el implacable Simón de Montfort. (Véase capítulo VIII: «El rey templario»).

El declive de la religión cátara y del poder de los señores de Occitania coincidirá con el ocaso de los trovadores, aunque su eco perdurará todavía durante el siglo XIV.

TROVADORES Y TEMPLARIOS QUE TROVARON

Guillermo IX (1071-1126). Guillermo IX, duque de Aquitania y conde de Poitiers, fue el principal difusor del arte trovadoresco. Ocupó en dos ocasiones el condado de Tolosa, que reclamaba por su matrimonio con Felipa Matilde de Tolosa. Viajó con una expedición a Tierra Santa, aunque no cosechó más que derrotas y fracasos, hasta que fue definitivamente humillado por los turcos selyúcidas en el año 1101. Como cruzado dio mucho que hablar al llevar pintada en su escudo la imagen de su mujer desnuda para poderse inspirar. También apoyó al rey de Aragón en sus campañas, participando en la batalla de Cutanda contra el nuevo poder almorávide en la península Ibérica. La mayor parte de sus hijos fueron traídos al mundo por dos amantes suyas, Maubergeon y Dangereuse. De su esposa se divorció en 1115, año en que Guillermo fue excomulgado por el delegado papal, siendo readmitido en la fe tres años después.

No cabe duda de que existió una poesía provenzal anterior a Guillermo, pero sus escritos son los primeros que se conocen donde aparece el amor cortés. La dama, elevada e inaccesible, hace del caballero su vasallo y le ordena realizar proezas antes de concederle la más mínima prueba de su amor. De forma progresiva y con una mayor

emotividad, el sentimiento amoroso va dejando paso a melancólicas reflexiones sobre la proximidad de la muerte. El poeta, antes de partir a su última guerra, se despide de la vida y de sus placeres. Probablemente excomulgado en la época que escribe sus *Cantos*, se reconcilia con Dios pidiéndole el gozo del Cielo.

Jaufré Rudel (c.1130-c.1170). Jaufré Rudel, príncipe de Blaye, era uno de los más destacados trovadores provenzales de la corte de Leonor de Aquitania, también famosa trovadora y madre de Ricardo *Corazón de León*. De él se cuenta una historia legendaria referida a un supuesto amor tortuoso entre el trovador y una dama de Oriente.

Jaufré languidecía en Aquitania componiendo versos inspirados en un amor ideal que nunca había llegado a conocer realmente. Por aquel tiempo, numerosos caballeros iban y venían de Tierra Santa. Los cortesanos se entretenían, especialmente, cuando alguno de aquellos guerreros regresaba y relataba las hazañas bélicas y describía el exotismo oriental. También hablaban de las bellas princesas que habitaban los palacios de los reinos latinos de Oriente. Según contaban, eran damas en las que la belleza y la sensualidad habían depositado sus más hermosos dones. Jaufré escuchaba aquellas historias con el ánimo exaltado. Cierta día, el poeta oyó contar las excelencias de una princesa llamada Melisenda, la hija del conde Raimundo de Trípoli. La dama era descendiente de los condes de Tolosa y de Hodieme de Jerusalén, hija del rey Balduino de Le Bourg y de Morfia, una princesa armenia. Contaban de ella que era de talle fino, cutis claro y cabellera como el azabache; y, además, caminaba como los ángeles. Su palacio se hallaba frente al mar y allí pasaba muchas tardes contemplando el Mediterráneo, vestida únicamente con una túnica de seda que ceñía deliciosamente su figura.

La imaginación hizo el resto y, a partir de aquel momento, Jaufré sólo escribía para ella. Decidió enviarle sus escritos, mediante los caballeros que partían hacia Oriente. Jaufré terminó por caer enfermo de amor: los años transcurrían y el trovador no podía realizar el sueño de ver a su amada. Con tenacidad y paciencia, reunió finalmente la cantidad de dinero necesaria para comprar un pasaje en la flota del Temple y partió desde el puerto de Marsella. Llegó a Trípoli, enfermo por la dura travesía, y se dirigió a palacio, donde suplicó y rogó que le permitieran ver a su idolatrada Melisenda. Sus ruegos llegaron a oídos de la princesa, que ordenó que se le abrieran las puertas. Jaufré entró en la estancia tambaleándose y pobremente vestido, y se arrodilló ante ella; la princesa, conmovida por la pasión y fidelidad del trovador, lo abrazó y le regaló un postrer beso. Jaufré cayó muerto.

Entre las canciones de amor de Jaufré, en las que canta a «*l'amour lointain*» (el amor lejano), cabe destacar *Lorsque les jours sont longs en mai* y *Lanquand li jorn son lonc en mai*.

(Al lector interesado se remite a las *Canciones completas* de Guillermo IX duque de Aquitania y Jaufré Rudel. Traducción realizada por el destacado filólogo, profesor y poeta madrileño Luis Alberto de Cuenca. Edición bilingüe preparada junto a Miguel Ángel Elvira. Edit. Nacional, 1978).

Elien Elzias Cadenet (1160-1240). El trovador Elien Elzias Cadenet vivía en el castillo de su familia hasta que éste fue destruido en el año 1164. Durante las guerras de Provenza, cayó prisionero en manos del conde de Tolosa. El clan nobiliario de los Lantar, afín al catarismo, acogió al joven, que se introdujo, de esa manera, en la corte tolosana. Raimundo VI de Tolosa y su esposa Eleonor de Aragón fueron sus benefactores durante algún tiempo; en esa época, Raimundo VI componía trovas sobre la amistad, el vino y el amor cortés. Un amor no correspondido impulsó a Cadenet a abandonar su vida confortable e ingresar en la Orden del Temple. (Su amada era una novicia que, finalmente, prefirió entregar su amor a Dios).

Cadenet marchó con los templarios a Palestina en el año 1230 y allí murió poco tiempo después.

Algunas de sus composiciones expresan claramente la dicotomía cátara entre el Bien y el Mal.

«*Ben volgra s'esser pogues
ot lo mal qu'ai fait desfar
e-l be que non ai fait far.
Ai! Com m'en for a ben pres
Si-l bes fos mals e mals fos bes...
Tant mi sent vas Dieu mespres
Qu'eu me cugei desesperar*».

(«Yo quisiera, si eso pudiera ser,
deshacer todo el mal que yo hice
y hacer todo el bien que no hice.
¡Ah!, cuán agradable sería
si el bien fuera el mal y el mal el bien...
Yo me siento tan culpable ante Dios
que creo que voy a desesperar»).

Olivier «*el Templario*» (c.1215-c.1275). Olivier es el famoso templario trovador que cita la palabra *bafomet* en su misteriosa composición *Ira et Dolor* (c.1265):

«Los turcos saben que cada día aumentan su poder y conquistas y el *bafomet*

manifiesta su poder y hace resplandecer al sultán. Algún hombre que crea en Jesucristo no morirá nunca en este país, donde Moustiers de Santa María será de la *bafomería*».

Además de las diferentes interpretaciones que pudieran hacerse a propósito del «poder» del Bafomet, otra cuestión asalta al lector: ¿qué se oculta en esa villa provenzal (Moustiers-Sainte-Marie) que suponga una amenaza y que favorezca una ocupación de la *bafomería*, si identificáramos esta palabra con el islam?

Según sus propios escritos, Olivier era un templario que, posiblemente, acompañó a la flota del rey Jaime I de Aragón cuando éste se disponía a participar en la octava cruzada (1268-1270) organizada por el rey de Francia Luis IX *el Santo*. La flota aragonesa se desmembró por una galerna y Jaime I no llegó nunca a su destino. Los franceses llegaron a Túnez, donde murió su rey poco después. Su obra es una loa a la cruzada, para que cuando sea recitada, incite a los nobles y cortesanos que la escuchen a dejar todo cuanto tienen y marchen a luchar contra el infiel.

Otra composición importante de Olivier *el Templario* es la canción de cruzada *Estat aurai lonc temps en pessamen*, un canto al rey Jaime I de Aragón en el que Olivier lamenta el estado de Tierra Santa.

Ramón Llull (c.1235-1316). El religioso y filósofo que fuera llamado «Doctor Iluminado», nació en la Ciutat de Mallorca (Palma de Mallorca) al poco tiempo de ser conquistada por Jaime I de Aragón. Fue Ramón Llull senescal de la mesa del rey y un destacado trovador hasta que, a partir de 1263 y debido a un sueño esclarecedor, su vida cambió por completo. Viajó por todo el Mediterráneo y por Europa, aprendió numerosas lenguas e intentó que gentes de otras religiones se convirtieran al cristianismo. Su relación con el Temple fue estrechísima, sobre todo con el Temple de Mallorca. Los templarios de Chipre le salvaron la vida, cuando, durante uno de sus viajes a Oriente, fue envenenado.

Precisamente en Chipre, en 1301, Ramón Llull se entrevistó con el maestre del Temple, Jacques de Molay. El filósofo mallorquín propugnaba la idea de una nueva cruzada, y concebía para tal fin la creación de una nueva orden militar que saldría de la fusión de la Orden del Temple y de la del Hospital. Llull pidió al maestre templario que considerase esta idea, la de la fusión de templarios y hospitalarios, que luego asumirían como propia Felipe IV de Francia y el papa Clemente V, que se lo propuso nuevamente a Jacques de Molay en 1306. El maestre templario siempre se opuso de forma tajante a tal plan.

La producción literaria de Ramón Llull es extensísima y abarca distintos géneros, desde la novela de caballería (*Blanquerna*) hasta obras filosóficas o herméticas, como *Ars Generalis Ultima* o *Art abreujada d'atrovar*.

Llull fue beatificado por la Iglesia.

Ricaut Bonomel (c.1225-c.1275). Este caballero trovador profesó en la Orden del Temple y cantó la conquista y saqueo de Constantinopla (1204) que había tenido lugar durante la cuarta cruzada. Plasmó su desagrado por aquel desgraciado hecho en unas estrofas que también resumían las incongruencias de las luchas intestinas entre cristianos, como los intereses del Papado y de los reyes y grandes señores feudales en la Lombardía y Alemania. Explicaba también cómo el poder de los turcos impedía la recuperación de las tierras de Palestina. En tiempos de Bonomel, Carlos de Anjou, hermano del rey Luis IX de Francia, malgastaba sus esfuerzos militares contra los partidarios de los normandos Hohenstaufen, en vez de neutralizar al temible sultán mameluco Baybars, cuya gesta más destacable sería tomar la que parecía inexpugnable fortaleza del Krak de los Caballeros (Siria), por entonces último foco de resistencia del antiguo reino de los cruzados (1271). El trovador templario Ricaut Bonomel dedicó un poema a la figura de este sultán; se trata de *Ir'e dolors s'es e mon cor asseza* (1265), cuyo texto puede hallarse en Vincenzo De Bartholomaeis: *Poesie provenzali storiche relative all'Italia*, II, pp. 222-224. Roma, 1931.

En sus glosas aparece también la inquietante palabra *bafomet*; el poeta explica que este *bafomet* está claramente de parte del paladín musulmán Baybars.

«Quienquiera que luche contra los turcos es un necio,
puesto que Jesucristo no los ataca verdaderamente.
Han conquistado y conquistarán [...]
y nos derrotan cada día para los sueños del Dios,
que había parado el tiempo,
y *Bafomet* actúa con toda su energía y estímulo por Melicadefer (Baybars)».

Wolfram von Eschenbach (1170-1220). A principios del siglo XIII, Wolfram von Eschenbach, el trovador o *minnesangër*, como se les llamaba en la lengua germana del medievo, escribe el poema *Parzival* (o *Parzifal*). Antes de comenzar la obra, incluye una advertencia en la que explica claramente que la narración le llegó a través de un caballero provenzal llamado Kyot, que a su vez la obtuvo de unos textos en árabe escritos en Toledo y firmados por un astrónomo judío llamado Flegetanis, el cual había observado —¡nada más y nada menos!— el «nombre» del Grial en las estrellas. (Desde luego, el nombre del Grial no estaba escrito en las estrellas: Flegetanis, como buen astrólogo, probablemente se refería a los orígenes y evolución del Grial en la Tierra). Ésta es la trayectoria del relato según Eschenbach, pero situar los orígenes de la leyenda del Grial en Oriente no es casualidad, ya que la mayoría de los trovadores se embarcaban hacia Tierra Santa o acababan integrándose en las mesnadas de los

reyes castellanos o aragoneses, manteniendo un estrecho contacto con el mundo musulmán.

El trovador germano añade que la obra se escribe por encargo de Felipe de Alsacia; este Felipe era un noble que peregrinó a Santiago y a Tierra Santa y que a punto estuvo de ceñir la corona de Jerusalén por ofrecimiento de Balduino IV, que languidecía debido a la lepra que le devoraba. Se negó a aceptarla pero, al parecer, se arrepintió después, ya que volvió otra vez a Palestina, una vez que Jerusalén había sido ya conquistada por Saladino. La peste acabó con él.

En el relato de Von Eschenbach se relaciona claramente a los templarios con el mito del Grial. El Grial se esconde en una fortaleza situada en un lugar llamado *Munsalvaesche* y custodiado por los *templeisen* y Perceval fracasa en su intento de alcanzar el castillo. Habitualmente se ha entendido que esos *templeisen* son los templarios, lo cual sugiere que éstos eran conocedores del esoterismo cristiano del que tanto se ha perdido. Ellos serían esa caballería celestial de la que hablan algunos trovadores y el mismo San Bernardo de Claraval.

El relato de Von Eschenbach ha tenido gran repercusión a lo largo de la Historia, como pieza literaria y como texto para la investigación del mito griálico y su relación con los templarios. Otros *minnesänger* importantes fueron Rudolf von Fenis y Hartwig von Rute.

El mundo trovadoresco, sus mitos y el esoterismo más profundo del mundo medieval aparecen magistralmente representados en la obra de Richard Wagner, el controvertido compositor alemán del siglo XIX. Wagner profundizó en la leyenda, los mitos y la historia con resultados realmente extraordinarios. Su ópera *Parsifal* es la reproducción del romance de Eschenbach y en su siguiente obra, *Tannhäuser*, personificará al mismísimo trovador.

El discurso trovadoresco tiene un único fin: la exaltación de la amada, la «dama». Los trovadores y los caballeros iniciados sabían que existía una parte femenina en su interior que correspondía al alma, como el andrógino o el *rebis* alquímico. La conciliación de los opuestos era el camino para llegar a Dios, y había que activarlo mediante la depuración del amor, mediante las gestas de la caballería andante —un hombre despojado de lo material y que tiende hacia la sublimación de su espíritu—. Es el canto continuado de amor a la dama, vía de entrega por la que se renunciaba a cualquier sentimiento egoísta. El amor es razón de ser de la vida, negación de la muerte por tanto: A («sin», negación) MOR (*mors, mortis*).

La Virgen, Dama de Vida, receptáculo griálico, la *Theotokos*, es la expresión religiosa de la tradición trovadoresca, siendo los trovadores templarios auténticos Fieles de Amor (fig. 37).

María es la estrella del mar, simbolizada por el lucero de la mañana, es Venus, la

que brilla junto a la Luna y así se representa con ella a sus pies. Ella es la que traerá la Salvación a la Tierra. Así lo refiere Juan en el Apocalipsis:

«En esto apareció un gran prodigio en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas...». («La mujer y el dragón», Ap. 12, 1).

CAPÍTULO XVI

Los templarios y la búsqueda del Santo Grial

ÁNGEL ALMAZÁN DE GRACIA

«Cuando Titirel se propuso la construcción de un templo, sito en Montsalvat, para guardar en él al Santo Grial, confió su custodia a doce caballeros templarios, al frente de los cuales figuraba un gran maestro de la Orden. Y el Templo del Grial simulaba la forma radiante del octógono».

WOLFRAM VON ESCHENBACH (1170-1220), trovador templario

LA SANGRE DEL NAZARENO COMO RELIQUIA

Las cruzadas (1095-1291) reavivaron en Europa la propagación y el culto a las reliquias. Las reliquias sagradas más apreciadas fueron aquellas que supuestamente estuvieron en contacto directo con Jesucristo, algunas de las cuales (fragmentos de la Vera Cruz —llamados *lignum crucis*—, la mortaja del Santo Sepulcro, etcétera), según leyendas y algunos documentos, fueron custodiadas por la Orden del Temple en algunos períodos más o menos concretos. Ahora bien, la reliquia sacra por excelencia es, sin duda, la sangre del Nazareno, y a lo largo del siglo XII surgieron multitud de leyendas en torno a ella y a los objetos-relicarios que la contuvieron o contenían.

En 1101, el rey de Jerusalén, Balduino I, conquista Cesarea y recupera para la cristiandad la denominada «Copa de Antioquía», de vidrio transparente, que se creía era de esmeralda y de la que se decía que Jesús había consagrado en ella la primera hostia en la Última Cena (fig. 38). Esta copa fue a parar finalmente a Génova, donde fue llamada Sacro Catino (sagrado vaso o plato), que el arzobispo dominico Jacobo de la Vorágine (1244-1298) identificará como «*illud vas quod Angli in libris suis San Greal appellant*» («aquel vaso que los ingleses llaman Santo Grial en sus libros»). Tal objeto se venera desde hace siglos en la catedral de San Lorenzo de Génova.

Ahora bien, el traslado del Sacro Catino a Génova quizá no fue tan sencillo y tal vez tuvo otros orígenes y destinos antes de llegar a la catedral de San Lorenzo. Esto se advierte al leer la primera *Crónica General* de Alfonso X *el Sabio* (1221-1284), en la que se informa que durante la conquista de Almería, en 1147, el rey de Castilla Alfonso VII «retovo para sí la cipdat et dió la prea [el botín] todo a los de Genua [Génova]; et en la prea et en los espojos que tomaron en la cipdat et en los terminos della, fallaron y

[hallaron allí] un vaso de piedra esmeralda». El rey castellano había contado en aquella ocasión con la ayuda de templarios, aragoneses y catalanes, por tierra, y de genoveses, por mar. Asimismo, el padre Juan de Mariana, jesuita toledano, al referirse a tales hechos, afirma que «el vulgo cree que Cristo Hijo de Dios cenó en él la postrera vez con sus discípulos: opinión sin autor ni fundamento». Alfonso VII otorgaría el sitio de Almería al Temple, que lo conservó hasta que, en 1157, fue tomado por los almohades.

Esta historia del Grial no es única, puesto que hasta una veintena de poblaciones europeas se atribuyeron la posesión del Plato o Cáliz de la Pasión. En España, el más famoso de todos ellos fue, y sigue siendo, el Cáliz de Valencia o Cáliz de San Lorenzo mártir. La tradición afirma que el papa Sixto II (257-258) entregó el Cáliz de la Última Cena al diácono hispano Lorenzo, que murió santo y mártir en tiempos del emperador Valeriano. San Lorenzo lo envió a su localidad natal de Loreto, población que fue encomienda templaria en el siglo XIII. El obispo de Huesca, en el 712, lo esconde en una cueva del monte Yebra, y luego pasaría por San Pedro de Siresa, Santa María de Sasabe, Bailo (1014), la catedral de Jaca (de 1045 a 1076), y desde allí, en 1076, a San Juan de la Peña. En 1399 lo lleva el rey Martín *el Humano* al palacio de la Aljafería de Zaragoza y, desde allí, a la capilla de su palacio en Barcelona, hasta que en 1424 Alfonso V *el Magnánimo* lo traslada al palacio real de Valencia, y en la catedral se deja en 1437, donde se custodia hoy junto a un *lignum crucis*. Ahora bien, según recoge el catedrático de Estudios Románicos y Literatura Comparada Joan Ramón Resina, tal cáliz solo está documentado desde 1399, «y no deja de ser sospechoso que, en septiembre de 1322, fecha en que se supone que estaba en San Juan de la Peña, el rey de Aragón, Jaime II, desconociera la reliquia». Fue en esa fecha cuando, según el Archivo de la Corona de Aragón, Jaime II mandó una embajada al sultán turco Abilfat Mahomet para pedirle «*lo calze en què Jhesu Christ consegrà lo dia de la Cena*». ¿Por qué iba Jaime II a exigir el cáliz sagrado a los turcos cuando éste se hallaba por aquellas fechas en San Juan de la Peña? No tendría nada de extraño que el cáliz de Valencia hubiese sido llevado a España a mediados del siglo XIV.

En el cuarto Concilio de Letrán (1214) se definió por vez primera el dogma de la «transubstanciación» (la hostia y el vino de la eucaristía se transforman realmente en cuerpo y sangre de Cristo), a la par que se condenó a los cátaros y también las doctrinas de Joaquín de Fiore sobre la Tercera Edad regida por el Espíritu Santo. Al mismo tiempo, se despojaba de sus tierras al conde occitano Raimundo de Toulouse en beneficio del jefe militar de la cruzada anticátara Simón de Montfort, amigo personal del canónigo de Osma (Soria), Santo Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos, que serían posteriormente los encargados de la Inquisición.

CICLO LITERARIO GRIÁLICO Y ORDEN DEL TEMPLE

Entre 1178 y 1181, el trovador Chrétien de Troyes —ciudad en la que el Temple fue reconocido canónicamente por la Iglesia, y en la que se le otorgaron sus primeras reglas— adaptó literariamente un texto que le facilitó su protector, el duque Felipe de Flandes y de Vermandois, señor de Alsacia. Según una tradición, el padre de Felipe, Thierry de Flandes —que fue cruzado en Palestina en los años 1139, 1146, 1159 y 1164—, trajo consigo un relicario que le entregó su cuñado Balduino III de Anjou, rey de Jerusalén, y que depositó para su culto en la capilla de San Basilio —en la plaza de Burg de la ciudad belga de Brujas— en 1150, aunque el documento más antiguo conservado data de 1256. Tal devoción subsiste hoy día y tiene su punto álgido en una solemne procesión que tiene lugar a comienzos de mayo.

Felipe de Flandes, pese a diversas dudas interiores, fue cruzado entre septiembre de 1177 y abril de 1178, y rehusó convertirse en regente cuando su primo hermano Balduino IV, el rey leproso y paralítico de Jerusalén, se lo pidió, a cambio de dirigir una expedición a Egipto. Catorce años después retornaría, falleciendo en San Juan de Acre en 1191. Para algunos investigadores, como Martín de Riquer, en una interpretación plagada de evemerismo —forma racionalista y de tendencia atea de interpretar los hechos religiosos y los relatos mitológicos—, Felipe de Flandes «ordenó al mejor narrador de su tiempo, a Chrétien de Troyes, que escribiera un relato que alegóricamente lo justificara ante los suyos», y cumplió tal encargo «idealizando lo esencial de su biografía».

Chrétien falleció sin concluir su relato, *Li contes del Graal* (entre 1178 y 1181), pero otros autores se ocuparon de hacerlo. Igualmente surgieron una serie de escritores (trovadores e incluso algún monje cisterciense) que compusieron obras diversas en torno al Grial. Dos nombres son decisivos: Robert de Boron (c.1200) y Wolfram von Eschenbach (c.1207).

Robert de Boron cristianizó plenamente los temas esenciales expuestos por Chrétien. Una serie de autores ampliaron los contenidos, que fueron cristianizándose todavía más, siendo ya imposible separar el Grial del cáliz-plato de la Última Cena y de la sangre del Crucificado recogida y custodiada por José de Arimatea y su linaje. (José de Arimatea era un noble decurión, miembro del sanedrín o consejo judaico, que se hizo discípulo de Jesucristo, cuyo cuerpo bajó de la cruz y lo sepultó en un nuevo sepulcro). En los relatos del Grial aparece también la lanza sangrante, que no podía ser otra sino la del centurión romano Longinos que atravesó con su punta el corazón del Nazareno.

Wolfram acusó a Chrétien de haber sido infiel al relato original griálico en el que se inspiró y, amparándose en la autoridad de un tal maestro Kyot *el Provenzal*, narra lo que afirma ser la auténtica historia del Grial. En el nuevo relato de Eschenbach, el

Grial pasa a ser una piedra.

Como manifiesta Pierre Ponsoye, especialista en los orígenes islámicos del Grial, «las ramas nacidas de Chrétien y de Robert se unieron en torno al tema del Vaso crístico [...], mientras que la rama nacida de Wolfram, aunque menos fecunda, afirmaba su vitalidad con *El joven Titurel* de Albrecht. Reconocemos aquí dos corrientes distintas, una estrictamente occidental, expresión de una escuela o, más bien, de un grupo de escuelas, en relación sin duda con la Orden de San Benito (por Glastonbury, sobre todo) y la Orden de Cîteaux [Císter]; y la otra de filiación oriental y que expresa la doctrina de la Orden del Temple». (Pierre Ponsoye: *El islam y el Grial*. José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1998).

Esta última afirmación habría que matizarla, por cuanto en el esoterismo templario confluyeron diversas tradiciones, entre ellas, la céltica, si bien en Tierra Santa predominaron las tradiciones orientales, especialmente la islámica, como posiblemente acaeció en buena parte de España y en la Occitania-Provenza.

Sólo Wolfram von Eschenbach y casi medio siglo después —aunque perteneciente a la misma tradición— el poeta alemán Albrecht von Sharffenberg (autor de *El joven Titurel*, c.1270) adscribieron sin ambages a los templarios la custodia del Grial. Y si en el primero el blasón que ostentan es la tórtola, en Albrecht se especifica que su capa es blanca y la cruz bermeja. No es extraño, por tanto, que algunos investigadores afirmen que la fuente informativa de Wolfram mana directamente de la elite iniciática de la Orden del Temple, e incluso una autoridad tan indiscutible en el esoterismo como el metafísico francés René Guénon (1886-1951) ha llegado a indicar que Wolfram von Eschenbach fue templario.

Asimismo, en *Perlesvaus* (c.1225) —anónimo escrito tras la cuarta cruzada, en la que se tomó Constantinopla y donde los templarios se habían apoderado al parecer del Santo Sudario y del velo de la Verónica—, los custodios del Grial son presumiblemente templarios, puesto que son cruzados con capas bordadas con cruces rojas. Igualmente, se especifica que Gawain, uno de los personajes, es llevado por ángeles hasta el castillo del Grial, donde conoce a diversos iniciados que portan una cruz roja en su pecho. Y, finalmente, Perceval debe trasladar el Grial a otro país, en el barco de Salomón, con vela blanca y cruz roja, Grial del que se dice que no volverá a manifestarse. Señalaremos también que sólo en esta obra se afirma que el Grial ha adoptado cinco formas, siendo la última de ellas la del cáliz.

Por otro lado, en *Perceval le Gallois* (1188), como subraya el hermetista italiano Julius Evola, «José de Arimatea dio a Evelach, antepasado de Galahad, héroe del Grial y del rey Arturo, un escudo blanco con cruz bermeja, la misma enseña otorgada exclusivamente a los templarios, en 1147, por el papa Eugenio III. Y una nave con esta misma enseña templaria, con cruz roja sobre vela blanca, es la que acude por último a recoger a Parsifal para conducirlo a la sede desconocida, adonde había sido llevado el

Grial y donde Parsifal no volverá más». Asimismo, en *La búsqueda del Santo Grial* (*Queste del Saint Graal*, c.1230), el héroe Galahad recibe, en una abadía inglesa, un escudo blanco con una cruz roja trazada con la sangre de José de Arimatea. Semejante presente se lo ofrecen unos «monjes blancos».

Tanto Guénon como Evola han puesto de relieve la súbita aparición y popularidad de los poemas, romances y novelas del Grial a partir del último cuarto del siglo XII y su declive tras el primer cuarto del siglo XIII, época de la gran persecución contra los albigenses, calificada como «cruzada contra el Grial cátaro» por el historiador nazi Otto Rahn (1904-1938), quien quiso ver en el mítico Montsalvat griálico a Montségur, la última fortaleza de los cátaros en caer. En cambio, en *El joven Titurel* de Albrecht se dice que los primeros guardianes del Grial se asentaron en Hispania e introdujeron el cristianismo; también se advierte que en esas tierras se construyó el primer castillo del Grial. Después, en el ciclo griálico, como indica Evola, «tiene lugar una renovación tras un sensible intervalo, en los siglos XIV y XV, con formas ya cambiadas, a menudo estereotipadas, que entran en una rápida decadencia». La pregunta que cabe formularse es la siguiente: ¿la Orden del Temple tuvo alguna relación con el nacimiento y floración de la leyenda del Grial?

GRIAL Y CORAZÓN DE JESÚS

«Los orígenes de la leyenda del Grial deben relacionarse con la transmisión de ciertos elementos tradicionales, de orden más propiamente iniciático, del druidismo al cristianismo, habiéndose efectuado esta transmisión regularmente, y, fueran cuales fueren, por otra parte, sus modalidades, esos elementos formaron desde entonces parte integrante del esoterismo cristiano», señala René Guénon. Este especialista sugiere la posibilidad de que la denominada Iglesia céltica o culdea —que no hay que confundir con la Orden de San Columba—, cuyo cristianismo parece ser distinto al ortodoxo católico, desempeñara una función importante en la adaptación y asimilación, por parte de la tradición cristiana, de aquellos elementos célticos que debían conservarse. A propósito de esto, en el interesante artículo «Sobre el nombre *culdeo* y los orígenes de la francmasonería operativa medieval», su autor, el masonólogo argentino Jorge F. Ferro, señala pertinentemente:

«Desde un cierto punto de vista, la gran mayoría de los estudiosos de la cuestión culdea han caído en el error de suponer que se trataba de una orden peculiar derivada y originada en San Columba; en otras palabras, que se trataba de “columbitas” en el mismo sentido que podemos hablar de benedictinos. Es verdad que, con el paso de los siglos, los culdeos se encontraban en iglesias que habían

sido fundadas por dicho santo o sus discípulos, pero, por ejemplo, su nombre no era distintivo de pertenencia o derivación pues, en un primer momento, indicaba un carácter ascético y posteriormente indicó irregularidad».

Sin duda, el proceso de cristianización de la tradición céltica del Grial ya se había iniciado, en el aspecto literario, con los relatos artúricos y de la Tabla Redonda, a los que se incorporarán las nuevas narraciones griálicas, donde aparecen, cristianizados, antiguos símbolos, como la lanza del dios céltico Lug, los calderos nutricios y de la inmortalidad de la mitología céltica (calderos de Dagda, Brân, Matholwch, Ceridwen, Gundestrup, etcétera) o el ritual de las cabezas cortadas —así, en *Manessier*, tercera y última continuación de *Li contes del Graal*, Perceval corta la cabeza a Partinal y la coloca detrás del arzón para enseñársela al Rey Pescador, quien la clavará en una estaca y la izará en la torre más alta del castillo del Grial—.

Ya en Egipto se representaba el corazón con el jeroglífico de un vaso y en los relatos griálicos cristianizados es el Corazón de Jesús lo que subyace tras el Cáliz de la Última Cena y el objeto en que se recogió la sangre del Crucificado. El cáliz pasa a ser un contenedor de la sangre de Cristo (de ahí que María también fuese considerada, en el esoterismo cristiano, un Grial, al haber dado a luz a Jesús, por lo que no es de extrañar que en las Letanías Lauretanas sea calificada como «Vaso Espiritual, Honorífico y de Insigne Devoción»). Mas dicha sangre fluye del corazón, que simboliza, como expresa Guénon, «el punto de contacto del individuo con lo universal o, en otros términos, de lo humano con lo Divino, punto de contacto que se identifica, naturalmente, con el centro mismo de la individualidad».

En los *graffiti* de la torre de Chinon, donde estuvieron presos el último gran maestro del Temple y otros destacados jefes templarios, aún puede verse un gran corazón, un templario arrodillado con las letras IHS y, al lado, una cruz con la lanza y señales de los clavos. Siglo y medio antes, San Bernardo de Claraval (1090-1153), protector del Temple, además de ser un gran devoto mariano, lo era también del «Corazón de Jesús», al que denomina como fuente de sabiduría y de gracia, fuente de misericordia y fuente suprema. Asimismo, diversos teólogos del siglo XII consideraron el Corazón de Jesús como el «Santo de los Santos» y el «Arca del Testamento».

El ciclo griálico céltico-cristiano pone de manifiesto la existencia de un «Centro Espiritual» en el que predomina una absorción de la tradición esotérica céltica por parte del cristianismo, siendo en este caso la «Demanda del Grial» el camino que emprende el héroe para recuperar el «estado primordial-paradisíaco» o «adámico», mediante el desarrollo de todas aquellas potencialidades sutiles o psíquicas que están dentro de las posibilidades del estado humano en su «integralidad», siendo por tanto una «realización horizontal» que conduce al centro de tal estado del ser, esto es, al punto de encuentro con el «eje» de los «estados múltiples del ser», lo que sitúa al

iniciado en el «corazón» de su individualidad humana, posibilitándole en vida, o tras fallecer, el ascenso hacia estados suprahumanos del ser, y más allá, hasta la «Identidad Suprema» con «Lo Divino». (Véase capítulo XI: «Los guardianes de Tierra Santa. El esoterismo templario», para comprender mejor lo que aquí se señala casi de pasada).

‘PARZIVAL’

Wolfram von Eschenbach (1170-1220) compuso en francón central y con influencias bávaras los 24.810 versos de *Parzival* entre 1200 y 1207. La obra tuvo un éxito enorme, como lo prueba que se conserven hoy día ochenta manuscritos, de los que dieciséis están completos, y que, además, fue uno de los primeros libros que se dio a la imprenta (1477).

Parzival presenta una serie de peculiaridades que lo diferencian del resto de la literatura griálica medieval; es la menos cristiana y la más oriental de las obras escritas: el Grial es una piedra que los ángeles traen del Cielo a la Tierra, hay una familia o linaje de reyes griálicos designados por Dios mismo mediante inscripciones que aparecen en el Grial, abundan las referencias astrológicas y alquimistas, hay colaboración y complementación entre la elite caballeresca cristiana y musulmana personificada en Gamureth de Anjou y Feirefiz (padre y hermanastro de Parzival), y, entre otros detalles, el autor califica como *templeisen* (templarios) a los «Custodios del Grial».

En seis ocasiones, Wolfram manifiesta que ha tomado su relato del provenzal Kyot, quien lo recogió a su vez de un texto árabe escrito en Toledo por un astrónomo medio judío, Flegetanis, y asegura que Chrétien de Troyes no fue fiel a la historia original del Grial: «Chrétien de Troyes, el maestre, con la leyenda fue injusto: de ello Kyot con razón se queja, pues fue él quien nos ofreció la verdadera». Además, *trobando clus* — el *trobar clus* significa literalmente «poetizar hermético», poetizar con sentido oculto, como un mérito especial—, Wolfram dice de sí mismo que es «analfabeto», o sea, que se limita a reproducir la leyenda que le han transmitido, sin modificarla.

El texto de *Parzival*, editado en castellano por Siruela (Madrid, 1999), ocupa cuatrocientas páginas, el número de personajes es enorme y las diversas aventuras caballerescas que acometen varios de ellos es considerable, de ahí que sea oportuno resumir lo esencial de esta obra en lo que afecta al tema que tratamos: Temple y Grial.

El primer rey griálico fue Titurel, de quien desciende un linaje del que provienen cuatro protagonistas: Anfortas (Rey del Grial), su hermano Trevrizent (antiguo caballero y ahora ermitaño al no poder sanar a Anfortas), Repanse de Schoye (la Portadora del Grial) y Herzeloyde, hermana de los tres anteriores y madre de Parzival.

Gamureth de Anjou deja su país con el propósito de conseguir la gloria como

caballero a las órdenes del más poderoso emperador del mundo, al que llaman califa de Bagdad, el *Baruk* (el Bendito), «cuya autoridad se extendía sobre las dos terceras partes de la tierra, o incluso más», del que será su fiel vasallo. En una de sus aventuras llega al reino africano de Zazamac, donde se convertirá en rey, al desposar a su reina, la pagana Belekane, que es «negra como la noche», a la que dejará embarazada de Freirefiz antes de regresar a tierras francesas vía Toledo. En Gales se desposará con su reina, Herzeloide, «clara como la luz del sol», pero la abandonará para dirigirse a Bagdad (que significa «Don de Dios», en lengua persa, llamada también Dar as Salam, la Ciudad de la Paz) en auxilio del califa que está siendo cercado y donde morirá de un lanzazo que atravesará su yelmo de esmeralda; Gamureth será enterrado con todos los honores en dicha ciudad.

Herzeloide heredará Anjou, mas, desengañada del siglo, se refugia en un bosque, donde nacerá el galés Parzival, al que cría sin hablarle de la caballería ni explicarle quién es en realidad; tampoco le enseña nada de religión ni del mundo, lo que convierte al muchacho en un simplón lleno de ingenuidad. Pero Parzival, fascinado al ver a ciertos caballeros, emprende la marcha en pos de ellos; su madre morirá de pena. Un caballero le enseñará algunos modales cortesanos y caballerescos poco antes de conocer a la doncella Condwiramurs, que será su mujer.

Mas Parzival, pese a amar profundamente a su esposa, abandona su hogar y viaja a lugares extraños donde pueda vivir aventuras caballerescas. Un día, sin proponérselo, llega al castillo del Grial (*Graalsburg*), en el que hay numerosas salas, torres y un templo. Parzival ignora su trascendencia. Es allí donde contempla un extraño ritual en el que aparece una lanza sangrante, dos cuchillos y una piedra brillante a la que llaman *Graal*, que abastece milagrosamente de todo tipo de comida y bebida a los caballeros templarios y a la corte griálica. Y todo ello lo presencia al lado de Anfortas, que tiene una herida incurable que le atormenta y le causa grandes sufrimientos, circunstancia que entristece a todos los comensales. Parzival no preguntará acerca de lo que está presenciando ni de qué o por qué sufre Anfortas. Y cuando al día siguiente despierta, no encuentra a nadie en el castillo.

A partir de entonces, y a lo largo de cinco años, Parzival recorrerá errante varios reinos europeos, venciendo siempre en lides caballerescas; pasa a formar parte de la Tabla Redonda del rey Arturo, pero tales glorias no calman su sentimiento de culpa, por haber actuado inapropiadamente ante Anfortas, y siente constantemente una gran nostalgia de volver a ver el Grial. El dolor interior que siente concluye en un rechazo a Dios; desalentado y entristecido, acude al ermitaño Trevrizent en busca de consejo. Ninguno de los dos sabe, en ese primer encuentro, que son tío y sobrino.

Trevrizent le desvelará, en su cueva eremítica, los misterios del Grial y la tragedia de Anfortas. Le advierte que todos esperaban que Parzival preguntase, movido por la compasión, acerca de la herida y el sufrimiento del rey griálico, ya que éste era el

único modo para sanar a Anfortas. Trevrizent, al mismo tiempo, le instruye en algunos dogmas cristianos, destacando el de la Trinidad. También le inculca la virtud de la humildad, el respeto a los sacerdotes castos, y le alienta a confiar en Dios, que es «una luz resplandeciente y su amor es incommovible [...], pura luminosidad que penetra con su luz la pared de las tinieblas». Parzival, finalmente, queda redimido.

Aparece entonces una inscripción en el Grial que proclama rey del castillo al joven caballero, y sólo entonces Parzival puede encontrar el camino de retorno a la fortaleza griálica. En esta ocasión, acude en compañía de su hermanastro Freirefiz, con quien luchó en un duelo denodadamente hasta que reconocieron el vínculo de sangre que les unía. Los templarios escoltarán a ambos hasta el castillo.

En el palacio real tiene lugar una segunda procesión griálica, durante la cual Freirefiz (que es blanquinegro en su piel y cabello, y no de piel mestiza) se enamora perdidamente de Repanse de Schoye, pero es incapaz de ver el Grial. Se le indica que, para verlo, tiene que bautizarse; se le indica que una vez bautizado podrá tener como esposa a la Portadora del Grial; Freirefiz accede entusiasmado. Días después, el hermanastro de Parzival regresa a Oriente con su esposa y su hijo será el primer preste Juan de la India —personaje legendario cuyo fabuloso reino, como ciertos «lugares» míticos, no son sino símbolos del «Centro Espiritual» supremo—.

Por su parte, Parzival, en el ritual de la procesión del Grial, formula la pregunta redentora a Anfortas: «Tío, ¿qué te atormenta?». La juventud y la belleza física retornan a Anfortas, a la vez que queda curado de su herida, provocada por una lanza envenenada que penetró en sus testículos cuando perseguía a una dama, llevado por la lujuria.

Parzival será el nuevo rey del Grial; a su lado tendrá a su esposa, pues en el *Graalsburg* sólo el rey puede estar unido a una mujer. Tendrán gemelos: el mayor heredará sus señoríos franceses, y el segundo, Lohengrin, proseguirá el linaje monárquico-griálico a la muerte de Parzival.

LOS TEMPLARIOS DEL GRIAL

Los *templeisen* (templarios) conforman la elite caballeresca que custodia Munsalvaesche (Monte Salvaje o de la Salvación, según las interpretaciones filológicas), nombre que Wolfram concede al castillo del Grial (*Graal*, en el texto original). Asimismo, Wolfram, en otro libro griálico, *Titarel*, escribe: «Podemos ver, entre los caballeros del Temple, a más de un corazón afligido; ellos, a quienes Titarel había sacado más de una vez de duras pruebas, cuando su brazo defendía caballerescamente el Grial con la ayuda de los suyos».

Los *templeisen*, como dice la historiadora francesa Marion Melville, «al igual que

los verdaderos templarios, están sujetos a la castidad, a la humildad y a la obediencia». Así lo expresa Wolfram: «También los caballeros que allí lo guardan tienen que ser sin tacha respecto a la castidad. Quien desea pertenecer al Grial tiene que jurar abstenerse, por completo, del amor a las mujeres».

Estos templarios no dejan pasar a nadie por la Terre la Salvaesche, que ocupa treinta leguas en torno a Munsalvaesche, a no ser que haya sido invitado o escogido para formar parte de dicha elite o de la corte griálica. «Tan buena prueba y fuerte guardia hacen los caballeros de esta región que ni con fraude ni artimaña puede franquearse esta zona de la montaña».

El emblema de estos templarios y de Munsalvaesche es la tórtola, como ya se ha dicho.

Trevrizent, en su función de instructor espiritual, habla a Parzival de los templarios y le indica que cabalgan lejos en busca de aventuras: «Terminen como terminen su combates, con gloria o con humillación, lo aceptan con el corazón sereno, para expiar sus pecados [...]. Todo su alimento proviene de una piedra preciosa que en su esencia es toda pureza».

Estos templarios de Munsalvaesche desempeñan otra función: educar a jóvenes que luego ocuparán cargos importantes en diferentes reinos, incluso como reyes; señalaremos al respecto que el infante Jaime I —llamado como rey *el Conquistador*—, por ejemplo, fue educado por el Temple en el castillo de Monzón (actual provincia de Huesca). Asimismo, es interesante recordar las palabras que el maestre británico del Temple dirigió a Enrique III de Inglaterra: «Mientras obréis con justicia, reinaréis, pero si la violáis, dejaréis de ser rey».

Es la piedra griálica quien señala a sus servidores, a quienes son llamados al Grial:

«En el borde de la piedra, una inscripción con letras celestiales indica el nombre y el origen, sea muchacho o muchacha, del que está destinado a hacer este viaje de salvación. No hace falta borrar la inscripción, pues, tan pronto como se lee, se torna invisible. Como niños llegaron los que ahora son adultos. ¡Felices las madres cuyos hijos fueron llamados a este servicio! Pobres y ricos se alegran por igual cuando les piden que envíen a sus hijos a la comunidad. Los requieren de muchos países. Permanecen allí protegidos siempre contra la ignominia del pecado y reciben su magnífica recompensa en el Cielo».

Del mismo modo, el Grial da a conocer al nuevo rey de Munsalvaesche. Así, tras el bautizo de Feirefiz, «se vio escrito en el Grial que si Dios hacía a un caballero templario soberano de un país lejano, debía cuidar de la justicia y del orden, pero que debía prohibir las preguntas sobre su nombre y su linaje». Y como ejemplo de esto último, Wolfram concluye su libro narrando la historia de Lohengrin, enviado desde

Munsalvaesche a Amberes para casarse con la princesa de Brabante, a la que abandonará cuando ésta le formule preguntas relacionadas con su estirpe. Lohengrin viajó y regresó en una barca tirada por cisnes (lo que recuerda a Apolo, el dios hiperbóreo de la luz).

ALGUNAS CLAVES GRIÁLICAS DE ‘PARZIVAL’

El castillo es inexpugnable: «El castillo se erguía poderoso y fuerte. Al verlo tan liso se diría que había salido de las manos de un tornero [o sea, como si fuera de madera y se le hubiese hecho girar y girar mientras se cincelaba]. Poco daño le podían causar asediantes, a menos que hubieran estado provistos de alas o que hubieran sido llevados por el viento».

La sala cuadrangular, enorme, donde tiene lugar la procesión o cortejo del Grial, es especial: si en el techo cuelgan cien coronas con muchos cirios, en el suelo hay dispuestos cien lechos sobre los que se sientan, en cada uno, cuatro templarios; ante cada lecho hay una alfombra redonda sobre la que se coloca una mesa que acogerá los alimentos y bebidas que milagrosamente otorga el Grial a cada comensal en función de sus gustos personales; en los muros hay ardientes antorchas; asimismo, hay que sumar cuatro pedestales en el interior de la sala en los que hay hogueras quemando áloes, cuyo jugo se utilizó en la antigüedad, mezclado con mirra, para el embalsamamiento de cadáveres. Y es en esta gran sala, y no en la capilla o templo de Munsalvaesche en el que se bautizó Feirefiz, donde tiene lugar la procesión griálica y el ágape de la corte del Grial (fig. 39).

Un cortejo de veinticuatro doncellas vírgenes aparece en la sala, portando diversos objetos: una lanza con su punta sangrando, dos cuchillos de plata, cirios, cuatro caballetes de marfil que servirán de soporte para una gran piedra plana tallada de jacinto (cuyo color es rojo), ante la cual se sentaría Anfortas para comer, y sobre la cual se depositan los dos cuchillos argénteos y, poco después, el mismo Grial, portado por Repanse de Schoye; ésta posteriormente ocupará un lugar central entre las doncellas, colocándose en medio de ellas, con doce a cada lado. Todo ello lo contempla Parzival, que se cubre con una capa de la Portadora del Grial, con la que lo invistieron al poco de llegar al castillo.

Leamos a Wolfram para conocer el momento en que entra Repanse de Schoye con el Grial:

«Su rostro resplandecía de tal modo que todos creyeron que amanecía. Iba vestida con una seda de Arabia. Sobre una tela verde *achmardi* [una misteriosa tela verde esmeralda de la cual se dice que no existe objeto más hermoso en el Paraíso]

llevaba el deseo del Paraíso, raíz y floración a un mismo tiempo [cual si fuera el «Árbol de la Vida» que simboliza la victoria sobre la muerte y representa el Paraíso del fin de los tiempos, por tanto]. A este objeto se le llamaba *Graal* y en la Tierra no había nada que lo superara. La dama que llevaba el *Graal* se llamaba Repanse de Schoye [*joie*, gozo]. El *Graal* era de tal naturaleza que era necesario que quien cuidara de él fuera de una pureza perfecta y se abstuviera de pensamiento desleal».

El Grial, como ya se ha señalado, aporta cualquier manjar y bebida a los comensales, sea del tipo que fuere: ahora bien, en el esoterismo, como manifiestan el poeta florentino Dante Alighieri (1265-1321) y el erudito expositor de la *Philosophia Perennis* —fuente común de la Tradición Primordial— Ananda K. Coomaraswamy (1877-1947), el alimento simboliza, en unos contextos determinados, la adquisición de conocimientos. ¡Por eso los *bodhisattvas* son barrigudos! (Los *bodhisattvas*, dentro del budismo *mahayana*, son los sabios que, por infinita compasión, se detienen a las puertas del nirvana —del sánscrito, es la iluminación definitiva y la liberación total— y retrasan intencionadamente su liberación espiritual definitiva para seguir ayudando en la emancipación espiritual de los otros). [A propósito de esta relación esotérica entre los alimentos y los conocimientos, el islamólogo y autor tradicionalista L. A. Vittor comentaba al autor de este artículo que los chiíes del imam Alí lo llamaban «barrigón» (*batin*), en alusión al enorme volumen de conocimiento que estaba depositado en lo más íntimo o entrañable de su ser. Vittor señalaba, además, que la palabra *batnu* (estómago) tiene la misma raíz que la palabra *batin* (oculto, esotérico), que es *batana*, que significa «que lleva cosas ocultas»].

Como puede verse, incluso etimológicamente, la relación simbólica entre el conocimiento espiritual y el alimento remite a las cualidades del Grial. La subsistencia de esta cofradía y corte provenía del Grial: «Pues del Grial brota la salvación para la suprema felicidad terrena; su bendición casi se asemeja a la que el reino del Cielo nos ofrece».

Anfortas, por su parte, regala a su huésped su propia espada, con lo cual, cuando emprenda de nuevo la marcha, tendrá consigo dos espadas. La de Anfortas tiene propiedades mágicas, según le explica poco después una dama que encuentra en la Terre la Salvaesche; la dama se llama Sigune, y es prima de Parzival, pues su madre, casada con el duque Kyot de Cataluña (distinto al Kyot provenzal del que toma su fuente narrativa Wolfram), era hermana de Herzeloide, la madre de Parzival. La espada de Anfortas, le dice Sigune, permite luchar sin temor, tajando cualquier cosa en su primer golpe, pero al segundo se rompe, aunque se recompone si se llevan sus trozos al manadero de la fuente del Lac de Karnant durante el alba. Y tales propiedades mágicas se llevan a cabo siempre y cuando pronuncie un conjuro-mantra —fonema místico-esotérico para concentrar la mente, unificar la consciencia y evocar-invocar-

convocar aquello que el mantra designa—; Parzival ignora cuáles son las palabras mágicas: «Me temo que las has dejado en el castillo. Pero si aprendiste a pronunciarlas, siempre crecerá y florecerá en ti la felicidad. Querido primo, créeme, serán tuyas todas las maravillas que encontraste allí. Siempre llevarás con la más alta dignidad la corona de la dicha, alcanzarás la plena perfección en la tierra, y nadie será tan rico como para poder vivir con tanta magnificencia, si hiciste la pregunta clave». Pero, como hemos señalado, Parzival no formuló tal pregunta a Anfortas.

Siguen también le habla del castillo y el linaje de los reyes del Grial y le recrimina no haber hecho la pregunta. «En un círculo de treinta millas no se han cortado árboles o piedras para ningún edificio, excepto para ese castillo. Es el más perfecto del mundo. Quien lo busca intencionadamente, por desgracia nunca lo encuentra. Muchos lo intentan. Sólo sin buscarlo se puede encontrar», agrega.

La regeneración espiritual o redención interior de Parzival comenzará más tarde, en la cueva eremítica de Trevrizent (cuya raíz, *trev*, es céltica y significa «casa» en irlandés). Trevrizent será su gurú, su maestro iniciático, y le enseñará la *Minne*, la vía iniciática del amor a Dios: «Su espada y vida de caballero entregó Trevrizent al servicio del dulce Amor divino para ganar la salvación eterna». En efecto, el ermitaño será quien le revele que, por encima del amor cortés, se encuentra una fidelidad mayor que a la dama, la dirigida a Dios:

«Sedle fiel sin vacilaciones, pues Dios es la propia fidelidad [...]. Guardaos de dudar de Él [...]. Sólo es Amor. Es una luz resplandeciente y su amor es incommovible. Es feliz en su amor aquel a quien se lo revela [...]. Quien es culpable y no se arrepiente, rehuye el fiel amor de Dios, pero quien hace penitencia por sus pecados y sus culpas merece su Gracia, que la concede el que penetra en los pensamientos. El pensamiento [humano] se defiende contra la luz del sol; el pensamiento se protege sin cerrojo de todas las criaturas; el pensamiento es oscuro e informe. La Divinidad, por el contrario, es la pura luminosidad, penetra con su luz la pared de las tinieblas. Salta en secreto al corazón, sin que se la vea ni se la oiga, y sale de él del mismo modo».

Quizás resulte revelador conocer lo escrito por el trovador occitano-provenzal Peire Cardinal, nacido a finales del siglo XII:

«En un bello paraje vive Cáritas / totalmente rodeada por la Compasión. / La Verdad y la Justicia la visitan y saludan, / le asiste la Gracia y la sigue la Paz; / la Fuerza la protege, / la Cordura es su amiga, / el Bien es su abrigo. / Arriba, en las alturas / es donde el Espíritu vivificado, / revela al Dios Amor, / a aquel a quien la Fe ha purificado».

«¡Amor!» es el grito de guerra de Anfortas. Asimismo, la Orden del Temple tenía un grito de guerra algo más completo: «¡Vive Dios, Santo Amor!».

Un momento crucial en el proceso de maduración espiritual de Parzival es su combate caballeresco con Feirefiz, que cesa al reconocerse ambos como hermanastros. Mientras luchan a muerte, Wolfram asevera: «Se podría decir así luchaban, si quisiéramos decir que eran dos, aunque ambos no eran nada más que uno». Y cuando ya saben cuál es el lazo sanguíneo que los une, Feirefiz exclama: «No se puede dudar que mi padre Gamureth, tú y yo somos uno, aunque podamos ser vistos como tres distintas entidades [...]. De este modo, tú has luchado aquí contra ti mismo. Y yo cabalgué para combatir contra mí mismo». Tras este reconocimiento, Parzival convence a Feirefiz a ir con él hasta el campamento del rey Arturo: «Encontraremos a gente de nuestro linaje, con los que compartimos nuestro origen», le dice. Arturo se sentará al lado de Feirefiz y expresará su gozo con estas palabras: «Doy gracias a Dios porque nos has honrado permitiéndonos verte aquí. Nunca ha venido nadie de tierras paganas a estos países cristianos a quien le prestase más gustoso mis servicios, deseas de mí lo que deseas». Así que es admitido en la Tabla Redonda, como antaño le acaeciese a Parzival.

Respecto a las peculiaridades del bautismo de Feirefiz, recuérdese que el hermanastro de Parzival admite el rito no por ver el Grial, sino porque ello le permitirá tener como esposa a su Portadora, en la que engendrará al preste Juan: «Haré puntualmente y con lealtad todo lo que me ayude a conseguir a esa doncella», afirma. Ahora bien, el agua bautismal no es un agua terrenal: «Inclinaron un poco la pila en dirección al Grial. De repente se llenó de agua, ni demasiado caliente ni demasiado fría...».

PECULIARIDADES DEL GRIAL DE WOLFRAM

Trevrizent da a conocer a Parzival los poderes y características del Grial. En primer lugar, su esencia es totalmente pura y su nombre, aparte de Grial, es *lapsit exillis* (en algunos manuscritos tiene como variantes ortográficas *lapis exilis* y *lapis esilix*). El nombre que otorga Wolfram al Grial, *lapsit exillis*, se considera una contracción fonética de *lapis lapsus ex caelis*, es decir «la piedra caída de los cielos», lo cual indica que se encuentra como «exiliada» en la Tierra y, al mismo tiempo, que ha de retornar a su origen. Y más que «caída», habría que considerarla «descendida», como desciende la paloma cada Viernes Santo para «recargar», por medio de la hostia, la capacidad generadora de alimentos, bebidas y otros objetos y facultades que tiene la piedra griálica.

Asimismo, como *lapis exilis*, el Grial puede asociarse a una de las designaciones de

la piedra filosofal de la alquimia, la cual también procura alimento, devuelve la salud, rejuvenece e incluso prolonga indefinidamente la vida, según se indica en los textos herméticos. En este sentido, cabe recordar que, para René Guénon, el esoterismo cristiano medieval estuvo vinculado fundamentalmente al hermetismo.

En segundo lugar, según la información de Trevrizent, la fuerza mágica del Grial hacer arder al fénix, de cuyas cenizas vuelve a renacer, permitiéndose así cambiar de plumaje y resplandecer con sus mejores galas, «siendo tan bello como antes», como le acaecerá a Anfortas.

En tercer lugar: aunque uno se encuentre moribundo, la visión del Grial le impide morir durante la semana siguiente, «y mantiene toda su belleza».

Cuarto: quien estando en la flor de la vida lo contemplara durante doscientos años, «conservaría el mismo aspecto: sólo el cabello se le tornaría gris», pues el Grial revitaliza la carne y los huesos, rejuveneciéndolos al instante.

Quinto: cada Viernes Santo acontece un prodigio; ocurre que desciende una paloma del Cielo, resplandeciente en su blancura, que deposita una pequeña hostia en la piedra griálica, «con lo que le proporciona todo lo que en la Tierra posee en buen aroma, comidas y bebidas, todo lo que crece en la tierra, con una abundancia paradisiaca; la piedra obsequia también con la carne de todos los animales que vuelan, corren o nadan. El poder maravilloso del Grial asegura la existencia de la comunidad de caballeros».

Sexto: ¿y cuál es el origen del Grial? Flegetanis de Toledo descubrió su nombre «mirando» a las estrellas, y Kyot de Provenza complementó sus investigaciones buscando en textos latinos el nombre del pueblo puro destinado a guardar el Grial y a vivir en pureza, hasta que encontró la referencia en Anjou. «Lo dejó sobre la Tierra una cohorte de ángeles que volaron después más alto que las estrellas, si es que su inocencia les permitió volver al Cielo. Desde entonces lo tienen que guardar cristianos con la misma pureza», cuenta Flegetanis a Kyot. Antes de tal custodia humana, la responsabilidad la tuvieron los ángeles neutrales que no participaron en el combate celeste entre Lucifer y Dios:

«Los que no tomaron partido por ninguno de los dos bandos, cuando lucharon Lucifer y la Trinidad, todos los ángeles neutrales, llenos de nobleza y de dignidad, les hizo descender Dios a la Tierra, a esa misma piedra. Ignoro si Dios los repudió por completo o si usó de clemencia con ellos. Desde entonces protegen esta piedra los que Dios ha designado para ello y a los que les envió su ángel».

El simbolismo esotérico islámico, en su vertiente sufí sunní, de gran parte de lo que hemos reseñado respecto a *Parzival* ha sido desentrañado por Pierre Ponsoye (*El islam y el Grial*) así como por Jordi Quingles («El misterio del Graal a la luz del esoterismo islámico», en la revista *Cielo y Tierra*, monográfico: «*Arbor-Mundi. El Graal y su búsqueda iniciática*». Integral, Barcelona, 1985), que parten fundamentalmente de la obra de Ibn Arabí (Murcia, 1170; Damasco, 1240). La gnosis islámica está presente en la escatología de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, según demostró décadas atrás el jesuita e islamólogo Miguel Asín Palacios. A los citados ensayos de Ponsoye y Quingles remitimos al lector interesado.

Tratando de encontrar en la gnosis islámica del chiismo algún referente que pudiera ser lo suficientemente consistente y clarificador para explicar el simbolismo arquetípico-esotérico de *Parzival*, a fin de aportar una vía nueva de investigación, hallamos una serie de coincidencias arquetípicas.

Los imames musulmanes son los guías que inician a sus adeptos y les conducen al sentido escondido (*batin*) de las revelaciones proféticas (*zahir*), unas revelaciones que ellos conocen por ser sucesores naturales de Muhammad (Mahoma) a través de Fátima y Alí. Al quinto imam, Mohammad al Baqir, se adscribe la siguiente tradición: una vez que descendió Adán del Paraíso a la Tierra, se lamentó ante Dios de su soledad y de lo inhóspito del lugar. Dios le escuchó y ordenó bajar a la Tierra al ángel Gabriel o a una serie de ángeles del *Malakut* (por lo tanto, no son los ángeles de las jerarquías superiores) para que trasladaran desde el Paraíso a la Tierra una tienda que erigen en el solar que ocuparía el templo de la Kaaba, ocupando el mismo espacio que éste tendría en el futuro, y coincidiendo sus cuatro ángulos con los que hay actualmente (fig. 40). El pilar central de esta tienda era un tallo de jacinto rojo y los postes, de oro, y en sus cuatro ángulos se colocaron cuatro piedras de fundación.

Esta tienda arquetípica, que es una forma simbólica del «Trono de la Soberana Unidad», desapareció de los ojos de los hombres cuando fue ascendida al cuarto cielo por los ángeles en el momento del Diluvio Universal. Henry Corbin (1903-1978), que fuera filósofo, gramático, iranólogo, arabista y bibliotecario en la Biblioteca Nacional de Francia, siguiendo su interpretación personal del simbolismo islámico y las tradiciones chiitas, explica del siguiente modo aquel suceso:

«El significado profundo del Diluvio, no ya como acontecimiento geológico sino como cataclismo espiritual, se transparenta en esta transferencia. Traído por los ángeles a la Tierra como el santo Graal de nuestras tradiciones occidentales, el templo es arrebatado por los ángeles a la mirada de los hombres, cuando éstos se han hecho incapaces o indignos de verlo. Abraham, el expatriado espiritual, reconstruirá sobre la Tierra un templo sobre los cimientos del templo desaparecido. Y por eso, realizando siempre los ritos exteriores, el peregrino abrahámico sabe que

su verdadera peregrinación se realiza alrededor de un templo invisible, en el espacio del *Malakut*». (Henry Corbin: *Templo y contemplación: ensayos sobre el islam iránico*. Trotta, Madrid, 2003).

La Kaaba construida por Abraham e Ismael es una réplica de esta tienda-templo y, según Qazi Sai Qommi, la «Piedra Negra» encajada en el ángulo iraquí de la Kaaba corresponde al pilar de jacinto rojo. El «Trono» sobre el cual realizan las circunvalaciones procesionales los ángeles del *Malakut* es el templo del «Alma del Universo» o «Trono Glorioso», constituido, según el quinto imam, por un mármol cuya blancura es inmaculada, cuyo tejado es de jacinto rojo y donde las columnas son de verde esmeralda (color intermedio entre el rojo y el blanco en el chiismo).

Según Corbin, en el chiismo, «el color rojo resulta de la mezcla de la blancura, como aspecto o dimensión de la luz, con el negro, como aspecto o dimensión de la tiniebla». El rojo simbolizaría, en este marco interpretativo corbiniano, «el estado del ser donde lo divino, que es luz, está mezclado con lo creatural, que es tiniebla». Que ése fuera el color de la cruz templaria, sobre fondo blanco, es ciertamente muy esotérico si tenemos en cuenta el significado metafísico de la cruz, expuesto por René Guénon, relacionado con los «estados múltiples del ser».

¿Y cuál es el secreto de la Piedra Negra? La respuesta la ofrece el cuarto imam, Yafar As Sadiq: «La Piedra fue antaño un ángel entre los príncipes de los ángeles ante Dios». Fue el primero en asentir en el «Pacto Primordial» de vasallaje ante la pregunta de Alá: «¿No soy acaso vuestro Señor?». Este pacto se lo hizo tragar Alá a dicho ángel, al que colocó junto a Adán en el Paraíso para que éste recordara el pacto y lo renovara cada año, pero al ser expulsado del Paraíso, olvidó Adán tal promesa, así como su compromiso de ser el califa o vicario suyo en la tierra. «Y cuando Dios se volvió hacia Adán, dio a este ángel la apariencia de una perla blanca, y la proyectó desde el Paraíso hacia Adán, cuando éste se encontraba todavía en tierras de la India». Adán verá la perla y le coge cariño, pero no la reconoce, hasta que ella le habla lamentándose de que Satanás hubiera triunfado sobre él, «puesto que te ha hecho olvidar a tu Señor». Y adoptando después su forma angélica, Adán lo reconoce y recuerda el Pacto Primordial y su compromiso, y abrazándose al ángel, renueva tal promesa y pacto. (Platón decía que la gnosis es «recordar»). Entonces Alá confiere a la perla blanca la apariencia de la Piedra Negra, forma en la que podía ser perceptible por los ojos en el estado de ser humano, y Adán carga con ella a hombros en un peregrinaje hacia Arabia, siendo acompañado por el ángel Gabriel, quien le ayudará a portarla en los momentos de gran cansancio, hasta que llegan al lugar que hoy es La Meca (fig. 41). Es entonces cuando, por orden divina, los ángeles del *Malakut* levantan un templo a imagen de aquel en el que «se refugió en el Cielo»; la Piedra Negra se encaja en el ángulo iraquí.

Y al igual que Adán tenía al lado a este ángel de la guarda al que confió en depósito el Pacto Primordial y el «Compromiso del Califato Espiritual Humano», cada ser humano guarda en su corazón o centro espiritual del ser la joya (jacinto, perla blanca, piedra negra, etcétera) o «Ángel», designado con el nombre de «imamato» en el chiismo. Es necesario señalar, por último, que el ángel Gabriel adopta forma de ave, en ocasiones, y que es considerado, por el chiismo, como Espíritu Santo, Ángel de la Revelación, Ángel del Conocimiento, Inteligencia Agente y Ángel de la Humanidad.

En el espacio sacro que rodea a la Kaaba se encuentra la llamada estación (*maqam*) de Gabriel, en el umbral del templo, en el lado oriental, cerca del pilar de la Piedra Negra, acogiendo a los iniciados que allí acuden en peregrinación. Al respecto, dice Corbin:

«Hace subir sus espíritus perfectos hasta el mundo de los seres de luz pura, los lleva hasta el señor de la casa [...], les hace llegar hasta las proximidades del templo de Alá que está en el mundo de la Inteligencia [...]. Sobre todos aquellos que tienen aptitud, derrama el conocimiento desde el Principio, que es fuente de toda emanación. Es el que conduce a los que tienen sed de los altos conocimientos espirituales a los pozos de un agua límpida y dulce, a las aguas vivas del Kawthar [...]; es la ayuda de las almas, su educador, el portador de los mensajes de Dios a sus destinatarios, el guía que reconduce al Paraíso». (Henry Corbin: *ibíd.*).

La peregrinación espiritual islámica y de la «Demanda del Grial» auténtica se realiza en el *Malakut*. «La religión divina [Tradición Primordial] no perecerá en tanto dure el templo de la Kaaba», vino a decir el imam Reza. Sus custodios son los «Adeptos Gnósticos» o «Amigos de Dios», bajo la tutela y mandado del duodécimo imam, el «Imam Oculto» —el duodécimo imam es «el que resucita» (*al Qaim*), *al Mahdi* (literalmente: «el Guiado», que por esto mismo es *al Hadi*, «el Guía»), que retornará al Final de los Tiempos para imponer la Justicia—. Al respecto, concluye Corbin:

«Guardián de este templo del *Malakut*, está oculto a los ojos de los hombres, como lo está el Santo Graal desde su desaparición en la ciudad espiritual de Sarraz, es decir, en el límite del *Malakut* y nuestro mundo. Y la razón que se nos da por ambas partes de esta ocultación es la misma. Los hombres no eran ya dignos ni capaces de ver el Graal, lo mismo que se han convertido en indignos e incapaces de ver al imam». (Henry Corbin: *ibíd.*).

En este contexto puede comprenderse una leyenda templaria ubicada en el circo de Gavarnie, en los Pirineos franceses, al otro lado de la vertiente española del Parque

Nacional de Ordesa y Monte Perdido, donde reposan seis templarios en una capilla de la iglesia de Luz-Saint-Sauveur. El profesor de historia eclesiástica y escritor alemán Johann Joseph Ignaz von Döllinger (1799-1890) relata así esta tradición oral:

«Todos los años, en el aniversario del último gran maestro de la Orden, el 18 de marzo, se ve aparecer a un caballero del Temple llevando, en lugar de su mortaja, la célebre capa blanca con la cruz roja paté. Está en actitud de combate y con lanza dispuesta. Se dirige a paso lento hacia el centro de la capilla y lanza una llamada desgarradora, cuyo eco resuena en el circo de las montañas: “¿Quién defenderá el Santo Templo? ¿Quién liberará la tumba de Cristo?”. Al oír esta llamada, los seis templarios enterrados cobran vida de nuevo y se levantan para responder por tres veces: “¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nadie! El Templo está destruido”».

MONSALVAT Y LA INICIACIÓN SACERDOTAL

En 1270, justamente cien años después del nacimiento del gran maestro sufi andalusí Ibn Arabí, y del *minnesangër* Wolfram von Eschenbach, se publica en Alemania *El joven Titurel*, considerada por algunos especialistas académicos como una continuación del *Titurel* y *Parzival* de Wolfram, escrito al parecer, como ya se ha señalado, por el poeta alemán Albrecht von Sharffenberg, obra que permanece inédita en castellano y que tampoco tiene todavía una traducción al alemán moderno. En ella, desde el punto de vista particular de Corbin, «el ciclo del Graal se desarrolla en una epopeya del templo, alcanzando una cima que culmina entre el Templo de Salomón sobre el monte Moria y la Jerusalén celestial. Toda la teología y toda la espiritualidad del templo alcanzan una de sus cimas en las alturas de Monsalvat [ubicado en la región pirenaica española, por cierto], soporte de la hierofanta que es el templo del Graal [...]. Esta teología termina en una escatología que da finalmente todo su sentido a la caballería de los templarios del Graal con relación a la de los templarios de la historia. Está la descripción del templo, están sus correspondencias y está, por último, la teología del Templo del Graal».

Si ya se advierten connotaciones simbólicas astrológicas y alquimistas en la sala del cortejo-procesión del Graal en *Parzival*, Wolfram dirá, en *Titurel*, que el templo-castillo del Graal es concebido y dirigido en su construcción por Merlín el Mago, iniciado por José de Arimatea en el arte de las medidas esotéricas del Templo de Salomón, que se construyó para albergar el Arca de la Alianza, donde se asentaba la *Shekinah* o «Presencia de Dios». Al respecto, destacaremos que el nombre de «templarios» lo adquirió la Orden del Temple por ser los custodios de la Cúpula de la Roca en Jerusalén, que se suponía que era lo que quedaba del Templo de Salomón.

Ahora nos centraremos en *El joven Titurel*.

Monsalvat es una gran montaña que se alza en Salvatierra, montaña que el rey Titurel rodea con altas murallas, y en cuya cima construye el nuevo *Graalsburg*-Templo, pues, hasta entonces, la sede del Grial no tenía una base fija, dado que planeaba entre el Cielo y la Tierra, sostenido invisiblemente por ángeles. Siguiendo la doctrina pitagórica, esta sede griálica era un edificio en el que lucían innumerables piedras preciosas, las cuales ya aparecen citadas en *Parzival*. La roca de la montaña es de ónice, como la sagrada montaña polar islámica *Qaf*, en cuya cumbre reposa el fénix — ave mítica que, cuando veía cercano su fin, formaba un nido que exponía a los rayos del sol para que ardiera y en cuyas llamas se consumía, para renacer después de sus cenizas—. Un día aparece todo el plano del templo, completamente trazado, proyectado desde el Cielo a la superficie del ónice, y se construye el *Graalsburg*-Templo con gran profusión de piedras preciosas y gran luminosidad policroma, debido a la abundancia de vitrales. Todas las piedras y el resto del material preciso para su construcción fue aportado por el Grial mismo.

El *Graalsburg*-Templo de Monsalvat, cuya planta es circular o en rotonda, es un perfecto reflejo del Cosmos en el que parecen reflejarse algunas concepciones hermético-astrológicas de los neoplatónicos sabeos de Harran, que Corbin pone de manifiesto en su libro *Templo y contemplación*. Hay tres niveles, correspondientes a los «Tres Mundos» (Tierra, Aire, Cielo) respectivamente, pues este templo los pone en contacto en Monsalvat, la montaña situada en el «Centro del Mundo».

La parte inferior simula ser un mar de cristal, con peces mecánicos que se mueven. La zona intermedia se compone de setenta y dos o veintidós coros-capillas (depende del manuscrito que se utilice); el coro-capilla central está dedicado al Espíritu Santo y, a sus flancos, hay sendos coros dedicados a la Virgen María y a San Juan; además, en el centro de la rotonda hay un Santo de los Santos que reproduce, cual microcosmos, la totalidad de la estructura del templo, y donde los pináculos de las capillas se han sustituido por copones, hallándose en su interior el Grial, flotando, «de forma que el espacio por debajo forma un amplio *sacrarium*». Por último, la parte alta del templo, correspondiente a la bóveda, se halla revestida de zafiro, y se decora con oro y piedras preciosas, simulando constelaciones zodiacales.

Al final de *El joven Titurel*, *Parzival* y Titurel transfieren el Grial a otro templo superior, sito en Oriente: capilla palatina del preste Juan, oculto a partir de entonces a los ojos humanos. Y el mismo Parzival será ungido como nuevo preste Juan, rey y sacerdote de la Orden de Melquisedec del «Centro Supremo del Mundo».

Por tanto, tras todo lo expuesto acerca de *Parzival*, *Titurel* y *El joven Titurel*, creemos que en ellos se refleja una iniciación sacerdotal que permite culminar el «camino interior iniciático», que se quedó paralizado, en el ciclo griálico-cristiano, en los «pequeños misterios», esto es, en el desarrollo de las posibilidades indefinidas del

estado humano en su ámbito psíquico-sutil. El simbolismo iniciático de estos relatos griálico-orientales hace referencia a la «ascensión» por el «eje del espíritu» hasta el «Ser» (Dios) y el «No-Ser» (la Divinidad), hasta alcanzar, como «Hombre Universal», la «Identidad Suprema con Lo Divino».

La elite iniciática de la Orden del Temple sirvió de puente entre Oriente y Occidente tras contactar con la elite esotérica islámica. La influencia espiritual transferida queda reflejada especialmente en *Parzival* y en *El joven Titurel*, donde están presentes «la noción de universalidad del Grial y de la unidad esencial de las tradiciones, las cuales implicaban, ya no sólo el ahondamiento esotérico del contenido de los dogmas, sino su transposición metafísica, y tendían, de ese modo, a la ruptura, por trascendencia», según Pierre Ponsoye.

Un último apunte: Ibn Arabí denomina al «Hombre Universal» o «Perfecto» como «Piedra de la Semejanza», y tras todo lo dicho, y aunque Wolfram no lo dijera, ya podemos saber con certeza de qué color era la «piedra descendida del Cielo». Asimismo, en *Las contemplaciones de los Santos Misterios y las Ascensiones de las Luces Divinas*, que escribió en 1194, en Al Andalus, Ibn Arabí testimonia que las inspiraciones e iluminaciones se reciben en el corazón (*qalb*): «El corazón del gnóstico no tiene límite perceptible y es la sede de la mirada de Dios, el receptáculo de Su manifestación teofánica, la Presencia de Sus secretos, el lugar al que Sus ángeles descienden y el tesoro de Sus luces».

CAPÍTULO XVII

Nuevos descubrimientos sobre el Bafomet templario

ANTONIO GALERA GRACIA

PRINCIPIO

Sicut tradiderunt nobis qui ab initio ipsi viderunt et ministri fuerunt sermonis.
(De esta forma nos lo transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra).
LUCAS 1, 2.

Hubo un tiempo en que la Orden del Temple suscitaba más compasión que envidia. Esto sucedía cuando los miembros de esta orden militar y religiosa se hacían llamar «los pobres soldados de Cristo». Harapientos, hambrientos, y compartiendo los pocos caballos que poseían, estos cruzados vivían, única y exclusivamente, de las limosnas que les entregaban los peregrinos que acudían a Tierra Santa.

Las desventuras de estos caballeros comenzaron el mismo día en que el rey de Jerusalén Balduino II (1118-1131) les concedió el permiso para que pudieran usar como vivienda, claustro y cuartel general la sala oeste del santuario Haram esh Sharif, cuyo significado en árabe es «Monte del Templo».

Todas las órdenes militares y religiosas que se instalaron en Jerusalén tuvieron que acomodarse en los conventos de su orden o en edificios erigidos por su comunidad. Sin embargo, los templarios se alojaban gratuitamente en un templo de dimensiones colosales y dormían sobre los cimientos del templo que el rey Salomón levantó un día en honor de Yahvé, Dios de judíos y de cristianos...

En la actualidad, los estudiosos del Temple no comparten la creencia de que el mencionado santuario omeya Haram esh Sharif estuviera construido exactamente sobre las ruinas de los dos templos destruidos —el primero por Nabucodonosor, en el año 586 a.C., y el segundo por el emperador romano Tito, en el año 70 d.C.—. Por ello, no nos gusta atizar el fuego de esas leyendas que aseguran que los templarios encontraron, mediante grandes excavaciones que allí realizaron secretamente, el Arca de la Alianza o documentos cabalísticos que les enseñaron a dominar el arte de la nigromancia.

En todo caso, la tradición o las leyendas que la relacionaban con el antiguo Templo de Salomón confirieron a la Orden una importancia extraordinaria.

FAMA

Et divulgabatur fama de illo in omnem locum regionis.
(Y su fama se divulgaba por todos los lugares de la región).
LUCAS 4, 37.

Los reyes de toda la Europa cristiana comienzan a fijarse en ellos; el papa Inocencio II (1130-1143) también. Caballeros de todo el mundo quieren ingresar en la Orden y se asegura que, ante la puerta del cuartel general de los caballeros templarios, había siempre un grupo de no menos de quince candidatos venidos *sponte sua* con la esperanza de ser admitidos para servir en el Templo y para hacer donación de parte o de toda su fortuna. De todos es sabido que en el año 1130, once años después de haberse constituido como orden militar, los templarios ya formaban un verdadero ejército. Ninguna congregación llegó nunca a verse tan solicitada como la Orden del Temple.

Es en este tiempo, año de 1130, cuando San Bernardo de Claraval, maravillado por su vertiginoso crecimiento y, naturalmente, por su buen hacer, manifiesta lo siguiente:

«Ha aparecido una nueva caballería en la tierra de la Encarnación. Es nueva y aún no ha sido probada en el mundo, en el que desarrolla un doble combate tanto contra sus adversarios de carne y de sangre, como contra el espíritu del mal. Y a los que combaten contra los vicios y los demonios, yo los llamo maravillosos y dignos de todas las alabanzas debidas a los religiosos...». (*De laude novae militiae ad Milites Templi*).

ENVIDIA

*Quidam quidem et propter invidiam et contentionem quidam autem et propter bonam voluntatem Christum
praedicant.*
(Algunos, todo sea dicho, predicán a Cristo por *envidia* y rivalidad, pero otros lo hacen de buena voluntad).
FILIPENSES 1, 15.

Todas las órdenes militares y religiosas envidiaron y odiaron a los templarios. Los reyes y el clero, siempre avaros y desconfiados, comenzaron a poner sus necesitados ojos en las considerables riquezas de la Orden. Aquí y allá aparecen detractores del Temple, gentes a las que les molesta que los demás medren, triunfen o adquieran fama. El mismo San Bernardo, con su admiración hacia estos caballeros, proporciona argumentos a los censores:

«Afeitan sus cabellos, jamás se les ve peinados, raramente lavados, la barba hirsuta,

apestando a polvo, sucios a causa de sus arneses y el calor. En ello hay una doble ventaja. La partida de esa gente es una liberación para el país, y Oriente se alegrará de su llegada a causa de los servicios que allá podrán realizar...».

Esto se dice de ellos. En aquellos tiempos, el aseo personal no era precisamente una costumbre muy extendida. Los soldados que diariamente se bañan en el campo de batalla no podían llevar una vida cortesana; además, los largos viajes, las prolongadas concentraciones en los campamentos y retenes y los trabajos militares no favorecían el aseo. Y, en general, la Edad Media cristiana no se distinguió por sus recursos y costumbres higiénicas. Por ello era necesario incensar las iglesias y ermitas, para mitigar el mal olor de la feligresía. Y, en esto, aquellos que acusaban a los templarios no se diferenciaban mucho de los caballeros que luchaban en Jerusalén.

Pero San Bernardo no atiende a estas críticas, nacidas de sus propias palabras; bien al contrario, comienza a favorecer más y más a la Orden. Gracias a él, los conventos templarios se extendieron por Europa y a ellos llegaban todos los días generosas donaciones. No sólo los caballeros que ingresan en la Orden entregan su fortuna a la congregación: los grandes señores a menudo convierten al Temple en depositaria de sus herencias. Alfonso I *el Batallador*, rey de Aragón (1104-1134), legó al morir su reino a las órdenes militares del Santo Sepulcro, del Temple y del Hospital y, si no hubiese sido por el clero secular, que se opuso a ello, este reino hubiese sido gobernado por los caballeros sepulcristas, templarios y hospitalarios.

SERVIDORES

Nonne omnes sunt administratorii spiritus in ministerium missi propter eos qui hereditatem capient salutis.
(¿Acaso no son todos espíritus *servidores*, enviados para ministrar a favor de los que han de heredar la salvación?).
LEVÍTICO 1, 14.

Pero antes de seguir glosando la génesis de los caballeros, es necesario recordar que también hubo en la Orden del Temple otros miembros dignos de ser nombrados: éstos eran los «hermanos servidores», hombres que murieron y fueron perseguidos y juzgados junto a sus oficiales bajo los mismos cargos de herejía que imputaban a la Orden. Hombres, en definitiva, que han sido olvidados por la Historia. Sin embargo, una orden, como un edificio, no se compone sólo de los muros, por muy bellos y fuertes que éstos sean, sino también de los cimientos que los sustentan.

La Orden del Temple no estaba formada solamente por caballeros. Es indudable que la hermandad fue fundada por individuos procedentes de las clases más favorecidas y que fueron ellos quienes se ocuparon de la administración y la planificación, pero es imprescindible recordar que si detrás de estos nobles de alta cuna no hubieran estado

otros personajes capaces de ejecutar sus diferentes oficios con dedicación y maestría, la Orden no habría prosperado. Por desgracia, tanto los estudiosos como los medios de comunicación suelen olvidar esta verdad.

NOBLES

Magistratus autem nesciebant quo abissem aut quid ego facerem sed et Iudaeis et sacerdotibus et optimatibus et magistratibus et reliquis qui faciebant opus usque ad id locorum nihil indicaveram.

(Los oficiales no sabían a dónde me había ido, ni qué había hecho, pues hasta entonces yo no lo había declarado a los judíos, ni a los sacerdotes, ni a los nobles, ni a los oficiales, ni a los demás que habían de hacer la obra).

NEHEMÍAS 2, 16.

Todos los caballeros eran de noble estirpe. La generación de una clase social que hoy llamamos «nobleza» es tan antigua que apenas podemos fijar con seguridad su principio. Quizá la genealogía de estos hombres privilegiados se remonta a ciertas distinciones de los soberanos, a los favores reales por sus conocimientos o por sus memorables hazañas. Para comprender la palabra ‘caballero’ hemos de acudir a las *Siete partidas* del rey Alfonso X *el Sabio*:

«E por esto, sobre todas las cosas cataron que fuesen omes de buen linaje, porque se guardasen de facer cosas porque pudieran caer en vergüenza. E por eso fueron escogidos de buenos lugares, e con algo, que quiere decir en lenguaje de España, como bien, por eso los llamaron fijosdalgo, que muestra tanto como decir fijos de bien [...]. E facen buena vida porque les viene de lueñe con heredad. E por ende, son mas encargados de facer el bien, e de guardarse de yerro...».

Las órdenes de caballería hunden sus raíces en los siglos x y xi. Y cuando comenzaron a redactar sus primeros reglamentos, tenían como objetivo principal defender la patria y a los desvalidos.

Los caballeros estaban acostumbrados a ser servidos: no sabían cocinar, leer, escribir, ni tan siquiera amasar y cocer el pan. Un caballero requería de varios sirvientes solamente para él, aparte de los que trabajaban sus tierras y se empleaban en su servicio doméstico. Un caballero en activo tenía que mantener una escolta de no menos de diez hombres armados, de un escudero, de un sirviente que cuidaba y conducía los caballos, de un mulero para cargar, descargar y gobernar las acémilas, de otros sirvientes para ayudar a su señor a montar en el caballo, y para levantarlo, cuando era derribado en el campo de batalla, y de otro, especialmente corpulento y forzado, cuya misión era la de vigilar y custodiar a los prisioneros... Para ser caballero eran requisitos imprescindibles conocer el reglamento de la orden a la que

perteneciera y ser diestro en el arte de las armas. Pero, además, tenía que saber herrar, aparejar y ensillar sus caballos. En todo caso, un ejército de servidores les auxiliaba y, sin ellos, las órdenes de caballería jamás podrían haberse sustentado.

Cientos de experimentados artesanos, endurecidos cirujanos y hábiles calígrafos trabajaban diariamente para y por la Orden de los caballeros templarios. Hay documentos que así lo acreditan. Y, gracias a estos documentos, se sabrá de la maestría de unos y de la misericordia de otros.

HERREROS Y ARTESANOS

*Porro faber ferrarius non inveniebatur in omni terra Israhel caverant enim Philisthim ne forte facerent
Hebraei gladium aut lanceam.*

(En toda la tierra de Israel no había un solo herrero, porque los filisteos habían dicho: «No sea que los hebreos se hagan espadas o lanzas»).

1 SAMUEL 13, 19.

Los herreros eran, entre todos los maestros, los más importantes. No se dedicaban exclusivamente a la forja de armas; sobre todo, eran los encargados del cuidado de uno de los instrumentos más necesarios para el guerrero: el caballo. En aquellos tiempos, un caballo era casi un lujo inalcanzable. Se le concedía tal importancia, que el rey don Alfonso I de Aragón en 1134, pudiendo dejar como herencia caudales y posesiones, dice en su último testamento: «*Addo etiam, militiae Templi, equum meum, cum omnibus armis meis...*» (Añado, también, para la milicia del Templo, mi caballo propio, con todas mis armas...).

Los herreros del Temple no eran meros profesionales que ingresaban en la Orden para estar alimentados y vestidos: eran verdaderos investigadores. Se trataba de especialistas que cuidaban y se desvelaban por los caballos más que por ellos mismos. En algunos casos, estos profesionales dictaban sus lecciones a los escribanos y los pocos documentos que han llegado hasta nuestros días reflejan una gran sabiduría en las técnicas del herraje. En ocasiones, son verdaderos tratados de medicina veterinaria:

«Sobre magullamientos de los pulpejos del caballo, asno y mulo. No deben hacer andar al caballo, asno o mulo por terrenos pedregosos porque las piedras les lesionan los pulpejos, bien por golpes recibidos por las lumbres de las herraduras o por marchas largas y cargadas. Si esto se deja de observar, el animal comenzará a cojear y tendrá mucho dolor en los pulpejos. Si por no poder evitar estos caminos el animal cojeara se le colocará un protector que le evite las contusiones en los pulpejos». (Archivo Histórico Provincial de Aragón. Ret. 190, pág. 12).

(Por desgracia, infinidad de documentos como éste se han perdido para siempre: los enemigos del Temple consideraron heréticos todos los escritos de la Orden y muchos acabaron en el fuego).

Aparte de los herreros, otros maestros artesanos gozaban de gran prestigio. Los carpinteros, por ejemplo, eran muy útiles y valiosos, y se consideraron imprescindibles en el seno de la Orden templaria. Mesas, sillas, camas, retablos para las iglesias, barcos y carros: todos estos objetos salían de las manos de estos profesionales.

Los curtidores también fueron importantes en la milicia del Temple. Éstos eran, entre todos los artesanos, el grupo más floreciente de la época. Confeccionaban botas, sandalias y todo tipo de calzado, así como sillas de montar y toda clase de atuendos para los animales. Sus sucesores realizaron en el siglo XVII tres retratos sobre cuero guadamecil dorados y plateados, y pintados después al óleo por Juan de Juanes y su hijo Vicente Macip, el primero del obispo Rodrigo Borgia, el segundo del obispo Andrea de Albalat, y el tercero del también obispo Vidal de Blanes. Estas obras se pueden admirar en la catedral de Valencia.

MÉDICOS

Et respondens Iesus dixit ad illos non egent qui sani sunt medico sed qui male habent.
(Respondiendo Jesús les dijo: «Los sanos no tienen necesidad de *médico*, sino los que están enfermos»).

LUCAS 5, 31.

Los médicos y cirujanos del Temple se encontraban entre la medicina de Hipócrates, que habían aprendido en España, y la medicina árabe, que habían asimilado de sus colegas mientras rivalizaban por Tierra Santa. La medicina hipocrática enseñaba que:

«Todo el que quiera aprender bien el ejercicio de la medicina debe hacer lo siguiente: primeramente, considerar las estaciones del año y lo que puede dar de sí cada una, pues no se parecen en nada ni tampoco se parecen en mudanzas; en seguida, considerar los vientos, cuáles son los calientes y cuáles los fríos; primero los que son comunes a todos los países y luego los que son propios de cada región. Debe también considerar las virtudes de las aguas, porque así como difieren éstas en el sabor y en el peso, así también difiere mucho la virtud de cada una...».

La cirugía árabe, explicada por un maestro llamado Albucasis (936-1013), aconsejaba a los cirujanos lo siguiente:

«Debéis saber que las operaciones quirúrgicas se dividen en dos clases: las que

benefician al enfermo y las que muy a menudo lo matan. Es necesario ser prudente y abstenerse para no dar a los ignorantes motivo de maledicencia. Comportaos con reserva y precaución; tened amabilidad y perseverancia con los enfermos; seguid el buen camino que conduce a resultados favorables y felices. Absteneos de aplicar tratamientos peligrosos y difíciles...».

Como puede suponerse, con estas recomendaciones poco o nada podían hacer los médicos ante una enfermedad grave. Los cirujanos aún tenían menos posibilidades: las heridas infligidas en el fragor de la batalla apenas podían restañarse y un caballero, un sargento o un soldado alcanzado por la espada o la lanza estaba condenado a morir. En algunas actas capitulares pertenecientes al Temple se puede comprobar cómo ciertos cirujanos confesaban ante el capítulo haber dado muerte, por piedad, a algunos de estos heridos: aquellos desgraciados no podían soportar un dolor tan rabioso y lacerante, y suplicaban una muerte inmediata. Los galenos ponían fin a las vidas de los heridos que no tenían remedio, por compasión. Sin embargo, en aquellos sangrientos campos de batalla comenzaron a experimentarse las primeras técnicas quirúrgicas. Allí los médicos tuvieron que convertirse forzosamente en cirujanos. A título informativo, cabe decir que esta ciencia, tal y como hoy la conocemos, no tuvo su verdadero auge hasta bien entrado el siglo XVI, de la mano del cirujano francés Ambroise Paré (1509-1590), quien, entre otras mejoras, introdujo el ligamiento de las arterias (sutura de vasos).

Antes de que los cirujanos se constituyeran como clase profesional, había unos personajes que iban, de pueblo en pueblo, con sus carros-hospitales, practicando operaciones a quienes las solicitaban. La mayoría de ellos eran simples charlatanes sin ningún conocimiento de medicina.

A estos herreros, carpinteros, curtidores y cirujanos hay que añadir una legión de servidores que hicieron posible el auge y la primacía del Temple: sogueadores, toneleros, físicos, escribientes, lectores, cocineros, apicultores, escuderos, soldados, suboficiales, mozos de cuadra, matachines, molineros, constructores, sastres, capellanes, hortelanos, navegantes... Todos ellos consiguieron que el Temple llegase a ser la más importante orden de caballería que el mundo conoció jamás.

MATRIMONIO Y CABALLERÍA

His autem qui matrimonio iuncti sunt praecipio non ego sed Dominus uxorem a viro non discedere.

(Pero a los que se han casado mando, no yo, sino el Señor: que la esposa no se separe de su esposo).

1 CORINTIOS 7, 33.

La Orden del Temple se convierte en la comunidad de moda. Los nobles que están casados también quieren servir a Dios y pretenden ingresar en la hermandad.

Comienzan a mover sus influencias y manifiestan, para que su petición sea más efectiva, que donarán a la Orden la mitad de su fortuna si los aceptan en la congregación. El maestre Roberto de Craon (1133-1148) ve en esta oferta un elevado beneficio. Pide licencia al papa Inocencio II y éste la concede.

La Orden del Temple disponía de caballeros profesos, que ingresaban de por vida, y de caballeros seculares, que entraban solteros y se comprometían a no casarse y a ser castos durante el período de servicio. Pero a partir de la licencia papal, la Orden se benefició también de los caballeros de la llamada «orden tercera»: éstos podían ser casados o solteros, e incluso tenían derecho a casarse una vez dentro de la Orden.

VIUDAS

Qui devorant domos viduarum simulantes longam orationem hii accipient damnationem maiorem.

(Éstos, que devoran las casas de las viudas y como pretexto hacen largas oraciones, recibirán mayor condenación).

LUCAS 20, 47.

La Regla del Temple motivó un serio conflicto en el año 1288. Las mujeres o los herederos de los caballeros templarios de la «orden tercera» que habían muerto elevaron sus quejas al rey de León y Castilla don Sancho IV *el Bravo* (1258-1295), por medio del Concejo de Sevilla. Las viudas de dichos caballeros aducían que habían sido sus maridos quienes se habían comprometido con la Orden y no ellas, y que, aunque no se negaban a dar caballo o dinero a la Orden del Temple a la muerte de sus maridos, no era justo que se midiera a todas con el mismo rasero, ya que entre ellas las había ricas, acomodadas y pobres. A causa de estas quejas, el rey Sancho dirigió a todos los alcaldes y alguaciles del arzobispado de Sevilla la siguiente carta, que se puede encontrar en el Archivo Municipal de Murcia:

«Carta en razon de los cavallos que demandan los de la Orden del Temple.

»Don Sancho por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Cordova, de Murcia, de Jahen y del Algarbe. A todos los alcaldes y alguaciles del Arzobispado de Sevilla que esta mi carta vieren, salut y gracia. Hago a vosotros saber que desde el Concejo de la muy noble ciudad de Sevilla me enviaron despacho diciendo que los de la Orden del Temple demandan un cavallo a las mugeres y a los hijos y a los herederos que quedan de cada uno de los cavalleros que han muerto, y que si no le dan cavallo tienen que darle a cambio seiscientos maravedis. Por razon de la pobreza de algunas, pidieronme ellas merced para que se rebajase el precio, sabiendo que no fue intención de los reyes anteriores, ni del Rey don Alfonso mi padre, ni mio, que tuvieran ellas que dar el cavallo o lo que tuvieren por bien. Para que no queden muy pobres las mugeres ni los herederos de los

cavalleros mis vasallos, que moraban en la frontera en servicio de Dios y en defendimiento de la tierra hasta que murieron y que perdieron muchas veces en las guerras lo mas que yo les mandaba, acuerdo sobre esto, tengo a bien y mando que los de la Orden del Temple reciban los cavallos de los cavalleros de mi mesnada vecinos y moradores en Sevilla y en todo su Arzobispado que los tuvieren al tiempo de su muerte, pero que si sus herederos no se los quieren dar que les den cien maravedis por cada uno de ellos. Los que no tuvieren cavallos al tiempo de su muerte, que su muger y sus herederos no sean tenidos en dar ninguna otra cosa por ellos. Por esta razon mando a cada uno de vosotros en vuestros lugares que hagais guardar esto, que no consintais a los frailes del Temple ni a otro ninguno que pase contra esto que yo mando de aqui en adelante y que nadie vaya en contra de ello. La carta debeis de darsela y leersela. Dada en Vitoria treze dias de Agosto Era de mil y CCCXXVI años. Yo Agustin Perez la escribo en la misma forma dada por el Rey».

(No debe extrañar que el documento esté fechado en 1326, y no en 1288, año en que realmente se exigió justicia al rey: ello se debe a un desfase en la contabilidad de los años. En Europa solía utilizarse la era de Jesucristo, pero en la península Ibérica se empleaba un método de datación distinta, conocida como Era Española o Era Hispánica; también llamada Era de Augusto, Era de César y Era Gótica. La Era Hispánica se comenzó a contar a partir de la conquista romana de la Península —año 716 de Roma y 38 a.C.—; por esta razón hay que descontar 38 años en los documentos fechados conforme al cómputo antiguo visigodo).

RIQUEZAS

Nemo servus potest duobus dominis servire aut enim unum odiet et alterum diligit aut uni adhaerbit et alterum contemnet non potestis Deo servire et mamoniae.

(Ningún siervo puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se dedicará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas).
LUCAS 16, 13.

Cuántas más riquezas acumulaban los templarios, más se acercaban a su trágico final. En Francia, estos caballeros poseían más y mejores bienes que el mismo rey Felipe IV *el Hermoso* (1285-1314). El monarca llegó a adeudarles inmensas sumas de dinero. En su último viaje a Francia, el gran maestre templario Jacques de Molay (1298-1314), entró en París en 1306 acompañado del senescal, el mariscal y el tesorero de la Orden. Traían ciento cincuenta mil piezas de oro y venían con diez mulos cargados de plata, para lo que el papa Clemente V (1305-1314) decidiera disponer.

Cuando el rey de Francia descubrió tanta riqueza, una gran envidia y un ansia grande

de despojo se apoderó de él. Pero lo disimuló muy bien porque, haciendo de tripas corazón, recibió a los templarios con mucha alegría y con muchos honores, hospedándolos en su palacio y dándoles un trato casi regio. El soberano se esforzó en convencer a los templarios de que él era el mejor amigo y defensor de la Orden, y cuando lo hubo conseguido, les exigió una gran suma que necesitaba para dotar a su hija Isabel (la cual debía casarse con Eduardo II de Inglaterra). Después, con mimos y agasajos, los estuvo reteniendo en París para que no se trasladaran —con aquel formidable tesoro— a Aviñón, donde el papa tenía su sede. Mientras tanto, urgía del pontífice una pronta investigación sobre una supuesta y atroz acusación: los templarios adoraban a un ser infernal con cara de demonio, ojos ardientes y cabellos de sierpes; secretamente lo convocaban y lo llamaban por el nombre de Bafomet.

Los templarios no se dieron cuenta de la peligrosa trama que contra ellos se estaba maquinando: en el colmo de la hipocresía, el rey de Francia le ofreció a Jacques de Molay el alto honor de sostener, junto a él, el paño fúnebre en el entierro de la princesa Catalina de Constantinopla. Esto sucedió sólo un día antes de la detención del templario, acusado de herejía.

A partir de la detención del gran maestro, y de los oficiales que le acompañaban, comienza la leyenda negra de los templarios. En la fortuna del mito templario tuvo mucha parte el propio rey francés, que atizó disimuladamente aquella historia imaginaria.

OFENSA

Sed non sicut delictum ita et donum si enim unius delicto multi mortui sunt multo magis gratia Dei et donum in gratiam unius hominis Iesu Christi in plures abundavit.

(Pero el don no es como la ofensa. Porque si por la *ofensa* de aquel uno murieron muchos, cuánto más abundaron para muchos la gracia de Dios y la dádiva por la gracia de un solo hombre, Jesucristo).

ROMANOS 5, 16.

De la Orden del Temple se cuentan historias atroces. En ocasiones se llega a acusar a sus miembros de sodomitas, o se afirma que «uno de sus ritos se basaba en el beso que el que pretendía entrar en la Orden debía propinar en el miembro viril del gran maestro». «Educados en las delicias y vicios del Oriente —dice el obispo de San Juan de Acre, Jacques de Vitry, en el siglo XIII— su orgullo no tiene límites. Yo lo sé, y lo sé de buen origen, que algunos sultanes han sido recibidos en la Orden permitiendo que celebren sus ritos supersticiosos y presten su adoración al falso profeta Mahoma...».

El rey de Francia en persona acusó a los templarios de haber cometido infamias monstruosas, como obligar a los novicios a renegar de Cristo, de la Santísima Virgen y

de todos los santos; también se dijo que a los armígeros o «escuderos a caballo» se les enseñaba en la catequesis que Cristo no era verdadero Dios, sino un falso profeta que sufrió la muerte por sus pecados; se les acusaba de escupir, pisotear y ensuciar con sus propios excrementos la Cruz, de sodomizar a todos los candidatos diciéndoles que negarse era pecado, y que los que no se querían someter a la sodomía eran decapitados o encarcelados de por vida para que no pudieran hablar; se aseguró que los templarios hacían jurar al candidato, en el acto de aceptación, que enriquecer a la Orden por cualquier método, lícito o ilícito, no era pecado; se afirmaba que los maestros y senescales daban la absolución sin estar investidos de la autoridad eclesiástica; se les imputó invocar al diablo en las reuniones del capítulo, y se confirmaba que Satanás se les presentaba en forma de gato negro; también se dijo que los templarios ponían la figura de Nuestro Señor Jesucristo en los estribos de sus monturas, para pisotearla y que los capellanes de la Orden omitían a cosa hecha en la misa las palabras de la consagración... Y, naturalmente, también fueron acusados de adorar a una figura espantosa con cabellera de sierpes y cabeza de dragón: el Bafomet.

El famoso Bafomet entra en escena en el preciso momento en que comienza la persecución. Pero este «instrumento del demonio» no era tal. Era, sencillamente, el mismo instrumento que cualquier monje usó en la Edad Media para acostumbrarse a la idea de la muerte. Aquellos que estaban interesados en la completa destrucción de la Orden se ocuparon de propagar la idea de Bafomet como «instrumento del demonio», y, en la actualidad, otros individuos siguen alimentando la leyenda y obteniendo del morbo los consabidos beneficios.

LA VERDAD

Ut cognoscas eorum verborum de quibus eruditus es veritatem.
(Para que conozcas bien la *verdad* de las cosas en las cuales he sido instruido).
LUCAS 1, 4.

El tan traído y llevado Bafomet templario no era más que un símbolo de la muerte. Los caballeros monjes llevaban esta imagen siempre consigo, para habituarse a su presencia y no temer el final de la vida, ni en el campo de batalla ni en la desvalida vejez.

Los templarios, por su condición de soldados, estaban en continuo contacto con la muerte, y, como monjes, sabían a la perfección que nadie es sabedor de la hora de su muerte. Así se lo recordaban los lectores en los refectorios, a la hora de la comida. «Que hay que tener siempre ceñidos nuestros lomos y encendidas nuestras lámparas, y ser como hombres que esperan a su amo de vuelta de las bodas, para que, al llegar él y llamar, al instante le podamos abrir. Pues dichosos los siervos a quienes el amo hallare

en vela. Os aseguro que se ceñirá, y los sentará a la mesa y se pondrá a servirlos. Ya llegue a la segunda vigilia, ya a la tercera, si los encontrare así, dichosos ellos. Vosotros sabéis bien que, si el amo conociera a qué hora habría de venir el ladrón, vigilaría y no dejaría perforar su casa. Vosotros, pues, estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre...». (Lucas 12, 35-40).

Ésta era la razón por la que en la Edad Media todos los monjes tenían junto a ellos una calavera. Los priores, sobre las mesas de sus despachos, y los frailes y legos, en sus celdas, junto a la yacija donde todas las noches dormían. Su continua contemplación les recordaba que debían estar preparados, y su permanente compañía tenía como objeto disipar de sus mentes el espanto que todo ser humano siente ante la más leve cavilación de la muerte.

Las representaciones de santos muestran fehacientemente esta costumbre. Las calaveras y otras representaciones de la muerte suelen aparecer en las pinturas hagiográficas. Si no en todas las obras iconográficas y pictóricas, sí podemos decir que en la mayoría de ellas, los indicados santos están siempre acompañados de una calavera. Esto se aprecia en el arte barroco tenebrista, característico de la mentalidad religiosa antigua, donde toda la simbología es casi medieval. Por ejemplo el santo con la calavera, atavíos de meditación en la soledad. También se aprecia en el arte flamenco —como en la obra *San Jerónimo* (1521) de Van Reyerswaele (fig. 42).

MUERTE

Inluminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.
(Para alumbrar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por caminos de paz).
LUCAS 1, 79.

Las confesiones históricas de algunos de estos santos revelan que aquellas calaveras pertenecían en ocasiones a algún religioso que en vida fue su superior, su maestro o su amigo. Era recordatorio de virtud y aviso del porvenir. Los teólogos y eruditos recomendaban contar con estos objetos e incluso los consideraban necesarios, para que los religiosos se diesen cuenta de que la muerte no es cosa que solamente les suceda a los demás. A todos alcanza la muerte, incluso a aquellos que en vida fueron inteligentes, superiores, venerados, amigos, misericordiosos, padres, hermanos... Es decir, incluso a los que en vida creímos tocados y protegidos por Dios y, por lo tanto, exentos de dolores corporales y de vencimientos terrenales.

Si era recomendable y necesario el uso de estos objetos entre los religiosos comunes, qué no se aconsejaría a hombres entregados a la guerra. Los recordatorios de la muerte eran muy propios para los frailes que se dedicaban a la contemplación, o a la

contemplación y al trabajo, pero eran imprescindibles para los monjes que, además de dedicarse a la contemplación, al trabajo y a otros menesteres más o menos religiosos, ponían sus vidas diariamente en peligro combatiendo en los campos de batalla para defender la religión cristiana, los intereses de su rey o la herencia de su feudo: los caballeros templarios.

No debe olvidarse que aquel insólito Bafomet templario no aparece en ningún archivo histórico hasta que el rey francés Felipe *el Hermoso*, deseando apropiarse de la inmensa fortuna de los templarios, ordenó comenzar la vergonzosa investigación contra esta orden, con la ayuda de su títtere particular, el papa Clemente V. Y, extraña o maliciosamente, después de que los templarios fueran arrestados, condenados y quemados en la hoguera por herejes, comenzaron a surgir tantos documentos que nos hablaban o describían el maligno Bafomet templario, que más parecían salir de fábricas construidas ex profeso para el caso, que de las remuneradas plumas de los escribanos de la época.

Dejando a un lado las muchas simplezas que se han escrito sobre el Bafomet, cabe detenerse en las teorías del ocultista Alphonse-Louis Constant (1816-1875), más conocido por su seudónimo, Eliphaz Lévi. Su descripción del Bafomet ha calado en la mentalidad de historiadores, investigadores y autores de escritos templarios. En su obra titulada *Dogma y ritual de alta magia*, escrita en el año 1852, definió el Bafomet «como un macho cabrío con luengas barbas y puntiagudos cuernos, grandes senos femeninos, mano derecha masculina e izquierda femenina y pies en forma de pezuñas». Sin embargo, en el siglo XXI, muy pocas personas creen las fantásticas descripciones de un Bafomet monstruoso o diabólico.

El Bafomet existió, sin duda, pero no en la forma de gato negro que habla, de macho cabrío que ordena o de medusa cuyos cabellos de sierpes castigaba con la muerte a quienes osaban desobedecer sus siniestras órdenes.

LALUZ

Nemo lucernam accendit et in abscondito ponit neque sub modio sed supra candelabrum ut qui ingrediuntur lumen videant.

(Al encender una lámpara nadie la pone en oculto, ni debajo de un cajón, sino sobre un candelero para que todos los que entren puedan ver la luz).

LUCAS 11, 33.

A lo largo de unas excavaciones recientes efectuadas en un castillo que antaño estuvo ocupado por la Orden de los caballeros templarios, un arqueólogo de la región de Murcia encontró una piedra singular, solicitando la opinión del que suscribe.

La piedra era lo que hoy muy bien podría ser catalogado como un Bafomet «de

bolsa», por las razones que expondremos más adelante.

La imagen que incorporamos (fig. 43) es una foto que costó mucho trabajo conseguir, pero que al fin fue lograda por Baltasar Almagro, quien fuera miembro de la delegación regional de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA en Murcia.

La piedra tallada mide tres centímetros de ancho por dos centímetros y medio de alto. Es una de esas duras piedras conocidas como cantos rodados, tan abundantes en las márgenes de los ríos: la superficie se ha pulido y abrigantado de forma natural, debido a que han ido redondeándose y alisándose con el tiempo, a fuerza de rodar impulsadas por las aguas.

La talla se hizo a mano, con una daga, estilete o cuchillo de afilada punta (fig. 44, la imagen ha sido tratada con infrarrojos para conseguir observar con detalle las puntadas de la herramienta usada).

¿Con qué fin habría sido tallada la calavera en aquella piedra? La documentación histórica no registra ningún caso parecido a éste, pero indudablemente tenía que haber algún antecedente que explicara por qué los templarios esculpían calaveras en pequeñas piedras y cuál era su propósito.

LAS PIEDRAS

Quibus ipse ait dico vobis quia si hii tacuerint lapides clamabunt.
(Él respondió diciéndoles: «Os digo que si éstos callan, las piedras gritarán»).

LUCAS 19, 40.

Así como los papeles no se convierten en documentos hasta que alguien escribe en ellos, por muy antiguos que sean, tampoco las piedras se pueden considerar objetos documentales hasta que alguien las esculpe. Pero el mensaje de las piedras a veces permanece oculto, hasta que un día se decide a mostrar toda su belleza. Es entonces cuando la piedra —tal y como le ocurre a la misteriosa piedra «andadera» de Covaleda (Soria), que además de «andar» cuando se toca, habla a quienes tienen la suficiente paciencia para conseguir escucharla— comienza a relatar todo lo que se relaciona con su pretérita historia. Y esto ocurre así porque las piedras, los documentos y otros objetos antiguos que han estado archivados, encerrados o enterrados, suelen ser muy tímidos y no se atreven a mostrar sus ocultos mensajes más que a quienes tienen mucha paciencia con ellos.

Y ésta es la historia que revela la piedra tallada:

En la sociedad medieval, el miedo a la muerte era un aspecto decisivo. Los heridos en las batallas o en la labor tenían que soportar toda la intensidad del dolor porque carecían de medios para aliviarlo; los ciudadanos estaban aterrorizados porque

presenciaban en las plazas públicas la quema de los herejes y esta visión les obligaba a considerar que cualquier día los herejes podían ser ellos; los soldados estaban en continua guerra; los pueblos padecían pestes y epidemias... Y mientras todo esto ocurría, la Iglesia amenazaba con la muerte, con el Juicio Final y con el infierno... En sus predicaciones podía adivinarse que muy pocos alcanzarían la gloria, porque muchos eran los llamados y muy pocos los elegidos...

La carrera eclesiástica y la militar eran las más favorecidas por las predicaciones de la Iglesia. La frase de Lucas, capítulo 22, versículo 23, campeaba sobre los púlpitos de catedrales, grandes iglesias y pequeñas ermitas: «*Domine tecum paratus sum et in carcerem et in mortem ire*» (Señor, estoy listo para ir contigo a la cárcel o a la muerte). La cárcel simbolizaba la clausura; la muerte, la cruzada. Y ambas cosas juntas, la clausura y la cruzada, eran el camino más recto para obtener la salvación eterna. Por esta razón hubo en aquellos tiempos tantas y tantas órdenes militares-religiosas, porque: «*Et galeam salutis adsumite et gladium Spiritus quod est verbum Dei*», o sea, porque era mejor y más perfecto tomar a la vez «el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Efesios 6, 17). Los templarios, por ejemplo, eran a la vez monjes y soldados. Como monjes, estaban obligados a observar todos los deberes de los frailes, y como guerreros, todos los deberes militares que obedecían y acataban los soldados.

El miedo a la muerte invadía el razonamiento humano. El camino para desprenderse del miedo a la muerte parecía que sólo podía pasar por la consagración religiosa o por la profesión militar. Cuanto más se creía en Dios, cuanto más se le defendía de sus numerosos enemigos, más probabilidades tenía el ser humano de hallar la salvación eterna. La convicción de que Dios era el Señor de vivos y muertos fomentaba la fe en un Dios que podía dar la vida de nuevo y un destino eterno en el Cielo. En el Evangelio de San Juan Cristo lo explica claramente: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás...». De este modo, se propagaba una creencia en la esperanza de la vida eterna. Y aquellas personas que no podían acceder a la ocupación religiosa, o a la carrera militar, se esforzaban en hacer grandes donaciones a la Iglesia, obras de caridad o de beneficencia, para alcanzar así la vida eterna... Los pobres eran el único vehículo de salvación de los acaudalados, por medio de la caridad; pero ellos mismos, además de estar condenados al hambre, al frío, a las privaciones y a las enfermedades, estaban también abocados a sufrir la condenación eterna.

DEMONIOS

Sunt enim spiritus daemoniorum facientes signa et procedunt ad reges totius terrae congregare illos in

(Pues son espíritus de *demonios* que hacen señales, los cuales reclutan a los reyes de todo el mundo habitado para comprometerlos a librar la batalla del gran día del Dios Todopoderoso).

APOCALIPSIS 16, 14.

Las numerosas descripciones del infierno, con el fin de insuflar temor y suscitar conversiones, provocaron en la Edad Media un penetrante miedo hacia la muerte. Incluso, aquellos que optaron por abrazar la vida religiosa o encaminarse a la vida militar, creyendo que con este piadoso acto dejarían de temer a la muerte, no consiguieron jamás su objetivo. La muerte seguía siendo pavorosa, tanto para los primeros como para los segundos. Los primeros tenían más tiempo para pensar en ella, y por su condición de frailes o sacerdotes estaban obligados a asistir a los moribundos, a los que se les acababa la vida de forma natural o a los que habían sido heridos por animales salvajes, a las víctimas de epidemias o a los enfermos que agonizaban por razones entonces desconocidas. Y los segundos se enfrentaban diariamente a ella: asistían aterrorizados a las crueles escenas de la muerte y veían cómo caían sus compañeros y cómo sufrían largas horas de agonía antes de morir, tendidos en tierra; unos deambulaban con los intestinos en las manos, intentando introducirlos nuevamente en la cavidad abdominal; otros yacían junto a su propio brazo o su pierna, separados del resto de su cuerpo; a veces observaban una cabeza, arrancada de un certero tajo, moviendo todavía los ojos y la boca, como pidiendo a sus compañeros un remedio ya imposible...

Las formas de la muerte eran terribles, y sus diversas representaciones, espeluznantes: algunas veces se pintaba la imagen de un esqueleto con guadaña, un instrumento agrícola que ha simbolizado desde entonces la muerte; otras veces se presentaba en figura alada, volando a media noche, de ventana en ventana, buscando un alma pecadora que se pudiera llevar... El pecador era el novio de la muerte porque la muerte siempre lo estaba rondando. Pero, ¿quién, por bueno o justo que sea, se considera a sí mismo un santo? Los alquimistas comenzaron trabajar con el bienintencionado propósito de librarse de la muerte y de hallar la inmortalidad eterna. La piedra filosofal fue una obsesión medieval: representaba el secreto de la vida eterna, el poder, las riquezas y la sabiduría. Y, por último, muchos individuos buscaron afanosamente el poder de los poderes: el Santo Grial, el misterioso objeto capaz de convertir el agua en vino, de multiplicar los peces, de dar salud al enfermo, de resucitar a los muertos y de dar vida y soberanía a quien tenga la suerte de poseer su prodigiosa sangre...

Con estos precedentes, era necesario que los religiosos perdieran el miedo a la muerte: el nacimiento era el principio de la vida, y la muerte, un jubiloso ascender hacia el Cielo. Y si la llegada a este valle de lágrimas se festejaba con alegría y celebraciones, la desaparición debería ser gozosa, porque era el encuentro glorioso

con Dios, la obtención de la vida eterna en un lugar paradisíaco, lleno de belleza y bienestar.

LA CALAVERA

Et postquam venerunt in locum qui vocatur Calvariae ibi crucifixerunt eum et latrones unum a dextris et alterum a sinistris.

(Cuando llegaron al lugar que se llama de la *Calavera*, le crucificaron allí, y a los malhechores: el uno a la derecha y el otro a la izquierda).

LUCAS 23, 33.

La calavera, en sus diversas representaciones y soportes, se impuso como perenne compañía entre los religiosos. Su visión preparaba al monje para la hora suprema y le hacía perder el miedo a Satanás. El príncipe de las tinieblas era el ángel caído que sometía a sus víctimas por el espanto de la muerte; a veces, el demonio podía conseguir, bajo contrato firmado, las aterrorizadas almas de los hombres a cambio de la vida eterna.

Los caballeros templarios, por su condición de monjes, también aceptaron la tradición y siempre llevaban consigo la representación de una calavera. Con la esperanza de un paraíso de belleza y bienestar, los templarios tenían siempre presente la imagen de la muerte y así conseguían acostumbrarse a la idea de un final inevitable, no temer cuando veían agonizar a un hermano, admitir con tranquilidad su propio tránsito y afirmar su fe ante la presencia del demonio con una oferta de vida eterna a cambio de su alma. (Satanás se presentaba ante los moribundos con un contrato e inducía a los agonizantes a renegar del cristianismo; a cambio, el demonio les ofrecía cualquier cosa que pidieran, especialmente, más tiempo de vida).

Los templarios, además de monjes, eran soldados; como tales, en ocasiones permanecían fuera de sus conventos durante semanas, meses, e incluso años. Las campañas bélicas podían alargarse casi indefinidamente y, por esta razón, los templarios precisaban objetos que les recordaran su carácter religioso. Así nació en ellos la necesidad de esculpir en piedra un Bafomet «de bolsa». Este Bafomet «de bolsa» era la representación de una calavera, en un tamaño que pudiera transportarse con facilidad, metido en un saquillo que colgaban en la cintura.

De este modo, nunca les faltó a los caballeros templarios su necesaria compañía: cuando se hallaban en el convento, tenían enfrente una calavera de verdad, y cuando salían de él, la llevaban en la bolsa, esculpida en una piedra que ellos mismos labraban con su puñal durante sus guardias y durante sus largos períodos de espera antes de entrar en batalla.

El famoso Bafomet templario existió. Pero si este Bafomet era una representación

maligna y, por tanto, herejía y motivo de condena, nuestras catedrales, nuestras iglesias, nuestras ermitas, en definitiva, todos los templos cristianos del mundo, carecerían de imágenes y pinturas de santos y santas. La mayoría habrían sido quemadas. Esos santos y santas poseían calaveras o representaciones de calaveras: exactamente igual que los caballeros templarios.

Ése es el origen del Bafomet templario: una costumbre medieval, torcidamente interpretada, que suscitó una leyenda que ha acompañado a la Orden hasta nuestros días.

ANTONIO GALERA GRACIA (*Puebla de Soto, Murcia, 1940*). *Licenciado en Teología, documentalista y escritor, está especializado en Historia de la Edad Media. Sus investigaciones en casi todos los archivos históricos de Europa, búsqueda que comenzó hace ya más de cuarenta años, le han permitido reunir un buen número de documentos antiguos que hoy le sirven para dar precisión y certidumbre a sus obras. Fue ponente en el III Congreso Internacional de Sacerdotes Casados celebrado en Alcobendas (Madrid) y ha publicado diversos artículos en periódicos y revistas (La Opinión, Nueva Murcia, Voces de Nuestra Tierra, Cambio 16, o la revista Boletín Temple, en internet, de la que fue miembro del consejo de redacción). También es miembro de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, de la que fue cronista general. Es autor de una docena de libros, entre los que cabe destacar Curas casados, ¿desertores o pioneros? (Nueva Utopía, 1999), El último secreto de los caballeros templarios (KR, 1999), El evangelio de la hermana de Jesús (Trirremis, 2002), Los soldados del Cordero (Tabularium, 2003) y Masones. Una historia diferente (Trirremis, 2004).*

CAPÍTULO XVIII

Los templarios y los cátaros

JESÚS ÁVILA GRANADOS

«El cordón con que ceñían sus ropajes los templarios era, al igual que para los cátaros, el signo de la vestidura de Luz que el hombre futuro debía reconquistar gracias a las fuerzas de Cristo».
LUCIENNE JULIAN, *Los cátaros*

Cátaros y templarios coincidieron en el tiempo y en el espacio, en los fértiles valles de Occitania durante los siglos XII, XIII y comienzos del XIV. Ambos grupos, lejos de rivalizar entre sí, no tardaron en demostrar su aprecio y respeto mutuos. La Orden del Temple, una de las fuerzas más poderosas de su tiempo, en ningún momento desenvainó sus espadas para combatir a los cátaros. No es una casualidad que ambas organizaciones fueran perseguidas ferozmente por la Iglesia y tuvieran el mismo y dramático final: la hoguera, como herejes; además, se esgrimieron motivos similares para acabar con unos y otros, como se verá a continuación. Pero antes de describir el holocausto cátaro, que sacudió los cimientos de la sociedad europea en el corazón de la Edad Media, es preciso explicar las claves y los orígenes de la filosofía que abrazaban estos grupos.

ANCESTRALES ORÍGENES: MAZDEÍSMO Y MANIQUEÍSMO

El catarismo medieval fue el resultado de un largo periplo histórico; un viaje que arranca en Oriente —como la mayoría de las profundas corrientes filosóficas de la Humanidad—, concretamente, en las estepas de la antigua Persia, hace cerca de tres mil años, cuando un pensador llamado Zaratustra (Zoroastro, en su versión griega), llamado por sus muchos seguidores «el maestro de la ética y de la no-violencia», se convierte en profeta de una de las más antiguas religiones surgidas en Oriente Próximo: el mazdeísmo o zoroastrismo. El primer término se debe al nombre del dios benefactor, Ahura Mazda, o principio del bien, que inspiró el texto sagrado del *Avesta* (conjunto de los textos mazdeístas, o libros sagrados de los antiguos persas).

Siglos después, otro persa, Mani o Manes (216-276 d.C.), funda otra corriente filosófica, que recoge gran parte de las enseñanzas de Zaratustra: el maniqueísmo, la única de las cuatro grandes religiones del mundo en tiempos antiguos —hoy extinta— cuyos contenidos rivalizaban peligrosamente con el cristianismo.

Estas doctrinas influyeron decisivamente en el desarrollo de las creencias cristianas, tanto por el lado oficial, como en su vertiente herética. Mani, por ejemplo, sostenía que el Universo, desde tiempos ancestrales, gravitaba en constante lucha entre dos fuerzas: el dios del Bien, Señor de la Luz, y el dios del Mal (el Diablo), Señor de las Tinieblas. Mani aceptó, igualmente, que la vía de salvación pasaba imperiosamente por la gnosis (conocimiento de la propia naturaleza verdadera), así como por la reencarnación, un concepto que con toda probabilidad tomarían del budismo, dada la proximidad geográfica respecto a la Ruta de la Seda. Fruto de la esencia aprendida del zoroastrismo, la finalidad de la religión maniquea se basaba en conseguir la separación completa entre la luz espiritual y las tinieblas del mundo material. Para alcanzar este objetivo, Mani dio vida a un ser primordial, al que bautizó con el nombre de Ohrmuzd; decidió que muriera en sacrificio, devorado por las fuerzas del mal; después, Ohrmuzd resucitó, reconociendo su propia identidad con la ayuda del dios persa Mitra. El culto frigio de Mitra estuvo muy extendido por todo el Imperio Romano, gracias a las legiones, y a punto estuvo de suplantar al cristianismo en el ánimo del emperador Constantino cuando éste se vio ante la disyuntiva de tener que elegir una religión imperial oficial.

Según la doctrina del profeta Mani, todos los seres vivos, en esencia, son chispas de la «santa luz» prisioneras de su sometimiento a la materia, como puede comprobarse en los poemas de la obra maestra literaria del maniqueísmo: el *Himno de la perla*. En esta obra se narran las aventuras de un príncipe que dejó su morada celestial para peregrinar por el mundo en busca de una perla guardada por una serpiente.

«Durante su peregrinación llega a olvidar su identidad, pero sus padres lo despiertan de nuevo a su misión y él recobra el conocimiento de sí mismo leyendo un mensaje escrito en su corazón. Después de lo cual vence a la serpiente gracias a unas palabras mágicas y se lleva triunfalmente la perla a los cielos.

»Se interpreta que el príncipe representa la verdadera naturaleza del yo maniqueo. A los seres humanos atrapados y confusos en el mundo material se les aconseja que realicen su identidad en tanto que chispas de la luz divina mediante el acto de la gnosis. La perla simboliza la liberación de los sufrimientos que sobreviene como resultado de esa iluminación». (Leonard George: *Enciclopedia de los herejes y las herejías*. Robinbook, Barcelona, 1998).

Por otra parte, para los maniqueos, el Dios creador citado en el Antiguo Testamento no era otro que el Señor de las tinieblas. Mani no dudó en criticar al cristianismo y advirtió que sus ministros, los apóstoles, no eran los autores directos de sus Evangelios. En las estelas y sepulcros de las tumbas maniqueas se acostumbraba a grabar las letras «DM» (iniciales de los «dioses manes»), en clara vinculación con los

ritos relacionados con las almas del Más Allá. Este culto a los muertos —*lemures*— daría lugar, más adelante, a la denominación de las divinidades infernales purificadoras.

El filósofo y teólogo San Agustín (354-430), uno de los más sólidos pilares del cristianismo, se nutrió al principio de la filosofía maniquea. Para el autor de la gran apología cristiana *La Ciudad de Dios* (escrita entre 413 y 427), el mal era sencillamente la ausencia del bien; en escritos posteriores rechazó las doctrinas maniqueas. Contra la creencia gnóstica, escribió: «El conocimiento puede llevar a la liberación; la voluntad humana está demasiado corrompida por el pecado original, y ninguna medida de sabiduría o esfuerzo humano podría merecer la salvación por sí sola». A pesar de todo ello, San Agustín siguió conservando la esencial desconfianza frente al mundo material.

Otra de las características de los maniqueos, siguiendo los ancestrales preceptos de Zaratustra, era el respeto a la vida de los animales —preconizaban el consumo de verdura en lugar de carne— y rechazaban el concepto de superioridad del hombre sobre las demás criaturas del planeta.

LOS 'BOGOMILOS'

Tras los siglos de oscurantismo de la Alta Edad Media, las corrientes filosóficas mazdeístas y maniqueas no desaparecieron, porque se produjo un resurgimiento de tales doctrinas gracias a los *bogomilos* —nombre derivado del patriarca heresiarca, el pope Bogomil, versión eslava del nombre griego Teófilo («amado de Dios»)—. Los bogomilos defendían una religión basada en el dualismo radical. Posiblemente, los primeros bogomilos tuvieron contacto con herejes de Asia, como los mesalianos y los paulicianos, que tal vez conservaron algunas de aquellas creencias gnósticas antiguas. Para los bogomilos, Cristo, que falleció en la cruz por culpa del diablo, fue un enviado de Dios Padre, el gran arquitecto del universo; por ello, los bogomilos odiaban la cruz, cuyo símbolo consideraban un instrumento de Satanás.

Para enseñar a la Humanidad la forma de salvarse de las garras del diabólico señor de este mundo, cuya aliada no era otra que la Iglesia ortodoxa, los dirigentes bogomilos, principalmente sacerdotes y frailes, se hacían llamar «los perfectos», y no tardarían en estar en el punto de mira de la Iglesia de Roma.

La organización bogomila recordaba en mucho a los maniqueos. En sus pautas de conducta preferían las actividades manuales, costumbre que también asumieron los cátaros, quienes heredaron de ellos su creatividad en la artesanía del telar. La sencillez de esta religión bogomila —que carecía de sacramentos y misterios de fe—, de ancestrales raíces, facilitó una rápida difusión. La labor misionera, los viajes, la

renuncia a ingerir carne o de lastimar a un ser elemental, fueron algunas de las pautas de comportamiento que caracterizaron a los bogomilos: los cátaros de Occitania heredaron y asumieron estas tradiciones casi sin ninguna variación.

En cuanto a la actividad sexual, la mayoría de la sociedad bogomila no practicaba el celibato, y preferían casarse, formar una familia y trabajar conforme a las tradiciones comunes. Sólo en el trance final de sus vidas se hacían administrar el *consolamentum* —la sencilla ceremonia que elevaba al postulante al estadio más elevado—. Era el momento previo a alcanzar «la perfección», cuando veían cerca el fin de su existencia. De esta forma, se aseguraban la salvación de su alma sin haber tenido que asumir el severo estilo de vida de «los perfectos».

Para los bogomilos, el nombre de Satán resultó de eliminar las tres últimas letras de Satanael, el «hermano mayor» de Jesús, aquel que se rebeló contra Dios. No tardó Satanael en ser atrapado por varios ángeles envueltos en figura humana y guiados por Cristo, que descendió de los Cielos para derrotar a su impío hermano y salvarnos. Gracias a la ayuda de la Virgen María, el dios del Mal fue sometido. Pero el malvado logró liberarse y regresó a la Tierra en compañía de sus servidores: para los bogomilos, los servidores de Satán eran los clérigos y los nobles.

Los monjes bogomilos, vestidos con túnica de color azul celeste, llamados simplemente cristianos, antepusieron el Nuevo Testamento al Antiguo. Portando el Apocalipsis de San Juan y la Visión de Isaías, vagaban por los países balcánicos y el Imperio Bizantino para evangelizar a las poblaciones rurales —desde los cenobios urbanos de Constantinopla, hasta los núcleos diseminados de Anatolia y Asia Menor—. Predicaron una lectura explícita dualista de las Sagradas Escrituras; en muchos lugares se les llamaba «fundaguiguistas» (monjes que vagan con alforjas).

Los bogomilos llegaron al corazón del Imperio Bizantino cuando las tropas imperiales conquistaron Bulgaria (1018). En su capital, Constantinopla, estos grupos advierten a la sociedad del peligro de Satán, el dios del Mal, y fijan su residencia en Hagia Sophia, la basílica de Santa Sofía. La Iglesia católica comprendió que se enfrentaba a un serio rival cuando los bogomilos crearon una diócesis y nombraron obispos en la ciudad de Constantinopla y en otras ciudades del Imperio Bizantino. Roma no tardó en declararlos herejes. En consecuencia, los ministros de la Iglesia bogomila —y también sus fieles— comenzaron a sufrir una persecución implacable y muchos terminaron sus días devorados por las llamas de la hoguera. Además, los nuevos soberanos del reino de Bulgaria, tras conseguir la independencia de Bizancio, establecieron el catolicismo como religión oficial del país, generando una sangrienta oleada de nuevas persecuciones de bogomilos. Finalmente, estos grupos se vieron obligados a desplazarse en grandes oleadas hacia Occidente.

El cisma definitivo entre las Iglesias de Roma y de Bizancio tuvo lugar el 16 de julio

de 1054, tres meses después del fallecimiento de León IX. (Este papa de origen alsaciano no dudó en excomulgar a Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, por su condición de bogomilo. El pontífice no tardó en ser aclamado como santo). Con la escisión territorial, Roma consagró la división política, religiosa y cultural de las dos corrientes del cristianismo: la Iglesia de Oriente o griega —considerada en gran parte «herética»— quedaba en manos de los monjes basilios; y la Iglesia de Occidente o latina fijaba su sede definitiva en Roma —cuya cultura cristiana oficialista no toleraba ninguna influencia ajena a los principios fundamentales del catolicismo—.

La inestabilidad en la Iglesia de Oriente seguía latente medio siglo después, como lo confirma la detención del renombrado médico Basilio *el Bogomilo* —destacado dirigente de la herejía de comienzos del siglo XII—. El emperador bizantino Alejo I Comneno ordenó su apresamiento y lo envió a la hoguera «purificadora» que mandó encender en el hipódromo de Constantinopla. El crimen de Basilio fue haber intentado «convertir al emperador». Aún se conserva el lugar en el que se encendió la hoguera: a pocos metros de la base del obelisco. Al menos, ése es el lugar que señalan las crónicas.

A finales del siglo XI, grandes oleadas de bogomilos iniciarán el desplazamiento de Oriente a Occidente, instalándose en distintos lugares de Europa, especialmente en la Lombardía italiana y en el Languedoc francés. Estas zonas gozaban de un extraordinario nivel económico y sociocultural gracias a las antiguas vías de comunicación. Su rápido desarrollo se basó en dos elementos que gravitaban en el mundo medieval dependiente de Roma: una Iglesia que nadaba en la abundancia, cuyos ministros no predicaban precisamente con el ejemplo, y un feudalismo caracterizado por la explotación de sus siervos; el campesinado era la clase más perjudicada.

La sociedad occitana, desde la alta nobleza hasta los sectores más modestos, no dudó en aceptar el bogomilismo como una forma de liberación. Los ciudadanos asumieron sus preceptos fácilmente, animados, además, por la sencillez de la nueva doctrina, basada en dos conceptos fundamentales: el *consolamentum*, como sacramento esencial, y algunos aspectos de la doctrina dualista. En el Languedoc, muchos de estos monjes bogomilos se dedicaron a la actividad textil, por ello se les conocía como *tisserands* (tejedores).

No cabe duda de que la celebración del primer concilio cátaro (1167) que tuvo lugar en suelo occitano, concretamente en la ciudad de Saint-Félix-de-Caraman (hoy Saint-Félix-Lauragais), impulsaría la fe cátara en esta rica y culta región del Midi francés. En aquella ocasión, además, se contó con la presencia de Nicetas, el obispo bogomilo de la ciudad de Constantinopla, abierto representante de la tendencia más radical. No es una casualidad, por lo tanto, que los primitivos cátaros de Occitania considerasen a los bogomilos como sus verdaderos mentores.

El mejor testimonio de un Cristo bogomilo se conserva en el cementerio del pueblo

de Les Cassès: esta imagen en absoluto pregona el sufrimiento del martirio en la cruz, sino que, por el contrario, muestra los brazos alzados en señal de júbilo y de victoria sobre los poderes del Mal. Ése, y no otro, es el mensaje primordial del bogomilismo.

CÁTAROS

Esta nueva corriente filosófica y religiosa, el catarismo —del griego *kazaros* (puro)—, procedente de las regiones del antiguo Imperio Bizantino, no tardó en cristalizar en la Europa occidental, donde se desarrolló plenamente durante los siglos XII y XIII. Sus adeptos recibieron diferentes denominaciones: en el Languedoc y en el norte de Cataluña eran conocidos como «albigenses», por la ciudad de Albi (Tarn), donde la secta tuvo su principal sede; en Lombardía y en el norte de Italia se les llamó «pataninos»; en el norte de Francia y en el sur de Bélgica fueron llamados «publicanos»; y en el valle alemán del Rin se utilizó la voz *ketzer*, denominación que no tardaría en convertirse en sinónimo de hereje.

Los cátaros, fieles seguidores de los maniqueos —a través de la Iglesia bogomila—, también rechazaron de pleno la ingesta de carne a costa de la vida de un ser indefenso, y se declararon vegetarianos; tampoco, por supuesto, practicaban la caza, y defendían a los «seres elementales».

La Iglesia católica no tardaría en alarmarse al comprobar la notable influencia que el catarismo estaba alcanzando en toda Europa, en general, y más especialmente en la región del Languedoc. Esta rica y culta región situada al norte de la cordillera pirenaica debe su nombre, *langue d'oc*, a una curiosa particularidad: Languedoc es «el país donde se habla la lengua de la oca»; o bien, Occitania: «el país de las ocas». Ello no hace sino confirmar la importancia sociocultural de esta ave que tiene «tres dimensiones»: aérea, porque vuela; terrestre, porque se desplaza a pie; y acuática, porque nada.

El pontífice Calixto II, en 1119, convoca un concilio en la ciudad de Toulouse, donde condenó personalmente la herejía y ordenó, a cualquier precio, las persecuciones y la violencia contra los cátaros. En 1145, el cardenal Alberico de Ostia, en su calidad de legado del papa Eugenio III, se desplazó al Languedoc con el propósito de atajar la expansión de las herejías occitanas, pero, ante el fracaso de sus actividades, se vio obligado a llamar en su auxilio al abad del Císter Bernardo de Claraval (1090-1153). San Bernardo consiguió de los herejes la promesa de su retorno a la ortodoxia.

Cinco años después, comenzaron a arder las primeras hogueras contra los herejes cátaros; en el Concilio de Tours, en 1163, cuya asamblea contó con diecisiete cardenales, veinticuatro obispos, más de cien abades y priores, numerosos

eclesiásticos e incluso laicos, se expresó una total unanimidad hacia el horror que inspiraba la herejía cátara y, adoptando medidas prácticas, se ordenó a los obispos que lanzaran el anatema contra los que autorizaban a los herejes a permanecer en los territorios bajo su mando. Además, era preciso anatemizar a cuantos entablasen tratos de compra o venta de mercancías y a los príncipes se les ordenó encarcelar a los herejes, confiscándoles sus bienes. Y si se demostraba que algún señor feudal había acogido en sus tierras a cátaros, se le desposeía de sus feudos y se les llamaba despectivamente *faidits*.

Más adelante se celebraron otros concilios en los que se expresaron idénticos propósitos: Letrán (1179), Verona (1184), etcétera. Sin embargo, y esto es lo más sorprendente, a pesar de todas estas órdenes lanzadas desde Roma, el catarismo seguía fuerte en Occitania. Ante el asombro de la Iglesia y de los poderes monárquicos, ninguna de las medidas empleadas contra los cátaros sirvió para nada: los cátaros permanecían inquebrantables en su fe.

El papa Inocencio III (1198-1216) fue quien activó la represión. Este pontífice envió a Pierre de Castellnau, en 1208, como legado suyo, a fin de hacer cumplir las medidas adoptadas, pero Castellnau fue asesinado en la ciudad de Saint-Gilles-du-Gard en extrañas circunstancias. Inocencio III no dudó en atribuir la autoría de aquel crimen al conde de Toulouse, Raimundo VI, y ordenó una cruzada contra este noble. Desde luego, la cruzada no se dirigía sólo contra Raimundo VI, sino contra la herejía que el conde defendía.

Era la segunda cruzada que la Iglesia decretaba contra un territorio europeo —la primera fue contra Al Ándalus, la Hispania ocupada por los musulmanes—. Al frente de la misma nombró a un militar de prestigio, un barón del norte de Francia que ya había estado en Tierra Santa (1204): Simón de Montfort (fig. 45). La autoridad eclesiástica la ostentaba el abad de Fontfroide, Arnaud Amaury, un hombre sin escrúpulos. Ambos fueron tomando ciudades, pueblos y aldeas, sembrando el terror y cubriendo de cadáveres las tierras del antiguo condado de Toulouse, la región hasta entonces más floreciente del mundo occidental, tanto en lo cultural como en lo social y económico. La Santa Sede prometió a todos los que se alistaran a esta guerra las mismas indulgencias que concedía a los cruzados de Tierra Santa, así que el número de cruzados aumentaba día a día: según algunas crónicas, se llegó a alcanzar la cifra de trescientos mil soldados.

El papa recomendaba moderación, con el fin de atraer a los herejes, aunque, al parecer, no se le informaba debidamente de todo cuanto ocurría. En aquella sangrienta campaña, la autoridad eclesiástica movía los hilos a su antojo.

El holocausto cátaro dejó un millón de muertos en Occitania. Al poco de comenzar la cruzada, en Béziers, el 22 de julio de 1209, un soldado cruzado preguntó a Arnaud Amaury cómo podría distinguir a un cátaro de un católico; el abad de Fontfroide

respondió: «¡Matadles a todos, que Dios ya sabrá reconocer a los suyos!»». De este modo se procedió con aquellas gentes, hasta la agonía de los últimos cátaros en las grutas de Sabarthés (Lomberives, Ariège), donde, en 1328, por orden de la Inquisición fueron encerradas quinientas personas.

En medio de esta historia de horror y sangre, una fortaleza sigue alzándose sobre los cielos del Languedoc, como un nido de águilas, un altar sagrado para el catarismo: Montségur. Es el castillo de planta pentagonal donde buscaron refugio los últimos «perfectos». La fortaleza resistió durante todo un año los terribles ataques de los cruzados, pero finalmente hubo que rendir el bastión, en 1244. Sus doscientos veinticinco supervivientes perecieron en la hoguera que levantó la Inquisición en el «Campo de los Quemados». Una estela discoidal evoca aquella masacre, ante la cual siempre hay algún occitano rezando o leyendo algún verso.

Con la caída de Quéribus, el último baluarte cátaro, en 1255, todo el Languedoc quedó sometido a la fuerza de las armas de los barones del norte, y del lenguaje de la guerra se pasó al terror de los castigos de la Inquisición. Un tribunal del Santo Oficio se instaló en la *cité* de Carcasona (fig. 46), dirigido por monjes dominicos —ya había muerto Santo Domingo de Guzmán (1171-1221), fundador de los dominicos (Orden de los Predicadores)—. Los dirigentes inquisitoriales establecieron en la inexpugnable plaza de Carcasona sus más horrendas cámaras de tortura, en las escalofriantes mazmorras de «el Muro».

Ésta fue la tragedia de los cátaros, cuyo credo repugnaba y escandalizaba a la ortodoxia de la Iglesia romana. Ocurría que la doctrina de los cátaros, al igual que la mazdeísta y la maniquea, estaba basada en el dualismo absoluto de los dos principios: el Bien y el Mal. Tal vez existiera alguna vinculación remota con los dos principios de la religión china: yin y yang. (No hay que olvidar que Mani, fundador del maniqueísmo, tras proclamarse mesías de la nueva religión, dijo que venía a completar las enseñanzas de los grandes maestros anteriores: Zoroastro, Jesús y Buda). El principio bueno creó los espíritus, mientras que el malo engendró la materia. Una parte de tales principios cayeron, debatiéndose en el lodazal de la materia para expiar sus faltas y pecados, si bien, siempre estaban sometidos a la reencarnación, pasaban de un cuerpo a otro, hasta llegar, cumplido el ciclo de expiación, a merecer nuevamente las dichas celestiales.

Según el gran historiador medievalista y bizantinista inglés sir Steven Runciman (1903-2000), el único signo ocultista de este «dualismo cristiano» (catarismo) se encuentra probablemente en el simbolismo del tarot. Esta doctrina reaparece en un momento concreto de la historia del mundo occidental, a comienzos del siglo XIV, tras la represión de los cátaros y los templarios, en tres lugares muy concretos: Marsella, el norte de Italia y Lyon. El tarot es un sistema de cartas, de ancestral riqueza simbólica, que recoge setenta y ocho láminas, llamadas «arcanos». Cada arcano es representación

y símbolo de los diferentes atributos en los que se puede componer el universo (macrocosmos) y la mente humana (microcosmos). Esto es así porque la mente humana, por analogía, es un microcosmos que encierra en su interior los aspectos del macrocosmos. (Philippe Camion, maestro de naipes y último heredero de la casa Camion, impresores del tarot de Marsella desde el siglo XVIII hasta nuestros días, asegura que el tarot es «una máquina metafísica»).

Los cátaros afirmaban que Dios quiso salvar al género humano, y por ello envió a su Hijo, pero no a un Hijo consustancial con el Padre, sino un ángel con cuerpo de hombre aparente, y como este ángel no había pecado, tampoco tenía que sufrir su unión con la materia. Basándose en esta creencia, según los cátaros, Jesús no padeció ni murió; claro está: tampoco resucitó. María también era un ángel, y de mujer sólo tenía la apariencia. La redención, por tanto, se verificaba sólo en las enseñanzas que dio Jesús para liberarse de la adoración al principio malo y de la angustia y la tiranía de la materia. La doctrina cátara tenía como principal referente el Nuevo Testamento y la Iglesia primitiva; la Iglesia de Roma a partir de Constantino no era más que corrupción de las verdaderas doctrinas. Tampoco les merecían crédito alguno los dogmas de la transubstanciación, el purgatorio, la resurrección de la carne y la utilidad de rezar por los difuntos. Además, rechazaban el sacramento del bautismo, puesto que no reconocían santidad ni virtud alguna en el agua bendita. Los cátaros también condenaban las iglesias (los edificios), las imágenes y la cruz, pues Dios, según ellos, no moraba en los templos, sino en el corazón de sus fieles devotos. Los cátaros, que bendecían el pan, pero no aceptaban la eucaristía, repudiaban igualmente los bienes materiales. El verdadero cátaro —creyente y «perfecto»— debía vivir del trabajo de sus manos y del sudor de su frente. Los creyentes estaban dispensados de los deberes más penosos: podían casarse, dedicarse al comercio, poseer bienes, ser omnívoros, ingresar en un ejército y disponer de otras exenciones religiosas; sin embargo, en peligro de muerte, debían recibir el *consolamentum* mediante la imposición de manos. El «bautismo cátaro» lo podían recibir tanto los hombres como las mujeres, pero nunca los niños. Los «perfectos», por su parte, observaban con gran rigor la moral cátara; no era posible ser «perfecto» sin haber recibido antes el «bautismo del espíritu»; estaban obligados a romper todo vínculo familiar y dedicarse por entero a predicar, yendo de una región a otra y administrando el bautismo espiritual; tenían prohibido el matrimonio, puesto que la carne era algo diabólico y el casamiento, o sea, el sexo, retrasaba el regreso de las almas al Cielo; consideraban la muerte como un bien y autorizaban el suicidio (*endura*), pues así adelantaban el momento de su ingreso en el Cielo. No es de extrañar, por lo tanto, que ambas categorías —creyentes y «perfectos»— rechazaran los honores, la guerra o las ansias de poder; en cambio, castigaban su cuerpo con ayunos y mortificaciones, que incluían las flagelaciones.

Pero, por encima de todo, había una cuestión que la Iglesia oficial no toleraba en los

cátaros: la valoración de la mujer, tanto a nivel social como sacerdotal. Sabemos que las «casas cátaras» (*maisons*) se dividían por sexos: en unas sólo había hombres y otras estaban ocupadas por mujeres; estas últimas se encontraban bajo la responsabilidad de una priora, la cual se ocupaba de administrar el culto cátaro a sus adeptas. Durante los siglos del apogeo cátaro hubo numerosas instituciones de este tipo repartidas por todo el Languedoc. Tras la caída de Montségur (1244) (fig. 47), la mayor densidad de familias cátaras se concentraba en un área muy concreta de esa influyente región, concretamente, entre la villa de Arques y la aldea de Montailhou, y desde Fanjeaux a Saint-Lizier.

TEMPLARIOS

La presencia templaria en el Languedoc se remonta a 1136, aunque buena parte de las encomiendas del Temple emplazadas en esta influyente región del Midi francés hayan desaparecido. Tal es el caso de Montréal-de-Sos, en Olbier (L'Ariège), donde, según las leyendas, se ocultó el Santo Grial. Al parecer, cuatro «perfectos» huidos de Montségur la noche anterior a la rendición de la fortaleza trasladaron el Grial hasta ese lugar. Algunos grabados (con representaciones del cáliz, la lanza de Longinos, etcétera), realizados en el techo de una gruta que se halla en las entrañas de la montaña sobre la que se alzó la encomienda, confirman esta idea. También unas gotas de sangre impresas en la roca. Otras encomiendas templarias de la zona son las de Junac (L'Ariège) y Bézu (Aude).

La impronta templaria en los territorios de Occitania debió de ser muy importante, como lo acreditan enclaves tan importantes como la ciudad amurallada de La Couvertoirade, al sur de Millau, y próxima a las gargantas del Tarn (Aveyron), dependiente de la encomienda de Sainte-Eulalie-de-Cernon, en la región de Larzac (Rouergue).

En La Couvertoirade, el visitante quedará extasiado al contemplar, en el cementerio de la iglesia, estelas discoidales pertenecientes a cátaros y también a templarios. Todo ello dice mucho del aprecio y respeto mutuos de ambos, y no dudaron en utilizar el mismo camposanto cuando sus almas iniciaban el viaje al Más Allá. A pocos metros, debajo de la roca que soporta el peso del templo, existe un subterráneo —*cluzels*, en occitano— utilizado por los templarios para celebrar sus ritos; ese lugar fue utilizado por los cátaros como refugio contra la Inquisición a comienzos del siglo XIV, después de la desgracia del Temple; también fue utilizado como cueva ritual. La fuente de agua sigue brotando de las entrañas de la tierra, y aún se conserva el artilugio —una especie de noria de madera— creado por los templarios para elevar esta agua milagrosa a la plataforma superior. En el cementerio medieval de la villa turolense de Fuentespalda,

en el bajo Aragón español, también pueden verse tumbas —estelas discoidales— pertenecientes a templarios y a cátaros.

Es importante puntualizar que no debe confundirse nunca un cruzado con un templario: los soldados que combatieron a los cátaros fueron cruzados, soldados reales pagados por la Iglesia y por la monarquía francesa; y en este colectivo militar jamás se encontraron caballeros templarios. Los cruzados que persiguieron la herejía cátara eran generalmente mercenarios, cuyo salario se fijaba de acuerdo con el botín que pudiera conseguirse en las conquistas de las plazas ocupadas de Occitania. Una vez dicho esto, es mucho más fácil comprender que entre cátaros y templarios no se produjo ningún enfrentamiento armado. Tampoco los templarios, y es otra cuestión verdaderamente sorprendente, desnudaron sus espadas para combatir a las comunidades judías del Languedoc y de Provenza, igualmente perseguidas por la Inquisición, donde se hallaban las aljamas (juderías) más influyentes de Francia; Carpentras, donde se conserva el baño de ritual (*mihvé*) más importante de la región, fue una de esas aljamas notables.

Desde el comienzo de la cruzada albigense, en 1209, y, sobre todo, a partir de la caída de Montségur (1244), se produjo un éxodo de cátaros y gentes afines al catarismo. Abandonaban el Languedoc huyendo de los «exploradores» (agentes de la policía secreta del Santo Oficio) y abrieron un pasillo natural de enlace a través de los Pirineos: el Camí dels Bons Homes (Camino de los Hombres Buenos). Este itinerario sigue la ruta de migración de los cátaros hacia el sur. Desde su exilio de Francia, entre los siglos XI y XIII, los cátaros fueron conocidos a este lado de los Pirineos como los «hombres buenos». Esta ruta enlaza la fortaleza de Montségur, al norte, con el santuario de Queralt, en Berga (Barcelona), al sur; el sendero aún se mantiene abierto y, como el Camino de Santiago, fue protegido logísticamente por los caballeros templarios. A través de este camino huyó Guillaume Bélibaste, el último cátaro documentado, quien encontró refugio en la comarca del Maestrazgo (Maestrat), en la provincia española de Castellón, concretamente, en la villa de Sant Mateu. Allí convivió entre antiguos caballeros templarios —ya en la clandestinidad—, que formarían luego la nueva Orden de Montesa (1319), y entre judíos, según confirman las crónicas.

En Domme (Périgord) se dio una interesante circunstancia: en noviembre de 1214, esta población sería arrasada por los cruzados de Simón de Montfort, puesto que pertenecía a un señor feudal protector de cátaros, llamado Bernard de Casnac. En ese mismo lugar, el monarca Felipe III *el Atrevido* ordenó la construcción de la bastida (ciudad fuerte, entre 1280 y 1310), y allí fueron encerrados Jacques de Molay y los últimos dignatarios del Temple. Los templarios fueron encarcelados en la llamada Puerta de las Torres y en 1307 fueron torturados cruelmente antes de ser trasladados a Chinon (Turena). En esa prisión de Domme se conservan sobrecogedores *graffiti* (grabados cincelados) en los muros interiores de las mazmorras hechos por los

templarios durante el cautiverio.

No lejos de allí, en Sarlat, la capital del Périgord Negro, se conserva viva una leyenda que relaciona a cátaros y templarios. Todo comenzó a principios del mes de agosto de 1147, cuando Bernardo de Claraval, en su viaje por el Languedoc, acompañado por los obispos de Ostie y de Chartres, llegó a Sarlat, coincidiendo con una epidemia de peste. Aquel «castigo divino», según la interpretación de San Bernardo, era la consecuencia de los pecados de esta población, famosa por su libertad de pensamiento y refugio de herejes. Entonces, el mentor de cistercienses y templarios protagonizó el milagro de los panes: entregó esas hogazas a los enfermos y éstos sanaron inmediatamente. En recuerdo de aquel episodio histórico, según las crónicas, se levantó la Linterna de los Muertos, una torre en forma de obelisco de piedra que se alza sobre los jardines Dels Enfeus, el cementerio medieval. Jean-Pierre Bayard, en su obra *El secreto de las catedrales* (Tikal, Gerona, 1995), explica qué son esos curiosos elementos arquitectónicos que parecen diseñados para proyectar el alma de los difuntos hacia el Cielo, las llamadas «linternas de los muertos»:

«Las linternas (o cupulinos) de los muertos son pequeñas construcciones emplazadas en los cementerios, generalmente aisladas o situadas sobre un edificio. Más altas que anchas y abiertas por los lados, terminan en una lucernaria o un campanil calado, de forma piramidal o cónica, a menudo con una cruz o un florón de piedra. Estas construcciones, románicas o góticas, aparecen a partir del siglo XII y desaparecen al final de la Edad Media.

»Tienen una altura de cuatro a veinte metros y en algunas de ellas se puede acceder a la parte superior por una escalera interior; una piedra de altar, situada a la altura de un hombre y orientada hacia el este, permite que se oficie la misa. Por su lucernaria, estos curiosos edificios tienen una función de vigilancia; en ellas se mantiene una llama continuamente encendida, que es a la vez una oración y un exorcismo: ahuyenta a los malos espíritus. Esta luz preserva a los vivos, vela sobre los difuntos y obliga a tener presentes a los antepasados. Quizá sean las “lámparas inextinguibles”».

Esta singular construcción, evocadora de las civilizaciones orientales, podría haber sido importada por los templarios. La construcción citada del cementerio de Sarlat también puede tener relación con el Temple, porque no muy lejos de allí se encuentra la iglesia románica de Temniac, en cuya cripta se rinde culto a una milagrera Virgen negra, dependiente de la iglesia de La Canéda, único testimonio de una antigua encomienda templaria, sobre cuya fachada campea una cruz paté, mientras que en su cementerio tampoco faltan estelas discoidales cátaras.

Otro lugar occitano en donde también coincidieron cátaros y templarios es Minerve (Hérault). En ese lugar, en 1210, se vivieron precisamente los episodios más

sangrientos de la cruzada albigense. Tras la masacre de Béziers, el poderoso ejército de los barones del norte se interesó por Minerve, villa encajonada entre profundos barrancos naturales; su recinto de doble muralla, defendido por toda la población, logró rechazar los primeros ataques de los cruzados, pero cuando Simón de Montfort ordenó instalar cuatro piezas de la terrible *malvoisine* —gigantesca catapulta capaz de lanzar cargas de más de quinientos kilos de peso—, las andanadas no tardaron en derribar las defensas y destruir el pozo de agua potable, sembrando el pánico entre los maltrechos defensores, entre los que también se encontraban algunos caballeros templarios. Ante la desesperada situación, los habitantes de Minerve decidieron abrir las puertas de la ciudad y rendirse a los cruzados. Simón de Montfort, como premio a su valentía, quiso perdonarles la vida; sin embargo, el diabólico Arnaud Amaury, jefe espiritual de la cruzada, no tuvo piedad con los ciento ochenta supervivientes de la población y amenazó con arrojar a las llamas «purificadoras» a todo aquel que no abjurase de su fe herética. Según las crónicas, no quedó vivo ningún habitante de la ciudad. Como testimonio de aquel holocausto, se conserva en Minerve una *maison* de «perfectos» cátaros, algunos lienzos de la muralla, con el torreón de la Candela, que domina el abismo, restos de otras torres, el pozo o aljibe, y *la maison des templiers*, sobre cuya puerta aún campea la cruz paté.

Hoy, ochocientos años después, las estrechas y empinadas calles de Minerve recuerdan al viajero una época aún muy viva. Es importante recordar, además, que bajo los cimientos de esta esotérica población del extremo oriental de Occitania se abre un laberinto de grutas naturales, con sus correspondientes manantiales de agua, algunos de las cuales seguramente fueron utilizados por templarios y cátaros para llevar a cabo sus rituales de iniciación.

JESÚS ÁVILA GRANADOS (*Granada, 1950*) *Licenciado en Ciencias de la Información (con tesis de licenciatura sobre las bastidas del suroeste de Francia)*, es profesional de la comunicación desde hace treinta años. Ha colaborado en prestigiosos medios de difusión nacional y ha sido galardonado con numerosos premios, entre los que cabe destacar el Premio Europa Humana, en dos ocasiones (1983 y 1984) —concedido por el Consejo de Europa—, el Premio Pica d'Estats, de la Diputació de Lleida, el Internacional de Turismo de la Ciudad de Almuñécar, el Tutav, otorgado por el Ministerio de Cultura de Turquía a su labor como periodista extranjero en ese país, el Premio de la Prensa de AENA, etcétera. Y, como escritor, es autor de cuarenta libros de ensayo; entre sus títulos más renombrados se encuentran *La Colegiata de San Pedro de Ager, durante la Edad Media (Instituto de Estudios Ilerdenses de la Diputación Provincial de Lérida, CSIC, Lleida, 1981)*; *Turquía (Salimos, Barcelona, 1987)*; *La Granada Nazarita (Bruño, Madrid, 1990)*; *Mazmorras*

que han hecho historia (*Planeta, Barcelona, 1993*); Senderos históricos de Andalucía (*Aljaima, Málaga, 1996*); La Catalunya del Císter (*JD Ediciones, Barcelona, 1999*); El libro negro de la historia de España (*Robinbook, Barcelona, 2001*); Enclaves mágicos de España (*Planeta, Barcelona, 2002*); Las sombras del terror: cárceles secretas de España (*Corona Borealis, Madrid, 2003*); La mitología templaria (*Martínez Roca, Barcelona, 2003*); La mitología cátara (*Martínez Roca, Barcelona, 2005*), etcétera. Este autor es, además, un reconocido conferenciante sobre diversos asuntos relacionados con la historia y el arte, y ha participado en distintos congresos y seminarios especializados.

CAPÍTULO XIX

Los templarios y la raza maldita de los agotes

ANTONIO GALERA GRACIA

El barrio de Bozate, poco distante de la villa de Arizcun (valle de Baztán, en Navarra) y separado de ella por un torrente o río, ha estado siempre poblado de agotes. Éstos habitaban también en un barrio de Saint-Jean-Pied-de-Port (en la vertiente pirenaica francesa), llamado Choubito, y en otros muchos pueblos del País Vasco y Navarra en ambas vertientes del Pirineo. Los agotes han vivido siempre en completo aislamiento, mirados con horror por todos los que no eran de su raza.

Mucho se ha discutido respecto del origen de estas personas, e incluso se ha llegado a afirmar que los agotes eran descendientes de los leprosos de la Edad Media, y ésta es también la opinión de varios escritores y, sobre todo, del erudito doctor Victor de Rochas, que, en su obra titulada, *Les parias de France et d'Espagne: cagots et bohémiens* (Hachette, París, 1876), así lo afirma categóricamente.

También hay autores que alegan que los agotes fueron descendientes de los cátaros que huyeron a España durante la cruzada albigense (1209-1229) emprendida en Francia, o que, de alguna forma, estuvieron relacionados con ellos. No parece que haya argumentos sólidos que puedan sostener o desmentir esta hipótesis.

LA ENCOMIENDA DE LOS CABALLEROS GAFOS

En el año del Señor de 1232, cuando el rey Sancho VII, apodado *el Fuerte*, ocupaba el trono del Reino de Navarra, sucedió por aquellas tierras un acontecimiento, que fue entonces y sigue siendo hoy, muy extraño.

Estando el rey aquejado por aquel tiempo de una enfermedad, cuyo nombre tenían sus médicos prohibido incluso mencionar, hizo donación a la Orden del Temple de unas posesiones que se encontraban en el valle de Baztán.

Aquel lugar era el territorio más solitario y menos visitado de todo el valle. Allí levantaron los constructores templarios una encomienda tan inusual en ellos que, más bien, parecía obrada por «maestros del Más Allá».

El edificio era de forma rectangular, formado por cuatro plantas, y a ambos lados había numerosos dormitorios individuales que disponían de anchas ventanas. Los

muros aparecían lisos. Ningún adorno se veía en sus paredes ni en su fachada. La cubierta se había compuesto con tejas de barro cocido y los canalones para desaguar no exhibían, ni siquiera en sus esquinas, las tradicionales gárgolas templarias. El edificio estaba pintado de amarillo y cuando el color se apagaba por causa del sol, del agua o del viento, los hermanos lo volvían a pintar. Si algo destacaba en aquel misterioso y solitario lugar era un frondoso huerto que se encontraba detrás del edificio, donde crecían verduras del tiempo y hierbas medicinales de todas clases, colores y aromas.

La residencia no tenía nombre; fueron los escasos pastores y algunos caminantes que pasaron por allí los que comenzaron a llamar al extraño edificio con el nombre de convento de Bozate de Arizcun: de Bozate, porque así se llamaba el solitario lugar en que se había emplazado la encomienda; de Arizcun, porque el pueblo más cercano era esa hermosa villa; y convento, porque los únicos moradores que se veían por los alrededores del edificio eran frailes de la Orden de San Lázaro.

Arizcun, en efecto, era el pueblo más cercano en aquellos tiempos, pero este pueblo distaba de la encomienda más de cuatro leguas y estaba, además, separado de él por el río Bidasoa, en cuyas ligeras aguas pescaban los frailes el alimento que servía de dieta a los moradores de la encomienda, incluidos unos cangrejos grandes y rojos que se criaban en el fondo del cauce fluvial.

La Orden de San Lázaro fue una de las primeras órdenes monásticas del cristianismo. Décadas antes de comenzar las cruzadas, los monjes de esta orden ya estaban implantados en la península Ibérica y en otros lugares de la Europa cristiana.

Cuando, en el año del Señor de 1099, Godofredo de Bouillon toma Jerusalén con sus ejércitos, los monjes de San Lázaro, que siempre habían dedicado su favor al cuidado de leprosos, fundaron un convento en la Ciudad Santa para ofrecer sus servicios. Estos monjes acogían en sus hospitales a cualquier cruzado, peregrino o caballero de otra orden que hubiera contraído la lepra.

Estos monjes de San Lázaro participaron en algunas batallas en Tierra Santa, de las cuales salieron malparados, ya que estaban más preparados para el servicio sanitario que para la guerra. Tras distintos avatares, fueron cambiando de lugar y de nombre. Pero pasados los tiempos de refriegas, esta orden fue una de las que permaneció viva, sin extinguirse hasta el día de hoy. (El día 26 de junio de 1935 registraron sus estatutos en España, y el 9 de mayo de 1940 fue reconocida con carácter oficial y declarada de utilidad pública en todo el territorio nacional).

Su misión fue entonces, y sigue siendo hoy, el cuidado de leprosos. Por ello, las leproserías administradas por los monjes de San Lázaro eran conocidas como «lazaretos». Y siendo una de las primeras órdenes del mundo cristiano, ha sido la única que ha perdurado en el tiempo sin envejecer ni marchitarse. Y esta permanencia en el tiempo permite descubrir la gran importancia que ha tenido siempre, y sigue teniendo,

el cuidado de leprosos.

Esta orden no tomó el nombre, como se ha venido creyendo, del personaje que hoy es conocido como San Lázaro, el hermano de Marta y María y el amigo amado de Jesús. El nombre de la congregación se tomó de un leproso que también se llamaba Lázaro, un desahuciado que se tuvo por santo y verdadero patrón de los pobres, tal y como dejó escrito San Lucas en su Evangelio. Este recuerdo se fue olvidando paulatinamente en perjuicio del Lázaro leproso y el favor religioso se le fue concediendo al Lázaro resucitado (fig. 48), tal vez porque en la historia del segundo hubo un milagro digno de ser anunciado a todos los feligreses del mundo y la historia del primero no pasó de ser una anécdota en la que ni siquiera intervino personalmente Jesús. Si San Lázaro es hoy el patrón de los pobres, y, etimológicamente, el nombre de Lázaro significa «Dios es mi auxilio», la figura del Lázaro «amigo amado» de Jesús no se corresponde con esa definición. El Lázaro resucitado, el hermano de Marta y María, era un hombre de elevada fortuna y de grande hacienda. Por ello, entre las dos versiones evangélicas, la del Lázaro resucitado y la del Lázaro pobre, el honor de ser patrón de los pobres le corresponde más al último que al primero.

La narración evangélica del Lázaro resucitado es suficientemente conocida, pero la del Lázaro pobre y leproso ha sido olvidada con frecuencia y hoy es casi desconocida. He aquí el texto evangélico:

«Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día espléndidos banquetes. Un pobre, de nombre Lázaro, estaba echado en su propio portal, cubierto de úlceras, y deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las úlceras. Sucedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.

»En el infierno, en medio de los tormentos, levantó sus ojos el rico y vio a Abraham desde lejos y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que, con la punta del dedo mojada en agua refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas”. Dijo Abraham: “Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado”» (Lucas 16, 19-25).

Los frailes de San Lázaro se ocupaban, por tanto, de los enfermos leprosos. ¿Cómo evaluaban esta dolencia y cómo intentaban sanarla? Las pruebas y estudios que dan luz a los miembros de esta orden para distinguir a un individuo sano de uno enfermo en los primeros tiempos de su existencia, esto es, en el siglo XI, estaban basadas en el tercer libro del Pentateuco bíblico: el Levítico. A continuación se explican algunos de estos recursos, todos ellos extraídos, elegidos y traducidos de uno de sus tratados de

medicina.

«*Gafo*. Cuando uno tenga en su carne alguna mancha escamosa, o un conjunto de ellas, o una mancha blanca, brillante, y se presente así en la piel de su carne la plaga de la gafedad, será examinada su piel, y si se viere que los pelos se han vuelto blancos y que la parte afectada está más hundida que el resto de la piel, es plaga de lepra.

»*Sano*. Si tiene sobre su piel una mancha blanca, que no aparece más hundida que el resto de la piel, y el pelo no se ha vuelto blanco, el hermano que lo examine lo recluirá durante siete días. El séptimo día le examinará; y si el mal no parece haber cundido ni haberse extendido sobre la piel, le recluirá por segunda vez otros siete días, y al séptimo día le examinará nuevamente; si la parte enferma se ha puesto menos brillante y la mancha no se ha extendido sobre la piel, el hermano le declarará sano, porque es sólo una erupción.

»*Sobre las quemaduras*. Si uno tiene en su cuerpo, en la piel, una quemadura producida por el fuego, y sobre la señal de la quemadura aparece una mancha blanca o de un color rojizo, el hermano lo examinará. Si el pelo se ha vuelto blanco en la mancha y ésta aparece más hundida que el resto de la piel, es la lepra que ha brotado en la quemadura. Pero si el hermano ve que el pelo de la mancha no se ha vuelto blanco, y que ésta no aparece más hundida que el resto de la piel, y fuere de un color suboscuro, le recluirá durante siete días, y después, al séptimo, le examinará. Si la mancha no se ha extendido sobre la piel, lo declarará sano.

»*Sobre la caída del cabello*. Si a uno se le caen los pelos de la cabeza y se queda calvo y la calvicie es de atrás, es sano. Si los pelos se le caen a los lados de la cara, es calvicie anterior y es sano. Pero si la calva, posterior o anterior, aparece llagada de color blanco rojizo, es lepra que ha salido en el occipucio o en el sincipucio.

»*Sobre los vestidos*. Los vestidos que pertenezcan a los gafos serán quemados al fuego, y se les proporcionarán vestidos que atestigüen que el portador de ellos es gafo.

»*Lepra en los conventos*. Cuando se tenga conocimiento de que en un convento pueda haber indicios de lepra, se examinará el dicho convento y, si dentro de él se observan en las cavidades del mismo manchas verdosas o rojizas como hundidas en la pared, el examinador saldrá a la puerta del convento y lo hará cerrar por siete días. Al séptimo día volverán los examinadores, y si ven que las manchas han cundido en las paredes del convento, mandarán quitar las piedras manchadas y arrojarlas en descampados. Después harán raspar todas las cavidades y paredes y echarán el polvo que se produzca en sitios pocos poblados. Acto seguido se quitarán las piedras afectadas y se cambiarán por otras nuevas. Si después de estas mudanzas, las manchas volviesen a salir de nuevo, se demolerá el convento y se

llevará el escombros a sitios despoblados y solitarios». (Cfr. *Tratado de sanidad de la Orden Hospitalaria de San Lázaro o de Nuestra Señora del Monte Carmelo*. Archivo secreto del Vaticano. Ref. 102^a, Libro 4^o, p. 25, 1257).

Los templarios que habitaban la encomienda de Bozate vivían en la más completa reserva, y en contadas ocasiones salían al exterior, por temor a ser vistos por algún cazador o pastor. No vestían el hábito reglamentario del Temple ni portaban la cruz sobre su indumentaria. Su hábito no era blanco, sino amarillo. Y se abrigan con pellizas de piel de oveja. Su condición de caballeros templarios fue silenciada y, en vez de ser conocidos como tales, se tenían por «infanzones», ya que las posesiones que administraban les fueron dadas por el rey, no en usufructo, sino en propiedad.

Con ser llamados infanzones, no perdieron categoría los inquilinos de la encomienda: al contrario, aumentaron su autoridad, ya que los infanzones fueron siempre «señores con vasallos». Por eso la ley de partida dice de ellos:

«[...] que son infanzones, lo mismo que *valvasores*, los cuales tienen vasallos y feudos honrados».

Estos señores, los infanzones, estaban libres de pechos, gabelas y contribuciones, aunque en tiempo de guerra estaban obligados a cubrir los gastos como los demás. Y tenían, asimismo, los siguientes compromisos: construir sus residencias, rehacer las que se encontraran en los territorios recibidos, fortificar los muros y puertas del lugar, limpiar y reconstruir las acequias, balsas, fuentes, puentes y caminos y, lo más importante, perseguir y expulsar a los ladrones y gente de mal vivir que inquietaran a los habitantes o sus bienes, sus caballerizas o sus huertas.

Pero ¿por qué el rey les entregó estas tierras y por qué se rodearon de tanta cautela y se mantuvieron en el más estricto secreto? (fig. 49).

En este punto, es necesario reconocer que no se ha podido encontrar documento alguno que ofrezca una respuesta precisa a estas cuestiones. Pero las ruinas de Bozate evidencian que antaño hubo allí un edificio grande, un extraño convento que merece una investigación detallada. Esta indagación ha de remitirse forzosamente a textos de la época, centenares de documentos y epístolas que, encadenadas y fragmentadas, ofrecen información decisiva sobre el edificio, sus moradores, sus supuestas actividades secretas, etcétera.

De los documentos citados se extraen las siguientes conclusiones: la donación real se produjo en el año del Señor de 1232 y, en esa época, el rey Sancho VII creía estar aquejado de una enfermedad cuyo nombre causaba espanto. Una profunda úlcera de grandes dimensiones perforaba día a día su pierna y por culpa de esta herida, que mermaba la circulación sanguínea del monarca, su cuerpo entero se veía plagado de

manchas cárdenas; estas manchas eran más abundantes y visibles en sus manos y en sus piernas.

Además, se sabe que a causa de esta prolongada y angustiosa enfermedad, el rey estuvo aislado en el castillo que poseía en Tudela. De ahí el segundo sobrenombre con el que fue conocido: *el Encerrado*.

Sus médicos, tal vez por la aprensión que el solo nombre de la enfermedad inspiraba en el pueblo y en la corte, mantuvieron la dolencia en el más estricto secreto. La medicina medieval adolecía de los recursos que son comunes en la actualidad y el diagnóstico forzosamente era impreciso. Según el forense Luis del Campo Jesús, el monarca padecía una úlcera varicosa y no la lepra. (Además, este doctor señala un dato muy curioso: el rey tenía una estatura de dos metros y veinte centímetros, cosa difícilmente creíble de no haber sido certificada por un forense tan acreditado). La confusión de los galenos entre este tipo de úlceras y la terrible enfermedad de la gafedad parece perfectamente posible. La medicina medieval describía la lepra en estos términos: «El que padece la gafedad tiene úlceras en los pies, en las manos, en la cara y en el cuerpo y sin movimiento los dedos de los pies y de las manos».

Los análisis que se hacían entonces para determinar con inteligente exactitud la certeza de padecer la gafedad eran bastante humillantes, como se verá. Los médicos, tal vez para no ser objeto de las iras del rey, tenían suficientes motivos para evitar una verificación exacta de la dolencia.

Las pruebas para diagnosticar con «solvencia» la enfermedad de la gafedad consistían básicamente en los siguientes procesos: se hacía tumbar al paciente boca arriba, completamente desnudo, sobre una losa de mármol que previamente se había puesto a enfriar durante toda la noche en la calle; allí se le dejaba durante un espacio de tiempo no superior a una hora, ni inferior a media. Si su cuerpo se llenaba de manchas blancas o rojas bordeadas de infecciones amarillas, el diagnóstico era seguro: el paciente era gafo; si no, el paciente sufría de otra enfermedad, probablemente más benigna.

Esta prueba era tan vergonzante —sobre todo para las mujeres, los nobles y los burgueses—, que su ejercicio ha pasado a la historia con una frase popular y a la vez amenazadora: «Pasar a alguien por la piedra». El solo hecho de pronunciar esta frase representa una tortura para la persona amenazada. Es difícil averiguar por qué se utilizaba semejante método y en qué teoría médica podía basarse, pero cabe afirmar que la finalidad era helar la sangre del paciente para que se produjeran esas marcas que determinaban, según criterio clínico, la evidencia o la duda de la enfermedad.

Pudo ocurrir que el rey no quisiera ser diagnosticado, e incluso prohibiera a sus facultativos mencionar el nombre de la enfermedad que él creía padecer. Él, como señor del reino, no estaba obligado a «pasar por la piedra» ni estaba sujeto a semejantes exigencias, de modo que todos sus reparos y temores estarían vinculados a

la vergüenza que esta clase de enfermedad provocaba en aquellos que tenían la desgracia de padecerla. En la Edad Media, los gafos quedaban inmediatamente apartados de la sociedad y desposeídos de todos sus bienes, porque, aparte de la horrible posibilidad de un contagio general, los hombres del medievo creían firmemente que era un castigo de Dios. Si los enfermos tenían bienes, casa o mujer, el gobierno y administración de todas las rentas recaían en su mujer, sus padres, sus hermanos o sus hijos mayores; después, se les construía una pequeña casa, que pagaban sus familiares, en un lugar apartado y se les exigía que vivieran allí.

Si los gafos carecían de dinero o hacienda, se les desterraba del lugar con la recomendación de que nunca regresaran, ni habitaran zonas donde hubiera personas sanas; y se les aconsejaba que, si querían seguir viviendo, debían cobijarse en alguna cueva, habitar en descampados, y en caso de tener que mendigar, tendrían que mantener entre el alma caritativa y ellos una prudente distancia...

En cualquier caso, ya fuesen ricos o pobres, todos los gafos recibían de las autoridades de su ciudad, pueblo o aldea un lote de enseres y objetos que tenían que llevar siempre consigo, y de los cuales jamás podrían desprenderse. Este ajuar consistía en un hábito con capucha de color negro, amarillo o marrón, dependiendo del lugar concreto, un instrumento de percusión hecho con una caña rajada, conocido como «castañeta», para aviso de caminantes, una escudilla y una cuchara de palo, un cuchillo, que le servía para cortar los alimentos y para defenderse de los animales salvajes, un bastón y una manta. A partir del año 1251, la Iglesia les entregaba un escapulario para que los protegiera.

El objeto más singular la «castañeta», un instrumento simple, muy fácil de confeccionar; si el leproso lo perdía o se le rompía, podía encontrar cañas en las riberas de los ríos y de las acequias y fabricarse otro. En todo caso, era imprescindible usarlo para advertir a los viajeros y lugareños: su sonido característico avisaba de la presencia cercana de un gafo.

Como puede advertirse fácilmente, el castigo mayor para leprosos o gafos era el apartamiento de la sociedad. Se les separaba de sus familiares y se les condenaba a morir solos, sin asistencia sanitaria, en lugares apartados, como si fueran animales dañinos o rabiosos. De ahí la importancia de la Orden de San Lázaro: los frailes de esta congregación recibían de buen grado a los infelices que la sociedad rechazaba y se encerraban con ellos en los lazaretos, para reconfortarlos espiritual y corporalmente, y morir con ellos.

Sería injusto y anacrónico culpar a nadie por la dureza con que se trataba a esta clase de enfermos. Ante la ausencia de medios, la sociedad medieval se protegía con el aislamiento de los enfermos y gracias a este rigor pudo salvarse a las generaciones posteriores de esa horrible dolencia, la lepra, un verdadero azote de la Edad Media.

A continuación se propone un texto que explica cómo actuaba la sociedad ante la

presencia de un apestado leproso. Se trata de un fragmento del fuero de Navarra, del siglo XIV:

«Infanzón o villano si tornare gafo en egleſia o en abrigo de la villa non debe ser como los otros vecinos, mas que vaya a las otras gaferías. Et si dixiera el gafo, en mi heredad puedo vivir que no quiero ir a otras tierras, fuera de la villa, et todos los vecinos de la villa fáganle casa fuera de las heras de la villa en logar que los vecinos vean por bien. El gafo mezquino que non puede cuidarse con lo suyo vaya demandar almosna por la villa et demande fuera de las puertas de los corrales con sus tablas et no haya solaz con los niños ni con los hombres ióvenes cuando anda por la villa, pidiendo almosna. Et los vecinos de la villa deven decir a sus fijos que no vayan a su casa por haber solaz con ellos. Et ellos non dando solaz, ni dejando que viniere, el gafo non cometerá daño».

EL ESCAPULARIO Y LOS TEMPLARIOS

En la actualidad, un escapulario es un objeto devocional que se cuelga del cuello con una cinta. Este objeto es la forma simplificada de la versión antigua, que consistía básicamente en un pedazo de tela, de distintos colores o trazas, con una abertura para meter la cabeza y que distinguía a distintas órdenes religiosas.

Esta tradición tiene su origen preciso en el año 1251, fecha en la que la Virgen entregó el escapulario a la Orden de los Carmelitas, concretamente, a San Simón Stock. (Por esta razón, el escapulario más conocido es el Santo Escapulario del Carmen). Pero antes de este milagroso suceso, un escapulario no era más que una especie de delantal que los monjes vestían sobre el hábito religioso para desempeñar las diversas faenas del monasterio o del convento en el que se albergaban. El escapulario, al ser usado en el duro trabajo diario, era aceptado y conocido por los monjes como «la cruz de todos los días».

Este delantal o escapulario, que los monjes vestían para no mancharse durante sus faenas, era una prenda muy parecida a la sobrevesta que los caballeros usaban sobre la armadura: un atavío de tela tan ancho por delante como por detrás, y en cuyas dos partes se podía lucir, bordado en colores, el escudo de armas del caballero.

El fervor religioso que las cruzadas insuflaron en toda la Europa cristiana animó a todos los estratos de la población a participar también, de alguna forma, en la defensa del cristianismo. Si los nobles y caballeros abogaban por el cristianismo con la espada y la política, los campesinos y los burgueses también querían embarcarse en la cruzada contra el islam y los herejes. Muchísimas personas, manteniendo su carácter laico, quisieron unirse a las diversas órdenes religiosas para que su lucha tuviera cierto

carácter oficial y estuviera más cercano a la Iglesia de Dios. Como es natural, ante la avalancha de solicitantes, la Iglesia sopesó los pros y los contras, y trató de organizar los grupos humanos de algún modo. Fueron conocidos con el nombre común de «confraternidades» y por medio de ellas se ofrecían donaciones y esfuerzos gratuitos.

Las órdenes religiosas, con el permiso papal, comenzaron a dotar a todos aquellos laicos con un vestuario simbólico, que en adelante les serviría también para participar en algunos de sus actos, en todos los trabajos y, como es de suponer, en la manutención y mejoras del convento donde solicitaban su ingreso. El solicitante, para llevar a cabo más firmemente su apostolado, estaba obligado a aprender la catequesis para predicarla después:

«Porque el confraternal, esté donde esté, siempre tendrá trabajo a mano. Aunque sólo sea decir unas palabras de consuelo a un pobre anciano, o enseñar a algún pequeñuelo a hacer la señal de la cruz...». (Cfr. *Confraternidades*. Archivo secreto del Vaticano. Ref. 34YZ, 1230).

Este simbólico vestuario constaba de las siguientes partes: capa, cordón y escapulario (delantal de trabajo). Estas tres piezas también formaban parte del hábito monacal.

Sin embargo, no todas las órdenes estuvieron dispuestas a que personas que no fuesen monjes consagrados o aspirantes a serlo pudieran compartir con ellos rezos, predicaciones, capítulos y trabajos. Algunos entendieron que los laicos rompían la intimidad de un grupo bien avenido y compenetrado que dedicaba su vida a la oración y a la *contemplación*.

La Orden del Carmelo fue una de ellas. Y así, aunque esta orden no pudo evitar que muchos solicitantes adquirieran los símbolos de la capa y el cordón, sí se mostraron bastante reticentes a la hora de conceder el escapulario. Entregaban aquellos símbolos —capa y cordón— a los laicos porque estaban obligados a ello por el voto de obediencia y porque, en realidad, no les comprometía a nada. Ahora bien, la concesión del escapulario era una cosa distinta, ya que el escapulario era el pase que necesitaba cualquier laico para entrar al convento en las horas de trabajo.

Los carmelitas salieron de este aprieto reduciendo el tamaño del escapulario, de forma que, sin dejar de ser un delantal de lino marrón, tan ancho por delante como por detrás, sirviese sólo para llevarlo colgado en el cuello, y no para prestar servicios dentro del convento.

Y en este punto hace su aparición San Simón Stock, padre general de la Orden carmelita. Se decía que la Virgen del Carmen le había entregado, personalmente, el famoso escapulario. Como se ha dicho, esto ocurrió en el año 1251 y aconteció en Ayslesford, en el condado inglés de Kent, donde el santo residía. Al parecer, la Virgen

Santísima le dijo:

«Éste debe ser un signo y un privilegio para ti y para todos los carmelitas, ya que quien muera con un escapulario no sufrirá los castigos del infierno».

Al poco tiempo, el escapulario de los carmelitas se había convertido en un signo del amparo divino. Todo el mundo lo solicitaba para llevarlo colgado al cuello. Se había corrido la voz de que el escapulario era una especie de talismán que protegía contra las intervenciones diabólicas, contra el mal de ojo, ahuyentaba el pecado, etcétera. No en vano, la Virgen se había comprometido personalmente a librar de las penas del infierno a quienes murieran con un escapulario colgado al cuello... Y como quiera que los gafos o leprosos se consideraban condenados a muerte por su enfermedad sin cura, a nadie mejor le convenía un escapulario que pudiera librarlos del peligro del infierno (fig. 50). (Aunque, bien mirado, por muy malo que fuese el infierno, quizás no fuese peor que la soledad, la falta de asistencia y los diversos dolores que tenían que sufrir los leprosos, viviendo en cuevas y andando caminos solitarios. Tal vez el infierno se asemejaba bastante a sus vidas: sin comida, sin ninguna higiene y padeciendo de continuo los terribles síntomas que esta espantosa enfermedad provocaba, dispepsia, o sea, un trastorno de la función del estómago muy doloroso, náuseas, neuralgias, o sea, dolor punzante y palpitante a lo largo de los nervios, dolores reumáticos y articulares, fiebre constante, ansiedad... Sin poder caminar y con las heridas ulcerosas llenas de moscas a todas horas...).

Para tener una percepción aproximada de hasta dónde llegaba el sufrimiento de estas desgraciadas personas, se ofrece a continuación un pequeño fragmento de una carta que uno de estos gafos escribió a su hija (1235). La carta se encuentra en el Archivo Municipal de Pamplona, en muy mal estado e incompleta:

«La vida es un martirio. Es el camino sembrado de espinas que el hombre tiene que recorrer con el alma y el cuerpo desgarrados, y que concluye cuando ya no nos queda dolor por conocer.

»De nada ha de servirte el no ser aún leprosa como nosotros, porque sana o enferma eres nuestra hija, y a ti también te alcanza la maldición que a nosotros nos oprime. A pesar de tu juventud, de tu belleza y de tus virtudes, las gentes huirán de ti con espanto. Nunca podrás ir más allá del recinto de Bozate, donde sólo podrás amar y ser amada por el hijo de otro gafo. Y cuando reces, elevarás tus oraciones separadas de los demás cristianos, y cuando mueras, reposarás también en tierra separada, sobre la cual sólo los miserables como nosotros se atreverán a derramar sus lágrimas, si es que algunas nos quedan.

»Ésa es nuestra vida, y si acaso hay seres felices al otro lado de ese río que nos

separa de Arizcun, será quizá que Dios los ha creado para que comparándonos a ellos fuese mayor nuestra desgracia...».

En fin, una avalancha de personas buscaba el escapulario como remedio absoluto para curar todos sus males, para obtener más riquezas o, sencillamente, para encontrar novio o acabar con la infertilidad. Los carmelitas, que siempre se distinguieron por pertenecer a una orden seria y amante de la verdad, hicieron pregonar que aunque el escapulario carmelita era un buen remedio para no padecer las penas del infierno, lo más importante era que sus portadores tenían siempre abierta la comunicación con Cristo a través de su madre, la Virgen María. Los monjes carmelitas se esforzaron en esta prédica, intentando convencer a los fieles de pueblos y aldeas.

Y así, con el correr de los años, el escapulario se fue convirtiendo en uno de los signos marianos más importantes de la historia cristiana.

Los vínculos que el escapulario tuvo con el Temple son muy evidentes y fácilmente identificables. Es bien conocida la gran devoción que San Bernardo de Claraval sentía por la Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Y también es de dominio público que el santo abad de Clairvaux fue quien movió, desde su principio, los hilos espirituales y religiosos de la Orden del Temple.

Es relativamente frecuente encontrar oraciones del Temple dedicadas a la Virgen. Como ejemplo, véase esta carta escrita en el año 1270 por el maestre Bermudo Menéndez, dirigida a sus caballeros:

«Tenedlo siempre presente, siquiera de un modo vago y confuso en todo momento. Unid vuestra intención y voluntad a la suya. De tal suerte que cada acto y cada súplica del día se haga con Ella. No debe ser excluida de ninguna cosa: sea que roguéis al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, o a algún santo, hacedlo siempre en unión de María, y Ella repetirá vuestras mismas palabras ante su Hijo y os protegerá. Y Ella y vosotros abriréis vuestros labios al unísono. Ella tomará parte en todo. Si esto hacéis, ya no estará meramente a vuestro lado. Estará, en cierto modo, dentro de vosotros, y vuestra vida será una entrega continua a Dios de cuanto poseéis en común entre vosotros y Ella: Jesucristo».

Aquellos eran tiempos de símbolos. Sólo sabían leer y escribir los sacerdotes diocesanos, los monjes y los escribanos. Así pues, para que la gente supiera qué se vendía en los diversos establecimientos, se fueron inventando distintivos: los panes se veían en carteles forjados en hierro que colgaban en las puertas de las panaderías; los barriles, en las puertas de las tabernas; las camas, en las hospederías... Los santos se simbolizaban con el número del día en que se celebraba su onomástica; San Antonio, por ejemplo, fue representado con el número 13, y la Virgen del Carmen, con el número

16. Incluso el diablo tenía su simbología numérica: el 666. («El que tenga inteligencia calcule la cifra de la bestia. Es cifra de un hombre. Su cifra es seiscientos sesenta y seis», Apoc. 13, 18).

El número 16, que representaba a la Virgen del Carmen según la Iglesia, fue muy importante para los templarios. La ciencia numérica de los pitagóricos permanecía viva en la Orden del Temple y el número 16 revelaba matices que los templarios podían desentrañar: el 1 era la esencia divina, representación del único Dios, y el 6 hacía referencia a la doble trinidad, dos veces Padre, dos veces Hijo, dos veces Espíritu Santo. La superabundancia de los auxilios del Padre, la superabundancia de los auxilios del Hijo y la superabundancia de los auxilios del Espíritu Santo.

Los templarios siempre tuvieron presente a la Virgen en sus vidas y en sus oraciones, tal y como les enseñó San Bernardo. Pero, además, acabaron asumiendo, como distintivo protector, el escapulario de la Virgen del Carmen, y se ocupaban de llevarlo consigo, especialmente, cuando se veían obligados a entrar en combate. Puede que incluso el último gran maestro de la Orden, Jacques de Molay, y sus dos lugartenientes llevaran consigo el escapulario de la Virgen cuando fueron quemados vivos en la hoguera de París, en 1314.

LOS CABALLEROS LEPROSOS

En el convento de Bozate de Arizcun, emplazado en un lugar solitario y privilegiado, donde la primavera inundaba con sus doradas ondas los montes y los verdes bosques, las flores culebreaban mansamente agitadas por las suaves brisas, las aves cantaban en su nido cubierto de blando plumaje...

Donde el otoño filtraba un mortecino sol por entre los jirones de la niebla, e iluminaba con pálidos reflejos los montes y los valles, mientras las ramas crujían y las hojas de los árboles cambiaban de color alfombrando el húmedo suelo...

Donde el invierno dejaba caer la nieve en espesos torbellinos y los desnudos robles parecían esqueletos que tiritaban bajo sus blancos sudarios...

Y donde el verano venía surtido de una brisa fresca, de un agua clara, de abundante pesca y de fruta sana...

En este marco de privilegio y encanto vivió un grupo de templarios leprosos. Estos monjes y caballeros ocuparon el lugar durante muchos años y se dedicaron, sola y exclusivamente, a la investigación sanitaria y al estudio de las ciencias.

La ocupación exclusiva que observaban estos caballeros gafos era la búsqueda de un antídoto, de un remedio o medicina que curase la enfermedad de la lepra. La investigación partía del estudio de libros antiguos y del trabajo con distintas hierbas medicinales; cualquier procedimiento era válido si les llevaba hacia la consecución de

sus objetivos.

Los caballeros gafos ya no podían ofrecer a Nuestro Señor Jesucristo su espada ni podían luchar contra sus enemigos. Pero, a cambio, habían entregado sus propios cuerpos al Señor, como voluntarios en los que experimentar nuevas fórmulas contra la peste de la lepra. La encomienda se había convertido en una suerte de laboratorio: ellos eran los primeros en probar todas las pócimas, bálsamos o mixturas que elaboraban con hierbas y ungüentos. En ocasiones, estos fármacos no dieron los resultados apetecidos y muchos caballeros murieron envenenados.

Al menos un día a la semana, un mensajero del rey se presentaba en la encomienda de los caballeros gafos y les entregaba una carta. En esas misivas, el monarca les hacía una serie de preguntas que los templarios contestaban en los días posteriores; cuando el mensajero volvía con más cuestiones, se llevaba las respuestas que el rey había planteado una semana antes. El mensajero también se ocupaba de recoger distintas medicinas y pomadas, ya probadas por los caballeros gafos y manufacturadas por los frailes de San Lázaro que no habían contraído todavía la enfermedad. El método de elaboración y entrega se realizaba en unas condiciones de extrema profilaxis, ya que el mensajero dejaba la cartera que contenía los documentos sobre una piedra grande y redonda, situada en el exterior del edificio, a unos veinte metros de la puerta de entrada, y después se retiraba. Entonces, un hermano sano de San Lázaro salía, tomaba la cartera que el mensajero había traído y dejaba allí la que el correo se tenía que llevar.

Estos caballeros tenían la idea de que la enfermedad de la gafedad podría transmitirse por la mirada. Bastaba tener un contacto visual con un leproso para infectarse. Así lo habían leído en el Antiguo Testamento. Quizás por esta razón, los caballeros no salían del edificio y tal vez por eso el rey, en la creencia de estar gafado, tomara la decisión de encerrarse en su castillo de Tudela. El texto concreto en el que basaban sus suposiciones se encuentra en el libro del Génesis (30, 31-43):

«Labán le dijo a Jacob: “Dime qué es lo que he de darte”. “No has de darme nada”, le contestó Jacob, “sino hacer lo que voy a decirte, y volveré a apacentar tu ganado y a guardarlo. Yo pasaré hoy por entre todos tus rebaños, y separaré toda res manchada o rayada entre los corderos y las cabras. Ése será mi salario. Mi probidad responderá así por mí a la mañana, cuando venga a reconocer mi salario; todo cuanto no sea manchado entre las cabras y rayado entre los corderos, será en mí un robo”. Y respondió Labán: “Bien, sea como dices”. Pero aquel mismo día separó Labán todos los machos cabríos manchados, todas las cabras manchadas y cuantos tenían algo de blanco, y entre los corderos todos los rayados o manchados, y se los entregó a sus hijos, que vivían a más de tres días de camino de donde estaba Jacob. Viendo Jacob que Labán había hecho esto con el objeto de no cumplir su palabra, tomó Jacob

varas verdes de estoraque, de almendro y de plátano, y haciendo en ellas unos cortes, las descortezaba, dejando lo blanco de las varas al descubierto. Puso después las varas, así descortezadas, en los canales de los abrevaderos adonde venía el ganado a beber; y las que se apareaban a la vista de las varas, parían crías rayadas y manchadas...».

Jacob utilizó esta estratagema para hacerse con un número considerable de ganado, como se sabe. Los templarios extrajeron del relato una regla elemental según la cual «lo semejante produce lo semejante». (Este pensamiento aún sigue vivo en nuestros días y algunas personas creen que los lunares, el color del pelo u otras señales del cuerpo se deben a procesos astrológicos o a «antojos» maternos).

Por su enfermedad, estos caballeros gafos eran más monjes que soldados y contestarían a las diversas preguntas del rey con respuestas tomadas de la Biblia o de algún tratado de medicina.

«¿Por qué Dios nos castiga con esta terrible enfermedad?», se preguntaba el rey. Los caballeros gafos probablemente recurrían a pasajes bíblicos especialmente significativos: «Majestad, son pruebas que nos manda el Señor para comprobar nuestro amor hacia Él. También Job fue probado con muchos males y dolorosas pruebas, entre las cuales se hallaba el mismo mal que nosotros padecemos: la lepra. Pues decía que su piel se ennegrecía y se le caía y sus huesos le ardían de calor. Ante este dolor tan lacerante, únicamente comparado con el que nosotros padecemos, Job también tuvo sus momentos de debilidad y abrió su boca para maldecir el día en que había nacido: “¿Por qué no morí al salir del seno y no expiré al salir del vientre? ¿Por qué hallé regazos que me acogieron y pechos que me amamantaron? Pues ahora descansaría tranquilo y dormiría en el reposo eterno...”. Pero después recapacitó y se dio cuenta de que cualquiera puede decir que ama a Dios cuando la vida se le presenta llena de amor y venturas; es en la adversidad cuando el hombre sabe a ciencia cierta si ama o no ama a Dios».

«¿Habéis encontrado algún remedio que pueda prevenir la enfermedad?», preguntaría el monarca en otra ocasión. Y ellos contestarían tal vez con referencias de la antigua medicina: «El único medio que previene la enfermedad es el que describe Diocles de Caristo en el año 300 de nuestra era, que dice: “Después de un saludable paseo, es necesario sentarse y dedicarse a los quehaceres personales hasta que llega el momento de proceder a los cuidados corporales. Los jóvenes y los que tienen gusto y necesidad de más ejercicio practicarán el deporte en el gimnasio; los más ancianos y débiles marcharán al baño o a un lugar soleado para frotarse con ungüentos. A los hombres de esta edad que posean en su casa un gimnasio propio les conviene un masaje moderado y un poco de ejercicio físico. El masaje no debe realizarse con mucho ungüento ni tampoco completamente seco; lo mejor es untarse ligeramente y friccionar

uniformemente. Al terminar, se toma un baño adecuado. Los débiles y los muy ancianos, por el contrario, deben untarse con mucho unguento y frotarse ellos mismos, lo que resulta útil porque con el masaje realiza el cuerpo su propio ejercicio. Sólo debe aconsejarse el masaje dado por otra persona a los muy débiles o agotados y a los que tienen poco esmero para los ejercicios físicos».

«¿Por qué morimos? ¿Por qué Dios nos creó mortales?», preguntaría el rey en otra carta. Y ellos contestarían: «Dios nos creó mortales porque, de no haberlo hecho así, el mundo estaría rebosante de personas; tan juntas estarían las unas de las otras que no podrían moverse. Así, pues, en su infinito amor hacia todos, Dios creó un mundo dotado de hermosura y lleno de atractivos, y nos dio una vida suficiente como para que pudiéramos disfrutar de todo ello con plenitud y provecho; morir es el mayor signo de generosidad que el hombre puede ofrecer a sus semejantes, ya que cuando una persona muere, deja el sitio a otra que nace para disfrutar..., y así sucesivamente... Morir sin disfrutar de todos los encantos y bellezas que este mundo nos ofrece es el mayor pecado que el hombre puede cometer contra Dios y contra sus semejantes... Pero de ello, señor, nos damos cuenta solamente cuando carecemos de salud y fuerzas para disfrutar...».

Hasta el momento, sólo se ha encontrado una carta en la que se describe pormenorizadamente el antiguo convento o leprosería de Bozate. El documento parece redactado por los frailes para informar a alguien, quizás al rey. En esta misiva, los gafos de Bozate explican cómo era el convento, el huerto y los alrededores.

«El convento es de cantería, y el techo, de teja. Sin adornos. La iglesia carece de retablo y de molduras. Sobre la pared del altar sólo está el Crucificado.

»Cuando llegamos aquí, hallamos un verdadero paraíso terrenal. Para los que acaban de salir del bullicio de una ciudad y buscan la soledad del campo, éste es el más delicioso paraje que se puede apetecer. Pero luego se fastidia el hombre y son pocos los que pueden aguantar solos en semejantes lugares una temporada larga. La experiencia me enseña que los hombres no se acomodan con facilidad a estas soledades... Sin embargo, la compañía de Dios puede encontrarse, con sólo tener un poco de fe, en la frondosidad de los árboles, en las orillas del río, o en la soledad del campo.

»Cerca del convento, a una distancia prudencial, hay una casa pequeña que se llama “casa real” o “de comunidad”, porque sirve para que se hospeden en ella los peregrinos cuando arrecia la lluvia o la nieve. Allí hay un buen hogar y dejamos suficiente leña seca para quemar.

»Lo que hace apetecible este sitio es el río y la tierra, que es frondosa y generosa. El río tiene mil particularidades. El agua es tan cristalina, que metido uno en el río se ve hasta las uñas de los pies; la corriente es bastante rápida, y como se está mudando

continuamente, refresca mucho y hace un baño muy gustoso.

»El servicio de la caza no es muy cómodo en esta tierra. Los habitantes del lugar no saben usar muy bien el arco y, de este modo, el que se da mucho a ella no suele vivir mucho tiempo. Sin embargo, en Arizcun y otros pueblos como éste, donde hay mucha arboleda, aunque no se sepa usar bien el arco, se puede salir seguro de traer algunas docenas de palomas u otras aves semejantes sin molestarse mucho.

»Son estas tierras excelentes para la agricultura. Nosotros plantamos frutas y hortalizas, pero las más están plantadas de yerbas medicinales porque de ellas se da aquí mejor que en otra parte. También las plantamos en las tierras planas que hay cerca del río, para que crezcan con el rocío que sale de él y caiga por las mañanas después que se ha hecho agua con el frescor de la noche...

»Los habitantes de estos lugares son personas que hacen muy poco comercio. Las mujeres no se dedican como en otras partes a tejer ni a otras obras de mano. Hombres y mujeres sacan su sustento de la tierra, que les da lo bastante para pasar, sin hacerlos ricos. Acaso sean más felices que en otros pueblos más acomodados; por lo menos no se ven tantas usuras, tantos contratos ilícitos, y tantas trampas como en otras partes. Contentos con su agricultura, son verdaderamente felices, y lo serían mucho más si fueran concedores de los bienes que Dios les ha proporcionado...».

En fin, poco más puede añadirse al respecto. Muchos autores defienden que en Bozate vivió un grupo de personas en completo aislamiento; y se añade habitualmente que aquellas gentes inspiraban horror a los habitantes de otros pueblos y aldeas. Algunos especialistas no dudan en afirmar que esos grupos humanos eran agotes o descendientes de los leprosos de la Edad Media.

Esta hipótesis es perfectamente válida, pero sólo pueden proponerse teorías que la avalen. Pudo ocurrir que los hermanos de San Lázaro se quedaran con la encomienda cuando la Orden del Temple cayó en desgracia. El objetivo de esos monjes, al ocupar las tierras que el rey había donado a los templarios, podría haber sido cuidar de los templarios leprosos que todavía quedaban en el convento. Una vez que todos los caballeros templarios murieron, quizá los hermanos de San Lázaro comenzaron a acoger leprosos de toda condición social, edad y género. Se tiene constancia de que los niños que nacían de parejas leprosas eran apartados inmediatamente de sus padres y se les criaba en lugares alejados de los lazaretos o leproserías. Y si esta hipótesis es cierta, bien pudo darse la circunstancia de que se organizaran distintas poblaciones configuradas solamente por agotes procedentes de la leprosería. Este desarrollo poblacional habría durado aproximadamente dos siglos, más o menos el tiempo que la encomienda se mantuvo activa como lazareto.

La mayoría de los especialistas y aficionados a la etnología clasifican a los agotes como descendientes de los leprosos de la Edad Media. Algunos autores llegan a

describir los rasgos físicos de esta «raza maldita», aunque cada cual los detalla a su modo, sin coincidencias aparentes. Estas variaciones y diferencias en las descripciones permite pensar que o bien los detallan sin haberlos visto, o que cada uno de ellos retrata a un grupo de agotes diferente: Pío Baroja, por ejemplo, manifiesta que tenían la cara ancha y juanetuda, esqueleto fuerte, pómulos salientes, grandes ojos azules o verdes claros, algo oblicuos. Y añade que tenían cráneo braquicéfalo, tez blanca, pálida y pelo castaño o rubio. Finalmente, el escritor concluye que no se parecen en nada al vasco clásico...

Michael Francisque dice de ellos que tenían el rostro blanco y muy colorado, pelo rubio, ojos azul grisáceo, frente convexa, pómulos hinchados y redondos, y que carecían de lóbulos en las orejas... Cenat Moncaut, por su parte, especifica que tenían cabeza grande, cuerpo raquíptico, piernas corvas, bocio, mirada indecisa y apagada, palabra vacilante...

En cualquier caso, todos están de acuerdo en un detalle: que los agotes habitaron en el valle de Baztán, más concretamente, en Bozate, en Saint-Jean-Pied-de-Port, conocido también como el barrio de Choubito, y en otros pueblos del País Vasco y Navarra en ambas vertientes del Pirineo.

CAPÍTULO XX

La implantación de la Orden del Temple en los reinos hispánicos y su presencia en el Camino de Santiago

RAÚL RIESCO MARTÍNEZ

EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS

En el año 813, en la remota Gallaecia, un ermitaño llamado Pelayo (o Pelagio) descubre un extraño resplandor sobre el monte Libradón. Convenientemente informado, Teodomiro, obispo de la cercana Iria Flavia (Padrón), ordena que se desbroce el lugar y que se averigüe qué ocurre. Se descubrió un arca de mármol, una suerte de sarcófago, cuyos restos se atribuyeron —por revelación divina— a Santiago el Mayor, apóstol de Jesucristo. Santiago, a quien se le suponía haber desempeñado parte de su labor evangélica en el extremo occidental de Europa, de regreso a Palestina fue degollado por orden de Herodes Agripa en la ciudad de Jerusalén, en el año 42. Al parecer, sus discípulos transportaron el cadáver hasta el fin de la tierra conocida. La tradición legendaria aseguraba que los restos de Santiago se embarcaron en una pequeña nave y que ésta arribó a las costas noroccidentales de Hispania.

Dado el luminoso hallazgo, el lugar del descubrimiento del sarcófago de Santiago se denominó *Campus Stellae* (Campo de la Estrella), de donde procede el topónimo Compostela. (Algunos especialistas han ofrecido otras variantes, en todo caso).

El rey asturleonés Alfonso II *el Casto* (783-842) manda edificar un templo en aquel lugar, con motivo de su peregrinación en el año 829. El sucesor en el trono, Alfonso III *el Magno* (866-910) y el obispo Sisnando levantan una iglesia de mayor tamaño hacia 874; este templo fue consagrado en 899. El 11 de agosto del año 997, el visir y *hachib* de Córdoba Muhammad ibn Abi Amer al Mansur (Almanzor, 978-1002), en una de sus habituales incursiones, alcanza con sus tropas este extremo peninsular y destruye la iglesia consagrada al Apóstol, aunque respeta el sepulcro.

En 1075 Alfonso VI *el Bravo* (1065-1109) y el obispo Diego Peláez emprenden la construcción de una nueva basílica románica, que alcanzará la dignidad metropolitana en 1120, gracias al empeño del obispo Gelmírez (1100-1140), arrebatando la sede arzobispal a Mérida. Pese a ello, los súbditos gallegos se rebelan contra la monarquía leonesa y alzándose en 1136 contra doña Urraca y el arzobispo, incendian la basílica. El maestro Mateo realiza el nuevo pórtico, llamado «de la Gloria», entre 1175 y 1188. La consideración catedralicia no llegará hasta 1211, con Alfonso IX de León (1188-

1230).

Compostela se convirtió en el tercer foco de peregrinaje, junto a Jerusalén y Roma, en una Europa sedienta de salvación.

Las primeras rutas de peregrinación hacia Compostela empezaron a trazarse en tiempos de Alfonso III *el Magno*. El Camino primitivo partía de Oviedo, emplazamiento de la corte astur, desde el reinado de Alfonso II *el Casto*, y lugar de veneración de reliquias en la Cámara Santa de la catedral de San Salvador.

Habida cuenta de que la mayor parte de la Península se hallaba en manos musulmanas, los peregrinos buscaban itinerarios norteños, extendiéndose poco a poco por los territorios que la reconquista iba liberando. Los europeos de los reinos francos y germánicos encaminaban sus pasos hacia las ciudades francesas de Tours, Vézelay, Le Puy y Arlés, para entrar en Hispania por Fuenterrabía e Irún, inicialmente. Más tarde también penetraron por Roncesvalles, Somport y Perpiñán.

Desde que Gondescalco, obispo aquitano de Le Puy, peregrina con su séquito en 950, un gran número de personas de todo rango y condición social y religiosa hacen lo propio, diseñando las siguientes vías:

La ruta original o primitiva, como se ha dicho, partía de Oviedo y tenía distintas variantes. La Ruta Cantábrica discurría paralela a la costa norte. No fue demasiado utilizada en los primeros tiempos —frente a lo que muchos creían hasta ahora—, dada la dificultad orográfica, hasta que se fueron acondicionando vados y caminos. No pocos peregrinos, de hecho, iban costeando. El Camino Francés (de franco) se convirtió muy pronto en la senda más transitada y protegida: procedía del norte en dos ramales, por Jaca y por Roncesvalles, y seguía aproximadamente el trayecto actual, por Puente la Reina, Logroño, Burgos, León y Ponferrada hasta Santiago. La Vía de la Plata (del árabe *blata*: camino enlosado en buen estado) seguía la calzada romana XXIV, desde Mérida hasta Astorga, pasando por Cáceres, Salamanca y Zamora. Este camino se enlazaba en Mérida con el Camino Mozárabe, procedente de Córdoba, Sevilla y Cádiz. La fachada atlántica estaba cubierta por los distintos Caminos Portugueses (interior y costero), que se reunían en Tuy para seguir por Pontevedra, Vigo y Padrón hasta Santiago. La Ruta Inglesa era marítima y los barcos recalaban habitualmente en El Ferrol y La Coruña para dirigirse inmediatamente a Compostela.

La red española de caminos se completaba con el Camino Catalán (desde Montpellier y Narbona hacia Perpiñán, Junquera, Gerona, Barcelona, Lérida y Huesca o enlazando con la capital ilerdense desde la Seo de Urgel) y el que conducía a los caminantes hasta el «Fin de la Tierra» (por Muxía y Noya), vinculado a tradiciones paganas sintetizadas —no sincretizadas— por el cristianismo.

En Francia, los peregrinos se agrupaban en la llamada *Via turonensis* (desde París, por Tours, Poitiers, Saints, Blaye y Ostabat). Otros utilizaban la *Via lemosina*, desde Vézelay, por Limoges y Périgueux hasta Ostabat. Y la *Via podiensis* llegaba también a

Ostabat, desde Nôtre Dame de Puy, Conques y Moissac. Desde Ostabat, los caminantes jacobeos llegaban a la cercana Saint-Jean-Pied-de-Port, en las estribaciones septentrionales de los Pirineos, y desde allí pasaban a Roncesvalles para iniciar el Camino Francés. Otra ruta franca era la *Via tolosana*, que partía de Arlés, para continuar por Montpellier, Narbona, Carcasona y Toulouse. Desde aquí, los devotos de Santiago cruzaban las montañas hasta Somport, donde se encontraba el hospital de Santa Cristina, el más importante del medievo junto a los de Jerusalén y Mont-Joux.

En cada una de las vías se hallaba una «iglesia de peregrinación» que, junto con la de Santiago, comparten características arquitectónicas relacionadas con la afluencia de peregrinos, como las amplias naves para la circulación de los fieles en torno al altar y sus reliquias (San Martín de Tours, San Marcial de Limoges, Santa Fe de Conques y San Saturnino de Toulouse).

Las rutas terrestres y marítimas se combinaban con toda suerte de conexiones y ramales, formando una tupida red viaria. Cada grupo de peregrinos escogía el camino que le parecía más asequible, cómodo, seguro o interesante, dependiendo de su lugar de origen. De esta manera, los nobles y los ricos compartían sendero con humildes campesinos, emprendedores comerciantes y un buen número de pícaros, trotamundos, truhanes y salteadores. El espíritu del Camino se abría a toda suerte de caminantes, como lo estaba el antiguo hospital de Roncesvalles, que recoge un poema del siglo XIII:

«La puerta se abre a todos, enfermos y sanos, no sólo a católicos, sino aún a paganos, a judíos, herejes y ociosos; y más brevemente, a buenos y profanos».

El texto más importante en el desarrollo de la vía compostelana fue el *Codex Calixtinus* (fig. 51). El papa Calixto II (Guido de Borgoña, 1119-1124) ordenó la redacción de este trabajo, que se llevó a cabo finalmente entre los años 1125 y 1160. El *Codex Calixtinus* fue la primera obra que dio a conocer la peregrinación. Consta de cinco libros: el primero, el más extenso, reproduce los sermones y la liturgia sobre Santiago. El segundo está compuesto por las narraciones de los veintidós milagros atribuidos al Apóstol. El tercero cuenta la traslación del cuerpo del discípulo de Jesús a España. El cuarto libro relata la historia de Carlomagno, Roldán y los pares de Francia, atribuido a Turpin, obispo de Reims (749-794). El libro quinto es el más conocido; se trata del *Liber Sancti Jacobi* o *Liber peregrinationis*. Se debe a la mano de Aymeric Picaud, capellán de Santa María Magdalena de Vézelay, quien lo redactó hacia el año 1140. El capellán Picaud hizo el Camino Francés hasta Compostela y describió las vicisitudes que se encontraban en él. Por esa razón se considera que el texto de Picaud es la primera guía de peregrinación a Compostela. Entregó una copia del texto en la sede episcopal en compañía de Gilberta Flamenca.

El papa Calixto fue, sin duda, un devoto del apóstol Santiago e instituyó el Año

Jubilar Compostelano en 1122. Se intitula Santo el año cuando la festividad del 25 de julio coincide en domingo. El papa Alejandro III (Rolando Bandinelli, 1159-1181) confirmó estas prerrogativas en la bula *Regis aeterni* de 1179.

El éxito de la peregrinación era indiscutible y así quedó reflejado en numerosos textos. El embajador del emir Alí Ben Yusuf (siglo XII) lo explicaba del siguiente modo: «Es tan grande la multitud de peregrinos que van a Compostela y de los que vuelven, que apenas queda libre la calzada hacia Occidente».

Sancho Garcés III *el Mayor*, rey de Navarra (1000-1035) y Alfonso VI *el Bravo*, de Castilla y León, estimulan el asentamiento de peregrinos para consolidar territorialmente sus dominios, eximiendo peajes y creando puentes, hospitales y ciudades. Con ellos vendrán los hombres de armas, los artesanos y los mercaderes, que fortalecen los incipientes reinos frente a la amenaza árabe.

El Fuero de Jaca se extenderá a otras poblaciones además de a la capital del Reino de Navarra: a la nueva Estella —que salva la gran distancia entre Pamplona y Nájera—, a Sangüesa, Monreal, Puente la Reina, Logroño y Santo Domingo de la Calzada.

Estos monarcas también abrieron los puertos de montaña a los monjes cluniacenses, quienes levantaron gran número de monasterios donde se afirmó una nueva expresión artística: el románico. Tras ellos vendrán los cistercienses y los primeros alientos del gótico. Con peregrinos, mercaderes, artesanos y monjes, la sociedad cristiana fue evolucionando hacia usos y costumbres más cercanas a las francas, postergando las de los vecinos musulmanes del sur.

Tanto por las dificultades orográficas del norte como por los inconvenientes militares del sur, la principal ruta jacobea —ya denominada *iter francorum* en 1079— quedó trazada en torno al paralelo cuarenta y dos. El Camino Francés transcurre desde entonces por los Pirineos, Jaca y Pamplona, Puente la Reina, Estella, Logroño, Nájera, Burgos, Carrión de los Condes, Frómista, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada, Villafranca del Bierzo, El Cebrero y Santiago de Compostela, hasta Finisterre. El Camino de las Estrellas conoció su mayor esplendor en los siglos XI, XII y XIII, precisamente, la época en la que la Orden del Temple se reveló como la organización monástica y militar más importante de Europa.

Y EN ÉSTAS LLEGÓ EL TEMPLE

La primera donación a la Orden del Templo (o Temple, como se acostumbra a decir, dado su origen francés), en los territorios de los antiguos reinos peninsulares, tuvo lugar en una fecha tan temprana como el 19 de marzo de 1128 en Braga (Portugal), lo cual confirma la buena fama de los templarios desde sus primeros tiempos.

Teresa, hija del rey de León, Alfonso VI *el Bravo*, entregó al templario Raimundo

Bernardo el castillo de Soure y el bosque de Cera, próximos a Coimbra. Ese año reciben también Fonte Arcada, cerca de Penhafiel. En la donación estuvieron presentes, como testigos, su sobrino, el rey castellano leonés Alfonso VII *el Emperador* (1126-1157) y el conde gallego, don Rodrigo.

Alfonso Enríquez (1139-1185), hijo de esta condesa y de Enrique de Borgoña, conquistará Lisboa en 1149, tras la toma de Santarém en 1147, con la inestimable ayuda de doscientos cincuenta caballeros templarios. La sede del Temple portugués fue Tomar, cuya fortaleza se empezó a levantar en 1160 bajo el maestrazgo provincial de Gualdim Pais. Famosos son también los castillos de Almourol, Olivenza, Castelo-Branco, Leiría, Pombal, Penela, Bode, Nisa y Serra d'El-Rei. Otras encomiendas importantes son Egitânia (hoy Idanha), Vila Velha de Rodão, Évora y Monsaraz. Los templarios también residirán en otras poblaciones, como Ega, Radín, Coimbra y Braga.

«Para después de mi muerte dejo por heredero y sucesor mío, al Sepulcro del Señor que está en Jerusalén y a los que velan por su custodia y sirven allí a Dios, al Hospital de los Pobres de Jerusalén y al Templo de Salomón, con los caballeros que allí velan para defensa de la cristiandad. A estos tres concedo mi reino y el señorío que tengo en toda la tierra de mi reino [...]. Añado también a la milicia del Templo mi caballo y todas mis armas y, si Dios me diera Tortosa, toda íntegra sea del Hospital de Jerusalén».

El sorprendente testamento de Alfonso I *el Batallador* (1104-1134), redactado en octubre de 1131, durante el asedio de Bayona, y ratificado el 4 de septiembre de 1134 —tres días antes de fallecer—, refleja bien a las claras la importancia que tuvieron las órdenes militares en general y la del Temple en particular en los reinos peninsulares. A los templarios se les concedía lo más querido de un caballero: el caballo y las armas. En todo caso, estas últimas voluntades del monarca no se pudieron llevar a la práctica, porque ante la extravagancia política que suponían, la nobleza mostró su más firme oposición. Los monjes guerreros aceptaron, a cambio del trono, un buen número de donaciones en forma de tierras, casas, castillos y poblados, y se comprometían a combatir a las huestes islámicas almorávides.

Aún antes, en la que se considera la primera donación española, el 14 de julio de 1131, el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III *el Grande* (1082-1131), donaba el castillo leridano de Grañena al maestre Hugo de Rigaud. No contento con eso, tomaba los hábitos del Temple, entregando armas y monturas, por tanto. El noble catalán falleció a la edad de cuarenta y ocho años el día 19 de dicho mes, en el hospital de pobres de Barcelona, como era su piadoso deseo.

El 27 de noviembre de 1143, en Gerona, Ramón Berenguer IV (1131-1162) concede a Pedro de Rovira, como dignatario templario de Provenza–Aragón, las propiedades

de Monzón, Mongay, Chalamera y Belver, Remolinos, Barberá (entregada por el conde de Urgel, Armengol VI, en 1132) y Corbins (por conquistar), además del diezmo de sus rentas: mil sueldos anuales en Zaragoza y la quinta parte del botín tanto en bienes como en tierras. La donación se verificó en presencia del cardenal y legado pontificio Guido de San Cosme. Además, el conde y otros veintiséis nobles catalanes se ofrecían a servir al Temple como *militēs ad terminum* por el plazo de un año. Ramón Berenguer IV favoreció constantemente a los templarios: en 1134 legó de por vida veinte morabetinos anuales y, a su muerte, donó sus armas y arneses, y entregó las poblaciones de Razazol, Ambel, Alberite y Cabañas por los servicios que los templarios prestaron en la guerra.

Cuando su hijo Alfonso II *el Casto* (1162-1196), le sucedió como rey de Aragón y conde de Barcelona, la lista de donaciones templarias se incrementó sustancialmente: Alfambra, Villed, Libros, La Peña del Cid, Castellote, las casas del Santo Redentor de Teruel, Orrios (1186), Fuentes, Villarluengo, Camañas, Perales, una casa en Huesca, Ascó, Ribarroja, Tortosa (1148), Lérida (1149), Miravet (1153) y Cantavieja (1196).

Biznieto de Ramón Berenguer IV, Jaime I *el Conquistador* (1213-1276), huérfano de Pedro II *el Católico* (muerto en la batalla de Muret, en 1213) fue tutelado durante dos años y medio en Monzón por el maestre provincial del Temple, Guillermo de Montrodón —natural de Osona (Vic)—, antes de que fuera jurado como rey en las cortes de Lérida (1214). Esta tutela marcó definitivamente su personalidad. La gratitud por la protección y consejos recibidos, junto con sus sentimientos cruzados, propiciaron que mantuviera al Temple siempre junto a él, como demostró en la conquista de Baleares (Mallorca entre 1229 y 1234, e Ibiza en 1235, por el conde Nuño Sánchez y el arzobispo de Tarragona), de Valencia (1231-1245), y de Murcia (Caravaca, Cehegín y Bullas, 1266). Su hijo Jaime II *el Justo* (1291-1327) fundó la Orden de Montesa en 1317, heredera del espíritu y de los bienes humanos y materiales de la Orden templaria recién abolida.

Las provincias de Aragón (sin Navarra), Cataluña (con Mallorca) y Valencia sostenían cuarenta y cuatro encomiendas y setenta y dos subencomiendas. A continuación se enumeran las principales posesiones en la Corona de Aragón, de norte a sur, con las fechas de posesión inicial. (Los asteriscos [*] indican que la fortaleza albergaba también encomienda; se añade la localización correspondiente a las provincias actuales).

ARAGÓN

Fortalezas: Monzón* (1143, HU), Chalamera–Belver* (1143, HU), Novillas (1135, Tauste–Ribaforada, NA), Novallas (Tarazona, Z), Ambel* (1144, Borja, Z), Alberite (1144, Borja, Z), Encinacorva (1175, Cariñena, Z), Letux (Z), Huesa del Común (1142, TE), Beceite (TE), Castellote* (1196, TE), Villarluengo (TE), Alfambra* (1196, TE),

Cantavieja* (1196, TE), Villeda* (1196, TE), Libros* (TE).

Encomiendas: Huesca (1148), Barbastro (1217, HU), Echo (HU), Uncastillo (1208, Ejea, Z), Luna (1151 a 1217, Ejea, Z), Añesa (1185, Z), Boquiñeni (1149, Gallur, Z), Zaragoza (1146), Ricla (1184, Z), Pina (1236, Z), Calatayud (1184, Z), La Zaida (1182–1272, Z), Mirambel (TE), Cortes (1165, Novillas, NA).

CATALUÑA

Fortalezas: Llers (GE), Castellón* (Ampurias, GE), Puigreig (1231, Berga, B), Mediona (Penedés, B), Mongay (1141, Balaguer, L), Pedrís (Bellcaire de Urgel, L), Corbins* (1143–1149, L), Grallera (Torrefarrera, L), Grañena* (1131, Cervera, L), Gardeny* (1149, L), Remolinos (Torres de Segre, L), Gebut* (Aytona, L), Montbrió (1269, Montblanc, T), Barbará* (1132, Montblanc, T), Espulga (1247, Montblanc, T), Prades (Montblanc, T), Ascó* (1181, Gandesa, T), Algás (Batea, T), Corbera (Gandesa, T), Gandesa, Miravet* (1153, Gandesa, T), Benifallet (Gandesa, T), Rasquera (Miravet, T), Horta* (1177, Gandesa, T), Pinell (Miravet, T), Buriacena (Tortosa, T).

Encomiendas: Aguaviva (1192, GE), Palacio (1294, B), Barcelona (1294), Barbens (1164, Bellpuig, L), Selma (1190, Valdosera, T), Juncosa (1199, T), Ribarroja (1277–1294, Gandesa, T), Huerta de San Juan (1198, T), Tortosa (1149, T), Masdéu (1132) y Perpiñán (1139, Rosellón francés).

VALENCIA

Fortalezas: Ares (CS), Peñíscola* (1294, CS), Pulpis (CS), Cuevas (CS), Cullá (CS), Chivert* (1233, CS), Moncada (1138, V).

Encomiendas: Burriana (CS), Valencia (1238).

MALLORCA

Desde las encomiendas de Palma (castillo de la Almudaina, 1230), Pollensa y Montucri, los templarios administraban trescientas sesenta y cinco casas, cincuenta y cuatro talleres y ciento veintidós alquerías.

En la crisis dinástica generada por el testamento de Alfonso I *el Batallador*, la nobleza navarra eligió a García Ramírez —señor de Monzón y de Tudela, hijo del infante Ramiro Sánchez, yerno, a su vez, del Cid y participante en la toma de Jerusalén de la primera cruzada— para restaurar su monarquía, territorialmente disuelta entre Castilla y Aragón tras el fratricidio de Sancho Garcés IV (1054-1076) en Peñalén. García Ramírez IV (1134-1150) entregó el lugar de Novillas en 1135 y en 1137 concedió en Tudela al maestre provincial Rigaldo Iuger el privilegio de exención de lezda (impuesto especial sobre las mercancías).

Su hijo, Sancho VI *el Sabio* (1150-1194) —futuro suegro de Ricardo I Plantagenet, Ricardo *Corazón de León*, por su boda con Berenguela en Chipre (12 de mayo de 1191)— cedió a los templarios un amplio territorio entre Fontellas y Ribaforada (1157), permitiendo construir presa y acequia en Fontellas en 1160. En 1173 les otorga el uso de las aguas sobrantes de los campos de Mosquera y la misma Fontellas. En Tudela —donde los templarios tuvieron heredades, pero no casa—, el monarca lega a la Orden la villa de Aberin (1177).

Las cesiones y donaciones habían sido copiosas desde los primeros tiempos. Entre los nobles, por ejemplo, hubo quien quiso seguir el ejemplo de *el Batallador*. Fortún García Cajal y su mujer Toda, en octubre de 1131, sin herederos ambos, designan como tales a los Santos Lugares. En concreto: a la Orden del Hospital ceden sus bienes en Zaragoza; al Santo Sepulcro de Jerusalén, las propiedades de Novillas y Cortes; las de Tarazona y Cunchillos, a Santa María de Belén; y al Temple, las propiedades de Tudela, Fontellas, Morzano, Castejón, Soiset y Alcotén.

En esta época, en los reinos de Castilla y de León el Temple también constituyó un arma fundamental al servicio de los reyes.

En el reino de León, las posesiones templarias más importantes fueron Ponferrada, Alcañices, Faro, Benavente, San Pedro de Latarce y Alba de Aliste. Fernando II de León (1157-1188), hijo de Alfonso VII *el Emperador*, invitó a la Orden a organizar el territorio del Bierzo. El castillo ponferradino se halla en manos del maestre provincial Guido de Garda al menos desde 1178, con frey Elías como bailío.

El mayor benefactor del Temple en León fue Alfonso IX (1188-1230). De fuerte temperamento, llegó a confiscar a los templarios, en 1204, la fortaleza junto al río Sil de Pons Ferrata (Ponferrada, se llamaba así porque el puente se reforzó con hierro en el siglo XI). Esta apropiación se reparó poco después, cuando el castillo fue devuelto al maestre provincial Gómez Ramírez en 1211, fecha a partir de la cual no dejará de ondear el bausante (el estandarte templario en sable y plata) hasta la disolución de la Orden.

En Castilla, una de las donaciones más significativas fue la fortaleza de Calatrava (fig. 52) en 1149, a cargo de Alfonso VII *el Emperador*, monarca de Castilla y León. Esto ocurría en el mismo año que se conquistaba Almería, por medio de una acción conjunta de todos los ejércitos cristianos, aunque la plaza sureña volvió a manos musulmanas diez años más tarde. La Orden renunció a Calatrava en 1157 y en 1158, en tiempos del rey de Castilla Sancho III *el Deseado* (1157-1158), el abad de Fitero (Navarra), Raimundo, ocupará la plaza, constituyendo el germen de la nueva Orden de Calatrava. La renuncia a Calatrava, motivada por cuestiones meramente estratégicas, representó una pérdida de prestigio público para el Temple, aunque la fama de la Orden se recuperó con creces en la batalla de las Navas de Tolosa (Jaén, 16 de junio de 1212), donde conformaron la vanguardia, junto con las demás órdenes. En aquella

decisiva jornada tomaron parte Alfonso VIII de Castilla (1158-1214), el navarro Sancho VII *el Fuerte* (1194-1234) y el aragonés Pedro II *el Católico* (1196-1213), contra el caudillo almohade Abu Abdallah Mohamed en Nasir, llamado *Miramamolín*. Alfonso IX de León (como se ha visto) y Alfonso II de Portugal (1211-1223) estuvieron ausentes en las Navas debido a las disputas dinásticas.

La tradición caballeresca de entregar las armas al fallecer continuó vigente en el testamento de Alfonso VIII, del 8 de diciembre de 1204, donde se especificaba que de las mismas se hicieran tres partes: las órdenes de Santiago y Calatrava recibirían una cada una, y la última se dividiría entre la del Hospital y el Temple, con dos tercios y un tercio respectivamente. Que los templarios sean los peor parados en el reparto no es sino fiel reflejo de las muy escasas donaciones que les entregó este monarca durante sus cincuenta y seis largos años de reinado.

Con las coronas de Castilla y León unidas de nuevo en la persona de Fernando III *el Santo* (1217-1252), los templarios vieron aumentado ampliamente su patrimonio. Capilla (9 de septiembre de 1236) y Almorchón (16 de diciembre de 1236) sumaban juntas casi mil kilómetros cuadrados. En tiempos de Alfonso X, la cesión de Alconchel, Burguillos, más Jerez y Fregenal, añadía a sus tierras dos mil quinientos kilómetros cuadrados más.

La participación templaria en la conquista de Sevilla (1247-1248) les reportó más legados en torno al Guadalquivir (casas en Sevilla y Córdoba).

Testimonio de la intervención templaria en los asuntos palaciegos es el apoyo del maestre provincial, Guillén, a Alfonso X *el Sabio* (1252-1284) en la rebelión de los nobles de 1272, mientras el comendador mayor, Gómez García, en ausencia ultramarina del lugarteniente de Castilla, León y Portugal, João Fernández, favorecía a su hijo y rival, el futuro Sancho IV *el Bravo* (1284-1295).

La Orden alcanzó extraordinarios niveles de crecimiento y prueba de ello es la diversidad en los métodos financieros. Por ejemplo, la encomienda vallisoletana de Luytosas tenía una finalidad únicamente recaudatoria, puesto que carecía de propiedad territorial. Se ocupaba de atesorar las aportaciones económicas en dinero o especie tras los fallecimientos, a modo de impuestos.

La presencia templaria en Castilla y León era sustancialmente menor que en la Corona de Aragón —aunque mayor que en el Reino de Navarra—. Las principales de las veintiocho encomiendas en el territorio castellano-leonés se hallaban en torno al Camino de Santiago.

A continuación se enumeran las principales posesiones de la Orden en el Reino de Castilla y León:

CASTILLA Y LEÓN

Fortalezas: Faro* (1200, C), Cornatel (con Rabanal y Pieros, LE), Ponferrada*

(1178, LE), Alcañices* (ZA), Carbajales de Alba* (ZA), San Pedro de Latarce* (VA), Santorcaz* (M), Villalba de Bolobras (Cebolla, TO), Ronda (El Carpio, TO), Montalbán* (1221, TO), Santibáñez el Alto (hasta 1220, CC), Milana (hasta 1203, Moraleja del Peral, CC), Castel Bernardo (CC), Benavente de Sequeros (Zarza la Mayor, CC), Alconétar* (CC), Esparragal (hasta 1236, Santiago de Carbajo, CC), Garlitos (1236, BA), Capilla* (BA), Almorchón (BA), Alconchel (BA), Jerez de los Caballeros* (BA), Burguillos (BA), Ventoso* (BA), Caravaca* (1266, MU), Cehegín (1266, MU), Bullas (1266, MU).

Encomiendas: Betanzos (hasta 1255, C), San Fiz de Ermo (LU), Neira (LU), Canabal (LU), Amoeiro (OR), Coya (Vigo, PO), Villarcázar de Sirga (PA), Alcanadre (1154, LO), Villapalmaz (Toral de los Guzmanes, LE), Mayorga (VA), Ceinos de Campos (1168, VA), Benavente (ZA), Tábara (ZA), Villalpando (ZA), Villárdiga (ZA), Zamora, Medina del Campo (VA), Salamanca, Ciudad Rodrigo (SA), Yuncos (TO), Córdoba y Sevilla.

Respecto a las actuales comunidades de Asturias, Cantabria y País Vasco, así como a la provincia de Burgos, no se han descubierto pruebas documentales escritas que demuestren la presencia de encomiendas, fortificaciones o iglesias, si bien recibieron algunas rentas en estos territorios (como la burgalesa de Frandovínez, por ejemplo). En Soria, el convento de San Juan de Otero, Ágreda, Villaseca de Arciel, Vozmediano y Yanguas son las únicas posesiones documentalmente probadas. En cualquier caso, dado el fin que tuvo la Orden, envuelto en persecuciones y acusaciones de herejía, es muy lógico pensar que muchos bienes que se suponen templarios lo fueron realmente, por cuanto durante muchos años se trató de ocultar el verdadero origen de aquellas propiedades.

Aunque todos los caminos son Caminos de Santiago —puesto que la senda empieza allí donde el peregrino comienza a andar hacia el sepulcro del Apóstol—, este capítulo se centra con más detalle en los lugares templarios más significativos en el Camino Francés.

UN POCO DE ARTE

Antes de pasar adelante, es necesario señalar algunos aspectos simbólicos de las edificaciones de la Orden para disponer de otro elemento de juicio a la hora de analizar las que presentan dudas.

La Orden del Císter desempeñó un papel clave en el desarrollo de la estructura templaria, tanto desde el punto de vista espiritual como organizativo. El investigador, por tanto, debe esperar que los criterios cistercienses se hallen presentes en el plano

artístico, aunque no en solitario, porque los templarios sumaron a su bagaje cultural muchos conocimientos ajenos a los que estaban difundiendo los discípulos de San Roberto de Molesmes, fundador, junto a San Alberico y San Esteban de Harding, de la abadía de Cîteaux, en Borgoña (21 de marzo de 1098), casa madre del Císter. En general, los conventos templarios, con casas dedicadas a la explotación agrícola y ganadera, eran construcciones rectangulares, con la capilla hacia el sur (y el ábside mirando al oriente), el refectorio al norte, la sala capitular al este y las bodegas y caballerizas al oeste.

Sin embargo, las construcciones propiamente religiosas suelen registrar ciertas peculiaridades, las cuales, a menudo, nos pueden facilitar la certeza que la ausencia de documentación, por la antigüedad y el desenlace histórico, nos niegan. En este sentido, hay que hacer un legítimo esfuerzo, no para imaginar lo que gustaría ver, sino para comprender y ser capaces de ir más allá de lo que simplemente se observa, sin salirse de la lógica, ni tampoco caer en el dogmatismo.

Dado que el papa Eugenio III (Bernardo Paganelli, 1145-1153), por la bula *Militia Dei* (7 de abril de 1145), los faculta para construir sus propias iglesias y capillas para sepultar a sus difuntos, es muy razonable pensar que los caballeros del Templo quisieran dejar su impronta en estas construcciones, como signo diferenciador, siempre que ello fuera viable y conveniente. No es extraño que la inspiración artística del Temple tuviera raíces orientales, ya que su origen y meta se hallaban en Tierra Santa, aunque es cierto que tales características no eran privativas del Temple.

Cuando Balduino II de Le Bourg, rey de Jerusalén (1118-1131), ocupa su nuevo palacio en la Torre de David, concede al germen de la Orden una parte de la zona que en su día ocupó el antiguo Templo de Salomón; custodios de la mezquita de la Cúpula de la Roca, reconvertida en oratorio, y la adjunta de Al Aqsa («La Única», 705-715), consagradas en torno a 1142 como *Templum Domini* y *Templum Salomonis* respectivamente. Saqueado y destruido por Nabucodonosor en 587 a.C. y por Tito en 70 d.C., el templo judío poseía tres recintos hasta llegar al Sancta Sanctorum.

La llamada, a posteriori, mezquita del califa Omar (Kubbat al Sakhr) se construyó en el monte Moria entre 687 y 691 por orden del califa omeya Abd al Malik. Este espacio cuenta con tres recintos concéntricos, una excepción en la arquitectura de la época. En el tambor de la cúpula, aún hoy se puede leer una cenefa epigráfica de doscientos cuarenta metros de largo que glorifica a Jesús. El exterior es octogonal y en el interior se encuentra un doble deambulatorio; el más externo, también de ocho lados, lo forman veinticuatro arcos que descansan en ocho pilares y dieciséis columnas. El interno, circular, posee otros dieciséis arcos que reposan en cuatro pilares y doce columnas. En el centro se custodia la roca del antiguo templo salomónico —la que según las tradiciones populares sellaba la entrada del *Tehom*, el caos acuático existente antes de la creación del mundo; la base de la Tierra; el ombligo del mundo, a partir del

cual Dios había hecho desplegarse la Tierra por entero, Sión— y *Bethel* —la piedra sobre la que Jacob tuvo el sueño divino y desde donde sonarán las trompetas del Juicio Final junto al Trono de Dios, descendido de los Cielos—. En total, cincuenta y cuatro metros de diámetro y treinta y seis de altura que, recogiendo el modelo arquitectónico ascensional de los *martyria* paleocristianos y los templos místicos griegos, rememora, de forma íntima, el encuentro del profeta Mahoma en su ascensión, cabalgando la yegua Borak a través de los ocho círculos celestes, hasta el trono del Supremo Ser.

Entre los sellos más empleados en la Orden como signos distintivos, es bien conocido uno en el que aparece la mezquita de la Roca, con su cúpula dominante. También el de la entrada del Santo Sepulcro, el *Anástasis*, monumento circular constantiniano construido entre los años 324 y 335, y sustituido por una nueva basílica en 1150. En estos dos santuarios, tan sagrados, además de verse cubiertos por una cúpula de 20,4 metros de diámetro interno, se custodia una roca con la reliquia de la huella del pie de quien ascendió a los Cielos. En Jerusalén, también son octogonales la iglesia de la Ascensión (330) y la tumba de la Virgen María (¿450?), destruida por Saladino en 1187.

Algunas de las iglesias templarias más importantes que hoy pueden ser admiradas son circulares y poligonales, como la de París —cuya rotonda desapareció durante la Revolución, aunque es conocida por dibujos preservados—, Laon —capilla octogonal con altar en hornacina frente al pórtico de entrada—, Londres —de 1135 la original y 1185 la ampliación, también circular—, Tomar —1160, de dieciséis lados, en el centro del dominio portugués— y el Santo Sepulcro de Segovia —1208, con doce lados, hoy Vera Cruz, en manos de la Orden de Malta (a la que sirvió de referencia constructiva) —; en Inglaterra se conservan Garway —Herfordshire, con motivos geométricos islámicos—, Temple Bruer, Douvres y Bristol; y en Tierra Santa destaca la capilla, también dodecagonal, de la fortaleza Château Pèlerin.

Los caballeros templarios, que se extendieron por gran parte de Europa, transmitieron estos códigos constructivos impregnados de carácter religioso (espiritual, funerario, iniciático). No obstante, en la mayoría de los casos, sus iglesias son rectangulares, de una sola nave, de quince a veinte metros de largo y de cinco a siete de ancho, con muros recios y contrafuertes planos, con vanos estrechos, en grupos de tres; tienen bóveda de medio cañón, con arcos fajones que forman bovedillas (normalmente tres) en la nave; el presbiterio, bien plano, bien semicircular, se cubre con una bóveda de horno.

ENCLAVES JACOBEO

Con frecuencia, los peregrinos acababan por formar parte de la cruzada generalizada contra los árabes. El período de máxima popularidad del Camino Francés coincide con las fases decisivas de la llamada Reconquista. La figura del apóstol Santiago (fig. 53) se asoció al discurrir bélico como «Matamoros», a partir de la mítica batalla de Clavijo (23 de mayo de 844, a dieciocho kilómetros al sur de Logroño), donde apareció a lomos de un blanco corcel, inclinando el resultado de la refriega para el bando de Ramiro I (842-850) frente al de Abderramán II (821-852). Esta nueva advocación guerrera aparece representada en numerosas iglesias, y en ella se reunían los conceptos de peregrino y cruzado en la misma egregia persona.

En una tremenda traición histórico-artística, en nombre de la peligrosa estupidez de lo políticamente correcto que nos invade en los últimos tiempos, recientemente el cabildo compostelano retiró la imagen del santo jinete de su propio templo, con una desconsideración a lo sacro sin precedentes; mientras otros, en locura semejante, pretenden otro insulto a la Historia, queriendo modificar la legendaria enseña aragonesa por el simple hecho de que luce cuatro cabezas de moro cortadas.

La presencia de la Orden del Templo de Salomón en el Camino de Santiago no se vincula estrictamente, por tanto, a la protección de peregrinos, sino también y a la vez, al combate contra el musulmán y los intereses crematísticos y cognoscitivos de los templarios. Además, ninguna orden militar desempeñó funciones de protección en exclusiva. Valga como referencia significativa que la de Santiago usó este nombre a partir de 1177, habiendo sido creada siete años antes como Orden de los Freires de Cáceres, para combatir al islam en tierras extremeñas. Que su advocación fuese la del Apóstol se debía a que su protector era el arzobispo de Compostela, a quien no le interesaba que Mérida, si era recuperada por castellanos o portugueses, pudiera restablecer la dignidad de arzobispado metropolitano, que Diego Gelmírez ganó para la ciudad gallega por el favor del papa Calixto II. Fernando II de León (1157-1188), tras la separación de Castilla y Portugal en 1157, también compartía esos intereses, para no verse sometido al poder eclesiástico de Toledo o Braga respectivamente.

De manera que, aunque sus principales posiciones no se hallen, en muchos casos, exactamente en el Camino Francés, los templarios podían cumplir de sobra la misión de proteger al peregrino, dada su presencia en el entorno. No debe olvidarse que, además de fortalezas y encomiendas, el largo brazo del Temple abarcaba granjas, molinos, fincas, rentas y otras posesiones.

La ausencia de patrimonio importante de la Orden en las grandes ciudades de la época (Pamplona, Burgos, León, Astorga, Santiago) indica, por otra parte, que sus intereses no coincidían necesariamente con los criterios habituales de enriquecimiento y distribución de nobles, prelados y comerciantes. Es más, pretendían evitar las envidias de éstos, como sucedíales en «su» ciudad de Tortosa, que acabaron permutando a Jaime II *el Justo* (1291-1327) por Peñíscola, Benicarló, Vinaroz, Ares,

Cuevas de Vinromán y Olleros.

En las referencias subsiguientes se han excluido los lugares con carácter templario atribuido de forma insuficientemente sólida en el Camino Francés a Santiago, así como los numerosos enclaves en los que las heredades de la Orden no han dejado mayor testimonio que el recuerdo de su existencia.

St-Jean-Pied-de-Port (Francia). Esta plaza, situada al otro lado de los Pirineos, perteneció a Navarra hasta el año 1530 y, con la cercana Ostabat, formaba la llamada Merindad de Ultrapuertos. Su castillo fronterizo fue cedido al Temple a finales del siglo XII, aunque lo vendieron muy pronto a los hospitalarios. Este tipo de actuaciones señala que el simple carácter jacobeo de un enclave no fue siempre razón de peso suficiente para mantenerlo. Los templarios se desprendieron del castillo de Saint Jean, aunque aquí confluían tres de las cuatro vías de Francia: las que tienen su origen en París (Turonense), Vézelay (Lemosina) y Le Puy (Podense).

Jaca (Huesca). En el tramo aragonés, después del frío y las nieblas de Somport, el peregrino se reconfortaba en su famoso hospital. Tanto Juan García Atienza (*La Ruta Sagrada*. Robinbook, Barcelona, 1992) como el «padre» del Camino, Elías Valiña Sampedro (1929-1989) y otros, en su famosa guía *El Camino de Santiago. Guía del peregrino* (Secretaría de Estado de Turismo, Madrid, 1982), confirman su existencia. Al parecer, un olmo sagrado «de la salud» crecía donde ahora se levanta un crucero. Es seguro que tras el primer legado, de 1148, le siguieron los suficientes como para que este enclave, dependiente de la encomienda de Huesca, albergara el conjunto oscense de bienes inmuebles más importante, en especial, molinos.

Artieda (Navarra). Doña María de Artieda lo donó al Temple en 1166. Hay una fortificación que, pese a las radicales modificaciones posteriores, estuvo ocupada por los caballeros.

Sangüesa (Navarra). A dos kilómetros de la población se encuentra la ermita de San Adrián, de origen templario —según J. García Atienza—, con numerosos signos de cantería.

Olcoz (Navarra). La portada de la iglesia de San Miguel, reformada en el siglo XVIII, es una réplica especular de la de Santa María de Eunate, lo que implica que sea de la misma época y se deba al mismo mazonero. El patronazgo de la parroquia perteneció a Carlos III *el Noble*, por donación del concejo en 1419. Después, la encomienda sanjuanista de Leache dispone del lugar, como propietaria, hasta el siglo XIX.

Eunate (Navarra). El enclave más singular del Camino es también uno de los más polémicos. En la soledad de Valdizarbe, la ermita de Nuestra Señora de Eunate (fig. 54), de planta octogonal, se halla insertada en el centro de un claustro, también octogonal. Sus curiosos símbolos y marcas de cantería, la cruz patada de los nervios cuadrangulares de su bóveda, la influencia musulmana (*tawaf*: desplazamiento circular

en torno a la Kaaba y a la Roca de la mezquita hierosolimitana), los osarios en los intercolumnios y sus extraños capiteles (la ausencia de gran parte de ellos impide conocer la narración completa), orquestan una extraña armonía que pacifica el espíritu y hacen de este lugar el objeto de infinidad de estudios. Aunque, como todo edificio medieval, se haya visto sometido a numerosas intervenciones (en arquerías y movimiento de capiteles externos en el siglo xvii), la estructura se ha mantenido con fidelidad.

El edificio cercano sustituyó a la primitiva «casa de Onat», sede de la cofradía de Nuestra Señora, que veló por este lugar tras los templarios. Por las catas en las cimentaciones de los alrededores, pudo haber un pequeño hospital de peregrinos, dedicación que quizás continuaron los ermitaños cofrades —de los que se trata más adelante—, aunque la cercanía de Puente la Reina, con todo tipo de servicios ya en la Edad Media, y la ausencia de testimonios escritos, plantea serias dudas acerca de éste como uso principal.

En cuanto a la supuesta fundación del templo por parte de una reina o rica dama, cuyos restos se encontraron frente a la puerta occidental —donde tradicionalmente le rezaban responsos los cofrades—, en la excavación de 1941, se mueve entre la prueba indiciaria y la imprecisión habitual del benefactor legendario, piadoso y ajeno. Lamentablemente, el esqueleto se llevó al osario del cementerio del cercano Muruzabal sin un análisis previo.

Se ha intentado establecer un paralelismo entre el santuario de Eunate y la capilla funeraria particular que edificó doña María de Leeth en el pueblo ribero de Milagro en 1170, aunque la ausencia de restos de la misma impide afianzar esta asociación. La teoría lanzada a principios del siglo xx por M. Élie Lambert, de este tipo de capillas para peregrinos, se debilitó cuando en la citada restauración de 1941, dirigida por el arquitecto José Yárnoz Larrosa, éste manifestó que «no aparecía vestigio alguno de la existencia del lucernario», de la linterna de los muertos que, en semejanza trazada con el prisma superior del templo navarro de Torres del Río, se procuró establecer. Añadir a esto que, temiendo las autoridades eclesiásticas la mengua de sus ingresos, hicieron prohibir al rey Sancho *el Sabio* los enterramientos de infanzones y labradores en la mencionada capilla de Milagro ese mismo año de 1170, con lo que no es de esperar un éxito en la difusión de esta variante arquitectónica.

La hipótesis según la cual Santa María de Eunate era una parroquia de despoblado no se sostiene, porque nunca figuró en los libros de fuegos del valle, donde se recogían, a manera de censo, los poblamientos permanentes.

En el siglo xix, el escritor Juan Iturralde y Suit propuso un origen templario para Eunate —relacionado con el convento de Puente la Reina— y, desde entonces, esta idea ha ido extendiéndose, pero también han de observarse algunas precauciones. Como advirtió el investigador José María Lacarra, no hay documento alguno en el

Archivo Histórico Nacional de Madrid que lo corrobore. (Cfr. Consuelo Gutiérrez del Arroyo: *Catálogo de la documentación de la Orden de San Juan de Jerusalén en el Archivo Histórico Nacional. Siglos XII-XIX*. Gobierno de Navarra, Pamplona, 1992). En la misma línea, tampoco hay referencia a esta posibilidad por parte del profesor honorario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra Santos Agustín García Larragueta («El Temple en Navarra», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11, Barcelona, 1981, Actas del Congreso Hispano-Portugués sobre «Las Órdenes Militares en la Península durante la Edad Media» de 1971, pp. 635-661).

Respecto a los cofrades citados en líneas superiores, construido el templo de Nuestra Señora de Eunate hacia 1170, el primer documento de los «cofrades de Onat» data de 1219; donde se refleja que se hallaba todavía en desarrollo, o formación, puesto que un tal don Brun dona una viña a la congregación. En 1229, don Lope de Puente dispone que sus exequias sean celebradas por estos cofrades en el pueblo cercano de Bargota. Al servicio de Santa María de Onate se dedicaban y al socorro mutuo de vivos y difuntos (*On+ate*: «buena puerta», en euskera; «el portillo de Bueno», *Unatermin*, como llaman en la zona al paraje; *ehun+ate*: «cien puertas»; *eu+nate*: «bien nacida», en latín). En las Ordenanzas de la Cofradía de Santa María de Onat, de 1487 y posteriores, no se menciona la atención jacobea, si bien es necesario recordar que en esta época, con el conflicto entre agramonteses y beaumonteses, se produjo un descenso del número de peregrinos en Navarra hasta alcanzar el nivel del siglo XVI, en el que el peregrinaje por esta zona no pasaba de ser una tradición oral.

¿Se debe concluir, entonces, que no hay relación alguna con el Temple? Como Tomás Biurrun y Sotil expone en su obra *El arte románico en Navarra* (Aramburu, Pamplona, 1936), el monumento se aleja del simbolismo puramente cluniacense, cisterciense y sanjuanista, y el templo parece asumir el carácter innovador templario. Resultaría incomprensible, por otra parte, que administrando la Orden una encomienda en la inmediata localidad de Puente la Reina, no hubiera existido alguna relación entre los freires y los cofrades, sea de propiedad, arrendamiento, protección o influencia. Además, García Larragueta hace referencia en *El Temple en Navarra*, al documento de permuta de tierras de cultivo de Novillas, al sur de la provincia, por otras situadas entre Obanos y Poyo (Pueyo), precisamente la zona en la que Eunate y Olcoz se sitúan. Este trueque tuvo lugar el 28 de febrero de 1175.

Puente la Reina (Navarra). Allí donde asegura la tradición que la reina Munia, esposa de Sancho III *el Mayor*, salvara el río Arga con el más bello puente del camino jacobeo (fig. 55), allí donde confluían y confluyen todos los peregrinos que por diversos ramales se dirigían y dirigen a Compostela, allí... también estaban los templarios.

García Ramírez IV *el Restaurador* ratifica en 1142, en la misma iglesia puentesina de Santiago, el fuero de Estella para la población de Puente la Reina, «aquella mi villa

vieja que di a los frailes de la Milicia del Templo de Salomón». En efecto, se trataba de una ratificación, porque el fuero había sido otorgado por Alfonso I *el Batallador* a los pobladores de «Ponte de Arga, que también se llama de la Reina». Los vecinos debían de abonar a la Orden un censo por las casas; teniendo prohibido cobrar hospedaje a peregrinos por la noche o venderles el pan y el vino. En 1146, *el Restaurador* recuerda a un caballero llamado Grison, en su nombre, «que estos víveres pueden ser comerciados, pero no hospedar a pobres transeúntes por dinero, sino por amor de Dios, so pena de pagar a los Caballeros del Temple y al rey sesenta sueldos». Los templarios ejercieron como hospitaleros de peregrinos, aunque estas funciones las desempeñaron después los racioneros diocesanos y, más adelante, los sanjuanistas (en 1443 en la práctica y en 1469 oficialmente). Aunque los templarios, inicialmente, se situaron en la zona de Zubiurrutia, al otro lado del Arga, el centro de su actividad era la iglesia de Santa María de los Huertos (unida por un pórtico al hospital), hoy conocida como iglesia del Crucifijo. Según Clara Fernández-Ladreda Aguade (*Imágenes de crucifijos góticos navarros de los siglos XII y XIV*. Pamplona, 1999), además de la teoría que le asigna un origen renano, su famoso Cristo clavado en una simbólica cruz de pata de oca podría deberse a Giovanni Pisano, o su taller; se talló entre 1280 y 1310, y llegó a Santa María antes de 1328.

En el camino de Mañeru (kilómetro 26) tuvieron los caballeros templarios una casa fortificada, en el despoblado de Bargota (distinto del pueblo vecino de Torres del Río), que pasó a manos del Hospital en 1313 y fue demolida en 1778. Previamente, los sanjuanistas trasladaron a las hermanas religiosas que cuidaban del lugar a la encomienda de la que se adueñaron en Puente la Reina, dentro de su priorato de Navarra.

Torres del Río (Navarra). Como un perfecto y sorprendente joyero de doble cuerpo octogonal, oculta entre el caserío, la iglesia del Santo Sepulcro aparece como un punto de referencia en el Camino de Santiago. Tildarla de templaria, simplemente por su mezcla de estilos románico, bizantino e islámico, similar al que puede verse en Eunete, no es una razón suficiente para adscribirla a los templarios, aunque pueda sospecharse. De manera que existen varias teorías acerca de su paternidad.

El padre José de Moret y Alesón (1615-1687), jesuita, historiador y cronista del Reino de Navarra, dice en sus *Anales del Reino de Navarra* (1684-1704): «A Irache y su abad Arnaldo, donó este año [1102] el señor don Ximeno Galíndez un monasterio suyo en Torres, junto al camino» (*Anales del Reino de Navarra*. Reedición: E. López, Tolosa, 1890-1892; tomo V, pág. 274). De este recinto monacal, bajo la advocación de Santa María de la Redonda, quedan hoy unas pocas ruinas a la entrada del pueblo, a la derecha del Camino. En 1172, la bula del papa Alejandro III dirigida al abad de Irache, Viviano, también testimonia la pertenencia a este cenobio. En 1312 se hizo con él Juan Martínez de Medrano. Ahora bien, ¿el Santo Sepulcro de Torres perteneció al

monasterio de Santa María? Decididamente, no, por cuanto los documentos diferencian «las tierras de Santa María» y las «del Sepulcro».

En el siglo xvii —como el padre Moret también señala—, frente a la puerta del Santo Sepulcro «se han descubierto modernamente cuerpos vestidos con telas de seda, y cintos con los hierros dorados». Esos restos no pertenecen en ningún caso a caballeros templarios puesto que éstos eran enterrados boca abajo, con un simple sudario (como los hallados en Aberin) y sin joya alguna. Estos enterramientos y la linterna —réplica superpuesta, a escala, del cuerpo principal del edificio— refuerzan su carácter funerario (iluminando al alma en su camino al Más Allá), y la dedicación que en algún tiempo tuvo como cementerio de personalidades. De todas formas, en esa época ya existían edificios consolidados en la situación que insinúa Moret, lo que invita a pensar que el cementerio se hallara algo más apartado.

Por otra parte, frente a quienes han advertido que la linterna servía para guiar a los peregrinos durante la noche, cuando ni siquiera hoy se desplazan antes del alba (excepto algunos ansiosos, desconsiderados con el descanso ajeno) y la propia disposición del Sepulcro, escondido en la hondonada del valle (al contrario que la iglesia parroquial de San Andrés, en la parte alta del pueblo), se deben considerar seriamente posibles usos simbólicos, además de los meramente prácticos.

En su obra *La Orden del Santo Sepulcro en la Navarra Mayor* (Ipar, Pamplona, 1993), el padre jesuita Valeriano Ordóñez, capellán de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, demuestra, con un documento del archivo de la catedral de Calahorra, que los caballeros sepulcristas se hallan presentes en Estella, Torres del Río y Logroño en torno al año 1211. En Logroño se hallaba desde 1144 —con el hermano Alejandro al frente del priorato de Santa María—, un organismo sepulcrista llamado «la Imperial de Palacio», antes incluso del de Calatayud, fundado en 1156 por Giraldo, prior de España. También existe un documento, fechado el 25 de noviembre de 1325, en el que fray Pedro de Torres, comendador del Santo Sepulcro de Torres, en nombre de toda la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, realiza una permuta de tierras. A mayor abundamiento, en agosto de 1328, la casa del Santo Sepulcro de Torres fue visitada por «don fray Juan de Logroño, procurador de todos los bienes de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén en Castilla y León, en Portugal y en Navarra, y visitador y reformador de todos los bienes y personas de la dicha Orden en toda España, Rosellón y Francia».

En el testamento previo a su marcha a la octava cruzada (1268-1270), el rey de Navarra, Teobaldo II *el Joven*, asigna diez sueldos al hospital de peregrinos de Torres. La versión de la cruz patriarcal que luce el tímpano de la entrada del Santo Sepulcro pertenece a las intervenciones llevadas a cabo en el siglo xvi. En cualquier caso, como se demuestra en la planta de la iglesia de Villalcázar de Sirga, también los templarios la utilizaron como símbolo, mientras que los sepulcristas acabaron tomando la de

Jerusalén.

Luego, permanece la duda de quién edificó la beldad de iglesia que hoy se admira, el doble octógono tan equilibrado y evocador, con su mística cúpula que recuerda a la del mihrab de la mezquita de Córdoba, puesto que, si no hay pruebas definitivas de la autoría templaria, tampoco existen datos de que fuera benedictina o sepulcrista. Íñiguez Almech (en *Príncipe de Viana*, 1968) la data entre 1160 y 1170 en comparación con San Martín de Unx (1159).

Separada por muy pocos kilómetros hacia el norte, la pequeña aldea de Desojo figura como legado, en 1157, de parte de Martín Rodriz al Temple, confirmado después por Sancho VI *el Sabio*.

Villafranca de Montes de Oca (Burgos). Según García Atienza, lo que en la actualidad es una granja deteriorada fue casa y hospital templarios. No sería raro, puesto que en estos montes se ocultaban numerosos bandidos prestos para asaltar a cuanto peregrino solitario se aventurara en la espesura boscosa y esquivara a los siempre acechantes lobos.

Villalcázar de Sirga (Palencia). Esta localidad está situada a seis kilómetros de Carrión de los Condes y se llamó Villasirga (Villa del Camino) hasta 1661. No hay noticias claras sobre la fecha de su fundación, pero parece que fue en 1157 o 1158, patrocinada por doña Sancha, hermana de Fernando II de León y casada en 1158 con el rey navarro Sancho VI *el Sabio*. A este respecto, detrás del Cristo del calvario del ábside de la iglesia de Santa María la Blanca, a trece metros de altura, hay una piedra consagratória con la siguiente inscripción:

IN NOMINE : DOMINI DONA : SANCHA
NABARRA : DE : GALETA : E ME PUSO A MI :
E OTROS CANTOS: SIT ILLA BENEDICTA : DES

Pronto se convirtió en la mayor encomienda templaria del Camino, junto a la de Ponferrada y San Fiz de Ermo. Hasta el punto de que, aunque originalmente la Ruta Sagrada pasaba de Frómista a Carrión por Arconada, esquivando esta villa por cuatro kilómetros, su importancia modificó el itinerario.

Esta encomienda se vio favorecida por la monarquía, como lo demuestra la devoción de Alfonso X *el Sabio* por la Virgen Blanca —en la capilla de Santiago de la citada iglesia puede verse la talla—, a quien dedicara catorce de sus cantigas (números 31, 217, 218, 227, 229, 232, 234, 243, 253, 268, 278, 301, 313 y 355).

*Esta foi en aquel tempo
que a Virgen començou
a facer en Vila-Sirga*

*miragres, porque sâou
a muitos d'enfermidades
et mortos ressocitou.
Cantigas de Santa María, 278*

En la misma capilla pueden contemplarse las tumbas de su levantisco hermano, el infante don Felipe (quinto hijo de Fernando III *el Santo* y Beatriz de Suabia) y de su segunda esposa, doña Leonor de Castro y Pimentel. Son dos sepulcros bellamente labrados por Antón Pérez de Carrión, y se situaron, hasta 1926, a los pies del templo, bajo el coro desaparecido. Aparecen esculpidos los caballeros templarios, con sus mantos albos, cruces en gules y escudos. Constituyen una de las escasas representaciones iconográficas de los monjes-guerreros.

El tercer sepulcro de la capilla jacobea es el de don Juan Pérez. (En la cabecera dice: «AQUÍ YACE JUAN PÉREZ. ERA DE MCCCXXXVIII», refiriéndose al año 1300, dado que, en Castilla, se conservó la Era Hispánica hasta 1383, cuando Juan I adopta la Era Romana). Hay que inclinarse a considerarlo caballero de Santiago, por la heráldica y lo excesivamente lujoso que resulta para el carácter templario. Es más, el hecho de que porte un halcón en su brazo izquierdo contravendría el artículo LV de la Regla primitiva: «Prohibimos colectivamente a todos los hermanos que cacen un ave con otra ave». De esta forma, y a falta de más datos que confirmen una opción, si la fecha del sepulcro es correcta, o bien fue un noble que no perteneció a la Orden de Santiago — puesto que en 1300 la iglesia era posesión del Temple—, o bien se debe entender «era» como «año», lo que se antoja demasiado forzado. Si la datación del óbito se grabó años después de la muerte del caballero —algo nada extraordinario—, cabe la posibilidad de que se cometiera un error en la misma.

Pero no son estos datos, solamente, los que ponen de relieve la importancia del lugar. La inmensa iglesia (hasta diecisiete metros en el interior), de tres naves cistercienses de testero plano y doble crucero a dos alturas, conformando una planta de cruz arzobispal, con columnas pareadas, hispano-languedocianas, y el frecuente «adorno» templario de cabezas en paredes y capiteles, fue acabada, en lo fundamental, en 1195, aunque la portada no se concluyó hasta 1274. La imponente mole del templo, erguida sobre el caserío del pequeño pueblo, manifiesta, una vez más, no sólo el poderío alcanzado por la Orden, sino también que la consideración de las poblaciones actuales no tiene por qué corresponder con la que ostentaron en el pasado. Lo que hoy queda del templo no es más que una pequeña muestra de lo que fue antaño, cuando las naves se prolongaban en el lado oeste, donde se abría la puerta del Ángel, a la que pertenecen las esculturas que hoy coronan la fachada y decoran el interior.

El alcázar, adosado a la iglesia, tenía dos torres almenadas, cuyo resto más visible es la escaraguaita o garita voladiza del lado norte. El actual casco urbano estuvo

protegido por murallas, acogiendo dos iglesias más (San Pedro, hasta 1560, hoy almacén, y San Cebrián, hoy ermita de la Virgen del Río), como señala una relación de beneficios diocesanos de 1345.

La dieta del hospital de la calle Grande (Camino de Santiago), en el siglo XIII, estaba compuesta por dos panes, vino, carne tres días por semana «y a los que pasen el día o lleguen de nuevo», una ración de conducho (provisión de comida), queso y manteca de oveja.

Carrión de los Condes (Palencia). Pascual Madoz no apoya documentalmente la hipótesis de que la iglesia de Santiago fuera templaria. (El friso de su fachada, del siglo XII, recuerda, sospechosamente, al pórtico de Villalcázar de Sirga). Pero es seguro que la Orden poseyó, al menos, un molino en la población; ese molino fue derruido en 1432.

Terradillos de Templarios (Palencia). La Orden tuvo heredades en torno al arroyo llamado Templarios; dependían de la encomienda de Villasirga. Parece que eso fue todo lo que poseía en este lugar. Según Julián González, estos bienes fueron donación de Alfonso VIII en 1191.

Rabanal del Camino (León). Bajo el dominio de la sede de Ponferrada, la casa frente a la parroquia de Santa María de la Asunción quizá estuviera relacionada con la explotación de las minas auríferas del cercano paraje de Las Médulas, aunque estos detalles no constan en ningún documento.

Ponferrada (León). Una de las fortalezas más famosas de los templarios se encuentra en esta localidad berciana. Todavía hoy luce orgullosa sus cruces *tau* (T), que tanto emplearon estos caballeros, y su triple muralla. El castillo dominaba otros enclaves importantes de la comarca, como la encomienda de Rabanal, las cercanas fortalezas del inexpugnable Cornatel (Ulver, en la época), Sarracín y Antares (hoy Castro de Veiga, en Vega de Valcárcel) y Corullón —el actual castillo, del siglo XV, puede que fuera casa-convento; se halla junto a la iglesia de San Miguel—, y las casas de Priaranza del Bierzo, Pieros (Cacabelos) y Valdueza (Coto de San Pedro de Montes), vinculados a la tradición religiosa popular por el hallazgo de la patrona, Nuestra Señora de la Encina, en el hueco del tronco de uno de éstos árboles, durante la construcción del bastión. Tanto dominio a las puertas de Santiago, en la última concentración urbana —junto a Villafranca—, testimonia el control y protección de los templarios en el Camino.

Juan Pedro Morín y Jaime Cobreros —basándose en los estudios del ponferradino Luis San Juan—, en su obra *El Camino iniciático de Santiago* (Ediciones 29, Barcelona, 1999), relacionan las formas de las doce torres de la fortaleza de Ponferrada con las siluetas de las constelaciones zodiacales, lo cual supondría que el conjunto arquitectónico templario podría considerarse un gran observatorio astronómico.

Cacabelos (León). En Pieros, los templarios tuvieron adjudicada la iglesia de San Martín, consagrada en 1024.

Villafranca del Bierzo (León). Como García Atienza apunta (*Los enclaves templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1995), dentro de una zona de tanta raigambre templaria, la iglesia de San Juan, hoy ruinoso, a las afueras de la población, también lo fue.

Vega de Valcárcel (León). Los castillos de Sarracín (Sarracino, conde de Astorga del siglo IX) y de Antares, en el castro de Vega (siglo XI), solamente pueden serles atribuidos por algunos indicios.

Temple (Lugo). Una vez pasado el puerto de El Cebrero, una estrecha carretera conduce a tres kilómetros a la aldea de dicho nombre. Éste es el único resto de la presencia de la Orden en ese lugar. En buena lógica, los templarios ejercieron de arrendadores.

San Fiz de Ermo (Lugo). Donde hubo una encomienda templaria hoy es un emplazamiento despoblado, perteneciente al municipio de Guntín, cerca del Camino (Alto del Hospital); la encomienda compartía dedicación jacobea con la sanjuanista de Portomarín. Su presencia data de antes de 1166, pues, en esta fecha, Bernardo Muñoz dona a los templarios del lugar algunos de sus bienes. Los numerosos pleitos territoriales y hereditarios, con los benedictinos de Ferreira de Pallarés y con los santiaguistas, demuestran los conflictos habituales entre las distintas órdenes y organizaciones medievales, pero, sobre todo, explican la amplia presencia del Templo en esta zona.

Algo más alejadas del itinerario habitual de peregrinación se hallaban las encomiendas de Canabal (Mufate, Lugo) —de la que dependían al menos las iglesias de Canedo (Brollón), Taboada y Santa Cruz de Asma (Chantada)— y la de Neira (de los Caballeros), con su iglesia románica de Santa María Magdalena. Cabe resaltar en este templo el *Agnus Dei*, de iconografía templaria, en su tímpano. En 1310, el hermano Diego Gómez era comendador de las dos encomiendas (Canabal y Neira); ambos establecimientos eran de carácter productivo.

Faro (La Coruña). La única encomienda militar de Galicia, en el inicio peninsular del llamado Camino Inglés, donde los peregrinos del norte de Europa desembarcaban. La iglesia de Santa María del Temple (Cambre) y la fortaleza desaparecida en el vecino puerto de El Burgo eran los pilares de la encomienda. Otra propiedad templaria en esa zona era la encomienda de Santiago de Sirgas, concedida en 1211 por Alfonso IX.

Betanzos (La Coruña). Esta encomienda, cercana a la anterior, también fue concesión de Alfonso IX, en 1214 o 1219. El 5 de julio de 1255, dicho monarca intercambia la plaza con el maestre provincial frey Martín Núñez a cambio de la plaza de Alcañices, en la actual provincia de Zamora.

En Betanzos, en la actual iglesia de San Francisco, hay un *Agnus Dei*, reutilizado del templo anterior, muy semejante al referido en Neira.

Resulta muy interesante ejemplificar el valor que también tuvieron las hermanas del Templo, grandes desconocidas. El 20 de junio de 1201, Urraca Vermúdez, hija de Vermudo Pérez de Traba y doña Teresa —hija a su vez de la homónima reina portuguesa que tanto apreció a la Orden—, aparece como firmante en la compra de una heredad de Betanzos y se declara «*soror Templi*». El 2 de julio del mismo año, ella misma amplía el patrimonio con unas tierras situadas entre los ríos Mendo y Mandeo, bajo la firma «*soror militiae Templi*».

Coya (Pontevedra). La encomienda de San Martín de Coya englobaba los lugares de Gándara, Quintela, Acena, Figueirido, Esturcani, Aleyo y Pardaúña. Su emplazamiento, a dos kilómetros de Vigo, permite pensar, frente a las dudas de otros investigadores, que los templarios, además de sus labores habituales productivas, velaban en este lugar por los peregrinos, dado que se encontraban en el acceso español de las vías jacobeanas portuguesas.

En Pontevedra tuvieron casa —como en tantos otros lugares— junto al barrio judío, detrás del edificio que hoy ocupa el Parador Nacional de Turismo.

Amoeiro (Orense). A quince kilómetros al noroeste de Orense, los topónimos Arroyo de Frades y Puente de Frades sugieren la presencia de los monjes guerreros del Temple en aquella zona. En 1310, las encomiendas de Coya y Amoeiro eran dirigidas por el mismo caballero: frey Sancho Alfonso. En paralelo a Coya con el Camino Portugués, fijándose que la actual provincia de Orense es la antesala de Santiago para los peregrinos que, subiendo por el Camino Mozárabe, no se habían unido al resto en Astorga, la consideración de lugar jacobeo no resulta nada descabellada, una vez más.

Sin pecar de exhaustividad, no se quisiera concluir sin ofrecer tres comentarios, que certifican la vinculación de templarios con peregrinos.

El Camino Catalán se halla sembrado de encomiendas: Castellón de Ampurias, Aguaviva, Palacio, Barcelona, Selma, Barbará, Grañena, Barbens, Corbins, etcétera; y fortalezas: la del susodicho Castellón, Puigreig, Grañena y Gardeny, y las oscenses de Chalamera-Belver y Monzón en el Camino Aragonés.

En la población alavesa de Salinas de Añana, famosa desde antiguo por su producción salinera, y en la ruta jacobea que seguía la vía romana Burdeos-Astorga, la cual atraviesa el valle de Valdegovía, se levantó el monasterio de Atega, de las hermanas de la Orden de San Juan. Éstas, en 1536, dirigiéndose a su gran maestre manifiestan que su fundación es «la más antigua que hay en España de religiosas nuestras, por tradición en ella y en toda aquella comarca, de aver sido de templarios.» (Fr. Agustín de Funes: *Crónica de la ilustrísima milicia y sagrada religión de San Juan Bautista de Jerusalén*. Valencia, 1626; Zaragoza, 1639).

En la misma provincia se halla la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Tuesta, a cuatro kilómetros de la plaza anteriormente citada. La obra principal del edificio es del siglo XIII, en estilo románico en transición al gótico, y presenta las suficientes características específicas para poder considerarlo templario. La portada norte —hoy acceso a la capilla del Cristo de la Vera Cruz y antes a la troj (depósito de frutos y granos)—, remite al gusto cisterciense por su sobriedad; pero por su misma presencia en ese lugar, tan rara en un entorno rural, precisa de otras funciones más complejas que las diocesanas. Cistercienses son, asimismo, las columnas pareadas de las pilastras que sostienen el templo, como las de Villalcázar de Sirga. Los veinticinco capiteles-cabeza del interior recuerdan a otras construcciones templarias, como la citada de Villalcázar de Sirga. La Virgen medieval (siglos XII–XIII), que siempre se ha venerado en el interior, lleva el apelativo de «Blanca», como la que da título a la encomienda palentina de Santa María de Villasirga. No sólo el tema, sino la disposición de las siete esculturas que coronan la entrada, exaltando la Epifanía, coinciden con las de la línea inferior de dicha encomienda.

Por otro lado, la capilla más antigua del templo, la primera del lado norte (hoy trastero), al menos en el siglo XVII estaba dedicada al Apóstol, relacionando, de nuevo, la advocación jacobea con la Orden. La capilla santiaguista de Villalcázar es del siglo XVI. Es razonable suponer que, en ambas, el culto a Sant Yago era bastante anterior.

Finalmente, quizás la «clave», valga la redundancia, nos la desvelen las dos claves más importantes del edificio. La que remata la bóveda sobre el altar y la del cuarto tramo del templo, entre las entradas septentrional y meridional. En la segunda, una cruz patada se adapta al círculo de la pieza. En la primera, dos ángeles elevan hacia Cristo —bendiciendo a los fieles y avisando a los ricos— una cruz procesional patada. Curiosamente, se conserva la policromía de todo el conjunto, pero no de la cruz, que aparece decolorada a propósito, aunque se atisba un tono rojizo.

Quienes quisieron hacer olvidar al Temple —o quienes se vieron obligados a ello— tuvieron que reconducir la devoción popular en las posteriores cofradías de la Virgen Blanca y de la Vera Cruz.

Aún un último dato: según Saturnino Ruiz de Loyzaga, los caballeros templarios cuidaban de una iglesia dedicada a San Cosme y San Damián en Villamaderne y un convento en Bellogín, a tres kilómetros al noroeste y al norte de Tuesta, respectivamente. (*El templo parroquial de Tuesta*, tomo XXII. Sancho el Sabio, Vitoria, 1978; y *Monasterios altomedievales del occidente de Álava*. Valdegovía. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1983).

Y, sin embargo, no hay «papeles», lo cual muestra que, para conocer «toda» la verdad, el interesado no debe limitarse a los documentos escritos, del mismo modo que tampoco tiene que elucubrar complejas tramas y fantasiosos argumentos, tan de moda

actualmente. Con el tiempo, la piedra es mucho más elocuente.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Se considera que, con lo expuesto, ha quedado probado que la Milicia de Cristo se instaló premeditadamente en el Camino de Santiago, continuando con ello una de sus labores fundacionales: la protección de peregrinos. La defensa y protección del Camino no sólo se encomendó a la Orden templaria, sino a otras organizaciones monásticas y guerreras. Los aspectos más reveladores de este trabajo pueden resumirse en dos apreciaciones: la primera, que el Temple no descuidaba sus trabajos productivos y bélicos habituales, y que los asumía al mismo tiempo que ofrecía asilo y protección a los peregrinos. El segundo asunto hace referencia a los múltiples «caminos» de Santiago: el Temple estuvo presente allí donde los peregrinos lo necesitaban, en las distintas variantes que conducen a Compostela (fig. 56).

Peregrinos, palmeros, romeros, templarios..., en definitiva, todos buscando lo mismo, es decir, Al Mismo.

RAÚL RIESCO MARTÍNEZ (Bilbao, 1974). Investigador histórico y articulista, especializado en la Orden del Temple, reside en la principal encrucijada del Camino de Santiago: Puente la Reina (Navarra). Miembro de la junta directiva de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA y del consejo de redacción de Boletín Temple. Ha participado en el Ciclo Cultural de Otoño 2004, celebrado en el monasterio de Irache (Ayegui, Navarra), con una ponencia sobre el Temple y su establecimiento en el Camino de Santiago. Es también mariscal y preceptor de Navarra del Priorato Internacional de la Supremus Militaris Ordo Templi Hierosolymitani (SMOTH-PIT).

***De cómo el Temple llegó a América
antes del descubrimiento oficial***

JOSÉ ANTONIO HURTADO GARCÍA

A lo largo del siglo xx, historiadores rigurosos han planteado hipótesis muy consistentes sobre la posibilidad de que América fuese conocida, al menos, desde las navegaciones fenicias por el Atlántico y que quizás el origen de alguna de las grandes civilizaciones mesoamericanas y sudamericanas tuviesen su origen en estas navegaciones. Por otro lado, el antropólogo y explorador noruego Thor Heyerdahl (1914-2002) demostró que era factible la navegación en una balsa de papiro desde las costas norteafricanas hasta el Caribe, y hay, además, toda una tradición cultural en aquellas tierras que habla de hombres barbados o rubios que procedían del este. Las conclusiones no pueden ser definitivas porque faltan restos arqueológicos directos que permitan enlazar uno y otro continente.

Nunca se ha pensado que los musulmanes hubiesen realizado tales viajes, porque, por un lado, ya contaban con un «imperio cultural» que abarcaba desde las Filipinas hasta el Sáhara occidental —incluyendo la mayor parte de la península Ibérica en la época de su máxima expansión—, y por otra parte, la forma en que los mahometanos se asentaban sobre los territorios ocupados habría dejado en el continente americano restos religiosos fácilmente detectables. Sin embargo, el hecho de que en el momento de la detención de los caballeros templarios la mayor parte de la flota se encontrase concentrada en su puerto atlántico de La Rochelle, y que no haya aparecido absolutamente ningún documento interno de una orden que se suponía inmensamente rica, ha generado todo tipo de teorías especulativas y sensacionalistas sobre la desaparición de la flota, del presunto tesoro y de los documentos; y, como es natural, el «viaje americano» siempre ha estado entre las posibilidades que se han barajado, aunque la inmensa mayoría de los trabajos publicados no han pasado de ser especulaciones.

Este capítulo es un pequeño resumen de un trabajo de investigación que dura casi una década y donde los cálculos matemáticos y geográficos tienen un peso específico muy importante. Mediante estos análisis se puede verificar que el almirante Cristóbal Colón (1451-1506), navegante y descubridor al servicio de España, siguió en su primer viaje una ruta que anteriormente habían seguido el Temple y los musulmanes; y puede deducirse que los árabes, en fecha muy temprana —a principios del siglo ix—,

destruyeron los escritos de los matemáticos clásicos que se guardaban en Alejandría y los sustituyeron por copias manipuladas con el fin de que nunca se descubriese una ruta que habían decidido ocultar deliberadamente. Y esto también puede probarse. Lo que se deduce es que alguno de los textos originales auténticos y no manipulados cayó en manos del Temple, con lo cual la Orden pudo establecer contacto con culturas americanas ya desarrolladas o en fase de desarrollo y de las que obtuvo un comercio beneficioso para ambas partes.

En las páginas que siguen trataremos de resumir y narrar, en la forma más sencilla posible, algunos de los puntos clave de esta investigación, procurando limitar el nivel técnico y científico del trabajo con el propósito de que sea accesible al mayor número posible de lectores. Así pues, de antemano pedimos disculpas a aquellos que tal vez apreciarían más concreción en los análisis matemáticos y cartográficos; en todo caso, los especialistas encontrarán al final de este texto las referencias bibliográficas pertinentes para un estudio exhaustivo.

EL COMERCIO DE JOYAS Y METALES PRECIOSOS

En principio, es necesario remontarse a los cuatro primeros siglos de nuestra era, cuando Roma era el centro más importante de poder y de consumo (la ciudad sobrepasaba el millón de habitantes desde casi antes del inicio del primer siglo). A la ciudad llegaban todo tipo de mercancías, pero, sobre todo, oro, plata y productos exóticos de Oriente; la protección de ese comercio es fundamental para entender muchos de los aspectos de la política de los emperadores. Una parte del oro y la plata se quedaba en la ciudad, pero otras grandes sumas emprendían el camino de la India para pagar los productos procedentes de aquellos territorios: seda, marfil, piedras preciosas, perlas, etcétera. La caída del Imperio Romano, a mediados del siglo V, termina con ese modelo comercial y significa el derrumbe económico de la propia organización social que mantenía al Imperio; todo lo que hoy llamaríamos la «organización del Estado» se viene abajo y, con ella, la *res publica*, es decir, todo lo «no privado»: comunicaciones, servicios sociales —el Imperio asignaba una determinada cantidad de trigo para sus ciudadanos menos pudientes—, juegos, teatro, etcétera.

Con el Imperio derrotado, la organización tribal de los invasores bárbaros, que únicamente se unían para la guerra, se impone desde las islas Británicas hasta la actual Turquía, y únicamente la Iglesia católica queda como estandarte visible de lo que un día fue el mayor poder conocido: la Iglesia era la imagen recordatoria de una forma de vida y un modelo económico que tardará muchos siglos en rescatarse. Esa vertiente «terrenal» del liderazgo eclesiástico nació casi de un interés nostálgico, de aquellos

que veían en la Iglesia un pasado de unidad territorial y un alto nivel económico que pretendían recuperar. Evidentemente, la Iglesia asumió sin reticencias esa representación de unidad imperial. A veces, incluso, pretendió dirigir el poder terrenal para que recuperase el modelo económico y social unificado del Imperio Romano.

Es necesario llegar hasta el siglo XIII para encontrar un nivel comercial semejante al de la época del Imperio, pero con varias diferencias: en lugar de un poder central, existen diversos poderes locales (ciudades, reinos, repúblicas) que puján por las mercancías en origen o en distintos puertos y ciudades de destino; los propios comerciantes compaginan su labor de compra y venta con los pillajes y tropelías propios de los piratas y corsarios; la moneda única del Imperio ha desaparecido y ahora existe una gran diversidad, lo cual fomenta la especulación en función de los parámetros económicos locales; y, por último, las minas de oro europeas están prácticamente agotadas y las de plata, aunque aún se descubren nuevos yacimientos, no justifican el nivel de consumo existente en este período, según opinan algunos estudiosos.

Pero es imprescindible señalar un aspecto especialmente relevante: la cristiandad — prácticamente la zona europea del Imperio Romano— estaba en guerra con distintas facciones islámicas (no con el islam, como normalmente se generaliza). Es la época de las cruzadas. Primero se reconquista Jerusalén y después se lucha por su mantenimiento frente a los musulmanes. Por supuesto, otros grupos musulmanes no estaban en guerra con los cruzados y mantenían relaciones con ellos en distintos grados, desde amistosas hasta de «mala vecindad». Esa guerra casi generalizada en el Mediterráneo, como todas, generaba consumo en los puntos de avituallamiento, consumo de materiales, de armas, de víveres, etcétera, pero los musulmanes eran un factor de inestabilidad añadido al comercio, en función de las relaciones de cada grupo existente a lo largo de la costa africana con los cruzados.

Hasta las grandes crisis del siglo XX, el oro y la plata han sido los patrones para medir el valor de cualquier mercancía. Para ello, las distintas monedas llevaban en su aleación una cantidad de estos metales y la cantidad de oro o plata confería los distintos valores a las monedas. Una moneda «valía» más cuanto más oro o plata contuviese en su aleación, así que se puede comprender entonces que todo ese ingente tráfico comercial del siglo XIII, al que podemos añadir el coste de las construcciones de la multitud de iglesias góticas o palacios y castillos, puentes, etcétera, necesitaba de oro y plata en grandes cantidades en los lugares donde se acuñaban las monedas (denominados cecas). Los historiadores están absolutamente seguros de que estos metales entraban en Europa por rutas africanas y se han estudiado los caminos que seguían las mercancías desde el centro de África hasta la costa, pero el estudio macroeconómico de lo que se estaba consumiendo, de lo que se generaba y de lo que se importaba no aporta datos suficientes para saber si se estaban introduciendo metales

preciosos por otras vías.

En general, aquellos que intentan explicar la presencia de los templarios en América argumentan sus tesis remitiéndose a esa expansión comercial del siglo XIII y al consumo de metales preciosos asociados a ella, dejando de lado otros estudios sobre determinadas cecas y las rutas comerciales africanas y olvidando, sobre todo, lo mucho que sabemos del «oro de las Indias» y lo poco que conocemos de la Orden del Temple.

En los siglos XVI y XVII, debido a las condiciones meteorológicas del Atlántico (anticiclón de las Azores) y del Caribe (huracanes y tornados), las flotas procedentes de América se organizaban fundamentalmente en dos expediciones: una de primavera y otra de otoño. Se trataba de grandes flotas —para la época— que navegaban por una ruta conocida y con frecuencia se veían asaltados por piratas, bucaneros y corsarios. Cabe pensar que, en el siglo XIII, el Temple pudiese organizar flotas con otra periodicidad, aunque con seguridad no existían piratas en su recorrido.

Del Temple se sabe que sus mayores necesidades económicas —lo que hoy llamamos liquidez— se generaban en aquellos puntos de alto consumo, es decir, en las zonas de guerra (o próximas a ella) y en la propia Jerusalén. Por supuesto, en la Ciudad Santa y en otros lugares de Oriente los precios se habrían elevado considerablemente y la compra de material de guerra y de lo necesario para proveer a tropas y peregrinos en las proximidades de Palestina resultaría extremadamente cara. En este punto, algunos aspectos del mercado no han cambiado mucho: una oferta limitada y una demanda alta genera naturalmente un alza en el valor y en el precio de los productos. ¿Cómo podía pagar el Temple esas mercancías? Una hipótesis propone que la Orden utilizaba piedras preciosas (que además permitían al comerciante especular con ellas en función de su punto de reventa). Ésos son productos que no necesitan grandes flotas para su transporte: con un par de naves e incluso un viaje anual se podrían transportar los minerales preciosos y se cubrirían gastos perfectamente. Detectar ese pequeño incremento, que además se distribuiría en pequeños lotes a lo largo de un año en el comercio del siglo XIII, es hoy por hoy prácticamente imposible. Cuando el Temple no pudo hacer frente a los pagos en el punto de consumo, se vino abajo su estructura, que abarcaba un gran patrimonio pero con muy poca liquidez. (Prácticamente todos los reyes y grandes nobles debían dinero al Temple, el cual lo había prestado obteniéndolo de la renta de sus monasterios y encomiendas, pero cuando la Orden tenía que hacer frente a un gran pago, en la caja había muy poco «contante y sonante»). Presumiblemente, el Temple no pudo continuar manteniendo los gastos de guerra.

LAS HIPÓTESIS DE LA RUTA TEMPLARIA

Las hipótesis que hablan del oro y la plata templarios, como ha podido observarse, han olvidado algunos aspectos fundamentales de la economía medieval. Pero aún restan algunas cuestiones esenciales. Por ejemplo: ¿cómo se hicieron los templarios con esos materiales en origen, en la desconocida América? Hoy sabemos que ambos metales eran apreciados por las culturas precolombinas americanas en la misma medida que lo eran en Europa. ¿Qué podían utilizar como trueque los templarios? Colón dice (sobre todo lo dice él) que utilizó cascabeles, gorras de marino y cuentas de colores, pero si eso sirvió con los taínos caribeños, no parece que hubiese dado resultado con las culturas andinas o centroamericanas, cuyo nivel de desarrollo era muy distinto. ¿Pusieron los europeos minas en explotación? Ya se hubiesen detectado hallazgos arqueológicos que lo habrían puesto de manifiesto. Todos estos datos, objetivamente, están contra la hipótesis del oro y la plata traídos de allende la Mar Océana en el siglo XIII. Sin embargo, algunos datos sugieren otras vías de investigación; por ejemplo, la evolución de algunas tribus de indios orejones —indios descendientes de los payaguas, grupo tucano occidental que en el momento del contacto europeo se desplazaba en el extenso territorio entre los ríos Napo, Putumayo y Caquetá— hasta consumarse el imperio inca. Pensar que la moneda de intercambio podría haber sido la «ayuda tecnológica o cultural» es un camino probable y de momento no investigado, fundamentalmente por el gran desconocimiento que existe sobre los documentos internos de la Orden. ¿Qué sistema de contabilidad tenían los templarios para permitirles saber exactamente el dinero que un peregrino depositaba en la encomienda de partida, las cantidades que había ido retirando a lo largo del viaje y el monto restante cuando éste concluía? Parece claro que esa información la debía de llevar encima el propio peregrino, sin que ni él mismo tuviese conciencia de lo que era portador (para evitar fraudes), y eso siempre obliga a pensar en un sistema codificado de información numérica. Curiosamente, las *quipas* peruanas —trozos de cuerda de distintos colores donde se van realizando nudos a intervalos, y que se agrupan en un manajo, y posteriormente varios manajos distribuidos a lo largo de una madera— son exactamente eso: información numérica codificada que aún no se ha logrado descifrar, pero que servía a los funcionarios imperiales para confeccionar el censo de tierras y ganados de una zona, por ejemplo.

Si desestimamos que esa información la llevaba el propio peregrino, deberíamos pensar en un sistema de comunicaciones que «avanzase» esa información a las encomiendas de destino, lo cual parece aún más complicado; y si el portador llevaba la información, el sistema debía ser tan seguro que impidiese saber a cualquier extraño cuál era la cantidad depositada. (Los raptos y secuestros eran frecuentes y conocer la disponibilidad económica del apresado podría ser suficiente para exigir un rescate). La semejanza de las *quipas* peruanas con los cordones con nudos que los frailes portan en

la cintura puede ser una casualidad.

La relación entre los sistemas contables templarios y precolombinos de Perú es una simple posibilidad, una especulación, pero si hubo un intercambio de conocimientos con la costa del Pacífico, y si tenemos testimonios de que ésta era conocida antes de su exploración —por ejemplo, el mapa de Piri Reis (navegante turco del siglo XVI) y otros—, es necesario encontrar un equivalente al actual canal de Panamá por donde se pudiese acceder a la parte occidental del continente. Para Colón dicho paso existía y, en su cuarto viaje, el almirante «peinó» la costa caribeña que va desde el norte de Yucatán hasta más allá de Panamá buscándolo. Y allí lo dibujó el geógrafo y cartógrafo alemán Martin Waldseemüller, en su mapamundi de 1507, bien flanqueado por el pendón de Castilla. Si existió ese canal y si durante un largo período de tiempo fue utilizado por el Temple, deberían haberse encontrado muestras arqueológicas, etnográficas o culturales de dicha presencia en sus alrededores.

Por otro lado, la Orden necesitaría unas islas atlánticas donde «aislar» las tripulaciones que conociesen la ruta americana y trasvasar las mercancías a otras naves que las pusiese a buen recaudo en una encomienda templaria. Además, esas islas atlánticas fijarían en las cartas náuticas el origen de la navegación y servirían como referencia para determinar la posición de los puntos de llegada y de las posiciones intermedias de las naves, a medida que se fuese trazando el mapa del viaje. Desde la época de Ptolomeo —astrónomo, matemático y geógrafo egipcio del siglo II de la era cristiana—, las islas Canarias cumplieron la función de marcar el primer meridiano separando la Tierra en dos mitades: la que quedaba dentro de la *ekumene* —palabra tomada del griego que viene a significar «tierra habitada», «casa común», conjunto de pueblos que pueden entenderse y ayudarse entre sí como una sola familia— y la que quedaba fuera —aproximadamente, la actual Eurasia era en ese momento el mundo conocido, junto a parte de África—. (Con los datos que actualmente se poseen, esa función atribuida a las islas Canarias se verificaba ya en el año 150 d.C., pero es probable que fueran una referencia anteriormente).

Pues bien, hay pruebas de que ese asentamiento templario existió en Canarias. Cuando decimos que «hay pruebas», debemos pensar que estamos tratando hechos que ya en su momento intentaron mantenerse ocultos y que el propio Colón, que hizo pública la ruta, fue el primer interesado en que no se conociese su procedencia, al igual que los Reyes Católicos, Isabel de Castilla (1451-1504) y Fernando de Aragón (1452-1516), o Juan II *el Perfecto*, rey de Portugal (1481-1495), quienes sí sabían lo que buscaba el judío portugués —que no genovés, otra de las múltiples mentiras para esconder la auténtica personalidad de Colón—. En definitiva, las pruebas están ahí, aunque, desde luego, ninguna de ellas dice: «Aquí estuvo la Orden del Temple en el año de gracia de...».

Por su parte, los templarios tenían mucho interés en impedir que ningún navegante

que por casualidad o pérdida arribase a Canarias supiera que allí existía una encomienda de la Orden y pudiera recalar en cualquier puerto europeo y difundir la noticia.

Por último, si se persigue la hipótesis de una ruta templaria hacia América, será necesario encontrar una descripción o carta de navegación de la ruta anterior a Colón y demostrar que este posible documento fue el que permitió al almirante realizar el primer viaje y a sus patrocinadores financiarlo. Y existen dos documentos anteriores a Colón y algunos del propio almirante que permiten afirmarlo. Aunque antes de llegar al siglo xv, el siglo de la navegación colombina, y a 1492, fecha con la que tradicionalmente se da fin a la Edad Media, hay que pasar, aunque sea brevemente, por el siglo anterior.

El siglo xiv comienza con dos grandes hitos, el primero es la expulsión de los judíos de los reinos europeos, excepto en la península Ibérica y el Reino de Mallorca, donde la persecución se desata casi un siglo después. Ese lapso de tiempo y la convivencia forzada o aceptada con musulmanes y mozárabes —cristianos de Al Ándalus arabizados— son características de los reinos peninsulares. El segundo hito es la detención de los caballeros templarios, ordenada por Felipe IV de Francia (1285-1314), y la disolución de la Orden del Temple en el Concilio de Vienne (1312).

En esta época se comienza a dar forma a un nuevo modo de presentar la geografía terrestre en los mapas. Son los mapas (o cartas) denominados portulanos, cuyo origen y forma de utilización siguen siendo, aún hoy, una incógnita, pero que tienen un gran parecido con la realidad geográfica que muestran nuestros mapas actuales. La observación de dichos mapas permite, por ejemplo, conceptualizar la cuenca mediterránea básica pero muy nítidamente. La cartografía matemática (es decir, mapas semejantes a la realidad elaborados de acuerdo con leyes geométricas) probablemente comenzó en el siglo ii a.C. y aún se mantenía en este tipo de cartas geográficas medievales.

El último gran hito del siglo xiv, en lo que respecta a los reinos peninsulares ibéricos, es la matanza y conversión forzosa al cristianismo de miles de judíos en 1391, lo cual originó el problema de los conversos y el establecimiento de la Inquisición moderna en el siglo siguiente.

El Temple, los portulanos y los judíos son las tres «patas de la mesa» sobre la que se extiende la ruta del primer viaje colombino.

LAS ISLAS CANARIAS EN EL MEDIEVO

Las actuales islas Canarias fueron conocidas por los fenicios, puesto que en ellas se han encontrado restos de ánforas y cerámica que pertenecieron a dichos pueblos. Se

desconoce el nombre que dieron al archipiélago, pero el topónimo más antiguo que ha llegado hasta nosotros es griego y corresponde a *macaron nesoi*, que deriva de *macar* (feliz o dichoso), de donde procede el nombre de «Islas de los Bienaventurados» o «Islas Bienaventuradas». Los romanos prefirieron un nombre más acorde con la realidad: «Islas de Fortuna», puesto que el conocimiento de las mismas y su población no tienen ningún sentido si no se conoce la navegación, y Fortuna era la diosa que protegía a los navegantes y siempre se la representaba con un timón entre los brazos. Se ignora cuándo se produjo el cambio de «Islas de Fortuna» a «Islas Afortunadas», que es el apelativo que más comúnmente se utiliza cuando se desea utilizar la denominación latina. En las islas también se han encontrado restos de cerámica procedentes de las provincias imperiales de la Bética, la Tunisia y la Campania.

Con la caída del Imperio Romano se pierde el conocimiento que se tenía de las islas y el archipiélago queda en el olvido hasta que los musulmanes comienzan a difundir las historias de un Atlántico rodeado de tinieblas, circundado de fortísimos vientos y tempestades, y donde los monstruos más dispares tenían su morada (aproximadamente entre los siglos XI y XII). Al Idrisi (c.1100-c.1165), un geógrafo árabe al servicio del rey normando Roger II de Sicilia, hace un mapa en el que sitúa en el primer meridiano a las islas de Al Khalidad (es decir, «eternas») y, dada su situación, se las ha asimilado con las actuales Canarias. Habrá que llegar al portulano de Dulcert de 1339 para que aparezcan las dos islas más orientales en su posición relativa respecto al continente europeo.

La primera noticia de los pobladores canarios se debe al almirante de la flota imperial romana Plinio *el Viejo* (c.23-79 d.C.), que, en su *Historia Natural*, refiere que una expedición de Juba II, rey de Mauritania, a principios del siglo I a.C., encontró en una de las islas un templo dedicado a Juno —en la mitología romana, la reina de los dioses, esposa y hermana del dios Júpiter—; pero las dataciones actuales sobre los asentamientos encontrados sugieren que la serie más antigua se sitúa en torno al siglo I d.C., y en Gran Canaria no pueden probarse hasta los siglos II y III de nuestra era. Esto no significa que no se hayan obtenido dataciones de asentamientos que pudieran ser anteriores.

A partir del siglo VII hay asentamientos humanos en todas las islas. Hay que tener en cuenta el origen volcánico de las islas y el hecho de que en todas ellas se siguen dando erupciones periódicamente, con la consiguiente pérdida de zonas de posibles asentamientos sepultados que ya no se podrán identificar.

Uno de los datos que más ha llamado la atención sobre el poblamiento protohistórico de Canarias es el hecho de que en algunas de ellas se practicara el embalsamamiento, y hay momias perfectamente conservadas en varios museos arqueológicos. Los estudios antropológicos señalan que los humanos embalsamados

son de origen cromañóide, pero el estudio de otros restos humanos han determinado que existieron dos grandes grupos humanos en las islas: los cromañóides y los mediterráneos.

Sabino Berthelot, antropólogo francés que estudió los yacimientos canarios a mediados del siglo XIX, denominó «guanches» a los cromañóides de las islas. (Utilizó esta denominación tras el reciente descubrimiento del Hombre de Cromañón). Si bien este tipo de cráneos se encontró en todas las islas, la gran mayoría fueron hallados en Tenerife; el tiempo y los nominalismos de índole nacionalista favorecieron que la palabra «guanche» quedara reducida, únicamente, para designar a los habitantes de la isla tinerfeña anteriores a la conquista castellana. De esa forma, cada isla tiene su propio vocablo para denominar a sus aborígenes, aunque antropológicamente no haya razón alguna para que así sea. Nos encontramos con *majos* en Fuerteventura, *bimbanches* en El Hierro, *benahoríes* en La Palma, y así sucesivamente hasta completar todas las islas.

En 1339, el cartógrafo mallorquín del siglo XIV Angelino Dulcert dibuja un mapa de aquellos que más arriba se han denominado portulanos. No se sabe a ciencia cierta por qué o para quién se hizo el trabajo. El mapa, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia, muestra claramente que le falta toda una parte al occidente de las actuales islas Canarias y presenta, por primera vez en la Edad Media y con bastante precisión, la posición de las dos islas más orientales del archipiélago. La isla situada más al norte ha recibido tradicionalmente la denominación de «Ínsula de Lancelloto Malocello», debido a la expedición del navegante genovés Lancelloto Malocello (1339), que arribó a las costas de la actual isla de Lanzarote; de ahí su nombre. La isla aparece pintada con el fondo blanco y con una cruz roja sobre ella. La isla dibujada al sur de la anterior se leyó como «Ínsula de furte ventura», y se pensó que el topónimo se debía a los fuertes vientos que soplan en esa zona; tal parece ser, en principio, el origen del nombre de la actual Fuerteventura. Pero en el portulano de Dulcert (fig. 57) puede apreciarse que en la primera isla no se puede leer, ni por asomo, nada que tenga relación con el imaginario personaje de Lancelloto, y que en la segunda sería más correcto leer *fuite ventura*, en mallorquín (indudable lengua del autor del mapa) y cuya equivalencia en castellano es «la huida feliz». Y, en el espacio intermedio, se encuentra la primera prueba que dirigirá los pasos del investigador hasta Colón: ahí parece haberse escrito «*line 81 mari*» —siempre se ha editado como «*li negri mari*», pero realmente lo que aparece escrito es «*line 81 mar i*»—. Conviene no olvidar esa cifra: 81, pero ahora bastará con señalar que *mar i* no es más que *mar I* (mar 1).

Cuando ya había comenzado la especulación sobre la desaparición de la flota templaria y la existencia de un posible tesoro perteneciente a la Orden que hubiese desaparecido con ella, señalar en un mapa una isla con un símbolo templario tan claro, cual es la cruz roja sobre el fondo blanco, escribir debajo «la huida feliz» y situarlo en

la *línea 81 del mar 1* tendría consecuencias inmediatas... De todas formas, imaginemos que las ediciones realizadas sobre las islas de Dulcert hayan sido correctas. También es admisible en su época la lectura que aquí se ha hecho, casi siete siglos después. En cualquier comunicación siempre es importante lo que el emisor transmite, pero a veces es más determinante lo que el receptor capta o cree captar.

En octubre de 1340, menos de un año después de la fecha de la carta de Dulcert, los reyes cristianos de la península Ibérica, Pedro IV *el Ceremonioso*, rey de Aragón (1336-1387), Alfonso XI *el Justiciero*, rey de Castilla y León (1312-1350) y Alfonso IV *el Bravo*, rey de Portugal (1325-1357) —suegro del anterior—, derrotan en el río Salado a los ejércitos benimerines del sur peninsular, merced a la ayuda de naves genovesas que apoyaron a la plaza de Tarifa cercada por los musulmanes. Los benimerines (del árabe *banu marin*, también llamados mariníes) eran miembros de la dinastía bereber que sucedió a los almohades en el Magreb occidental. El estrecho de Gibraltar quedaba franco para el paso de naves cristianas y su control pasaba al Reino de Castilla, aunque los grandes beneficiados fuesen mallorquines, genoveses y aragoneses. (Pedro IV acabó apoderándose del Reino de Mallorca, Menorca, Ibiza y el Rosellón poco después, en 1343). No hubo más acciones de reconquista hasta la época de los Reyes Católicos.

Un segundo análisis de estas alianzas contra los musulmanes del estrecho advierte que, antes de producirse esta confluencia de intereses, las relaciones de Castilla y Aragón no eran precisamente buenas (acabaron en guerra) y las de Castilla con Portugal eran aún peores, puesto que el futuro Pedro I *el Cruel* de Castilla y León (1350-1369), hijo de Alfonso XI, estaba en guerra con su padre, al que reclamaba el trono. En esta guerra familiar, Pedro I contaba con el apoyo de su abuelo materno, Alfonso IV de Portugal. En definitiva, los tres reyes peninsulares debían conceder mucha importancia al control del estrecho para dejar a un lado, de forma momentánea, sus rencillas. Y es comprensible el interés de aragoneses y genoveses, pero, ¿en qué afectaba el estrecho a Portugal? Prácticamente en nada, excepto si tenemos en cuenta que se acababa de fundar la Orden de los Caballeros de Cristo (1319), heredera de la Orden del Temple en el reino portugués.

En 1341, Alfonso IV de Portugal organizó una expedición que partiría desde Lisboa y que estaría al mando del florentino Angiolino del Teggia; el propósito era recabar información de las islas mencionadas en la carta de Dulcert de 1339: las islas Canarias. Se ha conservado una interesante relación de este viaje, escrita por uno de sus pilotos, llamado Nicolosso da Recco. Esta expedición, patrocinada por portugueses y genoveses, constaba de dos naves y una gabarra, y llevaba consigo «caballos, armas y máquinas de guerra para destruir castillos y ciudades» (así consta en el documento original que describe la expedición). La expedición parte el 1 de julio de 1341 y retorna en noviembre del mismo año. ¿Qué pensaban encontrar en las islas

recién descubiertas para que fuese necesario todo ese aparato militar? Parece lógico pensar que, en línea con el símbolo templario sobre la isla lanzaroteña y la «huida feliz» en Fuerteventura, los expedicionarios presumían que, quizás, pudiesen hallar una encomienda templaria al estilo de las que existieron en Europa. Es por ello que irían provistos de la maquinaria de guerra suficiente para derribar torreones y muros de presuntos castillos o fortalezas, y caballería para los distintos trabajos de la guerra. Hay que admitir que no se trata de una expedición de reconocimiento, sino de una armada preparada para la lucha en tierra contra presuntos elementos resistentes en zonas amuralladas. ¿Poseían los expedicionarios información sobre lo que podrían encontrarse en ambas islas, o eran suposiciones basadas en los rumores que generó la leyenda del tesoro templario? Más adelante retomaremos este asunto de la conocida «expedición de Recco».

Detengámonos ahora en los detalles de los mapas utilizados: aparece fijada la posición de dos de las islas que actualmente llamamos Canarias, una de ellas, con un símbolo que puede considerarse templario, y la otra, con una referencia a una «huida»; en medio, una presunta posición geográfica. Menos de dos años después de haberse confeccionado ese mapa, parte desde Lisboa, hacia esas islas, una expedición armada y preparada para luchar contra presuntos elementos resistentes protegidos por zonas amuralladas, y con caballos para organizar batidas por terrenos despejados. Ésta es una realidad incuestionable y se pueden formar muchas opiniones distintas sobre la finalidad de la expedición, pero no era ni una expedición de exploración ni esclavista.

Ese mismo año de 1341, los comerciantes mallorquines comienzan también a preparar expediciones a Canarias; cuatro de ellas parten en abril de 1342. Así, tres años después de la aparición de la carta de Dulcert, queda abierto el estrecho de Gibraltar y mallorquines, genoveses y portugueses acuden a verificar qué pudiese haber de cierto sobre lo señalado en el mapa. Once años después, en 1352, los mallorquines envían la expedición de Arnaldo Roger, Jaime Segarra y Guillem Fuster, con treinta misioneros franciscanos y doce misioneros indígenas; éstos se habían formado en el convento que el filósofo y beato Ramón Llull (c.1232-1316) había creado en Mallorca en el siglo anterior. Evidentemente, estos indígenas tenían que haber sido capturados o convencidos de su marcha al archipiélago balear en alguna expedición preliminar. La colaboración de esta docena de hombres pudo permitir a los franciscanos mallorquines adquirir ciertos conocimientos sobre las islas, y lo que en ellas hubiese ocurrido; por tanto, conviene precisar que esos conocimientos probablemente no estuvieron al alcance de los muchos expedicionarios o conquistadores que hasta ellas arribaron antes o después.

El año 1375 marca el segundo gran hito de la cartografía y de la náutica mallorquina con la confección, por parte del judío Cresques Abraham (1325-1387) y de su hijo Yahuda Cresques, del llamado *Atlas Catalán* de 1375, encargado por el rey de Aragón,

Pedro IV *el Ceremonioso*, para regalárselo al sucesor a la corona francesa, que reinaría con el nombre de Carlos VI *el Bienamado* (1380-1422). Algunos especialistas sugieren que se obligó a los judíos mallorquines a plasmar en dicho mapa todos los conocimientos geográficos y astronómicos conocidos hasta esa fecha; el portulano se compuso bajo la supervisión directa del príncipe Juan, heredero del trono aragonés. En el mapa aparecen todas las islas Canarias, excepto una, que recibió el nombre de «la amagada» o «*la non trubada*». La posición relativa de las islas, tanto entre ellas como con respecto a las masas continentales próximas, se considera correcta. Aparece por primera vez en un mapa el nombre de Canaria.

Pedro *el Ceremonioso*, que intervino en la alianza de los tres reinos peninsulares para la toma del estrecho de Gibraltar, fue un gran protector de todos aquellos que se dedicaban a las ramas de lo que hoy llamamos astronomía, matemáticas o geometría. Este monarca también era conocido popularmente como *el del punyalet* («el del puñalito»), porque, según la leyenda, si se percataba de que cualquiera de sus protegidos le engañaba o utilizaba la llamada «falsa ciencia», no tenía escrúpulo alguno en utilizar personalmente su arma favorita para eliminar al impostor. Los Cresques, como sabios judíos versados en diversas ciencias, debían de estar imbuidos del saber cabalístico, y tal vez conocían la ruta por la que se supone que escapó la flota templaria, con todo su desarrollo posterior. Pero estos judíos desconocían si el rey aragonés estaba al tanto de esta circunstancia, aunque sí conocían su actuación cuando se produjo la disputa del estrecho. Por otro lado, el mapa que les había encargado el rey era un regalo para el sucesor a la corona francesa y sabían que éste lo ignoraba todo a propósito de la ruta que habría seguido la flota templaria, puesto que nada se había sacado en claro tras el proceso contra la Orden del Temple. Los cartógrafos judíos debían plasmar en el mapa todo lo que sabían, pero con la precaución de transcribirlo de tal modo que el monarca francés jamás pudiera llegar a descifrarlo. Ahora bien, si el rey aragonés preguntase sobre la cuestión templaria, los Cresques tendrían que poder demostrar que sí habían dejado constancia fidedigna en el mapa, salvo que quisieran hacer frente al inevitable «puñalito». En definitiva, criptografiando los datos, resuelven su problema y, sin revelar, informan.

El origen del topónimo «Canaria» aún esconde muchos enigmas, pero si se tiene en cuenta que se utilizó el catalán como lengua en la mayoría de los puntos del mapa de Cresques, nos veríamos obligados a creer que es un derivado de *can aria* (casa aria). ¿Y qué significado tenía *aria* para los judíos mallorquines? Los arios eran un pueblo de origen indostaní (aunque la propaganda nazi nos haya hecho creer otra cosa), con una lengua y cultura propias; estos arios están relacionados con los famosos artesanos que trabajaron para el Temple en la construcción de catedrales y monasterios, y que según la tradición provenían precisamente de esa zona que hoy conocemos como Asia Menor. En el mapa de los Cresques, la isla de Lanzarote sigue marcada con la cruz

roja, pero sobre fondo negro en lugar de blanco; ese color de fondo ya no era el de las capas de los caballeros, sino el utilizado por la escala inferior de los sargentos, ocupados frecuentemente en las encomiendas de la Orden: «casa de aria» comienza a tener sentido ahora, pues el vocablo catalán «*can*» significa «casa».

Uno de los vocablos recogidos entre los aborígenes de Gran Canaria es *harimagades* (que también se da en la forma *harimaguadas*), donde una posible forma primitiva *aria amagades* (que significa «arias escondidas») vuelve a reincidir sobre el punto anterior. Parece ser que estas *harimagades* eran una especie de sacerdotisas que vivían juntas y aparecen únicamente en Gran Canaria. Aún puede añadirse una derivación curiosa: la forma correcta de escribir «casa de aria», en catalán, sería *can de l'aria*, lo cual remite directamente al topónimo Candelaria. Y éste es un topónimo no datado y que se encuentra tanto en Gran Canaria como en Tenerife. La Virgen de Candelaria, patrona de las islas, recibe ese nombre por el lugar donde fue hallada, no porque su advocación sea el 2 de febrero. (Su festividad coincide con la Virgen de agosto, que se celebra en tantos lugares de la Península el 15 de dicho mes). Por último, en Gran Canaria tenían el *faycan* —de *fa* y *can* («hace casa», «hace hacienda») —, cuyo nombre se otorgaba al parecer a quien detentaba el poder religioso y que solía ser un familiar del *guanarteme*, elegido por un consejo de nobles y que asumía el poder civil. El *faycan* se encargaba también de la vida social, política y económica, y era el encargado de distribuir agua y tierras entre los nobles. Todo este sistema social se revelaba alrededor de unas «arias escondidas»; ese ocultamiento era una premisa que debían cumplir las tripulaciones que hacían la ruta americana y, evidentemente, sus familias.

La expedición de Recco, ya mencionada, encontró en Gran Canaria algunos detalles bastante curiosos: las casas estaban construidas con piedras escuadradas con un arte maravilloso, cubiertas de maderas muy grandes y muy hermosas. Las casas estaban emblanquecidas en su interior, tal que parecían de yeso, un recurso frecuente entre los hábiles constructores de monasterios y catedrales. Esa expedición secuestró a cuatro canarios que se describen de la siguiente manera: «No están esquilados y tienen los cabellos rubios y largos hasta el ombligo; se cubren con ellos y caminan descalzos. La isla donde fueron raptados tiene el nombre de Canaria...».

Así que el nombre de la isla es anterior a la arribada de los mallorquines del siglo XIV, mas eso no significa que el topónimo no pueda tener un origen catalán. Si estamos pensando en una encomienda templaria *amagada* (escondida), de algún punto tenían que provenir los caballeros fundadores, independientemente de que el catalán fuese una lengua común entre los marinos mediterráneos. Pero si la encomienda de Canaria fue desde su origen catalana o mallorquina, se entiende el empeño de la Orden de los Caballeros de Cristo (y, por tanto, del Reino de Portugal), en habilitar el paso del estrecho de Gibraltar, para que navegantes de la misma lengua pudieran acudir en

ayuda de los miembros de la Orden que aún quedasen en aquellas islas.

En Canarias se dan topónimos semejantes a los del Levante peninsular, con el prefijo «ben» (hijo de), muy característico y casi exclusivo de esa zona. Desde Benidorm hasta Benicarló, pasando por una pléyade de topónimos «ben» que parecen tener su réplica en Canarias: Bencomo, Bentor, Beneharo —nombres de diversos *menceys* o patriarcas, jefes, sabios o ancianos de los aborígenes canarios—, Bentaiga —roque o pico de la isla de Gran Canaria—, etcétera.

Hay que observar que la descripción de Recco pone énfasis en que los isleños no estaban «rapados» ya que, efectivamente, entre los pobladores de Gran Canaria existían dos clases sociales: la de los «pelaos», equivalente a los siervos de la gleba del continente europeo, y la de los nobles poseedores de la tierra, que se dejaban larga la cabellera.

Estos indígenas prehispánicos tenían un sistema numérico decimal posicional, es decir, semejante al que se utiliza en la actualidad; pero este sistema era realmente una curiosidad, porque, aunque era conocido por algunos europeos, en Europa y fuera de la cultura islámica se continuó utilizando el sistema numérico romano o griego hasta casi el siglo XVII. ¿Dónde aprendieron los canarios el sistema numeral arábigo tal y como hoy lo utilizamos? Había en su sistema una pequeña diferencia respecto al actual: nosotros escribimos 16, que es una decena y seis unidades, y pronunciamos «diez y seis»; sin embargo, los canarios pronunciaban (en su lengua) seis unidades y una decena, es decir, como si el número se escribiese de derecha a izquierda al igual que escriben los judíos o los árabes. No se tiene constancia de cómo transcribían el número, aunque probablemente utilizaban la forma 61, también de derecha a izquierda. Por todo ello, bien parece que en Gran Canaria, y antes de la arribada de los conquistadores españoles, hubo una cultura «superpuesta» y «escondida» a la realmente aborigen, lo que se hace patente en la diferencia tecnológica entre los restos arqueológicos encontrados en Gran Canaria y en las islas restantes.

El *Atlas* de Cresques contiene infinidad de detalles que confirman lo expuesto. Bastará con añadir un par de ellos. La isla más occidental del archipiélago canario, la isla de El Hierro, recibe en el *Atlas* el nombre de «Ínsula de lo fer o». Posteriormente, un fraile lo castellanizó como «Isla del Hierro» (pasó de «*fer o*» a «fero», «ferro», «hierro»), y así ha quedado para la geografía. Es muy evidente que no cabe pensar en que en el término «*fer o*» aparezca una letra «o» separada del vocablo «fer», y que, más bien, cabe pensar que estamos ante el número 0 en lugar de una letra «o» (*fer 0*), de tal forma que el topónimo correcto hubiese debido ser «Ínsula de poner a cero» o, en lenguaje más moderno, «Isla del meridiano inicial»; y esto ya lo hizo Ptolomeo en el 150 d.C., situando en las entonces Islas Afortunadas (actuales Canarias) el meridiano inicial del mundo conocido. Pero mucho más significativo es que Colón siempre estuviese empeñado en situar su punto de partida en la isla de El Hierro.

En el *Atlas* aparecen dibujadas unas islas que se cree corresponden a lo que hoy es el archipiélago portugués de las Azores. Sus islas tienen los siguientes nombres: la primera es Porto Santo, que tras ser redescubierta por los portugueses seguiría con el mismo nombre, equivalente a Puerto Santo, pero cuyo significado en catalán es «llevo santo». Pudiera pensarse que este análisis carece de todo sentido. La tercera isla es la actualmente conocida de Madeira, y que en el *Atlas* recibe el nombre «Ínsula de fusta», así que Madera (Madeira en portugués) es una interpretación correcta; el nombre de la primera junto al nombre de la tercera daría como resultado «Llevo santo... de madera». Pero lo más extraño es el nombre de la segunda isla: «Legname». Tal término parece que esté formado por la unión de las palabras inglesas «pierna» (*leg*) y «nombre» (*name*), y eso no parece tener sentido alguno, excepto si se recuerda que en latín el nombre de la pierna era *crus*, cuya fonética es muy semejante a *crux* (cruz). Entonces, el *Atlas* ofrecería un mensaje escondido que podría leerse uniendo el conjunto de nombres del archipiélago de las Azores: «Llevo santo cruz de madera». ¿Qué es el «santo»? No es más que un modo de identificación en la terminología bélica, el «santo y seña» que se utiliza hoy y que procede de los usos de los ejércitos medievales. ¿Y qué hizo Colón permanentemente a lo largo del primer y segundo viajes? Levantar cruces de madera a la menor oportunidad; fue levantando cruces en zonas que él consideró oportunas y donde tal vez podrían verse; es más, el día 17 de noviembre de 1492, el almirante encontró otra cruz hecha por otros...

A partir del *Atlas*, parece que el interés de mallorquines y catalanes por Canarias comienza a desaparecer y no hay más expediciones a las islas. En 1391 se produce en el Reino de Castilla y posteriormente en el de Aragón la gran revuelta antijudía que diezmó las juderías; muchos judíos fueron asesinados y se obligó al bautismo forzado a gran número de sefardíes —del hebreo **סִידְרָפֶס**, ‘españoles’, son los descendientes de los judíos que vivieron en la península Ibérica hasta 1492—. Los judíos bautizados en el cristianismo fueron los llamados «conversos» o «cristianos nuevos». Yahuda Cresques se bautizó y más tarde emigró a Portugal, donde acabó colaborando con el infante Enrique *el Navegante* (1394-1460) en la composición de cartas marítimas de los viajes atlánticos portugueses. Simultáneamente, y en esas fechas, los últimos misioneros mallorquines parecen haber desaparecido de las Canarias; se dice que los aborígenes los arrojaron a una sima, aunque tal hecho es más que dudoso, ya que, por ejemplo, en 1393, hubo una expedición castellana a Lanzarote que llevó hasta Sevilla cueros, cera y esclavos; así que no sería de extrañar que, en una de esas expediciones, los franciscanos fuesen asesinados por los esclavistas y no por sus feligreses.

El primero de mayo de 1402 sale del puerto atlántico de La Rochelle, en dirección a Canarias, una expedición al mando del caballero Jean de Béthencourt (1360-1425), noble normando vasallo del rey Enrique III de Castilla, y de Gadifer de La Salle (c.1340-c.1422), señor de Ligron, acompañados de los clérigos franceses Pierre

Bontier y Jean Le Verrier. Dicha expedición, cuyo propósito decidido es el de conquistar las islas de Canaria, transporta a dos nativos, Alfonso e Isabel, para ejercer «de lenguas» (traductores). Una vez conquistadas las dos islas orientales (Fuerteventura y Lanzarote), los expedicionarios se limitaron, curiosamente, a la conquista de La Gomera y El Hierro (quizás por ser bastante sencilla), dejando a la Gran Canaria, Tenerife y La Palma para empresas más ambiciosas que la suya. Y tan ambiciosas hubieron de ser que se tardó casi un siglo más en someter las tres últimas a la Corona de Castilla.

Cuando Castilla comenzó la conquista de la islas restantes, el príncipe portugués Enrique *el Navegante*, a la sazón gran maestre de la Orden de los Caballeros de Cristo, solicitó en dos ocasiones a Juan II de Castilla la «merced» de la islas de La Gomera y El Hierro. Se supone que *el Navegante* quería utilizarlas en relación con las expediciones portuguesas atlánticas, pero el monarca castellano se niega a conceder tal «merced», de modo que el portugués armó una expedición bélica y se mostró dispuesto a conquistar las islas por la fuerza; finalmente fue derrotado severamente por la armada dirigida por el almirante de Castilla. No debe olvidarse que entre los cartógrafos que trabajaban para el luso se encontraba Yehuda Cresques, coautor del *Atlas* de 1375, que es la primera referencia tras la de Ptolomeo en la que aparece El Hierro como la «isla del meridiano inicial», aunque siempre hay sorpresas ocultas.

MUESTRAS DE LA CULTURA «SUPERPUERTA» DE GRAN CANARIA

Una de las manifestaciones arqueológicas típicas de Canarias son las denominadas «cazoletas» (fig. 58), oquedades practicadas en zonas rocosas, a veces interconectadas por un sistema de canales realizados también sobre la misma roca. Estas oquedades, en número variable, suelen agruparse alrededor de una zona de unos nueve metros cuadrados y en la isla de Gran Canaria encontramos varias agrupaciones de estas cazoletas distribuidas en los puntos que se muestran en el mapa (fig. 59).

Sobre el mapa podemos ver que no parece que se hayan elegido esos puntos al azar. Se intuyen posibles alineaciones, e incluso ángulos predeterminados; si se toman las coordenadas (longitud y latitud mediante GPS —Sistema de Posicionamiento Global o sistema de navegación basado en las señales de una red de satélites en órbita—) de cada uno de los puntos y se realizan los cálculos matemáticos correspondientes, se obtienen algunos datos curiosos: por ejemplo, los puntos de Casas de Albariáñez, Las Pilas de los Canarios y El Baladero están sobre una misma línea, círculo máximo de la esfera terrestre, con una precisión superior al 98 por ciento, y lo mismo ocurre con otros grupos de puntos; pero, además, la distancia entre El Baladero y Las Pilas de los Canarios, y la distancia entre el propio Baladero y Casas de Albariáñez proporcionan

relaciones numéricas basadas en la cifra $56 \frac{2}{3}$.

¿Qué es y qué significa $56 \frac{2}{3}$? ¿Qué importancia tiene el $56 \frac{2}{3}$? Simplemente hay que recordar lo que Colón escribía a los Reyes Católicos en el documento denominado *Relación del Segundo Viaje*: «Los espacios de cada raya [del mapa que Colón envió a los Reyes] significan un grado que es contado cincuenta y seis millas y dos tercios, que responden de estas nuestras leguas de la mar». Así que, la distribución de cazoletas sobre los suelos grancanarios no sólo no es casual, sino que está directamente relacionada con el sistema cartográfico que utilizó Colón para dibujar la ruta de su primer viaje (mapa que no se ha encontrado). Otra curiosidad: El Baladero, Lomo de San Gregorio y La Montañeta están también alineados con una precisión superior al 98 por ciento y el ángulo real (calculado matemáticamente) que forma esa línea con la descrita anteriormente de El Baladero y Casas de Albariáñez es de 60 grados (con una precisión de cuatro minutos de grado); si los habitantes de Gran Canaria pretendieron realizar sus trabajos en estos términos, el resultado es realmente asombroso para unos aborígenes a los que se les supone aislados desde la época del Imperio Romano.

¿Para qué podían servir esas oquedades en la roca? Posiblemente las cazoletas se rellenaban con una grasa semisólida y sobre ellas se apoyaban las patas de uno o varios tableros que, en función de la cantidad de grasa que se pusiese bajo cada una de las patas, garantizaban la estabilidad y horizontalidad del tablero y permitían colocar sobre ellos determinados instrumentos de medición. Es posible que estemos ante las huellas de una medida de precisión de la longitud del grado terrestre mediante observación astronómica para confirmar datos anteriores. Una vez conocida la longitud de un grado, basta multiplicar ésta por 360 para conocer la longitud total del círculo máximo terrestre o para saber la diferencia de longitudes entre dos puntos cuya distancia sea conocida en grados; por ejemplo, los marcados como *line 81 mar i*. Nos encontramos, en Gran Canaria, ante un grupo social capaz de alinear tres puntos y situarlos sobre la superficie de la isla a unas distancias predeterminadas y de varios kilómetros entre ellos, lo que significa que desde el primero no se puede ver el emplazamiento de los otros; hoy sabemos cómo hacerlo, pero hasta ahora no había pruebas de que eso se hubiese realizado en el medievo y, desde luego, la Historia no indica la existencia de esa posibilidad. En conclusión: a Gran Canaria llegó un grupo que poseía conocimientos que iban más allá de lo que se enseñaba en las universidades europeas más avanzadas.

Resumamos: en Gran Canaria, antes de la llegada de los portugueses, mallorquines y castellanos, hubo una cultura superpuesta a la aborígen, capaz de realizar construcciones que admiraron a los miembros de la expedición de Recco, con muestras artesanales de un alto grado de especialización y finura, con conocimientos e instrumentos que permitían alinear puntos a distancias de varios kilómetros, con un *faycan* o dirigente político capaz de calcular la cantidad de agua necesaria para una

determinada extensión de terreno (cálculo que no es sencillo, pero que en el Levante español se dominaba perfectamente), con un sistema numérico decimal posicional igual al actual sistema de origen arábigo y que probablemente escribía los números de derecha a izquierda, etcétera; finalmente, el topónimo de estas tierras puede provenir, como se ha indicado, de *can del aria* (casa del aria), con indicación precisa de que había emplazamientos ocultos o casas «escondidas».

Además, la isla de Lanzarote está directamente relacionada, en los dos mapas reseñados (Dulcert y Cresques), con símbolos templarios, y el meridiano de la isla de El Hierro se sitúa como meridiano inicial en el *Atlas Catalán* de Cresques. Todo ello está perfectamente escrito, documentado y con las pruebas al alcance de todo el mundo. La primera parte de las tres que inicialmente hemos expuesto queda probada: el Temple tuvo una encomienda oculta en Canarias.

PINTURAS ESCONDIDAS

¿Esta cultura *aria* de Gran Canaria está relacionada con los viajes transatlánticos medievales? Examinemos la copia de la imagen pintada en la cueva de Bentaiga en Tejeda (Gran Canaria) (fig. 60), dejando para más adelante el significado de las letras «liD0». Vemos como la mano que parte del 0 apunta en dirección suroeste, el puño se cierra por debajo de la «D» y un nuevo puño completamente cerrado alcanza la base de la «i». Observemos la semejanza de la parte inferior de esa posible letra «i» con una mapa de Sudamérica; no del continente americano, sino únicamente de Sudamérica, como si ésta estuviese separada del norte. Además, el dibujo que aparece por debajo de lo que sería Brasil y que simula estar unido a Argentina por unas ondas marinas, podría ser la cabeza de una cabra con sus dos cuernos. Puede esto interpretarse como una indicación que une a Capraria (denominación que en la *Historia Natural* de Plinio se corresponde con El Hierro) con ese subcontinente sudamericano. Nuevamente, una indicación que sugiere un viaje que comienza en El Hierro y termina en Sudamérica, donde se puede ver que se han dibujado tanto la costa atlántica como la del Pacífico.

En Agüimes (quizás *avui més*, «hoy más» en catalán), en el Morro del Cuervo (también en Gran Canaria), hay una pintura (fig. 61) en la que se ven a dos hombres que parecen correr hacia el primer plano y una imagen del continente sudamericano (separado del norte) con ambas costas bien definidas; al lado parece haber una isla y el perfil de un árbol que muy bien podría ser el «árbol de la lluvia» (*garoé* según el vocablo aborígen; quizás *garolé*: hablador, como los árboles tradicionales que marcaban el centro de reunión de las aldeas donde se reunían los pobladores para hablar de los asuntos que afectaban a la comunidad), emblemático de la isla de El Hierro. Este gráfico sería absolutamente equivalente a la imagen comentada con

anterioridad. Más o menos deformes, las imágenes de Sudamérica como continente independiente (tal y como aseguraba y buscaba Colón) se ven perfectamente nítidas en las dos pinturas murales.

Estas manifestaciones rupestres se encuentran en lugares de difícil acceso y no son fáciles de localizar a primera vista, lo que parece dar a entender el deseo de ocultar el mensaje a miradas inoportunas o indiscretas. ¿Pero qué relación tienen estos gráficos con el Temple?

Es preciso volver al roque de Bentaiga, en Tejada, para examinar otras pinturas (fig. 62). En ellas, lo primero que se distingue es una cruz templaria; bajo la misma, aparece una figura antropomorfa en decúbito, quizás con la cabeza separada del cuerpo y una cruz sobre la misma, como queriendo indicar que dicha figura representa a un cadáver; y en la línea inferior hay una nave de un único palo y con la vela recogida, todo ello rodeado de algunas líneas que no parecen tener mayor relevancia.

Evidentemente, estas imágenes se prestan a muchas interpretaciones, aunque una de ellas podría sugerir que, una vez desaparecida la Orden del Temple, la comunidad abandonó las islas en sus barcos. Esto parece anecdótico; lo fundamental es que, bajo la cruz de la Orden, hay una nave. Las pinturas muestran una relación entre el Temple y el subcontinente americano del sur, y lo muestran independiente del subcontinente norte. Las pinturas no se han podido datar, pero el hecho de plasmar los dos «continentes» americanos como masas independientes resta verosimilitud a la posibilidad de que hayan sido realizadas con posterioridad a la expedición de Recco de 1341.

«LA MÁS BONITA, LA MÁS MORENA...»

La Virgen de Candelaria tenía en Tenerife dos imágenes medievales y se desconoce la forma en que arribaron a la isla; la imagen que actualmente se exhibe en la basílica de Candelaria es una copia obtenida de un cuadro de la auténtica talla medieval, que se perdió por una invasión del mar en la cueva donde se veneraba. Ambas imágenes tenían en el borde de todos sus ropajes una serie de letras talladas en la madera, como las que se muestran en la imagen (fig. 63), que pertenecen a otra imagen medieval que se encuentra en Adeje. Afortunadamente, en el siglo XVI, un franciscano de Alcalá de Henares llamado fray Francisco Alonso de Espinosa (1543-?) redactó un libro, *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, en el que se narran todos los milagros atribuidos a la patrona de Canarias, y tuvo el detalle de copiar en él todas las letras, agrupándolas por las zonas en que se hallaban talladas: cuello, cintura, mangas, orla inferior del manto, orla derecha...

Para entender el significado de estas letras de la imagen de la Candelaria, no

tenemos más remedio que acudir a los números griegos. Estamos habituados a la numeración romana, puesto que todavía la usamos para contar los siglos o en algunos relojes, o en la numeración de los capítulos de algunos libros, y, por supuesto, en la ordenación de los nombres de reyes y papas. La numeración griega era muy similar: utilizaban cada letra del alfabeto con un equivalente numérico. Así, para escribir el número 16, los romanos tomaban el valor 10 para la X, el 5 para la V, y el 1 para la I; el símbolo XVI significa por tanto la suma de 10, 5 y 1, en total, 16. Los griegos hacían algo similar: utilizaban la iota (*i*) para el 10, la épsilon (*e*) para el 5 y la alfa (*a*) para el 1, de tal forma que *iea* tenía el valor 16. Pero las letras minúsculas son una invención medieval: los griegos y los romanos no conocían más que las mayúsculas, así que, en realidad, habrían escrito IEA. Esta ambivalencia entre letras y números fue utilizada ampliamente en la Edad Media y, sobre todo, en la cristiandad oriental para transmitir mensajes en clave.

Cuando aplicamos la tabla de la numeración griega medieval a las letras talladas en la imagen de la Candelaria de Adeje, encontramos los siguientes resultados: en el cuello, el valor numérico obtenido es 1.391, curiosamente, el año que comienza el bautismo y asesinato en masa de los judíos hispánicos o sefardíes. En el cinturón, el valor es 1.307, el año de la disolución de la Orden del Temple, que culminará con su desaparición en el Concilio de Vienne. En el vestido, el valor obtenido es 1.392. ¿Quizás la fecha de desaparición de los franciscanos mallorquines de Canarias? Y en la mano izquierda, 1.436, que por la datación que tenemos sobre la imagen muy bien pudiera ser la fecha de su talla ¿Qué relación puede haber entre la desaparición de la orden templaria y la conversión forzosa de judíos casi un siglo después?

Ramón Llull, el «doctor Iluminado», suele considerarse como el padre de la cartografía mallorquina y, desde luego, Angelino Dulcert pudo conocerle. Y Llull siempre fue un gran defensor de la Orden del Temple y tenía en ella muchos amigos, aunque en los tiempos previos a la crisis que llevó al proceso contra el Temple, el filósofo mallorquín concibió la creación de una nueva orden militar procedente de la fusión de templarios y hospitalarios. Llull llegó incluso a entrevistarse, en 1301, con el último gran maestro templario, Jacques de Molay, en Limassol (Lemesos) y Famagusta, mientras los templarios permanecían retirados en Chipre. Como se sabe, Jacques de Molay desechó la idea propuesta por Llull y la Orden del Temple habría de terminar sus días trágicamente.

El año 1391 es la fecha en que muchos judíos mallorquines se convirtieron en cristianos nuevos y, entre ellos, Yahuda Cresques, que tomó el nombre cristiano de Jaime de Mallorca. Su padre, Abraham, estuvo relacionado con Angelino Dulcert, así que puede trazarse una línea desde el Temple hasta Enrique *el Navegante*, gran maestro de la Orden de los Caballeros de Cristo (sucesores de los templarios portugueses) por la vía de Ramón Llull y la familia Cresques.

El libro de fray Francisco Alonso de Espinosa aún ofrece algunas sorpresas: las letras del cuello pueden transformarse en un número significativo: 1.142. Esta cifra dirige al investigador inmediatamente hasta el *Diario de a bordo* de Colón. El día 2 de noviembre de 1492, el almirante escribe: «[...] halló que había andado desde la isla de El Hierro *mil y ciento cuarenta y dos* leguas...». Es la cifra que nos aportan las letras transmitidas por el franciscano y que aparecían en la talla de la Virgen. Los dos textos y las tablas de números griegos confirman que la distancia que Colón admite haber navegado el 2 de noviembre de 1492 desde la isla de El Hierro se encontraba en forma codificada en la imagen de la Virgen de Candelaria, a la que se le supone una antigüedad superior a la navegación colombina. Otra hipótesis que se confirma: Colón siguió una ruta ya navegada por otros.

La suma de todos los números que aparecían en la imagen perdida de la Candelaria es 16.662, y ése es un número «conocido», puesto que lo podemos considerar como una aproximación de 1.000 por $16 \frac{2}{3}$ y como $10.000 \div 16 \frac{2}{3} = 600$. Los números de la imagen no son más que una forma de escribir el valor de la longitud de un grado de meridiano terrestre en «estadios olímpicos griegos» (una medida de longitud, como ahora lo es el metro). Así, mientras una imagen (la de Adeje) proporciona fechas de sucesos conocidos, y relacionados con el Temple y Canarias, la otra (el libro donde se conservan esas letras) aporta datos congruentes con la navegación colombina, y el número de seiscientos estadios olímpicos por grado que equivalen casi exactamente a sesenta millas náuticas por grado. Nadie, hasta ahora, ha pensado que ese valor pudiese ser utilizado en el medievo. Significa que la longitud del Ecuador terrestre era conocida con una desviación de doscientos kilómetros sobre los teóricos cuarenta mil con los que se conformó la definición de metro en el siglo XIX. (En 1889 se definió el metro patrón como la distancia entre dos finas rayas de una barra de aleación platino-iridio que se encuentra en el Museo de Pesas y Medidas de París, pero la distancia entre ambas líneas es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre, por lo que el meridiano terrestre tiene, por definición, cuarenta millones de metros de longitud; si dividimos esos cuarenta mil kilómetros entre 360 obtenemos los kilómetros existentes en un grado, que son 111,112).

LA CARTOGRAFÍA COLOMBINA

Para saber cómo era el camino que conducía desde las islas de Canaria hasta el Caribe, no tenemos más remedio que acudir al llamado *Diario de a bordo*, o simplemente *Diario*, el único documento escrito que poseemos sobre el primer viaje colombino. La historiografía tradicional supone que el gran almirante de la Mar Océana realizó la travesía en una ruta más o menos situada a lo largo del paralelo 28°

N, aprovechando los vientos norteros del anticiclón de las Azores; para certificar esta hipótesis, la Historia suele basarse en la interpretación del *Diario*, los comentarios de fray Bartolomé de las Casas (1484-1566), el fraile dominico y teólogo español defensor de los derechos de los indígenas en los inicios de la colonización, y la prohibición establecida en el tratado hispanolusitano de Alcáçovas-Toledo (1479-1480), según el cual los navíos de Castilla no tenían permiso para navegar por el mar de Guinea. Distintos especialistas han propuesto caminos diversos alrededor de esa ruta teórica, pero siempre han tenido que «acortar» el valor en kilómetros de la legua que toma Colón como unidad de longitud, ya que si se toma el valor que corresponde a los que se utilizaban en la época, la ruta atraviesa la península de La Florida. Para entenderlo mejor, pensemos en una carretera que una dos puntos A y B, cuya distancia es de 100 kilómetros; e imagínese que un viajero anota de tal modo este recorrido que los lectores llegan a la conclusión de que ha recorrido 133 kilómetros, en vez de los 100 kilómetros reales. Lo mismo ocurre con el *Diario* de Colón: los investigadores han hecho los cálculos de modo que las naves de Colón se habrían internado en La Florida americana. Parece que es «imposible» encajar todas las condiciones que se piden para obtener una solución del problema. Los especialistas nos dicen que Colón utilizó para su navegación kilómetros que medían 850 metros, y otros especialistas proponen otro valor y así sucesivamente. Sin embargo, existe un punto común a todos los especialistas (historiadores, marinos, navegantes o simples aficionados) que han estudiado el *Diario* y han pretendido trazar una ruta para el primer viaje: todos ellos han admitido como hipótesis implícita que los datos allí anotados se corresponden con datos de navegación. Pero, vistos los resultados, es indiscutible que estamos ante una hipótesis falsa, puesto que con ella no se llega nunca a resultados ciertos.

Colón tenía el encargo directo de los Reyes Católicos de hacer un mapa de la ruta seguida y de las tierras descubiertas, así que a Colón los datos de la navegación no le sirven para nada. Cuando los reciba del piloto, hará las transformaciones necesarias para convertirlos en los datos que ha de llevar a su mapa. Y entonces los anotará en el *Diario*, ya que eso es lo que le permitirá dibujar el mapa cuando a él le sea más cómodo. Colón navegó con el valor de la legua que utilizaban las tripulaciones andaluzas de su época (valor que ha sido reconocido por su hijo Hernando en uno de sus escritos y del que se olvidan siempre los tratadistas), pero un valor es el de la navegación y otro el de la cartografía. Los valores del *Diario* no se corresponden exactamente con los obtenidos por los pilotos en la navegación, sino con aquellos que el almirante va a utilizar para confeccionar su mapa y que provienen de los obtenidos por el piloto, pero con las correcciones adecuadas.

Resta por conocer cómo era ese mapa y las unidades que utilizó Colón para cartografiar sobre él. En la llamada *Relación del Segundo Viaje*, describiendo a los Reyes Católicos el mapa que les envía, el almirante explica lo siguiente:

«Las rayas que van a lo largo muestran la distancia de oriente a occidente; las otras que están de través muestran la distancia de norte a sur, los espacios de cada raya significan un grado que es contado 56 millas y dos tercios que responden de estas nuestras leguas de la mar catorce leguas y un sexto [...], así que cada grado que está en dicha carta responde catorce leguas y un sexto...».

Colón hace hincapié en que los grados *en su carta* valen cincuenta y seis millas y dos tercios, y cada legua son cuatro millas. El problema es: ¿cuántas millas tiene un grado sobre la superficie terrestre? La Virgen de Candelaria nos decía que un grado medía sesenta millas de diez estadios olímpicos, es decir sesenta millas náuticas, así que Colón transforma esas millas italianas con las que se navegaba en Castilla en millas náuticas, y llevarlas a un mapa donde cada sesenta millas náuticas equivalían a $56 \frac{2}{3}$ millas de su carta. (La milla italiana, o romana, o de tres leguas, es la que se usó en el medievo en las navegaciones mediterráneas; su valor corresponde a la milla náutica actual multiplicado por 0,8 o también saber que en un grado hay setenta y cinco millas romanas, y el valor de un grado es de 111,112 kilómetros. Por el contrario, la milla náutica equivale a la longitud de un minuto de arco, de tal forma que en un grado hay sesenta millas náuticas). Pero sesenta dividido entre $56 \frac{2}{3}$ es equivalente a dividir dieciocho entre diecisiete, lo que significa que diecisiete unidades (grados, millas, leguas...) de la carta de Colón son dieciocho unidades de la realidad. ¿Por qué una transformación tan complicada? Porque Colón dibuja su ruta sobre una copia del *Atlas Catalán* de 1375, y ésa es la escala que utilizaron los Cresques para esconder la ruta que queda dibujada en la pared de la cueva de Gran Canaria con el nombre de *liDO*.

LA RUTA DEL PRIMER VIAJE

Colón, en sus tres primeros viajes, utilizó la ruta que conocía porque se la había legado la tradición, ruta que consistía en dejarse llevar por la corriente de Canarias hasta que se encuentra la corriente atlántica que, bordeando las costas de Brasil, se introduce en el Caribe. (Cfr. José Antonio Hurtado García: *La ruta TID*. Servicio de Publicaciones de la Consejería de Presidencia del Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1999). Este recorrido se admite para el segundo y tercer viajes, y únicamente una mala lectura de la información que ha llegado hasta nosotros ha permitido imaginar un camino distinto para el primero. Para hacernos una idea de cómo era la ruta, basta recordar la imagen donde se mostraba la palabra *liDO* y la dirección de los puños cerrados que nos señalaba a la pintura de Sudamérica.

En la carta que Colón supuestamente dirigió al papa Alejandro VI en febrero de

1502, escribe el almirante: «Al oriente de la isla Española, en la cual yo hice asiento, y a la cual *vojé* ochocientas leguas de cuatro millas cada una». Para llegar hasta La Española o isla de Santo Domingo, Colón *vojó*. Eso significa que, en primer lugar, se alejó, para posteriormente llegar hasta ella; es la maniobra que utilizaban los portugueses para doblar el cabo Bojador en la costa de África, ya que debido a las fuertes corrientes que ascendían del golfo de Guinea y a una restinga sumergida que aumentaba la fuerza contraria de la mar, las naves no lograban superarlo en su viaje hacia el sur. Era necesario alejarse de la costa para minimizar su fuerza y una vez superado, aproximarse de nuevo a la costa. Colón *vojó* hasta La Española, es decir, se alejó de la línea recta imaginaria que une a la isla caribeña con las Canarias y posteriormente enfiló hacia su destino; exactamente ésas fueron las maniobras del segundo y tercer viajes. Los portugueses realizaban una maniobra similar para el retorno de San Jorge de la Mina, en el golfo guineano, hasta las Azores; a dicha ruta le dieron el nombre de *La Volta*, y la maniobra se llamaba *voltar*.

Hernando Colón (1488-1539), el hijo cordobés del almirante y uno de los mayores bibliófilos de la Historia, en la biografía sobre su padre, describe cómo preparó la maniobra: «Estando en Portugal comenzó a conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaban tan lejos al Mediodía [para realizar «La Vuelta», viajaban primero hacia el sur, como se ha explicado en el párrafo anterior], igualmente podría navegarse la vuelta de Occidente, y hallar tierra en aquel viaje». Es decir, que para ir a Occidente realizaba una maniobra similar a «La Vuelta», navegando hacia el sur. Por lo tanto, según su hijo, desde el principio la navegación estaba planificada por Colón, alejándose hacia el sur de las tierras que quería alcanzar. Bastarían estos dos testimonios para desechar todas las propuestas historiográficas que pretenden una ruta del primer viaje distinta a la de los dos siguientes. Pero aún hay más: existen las declaraciones firmadas ante el fiscal de la Corona de Castilla de dos testigos que realizaron con Colón el primer viaje.

El 25 de septiembre de 1515 declara ante el fiscal de la Corona, Pedro Ruiz, el testigo García Fernández, que navegó con Vicente Yáñez Pinzón (c.1461-1514) en el primer viaje: «[...] y que corrieron los tres navíos desde la isla de El Hierro hacia el suroeste cuatrocientas leguas poco más o menos...». (En la edición consta «sureste» en lugar de «suroeste», pero la navegación de cuatrocientas leguas hacia el sureste es imposible, puesto que los navíos habrían dado con las costas africanas, de modo que debe de tratarse de un error de percepción fonética del escribano; además, ésta era la dirección prohibida para la navegación castellana por el Tratado de Alcáçovas-Toledo). De la misma forma, el testigo Francisco García Vallejo declara en Palos (Huelva), el 1 de octubre del mismo año: «Tomaron su derrota para dicho viaje desde El Hierro y anduvieron a la *vuelta del oeste* ochocientas leguas...». Parece que no hay ninguna duda de que los tres primeros viajes colombinos se hicieron por caminos

similares en su travesía atlántica: siguieron la corriente de Canarias en dirección suroeste hasta llegar a la corriente atlántica, que les arrastró hacia el noroeste, haciéndoles entrar en el Caribe; ésta es la derrota natural que sigue una botella vacía cuando se arroja al mar en Canarias y llega hasta Venezuela, Jamaica, Haití o Cuba. Estos testimonios apoyan la teoría que muestra la imagen de la palabra *liDO*: Colón viajó por una ruta conocida de antemano. Podemos dudar de que la pintura de Gran Canaria sea anterior a la travesía colombina, pero hay un pequeño detalle que conviene resaltar: mientras en la pintura aparece únicamente América del Sur, separada de la masa continental norteña, desde la época de Colón hasta la construcción del canal de Panamá nunca se ha tenido constancia de la existencia de esa división que muestran las pinturas canarias.

EL 'ATLAS CATALÁN' DE 1375

Ya se ha mostrado cómo Colón, en sus dos primeros viajes, va sembrando las islas caribeñas de cruces de madera, porque así lo había leído en un grupo de islas que aparecían en el *Atlas Catalán* de Cresques («Llevo santo cruz de madera»). Pero cabe añadir algunos detalles más. Si en la Rosa de los Vientos (fig. 64) nos fijamos en el nombre que señala el viento del noroeste, observamos que las letras que quedan «libres» entre un grupo de tres líneas que se cruzan son *a 51*. Todos los colombinistas afirman que ésa era la distancia en grados que Colón creía que existía entre las Canarias y Cipango —su objetivo—, y que la había tomado de Esdras (un profeta menor cuyas predicciones se encuentran en el Antiguo Testamento). Pero esos 51 grados que ahora vemos son sobre el propio mapa; para calcular el valor real, lo tendremos que multiplicar por 18 y dividir por 17, tal y como se ha mostrado en el apartado de la cartografía: el resultado es 54. Sumándole los 18° W, que es la longitud actual de la isla de El Hierro, obtenemos una longitud de 72° W, que es la longitud de la isla de La Española y el lugar donde Colón dejó embarrancada su nao capitana *Santa María*.

El judío Cresques dibujó otra isla en el Atlántico y anotó: *li cani 51*, en números romanos y árabes: «51 *can i 51*»; y ya hemos visto que el significado de *can* en catalán es «casa». Pero si giramos el mapa y leemos el nombre de la isla al revés, tendremos *lucay* (fig. 65). Nuevamente es necesario volver al *Diario*, en el día 11 de octubre, donde se dice: «Una isleta de los *lucayos...*».

Respecto a las islas orientales, Lanzarote y Fuerteventura, conviene recordar que en la carta de Dulcert constaba un nombre intermedio que decía *line 81 mari*. ¿Qué encontramos en Cresques? *Line 51 mari*. Ya sabemos que el número 51 remite a los 54° de diferencia de longitud con respecto a la isla de El Hierro (Canarias) de la isla

de La Española (América); ahora dividamos 81 entre 3 (que es el valor que aparece en la carta de Dulcert, en la línea donde dice *line 81 mari*) y obtenemos 27, que es exactamente la mitad de 54. (El por qué se ha de multiplicar ese valor de 81 por $\frac{2}{3}$ para obtener los 54 está relacionado con la escala de dibujo de los portulanos y es necesaria una explicación matemática que queda fuera de los límites de este trabajo). Así que Dulcert conocía la situación de La Española y la puso en su carta con distinta escala a la de Cresques, pero con el mismo meridiano de origen que su paisano. De esta forma, El Hierro era la isla que fijaba el meridiano para los viajes anteriores a la fecha que nos indica la carta de Dulcert. Todos aquellos que, tras aparecer la carta del primer mallorquín, buscaron las Canarias, en realidad estaban buscando la encomienda templaria donde se suponía que la Orden había guardado su inmenso tesoro, exactamente igual que iba a hacer Colón siglo y medio después. Por esta razón, el almirante estaba tan seguro de que, si encontraba a los sucesores de los templarios, podría llegar a un acuerdo con el rey de Jerusalén (Fernando *el Católico*) y con el papa (Alejandro IV, el papa Borgia, súbdito terrenal de la Corona de Aragón), para que rehabilitase a la Orden del Temple y poder así reconquistar la Ciudad Santa. El tema del retorno de la Ciudad Santa a la Iglesia militante ha sido repetido por Colón en varios documentos a los Reyes Católicos y, en definitiva, es un asunto que se revelaba como objetivo primordial de sus viajes. Este objetivo tampoco se ha tenido en cuenta y los colombinistas lo han despreciado sistemáticamente, porque piensan que era una alucinación del almirante.

Colón no puede ofrecer su secreto a cualquier patrocinador: en primer lugar, porque ha de partir de El Hierro, y aún siendo una isla de señorío, pertenecía a la Corona de Castilla; y segundo, porque si hablaba de la búsqueda de la Orden del Temple, al haber desaparecido legalmente ésta, podría establecerse un pleito entre los reinos europeos por las tierras que fuesen templarias para reconocer a los propietarios, así que había que esperar a su descubrimiento y posterior rehabilitación para que el rey Fernando *el Católico* pudiese emprender una nueva cruzada, mientras Castilla y Portugal se repartían las tierras (cosa que hicieron al no aparecer herederos organizados de la Orden). La invención del viaje a China, la India y todo lo demás también se puede ver en el *Atlas* de los Cresques. Colón tenía una copia del *Atlas* porque era descendiente directo de la familia Cresques, y de ahí que, bajo ningún concepto, pudiese ser identificado por ninguno de los reinos que podían establecer una relación entre un descendiente de los Cresques y el rey de Jerusalén, ya que rápidamente reaparecerían los esfuerzos del siglo XIV por reencontrar a la Orden y su tesoro, pudiéndose así iniciar el pleito por las tierras.

En los documentos colombinos se pueden descubrir las falsificaciones de la familia y el intento de esconder la identidad del almirante y cómo la negociación se llevó a cabo con la Corona de Aragón y no con la de Castilla, que en todo caso fue una

beneficiada subsidiaria, por aparecer como presunta patrocinadora del viaje, al igual que Juan II de Portugal, conoedor real de la situación desde la época de Enrique *el Navegante*, gran maestre de la Orden de los Caballeros de Cristo.

Un último detalle del *Atlas*: en una provincia (Columbo) de la India «señorea» el rey Colobo (eso significa que era el señor de esa zona). Lo podemos ver rodeado de ciudades con la bandera del Temple, con una paloma en ellas y con las cruces terminadas en las famosas «patas de oca». No tenemos absolutamente ningún documento que acredite la existencia de ciudades templarias en la India, pero quedémonos con la imagen del señor de la provincia de Columbo (fig. 66).

EL PASO A «LA MAR GRANDE»

Aún se representó una isla curiosa en el *Atlas* de 1375: la *Ínsula de m,m* (fig. 67), que siempre se ha editado como «la isla de *man*». Esta isla se encuentra exactamente sobre la vertical del nudo de líneas cruzadas existente entre las islas de Lanzarote y Fuerteventura.

Para «encontrar» esa vía que permitía el paso entre el Atlántico y el Pacífico es necesario regresar a la imagen pintada en el roque de Bentaiga, donde se mostraba la palabra *liD0*. Si analizamos el 0 que aparece en la parte derecha y que marca el comienzo de la ruta, si consideramos que en vez de ser un número estamos ante la letra «O» y si aplicamos la tabla de los numerales griegos, le corresponde el valor de 800. Pero 800 leguas eran las que esperaba navegar Colón hasta su destino, y así consta en varios documentos, por lo que esa ambivalencia parece bastante intencionada.

Las tres letras restantes, «l», «i», «d», tienen los valores 30, 10 y 4. Si nos fijamos en los dígitos característicos, es decir, despreciamos los ceros, tendremos 3, 1 y 4, que viene a ser 314: la conocida *ruta TID* (300, 10 y 4), tal y como la señalan los dibujos inferiores de la propia figura. Así que, partiendo desde el 0 por la *ruta TID* llegamos a la costa del Pacífico de Sudamérica, puesto que la «l» queda por detrás de esa costa, tal y como se dibuja en la parte inferior de la «i». (Cfr. José Antonio Hurtado García: *ibíd.*). Ahora, volvamos a considerar el origen como un 0 y agrupemos las cifras por parejas: 30 y 10, la primera pareja, y 4 y 0, la segunda: $30 + 10 = 40$ y $4 + 0 = 4$; así que el resultado sería «40,40», lo que en principio parece un poco extraño. Pero acabemos de «destapar» en la isla de *m,m* el mismo valor que acabamos de deducir de la imagen de Bentaiga, ya que el valor numérico de la letra «m» en el alfabeto griego es de 40. El dibujo tiene entonces una relación directa con el *Atlas* de Cresques a través de una isla que nos marca un paso al Pacífico y que evidentemente no se trata de Lucay.

En el istmo centroamericano existe un lago llamado Nicaragua. En su parte

suroccidental hay una isla formada por dos volcanes cuyo nombre, anterior a la llegada de los españoles, es Ometepe; si despreciamos la vocal *e* por considerar que sirve únicamente para la escritura de la consonante, el resultado obtenido sobre el nombre de la isla será OMTP, pero la P griega es la letra *rho*, cuyo valor era 100 y la T (*tau*) equivale a 300. Así que TP sería $300 + 100 = 400$, con lo que el valor del topónimo isleño quedaría como O 40 400, de donde se puede deducir O 40 40 0. Ahí está la isla *M,M*. Observando la isla desde la fotografía del satélite (fig. 68), podemos darnos cuenta de su forma de 8, así que, en definitiva, Ometepe no es más que un 8 que se constituye con dos 4, y todos los valores 0 que han ido apareciendo deben de considerarse como inexistentes.

Volvamos al rey Colobo, señor de la provincia de Columbo, en la India, cuya imagen ya se ha mostrado. Apliquémosle a la provincia el código de los números griegos: 20 0 30 0 40 2 - (la letra «o» la cambiamos por el número 0, y si es valor nulo, lo transcribimos como una raya horizontal). La suma de dichos números es 542. Ahora hay que utilizar otro valor que también nos muestra el *Atlas* y que es conocido desde antiguo, la equivalencia entre las millas náuticas y las romanas: 0,8. Si esos 542 los dividimos entre 8 obtenemos 67,75. El meridiano que tiene una diferencia de longitud con respecto al de la isla de El Hierro será $67,75 + 18 = 85,75^\circ$ W. Prácticamente, el meridiano cruza la parte occidental de la isla de Ometepe; así que nos dice Cresques que Colobo era el señor del lago Nicaragua.

En fin: tenemos unos valores numéricos codificados en un dibujo de la isla de Gran Canaria que conducen desde un cero inicial hasta la zona del Pacífico de un mapa de Sudamérica; una isla en el *Atlas Catalán* de 1375 que presenta una codificación cuyo resultado es igual al del dibujo anterior; y una isla real, sobre el lago Nicaragua, cuyo nombre anterior a la llegada de los conquistadores nos da también un código numérico que transmite el mismo resultado que los elementos anteriores y que, además, está relacionado con la forma de la isla. Y en los tres se utiliza el mismo elemento de codificación: las letras como números griegos, y todos esos datos son anteriores al primer viaje de Colón, más los códigos idénticos encontrados en las imágenes de la Virgen de Candelaria, señalando exactamente el número de leguas que Colón registra el 2 de noviembre de 1492.

¿El lago de Nicaragua era un paso que partía el continente americano en dos partes? Desde el lago hasta el Caribe corre el río San Juan, un río que desciende de nivel unos veinte metros a lo largo de sus aproximadamente doscientos kilómetros de longitud y que, desde su conquista, fue un permanente dolor de cabeza para los españoles, debido a que su fácil navegabilidad permitía las incursiones piratas contra las ciudades del lago. La navegabilidad desde el Caribe hasta el lago Nicaragua nunca fue un problema. El lago está separado del Pacífico por una lengua de tierra que, en su zona más estrecha, apenas alcanza los treinta kilómetros de anchura; y en el propio lago se

encuentra un habitante característico del Pacífico: el tiburón blanco. Es el único lago de agua dulce del mundo donde podemos encontrar tal inquilino. Muchos geólogos consideran que hubo una época en que no existió esa lengua de separación del lago con el Pacífico y que ésta se formó debido a alguna erupción volcánica o a un terremoto (frecuentes ambos en la zona), de modo que el antiguo golfo del Pacífico quedó como un lago interior. No se han hecho prospecciones para saber cuándo pudo haberse cerrado el paso en la zona, pero todos los datos apuntan a que ese era el paso por el cual se llegaba hasta «la Mar Grande». El hecho es que ese paso existió seguramente y hubo una efectiva separación de ambos subcontinentes, tal y como aparece en las pinturas de Bentaiga y como esperaba encontrar Colón; todas las hipótesis expuestas al principio del presente artículo van quedando satisfechas. Ahora falta únicamente averiguar si en la zona existen restos arqueológicos o de otro tipo que puedan asimilarse a una cultura exógena, tal y como han aparecido en las islas de Canaria.

En unas montañas situadas al noreste del lago Nicaragua existen restos de una cultura denominada «los chontales», que significa algo similar a «los extranjeros». Por lo que se sabe de ella, es una cultura que proviene del norte de la península del Yucatán, y que se desplazó hacia el Pacífico entrando en Nicaragua por la zona norte del lago, siendo desplazada por los aborígenes locales hasta esa zona noreste. Dicha cultura nos ha dejado unos «ídolos» que se encuentran hoy en un museo de Juigalpa (Nicaragua) y que resultan bastante curiosos. En Centroamérica y en América del Sur son comunes las estatuas antropomorfas barbadas, al igual que imágenes del mismo estilo con las que se representan hombres de cabellos y barbas rubias, pero el hecho particular que diferencia a los chontales es que sus ídolos van cubiertos con una especie de capucha, o incluso cota de malla, que les cubre la cabeza y que no se diferencia del resto de la vestidura; y, por supuesto, son barbados. ¿Frailes? ¿Caballeros medievales sin el casco? Parece ser que Nicaragua es una palabra que tiene su origen en la lengua maya (como corresponde a los restos encontrados de esos extranjeros llegados del norte de Yucatán), y se puede descomponer en partes: *Nic ar ahua*. La primera parte, «nic», es una localización, una especie de adverbio de lugar, y «nicar» se traduce así, como lugar, mientras la última se acepta como «el señor»; así que Nicaragua podría ser «el lugar del señor». Y con esto simplemente designamos a un poder; no hay elementos para saber si es terrenal o celestial, pero no hay más que leer con atención el *Diario de a bordo* de Colón para ver que, repetidas veces, el almirante demanda a los indios información sobre el «agua», o escribe sobre la cantidad de «agua» que hay en las islas. ¿Buscaba al señor (*ahua*)? ¿Al «señor» de la provincia de Columbo que Cresques situó sobre la India?

Hasta ahora hemos situado los meridianos de La Española, del lago Nicaragua y de la isla de Ometepe, pero falta la posición exacta, únicamente la longitud, y Cresques la aporta; si bien, para descubrirla, es mejor recurrir a Colón y recordar lo que escribió

el 13 de octubre en su *Diario*: «[...] ni se debe esperar otra cosa, pues está Lestegiuste con la isla de El Hierro en Canaria, so una línea». Se refería a la isla de La Española.

Las líneas en el plano que dibuja Colón son perpendiculares, así que sobre la superficie de la Tierra, a la altura de 28° N, se dibuja una línea perpendicular al meridiano de El Hierro. Vemos en el mapa (fig. 69) cómo esa línea corta a La Española y al lago de Nicaragua, así que los puntos que ya estaban situados por su meridiano quedan también situados por su latitud, teniendo en cuenta que están sobre dicha línea y los cálculos matemáticos son sencillos de realizar. No obstante, basta con observar el mapa para entender lo que se dijo al principio: los judíos mallorquines definieron en su *Atlas* la situación exacta de los puntos a los que apuntó Colón en sus navegaciones.

La isla de Ometepe ha adquirido fama en los últimos años por supuestas apariciones de objetos volantes no identificados (ovnis). Y, aunque sin identificar, sí son aclamados por determinado tipo de prensa, lo cual implica que todo allí se ha organizado en función de esa búsqueda. Sin embargo, en el museo de la propia isla hace tiempo que se muestra un aparato que consiste en una especie de prismáticos (con vidrios perfectamente pulidos) y que no se sabe exactamente qué función podrían haber tenido, pero se datan en el siglo VI d.C. ¿Quizás los instrumentos que se utilizaron en Gran Canaria y que dieron origen a las cazoletas? Por último, la sierra que rodea el lago Nicaragua, por su vertiente oriental, se llama la Sierra de Amerrisque; en el *Atlas Catalán*, la parte occidental de Irlanda es precisamente esa costa del lago Nicaragua, y ahí está escrito y señalado un cabo que parece un monte y que recibe el nombre de *borda* ('bordea', en castellano), y una línea que nos lleva directamente a una palabra transcrita en color rojo: «L' Aimerich» (fig. 70).

PUNTO FINAL

Se han aportado pruebas suficientes de lo que se dijo al principio de este artículo: que en Canarias hubo una encomienda del Temple, que desde allí se realizaban navegaciones que alcanzaban la costa del Pacífico del continente americano, y que Colón se limitó a seguir esa ruta conocida desde mucho tiempo atrás y procurar que no se conociese su procedencia. Un desastre natural cerró el paso a las naves y dejó encerrados en un lago a una manada de tiburones blancos, pero, sobre todo, impidió a los templarios continuar con el negocio del oro y la plata americanos. La Orden no pudo seguir financiando la guerra de Jerusalén y, probablemente, cuando comenzó a exigir el pago de lo que se le adeudaba, sus deudores se convirtieron en enemigos, ya que tampoco podían pagar. Los deudores de la Orden del Temple eran elementos muy poderosos. La expulsión de los judíos fue una primera medida para poder hacer frente a un primer pago, puesto que los bienes de los hebreos fueron incautados, pero Europa

no estaba en condiciones de generar la riqueza suficiente para hacer frente al déficit acumulado, así que la mejor solución fue la de suprimir al banquero que reclamaba la deuda: el Temple.

JOSÉ ANTONIO HURTADO GARCÍA (*Madrid*). *Ingeniero aeronáutico e historiador residente en Santa Cruz de Tenerife. Desde 1995 se dedica exclusivamente a la investigación histórica sobre el primer viaje colombino. Gran expositor de la hipótesis de la llegada de la Orden del Temple al continente americano antes del descubrimiento oficial, ha impartido diversas conferencias sobre el tema y ha publicado diversos artículos en varias revistas. (Véanse especialmente sus trabajos en la Revista General de Marina e Ingeniería Aeronáutica y Astronáutica). Es miembro del consejo de redacción de Boletín Temple. Entre sus libros cabe destacar La ruta TID, publicada bajo el patrocinio del Gobierno de Canarias, y Las matemáticas del descubrimiento, en formato de eBook.*

(*) Los lectores interesados en los cálculos matemáticos y trigonométricos utilizados por Cristóbal Colón pueden acudir a José Antonio Hurtado: *La ruta TID*. Servicio de Publicaciones de la Consejería de Presidencia del Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1999. *El legado de Bencomo (Mencey del Gran Tenerife)*. Edición del autor, 2001. *El error de Colón*. Edición del autor, 2002. Y también en las páginas web de TEMPLESPAÑA y <http://pagina.de/jahurtado>, donde se estudian pormenorizadamente la reconstrucción matemática del *Atlas Catalán* y la ruta de Colón.

CAPÍTULO XXII

Los templarios y la Vera Cruz

CARLOS GARCÍA COSTOYA

El 13 de octubre de 1307 se ejecutaba la orden de Felipe IV *el Hermoso*, rey de Francia, que suponía la detención de los caballeros templarios establecidos en su reino y la intervención de los bienes de la Orden, en lo que representó el inicio de una de las felonías más enjundiosas de la Historia. La lista de acusaciones era extensa y en buena parte se ceñían a causas religiosas. Abarcaba desde la herejía al sacrilegio y la homosexualidad. Las motivaciones reales eran mucho más humanas: la envidia y la ambición. El soberano francés ansiaba los bienes y el poder del Temple, y para conseguirlos coadyuvó, en un comportamiento que convertía en anecdótico el cesaropapismo defendido por Carlomagno, al papa Clemente V, de origen francés y con un pontificado hipotecado desde su ascenso al trono de San Pedro. La ambición de Felipe IV provocó la desaparición del Temple, pero también tuvo desastrosas consecuencias para la Iglesia, como el Cisma de Occidente.

El proceso contra la Orden hundió a los freires templarios en el submundo de la leyenda. Las huestes ideológicas de Felipe IV les acusaron de todos los males imaginables; y desde ese momento hasta hoy, los templarios han sido utilizados como recurso para encubrir cualquier teoría, ya no sólo improbable, sino, en muchos casos, imposible. La literatura panfletaria recurre a ellos con excesiva frecuencia, cada vez con menos criterio y mayor desconocimiento histórico, hasta el extremo de que la mayoría de los lectores tienen de ellos una imagen distorsionada que no guarda ningún rigor histórico, salvo las posibilidades comerciales de la etiqueta en la que se utiliza el nombre de los caballeros del Temple o templarios.

Las enormes lagunas que salpican la historia templaria encierran muchos misterios. La disolución de la Orden y el reparto de los bienes propició la eliminación de una cantidad ingente de documentos que podrían haber servido para posibles reclamaciones en caso de una decorosa rehabilitación, aunque nunca se produjo efectivamente. Asimismo, son muchos los elementos de la historia del Temple que desconocemos, entre ellos, el culto que dieron a las reliquias. Los escritores especulativos centran su atención en el Santo Grial y, en menor medida, en la Síndone o Sábana Santa de Turín. Hay, no obstante, un enorme vacío respecto a una de las principales reliquias de la cristiandad: la Vera Cruz, el madero en el que Cristo murió, y sobre el que sí hay datos innegables que lo vinculan con los freires, ya que eran

muchas las encomiendas en las que se custodiaba y veneraba un *lignum crucis*.

EL SIGNIFICADO CRISTIANO DE LAS RELIQUIAS

Desde una perspectiva religiosa, las reliquias son los cuerpos de los santos y los mártires o, en un sentido más amplio, los objetos que estuvieron en contacto con ellos o con su sepulcro. De las muchas reliquias existentes, las que tienen mayor valor testimonial son aquellas que están relacionadas de algún modo con la figura de Jesús de Nazaret. Dada la excepcional personalidad del Nazareno, las reliquias relacionadas con él son abundantísimas, aunque sólo unas pocas pueden considerarse seriamente y una inmensa mayoría no tiene más relación con Jesús que el deseo de los fieles de que así fuera. Las reliquias más comunes son la Síndone, la Vera Cruz, la túnica, las sandalias, la corona de espinas, los clavos, el cáliz de la Última Cena o Santo Grial, la mesa de la Última Cena, el mantel de la Última Cena, los cabellos, la sangre, la columna de la flagelación, la esponja empapada en vinagre, el prepucio, los panes y los peces de la «multiplicación», algunos restos de los mismos, la cuna, algunas piedras y la paja del pesebre, amén de cualquier otro objeto con el que simplemente Jesús de Nazaret hubiera podido coincidir a lo largo de su vida humana. Pero pocas reliquias han podido resistir el paso del tiempo y perdurar hasta nosotros como la Vera Cruz o la Sábana Santa; es cierto que hay posibilidad de que estos objetos sagrados sean reales; otra cosa es que los que se conservan actualmente sean los auténticos.

Conviene aclarar que el concepto de reliquia no es exclusivo del cristianismo; también se «desarrolla ampliamente en el ámbito judío y en la cultura islámica. Los musulmanes conservan y veneran numerosas reliquias de raíces cristianas: la tumba de Ezequiel cerca de Babilonia, el cuerpo de Juan el Bautista en la mezquita de Damasco, su cabeza en el museo Topkapi de Estambul... Además, en todo el Magreb, las tumbas de los santones permiten conjurar los maleficios, como si se tratara de tumbas de mártires cristianos. A ellas se llevan amuletos para que adquieran fuerzas benéficas y poderes contra el mal... Del mismo modo, en Bijapur (India), en el Asas Mahal o Casa de la Reliquia, se guardan pelos de la barba de Mahoma [...]. Entre los pueblos indígenas primitivos y preindustriales las reliquias presentan una prolongada trayectoria y tradición. Todo resto humano (hueso, cabello, uña, diente, cenizas) de un enemigo o de un pariente puede ser estimado como tal reliquia y se custodian y guardan en bolsas, estuches o cajas porque se cree que acumulan virtudes y cualidades del enemigo derrotado o del familiar fallecido». (Juan Francisco Jordán Montes: *Las reliquias en el mundo cristiano. Introducción etnográfica e histórica*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1999; pág. 127).

Desde el punto de vista del análisis histórico, diversos estudiosos apuntan a un culto

temprano de las reliquias de los mártires; según los especialistas, en los primeros tiempos del cristianismo, a finales del siglo II, ya estaría organizada y extendida entre las primitivas comunidades esta devoción por las reliquias. Hay diversas referencias documentales de aquellos siglos, como el *Martyrium Ignatii*, escrito por los fieles de Antioquía a principios del siglo III, o el *Martyrium Polycarpi*, de mediados de esa misma centuria. Pero la verdadera eclosión se produjo en el siglo IV, coincidiendo con la institucionalización del cristianismo. El primer paso en este sentido se dio con el Edicto de Tolerancia, promulgado por el emperador Galerio en el año 311, que puso fin a las persecuciones de los cristianos. Dos años después, el emperador Constantino, mediante el llamado Edicto de Milán, reconoció la libertad religiosa; y, finalmente, en 380, el emperador Teodosio, a través del edicto *Cunctos Populus*, estableció que todos los pueblos gobernados por Roma profesaran «la religión que el divino Pedro dio a los romanos». De manera paralela a esta oficialización del cristianismo se produjo un fenómeno de exaltación pública del culto y de la devoción a las reliquias. Es también a partir del siglo IV cuando se establece la costumbre de erigir altares sobre el sepulcro de un mártir o, en su defecto, con una reliquia en su interior.

El culto a las reliquias tuvo gran aceptación entre el pueblo, que las veía más como poderosos y taumatúrgicos fetiches que como recuerdos de aquellos que les habían precedido en el Camino de Cristo. De hecho, y a pesar de que su culto estaba permitido, fue limitado y criticado oficialmente por la Iglesia en diversas manifestaciones doctrinales, entre ellas, diversos cánones del V Concilio de Cartago (401) y del II Concilio de Braga (675) que, en su canon 5, prohíbe expresamente a los obispos aparecer en ceremonias públicas con reliquias colgadas del cuello, tal y como algunos tenían por costumbre.

A pesar de las recomendaciones «oficiales» el pueblo adoraba a sus fetiches, así que no quedaba más remedio que asumir las palabras de San Agustín: «Una cosa es lo que nosotros enseñamos y otra lo que toleramos. Hay cosas que estamos obligados a soportar; mas no cesamos de trabajar para corregirlas». Aun así hay que distinguir entre el culto que se profesó a las reliquias en Oriente y Occidente. En la parte oriental del Imperio, las autoridades se mostraron mucho más permisivas a la hora de descuartizar cadáveres para su reparto entre los fieles; en Occidente se castigaron penalmente estos comportamientos y el tráfico de reliquias se limitó a objetos que hubiesen «tocado» al santo o mártir.

La cultura romana era muy respetuosa con los restos humanos, ya fuesen de la más altas dignidades o de ajusticiados. Sus leyes otorgaban la protección de *religiosi* a los enterramientos realizados de acuerdo con la Ley. Un ejemplo muy representativo se aprecia en la autorización que Pilatos concede a José de Arimatea para sepultar el cuerpo de Jesús tras la crucifixión. En sentido contrario, la tradición oriental y judía

(Jer. 16, 4; Jer. 19, 7; Ez. 29, 5) consideraba impíos los cadáveres de los ajusticiados, que eran arrojados al desierto para ser devorados por las fieras, tal y como ocurrió con el cuerpo de Santiago tras su decapitación, y que provocó que sus discípulos lo robasen para trasladarlo hasta Compostela de Galicia, donde le dieron sepultura. Con el desarrollo del cristianismo, la parte occidental del Imperio fue mucho más pudorosa que la oriental a la hora de conseguir reliquias. Este respetuoso cuidado se perdió parcialmente en la Alta Edad Media: las invasiones germánicas y el posterior avance del islam forzaron el traslado de las reliquias a lugares seguros, abriendo las puertas a su manipulación y división.

La devoción por las reliquias conoció su clímax durante las cruzadas, el período histórico en que tiene lugar la fundación y el desarrollo de la Orden del Temple. En esta época, todo lo relacionado con Cristo adquirió un valor incalculable en el crédulo mundo medieval. La devoción particular dio paso a la mercadería y la falsificación de cualquier objeto que pudiera estar revestido de un halo místico. (Jesús Torbado refleja muy bien estas actividades populares en su novela *El Peregrino*). En los siglos posteriores se mantuvo el culto a las reliquias, aunque la jerarquía eclesiástica ejerció un mayor control y combatió la devoción desmesurada y la picaresca, que había sido moneda corriente durante la Baja Edad Media. A partir del Concilio de Trento (1554-1563), la Iglesia se centra en el culto a la eucaristía, pero las reliquias siguen conservando su atracción popular, aunque con un fervor decreciente.

El siglo xx aún trajo varias regulaciones canónicas de las reliquias. El Código de Derecho Canónico de 1917 le dedicaba gran parte del Título XVI del Libro III, mientras que el vigente, promulgado en 1983, únicamente las contempla en el canon 1.190: «1. Está terminantemente prohibido vender reliquias sagradas. 2. Las reliquias insignes, así como aquellas otras que gozan de gran veneración del pueblo, no pueden en modo alguno enajenarse válidamente o trasladarse a perpetuidad sin licencia de la Sede Apostólica». Aun así, y a pesar de su presencia casi anecdótica y eminentemente popular en la vida actual de la Iglesia, el Concilio Vaticano II recordó su culto en la constitución *Sacrosanctum Concilium* (111): «De acuerdo con la tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas. Las fiestas de los santos proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles». Más recientemente, la constitución apostólica *Pastor Bonus*, con la que Juan Pablo II reformó la curia romana en 1988, estableció en su punto 69 que la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos «es competente sobre el culto de las sagradas reliquias, la confirmación de los patronos celestiales y la concesión del título de basílica menor», lo que demuestra que algunas tradiciones siguen muy vivas.

¿Qué importancia tienen las reliquias en la Iglesia actual? «De la doctrina y el proceder de la Iglesia se deduce que el culto a las reliquias es lícito bajo ciertas

condiciones: A) Asegurar la autenticidad de las reliquias hasta donde sea razonable y posible, rechazando las dudosas. B) Ceñirse al culto de dulía relativo (no es a los restos, sino al personaje a quien se venera), evitando todo sabor idolátrico o supersticioso. C) Evitar en la exhibición de reliquias cualquier lucro o apariencia de él, así como cualquier manifestación necrofílica». (*Gran Enciclopedia Rialp*. Madrid, 1984; tomo XX, págs. 32-33).

¿Tienen poder curativo las reliquias? En absoluto. Cualquier poder taumatúrgico que quiera atribuirse a una reliquia es absolutamente falso, lo mismo que a cualquier imagen de los altares. La doctrina es clara al respecto: el único que tiene poder de curación es Dios; el resto, incluida la Virgen, son meros intercesores. Las reliquias, por sí mismas, carecen de cualquier tipo de fuerza sobrenatural; otra cosa es la devoción que se les profese y la fuerza interna que eso pueda desarrollar en nuestra mente, pero eso ya no tiene nada que ver con los milagros.

«¿Honras sus huesos encerrados en una urna y no respetas sus pensamientos contenidos en sus escritos [de los santos]?; ¿haces un gran caso de cualquier parte de su cuerpo que ves a través de un cristal y no admiras su espíritu que brilla a través de sus Epístolas?; ¿rindes, en fin, más homenaje a las cenizas que sanan cualquier enfermedad del cuerpo, que a los más excelsos de sus escritos que otorgan remedios contra las enfermedades del alma?». (Erasmus de Rotterdam).

EL ÁRBOL DE LA VIDA

Un paso previo al estudio de la Vera Cruz es conocer su valor testimonial como manifestación del «madero verdadero» en el que Jesús de Nazaret fue crucificado en el Gólgota, y que la simbología tradicional ha identificado con el Árbol de la Vida.

La idea del «Árbol» ha estado presente en la mayoría de las culturas, que ven en él una manifestación de la regeneración cósmica, el *Axis Mundi*, el eje del mundo en torno al cual se desarrolla la vida del hombre. Sus orígenes están representados por las raíces hundidas en la tierra, la vida es el tronco, y las ramas que crecen a lo largo de nuestra existencia y la copa materializan su cenit. Una versión más cristiana identifica las raíces hundidas con el Infierno, el tronco con la vida-peregrinación del hombre y la copa con la vida excelsa. Una visión más profunda del simbolismo del Árbol de la Vida, que encaja a la perfección con el pensamiento joánico (del apóstol Juan) y templario, lo relaciona con la tradición griática de la inmortalidad, la misma que vista desde una perspectiva plana llevaría a creer en el poder de la reliquia. Esta visión de la inmortalidad se aprecia claramente en el primero y en el último libro de la Biblia, el origen y el final, el alfa y el omega. El Génesis dice: «Dijo entonces Yahvé: “He aquí

que el hombre se ha hecho como uno de nosotros, por haber conocido el bien y el mal. No sea que ahora alargue su mano y tome también del árbol de la vida, coma de él y viva para siempre”. Y le arrojó Yahvé del jardín del Edén, para que labrara la tierra de donde fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y apostó al oriente del jardín de Edén querubines: llameantes espadas, para guardar el camino del árbol de la vida» (Gén. 3, 22-24). Y en el Apocalipsis puede leerse: «En medio de la plaza y a un lado y a otro del río hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para curar a las naciones. Ya no habrá condenación contra nadie, y estará en ella el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le darán culto. Verán su rostro y llevarán el nombre de él en la frente. Ya no habrá noche, y no necesitarán luz de lámpara ni luz de sol; porque el Señor, Dios, los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos» (Ap. 22, 2-5). Este Árbol de la Vida, para los cristianos, es el propio Cristo, la verdadera fuente de vida.

Los primeros teólogos cristianos, los Santos Padres, han fijado en el Árbol de la Vida —identificado con la cruz—, la columna vertebral de su pensamiento, que es la base de la teología medieval. «Adán y Cristo quedan unidos en torno a la imagen del árbol acuífero, como recuerda un escrito de San Efrén, titulado *La Caverna del Tesoro de Siria*, que señala que Cristo fue crucificado en el sitio en que Yahvé formó a Adán con sus propias manos, y añadió: “Este Árbol de la Vida, en el centro del Paraíso, es una imagen que anuncia la cruz del Salvador, que es árbol de la vida verdadera, y esa cruz fue levantada en el centro de la Tierra”. Así, pues, el acontecimiento del Calvario por la muerte de Adán y Cristo tuvo lugar en un espacio sagrado: “Luego Adán se fue de este mundo / el 14 de nisán a la hora nona / un viernes, / a la misma hora en que el Hijo del Hombre / entregaba su alma al Padre en la Cruz». (Santiago Sebastián López: «Del Árbol de la Vida al Árbol de la Cruz». *Actas del I Congreso Internacional de Cofradías de la Santa Vera Cruz*. Sevilla, 1995; pág. 240).

La identificación entre el «madero» y la vida del hombre ha sido desarrollada a lo largo de la historia del pensamiento cristiano por diversos teólogos, algunos de ellos tan estrechamente relacionados con la Orden del Temple como el beato Ramón Llull, que estructura los saberes en su *Arbe de Ciencia*, San Bernardo o San Buenaventura. Este último los vinculó en su tratado *Arbor crucis* o *Lignum vitae*, que se completa con la famosa miniatura que resume su contenido. El grabado representa a Jesucristo en una cruz figurada por un árbol constituido por ramas, hojas, flores y frutos. El árbol se divide en tres estados, cada uno representado por dos ramas. El primero, el inferior, sustenta los orígenes del Salvador y los hechos de su vida; el segundo, la Pasión, y el tercero, el superior, la Glorificación. Posteriormente, San Juan de la Cruz y otros místicos continuaron en esta línea. En tiempos mucho más recientes, la misma idea puede encontrarse en numerosas obras, entre ellas, en algunas tan conocidas y aparentemente poco teológicas como *El Cristo de San Juan de la Cruz*, de Salvador

Dalí.

LA INVENCION DE LA VERA CRUZ

La leyenda del «madero de Cristo» tiene su origen en la Edad Media, aunque narra hechos acaecidos en el siglo IV, tras el enfrentamiento de Constantino y Majencio. La noche anterior a la batalla decisiva entre estos grandes señores, el emperador tuvo una visión en sueños: una cruz aparecía suspendida en el cielo y llevaba como leyenda la inscripción «*In hoc signo vinces*» («Con esta señal vencerás»). Y así sucedió: Constantino ordenó sustituir las águilas imperiales por representaciones cristianas, la cruz y el crismón (XP), y atribuyó su victoria a su ensoñación profética. Constantino, en acción de agradecimiento a la señal divina, incorporó la cruz a su estandarte y pidió a su madre, la futura Santa Helena, que fuese a Jerusalén para buscar la cruz en la que Cristo murió. El primer reto fue localizar el lugar de la crucifixión: Adriano, en el año 135, había intentado anular la nueva religión cristiana y para ello había decidido eliminar el símbolo del calvario, modificando el Gólgota y erigiendo en ese mismo lugar un templo dedicado a Venus. En fin, la reforma de la ciudad hacía muy difícil la localización sagrada de la crucifixión. Pero, precisamente, el conocido emplazamiento del templo pagano de Venus permitió siglos después identificar el lugar exacto en el que Jesús fue crucificado. ¡Las vueltas que da la Historia!

Localizado el lugar, según la *Leyenda Áurea*, tras torturar a un judío de nombre Judas (otro nombre que invita a la reflexión y el simbolismo), la presunta prospección arqueológica de Santa Helena permitió encontrar tres cruces, la de Jesús de Nazaret y las de los dos ladrones que, según el relato evangélico, ajusticiaron a su lado. Para saber cuál era la que buscaban, colocaron las tres junto a un enfermo: las dos primeras no hicieron ningún efecto; la tercera lo sanó. La narración sufre algunas variaciones dependiendo de las fuentes, y así, San Paulino dice que el enfermo no era tal, sino un muerto que resucitó; y San Ambrosio no reconoce milagro alguno y dice que la identificación se efectuó por el letrero que conservaba clavado en su parte superior. «Pilato escribió también un título y lo colocó sobre la cruz. Estaba escrito: “Jesús el Nazareno, el rey de los judíos”. Muchos judíos leyeron este título porque el sitio en donde fue crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Los pontífices de los judíos decían a Pilato: “No escribas ‘el rey de los judíos’, sino que él dijo: ‘Soy el rey de los judíos’”. Pilato respondió: “Lo que he escrito, escrito está”» (Jn. 19, 19-22).

La cruz hallada por Santa Helena se guardó en la recién construida basílica del Santo Sepulcro, pero el objeto sagrado no se conservó completo: envió un trozo de la reliquia a Roma, al papa, y otro a Constantinopla, a su hijo el emperador. Por este

motivo, la reliquia «original» quedó recortada por uno de los lados, y por eso tradicionalmente se ha representado como una cruz con los cuatro brazos de la misma longitud. Y es precisamente esta cruz la que adoptaron casi todas las órdenes militares, prácticamente con la única excepción de la de Santiago, que la utilizó con forma de espada. Pero si la identificación es dudosa, cuanto más será que hubiese conservado su estructura cruciforme... pero la leyenda es la leyenda.

El relato no finaliza ahí, sino que traslada el origen de la Vera Cruz al mismísimo Paraíso terrenal: cuando Adán estaba a punto de morir, le pidió a su hijo Set que fuese al Paraíso a buscar una rama del Árbol de la Vida. El arcángel Miguel, a la sazón portero edénico, se la negó, pero le dio una semilla del árbol maravilloso. Cuando Adán murió, Set lo enterró colocándole la semilla debajo de la lengua y, con el paso del tiempo, un árbol floreció sobre su tumba. El árbol permaneció inalterado durante cuatro mil quinientos años, hasta que Salomón se quedó impresionado por su robustez y ordenó talarlo para utilizarlo como viga del Templo que pensaba construir. Pero surgió un problema: cada vez que intentaban colocarlo en un lugar concreto, la viga variaba de longitud y hacía imposible su utilización. El arquitecto de Salomón se dio por vencido y decidió prescindir del madero; lo reutilizó en la construcción de un puente que salvaba un arroyo cercano. Años después, cuando la reina de Saba viajó hasta Jerusalén para conocer al rey Salomón, al acercarse al regato y ver el madero que servía de puente, por súbita revelación sobrenatural supo que sobre él habría de morir el Salvador del mundo y, sobrecogida de respetuosa reverencia, no osó hollarlo con sus pies, sino que lo adoró devotamente. De aquel tronco los romanos sacaron la cruz de Jesús de Nazaret.

La vinculación de la cruz con el Árbol de la Vida está muy presente en la teología medieval, y tiene su plasmación iconográfica en las crucifixiones que muestran una calavera en la base de la cruz. Esta calavera representa a Adán, el padre primigenio que cometió el pecado original y de cuyo cuerpo brotó el Santo Madero de la Redención.

Un último apunte sobre el relato se relaciona con la reliquia que se venera en el monasterio cántabro de Santo Toribio de Liébana: algunos estudios científicos deducen «que la especie de la madera de *lignum crucis* [...] es *Cupressus sempervirens* L. Es necesario hacer constatar que Palestina se encuentra comprendida en el área geográfica de dicha especie forestal [...]. Es una madera que denota ser muy vieja y, si por una parte no se ha podido precisar su edad, por otra, sus características macroscópicas no excluyen, en ningún caso, la posibilidad de que dicha madera pueda alcanzar una edad superior al período de tiempo correspondiente a nuestra era» (Fr. Juan Ariceta: *Santo Toribio de Liébana y la reliquia de la Santísima Cruz*. Afar, Barcelona, 1993). Los textos bíblicos dicen que Hiram de Tiro suministró a Salomón madera de cedro y ciprés para la construcción del Templo: «La nave central estaba revestida de madera

de ciprés, recubierta de oro puro, con palmas y cadenetas grabadas» (2 Cron. 3, 4).

«Estos relatos no dejan de suscitar dificultades, que derivan sobre todo del silencio de los escritores anteriores al fin del siglo IV. Eusebio de Cesarea, en su gran obra *Vida de Constantino*, habla del viaje de Santa Helena a Palestina y cuenta que hizo construir las dos basílicas de Belén y del Monte de los Olivos, pero nada dice del descubrimiento por ella de la verdadera cruz. Más aún, en el relato que hace de la dedicación de la basílica constantiniana y en el discurso que él mismo pronunció en esta ocasión, habla del “signo salvador”, del monumento erigido en su honor (el oratorio de la Cruz), así como de la gran iglesia misma, pero no habla de la cruz como de una reliquia descubierta recientemente». (Antonino González Blanco: *El culto a la Cruz de Cristo en la Iglesia Universal*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1999).

La leyenda constantiniana, naturalmente, parece bastante alejada de la realidad. Ya no sólo por la historia de la curación del enfermo —la prueba de las tres cruces habría sido innecesaria si se conservaba el cartel identificador (Iesus Nazareus Rex Iudeorum, INRI)—, sino por el hecho de que la cruz hubiese permanecido inalterada después de permanecer tres siglos enterrada.

Así pues, ¿los restos de la cruz que hoy se veneran como verdaderos fragmentos del madero sagrado pueden ser auténticos? Evidentemente, es posible aunque improbable. Podrían tener alguna credibilidad, por ejemplo, si algún discípulo hubiese conservado la cruz original, tal y como pudo ocurrir con la Síndone, el Pañolón de Oviedo y otras reliquias. Pero si éstas se consideran dudosas, la Vera Cruz tiene escasas posibilidades. Aunque, eso sí, una vez «localizada» e identificada en su momento, sí es probable que las reliquias veneradas provengan de ese «original». En numerosas ocasiones se ha dicho que si se reunieran todas las reliquias de la Vera Cruz dispersas por el mundo podría formarse un bosque. Nada más alejado de la realidad: los *lignum crucis* certificados como tales no son tantos y muchas veces no pasan de ser una astilla. El arquitecto Rohault de Fleury se esforzó en contar y calcular el peso y el volumen de todas estas reliquias, y la suma no llegaba para completar el volumen real que debió tener la cruz original. (*Memorie sur les instruments de la Pasion*. N. S. J. C., París, 1870).

Desde los primeros momentos que siguieron a la autenticación de la reliquia se le atribuyeron a la Vera Cruz poderes taumátúrgicos, y las astillas y fragmentos que se extrajeron de la original comenzaron a recorrer el mundo en andanzas milagreras. La mayor parte del «madero sagrado» permaneció en Jerusalén hasta su sacrílego robo por los persas en 614; trece años después fue recuperado por el emperador Heraclio, que lo volvió a depositar en la Ciudad Santa. El avance del islam hizo que permaneciera oculto en el seno de la comunidad cristiana, y no volvió a ser contemplado hasta la conquista de Jerusalén, en la primera cruzada (1095-1099), fecha

próxima a la fundación de la Orden del Temple.

LOS TEMPLARIOS Y LA VERA CRUZ

La especial vinculación de los templarios con la Vera Cruz está presente a lo largo de su historia, por eso es necesario recordar sus primeros pasos, para entender esta especial devoción. Tradicionalmente se sitúa la fundación del Temple en el cuarto lustro del siglo XII, pero su origen debemos buscarlo en los monasterios y castillos francos en las décadas anteriores, y situar el punto de partida en el Concilio convocado en Clermont, en 1095, por el papa Urbano II.

El último día de las sesiones conciliares, el pontífice ordenó a sus asistentes que preparasen una solemne sesión pública para la mañana siguiente; quería hacer una importante proclama, dirigida tanto a religiosos como a seculares. Urbano II comenzó su discurso invocando la necesaria ayuda a los hermanos de Oriente, y desveló que la cristiandad oriental le había pedido apoyo porque los turcos se estaban adentrando en sus territorios, maltrataban a sus gentes y profanaban sus templos. Recordó la santidad de Jerusalén, así como las crecientes dificultades que tenían que superar los pocos peregrinos que se aventuraban a viajar hasta la tierra de Cristo. El papa pidió a los reyes y nobles europeos que se olvidaran de rencillas y rivalidades, y que, todos juntos, bajo la bandera de la Iglesia, estuviesen prestos para marchar a Oriente a combatir al infiel; también prometió la remisión de los pecados a todos cuantos muriesen en el transcurso de la contienda. La arenga papal fue recibida con júbilo por los congregados, que abrazaron la llamada pontificia al grito de «*Deus le volt!*» («¡Dios lo quiere!»).

La organización del ejército y el traslado de las tropas hasta Bizancio provocó innumerables conflictos y luchas de intereses que se repitieron a lo largo de los dos siglos de presencia cristiana en Palestina. En la primavera de 1097 se inició la lucha contra el infiel y, poco a poco, los ejércitos lograron las primeras conquistas: Nicea, Antioquía, Trípoli, Beirut, Acre, Haifa y, por fin, Jerusalén. Los cruzados tomaron la «ciudad tres veces santa» el 15 de julio de 1099 y, tras arduas negociaciones, eligieron como soberano del nuevo territorio a Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, quien pidió a sus hermanos de armas que no le invistiesen como monarca, ya que no quería ser rey donde Cristo llevó la corona de espinas; por eso pidió ostentar el título de *Advocatus Sancti Sepulchri*, Defensor Consagrado al Santo Sepulcro.

La muerte privó a Godofredo de disfrutar de su naciente reino y provocó el primer conflicto sucesorio en Palestina; la disputa se resolvió con la elección como soberano de Balduino, hasta entonces rey de Edesa y hermano de Godofredo, que fue consagrado como primer rey de Jerusalén el día de Navidad de 1100. Durante el reinado de

Balduino I, la cruzada militar dio paso a la creación del reino, la organización de la nueva sociedad cristiana y la fundación de las órdenes militares. Es en ese contexto en el que Hugo de Payns viaja a Jerusalén. Su estancia en Oriente resulta un tanto misteriosa e imprecisa; probablemente se dedicó al estudio y la investigación, y después regresó a Francia para dar los pasos definitivos para la puesta en marcha de su proyecto religioso-militar. Hugo de Payns vuelve a viajar a Jerusalén y, en compañía de otros ocho caballeros, funda la Orden del Temple. La mayoría de los historiadores sitúan ese momento entre los años 1118 y 1120. Algunos autores se aventuran a señalar el 14 de abril de 1118, Domingo de Pascua, fecha de gran trascendencia para el futuro análisis de las reliquias de la Vera Cruz, ya que ese día es consagrado como rey de Jerusalén Balduino II. Balduino I había fallecido sin descendencia y sin dejar resuelta la sucesión. Llamado su hermano Eustaquio, que vivía en Francia, ni quiso aceptar ni hubiese sido admitido por los nobles, por lo que la corona recayó en Balduino, conde de Edesa, que era primo de su predecesor y el único de los grandes caballeros de la primera cruzada que aún vivía.

Balduino II, «capaz de una gran liberalidad [...], era auténticamente piadoso; sus rodillas tenían callos por la oración constante. Opuesto en la vida privada a Balduino I, la suya era irreprochable. Formaba con su esposa, la armenia Morfia, una unión conyugal perfecta, espectáculo raro en el Oriente franco». (Steven Runciman: *Historia de las Cruzadas*. Alianza, Madrid, 1985; vol. II pág. 138). La relación de los freires con el nuevo soberano puede calificarse de excelente; Balduino II apoyó a los templarios fundadores desde el primer momento, quizás por compartir una idea, quizás por la existencia de acuerdos previos que favorecieron la consecución de la corona. En este punto, las especulaciones suelen ahogar la Historia, pero lo cierto es que el rey les cedió como primera residencia de la Orden un edificio situado dentro del espacio que ocupaba el antiguo Templo de Salomón, encima de las antiguas caballerizas reales, que «el cruzado alemán Juan de Wurtzburgo decía que eran tan grandes y maravillosas que se podía albergar a más de mil camellos y mil quinientos caballos». (Michel Lamy: *La otra historia de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1999; pág. 34).

En aquella época, el Templo de Salomón estaba reducido a ruinas; prácticamente sólo se conservaba el conocido como Muro de las Lamentaciones y el pavimento de la gigantesca explanada, en la que se alzan las mezquitas de Omar y Al Aqsa; esta última era la residencia real hasta que Balduino se la cedió a los freires, que la convirtieron en su casa matriz. Durante años no se conoce actividad alguna de los nueve caballeros. Todo apunta a que permanecieron encerrados en el solar del antiguo Templo, seguramente dedicados a la investigación y la arqueología, actividad en la que tendría origen su posterior culto a la reliquia. En 1127, sin haber hecho nada de trascendencia pública más allá de estimular la generosidad inmobiliaria de Balduino II, Hugo de Payns, acompañado de cinco caballeros, emprende viaje a Europa. Su primera escala

es Roma, donde el papa Honorio II le aguarda con interés para recibir noticias de sus posibles descubrimientos; tras informar al pontífice, parten hacia Francia, donde les esperaban con impaciencia. En esa corta estancia en su tierra natal es cuando se funda oficialmente la Orden, con la aprobación de la Regla, escrita por San Bernardo de Claraval y autorizada por el Concilio de Troyes en 1128.

LOS TEMPLARIOS Y LAS RELIQUIAS

Uno de los grandes misterios de la Orden del Temple es saber a qué se dedicaron los primeros caballeros durante los aproximadamente nueve años que permanecieron encerrados en el Templo de Salomón. Las mayoría de la hipótesis apuntan a una ardua tarea de investigación histórica y prospección arqueológica, actividad transformada en leyenda y que sirve para engarzar a los freires con las principales reliquias de la cristiandad. El culto que inspiraron, en todo caso, hay que entenderlo siempre en su adecuado significado doctrinal y nunca como si fueran fetiches mágicos o taumátúrgicos. En la época de las cruzadas, el culto a las reliquias conoció una época de especial auge; ello se debía sobre todo al desarrollo de las peregrinaciones nacionales y a la nueva apertura de la cristiandad hacia Oriente: ambas circunstancias favorecían notablemente el intercambio, el comercio y el progreso. Los templarios no permanecieron ajenos a este fenómeno, tanto por la devoción que expresaron a través de estos objetos píos, como por el poder que les conferían. Una encomienda con una reliquia —especialmente si era un *lignum crucis*— tenía mucha más preeminencia sobre su entorno que una que no lo tuviese. (En otro lugar se ha estudiado la conocida como *hidria de Caná* que se custodia en la coruñesa Santa María de Cambre; esta *hidria*, presumiblemente, era una de las enormes vasijas en las que Jesús obró el milagro del vino en las bodas de Caná. Es improbable que esa tinaja fuese una de las seis en las que se contenía el agua que Jesús de Nazaret convirtió en vino, pero está más que acreditado su traslado a Galicia desde Palestina en la época de la segunda cruzada, y que seguramente fue labrada en el taller hierosolimitano de la Orden. Véase Carlos García Costoya: *Los templarios en Galicia*. A Coruña, 2002).

El Temple, por tanto, no sólo fomentaba el culto a las reliquias sino que también había establecido un taller destinado a la preparación de reliquias para su culto y exposición pública.

Las principales reliquias de la cristiandad están presentes en la leyenda del Temple. La principal especulación recae sobre el Arca de la Alianza, sobre la que no cabe otra opción que el deseo y el sueño legendario. El hallazgo del verdadero y único Santo Grial —entendido como cáliz de la Última Cena— puede descartarse; la tradición española lo localiza en la Península desde la época tardorromana y, naturalmente, con

nula vinculación templaria en esa época. De momento no se ha podido documentar que los freires templarios tuvieran alguna relación con la Sábana Santa, aunque esta vinculación es posible, dadas las lagunas históricas sobre los personajes o grupos que la trasladaron a Europa. (Véase capítulo XXIV: «Los templarios y la Sábana Santa. De cómo la Síndone llegó a Occidente»). La «teoría templaria» de la Síndone obliga a recordar la especial vinculación de Edesa con el lienzo, territorio muy relacionado con los freires de la Orden, tal y como se señaló más arriba a propósito de la proclamación de Balduino II como rey de Jerusalén.

Este breve recorrido por las principales reliquias del cristianismo debe concluir en la Vera Cruz, el madero sagrado en el que Cristo fue crucificado y que desde los tiempos de Constantino se convirtió en el principal objeto de culto. La tradición pía dice que la cruz encontrada por Santa Helena fue dividida en tres trozos: el mayor permaneció en Jerusalén, en la recién construida basílica del Santo Sepulcro; y los otros dos fueron enviados a Roma, al papa, y a Constantinopla, a su hijo el emperador. Los templarios veneraban un *lignum crucis* en su iglesia mayor, la mezquita de Omar, y las especulaciones sugieren que ése podría ser el «madero» conservado en Jerusalén desde la *inventio* de Santa Helena; sin duda, es demasiado arriesgado afirmar que el *lignum* templario era el mismo que «encontró» Santa Helena, pero lo que sí es evidente es que la reliquia debía tener un tamaño considerable, ya que de ella habrían sacado las astillas con las que dotaron de *lignum crucis* a sus principales encomiendas repartidas por todo el orbe.

LA VERA CRUZ EN ESPAÑA

El monasterio cántabro de Santo Toribio de Liébana se precia de conservar «la mayor porción que existe del madero de Cristo», pero no es el único fragmento que se venera en España. En un rápido viaje por la Península se pueden encontrar bastantes *lignum crucis*: en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), en la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, en Legazpia (Guipúzcoa), en San Miguel de Aralar (Navarra), en la catedral de Pamplona, en las iglesias de Santa María y Santiago en Sangüesa (Navarra), en el museo de la seo de Zaragoza, en la catedral de Coria (Cáceres), en la catedral de Granada, en la catedral de Sevilla, en el monasterio de Guadalupe (Cáceres), en la catedral de Valladolid, en el monasterio de Las Huelgas (Burgos) y en Monforte de Lemos (Lugo), entre muchos otros lugares. Ésta es una selección de los templos en los que se custodian las reliquias más famosas, pero la relación completa es mucho más larga. A veces se trata de reliquias de dudosa procedencia, fruto de donaciones particulares que en absoluto documentan su origen. A los ojos de la Historia, en ningún caso se puede afirmar que esos fragmentos

pertenezcan a la cruz de Cristo, tal y como se ha visto en el epígrafe anterior, pero sí cabe admitir que la madera que se expone en esos lugares es en muchos casos la misma que se veneraba siglos atrás y que procedía de la Vera Cruz de Santa Helena.

Además de las localizaciones referidas, hay otras tradicionalmente vinculadas al Temple. En ellas se atribuye a los freires la consecución de la reliquia y, sobre todo, su traslado hasta ese punto de la geografía peninsular. El investigador Rafael Alarcón Herrera ofrece una relación de los *lignum crucis* templarios peninsulares: «En total hemos conseguido, hasta ahora, noticias de trece *lignum crucis* relacionados con encomiendas y posesiones templarias, de las cuales solamente siete se conservan en la actualidad, y aún de estos solamente seis son auténticos, ya que el de Caravaca (Murcia) es una reproducción moderna, puesto que el original fue robado en 1934. Los desaparecidos se encontraban en Torres del Río (Navarra), Villalcázar de Sirga (Palencia), Villamuriel de Cerrato (Palencia), Alfambra (Teruel), Artajona (Navarra), Maderuelo (Segovia) (fig. 71) y Montesa (Valencia); de alguno de ellos solamente quedan vagas referencias en las crónicas antiguas y de otros únicamente resta la leyenda popular o la tradición. Por lo que respecta a los conservados, salvando el caso ya citado de Caravaca, tenemos los de Ponferrada (León), que se guarda en la catedral de Astorga; Miraflores (Segovia, capital), que se guarda en Zamarramala; Bagà (Barcelona), que se guarda en la iglesia de San Esteban; Murugarren (Navarra), depositado en Estella; Zamora, que se custodia en la catedral, procedente de alguna de las cuatro iglesias que el Temple poseyó en esta ciudad; y Valencia (capital), que se conserva en el tesoro de la catedral, procedente de la iglesia de Nuestra Señora del Temple, ya desaparecida». (Rafael Alarcón Herrera: *La otra España del Temple*. Martínez Roca, Barcelona, 1988; págs. 140-141).

En la Edad Media, la técnica catequética tenía como principal instrumento las manifestaciones plásticas, la escenificación o los relatos simbólicos. En este sentido, la presencia de la reliquia de la Vera Cruz, como objeto de la máxima importancia en el mundo cristiano, permitió que la mayoría de los *lignum crucis* tuvieran una leyenda pedagógica protagonizada por los freires.

Ponferrada (León). La presencia de los templarios en el Bierzo es una de las grandes incógnitas de la historia peninsular de la Orden; no sólo por el soberbio castillo ponferradino, sino por el cinturón de fortalezas que lo rodea. Las diversas teorías no encuentran una única razón que motivase esa exagerada presencia militar, ya que para la protección del Camino de Santiago y la custodia de la puerta de Galicia parece un contingente exagerado; también parece excesiva esa acumulación de recursos bélicos para la presunta prospección templaria en las minas romanas de Las Médulas: este lugar de extracción de oro estaba prácticamente agotado y, además, no se ha encontrado resto o vestigio alguno de actividad minera en esa zona a cargo de los caballeros del Temple. En todo caso, nadie puede negar la grandeza e importancia de

la encomienda y, por eso, es más que comprensible que los dirigentes de la Orden quisieran dotarla con una reliquia de la Vera Cruz, para reafirmar su preeminencia.

Como siempre, y siguiendo la técnica propagandística-catequética de la época, los templarios crearon la oportuna leyenda ad hoc, que envuelve con un toque mágico el proceso por el cual el *lignum crucis* llegó hasta las tierras bercianas. En este caso concreto es necesario rescatar dos leyendas enlazadas, la del origen de la reliquia y la de la aparición de la Virgen de la Encina, directamente vinculada al símbolo de la Vera Cruz.

El relato de la aparición mariana comienza a principios del siglo XIII, cuando los freires templarios estaban construyendo su fortaleza en las tierras que Fernando II de León, rey con gran sensibilidad cruzada, les había concedido en agradecimiento por su participación en la reconquista de Extremadura. En un encinar cercano, los leñadores ejercitaban sus hachas para preparar las vigas de la fortaleza. Esta tarea era supervisada por un caballero que se vio sorprendido por unas luminarias que salían de uno de los árboles. El templario se acercó al foco de las luces y descubrió que, en el tronco de la encina más robusta que había encontrado en toda su vida, se había formado un hueco que guardaba una imagen de la Virgen, que fue bautizada como Nuestra Señora de la Encina. Dejando de lado la leyenda que cuenta que la talla fue labrada por el mismísimo San Lucas, que fue traída a España por Santo Toribio y que un obispo asturicense (de Astorga) la escondió en el encinar durante la invasión musulmana, la aparición en el tronco de un árbol también tiene su significado bastante evidente.

Los acontecimientos sobrenaturales propuestos por la tradición popular se producen, preferentemente, en dos espacios cerrados: los primeros son las cavernas, que se hunden en las entrañas de la Tierra; se utilizan sobre todo en resurrecciones misteriosas y renacimientos espirituales, y representan al hombre nuevo que surge de sus propias cenizas implantadas en el útero de Gaia, en una clara semejanza con el Ave Fénix mitológico. El otro espacio natural es el interior de los árboles, el corazón de su tronco, vinculado necesariamente al Árbol de la Vida, el *Axis Mundi* presente en la mayoría de las religiones. En la tradición cristiana, el Árbol de la Vida se materializa en la propia historia primigenia de la Humanidad, a lo que cabe añadir, en el contexto de las apariciones milagrosas marianas, que éstas brotan de las entrañas de la madera que ha nacido de una semilla gracias al alimento del agua y la tierra.

La elección de la encina está cargada de simbolismo. En algunas culturas, como la escandinava, este árbol se identifica directamente con el Árbol de la Vida. Resulta también relevante la presencia que la encina tiene en las Sagradas Escrituras, ya que son lugares propicios para los cultos idolátricos (Ex. 6, 13 y Os. 4, 13), pero también representan la parte del pueblo de Judá que había de salvarse: «Si aún quedara una décima parte, será también exterminada igual que el terebinto o la encina, que, al ser talados, conservan un tronco» (Is. 6, 13). De esta semilla santa nace la Madre del

Redentor y, curiosamente, para bastantes pueblos, su fruto, la bellota, es símbolo del poder sexual masculino. La tradición bíblica también dice que Abraham estaba junto a una encina cuando recibió la revelación divina en Siquem: «Yo daré esta tierra a tu descendencia» (Gén. 12, 7); y en Hebrón: «Abraham levantó sus tiendas y se fue a habitar al encinar de Mambré, y allí levantó un altar al Señor» (Gén. 13, 18). La encina simboliza la inmortalidad y la robustez, motivo por el que estuvo consagrada a Zeus. En los pueblos del norte está muy presente en sus leyendas y tradiciones, y es, junto con el muérdago, la planta vinculada al saber druídico. En la *Odisea*, Ulises consulta a la Gran Encina de Zeus sobre su retorno a Ítaca. La encina representa los bastos en la baraja alemana. También es un reclamo habitual en la publicidad actual, sobre todo para destacar la antigüedad, firmeza y robustez de determinadas empresas. Aún un último apunte sobre esta especie arbórea: en las modernas apariciones marianas de Lourdes y Fátima, la Virgen está junto o sobre una encina.

La leyenda propia del *lignum crucis* ponferradino comienza en el campo de batalla, en las lejanas tierras de Palestina. Era costumbre de los freires llevar consigo una reliquia del «madero de Cristo» a la hora de entrar en combate. El encargado de portar tan valioso objeto era habitualmente uno de los caballeros más reconocidos por su valor. En uno de los enfrentamientos con el infiel, el portador del *lignum crucis* fue hecho prisionero. Para evitar que la reliquia fuera ultrajada, el cautivo la escondió bajo sus ropajes, pero cuando llegó la hora del registro minucioso —tanto para evitar que escondieran un arma como para apoderarse de cualquier objeto valioso que pudieran portar—, el caballero templario comenzó a rezar piadosamente para que los musulmanes no descubrieran el gran tesoro que custodiaba. La destinataria de sus oraciones fue la Virgen de la Encina, a quien tenía una gran devoción, pues el caballero en cuestión había residido en la encomienda de Ponferrada durante algunos años. Cuando le llegó el turno de registro, sus captores no encontraron la reliquia entre sus ropajes ya que ésta, milagrosamente, se había hecho tan pequeña que pasó desapercibida. Éste fue el primer milagro, y se repitió cuantas veces fue preciso para evitar que el *lignum crucis* cayera en manos infieles.

Una de las prácticas comunes de la guerra medieval era pedir rescate a cambio de la liberación de prisioneros; de tal manera que los combatientes con recursos recobraban la libertad sin muchos problemas, mientras que los menos pudientes terminaban convertidos en esclavos. En este punto, el Temple tenía la costumbre de no pagar rescate alguno, y lo hacía siempre, fuese el prisionero sargento, caballero, comendador o incluso el gran maestro. Los captores del devoto caballero conocían la costumbre de la Orden, así que, tan pronto como pudieron, lo vendieron como esclavo. En esta penosa condición pasó el templario varios años; en todo momento estuvo acompañado del *lignum crucis*, que experimentaba el milagroso menguamiento cada vez que el peligro acechaba. El séptimo año de su cautividad, la noche de la víspera de la

festividad de la Virgen de la Encina, se encomendó a ella mientras conciliaba el sueño. A la mañana siguiente, cuando despertó, apareció milagrosamente en la iglesia consagrada a la Virgen en Ponferrada. Fue en medio de la misa principal, cuando la iglesia estaba llena de fieles y freires. Ninguno de los presentes daba crédito a lo que veían sus ojos: un misterioso caballero cargado de cadenas apareció en el presbiterio, de repente y mientras rezaban piadosamente a la Virgen. Así fue como el caballero recobró la libertad y el *lignum crucis* llegó al Bierzo.

La reliquia que se veneraba en la encomienda ponferradina se guarda desde hace siglos —probablemente desde la disolución de la Orden— en la catedral de Astorga, que es la sede a la que pertenecen las tierras bercianas. La ciudad romana de Asturica Augusta es, junto con Mérida y Zaragoza, una de las diócesis más antiguas de la Península; su mitra está documentalmente acreditada en 254. A lo largo de la Edad Media, la catedral asturicense conoce varios edificios, los construidos en los siglos XI y XIII, y el actual, cuyas obras comenzaron en los albores de la Edad Moderna, en 1471, y siguen un esquema gótico que guarda una estrecha relación con la Escuela de Colonia y las catedrales alemanas de ese período. Esa relación con el gótico alemán invita a dejar correr la imaginación para recuperar la tradición que vincula a las logias de constructores con los herederos templarios. No es nuestro objeto profundizar en edificios ajenos a los freires, pero su profunda carga simbólica permite concebirla como un relicario, al igual que su hermana alemana de Colonia, que guarda los restos de los Reyes Magos.

Zamarramala (Segovia). La reliquia segoviana, aunque conservada en la parroquia de Zamarramala y vinculada a la encomienda de Miraflores de la Sierra, se ha relacionado tradicionalmente con la cercana iglesia de la Vera Cruz (fig. 72). Es constante el debate sobre si esta iglesia perteneció o no a los freires templarios y, de momento, la discusión sigue abierta. El principal argumento contrario a la vinculación templaria es la posesión documentada de la Orden del Hospital; sin embargo, esta teoría no demuestra que el templo de la Vera Cruz no fuera templario en origen, ya que la Orden hierosolimitana del Hospital fue adjudicataria de muchos de los bienes del Temple tras su disolución. Es más, los numerosos documentos que afirman la propiedad hospitalaria están fechados en épocas posteriores a los aciagos años de principios del siglo XIV. Pero el hecho que más interesa a la hora de relacionar a los templarios con el templo de la Vera Cruz es la planta de la iglesia segoviana, circular, como algunos de los templos más significativos de la Orden, seguramente inspirados en su primera iglesia, la mezquita de Omar o de la Roca, que tiene esta forma y era el lugar donde los freires veneraban su gran reliquia del «madero», de la que seguramente provendrían las astillas que conforman los *lignum crucis* con los que dotaron algunas de sus principales encomiendas.

La leyenda que necesita todo *lignum crucis* templario la protagoniza, en este caso,

un caballero muerto por las armas infieles junto a la puerta lateral del enigmático templo segoviano. Esa noche, sus hermanos dejaron el cadáver en el interior de la iglesia mientras cenaban. Aprovechando la soledad del lugar, bandadas de cornejas y grajos entraron por los ventanales del templo y descarnaron el cuerpo inerte del caballero hasta dejar el puro esqueleto. Al día siguiente, el gran maestro, que se encontraba en Segovia, maldijo a las cornejas y a los grajos, que nunca más se volvieron a posar en la iglesia; el mandatario del Temple también interpretó el hecho como un signo o advertencia, y entendió que debía dejar en la encomienda la reliquia del «madero de Cristo». Desde ese día, la Vera Cruz segoviana está custodiada por las golondrinas, que son las aves benditas y benéficas que quitaban a Cristo las espinas de su cabeza mientras agonizaba en la Cruz.

Bagà (Barcelona). La especial vinculación de Bagà con el Temple se articula en torno a la relación de la familia Pinós con la Orden. No falta quien haya interpretado que el fundador del Temple, Hugo de Payns, era en realidad un Hugo de Pinós, procedente de esta comarca catalana de Bagà. Se trata, desde luego, de una identificación ficticia, impropia de un trabajo de investigación histórica de alguna solvencia. En todo caso, esta inverosímil hipótesis ha propiciado un movimiento «pinorista» que a su vez ha provocado una terrible intoxicación de fuentes y escritos; por tanto, todas las cautelas son pocas a la hora de referir las relaciones de los templarios y Bagà.

La tradición anterior a la «catarización» de la historia local templaria introduce una leyenda que se desarrolla durante los años de la primera cruzada. En esos años, y en la convulsa Palestina, un grupo de caballeros catalanes, entre los que se encuentran los hermanos Galcerán y Hugo de Pinós, fundan una cofradía para defender y asistir a los peregrinos. En reconocimiento a su labor, el patriarca les regala una reliquia del *lignum crucis* que portaba en las ceremonias más solemnes. Después de varios años dedicados a la noble labor de protección, Galcerán decide regresar a los predios familiares, mientras su hermano opta por consagrar su vida al servicio de la causa y termina sus días en Palestina. La reliquia pertenecía a los dos hermanos, pero Hugo decide que Galcerán la lleve a su Bagà natal para que proteja a toda la familia y que ellos, en piadosa oración, le encomienden de manera muy especial desde el otro lado de la cristiandad.

La leyenda de la reliquia tiene una segunda parte o, más bien, una variante bastante parecida a la que se cuenta del *lignum crucis* ponferradino. Del nuevo, el protagonista es Galcerán de Pinós (en algunas versiones el protagonista es su hijo), que en 1147 acude a la llamada de Alfonso VII de Castilla y Ramón Berenguer IV para combatir en la campaña de Almería. Galcerán cae prisionero y se le conduce cautivo a Granada, desde donde el rey nazarí pide un cuantioso rescate a su familia. Los Pinós iniciaron las gestiones necesarias para reunir el dinero exigido, pero también piden el auxilio

del *lignum crucis* mediante piadosas oraciones. Estas plegarias fueron, en definitiva, las que facilitaron la misteriosa liberación. Galcerán encuentra francas las puertas de la prisión, así como los caminos que le permiten regresar sano y salvo a Bagà; eso sí, apareció en Cataluña con las cadenas que arrastró mientras estuvo cautivo. Esas cadenas se conservaron en la iglesia de la localidad hasta el expolio de 1936.

La documentación más fiable muestra la especial vinculación que existió entre la familia Pinós y el Temple; así pues, es más que posible que la reliquia del «madero» que los freires veneraban en la encomienda de Vic pasara a manos de los Pinós cuando la Orden cayó en desgracia.

Murugarren, Estella (Navarra). Las leyendas templarias más repetidas suelen guardar relación con la presencia militar de la Orden en Palestina y su lucha contra el infiel, y reflejan la especial devoción de los freires hacia las advocaciones locales vinculadas a sus encomiendas. Estas leyendas, además, se repiten en distintos países de Europa.

En el caso de Murugarren, la leyenda cuenta una historia de amor protagonizada por un devoto de la reliquia que se custodiaba. El personaje principal no es un caballero templario, aunque también hay leyendas amorosas en las que participan los miembros de la Orden.

Se desconoce el origen de la leyenda, pero todo apunta a que se buscó un episodio romántico, tan del gusto del pueblo, para que la historia cuajase entre los fieles y así olvidasen la leyenda anterior, que vincularía directamente el *lignum crucis* con el Temple.

La nueva historia contaba que los moros, durante una aceifa (una incursión militar), capturaron a un grupo de lugareños entre los que se encontraba una joven de gran belleza. El joven caballero que estaba enamorado de la secuestrada cayó preso de la desesperación y, cuando los captores comunicaron el rescate que pedían por cada uno de los cautivos, trató por todos los medios de conseguir la cantidad requerida. Desesperado, al no poder reunir los caudales necesarios, se refugió en la iglesia de Nuestra Señora de los Huertos buscando consuelo en la oración. De hinojos ante el altar, su mirada se fijó en el relicario de oro y piedras preciosas que guardaba el *lignum crucis* venerado en el templo. El caballero siempre había sido un hombre de gran piedad, pero el dolor de su corazón puso una venda en los ojos de su conciencia y, sin pensárselo dos veces, robó la preciada joya para pagar con ella el rescate de su amada.

Cuando los moros recibieron la joya, liberaron a la doncella. De vuelta al hogar, la joven quiso no volver a separarse nunca más de su amado y los dos corrieron a la iglesia para buscar la bendición de su amor. El día de la boda, los jóvenes estaban arrodillados ante el altar, y el sacerdote, siguiendo la costumbre, cogió con sus manos el relicario para que los contrayentes besasen el «madero». El caballero no salía de su

asombro: la joya que él había robado seguía en la iglesia. Atormentado por una angustia terrible, confesó allí mismo su falta, pero el sacerdote le contestó que la reliquia no había faltado ni un solo día de la iglesia.

El final de la leyenda varía dependiendo de las versiones. Las más antiguas cantan el matrimonio de los dos enamorados y hablan de su numerosa y ejemplar prole. Las más recientes, seguramente en un intento de vincular la historia con la primitiva posesión templaria, cuentan que los novios decidieron suspender sus planes de boda y consagrar sus vida a Dios; ella profesó como religiosa y él ingresó en la Orden del Temple, y murió combatiendo al infiel en Palestina.

Zamora y Valencia. Los *lignum crucis* que se guardan en las catedrales de Zamora y Valencia, y que provienen de antiguas posesiones templarias en estas ciudades, llevan siglos formando parte de sus respectivos tesoros catedralicios. Por desgracia, se han perdido, ya no sólo los documentos, sino la historia y las posibles leyendas que las vincularían con los freires templarios.

Caravaca de la Cruz (Murcia). Los templarios llegaron al reino de Murcia en 1266, formando parte del ejército de Jaime I de Aragón, que llegó hasta estas tierras situadas al sur de su frontera para ayudar a su yerno, Alfonso X *el Sabio*, a sofocar una revuelta mudéjar. El rey aragonés se había educado con la Orden y cedió a los freires parte de las tierras que le correspondieron por la campaña militar. El rey sabio, por su parte, les dio las fortalezas de Caravaca (fig. 73), Cehegín y Mulas, con la intención de asegurar su presencia en la siempre problemática línea fronteriza que separaba Castilla del reino nazarí de Granada. Algunos historiadores locales apuntan la posibilidad de que los templarios llegasen a estos lugares tras la firma del Tratado de Alcaraz (1243), por el que Murcia se incorporó a Castilla, y advierten que la donación oficial de 1266 pudo no ser más que un trámite legal y burocrático.

No es difícil imaginar Caravaca en esa época: una fortaleza solitaria, en una tierra inhóspita, despoblada y bajo el peligro permanente de un ataque musulmán. Con semejante reclamo publicitario, la necesaria repoblación que exigía la reconquista se convertía en una empresa harto difícil. Seguramente ésta fue la razón por la que los freires decidieron encarecer su encomienda con una reliquia de la Vera Cruz. El «madero sagrado» atraería la atención de los fieles, fortalecería el empuje de las espadas y serviría de paraguas protector a las familias que se instalaban en las nuevas tierras.

El origen de la reliquia mezcla la leyenda con la conspiración política en la Palestina del siglo XIII. El relato popular cuenta que en 1232, once años antes de que el reino de Murcia pasase a manos cristianas, el rey musulmán tenía prisionero a un «clérigo de misa», al que pidió que celebrase una eucaristía para ver qué era eso. El clérigo hizo una lista con los objetos que necesitaba y el rey ordenó que se los consiguieran. Cuando ya todo estaba preparado, el sacerdote cautivo se dio cuenta de

que le faltaba un crucifijo; así se lo hizo saber al rey. Éste, al preguntar cómo era el objeto requerido, quiso saber si un crucifijo era un objeto parecido a aquel que estaba colgado en la pared. El sacerdote vio que se había obrado un milagro, porque aquella cruz no estaba allí anteriormente. Las maravillas no quedaron ahí: la aparición de la cruz se coronaría con una luz blanca que invadió la estancia en el momento de la consagración; naturalmente, estos prodigios concluyeron con la conversión del rey y todos sus súbditos.

Aparte de la tradición legendaria, la diversa documentación puramente histórica refiere la presencia de la reliquia en Caravaca desde los primeros momentos de la reconquista y, de hecho, en 1285 forma ya parte del escudo de la ciudad. La tradición mantiene que la reliquia es la misma que solía utilizar como pectoral el patriarca de Jerusalén. La segunda conquista cristiana de Jerusalén se produjo tras el acuerdo alcanzado por el emperador alemán Federico II con el sultán de Egipto, y establecía el reparto de la ciudad entre cristianos y musulmanes. Los cristianos se quedaban con el Santo Sepulcro y los musulmanes, con las mezquitas de la explanada del Templo, lo cual convertía a los templarios en principales damnificados por el pacto. Éste fue uno de los motivos del enfrentamiento de la Orden con Federico II y, como los freires conservaban la reliquia que utilizaba el patriarca antes de la conquista saladina, trasladaron la reliquia a su encomienda de Caravaca en vez de entregársela al nuevo representante pontificio en Jerusalén. Es en este momento cuando surge la inspirada leyenda: no es que los freires la ocultaran, es que fueron los ángeles del Señor quienes la trasladaron hasta Caravaca, como respuesta divina a la traición que consideraban que se había obrado con el nuevo poder establecido. La presencia de la reliquia en Caravaca servía para dos propósitos: protección de las peligrosas tierras fronterizas y manifestación divina de rechazo al nuevo poder temporal cristiano establecido en Tierra Santa.

El culto de la Vera Cruz en Caravaca, con sus momentos de mayor y menor exaltación, ha permanecido constante a lo largo de la Historia, aunque en 1934 tuvo lugar un acontecimiento que dinamitó la devoción popular. La mañana del Miércoles de Ceniza de ese año, el día que se inicia la Cuaresma, se produjo el sacrílego robo de la reliquia. Hoy en día, su desaparición sigue siendo un misterio. Nunca fue recuperada, como otros *lignum crucis* que corrieron igual suerte y, aunque no hay pistas fidedignas sobre su paradero, la serie de robos de reliquias, producidos durante los tormentosos años que precedieron a la Guerra Civil, invita a enmarcar el hecho en los movimientos anticlericales que salpicaron España durante los convulsos años de la Segunda República.

La desaparición de la reliquia, unida al abandono del santuario (fig. 74) —utilizado como cárcel política hasta 1941—, consiguió que la tradición quedase prácticamente en el olvido. Hubo, no obstante, un grupo de fieles que la mantuvo viva y que,

apoyados por su obispo, consiguieron que el papa Pío XII les cediese en 1942 dos astillas de la Vera Cruz que se guarda en el Vaticano. La nueva reliquia fue trasladada canónicamente al santuario en 1945, una vez que éste fue reconstruido y se reinstauró el culto bajo la atención de los claretianos. Desde ese momento, la devoción popular no dejó de crecer y extenderse, en parte, gracias a la ayuda del aparato estatal del nacional-catolicismo imperante. Pero los años siguientes demostraron que no era manifestación populista sino sentimiento vivo; así, la iglesia local celebró dos años jubilaes extraordinarios, en 1981 y 1996. En 1998, la Santa Sede aprobó la instauración ordinaria de los Años Santos de Caravaca, privilegio del que gozan muy pocos lugares en el mundo y que tuvo su primera celebración ordinaria en 2003.

LA CRUZ DE CARAVACA

La trascendencia que la reliquia de Caravaca tiene en todo el mundo merece un apartado especial. La primera consideración al respecto hace referencia a su peculiar forma, con dos travesaños; el superior es un tanto más corto. Suele representarse con dos querubines, uno a cada lado. La cruz de Caravaca tiene la forma del relicario que la guarda, no la de la reliquia propiamente dicha. Tradicionalmente, las reliquias se guardan en arquetas confeccionadas con materiales nobles pero, en el caso de los *lignum crucis*, esta tradición se altera radicalmente y se prefirió utilizar otros dos soportes muy característicos. El más común es el de una cruz de altar que, en su centro, tiene un espacio hueco, a menudo protegido con cristal, en el que se coloca la astilla sagrada. Por otro lado, en Oriente surgió una tradición muy especial que consistía en construir relicarios con forma de cruz, denominados *stauroteca* y que, en la mayoría de los casos, estaban flanqueados por dos ángeles protectores. Ésta es la finalidad de la conocida como cruz de Caravaca, servir de relicario para el *lignum crucis* que se veneraba en la encomienda templaria. La leyenda que identifica la sagrada madera de Caravaca con la que portaba el patriarca de Jerusalén parece justificar motivo más que sobrado para que el relicario original fuera el mismo que guardaba la reliquia en Palestina, y que encajaría perfectamente con los ángeles portadores de la leyenda de la aparición. Las nuevas *staurotecas* probablemente se inspiraron en el modelo original y reprodujeron sus formas.

La cruz de Caravaca es la llamada cruz patriarcal, la forma del pectoral que llevaban los patriarcas. También se la conoce como cruz de Lorena, porque uno de los primeros relicarios de la Vera Cruz, con esta forma, fue a parar a manos del rey Renato de Lorena, que la incorporó a su emblema. El caudillo de la primera cruzada, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena y primer rey de Jerusalén con el título de *Advocatus Sancti Sepulchri* era miembro de la casa de Lorena y, por tanto,

descendiente de la dinastía merovingia, de tanta trascendencia en la leyenda griálica. Puede ser interesante resaltar que en la laicista Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, la Resistencia francesa adoptó la cruz de Lorena como símbolo en la lucha contra el invasor nazi.

¿Qué representa la peculiar cruz de Caravaca? ¿Por qué dos travesaños? La explicación más sencilla supone que el travesaño superior no es otra cosa que la representación del «título» que Pilato ordenó colocar en la cruz de Jesucristo. A partir de ahí, las teorías se multiplican: algunas incluso la identifican con la Orden del Temple y sugieren que se trata de la superposición de dos cruces, una *tau* (T) que sirve de base y que sostiene una cruz griega de cuatro brazos iguales, que podría representar la reliquia de la Vera Cruz que se conservaba en Jerusalén en la época de las cruzadas. Su sentido más probable se refiere a una distinción jerárquica establecida en la Edad Media; así, los obispos llevarían como pectoral una cruz sencilla, los patriarcas y obispos de sedes preeminentes, la llamada cruz patriarcal de dos brazos horizontales, y el sumo pontífice, una cruz con tres brazos horizontales, conocida como cruz papal, y en la que se representa su triple misión: enseñar, gobernar y santificar.

La cruz de Caravaca, además de su valor como continente de la reliquia, ha traspasado fronteras por su peculiar forma y es conocida en todo el mundo con el nombre de la ciudad murciana. Tiene especial favor popular en Hispanoamérica. En la época de las reducciones jesuíticas, solían construirse estas cruces en piedra, delante de las edificaciones. También es el modelo de muchísimos fieles a la hora de escoger escapulario. La costumbre generalizada de regalar cruces de Caravaca parece que tiene su origen en una visita que Santa Teresa hizo al convento de monjas carmelitas de la ciudad. Las hermanas regalaron a su fundadora una cruz, que actualmente se encuentra en el convento carmelita de Bruselas, e iniciaron de este modo la tradición del obsequio.

Terminamos aquí este breve y sucinto análisis sobre la vinculación que la Orden del Temple mantuvo con la Vera Cruz, una reliquia que, aunque su autenticidad material es difícil de probar, es fácil identificar algunos *lignum crucis* documentalmente contrastados con la reliquia original «hallada» por Santa Helena. Pero, sean o no astillas de la cruz verdadera, lo importante, y que fue por lo que los templarios le rindieron culto, es por lo que representan: el sacrificio verdadero de Cristo.

CARLOS GARCÍA COSTOYA (A Coruña, 1968). Periodista y escritor. A lo largo de los últimos años ha publicado artículos en medios nacionales y extranjeros, y ha dictado numerosas conferencias. Es autor de algunos de los libros recientes más representativos de la tradición jacobea: *El Camino mágico de Santiago* (Martínez

Roca, Barcelona, 1998); El Camino de Santiago, del Calixtino a la actualidad (San Pablo, Madrid, 1999); Las peregrinaciones jacobeanas (San Pablo, Madrid, 1999) y El misterio del apóstol Santiago (Plaza & Janés, Barcelona, 2004). Es también autor del guión del vídeo El Camino de Santiago (1998), editado por el Consejo Jacobeano. Es bibliotecario-archivero y tesorero de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, y miembro del consejo de redacción de Boletín Temple.

CAPÍTULO XXIII

Los templarios y las vírgenes negras

JESÚS ÁVILA GRANADOS

«Negra soy pero hermosa, [...]».

No reparéis, pues, en que soy morena; es el sol el que me oscureció [...]».

CANTAR DE LOS CANTARES 1, 4-5

«Las que estaban en San Maximino fueron transferidas durante las invasiones sarracenas a Vézelay (Borgoña), que entonces se convirtió en uno de los altos lugares sagrados de Occidente. De ahí su culto se extendió a más Magdalenas, cuyo número aumentó de 33 a 125 entre los siglos VIII y XII. Unos cincuenta centros del culto a la

Magdalena contienen también santuarios de la Virgen Negra».

EAN BEGG, «Las vírgenes negras». *El gran misterio templario*

Muchos viajeros se han sentido atraídos por la histórica y monumental ciudad de Le Puy-en-Velay, capital del departamento de Haute-Loire. Por supuesto, llama la atención la disposición de su casco antiguo, enclavado entre las laderas de pequeños conos volcánicos, y su magnífica catedral, asentada sobre lo que debió de haber sido el cráter mayor. Al templo principal de la ciudad se llega ascendiendo por una calle en acusada pendiente, llamada Rue des Tables. El caminante queda extasiado al contemplar la magnífica fachada de piedra de lava, donde se alternan franjas de rocas volcánicas, negras y blancas. En el interior de aquella interesante catedral, dedicada a Nôtre-Dame, punto de partida de uno de los cuatro grandes caminos de peregrinación a Santiago, se rinde culto a una Virgen negra. La contemplación de esta delicada y graciosa talla seguramente suscitará preguntas y emociones en el viajero. Luego, el claustro le proporcionará nuevas inquietudes: allí, los tonos blancos y negros siguen repitiéndose en los arcos de medio punto. En el exterior, desde la explanada de la catedral, quizá se detenga en el otro cono volcánico que se alza sobre el mismo curso del río, coronado por una sencilla iglesia troglodítica. Quinientos escalones permiten llegar hasta el santuario; se trata de la iglesia de Saint-Michel de L'Aiguille; único resto de una antigua encomienda de templarios, según afirmaba el cronista oficial de Le Puy en 1979.

Tal vez el viajero quiera saber más y pregunte a quien sabe. En ese caso, le dirán que esa región del corazón de Francia, al sur del Massif Central, atravesado por el Camino de Santiago, cuenta con la mayor concentración de vírgenes negras de todo el mundo occidental.

Más al sur, perteneciente al departamento del Lot, se encuentra Rocamadour, el

segundo lugar sagrado de Francia —después del Mont Saint-Michel (Normandía)—. Rocamadour es una ciudad semitrogodítica, encaramada sobre un espectacular acantilado fluvial; el núcleo urbano aparece delimitado en tres niveles: el primero, ocupado por la ciudad medieval, conserva buena parte de su recinto amurallado y puertas fuertes; el segundo, por la abadía, cuya iglesia se abre en el interior de la roca calcárea, y el superior, por el castillo roquero. En el interior de la iglesia rupestre, desde el siglo XII, feligreses de todo el mundo, tras alcanzar la plataforma de la iglesia, superando con sus rodillas los fríos peldaños de piedra de la interminable escalinata, se dirigen al altar, para adorar a la Virgen de Rocamadour y pedir por sus almas y un feliz peregrinaje a Compostela. Esta escena puede incentivar el interés por estudiar a fondo las vírgenes negras y su vinculación con la Orden del Temple. Emperadores, reyes y papas se cuentan entre los ilustres viajeros que llegaron a Rocamadour para rendir un justo homenaje a la Virgen negra; el temible Simón de Montfort, jefe militar de la cruzada contra el catarismo, fue uno de estos viajeros y, como un peregrino más, sirvió de guía espiritual a un grupo de soldados teutónicos, estudiosos de los enigmas medievales, interesados en la Virgen de Rocamadour.

Pero iniciemos ya lo que podríamos llamar los cimientos de estos singulares cultos a la Virgen negra.

LA MUJER, LA DIVINIDAD Y LA HISTORIA

El culto de las vírgenes negras representó un grave problema teológico para los primeros cristianos y para los judíos de la diáspora. Ambos colectivos se encontraron con una gran disyuntiva, que terminaron por aceptar, gracias, en gran parte, a la labor epistolar de San Pablo de Tarso (el gran protagonista del inicio de la expansión del cristianismo fuera de Tierra Santa). Las predicaciones de los apóstoles daban sus frutos y aumentaba el número de neófitos o conversos, el cristianismo fue abandonando su carácter primigenio de secta judía para convertirse en una religión independiente. El problema consistía en conciliar el naciente cristianismo con las religiones y cultos propios de las zonas donde prendía. Y uno de los mayores retos era dar forma a una divinidad femenina que se asimilara a la diosa madre de los ritos protohistóricos y que concentrara en una misma imagen los poderes ancestrales y las nuevas revelaciones cristianas.

El culto de las vírgenes negras se remonta a los años más oscuros de la Historia. La primera referencia histórica aparece en el Cantar de los Cantares (siglo VIII a.C.), un hermoso poema de amor espiritual en el que puede leerse:

«Negra soy, pero hermosa,

como los pabellones de Salomón [...],
soy morena: es que me ha quemado el sol [...].
Yo soy el narciso de Sarón,
un lirio de los valles».
(Cantar de los Cantares 1, 5 y 2, 1).

Por ello, en las peanas de numerosas imágenes de vírgenes negras aparece la frase «*Nigra sum sed formosa*», en clara referencia a los poemas del Cantar de los Cantares

Algunos investigadores consideran que tales cultos se iniciaron en los primeros tiempos del cristianismo, mucho antes de que Constantino *el Grande*, tras vencer a Majencio en la batalla de Puente Milvio (325), estableciera la oficialidad de esta religión en el Imperio, y antes de que la ciudad de Constantinopla —que lleva su nombre— fuera consagrada como la capital del Imperio Romano de Oriente (330).

Pero la figura femenina de la divinidad no se trató oficialmente hasta hasta el Concilio de Éfeso (431), en tiempos del pontífice San Celestino I (el tercero de los ecuménicos), convocado por el emperador Teodosio II. En esa ocasión se debatió por vez primera la representación y la importancia de la figura de María: la cuestión era si se trataba de *Theotokus* (Madre de Dios) o bien *Christotokus* (Madre de la naturaleza humana de Jesús el Cristo). Nestorio, patriarca de Constantinopla, defendió la segunda proposición y, además, veía en Jesucristo dos «personas» distintas: una, el Verbo, que es hijo de Dios; y otra, Cristo, hijo de María. Nestorio se encontraba en abierta oposición a Cirilo, patriarca de Alejandría. El papa no tardó en declarar heréticas las ideas nestorianas y su autor, Nestorio, fue encerrado a perpetuidad en un cenobio del interior de Egipto.

A partir de entonces, el culto a María, como *Theotokus* (Madre de Dios), no tardó en extenderse por todo el mundo occidental, desde los confines de Anatolia hasta la península Ibérica. El culto se basaba en imágenes evocadoras de los cultos a la Diosa Madre (Isis, Artemisa, Diana, Kali, Cibele, etcétera). Aunque las representaciones procedían de cultos distintos, tanto en el tiempo como en el espacio, todas ellas eran negras, porque el negro es el compendio de todos los colores, el resumen final de la más profunda sabiduría y la plena ausencia de luz: era la memoria de los orígenes humanos, el útero materno, donde se emprende el primer «viaje iniciático» de nuestra existencia. Las figuras de las vírgenes negras, encarnadas ya en la persona de María, se cristianizan, pero, al tiempo, recogen las fuerzas y poderes que sus antecesoras paganas transmiten a sus fieles.

Las vírgenes toman el color negro por sus orígenes ancestrales. Otra razón del color de estas figuras remite a la tierra fértil, en la que se desarrolla la simiente, para alimentar a personas y animales. Esta divinidad, que se reprodujo en miles de formas

desde los Urales hasta Inglaterra, y desde Suecia a Malta, por su fortaleza vital y espiritual, encarna la imagen de una mediadora entre el alma de los seres humanos y las fuerzas celestiales, velando e intercediendo por todos.

Para los antiguos merovingios, estas divinas imágenes (vírgenes negras) constituían un recuerdo permanente de su linaje, y una voluntad de regreso a sus orígenes. (Los merovingios, descendientes de Merové, eran una dinastía de reyes francos, llamados en ocasiones «los monarcas holgazanes»; el último monarca merovingio fue Childerico III, destituido en 751 por los mayordomos de palacio, que inician los reinados de la dinastía carolingia).

Algunos eruditos franceses coinciden en afirmar que las vírgenes negras fueron talladas en madera procedente de árboles que habían sido atacados por un rayo, de modo que estas figuras gozarían de un carga energética procedente de una fuerza natural. En una crónica de mediados del siglo XIII leemos que Luis IX, a su regreso a Francia tras la sexta cruzada (1248-1254), dejó en el campo de Forez (Aveyron), cerca de la ciudad templaria de La Couvertoirade, varias imágenes de Nuestra Señora, talladas en madera de color negro. Las figuras procedían de lugares lejanos y se habían trabajado en maderas de árboles alcanzados por rayos. Según la tradición, el monarca francés había traído estas imágenes sagradas de los confines del Mediterráneo, es decir, de Tierra Santa.

San Bernardo de Claraval (1090-1153), miembro de la nobleza borgoñona, fue la figura más enérgica e influyente de la Iglesia en la primera mitad del siglo XII y mentor de cistercienses y templarios. Según la leyenda, el abad de Clairvaux recibió tres gotas de leche de la Virgen (negra) de Châtillon-sur-Seine (Jura), de ahí procede su devoción por la figura mariana. San Bernardo se convierte así en un decidido impulsor del culto mariano y, al tiempo, fomentó también la idea de venerar a estas vírgenes negras. Dada su relación con la milicia del Temple, los caballeros del círculo interior de la Orden no tardaron en comprender la importancia de rendir un justo homenaje a las vírgenes negras, difundiendo su culto por todo el mundo cristiano.

Tras regresar de las cruzadas, los templarios extendieron por Europa la devoción a las vírgenes negras, cuyo culto estuvo protegido por las encomiendas. Una característica singular de este culto es la estrecha vinculación a los manantiales de aguas subterráneas cristalinas y milagrosas. La geografía hispana está llena de estos lugares sagrados. Junto a un nacedero utilizado por los iniciados templarios para officiar sus rituales se alzaba un pedestal con la figura de María, Virgen negra, que sostiene en su regazo a su Hijo, Jesús, y proyecta su amor y protección a los devotos. El niño Jesús aparece coronado como rey y exhibe una bola del mundo e imparte paz, misericordia y amor; otras veces, el Niño aparece mamando del pecho de su Madre. La figura de la Virgen, es preciso recordarlo, suele estar mucho más elaborada que la del Niño. En su regazo, sobre la rodilla izquierda, en la mayoría de los casos, o bien en el

centro, la Madre —Virgen negra— sostiene a su Hijo.

Estas representaciones virginales remiten generalmente a una dualidad expresada en términos astrológicos: la bola del mundo es, en realidad, un disco solar, el astro rey que proporciona luz y calor a todos los seres vivos; la luna, en fase de cuarto menguante, se encuentra a los pies de la Virgen negra, con los extremos mirando hacia el suelo, como elemento terrenal, relacionado con las energías tectónicas. En este sentido, la antigua diosa Madre, representada por la Virgen negra, se convierte en puente de unión entre los niveles celestiales, representados por el disco solar, y los terrenales, identificados por la luna.

Las vírgenes negras aparecen con frecuencia junto a otras figuras del santoral, en el mismo lugar de culto. Entre ellos destaca San Roque, estrechamente vinculado a la pesadilla medieval de la peste negra, San Cristóbal, cuyo nombre significa «el que carga o portador de Cristo», la «divinidad atlante» relacionada con Cronos, que lleva sobre su hombro izquierdo al Niño, ayudándole a pasar un curso de agua, o a San Sebastián, otro santo hermético. También es relativamente frecuente encontrar lugares de cultos a vírgenes negras que se hallan próximos a capillas destinadas a algunos de los «santos templarios» (San Juan Bautista, San Miguel Arcángel, San Bartolomé o San Julián).

Una de las cuestiones más interesantes en este asunto es la trayectoria de la imaginería de las vírgenes negras. (La investigadora Monserrat Robreño Elías, ex vicepresidenta de la Sociedad TEMPLESPAÑA, no ha descuidado este aspecto, desde luego). Ocurre que las facciones de estas sagradas imágenes parecen más orientales que occidentales; son negras, pero sus rasgos no son negroides, y están esculpidas en maderas no autóctonas. (En general, la madera no procede de la zona en que se rinde culto a la Virgen negra en concreto). Los escultores, como se ha advertido, se han detenido en la talla de la figura de la Madre, más que en la figura del Niño. En cuanto a las dimensiones, la mayoría son imágenes de pequeño tamaño; el volumen medio de las tallas es de 70 x 30 x 30 centímetros (una proporción bastante ajustada de siete a tres centímetros).

En cuanto a los emplazamientos, la mayoría de vírgenes negras están situadas en enclaves cargados de fuerza o, en otros términos, allí donde las culturas ancestrales entendieron que las energías telúricas de la Madre Tierra se dejaban notar con más potencia. En esos lugares, desde mucho tiempo atrás, se celebraron cultos paganos. Y esos mismos emplazamientos fueron aprovechados por los templarios, especialmente interesados en los llamados «lugares de poder». (Tal vez convenga recordar que tras las bulas *Milites Templi*, dictada por el papa Celestino II [1143-1144], y *Omne datum optimum*, del pontífice Alejandro III [1159-1181], se concedía al Temple el derecho de construcción de iglesias y establecimiento de otros edificios de culto; también se les permitía celebrar oficios sagrados en las nuevas dependencias. En este punto, los

templarios sólo se ceñían a la única supervisión de Roma. Sólo había una objeción a la hora de formalizar nuevos asentamientos: aquellos lugares no debían haber pertenecido antes a diócesis cristianas. Tanto Roma como los monarcas favorecían especialmente los emplazamientos templarios en tierras conquistadas al infiel). En fin, los templarios escogieron lugares de carácter esotérico y vinculados a experiencias iniciáticas, que, además, mantendrían su condición de puntos de encuentro de peregrinaciones y romerías, con rituales, ofrendas, procesiones y cultos. Muchos de esos puntos estaban vinculados a ancestrales ritos paganos y aún se mantienen vigentes en los ritos cristianos. Las vírgenes negras sostenían así una tradición antiquísima y milagrosa, relacionada con la fecundidad, con la protección de viajeros y peregrinos, con la protección de la salud en los niños, etcétera. Por esta razón, tampoco falta el agua en los enclaves donde se rinde culto a una de estas sagradas imágenes negras. Paralelamente, se ha generado un buen número de leyendas a propósito de las vírgenes o del lugar donde se hallan, y la cultura popular se ha ocupado de conservarlas a lo largo de los siglos.

Estas imágenes guardan una estrecha relación con monasterios benedictinos, porque, desde Cluny (Borgoña), estos monjes de hábito negro fueron los impulsores de la cultura en el mundo occidental, antes de la aparición de los templarios; por ello, una de las características de las vírgenes negras es su proximidad a centros monacales benedictinos (Montserrat, Valvanera, La Peña de Francia, Rocamadour, Orcival, Lluch, y un largo etcétera). Como se sabe, de los monjes de Cluny deriva la rama del Císter, con Roberto de Molesmes y Bernardo de Claraval como más destacados representantes, siendo considerados los cistercienses hermanos de los templarios.

En este punto, es necesario hacer especial hincapié en la Virgen de la Peña, o «la Morena», patrona de la ciudad de Calatayud, a la que los bilbilitanos rinden homenaje en su santuario, que se alza sobre una de las siete colinas que dominan la población. Frente al templo están los restos de la antigua alcazaba hispanomusulmana de Kalat-Ayub, levantada sobre las ruinas de la ciudad romana de Bilbilis; abajo, en el valle, y en el corazón de la ciudad medieval, se encuentra el templo del Santo Sepulcro, cargado de cruces paté y otros símbolos templarios; a pocos metros descansan el antiguo monasterio de San Benito —hoy establecimiento hotelero— y la abadía cisterciense, fundada en 1194; y en el lecho del río Jalón (de *Xalón*, que en hebreo significa «río de la concordia»), los restos del antiguo baño romano de Diana. Todos estos elementos sugieren una estrecha y lógica relación entre templarios, benedictinos, cistercienses, judíos e hispanomusulmanes, y en las diferentes agrupaciones sociales y culturales, los ritos del agua y las vírgenes negras cobran especial relevancia.

Aún otro ejemplo: en la villa de Hervás, la capital de la comarca cacereña del valle del Ambroz, también se repite esta analogía: la secuencia «agua / lugar de poder / culto ancestral / culto cristiano / Virgen negra». De la antigua encomienda templaria sólo se

conserva el santuario, que domina el sector más elevado de la población, cuya construcción sustituye hoy al recinto fuerte del Temple. Los manantiales de agua fresca y cristalina son numerosos en la zona, tanto en el pueblo como en sus inmediaciones; Hervás, además, cuenta con la judería mejor conservada de la España medieval, incluida la sinagoga. Lo lamentable es que su Virgen —al igual que les ocurriría a las demás imágenes extremeñas, a excepción de Nuestra Señora de Guadalupe— dejó de ser negra siglos después, porque la Inquisición ordenó que fuera pintada de blanco.

Las leyendas de vírgenes negras son muy abundantes en la geografía hispana, algunas relacionadas con un toro o buey. La Mare de Déu del Tura (de ahí su nombre), por ejemplo, se venera en Olot, la capital de la comarca catalana de la Garrotxa (Girona). La talla en madera, del siglo XII, no supera los sesenta centímetros de altura y en ella la Virgen y el Niño muestran unas expresiones muy severas, que recuerdan a la Virgen negra de Ujué (Navarra). En Menorca también hay una Virgen negra que está relacionada con un toro; su santuario se alza en la cima del monte Toro (el techo de la citada isla). El noble animal, al igual que en Olot, aparece reproducido a los pies de la sagrada imagen. En ambos enclaves, la influencia templaria fue importante. En el santuario de Núria (Girona), un buey llevó al anacoreta Amadeo al lugar exacto donde debía cavar para hallar la imagen de la Virgen. No es una casualidad que aparezca un toro o un buey en las composiciones escultóricas de algunas vírgenes negras, porque, según la leyenda, muchas de ellas fueron esculpidas por el apóstol San Lucas, cuyo símbolo es el toro. (Se asegura, por ejemplo, que la Virgen de Montserrat se debe al arte escultórico del evangelista).

La montaña de Montserrat es el principal «punto energético» de Europa y, al mismo tiempo, la zona esotérica más importante de Cataluña. En el centro geográfico de sus romas cimas se acurruca el monasterio benedictino, cuyos cimientos se alzan sobre un antiguo templo romano de Venus. Las leyendas recorren esta comarca: se dice, por ejemplo, que la escarpada sierra redondeó sus cimas tras la muerte de Jesús en la cruz; y también se asegura que en las entrañas de la montaña, en una «cuarta dimensión», se encuentra el Santo Grial, que gravita sobre numerosos nacederos de aguas frescas y cristalinas. Es cierto, sin embargo, que la sierra está horadada con numerosas cuevas sagradas, utilizadas como centros de rituales templarios durante los siglos medievales.

Estudiar las vírgenes negras constituye, al mismo tiempo, un seguimiento de la huella del Temple, tanto en la península Ibérica, como en el resto del mundo occidental. Cada imagen cuenta con su propia historia, aunque, en muchas ocasiones, se confunde con la leyenda. Los caballeros templarios impulsaron el culto a estas sagradas imágenes, cuyo color negro no debe inducir a creer que son originarias del continente africano. El color oscuro de estas tallas remite más bien a la relación de la divinidad con el humus, el color de la tierra fértil, fecundadora de vida. Durante los siglos medievales, gracias al Temple, la mayoría de los cultos a la Madre se verificaron en la adoración de

vírgenes negras. España y Francia son los países en los que se han conservado más tallas de este tipo, aunque en la Península, lamentablemente, muchas de ellas han desaparecido. Las razones de este expolio son variadas, pero, en general, puede atribuirse a la intransigencia, a la ignorancia o a la sospecha herética.

LAS VÍRGENES NEGRAS HISPANAS

El culto a las vírgenes negras en los reinos hispánicos, como se ha advertido, se extendió por las diferentes regiones de nuestra geografía, tanto peninsular como insular. A continuación se citarán las imágenes más renombradas; algunas de ellas son muy antiguas, porque se remontan, en algunos casos, a los albores del cristianismo (siglos III y IV d.C.), y también a la Alta Edad Media; sin embargo, su culto se institucionalizó gracias al Temple. No es una casualidad, por tanto, que las vírgenes negras se localicen en zonas de marcada influencia templaria.

En Andalucía, a pesar de su influencia hispanomusulmana, se conservan algunas vírgenes negras; entre ellas, la de Santa María de los Milagros, en El Puerto de Santa María (Cádiz), estrechamente vinculada a la conquista de esa ciudad por parte de Alfonso X *el Sabio*, en 1258. Este monarca castellano la describe en sus *Cantigas de Santa María* (fig. 75), escritas una década después. En aquella batalla participaron los templarios, quienes obtuvieron luego la quinta parte del territorio conquistado. En Sevilla se conserva un cuadro con la Virgen de Rocamadour (de comienzos del siglo XIV), copia fidedigna de Nuestra Señora de Guadalupe (Cáceres) (fig. 76). Los templarios fueron los responsables de este traslado a la capital andaluza. En la ciudad de Úbeda (Jaén), desde tiempos ancestrales se rinde culto a una milagrera imagen negra de la Virgen de Guadalupe. En Jaén también hay una Virgen negra que goza de profundo fervor popular; se trata de Nuestra Señora de la Capilla, conocida tradicionalmente como la Reina del Cielo, porque, en el momento de su aparición, las campanas de la iglesia de San Ildefonso comenzaron a repicar incontroladamente anunciando maitines. En Chipiona (Cádiz), en el santuario mariano de La Regla, se rinde culto a una talla en madera negra de comienzos del siglo XIII (el Niño, en cambio, es de color blanco); a esta sagrada imagen se le han atribuido innumerables milagros, como la liberación de presos y la salvación de marineros en peligro.

Aragón, tierra de cultos ancestrales, entre el Pirineo y el Sistema Ibérico, con el Ebro como eje vertebrador, conserva numerosas de estas sagradas imágenes negras. Entre ellas destacan la Virgen de la Peña, en Calatayud (Zaragoza); la Virgen gótica de Nuestra Señora del Rosario (siglo XIII), en Tarazona, villa de encuentro de las tres culturas de la España medieval: judíos, cristianos e hispanomusulmanes; Nuestra Señora de Sancho Abarca, en Tauste (Zaragoza); y la Virgen negra de Nuestra Señora

de Veruela, en el citado monasterio cisterciense, enclavado cerca de la cima de la montaña sagrada del Moncayo (en sus laderas nace el río Queiles, cuyas aguas utilizaban los antiguos íberos y romanos para templar sus armas); la Virgen de Veruela es una pequeña talla de madera de roble de veinticuatro centímetros de altura.

El Alto Aragón o, lo que es lo mismo, el norte de la actual provincia de Huesca, es un territorio en el que abundan las imágenes de vírgenes negras y donde la presencia templaria fue muy importante entre el castillo de Monzón y el Pirineo. Algunos nombres: Nuestra Señora de Salas, o de Huerta, Berbegal, Torreciudad y Lánaja; la Virgen de Arraro, en Panzano; «la Morena», la Virgen negra de Santa Olaria, cerca de Boltaña; la Virgen negra de Nuestra Señora de la Jarea, en Sesa; Nuestra Señora de la O, en el monasterio benedictino de San Pedro, en Sopeira (Alaón), se trata de uno de los cultos más antiguos de Europa relacionados con una virgen negra. La famosísima y veneradísima Virgen del Pilar, en Zaragoza, es también una virgen negra: se trata de una imagen de cuarenta centímetros de altura, realizada en mármol recubierto de plata, y preside el altar mayor de la seo aragonesa, cuya basílica, a orillas del río Ebro, es el primer santuario mariano de nuestro país. Al pontífice Clemente XII, en el siglo XVIII, se debe la celebración religiosa de la jornada del 12 de octubre, como festividad de España y de toda la Hispanidad.

En el Principado de Asturias debe citarse inmediatamente el santuario de Nuestra Señora de Covadonga (Covadonga es «cueva honda»). Este santuario está enclavado en el interior de una gruta, al norte de los Picos de Europa, próximo al lugar donde se celebró la legendaria batalla en la que don Pelayo venció a los musulmanes; tradicionalmente se considera que en aquel lugar remoto se gestó la nueva monarquía hispánica, la idea de la cristianización de la Península y la conciencia de una nacionalidad hispana. Covadonga se convierte en el eje de una serie de ancestrales ritos paganos, de tradición céltica, que los templarios, desde la encomienda del Monsacro, supieron canalizar y controlar para el cristianismo. La Virgen negra de Nuestra Señora de Covadonga, patrona del Principado de Asturias, fue coronada en 1908.

En el archipiélago balear y, concretamente, en Mallorca, se encuentra el santuario de Lluc, donde se rinde culto a «la Moreneta», Reina de Mallorca y patrona de la comunidad balear (Illes Balears). Se trata de una imagen del siglo XIII, esculpida en piedra (sesenta y un centímetros), y hallada fortuitamente por un pastor y un ermitaño en el año 1240, en el interior de una gruta del sector norte de la sierra de Tramontana. Se le atribuyen numerosos milagros y está estrechamente vinculada a los templarios, puesto que estos caballeros tenían su encomienda en la vecina villa de Alcudia. No muy lejos de allí, en la población de Alaró, se rinde culto a otra sagrada imagen negra: la Virgen del Castillo (que la feligresía conoce tradicionalmente como la Virgen de los Muertos); fue tallada en madera y sólo se exhibe un día al año (el 15 de agosto).

Durante esta jornada se acostumbra a pasar a los bebés sobre los pies de la imagen, para que la Virgen los proteja de las enfermedades. En la isla de Menorca, en el mismo centro geográfico, se alza la montaña del Toro, donde se venera una imagen que ha adoptado el nombre del monte, santuario de la Virgen de Monte Toro; según la leyenda, un toro señaló el lugar preciso en el que se encontró la imagen de la Virgen. En el noroeste de la isla se alza otra colina sagrada de Menorca: Santa Águeda, donde templarios, judíos e hispanomusulmanes coincidieron en rendir culto a esta santa nacida en Catania (Sicilia).

En el archipiélago canario, a pesar de la distancia que lo separa de la península Ibérica y de lo tardío de la conquista castellana, iniciada a comienzos del siglo xv, tampoco faltan las referencias a vírgenes negras. En la isla de Tenerife se rinde culto a la Candelaria, patrona del archipiélago canario (basílica de la Virgen de la Candelaria, en su homónima basílica, al noreste de la isla tinerfeña). Según la tradición, que se remonta al siglo xiv, dos pastores guanches hallaron casualmente la sagrada imagen en la playa de Chemisay y se lo comunicaron al *mencey* (príncipe guanche de aquel territorio); la escultura fue depositada en el interior de una gruta y se convirtió en imagen de culto pagano. Medio siglo después, cuando se produjo la conquista castellana de Tenerife, los cristianos hicieron suya la devoción y la gruta fue bautizada con el nombre de cueva de San Blas. La Virgen negra de la Candelaria no tardaría en relacionarse con los Caballeros de Cristo, los templarios que se organizaron en Portugal tras la condena y desaparición de la Orden. Según algunas leyendas, el cielo tinerfeño se enciende con el resplandor de multitud de extrañas luces que se proyectan sobre la boca de entrada de la gruta; son numerosos los milagros que se atribuyen a esta imagen, entre ellos, los que afectan a su propia existencia: se asegura que la talla fue robada en distintas ocasiones pero, siempre, por decisión divina, regresaba al lugar exacto donde apareció. La imagen actual es una copia fidedigna de la original medieval y negra, arrebatada por el mar en 1826.

La actual comunidad de Castilla y León cuenta con numerosos enclaves de la máxima importancia. En estos lugares se alzaron altares a las antiguas divinidades paganas. Un buen número de estos enclaves fueron cristianizados durante los siglos medievales, gracias a los templarios, quienes propiciaron los distintos cultos a las vírgenes negras. Debe citarse, por ejemplo, Nuestra Señora de la Dehesa Brava, o Santa María de Husillos, en la capital palentina; se trata de una pequeña escultura de veintiséis centímetros, datada a finales del siglo xii y vinculada al monarca Sancho *el Grande* de Navarra: se asegura que un milagro de esta Virgen evitó que el rey perdiera la vida durante una cacería (1305). La Virgen de la Vega, en el interior de la catedral románica de la ciudad de Salamanca, es una imagen procedente de la iglesia de Santa Catalina, que evidencia la influencia de la escuela escultórica de Limoges (Francia). En la ciudad de León se rinde culto a Nuestra Señora de la Regla, copia fidedigna de la

Virgen de Guadalupe, y a la Virgen del Camino, patrona de la ciudad; ambas son «morenas». En la iglesia de San Pedro de la ciudad de Ávila se rinde culto a la patrona de Polonia, Nuestra Señora de Czestochowa; en este caso, no se trata de una escultura sino de un óleo (60 x 45 centímetros) donde se representa una hermosa Virgen negra. También Nuestra Señora de Rocamadour se encuentra en la catedral de Ciudad Rodrigo (Salamanca); es una bella imagen estrechamente relacionada con las peregrinaciones a Compostela y la protección de los caballeros templarios. La Virgen negra más renombrada de esta región es, sin duda, la de la Peña de Francia, patrona de Castilla, cuyo santuario se alza sobre la sagrada montaña que delimita tres sedes diocesanas: Salamanca, Coria y Ciudad Rodrigo; a esta imagen se le atribuyen sobrecogedores milagros y su culto se remonta a antiguos ritos precristianos.

Cataluña, en el extremo noreste peninsular, es una de las regiones de mayor tradición templaria; por ello, no es de extrañar la abundancia de vírgenes negras en su geografía, entre las cuales destacan la Virgen de la Salut, de Baget (Girona), una talla ataviada con un vestido de color azul que sostiene al Niño, con ropajes verdes; la Virgen de la Seo, en la catedral de Girona, ejemplar escultura en madera sin policromar; la Mare de Déu del Tura, en la ciudad de Olot, ya citada; la Mare de Déu del Claustre (románica, del siglo XII), en la catedral de Solsona (Lleida). (Esta imagen cuenta con una sobrecogedora leyenda que se remonta al año 1210, relacionada con el conde de Foix y los cátaros, quienes decidieron ocultarla en el interior de un pozo para preservarla de los cruzados; durante la Guerra de la Independencia, en 1810, el rostro del Niño resultó dañado por un incendio, aunque fue restaurado eficazmente después; la Virgen del Claustro fue coronada en 1916). En la ciudad de Tarragona, en la catedral, se conserva la Virgen del Claustro, igualmente negra. En Núria, en el Pirineo del Ripollet, se encuentra el santuario donde se rinde culto a su Virgen negra, de cuya imagen ya se apuntaron algunos rasgos, así como la más emblemática de Cataluña, la Virgen de Montserrat (fig. 77), esculpida al parecer por el apóstol San Lucas y descubierta muy tempranamente (888) por unos jóvenes pastores que vieron bajar del cielo unas luces cegadoras portando la imagen, que quedó depositada en el centro de la sagrada montaña de Montserrat. En Vilajoans, cerca de Figueres (Alt Empordà), se venera una virgen gótica negra. La imagen está de pie, no sentada, como es habitual, y fue esculpida en mármol. Sólo en la provincia de Girona existen catalogadas más de treinta y seis vírgenes negras románicas; algunas fueron destruidas durante la Guerra Civil; las demás están conservadas en diferentes museos catalanes, entre ellos el Museu Nacional d'Art de Catalunya, en Barcelona.

La actual Extremadura, atravesada por la Vía de la Plata, era tierra de ancestrales cultos paganos que fueron cristianizándose posteriormente gracias a los templarios, cuyos caballeros, desde sus influyentes encomiendas, elevaron altares a las vírgenes negras. La más conocida, sin duda, es Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de

Extremadura y Reina de la Hispanidad, cuya imagen preside el camarín del altar mayor del homónimo Real Monasterio, santuario mudéjar. Ésta es la única imagen extremeña que ha conservado su original color negro; las demás, incluso la de Hervás, relacionada igualmente con los templarios, fueron blanqueadas en siglos posteriores por orden de la Inquisición.

En Galicia, destino del Camino de Santiago, también hay vírgenes negras. En la ciudad de Santiago, dentro de la catedral —concretamente en la capilla de San Luis—, se rinde culto a la Virgen de Montserrat, una «Moreneta» que ciertos peregrinos catalanes llevaron a la capital gallega. En el monasterio de San Pelayo de la ciudad compostelana se rinde culto a una virgen negra muy particular: se trata de Santa María Salomé, que se encuentra en el pórtico, y muestra su vientre en avanzado estado de gestación. No es más que otra prueba de la estrecha vinculación de las vírgenes negras y los templarios, sobre todo por la importancia que estos caballeros concedían a la fertilidad.

La Rioja, sobre el curso central del río Ebro, es tierra de gran tradición peregrina: por sus caminos iban y venían los devotos de Santiago. La región cuenta con varias imágenes de vírgenes negras; la más notable, sin duda, es la de Nuestra Señora de Valvanera (valle de Venus), a la que la feligresía venera en su homónimo monasterio benedictino; se trata de una imagen muy antigua, atribuida al apóstol San Lucas, esculpida en madera de cerezo y polícroma. Al parecer, los santos Enésimo y Dositeo trajeron la talla desde Tierra Santa y el ermitaño Arturo la escondió en el interior del tronco de un roble; fue hallada en el siglo x y se asegura que estaba protegida con un panal de abejas. Son innumerables los milagros que se atribuyen a esta sagrada imagen, patrona de La Rioja. Santa María la Real de Nájera es otra virgen negra de esta comunidad; según la tradición, el mismísimo apóstol San Pedro trajo la talla a la península Ibérica y la ocultó en el interior de una profunda cueva; en el año 1023 dio con ella el monarca García VII de Navarra, al ver el resplandor de unas extrañas luces en el interior de la gruta.

En Madrid se rinde culto a Nuestra Señora de Atocha, copatrona de la capital de España; también se atribuye a San Lucas (patrón de médicos y artistas). Esta sagrada imagen, de sesenta y tres centímetros de altura, llegó a Hispania —desde Palestina— en manos de los apóstoles Pedro y Santiago, lo cual parece contradecir la datación científica: la imagen se talló en el siglo xii. Fue hallada de manera fortuita sobre la colina de San Blas —uno de los santos secundarios del Temple—, sobre un manto de esparto («atocha»). A la Virgen de Atocha se le atribuyen numerosos milagros, algunos de los cuales están relacionados con la conquista cristiana de Magerit (nombre del Madrid hispanomusulmán). Esta modesta ermita se convirtió en tiempos del emperador Carlos V (1523) en priorato dominico, y la Virgen, en la favorita de la familia real española.

En la actual Comunidad Foral de Navarra, tierra relacionada estrechamente con el Camino de Santiago —en la villa de Puente la Reina (Gares) se cruzan los caminos procedentes de Roncesvalles y de Jaca—, se conservan algunos de estos cultos a las vírgenes negras. Nuestra Señora del Puig, en Estella, apareció en el año 1090, en el interior de una cueva; esta sagrada imagen también es conocida como «de Rocamadour», en clara analogía con la del famoso santuario francés de Quercy. La Virgen Morena de Los Arcos, tallada en madera de roble —el árbol sagrado de los celtas—, convive con el culto de dos santos venerados por templarios: San Juan Bautista y San Miguel Arcángel. La Virgen de Sangüesa también sostiene con su brazo izquierdo al Niño.

En las tierras de la actual Comunidad Valenciana debe destacarse la Virgen negra de Nuestra Señora de los Ángeles, a la que se rinde culto en su santuario rupestre de las afueras de la villa de Sant Mateu (Castellón), la antigua capital del Maestrazgo histórico, tierra de judíos, cristianos e hispanomusulmanes. Los templarios habrían dedicado esta árida y montañosa comarca a dos actividades muy concretas: el estudio de la alquimia y la protección y refugio de los grupos cátaros que llegaban desde el Languedoc, huyendo de las hogueras y masacres de la Inquisición. A Nuestra Señora de los Ángeles también se le atribuyen muchos milagros, el más importante, sin duda, hace referencia a un episodio acaecido durante la Guerra Civil: al parecer, la talla fue arrojada a las llamas, pero quedó intacta.

El repertorio de vírgenes negras no se limita a las citadas: es importante recordar que muchas tallas desaparecieron o fueron robadas, a veces, en extrañas circunstancias. La Virgen de Caracena (Soria), la del santuario de Montserrate, en Fórnoles, o la Virgen de la Fuente, en Peñarroya de Tastavins (ambas en la provincia de Teruel) pertenecen a ese grupo de imágenes sustraídas, destruidas, quemadas o desaparecidas. Algunas fueron sustituidas por otras vírgenes blancas.

***La Sábana Santa y los templarios.
De cómo llegó la Síndone a Occidente***

ALFONSO SÁNCHEZ HERMOSILLA

¿QUÉ ES LA SÍNDONE DE TURÍN?

La Sábana Santa, que se custodia actualmente en la catedral de Turín (fig. 78), es la pieza arqueológica más estudiada de todos los tiempos. Ni siquiera el sarcófago del faraón Tutankamón ha recibido tanta atención. Desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, la Sábana Santa ha sido sometida a todo tipo de pruebas, análisis y contraanálisis científicos, sin que, hasta la fecha, se haya podido demostrar que se trate de una falsificación, aunque, desde el punto de vista estrictamente científico, tampoco se puede afirmar de forma categórica que se trate del lienzo funerario que se utilizó para amortajar el cadáver de Jesucristo.

La Síndone o Sábana Santa es un lienzo de lino —con algunas hebras de algodón—, tejido conforme a la modalidad llamada «sarga de pescado», cuya confección era relativamente común en los telares de Oriente Próximo a principios de nuestra era, y que dejó de producirse dado lo costoso de su manufactura. Este tipo de tejido no volvió a utilizarse en Europa hasta pasada la Edad Media. Nada sabemos respecto al lugar en que pudo ser confeccionada, aunque el hecho de que no presente como contaminantes hebras de lana ni pelo de cabra o de camello permite pensar en un telar hebreo. (Según la Ley mosaica, estaba prohibido tejer conjuntamente fibras vegetales y animales).

Esta reliquia es conocida en España como Sábana Santa de Turín, y entre los estudiosos, como Síndone de Turín. La palabra ‘síndone’ procede del griego *syndon*, que significa, precisamente, mortaja. Dicho vocablo ha dado lugar a la formación de la voz «Sindonología», nombre con el que se conoce la disciplina que estudia dicha reliquia. La Sindonología se apoya en multitud de disciplinas, entre las que se incluyen la historia, botánica, geografía, física nuclear, química, microbiología, numismática, medicina, criminalística, arqueología, antropología, y, como no podía ser de otra forma, también la teología.

El lienzo mide aproximadamente 420 x 110 centímetros, aunque tras la última y polémica restauración que sufrió hace pocos años, parece que tales dimensiones se han ampliado en unos pocos centímetros. Esta variación se debe a la eliminación de todas

las arrugas: por decirlo gráficamente, la reliquia ha sido «planchada». En realidad, la Sábana Santa no ha sufrido ese proceso de un modo estricto: no se ha usado calor y presión, sino que ha sido tensada usando un bastidor con contrapesos especialmente diseñado a tal efecto. Se han eliminado también los restos de los desperfectos ocasionados por los tres incendios documentados que han dañado a la reliquia a lo largo de la historia, y que amenazaban con manchar y deteriorar, aún más, las partes limpias.

Sobre el lienzo aparecen, claramente, unas manchas de sangre que traspasan el grosor del tejido. Esta sangre ha sido analizada usando las modernas técnicas de análisis biológico y los resultados han revelado que se trata de sangre humana, cuyo grupo sanguíneo es AB. En cuanto al factor Rh, los medios actuales no permiten llegar a resultados concluyentes sobre manchas de sangre de tal antigüedad. La presencia de un cromosoma Y en los «elementos formes» de la sangre (leucocitos, plaquetas y eritrocitos) revela que esa tela sirvió para envolver el cuerpo de un varón.

Pero lo verdaderamente interesante no son las manchas de sangre, por más que últimamente su estudio se haya puesto de moda. (Las novísimas técnicas de biogenética han permitido imaginar la clonación del individuo que fue envuelto en esa tela, por ejemplo). Lo que de verdad es interesante es la huella de unas leves sombras, apenas visibles, en las que se aprecia la imagen anterior y posterior, a cuerpo completo, de un sujeto varón que aparece desnudo. Según refieren los forenses que lo han estudiado, ese hombre sufrió una serie de torturas en todo idénticas a las que el Nuevo Testamento refiere a propósito de la ejecución de Jesucristo. Esas torturas y las lesiones subsiguientes produjeron la muerte del sujeto. Algunas manchas de sangre son *post mortem*, es decir, las heridas que las produjeron sangraron después de morir el sujeto, dejando rastros característicos.

Suele creerse que las heridas dejan de sangrar después de la muerte. Esto no es del todo cierto: es verdad que la circulación sanguínea es inexistente, pues el corazón no impulsa la sangre hacia el resto del cuerpo, pero aún puede fluir sangre en pequeñas cantidades por el simple efecto de la gravedad. Si el cadáver se manipula o se mueve o se transporta de un lugar a otro, los restos de sangre serán más evidentes. En definitiva, de las manchas del lienzo de Turín se deduce que dicho cadáver sufrió traslados y manipulaciones cuando ya estaba amortajado.

Respecto a los datos antropométricos del cuerpo, los trabajos más solventes demuestran que se trata de un varón de un metro ochenta y dos centímetros de estatura, aproximadamente, y de complexión atlética. Del estudio de las características faciales se desprende que, muy probablemente, era de origen semítico, lo que concuerda con el dato aportado por el análisis del grupo sanguíneo: el grupo AB es el menos frecuente entre la población mundial, estimándose en un dos por ciento de la población general; sin embargo, en la etnia semita, es el grupo mayoritario, alcanzando el noventa y ocho

por ciento de la población.

El cuerpo fue sometido al tormento de los azotes: aparecen ciento veinte heridas producidas por un látigo. El instrumento concreto de tortura se llamaba *flagrum taxilatam*, un látigo que usaban los verdugos en tiempos del Imperio Romano. Fue golpeado repetidamente en el rostro, deformándolo parcialmente, en especial en la zona ocular derecha y pómulo derecho; se le luxó el cartílago nasal, aunque no se le fracturó, produciéndole otra herida en dicha zona. Por la cantidad de heridas punzantes que presenta en el cuero cabelludo se deduce el uso de algún objeto de torturas con múltiples espinas o elementos incisivos; estas heridas sangraron de forma abundante, especialmente en la zona occipital, lo cual permite pensar que la víctima aún llevaba sobre su cabeza ese objeto durante la crucifixión. Se le arrancaron mechones de pelo en la zona del bigote y barba. Se vio obligado a transportar un objeto pesado y de superficie rugosa que dañó la zona de sus hombros y espalda, especialmente sobre las heridas que, previamente, había recibido durante el castigo de los azotes. De modo que se puede concluir que fue azotado antes de sufrir dichas abrasiones en espalda y hombros. Presenta heridas contusas en ambas rodillas, de donde se han extraído partículas de tierra con la misma composición mineral que la que actualmente existe en Jerusalén.

Para la crucifixión (fig. 79) se utilizaron tres clavos —y no cuerdas—. Habitualmente se empleaban cuatro clavos, uno por cada extremidad, pero la rigidez cadavérica reproduce los dos pies apoyados uno sobre otro, en la posición en que fueron fijados con un solo clavo.

El hombre envuelto por la Síndone murió sin necesidad de que se le fracturaran las piernas, un recurso habitual cuando se pretendía acelerar el proceso. La muerte por crucifixión muy bien podía durar una semana y, en ocasiones, aún más, si se mantenía al condenado hidratado de forma deliberada, prolongando su agonía. La extensión del período en la cruz dependía de la naturaleza de los crímenes cometidos y de la pretensión de dar un escarmiento público; los gobernantes decidían estos extremos por razones legales o políticas.

Sabemos con certeza que el hombre de la Síndone de Turín murió estando en posición vertical, pues presenta una herida en el costado derecho, la única que se le infligió siendo ya cadáver. Esta herida mide 4,1 x 1,1 centímetros, idéntica a la que produciría la lanza de un legionario romano. La herida tiene una trayectoria prácticamente horizontal, lo cual sugiere dos posibilidades: o bien el travesaño vertical de la cruz —*stipes*— era corto, o bien el legionario montaba a caballo; es decir, podría haber sido un *eques*, no un legionario. Dicha herida sangró abundantemente en dos tiempos: en un primer momento, hacia abajo, y, más tarde, en un segundo tiempo, hacia su espalda. Ambos rastros son gravitatorios, lo cual indica que la herida sangró en primer lugar cuando el cuerpo estaba en posición vertical y, en

segundo término, cuando el sujeto estaba tumbado, en posición de decúbito supino. Ambos rastros son de sangre cadavérica o *post mortem*.

Tras su muerte, el sujeto fue sometido a un amortajamiento muy somero. No se lavaron las heridas, aunque sí se utilizaron grandes cantidades de áloe y mirra, aún detectables en el lienzo.

Las manchas del lienzo turinés revelan información tridimensional: son como un negativo fotográfico. Este descubrimiento se debe al abogado y fotógrafo aficionado italiano Secondo Pía, que reveló sus hallazgos a finales del siglo XIX, cuando se realizó la primera instantánea de la Síndone.

Sobre el ojo derecho, muy inflamado, se halla la impresión de un *lepton* —moneda acuñada por Poncio Pilato, gobernador de Judea, y que fue de curso legal durante la última mitad de los años treinta del siglo I de nuestra era—. Es posible que sobre el ojo izquierdo también hubiese otra moneda, sin embargo, al no estar tan inflamado, quedó más alejado del lienzo y no dejó una impresión tan evidente. Es importante resaltar que las improntas más claras en el lienzo proceden de aquellas porciones del cuerpo que estaban en contacto directo con el tejido, reduciéndose paulatinamente, hasta que, a unos pocos centímetros, ya no deja impresión alguna, tal y como ocurre en la zona del cuello, por ejemplo.

Del tejido se han podido extraer muestras de polen de diversas especies vegetales. Los documentos históricos revelan que el lienzo sufrió traslados y diversos incidentes, y los rastros biológicos confirman esta manipulación. Algunas plantas sólo crecen en determinados ámbitos geográficos y ello permite dibujar el recorrido de la Síndone por distintos lugares de Asia y Europa. La sustancia de estos descubrimientos se debe al polinólogo suizo Max Frei, experto en polen y esporas —vivos o fósiles— y colaborador habitual de la Interpol.

Se aprecian diversas anotaciones piadosas alrededor de las imágenes del cuerpo, sin mayor significación, aunque, alrededor de la cabeza, se aprecian anotaciones en latín y hebreo, expresando parte del nombre del condenado (Jesús), su procedencia geográfica, el nombre del emperador en cuyo nombre se le impone la condena (Tiberius) por parte del gobernador, y que dicha condena es a muerte (*in necem*). Posiblemente, todos estos datos se escribieron sobre un bastidor de madera colocado alrededor de su cabeza, para escarnio del condenado e información dirigida a la población. Dicho bastidor podría no haber sido retirado en primera instancia, pero sí después, dando tiempo así a que dejase su impronta sobre la zona del cuero cabelludo del sujeto.

Las modernas técnicas de datación han permitido, a mediados del siglo XX, realizar estudios solventes a propósito del lienzo turinés. Durante muchos años, diversos foros solicitaron un análisis científico pormenorizado de la Síndone. A finales de la década de los ochenta, a pesar de las voces discrepantes, se realiza la primera datación

científica del lienzo con la técnica del carbono 14 en tres laboratorios diferentes de acreditada solvencia. Los tres informes coincidían —con un pequeño margen de diferencia—y afirmaban que la reliquia no pasaba de ser un objeto medieval. Los sectores interesados en rebajar el valor de la reliquia utilizaron con frecuencia los argumentos de aquellos laboratorios, a pesar de que incluso el director del proyecto manifestaba, expresamente, en su informe oficial, que la datación realizada, aún siendo técnicamente correcta, no indicaba que se tratase de una falsificación medieval. He aquí las razones:

—El lienzo está completamente recubierto de lo que se ha denominado «cubierta bioplástica», constituida por un cúmulo de materia orgánica añadida al lienzo, consistente en células humanas de miles, o tal vez millones de personas que han tocado el lienzo —contaminándolo con su ADN y sus células epiteliales—, junto con bacterias, líquenes, hongos y ácaros que se nutren de esa materia. Dicha «cubierta bioplástica» se estima que puede llegar a alcanzar un treinta por ciento del peso total de la reliquia y que, actualmente, con los medios de que disponemos, no puede ser completamente eliminada, de forma satisfactoria, sin deteriorar la muestra.

—El lienzo ha sido expuesto al menos a tres incendios, todos ellos documentados históricamente; uno de ellos llegó a derretir parcialmente la urna de plata que contenía la Síndone. Estamos hablando de una temperatura superior a 700° centígrados, suficiente como para modificar el porcentaje de carbono 14 de la reliquia, como se ha demostrado con experimentos realizados por licenciados en física nuclear que han reproducido el experimento.

—Se esgrimen otros motivos para no certificar definitivamente que la Síndone se había realizado en la Edad Media, pero como máximo, podrían modificar el cómputo tan sólo en cuestión de decimales, lo que se traduciría en unos pocos años. Otros datos, por el contrario, parecen tener cierto peso sobre el resultado definitivo y están siendo contrastados experimentalmente.

En cualquier caso, todos los científicos están de acuerdo en que la datación fue técnicamente correcta. Sin embargo, este rigor técnico no se aplicó históricamente: es decir, no se tuvieron en cuenta todos los avatares que el lienzo sufrió en la Antigüedad y, por tanto, no se contó con la posibilidad de que los átomos de carbono 14 de ese material orgánico podrían haber sufrido alguna alteración. De hecho, en arqueología, tan sólo se datan con la técnica del carbono 14 objetos que, inmediatamente después de haber sido desenterrados, son aislados en un embalaje estanco que evite cualquier contaminación. En resumen, a pesar de la solvencia de los analistas en aquella ocasión, no puede afirmarse que los resultados fueran definitivos.

Existen múltiples reliquias que pasan por ser los auténticos lienzos funerarios de Jesucristo y en todos ellos aparece una imagen, más o menos lograda, de un cuerpo humano. La constatación de distintas «sábanas santas auténticas» tiene una razón de

ser: los distintos propietarios históricos del lienzo que hoy se custodia en Turín solían agasajar a sus invitados —personajes de la realeza, nobleza, clero, etcétera— con copias más o menos ajustadas; entonces, se encargaba al pintor de cámara de la corte una reproducción de la Síndone: los diferentes resultados se deben al estilo imperante en cada época, así como a la habilidad y visión del autor. Los resultados son bastante deplorables, en general, incluso en la que parece ser la mejor reproducción, obra de Durero: a pesar de todo, incluso para un profano, el trabajo del pintor renacentista es claramente una mala copia del original; en ningún momento podría pasar por la verdadera reliquia. Las copias se santificaban «por contacto» con la original, en la esperanza de que recogiese parte de sus cualidades benéficas y milagrosas, impregnándose de ellas. Finalmente, se remitía a su nuevo y feliz propietario junto con un documento que certificaba que era copia fidedigna del original y que había sido santificada «por contacto». El fervor —o el interés— consiguió que cada copia tuviese su corte de adeptos, que defendían su autenticidad, a pesar de que son visibles los pigmentos y las pinceladas. En el original, simplemente, no hay tales pigmentos ni se trata de una pintura.

Entre todos esos lienzos aspirantes al título de ser el único original, tan sólo cabe destacar el sudario que se conserva en la catedral de Oviedo. Se trata de un lienzo de pequeño tamaño —justamente, del tamaño que usaban los hebreos, tanto para cubrirse la cabeza, como para enjugarse el sudor, de ahí su nombre— y que no presenta imagen alguna. Únicamente pueden apreciarse algunas manchas de sangre, por supuesto humana, y del grupo sanguíneo AB, situadas en los mismos puntos en que aparecen en la Síndone de Turín. Mediante el empleo de técnicas criminalísticas y forenses, se demuestra que cubrieron el mismo rostro humano, aunque no de forma simultánea. De momento, aún no se ha contrastado el ADN de ambos lienzos, aunque parece bastante probable que se usaran para amortajar el mismo cadáver.

Una de las cuestiones más interesantes que se pueden plantear respecto a la Sábana Santa hace referencia al modo en que proyectó la figura en el lienzo. De momento, sólo se pueden formular hipótesis. Algunas teorías ya se han desestimado definitivamente, como la posibilidad de que se tratase de una pintura; tampoco es una paleofotografía —como defendía algún autor que pretendía ver un autorretrato del inmortal Leonardo da Vinci—: no se aprecian los pigmentos y reactivos necesarios para impresionar el lienzo. Otros, incluso, han pretendido que se utilizó un sujeto humano vivo, sobre quien se reprodujeron todas las torturas que menciona el Nuevo Testamento, para, finalmente, crucificarlo hasta morir, de modo que pudiesen estamparse las imágenes que conocemos durante la descomposición cadavérica; para conseguirlo, al parecer, se habrían hecho reaccionar algunas sustancias amoniacales liberadas con incienso, áloe y mirra. Sin embargo, aunque se ha intentado reproducir este mecanismo en el laboratorio, tan sólo se han conseguido muy pobres resultados, burdos a la vista, y,

desde luego, no son negativos fotográficos ni poseen información tridimensional. Por otra parte, es seguro que el cadáver fue retirado del interior de la Síndone antes de setenta y dos horas, pues de lo contrario, la putrefacción cadavérica habría manchado de forma irreversible el lienzo.

Sólo sabemos con certeza que la causa del rastro que hoy puede apreciarse en la Síndone fue algún tipo de energía de muy elevada intensidad, que «quemó» muy superficialmente los filamentos externos de cada fibra del lienzo, sin penetrar en profundidad. Para que los rastros aparezcan tal y como aparecen es necesario que surgieran en algún momento desde el interior del cadáver y que se proyectaran en dirección ortogonal, es decir, en todos los ejes del espacio, simultáneamente y durante una fracción de tiempo muy pequeña (los investigadores hablan de unos pocos milisegundos). Según parece, cuando se liberó tal energía, el cuerpo no se apoyaba sobre ninguna de sus partes, pues, de lo contrario, en esa zona se habría quemado el lienzo con mayor intensidad.

A partir de estas hipótesis, algunos han pretendido constatar la resurrección del cadáver, aunque desde el punto de vista estrictamente científico, no puede confirmarse este extremo.

Cada cierto tiempo aparece en los medios de comunicación algún artículo de supuestos expertos —a los que nadie conoce en sus respectivas disciplinas— que afirman haber averiguado cómo fue falsificada la reliquia o cómo pudo producirse la imagen que aparece en ella. Para ello, exponen sus teorías personales —algunas irrisorias, otras, razonablemente fundadas—. Sin embargo, todas adolecen de las mismas carencias: sólo atañen a la parte de las investigaciones que convienen a sus teorías, silenciando el resto, olvidando que, para que su teoría tenga peso y solvencia, debe tener una respuesta para todas las características observables en el lienzo, y no sólo para determinados aspectos.

LA SÍNDONE EN CONSTANTINOPLA

La Santa Síndone que actualmente se venera en Turín se encontraba en Constantinopla a comienzos del siglo XIII, como lo prueban numerosos documentos históricos redactados por distintos viajeros que pudieron contemplarla con sus propios ojos. Por ejemplo, el catálogo de reliquias del palacio imperial de Constantinopla, confeccionado por el monje de Thingeyrar en 1157, así como la lista realizada por Nicolás Mesarites en 1202, o por último, el cronista y soldado de la cuarta cruzada, Robert de Clari, hablan de *syndoinés*, en plural, refiriéndose al parecer a las imágenes anterior y posterior del lienzo, o, tal vez, a otros lienzos, uno de los cuales, muy bien podría ser el que actualmente se venera en la catedral de Oviedo. El lienzo ovetense salió de

Constantinopla —si es que alguna vez estuvo allí— mucho antes que la Síndone, pues está en nuestro país desde fechas muy tempranas. Hasta donde sabemos, la reliquia de Oviedo no tuvo relación alguna con la Orden del Temple.

Es más que probable que los lienzos funerarios fueran más y de distinta índole, máxime cuando la Ley mosaica prescribía que el cadáver fuera enterrado con toda la sangre que se pudiera recuperar. Era una recomendación específica para los casos en que se producían heridas o derramamiento de sangre, y se debía a la creencia de que el alma residía, precisamente, en la sangre. En el caso que nos ocupa, una víctima de muerte violenta, parece juicioso deducir que existieron varios paños impregnados en sangre y que éstos se colocaron en la sepultura junto al cadáver. Todos esos paños y lienzos ensangrentados parecen haber desaparecido sin dejar rastro, excepto el mencionado sudario de Oviedo. Hasta donde sabemos, ninguno de estos lienzos presentaba imagen alguna, según las descripciones de los peregrinos de la época, aunque sí manchas de sangre.

Otro aspecto histórico que pudo ocasionar alguna confusión se refiere al modo de exposición del lienzo. La Síndone se exponía al culto todos los viernes, pero no se revelaba a los fieles en su totalidad: sólo se mostraba el rostro, o, a lo más, la parte alta del tórax, cuello y cabeza, es decir, la parte conocida como *mandilyon*. Esta costumbre dio origen al mito de la Verónica y permitió creer que no había sólo un lienzo, sino dos o tal vez tres paños distintos, puesto que en cada ocasión se mostraban piezas de mayor o menor tamaño. En realidad, se trataba de un único lienzo. El cronista que oraba ante la Síndone ignoraba que otros habían contemplado el lienzo completo —sólo en ostensiones privadas, por ejemplo, en el caso de peregrinos, digamos, especiales— o desconocía que otro viajero había visto el busto. Cada cual refirió lo que había contemplado y, de este modo, se produjo la confusión. Al no cruzar la información, cada uno de los cronistas entendió que se veneraban dos o tres reliquias con el rostro y la efigie de Jesucristo, cuando, en realidad, sólo era una.

El papa Inocencio III predicó la cuarta cruzada con la intención de reconquistar Jerusalén. Sus efectivos se embarcaron el día 1 de octubre de 1202, en el puerto de Venecia, a bordo de naves alquiladas a los venecianos, bajo el mando de dos caudillos: el marqués Bonifacio II de Montferrato, de Lombardía, y el conde Balduino IX, de Flandes. Tras hacerse a la mar y, por exigencia de los venecianos, la flota recala en la costa del Adriático, en Zara, plaza cristiana del rey de Hungría, rival de Venecia. Una vez allí, asaltan la plaza y se apropian de ella. Deciden dejar pasar los meses de invierno en aquella ciudad.

Estando allí, los cruzados reciben noticias del príncipe Alejo de Constantinopla: les pide que lo ayuden a recuperar el trono de su padre, Isaac II, que había sido destronado, encarcelado y cegado por su propio hermano, Alejo III, en 1195. A cambio, les ofrece una elevada suma en compensación. Ni que decir tiene que los

venecianos aceptaron de muy buen grado la invitación, suscitando con ello una monumental polémica, pues los religiosos que acompañaban a los cruzados, actuando en su papel de consejeros, no aceptaron la oferta de desviarse de su objetivo, que no era otro que la reconquista del Santo Sepulcro. Finalmente, el día 14 de mayo de 1203, el estamento militar se impone al religioso y la flota parte hacia Constantinopla, a la que llega el día 23 de junio del mismo año. Días después, concretamente el 17 de julio de 1203, tiene lugar el asalto a la ciudad. Los cronistas explican que el combate fue duro e indeciso, pero añaden que finalmente los cruzados consiguieron hacer huir al usurpador Alejo III. El emperador Isaac II, destronado y ciego, volvió a ocupar el trono, con su hijo Alejo IV como coemperador.

Los cruzados se establecieron después en Galata, una posesión genovesa en la ribera noreste del Cuerno de Oro. Allí pudieron hacerse una idea del fabuloso «lujo asiático» que se respiraba en Constantinopla, puesto que en los meses siguientes deambularon a su antojo por la capital del imperio. Pero, en realidad, su presencia era tan sólo tolerada, de mejor o peor grado, pues la población griega no veía con buenos ojos la estancia de aquellas tropas en su territorio: a pesar de la ayuda que habían proporcionado al emperador, consideraban que los cruzados eran ejércitos invasores. Las provocaciones y los hostigamientos contra los cruzados se hicieron cada vez más descarados y alevosos.

Alejo IV, por su parte, no sólo no parece estar muy agradecido hacia sus bienhechores sino que, incluso, a pesar de ser requerido en múltiples ocasiones, tampoco parece tener mucho interés en cumplir su palabra y entregar los tesoros que prometió en su día. Por otro lado, los súbditos griegos lo acusan de ser demasiado condescendiente con los latinos y exigen la expulsión inmediata de los cruzados. Indeciso, Alejo IV no hace otra cosa que diferir el asunto, sin complacer a ninguna de las dos partes e indisponiéndose, por tanto, con ambas. Cuando la situación comienza a hacerse especialmente incómoda, aparece en escena un aventurero llamado Murzuphle, quien toma preso al joven emperador y ordena su estrangulamiento el día 8 de febrero de 1204, autoerigiéndose emperador con el nombre de Alejo V.

Los cruzados se encuentran a su vez en una situación insostenible, pues están siendo acosados por tierra y por mar. Son conscientes, además, de que será imposible cobrar los servicios prestados a Alejo IV. En esta situación, determinan asaltar por mar la ciudad y tomarla de nuevo. El combate se da en la noche del 9 al 10 de abril de 1204. Murzuphle consigue huir con gran parte de sus notables y guerreros, mientras los asaltantes saquean sin misericordia la ciudad durante tres días.

El papa Inocencio III ya había protestado enérgicamente tras la toma de Zara y, cuando recibió la noticia del asalto a Constantinopla, no dejó de manifestar su disconformidad, aunque ya nada podía hacerse ante los hechos consumados. En su desazón, el pontífice llegó a acusar a los cruzados de los más horribles crímenes:

«Estos defensores de Cristo, que no deberían volver sus espadas más que contra los infieles, se han bañado en la sangre cristiana. No han perdonado la religión, ni la edad, ni el sexo. Han cometido a cielo abierto adulterios, fornicaciones, incestos. Se les ha visto arrancar revestimientos de plata de los altares, violar los santuarios, y llevarse iconos, cruces y reliquias».

Los cruzados se reparten cuatrocientos mil marcos de plata, es decir, el doble de lo que en su día les prometiera Alejo IV como pago por sus servicios, y más de cuatro veces lo que los venecianos pedían como gastos de pasaje de las tropas. Además, trescientas reliquias insignes, que hasta ese momento se veneraban en Constantinopla, pasan a adornar diferentes iglesias de Francia, Alemania e Italia. En realidad, los cruzados habían pactado que se llevarían todas las reliquias capturadas a Santa Sofía, donde se haría un reparto equitativo, pero lo cierto es que dicha entrega, y posterior reparto, nunca llegó a realizarse.

Según los historiadores y cronistas presentes en la cuarta cruzada —concretamente, Nicetas, Villehardouin y el mencionado Robert de Clari—, los venecianos se apoderaron preferentemente de las riquezas materiales, mientras que los belgas y franceses buscaban sobre todo las reliquias; al fin y al cabo, sabían dónde estaban, dado que, durante el tiempo en el que se consideraron aliados, se pudieron pasear libremente por la ciudad y visitarlas a su antojo, exacerbando así su instinto de posesión. Ninguno de los líderes militares hizo prácticamente nada por evitar el saqueo ni por averiguar el paradero de todo lo saqueado. Hubo tan sólo algunas declaraciones de repulsa y alguna condena ejemplar: ciertos soldados y un caballero fueron ahorcados, aunque se trató más bien de un ejercicio político de cara a la población y la Iglesia. Fueron ejecutados con sus propios hábitos de cruzado y sirvieron como «chivos expiatorios» que exoneraban a los mandos de cualquier tipo de responsabilidad.

El cronista Robert de Clari, pobre caballero de Amienois, en la Picardía, y vasallo de Pierre D'Amiens, refiere que «nadie supo jamás, ni griego ni francés [lo que no incluye a venecianos ni flamencos], qué fue de la Síndone cuando la ciudad fue tomada». También refiere que el día 10 de abril de 1204, Henri de Hainauld, hermano del conde Balduino de Flandes, ocupó el palacio de Blanquerna, con sus doscientas o trescientas moradas, todas de mosaico dorado, sus veinte capillas o iglesias y el monasterio de Santa María (donde se conservaba la Síndone), con un tesoro tan grande —siempre según Clari—, que no se podía describir ni enumerar, manteniéndolo de esta forma a salvo del pillaje.

Cuando Balduino de Flandes es elegido emperador latino de Constantinopla, la Síndone se traslada secretamente al gran palacio de Bucoleon, en fecha indeterminada. Allí se encontraban las reliquias más significativas de la Pasión de Cristo. Sabemos que este traslado tuvo lugar porque, durante los años siguientes, aparecen nuevas

referencias documentales de viajeros insignes que pudieron contemplar la reliquia con sus propios ojos, confirmando así que no fue destruida durante esos días oscuros y que tampoco viajó a Europa de forma inmediata.

Llegaron a cortarse varios fragmentos de la reliquia, que fueron donados a diferentes iglesias. Uno de ellos se trasladó a la catedral de Toledo, y otros fueron a Vizeliaco, a Clermont y a otros lugares. La mayor parte de aquellos fragmentos fueron rescatados por San Luis, aunque se destruyeron durante la Revolución Francesa, al igual que tantas otras reliquias. Desafortunadamente, todos estos fragmentos desaparecieron tras diversos avatares históricos, de modo que nunca podremos contrastar si el tejido de estas reliquias era idéntico al de la Síndone de Turín, donde aún es visible el lugar del que se cortaron las distintas piezas. En su margen inferior derecho se puede apreciar un pequeño rectángulo esquilmado, aunque, por fortuna, no parece afectar a porciones importantes del lienzo.

En este punto comienza un paréntesis de oscurantismo sobre el paradero de la reliquia. Transcurren 67 o 69 años hasta que se constata su presencia en Lirey, al sur de la ciudad francesa de Troyes. Aún se conserva una carta, fechada el día 1 de agosto de 1205, firmada por Teodoro Ángel Comneno, nieto de Isaac II, emperador de Constantinopla, y dirigida al papa Inocencio III, en la que manifiesta su rechazo por el latrocinio cometido por los cruzados y solicita que sea devuelta la Santa Síndone a Constantinopla.

El expolio de Constantinopla se resolvió en distintos saqueos y cada cual se hizo con fragmentos o piezas enteras de las reliquias sagradas, las cuales viajaron después a Occidente. Ésta es la principal fuente de confusión. Por ejemplo, Konrad von Krosigk, a la sazón obispo de Halberstadt, trajo desde Oriente hasta su diócesis pequeñas reliquias «*de Syndone eiusdem (Domini) et de sudario*» (de la Síndone del Señor y del sudario). Es decir, existían al menos dos lienzos relacionados con la Pasión de Jesucristo en Constantinopla. La mayoría de los investigadores opina que el lienzo que se menciona como sudario es el que se conserva en la catedral de Oviedo desde el siglo IX, y que muy bien podría ser «el que había estado sobre la cabeza de Jesús» (Juan 20, 7). Por el contrario, otros historiadores consideran que debía tratarse de otro, puesto que en la lista de reliquias que se muestran en la capilla imperial de Constantinopla en 1150, publicada por Riant, figuraba, y transcribimos textualmente, el «sudario que había estado sobre la cabeza (del Señor)» (*Excuviae sacrae Constantinopolitanae*, Ginebra, 1876, II, págs. 126 y 216-217), es decir casi doscientos años después de su llegada a Toledo, desde donde viajó a Oviedo.

LA HIPÓTESIS DE BESANÇON

Existen referencias documentales de que, tras la conquista de Constantinopla, el caballero Otón de la Roche fue nombrado duque de Atenas por Balduino I, en 1204. Otón envió «un lienzo» a su padre, Poncio de la Roche, tal y como se refleja en una antigua inscripción en piedra que se conserva en la casa solariega de la familia De la Roche, en Besançon. Otón hizo llegar ese lienzo a su padre por medio de un familiar y esto ocurrió, al parecer, en el año 1206.

Este hecho dio lugar a lo que se conoce como «hipótesis de Besançon», defendida en su día por Dom Chamard. Naturalmente, la hipótesis sugiere que el lienzo que envió el caballero Otón de la Roche era la verdadera y única Sábana Santa. Aún se conserva en la biblioteca de la catedral de Besançon el acta de donación, por la cual la familia De la Roche entregaba la reliquia a la Iglesia. Este documento (fol. 826) está fechado en 1208 y Poncio de la Roche aparece como donante; el arzobispo de la ciudad, Amadeo de Tramelay, se registra como receptor. Teniendo en cuenta las fechas, puede asegurarse que transcurrieron dos años desde que la reliquia se envió a Francia hasta que se hizo efectiva y oficial la donación.

Este lienzo se conservó durante muchos años en la catedral de Besançon y no faltó quien lo considerara auténtico. La historia de este lienzo no fue pacífica. En el Centro de Sindonología de Turín se conservan algunos documentos a propósito de la Síndone de Besançon: por ejemplo, las cartas autógrafas de los cardenales Bidet y Methieu, a la sazón arzobispos de la ciudad francesa. En ellos se confirma la presencia de la mencionada reliquia en los primeros años del siglo XIII.

En el año 1349, una tormenta ocasionó un incendio en la catedral de Besançon y, cuando se extinguió, no pudo hallarse la reliquia ni el estuche que la contenía. Según Dom Chamard, alguien pudo robarla con el fin de entregársela a Felipe VI de Valois, bien para congraciarse con él, o bien para obtener a cambio alguna compensación. Sin embargo, se habla del arrepentimiento del ladrón, ya que apareció una copia del lienzo: se trata de un burdo trabajo de imitación. La copia pictórica se mantuvo oculta durante casi dos siglos y fue descubierta hacia 1523, durante unas obras de restauración de la catedral. Esta copia se expuso al culto, a pesar de que era más que evidente que no se trataba de una reliquia milagrosa, sino de una pintura realizada por un hombre no especialmente diestro.

El investigador Dom Chamard sugiere que Felipe VI de Valois, rey de Francia (1328-1350), pudo entregar la reliquia «original» al noble Godofredo I de Charny como recompensa a su valor en distintas batallas. Pero, de ser así, tuvo que hacerlo inmediatamente después de que el supuesto ladrón se la entregara: el incendio y el hipotético robo se produjeron en 1349, pero a finales de ese año Godofredo cayó prisionero en manos de los ingleses, en Calais; fue rescatado en julio de 1350 y el rey murió el 23 de agosto de ese mismo año. ¿Cuándo pudo entregarle la reliquia? Si la entrega se hubiera hecho a Godofredo II de Charny (hijo de Godofredo I), un regalo de

semejante importancia carece de sentido. Por esas fechas, Godofredo II era aún muy joven, no era todavía el prestigioso militar que llegaría a ser en el futuro y aún no ostentaba los títulos de caballero de la Estrella y portaoriflama de Francia, ya que estos honores se le concedieron durante el periodo en que Juan II *el Bueno* era rey de Francia (1350-1364). No parece plausible que existan motivos razonables para que el rey Felipe de Valois se desprendiese, con tanta rapidez y con tan poca justificación, de una reliquia a la que sin duda tendría en muy alta estima.

La hipótesis sugiere que la Síndone de Besançon acabó en la iglesia colegiata de Lirey, pero lo cierto es que los canónigos de Besançon no reclamaron la Síndone a la iglesia de Lirey cuando ésta la expuso al culto en 1356, es decir, muy poco tiempo después del supuesto robo. Obligatoriamente se hubiera desatado una gran polémica, porque Besançon y Lirey son dos localidades relativamente cercanas y cualquier peregrino o viajero habría identificado el lienzo de Besançon. No hubo disputa —o, al menos, no hay pruebas documentales al respecto— y, por tanto, cabe suponer que el lienzo que se perdió en Besançon no era el mismo que después se veneró en Lirey.

Según el testimonio de algunos viajeros, la reliquia de Besançon era de menor tamaño que la de Lirey y, además, presentaba en su centro una enorme costura que unía dos piezas. En la actualidad se da por seguro que aquella reliquia de Lirey es la que hoy se venera en Turín, pero la Sábana Santa turinesa no tiene los costurones de los que se habla. Parece sencillo argumentar que las reliquias de Besançon y Lirey eran dos piezas distintas: es evidente que es posible reducir de tamaño una reliquia, pero no se puede ensancharla sin añadir tejido alguno y, mucho menos, hacer desaparecer la mencionada costura.

Por último y como prueba determinante, numerosos testimonios acreditan la presencia de la Sábana Santa en Constantinopla en los años 1207, 1215 y 1247. La reliquia de Besançon llegó a esta ciudad francesa en 1208 o muy poco después, de modo que la conclusión es muy evidente: lo que Otón de la Roche envió a Francia no era otra cosa que una más de las muchas copias de la Síndone que circularon y aún circulan por la cristiandad.

No existe, pues, ninguna base científica ni continuidad histórica que avale la relación entre el lienzo de Besançon y la Síndone de Turín. En efecto, la inmensa mayoría de los historiadores desestiman la llamada «hipótesis de Besançon»: los diferentes documentos que se aportan para justificar esta teoría parecen remitir a varios lienzos, todos ellos más pequeños y muy diferentes a la Síndone auténtica.

LA HIPÓTESIS DE IAN WILSON

El problema básico reside en ese período histórico en el que se le pierde la pista a la

Síndone de Constantinopla a mediados del siglo XIII y aparece en Lirey a mediados del siglo XIV.

En 1247, Balduino II de Bizancio permanece con su ejército en Constantinopla, sitiado por las tropas de Miguel Paleólogo, que pretendía destronarle. La continuidad de su imperio está en peligro. Debía sacar a sus ejércitos de la ciudad, sin embargo, no disponía de fondos para comprar barcos y víveres. El emperador se hallaba en una situación de extrema necesidad. Ya no le quedaba nada que empeñar o vender: incluso había dejado a su propio hijo como aval de un préstamo anterior. Como último recurso, se ve obligado a empeñar la Síndone, como ya hiciera anteriormente con todas las reliquias que estaban en su poder, así como con todos los objetos de valor que conservó después del saqueo de 1204. Su situación económica era tal, que incluso había vendido a los prestamistas los artesanados de las techumbres de palacio, así como el plomo de las conducciones para el agua de lluvia.

Los únicos prestamistas con fama de honrados y con capacidad económica suficiente para hacer frente a una transacción de esta importancia eran los miembros de la Orden del Temple. Esta congregación ya le había prestado algún dinero al emperador Balduino, a cuenta de un fragmento de la Cruz. A este respecto, circula una leyenda palaciega envuelta en brumas: al parecer, tres misteriosos viajeros que vestían hábitos de peregrino, de color pardo, y viajaban a caballo, aunque armados como caballeros, se entrevistaron con el emperador; tras el encuentro, los tres viajeros, peregrinos o caballeros, se marcharon llevando consigo una misteriosa caja, con tanta rapidez y discreción como habían llegado. Desde luego, no existe referencia documental alguna que avale dicha leyenda.

Lo cierto y verdad es que, de la noche a la mañana, el emperador disponía de dinero en efectivo, la flota se armó y los soldados salieron de la ciudad. Es decir: se produjo una transacción y el emperador obtuvo fondos suficientes. Lo importante es destacar que ya no tenía absolutamente nada de valor que pudiese vender o empeñar. Salvo la Síndone. Sólo tenía dos posibilidades: acudir a los prestamistas judíos o a la organización financiera de los templarios.

Independientemente de que Balduino II de Bizancio pudiese considerar a los judíos como indignos depositarios de la reliquia más valorada de la cristiandad, con toda seguridad, podría obtener mejor precio y garantías de custodia en los templarios. Además, entre los posibles usos del fabuloso capital de que disponía la Orden del Temple estaba la salvaguarda de la cristiandad en todas sus manifestaciones, no sólo de los peregrinos en Tierra Santa. ¿Qué puede haber más importante para un creyente que aquello que él considera un testigo mudo de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo?

Por tanto, se dieron la ocasión, los medios y la motivación para que los templarios se constituyeran en depositarios de la reliquia. La ocasión, los medios y la motivación

son los tres elementos que se consideran en la disciplina criminalística para establecer la condición de sospechoso. Los tres parámetros conforman el «triángulo del crimen». En el caso que nos ocupa, este «triángulo» sirve para definir el grupo de personas que pudieron haber actuado en las circunstancias dadas. Y todo apunta a la Orden del Temple.

Durante el siglo XIII, la Orden del Temple adquiere, de esta misma forma, una ingente cantidad de reliquias. Podemos decir sin temor a equivocarnos que casi la práctica totalidad de reliquias que llegan a Occidente en este período pasaron por sus manos, de un modo u otro. Aunque no existe prueba documental alguna que avale la teoría de que fue la Orden del Temple quien trajo a Europa lo que ahora conocemos como Síndone de Turín, todo apunta en esta dirección. Ninguna otra teoría soporta una crítica objetiva.

Lo que sí sabemos con certeza es que la Sábana Santa no estaba en manos de simples prestamistas, pues, de ser así, el rey Luis IX de Francia, más conocido como San Luis, habría hecho lo imposible por hacerse con ella, pagando lo que le hubiesen pedido, y la habría rescatado, como hizo con el resto de las reliquias relacionadas con la pasión de Jesucristo, entregando a cambio de ellas cantidades astronómicas de dinero. Luego, evidentemente, quien custodiaba la reliquia no esperaba de ella un interés puramente crematístico. De hecho, en abril de 1247, Balduino consigue que San Luis rescate de sus prestamistas —los venecianos y los templarios de Siria— otras reliquias, entre las que figuraba un fragmento de la Síndone original.

Algunos años antes de su disolución, la situación militar de la Orden del Temple no hace sino empeorar en los Santos Lugares. Pierden territorios y tienen graves problemas para cumplir su labor. Dada la situación en Europa occidental, esta debilidad se aprovecha para erosionar su imagen.

El profesor Ian Wilson, catedrático de Historia en la Universidad de Oxford, propone que fueron los templarios quienes conservaron la reliquia tras su desaparición de Constantinopla. Según esta teoría, la Orden del Temple guarda en la fortaleza de San Juan de Acre todos sus grandes tesoros hasta 1291. Cuando cayó esta ciudad, ante la presión militar de los ejércitos árabes, el cuartel general de la Orden, junto con todos sus tesoros, se trasladó temporalmente a Chipre. Los templarios no llegaron a establecerse definitivamente en la isla, pues al poco tiempo se trasladaron a Marsella y, de allí, a París. Levantaron su cuartel general en un magnífico conjunto fortificado situado frente al propio Palacio Real, conocido como Villeneuve-du-Temple.

Algún espíritu crítico podría argumentar que, si la reliquia estuvo en Chipre junto con el resto del tesoro templario, se habrían depositado en ella granos de polen específicos de la isla. Pues bien, el polinólogo suizo Max Frei, estudiando los diferentes tipos de polen presentes en la reliquia, llegó a la conclusión de que «el lienzo debió de haber estado bastante tiempo en la isla de Chipre, pues hay en él

pólenes exclusivos, o casi exclusivos, de plantas de la isla». Las declaraciones de Frei permiten otras conclusiones, por ejemplo, que la reliquia no estaba oculta, sino que se exponía públicamente. De otro modo, los rastros de polen serían nulos o muy escasos. El hecho de que no se tenga constancia de la presencia de la Síndone en Chipre no es un problema, pues aunque fuese de dominio público el origen y verdadera naturaleza de la reliquia entre los miembros de la Orden del Temple, ninguno de ellos revelaría, bajo ningún concepto, información tan trascendente a personas ajenas a la Orden. La discreción se llevaba al extremo, en cumplimiento de sus juramentos, entre otros, guardar silencio absoluto sobre todo cuanto averiguasen en el seno de la Orden, en su doble condición de monjes y soldados.

Como se sabe, durante la mañana del día 13 de octubre de 1307, el rey Felipe IV detiene a dos mil templarios que se encontraban en territorio francés. Se iniciaba así el conocido proceso que culmina el día 3 de abril de 1312, en que el papa Clemente V, a la sazón un títere en manos del rey de Francia, disuelve la Orden. Las acusaciones, bien conocidas, se basaban en supuestas actitudes heréticas o en la idea de que los templarios adoraban una representación satánica conocida como *bafomet*. En todo caso, el pontífice no quiso condenar jurídicamente a la Orden del Temple de forma explícita.

Poco después, el día 18 de marzo de 1314, dos altos dignatarios de la Orden del Temple eran condenados a la hoguera y ejecutados apresurada y públicamente en París. Se les condenaba por haber proclamado su inocencia, así como su arrepentimiento por haber hecho falsas confesiones de culpabilidad y haber traicionado a una orden manifiestamente santa. Uno de ellos era el maestre de la Orden del Temple, Jacques de Molay, y el otro, el preceptor de Normandía, concretamente, el conde francés Geoffroy de Charney, uno de los principales dignatarios de la Orden.

Absolutamente todas las propiedades de la Orden fueron requisadas por el rey de Francia y sus principales adeptos, impidiendo a los caballeros templarios conservar la más mínima propiedad ni objeto. A tal fin, fueron interrogados —torturados— los más insignes miembros de la Orden, con la pretensión, no sólo de que confesasen los crímenes que se les imputaban, sino, además, de que revelasen la exacta ubicación y número de las posesiones del Temple.

No aparece ninguna referencia a la Síndone en las actas de los interrogatorios a que fueron sometidos los acusados. A este respecto, debemos recordar que, aunque toda la Orden, sin excepciones, fue condenada por igual, alrededor del sesenta por ciento de los interrogados negó su participación en los hechos que se les imputaban y todo ello a pesar de la habilidad y crueldad de sus interrogadores. El hecho cierto es que nadie admitió que la Orden estuviera en posesión de la Sábana Santa. Si los inquisidores fueron incapaces de hacerles confesar su propia culpabilidad, con más razón se negarían los reos a declarar la ubicación exacta de lo que para ellos era la más

preciada de las reliquias. Después de los encarcelamientos, interrogatorios y torturas, como se ha dicho, Geoffroy de Charney subió al cadalso y fue quemado vivo. Esto ocurrió el día 18 de marzo de 1314. El nombre de Geoffroy de Charney ha sembrado la confusión entre los especialistas y aficionados al estudio de la Síndone. ¿Existió alguna relación entre el caballero templario Geoffroy de Charney y el caballero Godofredo de Charny que recibió del rey la Síndone robada de Besançon? ¿Este Geoffroy de Charney, quemado en París, fue el propietario o custodio de la Síndone que luego pasaría a manos de Godofredo de Charny gracias a la merced del rey Felipe VI de Valois?

La familia de Godofredo de Charny asegura que este militar cayó mortalmente herido en septiembre de 1356 en la batalla de Poitiers, cuando cubrió con su propio cuerpo al rey. Este hecho sugiere que Godofredo de Charny no tuvo ninguna relación con el Temple y, desde luego, no era el mismo que había ardidado en París, frente a Nôtre-Dame. Los investigadores no parecen ponerse de acuerdo respecto a la figura de este personaje escurridizo, pero parece probable una relación familiar entre ambos. Los especialistas en genealogía y heráldica advierten que es muy posible una relación familiar entre ambos personajes. Las pequeñas diferencias semánticas o fonéticas (Charney o Charny) son insignificantes, y en aquella época era frecuente modificar parcialmente la fonética del apellido familiar, así como el escudo de armas, pero sin distorsionarla en demasía, con la intención de reivindicar una herencia o declarar la pertenencia a una misma familia de rancio abolengo.

El caso es que, tras la muerte heroica de Godofredo de Charny en la batalla de Poitiers, los documentos avalan que la Síndone estaba en su poder. Esto ocurre en el año 1356. ¿Dónde consiguió este segundo Godofredo la reliquia? Nada comenta de forma explícita —tan sólo referencias vagas— y es comprensible: si existía alguna relación familiar entre el templario ajusticiado y este nuevo héroe, lo prudente era no revelar la conexión y, en el caso de que el templario hubiera cedido la custodia de la Síndone, también sería un rasgo de discreción no airear el caso. Sólo habían pasado cuarenta y dos años desde la quema en la hoguera del primer Godofredo (Geoffroy de Charney); demasiado poco para reconocer abiertamente una relación con la Orden del Temple que, con toda seguridad, no podía traerle sino problemas. Aunque el rey Felipe IV de Francia, más conocido como Felipe *el Hermoso*, ya había fallecido, la ley de expropiación de todas las propiedades del Temple continuaba vigente.

Disponemos de diversas fuentes que aportan alguna luz a la debatida cuestión de la procedencia de la Síndone y su presencia en los palacios de los Charny. Por ejemplo, contamos con una carta que Godofredo de Charny dirige al papa Clemente VI (1291-1352), pontífice que había adquirido Aviñón, en la que explica que la Sábana Santa es *como* «un don gracioso» (*liberaliter sibi oblatam*) y, en otras ocasiones, habla de la Síndone como «un presente», «botín», «recompensa por servicios de guerra», «botín

de una expedición militar», «una conquista que él había hecho en la guerra contra los infieles». En el caso de que se la hubiese donado el propio rey, como mantienen algunos investigadores, es seguro que lo habría hecho de dominio público, para evitar todo tipo de problemas, pues su posesión quedaba así más que legitimada.

Lo que sabemos con certeza es que Godofredo de Charny contaba con dos consejeros, uno de ellos, Jean Nichole, a la sazón capellán del señor de Lirey, y el otro, Guillaume de Brasèrne, su propio tío. La población de Lirey formaba parte de la parroquia de Saint-Jean-de-Bonneval. No sabemos si por propia iniciativa, pues era profundamente honrado y religioso, o por influencia de sus consejeros, el caso es que Godofredo de Charny obtiene del rey Felipe de Valois, en junio de 1343, una serie de ayudas económicas destinadas a edificar en Lirey una capellanía, y citamos textualmente, «para salud de las almas de él mismo, de su mujer y de sus predecesores».

El día 16 de abril de 1349, Godofredo de Charny solicita al papa Clemente VI que la iglesia de Lirey sea elevada al rango de colegiata, con seis canónigos a su servicio presididos por su respectivo deán, y que, tanto a él como a sus sucesores, se les concediese el derecho de patronato sobre la colegiata. Esta gracia fue otorgada, pero no se llevó a efecto de inmediato, pues ya se sabe que durante la nochevieja de ese mismo año de 1349, el solicitante caía prisionero de las tropas inglesas en Calais, siendo conducido a Inglaterra, hasta que es rescatado por el rey Juan II el día 31 de julio de 1351. Finalmente, la iglesia se construye en madera el día 20 de junio de 1353.

El día 30 de enero de 1354, Godofredo renueva su petición de elevarla a colegiata, esta vez a Inocencio VI (1352-1362), sucesor de Clemente VI, aunque con algunas variantes significativas. En la petición original de 1349, el peticionario solicitaba al papa que «a su muerte, pudiera ser dividido su cadáver para ser enterrado en diversos sitios —todos ellos de especial significación por las reliquias que custodiaban— que él mismo determinaría». Por el contrario, en la segunda petición, en 1354, solicita poder ser enterrado, tanto él como sus descendientes, en el propio cementerio de la colegiata de Lirey. Resulta evidente que, entre ambas fechas, había ocurrido algún hecho trascendente que era responsable de la modificación de la voluntad de Godofredo de Charny, y puesto que en fechas próximas a su muerte —los investigadores no se ponen de acuerdo si inmediatamente antes o inmediatamente después—, comienza a ser expuesta a pública veneración por parte de los canónigos de Lirey la Síndone, como «la auténtica mortaja de Jesús», parece juicioso creer que el factor determinante fue que, durante este período de tiempo, obtuvo la custodia de la Síndone, que, evidentemente, tenía mayor consideración para él que cualquier otra reliquia.

Lo cierto y verdad es que en 1356, Godofredo de Charny completó su fundación, confirmada con elogio el día 28 de mayo por el obispo de Troyes, Henri de Poitiers.

Poco después, concretamente el día 19 de septiembre de ese mismo año, moría como ya se ha dicho, según versiones oficiales, cubriendo con su cuerpo al rey, puesto en peligro durante la batalla de Poitiers.

La versión que propone que la reliquia llega a ser posesión de la familia Charny de manos de Godofredo, está avalada por el Acta Real de Cesión de lo que parece ser la Síndone, fechada en 1349 y depositada en la Biblioteca Nacional de París. Este documento está firmado por el propio rey Felipe VI de Valois, a la sazón amigo personal de Godofredo de Charny. En dicha acta manifiesta el monarca su agradecimiento a Godofredo por haber combatido valerosamente a su servicio; refiere textualmente: «el conde Godofredo de Charny, señor de Lirey, recibió, en recompensa de su valor, del rey Felipe VI de Valois, la Sábana Santa de Nuestro Señor Jesucristo, junto con un notable trozo de la verdadera Cruz [*lignum crucis*] y muchas otras reliquias, para ser conservadas en la iglesia que espera construir en honor de la gloriosa Virgen María».

Parece creíble que, de alguna manera y antes de que su pérdida fuese definitiva e irreparable, las posesiones más preciadas de la Orden se dispersaran reservadamente, siendo los responsables de su conservación personas discretas y de total confianza, que mantuviesen en absoluto secreto aquello que habían recibido en depósito. Luego, ¿por qué no poner en manos de la familia de uno de los más significados dirigentes de la Orden —el preceptor de Normandía Geoffroy de Charney—, el sagrado lienzo que cubrió el cuerpo muerto de Jesucristo para protegerlo y custodiarlo?

Sea como fuere, bien por cesión patrimonial de Geoffroy de Charney, o bien como cesión real por parte de Felipe IV de Valois, la Orden del Temple aparece como su depositaria original y necesaria en ambos casos, pues de ningún otro modo podían haber obtenido la reliquia sus presuntos poseedores. Cabe, pues, la posibilidad de que finalmente Felipe *el Hermoso* obtuviese la preciada reliquia, entre otras muchas cosas, y que sus herederos decidiesen darle otro destino. Aunque también cabe la posibilidad de que, de este modo, el rey Felipe IV de Valois pretendiese legitimar la posesión de una reliquia que ya estaba en poder, desde hacía mucho tiempo, de la familia de Charny y ello por motivos que desconocemos. Sobre estas cuestiones solamente podemos especular, aunque repetimos, tanto unos como otros, sólo pudieron conseguirla por mediación del Temple.

DE LIREYA TURÍN

Hacia 1349, la familia Charny comenzó a construir una iglesia colegiata en Lirey, dedicada a Santa María, y fue terminada en 1356. En este templo se expuso la Síndone, aparentemente, cuando ya había muerto Godofredo. Aun considerando que éste iniciara

los trabajos, fue su hijo Godofredo II quien concluyó la colegiata.

Por esas fechas, los canónigos de Lirey comienzan a exponer a la veneración pública lo que definen como «la auténtica mortaja de Jesús» en la colegiata. Esta exposición supone una conmoción para la cristiandad y cantidades ingentes de fieles acuden a Lirey en peregrinación, lo que aporta a las arcas de la colegiata una estimable fuente de ingresos, de poder y de prestigio. El caso es que, tras un año de estas ostensiones públicas, la fama que alcanza Lirey comienza a inquietar a Henri de Poitiers, a la sazón obispo de Troyes —a cuya diócesis pertenecía Lirey—. El obispo consigue prohibir la exhibición pública de la Síndone con el pretexto de que, de existir tal maravilla, los Evangelios hablarían de ella. Henri de Poitiers quizá ignoraba que había muchos peregrinos que la habían visto en Constantinopla, de forma casi ininterrumpida, hasta que *desapareció* de allí. Por otra parte, era de sentido común dudar de su autenticidad, pues su propietario no podía acreditar fehacientemente que se tratase de la reliquia original ni su origen, sobre el que guardaba celosamente el secreto; ni siquiera el acta real de Cesión podía acreditar su origen y procedencia de forma irrefutable.

El obispo de Troyes, finalmente, ordena una investigación de la que no ha quedado documento alguno, excepto la conclusión: la confesión de un pintor que dice haber realizado la imagen. A la vista de los resultados de dicha *falsificación*, no podemos menos que maravillarnos ante los persuasivos medios de los que se pudo valer para que alguien afirmase ser autor material de una imagen que ni siquiera hoy en día, con la tecnología actual, se puede reproducir. Es inconcebible imaginar de qué manera este anónimo pintor pudo crear tal obra maestra, que trae de cabeza a los investigadores modernos y que nadie ha sido capaz de copiar.

Con buen criterio, los canónigos de la colegiata de Lirey ponen a buen recaudo la reliquia, muy probablemente fuera de la diócesis de Charny, en alguna de las posesiones de la familia. El lienzo desaparece nuevamente, hasta que años después, en 1389, Godofredo II de Charny decide exponer la reliquia al culto, lo cual provoca una verdadera avalancha de peregrinos procedentes de todo el orbe cristiano.

De nuevo, y como era de esperar, el obispo de Troyes monta en cólera e intenta, a los pocos meses de iniciada la ostensión, impedirlo a toda costa, esta vez, bajo pena de excomunión. Se conserva una carta firmada por Pierre d'Arcis, obispo de Troyes, dirigida a Clemente VII —primer antipapa (1378-1394) del gran cisma de Occidente—, fechada en noviembre de 1389, en la que dice textualmente: «El deán de Lirey, con engaño y maldad, movido por la avaricia, no con fines devocionales sino por codicia, proveyó su iglesia con un paño pintado con artificio, en el cual, de un modo ingenioso, estaba pintada una doble imagen de hombre por delante y por detrás, asegurando falsamente que era el sudario mismo en el que fue envuelto nuestro Salvador Jesucristo en el sepulcro, en el cual la imagen del Salvador con sus heridas había quedado impresa. Y esto fue divulgado no sólo en el reino de Francia, sino en el mundo entero,

por lo que acudían gentes de todas partes del mundo. Y aún fingían milagros de curaciones en la ostensión del sudario [...]; finalmente, el obispo de Troyes, tras una diligente investigación, descubrió el fraude, y cómo dicho lienzo había sido artificialmente pintado. En suma, que aquella era obra de habilidad humana y no cosa milagrosamente realizada y obtenida [...]. El deán y sus cómplices [...], viendo descubierto su engaño, ocultaron y enterraron dicho lienzo [...], manteniéndolo oculto, enterrado cerca de treinta y cuatro años hasta el presente».

Sin embargo, a principios de 1390, desde Aviñón Clemente VII se pone inmediatamente a favor de Godofredo II de Charny, y ordena silencio al iracundo obispo, bajo pena de excomuni3n. No obstante, solicita a los can3nigos de Lirey advertir expl3citamente a los fieles que se trata de una «pintura hecha para representar el sudario». Se inicia, de este modo, una corriente de descr3dito y se siembran dudas sobre la originalidad de la reliquia.

Al morir en 1398 Godofredo II de Charny sin dejar heredero var3n, todo su patrimonio pasa a manos de su hija Margarita de Charny, que se casa con el conde Humberto de la Roche, seg3n parece, nieto de Ot3n de la Roche, de quien ya se ha hablado anteriormente a prop3sito de la hip3tesis de Besan3on.

No parece que el origen de la posesi3n de la reliquia por parte de la familia Charny fuese tras el matrimonio de Margarita con Humberto de la Roche. Hay que recordar que la familia De la Roche aparece como poseedora de la Sábana Santa tras la conquista de Constantinopla, siendo donada por Poncio de la Roche a la Iglesia en 1208. La S3ndone ya hab3a sido expuesta al culto en Lirey con anterioridad al matrimonio de Margarita de Charny con Humberto de la Roche, al menos en dos ocasiones que se sepa, luego ya estaba en poder de los Charny muchos a3os antes de que la familia emparentara con los De la Roche. Se sabe adem3s que la S3ndone a3n estaba en poder de los Charny porque, en estricto cumplimiento de la normativa legal vigente en la 3poca, el propietario del patrimonio de la esposa, tras la boda, era su c3nyuge. De modo que no debe sorprendernos un documento fechado el 16 de julio de 1418, suscrito por el conde Humberto de la Roche, en el que se compromete solemnemente a s3 mismo, as3 como a sus descendientes, a devolver el Santo Sudario a los can3nigos de la colegiata de Lirey —que eran sus depositarios—, junto con otras joyas, una vez terminada la guerra que ser3a conocida como Guerra de los Cien A3os. Es decir, que Humberto habr3a recibido el tesoro para su custodia y salvaguarda en concepto de dep3sito, no de cesi3n, y por motivos estrictamente de seguridad.

Cuando el conde Humberto muere, su viuda, Margarita de Charny, se niega a devolver las joyas, las reliquias y, por supuesto, la S3ndone. La reliquia inicia as3 un largo periplo por Europa, mediante el cual la viuda pretend3a evitar la acci3n legal que hab3an emprendido contra ella los can3nigos de la colegiata de Lirey, que reclamaban su devoluci3n tal y como hab3a prometido hacer su esposo Humberto de la Roche. Es

sabido que Margarita exponía al culto la reliquia en repetidas ocasiones, en distintas ciudades de Europa, y obtenía cuantiosas limosnas que mejoraban su difícil situación económica tras el fallecimiento de su esposo.

En marzo de 1453, en agradecimiento por los grandes favores que le debía, Margarita de Charny cede la Síndone a la familia de Saboya, concretamente, a las personas de Luis de Saboya y Ana de Lusignan. Finalmente, se decide ubicarla en Chambéry, y después se traslada a Turín en el año 1578. En esta ciudad permanece hasta la fecha, aunque, hace pocos años el rey Humberto de Saboya, antes de morir, la donó a la Santa Sede, si bien esto no ha supuesto un nuevo cambio en su ubicación geográfica.

LA HIPÓTESIS DE ESMIRNA

Esta hipótesis ha sido propuesta por el jesuita Paul de Gail en su obra *Histoire religieuse du linceul du Christ* (Editions France-Empire, París, 1974). Manifiesta que la Síndone se obtuvo durante la cruzada de Humberto II, *dauphin* de Viennois, dirigida oficialmente contra las tropas turcas que hostigaban las posesiones cristianas de Asia Menor. Según los historiadores, el delfín no era capaz de gobernar sus estados y, mucho menos, de dirigir con solvencia un ejército. Alrededor del día 24 de junio de 1346, Humberto II ataca Esmirna, gobernada por la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan desde tres años antes. Siempre según Paul de Gail, Godofredo I de Charny podría haberse hecho con la Síndone en esta operación militar; sin embargo, no determina de qué forma podría haber llegado allí la reliquia, limitándose a manifestar que probablemente los hospitalarios la habían obtenido previamente a través de los templarios.

Esta hipótesis presenta varios factores en su contra: en primer lugar, no parece probable que los hospitalarios entregasen de buen grado una reliquia de tanta importancia. En segundo término, no se han encontrado rastros de polen de plantas específicas de la región de Esmirna. Tampoco parece probable que las tropas turcas, tras sus repetidas incursiones en Esmirna, respetaran la integridad de la reliquia y permitieran la recuperación por parte de los hospitalarios. Asimismo, es improbable que los templarios se trasladaran de Chipre a Francia (1307) y dejaran en aquellos territorios la reliquia más apreciada. Finalmente, si Humberto II de Viennois era el legítimo propietario de la Síndone, no había ningún motivo para que la familia de Charny ocultara su procedencia.

En el poco probable caso de que esta teoría fuese cierta, los elementos esenciales de la historia no se modifican de forma determinante. Tan sólo se introduce un pequeño paréntesis en el tiempo y en el espacio que en nada modifica la trascendencia de la

Orden del Temple en la salvaguarda y custodia de la Síndone de Turín durante un período de tiempo en el que corría especial peligro de desaparecer para siempre.

EL 'BAFOMET' DE TEMPLECOMBE

En 1951, durante la demolición de una de las dependencias de Templecombe (Somerset, Inglaterra), donde previamente había existido un preceptorio templario, apareció un curioso panel totalmente cubierto con polvo de carbón. Dicho panel fue «cuidadosamente» limpiado por el propio vicario en su bañera personal, antes de darse cuenta de la verdadera importancia del hallazgo. Ante sus atónitos ojos apareció, claramente, la efigie de un hombre con barba, que inmediatamente fue identificado como un *bafomet*; sin embargo, este pretendido *bafomet*, recuerda, punto por punto, a la imagen de la Síndone. ¿Podría ser el mítico *bafomet* una representación del rostro de Jesucristo tal y como se aprecia en la Síndone? De ser esto cierto, no haría sino confirmar la teoría que refiere la llegada a Europa de la reliquia de la mano de los templarios. El panel en cuestión puede ser contemplado actualmente en la iglesia de Santa María de Templecombe. Según algunos estudiosos, la reliquia podría haber sido custodiada en dicha iglesia entre los años 1204 y 1307, dato que no aparece corroborado por la presencia de granos de polen de plantas específicas de esta localización geográfica, ni se dispone de prueba documental alguna en este sentido.

Este caso no demuestra que todos los pretendidos *bafomet* sean representaciones del hombre de la Síndone, pero está fuera de toda duda que muchos de ellos sí lo son, especialmente el de Templecombe. De no haber visto la reliquia original, los artistas difícilmente podrían haberla representado con tal fidelidad, luego, parece razonable pensar que, en algún momento, la reliquia estuvo al alcance, si no de todos los caballeros templarios, sí de algunos de ellos.

Existen, asimismo, muchas otras hipótesis, aún con menor base histórica y científica, que no son tenidas en consideración por los estudiosos. En su mayoría se trata de intentos de diferentes historiadores e investigadores de lograr cierta notoriedad; para ello intentan demostrar, generalmente de forma interesada, que alguna de las muchas copias existentes de la Síndone son los auténticos lienzos funerarios utilizados sobre el cadáver de Jesucristo.

ALFONSO SÁNCHEZ HERMOSILLA (*Cartagena, Murcia, 1962*). *Médico forense y pintor, es miembro del Centro Español de Sindonología, vicepresidente de la Agrupación Procesionista Santo Sudario de Cristo de Cartagena (Murcia), comisario general de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Cartagena (Murcia),*

delegado regional de Murcia de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA y caballero de la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani (OSMTH). Ha publicado múltiples artículos en varias revistas, de las que es colaborador habitual, entre ellas, Linteum (revista oficial del Centro Español de Sindonología), La voz del Resucitado, El Hermano Menor, La Lanzada o la revista Hermética, entre otras. Es también coautor de libros sobre Medicina.

CAPÍTULO XXV

Templarios, jesuitas y masones: el afán legitimista

FERNANDO ARROYO DURÁN

«El tiempo altera y borra la palabra del hombre, pero lo que se confía al fuego perdura indefinidamente...».
RITUAL MASÓNICO. Incineración del testamento filosófico

EL NUEVO COMIENZO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

La abolición de la Orden del Temple fue decretada en el Concilio de Vienne, en el valle del Ródano, en el año de 1311. Para la historiografía oficial, éste sería el inicio de un prolongado final, cuyo desenlace se materializaría definitivamente con el suplicio del último gran maestro de la Orden y el preceptor de Normandía, Jacques de Molay y Geoffrey de Charney respectivamente, ardiendo «a fuego lento» en una hoguera de la isla de los Judíos de París, frente a la gran catedral de Nôtre-Dame. Era un fatídico lunes, 11 de marzo de 1314 (según el calendario juliano; 18 de marzo, según el gregoriano), víspera de San Gregorio.

Cuando se reflexiona a propósito de la actitud pasiva de los templarios frente a su disolución —salvo en algunos casos aislados en España, donde se resistieron con las armas a la orden de arresto—, el historiador no puede por menos que preguntarse cómo es posible que esta orden de arresto en Francia sorprendiera a los mandatarios de la congregación. Por fuerza, algunos oficiales reales tuvieron que advertir discretamente a miembros de sus familias que profesaran en el Temple y les comunicaran que el rey Felipe IV *el Hermoso* estaba urdiendo un plan para acabar con ellos. Semejante trabazón de recursos políticos, judiciales y militares no es algo que se prepare de la noche a la mañana, y resulta imposible concebir el desconocimiento absoluto por parte de los servicios secretos de una organización militar como el Temple y, por tanto, de las más altas instancias de la misma. Del mismo modo que este sobreaviso podría explicar los pocos objetos de valor que se incautaron en las encomiendas tras el arresto, cabría pensar, con lógico razonamiento, que los templarios que permanecieron libres en el resto de Europa se reunieron para decidir cómo afrontar su futuro tras las decisiones pontificias que habrían de fijar su destino definitivo.

Tal y como señala el historiador francés Michel Lamy en *La otra historia de los templarios* (Martínez Roca, Barcelona, 1999), el Temple, en buena parte, permanecía

en libertad, sus comendadores se reunían cuando lo estimaban oportuno, los freires vivían en sus castillos, celebraban sus capítulos e incluso mantenían contactos entre los miembros de los distintos estados. A pesar de estar descabezados por la prisión de su gran maestro, Jacques de Molay, resulta evidente que la vejez de éste tenía por fuerza que haber planteado ya la necesidad de un sucesor inmediato. Por ello, y con las debidas reservas, estudiosos como el mencionado Lamy consideran que existen múltiples razones para creer en una transmisión del legado templario.

Diversas órdenes militares y monásticas de toda Europa, e incluso las hermandades laicas de la Fede Santa italiana, fueron las herederas «oficiales» de la Orden del Temple, aunque en ningún caso cabe pensar que hubieran recibido completamente la herencia espiritual y los diversos saberes que dimanaban de la tradición templaria.

Sobre una posible continuidad clandestina de la Orden del Temple se ha escrito mucho; desde su supresión, en la segunda década del siglo XIV, no han faltado autores que indagaran en esta posibilidad y, especialmente, a partir del siglo XVIII, las hipótesis y teorías al respecto han completado libros enteros. Hay un hecho que resulta evidente: muchos fueron los templarios que sobrevivieron, que tuvieron diferentes destinos y que incluso ingresaron en nuevas órdenes militares creadas ex profeso para recibir los bienes y acoger a los caballeros templarios; tal es el caso de la Orden de Montesa en el Reino de Aragón y la de Cristo en Portugal. Pero independientemente de estas evidencias que parecen sugerir una prolongación de los «recursos humanos» y de las propiedades del Temple, lo que mayores controversias suscita es la posibilidad de una continuidad ininterrumpida y secreta de la organización y la tradición templaria transmitida hasta nuestros días.

Para no entrar una vez más en este sempiterno y complejo debate, sobre el que se han vertido ríos de tinta, bastará señalar únicamente un reciente hallazgo documental. La documentalista Gloria de Válor Hernández, que fuera cronista general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, ha dado con un manuscrito excepcional en la Biblioteca Nacional de Madrid. A la luz de ese texto, resulta innegable que en el siglo XVII, al menos en España, existía un denominado «prior del Temple», de nombre Pablo Inglés, que recibe de la reina doña Mariana de Austria (1634-1696) «doscientos escudos, por cuenta de los doscientos ducados de pensión, que tiene situados sobre algunas Rectorías y Prioratos de la Orden...». Este documento, sobre el que no existe la más mínima duda de autenticidad, se halla actualmente en estudio y en sí mismo es una prueba fehaciente que demuestra la continuidad histórica templaria.

Gloria de Válor intuía que «la Orden del Temple, sus miembros, siervos y simpatizantes, amenazados de excomuniación, se mantuvieron en la clandestinidad y el silencio a través de los años y los siglos». Y añadía que la Orden templaria «parecía haber sido relegada a una materia de estudio estrictamente medieval, cuando, en un

libro manuscrito de cuentas de la Orden de Montesa, correspondiente al año 1668, entre los ingresos y gastos de velas y aceite para lámparas, y otros, surge esta Real Provisión como un justificante de gastos».

A continuación se reproduce este documento inédito, incluido en el *Curso de Formación Templaria* de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, con traducción y notas de Gloria de Válor.

Real Provisión de la reina doña Mariana de Austria
Biblioteca Nacional. Madrid
Mss/2688

«Noble y Amado nuestro. Habiéndome suplicado (como sabéis) Fr. Pablo Ynglés, Prior del Temple, fuese servida mandar al Receptor de la Mesa Magistral de la Orden de Montesa, que le pague doscientos escudos, por cuenta de los doscientos ducados de pensión que tiene situados sobre algunas Rectorías y Prioratos de la Orden, y mientras se acaban de situar, he resuelto que el Receptor le pague todo lo que ahora cobrare de lo que está situado; y después de los doscientos escudos de a diez reales cuando lo estén enteramente los doscientos ducados, a él y a sus sucesores en el Priorato, con calidad de que lleve siempre el Receptor por cuenta aparte este dinero. Y también he resuelto (con atención a lo que me habéis representado vos mi Lugarteniente General para que tenga congrua [renta que debe tener el ordenado *in sacris*] suficiente el Prior que es o fuere) hacer merced al Priorato de cien escudos de pensión perpetua en dos Rectorías, las mayores de la Orden de las que primero vacaren y que entretanto, que se le sitúan cobre como hasta aquí de los hábitos lo que le está señalado y le cese después.

»De que os advierto para que lo tengáis entendido y deis la orden que convenga al Receptor para que le pague en la forma referida y para la continuación de la cobranza de los hábitos, que así es mi Voluntad. Fechada en Madrid a 31 de mayo de 1668.

»Yo la Reina».

Además de esta evidencia, entre las muchas y variopintas ramificaciones y prolongaciones del Temple que se proponen, la masonería ocupa un lugar destacado. Un detalle significativo al respecto: durante el largo proceso inquisitorial al que se sometió a la Orden, el traidor y delator Squieu de Floyran fue apuñalado por miembros de las *guildas* —corporaciones artesanales— de constructores, inmediatamente después del arresto del gran maestro Jacques de Molay y sus caballeros. La mutua colaboración entre la Orden del Temple y las cofradías de constructores medievales parece indiscutible y éste es el punto de arranque de una historia fascinante.

LA LEYENDA JACOBITA

El día 18 de marzo de 1314, cuando los cuerpos de los dignatarios del Temple Jacques de Molay y Geoffrey de Charney no eran más que restos carbonizados, y a pesar de que permanecían allí algunos guardias, el pueblo se abalanzó hacia las hogueras:

«[...] y recogió ceniza de los mártires para llevársela como una preciosa reliquia. Todos se persignaban y no querían oír nada más.

»Su muerte fue bella, y tan admirable e inaudita, que todavía hizo más sospechosa la causa de Felipe *el Hermoso...*». (Abad Paul-François Velly: *Histoire de France depuis l'établissement de la monarchie jusqu'au règne de Louis XIV*. Desaint et Saillant, París, 1763-1769).

Antes del fatal desenlace, entre la muchedumbre, algunos grupos de tres o cuatro «compañeros constructores», canteros y carpinteros, habían oído la voz de Molay como una sentencia. Esos hombres configuraban una especie de «tercera orden» corporativa bajo la protección de los caballeros del Temple y atendieron las últimas palabras de Jacques de Molay, que había emplazado a sus verdugos (el monarca y el pontífice) ante el Tribunal de Dios, como un llamamiento a la venganza.

Para Robert Ambelain, gran maestro de varias obediencias masónicas, esta sentencia significaba para ellos una orden para avanzar y, al tiempo, una esperanza... (Cfr. Robert Ambelain: *El secreto masónico*. Martínez Roca, Barcelona, 1987).

Según un documento que Michel Lamy ha fechado hacia 1745, «los templarios que escaparon al suplicio abandonaron sus bienes y se dispersaron, unos se refugiaron en Escocia, otros se retiraron a lugares apartados y escondidos donde llevaron una vida de ermitaños». (Michel Lamy, *ibíd.*). En España encontramos rastros de esta dispersión en la llamada «cueva del Monje», cerca de las ruinas del antiguo convento de Casarás, en la sierra de Guadarrama; o en la ciudad eremítica de Cívica, auténtico dédalo excavado en la roca, donde existen indicios que apuntan que allí pudieron refugiarse templarios procedentes de varias encomiendas de la actual provincia de Guadalajara: Torija, Albares y Ocentejo, y seguramente también las de Peñalver, Campisábalos y Albendiego. Por tanto, la explicación de Lamy es muy posible y Escocia probablemente se convirtió en refugio de templarios huidos de Francia.

Está más que constatado que la flota templaria del Mediterráneo, y sin duda una parte de la del Atlántico también, se refugió en Portugal y España. Las órdenes de Cristo y Montesa, respectivamente, fueron las herederas de estos grupos templarios. Otra parte de la flota, si nos atenemos a los testimonios del maestro de Escocia, Walter

de Clifton, y de otro caballero templario, William de Middleton, habría zarpado al mando del comendador de Ballantrodoch «allende la mar» y con rumbo desconocido.

Existen varias versiones sobre los últimos días de Jacques de Molay y la forma en que habría preparado una posible sucesión. Dos de ellas tienen más fuerza que las otras. Una habla de la transmisión de conocimiento a través del caballero François de Beaujeu, sobrino de Guillaume de Beaujeu, predecesor de Jacques de Molay en el cargo de gran maestro (1272-1291). A François de Beaujeu le sucedería como gran maestro clandestino el caballero Pierre d'Aumont. Esta filiación es la que daría origen a la masonería escocesa. Otra versión más arraigada es la que aboga por la sucesión a través de Johannes Marcus Larmenius de Jerusalén. Ambas filiaciones no son en modo alguno incompatibles, e incluso hay autores que sugieren, a la vista de cómo evolucionó la historia, que podría incluso considerarse la veracidad de ambas.

Algunos estudiosos han presentado argumentos convincentes de que la francmasonería tuvo sus orígenes en la herencia templaria. Tal es la hipótesis de los investigadores británicos Michael Baigent y Richard Leigh en *The Temple and the Lodge* (Corgi Books, Londres, 1992), y también la del historiador norteamericano John J. Robinson en *Nacidos en sangre. Los secretos perdidos de la francmasonería* (Talleres de D'Bal Artes Gráficas, México, 1992). Sin embargo, en ambas obras se llega a la misma conclusión desde diferentes caminos.

Para Baigent y Leigh, la continuidad de los templarios está representada en Escocia, mientras que Robinson, al investigar los orígenes de los ritos masónicos actuales, se vio también conducido por esa pista hasta los templarios. Ambos libros se complementan y proporcionan una visión amplia de los vínculos entre esas dos grandes organizaciones.

Las divergencias entre Baigent-Leigh y Robinson radican en que los primeros consideran que la francmasonería tuvo su origen en los templarios refugiados en Escocia; éstos pasaron a Inglaterra en 1603, cuando ocupó el trono el rey escocés Jaime IV. Por el contrario, Robinson piensa que fue en Inglaterra donde los templarios se convirtieron en francmasones y advierte que el Temple pudo estar tras la insurrección campesina de 1381, lo cual no resulta nada descabellado si se tienen en consideración algunos detalles curiosos: por ejemplo, que durante las revueltas se atacaron propiedades de la Iglesia y de los caballeros hospitalarios —el brazo ejecutor contra la Orden del Temple y los beneficiarios de su expolio—, mientras que se tuvo mucho cuidado de no dañar las antiguas construcciones templarias.

En todo caso, es seguro que los templarios hicieron de Escocia uno de sus principales refugios tras la disolución oficial, seguramente porque allí no alcanzaba la autoridad de Roma: recuérdese que en aquella época el rey, los nobles y los villanos de Escocia habían sido excomulgados por interdicto papal.

Los actuales caballeros templarios de Escocia, que se dicen descendientes de

aquellos fugitivos, celebran a las afueras de Edimburgo, en la capilla de Rosslyn — foco de los francmasones modernos—, los aniversarios de la batalla de Bannockburn, acaecida el 24 de junio de 1314. En esta batalla, en la que Roberto I de Escocia (*Robert the Bruce*) derrotó definitivamente a las tropas de Eduardo II de Inglaterra (yerno de Felipe IV *el Hermoso* de Francia, para más señas), el rey escocés contó con el apoyo de un contingente de cuatrocientos treinta y dos templarios, entre ellos, sir Henry Saint Clair, barón de Rosslyn y sus dos hijos, Henry y William.

Para recompensar el valor de los templarios en la batalla de Bannockburn, Bruce fundó la Real Orden de Escocia, de la que el rey sería gran maestro soberano y los Saint Clair, grandes maestros hereditarios. Esta Real Orden de Escocia pervive en la actualidad, en secreto, pues el cargo de gran maestro sigue teniendo carácter real. Muchos destacados templarios escoceses entraron a formar parte de la Real Orden, entre ellos, el que por entonces era maestro del Temple en Escocia.

Al mismo tiempo, Robert Bruce habría elevado de categoría a la Orden de San Andrés del Cardo y de Heredom (es decir, del «asilo» o «refugio»); según la tradición, esta orden era la primera logia escocesa de los canteros que habían construido la abadía de Kilwinning en tiempos del rey escocés David I, generoso benefactor de los templarios. Así pues, la Orden de San Andrés del Cardo y de Heredom se transformó en la Gran Logia Real del Heredom, la principal logia de Escocia, situada junto a la antigua abadía de Ayrshire. La familia Saint Clair de Rosslyn presidía sus asambleas anuales, en su papel hereditario de protectores del rey y del príncipe heredero, y también como vecinos poderosos y amigos de los templarios, que tenían su cuartel general en Ballantrodoch. Estas órdenes absorbieron a la proscribida Orden del Temple y sus ritos iniciáticos se convirtieron en las prácticas de los masones posteriores. El historiador Andrew Sinclair, que es descendiente del príncipe Henry Saint Clair (descendiente por tanto de templarios y francmasones), señala que una autora muy versada en esta materia y miembro de la masonería escribió, hacia 1912, que «la tradición que relaciona a Kilwinning con los grados templarios es insistente y sale a relucir constantemente [...]. Es verosímil, pues explica la unión de la llana y la espada, tan notable en los grados superiores». (Andrew Sinclair: *La espada y el Grial*. Edaf, Madrid, 1994).

Se sabe que Robert Bruce había intentado recibir el perdón de la Iglesia, tal vez para evitar que pudiera haberse organizado una cruzada contra su país como la que se lanzó contra los herejes cátaros del Languedoc. Finalmente, tras la anulación en 1329 de la excomunión que pesaba sobre el monarca escocés, éste solicitó a los templarios que se convirtiesen en una organización secreta, la cual daría origen a las posteriores fraternidades masónicas. Ese año murió Robert Bruce en Cardross, víctima de la lepra, y fue enterrado en la abadía de Dunferline. En su funeral se celebró un ritual templario.

Un grupo de caballeros escoceses y algunos templarios —entre ellos, William Saint

Clair, hijo de Henry Saint Clair de Rosslyn, que murió en España—, al mando de sir James Douglas, toma el corazón de Bruce para llevarlo a Tierra Santa. Previamente, van en peregrinación hasta Santiago de Compostela y participan en la primera gran batalla exitosa contra los sarracenos en Teba (Calatrava). En aquella singular ocasión nació el nombre de *Brave Heart* (Corazón Valiente), cuando sir Douglas lanzó un pequeño cofre de plata contra las líneas musulmanas: en aquel cofre se guardaba el corazón de Bruce; sir Douglas exclamó entonces: «¡Ve, Corazón Valiente, que nosotros te seguiremos!».

Las filiaciones que se esgrimen en la tradición masónica y neotemplaria en modo alguno resultan incompatibles ni se desvirtúan entre sí. La masonería escocesa y la orden caballeresca denominada Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani (filiación escocesa y filiación de Larmenius, respectivamente) habrían recogido parte de la herencia templaria; así, por ejemplo, cuando Johannes Marcus Larmenius de Jerusalén, el supuesto sucesor de Jacques de Molay, asume el cargo de maestro del Temple en Francia, descalifica a la nueva orden escocesa y considera a sus miembros como *Templi desertores*; es decir, era consciente de su vinculación templaria.

Las mismas tradiciones advierten que a la cabeza de los siete templarios que se refugiaron en una isla de Escocia para contactar con el comendador escocés George de Harris se encontraba el caballero Pierre d'Aumont, del que se decía que fue preceptor de Auvernia y sucesor directo de Jacques de Molay. Aumont, que más tarde fue nombrado maestro de los templarios de Escocia durante el capítulo extraordinario celebrado el día de San Juan de 1313, habría velado los rituales templarios tras los símbolos de la masonería y habría conseguido que los miembros del Temple escocés se hicieran pasar por «masones libres» o francmasones. Sin embargo, así como algunos consideran falsa la tradición del líder francés Larmenius, otros consideran falsa la tradición del «escocés» Aumont, pues el preceptor de Auvernia era Imbert Blanke, que huyó a Inglaterra, donde fue encarcelado y liberado después. Pierre d'Aumont murió encarcelado por los ingleses en Châteauneuf-en-Thinières en el año 1425 e inhumado en la abadía de Resson.

Aún existe otra versión de esta tradición: en esta variante, Pierre d'Aumont habría sucedido al frente del maestrazgo templario al conde François de Beaujeu, a quien Jacques de Molay, antes de su suplicio, habría encargado la misión de hacer revivir la Orden y continuar su labor. El conde de Beaujeu no sólo habría restablecido la Orden, sino que fue el depositario del tesoro y los secretos templarios.

En cualquier caso, parece ser que en 1361 la sede de la Orden se habría establecido en Aberdeen, para luego expandirse nuevamente por toda Europa bajo el velo de la masonería.

Estas tradiciones podrían entroncarse también con otras aún más exóticas. Por ejemplo, algunos aseguran que en Suecia se fundó un grupo templario de exiliados y

que allí se configuró el llamado Rito Sueco de la masonería, del que es gran maestro el rey de Suecia. Curiosamente, la reforma masónica alemana, conocida como Observancia Estricta Templaria, fundada por el barón Von Hund en el siglo XVIII, de la que se hablará más adelante, recibe buena parte de las tradiciones de la masonería sueca; de hecho, como sostiene Antoine Faivre, «importado de Francia y alimentado por leyendas rosacruces por Eckleff, el “sistema sueco”, lleno de hermetismo, acababa de ser introducido en Alemania por un desertor de la EOT —Estricta Observancia Templaria—, Johann Wilhelm Ellenberg, conocido como Zinnendorf, médico y masón, hombre muy ambicioso». (Antoine Faivre: *El esoterismo del siglo XVIII*. Edaf, Madrid, 1976).

MASONERÍA E IGLESIA

Hay dos organizaciones en Occidente a las que se ha atribuido todo tipo de crímenes: la Compañía de Jesús y la masonería. Durante muchos años los jesuitas tuvieron fama de ser una secta en el mundo anglosajón, y en más de una ocasión se les culpó de conspiraciones, asesinatos y hasta de realizar conjuros. Algo similar ha venido ocurriendo con los francmasones en distintas naciones y en diferentes momentos históricos.

En las páginas que siguen, desde la mayor objetividad posible y sin ideas preconcebidas de ninguna clase, se abordarán algunas controversias en las que masones y jesuitas se hallan envueltos.

La masonería se define como sociedad filosófica y filantrópica, sin embargo, es mucho más que eso.

La francmasonería es una organización operativa, cristiana e iniciática en sus orígenes —los constructores sagrados conocidos como *franc-maçons* o *freemasons*, albañiles libres— y especulativa, ilustrada y racionalista en los tiempos modernos. En lo que a la masonería se refiere, su historia moderna comienza con la promulgación de las *Constituciones de Anderson* en 1722.

Hay diversos tipos de masonería, siendo la principal la denominada masonería regular, es decir, las grandes logias que se encuentran bajo la obediencia de la Gran Logia Unida de Inglaterra. En esta institución se contemplan ocho principios fundamentales: 1) creencia en Dios, Gran Arquitecto del Universo y en su voluntad revelada; 2) juramento sobre el Libro de la Ley Sagrada (la Biblia); 3) trabajo en presencia de las tres Grandes Luces: libro de la Biblia, escuadra y compás; 4) prohibición de discusiones políticas y religiosas; 5) masculinidad (la masonería irregular permite las logias de mujeres y las logias mixtas); 6) soberanía; 7) tradicionalismo; 8) regularidad de origen. (Cfr. Jorge Blaschke: *Enciclopedia de las*

creencias y religiones. Robinbook, Teià, 2003).

Dentro de la masonería existen unas ramas formales o presentaciones particulares denominadas Ritos, del mismo modo que en la Iglesia católica hay diversos Ritos: Rito Latino, Rito Copto, Rito Maronita, Rito Hispanomozárabe...

Entre los muchos Ritos que existen en masonería se pueden señalar el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el Rito Escocés Rectificado, el Rito de Emulación, el Rito de Perfección, el Rito de Memphis-Misraïm, el Rito de York, el Rito Francés, el Rito Sueco, etcétera. No debe confundirse Rito (con mayúscula) con rito (con minúscula), refiriéndose éste a los diversos actos rituales o ceremoniales de iniciación (como el rito de despojar de metales al iniciado) o de desarrollo de los trabajos dentro de la logia, cuyo formalismo está regulado según su finalidad iniciática. La logia, también llamada taller o templo, es el lugar donde los masones celebran sus reuniones (tenidas).

La masonería, como sociedad iniciática, utiliza un método de enseñanza y adoctrinamiento progresivo basado en un sistema gradual. Se llaman grados en masonería la sucesión de iniciaciones que enseñan la doctrina y fines de la institución. El número de grados varía según los Ritos.

Desde el siglo XVIII hasta nuestros días se ha examinado con frecuencia la posible vinculación histórica y tradicional que habría existido entre los caballeros templarios medievales y los masones. Este debate se entabla no sólo entre historiadores ajenos a la masonería, sino también en el propio seno de las sociedades y grupos masónicos.

La posible vinculación entre templarios y masones, tanto desde el punto de vista histórico como tradicional, no es tema baladí ni algo que hayan promovido únicamente grupos de charlatanes, románticos, farsantes o mitómanos —que también los ha habido—, sino que se trata de una cuestión que, aún hoy, sigue generando las más vivas controversias.

En un asunto tan complejo como éste, el primer problema concierne a la metodología historiográfica. La masonería, en la actualidad, es una sociedad «discreta», pero se ha visto obligada a ser «secreta» en diversos momentos históricos y en naciones en las que ha sido y sigue siendo perseguida. Hay dos razones fundamentales que explican esta obsesión contra los masones: su carácter hermético y su idea corporativista del grupo. Es por ello que sigue manteniendo una gran reserva en todo lo relacionado con sus asuntos internos. Por un lado, el conocimiento iniciático tiene sus propios medios de transmisión, que, desde luego, difieren de los meramente escritos. Esta característica es inasumible para historiadores condicionados por ideologías propias del academicismo más inveterado, incapaces de ver más allá del «documento, documento».

Sobre las circunstancias en que se produjo la destrucción de la mayor parte de los documentos antiguos de la masonería (fig. 80), se hablará más adelante. Sirva ahora, a

modo de ejemplo del celo con el que los masones custodian su documentación interna, el artículo 39 de un texto que, a su vez, está restringido a los más altos dirigentes de la masonería: el Reglamento de los Consejos Supremos. En su Título VIII (Disposiciones generales), el artículo 39 dice sobre el cuaderno o «manual ritualístico» del grado masónico más alto dentro del REAA (Rito Escocés Antiguo y Aceptado):

«El cuaderno del 33º y último grado estará cerrado en una caja de triple cerradura, cuyas tres llaves estarán encomendadas al Poderosísimo Soberano Gran Comendador, al Poderoso Lugarteniente Gran Comendador y al Ilustre Secretario del Santo Imperio. Toda copia del todo o una parte del cuaderno está absolutamente prohibida a todo masón, cualquiera que sea su grado».

A pesar de que se han publicado detalles sobre muchas de las ceremonias de la masonería, existen elementos dentro de la iniciación masónica que se transmiten mediante tradición oral y mediante alegorías y símbolos muy particulares. Sólo el graduando (el iniciado) puede por tanto llegar a captar, procesar y asimilar en su psique, subliminal e inconscientemente en algunas ocasiones y en todo caso de forma progresiva, el sentido de la enseñanza masónica. No hay que olvidar que, aunque la masonería se presente ante los masones de los grados inferiores y el mundo «profano» —término con el que los masones denominan a las personas no iniciadas en la organización— como una institución aconfesional, sin doctrinas, tiene en realidad un fondo dogmático que convierte la iniciación masónica en un auténtico culto o religión oculta.

En lo que concierne al aspecto puramente histórico, el problema de la falta de documentos es un escollo insalvable que impide profundizar en la génesis real de la institución masónica.

El metafísico francés René Guénon (1886-1951), a la sazón iniciado en la masonería, en la Gran Logia de Francia, sostenía que la Iglesia católica y la masonería eran las únicas instituciones depositarias de la gran Tradición espiritual de Occidente. En el caso de la Iglesia, esa tradición adquiere formas estrictamente religiosas; en la masonería, por el contrario, se adoptan moldes filosóficos y esotéricos. Todas las vías espirituales o religiones tradicionales tienen una parte esotérica y otra exotérica. Ambos aspectos doctrinales, lejos de ser antagónicos o incompatibles, son complementarios e indisolubles, como dos caras de una misma moneda. Así lo han venido reiterando los grandes expositores tradicionales, entre ellos, el propio Guénon. No es posible una regularidad iniciática sin la adscripción a una forma religiosa tradicional —esto es, sin conversión y cumplimiento de los preceptos exotéricos—, ni es posible alcanzar la gnosis (vocablo griego que significa «conocimiento») sin conjugar en la vía espiritual el aspecto exotérico o visible (liturgia «vulgar» —

destinada al vulgo—, creencia devocional, salvación por la fe) con el aspecto esotérico o «interior» («ritos de paso» o iniciación, transmisión de una influencia espiritual, realización del ser a través del conocimiento). El esoterismo (del griego ἑσωτερικός, *esoterikos*, «interior»), en suma, no es otra cosa que la enseñanza y la praxis «íntima» o interior de naturaleza metafísica, asociada en algunos casos a la gnosis y cuya transmisión está reservada a un determinado círculo de personas, a una elite espiritual. En los cultos antiguos (también en el cristianismo primitivo), el saber esotérico se transmitía de maestro a discípulo, de boca a oído.

El cristianismo católico devino con el tiempo en vía religiosa exclusivamente exotérica y se mostró decididamente en contra del esoterismo. Sin embargo, a partir de mediados del siglo xx, surgió un renovado interés por la espiritualidad cristiana que condujo a una conciencia creciente del verdadero esoterismo cristiano.

En la masonería, tras la ruptura de sus vínculos con la Iglesia católica, que aconteció bajo las circunstancias que más adelante se verán, sucedió el fenómeno inverso: se pretendió prescindir del aspecto exotérico, sin tener en cuenta que el «contenido» sin el «continente» se echa a perder, lo cual remite a las palabras de Jesús: «El que no está conmigo está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mat. 12, 30).

Desde el punto de vista de la Iglesia, no se pueden conciliar las dos experiencias: ser masón y católico, a pesar de que doctrinalmente podrían llegar a ser complementarias, como lo fueron en la Edad Media (esto en lo que se refiere a determinados Ritos de la obediencia regular masónica, como por ejemplo el cristiano, trinitario y caballeresco Rito Escocés Rectificado, puesto que existen Ritos, masonerías irregulares y paramasonerías que son abiertamente anticlericales e incluso anticristianas). En 1738, el papa Clemente XII promulgó la condena contra los masones, que se habían convertido, como veremos, en instrumento de la Reforma protestante, y los apartó de la Iglesia católica. Esta condena se ratificó con Juan Pablo II, en 1983, si bien cabe aclarar que la Iglesia no ha excomulgado a los masones, tal como reconoce el historiador masonólogo y jesuita José Antonio Ferrer Benimelli. Esta creencia, al parecer, es una deformación inspirada por algún cardenal de forma intencionada, ya que en ningún documento del Vaticano se excomulga expresamente a los masones.

La posición actual de la Iglesia frente a los masones fue aclarada por el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con la publicación de una «Declaración sobre asociaciones masónicas» (27 de noviembre de 1983); este documento se ordenó como Derecho Público de la Iglesia y fue conocido como «Declaración *Quasitum est*»; en él se decía lo siguiente:

«Se ha preguntado si ha cambiado el juicio de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas, ya que en el nuevo Código de Derecho Canónico [canon 1374 del CIC de

1983] no se hace de ellas mención explícita, como sucedía en el Código anterior.

»Esta Sagrada Congregación está en posición de responder que tal circunstancia se debe a un criterio de redacción aplicado también a otras asociaciones omitidas silenciosamente, porque se consideraban incluidas en categorías que iban a aparecer después en el Código.

»Subsiste por tanto inmutable la sentencia negativa de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas, porque los principios de ellas siempre se han considerado inconciliables con la doctrina de la Iglesia y, por tanto, la inscripción en ellas permanece prohibida por la Iglesia. Los fieles cristianos que dan su nombre a las asociaciones masónicas se debaten en pecado mortal y no pueden acceder a la sagrada comunión.

»Las autoridades eclesiásticas locales carecen de la facultad para juzgar acerca de la naturaleza de las asociaciones masónicas, de forma que tal juicio lleve consigo la derogación de esa sentencia, según el sentido de la decisión comunicada por esta Congregación el 17 de febrero de 1981».

Ahora bien, a menudo se ha entendido el celo de la Iglesia católica como muestra de su intransigencia. Sin embargo, conviene analizar las cosas desde una perspectiva más ecuánime.

En la obra que monseñor José María Caro Rodríguez (1886-1958), cardenal arzobispo de Santiago de Chile, escribió en 1924, se aportan una serie de datos que mueven a la siguiente reflexión: si existe el sentimiento antimasónico en la Iglesia católica, es porque también existe el sentimiento anticatólico en la masonería.

Así lo explica Caro Rodríguez:

«*La tolerancia masónica. Antifanatismo.* La masonería hace profesión de observar la más absoluta tolerancia de todas las opiniones y de combatir tenazmente el fanatismo. Veamos si en esto es más sincera y veraz que en sus demás afirmaciones. Tomo las ideas de Copin-Albancelli (*La Consp. Juive*, páginas 130 y siguientes).

»La masonería, o más bien el poder oculto que la dirige, para hacerla aceptar, invocaba en sus comienzos el espíritu de *tolerancia*; así lograba que muchos católicos la aceptasen. En seguida combatió a la Iglesia en nombre de la misma tolerancia que le había permitido existir. “De suerte que nos es dado asistir a un espectáculo verdaderamente extraño: hay, en efecto, según la masonería, dos iglesias por delante: la una digna de odio a causa de su intolerancia: es el *catolicismo*; la otra, admirable a causa de su tolerancia: es la *masonería*. Es lo que dicen los masones; pero ved lo que pasa en realidad. La Iglesia de la intolerancia existía antes de la que se dice Iglesia de la tolerancia. Por tanto, ha tolerado la existencia de ésta. Al contrario, ahora que esta última está constituida, ahora que está en pleno triunfo,

es ella la que no permite el mantenimiento de la otra. Es, pues, la Intolerancia la que tolera y la Tolerancia la que no tolera. Y lo que hace más gracia es que los que se dicen tolerantes y no toleran, en nombre de su tolerancia, no se daban cuenta absolutamente de su intolerancia». (José María Caro Rodríguez: *El misterio de la masonería. Descorriendo el velo*. Difusión, Buenos Aires, 1951).

La masonería siempre ha alegado que este tipo de manifestaciones parten de personas o instancias abiertamente antimasónicas. Sin embargo, al cardenal Caro Rodríguez no cabría encasillarlo precisamente como intransigente o insidioso. Su vida se caracterizó por su notable humildad y bondad, sobre todo hacia los sectores más necesitados. Además, en la introducción de su obra pone de manifiesto cuál es el talante con el que escribe la misma:

«Con verdadero temor entro a tratar la materia de este librito, presintiendo que voy a disgustar a más de uno con el intento de vulgarizarla como, con el favor de Dios, me propongo. Hay entre los masones personas serias y sinceras, que, tal vez, han llegado a formarse la convicción de que la asociación a la cual han dado su nombre no sólo es inofensiva, sino honorable y digna de reconsideración. Entre esas personas hay algunas que me manifiestan benevolencia y me honran con sus atenciones; a otras les debo servicios y les estoy agradecido. Pero si esas personas, cuya sinceridad reconozco, piensan rectamente, comprenderán que yo también voy a tratar esta materia con toda la sinceridad de mi alma, y que no es mi intención ocasionar a nadie la menor molestia, sino cumplir con una obligación que me impone la conciencia. Más aún, descubrirán en este trabajo un esfuerzo para sacar del error a los que, a mover y según las reglas generales del común sentir, han caído en él sin darse cuenta o por una excesiva condescendencia».

Cabe decir, además, que la principal fuente de referencia que tomó el cardenal no fue precisamente literatura antimasónica profana, sino la obra de Paul Copin-Albancelli, *Le drame maçonnique. La conjuration juive contre le monde chrétien* (La Renaissance Française, París, 1909). Copin-Albancelli fue un masón que, después de haber llegado al grado 18º (Caballero Rosa-Cruz) y en vísperas de ascender a otro grado más alto, se retiró y se dedicó a manifestar el peligro que encierra la masonería para su patria, Francia, y para la civilización cristiana. Para tal fin fundó un periódico y escribió la obra citada. Desde luego, no cabe decir que el caso de Copin-Albancelli sea equiparable al de autores que han generado toda una serie de «leyendas negras» en torno a la masonería. Éste era el caso de Léo Taxil, cuyo verdadero nombre era Gabriel-Antoine Jogand-Pagès, del que se dijo que fue un agente al servicio de los jesuitas infiltrado en la masonería para desprestigiarla. Lo cierto es que Taxil fue

conocido durante mucho tiempo como uno de los más blasfemos y obscenos escritores anticlericales en Francia. «Fue condenado repetidamente a multas y encarcelamiento por sus sucios trabajos y libelos que publicó. Por ejemplo, a causa de su atroz libro *Los amoríos de Pío IX* fue sentenciado a pagar 60.000 francos a petición del sobrino del papa. También había fundado *El Anticlerical*, un periódico que fanáticamente atacaba la revelación y la religión. En 1885 se anunció que Léo Taxil se había convertido, y pronto procedió a publicar una serie de supuestas exposiciones sobre las prácticas de la francmasonería, y particularmente del “satanismo” o culto al diablo con el que declaró que estaba íntimamente ligado». (Herbert Thurston: *Enciclopedia católica*, vol. I. ACI-Prensa, Lima, 1999).

Para conocer la masonería desde el punto de vista histórico, en España resultan de gran interés los estudios de José Antonio Ferrer Benimelli, S. J., profesor del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza y miembro del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, con sede en la capital aragonesa. En uno de los cursos de verano que organizó esta última institución en San Sebastián (Guipúzcoa), el profesor Ferrer Benimelli recalcó que «decir que hay incompatibilidad entre la fe cristiana y la masonería es un error», y añadió que «muchos pastores protestantes, anglicanos, metodistas y presbiterianos son masones». Asimismo, en una entrevista concedida para *Boletín Temple* órgano de difusión de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, con motivo de la conferencia impartida por el profesor Ferrer Benimelli en el Centro Cultural de Cajamurcia (Cartagena, 28 de enero de 2004), éste manifestó que en el Vaticano han existido masones y puede que sigan existiendo. (La ponencia a la que se alude formó parte de un ciclo de conferencias organizado por la Vicepresidencia de Estudiantes y Extensión Universitaria de la Universidad Politécnica de Cartagena y la Caja de Ahorros de Murcia, entidades con las que colabora el Supremo Consejo del Grado 33, la Gran Logia de España y el Gran Priorato de España).

En lo que respecta a la posible vinculación entre templarios y masones, debate que no es nuevo y que en España ya levantó una gran polvareda a finales del siglo XVIII y toda la primera mitad del siglo XIX, tenemos las escandalosas consideraciones vertidas por el abad jesuita francés Agustin Barruel, S. J., en los dos volúmenes de sus *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme* (1797), traducidas al español por Raymundo Strauch y Vidal, obispo de Vic (*Memorias para servir a la historia del jacobinismo*, Imprenta y Librería de Luis Barjau, Vic, 1870). Entre otras consideraciones, Barruel sostenía la supervivencia de los maniqueos a través de los cátaros, templarios, *assacines* y francmasones; acusó a la masonería (que confundió con los *illuminati* de Baviera) de ser instrumento de la Revolución Francesa y consideró a los masones como herederos de los templarios. En definitiva, en su obra

monumental, Barruel propone la teoría de la existencia de una conspiración histórica organizada por las sucesivas y diferentes corrientes ocultistas, desde los maniqueos hasta los masones, incluyendo a los templarios y cátaros.

El hecho de que Barruel fuese duramente fustigado por liberales de todos los pelajes, no sólo de su época sino también de la España reciente, así como el asesinato en extrañas circunstancias de Raymundo Strauch (el obispo que tradujo su obra al español) durante el salvaje Trienio Liberal (1820-1823), demuestra que en torno a la masonería siempre ha habido oscuros intereses partidistas, y demuestra también que no todo son «luces masónicas». El historiador Ricardo de la Cierva, ex ministro de Cultura durante la dictadura franquista (1939-1945), confeso antimasónico y autor de libros como *El triple secreto de la masonería* (Fénix, Madrideo, 1994) o *La cara oculta del Temple* (Lunweg, Barcelona, 2002), reconoce en Barruel que «su conocimiento de la masonería y la Ilustración fue directo y profundo; la documentación de su libro, asombrosa». (Cfr. *Templarios: la historia oculta*. Fénix, Madrideo, 1998).

El caso de Barruel no es el único en el que los jesuitas aparecen envueltos en oscuros asuntos relacionados con la masonería y el neotemplarismo. (El neotemplarismo es un movimiento moderno que engloba a un gran número de ramas, ritos y agrupaciones, surgidas tanto dentro como fuera de la masonería, que se reclaman herederas de la Orden del Temple medieval, depositarias de su tradición o, cuando menos, observantes de su espíritu). E incluso se ha dicho, y así lo recoge René Guénon en sus *Estudios sobre la Francmasonería y el Compañerazgo* (2 vols. Recopilación actual de Éditions Traditionnelles, París, 1964 y 1965), que fueron los propios jesuitas quienes, queriendo perpetuarse secretamente, formaron la «clase eclesiástica del orden interior del Régimen de la Estricta Observancia». Varios autores masones, entre ellos Jean-Marie Ragon de Bettignies (1781-1866), autor de obras como *Orthodoxie maçonnique* (Dentu, París, 1853) o *Tuileur général de la franc-maçonnerie ou Manuel de l'initié* (Collignon, París, 1861), se encargaron de propagar esta leyenda sobre los orígenes de este régimen masónico que está fundamentado en la tradición templaria, y del que se hablará más adelante.

CABALLERO ROSA-CRUZ Y CABALLERO KADOSCH

Volviendo a Copin-Albancelli, sí que resulta curioso que renunciase a la masonería tras ser exaltado al grado 18º o grado de Caballero Rosa-Cruz, el cual se adscribe a la serie gradual conocida como Masonería Roja o «grados capitulares» dentro del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. (No debe confundirse el grado masónico de Caballero Rosa-Cruz con las asociaciones, fraternidades y «órdenes» pseudoiniciáticas que

prolifera actualmente, que se denominan rosacruces y se dedican, por lo general, a vender presuntas «enseñanzas esotéricas» por correspondencia). Dicho grado masónico representa un alto definitivo para los iniciados que se limitan a ver un culto panteísta en los misterios de la masonería. Sin embargo, para aquellos que han comprendido el objeto final, para aquellos a los que los jefes de la organización dirigen hacia los altos grados, el decimoctavo o Rosa-Cruz representa una etapa — ciertamente la principal— hacia el grado 30° de Caballero Kadosch, grado de la «perfecta iniciación» dentro de la orden.

En el grado 18° puede decirse que se levanta el velo de los misterios masónicos en su mayor parte; no es necesario que el hermano masón que pasa por todas las formalidades de la iniciación de Rosa-Cruz sea un lince para percibir el fondo de la religión oculta de la masonería, que se presenta ante el mundo profano como una institución filantrópica y aconfesional. Y lo es, efectivamente, hasta este punto, precisamente cuando el graduando está ya preparado para recibir los dogmas masónicos.

El taller de Rosa-Cruz se llama Soberano Capítulo y tiene cuatro cámaras de iniciación: la cámara verde, la cámara negra, la cámara infernal y la cámara roja. Dirigen el capítulo quince oficiales.

No se describirá aquí la recepción de los caballeros Rosa-Cruz (el título oficial es Sublime Príncipe, pero hoy se dice solamente «Caballero»); baste decir que algunas veces sucede que un capítulo se ve en la necesidad de iniciar como Rosa-Cruz a una persona que los jefes secretos de la masonería juzgan prudente que no lo conozca todo; por ejemplo, un representante de la autoridad civil, o un político, de quien la organización necesita servirse para utilizar su influencia. En este caso, el nuevo aspirante no es conducido a la cámara infernal, la cual le haría comprender demasiado bien el fin que se propone la masonería. Como es preciso que este aspirante, «aspirante reservado», no sospeche, le esconden alguna parte de lo que en teoría debería conocer, y los oficiales se las arreglan para hacerle creer que ha sido recibido en el grado del mismo modo que los demás.

El grado de Rosa-Cruz cierra la serie de la Masonería Roja. Representa el mismo papel que el grado 3° (Maestro) en la serie de la Masonería Azul o simbólica.

Sin embargo, es en la penúltima serie filosófica de la Masonería Negra donde encontramos claras alusiones a los templarios.

Del mismo modo que en el grado de Elegido se ha vengado de una manera simbólica a Hiram, arquitecto del Templo de Salomón, también es preciso vengar a Jacques de Molay, último gran maestro de la Orden del Temple.

Las letras misteriosas J-B-M que en los tres grados simbólicos de la iniciación primordial (Aprendiz, Compañero y Maestro) aluden a las palabras sagradas *Jakin*, *Bohaz* y *Mahabone*, en el grado 30° (cuyo título completo es Gran Elegido, Caballero

Kadosch, Perfecto Iniciado), pasan a tener otro significado: *Jacques Bourguignon Molay*.

Sin entrar en muchos detalles, cabe decir que si en otros grados inferiores (9°, 10° y 11°), el Elegido es el masón electo, el escogido, especialmente encargado de las venganzas, el Gran Elegido del grado 30° tiene la misión de ejecutar las grandes venganzas... Y esto para el Caballero Kadosch es una misión santa, pues Kadosch significa literalmente santo, puro, consagrado, purificado.

En este alto grado se encuentra el verdadero secreto de la masonería, secreto que ha de adivinarse, y del que no se recibe comunicación oral. El Kadosch, que es el Gran Elegido, es también Perfecto Iniciado; ya no hay más que aprender.

Los oficiales de los Areópagos o Consejos de Caballeros Kadosch son doce, ostentando el presidente el título de Gran Maestro.

En el ritual del grado 30° se alude en todo momento a la Orden del Temple. Si el candidato a ser recibido como Caballero Kadosch ha sido dispensado de algunos grados por el Supremo Consejo (máximo órgano de dirección de la masonería), el Gran Maestro presidente del Areópago se los comunica mediante una breve explicación.

He aquí lo que dice el Gran Maestro al graduando al hablar del grado 27° o Soberano Comendador del Templo:

«Este grado, Caballero Hermano mío, recuerda una Orden célebre por sus altos hechos y sus desgracias; todo, en efecto, nos recuerda en el grado 27° a la Orden del Temple, la cruz de aquellos nobles caballeros cuya divisa era *Valor y Caridad*. Por lo que toca a la cruz teutónica de los antiguos guerreros de la Germania, es, por sus dos colores blanco y encarnado, el símbolo de la inocencia y del martirio de los Templarios. Este grado es un brillante homenaje dirigido por la Masonería a aquellos caballeros que subieron, con Jacques Bourguignon Molay, al fatal patíbulo. Saludémosle como el punto de fusión entre las dos Órdenes, como un monumento levantado en memoria de los mártires hechos por el fanatismo y la tiranía». (*Manual del Rito de Caballero Kadosch*).

Terminada la explicación, el Gran Maestro consagra al postulante, invistiéndole de los grados anteriores al 30° de los que había sido dispensado por el Supremo Consejo. A partir de este instante de la recepción, las formalidades y ceremonias son iguales para el postulante que ha obtenido dispensa de los grados intermedios que para el que los ha recibido sucesivamente hasta llegar al grado 29° (Caballero Gran Escocés de San Andrés). Posteriormente, se representan ciertos rituales —donde símbolos templarios están presentes—, se somete al neófito a pruebas para que demuestre su valor y lealtad, se le instruye filosóficamente haciéndole subir la «Escala Misteriosa

de los Caballeros Kadosch» y se le hace prestar ciertos juramentos... Finalmente se le entrega la fórmula de los cuatro votos que forman el juramento definitivo del graduando (fig. 81), para que los pronuncie y, una vez hecho, el Gran Maestro consagra al nuevo Gran Elegido Caballero Kadosch, Perfecto Iniciado, Caballero del Águila Blanca y Negra.

Una vez el nuevo caballero ha sido recibido en el grado, se sienta a la derecha del Gran Maestro, que le entrega un puñal, «arma de la justicia y de la verdad», advirtiéndole que jamás debe servirse de ella si no es por causas santas y legítimas...

Tras una alocución del Gran Maestro, el oficial con el título de Gran Caballero de la Elocuencia pronuncia un discurso. Relata el orador del Areópago, a la moda masónica, el proceso de los templarios, el infame papel jugado por la monarquía (Felipe IV de Francia) y el Papado (Clemente V) y desarrolla los principios del grado de Kadosch. Los asuntos que se abordan están ordinariamente indicados en los rituales, explicándose también el significado de los diversos emblemas de la iniciación.

En los cuatro extensos votos pronunciados por el nuevo Gran Elegido Caballero Kadosch, muy resumidamente éste jura cumplir todo lo que le ordene la Hermandad, consagrar su existencia al cumplimiento del fin que se proponen los caballeros Kadosch, proteger y socorrer a los inocentes, débiles, oprimidos y víctimas de toda injusticia, no escatimando esfuerzos para obtener el castigo de todo opresor y de todo usurpador, y contribuir, por todos los medios a su alcance, a la propaganda y difusión de las ideas liberales.

El Caballero Kadosch declara tras sus votos:

«Y ratificándome de mi plena y libre voluntad en todos los votos que sobre el altar de los Caballeros Kadosch han sido prestados por mí, pongo debajo de mis pies la corona real, no como símbolo de una forma particular de gobierno, o de un desarrollo particular de la usurpación, o del poder inconsciente; mas como el emblema de la tiranía licenciosa e irresponsable, cualesquiera que sean su nombre, forma o manifestación. Y como yo la pisoteo, la humanidad pisotea también la tiranía y el despotismo; pues sola la soberanía del pueblo tiene derecho a semejantes homenajes. Pongo debajo de mis pies la tiara pontificia y papal, no como símbolo de una fe o de una religión o Iglesia particular, mas como emblema de la ambición altiva y de la impostura pervertida que esclavizan al hombre con el miedo y le embrutecen con la superstición, que protegen la ignorancia y son los fieles aliados del despotismo. Y como yo la pisoteo, el librepensamiento pisotea la intolerancia y el despotismo espiritual: pues solas la enseñanza y la persuasión tienen derecho a sus homenajes». (*Catecismo del Kadosch*).

En el propio *Catecismo del Kadosch* se expone la síntesis de la profesión de fe del

grado 30°:

«El Gnosticismo puro, alma y vida de la masonería, ve planteados sus principios en los tres primeros grados, teóricamente desarrollados en el Rosa-Cruz, y prácticamente en el Kadosch. El grado de Caballero Kadosch no encierra otra cosa más que la acción, la práctica, la consecución material de los triunfos debidos a la doctrina gnóstica y liberal, y de las ventajas que de ello resultan. Ilustrado por la revelación de los tres primeros grados, que dice: *Generación*, y no *Creación*, el Masón *aprende* en el grado de Rosa-Cruz que la *Verdad y el Amor Masónicos emanciparán a la Humanidad*, y así *obra*, en el grado de Kadosch, *amando y aborreciendo a todo trance, respetando y despreciando sin límites*».

Un destacado masón francés, Alain Gérard, se expresaba así: «La masonería del Gran Oriente de Francia no es una religión, ni una filosofía, solamente “un método”». Dado que el Gran Oriente invoca al «Genio de la Humanidad», a fin de que todos los hermanos trabajen haciendo el último esfuerzo por dispersar las «piedras del Vaticano», para construir con ellas el «Templo de la Razón Emancipada», habría que preguntarse qué persigue realmente el «método masónico», y habría que preguntarse si ese método no es otra cosa que un instrumento para la implantación del integrismo laicista que ha venido y viene sacudiendo Occidente con oleadas político-revolucionarias.

El radical dualismo del credo masónico, contradictorio en sí mismo como todo sentimiento animado por el espíritu vengativo (no conciliador), no parece tener en cuenta que muchas personas no desean ser «emancipadas» por la «razón» ilustrada masónica. La libertad verdadera es poder decidir y elegir por uno mismo, no que otros «elegidos» o «iluminados» sean los que decidan qué es lo que conviene a la humanidad entera. Esta pretensión tuteladora del pensamiento, se la revista con el color político que se la revista, sólo tiene un nombre: totalitarismo.

Ciertamente, la leyenda de Hiram representa dentro de la iniciación masónica desviada un pretexto para lanzar execraciones contra Adonai, y esto es la teoría; la leyenda de Jacques Bourguignon Molay servirá para perseguir la destrucción del Papado, y esto será la práctica.

DE LA TRADICIÓN SALOMÓNICA AL COMPAÑERAZGO

Se ha pretendido encontrar en la masonería un origen mucho más remoto del que seguramente tiene, quizá por ese afán de remontar todo lo esotérico a Egipto, Mesopotamia y Grecia. La francmasonería se remonta, simplemente, a las hermandades

religiosas o gremios de albañiles franceses e ingleses de los siglos XII y XIII. No obstante, en el documento masónico más antiguo, el *Manuscrito Regius* (datado hacia 1390), se establece la fundación de la masonería en Egipto y, en teoría, se debería a Euclides. En el tercer grado masónico, denominado «Maestro Masón», los iniciados conocen la leyenda en que se atribuye el origen de la masonería a la construcción del Templo de Jerusalén.

Otras tradiciones masónicas, de las que por ejemplo nos habla J. N. Casavis en *The Greek Origins of Freemasonry* (The Square Press, Nueva York, 1955), establecen los orígenes de la masonería en los «artífices» de Dionisio, que aparecieron justo en el momento en el que se inició la construcción del Templo de Jerusalén. Su arquitectura estuvo basada en la filosofía hermética y la geometría sagrada, y emplearon de forma operativa y especulativa, es decir, constructiva y filosófica, algunos símbolos de albañilería, como el martillo y el cincel. Eran los tiempos de la Roma imperial y las fraternidades dionisiacas eran cofradías de constructores, según explica Apuleyo en su *Apología*, y muchas de esas organizaciones tenían un parecido sorprendente con la actual masonería.

Los esenios, que constituyeron una de las principales corrientes religiosas del judaísmo antiguo (siglo II a.C.-siglo I d.C.), poseían costumbres y rituales similares a los masónicos; de ahí que también se consideren en algunos casos precursores de la masonería. Según Filón de Alejandría, «cuando los esenios escuchaban a su jefe, tenían la mano derecha sobre el pecho, un poco por debajo de la barba, y la izquierda más abajo, en la parte del costado». Nos encontramos, en definitiva, ante un signo de reconocimiento de uno de los primeros grados de la masonería moderna.

Los romanos *collegia* de Numa de 751 a.C., los pitagóricos y los caballeros templarios medievales forman también parte de las tradiciones que nos hablan del origen de la masonería.

Los *Antiguos Reglamentos* del movimiento masónico, que se remontan a principios del siglo XV, señalan la influencia del Mediterráneo oriental en toda la tradición medieval relativa a la construcción del Templo de Salomón, confundido frecuentemente por los peregrinos con el santuario musulmán de la Cúpula de la Roca.

En uno de los documentos masónicos más antiguos que se conservan, el *Manuscrito Cooke*, de 1410, se dice que «Salomón confirmó los Reglamentos que su padre David había dado a los canteros». Este manuscrito presenta a Salomón como «gran maestro» de la logia primigenia de Jerusalén, mientras que Hiram Abiff, arquitecto del primer Templo, era «gran maestro delegado», el diseñador y operario más diestro en el mundo conocido. La relación de los templarios con la importación de la leyenda de Hiram Abiff desde Tierra Santa se estudia en la interesante obra de G. W. Speth, *Builders' Rites and Ceremonies: The Folk Lore of Masonry* (Ars Quatuor Coronatorum Pamphlet, Londres, 1951).

«En casi todos los catecismos masónicos más antiguos —refiere Andrew Sinclair en *La espada y el Grial*— la serie de preguntas y respuestas confirmaba la tradición de la fundación de la primera logia masónica en el lado occidental del Templo de Salomón, donde Hiram había levantado dos columnas de bronce. Se le daba el sobrenombre de Abiff, derivado de la palabra hebrea que significa “padre”, como si Hiram fuera el padre de todos los masones».

Para los «compañeros constructores» medievales, el Templo de Salomón era no sólo el símbolo de su oficio, sino la cumbre de la sabiduría, y consideraban que los maestros que habían intervenido en su construcción eran «iniciados» en todos los misterios que la Divinidad había tenido a bien revelarles, y ejemplos a seguir si se querían alcanzar propósitos de altura.

Los historiadores masónicos explican de distintos modos la transmisión directa de los ritos y prácticas desde la logia del rey Salomón en Jerusalén hasta la actualidad. Al parecer, la palabra ‘logia’ procede del término *loggia*, que era el nombre empleado para designar los lugares de reunión de los antiguos *magistri comacini*, un misterioso gremio de arquitectos que vivía en una isla fortificada en el lago Como en la época de la disgregación del Imperio Romano.

Un rey lombardo otorgó ciertos privilegios a los *comacini* en un edicto promulgado en el año 643, y parece ser que éstos habrían enseñado los secretos de la geometría sagrada y de los métodos de construcción a los constructores italianos de Rávena y de Venecia, y, a través de éstos, a los gremios artísticos y artesanos del medievo.

A sus herederos, en Francia, se les conoció como la *Compagnonnage* (el Compañerazgo), cuya primera reunión constatada se celebró en el siglo XII, con motivo de la construcción de la catedral de Chartres. Algunos se llamaban Hijos de Salomón, y fueron los encargados de erigir casi todas las catedrales dedicadas a Nôtre-Dame. Otras líneas del Compañerazgo fueron las del Maestro Santiago —Maître Jacques—, también conocida como Compañeros del Deber, y la del Padre Soubisse, que fue una escisión de la del Maestro Santiago. Todos ellos eran gremios de artesanos que construyeron las catedrales góticas mayores, dirigidos en ocasiones por maestros canteros cistercienses o templarios, llamados *fratres solomonis*. El genealogista sir Laurence Gardner, a la sazón miembro del Consejo Europeo de Príncipes, Chevalier Labhràn de Saint Germain y prior de la iglesia celta del Sagrado Linaje de San Columba, en su obra *La herencia del Santo Grial* (Grijalbo, Barcelona, 1999) sostiene que San Bernardo de Claraval (1090-1153), el fundador de la Orden del Císter y mentor ideológico de la Orden del Temple, habría logrado descifrar la geometría secreta de los constructores del Templo de Salomón, lo cual no debe resultar disparatado si nos atenemos a los enigmas existentes en torno a quién envió a Tierra Santa a los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple y con qué finalidad concreta. (Véase capítulo I: «La Orden del Templo de Salomón: primeros años y

entorno social»). Según el investigador Rafael Alarcón Herrera, esta colaboración y convivencia entre la «caballería guerrera» de los templarios y el «compañerismo de oficio» de los constructores produciría una corriente de doble sentido que trasvasaría ritos, símbolos, conocimientos y experiencias en ambas direcciones, al servir todos ellos a la misma causa trascendente. El enriquecimiento fue mutuo; estos ritos e iniciaciones caballerescos y de oficio tenían su reflejo simplificado en los ritos con que las jerarquías superiores dirigían, del modo más aprovechable posible, las potenciales capacidades psico-espirituales del pueblo medieval a quien se dirige principalmente la construcción religiosa. (Cfr. *A la sombra de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1998).

Desde los inicios de la Orden del Temple hubo cierto número de templarios que recibieron la iniciación compañeril durante alguno de los grados de ascenso dentro de la fraternidad, cuando fueron requeridos para dirigir los trabajos de construcción o para ejercer de maestros de aprendices. Muchos templarios aunaron en su persona la caballería guerrera y el compañerismo de oficio, como es el caso de aquellos templarios que tras alcanzar el grado de «maestros constructores» y desarrollar una dilatada carrera ejerciendo como tales, merecieron la distinción de ser enterrados en la más emblemática edificación que hubieran erigido. Al respecto, Rafael Alarcón refiere el caso de los maestros del Temple de París, o, en España, el de Nuestra Señora del Templo en Villalcázar de Sirga, en la provincia de Palencia. Es significativo que el *abacus* que aparece grabado en los sillares de algunas construcciones templarias fuera el símbolo utilizado indistintamente por el maestro del Temple y por el *magister* de los constructores.

De especial interés a la hora de demostrar la estrecha relación existente entre los templarios y la masonería operativa medieval son los estudios del masón Paul Naudon, en su documentada obra *Les origenes religieuses et corporatives de la Franc-Maçonnerie* (Dervy Livres, París, 1979), donde dice:

«Citemos finalmente el caso de Metz, donde los templarios instalaron una encomienda a partir de 1133. Ella creció rápidamente y ya se hallaba profundamente arraigada cuando San Bernardo mismo vino a la diócesis a predicar la segunda cruzada en 1147. Es interesante señalar que hacia fines del siglo XIII una fraternidad de masones se reunía en el oratorio de la encomienda de los templarios de Metz. En 1285, se encuentra el nombre de “*Jennas Clowanges, li maires de la frairie des massons dou Temple*” (Jennas Clowanges, el alcalde de la fraternidad de masones del Temple). Una lápida funeraria, descubierta en 1861, frente a la capilla, recuerda la memoria de cierto “*Freires Chapelens ki fut Maistres des Mazons dou Temple de Lorene*” (Freire capellán —o sea, caballero templario— que fue maestro de los masones del Temple de Lorena durante veintitrés años y que murió la vigilia de la

Candelaria el año 1287)».

Como señalara el doctor Carlos Raitzin, matemático, erudito y masón de alto grado, que fuera director del Instituto Académico Orión de Buenos Aires y miembro del consejo de redacción de *Boletín Temple*, la obra de Naudon supone no sólo una prueba histórica irrefutable de la vinculación entre los francmasones operativos de la Edad Media y los templarios, sino también de su relación con los *franc mestiers*, que permitía a los oficios, en particular el de la construcción, desempeñarse dentro de los dominios templarios libres de los impuestos reales o señoriales.

Un detalle curioso es que todas estas hermandades masónicas de la Francia medieval corrieron la misma suerte que los templarios cuando en el siglo XIV la Inquisición, de la mano de los dominicos, fijó su atención en ellos.

Con todo, algunos historiadores aseguran que la verdadera masonería empieza en Inglaterra en el siglo XVIII, cuando dio el paso para evolucionar desde la francmasonería operativa, la de los constructores, a la especulativa, en la que la construcción sólo era un símbolo.

LA FRANCMASONERÍA OPERATIVA MEDIEVAL. EL HERMETISMO CONSTRUCTIVO

Las asociaciones o cofradías de albañiles (*maçons*, en francés) existen con toda certeza en el siglo XIII. El primer documento conservado al respecto data de 1275 (gran asamblea de Estrasburgo).

Hacia el siglo XIV ya se utilizaba la palabra *lodge* (logia) para designar los lugares de reunión de los artesanos del oficio. El *Manuscrito Halliwell* recomendaba al cantero que mantuviera el secreto:

«Lo secreto de la cámara no lo digas a nadie,
ni nada de lo que hagan en la logia».

Resulta poco menos que sorprendente que para historiadores de reconocida solvencia —como, por ejemplo, el catedrático de Historia de las Religiones César Vidal— tales asociaciones no representen nada más allá del terreno laboral. Según el profesor Vidal, no hay indicios de que poseyeran un saber esotérico y milenario, y, sin embargo, existen pruebas más que evidentes al respecto, incluso documentales. Si no fuera por la erudición y solvencia del profesor, podría decirse que la conclusión de Vidal entraría dentro del clásico encorsetamiento ideológico con que la historiografía academicista acoge todo aquello que desborda sus esquemas empíricos. En este caso, precisamente por las pruebas a las que se alude, tales consideraciones resultan simple

y llanamente un dislate. No hace falta siquiera remitirse a los estudios alquímicos de los grandes adeptos del *Ars Regia*, como Fulcanelli, pues ello daría pie a las manidas acusaciones de irrealidad con las que determinados estudiosos descalifican todo aquello que, por su incapacidad de comprensión o falta de conocimiento, prefieren desdeñar sin más. Ignorar, por ejemplo, que el simbolismo arquitectónico, iconográfico y gliptográfico de los constructores trascendía con mucho las meras directrices de la religiosidad exotérica, supone ignorar el más ingente y tangible archivo documental, en este caso pétreo e imperecedero, de las corrientes tradicionales esotéricas de Occidente. Sin pretender criticar el trabajo del profesor Vidal, admirable investigador y comunicador, sí que cabe lamentar lo que más parece una dinámica establecida y viciada, en la que por fuerza deben primar las ideas preconcebidas sobre el *expansus* metodológico. Es de suponer que para una eminencia como Vidal, que apenas entrado en la cuarentena ya poseía tres doctorados (Historia, Teología y Filosofía) y una licenciatura (Derecho), y que es conocedor de cerca de una veintena de lenguas, ocuparse en profundizar en las significaciones del llamado «lenguaje de los pájaros» —un lenguaje simbólico y alegórico utilizado por el rey Salomón y otros sabios antiguos, en particular de la tradición musulmana— es poco menos que una pérdida de tiempo.

Algunos hechos históricos demuestran que las cofradías de constructores se fundamentaban en algo más que en una mera asociación laboral. Por ejemplo, los santos mártires Claudio, Nicóstrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio fueron escultores cristianos que, por negarse a esculpir un ídolo que les había encargado el emperador Diocleciano, fueron condenados a ser encerrados vivos en sarcófagos de plomo y se les arrojó al mar. ¿Qué asociación laboral se negaría a cumplir, a costa de su persecución, el encargo de un trabajo ordenado por el emperador? Curiosamente, la existencia de estos santos, los *Sancti Quattro Coronatti*, se menciona en los estatutos de los picapedreros de Venecia del año 1317, y también en el *Manuscrito Regius* de 1390.

El manuscrito número 19.093 conservado en la Biblioteca Nacional de París, el llamado *Cuaderno de Villard de Honnecourt* (siglo XIII), resulta también de gran interés. En 1849, Jules Quicherat menciona este manuscrito y Jean-Baptiste Lassus (arquitecto que participó en la restauración de Nôtre-Dame de París y de la Sainte-Chapelle) se ocupa de su publicación (1857); en 1859 aparece una edición inglesa. La Biblioteca Nacional francesa publicó un facsímil bajo la dirección de Henri Omont en 1906. Posteriormente hay nuevas ediciones, algunas, comentadas.

El *Cuaderno de Villard de Honnecourt* es un documento único, del que se conservan 33 láminas de pergamino; presumiblemente, el original era bastante más extenso, hasta de 66 láminas. Se trata de la memoria de un arquitecto itinerante, Villard de Honnecourt. En Honnecourt, cerca de Cambrai, nació Villard en tiempos de Luis IX. En

este lugar existe un priorato de la Orden de Cluny, y en 1235 finalizaban los trabajos de la abadía cisterciense de Vaucelles. Su cuaderno es la colección de dibujos de un destacado artista, libro de notas de un espíritu inventivo y típico de su tiempo. Incluye esbozos, croquis y anotaciones en dialecto picardo dirigidos a los técnicos, ya que «en este libro se puede encontrar gran ayuda para instruirse acerca de los principios fundamentales de la masonería y de la construcción del armazón...». Y el autor añade: «[...] también del método para dibujar un trazado, como el arte de la geometría enseña y exige». En su conjunto, constituye una obra inclasificable y excepcional. Este documento desvela algunos de los conocimientos geométricos de los constructores medievales y las técnicas del tallado de la piedra, e incluso contiene algunos dibujos que aún no han podido ser interpretados. En España existe una traducción de Yago Barja de Quiroga (Akal, Torrejón de Ardoz, 1991), presentada y comentada por especialistas como Alain Erlande-Brandenburg (conservador jefe de los museos de Cluny y de Ecoen), Régine Pernoud (destacada medievalista), Jean Gimpel (historiador de técnicas medievales) y Roland Bechmann (arquitecto, historiador y geógrafo). Este último especialista ha analizado los dibujos del *Cuaderno*, por ejemplo, el trazado de un arco mitral. El cuaderno de Villard aún debe ser estudiado con más detenimiento, pues sin duda en él se hallan algunas de las claves del simbolismo aplicado en la construcción de los templos, que, como la logia masónica, se extiende de Oriente a Occidente, del sur al norte, del nadir al cenit. La extraña pregunta de San Bernardo de Claraval en *De consideratione* (capítulo XIII), cuando parafrasea a San Pablo en su Epístola a los Efesios (III, 18), puede entenderse de otro modo a la luz de este documento. El santo de Clairvaux pregunta: «¿Qué es Dios?». Y se le responde: «Él es longitud, anchura, altura, profundidad».

La relación de magnitud entre las diferentes partes de un todo —la aplicación de la proporción, en suma— se extendió a todos los saberes cuantificables, dando lugar en el decurso de los siglos a desarrollos místicos, y el arte constructivo no fue una excepción. Citando a monseñor Devocoux, Jean Hani dice que, entre muchas otras iglesias y catedrales, la de Troyes (Francia) contiene toda una serie de proporciones y mediciones relacionadas con los nombres sagrados. (Cfr. *El simbolismo del templo cristiano*. José J. de Olañeta Palma de Mallorca, 1983). Al respecto, Manuel Plana sostiene que «todos estos códigos simbólicos coinciden en el edificio formando parte de una ciencia sagrada (de los ciclos y los ritmos) cuya base es esencialmente numérica...». (Cfr. «Templo y espacio sagrado», *Letra y Espíritu*, núm. 2, L'Hospitalet de Llobregat, 1998). Plana, sin duda, alude al sagrado «número áureo» que estaba ya presente en las obras del arte del Antiguo Egipto, y cuya teoría se expuso por vez primera en el siglo III a.C. en *Elementos de geometría* de Euclides. Esta obra es, en realidad, una síntesis del pensamiento matemático griego de épocas anteriores; en concreto, se trataba de la recopilación de enseñanzas inspiradas en Pitágoras (siglo VI

a.C), fundador de una escuela científica y mística destinada a ejercer una notable influencia sobre el pensamiento antiguo y moderno. El filósofo griego Platón (c.428-c.347 a.C.) dijo que «todo está hecho conforme al número», y añadió: «Dios geometriza al crear».

La confraternidad de la catedral de Estrasburgo, cuyo nombre primitivo era los «Hermanos de San Juan», también participaba de los conocimientos secretos y ancestrales de los constructores. Se trata de un ejemplo significativo, porque tenía una jurisdicción particular independiente de otras corporaciones similares, tenía su propio tribunal en la logia y juzgaba sin apelación todas las causas, consideradas conforme a la regla y los estatutos de la organización.

En algunos artículos de estos estatutos, elaborados en 1495 y conservados en el archivo catedralicio, pueden apreciarse instrucciones que sin duda van más allá de un mero régimen disciplinar de tipo laboral, o, en otras palabras, sugiere un ordenamiento muy cercano a lo esotérico. Por ejemplo, en el artículo 2 se establece que «los miembros de esta confraternidad no tengan comunicación con otros constructores que solamente supieran emplear el mortero y la paleta»; en el artículo 13 «se prohíbe a los maestros y compañeros instruir a los extraños en sus estatutos»; o en el artículo 55 se dice que «el aprendiz elevado a compañero prestaba juramento de no revelar jamás de palabra o por escrito las palabras secretas del saludo».

La documentalista Gloria de Válcor señala que la logia de Estrasburgo mantuvo una tradición, acatada y mantenida hasta 1870: una vez al año, el obispo de la ciudad acompañaba al maestro de obras a la catedral, al atardecer, y allí debía pasar la noche completamente solo. Esta catedral era sede tradicional del «compañerismo» y desde ella se propone una serie de signos lapidarios característicos que se extienden por el este de Europa hasta Moldavia. (Cfr. «Apuntes sobre Pythagoras y los Compañeros del Saber», *Boletín Temple*, núm. 26, abril 2001).

Hay varias investigaciones que constatan la existencia de una francmasonería operativa en el medievo. Lewis Spence, en *An Encyclopaedia of Occultism* (George Routledge & Son, Londres, 1920), cita un tratado de alquimia (c.1450) que utiliza explícitamente la palabra *freemason*; Thomas Norton, en *The Ordinall of Alchemy* (1477, reproducido en 1652 en el *Theatrum Chemicum Britannicum*, colección de textos alquímicos ingleses en verso editados en facsímil por Elias Ashmole), comenta otro tratado alquímico del siglo xv y alude a los masones bajo el nombre de «obreros de la alquimia», definición que se hace patente incluso en nuestros días. La certeza de esta denominación puede comprobarse, por ejemplo, en el rosetón norte de la catedral de Nôtre-Dame de París, llamado la «rosa de los alquimistas».

Significativa es también la fórmula del juramento que aparece en un manuscrito conservado en el Archivo de Edimburgo, fechado en 1646:

«Juro por Dios y por San Juan, por la Escuadra y el Compás someterme al juicio de todos, trabajar al servicio de mi Maestro en esta venerable Logia del lunes por la mañana al sábado y guardar las llaves, bajo pena de que me sea arrancada la lengua a través del mentón y ser enterrado bajo las olas, allá donde ningún hombre lo sabrá».

En *El misterio de las catedrales* (1926) y en *Las moradas filosóficas* (1931), Fulcanelli expone el verdadero significado de la alquimia y su reflejo en las grandes obras arquitectónicas del medievo: las catedrales góticas. Como iniciado, Fulcanelli descubrió todo el proceso de ascesis, grabado en las piedras que sustentan los templos góticos, explicando cómo entre sus medallones y estatuas se puede seguir claramente el antiguo camino alquímico en sus diferentes etapas. Tal y como observó Patrick Ravignat, autor de *Los maestros espirituales contemporáneos* (Plaza & Janés, Barcelona, 1975), Fulcanelli interpretó la antigua ciencia de la alquimia como una técnica que debía ser empleada para alcanzar la iluminación interior. Para este enigmático sacerdote, del que se desconoce su verdadera identidad, la catedral no debía observarse como «una obra dedicada únicamente a la gloria de Cristo, sino, más bien, como una vasta concreción de ideas y tendencias, de fe popular, un todo perfecto al cual uno puede referirse sin temor, en cuanto se trata de penetrar el pensamiento de los antepasados, sea en el terreno que sea».

No es el propósito de este capítulo enumerar y analizar las múltiples manifestaciones del simbolismo hermético que concurren en el arte constructivo medieval. La infinidad de representaciones simbólicas de esa época se concibieron, no en recuerdo de las antiguas religiones paganas de origen solar, como algunos creen, sino como asimilación de unos símbolos sagrados primordiales en la nueva religión del *Sol invictus*: el cristianismo. Mas la comprensión de una sabiduría de este tipo sólo estaba al alcance de unos pocos iniciados que, como los francmasones cristianos medievales, supieron velar y proteger sus conocimientos bajo el manto, pétreo y sutil a la vez (como la propia doctrina cristiana), del simbolismo constructivo.

Algunos autores especulan sobre la posibilidad de que el hermetismo o filosofía hermética influyera en los caballeros de la Orden del Templo de Salomón y, a través de éstos, en los masones. La filosofía hermética es una doctrina emanada del *Corpus hermeticum*, un conjunto de tratados pseudoepigráficos de prácticas religiosas y mágicas difundidos a partir del siglo II d.C y atribuidos a Hermes Trismegisto. El nombre de Hermes Trismegisto —identificado con el dios egipcio Thot— significa «Hermes tres veces grande», y es un personaje mítico que engloba a varios filósofos desconocidos, autores de la vasta literatura en lengua griega que se ocupa de las ramas del ocultismo helenístico: astrología, magia y alquimia.

LA TRANSICIÓN MASÓNICA: DE LA OPERATIVIDAD A LA ESPECULACIÓN

Desde la mentalidad actual, a veces es difícil entender la cosmovisión y los procesos cognoscitivos del hombre antiguo. Desde luego, su mundo se regía por concepciones místicas y ascéticas que nada tienen que ver con los planteamientos racionalistas, materialistas y desacralizados que imperan en el mundo moderno occidental y estaban muy alejadas de la perspectiva cartesiana del conocimiento científico.

En el medievo, el anhelo de liberación o ascesis formaba parte de la experiencia espiritual; el sabio manifestó a través del simbolismo esotérico ese deseo de iluminación interior.

Los principios y conocimientos que permitían la liberación o realización espiritual van siendo relegados paulatinamente, con el discurrir de los siglos, por meros ideales de libertad mundana y vana complacencia materialista. Es el final de la Edad Media. Sin embargo, a pesar del oscurantismo que se abate sobre los tiempos de transición, la luz del espíritu recibe un impulso en el amanecer de la nueva época anunciada por el Renacimiento. Los nuevos tiempos configuran también un renacimiento del conocimiento y las culturas clásicas durante el siglo xv, tiempo de gran actividad creativa, de rupturas de ataduras, de liberación intelectual, de un renovado y vital espíritu que había sido coartado por la oscuridad dogmática de la Edad Media. H. B. Cotteril, en su *A History of Art* (Frederick A. Stokes Co., Nueva York, 1923), habla de una «liberación de la ley tradicional» y de una «restauración al individuo de un gobierno autónomo moral e intelectual». En el ocaso de este período floreciente, la decadencia no se hace esperar y, una vez más, llega la relajación, el relativismo y el oscurantismo; el exponente final deviene con la Reforma protestante, que supone una traumática ruptura de la cristiandad occidental.

En Europa, algunos filósofos y teólogos, como Marsilio Ficino, Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro o los plotinianos de Italia, intentaron ofrecer una perspectiva más amplia de la doctrina cristiana, reinterpretándola a la luz de la filosofía de Platón y Plotino, pero fracasaron. Aunque la Reforma nació en el seno de la Iglesia romana, su desarrollo tomó cuerpo fuera de la Iglesia, durante el siglo xvi. Fue un intento de purificar la Iglesia de sus abusos, de aproximar y armonizar sus enseñanzas con la nueva sociedad y las nuevas ideas renacentistas. Tal vez pueda admitirse que poco se hizo para mejorar las cosas desde el punto de vista espiritual, aunque se avanzó en los aspectos relacionados con la libertad de credos y la libertad especulativa. Tan grande fue, empero, la ignorancia e intolerancia de los reformadores, que engendraron una teología más intolerante que la de Roma.

Después de la Reforma, la arquitectura eclesiástica sufrió un importante retroceso en Inglaterra y las logias masónicas operativas entraron en un proceso de disolución,

debido a que su trabajo ya no era indispensable. Pero mientras la Reforma dañaba de esta manera a la masonería operativa, también proporcionaba a Europa cierta seguridad para el resurgimiento del arte especulativo, dando pie a la entrada de constructores (masones) teóricos en el seno de las logias.

El masón y teósofo Charles Webster Leadbeater (1854-1934) explica que este período de oscurantismo y desintegración de la masonería, así como los escasos registros constatados referentes a los secretos masónicos, se debió no sólo al juramento de no transcribir esos secretos, sino también a que muchas logias operativas habían perdido el rastro de sus trabajos rituales, olvidando los secretos tradicionales y simbólicos de la construcción. (Cfr. C. W. Leadbeater: *Antiguos ritos místicos*. Abraxas, Barcelona, 1999). En fin, las antiguas logias casi habían olvidado la gloria de su herencia, tanto operativa como filosófica. Sin embargo, durante este período posreformista, por primera vez se redactan minutas de las reuniones de la logia. La minuta más antigua está guardada en los archivos de la Logia de Edimburgo, Mary's Chapel número 1, en el rollo de la Gran Logia de Escocia, y está fechada en 1598. Aunque es muy probable que desde los tiempos más remotos las logias operativas «aceptaran» a hermanos no operativos, el primer registro de una admisión de este tipo se constató en 1600; el nuevo miembro se llamaba John Boswell de Auchinlech, y así aparece citado en los mismos archivos. La importancia de este documento radica en un pequeño detalle: la marca que precede a la firma de Boswell (una cruz inscrita en un círculo, símbolo a menudo utilizado por los hermanos de la Rosa-Cruz), pone de manifiesto la profunda conexión de los alquimistas rosacruces con la masonería. (Véase capítulo XII: «La caballería cristiana. La iniciación templaria»).

En 1641, sir Robert Moray también se afilia a la misma Logia de Edimburgo y en 1646 se admite en la masonería a uno de los más notables iniciados masónicos de los que hay constancia en aquellos tiempos: Elias Ashmole (1617-1692), docto anticuario, historiador, erudito en heráldica, procurador (1638), capitán de caballería, heraldo de Windsor, comisionado (1644), inspector y contador de impuestos, director de la White Office, miembro de la Royal Society y de la Fraternidad Rosacruz y fundador del Ashmolean Museum de Oxford. Además de ser un adepto del hermetismo, Ashmole fue el primero que, desde la supresión de la Orden del Temple, se refirió en términos elogiosos a los templarios, en su obra sobre la historia de la Orden de la Jarretera (*The Institution, Laws and Ceremonies of the Most Noble Order of the Garter*. Londres, 1672; reeditado en facsímil por Genealogical Publishing, Baltimore, 1971). El historiador Frances Yates descubrirá una estrecha vinculación entre los rosacruces del siglo XVII y la Orden de la Jarretera, un detalle muy sugerente si tenemos en cuenta que en esta orden se ha considerado, cuando menos en el aspecto ceremonial, una continuación de la Orden templaria (Cfr. *El Iluminismo Rosacruz*. F.C.E., México, 1999).

Sir Christopher Wren (1632-1702), arquitecto de la catedral de San Pablo de Londres, matemático, miembro de la Royal Society y último gran maestro de la masonería antigua, habría tenido acceso a documentos antiguos del oficio. Wren no dudaba de la relevancia de los caballeros de la Orden del Templo de Salomón y de otros cruzados en la importación desde Oriente Próximo de las ideas arquitectónicas musulmanas. «Lo que ahora llamamos vulgarmente gótico —escribió— debería llamarse con mayor verdad y propiedad arquitectura sarracena refinada por los cristianos, que surgió en primer lugar en Oriente, tras la caída del imperio griego, por el éxito prodigioso de aquellas gentes que se adhirieron a la doctrina de Mahoma y que, movidos de su celo religioso, construyeron mezquitas, caravasares y sepulcros en todas las partes a las que llegaban. Concebían estas obras con forma redonda, porque no querían imitar la figura cristiana de la cruz, ni las antiguas maneras griegas que tenían por idólatras...».

LA MASONERÍA MODERNA

La masonería adquiere gran preponderancia durante los siglos XVIII y XIX, si bien había tenido precedentes en la Royal Society londinense fundada en 1662. Esta sociedad, de corte científico, en realidad fue el establecimiento oficial del antiguo «Colegio Invisible» de los masones, creado en 1645.

La masonería decimonónica, al contrario que las logias francmasónicas medievales, no desarrolla trabajos operativos propios de los constructores, sino que es fundamentalmente simbólica, ilustrada y filosóficamente especulativa. Los primeros indicios de su fortaleza surgen en 1717, cuando todas las logias inglesas se reúnen en una sola, que se funda con el nombre de Gran Logia de Londres. Este acontecimiento representó una fuerte inyección de conocimientos, ya que se reunieron muchos «antiguos deberes» masónicos y documentos de gran valor, tanto impresos como manuscritos, procedentes de los viejos archivos: preceptos, reglamentos, obligaciones, secretos y usos de las antiguas fraternidades. En 1720, siendo gran maestro electo George Payne, se formó con los documentos recabados una colección de treinta y nueve ordenanzas generales, que fueron revisadas por el doctor James Anderson, teólogo, historiador y pastor protestante, y sirvieron de base a las llamadas *Constituciones de Anderson*, publicadas en 1723, primer fundamento legal de la masonería. Estas *Constituciones* son el texto más importante de la regularidad anglosajona, en él se eliminaron las fórmulas católicas de los «antiguos deberes» para reflejar el espíritu ecuménico.

El propio Anderson explicó cómo algunos hermanos decidieron quemar muchos de aquellos documentos antiguos, con el propósito de que no cayeran «en manos

extranjeras». Las pérdidas fueron de un valor inestimable: es como si se hubieran arrancado miles de páginas del tomo de la historia de la masonería. En fin, como si se hubieran arrancado las raíces del árbol masónico.

Como muchas religiones, sectas y creencias, la masonería fue perseguida y muchos de sus documentos se destruyeron. Curiosamente, la mayor destrucción de textos masónicos no corrió a cargo de personas o entidades ajenas a la institución, sino que fueron los propios masones los que más documentación entregaron al fuego, demostrando con ello que la barbarie es consustancial al ser humano, y no atribuible a tal o cual colectivo.

René Guénon ofreció una explicación —compartida por muchos historiadores— a tan brutal acción. Aseguró que esta destrucción se llevó a cabo porque los antiguos textos contenían fórmulas muy molestas para aquellos hermanos, como la obligación de ser «fiel a Dios, a la Santa Iglesia y al rey», signo incontestable del origen católico de la masonería. No es de extrañar que sucediera lo que sucedió si tenemos en cuenta que los redactores de las nuevas *Constituciones* en 1721 fueron el presbítero anglicano ya mencionado, James Anderson, y el hugonote francés (protestante calvinista) Jean-Theophile Desaguliers, refugiado en Inglaterra en aquellos años.

Cabría pensar que la masonería se convirtió en un vulgar instrumento de la Reforma protestante. Sin embargo, la ruptura con la tradición francmasónica fue mucho más profunda. Anderson, que conocía la lengua hebrea, privilegió en las *Constituciones* la historia del pueblo hebreo, vinculándolo a la masonería. En el nuevo texto no hizo referencia al Nuevo Testamento, para evitar conflictos entre cristianos. Suprimió a personajes como Hermes, considerado uno de los padres de la masonería en los *Manuscritos de Cooke* (Grand Lodge, 1583).

La masonería renovada que surgió en Londres en 1717 era deísta en su primera época —al modo de Pope o Voltaire, Lessing o Rousseau—, y no admitía a los ateos. Eso explica que algunos clérigos y religiosos, más aficionados a clubes y salones que a parroquias y conventos, asustados por el ateísmo creciente de la época, se afiliaran a la masonería.

Massimo Introvigne ofrece un análisis bastante preciso del origen sociológico de la moderna masonería inglesa del siglo XVIII:

«La masonería surge en el ámbito cultural de la modernidad, caracterizada por el fenómeno del pluralismo en lo social y doctrinal.

»La sociedad pluralista nace de la Reforma protestante y sus ulteriores fragmentaciones, luego se ve alentada por el iluminismo con sus variadas formas de racionalismo e incredulidad (deísmo, agnosticismo, etcétera).

»Paradójicamente, una de las reacciones contrarias al fenómeno del pluralismo marcará notablemente el surgir de la masonería; se refiere al fenómeno de las sectas,

mundos cerrados, no plurales, agrupados en torno a un jefe carismático, que surgen como un refugio ante el pluralismo social y que contienen en muchos casos elementos de esoterismo.

»Este itinerario sociológico demuestra, paradójicamente, la necesidad que tiene el hombre de poseer una verdad que apunte su vida y la profunda desazón de vivir en un mundo de contradicciones. Cuando en la sociedad pluralista moderna se manifiestan contradicciones, los hombres reaccionan de tres modos: primero, sienten la necesidad de resolverlas; segundo, si no pueden resolverlas, optan por una evasión, buscando refugio en el sectarismo; tercera, tratan de dar una razón que haga compatible las contradicciones mediante el relativismo y el sincretismo». («Qué cosa es la masonería. El origen del problema y el problema del origen». *Revista Christus*, núm. 8, febrero de 1994).

A partir de la publicación de las *Constituciones de Anderson* en 1723, siendo gran maestro el polémico duque de Wharton, la decadencia de la masonería ha sido imparable: ruptura de lazos con la tradición, atomización, pérdida de identidad, politización, mundanización, paganización, desacralización... Ya por esas fechas se practicaba en Francia, de forma privada, el Rito de Heredom (Refugio), donde aún se preserva parte de la tradición de las antiguas cofradías medievales.

Otras fechas significativas para la masonería decimonónica son 1725, en que aparecen las primeras logias estuardistas o jacobitas; 1732, fecha en que se funda la Gran Logia de Francia; y 1737, cuando surge el Rito Escocés de Ramsay, el cual entra en conflicto con la Gran Logia londinense. En España, el duque de Wharton fundó las dos primeras logias españolas en 1728. En 1739, como nos recuerda Ferrer Benimelli, el cardenal Firrao, secretario de los Estados Pontificios, prohibió las reuniones masónicas, condenó a muerte a los masones y ordenó la demolición de sus viviendas. En 1754 hay un cónclave en el colegio de los jesuitas de Clermont (Francia), donde se reúnen tanto padres de la Compañía como los supervivientes del templarismo escocés y de la masonería de Heredom. De allí surge el efímero Rito de Clermont, que posteriormente dará origen a diversas obediencias masónicas también desaparecidas. En 1760 se produce una reorganización secreta de la masonería templaria de Heredom, en Edimburgo.

En 1771, fecha en que se produce el primer intento de unificación de todas las logias, la masonería ya contaba con un notable influjo político, bajo el impulso de Luis Felipe, duque de Orleans. Este intento de fusión de las logias masónicas no fructificó; sin embargo, de esa propuesta nació la Orden Real de la Francmasonería (1773), que toma el nombre de Gran Oriente de Francia, llegando a ser gran maestro de la misma el propio Luis Felipe. Así pues, lejos de lograr el propósito de la unificación, la gestación del Gran Oriente representó un auténtico cisma dentro de la masonería.

Otra propuesta de unificación de las logias se planteó en el convento celebrado en 1782 en Wihelmsbad (Alemania), donde el gran orador Joseph de Maistre, miembro de la logia de los Trois Mortiers, declaró que las ciencias esotéricas eran una farsa, negó el origen templario de los masones y suplicó que éstos regresaran, como él, al seno del cristianismo. (Cfr. *La Francmasonería. Memoria dirigida por Joseph de Maistre al duque de Brunswick*. Joseph de Maistre, Marsay, Sevilla, 2001). Hasta entonces, la masonería nunca había puesto en tela de juicio su vinculación con los templarios. Es más, antes del resurgimiento de la masonería como actividad ilustrada y especulativa, ésta ya venía reclamando su origen templario y había incorporado esa idea a los ritos de sus diversas obediencias desde las primeras décadas del siglo XVIII. Incluso en nuestros días existe una Orden del Temple asociada con la Gran Logia Unida de Inglaterra, principal obediencia de la llamada «masonería universal», la cual sigue considerando la tradición templaria como la más venerada esencia de sus rituales. De cualquier forma, a pesar de que existan pretensiones al respecto, hoy puede decirse que poco de templario hay en la masonería, salvo alusiones y detalles característicos en ciertos grados. Es más, puede afirmarse que la constitución de la gran logia londinense es la conversión de una verdadera sociedad secreta «en un cenáculo algo pomposo donde se reunían unos amigos, y tomaba un carácter semipúblico porque ya no tenía ningún secreto que guardar» (Lynn Picknett y Clive Prince: *La revelación de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1998). En definitiva, estas palabras ilustran muy bien el panorama de conjunto de la actual masonería que, salvo la honrosa excepción de «muchos francmasones modernos que sin duda se someten a sus iniciaciones respetando lo solemne y con sentido de espiritualidad», es una organización que ha perdido su sentido originario. Por ejemplo —señala René Guénon—, en la masonería inglesa, veinticuatro de los treinta y tres grados se otorgan sin celebrar ningún rito, lo cual también sucede con los llamados «altos grados» templarios de algunas órdenes vinculadas a la masonería, que se otorgan de palabra, sin necesidad de llevar a cabo rito alguno. Antes de la formación de la Gran Logia, los francmasones propagaban el mismo tipo de saberes que los templarios sobre geometría sacra y hermetismo. En la actualidad, muchos reniegan de sus raíces o, simplemente, las desconocen, pues en gran medida la cadena de transmisión se ha roto por demasiados eslabones.

Desde las *Constituciones de Anderson* y la consiguiente ruptura con la tradición católica, toda clase de advenedizos y oportunistas han engrosado las filas masónicas. Una de las influencias más nefastas se debe a la penetración en su seno de corrientes ocultistas y luciferinas. La política de ecumenismo mal entendido (entendido como un relativismo sincrético) ha posibilitado que ingresen en la institución personajes tan siniestros como Alphonse-Louis Constant (1810-1875), más conocido por el seudónimo de Éliphas Lévi. Su tratado ocultista *Dogme et rituel de Haute-Magie*

(Éditions Guy Trédaniel, París, 1856) se convirtió en fuente de estudio de muchas logias masónicas de corte ocultista y de muchas organizaciones paramasónicas y pseudomasónicas dedicadas a la magia ceremonial.

Sobre el *baphomet*, el supuesto ídolo que según los acusadores de la Orden del Temple adoraban los caballeros templarios, dice el ocultista y masón Éliphas Lévi:

«Digamos alta y francamente que todos los iniciados en las ciencias ocultas han adorado, adoran todavía y adorarán siempre lo que este símbolo significa.

»Sí, los grandes maestros de la Orden de Templarios adoraban al Baphomet y hacíanle adorar a sus iniciados; sí, han existido y pueden existir aún asambleas presididas por esta figura sentada en su trono con su antorcha encendida entre los cuernos. Sólo que los adoradores de este símbolo no piensan, como nosotros, que es la representación del diablo, y sí la del Dios Pan (el Gran Todo), el dios de nuestras escuelas de filosofía moderna; el dios de los teurgistas de la escuela de Alejandría, y de los místicos neoplatónicos de nuestros días, el dios de Spinosa y de Platón, el dios de las escuelas gnósticas primitivas, *el Cristo del Sacerdocio disidente*». (Éliphas Lévi: *Dogma y ritual de la alta magia*. Kier, Buenos Aires, 1998).

Aunque hay logias que observan la tradición esotérica, en la línea de René Guénon y otros grandes metafísicos de Oriente y Occidente, buena parte de la masonería actual se halla contaminada por el ocultismo decimonónico, que nada tiene que ver con el esoterismo. Otras masonerías han descendido hasta los niveles de la desacralización más absoluta: son las masonerías ultrarracionalistas y politizadas. Enseñanzas tan antitradicionales como las del fantástico mago Éliphas Lévi son un ejemplo de la decadencia doctrinal en la que ha degenerado buena parte de las logias masónicas modernas.

Para el «sacerdocio disidente» al que se refiere Lévi, es decir, la masonería, el Bafomet representa al espíritu sobrenatural que ésta considera como su «Cristo» y adora como a su «Dios».

Este tipo de grupos masónicos y paramasónicos practicantes del ocultismo y la magia ceremonial proliferaron en el siglo XIX: Societas Rosacruziana in Anglia —de la que era miembro el escritor y político inglés Edward George Bulwer-Lytton—, Orden Hermética de la Golden Dawn, fundada por los ocultistas Woodman, Wescott y Mathers, Sociedad Teosófica, fundada por la célebre y carismática ocultista rusa conocida como *madame Blavatsky*, etcétera. La impregnación de ideas mundanas en la práctica mágica y ocultista —en la que no faltan pociones, demonios y nigromancia— es la expresión más degradada, antitradicional y contrainiciática de la masonería moderna. Aunque muchos de los exabruptos que aparecen en *Dogma y ritual de la alta magia* son humoradas de Lévi (según el brujo y megalómano inglés Aleister Crowley,

conocido como «la Bestia 666») y el libro aporta una información deformada sobre muchos símbolos importantes, aún se estudia como fuente de «conocimientos ocultos». (Por ejemplo, a los aficionados suele interesarles su estructura, que remite a la secuencia del tarot).

DEL ESTUARDISMO A LOS ‘ILLUMINATI’

Aunque la masonería escocesa no se estableció como Gran Logia hasta 1736, existen abundantes pruebas que demuestran que la masonería había existido en Escocia desde mucho tiempo atrás. Incluso si se dejan a un lado las nuevas evidencias de Rosslyn, existen actas de las reuniones de las logias que se remontan a 1598. En las actas de 1601, por ejemplo, se cita a Jacobo VI de Escocia —también reinó en Inglaterra con el nombre de Jacobo I— y se le considera iniciado en la Logia de Perth y Scoon, dos años antes de que se trasladara a vivir a Londres.

Cuando se estableció la Gran Logia de Londres (1717), los miembros renegaron de sus orígenes escoceses, debido a las tendencias jacobitas que parecían impregnar sus ritos. (Se llamaban jacobitas a los partidarios del escocés Jacobo II Estuardo, partidario del catolicismo, frente al protestantismo general). En la depuración de la Gran Logia de Londres tuvo mucha parte la política censuradora de la casa de Hannover, que ocupaba el trono en Inglaterra en ese momento.

Casi un siglo después se fundó la Gran Logia Unida de Inglaterra y su nuevo gran maestro, el duque de Sussex, y otros hombres que no sabían nada del significado verdadero de la masonería, hicieron todo lo que pudieron para transformar y suprimir los rituales de los treinta y tres grados del antiguo rito escocés, que consideraban ultrajantes. Con ello suprimieron los mensajes secretos que tan cuidadosamente introdujeron en el primer rito escocés William Saint Clair y otros descendientes de los caballeros del Temple.

A pesar de estos intentos por reducir el valor católico original y heredero del Temple, no se pudo eliminar por completo esta tradición. No cabe duda de que grados y ritos muy antiguos siguen usándose en Escocia, Francia y Norteamérica; estos restos de la tradición están vinculados a los caballeros templarios y a una tradición denominada *Rex Deus* —nombre que recibe la familia cuyos miembros son identificados con el linaje del Grial y la historia oculta de la davídica sangre real—. Ahora bien, también es cierto que el acceso a dichos grados, así como lo que significan realmente, se halla restringido a una minoría privilegiada; para los investigadores británicos Marilyn Hopkins, Graham Simmans y Tim Wallace-Murphy, esa elite está compuesta por aquellos «que ya saben, por su nacimiento, y los que han merecido los niveles de confianza más altos en virtud de sus acciones». (*Los hijos secretos del*

Grial. Martínez Roca, Barcelona, 2001).

La auténtica tradición templaria-masónica puede rastrearse con dificultad. El embrión de la masonería contemporánea se habría desarrollado en Escocia tras la desaparición de los caballeros del Temple, que habían basado sus propias creencias en las enseñanzas de la primera Iglesia de Jerusalén. Obviamente, la Gran Logia Unida de Inglaterra niega por completo esta idea. Hay autores que esgrimen indicios que demostrarían que un templario extrajo los manuscritos secretos enterrados por los judíos meses antes de que los romanos, en el año 70 d.C., destruyeran el templo y los eliminaran. De acuerdo con esta suposición, en la capilla de Rosslyn, construida por el conde William Saint Clair en 1440, se hallarían las claves del origen templario de la masonería escocesa.

La capilla Rosslyn, cerca de Edimburgo, es un punto de encuentro fundamental para todos aquellos especialistas interesados en la historia oculta de la caballería templaria. Su ornamentación, abigarrada y muy característica, aparece en un desorden sólo aparente. Esta capilla no sólo posee elementos simbólicos que aluden claramente a la masonería, sino también a las familias *Rex Deus*, al linaje sacro, a la historia oculta de los caballeros templarios y a la Jerusalén del siglo I. Entre los muchos elementos característicos de esta historia oculta, cabe resaltar un relieve existente entre dos pilares en el exterior de la capilla, que muestra una ceremonia de iniciación al primer grado de la masonería. El candidato, arrodillado, tiene los ojos vendados y lleva una soga alrededor del cuello, cuyo extremo sostiene un personaje ataviado con la túnica de los caballeros del Temple. Sus pies están colocados en la posición que los candidatos masones continúan adoptando en la actualidad en las ceremonias modernas, y en la mano izquierda sostiene una Biblia. Este relieve fue realizado alrededor de 1450, casi doscientos setenta años antes de la fecha propuesta por la Gran Logia Unida de Inglaterra como principio de la masonería.

Laurence Gardner, genealogista que mantiene estrechas relaciones con la casa real de los Estuardo, ha realizado estudios realmente interesantes a propósito de la relación entre la monarquía escocesa y la masonería. Especialmente relevantes son sus trabajos sobre ciertas familias de la nobleza europea encuadradas en la tradición denominada *Rex Deus*. Esta tradición, casi literaria, habla de alianzas entre antiquísimos linajes europeos que se remontan a Bizancio y a la Palestina bíblica. Del complejo entramado de la tradición *Rex Deus* también se han encargado otros escritores británicos, de dudosa reputación, como Michael Baigent, Richard Leigh, Henry Lincoln, Christopher Knight, Robert Lomas, Marilyn Hopkins, Graham Simmans y Tim Wallace-Murphy, varios de ellos adscritos a la fantástica trama del Priorato de Sión (véase capítulo XXVI: «El Priorato de Sión y los merovingios: un mito nacionalista»), a la que recientemente se ha sumado con gran éxito editorial el novelista Dan Brown, autor de *El código da Vinci* y *Ángeles y demonios*, novelas en las que, como parte de una

estrategia comercial tendenciosamente sensacionalista y anticatólica, se mezclan algunos datos históricos con muchas invenciones y tergiversaciones.

Laurence Gardner ha podido consultar, con el permiso del príncipe Miguel de Albania —heredero del trono de Escocia—, documentos de caballería y de la casa real estuardista en los Archivos Jacobitas de Saint-Germain y ha conseguido averiguar algunos detalles interesantes: por ejemplo, que Hugo de Payens, primer maestro del Temple, había establecido pactos y relaciones con el rey David I de Escocia, y que ello ocurrió en 1128, tras el Concilio de Troyes en el que se fundó el Temple. El investigador ha sabido también que San Bernardo de Claraval había promovido la integración de su poderosa orden cisterciense en la Iglesia celta o culdea (véase capítulo I: «La Orden del Templo de Salomón: primeros años y entorno social»). Este último dato, de ser cierto, convertiría ya en algo más que en mera especulación la tradición que nos habla de un San Bernardo iniciado en los misterios druídicos, e incluso otorgaría rango de veracidad a la famosa carta número XII (apócrifa), en la que San Bernardo habla a Hugo de Payens del bautismo iniciático del Hombre Primordial entre los celtas y de la «ciudad de los sacerdotes druidas»: Bethphagé. Ahora bien, hay que tener en cuenta que muchas cartas decididamente falsas se atribuyeron a San Bernardo en su tiempo, y así lo explica fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764), maestro general de la Orden de San Benito, en sus *Cartas eruditas y curiosas*, cuando escribe que el mismo San Bernardo admitió que «un notario contrahizo su sello y usó de él para escribir muchas cartas fingidas, y llenas de patrañas en su nombre a varios sujetos, entre ellos, al mismo papa Eugenio» (Carta XII; Imprenta Real, Madrid, 1774).

Respecto a los acuerdos entre Payens y el rey David I de Escocia, éste entregó a los templarios los territorios de Ballantrodoch, adyacentes al estuario de Forth (un lugar conocido a partir de entonces como «el poblado del Temple»), aunque al principio se establecieron al sur de Esk. Sucesivos monarcas escotos apoyaron y promovieron la Orden, especialmente Guillermo *el León*, rey de Escocia (1165-1214). Los templarios recibieron grandes extensiones de tierras, en su mayoría, cerca de Aberdeen —otro dato importante que explicaría por qué se establecieron allí tras pasar a la clandestinidad— y Lothians, así como Ayr, la zona oeste de Escocia. Tras la batalla de Bannockburn, en la que ya se ha dicho que participaron los Saint Clair además de otros miembros de las familias *Rex Deus* (entre ellos, un Montgomery), los templarios aumentaron su presencia en las zonas de Lorne y Argyll. A partir de Robert Bruce, que, como también se ha dicho, se convirtió en soberano y gran maestro de los templarios escoceses, todo sucesor Bruce y Stewart (Estuardo) era templario desde el momento de su nacimiento. En nuestros días, el príncipe Miguel de Albania, jefe de la casa real de los Estuardo y descendiente directo de Robert Bruce, ostentaría tal condición.

Gardner señala que «los libros de historia actuales y las enciclopedias afirman casi

unánimemente que los templarios desaparecieron en el siglo XIV. Pero se equivocan. La Orden de Caballería del Templo de Jerusalén (distinta de la de los masones templarios, creada con posterioridad) continúa floreciendo en la Europa continental y en Escocia». (Laurence Gardner, *ibíd.*). ¿Quiénes se hallan detrás de esa «Orden de Caballería del Templo de Jerusalén» a la que se refiere Gardner? En el apartado de agradecimientos, el autor menciona a la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani (OSMTH) y de ahí pudieran seguirse algunas deducciones...

En 1593, el rey escocés Jacobo I de Inglaterra (que reinó en Escocia como Jacobo VI tras suceder a su madre María Estuardo) fundó la Orden de San Andrés del Cardo. El cardo era el emblema de Escocia y el apóstol San Andrés el supuesto evangelizador. En ese mismo año fundó también la Rosa Cruz Real, con treinta y dos caballeros de la citada Orden de San Andrés del Cardo. Jacobo era en ese momento gran maestro de los masones operativos de Escocia. Tras un olvido casi absoluto, la Orden de San Andrés del Cardo fue restablecida en 1687 por el rey Jacobo II, antes de su exilio en Francia. Es probable que durante ese siglo de oscuridad se hubiesen suspendido los ingresos o que la Orden hubiera adoptado una actitud más secretista. El caso es que en 1659 aparece abiertamente una orden masónica denominada Orden de los Maestros Escoceses de San Andrés, probablemente fundada por el general Monck, que era un masón aceptado. El grado de Maestro Escocés de San Andrés, que durante mucho tiempo se mantuvo en secreto, encabeza la masonería jacobita, es decir, estuardista, a partir del siglo XVII. El grado es único y sucede al de maestro masón ordinario, aunque eventualmente.

Tanto en las «Ordenanzas generales» de 1743 de la Gran Logia de Francia (con filiación masónica jacobita), como en la obra del abad Gabriel-Louis Calabre Perau, *L'Ordre des Francs-maçons trahi, et le secret des Mopses révéle* (*La Orden de los Francmasones traidores, y el secreto del Mopses revelado*), fechada en Amsterdam en 1744, aparecen dos testimonios muy importantes sobre la existencia de una Orden de los Maestros Escoceses; esta orden es una especie de masonería superior que no revela sus objetivos ni sus orígenes, y no son otros que los caballeros de San Andrés; es decir, los partidarios de los Estuardo, que disimulan sus raíces para infiltrarse más fácilmente en la masonería francesa.

Respecto al «Mopses» que se menciona en la obra del abad Perau, el masón ocultista Éliphas Lévi explica:

«Los ritos del *sabbat* gnóstico se transmitieron a Alemania, a una asociación que tomó el nombre de Mopses; reemplazaron el macho cabrío cabalístico por el perro hermético, y cuando había recepción de candidato o candidata (porque la orden admite damas) se le conduce a la asamblea con ojos vendados; se hace alrededor de él o de ella un ruido infernal, que ha hecho dar el nombre de *sabbat* a todos los

inexplicables rumores; se le pregunta si tiene miedo al diablo y después se le propone bruscamente la elección, entre besar el trasero del gran maestro o besar el de Mopse, que es una figura de perro recubierta de seda y sustituida del gran ídolo del macho cabrío de Mendes. Los Mopses tienen por signo de reconocimiento una mueca ridícula, que recuerda las fantasmagorías del antiguo *sabbat* y las caretas de los asistentes.

»Por lo demás, su doctrina se resume en el culto del amor y de la libertad. Esta asociación se inició cuando la Iglesia romana persiguió a la masonería. Los masones afectaban reclutarse más que en el catolicismo y habían sustituido el juramento de recepción por una solemne promesa de honor, de no revelar los secretos de la asociación. Era más que un juramento y la religión no tenía nada que decir [ésta era una práctica acostumbrada de las sectas sabáticas de hechiceros medievales]». (Éliphas Lévi, *ibíd.*).

En el manuscrito de Devaux d'Hugueville, *Instrucción general del grado de Caballero Rosa-Cruz*, fechado en 1746, se hace constar que en el siglo XVIII se encontrará el grado de Maestro Escocés de San Andrés asociado al nuevo grado llamado Rosa Cruz, el cual porta diversos títulos: caballero Rosa Cruz, caballero del Águila, caballero del Pelicano, masón de Heredom y caballero de San Andrés. El ritual de esta orden evoca la reconstrucción del Templo de Jerusalén por Zorobabel y sus compañeros, cuando regresó del exilio en Babilonia. En secreto, evoca también el retorno a Gran Bretaña después del exilio en Francia, con la restauración de los Estuardo.

Andrew Sinclair, por su parte, apunta que «los templarios se identificaron con los constructores guerreros de Zorobabel, que convencieron al rey Darío de que permitiese la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Heredaron de los gnósticos y de San Juan la creencia de que el Templo era el centro místico del mundo; así, se resistían secretamente al poder y a la autoridad de los papas y de los reyes de Europa. Los emblemas de color blanco y negro de su orden, una cruz octogonal roja sobre un hábito blanco, manifestaban su gnosticismo y su maniqueísmo, la creencia en la lucha continua en el mundo del demonio contra la Inteligencia de Dios. Legaron a los masones los losanges blancos y negros y los mosaicos dentados de sus logias. Y antes de morir el último de los grandes maestros, Jacques de Molay, “organizó” e instituyó la que después se llamaría masonería oculta, hermética, o del Rito Escocés». (Andrew Sinclair, *ibíd.*).

La relación entre los monarcas escoceses exiliados en Francia y la casa real de este país se resolvió en la tradicional colaboración militar franco-escocesa, derivada natural de la *auld alliance* o «vieja alianza» que se inició con el tratado de 1326 entre Robert Bruce y Carlos IV de Francia. Esta colaboración se mantuvo durante la Guerra

de los Cien Años y aún siglos después. Las tropas escocesas desempeñaron un relevante papel en las campañas conducidas por Juana de Arco y se distinguieron en el sitio de Orleans. La influencia escocesa en Francia por aquel entonces fue notable. Es muy interesante que años después el rey francés Carlos VII creara un ejército permanente —el primero de este tipo tras la desaparición del Temple— cuyo regimiento de elite era la *Compagnie des Gendarmes Écossais*. Con ello se honraban más de cien años de servicios distinguidos de las tropas escocesas a la corona francesa. La entrega de los escoceses a las causas francesas había culminado en 1424, durante la sangrienta batalla de Verneuil, donde cayó aniquilado casi todo el contingente escocés al mando de John Stewart, conde de Buchan. Este acto colectivo de valor y la lealtad durante tanto tiempo demostrada promovieron la creación de una unidad especial de tropas escocesas encargadas de la protección personal del rey de Francia, conocida como *Garde Écosse* (Guardia Escocesa). Todos los oficiales y comandantes de esta guardia tuvieron además el honor de ser recibidos en la Orden de San Miguel, de la que poco después hubo una rama en Escocia.

La Guardia Escocesa, a diferencia de otras órdenes caballerescas europeas de militancia teórica, como las de la Jarretera o la del Toisón de Oro, fue una orden militar auténtica, que además de acciones de guerra desempeñó importantes labores en el ámbito político y diplomático.

Las similitudes entre la Guardia Escocesa y los templarios, en todos los sentidos, es muy significativa, hasta el punto de que la Guardia Escocesa reclutó a sus oficiales entre las más nobles familias de Escocia, algunas de las cuales habían apoyado siglos atrás el ascenso al trono escocés de Robert Bruce y habían promovido la independencia de su país; los Seton, los Saint Clair, los Stewart o Estuardo, los Montgomery, los Hamilton, etcétera, ocuparon cargos relevantes en la Guardia Escocesa. Curiosamente, estas familias estaban íntimamente vinculadas al Temple y a la tradición del *Rex Deus*, e incluso en 1689 podía apreciarse en el entorno de los Estuardo una Orden de templarios que combatía en nombre de los reyes escoceses y cuyo gran maestre era el vizconde de Dundee, John Claverhouse.

Michael Baigent y Richard Leigh refieren el caso de un Montgomery contemporáneo que les habló orgulloso de la antigua relación de su estirpe con la Guardia Escocesa y de la existencia dentro de la familia de una orden de neocaballería de tipo masónico y acceso restringido llamada Orden del Temple, a la que todos los varones Montgomery tenían derecho a ingresar por el mero hecho de haber nacido en el seno de esta familia. Este detalle sin duda recuerda al sistema hereditario establecido por Robert Bruce en el Temple clandestino.

En España, el movimiento de los «alumbrados», sinónimo de «iluminados», derivó también de las primitivas logias masónicas seguidoras de los Estuardo. De carácter cristiano, pero contraria a la jerarquía y a la autoridad de Roma, la secta de los

alumbrados aborrecía cualquier tipo de práctica religiosa externa. Concebían que el cristianismo debía vivirse interiormente y propugnaban el ejercicio continuo de la oración y las prácticas meditativas para alcanzar un estado de lucidez interior al que llamaban «alumbramiento».

Los alumbrados tuvieron su origen en España, donde aparecieron en torno a 1509. Su principal foco de expansión fue Andalucía. Se tiene noticia de ellos en Guadalajara (1512) y Salamanca (1515). El erudito santanderino Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) afirmó que hubo colonias de alumbrados en Guadalajara, Segovia, Madrid, Ávila, Toledo y Valladolid. Los focos iniciales estuvieron constituidos por judíos conversos. Puede comprenderse por qué llamaban idolatría a la genuflexión, «palo» a la cruz, etcétera. En 1544 se produce el último proceso inquisitorial contra una monja «alumbrada» (la clarisa sor Magdalena de la Cruz). A partir de entonces, los alumbrados desaparecerán de la historia de España. Fueron eliminados por la Inquisición, pero pudieron extender sus doctrinas por Europa Central.

Por su parte, los *illuminati* o iluminados de Baviera constituyeron una secta secreta fundada por Adam Weishaupt, catedrático de Derecho Canónico en Ingolstadt (Alemania). Elaboró durante años el primer proyecto conspirativo de la Edad Moderna. Hasta entonces, la masonería y el rosacrucianismo habían sido escuelas de pensamiento. Con Weishaupt, los principios pretenden llevarse a la práctica. Antimonárquico y anticristiano, Weishaupt creyó que sobre las ruinas de las monarquías y de la Iglesia se podría levantar un «nuevo orden». La secta destacó pronto por su propaganda anticlerical. Weishaupt, antiguo alumno de los jesuitas, cargó duramente contra sus educadores. En 1777, ingresó en la Logia de la Prudencia, de rito templario. La idea de Weishaupt consistía en utilizar la masonería, por entonces muy extendida en Baviera, para captar nuevos militantes y copiar los rituales de los altos grados masónicos. Pronto contaron con maestros masones en número suficiente para tener logias propias.

DEL RITO ESCOCÉS DE RAMSAY AL RITO ESCOCÉS RECTIFICADO

El origen de los grados y ritos masónicos es difícil de establecer, y son muchos y variopintos. Por eso aquí se tratará brevemente de los que interesan por su posible vinculación con el Temple, y que no siempre son los grados y ritos engalanados con el título de «Escocés», ya que casi ninguno de éstos tiene que ver con Escocia y ni siquiera en dicho país se practican.

Aunque durante el siglo XVIII ya fueron apareciendo grados superiores —aparte de los tres clásicos del simbolismo masónico de Aprendiz, Compañero y Maestro, que luego pasarían a formar parte preferente del llamado «escocismo»—, con la

restauración monárquica y la subida al trono inglés de Carlos II (1630-1685), la masonería fue poco a poco recuperando sus antiguos cauces, si bien se mantuvieron los grados superiores creados (Maestro Secreto, Perfecto y Elegido).

El año de 1724 fue determinante en la masonería decimonónica y, sin duda, marcó un antes y un después el desarrollo de estas sociedades. Ese año, el baronet escocés Andrew Mitchell Ramsay, más conocido como Chevalier Ramsay, propuso a la Gran Logia Unida de Inglaterra un sistema que comprendía la adopción de tres grados superiores: Escocés, Novicio y Caballero del Templo. Esta propuesta, que buscaba en el Temple raíces prestigiosas para la francmasonería, fue rechazada por la Gran Logia inglesa, pero tuvo gran acogida en Francia. Estos grados fueron los precursores de la gran cantidad de sistemas de toda índole que fueron apareciendo después. La reforma de Ramsay, al parecer, sólo tenía por objeto la restauración de los Estuardo, o el fortalecimiento del catolicismo en Inglaterra, de ahí que se haya dicho que era un agente al servicio de los jesuitas.

En 1755, Luis de Borbón-Condé, conde de Clermont y príncipe de sangre real, sustituye al duque de Antin como gran maestro de la Gran Logia de Francia. En ese momento, Luis de Borbón gobierna en París una logia cuyo nombre resulta muy significativo: Saint-Jean-de-Jerusalem. (Luis de Borbón-Condé, por cierto, consta como gran maestro del Temple en la *carta de transmisión* de Larmenius, documento del que se hablará más adelante, a partir de 1741). Posteriormente, firma unos estatutos que servirán de reglamento para todas las logias del reino de Francia, en los que se reconoce el nuevo grado de Maestro Escocés. Estos estatutos precisan además que sólo los maestros de logia y los maestros escoceses tendrán en adelante el privilegio de permanecer cubiertos en el interior de la logia. No obstante, los maestros escoceses aventajarían a los meros maestros de logia, pues se les encomendó la misión de inspeccionar los trabajos de las logias y restablecer el orden en caso necesario. Esta misión se convertirá después en el privilegio de los que ostentan el grado de Maestro Escocés de San Andrés o de Caballero Rosa-Cruz en el Rito Escocés Rectificado o en el Rito de Memphis-Misraïm, los cuales mantuvieron este uso antiquísimo.

Del rito de Memphis (fusionado desde 1908 con el de Misraïm) se puede decir que se constituyó en Francia en el siglo XIX, tras la expedición de Napoleón a Egipto, en la que participaron varios científicos masones. Su fundador, Jacques-Étienne Marconis de Nègre, sostenía que los templarios, antepasados directos de la masonería, habían recibido su doctrina esotérica de una hermandad oriental fundada por «un sabio egipcio de nombre Ormus, sacerdote de Memphis, convertido al cristianismo por San Marcos». (Marconis de Nègre: *Hermés, ou le sanctuaire de Memphis*. Bruyer, París, 1849). Este rito se considera heredero de los misterios egipcios y, en algunos casos, también de las tradiciones hindúes. (Véase capítulo XXVI: «El priorato de Sión y los merovingios: un mito nacionalista»).

En 1772 se disolvió en Francia la Gran Logia y posteriormente se fundó el Gran Oriente de Francia, el cual no aceptó más que los tres grados simbólicos del rito inglés, adoptados con el título de Rito Francés. En cuanto a la joya masónica emblemática, el grado de Maestro Escocés de San Andrés, dejó de tener la misma preponderancia una vez integrado en el nuevo Rito Francés que suplantó al Rito Escocés Primitivo, el cual había sido llevado a Francia por las logias militares estuardistas. Mucho más esotérico es el emblema que adoptará el convento de Lyon en 1778, constitutivo del Rito Escocés Rectificado: «En el anverso, una corona real sobre la que figura la cruz paté encerrada en un sello de Salomón (estrella de seis puntas) flamígero. En el centro, la letra mayúscula H, entre el compás, la escuadra, el nivel y la plomada. En el reverso representa a San Andrés en su cruz en forma de X. La letra H puede significar Hiram o Heredom, la ciudad mística de la masonería escocesa».

Sobre el Rito Escocés Rectificado, quizá una de las últimas manifestaciones del templarismo masónico, cabe decir que tiene su origen en la Observancia Estricta Templaria del barón Karl von Hund, gran señor de Lipse. Esta observancia masónica caballerescas pretende su legitimidad en la tradición del caballero d'Aumont, aquel que huyera a Escocia en los tiempos de la persecución; esta tradición tuvo especial acogida en la masonería alemana.

En el denominado capítulo de Clermont, que se practicó en Alemania entre 1758 y 1764, y era antecedente directo de la Observancia Estricta Templaria (OET), se proponía ya dos altos grados de carácter esotérico: Caballero de San Andrés del Cardo y Caballero de Dios y de su Templo.

Como ya se dijo, hay fuentes masónicas que atribuyen a los jesuitas la creación de la Estricta Observancia. Al respecto son de gran interés los apuntes de René Guénon en su artículo «La Estricta Observancia y los Superiores Desconocidos», incluido en sus *Estudios sobre la Francmasonería y el Compañerazgo*. Para Guénon, no obstante, esto parece algo obsesivo, pero, en caso de ser cierto, los jesuitas habrían intervenido de algún modo en la creación de las dos principales filiaciones templarias: la de Larmenius y la de los escoceses.

Lo cierto es que este régimen masónico y templario de la Estricta Observancia tiene su origen en la iniciación que Von Hund recibió en Francfort en 1742 y en la concesión de los altos grados templarios en el capítulo de Clermont en París (1743), por parte del príncipe Carlos Eduardo Stewart (Estuardo), que se encontraría exiliado en Francia. Como quiera que se ha demostrado que no había ningún Estuardo en París por esas fechas, muchos autores, entre ellos el propio René Guénon, deslegitimaron toda esta historia. Sin embargo, nuevas evidencias encontradas en los archivos de la Stella Templum (grupo escocés que se reclama también heredero de la Orden del Temple) y que recogen Baigent y Leigh en *The Temple and the Lodge*, y Hopkins, Simmans y Wallace-Murphy en *Los hijos secretos del Grial*, apuntan a que no fue Carlos Estuardo

el que inició a Von Hund en los altos grados templarios, sino que se trataría de otro templario escocés ligado a la tradición *Rex Deus*; nos estamos refiriendo al conde de Eglinton, Alexander Montgomery, lo cual sería plausible, pues cabe recordar la relación de los Montgomery con los Estuardo desde la época de Robert Bruce. Este templario no sería otro que el famoso *Eques a Penna Rubra* (Caballero de la Pluma Roja), que Von Hund había confundido con un Estuardo al comprobar que alguno de los presentes, posiblemente lord Kilmarnock, se dirigía a él como «Stewart» o «Steward» (senescal). Y es que ése era precisamente su rango en la Orden del Temple.

Posteriormente, Von Hund se hizo otorgar el título de gran maestro de los templarios, lo cual originó algunas protestas en el mundo masónico. En cualquier caso, creó la Observancia Estricta Templaria, a la que pertenecerían figuras de la talla de Mozart, Haydn o Goethe, y declaró haber recibido la misión de reformar la francmasonería alemana y reconstruir la Orden del Temple, suprimida en 1314 por el papa Clemente V. Esta misión, según él, le habría sido encomendada por unos «superiores desconocidos». Algunos masones han reconocido en esos misteriosos «superiores desconocidos» a los jesuitas, incluso se ha pretendido ver en las iniciales S. J. o S. I. características de la *Societas Jesu* o *Iesu* las de «superiores desconocidos» («*superiors inconnus*», en francés).

Von Hund introduce en sus rituales una doble leyenda: 1) su obediencia, la masonería rectificadora, procede de la Orden del Temple; 2) la masonería escocesa es la obra de los Estuardo destronados (se trata de la llamada «leyenda jacobita»).

Tras una expansión considerable, una fusión con la cléricatura del ministro protestante Johann August Starck, la creación de altos grados muy secretos reunidos en torno a un llamado Colegio Metropolitano y otros acontecimientos más o menos tempestuosos, Von Hund fallece en 1776. En 1782, la Estricta Observancia celebra un convento en el que, entre otras conclusiones, se llega a la convicción de que la filiación templaria solamente tiene un significado moral, místico y cristiano. Es entonces cuando el duque Fernando de Brunswick se convierte en el jefe del nuevo sistema con el título de gran maestro general de la Orden de los Caballeros Bienhechores y de la Masonería Rectificada. Sin embargo, hacia 1786, el duque de Brunswick se desentiende totalmente de la orden, y hacia el año 1806 ya no existe prácticamente la Observancia Estricta Templaria. Antes de esa fecha, entre 1774 y 1782, se había gestado en Francia el Régimen Escocés Rectificado; aquí participaban dos grupos de masones de Lyon y Estrasburgo, entre los que cabe citar a Jean y Bernard Turkheim y Rodolphe Saltzmann, de Estrasburgo, y, sobre todo, a Jean-Baptiste Willermoz, de Lyon, que fue el artífice del régimen y dio forma a la doctrina del rito.

Entre los orígenes y fuentes del Régimen Escocés Rectificado tenemos a la Observancia Estricta Templaria, también denominada «Masonería Rectificada» o

«Reformada de Dresde», que era el sistema alemán que implantó Von Hund, y en el que el aspecto caballeresco primaba absolutamente sobre el aspecto masónico. Como ya se ha dicho, la Estricta Observancia no sólo pretendió ser la heredera, sino también la restauradora de la antigua Orden del Temple abolida en 1312. Sin embargo, el Rito Escocés Rectificado no aspira a tanto, y únicamente se conforma con erigirse en representante de una tradición espiritual templaria, mas en ningún caso de una filiación histórica. En la actualidad, este rito de masonería cristiana se sigue practicando en varias obediencias, entre ellas, en la masonería regular española.

LA GNOSIS TEMPLARIA: REALIDADES, MITOS Y FALSIFICACIONES

Un documento presumiblemente medieval que todavía se conserva en París, el *Levitikon ou Exposé des principes fondamentaux de la Doctrine des Chrétiens-Catholiques-Primitifs, suivi de leurs Evangiles*, habla de las creencias que habrían traído los templarios desde Oriente Próximo. Esta doctrina aparece en la obra de A. Bothwell-Gosse: *The Knights Templar* (John M. Watkins, Londres, 1912; reed. Kessinger Publishing, Whitefish, MT, 2003). En realidad, este texto es uno más de los muchos documentos iniciáticos y tratados secretos que se falsifican en el siglo XIX para justificar teorías legitimistas por parte de logias masónicas y organizaciones paramasónicas.

Un caso singular: el podólogo y antiguo seminarista Bernard-Raymond Fabré-Palaprat de Spolète (1775-1838) y su colega Philippe Ledru (1754-1832) pretendían legitimar la orden neotemplaria que habían instituido en 1804, y para conseguirlo falsificaron lo que consideraron necesario. El *Levitikon*, supuesto manuscrito templario que demostraba que la Orden del Temple había sido fundada por el mismo Jesucristo, era en realidad una vulgar falsificación de estos dos masones franceses. El pseudoevangelio que inventaron se basaba en la iniciación, el progreso y la ciencia que, según ellos, se había preservado a través de los grandes maestros de la Orden del Temple, tanto durante su existencia oficial, como en la clandestinidad. Fabré-Palaprat decía también que la Orden del Temple, aliada con la secta ismaelita de los Asesinos, había dado lugar a una desviación conocida por el nombre de «masonería».

Según el profesor Alain Desgris, de la Universidad París I (Panteón-Sorbona), el *Levitikon o Exposición de los principios fundamentales de la doctrina de los cristianos-católicos-primitivos, seguida de sus Evangelios*, fue impreso en París en 1831, en la Librairie des Chrétiens Primitifs. (*L'ordre des templiers: les secrets dévoilés*. Dervy, París, 1994). El medievalista Laurent Dailliez, en *Les templiers, ces inconnus* (Éditions Perrin, París, 1972), dice que el *Levitikon* formaría parte de un texto más antiguo escrito en griego, el *Evangelicon*, en el que Cristo aparece como un

filósofo y un iniciado que habría impulsado a Juan por la vía del esoterismo. Este esoterismo se habría transmitido hasta el patriarca Teocleto, pontífice o sucesor de la línea de los cristianos de Juan. Y este Teocleto, en 1118, habría iniciado en sus secretos a Hugo de Payens, primer maestro de la Orden del Temple, ofreciéndole ser su sucesor. Por ello, mientras la Orden se mostraba extremadamente ortodoxa, sus jefes pretendieron adquirir gran influencia y riqueza, y luchar después por establecer el dogma juanista.

Estas teorías confusas, basadas en falsificaciones e hipótesis indemostrables, son las que han sugerido que los templarios tenían dos doctrinas: la oculta y secreta de sus maestros, que era el juanismo; y la pública, que era católica. Sin embargo, existen matices históricos y doctrinales que no se contemplan en la herejía juanista, la cual no tiene ninguna relación con el juanismo católico. Este tema es muy amplio y complejo, e inabordable en esta obra.

La presunta gnosis o doctrina secreta templaria de la que tanto se habla se basa en otros documentos. Uno de ellos lo conforman los «Estatutos de Roncelinus» o *Libro del Bautismo de Fuego*.

En 1780, el obispo de Copenhague, Friedrich Münter, encontró en la Biblioteca Corsino de los Archivos Vaticanos un pergamino con dos columnas de escritura romance en cada página y engalanado con la gran cruz de la Orden del Temple. El documento estaba dividido en cuatro partes: «La primera no es más que la Regla oficial de la Orden, copiada por un tal Mathie Tramlay “el día de San Félix del año 1205”, hoy en día se conserva en Roma en la biblioteca Corsino. La segunda y la tercera están firmadas por el copista Robert de Samfort, que fue, efectivamente, procurador del Temple en Inglaterra. Comportan, efectivamente, treinta y veinte artículos agrupados bajo la inscripción: “Aquí comienza el libro del Bautismo del Fuego o de los Estatutos secretos redactados para los Hermanos por el Maestre Roncelinus”. Finalmente, la cuarta parte lleva este título: “Aquí comienza la lista de los signos secretos que el Maestre Roncelinus ha reunido” (donde da indicaciones criptográficas). El obispo Münter no iba a estar mucho tiempo en posesión de estos preciosos documentos. En una carta que escribió a su amigo Vilke, quien preparaba una *Historia* de los templarios, revela que la mayor parte de ellos desaparecieron no se sabe cómo. En 1877, el erudito alemán Mertzdorff publicó las tres últimas partes del manuscrito descubierto por el obispo y que él había tenido la suerte de encontrar en un legado de archivos privados en Hamburgo». (Gérard de Sède: *Los templarios están entre nosotros*. Sirio, Málaga, 1985).

René Lachaud explica pormenorizadamente la aventura de esos manuscritos en manos de Mertzdorff: «El tema de la Regla secreta fue noticia de nuevo (anteriormente lo había sido en algunas declaraciones de templarios ante sus verdugos inquisidores) en 1877, cuando un tal Mertzdorff tradujo y publicó dos documentos que provenían de

los archivos de la Gran Logia masónica de Hamburgo: la Regla de los Hermanos Elegidos y la Regla de los Hermanos Consolados. Se habla de hermanos consolados, que nos recuerdan a los Perfectos cátaros que recibían el Bautismo de Fuego del Espíritu. Esta regla es conocida como los Estatutos del Maestre Roncelin». (René Lachaud: *Caballeros de Oriente y Occidente*. Apóstrofe, Barcelona, 1998).

Por su parte, Aldo Bonfiglio revela que Friedrich Münter, el descubridor del documento, era masón, teólogo, luterano y literato, y que había sido enviado a cumplir una misión en Sicilia por la Orden de la Estricta Observancia Templaria del barón Von Hund. (Cfr. «Storia della Massoneria in Sicilia dal 1750 al 1800». *Hominis Dignitate*, núm. 4, revista oficial de la Gran Loggia Regolare d'Italia).

Tradicionalmente se atribuye a un maestre Roncelinus la autoría de los supuestos estatutos secretos del Temple. Con frecuencia, este Roncelinus se asocia al caballero Roncelin du Fos. En los interrogatorios inquisitoriales durante el proceso que acabó con la Orden, el preceptor de Aquitania citó al «maestre Roncelin» cuando fue preguntado por las prácticas secretas en la Orden. Contestó que «hay quien pretende que fueron introducidas por el maestre Roncelin en los estatutos de la Orden».

Sin embargo, en la lista oficial de maestros no existe ninguno con ese nombre. ¿Es esto una prueba de que existía una jerarquía al margen de la oficial?

El único templario conocido con ese nombre era Roncelin du Fos, provenzal, recibido en 1281 y de origen hispánico, cuyo verdadero nombre podría ser Guillem de Belloch. Otras fuentes advierten que se le menciona como maestre de la comandancia de Tortosa, en Siria, el 17 de junio de 1242, y que se le cita como parte presente en una concordia arbitral entre el Temple y el Hospital. El libro de Charles d'Artefeuil, *Histoire héroïque et universelle de la noblesse de Provence* (Aviñón, 1757-1786; reimpresso por Jeanne Laffitte, Marsella, 1970, tomo III, pág. 250), dice que ese Roncelin fue recibido en la Orden en 1267 por el caballero Jean de Pellissier. También se le supone «desaparecido» hacia 1280-1290, en la Casa del Temple de Santa Eulalia de Cernon, es decir, sobrepasados los 75 años de edad, si es que es cierto que nació hacia 1205 en Bormes-les-Mimosas.

El 3 de enero de 2001, la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA publicaba por primera vez en internet una traducción al español de los estatutos secretos de Roncelinus; la traducción corría a cargo del doctor Carlos Raitzin, de Buenos Aires, a la sazón ex gran maestro de la masonería argentina, miembro de la Ordo Militiae Crucis Templi —de la filiación alemana de Von Hund— y miembro del consejo de redacción de *Boletín Temple*. La traducción se basaba en la copia francesa de los estatutos procedente de la biblioteca del conde Menno van Limburg-Stirum, caballero templario del más alto grado de la filiación alemana de Von Hund. (Cfr. Carlos Raitzin y Fernando Arroyo: «La Regla secreta del Temple», *Boletín Temple*, monográfico núm. 1, enero 2001).

La publicación generó vivas controversias y polémicas en diversos foros de debate, y el día 28 de febrero de ese mismo año, *Boletín Temple* publicaba un extenso artículo del escritor Ángel Almazán refutando los estatutos de Roncelinus, en el que, entre otras muchas cosas, señalaba: «El texto de dicha “Regla” reúne elementos doctrinales dispares y de diversas tradiciones, eso es más que evidente. Y aquellas referencias que son —llamémoslas— “universales” (Dios es amor, fraternidad de los creyentes en diversas religiones, etcétera) son los elementos doctrinales que hay que tener en cuenta como valores positivos de estos supuestos “Estatutos”. Pero existen otros aspectos que evidencian, a nuestro juicio, las huellas de un gnosticismo dual (que no de gnosis, superadora de la dualidad y la multiplicidad) y que prevalecen como eje central de estos “Estatutos”. Y es precisamente ese dualismo no integrador de los opuestos (que no gnosis) lo que nos ha puesto en alerta nada más leer los veinte artículos de esta “Regla” que, como muchos que nos dedicamos a los estudios templarios, esperábamos un día u otro tener en las manos en su totalidad. Y la decepción ha sido grande. ¿Hubo Regla Secreta en el Círculo Interior Templario? Seguramente, y muy probablemente fue “oral” —no escrita—, pero desde luego, mi opinión sincera es que para nada lo debió ser ésta que nos ocupa ahora la atención». (Ángel Almazán: «Refutaciones a los Estatutos secretos de Roncelinus», *Boletín Temple*, núm. 23, febrero 2001).

El documento, en fin, parece ser a todas luces una falsificación de principios del siglo XVIII, o cuando menos una manipulación, y, una vez más, la masonería (alemana en este caso) y el neotemplarismo masónico están por medio.

LA CABALLERÍA NEOTEMPLARIA. LA ORDO SUPREMUS MILITARIS TEMPLI HIEROSOLYMITANI

Tras ser nombrado regente del Reino de Francia, Felipe, duque de Orleans, mantiene estrechas relaciones con las órdenes militares. En 1705, en un convento general en Versalles, se redactan unos nuevos estatutos que, en teoría, pretendían acabar con el período de clandestinidad de la Orden del Temple. El regente asume el maestrazgo de la Orden.

En la advertencia inicial de los estatutos se dice:

«Los *Estatutos Generales* decretados por el Convento General celebrado en Versalles, el año de la Orden 586 (1705 de Nuestro Señor Jesucristo, Era Gregoriana) poco después de la elección del Gran Maestro Felipe (S. A. R. el Duque de Orleans, después Regente del Reino de Francia) han sido redactados en latín, teniendo como base los antiguos Estatutos y Reglamentos de la *Santa Milicia*, la Regla del Santo Padre Bernardo y los Estatutos Primitivos, votados en Jerusalén

en los primeros años de la existencia de la Orden, de 1118 a 1128 de la Era Gregoriana (de 1 a 10 del Temple)». (De la traducción de Julián Martos, representante en Francia de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA).

En 1792, el duque Timoleón de Cossé-Brissac, que fuera gobernador de París y comandante de la Guardia Constitucional, por entonces supuesto último gran maestro secreto de la Orden del Temple, presenta ante un noble llamado Claude-Mathieu Radix de Chevillon una serie de documentos para avalar su legitimidad histórica: carta de transmisión fechada en 1324, registro de procesos verbales sostenidos desde aquella fecha y estatutos de la Orden revisados en 1705.

Durante la Revolución Francesa (1789-1799) la Orden se disuelve y reaparece con el Directorio surgido con la nueva Constitución republicana (1795) y el apoyo de Napoleón Bonaparte (1769-1821).

El 4 de noviembre de 1804, en un convento general, el médico y masón Fabré-Palaprat fue elegido gran maestro de la Orden.

El Neo-Temple de Fabré-Palaprat, conocido también como Orden de Oriente, estuvo primero relacionado con la logia masónica de los Caballeros de la Cruz, a la cual el Gran Oriente de Francia había concedido constituciones en 1805; «después se diferenció con rapidez de la masonería y se dedicó esencialmente a conceder magníficos títulos y condecoraciones, a dar suntuosas recepciones a los nuevos caballeros y misas solemnes en el aniversario de la muerte de Jacques de Molay. Esta Orden del Temple, por más que incluyera a muchos aristócratas, en absoluto se inclinaba hacia el ultrarrealismo y el clericalismo. Políticamente, estuvo próxima al régimen napoleónico y después, durante la Restauración, bastante ligada a los círculos liberales y orleanistas». (Gérard Galtier: *La tradición oculta. Masonería egipcia, rosacruz y neocaballer a*. Oberon, Madrid, 2001).

La Orden aspir  al restablecimiento y reconocimiento por parte de la Santa Sede, llegando a negar el ingreso a los cristianos protestantes. También se nombró primado de la Orden al abad Clouet y, después, al obispo Mauviel, que confesó, en 1810, «no poseer ninguna acta legal otorgada por la Santa Sede que le permitiera “autenticar” el reconocimiento de Roma». (Alain Desgris: *Guardianes de lo oculto. La Orden del Temple y la caballería masónica templaria*. Belacqua, Barcelona, 2002).

Los restauradores de esta orden, para avalar sus tesis, se basaron en la filiación que se remontaría al caballero Johannes Marcus Larmenius de Jerusalén, presumible sucesor clandestino del último gran maestro histórico del Temple, Jacques de Molay, muerto en la hoguera inquisitorial en 1314.

A continuación se reproduce una traducción del latín de la Carta de Transmisión de Larmenius, realizada por la documentalista Gloria de V lor para el *Curso de*

Formación Templaria de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales
TEMPLESPAÑA.

«Yo, el hermano Juan Marco, el armenio, de Jerusalén, por la gracia de Dios y por el grado más secreto del venerable y más santo mártir, el Gran Maestre de la Caballería Temple (a él honor y gloria) [Jacques de Molay]. Confirmado por el Capítulo ordinario de la fraternidad, siendo distinguido con el más alto y supremo Maestrazgo de toda la Orden del Temple, para todos aquellos que vean estas cartas decretales deseo salud, salud, salud.

»Sepan todos aquellos presentes y futuros que, debilitadas mis fuerzas por la avanzada edad, habiendo tomado conciencia de los graves asuntos y llevado a cabo el peso del gobierno, a mayor gloria de Dios, y de la protección y seguridad de la Orden, la fraternidad y los Estatutos, yo, el humilde Maestre de la Caballería del Temple, he determinado confiar el supremo Maestrazgo a manos más fuertes.

»Por tanto, con la ayuda de Dios y con el consentimiento de la suprema Asamblea de Caballeros, he conferido mediante este decreto y confiero de por vida, al eminente Comandante y carísimo hermano Teobaldo de Alejandría, el supremo Maestrazgo de la Orden del Temple, su autoridad y privilegios, con poder, de acuerdo a las condiciones del tiempo y a los asuntos del momento, de conferir a otro hermano, que ostente la más alta distinción en nobleza de origen, logros, de carácter honorable, el más alto y supremo Maestrazgo de la Orden del Temple, lo cual permitirá preservar la perpetuidad del Maestrazgo, la ininterrumpida serie de sucesores y la integridad de los Estatutos. Ordeno, no obstante, que el Maestrazgo no pueda ser transferido sin el consentimiento del Capítulo convocado. Cuando esto suceda, que el sucesor sea elegido por votación entre los caballeros.

»Pero, para que las funciones del supremo cargo no sean descuidadas, que haya ahora y de forma continuada cuatro Vicarios del Gran Maestre detentando el poder supremo, la eminencia y autoridad sobre la totalidad de la Orden, sin perjuicio del derecho del Gran Maestre. Estos Vicarios deberán ser elegidos entre los miembros más antiguos de la Orden, de acuerdo con el orden de profesión. Este estatuto se ha acordado por el juramento (encomendado a mí y a la hermandad) del muy santo, venerable y bendito Maestre, el mártir, a él honor y gloria. Amén.

»Yo, finalmente, por decreto del Capítulo Supremo, por la suprema autoridad a mí encomendada, deseo, digo y ordeno que los templarios escoceses [ha de referirse a los encabezados por Pierre d'Aumont], desertores de la Orden, sean malditos por anatema y que ellos y los hermanos de San Juan de Jerusalén [la Orden de los Hospitalarios, beneficiaria de los bienes expropiados al Temple], expoliadores de los bienes de la Caballería (de la cual tenga Dios misericordia), sean marginados del círculo del Temple ahora y en el futuro.

»Yo he seleccionado signos desconocidos para que sean ignorados por los falsos hermanos y sean transmitidos oralmente a nuestros caballeros fieles y ya he pensado de qué manera deben ser relevados para que se conozcan y guarden, por el Capítulo Supremo. Esos signos sólo serán relevados después de la debida profesión y consagración de caballero, de acuerdo con los Estatutos, derechos y usos de la Orden de los compañeros de la Caballería del Templo y que he enviado al ya sobredicho eminente Comandante, como llegaron a mis manos por el venerable y muy sagrado Maestre, el Mártir, a él honor y gloria. Así sea y así se hará. Amén.

»Yo, Johannes Marcus Larmenius, hice entrega del presente escrito el 18 de febrero de 1324 [con esta fecha existe una carta del rey Jaime II dirigida al maestre del Temple de Aragón, en la que le reclama unas cenas. Archivo Histórico Nacional de Madrid. Secc. Órdenes Militares. Carp. Orden de Montesa]. Yo, Teobaldo [de Alejandría], recibo el grado de Gran Maestre con la ayuda de Dios, en el año de Cristo de 1324.

»Yo, Arnaldo de Bracque, recibo el grado de Gran Maestre con la ayuda de Dios en 1340 d. J.C.

»Yo, Juan de Clermont, recibo el grado de Gran Maestre con la ayuda de Dios en 1349 d. J.C.

»Yo, Beltrán Duguesclin &e., en el año de Cristo 1357.

»Yo, hermano Juan d' Armagnac &e., en el año de 1381.

»Yo, humilde hermano Bernardo d' Armagnac &e., en el año de Cristo 1392.

»Yo, Juan d' Armagnac &e., en el año de Cristo 1418.

»Yo, Juan de Croï &e., en el año de Cristo 1451.

»Yo, Robert de Lenoncoud &e., en 1478.

»Yo, Galéas de Salazar [apellido de origen navarro], humilde hermano de la Orden del Temple &e., en el año de Cristo 1497.

»Yo, Felipe de Chabot... en 1516 d. J.C.

»Yo, Gaspar de Saulx y de Tavannes &e., 1544 d. J.C.

»Yo, Enrique Montmorency... 1574 d. J.C.

»Yo, Carlos de Valois... Año 1615.

»Yo, Jacobo Rouxel de Grancey... 1651.

»Yo, Jacobo Enrique de Durfort, duque de Duras... Año 1681.

»Yo, Felipe, duque de Orleáns... 1705.

»Yo, Luis Augusto de Borbón, duque de Maine... Año 1724.

»Yo, Luis Enrique de Borbón-Condé... 1737 d. J.C.

»Yo, Luis Francisco de Borbón-Conty... 1741.

»Yo, Luis Hércules Timoleón de Cossé, duque de Brissac... 1776 d. J.C.

»Yo, Claudio Mateo Radix de Chevillon, Maestre-Vicario del Temple, víctima de grave enfermedad, en presencia de los hermanos Próspero Miguel Charpentier de

Saintot y Bernardo Raymundo Couchant, Magno Preceptor, entrego estas cartas decretales confiadas a mí en tiempos difíciles por Luis Timoleón de Cossé-Brissac, Gran Maestre del Temple, al hermano Jacobo Felipe Ledru, Maestre-Vicario del Temple de Messines, para que en su debido momento haga uso de ellas con el fin de perpetuar la memoria de nuestra Orden, según el rito oriental, 10 de junio de 1804.

»Yo, Bernardo Raymundo Fabré Cardoal [también llamado Palaprat] de Albi, habiendo obtenido el voto de aprobación de mis colegas los Maestres-Vicarios y mis hermanos los Caballeros del Temple, acepto el grado de Gran Maestre el 4 de noviembre de 1804.

El abad jesuita Henri Grégoire (1750-1831), obispo de Blois y uno de los jefes de la Revolución Francesa, se muestra convencido de la veracidad de la *Charta Transmissionis* de Larmenius, e incluso menciona en su libro *Historie des sectes religieuses* (París, 1810) que Jacques de Molay no podía seguir viviendo con la conciencia de haber deshonrado a la Orden con sus declaraciones y que no deseaba vivir preso toda su vida, sino morir habiendo rectificado. No podía hacerlo sin transmitir a un sucesor el maestrazgo, y escogió a Larmenius, primado de la Orden y comendador de Jerusalén. Luego se retractaría públicamente y, como relapso, moriría en la hoguera.

No hay datos fiables sobre quién pudiera ser este Larmenius. Algunos han considerado que se trataba de un *nomen* iniciático: *l'Armenius* sería «el Armenio», y quizá también se refiriera a algún caballero de noble estirpe y, por tanto, «revestido de armiño».

Muchos historiadores rechazan la autenticidad de la carta, basando sus objeciones en la traducción del latín original, ya que este documento es una transcripción que se basa en una clave geométrica de la cruz paté. El profesor Alain Desgris no ha encontrado información alguna sobre el caballero Larmenius en ningún archivo trabajado o descubierto hasta la fecha, aunque piensa que lo que no haría más que sembrar una duda para algunos, no debe ser más que una base de reflexión para otros.

Esta carta no ha sido lo suficientemente estudiada y, por tanto, no puede emitirse una opinión concluyente sobre su falsedad o su veracidad, y así lo expresan algunos investigadores que se han ocupado del asunto, como los británicos Lynn Picknett y Clive Prince. Ciertamente es que hay algunos detalles, y entre ellos, precisamente, la carencia de estudios exhaustivos, que permiten ciertas sospechas. Michel Lamy, por ejemplo, advierte que resulta en verdad difícil pronunciarse sobre esta carta cuyo carácter apócrifo no ha sido nunca claramente demostrado, así como tampoco su autenticidad.

La carta se atribuye, como se ha dicho, al caballero Johannes Marcus Larmenius, que habría sucedido en la clandestinidad a Jacques de Molay. En ella constarían las firmas

de todos los grandes maestros del Temple, desde Molay en adelante. Todos estos hombres se habrían ido sucediendo en la sombra, al menos hasta el año 1804, cuando ocupó este elevado rango el masón Fabré-Palaprat.

El documento fue escrito en latín codificado, dispuesto en dos columnas en un pergamino de gran tamaño adornado con ricos motivos arquitectónicos. Curiosamente, si nos atenemos al desciframiento y traducción del original llevado a cabo por el investigador masónico J. S. M. Ward, aparece el término «grado» para designar, por ejemplo, al título de «maestre» templario. Este tipo de lenguaje podría ser una clara alusión a la terminología masónica, si bien también podría circunscribirse a la fraseología militar.

Algunas hipótesis referidas a esta carta supuestamente escrita en 1324 plantean ciertas cuestiones de importancia: por ejemplo, hay quien asegura que el documento se debe al duque Felipe de Orleans, a la sazón destacado miembro de la masonería francesa, quien se la habría encargado a un jesuita, el padre Bonani, que era un anticuario culto y un diseñador excelente. Por tanto, la carta no iría más allá del siglo XVIII. En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que el duque de Orleans fue elegido gran maestre de los templarios en 1705, en Versalles, donde se redactaron los estatutos de una orden que incluso llegó a contar, años después, con el favor de Napoleón Bonaparte. (El corso ya había apoyado anteriormente a la francmasonería francesa al colocar a su hermano al frente de ésta). El emperador francés autorizó una ceremonia solemne en la iglesia de San Pablo y San Antonio en memoria de Jacques de Molay. Corría el año 1808, y Fabré-Palaprat era por entonces gran maestre de esta orden; Fabré-Palaprat, en realidad, quizá siempre creyó en la legitimidad de su filiación.

Siguiendo la tradición de Larmenius, Fabré-Palaprat calificó a los caballeros medievales de la Orden huidos a Escocia como los «templarios desertores». Esta coincidencia permite pensar que la masonería regular francesa sólo pretendía deslegitimar o arremeter contra la filiación escocesa. Esta conclusión es especialmente creíble si la carta de transmisión fue una invención de la masonería decimonónica, tan dada a la falsificación de documentos históricos y genealógicos. Pero  por qué ese ataque a la tradición escocesa? La masonería anglosajona, en fin, podría haber pretendido deslegitimar la incipiente masonería jacobita —también llamada escocesa, templaria o estuardista, aspirante a restituir a la dinastía de los Estuardo en el trono de Escocia—.

Sea como fuere, a partir de Larmenius se urde la trama de la transmisión regular del maestrazgo templario.

Entre los sucesores de Larmenius se encuentran nombres conocidos, como el condestable Bertrand Duguesclin (1314-1380), mercenario bretón que fuera defensor de Enrique de Trastámara en las guerras fratricidas que le enfrentaron a su hermanastro Pedro I *el Cruel*, rey de Castilla y León (1350-1369). En la biografía del monje

guerrero Duguesclin, que está muy bien documentada, no aparece ninguna referencia que permita sospechar una filiación templaria. Por otro lado, esta ausencia de información quizá sería sólo una prueba más de la discreción con la que actuaban los templarios clandestinos. Los fundadores de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA señalan algunas coincidencias significativas entre las tropas mercenarias al mando de Duguesclin, denominadas Compañías Blancas, y la Orden del Temple:

«A este respecto, no deja de resultar curioso que la organización militar de sus Compañías Blancas (llamadas así por las capas de este color que ostentaban) fuese similar a la templaria. Como no menos curioso es que, con la muerte de Pedro I, rey contra el que combatió Duguesclin a favor de Enrique de Trastámara, se extinguiera la dinastía de Fernando IV *el Emplazado* (1285-1312), monarca que, al igual que hiciera Felipe IV *el Hermoso* en Francia, persiguió y expolió al Temple en su reino de Castilla.

»Para mayor significación, al igual que Felipe IV de Francia, Fernando IV de Castilla también había sido «maldecido» y su muerte anunciada (de ahí su sobrenombre de *el Emplazado*) por dos antiguos caballeros templarios, los hermanos Carvajal —por entonces ya acogidos en la Orden de Calatrava—, antes de que éstos fueran injustamente condenados a muerte en Martos, Jaén, el 8 de agosto de 1312. A estas circunstancias habría que añadir el hecho de que las Compañías Blancas de Duguesclin protegieran al cismático papa Luna [Benedicto XIII (1328-1424), antipapa], que terminaría sus días recluido en el antiguo castillo templario de Peñíscola, por entonces en poder de la Orden de Montesa, heredera del Temple en el reino de Valencia. Todo induce a pensar que con el pontificado del español Pedro Martínez de Luna, el papa Luna, el Temple secreto intentó llevar a cabo su ideal sinárquico universal». (Fernando Arroyo Durán y Jorge Luis Fernández Palacios: «Historia secreta del Temple. La mano que meció Europa». *Más Allá de la Ciencia*, núm. 138, Madrid, agosto 2000).

La carta de Larmenius se muestra al mundo cuando la exhibe Fabré-Palaprat, reclamando sus derechos de sucesi3n en el Temple, pero anteriormente había sido invocada por Felipe, duque de Orleans, para justificar su autoridad al convocar un convento general en Versalles. (Felipe de Orleans consta en la carta de Larmenius como «gran maestre» secreto en 1705).

En 1828, basándose en las enseñanzas de carácter gn3stico del *Levitikon*, Fabré-Palaprat funda la Iglesia neotemplaria de San Juan, conocida como  glise Johannites des Cr tiens Primitifs. Su amigo Ledru copi3 el diploma que el padre Bonani escribiera en el siglo anterior, referente a la carta de Larmenius, y de esta forma

legitiman su impostura.

Fabré-Palaprat intentó dar a su orden una consagración religiosa y volvió a intentar un acercamiento al episcopado francés; utilizó al abad Chatel, fundador en 1831 de la «Iglesia Católica Francesa» —un pequeño grupo que nunca adquirió importancia—. Esta penetración juanista no gustó a todos los miembros de la Orden y el descontento acabó por forzar una serie de dimisiones.

Tras la muerte de Fabré-Palaprat, el 18 de febrero de 1838, sus poderes recayeron en Jean-Marie de África, que en calidad de regente trató de restablecer una ortodoxia cristiana. Se produjo entonces una escisión entre dos tendencias que se disputaban la sucesión de gran maestro; una reconocía la autoridad del conde Jules de Moreton de Chabrilan, y la otra prefirió la dirección del almirante inglés William Sidney Smith (que residía en París). El primer grupo, más aristocrático, reivindicaba su cristianismo y afirmaba que el gran maestro y el primado de la Orden no podían ser elegidos sino entre los caballeros que profesaban la religión católica. El segundo grupo, más ecuménico, acogía, entre otros a los partidarios de la Iglesia juanista fundada por Fabré-Palaprat y estaba abierto a todas las confesiones religiosas, sobre todo, al islam. (Cfr. Paul Le Cour: «Les Néo-Templiers», *Atlantis*, núm. 84, julio 1939). Los miembros de este grupo aspiraban a expandir la Orden por todo el mundo y así fue como se creó un establecimiento bastante próspero en Orán. En 1839, una de estas dos corrientes hablaba en convento general de la Orden del Temple en calidad de institución cristiana, caballeresca, religiosa, hospitalaria y tolerante.

En mayo de 1840 fallece el almirante Smith. Las dos tendencias se reconcilian, reunificándose en febrero de 1841 bajo la dirección del regente Jean-Marie Raoul (padre).

El 1 de abril de 1846 se edita un folleto que se titula *Bases para la reconstrucción del Temple en España*; lo firma el discípulo de Fabré-Palaprat José María Moralejo (el «cura de Brihuega»), con el título de caballero gran cruz de la Orden Militar y Benéfica del Temple, bailío ministro honorario del Consejo del Gran Maestrazgo, legado magistral de la Lengua de España.

En 1865 el Gran Priorato de Bélgica se divide. Los católicos forman el Priorato de San Juan d'Hiver y los templarios seculares establecen el Priorato de la Trinidad de la Torre, adoptando el Rito de la Observancia Estricta Templaria del barón von Hund.

En 1868, debido a la inactividad de los templarios franceses, el gran prior belga, Prosper Biechman, trata de restaurar la Orden a nivel internacional, a pesar de las serias divisiones entre los prioratos franceses, ingleses y alemanes. Convoca un capítulo general que le reconoce como guardián del gran magisterio de la Orden. La guerra de 1870 causa una ruptura entre los prioratos franceses y alemanes. Los prioratos franceses entregan sus reliquias a los Archivos Nacionales de Francia.

En 1894 se establece un Secretariado Internacional de los Templarios en Bruselas

(Bélgica), para ejercitar la autoridad del magisterio.

En 1932 la Orden adopta el nombre de Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani (OSMTH).

En 1934 es nombrado regente y guardián de la Orden Emile-Isaac Vandenberg, quien se entregó a revitalizar la Orden en Europa, incluyendo la instauración del Gran Priorato de Suiza.

En 1942, Vandenberg teme que la Orden sea suprimida tras la ocupación de Bélgica durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que transfiere los archivos para su custodia al conde portugués Antonio Campello de Sousa Fontes.

Finalizada la guerra en 1945, el regente Vandenberg reclama la devolución de los archivos, pero Fontes no atiende, con razón, el requerimiento, esgrimiendo una carta fechada el 23 de diciembre de 1942, en la que Vandenberg transmitía al portugués todos sus «derechos y privilegios», para que «pueda asegurar la existencia y la continuidad de la Orden». Para cuando Vandenberg fallece en un repentino accidente, Fontes ya ha asumido el título de regente, lo que provoca que la Orden internacional se divida, quedando la legitimidad bajo la observancia del portugués.

El 31 de julio de 2004, tiene lugar una investidura de caballeros de la Orden en la catedral de Tui (Pontevedra). La ceremonia religiosa es presidida por el obispo de la diócesis de Tui-Vigo, monseñor José Diéguez Reboredo.

En la actualidad, la Orden carece de vínculo alguno con la masonería, es confesionalmente católica y está presidida internacionalmente por el conde y diplomático portugués Fernando Pinto de Sousa Fontes, hijo de Antonio Campello, que ostenta el título de gran maestro y príncipe regente. Extendida por diversos países de Europa y América, está presidida en España por el gallego Luis Gómez San Martín (visitador magistral) y dirigida por el mallorquín José Miguel Nicolau González (prior OSMTH-PIT y legado magistral para Hispanoamérica). El principal objetivo institucional de la Orden es ser reinstaurada por la Santa Sede, reconociendo a la Iglesia católica, apostólica y romana como única *Fons Honorum* (Fuente de Honra).

El Priorato de Sión y los merovingios: un mito nacionalista

CHEMA FERRER CUÑAT

La trama que rodea al llamado Priorato de Sión ha sido uno de los temas más controvertidos en los que se ha visto envuelta la historia de la Orden templaria en los últimos años.

El fundamento de este moderno Priorato de Sión se debe al francés Pierre Plantard (1920-2000). Sus teorías están basadas en distintos acontecimientos presuntamente históricos enlazados con leyendas, supuestas conspiraciones y algunos datos fidedignos. La base esencial es difusa: a veces se propone que Jesús de Nazaret no murió, que se trasladó con su esposa al sur de Francia y que su descendencia estuvo representada en los monarcas merovingios. En otras ocasiones se supone que, aunque Jesús murió y resucitó (fig. 82), no llegó a cruzar el Mediterráneo con María Magdalena, pero ésta trajo con ella —también al sur de Francia— a su hijo o a sus hijos, de los cuales descendería igualmente la realeza merovingia. El objetivo de esta teoría es identificar una línea sucesoria heredera de la estirpe de David. Los guardianes de semejante secreto serían los miembros del Priorato de Sión.

Ha sido argumento común a lo largo de los tiempos afirmar que ciertas organizaciones secretas manejaban los hilos de la política o la economía. En teoría, estos grupos ocultos influían y maniobraban para conseguir el poder y dirigir los destinos del mundo. En muchas ocasiones ha sido cierto, pero otras veces se ha utilizado este argumento para justificar o reinventar situaciones que pretendían precisamente lo mismo: manipular la realidad para obtener fines concretos. Los templarios, rosacruces, masones, iluminados de Baviera e incluso organizaciones más recientes, como el Opus Dei, han sido víctimas y protagonistas de estas maquinaciones. En el caso del Priorato de Sión, la historia real, las suposiciones y la imaginación se mezclan en un conglomerado imposible.

¿Qué hay de cierto y qué de falso en este Priorato de Sión del siglo xx y qué razones movieron a Pierre Plantard para animar esta institución? ¿Qué relación tuvo la antigua Orden de Nuestra Señora del Monte Sión con los templarios y cuáles son las conexiones con el entramado de Plantard? Para responder a estas cuestiones debemos acudir a los llamados «siglos oscuros».

EL CRISTIANISMO PRIMITIVO Y LA LEYENDA DE LOS MONJES CALABRESES

Los anales romanos y judíos de los primeros siglos de la era cristiana sugieren que hubo muchos hombres a los que se les atribuyó la categoría de Mesías (Ungido) o reyes con auténtica estirpe regia davídica. La llegada de Jesús supuso una inflexión, por el tono de su doctrina y lo revolucionario de sus ideas, que lo enfrentaban tanto con la autoridad religiosa judía como con la autoridad civil. La doctrina de Jesús, *el Cristo*, se enfrentaba incluso con los rebeldes zelotes, movimiento insurgente que hostigaba al poder romano, atacándolo mediante una auténtica guerra de guerrillas. Tan extraños resultaron los métodos y enseñanzas de Jesús, que fueron los propios judíos los que lo llevaron ante los tribunales y solicitaron su ejecución. Lo que se sabe al respecto fue difundido por la Iglesia romana, aunque algunos aspectos del cristianismo primitivo convendría buscarlos en los llamados evangelios apócrifos.

Muchos de aquellos evangelios apócrifos se destruyeron, pero otros se conservaron en lugares donde pudieran salvaguardarse sus enseñanzas. Los rollos del mar Muerto y los manuscritos hallados en el yacimiento de Nag Hammadi arrojan nueva luz sobre la figura de Jesús.

Los cuatro evangelios del Nuevo Testamento fueron seleccionados en el Concilio de Cartago por los obispos de la Iglesia en el año 397 d.C. Parece evidente que uno de los criterios de selección de los textos durante el concilio fue el de involucrar lo menos posible la figura femenina en la doctrina neotestamentaria. A pesar de que el del Nuevo Testamento era un mensaje renovado de Dios para con el hombre, una «Nueva Alianza», la Iglesia mantuvo al varón como protagonista de la historia de la religión y dejó a la mujer relegada a un segundo plano, como en la tradición judía. Respecto a uno de los personajes femeninos más importantes del Nuevo Testamento, María, bastará decir que su virginidad se convirtió en dogma en el siglo XIX.

La palabra «Cristo» deriva de la lengua griega (*kjristòs / CRISTOS*) y es una forma equivalente al Mesías hebreo (ungido). En las costumbres judías, el Mesías o «Ungido», para poder ser tal, debía haber tomado a una mujer en matrimonio. He aquí donde surge otra controversia. ¿Era casado Jesús, *el Cristo*? Si lo era o no, no parece que ello afecte a su mensaje ni a sus enseñanzas. Sin embargo, estas cuestiones, relacionadas con la importancia de los personajes femeninos en los Evangelios y con un hipotético matrimonio de Jesús de Nazaret, son el fundamento de la corriente que ha inspirado numerosas teorías que abogan por una estirpe «sagrada» y una descendencia que supuestamente sería la heredera del mismísimo Jesucristo.

El mapa de las creencias y religiones en el mundo antiguo se parece bastante a un puzle ecléctico en el que las distintas civilizaciones trataban de adaptar su visión del mundo a los diversos cultos que, por otra parte, solían tener un sustrato primordial común en la denominada *Philosophia Perennis*.

En la populosa Alejandría del siglo I d.C. convivían un abanico variadísimo de creencias filosóficas y religiosas: cultos mitraicos [religión de la Antigüedad centrada en el dios persa Mitra], los seguidores de Zoroastro, los judíos y sus variantes, como el novedoso cristianismo, sin dejar de lado el importantísimo trasfondo de los cultos egipcios renovados. Allí fue donde un tal Ormesius, considerado un gran mago y sacerdote del dios Serapis, funda la Orden de Ormus, después de aceptar la religión cristiana de la mano de San Marcos en el año 46 de nuestra era.

Este nombre, Ormus, encierra un curioso acróstico latino donde la «M» central es el símbolo de la constelación de Virgo y que, posteriormente, será también el de la Virgen María en el cristianismo católico. Las letras restantes forman el nombre de «or-us» (Horus), hijo de la diosa Isis (antigua *mater genatrix*) y equivalente en cierto modo a la figura de Jesús en los cultos paganos egipcios. Las fuentes gnósticas afirman que el mago Ormesius se convirtió al cristianismo tras recibir las doctrinas de San Marcos, creador del evangelio que sería patrón para los demás evangelistas y que iba especialmente dirigido hacia el mundo pagano de Oriente. Los hermanos de Ormus se identificaban por una cruz roja que lucían en la pechera.

La leyenda supone que aquellos cultos antiguos de Oriente, en los que se veneraba la maternidad y la figura femenina como depositaria de la divinidad, fueron asumidos por algunas congregaciones religiosas del sur de Italia: los famosos «monjes calabreses» (de Calabria). Éstos, al parecer, serían los depositarios de una doctrina cristiana más ajustada a la primitiva y, probablemente, fueron los difusores del gnosticismo cristiano en el Occidente europeo. En esta difusión por Occidente contó con el apoyo de antiguos cultos precristianos, en los que existía una fuerte presencia de los elementos naturales y femeninos.

¿Fueron los discípulos de Ormus el origen de los monjes que pasaron a Sicilia y a Calabria, y que jugarían un papel crucial en el origen de las cruzadas, la Orden de Sión, los templarios y la oleada milenarista que conmovió Europa, anunciando la llegada inminente de la «era del Espíritu Santo»? Algunas evidencias las detalla el escritor italiano Domenico Rotundo, quien en sus artículos ha explicado que el origen calabrés de la Orden de Sión está confirmado, y que los monjes eremitas de San Agustín que fundaron dicha orden en la abadía de Orval (Bélgica) procedían de San Martino di Canale (Calabria). También, según Rotundo, habrían fundado la que luego se convirtió en la abadía cisterciense de Santa Maria della Mattina di San Marco, situada en Val di Crati, donde nació el normando Bohemundo de Tarento, uno de los principales jefes de la primera cruzada.

Algunos años antes de la convocatoria de la primera cruzada, llegaron a los dominios de la familia de Godofredo de Bouillon, en la comarca belga de las Ardenas, unos monjes calabreses. La tía del famoso caballero, Matilde de Toscana, los acogió con benevolencia y se fundó una abadía en las tierras de Orval, curiosamente, muy

cerca del bosque de Stenay, donde fue asesinado el último rey merovingio Dagoberto II.

La abadía de Orval es un interesante lugar donde siempre se escucharon leyendas sobre la tradición del Grial, profecías dispares y coincidencias curiosas. En dicha abadía, San Bernardo llegó a convivir algún tiempo con San Malaquías, famoso por sus profecías sobre los papas. En el año 1070 se instalan los primeros monjes en Orval. De sus orígenes sólo se sabía que llegaron desde el sur de Italia y que no estaban adscritos a ninguna regla monástica. El propietario de las tierras era el conde Arnaldo de Chiny. Cuarenta años después, la abadía y sus tierras fueron abandonadas sin que se sepan los motivos.

Una comunidad de canónigos se hizo cargo de la abadía abandonada en 1124, hasta que San Bernardo se hizo con ella y envió allí a sus monjes cistercienses. Bernardo de Claraval era un personaje de gran influencia en esa región y la Orden del Císter se encontraba en plena expansión.

El nombre del valle donde se ubica, Orval, es muy sugerente, porque «val» y «or» no son otra cosa que «valle del oro». Una de las coincidencias curiosas es que San Bernardo había bautizado como Clairvaux (valle claro) el lugar donde estableció su primera abadía. Desde luego, no existe ni existió allí ninguna explotación minera ni sus arroyos transportaban dicho mineral. La leyenda de la fundación legendaria de la abadía viene acompañada por un relato que a primera vista parece burdo, pero que está claramente circunscrito en la tradición del llamado «Rey Pescador» y los mitos del Grial: una vieja viuda llamada Matilde pierde por descuido su anillo nupcial en un estanque del que surgirá un pez portando la joya en su boca. La viuda no es más que la representación de la reina Ginebra o de la mismísima Iglesia, que pierde y se desespera por el símbolo de su alianza (Ginebra se lo entregó a su amante), el pez es el primer símbolo de la cristiandad y representa a Jesús (la utilización del crucifijo no llegará hasta el siglo IV). El pez encuentra el anillo y asegura de este modo una nueva alianza. La viuda decide construir allí una abadía y su progenie son los «hijos de la Viuda», como Perceval y Gamuret, personajes de la mitología céltica que se adscribirán a los anhelos caballerescos de la Mesa Redonda de Arturo y la búsqueda incansable del Grial.

El Grial, en una de sus versiones, es el receptáculo o contenedor de la sangre de Jesús. Algunas especulaciones modernas sugieren que, como tal, el Grial estaría encarnado en la supuesta esposa de Jesucristo, es decir, María Magdalena (fig. 83), que llevaría en su seno la sangre divina (un heredero de la casa de David). De aquí, el Grial podría considerarse un símbolo de la herencia divina.

Otra curiosidad: los masones, otro de los colectivos asociados a la trama del Priorato de Sión, son conocidos también como los «hijos de la Viuda». Según la leyenda masónica, esta denominación se debe a Balkis, la reina de Saba, amante de

Hiram Abiff —arquitecto del Templo de Salomón y maestro masón por excelencia— que, tras abandonarlo y resultar éste asesinado por tres aprendices traidores, quedó embarazada de él; de este episodio simbólico de la leyenda de Hiram es por el que los masones toman el nombre de «hijos de la Viuda». Sin embargo, las cofradías de francmasones tienen su origen en la Edad Media, y bien pudiera ser que el término «Viuda», como en la leyenda del «Rey Pescador», aludiese en realidad a la Iglesia católica, de la que los masones terminarían «emancipándose». (Véase el capítulo XXV: «Templarios, jesuitas y masones: el afán legitimista»).

De algún modo, el gnosticismo cristiano se mantuvo vivo durante casi un milenio, en el seno de sectas y grupúsculos más o menos secretos y más o menos marginales. Sin embargo, el sur de Italia deparará alguna sorpresa en plena Edad Media y las antiguas creencias volverán a aflorar en Calabria.

En el año 1260, el ermitaño Pietro da Morrone, natural de Iserna (sur de Italia), funda la Orden de los celestinos y es nombrado papa en 1294 con el nombre de Celestino V. Los ilustres cardenales tuvieron que ir a sacarlo de su cueva para llevarlo a Roma. Al eremita le duró el papado tan sólo cuatro meses, ya que presentó su dimisión en un acto sin precedentes en la historia de la Iglesia. Hombre de excepcionales virtudes y sencillez, se apercibió de ser un instrumento en manos de la curia y renunció al pontificado. Como «premio», al poco tiempo fue encarcelado, porque su sucesor, el papa Bonifacio VIII, al sentir que se formaba en Roma un gran partido en su contra y a favor de Celestino, mandó que volviera otra vez a la ciudad, para apaciguar los ánimos. El santo, que no quería saber nada de asuntos materiales, salió huyendo. Suyas son las palabras: «Recuérdanos a nosotros que vamos a encontrar mayor paz y tranquilidad dedicándonos a orar y meditar en silencio, que gastando nuestro tiempo en demasiadas actividades materiales». Finalmente fue llevado a un castillo donde lo encerraron preso. Por dos años estuvo allí dedicado a rezar y meditar. Cuando algunos se quejaban de que lo tuvieran encerrado decía: «Lo que yo siempre deseaba era tener una celda llena de silencio donde, apartado de todo, poder dedicarme a la oración y a la meditación. Y esa celda me la han dado aquí. ¿Qué más puedo pedir?». Murió santamente en mayo de 1266 y fue canonizado en 1313.

Otro calabrés también denostado por la Inquisición fue Joaquín de Fiore, místico y visionario que se dio a conocer hacia finales del siglo XII, que peregrinó a Tierra Santa y se hizo monje cisterciense. En 1177 fue abad en Curazzo (Calabria), pero pronto se retiró a otra región, donde fundó un monasterio propio, San Giovanni in Fiore, para dedicarse a los ejercicios espirituales y a escribir. En sus obras *Expositio in Apocalypsim*, *Concordiae Novi et Veteris Testamenti* y *Psalterium decacordium*, expuso su doctrina de la «Tercera Edad» o «Era del Espíritu Santo», bajo cuyo inminente reinado la Iglesia dejaría de ser una institución rica y organizada como jerarquía de poder para convertirse en una Iglesia de monjes pobres que llevarían a las

masas hacia un renacimiento espiritual. Aunque no fue condenado como hereje en vida, muchos pensadores en el siglo siguiente se apoderaron de sus ideas heterodoxas, e incluso su filosofía habría de inspirar a heréticos de diferentes tipos hasta el siglo XIX. Sus enseñanzas gnósticas arrastraron a numerosos seguidores en el siglo XIII, que vieron en la subida al solio pontificio de Celestino V el deseado despertar de la Iglesia primitiva.

Es importante el dato que sitúa a todos estos personajes en el sur de Italia, pues al ser ésta una región que durante la Alta Edad Media estuvo bajo el dominio de bizantinos e islámicos, conservó los conocimientos filosóficos y científicos de la Antigüedad, así como la sabiduría y enseñanzas de la religión cristiana primitiva.

EL LINAJE «SAGRADO» DE LOS MEROVINGIOS

Los reyes merovingios comienzan su andadura con Meroveo (448-c.457), un hombre que según la tradición era hijo de dos padres, uno de los cuales era un ser marino identificado con el pez. (Como se sabe, este animal es la representación emblemática más primitiva de Jesús de Nazaret). La palabra griega *ichtus* (pez) se leía como un acróstico en la primitiva comunidad cristiana y sus iniciales formaban la frase «Jesús Hijo de Dios Salvador». En los primeros tiempos del cristianismo, Jesús pasaría a conocerse como Jesús *el Cristo* y el emblema del cristianismo primitivo no sería la cruz, sino el pez, costumbre que enlaza con la leyenda griega del «Rey Pescador». Según Jean Marx, en *Nouvelles recherches sur la littérature arthurienne* (Librairie C. Klincksieck, París, 1965), esta función del mítico monarca lo relaciona con los apóstoles o pescadores del mar de Galilea. En las leyendas artúricas recogidas por el escritor medieval Robert de Boron, el rey pescador se transforma en «rico pescador». Como señala Juan Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos* (Labor, Barcelona, 1995), «pescar, simbólicamente, no sólo es “pescar hombres”, sino lanzar el anzuelo a las profundidades de la propia interioridad para alcanzar la gnosis».

Las fuentes históricas romanas presentan a los merovingios luchando contra el poder de Roma en el año 417 de nuestra era. Sus costumbres paganas se basaban en cultos a los diversos elementos de la naturaleza, destacando los relacionados con la Madre Tierra y un peculiar culto al oso personificado en Arduina, la diosa cazadora que daría nombre a la boscosa región belga de las Ardenas.

Los merovingios eran bárbaros sicambrios que llegaron a la Germania y pasaron posteriormente a las Galias, empujados por las invasiones de los hunos. Decían ser procedentes del este, de las tierras de la Arcadia; utilizaron sus orígenes para demostrar que descendían de una de las doce tribus de Israel, en concreto, de la de Benjamín. Son los primeros bárbaros que abrazan el catolicismo, gracias a la

conversión de Clodoveo (Clovis) (fig. 84) junto a más de tres mil de sus caballeros en el año 496 de la era cristiana. Esta circunstancia es importantísima para el afianzamiento de una Iglesia católica doblemente amenazada por la herejía arriana de la España visigótica y la ortodoxia triunfante en Constantinopla, la exuberante capital del Imperio Bizantino. Tras su conversión a la fe católica, a Clodoveo se le llegará a dar el sobrenombre de «nuevo Constantino», ya que se erigirá en constructor de un renovado Sacro Imperio Romano, aunque lo cierto es que hasta la llegada de Carlomagno, tres siglos después, este sueño no llegará a cumplirse.

El pacto de Roma con los merovingios es del mismo calado que aquel que, en el Antiguo Testamento, se le concede al rey David: podrá modificarse, pero nunca romperse por motivos externos, ni será revocado por ninguna de las dos partes. El linaje mesiánico continuaba.

Las fuentes más próximas a aquellos tiempos son las crónicas del obispo Gregorio de Tours (539-594) en su *Historia de los francos*. En ella observamos claramente las costumbres paganas de aquellos clanes merovingios y destaca el relato del suceso del cáliz de Soissons.

Diez años antes de su conversión, los ejércitos de Clodoveo se dedicaban al pillaje. Las iglesias eran el bocado más preciado, por las joyas y los ricos ornamentos que poseían para la liturgia. En la villa de Soissons hubo un párroco que solicitó al rey la devolución de cierto cáliz que había sido arrebatado junto a otros objetos y que ahora formaba parte del botín que se repartirían los guerreros conquistadores. En un acto magnánimo, Clodoveo decidió devolvérselo y reunió a sus caballeros ante los tesoros, dirigiendo la partición y haciéndoles saber cómo iba a proceder con el cáliz. Parecía que todos asentían, pero uno de ellos se adelantó y golpeó con su hacha de combate la copa de la discordia. Arguyó que devolver aquel objeto era vulnerar las estrictas normas del reparto. Algún tiempo después, Clodoveo pasaba revista a sus caballeros cuando, al pasar ante el que le había causado la afrenta del cáliz, le increpó sobre el mal estado de sus armas al tiempo que las derribaba de un puntapié. Cuando aquel se inclinó para recogerlas, Clodoveo le hendió su hacha en la cabeza al tiempo que le decía: «Así hiciste con la copa de Soissons».

Del relato del obispo de Tours, así como de las demás fuentes, sólo se puede colegir que los merovingios fueron los que destacaron entre los invasores francos y que, gracias a su pronta conversión y pacto con Roma, ampliaron su hegemonía y fueron declarados dignos sucesores de la dinastía davídica. Intentar emparentarlos con las progenies de la tribu de Benjamín o de Judá es tarea complicada. Sin embargo, hay un dato comprobado históricamente y sobre el cual no cabe la más mínima duda: en el reino merovingio abundaba la población judía. De hecho, el rey merovingio Dagoberto I (fig. 85), presionado por el Papado, obligará a sus súbditos judíos a abrazar el cristianismo católico en el año 629. Dagoberto II, rey de Austrasia (676-679), fue el

último monarca merovingio reconocido por Roma. Su infancia fue un tanto tortuosa, ya que un mayordomo de palacio, un tal Grimoaldo, lo raptó con el propósito de que fuera su hijo el que reinara. Confió el niño al obispo de Poitiers, el cual renunció a deshacerse de él de forma drástica y lo envió a Irlanda, al monasterio de Sloane. En Irlanda, el joven Dagoberto se casó con una princesa celta que murió al dar a luz a su primer hijo; después tomó por esposa a la visigoda Giselle, la hija del conde de Razès. En el año 679, Dagoberto II es asesinado en el bosque de Stenay, en las Ardenas, por encargo de Pipino *el Gordo*, de la dinastía rival de los carolingios.

Los sucesores de Dagoberto se verán envueltos en la confusión política característica de aquellos años en los distintos reinos francos. El carolingio Pipino III *el Breve* fue ungido por el Papado, erigiéndose como nuevo rey, con el apoyo de Roma y del documento llamado *La donación de Constantino*, dado a conocer por Roma en el año 751 y en el que se sancionaba como potestad del Santo Padre confirmar quién debía ocupar los tronos reales. Esta costumbre se instituyó en el año 312, cuando el emperador Constantino donó al papa los símbolos y atributos imperiales, confiriendo al vicario de Cristo en la Tierra los poderes de emperador. Roma ejercería así la suprema autoridad secular y espiritual sobre el orbe. Los merovingios se sintieron traicionados por Roma.

Carlomagno (742-814), rey de los francos, recibió el título de Sagrado Emperador Romano (800-814) de manos del papa León III. Fue Carolus Magnus (Carlos el Grande) hombre cauteloso e inteligente, y tanto él como sus sucesores tomaron la precaución de casarse siempre con princesas merovingias. (Aquí habría que recordar una arcaica costumbre judía, según la cual, la transmisión de las genealogías se produce a través del linaje materno).

La Iglesia de Roma subirá a los altares a Dagoberto II en el año 1159, en un intento de reparar la afrenta contra su linaje. El templo donde reposaban y se veneraban los restos del ya canonizado San Dagoberto fue asaltado durante la Revolución Francesa (1789-1799) y las reliquias se dispersaron (fig. 86). En la actualidad se conserva, en el convento de Mons (Bélgica), un cráneo con extrañas incisiones rituales: se dice que perteneció al rey santo.

Pero el linaje de los merovingios no terminó en este punto. Los sucesores en el trono de Francia aceptaron reservarles en las comarcas del mediodía francés, la llamada Septimania, un feudo en el que gobernaría el llamado «rey de los judíos», el famoso San Guillermo de Gellone (776-813). Este conde de Toulouse se presentó ante el mundo como descendiente de los merovingios y semilla de la casa real de David.

No hay que olvidar que los romanos habían expulsado de sus tierras a muchos hebreos, en ocasiones, por razones políticas, y que multitud de judíos procedentes de Israel se habían instalado en zonas costeras mediterráneas —tanto de la Galia como de Hispania—. Aquella oleada migratoria, en los primeros siglos de nuestra era, fue sin

duda la más importante, aunque los hebreos ya habían llegado a todos los extremos de Europa anteriormente, junto a sus aliados y grandes navegantes: los fenicios.

En fin, el reino de Septimania, feudatario de los monarcas carolingios, se ramificó en los siglos medios en linajes importantísimos, entre los que cabe destacar la familia de los condes de Barcelona, los de Razès o Auvernia o los duques de Aquitania y Lorena. Fue un duque de Aquitania, Guillermo III, el que propició la fundación de Cluny (909), tras conceder al monje Bernon, abad de Baume-les-Messieurs (Jura), un solar en la región de Maçon (Borgoña) para que edificara un monasterio en honor de los apóstoles Pedro y Pablo; y un descendiente de Guillermo de Gellone fue propuesto como rey de Jerusalén tras su conquista: Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena.

GODOFREDO DE BOUILLON Y LA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL MONTE SIÓN

Godofredo de Bouillon (1061-1100) era el paladín más destacado de los que participaron en la conquista de Jerusalén y por ello, entre otras cosas, se le ofreció el ansiado reino de Oriente. Godofredo, contra todo pronóstico, renunció a reinar, aceptando únicamente el título de «Defensor del Santo Sepulcro». Este insigne caballero se apresuró a fundar la Orden de los caballeros del Santo Sepulcro en el lugar adonde fue llevado Jesús *el Cristo* tras su crucifixión. La corona de Jerusalén recayó entonces en su hermano Balduino, que encarnó la tradición de la estirpe real davídica fundada sobre la roca llamada Sión, de la antigua Jerusalén, en el monte Moria, lugar en el que Salomón construyó su gran templo.

Geográficamente, el llamado monte Sión está situado frente al monte Moria, que es donde se emplazaban las ruinas del último Templo de Salomón. Allí donde los cristianos esperaban encontrar el templo judío, los cruzados encontraron la mezquita de Al Aqsa y la llamada Cúpula de la Roca. (Este templo cobija la piedra o altar sobre el que, según la tradición, Abraham dispuso el sacrificio de su hijo). En la cumbre del monte Sión se alzaban los restos de una basílica cristiana de origen bizantino. Sobre esas ruinas, Godofredo de Bouillon ordenará erigir la abadía de Nuestra Señora del Monte Sión, estableciendo una orden monacal que la ocupara.

La nueva iglesia y su cenobio permanecerán como la principal casa conventual de la orden del mismo nombre hasta el año 1187, en el que la ciudad se rinde ante el empuje musulmán. Todos sus monjes se retirarán en ese momento a San Juan de Acre, donde permanecerán en el Priorato de San Leonardo hasta la caída definitiva de los estados cristianos de Tierra Santa. Sicilia será su nuevo destino, donde el conde Roger les donará la casa del Santo Espíritu, en la villa de Caltanissetta. La Orden de Nuestra Señora del Monte Sión recibió otras donaciones, tanto en España como en Armenia o

en la actual Italia. Entre todas ellas, destacaron las francesas, como la de Saint-Samson de Orleans, donde se estableció la orden con los monjes de Sión que acompañaron al rey Luis VII *el Joven* (c.1121-1180) a la vuelta de las cruzadas. Y así lo atestiguan algunos documentos de la época, entre ellos, uno en el que el abad Adam de Monte Sión en Orleans informa de las reformas realizadas en el cenobio. Otro documento definitivo sobre la orden es la bula del papa Alejandro III en marzo de 1178. En ella se confirman todas las posesiones y abadías de la orden y, lo que es más importante, se especifica que la fundación se debía a Godofredo de Bouillon, con el apoyo de su preceptor, el sacerdote de la diócesis de Amiens Pedro *el Ermitaño*. Este Pedro *el Ermitaño* fue quien convenció a Godofredo para que vendiera todos sus bienes y propiedades. Con el dinero obtenido, el caballero sufragó la organización de un ejército compuesto por más de ochenta mil cruzados perfectamente equipados. Era evidente que Godofredo de Bouillon no pensaba regresar.

Según la *Crónica* de la cruzada de Guillermo de Tiro —una de las fuentes más antiguas pero a la que se le han achacado numerosas deficiencias y errores—, los nueve caballeros que formaron el principal germen de la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón llegaron a Jerusalén en 1118. En su *Historia de las cruzadas*, el obispo de la vecina ciudad de San Juan de Acre, Jacques de Vitry (c.1170-1240), cuenta que éstos fueron aceptados por el patriarca de Jerusalén y que se pusieron bajo la estricta regla de los canónigos regulares del Santo Sepulcro. Tomaron como residencia un ala aneja al palacio real, que coincidía con antiguo emplazamiento del Templo de Salomón. El fundador de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo era Hugo de Payens, caballero al que le unían lazos de amistad con los parientes de Godofredo de Bouillon y con el principal impulsor de los templarios, Bernardo de Claraval. André de Montbard, otro de los fundadores del Temple, era a su vez miembro de la Orden del Santo Sepulcro y tío de Bernardo de Claraval.

La corona de Jerusalén era ampliamente ambicionada y muchos creían realmente que poseían algún derecho de sangre sobre ella. Los objetos de la vida y pasión de Jesús de Galilea debían de encontrarse allí. No cabe duda de que quien se alzara en custodia de aquellos talismanes reforzaría su imagen como digno heredero de la dinastía de David.

LA MÍTICA TALA DEL OLMO DE GISORS

Tras la caída de Jerusalén en manos de Saladino, en el año 1187, las órdenes monacales y militares que establecían su cuartel general en aquella ciudad trasladan su sede principal y administración a Europa. De la Orden de Santa María del Monte Sión se tiene clara noticia de su establecimiento en Francia.

En aquellos momentos, la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón

se erigía como una gran potencia militar y política. Su tupida red de puertos en el Mediterráneo y el Atlántico, junto a su poderosa armada, la convertían en una pieza clave en el comercio y en el control de los mares. Además, ejercían de banqueros y prestamistas, bien haciéndose cargo de la custodia de los más importantes tesoros de la época, bien financiando los proyectos de las diferentes coronas europeas. En no pocas ocasiones quedaba en manos de la Orden el futuro de feudos y reinos. Su riqueza era considerable: llegaron a comprar la isla de Chipre al rey inglés Ricardo I *Corazón de León* (1157-1199) durante su participación en las cruzadas.

El desastre de la pérdida de Jerusalén fue un auténtico drama para la cristiandad. Se culpó a los templarios de ello y, sobre todo, a su gran maestre, Gerard de Ridefort, al que extrañamente le fue perdonada la vida al finalizar el desastre de la batalla de los Cuernos de Hattin, en la que se perdió definitivamente Jerusalén. Unos y otros se hacían responsables de su caída y la disputa se trasladó a Europa.

El castillo de Gisors y sus tierras circundantes se encuentran en el noroeste de Francia, entre Ruán y París. Este lugar ha sido considerado en ocasiones como encomienda templaria. Lo cierto es que su castillo se ordenó construir en el año 1097 y su dueño fue Guillermo II *Rufus*, rey de Inglaterra (1056-1100). En aquel tiempo, la Orden templaria todavía no existía, pero algunos hechos posteriores vincularán este emplazamiento a los avatares de la misma.

En el año 1099, la custodia de la fortaleza se entregó a Teobaldo de Payens, sobrino del principal fundador de la Orden, Hugo de Payens. El castillo pasó luego a manos francesas, pero en el año 1154, Enrique II Plantagenet, conde de Anjou y rey de Inglaterra (1154-1189), lo reclamó para sí y de nuevo aparecen los templarios mediando entre las coronas francesa e inglesa.

La paz entre los dos reinos se firma definitivamente en el año 1158, tras haber sido enviado a Francia el por entonces canciller de Inglaterra, Santo Tomás Becket (de Canterbury), para negociar un regio tratado matrimonial. Se les entrega a los templarios la custodia de Gisors hasta la mayoría de edad de Margarita de Francia, ya que esta fortaleza y su territorio circundante formarían parte de su dote. Quizá sea ésta la razón por la que las tierras próximas tengan a menudo topónimos que aluden a la orden del Temple y que en las comarcas vecinas se agrupen numerosas encomiendas y fortalezas templarias. El freire templario Ponsard de Gizy, preceptor de Payns, ofrece la única referencia escrita a la permanencia de caballeros templarios en Gisors, durante el proceso de extinción de la Orden en el año 1309: en esa ocasión, Ponsard habla de un caballero traidor, procedente de Gisors, llamado Gerardo de Boyzol.

Los acuerdos y pactos entre las coronas francesa e inglesa no sirvieron de mucho y los enfrentamientos continuaron produciéndose durante largo tiempo. En 1188, según cuenta la leyenda, tras la sangrienta batalla que se dio en las cercanías entre Enrique II de Inglaterra y Felipe II de Francia, se derriba el olmo de Gisors, un árbol sagrado de

más de ochocientos años.

Estas alianzas monárquicas y estos enfrentamientos de finales del siglo XII han servido para plantear un dilema que afecta directamente a la Orden del Temple. Según las teorías del moderno Priorato de Sión, éste fue el momento en el que la Orden se desgajó en dos secciones: una, la conocida con el nombre oficial de Orden del Temple, perseguida y suspendida a principios del siglo XIV, y una rama secreta con objetivos bien distintos. ¿Habría alguna relación directa entre los cenobitas de monte Sión y ciertos caballeros templarios? ¿Guardaban un secreto, un proyecto que la pérdida de Jerusalén y el enfrentamiento entre ellos les moviera a escindirse? El moderno Priorato de Sión propone —aunque sin pruebas— que éste fue el momento de la escisión. Los conocimientos esotéricos sobre el cristianismo y la visión gnóstica de la Orden templaria no son prueba suficiente para asociarla al Priorato de Sión y, desde luego, tampoco demuestran que esta organización pudiera sobrevivir hasta nuestros días. Según esta agrupación contemporánea, ése fue el momento en el que la Orden de Santa María del Monte Sión cambió su nombre por el de Priorato de Sión.

Para explicar los movimientos políticos, alianzas matrimoniales y enfrentamientos bélicos del siglo XII entre Francia e Inglaterra suelen aportarse distintas respuestas. La primera, naturalmente, hace referencia a la necesidad de preservar determinados territorios y posesiones. La segunda es más compleja: se supone que detrás de todos estos movimientos estratégicos residía la intención de preservar unos derechos dinásticos que se apoyaran en el linaje de los reyes de Jerusalén.

Esteban I de Inglaterra (1135-1154) se casa con Matilde, condesa de Boulogne y sobrina de Godofredo de Bouillon y del rey Balduino de Jerusalén. El sucesor de Esteban fue Enrique (conde de Anjou), que era, además, nieto del rey de Jerusalén, Fulco de Anjou (1131-1143). Los pactos para la sucesión se firmaron ante Hugo de Argentein, maestre de la Orden del Temple en Inglaterra.

Muchos años después, en el siglo XV, René de Anjou (1418-1480) encargó, con motivo de su segundo matrimonio, la confección de una pintura con los escudos de sus armas familiares y de su esposa, Jeanne de Laval. A la derecha de la pintura se representó un olmo hendido del que renace una rama en su copa que se enrosca sobre un cáliz. A la hora de interpretar este cuadro, los modernos seguidores del Priorato de Sión creen ver que en los Anjou siguió viva la sangre davídica y que la simbología, además de perpetuar la leyenda, plasmaba de modo incontrastable que la dinastía de Anjou conservaba el secreto oculto durante tantos siglos y, desde luego, la solución del mismo. Hay que recordar que René de Anjou fue rey de Sicilia y sobre su cabeza también reposaba la corona de Jerusalén. Curiosamente, su educación corrió a cargo de los monjes celestinos en el monasterio de Marcoussis.

En definitiva: los Anjou serían los representantes legítimos de la corona de

Jerusalén. Esta teoría esclarecería numerosos acontecimientos históricos posteriores, como la llegada al trono español de un Anjou (Felipe V, tras la Guerra de Sucesión), el enfrentamiento de los poderes francmasónicos con la monarquía, que se resolvió en la Revolución Francesa, o los intentos por devolver a la flor de lis el trono de una Galia mítica. Ésta parece ser la propuesta del moderno Priorato de Sión.

PIERRE PLANTARD Y SU SUEÑO MESIÁNICO

El Priorato de Sión —en su versión moderna, fundado como asociación en 1956 por Pierre Plantard— era fruto de la época de los totalitarismos en Europa. La teoría de Plantard afirmaba que la estirpe de los primeros reyes de Francia, los merovingios, eran descendientes directos de la supuesta unión matrimonial entre Jesús de Nazaret y María Magdalena o de Magdala. Según el Priorato de Sión, su descendiente secreto fue conocido como el «Retoño Ardiente» (Plant-Ard), sobrenombre que pasaría a designar a toda una familia. Por tanto, el fundador del moderno Priorato de Sión sería el heredero directo del último gran monarca merovingio y, asimismo, Pierre Plantard podría investirse con el título de descendiente —nada más y nada menos— de Jesucristo.

Con ayuda de escritores e investigadores poco escrupulosos, Pierre Plantard estructuró una serie de relatos que formalizaban su teoría y respaldó con documentos de dudosa procedencia la veracidad de hechos y circunstancias. Entre estos hechos destacaba la hipótesis de que el Priorato que él dirigía era el heredero de una orden monacal del mismo nombre que se fundó en Tierra Santa durante la primera cruzada. Esa orden tenía como finalidad la preservación y ocultación de su sueño mesiánico; además, habría mantenido una estrecha relación con la Orden templaria. También se atrevió a asignar su maestrazgo a personajes relevantes de la Historia, protagonistas del devenir humano, encargados también de guardar el secreto de una dinastía davídica en la sombra que esperaba el día en que pudiera volver a reinar.

Los nombres de los priores de la Orden de Nuestra Señora del Monte Sión pueden consultarse en distintos archivos, como los del Vaticano, Loira o Venecia, así como de las fuentes escritas de aquella época. La lista no completa su cronología, demuestra que no existe ninguna relación entre lo expuesto por el moderno Priorato de Sión de Pierre Plantard y la realidad.

En el listado de los supuestos grandes maestros del Priorato de Sión, que la organización de Pierre Plantard hizo salir a la luz, figuraban un tal Gillaume de Gisors (1256-1307) (en referencia a la leyenda del árbol de Gisors, donde supuestamente se escindió el Priorato de Sión respecto al Temple) y algunos miembros del linaje de los Anjou, como el citado René de Anjou (1418-1480).

No fue Plantard el único preocupado por estos asuntos: dirigentes como Adolf Hitler organizaron expediciones que investigaron discretamente los lugares donde se suponía que se hallaban el Grial, los tesoros de la herejía cátara y cualquier reliquia mesiánica que reforzara con objetos y talismanes su mitología germana de «parsifales», «tristanes» e «isoldas». Y todo aquello se encontraba en el sur de Francia, incluso cabía la posibilidad de que semejante tesoro se ocultara en un territorio situado al sur de los Pirineos.

Sin ningún tipo de pudor, la leyenda, la historia y la farsa se entremezclaron con el fin de obtener el respaldo suficiente a un proyecto monárquico y mesiánico en la Europa del siglo xx. El plan languideció, aunque no se puede afirmar que haya desaparecido. Lo que sí era evidente en el proyecto de Plantard era el objetivo: se utilizó la Historia y, en su defecto, el mito o la leyenda, para fundamentar los cimientos de una reclamación y para conservar derechos imaginarios o prebendas.

Pierre Plantard, promotor y fundador del moderno y pretendido Priorato de Sión, contó con la ayuda de un tal Stanis Bellas (pseudónimo de André Bonhomme). Desde su juventud, Plantard había destacado por sus actividades antisemitas y antimasónicas, y había llegado a crear dos sociedades en las que plasmaba su ideal. El Frente de Renovación Nacional Francesa comenzó sus actividades en 1937, con la aquiescencia del Gobierno francés del presidente Edouard Daladier; la sociedad llamada Alpha Galatas —nombre que vendría a significar «los primeros galos»— operó durante la Segunda Guerra Mundial y de ella se conocen los principales valores que la impulsaban: orden, obediencia y liderazgo.

Plantard era un admirador ferviente del mariscal Pétain, el gran héroe de la Primera Guerra Mundial y presidente del Gobierno colaboracionista de Vichy —aquella especie de Estado dependiente de la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial—. Plantard llegó a enviar una misiva a Pétain en el año 1940 en la que le revelaba una supuesta conspiración judeo-masónica. Finalmente, fue procesado y encarcelado por las autoridades francesas a instancias de la Gestapo, a causa de sus actividades asociativas ilegales. En aquellos tiempos de nacionalismo exacerbado, la Francia de Vichy renovaba los valores e historia de los antiguos pobladores galos, cimentando mediante el mito y la leyenda los valores de una Francia renovada.

Las logias masónicas fueron disueltas en 1940 y sus miembros más notorios fueron encarcelados durante el período de supremacía alemana. Esto no fue óbice para que se sospechara continuamente de los masones y para suponer que sus largos tentáculos minaban las instituciones del Estado en aquellos años.

En 1951, Pierre Plantard se traslada desde París a la localidad de Annemasse, en la comarca de la Alta Saboya. Allí funda, el 7 de mayo de 1956, el llamado Prieuré de Sion (Priorato de Sión), y así lo justifican los registros de la Sous-Préfecture de la villa de Saint-Julien-en-Genevois. Su principal finalidad declarada eran «los estudios

y ayuda mutua entre sus miembros», si bien parece que sus pretensiones eran influir en la política local, como atestigua el periódico *Circuit*, la voz de su incipiente organización. Este «club de amigos» habría tomado su nombre del «*mount Sion*», lugar cercano a la residencia del presidente de la asociación, André Bonhomme, quien ejercía la profesión de secretario contable.

La instauración de la V República, con el general De Gaulle, favorece el radicalismo en la organización de Pierre Plantard, que comienza a publicar una serie de documentos que proponen un regreso al ideario de la Francia de Vichy; en esos trabajos también se exige el reconocimiento de la ascendencia mítica del señor Plantard, el cual la remonta hasta el mismísimo Godofredo de Bouillon. Este detalle también lo relacionaría con la descendencia secreta de la supuestamente extinta estirpe merovingia. El señor Plantard apoyará sus teorías en algunos artículos publicados en el diario *Le Monde* y reedita el periódico *Circuit*. Esta publicación terminará por especializarse en temas filosóficos, metafísicos y esotéricos. Pierre Plantard consiguió sacar a la luz algunos documentos que o bien publicaba o bien entregaba en la Biblioteca Nacional de París para su registro.

A partir de este momento, y con la colaboración de escritores poco escrupulosos, como el exitoso Gérard de Sède, todas las teorías noveladas que generaba Pierre Plantard se plasmaban en ensayos en los que el armazón de las historias se fundamentaba en hipótesis poco consistentes y en la continua aparición de documentos y antiguos pergaminos que enlazaban, a través de los siglos, la mítica Orden del Monte Sión con el moderno Priorato. En esta trama pseudohistórica se incluía a miembros destacados de la Historia de Occidente y se les hacía aparecer como grandes maestros secretos del Priorato. La espiral de desatinos, sostenidos por escritores e investigadores de dudosa reputación, culminará a principios de los años ochenta con la publicación de *El enigma sagrado*, un trabajo novelesco presentado en forma de ensayo de investigación.

Este moderno Priorato de Sión se relacionó también con la poderosa Orden de Malta —la histórica Orden de los hospitalarios de San Juan de Jerusalén, contemporánea del Temple— y con otras organizaciones consideradas secretas, como Le Hieron du Val d'Or (El Santuario de Valle de Oro) o la Compañía del Sagrado Sacramento de San Sulpicio. (San Sulpicio era precisamente el lugar por donde pasaba el antiguo meridiano 0, o de París, con inicio en Dunkerque y final en Barcelona).

Ya entrados los noventa, el señor Plantard se retractó de todo lo dicho: confirmó que los templarios no tuvieron ninguna relación con el Priorato de Sión y que Godofredo de Bouillon tampoco perteneció a esa congregación. Ahora resultaba que la fundación del Priorato se remontaba, según él, al año 1681, en Rennes-le-Château. Plantard se fue apartando progresivamente de la primera línea y se mantuvo en la sombra, dando paso a un tal Roger-Patrice Pelat, que se erigió como gran maestro del Priorato de Sión. Este

dirigente estuvo envuelto, años más tarde, en oscuros escándalos financieros en Francia que acabaron por salpicar al mesiánico Pierre Plantard, el cual ya no volvió a exhibir públicamente ni opiniones ni documentos que propugnaran el regreso de la sangre merovingia al trono francés.

LOS DOCUMENTOS ‘PRIEURÉ’

Esta serie de documentos afirman que la meta y propósito del Priorato de Sión es la restauración de la corona en Francia; aunque únicamente podrán hacerse merecedora de ella los descendientes de la llamada estirpe sagrada, la *sang real*: los reyes merovingios.

Durante los años setenta del siglo xx aparecieron misteriosamente otros documentos. En realidad, lo único que tenían de extraño era que se hacían publicar en algún periódico local con la aquiescencia de algún periodista poco escrupuloso. Por ejemplo, se mostraba la lista de los presuntos dirigentes del Priorato a lo largo de la Historia, entre los que se incluían, desde el autor de la *Divina Comedia*, Dante Alighieri, hasta los mismísimos Leonardo da Vinci, Newton o Víctor Hugo. Desde luego, era difícil negar que estos personajes hubieran pertenecido a esa organización secreta, pero más difícil aún sería confirmarlo. Resultaba curioso, por ejemplo, que los nombres de personajes notables en ocasiones también coincidían con personalidades relacionadas con la enigmática Orden de la Rosacruz. Otro caso es el de algunos presuntos miembros del Priorato que pertenecían a diversas casas reales europeas; en este punto, sí es probable que los descendientes de distintas monarquías mantuvieran algún concordato secreto que les permitiera una acción conjunta a la hora de defender su corona «por la gracia de Dios». De hecho, hoy en día existe una organización que los agrupa.

Algunos de los documentos explican que la Orden templaria nació por voluntad de los miembros de la Orden de Sión, ya que cinco de sus miembros fundadores pertenecían con anterioridad a esta última e incluso llegaron a compartir el maestrazgo de ambas órdenes. Tal sería el caso del gran maestre André de Montbard, a la sazón tío de San Bernardo de Claraval, el impulsor del Císter y valedor de la Orden del Temple en Europa.

Otros documentos famosos fueron los denominados *Lobineau*, registrados también en la Biblioteca Nacional de París y que se calificaron como de dudosa autenticidad. En ellos se asegura que los descendientes de Benjamín, una de las doce tribus de Israel, recibieron la ciudad de Jerusalén, tal y como se recoge en el Antiguo Testamento (Josué 18, 28); la herencia de la tribu de Benjamín se personifica como su nuevo rey en el cruzado Godofredo de Bouillon, a quien se cita como fundador de la

Orden de Sión. Habló también Plantard de la aparición de ciertos documentos en España, concretamente en Barcelona, donde se les buscó refugio durante la Segunda Guerra Mundial.

La culminación de la marcha errática de este moderno Priorato de Sión alcanza su esplendor cuando pretende demostrar que no desapareció gracias a los manuscritos hallados por el párroco Berenguer Saunière en la iglesia del pueblo de Rennes-le-Château. Éste es el enigma por el que se sostiene que la tumba de María Magdalena, y hasta la del mismísimo Hijo de Dios, se hallaría en las tierras del Razès, además de otros despropósitos y fantasías.

Los últimos coletazos del sueño mesiánico de Pierre Plantard se produjeron cuando decidió añadir a su nombre el apellido Saint-Clair. Se supone que este añadido se hizo en recuerdo del caballero templario Henry Sinclair, noble escocés que luchó junto a Godofredo de Bouillon en la toma de Jerusalén; Sinclair también se considera descendiente de los que apoyaron a Guillermo *el Conquistador* en la batalla de Hastings (1066), por la que se coronaría rey de Inglaterra —la estirpe real de los Plantagenet, a la que pertenecía Guillermo, también era heredera de la estirpe davídica—. Realmente, Plantard no pretendía otra cosa que asociar su progenie a la de la familia Saint-Clair, rama francesa de los Sinclair que acogieron en Escocia a los templarios huidos de Francia cuando Felipe IV *el Hermoso*, rey de Francia (1285-1314), ordenó la persecución de la Orden. La Historia corrobora que de la familia Sinclair surgió la dinastía escocesa de los católicos Estuardo, que perdieron finalmente sus derechos dinásticos sobre la corona de Inglaterra. En las posesiones de los Sinclair se construyó la famosa capilla octogonal de Rosslyn (Escocia), entre los años 1446 y 1486. El templo se encuentra a poca distancia de Edimburgo, en el condado de Temple, y encierra entre sus piedras un denso conocimiento hermético y simbólico. El vínculo más directo entre la Orden templaria y la llamada masonería especulativa, con su rito escocés, nace de este relato en el que la ficción se solapa con la Historia, haciendo difícil reconocer dónde acaba una y empieza la otra.

El último documento *prieuré* fue entregado en la Biblioteca Nacional de París el primero de octubre del año 1985. Pierre Plantard murió en febrero de 2000.

REDHAE DEL RAZÈS Y RENNES-LE-CHÂTEAU

La ciudad visigótica de Redhae, en el Razès, es una población histórica, pero cuyo emplazamiento exacto es aún una incógnita. Se sabe que fue reducida a cenizas en diversas ocasiones, la última, en 1361, cuando fue asolada por el ejército aragonés de los Trastámara. Fue una de las principales ciudades feudatarias de los herederos de la dinastía merovingia, como Sigeberto IV, Bera III, Guglielmo I, Bera IV, Argila, Bera V,

Ilderico I y Sigeberto V, que eran condes de Razès, nombre que denomina la comarca.

Las donaciones a la Orden templaria en el sur de Francia fueron numerosísimas. El esplendor de la herejía cristiana de los cátaros se desarrolló en aquellas tierras y tuvo enfrentados a los señores del mediodía con los caballeros francos del norte, que fueron los que dirigieron la cruzada represora. El Temple tomó partido por los del sur y llegó a combatir contra los cruzados convocados en la represión. De todos estos hechos históricos y de la realidad de la numerosísima presencia de judíos en aquellas tierras surge otra serie de hipótesis que los miembros del Priorato de Sión y algunos autores no dudaron en sacar a la luz, en un intento de dar verosimilitud al relato de la continuación de la estirpe sagrada en Francia y la confirmación de su sueño mesiánico.

Rennes-le-Château y Rennes-les-Bains son dos poblaciones del Razès (cerca de Carcasona) rodeadas de encomiendas templarias y enclaves cátaros. Allí vivían los celtas redones antes de su romanización y fue ocupada por los reyes visigodos que conquistaron Hispania. Dependió del conde de Barcelona y del rey de Aragón hasta que fue arrasada por Simón de Montfort, caudillo de la cruzada contra los cátaros iniciada en 1209. Estos hechos provocaron que pasara a depender de la corona de Francia definitivamente, junto a casi toda la región circundante del Languedoc.

En una de sus últimas apariciones, el señor Plantard renegaba de todas las listas anteriores de los grandes maestros del Priorato de Sión, afirmando que eran una patraña, que el Priorato había sido en realidad fundado en 1681 en Rennes-le-Château y que el heredero de la estirpe merovingia era el archiduque Otto de Habsburgo, hijo del último emperador austro-húngaro, aunque él no renunciaba a su descendencia respecto del asesinado Dagoberto II.

A finales del siglo XIX, un humilde sacerdote llamado Berenguer Saunière llega a Rennes-le-Château, para hacerse cargo de la parroquia que curiosamente dedicaba su advocación a María Magdalena —sucede a menudo en iglesias pertenecientes a antiguas encomiendas templarias—. Apenas llegó al lugar, Saunière emprendió la reforma de la iglesia y cuando procede a desmontar el altar visigótico que presidía el templo, descubre que uno de sus pilares está hueco. En su interior aparecieron tres pergaminos protegidos por unos estuches cilíndricos de madera. Como no comprendiera lo que en ellos se decía, se los entregó al padre Bieil, canónigo de la iglesia de San Sulpicio en París (San Sulpicio vivió la época de los reyes merovingios). Más tarde, cuando el párroco quiso que se los devolviera, Bieil se negó y, extrañamente, al poco tiempo, el párroco Berenguer Saunière empezó a gastar grandes sumas de dinero. Unos dicen que su descubrimiento le permitió encontrar un gran tesoro, pero parece más razonable pensar que aquellos fondos procedían de sectores interesados en la restauración de la monarquía en Francia. Poco después se descubrió que los pilares huecos del altar eran una copia de estilo carolingio realizada en el siglo XIX. De hecho, se encontraron otros similares realizados por el mismo

artista en la vecina ciudad de Carcasona. Los pergaminos se encuentran hoy en paradero desconocido, aunque existen unas supuestas y «fieles» copias que el Priorato de Sión se encargó de sacar a la luz a finales de los años sesenta del siglo xx. Se afirma que son documentos que esconden mensajes ocultos y presentan las genealogías de los reyes merovingios. El Priorato de Sión también descifró las inscripciones de la lápida funeraria de Marie d’Hautpoul, marquesa de Blanchefort, que falleció en 1781, procediendo casi inmediatamente a su destrucción. Esta losa, supuestamente, revelaba el secreto para la localización de un tesoro.

La marquesa de Blanchefort pertenecía a una familia noble y antigua de la región, era descendiente de Bertrand de Blanchefort, cuarto gran maestro de la Orden del Temple (c.1157-1168), y madre del conde Paul-Urbain de Fleury, del que Gérard de Sède afirmó que fue venerable de la logia masónica de los Enfants de la Gloire des Commandeurs du Temple en Limoux.

Otro dato a tener en cuenta: en el pico Bézu, en el término de Rennes-le-Château, los templarios construyeron una fortaleza de la que no quedaban más que ruinas en los tiempos del párroco Saunière.

Saunière llevó a cabo una enigmática reforma en la iglesia de Rennes. (Vale la pena visitarla y estudiar la simbología hermética). También construyó la mansión Villa Bethania y la Torre Magdala, recibía extrañas visitas y despilfarraba el dinero. Visitó el Museo del Louvre y encargó pintar copias de ciertos cuadros, como *Los pastores de la Arcadia* del pintor francés Nicolás Poussin (1594-1665), o el cuadro que representa la coronación del insólito papa Celestino V. Los investigadores Richard Andrews y Paul Schellenberger ofrecen en su ensayo *La tumba de Dios* (Martínez Roca, Barcelona, 1996) algunas razones para demostrar que todo cuanto rodeaba al párroco Saunière eran pistas para descubrir la localización de la tumba de Jesús de Galilea. La tesis de Andrews y Schellenberger se fundamenta en estudios geométricos y simbólicos, a la búsqueda de intenciones ocultas.

Finalmente, la diócesis en la que trabajaba Saunière abrió una investigación y trató de apartar al párroco de las labores eclesiásticas. Saunière murió en 1917.

El marqués Philippe de Chérissey, otro de los miembros del Priorato de Sión —era también conde de Vaudressel—, publicó en *Circuit* algunos trabajos sobre distintos relatos en los que se hablaba de los tesoros ocultos en el Razès. Negaba que aquellos tesoros estuvieran escondidos en los lugares donde clásicamente se habían buscado, como en la iglesia de Rennes-le-Château o en el monte Cardou.

UNA LEYENDA REPETIDA

Todo lo referido hasta este momento es el fundamento de la tesis nacionalista y

monárquica de Pierre de Plantard. Thomas Plantard de Saint-Clair, hijo de Pierre Plantard, es el actual gran maestro del Priorato de Sión. Y no olvidemos que una leyenda repetida hasta la saciedad acabará por parecernos real.

La búsqueda continuada de un linaje digno del trono de David se prolongó durante siglos hasta que en el siglo xx se entremezcla con el ascenso de los fascismos. El Priorato de Sión y otras organizaciones y personajes auparon la idea de que Jesús *el Cristo* no murió y llegó hasta las costas de Occidente huyendo de la represión romana en Judea, o murió realmente y su supuesto matrimonio con María de Magdala dio su fruto, el cual llegó hasta las costas de la Septimania (sur de Francia).

Aún pueden destacarse algunos aspectos en esta historia de mentiras y verdades.

Por ejemplo, en la Historia se dan algunas circunstancias que permiten entrever que sí cabe la posibilidad de un deseo de elevar al trono, y no sólo de Francia, sino también de Jerusalén, a personajes relacionados con el linaje de los merovingios. Ese deseo se habría mantenido vivo, como hilo conductor, a través de los siglos.

Gerberto de Aurillac se coronó papa en el año 999 y tomó el nombre de Silvestre II. Este papa era francés y de origen merovingio. Formado en Reims, Aurillac viajó al monasterio de Ripoll en el año 970 para impregnarse del saber del mundo islámico que en aquella época convivía en la Marca Hispánica. La astronomía, las matemáticas o la filosofía formaban parte de sus intereses intelectuales hasta que fue nombrado papa. Su fama de hombre sabio le permitió convertirse en tutor del emperador germánico Otón III. Fue el gran defensor de la nueva dinastía francesa de los Capetos, que se alzaron como herederos de los derechos merovingios en detrimento del linaje caduco de Carlomagno. El regreso de la dinastía davídica se consolidaba y, para darle el apoyo necesario, apenas ocupó el arzobispado de Reims (lugar tradicional de coronación de los reyes franceses), Aurillac desarrolló toda una doctrina político-religiosa conocida posteriormente como «galicismo». En ella se defendía la existencia de una Iglesia católica propiamente francesa, que volvería a ganar fama en el siglo xix por contraposición al «ultramontanismo», que no era sino la defensa del solio papal en Roma.

Pocos años después comenzó la gran tentativa de conquistar los Santos Lugares (fig. 87). La primera cruzada a Tierra Santa provocó la deseada caída de Jerusalén en manos cristianas, tras tres años de enconadas batallas: era el año 1099. La idea de recuperar los Santos Lugares se inició en el año 1095, durante el Concilio de Clermont. Las palabras del papa Urbano II —que pertenecía a la familia Eudes, de sangre merovingia y vieja antecesora de la dinastía de los Capeto—, convocando a la cruzada, enfervorizaron a los presentes de tal manera que corrieron a coser sobre su hombro un pedazo de tela en forma de cruz. Ésta era la señal con la que, desde todos los rincones de Europa, partirían los enardecidos creyentes hacia Jerusalén.

Pero estos dos ejemplos no permiten extraer conclusiones decisivas respecto a una

trama universal para imponer la sangre merovingia —supuestamente davídica— en el mundo y las relaciones históricas entre acontecimientos y personajes parecen arrancadas a fuerza de imaginación. Más ejemplos: Godofredo de Bouillon pertenecía a la casa de Vere, la cual era una rama antigua de la casa de Anjou, los Borbones. El primer Borbón que reinó en España fue Felipe de Anjou, y Juan Carlos I de España posee entre sus títulos el de rey de Jerusalén.

Pierre Plantard explicaba en una de sus últimas apariciones periodísticas que su Priorato se componía de ciento veintiún mandatarios, grandes eminencias situadas en estratégicos puestos de la economía, la política y la religión. Esta suposición se basa en la actuación histórica de distintas órdenes caballerescas y religiosas: por ejemplo, la actual Orden de Malta, heredera de la Orden hospitalaria —la principal beneficiaria de los bienes del Temple y clara competidora durante los años de su coexistencia—, mantiene entre sus miembros a escogidos e influyentes personajes del panorama internacional.

Finalmente y respecto a la verosimilitud de los documentos depositados en la Biblioteca Nacional de París, hay que recordar que la ley obliga a que cualquier publicación o documento, aunque se trate de un libelo, ha de depositarse en dicha biblioteca. Ello no confirma la veracidad de los contenidos de los textos ni de su supuesto origen. Los textos remitidos por el moderno Priorato de Sión a la Biblioteca Nacional de París no gozan de la credibilidad de los especialistas y no revelan fehacientemente ninguno de los fundamentos de esta organización.

CAPÍTULO XXVII

Leyendas templarias

SANTIAGO SOLER SEGUÍ

«Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria, enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y, caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que, con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso».

Así termina la conocida *Leyenda del Monte de las Ánimas*, del poeta romántico Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), donde se cuenta que los caballeros templarios y los nobles sorianos murieron en una terrible batalla por la disputa de un coto de caza que la Orden del Temple poseía en el monte de las Ánimas.

Desde la creación de la Orden en el año 1118 hasta nuestros días, las leyendas han perseguido al Temple y a sus monjes-guerreros.

Este capítulo quiere proponer un fantástico recorrido por distintos puntos de la geografía española, allí donde los templarios estuvieron presentes y, de una forma u otra y sin saberlo, fueron protagonistas de multitud de leyendas que pasaron de boca en boca y de generación en generación.

Fabulosos tesoros, solemnes juramentos, reliquias sagradas, heroicos caballeros... Todos estos ingredientes legendarios envuelven en un halo de misterio a la Orden del Temple. Estas increíbles leyendas, en la mayoría de los casos transmitidas oralmente, forman parte de nuestra tradición popular, de nuestro acervo cultural, de nuestro paisaje y nuestro paisanaje y, por qué no, de nuestras fantasías de la infancia.

Al leer estas leyendas, poco debe importarnos lo que tengan de verdad histórica — que generalmente es bien poco, aunque en todas ellas hay un poso de realidad—. Si realmente ocurrió lo que en estas leyendas se relata o si resulta a todas luces increíble, no tiene mayor relevancia. La importancia de las leyendas reside en la enseñanza o «moralaja», en el trascendental significado que evocan los arquetipos y los modelos, en el valor alegórico de hechos, símbolos y personajes, y también en los sentimientos que excitan: ilusión, imaginación y emoción. Siempre resulta gratificante y fructífero

sumergirse en la magia y la fantasía de un mundo irreal y cercano a la vez: el mundo de leyenda.

LEYENDAS DE GALICIA

Si hay en España un lugar donde el folclore y la leyenda estén firmemente arraigados en la cultura popular, ese lugar es Galicia, la *Gallaetia* de la Hispania Citerior del Imperio Romano. En estas tierras, folclore, leyenda y cultura son indisolubles. Son paisajes mágicos de *meigas* y *bruxos*, de duendes y *mouros*, de hadas y *serpes*, de *conxuros* y encantamientos, de aquelarres y Santa Compaña, de figuras misteriosas disipadas por la niebla... Es tierra de exuberante verdor, de aldeas bucólicas, de cuevas ignotas, de castros célticos, de dólmenes arcaicos, de fuentes cristalinas, de bosques frondosos y cumbres brumosas... Es el *Promontorium celticum* o *Finis Terrae* de los romanos, la tierra situada al borde del Mar Tenebroso, desde la que se podía oír el enorme estruendo producido por la gran catarata del Fin del Mundo, capaz de devorar a todo el que tuviera valor para acercarse a ella. Y también es tierra de celtas, y de romanos, y de suevos, y de nobles caballeros, y de *irmandiños*, y de revueltas, y de grandes hazañas, y, cómo no, tierra de templarios.

Llegaron los templarios a tierras gallegas allá por el año 1142, y pronto extendieron sus dominios por buena parte de Galicia, fundando varias encomiendas: Betanzos (antigua *Brigantium*), Neira, Boboras, Viveiro o Canabal, entre otras, escribiendo aquí un pedazo de su historia y dando lugar a sus propias estampas legendarias.

Este recorrido comienza en la villa de Pontedeume, en la provincia de A Coruña. Esta bonita población gallega se encuentra a poco más de 45 kilómetros de la capital de la provincia, en la desembocadura del río Eume —es este río y su bello puente del siglo XIV los que dan nombre a la población—.

A espaldas de la villa se alza majestuoso el monte Breamo; en su cumbre se levanta, posiblemente, una de las más bellas iglesias románicas de la comarca. Construida sobre el templo de un antiguo castro celta, de aspecto sobrio y austero, de piedras cansadas por el paso del tiempo, fue edificada por los templarios en el año 1187, y así se atestigua en el contrafuerte izquierdo de la puerta principal: «ERA MCCXXV» —se refiere a la era hispánica, que difiere de la era cristiana—. En el año de su construcción, el gran maestro del Temple, Gérard de Ridefort, sufrió una humillante derrota ante las tropas de Saladino en la famosa batalla de Hattin: el maestro cayó prisionero y renegó de su fe. Por eso se afirma que la iglesia templaria de San Miguel de Breamo no se construyó como templo sino como testamento.

LOS GUARDIANES DEL TESTAMENTO DE SAN MIGUEL DE BREAMO

En la lluviosa tarde de Nochebuena de 1224, junto a la iglesia de San Miguel de Breamo, once hombres se calentaban silenciosamente junto a una hoguera, que a duras penas les reconfortaba de la tremenda humedad que calaba sus huesos. Eran gente ruda y las lanzas y espadas que portaban advertían que se trataba de guerreros curtidos en un sinfín de batallas, amén de hombres de Iglesia, por las cruces bermejas que se distinguían sobre sus majestuosas capas blancas. Eran caballeros de la Orden del Temple, venidos desde el lejano Oriente hasta las tierras donde se pone el Sol. Habían sido desterrados al Fin del Mundo por sus superiores, tras luchar contra las huestes de Saladino, batalla tras batalla —todavía se podía ver el horror en sus ojos—. En contra de lo establecido por las reglas de la Orden, habían huido tras sufrir una grave derrota. Por eso estaban en San Miguel de Breamo. Tenían como única misión custodiar esta humilde y solitaria iglesia, aparentemente enclavada en mitad de ningún sitio.

¿Qué secreto guardaban estos caballeros? ¿Por qué once veteranos combatientes, expertos en el arte de la guerra, conocedores de lejanos misterios, protegían una pobre iglesia situada en los confines del mundo conocido?

Desde siempre se reconoció a los canteros «donados» o al servicio del Temple (los «compañeros constructores») como grandes conocedores del maravilloso arte del labrado de las piedras, y, por supuesto, como grandes maestros en el arte del simbolismo y la criptografía. En definitiva, eran maestros en cantería y maestros en misterios. Se decía de ellos que conocían y guardaban celosamente los grandes secretos y conocimientos arquitectónicos y geométricos de la Antigüedad. Y esto era lo que guardaban los once templarios: los misteriosos símbolos que ornaban aquella humilde capilla, el mensaje oculto que en dichos símbolos se revelaba a quien tuviera ojos para ver. Pues el mensaje no era otra cosa que el testamento de la vencida Orden del Temple, de la humillante derrota, de la apostasía de su gran maestro, de la ignominiosa afrenta sufrida... Allí se encontraba todo: cómo sucedió, por qué sucedió, cómo se pudo haber evitado, por qué no se hizo, qué fue de los tesoros... Todo. Por eso los once caballeros vigilaban, durante años, día y noche, la vieja iglesia solitaria de San Miguel de Breamo.

Era, como decíamos, la tarde de Nochebuena de 1224 cuando, poco a poco, fue cayendo la fría noche. Pronto la Nochebuena daría paso a la Navidad, y nada tenían estos templarios, salvo su triste soledad, su débil hoguera, la lluvia incesante, el templo que protegían, y aún la esperanza y la fe que a pesar de todo nunca perdieron. De este modo, al caer la noche, los once caballeros se refugiaron en el interior de la capilla. Por los estrechos y altos ventanucos, se colaba trémula la luz de las estrellas que se filtraba entre los negros nubarrones. Como todas las noches, durante años, miraron al rosetón que se alzaba sobre la puerta y, como siempre, allí estaban las once

puntas; una por cada caballero. Así era desde que construyeron la capilla y así sería siempre. Por ella estaban allí once caballeros templarios. Uno por extremo.

Aquella noche, y sin saber muy bien la razón, los caballeros miraban y miraban aquel rosetón. Algo extraño estaba ocurriendo. Algo era distinto en aquella fría y lluviosa noche navideña... ¿Qué misterio les esperaba? ¿Qué milagro acontecería?

Finalmente lo entendieron. Miraron y volvieron a mirar. ¿Qué estaba ocurriendo? Las puntas del rosetón ya no eran once; eran doce. Una más. Un caballero más. Y así era. En el centro de la humilde nave de San Miguel, un niño dormía tranquilamente sobre un manto de paja ante el altar. Y así estuvo el pequeño, durmiendo, toda la noche.

Al alba, cuando aparecieron en el horizonte las primeras luces, haciendo retroceder las sombras de la noche, justo en ese momento, el rosetón volvió a tener once puntas y el niño desapareció.

Desde entonces, todas las noches de Navidad, los que se aproximan a esta iglesia-capilla juran que el rosetón tiene doce puntas. Las cuentan y recuentan y siempre son doce. Hasta que amanece. Hasta el alba. Entonces vuelven a ser once.

Efectivamente, la Orden del Temple y la cristiandad sufrieron una humillante derrota a manos de Saladino y de sus huestes en el año 1187, en la batalla de Hattin, más concretamente, el día 4 de julio.

Saladino consiguió reunir un enorme ejército, formado por más de treinta mil hombres, del cual se decía, según Amin Maalouf en *Las cruzadas vistas por los árabes* (Alianza, Madrid, 1996), «que las llanuras eran demasiado estrechas para albergarlo, y que el polvo que levantaba a su paso oscurecía los ojos del Sol».

Tras la batalla, Saladino ordenó trasladar a todos los prisioneros a Damasco, excepto a los templarios y los hospitalarios. Para éstos tenía pensado otro final. Debían elegir entre su conversión al islam o la muerte. Sólo unos pocos renunciaron a su fe. El resto, unos doscientos cincuenta caballeros, fueron decapitados.

Del gran maestre templario, Gérard de Ridefort, sólo se sabe que se salvó de la decapitación, pero nada se dice de su apostasía, aunque algo puede intuirse. Lo que sí se conoce es que fue liberado tiempo después junto al rey de Jerusalén, Guy de Lusignan, previo pago de un rescate —acto contrario a las reglas de la Orden, que se oponía a este tipo de transacciones—.

En San Miguel de Bremao, donde la devoción y la fe de los once caballeros les permite asistir al que parece ser un nuevo nacimiento del Hijo de Dios, todos sus años de servicio a la fe han dado su fruto y han sido redimidos.

En la actual provincia de Lugo, en la isla de Coelleira, se sitúa la leyenda del último templario.

Esta pequeña isla, que se encuentra a unos quinientos metros de la costa, frente a la Punta do Embarcadoiro, es el escenario de otra romántica leyenda. Una versión escrita de esta tradición puede leerse en *Las leyendas tradicionales gallegas* (Espasa Calpe,

Madrid, 1999), de Leandro Carré Alvarellos (1888-1976), miembro de la Real Academia Galega. En esta ocasión, la devoción y el cumplimiento de un juramento son los argumentos morales centrales y remiten a dos amores al parecer irreconciliables: el amor de un caballero templario a la Orden y a su dama.

EL ÚLTIMO TEMPLARIO DE COELLEIRA

El paisaje norteño que sirve de escenario a esta leyenda aparece maravillosamente descrito en los versos de «El último templario», tradición gallega recogida por José Castro Pita:

«En medio de los mares, besado por la espuma,
las ruinas de un castillo del Temple yo admiré,
y vi a sus caballeros en mitad de las brumas,
blandiendo sus espadas por la cristiana fe».

Cuenta la historia que el joven Guillelme se debatía entre su alma guerrera y aventurera, y su corazón melancólico y enamorado. Como sus antepasados, soñaba con poder participar en los juegos florales, componer bella poesía, ser capaz de transmitir los sentimientos más profundos, pero también soñaba con la idea de cabalgar hacia Jerusalén, defender sus murallas, expulsar al infiel de Tierra Santa y proteger a los peregrinos, como la Orden del Temple.

Mas el bueno de Guillelme sentía que sus fuerzas flaqueaban cada vez que pensaba en una bella joven, hidalga honesta, que ocupaba su corazón.

Así ocurrió que una noche, bajo el amparo de las estrellas y al resplandor de la luna, el joven Guillelme cruzó una tierna mirada y un profundo suspiro con la hermosa joven Rosalía, que lo estaba esperando junto a una enorme cruz de piedra próxima a un templo.

Fue en ese momento cuando el joven caballero, sacando fuerzas de flaqueza, le contó a la dama su intención de ser templario. Rosalía, entre sollozos y lágrimas, intentó en vano que el joven renunciara a su idea, y entristecida y llorosa, le hizo un último ruego:

—Si muero, tal vez mi cadáver deje fuera del ataúd la mano de desposada, si es así, estréchala tú entonces, pero pronuncia también mi nombre antes de tu muerte.

No hay datos sobre las andanzas del valeroso Guillelme. Es de suponer que ingresó en la Orden del Temple, seguramente en la encomienda de San Fiz do Ermo, o tal vez en otra de menor importancia aunque subordinada a la principal de San Fiz.

Galicia se encontraba por aquel entonces en la retaguardia de la Reconquista, por lo que la función principal de las encomiendas templarias en esa región estaba

relacionada con la administración y la intendencia. No obstante, cabe pensar que Guillelme realizaría alguna actividad militar, como era su deseo, protegiendo a los peregrinos contra los salteadores que infestaban los caminos, no en Tierra Santa, sino en Galicia. No debe olvidarse que San Fiz do Ermo se hallaba en pleno bullicio del Camino de Santiago.

Transcurrió el tiempo y una tarde triste y gris, el buen caballero Guillelme acertó a pasar cerca de una abadía. Apenas desmontó de su cabalgadura, una punzada fría como el hielo congeló su corazón. Varias voces entonaban en el interior de la abadía un *De Profundis*.

A pesar de todo, con coraje, siguió adelante, al tiempo que su mirada contemplaba un túmulo con antorchas encendidas, rodeando el cadáver de una hermosa mujer que tenía una mano fuera del ataúd.

El joven templario se acercó al cadáver, y estrechó con suavidad y cariño la mano de la mujer; las lágrimas recorrieron su rostro entristecido y se retiró apesadumbrado.

Buscó después un lugar apartado donde poder entregarse a la meditación y a la melancolía. Y lo halló en un magnífico monasterio, levantado sobre las rocas de una pequeña isla en la costa cantábrica, donde las aguas del río Sor y del río Arrotreba se unen para morir devorados por las olas del mar.

En aquella época, el rey Felipe IV de Francia había ordenado quemar todos los pendones y enseñas del Temple que ondeaban en los Dardanelos. La Orden del Temple, injuriada y derrotada, sin hogar y sin altares, abandonaba poco a poco sus últimas fortalezas y encomiendas en toda Europa.

Y cuenta la leyenda que en la isla de Coelleira, donde se encontraba Guillelme, se oyó una noche tañer las campanas del monasterio. Varios hombres armados degollaban sin piedad ninguna a los monjes que allí dormían.

Treinta y cinco templarios yacían muertos, inertes, a los pies de sus asesinos. Al despuntar los primeros rayos de sol, sólo quedaba una víctima a la que sacrificar. Era un joven valeroso, rubio, con los ojos entristecidos. Se presentó pues a las puertas del convento, donde sus asesinos lo esperaban con los rojos aceros ensangrentados.

—Aquí me tenéis. Soy el último templario.

Y clavando su rodilla en tierra y alzando la mirada al cielo, gritó:

—¡Rosalía, Rosalía!

Después, sintió cómo el frío acero penetraba en su cuerpo varias veces, hasta que cayó en un último suspiro.

Algunos años más tarde moría en la orilla del río Landro un noble caballero perteneciente a la ilustre familia de los Quirós, señor de todos aquellos vastos parajes, y bajo cuya dominación se había llevado a cabo el brutal asesinato de los freires.

Y afirma la tradición que, para salvar su alma, apenada por aquel crimen, el caballero ordenó que se escribiese esta cláusula en su testamento: «Dejo treinta y seis

misas para bien de las almas de treinta y seis religiosos que por orden del rey, y en una sola noche, he mandado degollar en la isla de la Coelleira».

Otra versión de esta leyenda, menos romántica pero con mejor final para su protagonista, cuenta que el último templario consiguió salvarse del degüello — disfrazado de paisano y portando consigo una imagen de San Esteban—, y que logró refugiarse en una casa de Vicedo, en el barrio de Baltar, que aún hoy se conoce como la Casa do Paisano. También cuenta que la última misa, de las treinta y seis que el señor de Quirós ordenó para pedir por las almas de los templarios, coincidió con el día 24 de diciembre. Era costumbre, por aquel entonces, que en estas fechas la misa se oficiara con pan corriente para consagrar. Los vecinos de Baltar, el barrio donde se refugió el último templario, eran los encargados de traer dicho pan. Así pues, los vecinos entregaron sus panes al fraile. Pero resultó que, al repartirlo, en las cestas se encontraron unos deliciosos dulces en forma de estrella, que, por cierto, nunca se acababan. Cuantos más se repartían, más había.

Mucho se ha especulado sobre este monasterio de la isla de Coelleira y la posibilidad de que fuera encomienda templaria. Hay alguna documentación contradictoria al respecto; algunos textos demuestran que tal monasterio existió en Fazouro; sin embargo, no aparece en los censos oficiales que se elaboraron a principios del siglo XIV. Sí aparecen censadas otras encomiendas gallegas, como Santa María del Temple, en A Coruña; Amoeiro y Canabal, en Ourense; San Martín de Coya, en Pontevedra, o San Fiz do Ermo y Neira de los Caballeros en Lugo; pero ni rastro de Coelleira. De todos modos, en estos censos sólo se citaban las encomiendas más importantes, y es posible que Coelleira fuera una encomienda dependiente de otra cercana más importante. [Véase el *Inventario del Patrimonio Artístico y Arqueológico de España*, del Instituto del Patrimonio Histórico Español del Ministerio de Cultura, donde se afirma que en el año 1095, Vima Menendiz donó al monasterio de San Miguel da Coelleira la tercera parte de las propiedades de la iglesia de San Xulian de Lovia; y véase también la ponencia «Del miedo político al miedo religioso: la abolición de la Orden del Temple en el siglo XIV», de María del Carmen Gálvez de la Cuesta, en el IV Simposio Internacional de la SECR (Sociedad Española de Ciencias de las Religiones) *Milenio: miedo y religión*, Universidad de La Laguna, Tenerife, febrero de 2000; aquí se hace referencia al censo que ordenó don Gonzalo Díaz Palomeque, obispo de Toledo, cuando citó a comparecencia a los templarios del Reino de Castilla en Medina del Campo, en abril del año 1310, haciendo constancia de las encomiendas de la Orden].

Este viaje por tierras gallegas lleva al curioso investigador hasta Oza dos Ríos, en la provincia de A Coruña. Esta población se encuentra situada al sur de Betanzos, entre los ríos Mendo y Mandeos, tal y como advierte su nombre. Allí se conserva la iglesia

románica de San Pedro de Porzomillos, de finales del siglo XII o principios del XIII; según se transmitió de generación en generación, dicen que fue construida por monjes templarios.

Esta iglesia de San Pedro tiene una sola nave y ábside rectangular; es sobria y humilde, y luce un sencillo rosetón de seis puntas con forma de estrella de David, en lugar del típico ventanuco. En torno a esta iglesia nace una leyenda que habla de ritos ancestrales, de espíritus malignos y de cómo librarse de ellos mediante danzas ante un milagroso «espantabrujas» —amuletos que antiguamente se colocaban en las chimeneas o fachadas—; al parecer, los templarios colocaron allí ese prodigioso objeto...

EL «ESPANTABRUJAS» DE SAN PEDRO DE PORZOMILLOS

Todavía hoy, los aldeanos celebran una ceremonia purificadora cuyos orígenes se pierden en los albores de los tiempos. Dicen los más viejos del lugar que este baile se remonta a tiempos ancestrales, a tiempos de celtas; que el lugar donde se levantó la iglesia de San Pedro es tierra mágica, misteriosa, donde se celebraban viejos rituales, danzas con los pies desnudos, y donde se podía sentir la fuerza de la *Terra Mater*.

Así pues, amparados a la sombra de la iglesia de San Pedro de Porzomillos, comienza el viejo ritual.

Los danzantes bailan descalzos, sin mirarse, sin sentirse, unos junto a los otros, con la mirada perdida en el cielo. Danzan sin cesar, al son de una gaita; la gaita no se ve, pero resuena persistente con el viento, pues el gaitero se esconde tras la iglesia, como manda la tradición... Danzan y danzan, hasta que, de repente, todos paran, al tiempo que murmuran unas palabras ininteligibles y fijan su mirada en una extraña figura grabada en el frontal de la iglesia: un «espantabrujas» que resulta infalible.

Cuenta la leyenda que desde que los caballeros templarios edificaron la iglesia y colocaron la enigmática figura en su fachada, nunca los espíritus malignos volvieron a rondar aquellas tierras; por eso, todos los años, los aldeanos bailan al son de la gaita; danzan descalzos, con la mirada perdida, murmurando su ininteligible plegaria, cuidando el benéfico relieve... No pueden permitir que desaparezca el talismán... No pueden permitir que desaparezca la leyenda.

La zona donde se ubica la iglesia de San Pedro fue en otro tiempo una tierra de gran valor espiritual y se le atribuían los beneficios de las energías telúricas. La iglesia, al parecer, se edificó donde antiguamente existía un antiguo templo celta, de modo que siempre ha sido considerado un lugar misterioso y mágico. Recordemos que a los templarios se les atribuyen conocimientos singulares y ancestrales secretos; de ellos se dice que bebieron de los saberes de antiguas civilizaciones y que conocían el

druidismo... De ahí que resulte fácil fusionar danzas paganas, viejos rituales celtas y el mito templario en esta zona de la península Ibérica y, más concretamente, en lo que respecta a este «espantabrujas» de San Pedro.

Este tipo de rituales puede encontrarse en distintos lugares del norte de España, bien en danzas agrícolas, como la danza guipuzcoana *Jorrai-Dantza* o danza de la escarda, la *Makil-Dantza* de Vera de Bidasoa, o bien en danzas que esconden ritos más oscuros y enigmáticos, como la del «espantabrujas» de San Pedro.

Especial atención merece la danza de Ochagavía (Navarra), descrita excepcionalmente por el antropólogo Julio Caro Baroja en su libro *Ritos y mitos equívocos* (Istmo, Madrid, 1974) y de la cual el escritor soriano Ángel Almazán hace un exhaustivo estudio en el artículo «Enigmas ¿templarios? en Ochagavía (Navarra)» (en la revista digital *Soria y Más*, febrero de 2003). Almazán descubre increíbles referencias al Temple en este baile ritual de Ochagavía, como la doble faz blanquinegra del «Bobo» —personaje principal de la danza—, que recuerda al *baussant* o estandarte de batalla del Temple, el número de danzantes, que son nueve, como nueve fueron los caballeros fundadores de la Orden; incluso la similitud de la bifaz del «Bobo» con el misterioso símbolo iconográfico del *bafomet* templario, que en ocasiones se representa como una doble cara barbada de anciano.

Las tres leyendas gallegas relatadas ofrecen un amplio abanico de evocación de arquetipos, de símbolos tradicionales y de información histórica y etnográfica. El mundo legendario es un abanico de propuestas en las que magia e historia parecen fundirse: los aspectos más primitivos y ancestrales se aprecian en la danza ritual, donde los pies descalzos tratan de recuperar la energía de Gaia o la *Terra Mater*; la religión tradicional y su expresión templaria puede adivinarse en la vigilancia de iglesias y templos de los caminos jacobeos en Galicia, donde los más devotos pueden contemplar y rememorar el nacimiento del Hijo de Dios. Desde luego, tampoco está ausente el amor caballeresco medieval o el heroísmo y el sacrificio por la fe.

LEYENDAS DE EXTREMADURA

Jerez de los Caballeros, en la provincia de Badajoz, es el escenario donde se desarrolla la leyenda de *los tristes silbidos*. Esta tradición evoca la faceta guerrera de la Orden del Temple, la vertiente más comprometida de su labor: proteger a los peregrinos en Tierra Santa y la obstinación por cumplir un juramento que, tristemente, nunca podrán llegar a cumplir.

Jerez de los Caballeros, cuyo nombre, fortaleza e historia evocan en Occidente al Crac de los Caballeros (fig. 88) de Oriente, es, sin lugar a dudas, el enclave templario más importante de la Extremadura hispánica. Es ésta una localidad comprometida con

su pasado, sabedora de lo que fue y sabedora también de lo que es, pues después de muchos años de siembra, comienza a recoger sus frutos. Una muestra de cosecha la tenemos allá por el año 2001, con la celebración del I Congreso Internacional sobre la Orden del Temple, *Entre la historia y el mito*, y que continúa con la celebración, en el mes de julio de 2004, de su I Festival Templario. Jerez de los Caballeros se encontraba en un punto privilegiado en la frontera con Castilla, y allí se asentaron los templarios por los años 1229 y 1230, desarrollando una importante labor en todo el bailío y defendiendo la comarca de los ataques sarracenos (entre 1230 y 1240) en cumplimiento del mandato del rey Alfonso IX de León. (Véase Feliciano Correa: *Territorio templario*. Diputación de Badajoz, 2002).

Cuando tuvo lugar la disolución de la Orden, en 1312, los templarios de Jerez de los Caballeros decidieron hacerse fuertes y no entregar la población. Según cuenta la tradición, los caballeros sufrieron un largo asedio por parte de las tropas del rey castellano, Alfonso XI, lo que obligó a los templarios a replegarse, poco a poco, en el castillo. Finalmente cayeron prisioneros y fueron degollados uno a uno, sin piedad, en una de las torres de la fortaleza: la Torre Sangrienta.

LA LEYENDA «DE LOS TRISTES SILBIDOS» DE LOS CABALLEROS DE JEREZ

Cuentan que los caballeros degollados en Jerez fueron los últimos templarios. Y que antes de morir, juntos como hermanos, hicieron un solemne juramento. Cada uno de ellos juró en nombre de Dios y del Templo de Salomón que volvería de su tumba para galopar en su caballo hacia los Santos Lugares y proteger de nuevo los caminos y defender a los peregrinos. Y cuentan que, en las noches sin luna, cuando el cielo está oscuro como boca de lobo, al sonar las doce campanadas, los últimos caballeros templarios de Jerez de los Caballeros regresan de sus tumbas, regresan de la muerte, blandiendo sus espadas, preparados para acudir a Tierra Santa, para proteger a los peregrinos de los bandidos; para cumplir un juramento.

Nunca nadie ha visto a los caballeros que dieron honor y gloria a la villa. Nunca nadie ha visto el brillar de sus armas, ni el de sus armaduras; nadie ha visto sus pendones, ni sus túnicas blancas, ni sus cruces rojas; nunca nadie vio nada; nunca. Pero dicen que muchas noches sin luna, cuando el cielo más negro está, cuando resuenan las doce campanadas, todo entra en silencio; todo se detiene y, entonces, se les oye silbar. Silban; silban sin descanso, llamando a sus cabalgaduras. Silban. Y en el castillo que fue del Temple, que vigila Jerez desde el cerro más alto, reverberan los silbidos en un eco estremecedor que resuena en el aire hasta el amanecer; hasta que aparece el primer rayo de sol; hasta que de nuevo el cielo recupera su color de vida, y el negro de muerte desaparece del horizonte, cuando la «Santa Compañía Templaria» se retira a su triste

lugar de descanso; cuando se retira a la Torre Sangrienta, porque los caballos no han acudido a su llamada. Entristecidos caballeros. Incapaces de cumplir su juramento.

Y llega el silencio, en el mismo momento en el que alumbran las primeras luces del día.

El poeta Francisco Redondo ha recreado el ambiente melancólico de la antigua fortaleza templaria en algunos versos especialmente sentidos:

«Por el tiempo maltratada,
por todos abandonada,
cumpliendo horrible condena...
Se ven en las noches lluviosas
vagar sombras misteriosas
por sus quebradas almenas».

LEYENDAS DE CASTILLA

No todas las leyendas sobre la Orden aluden a la hermandad, la caballería y la lealtad a sus reglas y principios. Algunos relatos tradicionales hablan de crímenes, misterios y tesoros en los que también andan envueltos los caballeros templarios.

En la provincia de Soria, en Castillejo de Robledo, se cuenta la leyenda de un caballero templario castigado por un rayo divino. Al parecer, el fantasma del caballero aún vigila los caminos de la comarca. Esta leyenda puede leerse en *La mitología templaria* (Martínez Roca, Barcelona, 2003), de Jesús Ávila Granados. El autor añade una excelente descripción de la presencia templaria en Castillejo de Robledo y explica la relación de la iglesia de la Virgen de la Asunción con la Orden del Temple; también llama la atención sobre algunos signos que se encuentran en el interior del templo, como los dos dragones que aparecen sobre un damero de ajedrez, en una representación de la dualidad oriental.

Castillejo de Robledo está situado en el extremo occidental de la provincia de Soria, en un territorio de gran tradición templaria. Este bello pueblo soriano sorprende al viajero con las románticas ruinas de lo que antaño fue un majestuoso castillo templario, hoy día derrotado por el paso del tiempo.

Todo en Castillejo recuerda un pasado vinculado a la Orden del Temple: su iglesia parroquial, dedicada a la Virgen de la Asunción, de la que cuentan la existencia de pasadizos que la comunican con la fortaleza; arroyos de agua cristalina, como el de la Salud, al que algunos atribuyen propiedades beneficiosas y que el Temple elevó a la categoría de sagrado, y, cómo no, el sendero de Vallejo-Caballero, donde ningún

paisano se aventura en las frías noches de lluvia...

EL TEMPLARIO DE CASTILLEJO DE ROBLEDO

Cuenta la leyenda que un caballero templario de Castillejo de Robledo, después de mantener un duro enfrentamiento con el superior del convento del castillo, no tuvo más idea que asesinarlo. Finalmente, el caballero cumplió su amenaza y mató a su hermano. Montado en un brioso corcel negro, el caballero asesino decidió huir de la encomienda galopando furioso sobre su cabalgadura. Pero no llegó muy lejos, pues, en su frenética huida, fue alcanzado por un rayo que lo fulminó. Desde entonces, este tenebroso paraje se conoció como el sendero de Vallejo-Caballero. Pero que nadie cuente con que ningún aldeano le acompañe si el tiempo amenaza lluvia, porque, según la leyenda, el alma del templario vigila el sendero en su corcel negro...

Es muy conveniente recordar en este punto que la inmensa mayoría de las leyendas relacionadas con los caballeros templarios son posteriores a la desaparición de la Orden del Temple. Ello significa que muchas tradiciones orales se hicieron eco de los rumores que corrieron sobre los templarios después de su supresión, como las falsas acusaciones de herejía, la supuesta adoración al demonio y otros falsos testimonios que se levantaron contra ellos con el fin de desprestigiarlos o menospreciarlos. No es extraño, por tanto, que las leyendas populares recogieran estos infundios y presentaran a estos nobles caballeros como autores de numerosos crímenes y otras atrocidades.

En la leyenda de Castillejo de Robledo conviene resaltar dos cuestiones muy interesantes. La primera se refiere al color del caballo del monje templario: el color negro representa la muerte, la negatividad, la oscuridad y las tinieblas, en contraposición al color blanco, que representa todo lo contrario, la luz, la purificación y un acercamiento a Dios. Las tradiciones orales, romances, cuentos y leyendas suelen presentar a sus héroes y salvadores cabalgando en blancos corceles, mientras que los traidores, villanos y siervos del demonio montan caballos negros. El simbolismo es muy claro y así se relata en el Apocalipsis de San Juan: «Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer». Evidentemente, el color blanco se asocia con la pureza, la santidad y la victoria; en la visión del tercer sello se puede leer: «Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: “Dos libras de trigo por un denario...”»; el color negro representa la muerte, la guerra, la hambruna y todas las causas que las producen.

Este simbolismo no siempre es tan radical. Por ejemplo, a veces los colores blanco y negro forman un sistema dual o complementario. Así ocurre en otra leyenda castellana que cuenta cómo los cristianos acabaron con las huestes sarracenas de

Abderramán III, ayudados por dos misteriosos caballeros. Uno de ellos era Santiago «Matamoros» (trasunto o milagrosa manifestación del apóstol Santiago), que montaba un corcel blanco como la nieve; y el otro era San Millán, que luchaba contra el infiel sobre un alazán negro como el carbón. La dualidad y la complementariedad del blanco y el negro parece cobrar aquí un sentido simbólico más profundo y recuerda al *baussant* o estandarte templario.

Respecto a sus monturas, una vieja leyenda cuenta que los templarios eran capaces de comunicarse con sus caballos mentalmente, y se suponía que podían cabalgar y luchar sin tener que preocuparse de controlarlos con las riendas y bridas, lo cual les proporcionaba cierta ventaja sobre sus enemigos.

El segundo aspecto interesante en la leyenda de Castillejo de Robledo es la forma de morir del templario asesino, fulminado por un rayo. En la iconografía cristiana, el rayo representa la presencia inmediata de Dios; en este caso, naturalmente, puede interpretarse como un castigo divino.

A 50 kilómetros de la capital soriana, hacia el noroeste, se encuentra una bonita población cuyo nombre es Trébago. La historia de este pueblo se remonta a los tiempos más oscuros de la Península, cuando se produjeron las invasiones celtas, allá por el año 700 a.C.

Muchos siglos después, la población de Trébago debía de tener alguna importancia, porque su nombre aparece en las crónicas del año 915, cuando García Sánchez, rey de Navarra, conquista Ágreda —aunque esta comarca no quedará definitivamente reconquistada hasta el año 1119 por Alfonso I *el Batallador*—.

El viajero puede disfrutar de algunos monumentos relevantes en esta población, como la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, el torreón de Trébago —de manufactura árabe-bereber, edificado en la primera mitad del siglo IX—, el convento templario de San Adrián, que da nombre al monte de los Templarios o de los Horcajos, o las simas del Palancar y Sabinillo.

Precisamente en estos dos últimos lugares, el monte de los Templarios y las simas del Palancar, es donde transcurren las dos leyendas que relatan Santiago Lázaro Carrascosa e Irene Lázaro García en la revista local *La voz de Trébago* (números 9 y 12), editada por la Asociación de Amigos de Trébago.

LEYENDA DE LAS SIMAS DEL PALANCAR Y SABINILLO

Las profundas simas del Palancar y Sabinillo producen en los habitantes de Trébago un temor supersticioso al que no pueden sustraerse. La tradición asegura que allí hay algo misterioso y sobrenatural. En la imaginación popular, estas cuevas son insondables,

pobladas por raros y oscuros seres, habitantes de las profundidades, y advierten que pretender bajar a las simas es una locura y un suicidio.

Se dice que hubo quien intentó descender a las simas del Palancar y Sabinillo, y que para ello utilizó largas y resistentes cuerdas. Algunos de aquellos incautos, al llegar a cierta profundidad, pedían a gritos que las izaran rápidamente. Cuando llegaban arriba finalmente, aterrorizados y con el rostro desencajado, algunos caían desmayados.

En cierta ocasión, un atrevido forastero, que se mofaba del respeto y terror que en los trebagueños inspiraban dichas simas, se aventuró a bajar a ellas por su cuenta y sin ninguna compañía. Sucedió, según cuentan, que el sujeto bajó, sí, pero que jamás volvió a aparecer, ni vivo ni muerto, y que todos los artefactos y cuerdas que utilizó para el descenso fueron encontrados, sin desperfecto alguno, a la entrada de la sima.

Asimismo, la tradición popular asegura que en este lugar se encontraron antiquísimas vasijas llenas de monedas de oro, pertenecientes al tesoro de un convento de monjes templarios cuyas ruinas no se encontraban lejos de allí. Se dice también que las almas de aquellos desgraciados monjes aún vagan en las profundidades de las simas, vigilando celosamente sus tesoros.

Por otra parte, estas cuevas también se tienen por habitación y morada de los «isabelitos», unos bandidos que a principios del pasado siglo aterrorizaron a los habitantes de esta comarca con sus fechorías.

En cierta ocasión, para tranquilidad de los vecinos de Trébago, se determinó hacer una investigación a fondo de las simas, para ver qué había de verdad en todos sus misterios. A tal efecto se pidió un voluntario valiente que acometiese la empresa de bajar y hacer una detenida exploración de las cuevas. Con la ayuda de otros vecinos, el intrépido espeleólogo fue amarrado cuidadosamente y se le entregaron buenas antorchas, para que pudiera ver mejor lo que aconteciese a su alrededor; y así inició el descenso.

Cuentan que apenas había transpuesto la zona iluminada por la luz del día, comenzó a oír en torno suyo tal algarabía de horribles aullidos y gritos, tan lastimeros y dolientes, que, de inmediato, solicitó que le subieran lo más rápidamente posible.

Interrogado acerca de lo que había sucedido, no pudo declarar nada coherente; solamente afirmó que entre la confusión de tantos y tan variados ruidos y gritos, llegó a percibir —no muy claramente— unas palabras pronunciadas por una voz lúgubre y cavernosa que decía: «María, saca los cedazos» [una especie de red].

Ante tan evidentes pruebas de que en aquel lugar sucedía algo extraordinario e insólito, los que habían planeado la aventura optaron por dejar las cosas como estaban y no meterse en más averiguaciones, por si acaso les alcanzaba algún maleficio, como los que suponían que mortificaban a las almas de los antiguos monjes templarios. Aún en la actualidad, estas cuevas siguen ejerciendo una atracción misteriosa para todo aquel que conoce su leyenda y se aventura a pasar por sus alrededores.

Los recopiladores de esta leyenda, Santiago Lázaro e Irene Lázaro, realizaron en su día un exhaustivo trabajo de investigación en la zona y llegaron a algunas conclusiones muy reveladoras. Como en las leyendas gallegas, la tradición se ha hecho eco de relatos legendarios de raíces celtíberas, en las que existe una fortísima relación con el mundo natural, con las grutas y la Tierra. Las energías telúricas son el fundamento de la magia y la religiosidad ancestral. La relación con los templarios es casi marginal, pero las leyendas que los presentaban como sabios conocedores de secretos insondables favorecen su protagonismo en algunos casos. (Esta vinculación ancestral es palpable, pues está demostrada la existencia de varios castros celtíberos en la zona, como los que se encontraban en el mismo casco urbano de Trébago; el de Montenegro de Ágrede y el de las Peñas de Castejón, ambos en el término municipal de Montenegro de Ágrede; el de Castillejo, en el término municipal de El Espino, o el de la Torrecilla en el término municipal de Valdegeña).

Así pues, tras estudiar *Dioses, ética y ritos*, de Gabriel Sopena Genzor (Prensas Universitarias de Zaragoza, 1987) —donde se hace un elaborado estudio sobre los dioses y las creencias mágico-religiosas de los celtíberos—, Santiago Lázaro e Irene Lázaro pudieron establecer una conexión entre la sierra del Madero (buena parte de la cual se encuentra en el término de Trébago) y los lugares sagrados donde estos antiguos pobladores efectuaban sus ritos religiosos, a partir del topónimo Vadaverum, identificado con el actual Madero.

La segunda leyenda de Trébago se escenifica en el monte de los Templarios, que toma su nombre de las ruinas de un antiguo convento templario, el convento de San Adrián, situado en el término municipal de Valdegeña. De este antiguo convento sólo quedan restos del muro norte, del ábside y los absidiolos, cuyo trazado circular se puede apreciar claramente.

Después de muchos años inspeccionando estas ruinas, después de muchos estudios y después de recabar variadísimos testimonios de pastores, cazadores y leñadores, Santiago Lázaro e Irene Lázaro han conseguido ubicar las distintas dependencias del convento, entre las que se encontraban los habitáculos y celdas de los monjes, una fuente que abastecía de agua al convento, un probable cementerio monacal, el patio o jardín, y una probable huerta de riego que actualmente ocuparía una meseta con ligera inclinación al sur, pero bastante llana y susceptible de ser cultivada para la obtención de hortalizas y cereales, situada entre los dos barrancos que la limitan por el este y por el oeste, formando un espacio triangular.

LEYENDA DEL MONTE DE LOS TEMPLARIOS

Aunque el antiguo convento templario de San Adrián pertenece al actual término municipal de Valdegeña, el monte llamado de los Templarios se encuentra hoy muy cerca de Trébago.

Los templarios acostumbraban a emplazar sus conventos en lugares estratégicos, solitarios y apartados, ideales para que sus moradores se dedicaran a la meditación y a la penitencia durante las temporadas de tregua.

La leyenda del monte de los Templarios remite al trágico fin de los miembros de la Orden. A partir de 1307, como se sabe, Felipe *el Hermoso*, rey de Francia, y el papa Clemente V inician un proceso judicial y religioso contra los caballeros del Temple. Según algunos, la razón de semejante persecución estribaba en los horrendos crímenes que habían cometido los templarios; según otros, el acoso sólo se debía al odio y la envidia que las inmensas riquezas de la Orden despertaron en nobles y monarcas. Doscientos años de sabiduría y honor fueron borrados de la faz de la tierra: buena parte de los caballeros del Temple murieron en las hogueras o fueron perseguidos, acosados y asesinados hasta su completa eliminación.

En Trébago se cuenta que, durante la noche de Difuntos, los esqueletos de los antiguos templarios, envueltos en los jirones de sus sudarios, y montados en fantasmagóricos corceles, bajan del monte en ruidoso tropel, clamando venganza por la injusticia que con ellos se cometió. Otros dicen que, debido a sus grandes crímenes, la Omnipotencia Divina los condenó a estar atados para siempre a los lugares donde cometieron sus fechorías.

En el pueblo se asegura que un cazador, olvidando la fecha de Difuntos, se retrasó en el monte y le sorprendió la noche en las inmediaciones de las ruinas del convento. Cuentan que, paralizado de terror, a media noche, vio cómo se levantaban las losas de las tumbas y cómo los tétricos esqueletos de los monjes salían de sus encierros y, entre aullidos de dolor, gritos de venganza y entrechocar de espadas y escudos, se dirigían en macabra procesión hacia el pueblo. El cazador fue encontrado al día siguiente moribundo; apenas tuvo tiempo de contar en frases entrecortadas por el terror las horas de angustia vividas durante la noche.

Algunos años, a principios de noviembre, las primeras nieves ya han tendido un blanco manto en las laderas del monte de los Templarios; y dicen los vecinos que si alguno quiere adentrarse en el monte al día siguiente de la noche de Difuntos, podrá ver claramente en la nieve las huellas de los esqueletos marcadas en el suelo, y podrá seguir su rastro hasta las sepulturas abiertas en el atrio del convento.

LA LEYENDA DEL CONVENTO DE CASARÁS Y LA CUEVA DEL MONJE

Otro relato castellano representativo de la tradición legendaria templaria tiene como escenario el puerto de la Fuenfría y el pinar de Valsaín, un agreste paraje a caballo entre las provincias de Madrid y Segovia. Esta leyenda puede leerse, por ejemplo, en *Madrid, cuentos, leyendas y anécdotas* (Silex, Madrid, 2002; volumen II), de Javier Leralta.

No lejos de estos agrestes parajes de Valsaín y la Fuenfría, justo al lado de la calzada romana, se encuentran las ruinas del antiguo convento de Casarás. (Todo sea dicho: nunca se han encontrado pruebas de que dicho convento perteneciera al Temple. Es de extrañar que los templarios ordenaran construir un convento o encomienda para la defensa de los peregrinos en este lugar, puesto que eran muy escasos los viajeros que transitaban por este camino de la Fuenfría en el siglo XIV; ni siquiera los bandidos y pillastres paraban en estas sierras, ya que éste era un camino de soldados y cortesanos). A pesar de la inconsistencia histórica, en el pinar de La Acebeda se sigue recordando una leyenda que mezcla los fabulosos tesoros del Temple con los amoríos del senescal de la Orden y una joven condesa y dama de la corte que pasaba una temporada en el palacio de Valsaín.

Se trata de la leyenda del convento de Casarás y la cueva del Monje.

Corría el año 1306. La Orden del Temple comenzaba a sufrir un angustioso proceso que acabaría con la abolición de la Orden años después. En Castilla, temiendo lo peor, se nombra gran senescal de la Orden al caballero Hugo de Marignac. Desde ese momento, Marignac es el único sabedor del lugar donde se encuentra oculto el enorme tesoro de los templarios.

Pero ocurrió que Hugo de Marignac quedó prendado de una dulce condesa que se encontraba al servicio de la reina de Castilla. A pesar de los requiebros del templario, la dama rechazó al senescal, ya que ésta esperaba, melancólica, el regreso de su amado ausente.

Desesperado ante la firmeza de la condesita, Hugo de Marignac decidió pedir consejo a un brujo que habitaba una misteriosa cueva del valle de El Paular.

Se decía de este brujo que era un maestro de la hechicería y los conjuros. Hombre solitario y ambicioso, conocedor de la magia negra y los sacrificios, no dudaba en cabalgar por toda la comarca en su brioso corcel negro; dicen que raptaba a jóvenes doncellas y que las cubría con su capa negra para acallar sus gritos de horror y de súplica.

Todo estaba preparado en la cueva del Monje. Extraños amuletos colgaban del techo y una hoguera iluminaba con misteriosas luces aquella cueva. Era ya noche cerrada cuando Hugo de Marignac se presentó en la cueva del brujo. El templario estaba dispuesto a revelar su gran secreto, a compartir el tesoro de la Orden si con ello conseguía los favores de la joven dama.

El mago negro accedió a sus pretensiones y comenzó su siniestro trabajo: después de recitar varios conjuros, arrastró a una figura encapuchada para realizar el sacrificio final y concederle al senescal sus deseos.

Por orden del brujo, Hugo de Marignac hundió su espada en el corazón de la víctima. El senescal creyó que el conjuro había concluido, que podría tener finalmente a su joven condesa y corrió hacia su caballo mientras el brujo reclamaba el pago por sus servicios.

Fue entonces cuando Hugo de Marignac lo comprendió todo: la muchacha sacrificada no era sino la joven condesa. Ya nunca podría gozar de su amor. Ciego de rabia, Hugo de Marignac acabó con la vida del siniestro monje nigromante. El senescal se quedó sin su amor y el brujo, sin su tesoro. Desde entonces, dicen que el fantasma del enamorado templario y guardián de las fortunas de la Orden cabalga por la comarca de Guadarrama, sin desvelar el lugar donde se encuentra el maravilloso tesoro.

De nuevo, el mal se presenta como un misterioso brujo adorador del demonio y cabalga en su brioso corcel negro.

En la provincia de Segovia, el buscador de leyendas templarias puede llegar hasta Maderuelo. Esta villa, que se encuentra en lo alto de un cerro, en el límite con las provincias de Soria y Burgos, está totalmente amurallada y su acceso debe hacerse, como en las antiguas ciudades fortificadas, a través de un arco medieval llamado la Puerta de la Villa. Estas tierras siempre fueron ricas en agua y pastos, así que los distintos grupos que la poblaron le concedieron gran importancia, desde tiempos anteriores a los celtíberos arévacos.

Pues bien, en este lugar se cuenta la leyenda del maestro templario y la Vera Cruz. Al parecer, la pervivencia actual de este relato tradicional se debe al escritor e investigador Rafael Alarcón Herrera, que lo encontró en un antiguo libro del siglo XVII. La leyenda hace alusión a la existencia de un fragmento de *lignum crucis* de la Vera Cruz —la «cruz verdadera» en la que fue crucificado Nuestro Señor Jesucristo—; esa reliquia sagrada, al parecer, fue custodiada por los templarios de Maderuelo.

LA LEYENDA DEL MAESTRE TEMPLARIO DE LA VERA CRUZ DE MADERUELO

Dicen que un maestro del Temple cayó, tras dura batalla, prisionero del rey de Alejandría. Este rey decidió celebrar la victoria sobre los caballeros cristianos con una espléndida cena e invitó al maestro a compartir su mesa; esto se debía al profundo respeto que el monarca sarraceno sentía hacia los caballeros templarios; tampoco estaba ausente la idea de intentar atraerlo a la fe musulmana.

Comenzó pues el banquete entre grandes risas y voces de los sarracenos, que contrastaban con el semblante triste y melancólico del maestro. El rey, en un gesto conciliador, le ofreció una de las maravillosas joyas capturadas a los cristianos y que se exponían, como trofeo, en medio del salón; le aseguró que podría quedarse con la pieza del botín que prefiriera; era una demostración de su amistad, y añadió que podría quedarse con la joya que escogiera aunque no abrazara la fe de Mahoma o aunque fuese liberado mediante el pago de un rescate.

El maestro, sorprendido ante el ofrecimiento y tras contemplar el fabuloso tesoro, reparó en un *lignum crucis*, que destacaba del resto de las joyas con un especial brillo, casi mágico. El mismísimo rey le entregó aquella preciosa reliquia al caballero. Al detenerse en los tesoros cristianos, el rey quedó prendado de la belleza de una magnífica copa y la tomó para sí. Pidió a un camarero que llenaran su copa, pero el maestro trató de impedirlo. El templario advirtió al rey que aquella copa era sagrada para la religión cristiana y que aquel que se atreviese a profanarla sufriría las consecuencias. Pero semejante amenaza no hizo sino aumentar la curiosidad y la excitación del sarraceno, dispuesto a comprobar por sí mismo los efectos de la profanación de aquel maravilloso cáliz.

El templario, en un gesto de buena voluntad y amistad, volvió a advertir al incrédulo rey y le rogó que, al menos, cada vez que fuese a beber, le permitiera tocar la copa con la cruz, para evitar el castigo divino. A regañadientes, consintió el rey moro ese extraño ritual, pues era tremendamente supersticioso. Pero sucedió que cada vez que el rey iba a beber, y la cruz tocaba delicadamente la copa, el refresco se convertía en vino, ante el enfado del rey, pues no podía beberlo, ya que la ley islámica lo prohibía.

Al séptimo intento, lo que en principio parecía milagroso y digno de admiración acabó convirtiéndose en ofensivo para el rey: pensaba que todo aquello era un intolerable desprecio hacia su religión y sus creencias. Ciego de ira, el sarraceno olvidó sus buenos modales y su amabilidad con el templario y se entregó a una crueldad sin igual: hizo fundir la cruz y verter el oro en el cáliz, ordenando que se lo diesen a beber al maestro, a ver si esta vez era capaz de convertir el oro fundido en vino.

Pero fue voluntad de Dios que la profanación de tan magníficas reliquias no tuviera lugar, ya que cuando los soldados sarracenos cogieron en sus manos los objetos sagrados y sujetaron al templario, éste y aquellos desaparecieron ante la mirada atónita de todos los asistentes a la cena. El maestro y los soldados musulmanes aparecieron, como por arte de magia, a los pies de Nuestra Señora del Temple, en Maderuelo, ante la incrédula mirada de los templarios que allí se congregaban en oración; allí pudieron contemplar al maestro templario, de rodillas, portando la sagrada cruz en una mano y el cáliz en la otra, acompañado de tres guerreros musulmanes, asustados y sollozantes.

Y cuenta la leyenda que los tres musulmanes se quedaron al servicio del maestro,

convirtiéndose al cristianismo algún tiempo después, y que por aquel suceso la iglesia cambió de nombre y pasó a llamarse de la Vera Cruz.

La santa reliquia permaneció en Maderuelo durante muchos años, obrando gran cantidad de milagros; uno de ellos estuvo a punto de enloquecer a un descreído artesano, que intentaba hacer una copia del *lignum crucis*. El madero sagrado cambiaba de tamaño cada vez que el carpintero lo intentaba copiar, haciendo inútil su trabajo y consiguiendo acabar con la paciencia del falsificador.

Esta magnífica reliquia permaneció durante mucho tiempo en la encomienda de Maderuelo. Una vez al año, las imágenes de las encomiendas de toda la comarca salían de sus templos en procesión para honrar la presencia del *lignum crucis*. Una de aquellas representaciones sacras era la «cabeza de San Frutos», procedente de la encomienda de Sepúlveda: era una reliquia de carácter «bafomético», que se utilizaba hasta hace pocos años en un curioso ritual para propiciar la lluvia; se metía la cabeza santa en una fuente y no se sacaba hasta que comenzara a llover. Con ocasión de estas visitas, se celebraba una cena llamada la «cena del moro», en la que, para recordar la aparición de la cruz sagrada en Maderuelo, se sumergía la «cabeza de San Frutos» en un cántaro de vino o de agua, dependiendo de la bondad de las cosechas del año.

Son bastante comunes las leyendas de este tipo; en general, valientes caballeros — templarios o no— gozan de la protección de milagrosas reliquias y se salvan en el último momento. Algunas pueden encontrarse en la obra *La España extraña* (Edaf, Madrid, 1997), de Javier Sierra y Jesús Callejo.

LEYENDAS DE LEÓN

«Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre el Bierzo y Galicia. Doña Beatriz clavaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas, ora en los celajes del ocaso, ora en los árboles del soto, ora en el suelo, y don Álvaro, fijos los suyos en ella, de hito en hito, seguía con ansia todos sus movimientos. Ambos jóvenes estaban en un embarazo doloroso, sin atreverse a romper el silencio. Se amaban con toda la profundidad de un sentimiento nuevo, generoso y delicado, pero nunca se lo habían confesado. Los afectos verdaderos tienen un pudor y reserva característicos, como si el lenguaje hubiera de quitarles su brillo y limpieza. Esto cabalmente es lo que había sucedido con don Álvaro y doña Beatriz, que, embebecidos en su dicha, ni habían pronunciado la palabra amor. Y, sin embargo, esta dicha parecía irse con el sol que se ocultaba detrás del horizonte, y era preciso apartar de delante de los ojos aquel prisma falaz que hasta entonces les había presentado la vida como un delicioso jardín».

En este pasaje de la novela romántica de Enrique Gil y Carrasco *El señor de Bembibre* (1844) (fig. 89), inspirada en la desaparición de la Orden de los Caballeros Templarios en España, aparece un personaje llamado Beatriz.

Como señala el escritor Mauro Zorrilla en su artículo «Una lectura templaria de *La Vita Nuova*» (*Boletín Temple*, número 29, septiembre de 2001), el poeta florentino Dante Alighieri (1265-1321) utilizó la figura de su musa amada Beatriz para simbolizar al Temple, conteniendo su capital obra *La Vita Nuova* una advertencia sobre «el próximo fin de la Orden», destinada a quien pudiera entenderla. (Véase capítulo XIV: «Dante Alighieri y la filiación templaria de la Fede Santa»).

En su obra *La fortaleza de los templarios*, el director del Museo del Bierzo, Jesús A. Courel, señala que «desde que Gil y Carrasco publicara *El señor de Bembibre*, los escritores no vieron más que muros templarios, vestigios del pasado esplendor de los guerreros de la cruz, tristeza, yedras y sombras».

Efectivamente, la localidad berciana de Ponferrada está estrechamente vinculada al mundo templario y su castillo se ocupa de recordarlo constantemente. Por supuesto, en este lugar aún se escuchan leyendas protagonizadas por aquellos monjes-guerreros, aunque estos relatos tradicionales parecen acudir al universo templario por la convicción de que la relación con el Temple inspira en los oyentes y lectores una suerte de misticismo y misterio exclusiva de la Orden.

He aquí la leyenda del caballero templario de Ponferrada:

Cuenta la leyenda que tras la batalla de Alarcos, en la que los moros vencieron a Alfonso VIII, un bravo caballero abanderado perteneciente a la Orden del Temple, en medio de la fragorosa batalla, perdió el estandarte que portaba con la Vera Cruz.

Apesadumbrado, cabizbajo y triste, regresaba el templario a Ponferrada, ya que este estandarte era una magnífica y preciadísima reliquia, traída de Jerusalén. En su camino de regreso, repentinamente, se le apareció en una encina una figura de mujer que irradiaba una misteriosa luz a su alrededor; aquella aparición consoló al caballero y alabó su valentía en la batalla, exculpándolo así de la pérdida de la importante reliquia; también le pidió que volviera con sus compañeros de armas al día siguiente.

El caballero explicó a sus compañeros cómo se le había aparecido aquella luminosa mujer y repitió las amables palabras que le había dedicado. Todos juntos regresaron al día siguiente al lugar prodigioso y el templario reconoció inmediatamente la encina maravillosa. Allí esperaron los guerreros una nueva aparición, pero nada sucedió; el joven caballero, sintiéndose burlado por la luminosa figura, golpeó con fuerza el árbol con su hacha: en ese momento, abierta en dos la encina, apareció en su interior la imagen de la Virgen; llevaba al Niño en un brazo y la Vera Cruz perdida en el combate, en el otro.

Ésta es la leyenda que explica la aparición de la Virgen de la Encina, patrona del Bierzo, en Ponferrada. Esta magnífica población leonesa tiene una gran tradición templaria, muy arraigada en su cultura popular.

La Virgen de la Encina se celebra el 8 de septiembre, día en el que miles de bercianos, llegados de toda la comarca, realizan su ofrenda a la Virgen en la basílica de la Encina. Estos festejos, que suelen durar alrededor de diez días, llenan las calles de colorido, música y devoción.

También cabe destacar en Ponferrada la llamada «noche templaria». La noche de la primera luna llena del verano, miles de vecinos acuden al castillo ataviados con ropajes típicos de la época medieval y recrean algunos episodios de la tradición templaria.

El magnífico castillo templario de Ponferrada, situado en lo alto de una colina, vigilando el río Sil, está relacionado con todo tipo de leyendas y se le atribuyen innumerables simbologías esotéricas. Se asegura que esta fortaleza, donada en el año 1178 a la Orden del Temple y construida sobre un antiguo castro romano, esconde entre sus muros numerosos tesoros templarios, incluida el Arca de la Alianza y el Santo Grial. El número de sus torres y la disposición de éstas tienen algo de mágico. Tiene doce torres, todas distintas, y se levantaron siguiendo un trazado astronómico, a semejanza de las constelaciones del zodiaco; su triple recinto amurallado, tan útil en lo militar como significativo en lo esotérico, también ha sido objeto de estudio entre los especialistas. Se dice que aquí, en la maravillosa fortaleza de Ponferrada, doce caballeros templarios custodiaban el Santo Grial, como doce son las torres y doce los signos del zodiaco.

LEYENDAS DE CATALUÑA

La siguiente leyenda tiene como escenario la población catalana de Bagà, en la baronía de Pinós, aunque, en realidad, la historia comienza muy lejos de allí, en las tierras moras de Almería. Se trata de un relato en el que, de nuevo, las sagradas reliquias obran prodigios: un prisionero templario, en trágicas circunstancias, logra el favor del Cielo.

Ésta es la leyenda de don Galcerán de Pinós y la Vera Cruz de Bagà:

Corría el año 1147, cuando don Galcerán de Pinós, natural de Bagà, participaba valientemente en una expedición cristiana que pretendía la conquista de Almería. Después de mucho combatir, el templario cayó prisionero de los musulmanes. Al conocer su padre, el barón de Pinós, el triste destino de don Galcerán, rápidamente entró en negociaciones con el caudillo moro para fijar un precio por el rescate de su

hijo. El musulmán exigió un pago excesivo: gran cantidad de dinero, joyas y cien doncellas cristianas para su harén.

Como pudo, el barón reunió el dinero, al tiempo que marchaba, desolado y compungido, hacia el puerto de Salou para embarcar rumbo a tierras sarracenas.

Pero en la prisión sarracena estaba a punto de ocurrir un hecho prodigioso: el caballero templario, cautivo en su celda, se encomendó a la Vera Cruz de Bagà y a San Esteban, en cuya iglesia se guardaba la sagrada reliquia, e imploró su libertad.

Y así fue como el mismísimo San Esteban se le apareció en su celda, reconfortándolo y consolándolo. En un santiamén, ambos desaparecieron como por ensalmo, ante el estupor de sus guardianes.

Al amanecer, en el puerto de Salou, el padre de don Galcerán estaba preparado para embarcar. De pronto, ante él, apareció su hijo, cargado de cadenas y dando gracias a San Esteban. Pero nadie pudo saber cómo se había obrado tal milagro.

OTRAS LEYENDAS

La condición guerrera del Temple aparece frecuentemente en las leyendas que protagonizan. Este carácter bélico se expresa en referencias a las distintas misiones de los caballeros, como defensores de caminos, custodios de grandes tesoros, siempre al servicio de Dios, valientes caballeros prisioneros, salvados en última instancia por reliquias sagradas, etcétera. Pero no debe olvidarse la doble condición de los templarios, pues eran monjes además de guerreros. Como monjes y eruditos, poseían sus propias bibliotecas y *scriptoriums* en sus monasterios y encomiendas. Lamentablemente, bien poco ha quedado de estas bibliotecas, ya que fueron objetivo de la Inquisición tras la abolición de la Orden y la mayoría de los libros fueron pasto de las llamas; los manuscritos que no acabaron en la hoguera fueron a parar a las bibliotecas de otras órdenes religiosas o de la nobleza.

También la leyenda persigue a los libros del Temple. Con frecuencia se les atribuyen propiedades casi mágicas, como puede comprobarse en las dos siguientes leyendas, que aparecen en el artículo «Los libros malditos del Temple», de Rafael Alarcón Herrera (*Enigmas del Hombre y el Universo*, número 146).

La primera de estas leyendas se desarrolla en la comarca de Aliste, en la provincia de Zamora. Posee este bello paraje un magnífico castillo templario, el castillo de Alba, que fue entregado definitivamente a la Orden del Temple en el año 1220, en una concordia firmada en Villafáfila por Alfonso IX. Allí permanecieron los templarios durante algo menos de cien años.

Entre las comarcas de Aliste y Sanabria se encuentra la Sierra de la Culebra. Se trata de un paraje de singular belleza, donde aún se puede contemplar el vuelo

majestuoso del águila imperial y donde las manadas de lobos ibéricos aúllan al anochecer. En el espeso follaje de castaños, robles y alcornoques, aún pueden descubrirse cuevas escondidas, como la que habitaba un viejo y sabio fraile templario.

LA LEYENDA DEL FRAILE TEMPLARIO Y LA CHOZA DEL ESPINO

En la Sierra de la Culebra, en la comarca de Aliste, vivía como ermitaño un viejo monje templario. Debido a la humedad de la cueva que habitaba y viendo que sus libros se cubrían de moho, decidió el buen monje construir una cabaña de madera, para protegerlos de las humedades que acabarían estropeándolos.

Así pues, el templario se puso manos a la obra, pero sucedió que cada vez que quería talar un árbol, los espíritus que habitaban en los troncos se lo impedían, negándole la madera necesaria.

Así que, humildemente, el viejo sabio no tuvo más remedio que construir su cabaña con los espinos que allí abundaban. Una vez terminada, bendijo al espino y le aseguró que su especie reinaría sobre los árboles egoístas que no le dejaron talar su madera; para concluir, el templario sentenció:

—Si alguna vez los árboles te amenazan, serás como la zarza ardiente que todo lo devora.

Transcurrió el tiempo, y el sabio fraile entregó su alma a Dios en la choza de espino, junto a sus libros. Ocurrió entonces que los espinos de su pobre morada echaron brotes y, como si de un enorme manto se tratara, la cubrieron a modo de un majestuoso mausoleo, sepultando la tumba del sabio templario y sus viejos libros. Después el espino siguió extendiéndose por el monte, de tal forma, que fue imposible adivinar dónde se encontraba la choza del ermitaño.

Desde entonces, las gentes de la comarca suelen recoger ramitas de este espino, pues dicen que tiene propiedades mágicas, aunque lo que más han buscado es la vieja cabaña del fraile, su tumba y, sobre todo, sus libros. Gracias a ellos, el templario alcanzó la santidad y los lugareños creen que en sus páginas se encerraban toda clase de poderes benéficos.

El espino es una planta que aparece con frecuencia en los relatos legendarios. No será necesario explicar su carácter mágico y sagrado, ya que sus agudos brotes se utilizaron en la Pasión de Cristo. La espina se halla en relación con el eje del universo, por tanto, con la cruz. La corona de espinas da a la espina el carácter malévolo de toda multiplicidad y la eleva a símbolo cósmico por su forma circular. La corona de espinas fue también una de las reliquias más apreciadas del medievo y muchas ciudades de Europa cuentan actualmente con supuestas espinas procedentes de aquel instrumento de

tortura. Se solía contar de estas Santas Espinas que el día de su festividad florecían milagrosamente en sus respectivas iglesias, como en Valencia o en Ágreda (Soria).

Especial mención merece el Santo Rosal que poseían los templarios de la encomienda de Alconetar, en la provincia de Cáceres, el cual florecía todo el año; sus espinas no herían, y con sus rosas fabricaban todo tipo de ungüentos curativos. A esta magnífica reliquia de Alconetar se refiere Rafael Alarcón Herrera en su artículo «Las prodigiosas reliquias templarias de Alconetar» (*Año Cero*, número 123, 2000). Simbólicamente, «la espina de la rosa acentúa la contraposición, que también hallamos en el simbolismo de la cruz, de la conjunción de la tesis y antítesis, de las ideas de existencia y no existencia, éxtasis y angustia, placer y dolor». (Juan Eduardo Cirlot: *Diccionario de símbolos*. Labor, Barcelona, 1995).

En la actual provincia de Tarragona se encuentra el pueblo de Horta de Sant Joan, en un maravilloso paraje natural que hiciera las delicias del pintor malagueño y universal Pablo Ruiz Picasso. Allí se levanta el monasterio de La Mare de Déu dels Angels, escenario de una hermosa leyenda protagonizada por un maestro templario.

EL MAESTRE TEMPLARIO DE NOSTRA SENYORA DELS ANGELS

Cuentan las viejas tradiciones populares que el antiguo santuario de Nostra Senyora del Angels, situado en la bella villa de Horta de Sant Joan, fue construido por dos gigantes, Rotlá y Farragos, tras encontrar una imagen de la Mare de Déu dels Angels. En el interior del magnífico santuario hay tres sarcófagos de piedra, los cuales muestran enigmáticos y misteriosos signos, como rosetones, «espantabrujas» o cruces célticas. Se dice que una de estas enigmáticas tumbas pertenece al santo maestro templario, frey Bertrán Aymerich (1177), el cual poseía maravillosos libros que mimaba y cuidaba con cariño. Debajo de las otras dos losas se hallan los restos de los dos gigantes constructores.

Tan importantes y determinantes eran aquellos libros que el mismo maestro decidió esconderlos en un arca que colocó en el fondo de una cripta, lejos de miradas extrañas.

Al parecer, aquellos libros contenían los secretos y misterios de los grandes constructores —conocimientos que se remontan a los orígenes de los tiempos, transmitidos por los mismísimos gigantes *jentilak* (gentiles) que levantaron el primer santuario—. Durante mucho tiempo, cuenta la leyenda, las madres de la comarca encendían una vela y pasaban alguna prenda de sus hijos por las tres tumbas, para que éstos crecieran fuertes y sanos como los gigantes, y, a la vez, fueran inteligentes y sabios como el viejo maestro.

Y también se asegura que el día de San Juan, si alguien de corazón puro raspa algunas limaduras de estos sarcófagos y se las toma antes de conciliar el sueño,

disueltas en agua, se le aparecerá el fantasma del maestro Bertrán, el cual le concederá la sabiduría y el conocimiento para poder descifrar los misteriosos grabados de los sarcófagos y encontrar la cripta donde se encuentran los mágicos libros.

LEYENDAS DE VILLASIRGA

Una leyenda muy similar se cuenta en la provincia de Palencia, a propósito de la catedral templaria de Villalcázar de Sirga o Villasirga, donde también fueron escondidos en una cripta unos misteriosos libros mágicos que trajo de Córdoba el primer maestro constructor, frey Juan Pérez; así lo explica Rafael Alarcón Herrera en su artículo «Las tumbas de los brujos templarios» (*Año Cero*, núm. 145, pp. 44-48).

Cuenta la leyenda que el templario Juan Pérez, encontrándose en su lecho de muerte, se vio tentado por unos diablos, los cuales, a cambio de su alma, le prometieron que le mostrarían los grandes secretos de la construcción y de la arquitectura sagrada. Una vez que el moribundo Pérez adquirió los mágicos conocimientos, se encomendó, en el último momento, a la Virgen de Villasirga, prometiéndole la construcción de una iglesia en su honor si lo salvaba de todos sus males. Y, efectivamente, Pérez se recuperó de su mal y, tal y como le prometió a la Virgen, erigió una iglesia en su honor.

En la misma localidad de Villalcázar de Sirga se encuentra la respuesta a una pregunta recurrente desde que se produjera la supresión de la Orden del Temple, o quizá desde antes: ¿dónde están escondidos los fabulosos tesoros templarios?

Villalcázar de Sirga es una bella población del Camino de Santiago que fue encomienda templaria en el siglo XIII. Su majestuosa iglesia de Santa María la Blanca destaca en la inmensa llanura palentina.

En el interior de esta magnífica iglesia pueden admirarse multitud de tallas y figuras simbólicas y enigmáticas, esculturas de rostros, con rasgos orientales, de bellas damas, de reyes y nobles sonrientes, de músicos angelicales... y el sencillo sepulcro del último maestro templario de Villasirga, frey Juan Pérez —que contrasta con la grandiosidad y la suntuosidad de los sepulcros del infante don Felipe, hijo de Fernando III *el Santo*, y el de su esposa, doña Leonor Ruiz de Castro—. Todo es misterio en este templo, pero lo más llamativo se encuentra en su exterior, en el friso superior de su fachada, donde puede admirarse un enigmático pantocrátor (imagen que representa la figura de Cristo en Majestad, *Maiestas Domini*). La iconografía medieval se ceñía a cánones simbólicos bastante comunes: en torno a la figura de Cristo solían representarse a los cuatro evangelistas. Mateo, Lucas, Marcos y Juan se pintaban o se esculpían con aspecto de ángel, toro, león y águila, según la descripción del profeta Ezequiel (1, 10). Pues bien, la figura iconográfica del toro ha sido sustituida por un cerdo que, al parecer, reza arrodillado.

Ésta es la leyenda del pantocrátor de Villalcázar de Sirga:

Cuenta la tradición que sólo deben seguirse unos sencillos pasos para hallar la respuesta a la espinosa cuestión del tesoro templario. Armado de paciencia, aquel que busque el tesoro de la Orden deberá esperar al día del equinoccio de primavera. En este día, un rayo de sol ilumina con intensidad el toro del pantocrátor. Es de suponer, por consiguiente, que la leyenda surgió antes de que el toro fuera sustituido por el cerdo, de ahí que se mencione al astado. Entonces, no habrá más que golpearlo y las bocas de las dos cabezas revelarán el fantástico secreto: el lugar exacto donde los templarios escondieron su grandioso tesoro. Las «bocas de las dos cabezas» aluden a la máscara o máscaras que aparecen en el friso donde se encuentra el pantocrátor. De dichas bocas salen unos tallos que germinan en flor o en fruto, simbolizando el «florecimiento interior» o espiritual. Este símbolo representa el poder de la palabra, de la palabra capaz de hacer nacer el «fruto» o hacer «florecer» el interior del adepto que la escucha. Donde antes había un tallo (la duda, la incertidumbre, la expectativa de florecimiento), surge el fruto, la flor, la verdad, el auténtico camino. Estas «bocas de las dos cabezas», por tanto, revelarían el secreto a un buscador capaz de comprender la palabra, capaz de convertir el tallo en flor, de despejar sus dudas, de ver la luz, de elegir el camino correcto; en definitiva, a un iniciado capaz de «florecer» interior y espiritualmente.

Al concluir este capítulo, tal vez sea necesario apuntar que la nómina de leyendas templarias no se puede reducir a una selección más o menos amplia. Los templarios protagonizan innumerables tradiciones orales en las que se desarrollan crueles batallas, hay bellas doncellas que suspiran de amor, se esconden reliquias milagrosas, pululan malvados magos que huyen en corceles negros, aparecen fantasmagóricos espectros enfundados en sus sudarios... En otros casos, los caballeros de la Orden del Temple se yerguen como protagonistas de tradiciones populares, como en una leyenda de Terradillos de Templarios, en la provincia de Palencia, donde, según cuenta la tradición, los templarios enterraron la gallina de los huevos de oro; y en la bonita población de Noia, en la provincia gallega de A Coruña, donde se asegura que el enigmático templete coronado por una bóveda piramidal que se encuentra en el cementerio medieval de Santa María, según cuenta la leyenda, fue donación de un caballero templario que regresó de Tierra Santa portando consigo tierra de los Santos Lugares; se dice que el cementerio se hizo con tierra procedente de Jerusalén; y en la población de Ocentejo, en la provincia de Guadalajara, se dice que los templarios trajeron de Palestina los exóticos árboles del lugar, o que los trajeron cuando regresaron de su viaje transoceánico a las Américas, aún no «descubiertas»

oficialmente. Finalmente, aquellos intrépidos que quieran descubrir dónde están los tesoros templarios, tengan en cuenta que las leyendas hablan de enormes gatos custodios (negros o cenicientos), vigilantes y guardianes de las inmensas riquezas de la Orden...

SANTIAGO SOLER SEGUÍ (Valencia, 1972). Investigador histórico especializado en castellología medieval. Miembro de la junta directiva y supervisor general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, ha recorrido gran parte de España y Portugal para recabar abundante documentación sobre las fortalezas y castillos medievales. Es coordinador del Boletín de Noticias TEMPLESPAÑA.

CAPÍTULO XXVIII

El santoral templario

JESÚS ÁVILA GRANADOS

«Está escrito: los sabios brillarán con el esplendor del firmamento; y los que enseñaron la justicia o la virtud a la muchedumbre resplandecerán para siempre, como las estrellas».
DANIEL 12, 3

Los caballeros templarios rindieron especial homenaje a cinco santos: San Juan Bautista, San Miguel Arcángel, San Bartolomé, San Julián y San Juan Evangelista; también distinguieron a otros santos, aunque con menor incidencia: San Ginés, San Blas, San Pantaleón y, por supuesto, Santa María Magdalena (fig. 90). Además, solían venerar a algunas vírgenes, entre las cuales se encontraban Santa Águeda, Santa Lucía y Santa Catalina. No es una casualidad, por tanto, que la gran mayoría de los altares de las iglesias de los conventos, castillos o encomiendas rurales que la Orden del Temple disponía en Europa estuviesen dedicados a alguno de estos santos o santas. De todos y cada uno de ellos se hablará a continuación, y también, como es lógico, del único santo templario: San Durán, natural de Puigcerdà (Girona), cuya vida se mueve entre la leyenda y la historia.

SAN BARTOLOMÉ

Conocido también en los Evangelios con el nombre de Natanael (regalo de Dios), Bartolomé se traduce como «hijo de Tolmay» («el que abre los surcos», en arameo). En griego antiguo, Bartholomais es una derivación de la forma aramea de Ptolomeo (*Bar* que se traduce por «hijo de...» y «Ptolomeo» es tanto como «cultivador y luchador»). Bartolomé es, sin duda, el santo más relacionado con los templarios. Padre de Tadeo, San Bartolomé es la antítesis de los príncipes del Infierno, de los demonios.

San Bartolomé aparece citado por otros apóstoles; San Juan, el más gnóstico de todos los evangelistas, explica cómo Felipe le cuenta a Bartolomé que ha visto a Jesús y le convence para que vaya a verlo. Cuando Bartolomé o Natanael se acercó a Jesús, éste dijo:

«“Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño”. Natanael le preguntó a continuación: “¿De qué me conoces?”; respondiéndole: “Antes de que Felipe te

llamara cuando estabas debajo de la higuera, te vi”. Y Natanael no tardó en responder: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Juan 1, 45-51).

San Mateo, el autor del «Sermón de la Montaña», también se interesa por San Bartolomé y lo nombra en su Evangelio (1, 3); lo señala como el sexto apóstol de Jesús. San Bartolomé fue testigo del primer milagro de Jesús en las bodas de Caná, acompañó al Señor en los momentos finales y dramáticos de su vida, desde la Santa Cena, donde ocupaba el puesto nueve de los componentes de la mesa, hasta la Ascensión a los Cielos.

San Bartolomé, tras la muerte de Jesús, cumplió el cometido apostólico y vagó por el mundo, difundiendo la palabra de Dios por los pueblos de Oriente. Tras predicar en Arabia y evangelizar Armenia —donde se le sigue rindiendo culto como segundo patrono de esas legendarias tierras, próximas a la montaña de Ararat—, Bartolomé partió de Palestina hacia la India, siguiendo las huellas de Alejandro Magno, portando una copia, en hebreo, del Evangelio de San Mateo; después, a su regreso, pasó por Persia, Mesopotamia, Anatolia, Arabia y Etiopía. Estando en Egipto, fue apresado por los soldados romanos, que no dudaron en martirizarlo de la forma más cruel: lo desollaron y le arrancaron salvajemente la piel a tiras, mientras el apóstol seguía predicando la palabra de Dios. (De ahí el mito del renacimiento en el tormento). Bartolomé, finalmente, fue decapitado, en el año 71, en la ciudad de Albanópolis, por orden del reyezuelo pagano Astiagés; al parecer, éste se hallaba furioso con el apóstol por la conversión de su propia hermana. A San Bartolomé se le representa, generalmente, como un anciano con barba espesa y manto blanco instruyendo a un niño, en representación de una feligresía naciente que desea aprender sus palabras sobre la fe de Cristo. La figura de este santo está relacionada con la inmortalidad. No es extraño que, junto a él, aparezca un cuchillo, como elemento de la terrible tortura que padeció. En numerosas ocasiones se ve acompañado por un pequeño dragón, animal vinculado con las fuerzas telúricas, relacionadas con el fuego. (En la fachada de la iglesia de Beceite, en la comarca del Matarraña, en Teruel, puede verse a un animal que parecería un perro si no fuera por su enorme dentadura, a los pies de San Bartolomé). También suele representarse en compañía de una serpiente enroscada en el suelo, símbolo inequívoco de la sabiduría y de los poderes terrenales. Como la serpiente, que debe su legendaria inmortalidad al cambio de piel, San Bartolomé también es representación de los inmortales.

Después de su muerte, la figura de San Bartolomé alcanzó proporciones míticas. Sus restos fueron depositados, conjuntamente con los de otros cuatro mártires, en el interior de un cofre, y fueron arrojados al mar. Para sorpresa de todos, en lugar de hundirse por el peso y desaparecer en las profundidades, el arca, como si de un barco se tratara, navegó hasta la isla de Lípári, al norte de Sicilia. Al encallar en la playa, unos

cristianos recogieron el cofre y procedieron a edificar una ermita a pocos metros del lugar donde se produjo el hallazgo. Los habitantes de la isla atribuyeron a San Bartolomé la protección ante la cólera del volcán. A San Bartolomé se le asocia a veces con la divinidad de Osiris, cuyo sagrado cuerpo también fue depositado dentro de un cofre en forma de media luna que emprendió un viaje iniciático y cíclico al Más Allá. En ambos casos, fue un periplo de tres días, los mismos que pasó Jonás en el interior del vientre de la ballena, o los que descansó Jesús, tras su muerte, en el sepulcro, antes de resucitar y elevarse a los Cielos.

Otra leyenda referida a San Bartolomé incide en la idea de un viaje a través de los mares. Se dice que el cofre con los restos de San Bartolomé, tras su decapitación, navegó por los piélagos del norte de Europa y, atravesando espesas brumas, alcanzó la mítica isla de Thule, donde las culturas célticas quedaron impregnadas de la religiosidad cristiana. En el interior del arca no se hallaban sólo los restos de San Bartolomé y de los otros mártires: también había un tesoro espiritual, cuyo mensaje era, sin duda, la visión intemporal del Hombre y su razón de ser sobre las costumbres y leyes sagradas. Este singular cofre sólo podía abrirse en el día y la hora providencialmente fijados por el que tenía la llave: la clave, que no es otra que el conocimiento.

El apóstol San Bartolomé (Bertomeu, en catalán) se ha considerado como un mediador entre las tres culturas monoteístas de las civilizaciones del Mediterráneo oriental (judíos, cristianos y musulmanes). Su vida está contemplada, incluso, en el *Sefer ha Zohar —Libro del Esplendor—*, obra fundamental del pensamiento judío que vio la luz en la ciudad española de Guadalajara en el siglo XIII, atribuida al filósofo y cabalista hispano Rabbi Mosé Sem Tob de León (Moisés de León, 1250-1305).

La Iglesia católica y la anglicana mantienen la celebración de la onomástica de San Bartolomé el día 24 de agosto, mientras que, para la Iglesia ortodoxa es el día 11 de junio (San Bernabé).

Fueron numerosas las advocaciones a San Bartolomé de los templarios. La Regla de la congregación, en su artículo LXXIII, incluía su fiesta entre las pocas en las que los caballeros debían guardar ayuno; además, en muchos lugares en donde estaban asentados se le rindió culto hasta mucho tiempo después de la condena eclesial de la Orden. Los templarios respetaban el día 24 de agosto como jornada de paz. (Los caballeros templarios jamás desnudaron sus armas para entrar en batalla ese día).

La geografía hispana es rica en topónimos que recuerdan este antiguo homenaje a San Bartolomé; la mayoría de esos lugares fueron posesiones templarias. El más conocido de todos ellos, sin duda, es la iglesia de San Bartolomé de Utero, resto del antiguo cenobio de San Juan de Otero, en el corazón del cañón del río Lobos (provincia de Soria). Este templo se considera uno de los enclaves mágicos más importantes de nuestro país, cargado de representación esotérica. En los canecillos de

la iglesia se reproduce buena parte de la simbología templaria, desde la «H», inicial de Hiram, el gran arquitecto fenicio, constructor del primer Templo de Salomón, hasta «la cruz de las ocho beatitudes», el crucifijo sagrado más importante de los templarios. (Véanse aquí los trabajos del investigador soriano Ángel Almazán de Gracia). Frente a la iglesia, a pocos metros del ábside, en la cornisa del acantilado fluvial, se abren numerosas grutas, en las que un círculo selecto de caballeros templarios debió de celebrar sus ritos de iniciación. El castillo que domina la entrada a este espectacular desfiladero, igualmente posesión templaria, dispone de galerías subterráneas en cuyas paredes se conservan interesantes inscripciones y símbolos del Temple.

Desde Andalucía a Galicia y desde Baleares a Canarias, los lugares vinculados a los templarios son innumerables y, en muchos de ellos, se rindió homenaje a San Bartolomé. He aquí algunos de los más conocidos: La Coronada, Feria, Jerez de los Caballeros, Montehermoso, Valencia de Alcántara y Villar de Plasencia en Extremadura; Alájar, Villalba del Alcor, Martos, Luque, Cerro de Andévalo y Nerva en Andalucía; Borja, Calatorao, La Almunia de Doña Godina, Villarluego, Beceite, La Fresneda, Oliete, Bolea y Fraga en Aragón; Montuiri, Sóller, Capdepera, Consell, Marratxí y Sant Antoni Abat en Baleares; Jijona, Campo de Mirra/Almizra, Benicarló y Alfara del Patriarca en la Comunidad Valenciana; Aldeadávila de la Ribera, Villarramiel, San Bartolomé de Pinares, Traspaderne, Cepeda, y la anteriormente citada de Utero en Castilla y León; Igualada, La Cènia, Sitges y Tordera en Cataluña; Navahermosa, Alhambra, Belmonte, Pozuelo y Añover del Tajo en Castilla-La Mancha; Monsacro, Barro-Llanes, Nava y Mieres en el Principado de Asturias; Puebla de Trives, Barreiros y Noya en Galicia; Güeñes y Gernika en Euskadi; Marcilla, en Navarra; y Buenavista del Monte, en Canarias.

SAN MIGUEL ARCÁNGEL

Por su doble dimensión, humana y celestial, San Miguel (fig. 91) es el arcángel con más relevancia de los tres principales arcángeles (Gabriel, Rafael y Miguel) en la tradición cristiana de la cultura occidental. San Miguel, mitad hombre y mitad ángel, se halla muy por encima de los otros dos, porque su cometido no puede ser más importante: es portador de mensajes celestes que comunica a los seres vivos. Los textos religiosos advierten que su presencia procura a los hombres un estado de paz y sosiego cercano a la beatitud.

Hay representaciones de San Miguel Arcángel en toda Europa y en buena parte de los territorios del Mediterráneo oriental, desde Egipto a Siria y Turquía.

Esta figura se ha representado de dos formas muy distintas, pero, al mismo tiempo, complementarias. Unas veces, con aspecto humano: vestido con coraza, escudo y lanza

o espada, tras haber vencido a Satanás, que, en forma grotesca, se halla postrado a sus pies, implorando misericordia con su mirada. San Miguel, lejos de humillar al príncipe de las Tinieblas, le contempla amorosamente, tal vez porque recuerda que ambos habitaron el Paraíso. La segunda representación de San Miguel es la celestial: con alas en su espalda, mientras sostiene una balanza en su mano izquierda, para pesar los pecados y virtudes de las almas de los mortales y, después, decidir si son merecedoras de alcanzar el Cielo, o bien hundirse en los abismos del Infierno. Dios escogió a este ángel por su valentía y lo designó para impartir justicia en los Cielos; al tiempo, le encargaba la responsabilidad del pesaje de los pecados de las almas antes de decidir el destino de las mismas.

San Miguel es el arcángel justiciero, por su victoria, sin humillación, sobre el Diablo, y por ello se convirtió en el paladín del Bien contra el Mal. La tradición judía también contempla a este alado santo cristiano, porque lo relaciona con Tiferet, que fuera el ángel protector del pueblo de Israel, jefe de las milicias celestiales, aquellas que, según la Biblia, al toque de trompeta, derrumbaron los muros de la legendaria ciudad de Jericó.

La figura de San Miguel está relacionada asimismo con la protección de los agricultores; sus dos efemérides, el 8 de mayo y el 29 de septiembre, están estrechamente vinculadas con los ciclos agrarios correspondientes a la primavera y al otoño, respectivamente, estableciendo los períodos de mayor actividad y productividad del campo. La primera fecha está consagrada a la Dedicación de San Miguel, mientras que la segunda, su Aparición, fue declarada por los caballeros templarios jornada de ayuno.

Precisamente en esta última fecha, el 29 de septiembre, desde los siglos medievales, se rinde un justo homenaje a este querido santo alado en su ermita de San Miguel el Alto, del barrio del Albayzín (Albaicín) en la ciudad de Granada, sobre el mítico cerro del Aceituno, cerca del Sacromonte (la montaña sagrada de la capital del antiguo reino nazarí), desde donde se contempla la mejor panorámica de la Alhambra, el Generalife y la vega de Granada.

Este enclave está envuelto en una leyenda que ha logrado conservarse hasta nuestros días y que entronca con una superstición hispanomusulmana: la tradición asegura que a la entrada de este *marabut* (eremitorio o casa del morabito, un eremita musulmán), durante el primer período nazarí (siglo XIII), había un olivo mágico que sólo florecía la noche de San Juan (solsticio de verano), y que la maduración del fruto tenía lugar esa misma noche. Era, desde luego, todo un prodigio natural que recogió el cronista Abu Hamid *el Andalusí*:

«En este monte está el olivo que, dice el vulgo, florece, cuaja y sazona sus frutos en el mismo día; yo lo he contemplado, y se compone de dos ramas, y lo pude ver el día

de *Ancara* (festividad de San Juan), en cuya jornada se reúne mucha gente a su alrededor, y en él vi granos de aceitunas que, al elevarse el sol, estaban verdes, al mediodía se pusieron blanquecinos, y a media tarde apareció en ellos un poco de rubicundez, en cuyo estado la gente los arrebató a porfía y, si los hubiesen dejado estar hasta la noche, acaso se hubiesen puesto negros». (Cfr. Luis Seco de Lucena: *Guía de Granada*. Artes Gráficas Granadinas, Granada, 1942; págs. 209-210).

Dos santos protectores del Temple, San Miguel Arcángel y San Juan Bautista, aparecen reunidos en esta tradición hispánica. Aparecen vinculados, además, en un lugar de profundo significado esotérico, el Sacromonte, donde pudo haber estrechas relaciones socioculturales y científicas entre los nazaríes y los templarios. Recuérdese que ambas culturas, aunque antagónicas en el plano religioso, lograron encontrarse en más de una ocasión para llevar a cabo ambiciosos proyectos en el campo de la alquimia, la ciencia médica, la astronomía, las matemáticas, la ingeniería hidráulica y el comercio. A Granada llegaban a diario, sin dificultad, productos de los demás reinos peninsulares; también los nazaríes pudieron abastecer a los mercados cristianos hispanos de caballos de raza árabe, sedas y preciosos bordados de la Alpujarra; sus trabajos también se exportaron a otros territorios de la cuenca mediterránea, probablemente gracias a la intervención de los templarios. Se sabe que algunos condes de Barcelona, reyes de Aragón, Navarra y León viajaron hasta Granada para someterse a operaciones de cataratas que los médicos nazaríes dominaban a la perfección. Este movimiento de altas personalidades pudo hacerse, en medio de interminables guerras de frontera, gracias al papel mediador del Temple, sin duda. Tres siglos después, en 1595, en la abadía del Sacromonte se encontraron unas enigmáticas piezas grabadas en plomo cuya traducción se ha resistido incluso a «iluminados» de la talla del maestro Benito Arias Montano (1527-1598), bibliotecario del monasterio de El Escorial. Actualmente se conservan en los archivos del Vaticano, sin que haya trascendido su significado. Muchas casualidades...

San Miguel Arcángel recibe los honores y la veneración de casi todos los pueblos de España; los enclaves más significativos también estuvieron vinculados con la Orden del Temple. Entre los más conocidos, sin duda, se encuentra el santuario de San Miguel in Excelsis, que corona Aralar, la montaña sagrada de la Comunidad Foral de Navarra, donde este guerrero, santo y alado, goza de la veneración popular. Los templarios eligieron a San Miguel como el santo protector de esta singular montaña, abundante en espesos bosques de fresnos —el árbol sagrado de los templarios, por su doble propiedad: ahuyentador de serpientes y demás animales malignos para el hombre, y protector contra la cólera de la Naturaleza, hasta donde alcance su sombra—.

En el litoral atlántico de Galicia, en la costa da Morte —sobre el sector oriental de la ría de Betanzos—, se alza una iglesia sobrecogedora. Se trata de San Miguel de

Breamo, una extraña construcción templaria cuya fábrica se remonta a 1187 —año de la fatídica derrota sufrida por los templarios, que costó la vida a quince mil caballeros ante los ejércitos de Saladino en los altos de Hattin (Casal-Robert), al norte del mar de Galilea—. La capilla, que se alzó sobre un antiguo oratorio y castro celta, no ofrece ninguna concesión al ornato; la misma roca granítica gallega incentiva el drama: la puerta principal, al oeste, está exenta de columnas y capiteles: es como un agujero en el muro, al igual que las dos ventanas, abiertas en los extremos del crucero; ambas, como si se tratara de un extraño homenaje monolítico, son muy reducidas y se cubren con una sola losa: la del sur, sin adorno alguno, y la del norte, con una cruz grabada, compuesta de cinco círculos —otro signo esotérico, y no es el único que nos revela la iglesia como lugar iniciático—. Sobre la portada principal se observa un rosetón en forma de estrella de once puntas; el extremo que falta, hasta completar el cabalístico doce, es un testimonio que evoca la figura del maestre Gérard de Ridefort (1185-1189), de quien se dice que, tras su captura por Saladino, llegó a renegar de su fe cristiana en las tétricas mazmorras de Acre. (Véase la leyenda en el capítulo XXVII: «Leyendas templarias»). Breamo ha sido un tradicional centro de meigas. Durante los siglos modernos, la Inquisición no tuvo piedad y ordenó quemar en la hoguera a infinidad de personas de esta zona, condenadas por brujería. Breamo también cuenta con un laberinto grabado en el interior de los oscuros muros de esta iglesia, como prueba de iniciación en los confines de la Mar Océano, mirando a poniente, la coordenada geográfica odiada por los celtas, porque está relacionada con la muerte del Sol en los abismos del Atlántico.

En la capilla del castillo de Miravet (Ribera d'Ebre, Tarragona), los templarios rindieron culto a San Miguel Arcángel, heredero de la divinidad Hermes. Esta singular y estratégica fortaleza —que corona un acantilado fluvial sobre el curso inferior del río Ebro— no firmó su mejor gesta militar contra los hispanomusulmanes, sino en las luchas entre cristianos. Ocurrió el 28 de diciembre (la jornada siguiente a la festividad de San Juan Evangelista) del año 1308, cuando los soldados del veguer (gobernador) de la ciudad de Tortosa, tras un duro asedio, que duró un año, lograron entrar en esta fortaleza, degollando a los últimos caballeros templarios del Reino de Aragón. Según las crónicas, aquel fatídico día, el patio de armas se tiñó de rojo con la sangre vertida por sus defensores —de ahí el nombre de Plaça de la Sang (plaza de la Sangre)—. Entonces, así se cuenta, la figura de un San Miguel pesador de almas desapareció del altar del santuario de Miravet, como castigo y rechazo divino a los conquistadores, por su sanguinaria acción contra los caballeros templarios.

Es necesario hacer especial hincapié en un lugar de Cantabria, entre las localidades de Colindres y Ramales: la aldea de San Miguel de Aras (de 'ara', altar sagrado). Sobre el altar mayor de la iglesia parroquial se venera la figura de un San Miguel Arcángel pesador de almas, portador de una balanza. A los lados de San Miguel vemos

a San Roque —el santo galo, protector contra las epidemias de peste— y a San Juan Bautista —otro santo protector de templarios—, ambos mostrando desnuda su rodilla izquierda, en señal inequívoca de los iniciados en los saberes gnósticos.

SAN JUAN BAUTISTA

En primer lugar, es preciso recordar que no debemos confundir a San Juan Bautista (figs. 92 y 93) con San Juan Evangelista; el primero, relacionado con el solsticio de verano —de ahí su efemérides, el 24 de junio—, mientras que el segundo, autor del Apocalipsis, fue el más hermético de los evangelistas de Cristo, relacionado con el solsticio de invierno (27 de diciembre).

San Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, es una de las figuras más representadas en el arte cristiano (después de Jesucristo y la Virgen María). Corrió la misma suerte que San Bartolomé y murió decapitado, a los pocos días de haber bautizado a Jesucristo en las cristalinas y sagradas aguas del Jordán.

Su nacimiento tuvo lugar un 21 de junio mientras que su muerte, por degollación, fue el 29 de agosto, como lo confirma el santoral cristiano. Numerosos estudiosos del Nuevo Testamento y de la historia medieval se han interesado por la figura de este santo, cuyo nombre se repite incesantemente en la tradición religiosa occidental. El investigador francés Alexandre Masseron explica la relación entre San Juan Bautista y la duración de los días en los siguientes términos: «Juan fue achicado de la cabeza [al ser decapitado, la altura corporal de San Juan Bautista mermó]; pero el Cristo, izado a la cruz, se hizo más grande. Esta proclama anuncia también la duración del día; cuando nace Juan (21 de junio), los días comienzan a menguar; cuando nace Cristo —o el Evangelista, podríamos añadir— empiezan a crecer». (Alexandre Masseron: *Saint Jean Baptiste dans l'art*. Arthaud, París, 1957).

El filólogo e investigador valenciano Juan García Atienza se muestra también muy interesado por la estrecha relación de este santo con los ciclos del astro rey: «San Juan Bautista es, en el dúo sagrado de los Juanes, la imagen popular y exotérica de un misterio equinoccial en el que se igualan los contrarios». (Juan García Atienza: *Santoral diabólico*. Martínez Roca, Barcelona, 1988; pág. 111).

Los nazarenos, rama de la secta de los ebionitas (finales del siglo I), eran conocidos como «bautistas»; también se llamaban «sabeanos» y «cristianos de San Juan». Para ellos, el Mesías no era el Hijo de Dios, sino un profeta que quiso seguir a Juan el Bautista (lo mismo pudieron pensar algunos templarios). El pensador cristiano alejandrino Orígenes (185-253) observa que «existen algunos que dicen de Juan el Bautista que él era el Ungido (*Christus*)» (Orígenes, vol. II). Cuando las concepciones metafísicas (conocimiento puro) de los gnósticos, que veían en Jesús al Ungido y al

Logos, empezaron a ganar terreno, los primitivos cristianos se separaron de los nazarenos, quienes acusaban a Jesús de pervertir las doctrinas de Juan y de haber modificado el bautismo en el Jordán. (Cfr. *Codex Nasaraeus, liber Adami appellatus*, 3 vols. Trad. Matthias Norberg, Literis Berlingianis, Lund, 1815-1816).

San Juan Bautista fue el santo más venerado por los templarios. Los monjes-guerreros veneraban su doble dimensión: como guardián del Cielo y del Infierno —en estrecha vinculación con la divinidad romana Jano, cuya imagen de doble rostro tenía la capacidad de mirar simultáneamente al pasado y al futuro—.

En numerosas construcciones templarias se puede observar el mágico efecto de la irradiación solar del primer rayo del amanecer durante los solsticios y equinoccios. Uno de estos singulares edificios, que lamentablemente amenaza ruina, es la iglesia de Santa María del Camino, que se encuentra en la localidad soriana de Brías (exactamente, a 13 kilómetros al sur de Berlanga de Duero). Tras el examen de algunos archivos parroquiales, descubrimos que esta humilde ermita se levantó bajo la advocación de San Juan Bautista.

[El autor de este artículo descubrió en la parte superior de la bóveda una cruz paté devorada por la hiedra; despejó las ventanas saeteras e intuyó que el día 21 de junio se produciría «el milagro del solsticio». Efectivamente, ese día, el primer rayo solar atravesó la saetera del ábside y se proyectó en el capitel opuesto, iluminando el motivo escultórico que hasta entonces permanecía en penumbra: se trataba de una escena de la Natividad].

No es una casualidad que, a pocos metros de esta sencilla iglesia, que conserva su interesante portada en archivoltas, se halle una antigua fuente romana, cuyas milagrosas aguas han curado a numerosas personas de la zona y a los viajeros que utilizaron el eje de comunicaciones de las dos calzadas antiguas que se cruzan exactamente junto al nacedero.

La Iglesia católica trasladó la festividad de San Juan Bautista —que coincide con el día más largo del año y el inicio de su decadencia solar: el solsticio de verano— del 21 de junio al 24 de ese mismo mes.

Se han mantenido buena parte de las tradiciones que, desde los tiempos medievales, se vienen celebrando en todo el mundo occidental en la festividad de San Juan Bautista. Algunas vinculadas al fuego: se encienden hogueras en calles y plazas (noche de San Juan), en un intento de dar mayor fuerza al astro rey, para que preñe de luz y vida a las personas, animales y plantas con la llegada del verano, siendo, además, un claro homenaje a la fertilidad, y el ruego a las fuerzas celestiales para que las cosechas sean abundantes.

Otro santo venerado por los templarios es San Julián. Se trata de San Julián *el Hospitalario*, santo legendario en cuya sobrecogedora leyenda aparecen distintos aspectos iniciáticos y coinciden varias claves del esotérico simbolismo cristiano — como la cacería o el acto de vadear un río, como vía de acceso para alcanzar la vida eterna—. Además, en la tradición de San Julián subyacen relaciones muy estrechas con Lug, una de las primeras divinidades paganas —el dios celta vinculado a los bosques y a las aguas—. En este sentido, no es de extrañar que los lugares de culto a este santo sincrético que coinciden con enclaves templarios se sitúen en puntos próximos al mar (a veces junto a lagos) o se hallen en las cercanías de bosques en los que ronda la leyenda.

La figura de San Julián, en esencia, encarna un personaje que se ve obligado a separarse de su familia y, tras recibir un mandato divino, mata a sus padres; al comprender el alcance de su pecado, y con el mayor dolor de su corazón, busca afanosamente la redención de su alma; el cumplimiento de un castigo divino lo libera finalmente de las garras del mal. Esta sobrecogedora historia se desarrolla del siguiente modo: Julián, estando un día en el bosque, escuchó que un ciervo le decía que algo trágico iba a sucederle y, lo más grave era que él mismo se convertiría en el culpable de aquella desgracia. Al oír aquellas palabras, Julián huyó a tierras remotas con la idea de evitar que la premonición del ciervo se hiciese realidad. Muy lejos de su tierra natal, Julián se hizo militar, contrajo matrimonio y vivió rodeado de fortuna y éxito. Después de una campaña bélica, decidió regresar a su hogar materno; anhelaba ver y abrazar a su familia. Entró en su casa y, al contemplar el lecho ocupado por dos bultos, pensó que se trataba de un adulterio; desnudó su espada y dio muerte a aquellos seres, que no eran otros que sus padres. Así se cumplió la horrenda premonición anunciada por el ciervo. Julián, desolado ante su crimen, se marchó en compañía de su esposa a tierras lejanas y se convirtió en penitente, en busca de la salvación de su alma. Después de muchas jornadas de marcha sin descanso alguno, alcanzaron el curso de un caudaloso río, y allí hicieron morada; Julián y su esposa se dedicaron por entero a ayudar a todos los caminantes y peregrinos que tenían que cruzar la peligrosa corriente fluvial. Ambos, como anacoretas, ocuparon una pequeña gruta en la montaña, próxima al río. Estando ya viejo y enfermo, Julián recibió la visita de un ángel celestial: supo entonces que su atroz pecado había sido perdonado por el Todopoderoso. Al oír aquellas benditas palabras, su esposa y él cerraron los ojos y se dispusieron a entregarse a la paz de Dios.

No es casualidad, por tanto, que los lugares hispanos destinados a la veneración de San Julián se encuentren a poca distancia del mar. Algunos de estos lugares también están vinculados a la historia templaria, como la iglesia de San Julián de Astureses, en Boborás (Ourense), fundación templaria temprana (mediados del siglo XII) —famosa

por su enigmático laberinto y otros símbolos herméticos del Temple—. El día 12 de febrero, día de San Julián, también se celebra en Tui (Pontevedra), en la ribera del río Miño, lugar de partida en la tradicional romería que asciende al monte sagrado de Aloia; en Santullano (Asturias), que tiene el mar Cantábrico como telón de fondo. En Cataluña se le tiene una especial estima a este santo, siendo numerosos los lugares, próximos al Mediterráneo, en los que se rinde un culto especial a San Julián: por ejemplo, en Lloret de Mar, al sur de la Costa Brava, en un antiguo convento templario; también se le venera en el interior de espesos bosques cargados de mitos y leyendas, como en Els Clots de Sant Julià —un conjunto de ancestrales canteras, escondidas en la espesura de mitológicos bosques del sur de Les Gavarres, en la comarca catalana del Baix Empordà (Girona)—, donde el viajero podrá admirar una extraña ara de sacrificios, bajo la cual se encuentra una abertura en la roca con una cruz paté grabada, que señala la zona como marco de ceremonias de los caballeros del Temple; finalmente, en Sant Julià de Vilatorrada (Osona), cerca del castillo de Montrodón, vivió Guillem de Montrodón, señor del lugar entre 1214 y 1217, e instructor del joven monarca Jaime I *el Conquistador* en la fortaleza templaria de Monzón (Huesca), antes de que el príncipe subiera al trono de Aragón.

SAN JUAN EVANGELISTA

Hijo de Zebedeo y hermano de Jacobo, o Santiago el Mayor, Juan fue llamado «el apóstol amado», a quien se le atribuyen los escritos canónicos Apocalipsis, su versión del Evangelio y las tres epístolas que llevan su nombre.

Juan —cuyo nombre se traduce como «la gracia» o «el don de Dios»— se relaciona con el Saturno de los romanos y el Janua de los etruscos, cuyo culto los cristianos sustituyeron por Juan.

El Evangelio de San Juan —el único esotérico de los evangelios canónicos— fue muy apreciado por el Temple. Lo escuchaban mientras comían en boca del freire lector. Otros grupos también se distinguieron por la devoción a San Juan y sus palabras, como los cátaros, gnósticos y alquimistas; los «perfectos» cátaros, por ejemplo, sólo leían el Evangelio de Juan y lo llevaban consigo en sus misiones por las tierras y pueblos del Languedoc. San Juan Evangelista y San Juan Bautista representaban las dos caras del Jano latino en el esoterismo simbólico, estrechamente vinculado con el simbolismo solar, básico en la mística templaria. Jano era «una de las divinidades romanas más antiguas, era el dios de las puertas y por eso se le representaba con dos rostros, el uno mirando hacia dentro y el otro hacia fuera, es decir, que vigilaba tanto a los que entraban como a los que salían; en análogo sentido, era protector además de todos los comienzos y transiciones (como el cambio de año, cuyo primer mes *januarius* lleva su

nombre)». (Udo Becker: *Enciclopedia de los símbolos*. Robinbook, Barcelona, 2003). Cabe recordar, en este sentido, que en el solsticio de invierno el sol entra en capricornio, representando su máxima declinación meridional, vinculado con la Natividad, expresión de la actividad vital manifestada al interior (los frutos y productos de la vida espiritual); también se relaciona con la canícula —tiempo de mayor calor que comienza en el solsticio de verano— y todo el esoterismo de la carta «La Luna», el decimoctavo arcano mayor del tarot, que en la literatura oculta representa la puerta del Cielo y también la de los Infiernos.

El erudito francés René Guénon dice al respecto del simbolismo de los dos San Juan (fig. 94):

«En relación con los dos San Juan y su simbolismo solsticial, es interesante también considerar un símbolo que parece peculiar de la masonería anglosajona, o que al menos no se ha conservado sino en ella: es un círculo con un punto en el centro, comprendido entre dos tangentes paralelas; y estas tangentes se dice que representan a los dos San Juan. En efecto, el círculo es aquí la figura del ciclo anual, y su significación solar se hace, por otra parte, más manifiesta por la presencia del punto en el centro, pues la misma figura es a la vez el signo astrológico del sol; y las dos rectas paralelas son las tangentes a ese círculo en los dos puntos solsticiales, señalando así su carácter de “puntos límite”, ya que estos puntos son, en efecto, como los límites que el sol no puede jamás sobrepasar en el curso de su marcha; y porque esas líneas corresponden así a los dos solsticios puede decirse también que representan por eso mismo a los dos San Juan. Hay empero, en esta figuración, una anomalía por lo menos aparente: el diámetro solsticial del ciclo anual debe considerarse, según lo hemos explicado en otras ocasiones, como relativamente vertical con respecto al diámetro equinoccial, y sólo de esta manera, además, las dos mitades del ciclo, que van de un solsticio al otro, pueden aparecer real y respectivamente como ascendente y descendente, pues entonces los puntos solsticiales constituyen el punto más alto y el punto más bajo del círculo; en tales condiciones, las tangentes a los extremos del diámetro solsticial, al ser perpendiculares a éste, serán necesariamente horizontales. Pero, en el símbolo que ahora consideramos, las dos tangentes, al contrario, están figuradas como verticales; hay, pues, en este caso especial, cierta modificación aportada al simbolismo general del ciclo anual, la que por lo demás se explica de modo bastante sencillo, pues es evidente que no ha podido producirse sino por una asimilación establecida entre esas dos paralelas y las dos columnas [masónicas]; éstas, que naturalmente no pueden ser sino verticales, tienen por lo demás, en virtud de su situación respectiva al norte y al mediodía, y al menos desde cierto punto de vista, una relación efectiva con el simbolismo solsticial». (René Guénon: «Acerca de los dos San Juan».

Artículo originalmente publicado en *Études Traditionnelles*, junio de 1949, e incluido en *Symboles fondamentaux de la Science Sacrée*, París, Gallimard, 1962).

La *jana*, *yana*, *gnana* o *gnosis* no es sino la «ciencia de Jano», es decir, la ciencia del conocimiento iniciático; las variedades de su nombre son tantas que en cada lengua se tomó una distinta; todas ellas, sin embargo, son equivalentes a la más sublime concepción de un «espíritu planetario» (el regente de Saturno). (En su «Concepto Rosacruz del Cosmos», Max Heindel define a los «espíritus planetarios» como las grandes «inteligencias espirituales» que guían la evolución de los planetas. Serían una especie de «ministros», presidiendo cada uno un departamento del Reino de Dios, que es nuestro sistema solar). Afirmando la unicidad e incognoscibilidad de Dios, un *kabir* es un hombre iluminado por la conciencia o conocimiento revelado del Ser (unión espontánea del uno con el todo); un «mago», en el sentido más amplio y tradicional del término. El Mahatma (gran alma) tenía en la India sacerdotes en los tiempos prevédicos. La palabra «mago» derivada etimológicamente de *magh*, o *maha* (grande); por ello, la palabra «mágico» se aplica a los sacerdotes versados en la ciencia esotérica. Es interesante saber que el mismo cristianismo (posterior al pensamiento gnóstico) encontró en estas ciencias esotéricas el punto de apoyo para su desarrollo inicial.

Al hablar de la divinidad Jano, es necesario hacer referencia al *baphomet* templario, cuyos rostros podrían simbolizar el deseo de no olvidar el pasado, vivir el presente y asegurar el futuro. El *baphomet* es, sin duda, el ídolo y el más misterioso personaje vinculado con el Temple; su origen es desconocido y las interpretaciones que se han ofrecido son tan diversas como míticas y sorprendentes: para algunos, sólo se trata de una cabeza humana, con barba o sin ella, que enarbola dos rostros; a veces se representa con la cabeza de un macho cabrío o con el cuerpo humano y provisto de alas, etcétera. Todos estos caracteres han contribuido a atribuirle diferentes papeles místicos. Esta cabeza, con dos rostros antagónicos, hizo que se confundiera con Jano (divinidad romana de las puertas y los caminos). Según otra teoría, el *baphomet* pudo ser la mala interpretación (por parte de los acusadores de la Orden del Temple) de las palabras griegas *baph* y *metis* (que juntas vienen a significar «bautizo de sabiduría»); esta teoría explicaría en parte la adoración templaria a la citada cabeza barbuda, puesto que, para muchos, tal rostro no era otro que el de San Juan Bautista. Para terminar, otra teoría respalda la idea de que, para los templarios, la etimología de *baphomet* se remontaba al término árabe *Abufihat* (Padre del Entendimiento) y, por tanto, bien podría haber significado simplemente ‘Dios’.

El San Juan Evangelista no debe confundirse con el San Juan de los hospitalarios o San Juan de Jerusalén; esta orden fue fundada en 1048, en tiempos del pontífice Dámaso II, en la ciudad de Jerusalén, colocada bajo la advocación del patriarca de

Alejandría, San Juan *el Limosnero* (550-619), y tutelada por los benedictinos. San Juan *el Limosnero* nació en Chipre; a los pocos años abandonó su patria, así como su derecho al trono, para instalarse en Jerusalén, dedicando toda su existencia a socorrer a los peregrinos, curando a los cristianos enfermos y heridos, y ayudaba económicamente a los que combatían a los musulmanes o a los que visitaban el Santo Sepulcro. La Iglesia católica lo canonizó con el nombre de Juan *el Limosnero* o Juan de Jerusalén. Se le considera el precursor de la Cruz Roja Internacional.

Juan, el Evangelista, habría sido considerado por los templarios del círculo interior un gran iniciado hermetista, por las claves secretas contenidas en su Apocalipsis.

OTROS SANTOS VINCULADOS A LA ORDEN DEL TEMPLE

Entre los santos protectores de los templarios se encuentra San Durán (o San Durando), que no es sino el caballero frey Guillem Durán, el único santo que fue templario, cuya piadosa existencia alcanzó los altares a mediados del siglo XVII —como refleja el padre Doménech en su escrito sobre los santos catalanes—. Su ascenso a la santidad fue justa recompensa a su abnegada vida, dedicada por entero a velar por los cátaros, los peregrinos y otros grupos humanos que, huyendo de las hogueras, las cruzadas contra las herejías y los horrores de la Inquisición en el Languedoc, cruzaban en penosas condiciones la barrera de los Pirineos, en dirección sur, en su anhelo por sobrevivir a aquella barbarie.

San Durán (siglo XIII) nació y vivió en la comarca catalana de la Cerdanya (actuales provincias de Girona y Lleida). Frey Guillem Durán desafió a la Inquisición, cuyos monjes dominicos no cesaban de levantar hogueras para quemar vivas, o en efigie, a centenares de personas condenadas como herejes. El templario ayudaba a estos desgraciados a cruzar los barrancos de vértigo de la cordillera pirenaica, a través de los estrechos y peligrosos senderos del Camí dels Bonshomes —que enlaza el castillo de Montségur (Ariège), al norte, con el santuario catalán de Queralt (Berga), al sur, donde se rinde culto a una virgen negra—. También se atrevió a escribir una obra que no tardaría en ser condenada por la Iglesia: *Rationale seu Enchyridion Divinorum*. Tras la caída en desgracia del Temple, los restos de este piadoso caballero no tardaron en ser borrados de Puigcerdà y del resto de la comarca de la Cerdanya, junto a todos los testimonios templarios medievales. San Durán recibió sepultura en la iglesia de San Bartolomé, en Puigcerdà, y, después de muerto, siguió haciendo milagros en favor de las gentes de aquellas tierras. Así se convirtió en el protector de los perseguidos. Lamentablemente no han podido conservarse sus restos, porque la iglesia de San Bartolomé fue destruida en el año 1936 hasta sus cimientos (durante la Guerra Civil). La misma suerte corrió otra iglesia, la de Santa María, rica en elementos esotéricos,

que, por haber estado vinculada con el Temple, sería destrozada por la barbarie. Su reconstrucción no se parece en nada a la original.

San Pantaleón es otro de los santos protectores del Temple. Filósofo y médico, es el patrón de los médicos y de los niños enfermos. Natural de Nicomedia (actual Izmit, en Turquía), vivió en el siglo III, y tuvo como maestro a un tal Hermolao, un sacerdote cristiano que vivía en la clandestinidad. Al convertirse a la nueva religión, las curaciones de este médico se tornaron casi milagrosas. Tales prodigios no tardaron en llamar la atención de los romanos, cuyos soldados lo prendieron y, tras asarlo vivo en una caldera, lo degollaron atado a un olivo. Cuenta la leyenda que, cuando su cabeza cayó al suelo, la sangre derramada regó el árbol, y el olivo floreció y dio frutos en un instante. Por ello, los templarios vincularon a San Pantaleón con el Santo Grial, por su milagrosa sangre, capaz de curar y resucitar a los muertos.

San Pantaleón se representa frecuentemente con un cáliz, pero también con la caldera en la que fue cocido. Esta caldera parece un recuerdo de las sagas célticas de Irlanda que evocan la caldera de Dagda. Dagda es uno de los seres espirituales irlandeses, divinidad precristiana, descrito como el dios bueno y padre de todos. Se representa acompañado de una gran maza, una caldera y un arpa; su hija es Brigit, la triple diosa. (En la leyenda de la Virgen negra de Núria, en el Pirineo catalán, también aparece un caldero entre los símbolos que relacionan el hallazgo de la citada imagen). El 21 de julio es su onomástica; ese día se licúa la sangre de San Pantaleón, conservada en una ampolla de cristal que se guarda en el monasterio madrileño de la Encarnación.

La iglesia más emblemática de nuestro país dedicada a este santo se encuentra al noreste de la provincia de Burgos, sobre un acantilado rocoso que domina el espectacular valle del río Jerea, en la ladera oriental de la Sierra de Criales —un lugar que algunas veces se ha considerado la Sierra Salvada del Santo Grial de los templarios—. El templo, de estilo románico tardío, cargado de símbolos herméticos, fue consagrado el 7 de junio de 1206. Este santuario no tardaría en formar parte de una encomienda templaria, en la cual, los caballeros del «círculo interno» (la elite templaria) se dedicaron al estudio de las ciencias herméticas, mientras que los del «círculo externo» se ocupaban de la protección de peregrinos que, desde la cornisa cantábrica, tras desembarcar en el puerto de Bilbao, transitaban por esta zona para buscar el ramal principal del Camino de Santiago.

Otros santos predilectos del Temple fueron San Gil y San Ginés.

LAS SANTAS TEMPLARIAS

En cuanto a las santas protectoras de los templarios, deben señalarse las siguientes: Santa Catalina, Santa Lucía y Santa Águeda.

Santa Catalina mártir coincide en sus atributos primordiales con la arcaica Lusina (la Madre Tierra, reflectora de la luz inaprensible del Padre Sol, la Cibeles frigia, la Isis egipcia, o la *Shekhiná* cabalística). Los enclaves de culto a Santa Catalina suelen coincidir con antiguos santuarios paganos, donde los pueblos antiguos rezaban a Lug (que se corresponde con el Ain Sof de la *Qabalah*, el Apolo-Febo-Sol *Invictus* de los Misterios, o el Ra de Ekhnatón de los antiguos egipcios), o a otras divinidades precristianas igualmente relacionadas con los cultos al Sol, el astro que proporciona luz, calor y vida.

Santa Catalina (m.308) nació en Alejandría y gozó de una profunda sabiduría helenística, digna de la escuela que tenía su sede en aquella legendaria biblioteca. Los filósofos de aquel centro del saber la nombraron portavoz celestial. La singular figura de Catalina, maestra de los más altos saberes humanísticos, no pasó desapercibida y el emperador Maximino II, el último perseguidor de cristianos, determinó acabar con su vida. Se dice que la esposa del poderoso emperador, Constancia, cayó rendida ante la elocuencia vivificadora de Catalina. La joven mártir sufrió un terrible encierro en una lóbrega mazmorra, donde fue abandonada para que muriese de hambre; se asegura que una paloma le llevaba cada mañana comida del Cielo prendida en su pico. Los esbirros de Maximino, viendo que aún seguía viva, la martirizaron cruelmente en la rueda de tortura —de ahí que, en numerosas ocasiones, la representación de la santa sostenga en su mano izquierda una rueda—. (La rueda evoca al mandala de meditación, objeto de dimensión cíclica, que se repite en los rosetones y óculos de las catedrales góticas y demás templos cristianos. Como portadora de la rueda, Santa Catalina se convierte en la transmisora de todos y cada uno de los conocimientos que entrañan ese trascendental simbolismo, que se repite desde el Indo hasta el Atlántico). Después fue decapitada un 25 de noviembre, fecha que ha mantenido la Iglesia cristiana para su celebración litúrgica.

Cuenta la leyenda que, al ser decapitada, de las heridas de la santa brotó leche (suero) y no sangre, y unos ángeles descendieron del Cielo para llevarse su cuerpo al monte Sinaí, donde recibió sepultura y siguió haciendo milagros, incluso durante las cruzadas. No es casualidad que los caballeros templarios fueran los garantes de la custodia del monasterio y de la tumba de Santa Catalina. Recuérdese que en esta sagrada montaña Yahvé se manifestó por primera vez ante Moisés entregándole la Ley que debería obedecer el pueblo judío. El monasterio de Santa Catalina, emplazado en la falda de esta montaña, se convertía en toda una garantía del simbolismo de la *shekhiná* (la sabiduría cabalística), porque allí fue donde la Divinidad se había manifestado. Era, por lo tanto, un enclave hermético, a mitad de camino entre Tierra Santa, al norte, y Egipto, al sur.

A la hora de analizar la vida de esta santa, llama poderosamente la atención el número de santuarios que se levantaron en su honor, así como la extensión de su culto.

Los centros devocionales aumentaron considerablemente a partir del siglo XII, coincidiendo en el tiempo y el espacio con el apogeo de las vírgenes negras. (Se dice que la primera imagen realizada de esta santa nació en las manos del apóstol San Lucas, patrón de los médicos, y que la esculpió con el rostro y manos negras). Los símbolos de Santa Catalina son la rueda, la espada y el libro, que se corresponden con el instrumento de su martirio, su fortaleza y resistencia al dolor y sus profundos conocimientos, respectivamente. Dadas sus connotaciones heterodoxas, Santa Catalina no tardaría en formar parte de grupos marginales y heréticos de la sociedad medieval, entre ellos, los alquimistas. No es una casualidad que el aura sagrada de esta santa refleje los tres cromatismos de las operaciones alquímicas: las coronas blanca, roja y verde reproducen su condición de virgen, mártir y sabia, respectivamente.

Los lugares de culto a Santa Catalina están muy repartidos por toda la península Ibérica, desde Cataluña a Galicia y desde Asturias a Extremadura. La imagen que se alza en el altar de la iglesia de San Juan, en Benavente (Zamora), muestra en su mano izquierda la rueda, cuyos radios evocan la cruz patada de los templarios. En Jerez de los Caballeros (Badajoz), el santuario de Santa Catalina forma, con los de San Bartolomé y San Miguel, la tríada de iglesias importantes de aquel influyente bailiazgo templario, que dominó un territorio de tres mil kilómetros cuadrados en la Baja Extremadura. En la catedral de Salamanca se venera a la Virgen de la Vega, imagen negra (del siglo XII) vinculada con los templarios, tallada en madera plateada con cobre y esmalte en el trono; la imagen procede de la iglesia de Santa Catalina, también en la capital salmantina.

Santa Lucía, «la que irradia luz», es la sucesora de la diosa Lusina (la maestra enviada por el gran dios Lug). Como a Santa Catalina, a la patrona de los ciegos se le han dedicado numerosos templos y ermitas emplazados en ancestrales lugares de cultos paganos. La mayoría de esos templos son pequeños y están situados en parajes escondidos.

Santa Lucía (m.304) nació en Siracusa (Sicilia), y murió un 13 de diciembre (su fiesta litúrgica), tras una violenta tortura. Le arrancaron los ojos y por ello se representa frecuentemente portando una bandeja con dos ojos. Este simbolismo está estrechamente relacionado con la luz de una lámpara (Lucía, *Lux*, «la que lleva luz»), o una candela, y con nacederos de aguas milagrosas. Todo ello recuerda ancestrales cultos paganos y divinidades vinculadas a la sabiduría que transmite la luz natural; aún hay otra luz: la que garantiza el agua fresca y cristalina que emerge en las profundidades de la Tierra.

En la geografía hispana hay numerosos lugares en los que la feligresía popular, tradicionalmente, rinde homenaje a esta santa, portadora de la luz, de la vista, del conocimiento y la salud a través del agua oculta. Los enclaves más importantes en los que se venera la imagen de Santa Lucía son los siguientes: el santuario rupestre de Ojo

Guareña, en la merindad de Sotoscueva, al norte de la provincia de Burgos; el enclave del Montgó, la montaña sagrada que se alza al sur del municipio de Denia (Alicante); Mondáriz (Pontevedra), donde se alza el santuario sobre el nacedero de unas aguas tradicionalmente milagrosas para las enfermedades de los ojos; la Cova de Santa Llúcia, en La Bisbal de Falset (El Priorat, Tarragona), donde fue enterrado el cuerpo decapitado de San Hermenegildo y en cuyas salutíferas aguas han encontrado milagrosa curación infinidad de personas desde los tiempos medievales. Todos ellos son lugares en los que hubo encomiendas y posesiones templarias.

Santa Águeda (o Ágata) (m.251), natural de Catania (Sicilia), prefirió sufrir el horrendo martirio de ver cercenados sus pechos antes que caer en la idolatría a la que le obligaba un enamorado gobernador pagano. Águeda significa «la buena», «la virtuosa». Por ello, y por su valentía, esta santa ha sido objeto de devoción popular en lugares muy dispares de la geografía hispana, desde Menorca a Galicia, y desde Canarias a Navarra. En todos los centros de veneración de Santa Águeda se ensalza el papel de la feminidad y se contrapone al rol masculino; no es una casualidad que su fiesta tenga lugar a comienzos del mes de febrero, haciéndola coincidir con la de la Candelaria y la de San Blas. Es decir, la festividad de Santa Águeda, fijada el 5 de febrero, al trasladarse a la jornada festiva más próxima, es fácil que coincida con el día dedicado a la Candelaria (2 de febrero) y con la onomástica de San Blas (3 de febrero). La fiesta de la Candelaria ya estaba afianzada desde tiempos precristianos, representando la feminidad y, al mismo tiempo, la luz. Por ello, no es una casualidad que en los enclaves donde se celebran fiestas en honor de Santa Águeda, también se producen exaltaciones a la mujer, como elemento fuerte y dominador frente al hombre, convertido circunstancialmente en víctima. Ágata es, además, el nombre de una piedra preciosa. Su nombre deriva del río Achates, en Sicilia. Plinio *el Viejo* (23-79) ya conocía en su época la técnica para mejorar artificialmente el color de las ágatas. Octava piedra del pectoral hebreo, considerada como la piedra de la ciencia, se tenía por mágica y medicinal, con propiedades antiinflamatorias, eficaz contra las picaduras de arácnidos y contra determinadas enfermedades. Se cree que un anillo de ágata que se exhibe en la catedral de Perugia, Italia, perteneció a la Virgen María. El obispo de Rennes (siglo xi) decía que el portador de un ágata tendrá el poder de persuasión y obtendrá el favor de Dios.

La historia de Santa Águeda guarda una estrecha relación con el Temple. Al representar a Santa Águeda con sus pechos cortados sobre una bandeja de plata, la imagen está transmitiendo conocimientos herméticos relacionados con la leche sagrada que, según se percibe en las imágenes en las que se representa, brota aún de estos senos mutilados —en clara referencia a la leche de la Virgen, de la que se cuenta que bebió el mismísimo San Bernardo de Claraval, antes de concebir los proyectos de creación del Císter y del Temple—. Se trata de una imagen repetida en los tratados de alquimia,

que le concede el poder de ser fuente de trascendencia, de fuerza y de inmortalidad; esta leche no es otra cosa que la miel, uno de los valiosos productos que elaboran las abejas —también animal místico—, como fuente de vida y presagio de la inmortalidad. Recuérdese que Santa Águeda —según Fernando Pérez Pacho, psicólogo y estudioso del Temple en la isla de Menorca— fue una santa también venerada por los musulmanes, quienes la llamaban Senagaiz, y que los templarios la tenían en gran estima.

En la isla de Menorca, entre Ciutadella, Fornells y Ferreries, hay una zona donde abundan los restos megalíticos y donde sobresalen las navetas y los talayotes prehistóricos. Allí pueden admirarse, por ejemplo, las gigantescas rocas verticales coronadas por otra horizontal, que evocan a la cruz *tau* (T) templaria. Pues bien, en ese espacio se alza la montaña de Santa Águeda, en forma de seno femenino; en su cumbre se conservan restos de la alcazaba del último reyezuelo hispanomusulmán de la isla, y también un castillo templario, dependiente de las encomiendas del occidente de la isla más oriental del archipiélago balear.

En otros lugares de la geografía hispana, como Zamarramala, en Segovia; Villalba del Alcor, en Huelva, y Bardallur, en Zaragoza, se rinde culto a Santa Águeda y fueron importantes posesiones templarias; en todas ellas su santuario fue construido en planta octogonal, forma geométrica relacionada con edificios sepulcrales, emblemática del Temple. En Barcelona, la iglesia de Santa Águeda se encuentra en la plaza del Rey, junto al Salón del Tinell, en el corazón de la encomienda templaria de la Ciudad Condal.

CAPÍTULO XXIX

Templarios y alquimistas

SERGIO FRITZ ROA

«No podía faltar el ingrediente alquímico
—dijo Diotallevi con convicción—,
es probable que los templarios conocieran
el secreto de la fabricación del oro».
UMBERTO ECO, *El péndulo de Foucault*

UN LIBRO PLANTEA EL INTERROGANTE

Cuando en 1970 Roger Caro (1911-1992) publica *Legenda des Frères Aînés de la Rose-Croix* (*Leyenda de los Hermanos Mayores de la Rosa-Cruz*), sin duda sabía que las hipótesis allí contenidas despertarían gran interés en los cultos ambientes esotéricos franceses. E incluso se podían prever arduas polémicas acerca de sus fundamentos. Era comprensible: los postulados centrales del texto se dirigían a demostrar lo siguiente:

1. Los templarios no se «extinguieron» en 1314, cuando concluye el proceso contra la Orden del Temple instigado, ordenado y secundado por Felipe *el Hermoso* y el papa Clemente V, y que, entre otras cosas, significó la muerte en la hoguera de Jacques de Molay, maestre de la hermandad.

2. Parte de los templarios se había agrupado en una nueva sociedad iniciática que conservaba sus enseñanzas, dando énfasis a la alquimia.

3. La nueva sociedad hermética se llamaba Frères Aînés de la Rose-Croix (Hermanos Mayores de la Rosa-Cruz, FARC), y desde su fundación (1317) se mantenía activa.

4. Entre los miembros de los FARC, según Roger Caro, se encontrarían importantes personajes del esoterismo y el ocultismo, varios de los cuales habrían detentado, incluso, el título de *imperator* (emperador; el grado más alto de la Orden). Algunos nombres son bien conocidos: Robert Fludd, lord Edward George Bulwer-Lytton, Eliphas Lévi o William Wynn Wescott. Además, según este autor, algunos personajes de la alquimia europea, como Nicolás Flamel y Sendivogius, habrían actuado como senescales de la Orden. El *imperator* número cincuenta y ocho sería el mismo Roger Caro, que utilizaba el seudónimo Pierre Phoebus.

5. Los FARC practicaban la alquimia en sus dos vertientes: interior y operativa.

Para avalar los puntos anteriores, Caro incluía al final de su libro una ingente cantidad de fotografías, documentos e instrumentos ceremoniales relativos a la Orden y a sus miembros.

En definitiva, Caro exponía en su *Legenda* lo que otros muchos intuían o creían y que no se atrevían a afirmar públicamente y de manera tan rotunda: que los templarios practicaron la alquimia.

FULCANELLI EN LA ENCRUCIJADA

El texto de Roger Caro no es, por cierto, el primero en insinuar la relación entre la alquimia y el Temple. Arthur Edward Waite se refirió a ella de pasada en un artículo sobre los templarios y la francmasonería publicado en *The Occult Review* (volumen XLV, 1927), donde se menciona la leyenda según la cual Hugo de Payens habría poseído el célebre «polvo de proyección» (es decir, la materia que permite transmutar un metal vil en oro). Y Fulcanelli —el misterioso alquimista, cuya identidad civil continúa siendo un enigma, y uno de los más grandes exponentes del «Arte Real» o alquimia—, en *Las moradas filosóficas* (1930), insinuaba que los templarios habían conocido algunos aspectos de la disciplina alquímica.

En todo caso, a Caro sí le corresponde el honor de haber sido el más categórico de cuantos habían escrito sobre el tema hasta la fecha. Además, contaba con la ventaja de ser un reconocido alquimista y ostentar el grado de *imperator* (emperador) en el seno de una organización esotérica de supuestas raíces alquímico-templarias.

Entre Fulcanelli y Caro hay algunas coincidencias curiosas: el grupo hermético de Eugène Canseliet, Julien Champagne y Pierre Dujols tenía como maestro a un alquimista que escondía su nombre tras el seudónimo Fulcanelli; Caro y sus amigos (Max Duval, Jean de Clairefontaine, etcétera) seguirán las doctrinas de Kamala Jnana (cuyo título sería superior del Templo de Ajunta); según muchos autores, este desconocido Kamala Jnana no es otro que el mismo Roger Caro.

¿QUÉ ES LA ALQUIMIA?

La alquimia es un arte que se practica desde los albores de la Humanidad. Los hombres la han estudiado a lo largo de toda su historia y en todos los rincones del mundo, desde Grecia a la India y desde Egipto y Arabia hasta China. También, desde luego, se practicó en la España medieval.

Para definirla se utilizan otros muchos nombres, tales como «Arte Real» (*Ars Regia*), arte sacerdotal, filosofía hermética, ciencia de los sabios, agricultura celeste o

filosofía química.

Respecto a la palabra «alquimia», algunos han querido ver en la etimología del término el significado de la disciplina. Así, según algunas interpretaciones, «alquimia» procedería del árabe *al-kimia*, donde *al* es «Él» (Dios) y *kimia*, química o ciencia. De ahí que «alquimia» pudiera traducirse como «química o ciencia de Dios». Otros hacen derivar la palabra del griego, donde *alke* es ‘remedio’, y *mia*, ‘excelencia’. De esta forma, la alquimia sería el «remedio por excelencia». Finalmente, hay quienes van más atrás en el tiempo, haciéndola derivar de la palabra egipcia *keme* (tierra negra). No deja de ser ilustrativa esta hipótesis, dado que la etimología egipcia aludiría tanto al lugar donde nació el hermetismo, es decir, Egipto, como a la materia prima de los procesos alquímicos.

Martin Ruland ofrece una hermosa definición del término en su *Léxico de alquimia*: «Alquimia es la separación de lo impuro de la sustancia más pura».

La alquimia es tanto arte y ciencia, filosofía y práctica. Desarrolla procesos internos y externos. Es iniciación sacerdotal y real (de ahí que se denomine con las formas «arte sacerdotal» y «arte regio»). Su lenguaje se presenta a veces demasiado claro; otras, oscuro e intrincado. La alquimia se halla en todo tiempo y lugar. Su simbolismo y su lenguaje seduce a pintores y poetas, y la han practicado sacerdotes, notarios, carpinteros, hombres y mujeres. Exige escasos requisitos: orar, estudiar, trabajar y tener paciencia; y, sin embargo, muy pocos son los elegidos para descifrar los «arcanos mayores» de esta «ciencia universal».

Para quien logra comprender sus misterios, la Naturaleza es un libro abierto, que se lee sin dificultad. Nada le es desconocido; nada (o casi nada) le resulta imposible, pues ha logrado limpiarse de la carga del pecado original, y restituir su ser al estado primordial, el *Adam Kadmon* de los cabalistas, el *Rebis* o «andrógino» de la literatura hermética. Los problemas comunes a los mortales (enfermedad, pobreza, hambre, etcétera) no afectarán al adepto, pues se ha transformado, en cuerpo y alma.

La alquimia persigue la obtención de la «piedra filosofal», la cual tiene la virtud de vivificar no sólo minerales y metales, sino, lo que es más importante aún, al mismo alquimista, quien obtendrá el «cuerpo de luz», misterio de los misterios del arte filosofal, toda vez que se trata de su finalidad misma: la resurrección crística.

En efecto, el «cuerpo de luz» no es otra cosa que el nuevo estado físico y espiritual del alquimista que ha logrado resolver las incógnitas de la filosofía hermética. Para él ya no habrá secretos, para él no existirá límite alguno, salvo los propios de su nueva condición de ser. La forma del adepto parecerá ser la misma, y sin embargo, es un doble espiritual de la anterior. Ha sido forjada con fuego; de ahí que Jesús, tras la resurrección, diga a los apóstoles: «¡No me toquéis!», pues su cuerpo está refulgiendo en una luz de tal cualidad abrasadora que es incompatible con otros estados más densos.

La alquimia es, por tanto, una sagrada comunión entre materia y espíritu. Una «corporización» de los espíritus y una espiritualización de los cuerpos. De ahí que su máxima operación, la cual se caracteriza por sus reiteraciones, es el «*solve et coagula*» («disuelve y coagula»).

Sería tarea vana mencionar a todos los heraldos que la alquimia ha dado a las ciencias esotéricas a lo largo de los siglos. Será suficiente nombrar a algunos maestros y algunas de sus obras principales. Entre los alquimistas más relevantes (fig. 95) se encuentran los islámicos Geber (*Los setenta libros*) y Rhazés (*El libro del secreto de los secretos*); el chino Chan Tao Ling (*Tratado del elixir refinado en nueve calderos*); el griego Zósimo (en cuyas obras suelen encontrarse algunos capítulos de arte alquímico); los cristianos Nicolás Flamel (*Libro de las figuras jeroglíficas*), Basilio Valentín (*El carro triunfal del antimonio*), Roger Bacon (*Espejo de la alquimia*), Alberto Magno (*Compuesto de los compuestos*), George Ripley (*Visión de George Ripley*), Arnau de Vilanova (*El camino de los caminos*), Raimundo Lulio o Ramón Llull (aun cuando no es seguro que se trate de obras originales del mallorquín, suelen mencionarse *La Clavícula y Testamento*), Ireneo Filaleteo (*La entrada abierta al palacio cerrado del rey*) y Paracelso (*El cielo de los filósofos*).

Entre los autores modernos destacan Fulcanelli (*El misterio de las catedrales y Las moradas filosóficas*), Eugène Canseliet (*La alquimia explicada sobre sus textos clásicos*), Roger Caro (*Toda la Gran Obra fotografiada*), Solazaref (*Introducción a la Piedra Filosofal*), Alexander von Bernus (*Alquimia y medicina*), y Archibald Cokren (*La alquimia redescubierta y restaurada*).

Algunos ensayistas han estudiado la alquimia desde ópticas muy diferentes (histórica, simbólica, operativa, etcétera), pero todas ellas resultan muy interesantes: Julius Evola (*La tradición hermética*), Titus Burckhardt (*Alquimia. Significado e imagen del mundo*), Albert Poisson (*Teorías y símbolos de los alquimistas*), Julius Ruska (*Alquimia árabe*), Marcellin Berthelot (*Colección de antiguos alquimistas griegos*), René Alleu (*Aspectos de la alquimia tradicional*), Mircea Eliade (*Herreros y alquimistas*) y Séverin Batfroi (*Alquimia y revelación cristiana*).

LA ALQUIMIA EN EL TEMPLE

Es posible que se considere aventurado establecer un vínculo entre la alquimia y la Orden del Temple; sin embargo, hay algunos datos históricos que deben tenerse presentes:

En primer lugar, la alquimia occidental renace hacia el siglo XII. En esa época empiezan a aparecer los relatos sobre el Grial, los cuales ofrecen una interesante simbología alquímica, a la vez que, en ciertos casos, como sucede en la obra *Parzival*

de Wolfram von Eschenbach, se asegura que los custodios del Grial son los templarios. En fin, el renacimiento de la alquimia coincide con los momentos fundacionales del Temple. En este resurgir alquímico tendrá parte importante Al Ándalus, es decir, la España islamizada; las ciudades musulmanas serán centros de divulgación de las traducciones de los libros alquímicos para el resto del continente europeo. Así, tanto alquimistas como templarios beberán en fuentes islámicas para enriquecer sus propios conocimientos herméticos. Recuérdese que una de las acusaciones más comunes contra el Temple fue su vinculación a sociedades iniciáticas musulmanas. La comunicación entre templarios y órdenes musulmanas es un hecho probado. Es factible que en tales intercambios de conocimientos hubiera algo referido a los procesos alquímicos; los árabes, turcos e iraníes tenían una larga trayectoria en esta disciplina.

Pero el saber alquímico no sólo se transmitía pacíficamente; a veces era necesario luchar por él. Suele creerse que en la fortaleza de Kafartab, ubicada en tierras que cruzados y musulmanes se disputaron arduamente, existían laboratorios alquímicos. Cuando los cristianos, dirigidos por Bohemundo, tomaron dicho lugar, se sorprendieron al comprobar que casi toda la población poseía grandes cantidades de oro. Hay cronistas que aseguran haber visto allí inmensos laboratorios, en los cuales los musulmanes confeccionaban el áureo metal.

En segundo término, el culto a la Virgen, y específicamente a las vírgenes negras, demuestra que hay un puente que une a alquimistas y templarios. En efecto, ambos veneraban estas imágenes. Sabido es que uno de los mayores difusores del culto mariano fue San Bernardo de Claraval, el célebre monje cuya vida va unida a la de los templarios, a quienes dedica la obra titulada *Liber ad Milites Templi. De laude novae militiae*. Además, según muchos autores, él habría sido el autor de la Regla de la Orden del Temple, participando activamente en el Concilio de Troyes, donde se formalizó la Orden de los caballeros-monjes.

Para los «filósofos por el fuego» (nombre con el cual se reconocen los alquimistas), la Virgen representa la naturaleza o materia prima, es decir, el caos, del cual surgirá «nuestro Rey», el Cristo. De ella también se extrae la denominada «leche de la Virgen», que representa «el mercurio de los filósofos». Por último, no ha de olvidarse que uno de los nombres de la Virgen es *Stella Maris* (Estrella del Mar), donde esta última palabra es una alusión al célebre «mar de los filósofos herméticos», lugar en el cual ocurre el milagro mineral de la aparición de la estrella, signo inequívoco de la próxima formación del *Rebis* o «hermafrodita» (de Hermes y Afrodita), el compuesto que todos los alquimistas perseguían.

Además, la devoción a San Miguel Arcángel, desarrollada por los templarios, resulta altamente reveladora de la «gnosis química» en el seno de la Orden del Temple. San Miguel tiene la misma función en el cristianismo que Thot en los misterios egipcios, Hermes en el Olimpo griego, Mercurio en el panteón romano, Idris en la

religión musulmana, y Sraosh en el culto zoroastriano; todos ellos representan al mensajero, siempre cerca de la divinidad, luchador infatigable contra el mal, gran conocedor de la sabiduría. Los alquimistas europeos lo llamaban Mercurio o Hermes y constituía uno de los tres principios del arte; la trinidad alquímica estaba formada por el mercurio, el azufre y la sal.

Los símbolos y colores empleados por los templarios poseen una cualidad altamente hermética, y, por tanto, son reveladores de la enseñanza alquímica. Incluso el Bafomet —del cual erradamente se dice que sería una cabeza de adoración herética utilizada por los caballeros del Temple— es, en verdad, un icono alquímico. (Más adelante se estudiará este símbolo desde la hermenéutica filosófal; en todo caso, véase también el capítulo XVII: «Nuevos descubrimientos sobre el Bafomet templario»).

Tanto alquimistas como templarios, en algún momento, comenzarán a ser vigilados, e incluso atacados, por cierta esfera de la jerarquía eclesiástica, para la cual ambas hermandades se configuraban como sociedades heréticas. A partir de los primeros años del siglo XIV el clima de acoso se incrementará notablemente. Con la bula *Pastoralis praeeminentiae*, el papa Clemente V ordena la supresión de la Orden templaria y el arresto de sus hombres. Por su parte, los alquimistas también serán juzgados por la Iglesia, que mantenía una política vacilante al respecto; estas dudas respecto a los alquimistas podría deberse a la gran cantidad de monjes e incluso santos que practicaron el «Arte Real». (San Alberto Magno y su discípulo, Santo Tomás de Aquino, escribieron tratados alquímicos). Un caso clásico de persecución contra alquimistas tuvo lugar en la península Ibérica. A la férrea Inquisición no le gustó que el alquimista Alonso de Medrano comparara los tres principios herméticos de azufre, mercurio y sal con el cuerpo, el alma y el espíritu, e inició un proceso en su contra. Por otra parte, el capítulo general de los dominicos de la ciudad de Barcelona excomulgó a los alquimistas en el siglo XIV. No obstante lo anterior, probablemente no se trató de una lucha contra los verdaderos alquimistas, sino contra los «sopladores» (es decir, contra aquellos que, desconociendo los principios y la búsqueda de la alquimia, se afanaban en la obtención de la transmutación metálica, en perjuicio de la del propio «artista»).

Así las cosas, las relaciones entre templarios y alquimistas, por una parte, y entre alquimistas e Iglesia, por otra, no fueron uniformes. Es más, sólo desde principios del siglo XIV —en los años de la persecución de los templarios— pareció surgir una crítica severa de parte de la Iglesia a los alquimistas. Un caso que ejemplifica esta actitud contradictoria es la postura sostenida por el papa Juan XXII (pontífice desde 1316 a 1334; fue sucesor de Clemente V, el célebre enemigo de los templarios y sobre quien recayó la maldición de Jacques de Molay). Este papa, Juan XXII, era un avezado alquimista. Sus tratados *L'elixir des Philosophes* (*El elixir de los filósofos*) y *L'art transmutatoire* (*El arte transmutatoria*) así lo revelan. De él se dice que su

impresionante tesoro habría sido producto de su trabajo en la crisopeya (arte de la transmutación). No obstante, es cierto que en 1317 ordenó la promulgación de una bula contra los alquimistas, llamada *Spondent quas non exhibent (Prometen lo que no exhiben)*.

Un alquimista inglés llamado John Dastin —uno de los más misteriosos buscadores de la piedra filosofal, que mantuvo relación con altos dignatarios eclesiásticos, aunque vivía en una ermita, en soledad y humildad— comenzará una relación epistolar con el papa, a fin de que éste rectificara su visión y cesara la persecución contra los seguidores del «Arte Real». Se ignora si fueron efectivas las palabras de Dastin para persuadir al papa; en todo caso, Roger Caro expresa en *Legenda* que veintiocho templarios que huyeron a Inglaterra, después de la muerte de Jacques de Molay, retornaron a Francia a finales de 1316 para entrevistarse con el papa Juan XXII y solicitar su auxilio para crear los FARC, una hermandad templaria y alquímica. Meses después, en 1317, con autorización del prelado, se dictará la regla de la nueva institución hermética. Pero aquí surge el problema: dicho año es el mismo en que Juan XXII publica la bula contra los alquimistas. Este hecho siembra las dudas sobre la teoría de Caro.

En fin, ¿hay datos objetivos que demuestren una relación entre los alquimistas y los templarios? De ser verídicos los *Estatutos secretos* de Roncelin du Fos, también conocidos como *Regla secreta del Temple* o *Libro del Bautismo de Fuego*, serían una prueba contundente de los conocimientos alquímicos de los templarios. Roncelin du Fos, al parecer, fue un caballero de la Orden templaria que habría modificado la Regla primitiva hacia el siglo XIII. El *Libro del Bautismo de Fuego* hace referencias al «gran arte» (artículo VIII), nombre que también se aplicaba a la alquimia; y en el mismo texto, Du Fos prohíbe a ciertos hermanos trabajar la «ciencia filosófica» (otro nombre del «Arte Real»), y por tanto, transmutar los metales viles en oro o plata. Esta prescripción se halla frecuentemente en los textos alquímicos, toda vez que sólo el adepto o «hijo de Hermes» (es decir, el hombre cualificado) puede efectuar válidamente la Gran Obra.

El caso del beato franciscano Raimundo Lulio, o Ramón Llull (1235-1315), nacido en Mallorca, donde la influencia de los templarios se manifestaba de forma directa, ofrece algunos detalles reveladores. Su padre había participado en batallas junto al rey Jaime I, llamado *el Conquistador* y *el Rey Templario*. Este último nombre se debía a dos razones: en primer lugar, porque gran parte de sus conquistas en la antigua Corona de Aragón se las debía a los templarios, que combatieron a su lado; y en segundo término, porque fue educado bajo la tutela del maestre templario de Aragón, Guillem de Montrodón. Raimundo Lulio siempre mantuvo muy buenas relaciones con la Orden del Temple; el mallorquín veía en los caballeros monjes una posibilidad real de derrotar a las huestes musulmanas. Ello se atestigua, por ejemplo, en su *Libro del*

Orden de Caballería. Uno de los mayores deseos de Lulio fue la unión de las órdenes del Temple y del Hospital. Creía que ésta era la única manera de recuperar Tierra Santa y, para tratar de verificar la fusión, llegó a entrevistarse con Jacques de Molay, el maestre del Temple, en la isla de Chipre en 1301. La mayoría de los investigadores modernos niegan que el monje franciscano practicara la alquimia, entre otras razones porque todos los tratados alquímicos que se le atribuyen son posteriores a su muerte. De todos modos, es innegable que existe en la doctrina luliana, al menos, un fuerte sustrato de hermetismo. (Cfr. Frances A. Yates: *Ensayos reunidos, I. Lulio y Bruno*. FCE, México, 1990; pág. 54 y ss.). Su visión sobre los cuatro elementos, las influencias celestiales en éstos y en los signos zodiacales, así como los cuadros representativos de sus ideas, dan pie a interpretaciones de carácter alquímico. Por otra parte, su obra más reconocida, *Ars Magna* (1305-1308), tiene en su título reminiscencias alquímicas. No se olvide que *Ars Magna* o *Ars Magnum* es otra forma de nombrar la ciencia de los procesos transmutatorios. En dicho tratado, Lulio utiliza un sistema claramente cabalístico e intenta compendiar el conocimiento universal a través de letras representativas de dominios cognitivos. La combinación de tales letras puede ofrecer claves hermenéuticas esenciales, tanto para aspectos teológicos como astrológicos y medicinales. De ahí que excluir la alquimia de las posibles aplicaciones del *Ars Magna* luliano sea inadecuado e inconveniente, dada la empatía que ésta tiene con las tres ciencias (teología, astrología y medicina). Además, el sistema luliano de correspondencias de letras recuerda la imaginería alquímica y la cábala hermética.

Se cree que Raimundo Lulio conoció a Arnau de Vilanova en Montpellier y que éste lo habría iniciado en el «arte real». Suele decirse que Lulio acabó convirtiéndose en un experto alquimista y que incluso llegó a transmutar un metal vil en oro frente al rey Eduardo II, en Londres. Se atribuyen al monje franciscano muchas obras alquímicas; baste recordar aquí *La Clavícula* y *Testamento de Raimundo Lulio*. Los seguidores de Hermes admiran y reivindican a Raimundo Lulio como uno de los mayores hijos de esta ciencia ancestral.

Arnau de Vilanova (c.1235-1311) habría nacido en un pueblo cercano a Valencia y estudió en un monasterio dominico. Vilanova es célebre por haber ejercido como consejero de los reyes Pedro III y Jaime II de Aragón, además de ser amigo del papa Bonifacio VIII; en vida se le consideró un buen diplomático y docente. Durante su estancia en Francia, Arnau habría conocido a ciertos alquimistas (entre ellos, a Roger Bacon), de quienes habría aprendido los principios del hermetismo. Se le atribuyen, entre otras obras, el *Rosario de los filósofos* (uno de los documentos indispensables de la alquimia medieval), el *Camino de los caminos* y el *Libro Fénix*. Como Lulio, Arnau de Vilanova tuvo, en algunos momentos, serios problemas con la jerarquía de la Iglesia, por estimar que las declaraciones papales eran falibles; ésta fue una de sus muchas opiniones radicales que le obligaron a huir de Francia. El exilio le llevó por

distintos países de Europa, desarrollando, con buenos resultados, su trabajo en el campo de la medicina. Fue requerido por príncipes y nobles, e incluso el mismo papa Clemente V levantó los cargos contra Vilanova para que se convirtiera en su médico particular y lo curase de su ataque nefrítico. Pero el destino frustró tan importante trabajo: el alquimista pereció en un naufragio en aguas italianas. Se cree que había mantenido algunos contactos con los templarios, pero, de ello, la historia poco consigna, dado el misterio que rodeó la vida de Vilanova. Por otro lado, es posible que la visión hermética de éste, como la de Lulio, fuese bien recibida por la Orden del Temple.

Los dibujos que adornan las mazmorras de Chinon, en Francia, son una prueba de la vinculación alquímica del Temple. Se sabe que altos dignatarios del Temple, entre ellos el maestre Jacques de Molay, fueron apresados y conducidos a dicho lugar. En esa cárcel, los templarios cincelaron unos bajorrelieves de clara simbología hermetista. Un poco más adelante se estudiará esta interesante iconología y su relación con el «arte sacerdotal».

El arte gótico es también, en conjunto, un estilo artístico relacionado con la alquimia y el Temple. San Bernardo de Claraval y los templarios fueron sus principales difusores. Los alquimistas eran, muchas veces, los arquitectos y artesanos de los edificios sacros. En las catedrales e iglesias grabaron los símbolos de una ciencia oculta: imágenes de *bafomet*, cruces patadas, crisoles, rosetones, gárgolas. En ellas encontramos las vidrieras o vitrales (palabra que nos recuerda a *vitriol* o vitriolo, una de las materias de la Gran Obra), confeccionados por sabios alquimistas que guardaban celosamente los secretos de su compleja fabricación.

Finalmente, algunas declaraciones efectuadas durante el proceso contra la Orden también sugieren firmes anclajes en el mundo alquímico. Por ejemplo, los caballeros templarios Stephen of Stapplebrugge, William of Poklington y John Stoke, en Inglaterra, declararon que había dos grados iniciáticos en el Temple. El primero, que se otorgaba al ingresar al Temple, era una especie de enseñanza de los «misterios menores»; el segundo, equivalente a los «misterios mayores», se confería muchos años después y se reservaba «a unos pocos, siendo muy secreto». Es factible que en esta última etapa se diera al iniciado la enseñanza de la gnosis alquímica operativa. Tal uso no tendría nada de extraño y se considera usual entre los rosacruces, como en la orden de los FARC. A los neófitos se les enseñaba la teoría del magisterio —para lo cual se les recomendaba la lectura de manuscritos alquímicos, a fin de que pudieran descifrar los arcanos menores y mayores de la ciencia hermética—; a quienes estaban en vías de ser «adeptos» se les facultaba la entrada al laboratorio, verdadero templo del alquimista, para desarrollar la *praxis* hermética, mediante el recogimiento, la oración y el uso de las herramientas idóneas para lograr la piedra filosofal.

Todos los datos aportados en este epígrafe permiten sostener que la hipótesis de

Roger Caro, en esencia, no es inverosímil, más allá de los argumentos probatorios que presenta su expositor, los cuales son a veces contradictorios y acomodaticios.

ANÁLISIS ALQUÍMICO DE SIMBOLOGÍA TEMPLARIA

Los símbolos templarios no se conocen en su totalidad, como tampoco sus ritos. Lo que ha llegado hasta nuestros días es lo que sobrevivió a la tempestad que implicó el proceso que se abrió contra la Orden y al transcurso de los siglos. La investigación histórica consigna que las declaraciones de los templarios fueron arrancadas a la fuerza y mediante torturas, de modo que es imposible saber hasta qué punto las confesiones tienen algo de verdad. Por tanto, el análisis alquímico de la simbología templaria ha de ceñirse a un número muy limitado de signos; aquí se han seleccionado cinco elementos especialmente importantes para la Orden del Temple: la cruz paté, el *bafomet*, el *beaucéant* o *baussant*, el cuadro mágico y el sello templario.

La cruz paté. La vestimenta de los templarios, como sus banderas y estandartes, llevaba el dibujo de una cruz de anchos brazos de color rojo.

¿Qué significado tiene la cruz en el contexto restringido de los templarios? Este símbolo, desde luego, se encuentra en gran parte de los grabados herméticos. Representa los cuatro elementos (los brazos) y la «quintaesencia» (el centro). Según Fulcanelli, la cruz «es el jeroglífico alquímico del crisol (*creuset*), al que se llamaba antiguamente, en francés, *cruzol*, *crucible* y *croiset*; según Ducange, en el latín de la decadencia se empleaba la voz *crucibulum*, ‘crisol’, cuya raíz era *crux*, *crucis*, ‘cruz’). Efectivamente, en el crisol, la materia prima —como el propio Cristo— sufre su pasión; la cruz es el crisol donde la materia muere para resucitar después, «purificada, espiritualizada, transformada».

La cruz paté o patada es, además, manifestación del espíritu universal —el famoso *Spiritus Mundi* o Espíritu del Mundo, del cual se escribe en los viejos tratados alquímicos—, que desde el centro primordial irradia su potencia para transformarla en acto, un símbolo que se puede apreciar en los anchos brazos de la citada imagen.

Siendo roja, la cruz representa la «rubedo» o etapa final de los trabajos alquímicos.

La cruz patada, con la cual se identificaban los templarios, era así un reconocimiento de su búsqueda hermética, la cual, obviamente, no sólo circunscribían al laboratorio, sino a toda su vida, incluido el campo de batalla, donde se enfrentaban con los aspectos débiles del ser, a fin de espiritualizarlos o, como dirían los filósofos herméticos, «volatilizarlos».

El bafomet. El *Museum Hermeticum* (*Museo Hermético*) es una de las mejores compilaciones alquímicas que han sobrevivido en el tiempo. La edición alemana (Leipzig, 1749) no sólo incluye los clásicos tratados de «Arte Real», sino, además, las

muy instructivas imágenes alquímicas, cuyo valor de soporte espiritual suele ignorarse. Una de ellas representaría al *bafomet*. Se trata de aquella figura que tiene el lema del elemento alquímico llamado VITRIOL, y que se descompone en la siguiente frase latina: «*Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*» («Visita el interior de la Tierra, rectificando hallarás la piedra oculta»). Tal divisa suele atribuirse a Basilio Valentín, un monje benedictino que se dedicó a la Gran Obra y en cuyo tratado *Las doce claves de la Filosofía* ya puede encontrarse semejante definición. La imagen alegórica del *bafomet* a la que se alude (fig. 96) se incluye frecuentemente en libros de alquimia, como por ejemplo en Atoréne: *El laboratorio alquímico (Museum Hermeticum, Leipzig, 1749)*.

Según algunos autores, el enigmático *vitriol* es una alusión a una determinada sal, que se obtendría de los arduos trabajos herméticos. Eugène Canseliet, en su interesante artículo «La búsqueda alquímica del Graal», se refiere al *vitriol* como la *esmeralda filosófica*. El Graal sería, además, un libro. La célebre *Tabla Esmeraldina* de Hermes Trismegisto, donde se encuentran resumidos los principios de la alquimia, habría sido tallada, como su nombre indica, en una piedra verde.

Vale la pena detenerse, siquiera brevemente, en el análisis de estos aspectos. Las narraciones que tratan la búsqueda del Graal o Grial, y que aparecen en el tiempo de la fundación de los templarios, informan que éste es un vaso o recipiente —con forma semejante a un corazón, y que serviría de receptáculo de la sangre de Cristo—; pero también se habla de un libro. Una leyenda señala que dicha copa habría sido tallada por los ángeles en la esmeralda que a Lucifer se le desprendiera de su frente en la Gran Caída. Los alquimistas hacen alusión al *vitriol* como una sustancia vegetal —no tanto por derivar de dicho reino, sino más bien por su cualidad vegetativa, es decir, pasiva — y de color verde; y así es la esmeralda que, al parecer, sirvió de materia para la manufactura del Graal. Es el «león verde» del sabio George Ripley; el «fuego secreto», la «sal alquímica», el espíritu ya vivificado; en otras palabras, una materia que esconde en su interior una potencia ígnea muy difícil de dirigir, a menos que se recurra a la ayuda divina, pues de lo alto precisamente viene su cualidad inflamable. Fuego secreto que sólo podrá ser utilizado por quien ore y labore en verdad.

En el más hermético de los textos del ciclo griálico, el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, se menciona al Graal como objeto —no necesariamente físico— custodiado por los templarios.

Pero, ¿qué es el Grial desde el punto de vista alquímico? Es el recipiente del «oro astral» u «oro de los sabios».

René Guénon indica en su escrito «El sagrado corazón y la leyenda del Santo Graal» que un símbolo relacionado con dicho vaso es el triángulo con el vértice hacia abajo. Tal figura geométrica, en dicha disposición, representa en hermética iconológica el elemento agua (es decir, la manifestación de la influencia divina que cae a la Tierra, a

través del rocío). Dentro de ese triángulo invertido se encuentra el misterioso *bafomet*, que recuerda a Lucifer, poseedor de la piedra esmeralda con la que se construyera el Graal. Así, *vitriol* y Santo Graal se complementan.

En el centro de la imagen incluida en el *Museo Hermético*, encontramos un rostro varonil y barbudo, en el cual convergen ciertas figuras geométricas, formando desde la frente a la barbilla un triángulo que apunta hacia abajo. Tal es el símbolo del *bafomet*, que encontramos en representaciones pétreas y en otras imágenes características. Desde luego, este *bafomet* no era, como decían los acusadores del Temple, un objeto adorado en los ritos secretos de los monjes-guerreros. Además, la semejanza entre las palabras *Mahomet* y *baphomet* no es, como algunos pretenden, una alusión a Mahoma, al cual jamás podrían haber adorado los templarios, dada su observancia de la Regla latina o primitiva, que formalizaría la Orden del Temple como caballería espiritual adherida a la tradición cristiana. El *bafomet* tampoco es una especie de demonio primordial que representaría los aspectos sexuales del hombre, tal y como han insinuado algunos ocultistas.

La punta de la flecha que se observa en el grabado del *Museum Hermeticum* señala hacia abajo y allí se encuentra un símbolo fundamental: la piedra cúbica, sustancia primera que debe ser tallada por el artista, a fin de obtener el mercurio vulgar y, luego, «el mercurio de los sabios».

El enigmático Fulcanelli, uno de los alquimistas más elocuentes, ofrece algunas pistas interesantes a propósito del *bafomet*:

«Esta imagen, sobre la cual no se poseen más que vagas indicaciones o simples hipótesis, jamás fue un ídolo, como algunos lo han creído, sino tan sólo un emblema completo de las tradiciones secretas de la Orden, empleado, sobre todo exteriormente, como paradigma esotérico, sello de caballería y signo de reconocimiento [...]. Y luego: se componía de un triángulo isósceles con el vértice dirigido hacia abajo, jeroglífico del agua, primer elemento creado [...]. Un segundo triángulo semejante, invertido con relación al primero, pero más pequeño, se inscribía en el centro y parecía ocupar el espacio reservado a la nariz en el rostro humano. Simboliza el fuego y, más concretamente, el fuego contenido en el agua o la chispa divina, el alma encarnada, la vida infusa en la materia. En la base invertida del gran triángulo de agua se apoya un signo gráfico semejante a la letra H de los latinos o a la hta [eta] de los griegos, pero más ancha y cuyo vástago central cortaba un círculo en la mitad. En estenografía hermética, este signo indica el Espíritu Universal, el espíritu creador, Dios. En el interior del gran triángulo de fuego, se veía, a la izquierda, el círculo lunar con el creciente inscrito y, a la derecha, el círculo solar de centro aparente [...]. Finalmente, soldada a la base del triangulito interno, la cruz rematando el globo completaba así el doble jeroglífico del azufre,

principio activo, asociado al mercurio, principio pasivo y disolvente de todos los metales». (Fulcanelli: *Las moradas filosóficas*. Plaza & Janés, Barcelona, 1977, pp. 175-176).

En la parte inferior, comenta Fulcanelli, habría una especie de barbilla, expresión de la radiación que viene de lo alto.

En su sentido cabalístico (más adelante se hablará de esta cábala, que no es la *kabbalah* hebrea), *bafomet* o *baphomet* tendrá relación con dos palabras latinas: *bapheus* (tintorero) y el verbo *meto* (cosechar). Así, *bafomet* es la «cosecha del tintorero»; lo que en alquimia podemos relacionar con el mercurio filosófico (o luna de los sabios) y con el mismo artista u operador (el «tintorero de la luna»), el cual extrae, debido a su carácter lunar, la tintura que emana del astro solar.

El grabado al que se ha hecho referencia permite mostrar la verdadera significación del *bafomet*, al tiempo que permite establecer una vinculación factible entre la alquimia y el Temple.

El beaucéant o baussant. Era el estandarte templario. A veces se trataba de una especie de pendón o enseña dividida en dos campos, blanco y negro, y, en otras ocasiones, formaba un ajedrezado. En muchos casos, una cruz patada roja se hallaba en el centro. Los templarios solían usar el besante en sus batallas; era un signo que los identificaba frente al enemigo y que defendían hasta el extremo, dando sus propias vidas con tal de mantenerlo en el campo cristiano. El caballero portaestandarte ostentaba el grado de mariscal y era el encargado militar de la disciplina de la *Militia Dei* (Milicia de Dios, nombre que San Bernardo de Claraval utilizaba para designar a los caballeros templarios).

En principio, conviene observar los colores usados: negro, blanco y rojo. Tal elección no es casual y, en la rica simbología hermética, representan las tres etapas de la Gran Obra: la *nigredo* (imperio del negro; el cuervo), la *albedo* (imperio del blanco) y la *rubedo* (imperio del rojo).

La *nigredo* es la época de los trabajos iniciales. Allí «nuestro caos», como lo llaman los alquimistas, reina de manera absoluta. En un sentido espiritual es el período de las sombras de la ignorancia, de la sujeción de la voluntad dormida al devenir. El animal representativo es el cuervo.

La *albedo* es una purificación. La etapa de los lavados herméticos, o bautizos. La materia prima, a través del proceso de *solvo et coagula* («disuelve y coagula»), pierde su terrosidad, para liberar su espíritu. El animal que la representa es el unicornio, o *licornio*; en cábala fonética —también llamada cábala hermética, gaya ciencia, «lengua de los pájaros», etcétera—, la luz saliendo del mercurio.

La *rubedo* es la consolidación de las virtudes espirituales del mercurio filosófico, que lo hacen devenir en el compuesto llamado Piedra Filosófica. Se representa por el

manto púrpura de Cristo, signo solar por antonomasia.

El encontrarse la cruz roja en medio del cuadro implica que es la unión de los cuatro elementos, que se plasman en la Piedra Filosofal, el objetivo del templario.

Además, el uso del blanco y el negro quiere significar las polaridades (día-noche; verano-invierno; luz-sombra) propias del mundo manifestado, al cual, todos los seres sublunares estamos sometidos, y que sólo pueden trascenderse a través de la ardua labor que implica la *rubedo* o consolidación del magisterio hermético. Estas dualidades son frecuentes en la Orden del Temple. Así, por ejemplo, la Orden es, a la vez, milicia y orden monástica; tiene por finalidad orar y combatir; asume los misterios gnósticos de Occidente y de Oriente; se encuentra constituida tanto en un hemisferio como en otro; mantiene relaciones diplomáticas y se enfrenta militarmente con los musulmanes; asume labores espirituales y mundanas (por ejemplo, ser los banqueros de Europa), etcétera.

El cuadro mágico. No se trata de un símbolo específicamente templario, por cuanto se ha rastreado en las ruinas de Pompeya o en algunas biblias del siglo VIII, pero también suele hallarse en algunos edificios construidos por los caballeros templarios.

Muchos han intentado descifrarlo, pero sin lograr siquiera alguna clave útil. Ello se debe a que no han recurrido al hermetismo alquímico, el cual puede ser muy ilustrativo.

El cuadro mágico es el siguiente:

S A T O R
A R E P O
T E N E T
O P E R A
R O T A S

Lo interesante de dicho cuadro es que la lectura de una línea, se repite en otra, pero al revés. Así, la primera línea es SATOR, y la última (ROTAS), es SATOR al revés. Y, como en un juego de espejos, ocurre lo mismo de derecha a izquierda y de arriba abajo.

La palabra TENET, como puede observarse, forma una cruz central.

La letra T, que se encuentra en los cuatro extremos de la cruz, es la *tau* griega (T), cuyo significado era muy relevante para los templarios. Desde los primeros tiempos del cristianismo, en el bautismo se hacía el signo de la cruz en la frente, como forma de exorcizar al iniciado de las posibles influencias demoníacas. Según Jean Daniélou, la comunidad de los esenios prescribía que sus miembros llevaran en la frente el signo de la *tau*. Así, no es casual que la encontremos en el cuadro mágico, dado que es un signo revelador del poder espiritual de Dios. Christian Rosenkretz, Fulcanelli y Canseliet llaman la atención sobre la frase que Constantino hizo pintar tras sus sueños premonitores: «*In hoc signo vinces*» («Vencerás por este signo»), en alusión a la cruz

o crisol.

La cuarta línea dice OPERA, es decir, ‘obra’. Se ha indicado que la Gran Obra es el trabajo perseguido por los alquimistas. Se le llama también «magisterio».

La quinta es ROTAS, o sea, ‘ruedas’. La rueda expresa las continuas sublimaciones que deben hacerse para perfeccionar la materia filosofal. Así, las ruedas serían los grados de perfección a los cuales ha sido llevado el mercurio.

La palabra AREPO, que es OPERA invertida, según el estudioso cristiano Jean Daniélou, estaría relacionada con el celta *arepenis*, que en francés significa *arpent*, arado. Ahora, si recordamos que uno de los nombres con que se conoce a la alquimia es «*agricultura celeste*», la incógnita empieza a resolverse. El mismo erudito agrega que el arado se relacionaba, en tiempos de San Ireneo, con la cruz.

Y ¿qué es SATOR? Significa ‘sembrador’, es decir, en la terminología de la «*agricultura celeste*», el alquimista.

El sello templario. El sello más conocido del Temple —el caballo montado por dos caballeros armados— ha dado origen a numerosas interpretaciones y no menos problemas. Sin embargo, parece existir cierta unanimidad a la hora de considerarlo un símbolo de pobreza, entendiendo que los templarios eran esos «pobres de espíritu» de los que habla la Biblia: «Bienaventurados los *pobres* de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt. 5, 3). Jesús dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los *pobres* la Buena Nueva» (Lc. 4, 18). El término *pobre*, en un sentido esotérico, alude a los «indigentes ante Dios» que habrán de recibir la gnosis (conocimiento de Dios).

Es posible extraer de la imagen del sello templario otros sentidos muy valiosos. Por ejemplo, los caballeros templarios representan la doctrina de «las dos espadas» que defiende la Iglesia durante la Edad Media. Dicha enseñanza advertía que los dos poderes (espiritual y temporal) residen en Cristo, el cual se halla representado en la imagen en el caballo, portador del Verbo Divino. Una segunda interpretación, relacionada esta vez con la alquimia, aparece en los textos de algunos autores herméticos, como Grasset d’Orcet, Fulcanelli y Canseliet; para éstos, existe una ciencia del Verbo, que se llama «cábala fonética» o cábala hermética (lengua de los pájaros, lengua de los dioses, gaya ciencia, etcétera). Su búsqueda consiste en devolver a la palabra su sentido espiritual más íntimo. Es, por tanto, una especie de hermenéutica que restituye el lenguaje al tiempo previo a la Torre de Babel, cuando se hablaba un mismo idioma en la Tierra.

Los más grandes escritores, como Dante Alighieri, Cyrano de Bergerac, Rabelais y Miguel de Cervantes, han redactado sus obras de forma que el sentido literal esconda uno más profundo. Los escritos de dichos sabios sólo pueden ser comprendidos, en su plena sustancia, por aquellos que esotéricamente se sumerjan en el entramado textual.

Un ejemplo: la palabra ‘gótico’. Según Fulcanelli, derivaría de *argot* o *arcot*. Para comprender su sentido interno es menester descomponerla; dos palabras se extraerán: *ar* (arte) y *cot* (luz). La interpretación que dará el autor de *El misterio de las catedrales* (1926) será la siguiente: «El arte gótico es, en efecto, el *ar got* o *cot* (co), el arte de la Luz o del Espíritu». (Fulcanelli: *El misterio de las catedrales*. Plaza & Janés, Barcelona, 1998).

Eugène Canseliet, discípulo de Fulcanelli, en el prólogo a la segunda edición de *El misterio de las catedrales*, reitera la diferencia entre *cábala* y *kabbalah*. La primera es la «lengua de los pájaros» o *gaya ciencia*. La segunda, una forma específica de tradición (la hebrea). La primera viene del latín *caballus* (caballo) y es la forma en que se expresa la Tradición, o sea, el Verbo.

Por tanto, el sello templario tiene un significado propio, además del sentido que ordinariamente le dan los estudiosos: remite, desde el punto de vista alquímico, al Verbo solar que transporta a las dos vías alquímicas (la vía seca y la vía húmeda), es decir, dos maneras de lograr la Gran Obra, o Templo de Salomón, el cual deberán reconstruir y proteger los templarios. Debe notarse que los caballeros van bien armados y con escudos; lo que significa que, especialmente, durante «los trabajos de Hércules» (la etapa inicial del vía crucis alquímico), el operador no debe olvidar llevar sus herramientas y los medios de protección necesarios.

Los graffiti de Chinon. Muchos autores —Vasile Lovinescu, Louis Charbonneau-Lassay, Eugène Canseliet, entre otros— han intentado profundizar en los complejos dibujos realizados por los templarios en las paredes de su prisión, en Chinon, y han tratado de desvelar su sentido.

En principio, el curioso observador detectará en el estilo de esos bajorrelieves rasgos espirituales de gran retraimiento. Ello, indudablemente, se debe a los pesares que los caballeros de San Bernardo de Claraval sufrían en dichos momentos; pero, además, posiblemente, deseaban expresar un simbolismo de carácter cíclico que anunciaba la llegada de «malos tiempos». En efecto, como intuye Canseliet, los *graffiti* templarios muestran el paso del tiempo, a través de una simbología alfabética y de un dibujo semejante a un círculo con una incipiente cruz patada que representa las edades cósmicas —tal como lo hace la misteriosa cruz de Hendaya, de la que da cuenta Fulcanelli en *El misterio de las catedrales* y que es un calendario que anticipa los últimos tiempos—.

Cerca de dicha esfera se encuentra el símbolo alquímico del antimonio (o estibina, como era conocido en aquellos años); es decir, un círculo con una cruz que se eleva desde su centro. El antimonio era, además, el signo de la Tierra; por ello, en la iconología medieval, suele representarse a Cristo y a los monarcas con dicho símbolo en su mano. El antimonio será uno de los materiales que ocultan la materia de los sabios, o *materia prima*. Así, el monje Basilio Valentín le dedica una de sus obras: *El*

carro triunfal del antimonio.

No muy lejos del dibujo anterior, puede observarse un extraño símbolo que se conforma de un círculo partido en la mitad, una letra *tau* y una esfera en su inferior. La iconología alquímica ayuda a descifrar este jeroglífico. En efecto, las representaciones de Hermes Trismegisto en la Edad Media y el Renacimiento suelen caracterizar al padre de las ciencias esotéricas con un símbolo casi idéntico al mencionado; el «tres veces grande» (es decir, *trismegisto*) porta en su diestra ese emblema. Tal signo alude al «truco» manual o de fuerza que según Canseliet «es a la vez inicial y decisivo, no puede ser conseguido por el alquimista sin el socorro del Cielo. Esta gigantesca fuerza se libera de las nubes, que son su condensación desfavorable, para que se realice el milagro de una sola cosa». Así, la unión y dependencia entre macrocosmos y microcosmos se hace evidente, toda vez que el alquimista (microcosmos) ha de recurrir a la fuerza emanada del cielo (macrocosmos) para potenciar su obra. La fuerza celestial y el «truco» a los que alude Canseliet tienen relación con la obtención de condiciones ambientales benignas para el trabajo hermético y con el momento preciso en que debe realizarse dicho arte. Los sabios alquimistas señalan que la Gran Obra exige el «robo» de un rayo solar. Con ello advierten de la urgencia de obtener una energía única, fuente de toda fuerza, en los procesos filosóficos; energía que no podrá hallarse jamás en este mundo sublunar, sino en el cosmos superior.

Este «truco» ha sido estudiado por Fulcanelli, para quien no es un tema menor en el arte. Sería, incluso, una de las llaves que, en un momento determinado, debe usarse con el fin de consolidar el Gran Arte y evitar ciertos riesgos inherentes al trabajo con fuego.

Otro símbolo que se encuentra en las viejas paredes de Chinon es la mano diestra. Ya hemos indicado que Hermes mantiene en su derecha el elemento que aludiría al «truco». Para Fulcanelli, el brazo o mano tendrá relación con una técnica breve o *ars brevis*, de la cual nadie, ni siquiera el mismo Fulcanelli, da mayores pistas. Pues, como hemos visto, alude a la utilización de un poder o fuego del todo peligroso. La palabra «mano» en hebreo, *id*, alude precisamente a «fuerza» y «potencia». Además, según el autor de *El misterio de las catedrales*, el brazo derecho «se aplica siempre al agente encargado de ejecutar la voluntad de un superior». El agente es el sujeto activo en la Gran Obra, llamado también mercurio vulgar, quien recibe, tras los pasos o rotaciones herméticas, la energía solar que lo vivificará. Un fuego venido de lo alto lo animará.

«Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos [los apóstoles] reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el

Espíritu les concedía expresarse». (Hechos 2, 1-4).

CONCLUSIÓN

Tal vez no sea imperativo recurrir a documentos como los presentados por Roger Caro o a los no menos polémicos *Estatutos secretos* de Roncelin du Fos o *Libro del Bautismo del Fuego* para demostrar la filiación alquímica de los templarios. En verdad, ni siquiera es necesario, ya que una verdadera agrupación iniciática —como fue la Orden del Temple— no deja escritos de importancia. La naturaleza misma del conocimiento templario, su historia, y su simbología son suficientes para afirmar que el Temple, al menos en sus esferas más herméticas, practicaba la alquimia, tanto interna como operativa. Poseedores del fuego secreto y portadores de la cruz, su lucha en Tierra Santa era el crisol donde se libraba la batalla entre los dos principios alquímicos fundamentales: mercurio (aspecto luminoso) y azufre (aspecto tenebroso). A través del *solve et coagula*, quisieron separar la luz de las tinieblas y rescatar esa sal (tercer principio alquímico) de la que se habla en los Evangelios («Yo soy la sal de este mundo»), elemento que une ambos principios, una vez ya destilados, y llevados al más alto grado de su perfección.

A ellos, con todo derecho, pueden dirigirse estas palabras que Fulcanelli consigna en sus *Moradas filosóficas*:

«Quienes reciben así el espíritu celeste del fuego sagrado, que lo llevan en sí y que son marcados por su signo, nada tienen que temer del fuego elemental. Estos elegidos, discípulos de Elías e hijos de Helios, modernos cruzados que tienen por guía el astro de sus antepasados, parten para la misma conquista al mismo grito de “¡Dios lo quiere!”».

Deus le volt!, Dieu le veut! Alusión a la frase alquímica *Dieu le Feu* (Dios el Fuego). No es casual que el grito de guerra templario fuera «*Vive Dieu, Saint Amour!*» («¡Vive Dios, Santo Amor! »), donde Amor es el Fuego.

Sí, el Amor que según el admirador del Temple, el magnífico Dante Alighieri, mueve el sol y las estrellas...

Imágenes

Primer cuadernillo



Fig. 1. Parte central y lateral del retablo de San Bernardo (hacia 1290). Atribuido al «Maestro de la Conquista de Mallorca». Museo de Mallorca.



Fig. 2. *Sigillum Templi* (sello del Temple), denominado *Sigillum Militum Xpisti* (Sello de la Milicia de Cristo).



Fig. 3. Miniatura del manuscrito *Gran Conquista de Ultramar* (s. XIII). Interior del Templo de Jerusalén, tal y como se lo imaginaban en la Edad Media. Biblioteca Nacional, Madrid.



Fig. 4. Miniatura del manuscrito *La muy noble y excelente Historia de las Santas Crónicas de Ultramar* (s. XIII). Toma de Jerusalén por Godofredo de Bouillon. (Manuscritos Franceses).



Fig. 5. Dibujo que representa a un caballero cruzado rindiendo homenaje. British Museum, Londres.



Fig. 6. *Virgen de la leche entre San Benito y San Bernardo* (s. XVI). La Virgen lanza un chorro de leche sagrada (que representa «el mercurio de los filósofos» para los alquimistas) directamente a la boca de San Bernardo. Iglesia de San Félix, Xátiva, Valencia.



Fig. 7. Escena de guerra en una miniatura del manuscrito *Gran Conquista de Ultramar* (s. XIII), relato de las cruzadas con elementos literarios y caballerescos: hazañas de Godofredo de Bouillon en la primera cruzada, leyendas de tradición artúrica y caballerescas como «El caballero del cisne», etc. Biblioteca Nacional, Madrid.

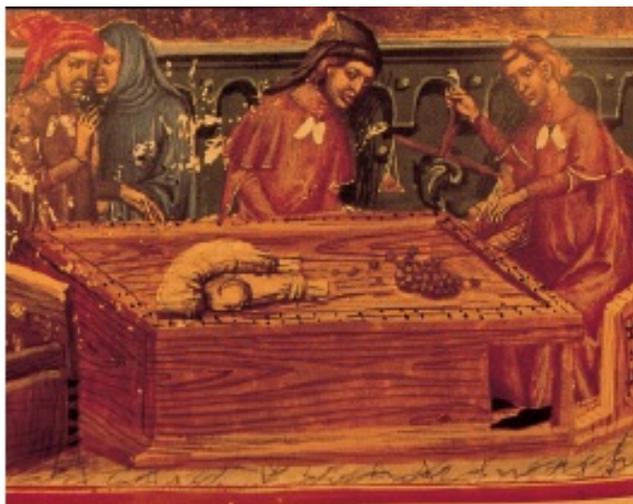


Fig. 8. *Taula de Canvi*, Salterio Latino (s. XIII). Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 9. Cañón del Río Lobos y ermita de San Bartolomé de Utero (Soria).

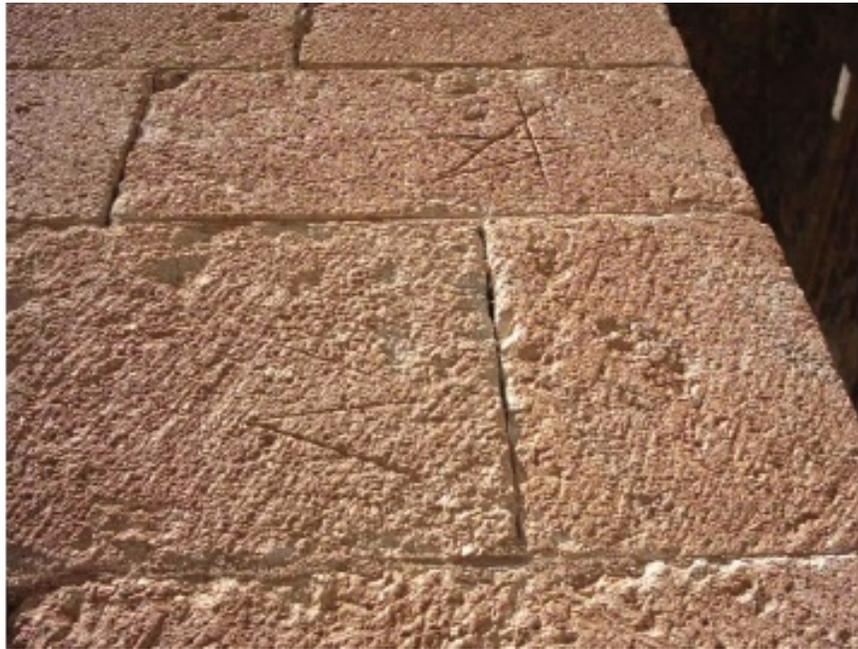


Fig. 10. Marcas de cantería en el castillo de Montalbán (Toledo).



Fig. 11. Ermita de Santa María de Melque (Toledo), de origen incierto, visigodo (s. VII) o mozárabe (s. IX-X). Según la leyenda se comunica mediante un pasadizo secreto subterráneo con el cercano castillo templario de Montalbán.



Fig. 12. Castillo de Ponferrada (León).



Fig. 13. Peñalba de Santiago, arquitectura mozárabe en el Valle del Silencio (León).

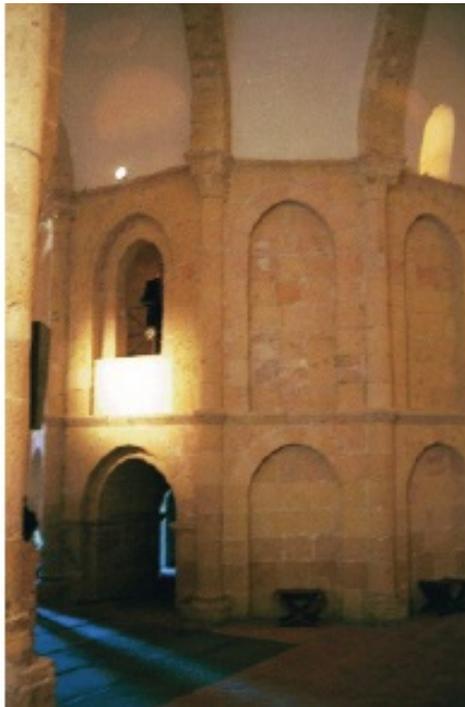


Fig. 14. Edículo central de la iglesia de la Vera Cruz (Segovia), con una cámara de iniciación.



Fig. 15. Iglesia de Santa Coloma de Albendiego (Guadalajara).



Fig. 16. Símbolo solar gliptográfico en el interior de la iglesia de Santa Coloma de Albendiego (Guadalajara).



Fig. 17. El rey Jaime I presidiendo una sesión de las Cortes de Aragón. Portada del libro *Constituciones de Catalunya*, Archivo de la Corona de Aragón. Barcelona.



Fig. 18. Escena de la conquista de Mallorca por Jaime I. Fresco del s. XII Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona.

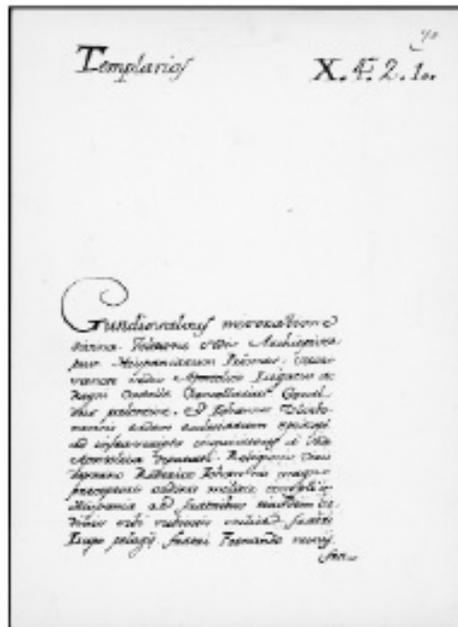


Fig. 19. Imagen de una página de los documentos relativos al proceso a los templarios en España durante el reinado de Jaime II. Biblioteca Nacional, Madrid.

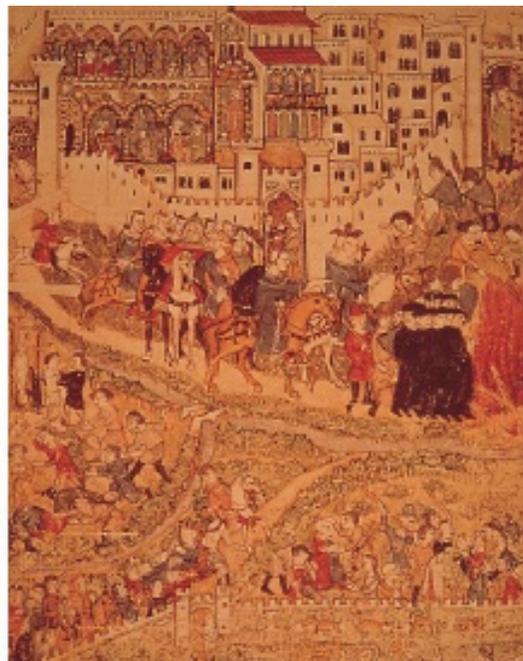


Fig. 20. Miniatura que representa la destrucción de la Orden del Temple por Felipe *El Hermoso*.



Fig. 21. Jacques de Molay quemado en la hoguera por herejía en 1314. Manuscrito del s. XIV. British Library, Londres.



Fig. 22. Abadía de Fontenay (Francia), fundada por San Bernardo en 1119.



Fig. 23. *Cristo abrazando a San Bernardo*, Francisco Ribalta (1565-1628). Museo del Prado, Madrid.



Fig. 24. El Cordero Místico del *Apocalipsis*. Miniatura del *Beato* de Fernando I y Doña Sancha. Manuscrito mozárabe realizado por el copista Facundo (s. XI). Biblioteca Nacional, Madrid.



Fig. 25. Mezquita de Omar o Cúpula de la Roca (s. VII), en Jerusalén (Israel): la iglesia madre de los templarios.



Fig. 26. Caballeros templarios. Grabado de Gustavo Doré (s. XIX).

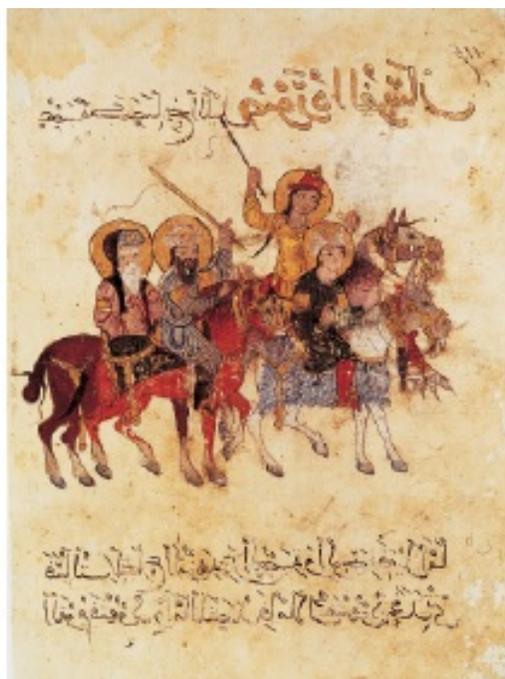


Fig. 27. Caballería islámica. Manuscrito árabe de Maqamat de Al Hariri (s. XIII). Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 28. Roca de la fortaleza de Alamut (Irán), base de operaciones de la secta de los Asesinos.



Fig. 29. Hassan Sabbah, el Viejo de la Montaña, administraba las iniciaciones en Alamut dando droga a sus seguidores en el vino. Vitela del maestro Boucicaut (s. XV). Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 30. Beatriz, como símbolo de la feminidad luminosa, dirige a Dante por un paisaje del Cielo. *L'Estampe Moderne*. Escuela Francesa (s. XIX). The Stapleton Collection.



Fig. 31. Dante y Beatriz contemplando el signo de Géminis, los planetas y la Tierra. Vitela de la *Divina Comedia* de la Escuela Italiana (s. XIII). Biblioteca Marciana, Venecia (Italia).



Fig. 32. Dante y Beatriz con los santos del paraíso. Vitela de la *Divina Comedia* de la Escuela Italiana (s. XIII). Biblioteca Marciana, Venecia (Italia).

Segundo cuadernillo



Fig. 33. El ermitaño. Arcano noveno del tarot.



Fig. 33 bis. Figura de la letra tet del alfabeto hebreo.



Fig. 34. El rey David encantando animales con la lira, miniatura del manuscrito *Miscelánea de Rothschild* (1470). Museo de Israel, Jerusalén (Israel).

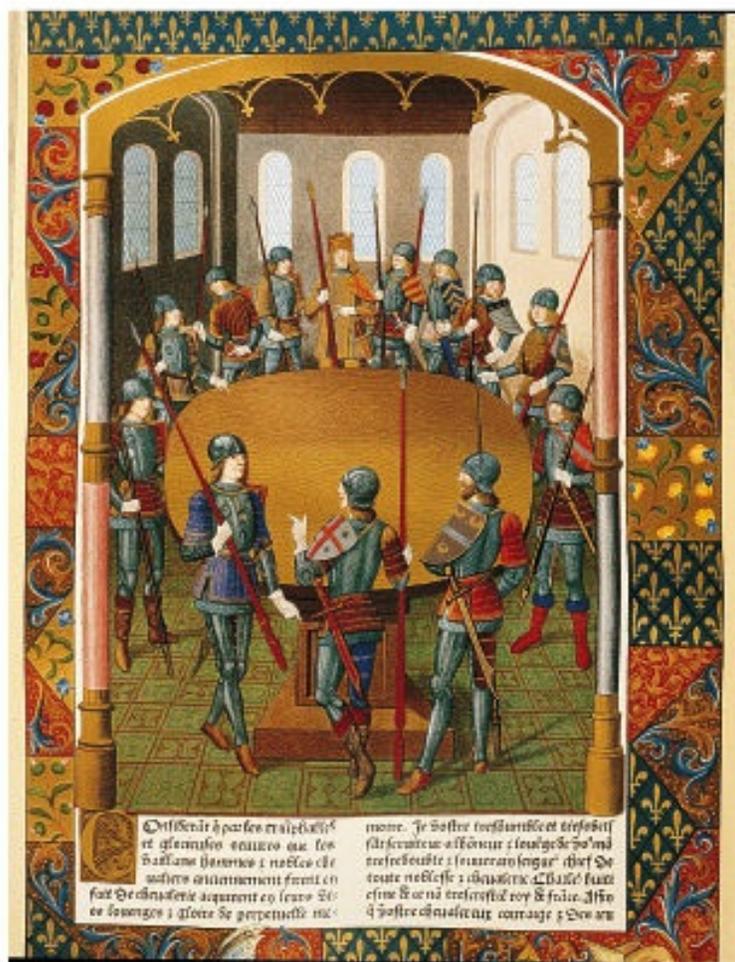


Fig. 35. El rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Miniatura de Lanzarote del Lago, imprenta de Antoine Verard (1494). Biblioteca Nacional de Francia, París.

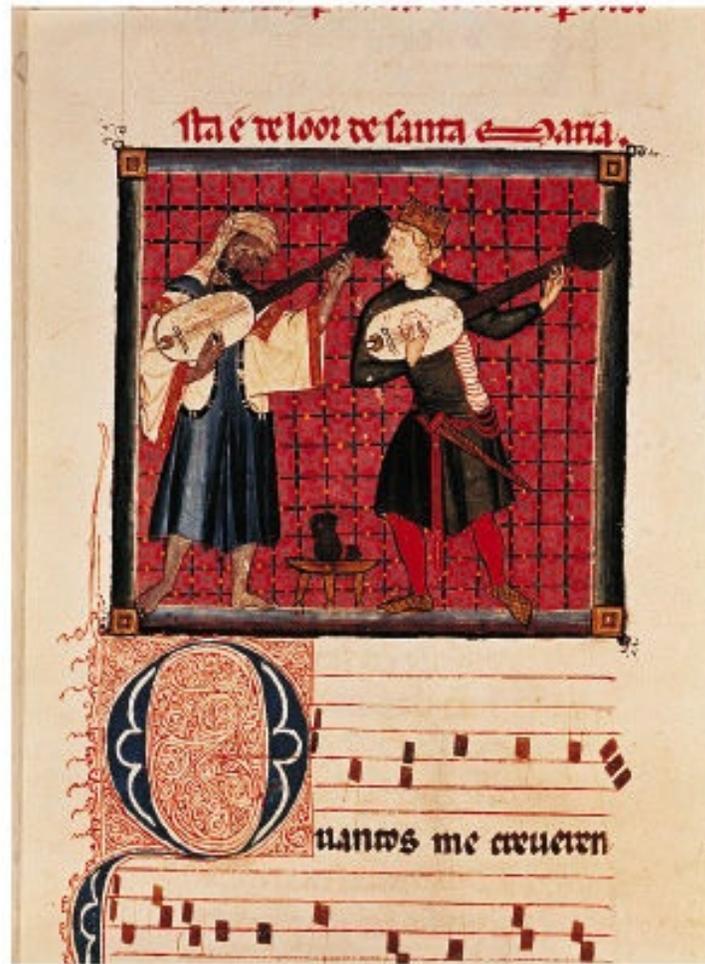


Fig. 36. Moro y cristiano tocando el laúd. Miniatura de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio. Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.



Fig. 37. Trovador de la Biblia de Vic. Miniatura de la Biblia Sacra (s. XIII).



Fig. 38. *La última cena*, de Leonardo Da Vinci, tras su controvertida restauración de 1999. Refectorio de Santa María de las Gracias, Milán (Italia).



Fig. 39. Aparición del Santo Grial a los caballeros de la Tabla Redonda. Miniatura de *Lanzarote del Lago* (s. XV). Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 40. Mahoma expulsando un dragón a los cielos, junto a la Kaaba. Miniatura sobre la vida de Mahoma. Museo Topkapi, Estambul (Turquía).

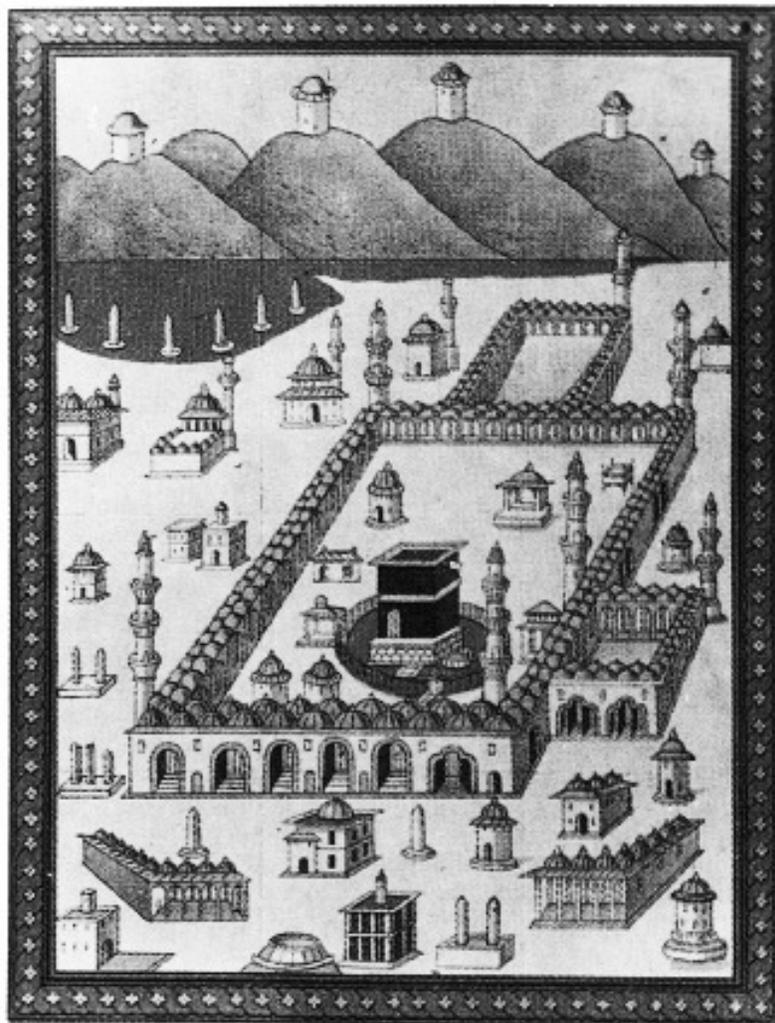


Fig. 41. La Meca, con la Gran Mezquita y en el centro la Kaaba. Plafón de cerámica (s. XVI).

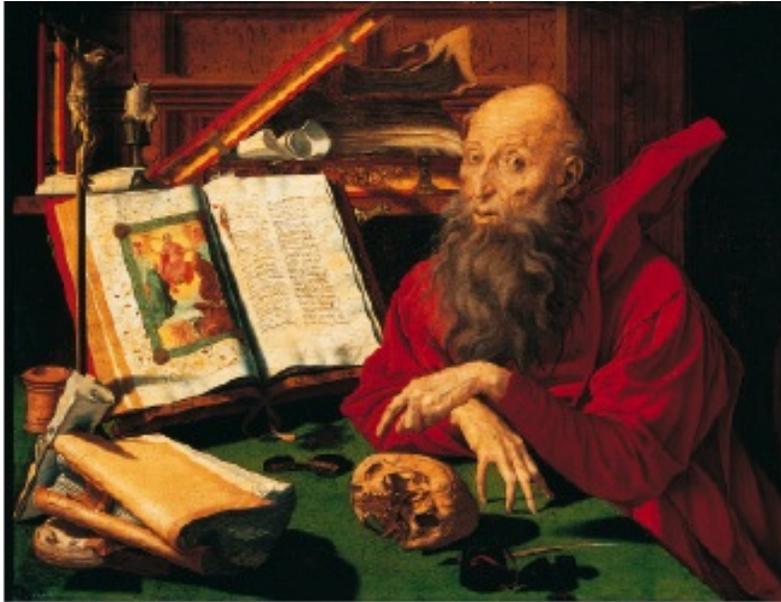


Fig. 42. *San Jerónimo en su celda*, Marinus Claesz Van Reymerswael (s. XVI). Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.



Fig. 43. Bafomet «de bolsa» en forma de calavera. Piedra tallada encontrada en un castillo templario de la Región de Murcia.



Fig. 44. Bafomet. Imagen tratada con infrarrojos.



Fig. 45. Sello de Simón de Montfort (c. 1150-1218), el cruzado anticátaro. Escuela Francesa.

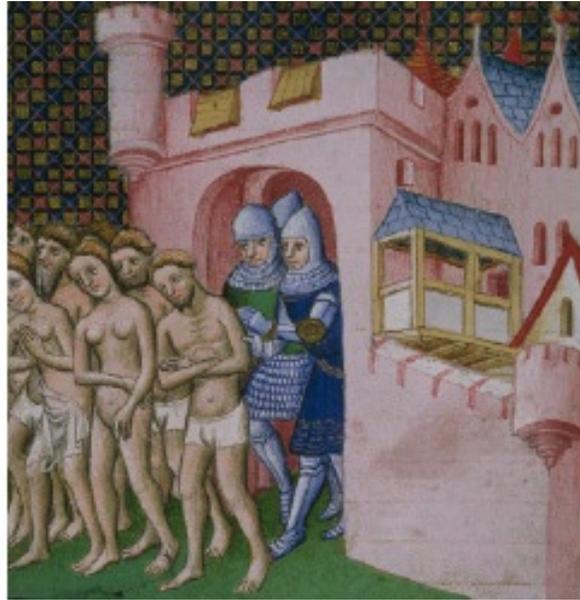


Fig. 46. Expulsión de los herejes cátaros de Carcasona durante la cruzada albigense. Maestro Boucicaut (s. XV). British Library, Londres.



Fig. 47. Fortaleza de Montségur (Francia), último bastión de los cátaros durante la cruzada albigense.



Fig. 48. *Resurrección de Lázaro*, Juan de Flandes. Museo del Prado, Madrid.



Fig. 49. Escena del leproso y transporte del Arca de la Alianza. Miniatura del *Codex Cremifanensis* (s. XIV).

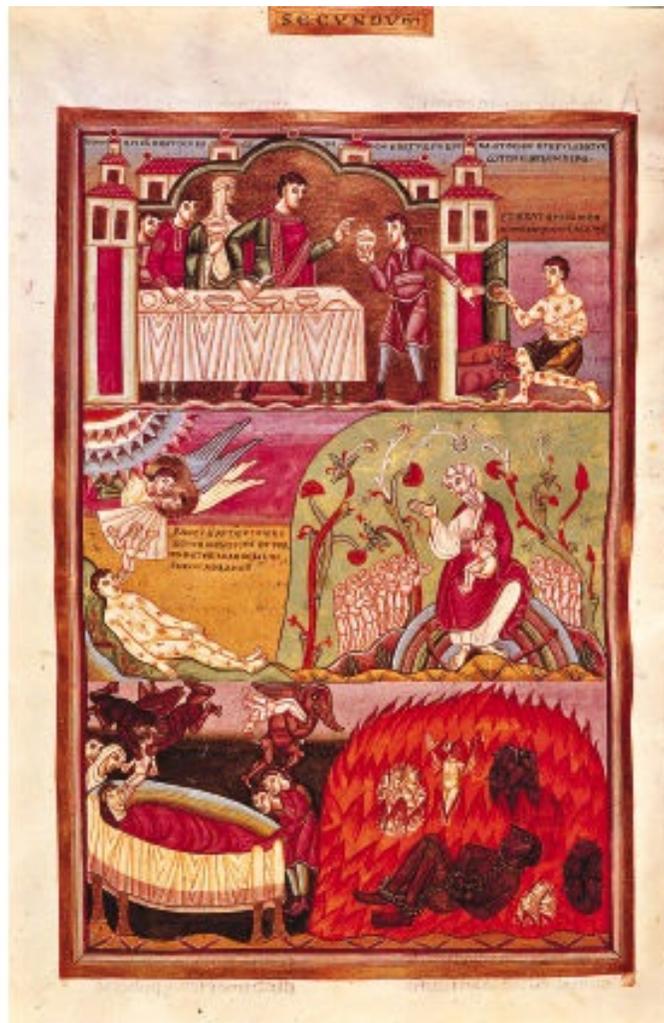


Fig. 50. Miniatura del Codex Aureum (s. XII). Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.



Fig. 51. *Códice Calixtino*. Miniatura del libro I del *Liber Sancti Jacobi* (s. XII), donde se representa con la inicial «I» de «Iacobus» al apóstol Santiago bendiciendo y portando un libro en la mano izquierda. Biblioteca de la Catedral de Santiago de Compostela.



Fig. 52. Castillo de Calatrava La Nueva, Calzada de Calatrava (Ciudad Real).



Fig. 53. Escultura en madera policromada de Santiago el Mayor, apóstol de Cristo, representado como peregrino con la vara y el sombrero adornado con la vieira jacobea. Escuela Alemana (1480). Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

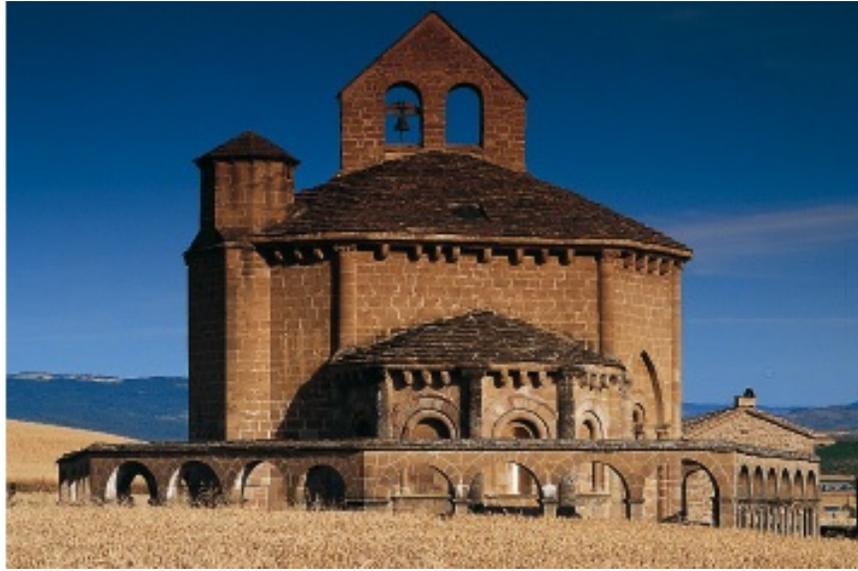


Fig. 54. Ermita de Santa María de Eunate, en la soledad de Valdizarbe (Navarra).



Fig. 55. Puente la Reina (Navarra).



Fig. 56. Pórtico de la Gloria, catedral de Santiago de Compostela, Maestro Mateo (s. XII).



Fig. 57. Detalle de la Carta de Dulcert que muestra las dos islas más occidentales de Canarias. Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 58. Agrupación típica de las llamadas “cazoletas”.

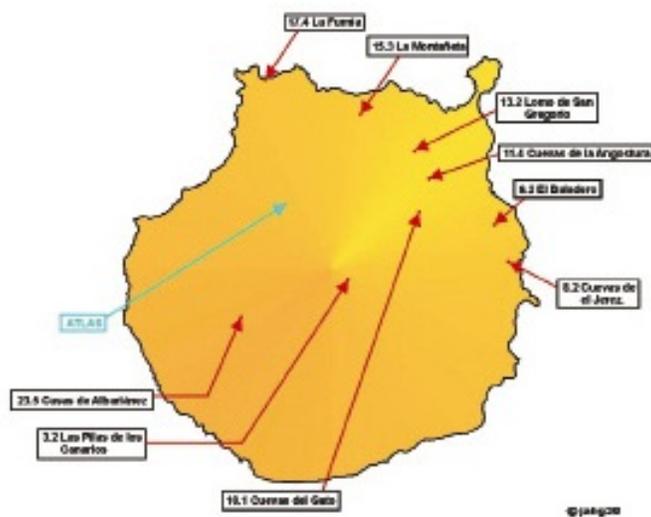


Fig. 59. Distribución de “cazoletas” en un mapa de Gran Canaria.



Fig. 60. Pintura mural en Gran Canaria donde se puede observar en la parte inferior de la «i» una imagen que guarda semejanza con Sudamérica.



Fig. 61. Pintura mural en Gran Canaria donde también se observa un presunto mapa sudamericano al lado de una isla y un árbol.



Fig. 62. Pintura mural en Gran Canaria donde se aprecia una cruz del Temple y una nave de un palo con la vela recogida.



Fig. 63. Parte inferior de la imagen de la Virgen de la Candelaria que se conserva en la ermita de Santa Úrsula en Adeje (Tenerife).

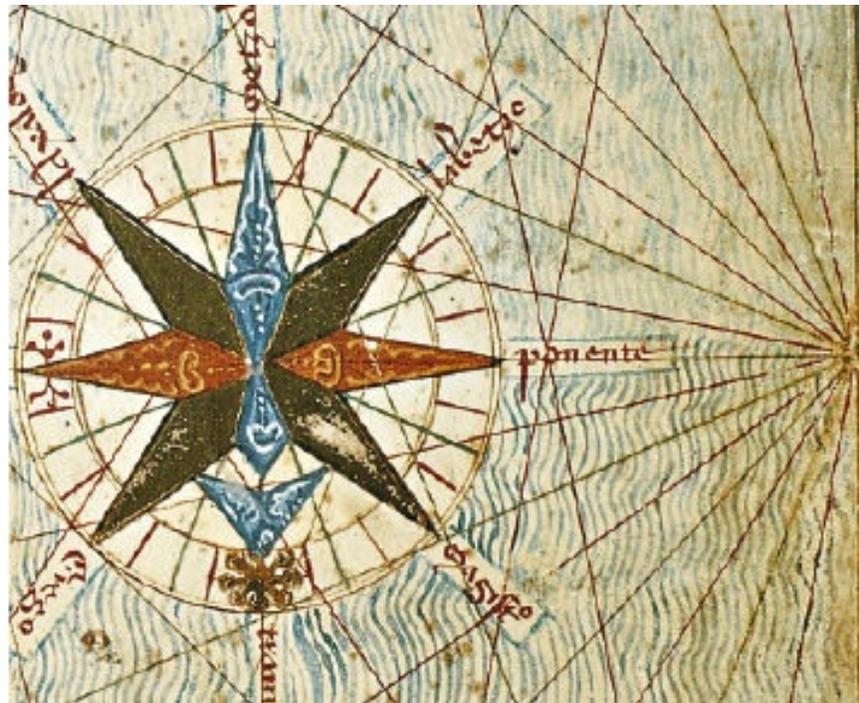


Fig. 64. Imagen de la Rosa de los Vientos del Atlas Catalán de 1375 de Abraham Cresques. Biblioteca Nacional de Francia, París.

Tercer cuadernillo



Fig. 65. Composición con una de las islas que Cresques dibuja en el Atlántico y la misma imagen girada 180°. Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 66. El Rey Colobo, Señor de Columbo, en el desierto de las Indias rodeado de ciudades con banderas con las distintas cruces templarias. Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 67. Isla de *m,m* dibujada en el Atlas de 1375. Biblioteca Nacional de Francia, París.

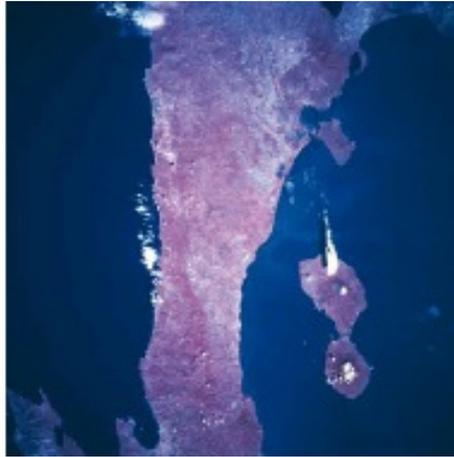


Fig. 68. Vista vía satélite de la isla de Ometepe en el lago Nicaragua.



Fig. 69. Línea Lestegüeste, perpendicular al meridiano de El Hierro.



Fig. 70. La sierra que, en el *Atlas Catalán* (1375), bordea la zona del último destino: L'Aimerich. Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 71. Pinturas murales de la ermita segoviana de la Vera Cruz de Maderuelo (s. XIII), en que se representa al *Agnus Dei*. Museo del Prado, Madrid.



Fig. 72. Fresco con caballero templario, iglesia de la Vera Cruz (Segovia).



Fig. 73. Santuario de la Vera Cruz, castillo de Caravaca (Murcia).



Fig. 74. Fachada del santuario de la Vera Cruz.



Fig. 75. Alfonso X rodeado de escribanos y músicos durante una audiencia pública. Miniatura de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio. Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.



Fig. 76. Virgen de Guadalupe, Real Monasterio de Santa María de Guadalupe, Cáceres.



Fig. 77. Virgen de Montserrat o La Moreneta, basílica del monasterio de Montserrat (s. XII), Barcelona.

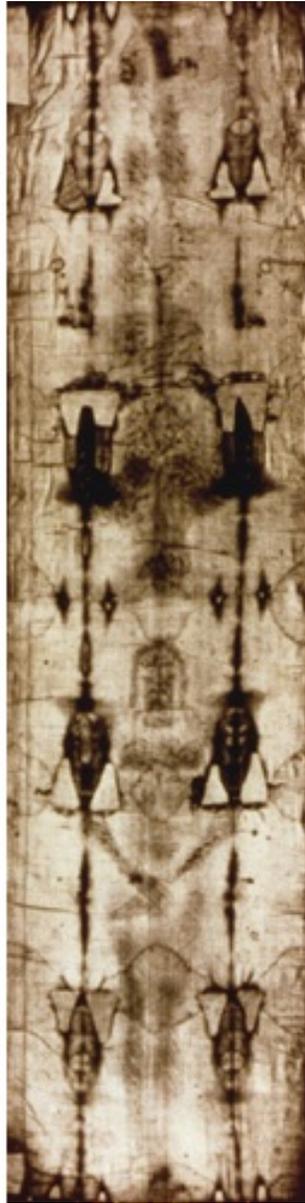


Fig. 78. La Sábana Santa o Síndone de Turín.

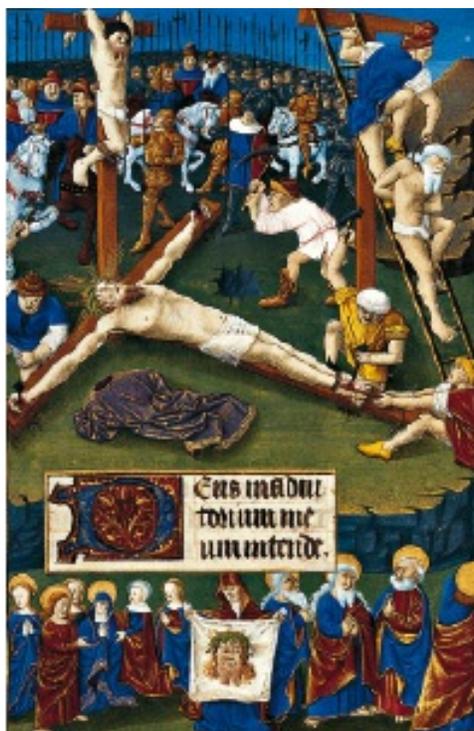


Fig. 79. Cristo es clavado en la Cruz. Libro de Horas de la Escuela de Tours atribuido a Jean Fouquet (1450). Biblioteca Nacional, Madrid.

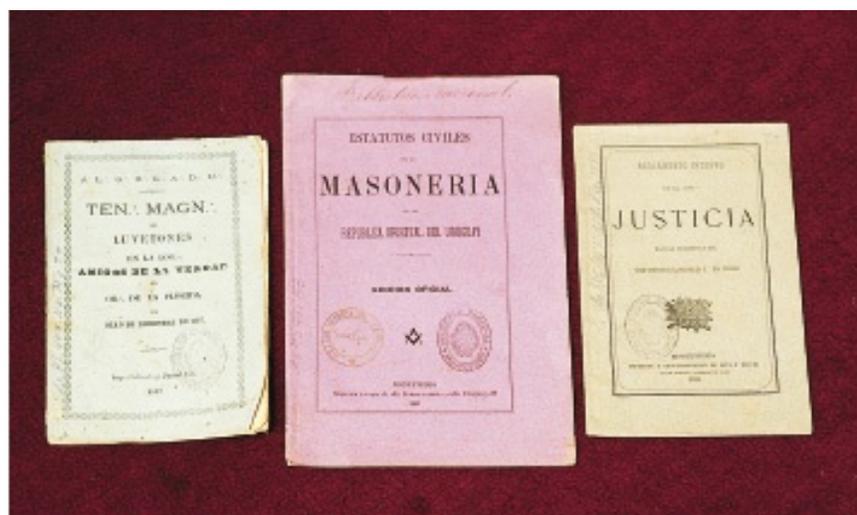


Fig. 80. Reglamentos y estatutos de la masonería, Biblioteca Nacional de Uruguay, Montevideo.



Fig. 81. Juramento en una logia.



Fig. 82. «El sepulcro vacío ante las tres Marías». Libro de Horas Vit, 23-10, F 22. Resurrección del Señor. Biblioteca Nacional, Madrid.



Fig. 83. *La Magdalena penitente* (1654), Juan Carreño de Miranda. María Magdalena en el interior de una cueva con los símbolos del conocimiento divino recibe la iluminación. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.



Fig. 84. «La leyenda de Clovis y el origen de la flor de lis». Un ángel le regaló al rey merovingio de los francos, Clovis, un lirio de oro como símbolo de su purificación por haberse convertido al cristianismo. Miniatura atribuida al maestro de Bedford (s. XV). British Library, Londres.



Fig. 85. Escena de cacería y un rey merovingio en su trono, posiblemente Dagoberto I (32-39). Del manuscrito *Vida y milagros de St. Denis*. Escuela Francesa. Biblioteca Nacional de Francia, París.



Fig. 86. Cripta merovingia (s. VII). Abadía benedictina de Jouarre (Francia).



Fig. 87. Cenáculo de la Última Cena, en el monte Sión de Jerusalén. También es el lugar donde los apóstoles recibieron al Espíritu Santo en forma de «lenguas de fuego» el día de Pentecostés.



Fig. 88. Crac de los Caballeros (Siria). Último bastión de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén, tomado por los musulmanes en 1271.



Fig. 89. Ilustración de *El señor de Bembibre* (1844), de Enrique Gil y Carrasco, novela romántica inspirada en la desaparición de la Orden del Temple. Biblioteca Nacional, Madrid.



Fig. 90. *La Magdalena penitente* (s. XVI), Luis de Carvajal. Figura semidesnuda de María Magdalena meditando ante los símbolos del conocimiento divino: la Cruz (Árbol de la Vida), el libro (Sabiduría) y la calavera (Muerte). Museo de Santa Cruz, Toledo.



Fig. 91. Retablo de San Miguel Arcángel (s. xv), de estilo gótico. Ermita de San Miguel (s. XIII), en Villafranca del Cid (Castellón).

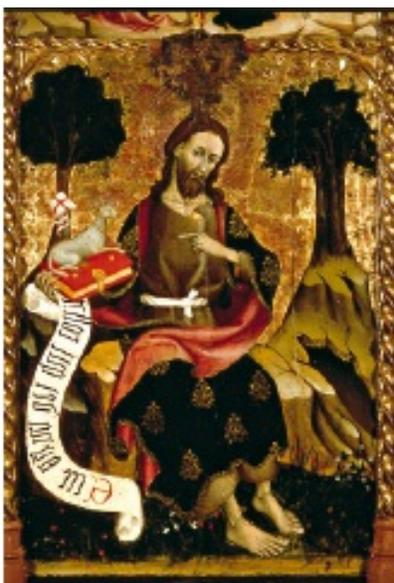


Fig. 92. Detalle del retablo de San Juan Bautista (1420), Bernardo Martorell. Obra en la que aparecen los caracteres más antiguos que actualmente se conocen. Museo Diocesano de Barcelona.



Fig. 93. *San Juan Bautista* (1505), Pietro Perugino. Representación iniciática de Juan el Bautista, encargada para el retablo de la iglesia de la Santissima Annunziata de Florencia. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

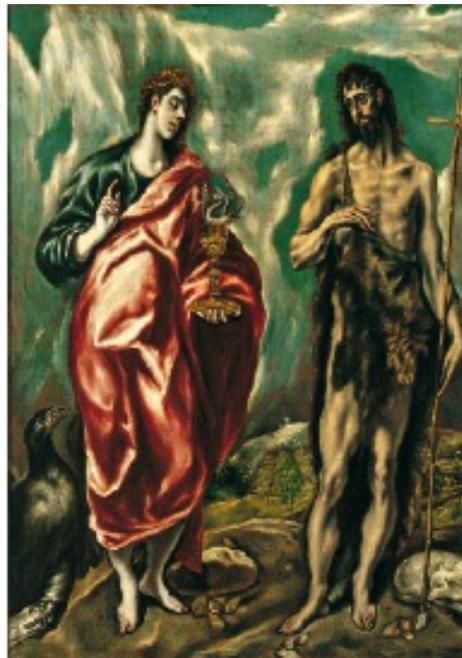


Fig. 94. *Los Santos Juanes* (1610), El Greco. San Juan Bautista y San Juan Evangelista, cada uno con los símbolos con que se identifican: el cordero y el águila. Museo de Santa Cruz, Toledo.



Fig. 95. Cuatro grandes alquimistas realizando la Gran Obra: Geber, Arnau de Vilanova, Rhazés y el mítico padre de la filosofía hermética Hermes Trismegisto. Alegoría del s. XV. British Museum, Londres.

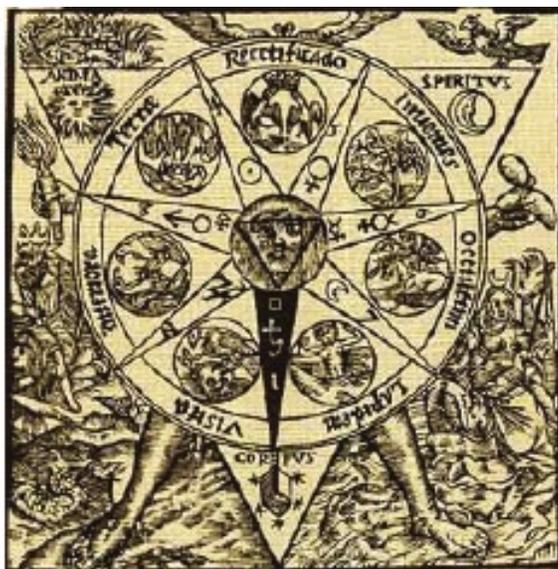


Fig. 96. Emblema del elemento alquímico denominado VITRIOL, figura alegórica del Bafomet templario. *Museum Hermeticum*, Leipzig, 1749.

Bibliografía templaria

La presente bibliografía contiene la práctica totalidad de ensayos, estudios y monográficos publicados sobre la Orden del Temple hasta el momento, en castellano y catalán, y está dividida en dos apartados principales: «Libros» y «Estudios», más un tercer apartado dedicado a la divulgación templaria en internet.

Se han incluido también algunas obras relevantes en portugués y en otros idiomas; en este último caso, y a efectos puramente de racionalización, sólo aquellas que se ocupan de la Orden del Temple en los reinos medievales hispanos.

Por las mismas razones, únicamente se han hecho constar trabajos que se ocupan directamente de la Orden del Temple, tanto en su dimensión histórica como tradicional y mitológica. En este sentido, cabe señalar que la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA se ha limitado a compilar la bibliografía templaria publicada en español (o sobre el Temple en España), sin que ello signifique que valore del mismo modo todas las fuentes. Por tanto, la presente bibliografía no es un compendio crítico, sino una bibliografía integral, en la que se citan textos de todo tipo: estudios históricos y tradicionales, mitología templaria y conexiones históricas, tratados antiguos (siglos XVIII y XIX) y estudios sobre la dimensión esotérica del Temple.

No se han incluido novelas, aunque sí unos muy contados ensayos novelados de especial interés en el aspecto histórico o tradicional.

Como curiosidad, también se incluye una obra de literatura infantil en euskera, *Gurutzadak eta templariak* (*Cruzados y templarios*).

La obra de teatro de M. Raunouard, *Los templarios. Tragedia en cinco actos*, escrita originariamente en francés, se halla traducida al castellano e incluida en la obra de Santiago López: *Historia y tragedia de los templarios* (1813).

Se han incluido también algunas fuentes para enmarcar el contexto templario; libros fundamentales que se ocupan de la caballería medieval, las cruzadas y las órdenes militares y monásticas que fueron principales herederas de los templarios (Montesa, Cristo y Císter).

LIBROS

ALARCÓN HERRERA, Rafael: *La otra España del Temple*. Martínez Roca, Barcelona, 1988.
—*La última Virgen Negra del Temple*. Martínez Roca, Barcelona, 1991.

- A la sombra de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1998.
- La huella de los templarios: ritos y mitos de la Orden del Temple*. Robinbook, Teià, 2004.
- ALMAZÁN DE GRACIA, Ángel: *Los códices templarios del río Lobos. Los custodios del Grial*. Sotabur, Soria, 1997.
- Guía templaria soriana y el enigma de Río Lobos*. Sotabur, Soria, 1999.
- Esoterismo templario: Santo Alto Rey–Albendiego (Guadalajara) y San Bartolo en el Cañón del Río Lobos (Soria)*. Sotabur, Soria, 2003.
- Templarios, sanjuanistas y caltravos en Soria*. Sotabur, Soria, 2005.
- ÁLVAREZ COUREL, Jesús: *La fortaleza de los templarios (Ponferrada)*. Edición del autor, Ponferrada, 2004.
- ÁLVAREZ DE ARAUJO Y CUELLAR, Ángel: *Las órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa: su origen, organización y estado actual*. Impr. de Fernando Cao y Domingo de Val, Madrid, 1891.
- AMBELAIN, Robert: *Jesús o el secreto mortal de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1987.
- ANÓNIMO: *Resumen histórico de la fundación, progresos, decadencia y total extinción de la Orden militar de los templarios*. Imprenta de Fuentenebro y Cía., Madrid, 1807.
- ÁVILA GRANADOS, Jesús: *La mitología templaria*. Martínez Roca, Barcelona, 2003.
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de: *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII–XIV)*. Marcial Pons/Latorre Literaria, Madrid, 2003.
- AYLAGAS MIRÓN, Alejandro: *La ermita templaria de Ucero (Soria)*. Edición del autor, Barcelona, 1987.
- AYNETO, Juan: *Historia de los templarios en Aragón y Cataluña*. Imprenta Mariana, Lérida, 1914.
- BARAHONA, Pastora: *Los templarios. Una historia muy presente*. Libsa, Alcobendas, 2002.
- BARBER, Malcolm: *El juicio de los templarios*. Complutense, Madrid, 1999.
- Templarios: la nueva caballería*. Martínez Roca, Barcelona, 2001.
- BARCELÓ, Emmanuel: *Los templarios. (Más allá de un mito de la Edad Media)*. Edimat Libros, Arganda del Rey, 1998.
- BASTÚS, V. Joaquín: *Historia de los templarios*. Primera edición, 1854. Reedición: Alcántara, Madrid, 1998.
- BECK, Andreas: *El fin de los templarios. Un exterminio en nombre de la legalidad*. Península, Barcelona, 1996.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo: *Leyendas: El monte de las Ánimas y El rayo de luna*, en *Obras completas*. Cátedra, Madrid, 1961.
- BELLOT, Hugh H.L.: *La Orden del Temple*. Humanitas, Barberà del Vallès, 2001.
- BERECIARTÚA OLARRA, José María: *La Orden de los templarios*. Aldecoa, Burgos, 1957.
- BETHENCOURT, Emiliano E. y ROJAS, Félix R.: *El legado del Temple. La última Virgen negra de Occidente*. Júcar, Madrid, 1991.
- BETZ, Bruno: *Templarios en Egipto*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2003.
- BIARNÈS I BIARNÈS, Carmel: *La implantació de l'Orde del Temple a Rivera d'Ebre (1148–1210)*. Centre d'Estudis de la Ribera d'Ebre, Flix, 1986.
- BORDONOVE, Georges: *La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII*. Temas de Hoy, Madrid, 1989.
- Los templarios. Historia y tragedia*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001.
- BRUGUERA, Mateo: *Historia general de los caballeros del Temple*. (5 volúmenes). Primera edición 1889. Reedición: Alcántara, Madrid, 1999.
- CALO, José María: *Hadit del caballero templario: historia y leyenda en la Zaragoza medieval*. Obelisco, Barcelona, 2001.
- CAMPOMANES, Pedro Rodríguez, conde de: *Dissertaciones historicas del Orden, y Cavalleria de los Templarios*. Primera edición 1747. Reedición: El Albir, Barcelona, 1975. Reedición en facsímil: Librería París–Valencia, Valencia, 1998.
- CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Javier (ed.): *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las órdenes militares*, Real Consejo de las Órdenes Militares, Madrid, 1999.
- CANALES MANZANO, Pablo (ed.): *En el umbral del Temple*. Mainar, Madrid, 2000.
- Los guardianes del Templo*. Mainar, Madrid, 2001.
- CANALES MANZANO, Pablo y SAINT–JACQUES, Arnauld de: *El sello y el escudo de los templarios*. Mainar, Madrid, 2001.
- CANTÚ, Cesare. *Las órdenes de los caballeros*. Edicomunicación, Barcelona, 1988.
- CAPELO, José Manuel: *Portugal templário. Relação e successão dos seus mestres (1124–1314)*. Aríon

- Publicações, Lisboa, 2003.
- CAPUZ AGUADÉ, Santiago: *Distintivos templarios en la Corona de Aragón*. Ibercaja, Zaragoza, 1993.
- CASTÁN LANASPA, Javier: *Arquitectura templaria castellano-leonesa*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1983.
- CIERVA, Ricardo de la: *Templarios, la historia oculta*. Fénix, Madrideojos, 1998.
—*La cara oculta del Temple*. Lunwerk, Barcelona, 2002.
- CONTE CAZCARRO, Ángel: *La encomienda del Temple de Huesca*. Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1986.
- CHARPENTIER, Louis: *Los misterios templarios*. Apóstrofe, Barcelona, 1995.
- DAEHNHARDT, Rainer: *Missão templária nos descobrimentos*. Quipu, Lisboa, 1999.
- DA COSTA, Bernardo (frey): *História da militar Ordem de Nosso Senhor Jesus Christo*. Officina de Pedro Ginioux, Coimbra, 1771.
- DELLA TORRE, Horacio Amadeo: *Los caballeros templarios. Vida, muerte y resurrección*. Edición del autor, Buenos Aires, 2000.
- DEMURGER, Alain: *Auge y caída de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1986.
- DESGRIS, Alain: *Guardianes de lo oculto: la Orden de Temple y la caballería masónica templaria*. Belacqua/Carroggio, Barcelona, 2002.
—*Misterios y revelaciones templarias*. Belacqua/Carroggio, Barcelona, 2003.
- DÍEZ CELAYA, Fernando: *Los templarios*. Acento, Boadilla del Monte, 1996.
- DUCOS, Luis: *Historia cierta de la secta de los francmasones: su origen, doctrina y máximas, con la descripción de algunas logias, y lo que pasa en ellas al recibirse uno de francmasón, cotejando las máximas de éstos con las de los templarios...* Francisco Martínez Dávila, Impresor de Cámara de S. M., Madrid, 1815.
- DUMAS, Alejandro: *Los caballeros templarios*. Compañía Europea de Comunicación e Información, Madrid, 1992.
- EBERBACH, Conrado de: *Gran exordio de Císter*. Traducción del latín de Zacarías Prieto Hernández, Revista Cistercium—Conferencia Regional Española Cisterciense, Cóbreces, 1998.
- ESLAVA GALÁN, Juan: *Los templarios y otros enigmas medievales*. Planeta, Barcelona, 1998.
- FAUS LOZANO, Jesús: *El Temple de Valencia*. Gráficas Marí Montañana, Valencia, 1981.
- FERNÁNDEZ PALOMARES, Vidal: *Los templarios sanjuanistas y la vieja toponimia*. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1984.
- FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano: *Los templarios y la palabra perdida*. Edaf, Madrid, 2000.
- FERREIRA, Alexandre: *Suplemento histórico, ou memórias, e noticias da celebre Ordem dos templários, para a história da admiravel Ordem de Nosso Senhor Jesu Christo*. Officina de Joseph António da Sylva, Lisboa, 1735.
- FERRET TALIMÉ, Josep: *El Grial y el complot de los caballeros templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1998.
- FERRIS, Everett Lewis: *Los caballeros templarios: su apasionante y dramática historia*. Humanitas, Barberà del Vallès, 2001.
—*Historia de los caballeros templarios*. Obelisco, Barcelona, 2004.
- FERRO, Jorge F.: *Los templarios: martirio y misterio*. Trirregnum, Buenos Aires, 1990; 2ª ed. revisada y corregida.
- FOREY, Alan John: *The Templars in the Corona de Aragón*. Oxford University Press, Londres, 1973.
- FUENTES PASTOR, Jesús: *Crónica templaria*. Iber, Madrid, 1995.
- FUGUET I SANS, Joan: *L'arquitectura dels templers a Catalunya*. Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 1995.
—*Templers i hospitalers*. Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 1997–2000.
- FUTTHARK, Run: *Los templarios, monjes y caballeros de la luz*. De Vecchi, Barcelona, 2001.
- GALERA GRACIA, Antonio: *El último secreto de los caballeros templarios*. K.R., Murcia, 1999.
—*Los soldados del Cordero*. Tabularium, Murcia, 2003.
- GANDRA, Manuel J.: *Os templários na literatura portuguesa*. Hugin, Lisboa, 2000.
- GARCÍA ATIENZA, Juan: *La meta secreta de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1979
—*La mística solar de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1983.
—*Guía de la España templaria*. Ariel, Barcelona, 1987.
—*El legado templario*. Robinbook, Teià, 1991.
—*Los secretos templarios*. Espacio y Tiempo, Paracuellos del Jarama, 1992.

- Los enclaves templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1995.
- El misterio de los templarios: origen, esplendor y caída de una orden mítica y enigmática*. Edaf, Madrid, 2000.
- GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis: *papas, cruzadas y órdenes militares: siglos XI–XIII*. Cátedra, Madrid, 1995.
- GARCÍA I AMAT, Núria: *Textos templarios y rosacruces*. Índigo, Barcelona, 2003.
- GARTEN, Juan de: *Os templários. Soberana Ordem do Templo de Jerusalem*. Traço Editora, São Paulo, 1987.
- GERRARD, Christopher: *Paisaje y señorío: la casa conventual de Ambel (Zaragoza): arqueología, arquitectura e historia de las órdenes militares del Temple y del Hospital*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2003.
- GIL COMA, Ramiro: *Lo templario: estado actual de la cuestión*. Ausa, Sabadell, 1993.
- GONZÁLEZ CREMONA, José Manuel: *El gran libro de los templarios: la verdadera historia de la Orden del Temple*. Mitre, Barcelona, 1985.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Clemente: *La Orden del Temple. Estudio comparado de posesiones en la provincia de Castellón*. Nueva Acrópolis, Madrid, 1993.
- GONZÁLEZ PÉREZ, Clodio: *Pontareas y los templarios*. Lonxe da Terriña, Pontareas, 1977.
- GORDILLO COURCIÈRES, José Luis: *Castillos templarios arruinados en el sur de la Corona de Aragón*. Prometeo, Valencia, 1974.
- GUÉNON, RENÉ: *Esoterismo cristiano: Dante. El Grial. Los templarios*. Obelisco, Barcelona, 1990.
- GUIJARRO TRIADÓ, Josep: *El tesoro oculto de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 2001.
- HOWARD, Michael: *La conspiración oculta: misterios de templarios, masones y sociedades secretas*. Edaf, Madrid, 1990.
- HURTADO GARCÍA, José Antonio: *La ruta TID*. Servicio de Publicaciones de la Consejería de Presidencia del Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1999.
- IACOBUS, Frater: *Rituales secretos de los templarios*. Obelisco, Barcelona, 1991.
- IGLESIAS GÓMEZ, José: *Cuenca templaria: de fratribus militiae templi conchae et medievi sui*. Edición del autor, Madrid, 1990.
- IÑIGO MARTÍN, Francisco José: *Los templarios, la herejía encubierta*. Andina, Pozuelo de Alarcón, 1978.
- IRANZO MUÑO, M^a Teresa y SÁNCHEZ USÓN, M^a José: *Cartulario del Temple en Huesca*. (Edición e índice de Antonio Gargallo Moya). Anubar, Zaragoza, 1985.
- JAMES, G. P. R.: *Os últimos dias dos templários*. Lisboa, Tup. Lisbonense, 1851.
- JERUSALÉN, Juan de: *Las profecías de los templarios*. (Introducción, notas, textos y epílogo de M. Galvieski). Tikal, Gerona, 1996.
- KNIGHT, Christopher y LOMAS, Robert: *La clave masónica: faraones, templarios, los manuscritos perdidos de Jesús*. Martínez Roca, Barcelona, 2004.
- El segundo Mesías. Los templarios, la Sábana Santa de Turín y el gran secreto de la masonería*. Planeta, Barcelona, 1998.
- LACERDA MACHADO, F. S. de: *O castelo dos templários: origem da cidade de Tomar*. Comissão de Iniciativa e Turismo, Tomar, 1936.
- LACHAUD, René: *Templarios: caballeros de Oriente y Occidente*. Apóstrofe, Barcelona, 1998.
- LAMY, Michel: *La otra historia de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1999.
- LAPEÑA PAÚL, Ana Isabel: *Documentos de la encomienda templaria de Novillas (siglo XII)*. ETD, Barcelona, 2002.
- LARSEN, Juan Mariano: *Reliquias del archivo de los templarios*. (Novela histórica). *Heiligthumer aus dem archive der Tempelherren*. De Mayo, Buenos Aires, 1860.
- LEDESMA RUBIO, María Luisa: *Templarios y hospitalarios en el reino de Aragón*. Guara, Zaragoza, 1982.
- LÓPEZ, Santiago: *Historia y tragedia de los templarios*. Primera edición 1813. Reedición en facsímil: Librería París–Valencia, Valencia, 1989.
- LÓPEZ MARTÍN, Francisco Javier: *Templarios*. GPS–Madrid, Madrid, 1997.
- LÓPEZ SOLER, Antonia: *Historia del Temple catalán*. Ediciones Literarias de la Academia Internacional de Pontzen, Nápoles, 1966.
- LOURO y SIMÕES: *A herança dos templários*. Edições Asa, Porto, 1990.
- LOUÇÃO, Paulo Alexandre: *Os templários na formação de Portugal*. Ésquilo, Lisboa, 1999.

- LUENGO y MARTÍNEZ, José María: *El castillo de Ponferrada y los templarios*. Primera edición 1929. Nebrija, León, 1980.
- LLULL, Ramón: *Libro de la orden de caballería*. Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- LUZ LAMARCA, Rodrigo de: *El misterio de la catedral de Cuenca. El Grial, los templarios y otros enigmas*. Luis Cárcamo Editor, Madrid, 1982.
—*El misterio de la catedral de Cuenca. El Grial, los templarios y otros enigmas. II parte y apéndices*. Edición del autor, Cuenca, 1988.
- MARTÍNEZ DÍEZ, S.J., Gonzalo: *Los templarios en la Corona de Castilla*. La Olmeda, Burgos, 1993.
—*Los templarios en los reinos de España*. Planeta, Barcelona, 2001.
—*La cruz y la espada: vida cotidiana de las órdenes militares españolas*. Plaza & Janés, Barcelona, 2002.
- MARTÍNEZ ESTERUELAS, Cruz: *Los caballeros del Templo de Salomón*. Planeta, Barcelona, 1994.
- MARTÍNEZ OTERO, Luis Miguel: *El Priorato de Sión*. Obelisco, Barcelona, 2004.
- Di MEGLIO, Giovannangelo: *Estudios de historia de la Iglesia. En torno a la cuestion de los bienes de los templarios en la Corona de Aragon*. Imprenta Brurotel, Madrid, 1966.
- MELVILLE, Marion: *La vida secreta de los templarios*. Tikal, Gerona, 1995.
- MENDES ROSA, J.: *Ordens militares do Templo e de Cristo*. Câmara Municipal, Fundão; 2002.
- MERINO DE CÁCERES, José Miguel: *La iglesia de la Vera Cruz de Segovia. Conocida como de los templarios*. Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, Diputación de Segovia, Segovia, 1998.
- MESTRE I GODES, Jesús: *Los templarios: alba y crepúsculo de los caballeros*. Península, Barcelona, 1999.
- MICHELET, Victor-Émile: *El secreto de la caballería*. Obelisco, Barcelona, 1993.
- MIRET I SANS, Joaquim: *Cartoral dels templers de les comandes de Gardeny y Barbens*. Tipografía L'Avenç, Barcelona, 1899.
—*Les cases de templers y hospitalers en Catalunya*. Imprenta de la Casa Provincial de Caritat, Barcelona, 1910.
- MUSQUERA, Xavier: *La espada y la cruz: tras las huellas de los templarios en España*. Nowtilus, Madrid, 2002.
- NOLLA ALBEROLA, Antonio: *Los templarios en el Bierzo*. Edición del autor, Malgrat de Mar, 1991.
- NUEZ CABALLERO, Antonio de la: *Signos de los templarios en Canarias y en torno al planeta*. Edición del autor, Las Palmas de Gran Canaria, 2000.
- ORTEGA PÉREZ, Pascual: *La sociedad de las tierras del Ebro: el señorío templario y hospitalario de Ribera d'Ebre y Terra Alta*. Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, 1998.
—*Las comunidades musulmanas de las encomiendas templarias y hospitalarias de Ascó y Miravet (siglos XII–XIV)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2000.
- OURSEL, Raymond: *Peregrinos, hospitalarios y templarios*. Encuentro, Madrid, 1987.
- PÁEZ, Andrés: *Milites templi: hechos y misterios de los caballeros templarios*. Círculo Latino, San Andrés Barca, 2002.
- PAGAROLAS I SABATÉ, Laureá: *La comanda del Temple de Tortosa: primer període (1148–1213)*. Institut d'Estudis Dertosenses, Tortosa, 1984.
—*Els templers de les terres de l'Ebre (Tortosa). De Jaume I fins l'abolició de l'Orde (1213–1312)*. Publicacions Universitat de Barcelona, Col·lecció de Tesis Doctorals Microfitxades, Barcelona, 1283.
- PARASCHI, André Jean: *Historia dos templários em Portugal: A fundação e os mestres da Ordem*. Sol Invictus Atelier, Lisboa, 1992.
—*Portugal mágico dos templários*. Centro Internacional de Estudos Templários, Ericeira, 1993.
- PARTNER, Peter: *El asesinato de los magos: los templarios y su mito*. Martínez Roca, Barcelona, 1988.
- PERADEJORDI, Julio: *Los templarios y el tarot: las cartas del Santo Grial*. Obelisco, Barcelona, 2004.
- PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos: *Os templarios. Artigos e insaios*. Toxosoutos, Obre–Noia, 2000. (Trad.: *Los templarios: artículos y ensayos*. Toxosoutos, Obre–Noia, 2002).
- PÉREZ REVIRIEGO, Miguel: *Fregenal de la Sierra, villa templaria*. Editora Regional de Extremadura, 1987.
- PERNOUD, Régine: *Los templarios. Elogio de la nueva milicia templaria*. Edición de Javier Martín Lalanda; Siruela, Madrid, 1994.
- PICKNETT, Lynn y PRINCE, Clive: *La revelación de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1998.
- PLANE, J. M.: *Apología de los templarios. Juicio y expoliación*. Humanitas, Barberá del Vallés, 1986.

- PUIG IZQUIERDO, Fidel: *Maestrazgo turolese, los templarios y el carlismo*. Edición del autor, Castellote, 1993.
- PROBST-BIRABEN, J. H.: *Los misterios de los templarios*. Dédalo, Buenos Aires, 1973.
- READ, Piers Paul: *Los templarios*. Ediciones B, Barcelona, 2004.
- ROBINSON, John J.: *Mazmorras, hoguera y espada*. Planeta, Barcelona, 1994.
- SAINT-JACQUES, Arnauld de: *Los templarios*. Barath, Madrid, 1985
- Los templarios y el Evangelio de San Juan*. Alcántara, Madrid, 1998.
- La sabiduría de los templarios*. Alcántara, Madrid, 2000.
- SALES, Mauricio Gonzalo: *Los templarios*. Círculo Latino, San Andrés Barca, 2002.
- SAN BERNARDO DE CLAIRVAUX (San Bernardo de Claraval): *Elogio de la nueva milicia templaria*. Siruela, Madrid, 1994.
- SANS I TRAVÉ, Josep M^a.: *La Casa del Temple de Barberá* (inédito). Universitat de Barcelona, Departament d'Història Medieval, 1971.
- El procés dels templers catalans. Entre el turment i la glòria*. Pagès Editors, Lleida, 1990.
- Els templers catalans*. Pagès Editors, Lleida, 1996.
- Col.lecció diplomática de la Casa del Temple de Barberá (945–1212)*. Textos jurídics catalans, Documents, 1, Barcelona, 1997.
- El setge al castell dels templers de Miravet (1 de desembre de 1307–12 de desembre de 1308). Un episodi dramàtic del procés dels templers catalans*. Pagès Editors, Lleida, 1998.
- Els templers catalans, de la rosa a la creu*. Pagès Editors, Lleida, 1999.
- SARLAT, Mary-Su: *La octava gaveta. El legado templario*. Un Nuevo Mundo-Francisco Madroñal Editor, Sevilla, 2004.
- SAROBÉ I HUESCA, R.: *Col.lecció diplomática de la Casa del Temple de Gardeny (1040–1200)*, 2 vols. Fundació Noguera, Barcelona, 1999.
- SÈDE, Gérard de: *Los templarios están entre nosotros*. Sirio, Málaga, 1984.
- SEGURA MARTÍNEZ, José Cayetano Ezequiel: *El enigma de los templarios en España*. Entrelíneas Editores, Madrid, 2004.
- SEWARD, Desmond: *Los monjes de la guerra: Historia de las órdenes militares*. Edhasa, Barcelona, 2004.
- SIERRA, Javier: *Las puertas templarias*. Martínez Roca, Barcelona, 2000.
- SILVA, Pedro: *Ordem do Templo: em nome da fé cristã*. Ulmeiro, Lisboa, 2000.
- História e Mistérios dos Templários*. Ediouro Publicações, Río de Janeiro, 2001.
- SIMÓ CASTILLO, Juan Bautista: *El castillo templario pontificio de Peñíscola*. Antinea, Vinaròs, 2000.
- SIMÕES DIAS, Mário: *Os templários em terras de Portugal*. Edição do autor, 1999.
- SINCLAIR, Andrew: *La espada y el Grial*. EDAF, Madrid, 1994.
- SOLÍS MIRANDA, José Antonio: *Los secretos de los templarios*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2000.
- Los templarios y su único secreto*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2002.
- Templarios, los caballeros de Dios*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2003.
- Alamut: templarios y asesinos*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2003.
- El enigma de los templarios en España*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2003.
- Templarios en América: las navegaciones oceánicas templarias*, El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2003.
- Templarios hoy*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2003.
- Los templarios y el Camino de Santiago: la Fraternidad de la Oca*. El Arca de Papel Editores, La Coruña, 2004.
- UNDURRAGA SCHÜLER, Verónica: *San Bernardo de Claraval y la Orden militar de los caballeros templarios en el Liber ad Milites Templi. De laude novae militiae*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1998.
- UPTON-WARD, J. M.: *El código templario: texto íntegro de la regla de la Orden del Temple*. Martínez Roca, Barcelona, 2000.
- VALENTÍ CAMP, Santiago: *Templarios, hospitalarios, teutónicos. De la caballería y las órdenes militares a la Rosacruz, el Santo Grial y el ocultismo. (Las sectas y las sociedades secretas a través de la Historia. Vol. I)*. Primera edición, 1912. Alcántara, Madrid, 1997.
- VARGAS, Laurent de: *El libro negro de los templarios*. Robinbook, Teià, 2001.

- VIGNATI Y PERALTA, Alejandro: *El enigma de los templarios*. ATE, Barcelona, 1975.
- VILAR BONET, María: *Els béns del Temple a la Corona d'Aragó en suprimir-se l'orde (1300–1319)*. Pagès Editors, Lleida, 2000.
- VINAS, Robert: *Els templers al Rosselló*. Pagès Editors, Lleida 2002.
- VV.AA.: *Anales del Instituto Campomanes de Estudios Medievales y del Gran Priorato de España de la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani*. ICEM, Gerona, 2000.
- VV. AA.: *Guerreros y hospitaleros en el Camino de Santiago*. Ronsel, Santa Perpètua de la Mogoda, 2004.
- VV. AA.: *Gurutzadak eta tenplariak*. Donostia Gaiak, L.G., San Sebastián, 1992.
- VV. AA.: *La iglesia gótica de Nuestra Señora de Gracia y las órdenes militares del Temple y de San Juan de Jerusalén en Vilalba dels Arcs*. Unali, Zaragoza, 1981.
- VV. AA.: *Las órdenes militares en la península Ibérica durante la Edad Media*. *Actas del Congreso Internacional Hispano-Portugués*. Anuario de Estudios Medievales (vol. 11), Departamento de Estudios Medievales, Institución Milà y Fontanals (CSIC), Barcelona, 1981.
- VV. AA.: *Los monjes soldados: los templarios y otras órdenes militares*. *Actas del IX Seminario sobre Historia del Monacato*. Fundación Santa María La Real, Centro de Estudios del Románico, Aguilar de Campoo, 1996.
- VV. AA.: *O Templo e a Ordem templária de Portugal*. Hugin, Lisboa, 2000.
- VV. AA.: *Temas de estudios templarios* (vol I). AECDT-OSMTHU, Madrid, 2003.
- VV. AA.: *Templarios*. Vol. I. Mainar, Madrid, 2001.
- WALKER, Martin: *Historia y misterio de los templarios*. Edicomunicación, Barcelona, 2003.
- WASSERMAN, James: *Templarios y asesinos. La caballería espiritual*. Martínez Roca, Barcelona, 2001.
- YÁÑEZ SOLANA, Manuel: *El enigma de los templarios*. M. E. Editores, Madrid, 1996.
—*Los templarios*. Edimat Libros, Arganda del Rey, 2002.

ESTUDIOS MONOGRÁFICOS

- ALARCÓN HERRERA, Rafael: «Gliptografía de la Orden del Temple en la península Ibérica, I», *Actes du V Colloque International de Glyptographie de Pontevedra, Poio, 1986*; CIRG (Braine-le-Château, Bélgica, 1987).
- ALMAZÁN DE GRACIA, Ángel: «Refutaciones a los estatutos secretos de Roncelinus», *Boletín Temple*, núm. 23 (2001); Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA.
- ALEGRET, Adolfo: «Los templarios en Tarragona», *Boletín Arqueológico de Tarragona*, núm. 17 (Tarragona, 1905).
- ARROYO DURÁN, Fernando: «Templarios y masones: la conexión escocesa». Conferencia en Rotary Club de Alcalá de Henares-Complutense. *Boletín Temple* especial, núm. 3 (2001); Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA.
- BARQUERO GOÑI, Carlos: «La Orden del Hospital y la recepción de los bienes templarios en la península Ibérica», *Hispania Sacra*, núm. 51 (1999), págs. 531–556.
- BARROCA, Mário: «A Ordem do Templo e a arquitectura militar portuguesa do Séc. XII», *Portugalia*, Nova Série, vols. XVII–XVIII (Porto, 1996/97), págs. 171–209. I. IAFLUP.
- BENITO RUANO, Eloy: «La encomienda templaria y sanjuanista de Cantavieja (Teruel)», *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, núm. 3 (Zaragoza, 1977), págs. 149–166.
- BIARNÈS I BIARNÈS, Carmel: «La toponímia d'Ascó als documents de l'Orde del Temple», *Butlletí Interior de la Societat d'Onomàstica*, XL (1990), págs. 10–11.
—«La comanda templera d'Ascó (segles XII–XIV)», *Actes de les Primeres Jornades sobre els Ordres religioso-militars als Països Catalans (segles XII–XIX)* (Tarragona, 1994).
- CABELLO DODERO, Francisco Javier: «La iglesia de la Vera Cruz», *Estudios Segovianos* núm. 3 (Segovia, 1951), págs. 425–449.
- CABELLO LAPIEDRA, Luis María: «La Vera Cruz de Segovia nunca fue de templarios», *Arquitectura*, núm. 14, 2 (Madrid, 1919), págs. 165–169.
- CARRERAS I CANDI, Francisco: «Entences y templers en les montanyes de Prades (1279 a 1300)», *Boletín de la*

- Real Academia de las Buenas Letras*, II (Barcelona, 1903–1904), págs. 209–250.
- CASTÁN LANASPA, Javier: «Aportaciones al estudio de la Orden del Temple en Valladolid», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, núm. 48 (Valladolid, 1982), págs. 195–208; Universidad de Valladolid.
- CASTILLÓN CORTADA, Francisco: «Discusiones entre los obispos de Lérida y los templarios de Monzón», *Ilerda*, XXXVI (Lleida, 1975), págs. 41–96; Institut d'Estudis Ilerdencs.
- CONTE CAZCARRO, Ángel: «El Temple en la ciudad de Huesca», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11 (Barcelona, 1981), págs. 663–674.
- DURÁN CASTELLANO, Francisco: «Los templarios en la baja Extremadura», *Revista de Estudios Extremeños*, núm. 57 (2000), págs. 99–146.
- ESTEPA DÍEZ, Carlos: «Encomiendas del Temple en Tierra de Campos», *Archivos Leoneses*, núm. 52, 26 (1972), págs. 47–57; *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11 (Barcelona, 1981), págs. 701–718.
- «La disolución de la Orden del Temple en Castilla y en León», *Cuadernos de Historia*, núm. 6 (1975), págs. 121–186.
- FITA Y COLOMÉ, Fidel: «Coria compostelana y templaria», *B.R.A.H.* núm. 61 (1912), págs. 346–351.
- FOREY, Alan John: «Els templers de la Corona d'Aragó i la Reconquesta», *L'Avenç*, núm. 161 (Barcelona, 1992), págs. 24–27.
- FREEDMAN, Paul: «Els templers al castell de Granyena segons un document de l'Arxiu Episcopal de Vic», *Ausa*, XI/105 (Vic, 1983), págs. 1–5.
- FUGUET I SANS, Joan: «Arquitectura del castell de Barberà (dels orígens als templers)», *Aplec de Treballs*, núm. 5, págs. 91–120; Centre d'Estudis de la Conca de Barberà, Montblanc.
- «Arquitectura de les capelles templeres a la Catalunya Nova», *Aplec de Treballs* núm. 9 (Montblanc, 1989), págs. 5–52; Centre d'Estudis de la Conca de Barberà.
- «La parroquial de Santa Maria de Barberá, fundació templera?», *Acta Mediaevalia*, núm. 10 (Barcelona, 1989), págs. 523–530.
- «L'arquitectura dels templers al Camp de Tarragona i la seva aportació als orígens del gòtic català», *XXXV Assemblea Intercomarcal d'Estudis de Catalunya, Valls/Vila-Rodona 1989* (Valls, 1989), págs. 369–401; Institut d'Estudis Vallencs.
- «Els templers a Barcelona», *L'Avenç*, núm. 133 (Barcelona, 1990), págs. 6–15.
- «L'església vella de Sant Miquel de l'Espluga de Francolí, un bell exemple d'arquitectura templera catalana», *Arrels*, núm. 6 (Casal de l'Espluga de Francolí, 1990), págs. 123–147; Centre d'Estudis Locals.
- «Santuaris marians de l'Orde del Temple a Catalunya», *Afers*, núm. 10 (Catarroja, 1990), págs. 419–433.
- «Le rôle des templiers et des cisterciens catalans dans les origines du ghotique méridional: l'exemple des ares diaphragmes», comunicació en *Premières Journées Franco-Hispaniques d'Art Médiéval Religieux* (Flaran, Gers, 1990).
- «Templers, trobadors i cátars. Les pintures de Sant Martí de Puig-reig», *L'Avenç*, núm. 148 (Barcelona, 1991), págs. 8–15.
- «Da Miravet (1153) a Peníscola (1294): novità e persistenza di un modello di fortezza nella provincia catalanoaragonesa dell'ordine templare», ponència a *Acri 1291. La fine della presenza degli ordini militari in Terra Santa e i nuovi orientamenti nel XIV secolo*, II Convegno Internazionale di Studio (Perugia–Magione, 1991).
- «L'arquitectura dels templers catalans», *L'Avenç*, núm. 161 (Barcelona, 1992), págs. 62–67.
- «Els castells templers de Gardeny i Miravet i el seu paper innovador en la poliorcètica i l'arquitectura catalanes del segle XII», *Acta Mediaevalia*, núm. 13 (Barcelona, 1992), págs. 353–374.
- «Aclariments sobre la comanda templera de la Joncosa», *I Congrés d'Història de l'Església catalana des dels orígens fins ara*, I (Solsona, 1993), págs. 569–576.
- «De Miravet (1153) a Peñíscola (1294): novedad y persistencia de un modelo de fortaleza templaria en la provincia catalano-aragonesa de la Orden», *Castillos de España*, núm. 101 (Madrid, 1993), págs. 17–32.
- «El patrimoni monumental del Temple a la Terra Alta», *Actes de les Primeres Jornades d'Estudi sobre la Terra Alta* (Horta, 1994), págs. 334–365; Centre d'Estudis de la Terra Alta.
- GALERA GRACIA, Antonio: «Monográfico sobre el Temple», *Hermética*, *Revista de Estudios Tradicionales de Occidente y Oriente*, núm. 3; www.revistahermetica.org.
- GÁLVEZ DE LA CUESTA, María del Carmen: «Del miedo político al miedo religioso: la abolición de la Orden del

- Temple en el siglo XIV», *Milenio: miedo y religión*, IV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones (Santa Cruz de Tenerife, 2000); Universidad de La Laguna.
- GARCÍA LARRAGUETA, Santos Agustín: «El Temple en Navarra», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11 (Barcelona, 1981), págs. 635–661.
- GARCÍAS PALOU, Sebastià: «Ramón Llull y la abolición de los templarios», *Hispania Sacra*, núm. 26 (1973), págs. 123–136.
- GONÇALVES, José Pires: «Templarios em Monsaraz», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11 (Barcelona, 1981), págs. 679–686.
- GUÉNON, René: «Los guardianes de Tierra Santa», *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Eudeba, Buenos Aires, 1988.
- HUICI, Serapio: «Iglesia de templarios de Torres del Río (Navarra)», *Arquitectura*, núm. 52 (Madrid, 1923), págs. 253–258.
- JAVIERRE MUR, Áurea: «Aportación al estudio del proceso contra el Temple en Castilla», *Revista de Archivos, Biblioteca y Museos*, núm. 69 (1961), págs. 47–100.
- JIMENO JURÍO, José María: «Eunate y su cofradía. Ordenanzas antiguas», *Príncipe de Viana*, núm. 210 (1997), págs. 87–117.
- LAMBERT, Élie: «Les chapelles octogonales d'Eunate et de Torres del Río». Memorial Henri Basset. *Nouvelles Études Nord Africaines et Orientales* (París, 1928) ; Institut des Hautes Études Marocaines.
- LAMPÉREZ Y ROMEA, Vicente: «La iglesia de los Templarios en Segovia», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, Madrid, 1898.
- «La iglesia de los templarios de Villalcázar de Sirga (Palencia)», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, núm. 11 (Madrid, 1903), págs. 172–176.
- «La iglesia de los templarios de Eunate (Navarra)», *Cultura Española* (Madrid, 1909).
- LAPEÑA PAUL, Ana L.: «La encomienda de la Orden del Temple en Novillas (siglo XII)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, núm. 3 (Borja, 1979), págs. 95–169.
- LOMAX, Derck W.: «Las órdenes militares en la península Ibérica durante la Edad Media», *Repertorio de historia de las ciencias eclesiásticas en España: siglos I–XVI*, VI (Salamanca, 1977), págs. 9–109.
- MARTÍNEZ DÍEZ, S.J., Gonzalo: «El proceso de disolución de los templarios: su repercusión en Castilla», *Los monjes soldados. Los templarios y otras órdenes militares* (Aguilar de Campoo, 1996), págs. 87–106.
- MARTINS BARATA, José P.: «A herdade templária da Açafa. Seus limites a Sul do Tejo», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11 (Barcelona, 1981), págs. 675–678.
- MIRET I SANS, Joaquim: «Inventaris de les cases del Temple de la Corona d'Aragó en 1289», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, núm. 42 (1911), págs. 61–75.
- «Les cases des templers y hospitalers en Catalunya», *Aplech de noves y documentis històrics*, Barcelona, 1910.
- MUR I RAURELL, Anna: «Relaciones europeas de las órdenes militares hispánicas»; *España y el Sacro Imperio. Procesos de cambios, influencias y acciones recíprocas en la época de la "europeización" (siglos XI–XIII)*, Universidad de Valladolid, 2002.
- NIETO, Cesáreo: «Descripción de la iglesia, que con la advocación de Nuestra Señora del Temple, poseyeron los caballeros templarios en la villa de Ceinos de Campos», *B.R.A.H.*, núm. 76 (1920), págs. 268–274.
- OLIVER, A.: «Les obres dels templers del Masdeu (segles XII–XIV)», *Actes de les Primeres Jornades sobre els Ordes Religioso–Militars als Països Catalans (segles XII–XIX)* (Montblanc, Diputació de Tarragona, 1985), págs. 167–177.
- PASCUAL GONZÁLEZ, B., «Los templarios en Mallorca», *BAEAC*, núm. 12 (1964), págs. 255–260.
- PASCUAL MARTÍNEZ, Lope: «Los templarios del reino de Murcia», *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 11 (Barcelona, 1981), págs. 687–699.
- PAGAROLAS I SABATÉ, Laureá: «Els seyorius templers de les terres de l'Ebre. Noves reflexions i síntesi», *Actes de les Primeres Jornades sobre els Ordes Religioso–Militars als Països Catalans (segles XII–XIX)* (Montblanc, Diputació de Tarragona, 1985); págs. 54–66;
- PAVÓN BENITO, Juliá y GARCÍA DE LA BORBOLLA, M^a Ángeles: «Hospitalarios y templarios en Navarra. Formación patrimonial (1134–1194)», *Las órdenes militares en la península Ibérica*, vol. I: *Edad Media* (Cuenca, 2000), págs. 571–588.

- PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos: «Los maestros de la Orden del Temple en los reinos de Galicia, León y Castilla», *Revista V Feira Franca Medieval*, 2003.
- PONSOYE, Pierre: «El Temple y el islam», en *El islam y el grial*, José J. de Olañeta Editor, Palma de Mallorca, 1998.
- QUINTANA PRIETO, Augusto: «Los templarios en Cornatel», *Archivos Leoneses*, núm. 17, 9 (1955) págs. 47–70.
- RAITZIN, Carlos y ARROYO DURÁN, Fernando: «La regla secreta del Temple», *Boletín Temple*, monográfico núm. 1 (2001); Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA.
- RAMÍREZ, Teodoro: «San Juan de Otero, iglesia de templarios», *Recuerdo de Soria*, núm. 8, 1906. También en *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, núm. 3, 1907–1908, págs. 33–35.
- RASSOW, Peter: «La cofradía de Belchite», *A.H.D.E.*, núm. 3 (1926), págs. 200–226.
- REY SOUTO, Javier A.: «Los templarios y el cabildo de Santiago. A Tenza do Temple», *Las órdenes militares en la península Ibérica*, vol I: *Edad Media* (Cuenca, 2000), págs. 755–767.
- RIU, Manuel: «Los templarios en el valle de Lord», *medievo Hispano. Estudios in memoriam del prof. Derek W. Lomax* (Madrid, 1995), págs. 319–323.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Justiniano: «Orden del Temple. Encomienda de Mayorga», *Archivos Leoneses*, núm. 1 (1947), págs. 110–111.
- ROVIRA I TOVELLA, Ramón: «Un mas de l'Orde del Temple a Gelida: fundació d'un nucli?», *Miscel·lània Penedesenca*, núm. 17 (Vilafra de la Penedès, 1993), págs. 229–244; Institut d'Estudis Penedesencs.
- RUBIO, J.; ALÒS, R.; MARTORELL, F.: «Inventaris inèdits de l'Orde del Temple a Catalunya», *Aiec* (Barcelona, 1907), págs. 385–407.
- RUBIO SALÁN, Antonio: «Breve noticia de Villalcázar de Sirga y de su templo», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses* núm. 8 (1952), págs. 25–45.
- SANS I TRAVÉ, Josep Maria: «Relacions de la Casa del Temple de Barberá amb el monestir de Santes Creus», *Analecta Sacra Tarraconensia*, XLVIII (Barcelona, 1975) págs. 33–74.
 —«Alguns aspectes de l'establiment dels templers a Catalunya: Barberá», *Quaderns d'Historia Tarraconense*, núm. 1 (1977), págs. 9–58.
 —«El Rourell, una preceptoria del Temple al Camp de Tarragona (1162–1248)», *Butlletí Arqueològic*, fascículo 113–40 (Tarragona, 1979), págs. 133–201.
 —«La introducció de l'Orde del Temple a Catalunya i la seva organització» y «L'Orde del Temple als països catalans: la seva introducció i organització (segles XII–XIV)», *Actes de les Primeres jornades sobre les Ordres Religioso–Militars als Països Catalans (segles XII–XIX)* (Montblanc, Diputació de Tarragona, 1985), págs. 17–42.
- SARASA SÁNCHEZ, Esteban: «La supresión de la Orden del Temple en Aragón. Proceso y consecuencias», *Las órdenes militares en la península Ibérica*, vol. I: *Edad Media* (Cuenca, 2000), págs. 379–401.
- SCHIDD, Peter: «Die Entstehung und Entwicklung des Templerordens in Katalonien und Aragon», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, núm. 28 (Münster, 1905), págs. 91–228.
- SERRA I ROTÉS, Rosa: «Els templers al Berguedà», *L'Erol*, núm. 15, (Berga, 1986), págs. 18–23.
 —«Els dominis de l'Orde Militar del Temple a Puig-reig (Berguedà), a partir d'un capbreu de finals del segle XIII», Comunicació en *II Jornades de Joves Historiadors Catalans* (Barcelona, 1988).
 —«Les propietats de l'Orde Militar del Temple a Cerdanya a partir d'un capbreu de l'any 1275», Comunicació en *XXXIV Assemblea Intercomarcal d'Estudiosos* (Puigcerdà, 1988).
- TORRES BALBÁS, Leopoldo: «Nota al artículo de S. Huici: Iglesia de templarios de Torres del Río», *Arquitectura*, núm. 52 (Madrid), págs. 258–259.
- UBIETO ARTETA, Antonio: «La creación de la cofradía militar de Belchite», *E.E.M.C.A.*, núm. 5 (1952), págs. 427–434.
 —«Cofrades aragoneses y navarros de la milicia del Temple (siglo XII). Aspectos socioeconómicos», *Aragón en la Edad Media*, III (Zaragoza, 1980), págs. 29–93.
- USÓN Y SESÉ, Mariano: «Aportaciones al estudio de la caída de los templarios en Aragón», *Universidad*, núm. 3 (1926), págs. 471–533.
- VELO Y NIETO, Gervasio: «Coria y los templarios», *Revista de Estudios Extremeños*, núm. 5 (1941), págs. 281–302.
- VILAR Y BONET, M.: «Actividades financieras de la Orden del Temple en la Corona de Aragón», *VII Congreso*

- de Historia de la Corona de Aragón*, I (Barcelona, 1964), págs. 577–585.
- VV. AA: «L'Orde del Temple a Catalunya», *L'Avenç*, núm. 161 (Barcelona), págs. 19–67.
- VV. AA.: «Los monjes soldados: los templarios y otras órdenes militares», *Actas del IX Seminario sobre el monacato, Codex Aqvilarensis*, núm. 12 (1996; reimpresión, 2004).
- ZORRILLA, Emiliano P.: «Otra iglesia de templarios en Navarra. El Santo Sepulcro de la villa de Torres», *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, núm. 19 (1914), págs. 129–139.

INTERNET

Dada la ingente cantidad de materiales que se recogen en las innumerables páginas web dedicadas a los templarios, a continuación sólo se recomiendan algunos de los sitios más interesantes y fiables.

www.templespana.org

Web oficial de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA.

www.soriaymas.com

Web coordinada por el periodista y escritor Ángel Almazán de Gracia, con un centenar de artículos sobre el Temple.

www.agalera.net

Web del teólogo y escritor Antonio Galera Gracia, con artículos sobre el Temple y otras órdenes militares y religiosas.

www.templebaleaar.com

Estudios sobre los enclaves templarios de las islas Baleares y enlaces al Priorato Internacional Templario (Supremus Militaris Ordo Templi Hierosolymitani).

www.neloph.com

Estudios templarios y medievales del filósofo Florencio Pascual Rodríguez-Valdés.

www3.planalfa.es/cisterc

Historia, arte y espiritualidad monástica y cisterciense. Revista patrocinada por los Monasterios Cistercienses de la Estricta Observancia de España.

www.spicasc.net

Web del Instituto Académico Orión de Buenos Aires, fundado por el doctor Carlos Raitzin, con artículos sobre Tradición iniciática, templarios y Caballería espiritual.

www.templiers.net

Web en francés, con importantes artículos sobre el Temple en Navarra y Castilla.

<http://libro.uca.edu/forey/abbrev.htm>

En inglés; aquí puede leerse *The Templars in the Corona de Aragón*, de Alan John Forey.

También recomendamos la suscripción gratuita a las revistas: *Boletín Temple*, <http://eListas.net/lista/temple>, en la que se han publicado multitud de artículos sobre el Temple; *Hermética*, www.revistahermetica.org, tradiciones espirituales de Oriente y Occidente; *Bajo los Hielos*, www.bajoloshielos.cl, Tradición Primordial y poesía trascendente; *Boletín Sin Nombre*, <http://es.groups.yahoo.com/group/proposiciones-despertar>, textos magistrales.

Procedencia de las ilustraciones

PRIMER CUADERNILLO

ORONoz; ORONoz; CONTIFOTO/SYGMA; EFE/SIPA-PRESS/E. R. L. /SIPA ICONO; EFE/SIPA-PRESS/E. R. L. /SIPA ICONO; EFE/SIPA-PRESS/SIPA ICONO / ERL / B. MUSEUM; J. V. Resino; BIBLIOTECA NACIONAL, MADRID / Laboratorio Biblioteca Nacional; J. F. Fernández/ BNF / Ph. Bibl. nat. de France; Juan Ignacio Cuesta Millán; Id.; Id.; Id.; Id.; Id.; Id.; Id.; ARXIU MAS; Algar/ MNAC-Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona.; BIBLIOTECA NACIONAL, MADRID / Laboratorio Biblioteca Nacional; EFE/SIPA-PRESS/SIPA ICONO / ERL / B. MUSEUM; Bridgeman Art Library; F. Po; MUSEO NACIONAL DEL PRADO / Laboratorio del Museo del Prado / © MUSEO DEL PRADO - MADRID - DERECHOS RESERVADOS. PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL; BIBLIOTECA NACIONAL, MADRID / Laboratorio Biblioteca Nacional; J. V. Resino; CONTIFOTO/SYGMA; BNF / Ph. Bibl. nat. de France; Bridgeman Art Library; Id.; Id.; Id.; Id.

SEGUNDO CUADERNILLO

ORONoz; GARCÍA-PELAYO / Juancho/ CSIC / INSTITUTO DE FILOLOGÍA; Michele di Piccione; ORONoz/ BIBLIOTECA DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL; R. Manent; EFE/SIPA-PRESS/Olympia; Michele di Piccione; EFE/SIPAPRESS/ Kadir Can/MUSEO TOPKAPI, ESTAMBUL; Archivo Santillana; MUSEUM ICONOGRAFÍA/J. Martin; Baltasar Almagro; Id.; Bridgeman Art Library; Bridgeman Art Library; EFE/SIPA-PRESS/ Rivet/Atlas; GARCÍA-PELAYO / Juancho; Michele di Piccione; ORONoz; Id.; J. Lucas; Krauel/ THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART, NEW YORK; Larrión-Pimoulier; J. V. Resino; MUSEUM ICONOGRAFÍA/J. Martin; BNF / Ph. Bibl. nat. de France; *Manifestaciones rupestres de las Islas Canarias*, editado por la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias; Id.; Id.; Id.; Id.; José Antonio Hurtado García.

TERCER CUADERNILLO

MUSEO NAVAL, MADRID; BIBLIOTECA DE CATALUNYA; Bridgeman Art Library; Id.; José Antonio Hurtado García; Id.; Bridgeman Art Library; MUSEO NACIONAL DEL PRADO / Laboratorio del Museo del Prado / © MUSEO DEL PRADO - MADRID - DERECHOS RESERVADOS. PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL; A. Viñas; P. Nadal; J. M.^a Escudero; MARGEN FOTOGRAFÍA; ORONoz D109/ BASÍLICA DEL MONASTERIO DE MONTSERRAT; MUSEUM ICONOGRAFÍA/J. Martin; Bridgeman Art Library; BIBLIOTECA NACIONAL, MADRID / Laboratorio Biblioteca Nacional; E. Limbrunner; J. E. Casariego; ORONoz; GARCÍA-PELAYO / Juancho / REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO; Michele di Piccione; Bridgeman Art Library; Id.; Krauel; A. Domènech; BIBLIOTECA NACIONAL, MADRID / Laboratorio Biblioteca Nacional; MUSEUM ICONOGRAFÍA / J. Martin / MUSEO SANTA CRUZ, TOLEDO; Prats i Camps; GARCÍA-PELAYO / Juancho/MUSEO DIOCESANO, BARCELONA; Krauel; MUSEUM ICONOGRAFÍA / J. Martin / MUSEO SANTA CRUZ, TOLEDO; Michele di Piccione; Ilustración de *El laboratorio alquímico* (Sergio Fritz Roa), Luis Cárcamo Editor, Madrid 1989, p. 47.

Equipo de redacción

Dirección y coordinación:

Fernando Arroyo Durán

Supervisión:

Emilia Cobo de Lara

Colaboradores:

Luis Alcaina Guzmán

Ángel Almazán de Gracia

Jesús Ávila Granados

Jordi Castañé i Mestres

Juan Ignacio Cuesta Millán

José Luis Delgado Ayensa

Chema Ferrer Cuñat

Sergio Fritz Roa

Antonio Galera Gracia

Carlos García Costoya

José Antonio Hurtado García

Julián Martos Rodríguez

José Antonio Mateos Ruiz

José Miguel Nicolau González

Florencio Pascual Rodríguez-Valdés

Francisco Rafael de Pascual, OCSO

Raúl Riesco Martínez

Alfonso Sánchez Hermsilla

José Carlos Sánchez Montero

Santiago Soler Seguí

Mauro Zorrilla Hierro

Sobre Templespaña

Fundada como sociedad privada en Alcalá de Henares a finales de los años noventa del siglo xx, se constituyó en Asociación en el monasterio mercedario de Santa María del Olivar de Estercuel, en el Maestrazgo aragonés, un nevado 15 de diciembre de 2001, al amparo de la antigua y ya derogada Ley de Asociaciones 191/1964.

En la actualidad, esta Asociación, que en honor a sus orígenes conserva el título de «Sociedad», está dedicada fundamentalmente a la investigación y a la realización de estudios históricos, tradicionales, artísticos, culturales, sociológicos, teológicos y simbólicos, siendo operativamente integrada por un equipo multidisciplinar de intelectuales y profesionales, entre los que hay historiadores, docentes, teólogos, documentalistas, reporteros, filósofos, escritores, técnicos e investigadores diversos.

En el aspecto ideológico, forman parte de la Sociedad personas de diversas concepciones psicointelectuales y doctrinales, muchas de ellas adscritas a diferentes instituciones de carácter académico, filosófico, filantrópico, caballeresco y religioso.

TEMPLESPAÑA es una Asociación de ámbito nacional, si bien dispone de miembros numerarios, corresponsales y colaboradores en diversos países de Europa y América, entre ellos en Portugal, Francia, Holanda, Argentina, Bolivia, Chile, Estados Unidos, etcétera.

AGUILAR

© 2005, TEMPLESPAÑA

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 90 93

www.librosagUILAR.com

agUILAR@santillana.es

ISBN ebook: 978-84-03-13149-1

Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera

Conversión ebook: David Rico Pascual

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

 **PRISA** EDICIONES

Aguilar es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosaguilar.com

Argentina

www.librosaguilar.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosaguilar.com/bo

Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosaguilar.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosaguilar.com/co

Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.librosaguilar.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosaguilar.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosaguilar.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosaguilar.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosaguilar.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosaguilar.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosaguilar.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosaguilar.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosaguilar.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosaguilar.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosaguilar.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosaguilar.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosaguilar.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosaguilar.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosaguilar.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51